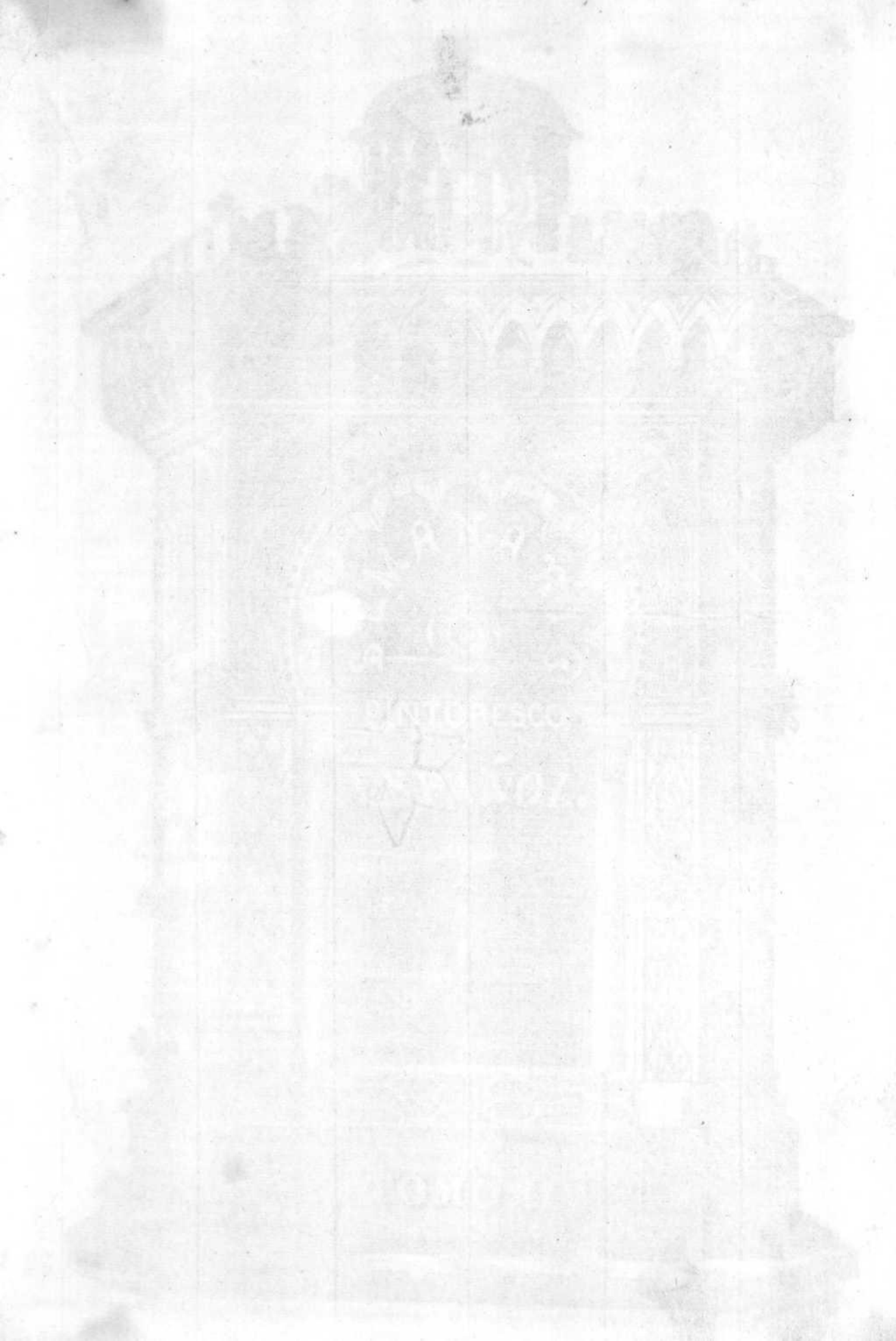
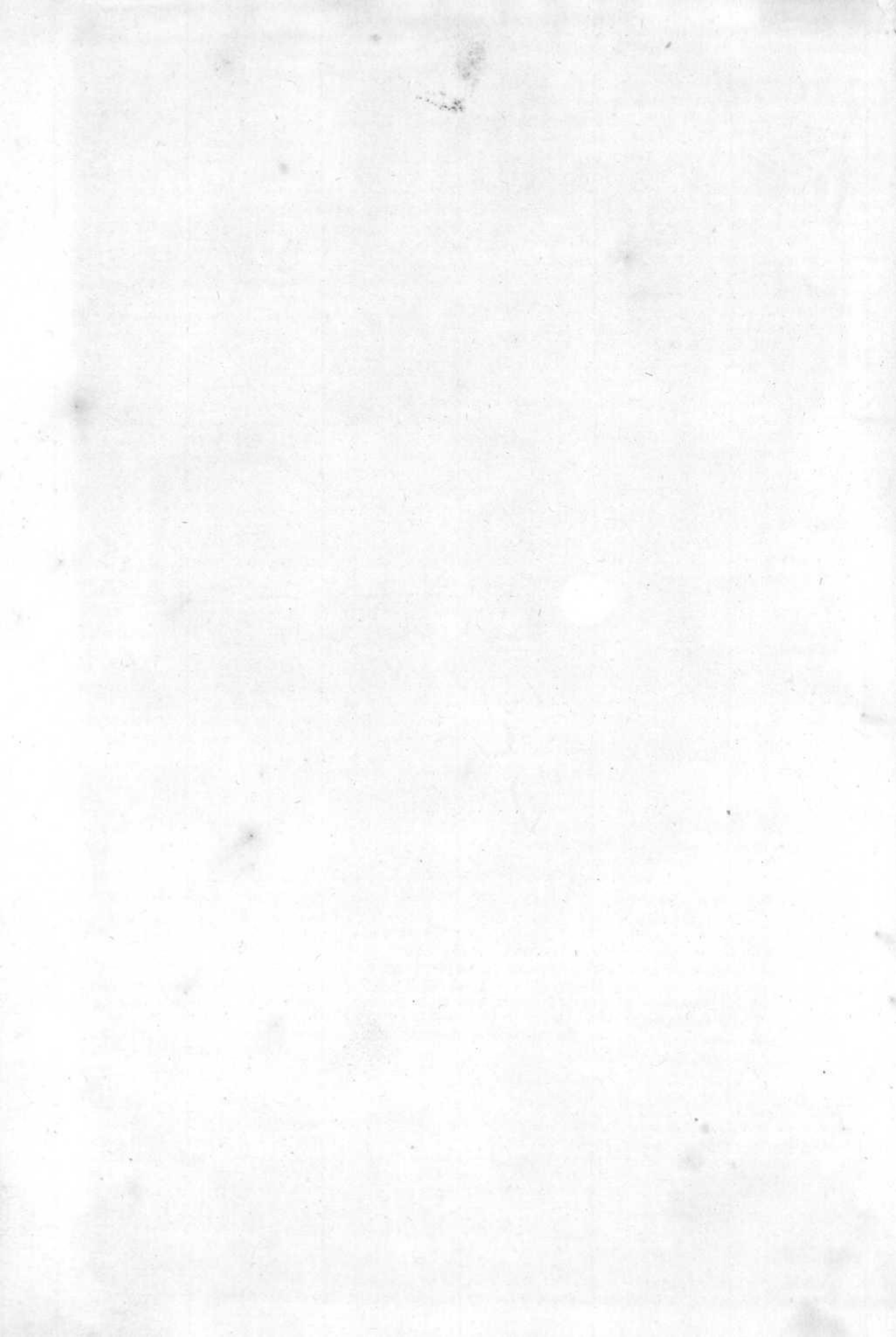
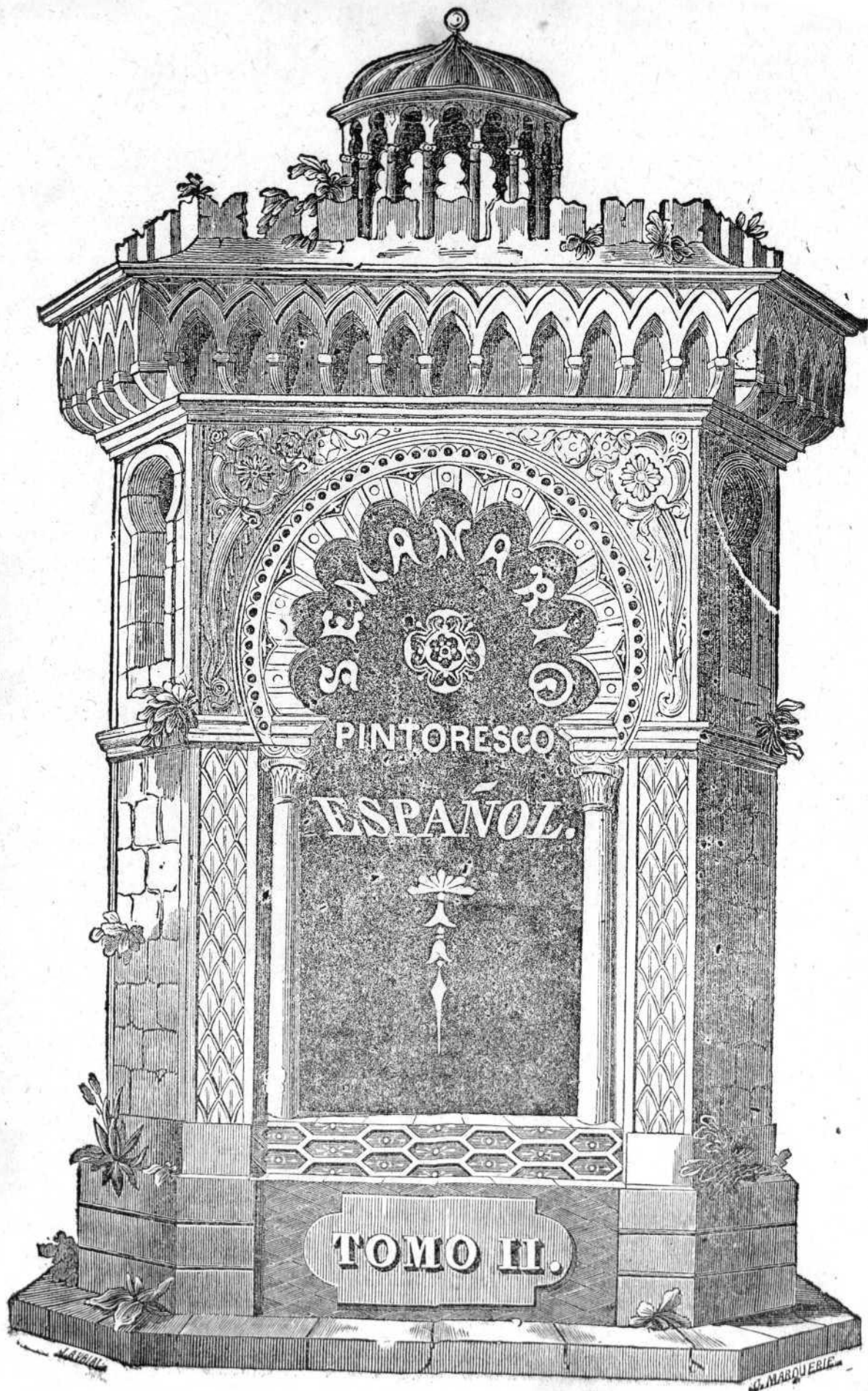


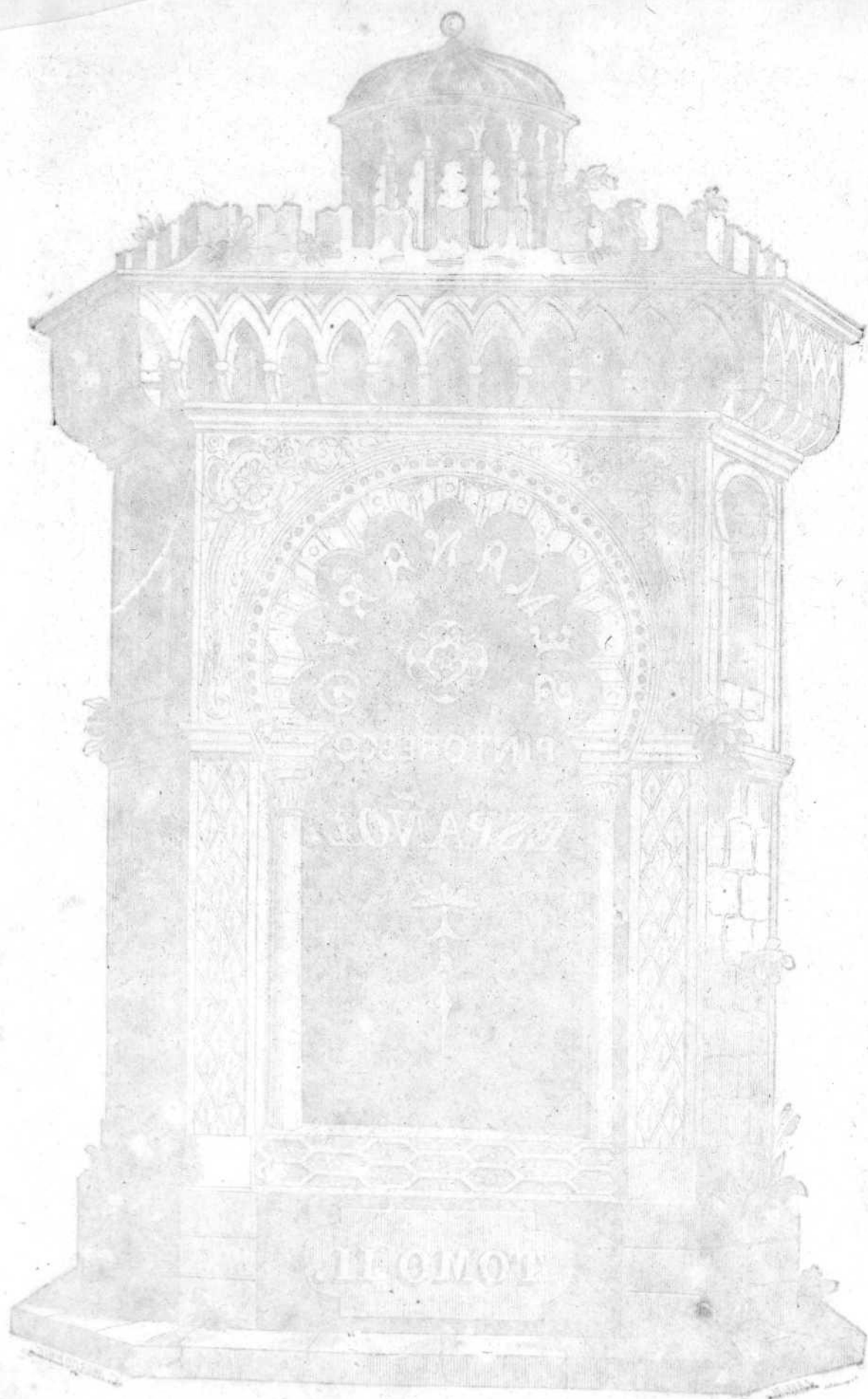


2022









INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO

NOTA: Por una involuntaria equivocacion se duplicaron en el mes de marzo las páginas desde la 94 á la 103 ambas inclusive; por lo cual se han encerrado en un paréntesis los números de estas páginas dobles.

	Páginas.				Entretenimientos de un condenado á
Abate L'Epee (el).	194	Caza de abejas.	300	muerte.	103
A cada uno lo suyo.	182	Cesante (el) (Panorama matritense).	250	Escenas de guardilla (Panorama Ma-	
Acero ó arador de la sarna (el).	277	Chinches (las).	230	tritense.	392
Adornos de tocador.	163	Chinchilla (la).	341	Epigrama.	150
Advertencia.	1—414	Cisne (el) blanco y el cisne negro.	364	Equivocacion de los extranjeros ha-	
Aficionado (el) á puntos de vista.	140	Clásico (un) y un romántico cuan-		blando de España.	373
Afición á la lectura.	292	do llueve.	174	Etimologia de los nombres Europa,	
Agricultura en Africa.	61	Clasificación de las plantas.	67	España, y otros.	285
A las madres.	184	Coche simon (el) (Panorama matritense).	337	Escarabajo (el).	228
Alhambra (la).	25	Cochinilla (la).	170	Escena (una) en la India.	188
Alfange de los reyes moros de Granada.	27	Coincidencias extraordinarias.	198	Escorpiones (los).	115
Al mar.	253	Colonias agrícolas en Prusia.	99	Esponja.	275
Almoneda (la) (Panorama Matritense).	305	Combustion humana espontánea.	173	Exposicion pública de pinturas.	318
Alquiler (el) de un cuarto (Panorama		Comercio de sanguijuelas.	103	Exposicion de pinturas.	319
matritense).	267	Condor (el).	269	Exposicion de pinturas.	343
Alvarez (D. José).	100	Conduccion de aguas á Madrid.	232	Estados unidos americanos.	91
Amantes de Teruel (los) apuntes his-		Constantinopla.	311	Estátua de Felipe IV en el Buen Re-	
tóricos.	44	Construccion civil.	(95)	tiro.	73
Amor paternal.	189	Correos (historia y origen de los).	78	Estatua del hombre.	329
Anécdota.	341	Cortesía (de la).	58	Fantasmagoría (la).	12
A nuestros suscritores.	334	Costumbres árabes (un rasgo de).	156	Federico II y Federico III.	182
Anfiteatro de Roma (el).	286	Costumbres indianas.	103	Feijoo.	114
Antes ahora y despues (Panorama		Costumbres indias.	(99)	Fiestas de los judíos.	62
matritense).	376	Costumbres antiguas.	169	Forma de los libros romanos.	308
Apellidos (los).	180	Costumbres inglesas.	82	Frenologia (de la).	20
Apoteosis del emperador Claudio.	143	Costumbres raras.	331	Fuentes (las) del Prado.	212
Acueducto y castillo de Evora.	375	Crocodilo (el).	207	Fuerza (la) de la costumbre.	308
Arabes (los) y los moros.	102	Cuaresma (la) Letrilla.	55	Funerales en diferentes naciones.	30
Arabes beduinos (los).	199	Culto tributado á los animales en el		Funerales en Turquía.	237
Araña (historia natural de la).	202	Indostan.	223	Galeria de Rafael.	133
Arbol (el) del pan.	309	Cunas canadienses.	93	Galeria topográfica.	146
Arquitectura churrigueresca.	119	Custodia (la) del Santísimo Sacra-		Geografía Europea.	249 y 257
Ashabero ó el judío errante.	66	mento un Madrid).	151	Geología.	324
Automata jugador de ajedrez.	58	Danta (el).	95	Gerardo Dow.	359
Audiencia (una) del bajá de Egipto.	125	Daoiz y Velarde.	128	Gerbos (los).	358
Avestruz (el).	56	David Théniers.	260	Ginseng (el) ó la receta de la inmor-	
Aventura horrorosa.	181	De doce á una (Panorama matritense).	321	talidad.	64
Aviso á los que gastan peluca.	102	Descendimiento (el) de la cruz.	89	Goete.	399
Balanza (la) de las brujas.	62	Descripcion de un panorama.	242	Goma elástica.	211
Banano (el).	76	Descripcion de Polonia.	360	Góngora (don Luis de).	(103)
Baños de los antiguos.	38	Demanda (la) del frontero.	(94)	Habitantes sobre el agua.	206
Barcelona.	97	Descubrimiento de América.	106	Habla sin el auxilio de la lengua.	210
Bienhechores de la humanidad. Sor		Descubrimiento de las islas de la madera.	244	Hablemos de mi pleito.—(Panorama	
Marta.	167	Descubrimiento litográfico.	29	Matritense).	297
Boa (el).	381	Descubrimiento de las pandectas.	87	Halcones (los).	247
Boa (el gran).	71	Día (el primer) del año.	2	Ha sido una chanza.	35
Bolívar.	255	Día (el) primero de mayo en Viena.	133	Hechizo (el).	122
Bramante.	391	Día (un) del emperador de la China.	172	Hidrostatica é Hidráulica.	265
Bueno y mal éxito en industria.	258	Diagrama.	326	Higiene.	83
Buey del almizcle (el).	301	Diamantes (los).	330	Higiene. Consideraciones sobre el ayu-	
Buitre egipcio (el).	303	Dientes (los).	7	no de la cuareisma.	50
Buque chino (el).	102	Diferencia en el color de la tez hu-		Higiene de las bebidas.	139
Buque inglés (un domingo á bordo de un)	15	mana.	240	Higiene de la infancia.	74
Calendario.	291	Diferentes noticias curiosas.	(96) 104	Hipopótamo (el).	231
Camello (el) perdido.	324	Diligencia (una) de vapor.	263	Historia de Hogan.	233
Campana (la) del buzo.	191	Dos (el) de mayo.	127	Historia natural.	185
Capilla del perdon (la).	313	Duelo (el) se despiden en la iglesia		Historia natural del pato.	37
Cardenal Cisneros.	271	(Panorama Matritense).	224	Huérano (el).	317
Carlos V.	386	Duración de la madera.	3	Ideas generales de economía.	165
Carrera (la) del campanario.	189	Eclipse (un) de sol en el mar.	36	Imprenta real de París.	180
Casa de Correos de Londres (la).	179	Economía rural.	218	Impuestos en Inglaterra.	103
Casa del duque de Wellington.	206	Educacion maternal.	222	Inconvenientes de la obesidad.	63
Casal (el doctor D. Manuel).	155	Educacion (que es).	177	Industria madrileña. Perfumeria de	
Casamiento chino (un).	287	Embalsamamiento y conservacion de		Diana.	137
Casamientos antiguos.	369	cadáveres.	53	Interior del circo de Roma.	397
Castór (el).	279	Empleo de la fuerza del hombre.	130	Introduccion de la seda en Europa.	29
Causas y sentencias contra animales.	150	Encarcelamiento por deudas.	413	Instruccion (la).	346
Caverna curiosa en Cerdeña.	102	Ensayos que se han hecho para volar.	14	Inválidos (la casa de) de París.	59
		Enseñanza de ciegos.	111		

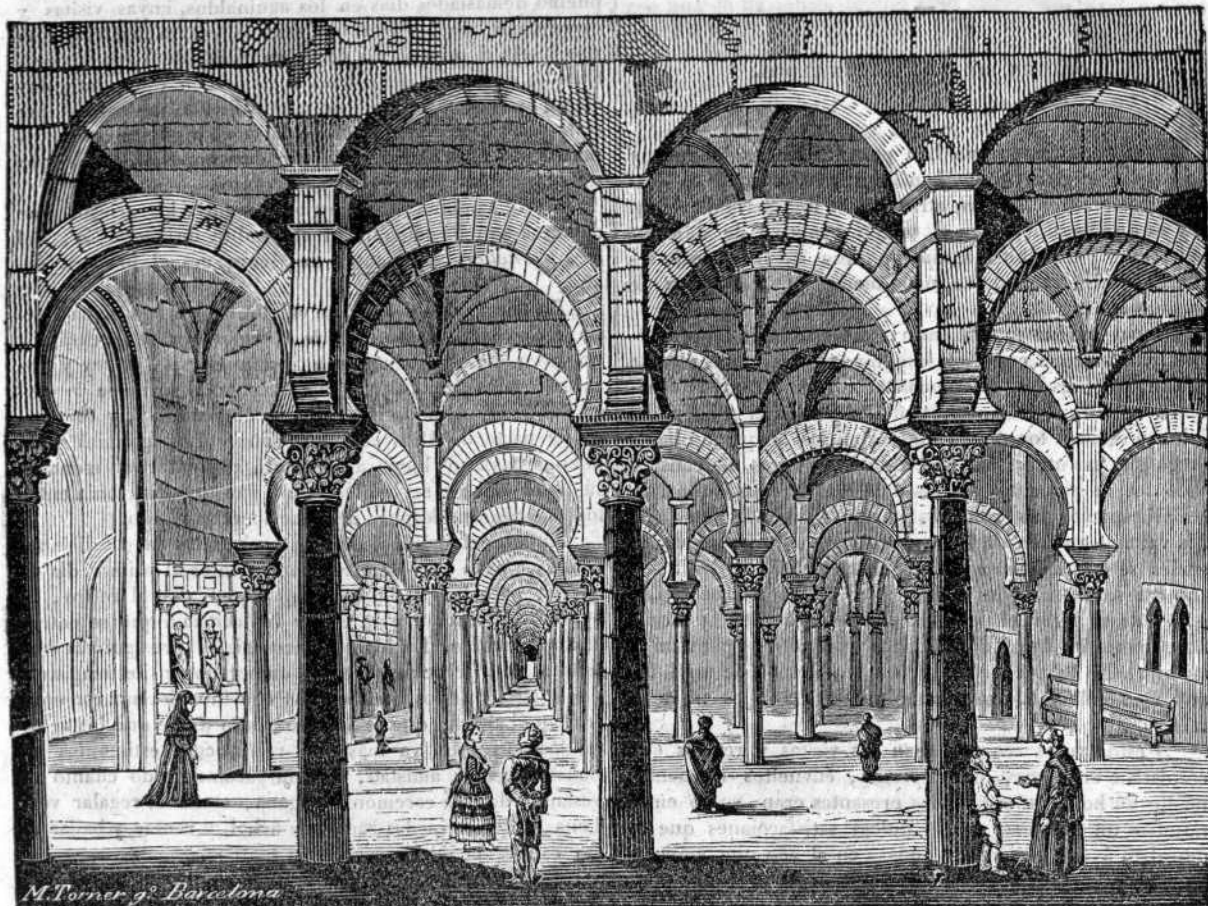
Isla (la) de Juan Fernandez.	371	Nadadores (los) salvajes.	102	Resolucion (la).	200 y 219
Jersey.	292	Nápoles.	51	Rumatismo (remedio sencillo contra el).	30
Jitanos (los).	84	Nápoles.	349	Riqueza mineral de España.	144
Judio (el) de Wilna.	198	Napoleon y el verdugo.	117	Romance de Tirso de Molina. (101) y	118
La mejor de las mujeres.	230	Naufragio.	288	Romanticismo (el) y los Románticos. (Panorama Matritense).	281
La pobreza no es un mal natural.	270	No puede ser.	290	Romántico (un).	120
La venganza generosa.	347	Noche (una) de hospital.	(100)	Salas de asilo.	400
Leche de burra.	103	Negra (la del Delavare).	136	Salon (el) de Oriente.	41
Lince (el).	76	Negras (las) de Tembauctu.	108	Sariga didelfo ó vulpeja.	18
Longevidad de los árboles.	94	Nieve (la).	175	Sepulcro de Fernando VI.	33
Lo que debe hacerse en una torcedura de pie ó mano.	173	Oca (la) ó ganso casero.	(102)	Sepulcro (el) poesía.	307
Lord Bacon.	371	Omnibus (los) irlandeses.	142	Singularidades de autores celebres.	108
Louvre (el).	403	Origen (verdadero) de la guillotina.	23	Sociedades de prevision y de socorros reciprocos en Paris.	39
Mahamut.	335	Paciencia.	225	Sociedades de templanza.	124
Madrid á la luna (Panorama Matritense).	352	Palacio del lord corregidor en Londres.	39	Solemn inauguracion de un canal.	93
Máquinas (de las) y sus ventajas.	19	Panteon (el) nacional frances.	9	Suertes de fuerza.	77
Maravillas médicas. La catalepsis.	5	Panteon (el) real del Escorial.	81	Sultan (el) Shems-el-Meaticabies.	264
Maravillas de Bagdad.	92	Pantógrafo (el).	71	Suplicio de Knout en Rusia.	116
Matón (el) cuento.	408	Pararayos (los).	10	Tabaco (el).	186
Matrimonio (del).	66	Para impedir que las hormigas suban á los árboles.	103	Talmud (el).	86
Máximas morales.	285 y 397	Paseo (un) interrumpido.	134	Talleyrand (M. de).	147
Máximas que deben tenerse presentes.	253 y 262	Pedro el grande en Sardan.	157	Teatro chino.	7
Mecanismo del reloj.	196 y 280	Pekin.	(98)	Teatro de Bordeaux.	17
Medio de destruir los caracoles.	22	Perezoso (el).	108	Teatros Muerete ¡¡ y verás!!!.	141
Método para arreglar péndolas y relojes.	401	Perros (los) de aguas.	7	— El page.	165
Método para disecar toda clase de hojas.	22	Perro (el) del soldado.	205	— Doña Maria de Molina.	235
Método para preparar las pieles de animales.	30	Perros (los) del monte de S. Bernardo.	327	— Fray Luis de León.	279
Mezquitas turcas (las).	295	Persecucion contra el cristianismo.	383	— Carlos II el hechizado.	380
Mi casino.	222	Pescador (el).	126	— Bárbara de Blomberg.	387
Mi calle (Panorama Matritense).	208	Peseador (cancion) del.	95	Templo de Diana en Évora.	183
Minas de Méjico.	31	Pez espada (el).	131	Terremotos.	189
Miniaturistas Españoles.	262	Plan de vida.	340	Ticiano (el).	440
Modas.	23	Poblacion de Rusia.	370	Tiesto (el) de albahaca.	113
Modo de dar lustre á toda clase de utensilios.	30	Pompeya.	367	Tirso de Molina (el maestro).	152 y 161
Modo de formar relieves en un huevo.	30	Primer dia en Paris (el).	159	Tortuga (la).	87
Modo de limpiar las alhajas de oro.	173	Primeros socorros en casos urgentes.	411	Trabajo (del).	90
Monjes (los) de la Trapa.	229	Principales causas de los delitos.	414	Tradiciones acerca de las brujas.	140
Monasterio (el) de Batalha.	65	Prodigiosa memoria de un ciego.	63	Tribus que se alimentan de tierra.	71
Monasterio de nuestra señora de Montserrat.	57	Proverbios morales.	23	Turquía (la).	78
Montserrat.	49	Proverbios árabes.	59	Usos y madales del siglo pasado.	149
Moral individual.	414	Posada (una) española.	410	Variedades.	357 y 372
Moral privada.	404	Puente (el) del diablo.	43	Velazquez (don Diego) de.	68
Mujeres (las) tártaras.	29	Puentes colgantes.	215	Ventajas de la adversidad.	356
Murillo.	407	Puerta de Toledo.	(93)	Ventrílocos (los).	2
		Pulpo (el).	123	Viaje á la Laponia.	87
		Quien debe ser verdadero ayo de un niño.	31	Viajes sobre el hielo en Rusia.	181
		Rafael de Urbino.	239	Vidrieras pintadas en las catedrales de España.	243
		Remedio contra la mordedura de animales rabiosos.	62	Viriato.	4
		Remedio infalible.	230	Zebra (la).	53
		Remitido.	145		

Grabados que contiene este segundo tomo.

La Catedral de Córdoba, pág. 1.—La muerte de Viriato, 4.—Los perros de aguas, 8.—El panteon nacional francés, 9.—La fantasmagoria, 12, 13 y 14.—El Sariguo ó didelfo, 16.—Teatro de Burdeos, 17.—La frenología, 21.—Modas, 24.—La alhambra, 25.—Alfange de los reyes moros, 28.—Minas de Méjico, 32.—Sepulcro de Fernando VI en las salesas, 33.—El pato, 37.—Palacio del Lord Corregidor, 40.—El salon de Oriente, 41.—El puente del Diablo, 44.—Montserrat, 49.—La zebra, 53.—El avestruz, 56.—Monasterio de nuestra Señora de Montserrat, 57.—Los invalidos, 60 y 61.—El Ginseng, 64.—Monasterio de Batalha, 65.—D. Diego Velazquez, 68.—El gran boia, 72 y 382.—Estatua de Felipe IV, 73.—El banano, 76.—El lineo, 77.—La diligencia, 86.—El panteon del Escorial, 81.—Los jitanos, 85.—La tortuga, 88.—El descendimiento de la cruz, 89.—Cunas canadienses, 93.—El danta, 95.—Barcelona, 97.—El grupo de Zaragoza, 101.—La puerta de Toledo, 94.—Casa del Sr. Marques de Casa Irujo, 95.—Pekin, 98.—La oca, 102.—Don Luis de Góngora, 103.—Cristobal Colon, 106.—El perezoso, 110.—Enseñanza de ciegos, 111.—

Feyjoó, 114.—El escorpion, 115.—Arquitectura churrigueresa, 119, y 126.—El pulpo, 123.—El dos de Mayo, 127.—El pez Espada, 131, y 132.—Un paseo interrumpido, 134.—Galeria de Rafael, 135.—Perfumeria de Diana, 138.—Omnibus irlandeses, 142.—Apoteosis del Emperador Claudio, 143.—M. de Talleyrand, 147.—La custodia del Corpus en Madrid, 151.—D. Manuel Casal y Aguado, 155.—La casa de Pedro el Grande en Saardam, 158.—Paris, 159.—Agujas á la Valenciana, 164.—Sor Marta, 167.—La cochiuilla, 170.—Un clásico y un romantico cuando llueve, 174.—La nieve, 175.—La casa de correos de Londres, 178.—Templo de Diana en Évora, 183.—La Planta del Tabaco, 187.—La carrera del camponario, 190.—La campana de los buzos, 191.—El abate de l'Epee, 194.—Mecanismo del reloj, 196, 197, 198, y 221.—Los árabes beduinos, 199.—La araña, 203 y 204.—El crocodilo, 207.—Las fuentes del Prado, 212, 213 y 214.—Puentes colgantes, 215 y 216.—El toro bracon, 223.—Los monjes de la Trapa, 229 y 230.—El hipopótamo, 231.—Cementerio turco, 238.—El sueño del niño Jesus, 239.—Descripcion de un panorama, 242.—Sepulcro

de Ana Dorset, 246.—Los alcones, 247.—El mari 254.—Bolibar, 255.—Los fumadores, 261.—Una diligencia de Vapor, 263.—Hidrostatica, 265 y 266.—El cardenal Cisneros, 271.—Casa del cardenal en Madrid, 273.—Su sepulcro, 275 y 334.—El ácaro, 277.—El castor, 279.—Anfiteatro de Roma, 286.—Un casamiento chino, 287.—Jersey, 293.—Mezquitas turcas, 295.—El hueso del almirante, 302.—El buitre ejipcio, 303.—El arbol del pan, 309 y 310.—Constantinopla, 311 y 312.—Exposicion de pinturas de 1837, 319, 343, 351.—Diagrama, 326.—Los perros del monte de San Bernardo, 327.—Mahamad II, 335.—La chinchilla, 341.—Napoles, 350.—Los Gervos, 358.—La mujer hidrópica, 359.—Lord Bacon, su sepulcro, 363.—Los cisnes, 366.—Pompeya, 367.—La Puerta del Sol, 374.—Acueducto y Castillo en Évora, 375.—Persecuciones contra el cristianismo, 383.—Carlos V, 386.—Bárbara Blomberg, 390.—Templete del Bramante en Roma, 391.—Circo de Roma, 397.—Goghe, 399.—El Louvre, 403.—Los peregrinos de Emaus, 406.—El jóven mendigo, 407.—Una posada española, 410.—



M. Torner. g.^o Barcelona

(La catedral de Córdoba.)

ADVERTENCIA.

Nos hemos tomado la libertad de reproducir la vista de la catedral de Córdoba (que ya dimos en nuestro número 27) porque habiendo sido la que hoy ofrecemos, grabada en madera por un artista español, y siendo incomparablemente mejor que la ya publicada, creemos que los suscritores al Semanario no llevarán á mal el ver consignada al frente del segundo tomo de esta obra una prueba de que procuramos alentar á nuestros artistas á competir con los extranjeros en este importante trabajo. Siguiendo por nuestra parte en la publicación del Semanario, mejorándolo constantemente por todos los medios que nuestra buena intención, y el estado del país nos permitan, nos lisonjamos de que muy en breve podremos ofrecerles sin rubor al lado de las numerosas publicaciones de este género que ven cada día nacer las capitales mas adelantadas.

Tomo II: 4.º Trimestre.

Entretanto reclamamos confiadamente del público español la misma indulgencia con que hecho cargo sin duda de las graves dificultades de nuestra empresa, nos ha favorecido hasta aquí. Si así lo conseguimos, si continuamos viendo apreciar nuestros esfuerzos para el progresivo adelanto de una publicación benéfica al país, por ser la primera de su especie, nos daremos por satisfechos completamente, y cuando hayamos llegado á elevarla al punto de perfección que anhelamos, recorreremos con gusto sus primeras páginas recordando las dificultades que habremos vencido, y el espacio que habremos andado.

Sin altas pretensiones, sin odios, sin envidias, solo nos anima el deseo de trabajar en utilidad de aquellas clases que mas lo necesitan, y que tambien recompensan mas noblemente á quien por ellas sedes vela, porque juzgándole con su natural buena fe, le juzgan igualmente sin envidias, sin odios, y sin altas pretensiones.

1.º de enero de 1837.

EL PRIMER DIA DEL AÑO.

ORIGEN DE LOS AGUINALDOS.

Al mismo tiempo que han perecido instituciones muy necesarias é importantes, han llegado hasta nuestros días otras costumbres frívolas, atravesando una serie de siglos. Así es que para dar con el origen primitivo de desearse felicidades y distribuir aguinaldos que existe en este siglo, es preciso remontarse nada menos que á la época de los romanos.

Aquel pueblo supersticioso, que creía que los presagios tenían íntima conexión con las primeras cosas que se hacían, palabras que se escuchaban, ú objetos que se ofrecían á la vista, imaginaba también que en el primer día del año estaban los dioses mas propicios, y que no había ruego que no otorgaran. El conde Caylus nos ha conservado dos monumentos preciosos de los votos que formaban recíprocamente los romanos por su felicidad. Estos son dos vasos pequeños de barro cocido, en el primero de los cuales se lee: *annum novum faustum, felicem tibi*: (un año nuevo afortunado y feliz para ti, se sobreentiende *opto*, deseo.) En el segundo vaso está escrita la misma frase, pero en lugar de *tibi dice mihi filio*, (para mí y mi hijo). En lo que se vé que en sus deseos de un buen año no se olvidaba un romano ni de sus hijos ni de sí mismo.

A estos votos acompañaban las visitas y regalos que consistían en higos, dátiles y miel, envueltos frecuentemente en hojas de oro. Tales presentes eran, como entre nosotros un emblema de las dulces satisfacciones que se deseaban á sus parientes ó amigos en el año que empezaba. Los clientes ofrecían además á sus patronos una moneda en señal de sumisión y tributo, y mas adelante sustituyó el oro á la modesta moneda de bronce.

Estos mútuos obsequios, cuya carga se ha transmitido de siglo en siglo, sin haberse jamas votado, se llamaron en los primeros tiempos *Strenua* por el caso siguiente, segun lo refiere Nonio Marcelo. El día primero de un año que debía ser entonces el primero de marzo, Tacio, rey de los sabinos y aliado de Rómulo en el gobierno de la nueva ciudad, recibió un presente que miró como el agüero mas feliz, y era el de unas ramas cortadas en una selva consagrada á *Strenua*, diosa de la fuerza. Lisongeado Tacio con aquel regalo que honraba á su valor, quiso que se renovase en cada año, y los llamo *Strence* del nombre de la diosa, bajo cuya advocación instituyó esta costumbre.

Aquellos presentes, y aguinaldos en nuestro idioma, mudaron pronto de protector. Cuando Numa introdujo dos meses mas en el calendario, se consagraron los aguinaldos á Jano. Se celebraba su fiesta en las calendas de enero, con bailes y regocijos, y se le ofrecía la torta llamada *Janual* rodeada de higos, miel y dátiles.

Persuadidos los romanos que el uso que se hacia del primer día del año, decidía de todos los demas, no se entregaban enteramente al descanso. Los artistas y obreros se ponían á trabajar, y empezaban cuando menos alguna obra, solo por alejar el prestigio de un año inactivo.

En aquel mismo día tomaban los nuevos cónsules posesión de su dignidad, y subiéndolo al capitolio con vestidos nuevos, inmolaban á Júpiter Capitolino dos toros que no habían llevado yugo, durante cuyo sacrificio los flámines ó flaminos dirigían preces al cielo por la prosperidad del imperio y la salud del emperador.

En el reinado de Augusto, el pueblo, los caballeros y senadores ofrecían presentes al emperador, y en ausencia de él los dejaban en el capitolio. El dinero no se em-

pleaba en gastos personales sino en pagar las estútuas de algunas divinidades. Viendo Tiberio que se ocupaba el pueblo demasiados días en los aguinaldos, cuyas visitas y ceremonias se llevaban una semana entera, restringió su uso á solo el primer día de enero. Calígula y su sucesor Claudio no fueron del mismo dictamen en este punto, declarando el primero que no admitiría los aguinaldos que se le ofreciesen, y proscribiéndolos el segundo como impertinentes. Sin embargo del anatema imperial, no dejaron de perpetuarse entre los particulares.

Se vé también esta costumbre entre los griegos que daban á aquella solemnidad el nombre de *Gamelia*, del mes *Gamelion*, que antes de Meton, era el primero del año.

La renovación del año se celebraba en la antigua Persia con gran aparato. Desde el amanecer se presentaba un joven de rara hermosura á anunciársela al rey y llevarle regalos simbólicos. Al acercarse al príncipe le decía: «Yo soy Almobarek (esto es, el bendito), y te traigo de parte de Dios el nuevo año.» Los grandes y el pueblo pasaban luego á palacio á presentar al monarca su *homanage*, y se le ofrecía un pan que distribuía entre los cortesanos, despues de haberlo él probado.

Aunque el cristianismo desterró todos las tradiciones profanas, nada alteró de las concernientes al primer día de enero; pero la iglesia consagró aquel día al retiro, el ayuno y la oración para espiar la licencia á que se entregaba el pueblo. En los primeros siglos prosiguió la costumbre de ofrecer presentes al emperador y los magistrados, hasta que los padres y los concilios declamaron contra aquel abuso, que al fin cesó; pero desde que los aguinaldos no fueron ya mas que recíprocos testimonios de benevolencia y amistad, y se purgaron de todo cuanto se resentía de una ceremonia pagana, como el regalar verbenas, ó determinadas ramas de árbol, y cantar y bailar en las calles, la iglesia revocó su sentencia.

En Francia, Inglaterra y otros muchos países, la industria se ha apoderado de esta costumbre para desplegar una actividad verdaderamente sorprendente. Todas las artes, todas las manufacturas se disputan á porfía la preferencia del público en objetos delicados y primorosos; y todas las familias respondiendo gustosas á aquel llamamiento se esmeran en ofrecerse mútuamente bajo el nombre de *Etrennes*, (*estrenos*, *aguinaldos*) regalos numerosos y delicadamente combinados, que constituyen el primer día del año, el mas importante para el comercio, y la industria fabril. Muebles de esquisito gusto y riqueza, alhajas de mucho valor, juguetes, adornos, dulces, todo entra en el dominio de los *Etrennes*. Solo en el ramo de librería asciende la venta á muchos millones, siendo de admirar la esquisita perfección y el raro gusto de los *Keepsakes* ingleses, los *Albums*, *Almanaks* y *Souvenirs* franceses.

Entre nosotros no han tenido aun entrada estos obsequios intelectuales, y materializando mas la costumbre de los aguinaldos nos hemos limitado á los obsequios manducables de *noche buena*; pero no por esto deja de ser relativamente asombroso el gasto que ocasionan, de que puede dar buen testimonio en tal día la plaza mayor de Madrid.

En vano ha habido y hay personas que no ven en los aguinaldos sino una costumbre de hipocresía y adulación. Apoyada esta contribucion por una parte en el orgullo, y por otra en el interés, no creemos sea facil el destruirla, sino que se perpetuará como todos los abusos.

LOS VENTRILOCUOS.

Llámanse *ventrilocuos*, *gastrilocuos*, *gastrimythas* ó

engastrimythas á las personas que tienen la facultad de hablar con el estómago ó el vientre.

Hay graves fundamentos para creer que las Pitonisas ó antiguas Sivilas eran gastrimythas. El que iba á consultarlas percibía sus palabras como si saliesen de lo hondo de su pecho; pero no veía que abriesen la boca, ni meneasen los labios. El mismo fenómeno se advertía en algunos energúmenos al principio del cristianismo.

La traduccion de los Setenta del hebreo al griego, vierte la palabra *ob* por la de *engastrimythas*. Se supone que la Pitonisa de Gelboe al evocar la sombra de Samuel delante de Saul se valió de este arte para figurar que hablaba. Plathon, Hipócrates en el Libro V sobre las epidemias, y Plutarco hacen mención de los ventrilocuos. Euricles es citado frecuentemente como el primer gastrimythas conocido.

San Crisóstomo miraba á los ventrilocuos como hombres particularmente favorecidos de Dios y dotados del don de predecir, y lo mismo opinaba Acumenio.

Lery, viagero francés del siglo XVI describe una escena de ventrilocuismo religioso, que presencié cuando estubo entre los Tupaiambas.

Antonio Van Dale, médico holandés, refiere la anecdota siguiente: «Son innumerables, dice, los que como yo han visto en 1685 en el hospital de los viejos de Amsterdam una muger de 75 años, llamada *Barbara Jacobi*, que solia estar al lado de una camilla, cuyas cortinas corria. Con la cara descubierta, y vuelta hácia el lado á donde dirigia la palabra, finja hablar á un hombre á quien llamaba Joaquin. Segun que ella decia se oia al supuesto Joaquin unas veces llorar, otras reir, ya dar tristes gemidos, ya sueltas carcajadas, y muchas veces cantar; y todo con tanto arte y gracia, que no se la notaba la menor parada ni vacilacion.»

Celio Rhodigino, que profesaba las bellas letras en Milan y Pádua á principios del siglo XVI, habla tambien de una muger, de cuyo vientre se oia la voz del *espíritu inmundo*. Dicha voz, añade, era muy chillona; pero cuando él lo queria, era muy clara y perceptible. El demonio alojado en el cuerpo de aquella muger, se llamaba *Cincinnatiulus*. Contestaba maravillosamente acerca de las cosas pasadas; pero cuando se le preguntaba el porvenir, era el mayor embustero del mundo, y descubria su ignorancia afectando una especie de murmullo ó zumbido, en el que nada podia entenderse.»

Gérónimo Oleaster, inquisidor general en Portugal, y sábio distinguido, cita en una obra impresa en 1656 el hecho que cuenta en estos términos: «Me acuerdo haber visto cuando estudiaba en el colegio real de Lisboa á una tal *Cecilia*, á la que llevaron á palacio y compareció ante el Senado. Parecia que hablaba con los codos ó con cualquiera otra parte del cuerpo, de donde salia una voz delgada que decia era la de un tal *Pedro Juan*, muerto hacia algun tiempo. Dicha voz respondia inmediata y apresuradamente á las preguntas que se le hacian, y yo no cesaba de recomendar á todos la indigencia de la pobre *Cecilia*. Por sentencia del Senado se desterró á aquella jóven á la isla de Santo Tomás, una de las Antillas, en donde murió.»

Agustín Steuchus, dice Eugubino, obispo de Ghisaino en Candia; afirma que vio ventrilocuos; pero no cree que lo sean, sino que lo atribuye todo á operacion diabólica.

Etienne Pasquier en sus *Recherches sur la France*, libro VI del tomo I dice: «Hace doce ó trece años que murió un bufon, llamado Constantino que formaba toda clase de voces: unas veces formaba la de los ruisñores, que no lo hubieran hecho mejor que él; otras rehuñaba como un asno, ó contrahacia la ríña de tres ó cuatro perros que luchaban, y el del que, mordido por los otros, huía quejándose. Con un peine en la boca imitaba perfectamente el sonido de una corneta. Pero en lo que sobre

todo escedia era en que hablaba á veces con una voz tan interna, y del estómago, que estando cerca le parecia á uno que le llaman de una gran distancia.

«En 1643, dice el escritor inglés Dickinson, habia en Oxford un hombre, á quien llamaban *el cuchillero del rey*, y cuyo verdadero nombre era *Fanning*. Con los labios cerrados é inmóviles proferia con el pecho palabras tan claras y de una manera tal, que parecia provenian de un paraje muy remoto.»

Juan Brodeau, sábio crítico del siglo XVI cuenta en su *Miscelánea* la historia de las travesuras de Luis Brabant, ayuda de cámara de Francisco I, que con su habilidad ventrilocu persuadió á una señora de París á que le diese en matrimonio su hija, hermosa y rica, y obligó á un banquero de Leon, llamado Cornu, á que la dotase.

Entre los célebres ventrilocuos modernos se cuenta al baron de Mengén, Saint — Gille, Tiemet, Fitz — James y Comte.

Por mucho tiempo se ha estado en la persuasion de que los ventrilocuos formaban su voz interior *aspirando*. El abate La Chapallé que ha escrito una obra muy curiosa sobre el engastrimysmo, ha ilustrado algo este punto; y las tareas del doctor Fournier han disipado todas las dudas. El mecanismo de las operaciones del ventrilocuismo no parece que estriva en otra cosa que en saber oprimir la voz cuando sale de la larinje, con una operacion larga y sostenida. La glotis, casi enteramente cerrada en aquel momento, refluye el aire hácia los pulmones, y no le deja salir sino en la corta cantidad indispensable para la formacion de la voz articulada. El ventrilocu habla durante la *aspiracion* natural como los demas hombres.

No hay casi ninguno que no pueda ser ventrilocu, pues no se requiere sino trabajo, paciencia, cierta flexibilidad de los órganos de la palabra, y sobre todo robustez de pecho.

DURACION DE LA MADERA.

Se han hecho experimentos que prueban el mayor cuidado y paciencia para llegar á conocer la duracion de las diferentes especies de maderas, y acerca de los medios de prolongarla, y se han obtenido los resultados siguientes:

Habiéndose enterrado á algunas pulgadas de profundidad varias estacas de dos pulgadas y media en cuadro, se ha ido pudriendo por este órden: el tilo, el álamo negro de América, el pobo ú álamo blanco, y el arce plateado, en tres años. El sauce comun, el castaño de India y el plátano, en cuatro años. El arce, el haya roja y el álamo comun, en cinco. El olmo, el fresno, el hojaranzo y el álamo de Italia, en siete. La acacia, el encino, el pino comun, el silvestre, el de Weimouth y el abeto, solo se pudrieron unas seis líneas al cabo de siete años. El cedro del Líbano, enebro comun y de Virginia habian quedado intactos. Se observó despues que la duracion de las estacas dependia de la calidad y edad del árbol respectivo. Las estacas de madera vieja duraban mas que las de nueva de quince á veinte años de corte, y las estacas mucho mas que las frescas.

Casi los mismos resultados se han obtenido de experimentos hechos con tablas delgadas: de consiguiente, puede hacerse la siguiente clasificacion de las diferentes maderas empezando por las de menos duracion: el plátano, el castaño de India, el tilo, el álamo blanco, el pobo, el haya roja, el cedro, el fresno, el arce, el abeto, el pino silvestre, el olmo, el pino de Weymouth, el ordinario, la acacia, la encina y el cedro del Líbano.

Reiterados experimentos han dado á conocer que el mejor medio de prolongar indefinidamente la duracion de

la madera es el de carbonizarla y darla tres ó cuatro capas de alquitran. El aplicar á la madera no carbonizada dos ó tres manos de pintura al óleo, y el forrarla con

hojas de plomo, son tambien muy útiles; pero la simple carbonización, y la saturación de cualesquiera sales ó ácidos, mas influyen en la duracion de la madera.



VIRIATO.

Viriato floreció el año 601 de la fundacion de Roma, 150 años antes de la era cristiana. En aquella época los cartagineses y romanos se disputaban encarnizadamente la posesion de la Península española. Los cartagineses, dueños de una inmensa porcion del territorio, que nadie habia pisado antes de ellos, cubiertos de trofeos y de riquezas, eran los primeros poseedores de España; pero Roma, la soberbia Roma se declaró rival de Cartago y quiso disputarla el supremo ascendiente que habia cobrado en la Península. Roma encontró un digno rival suyo en Aníbal, hombre que desde su infancia habia jurado

odio mortal á los romanos, y gobernando entonces á los españoles, supo de tal modo ganarse sus ánimos, que reunidos con sus africanos los llevó á la conquista de la Italia. Estas tropas atravesando los Pirineos, la Galia Meridional y los Alpes, triunfando en Tesin, Trebia, en el Lago Trasimeno y en Cannas, llevaron el espanto y la consternacion hasta las mismas puertas de Roma.

El pueblo romano no fue admirable solamente en sus dias de victoria: en los de esterminio y desolacion se mostró aun mas digno de sí mismo y de la admiracion de la posteridad. Su energía se desarrolló con mas fortaleza y actividad en las grandes calamidades. Grande era la que entonces le amenazaba; pero mayor fue su entusiasmo y su constancia, que le hizo triunfar de Cartago y reparar

gloriosamente sus desastres. El senado conoció bien su situación, y para arrojar á los cartagineses de las puertas de Roma envió á España sus legiones. Así que estas distrajerón á los naturales de su alianza con los africanos y les cortaron todos los refuerzos y socorros que les iban de la Península, fue segura la ruina de Cartago. Sus tropas debilitadas y vencidas por los Scipiones, abandonaron la Italia y cedieron al fin en España, que vino á poder de los romanos. Hasta entonces nuestro país había sido el terreno en que se habían disputado los intereses de tan poderosos competidores. Los españoles, divididos en parcialidades, se despedazaban unos á otros, ya por Roma, ya por Cartago, sin que ninguno levantase la voz en favor de la patria oprimida por los extranjeros. No era bastante á despertar su valor el sentimiento de su nacionalidad vilipendiada, las tiranías y violencias de los gobernadores extraños, y la avaricia con que extraían en repetidas veces los tesoros, que tan pródigamente deramó naturaleza en el suelo español. Viviendo libres en un país apacible, donde nada faltaba de lo necesario, ignoraban el valor del oro y de la plata, mirando con indiferencia su posesión. Un solo hombre detuvo los progresos y la ambición de los romanos. Un hombre hubo resuelto á vengar tantos ultrajes y recobrar la pérdida libertad: este hombre fue Viriato.

II. Viriato.

Viriato nació en Lusitania, y su primera juventud se pasó obscuramente en la tranquila ocupación de custodiar ganado. Aun no había llegado la época en que debía darse á conocer por su valor y por los servicios hechos á su país. Aun no estaba en posición de manifestar la intrepidez y energía con que estaba dotado; pero él mismo anticipó esta época, dándose á conocer ventajosamente. No podía llevar con paciencia el latrocinio de los romanos, por lo que algunas veces abandonando el cayado y poniéndose al frente de otros descontentos, que como él ardían en deseos de venganza, salía al encuentro á los enemigos, y sin mas armas que la desesperación, les arrebatada impunemente el botín que llevaban. Así fue creciendo su atrevimiento y su destreza, aumentándose de día en día el número de los que se incorporaban en las filas de un jefe tan valeroso. Luego que organizó un cuerpo regular de tropas, se presentó abiertamente en campaña, puesto animosamente á su cabeza.

La primera hazaña de Viriato fue atraer al ejército enemigo á una emboscada, donde le destrozó completamente. Así la sorpresa fue muy grande en Roma cuando se supo que una turba de bandoleros, (pues por tales reputaban á los soldados de Viriato) habían vencido á sus legiones mandadas por P. Cornelio, y se habían hecho dueños de toda la Lusitania, después de otras cuatro batallas memorables. Entonces reunieron las tropas mas veteranas y aguerridas, y mandadas por el pretor Vetilio, las enviaron contra Viriato. Este héroe las salió al encuentro, las deshizo enteramente cogiendo prisionero al pretor que las mandaba. Roma recibió en poco tiempo cuatro heridas mortales: cinco ejércitos habían sido destrozados: los mejores soldados, los generales de mas nombradía habían perecido, y cada orden del Estado lloraba pérdidas irreparables. Metélo, que pasó á España con las reliquias de aquella Roma tan fecunda en guerreros no pudo estorbar la marcha victoriosa del Lusitano, y solo se presentó delante de sus filas para dejarle dueño absoluto del país, firmando una capitulación vergonzosa para el senado romano. La altivez de este no pudo aprobar la conducta de su general, porque era animar á las demas provincias de España á que imitasen el heroico alzamiento de los Lusitanos. Dió por nulo todo lo hecho, y nombró otro general que continuase la guerra; pero no había en Roma quien quisiese marchar contra Viriato.

Entonces se realizaron á viva fuerza nuevas quintas, los aliados ofrecieron tambien su contingente con arreglo á los tratados, y se aumentó el número de las legiones. Q. Pompeyo pasando á España con este último y poderoso refuerzo se presentó delante de Viriato para reparar la afrenta hecha á las armas de la república.

III.

Llegó el día de la pelea, y los españoles encerrados en su campamento no habían hecho demostración ninguna de ataque. Esperaban sin duda la presencia de su general que les dirigiese algunas palabras y los condujese el primero á la victoria. Entre tanto los instantes se pasaban y los soldados fijos los ojos en la tienda de su jefe solo los volvian para observar el sol elevándose sobre el horizonte. En lugar de las nuevas que esperaban de Viriato se esparció por todo el campo un presentimiento vago y funesto, uno de aquellos rumores que parecen salidos de las entrañas de la tierra, tal es la celeridad con que se comunican y su origen inexplicable. Entonces nada puede contener á los soldados, y en medio del trastorno y alboroto universal se dirigen á la tienda de su general; pero ¡qué horrible! ¡qué sangriento espectáculo se ofrece á su vista! Viriato era muerto. Viriato había sido asesinado traicionamente; así lo atestiguaba su cadáver tendido sobre el lecho y cubierto de hondas heridas. ¡Qué desesperación la de aquellos guerreros habiendo dejado asesinar pérfidamente á un jefe idolatrado, y solo llegar á tiempo de levantar su sangriento cadáver! ¿Qué iba á ser de la España viuda de su mas heroico defensor? Inundado su cuerpo en llanto, exclamaban: «Gloria á ti Viriato, gloria á ti, que has muerto por la patria. A nosotros toca el triste consuelo de llorar sobre tus despojos mortales.» «A nosotros toca el honor de vengarle,» gritaron todos, y entonces estalló una explosión confusa de sollozos, imprecaciones y amenazas. Parecía que una sola conmoción se había hecho sentir de improviso en aquellos hombres antes tristes y silenciosos. La cólera estaba en todos los corazones: los soldados agitando violentamente sus armas pedían que los llevasen al instante mismo al combate. Combatieron sí; pero abandonados á sí mismos, sin jefe que los guiase, sucumbieron al número y á la fatalidad. Aquellos que pudieran haber reemplazado á Viriato para obtener mando en el ejército, eran los mismos que habían clavado el puñal en su seno, sobornados por la perfidia del romano, que no pudiendo vencerle por el valor, lo ejecutó por la traición y la cobardía.

Así murió Viriato, y con su muerte la España volvió á sentir el yugo de la dominación romana. Murió desgraciadamente y sin realizar sus heroicas empresas; pero la posteridad ha conservado el recuerdo de su gloria. Viriato es uno de los hombres grandes de la antigüedad por su valor y actividad infatigable, por haber hecho ver de lo que era capaz el valor español, y porque fue el primero que levantó la voz y tomó las armas en defensa de la independencia de su patria.

MARAVILLAS MEDICAS.

LA CATALEPSIS.

Pocas enfermedades presentan síntomas mas extraordinarios que la catalepsis. Suele tener comunmente origen en el exceso de trabajos intelectuales, en el abuso de licores fermentados ó en algun desarreglo de la economía animal, particularmente en los del cerebro.

Catalepsis viene de la voz griega *καταληψις*

retener, y volver, porque los síntomas de esta enfermedad consisten en una absoluta inmovilidad unida á una flexibilidad de miembros tal, que se les puede menear y mantener en todas posiciones. El pulso se debilita sin dejar de latir, la respiración apenas se percibe, la mandíbula inferior se presenta en un estado convulsivo y la piel está fría al tacto. Los ojos quedan abiertos, pero la inmovilidad completa de la miña á la que la luz misma no contrae, prueba que el paciente no ve.

Aunque oiga y no haya perdido sus funciones el olfato, ni el ruido ni los olores mas fuertes pueden cortar el acceso, y llega á perder la piel toda sensibilidad. Suelen durar á veces los accesos de esta dolencia que tantos síntomas presenta de muerte, doce horas y terminar casi siempre con suspiros, hostezos y una especie de delirio. Sus ataques son repentinos é imprevistos, y si ha de creerse á Clinio, un cómico, á quien el pueblo acababa de adjudicar una corona, quedó una hora entera en la actitud de quitársela. Buchanan refiere haber visto á un hombre detenido por la catalepsis en medio de una escalera por la que bajaba. Un enfermo de Frank, atacado mientras escribía, quedó tres días enteros con los ojos fijos en el papel y la pluma en la mano. Un famoso artista contemporáneo del mismo facultativo que estaba tocando la flauta en una numerosa concurrencia, se detuvo de improviso al ejecutar una cadencia que no concluyó hasta la mañana siguiente al momento en que salió del acceso.

A la catalepsis se deben atribuir los muchos entierros que ha habido de personas vivas. Un inglés que corrió este tremendo riesgo, y á quien salvó la mayor casualidad, cuenta los pormenores del lance en los términos siguientes:

«Me había atacado por algun tiempo una fiebre nerviosa y mis fuerzas decían por grados, pero parecía que el sentimiento de mi existencia se avivaba á proporción que se debilitaban mis facultades físicas. Conocía en los gestos que hacía el médico que desesperaba de mi vida, y el mudo, pero expresivo dolor de mis amigos, me confirmaba en lo mismo.

«Sobrevino la crisis en una noche y se apoderó de mi un escalofrío general y un zumbido que me aturdió, y veía al derredor de mi cama una multitud de figuras raras, brillantes, vaporosas y como incorpóreas. El aposento se me figuraba iluminado y como dispuesto para algun acto de gran solemnidad; probé á moverme pero no me fue posible. Una terrible confusión trastornó entonces mis sentidos, y cuando volví de aquel estado fue con todos mis recuerdos de lo pasado; la mas perfecta inteligencia, y en una palabra, con todas las facultades propias de la vida excepto la de obrar y hablar. Oía gemidos junto á mi cabecera y la voz de la enfermera que decía: *Está muerta!* Yo no puedo describir el efecto que causaron en mí aquellas tristes palabras; hice un nuevo esfuerzo para menearme, pero ni siquiera pude mover los párpados. Después de un rato mi amigo se acercó á mí lleno de dolor y con el semblante inundado en lágrimas, pasome la mano por la cara y me cerró los ojos. Quedé entonces en completas tinieblas, pero podía todavía oír, sentir y padecer.

«Cuando me cerraron los ojos conocí por las conversaciones de los que me velaban, que mi amigo había salido del aposento, y casi al mismo tiempo sentí que me agarraban los amortajadores para hacer su oficio, siéndome mas sensible la fria indiferencia de estos, que la aflicción de mis amigos. Me volvian en todas direcciones, se reían y trataban con la mayor brutalidad lo que llamaban ellos el cuerpo.

«Cuando acabaron aquellos miserables empezó la formalidad del duelo. Vinieron á verme por tres días consecutivos muchos amigos, á quienes oí hablar en voz baja de mis buenas cualidades y defectos, y sentí los dedos de

muchos de ellos sobre mi rostro: al tercer día se hablaba de mal olor que había en el aposento.

«Se trajo el atahud, se me colocó en él; mi amigo me puso en la cabeza lo que llamó mi última almohada y sentí sus lágrimas que caían en mi semblante.

«Después que todos mis conocidos colocados en derredor me contemplaron por algun tiempo, conocí que se retiraban y vinieron los carpinteros á acomodar y clavar la última tabla del atahud. Eran dos; el uno se marchó antes de concluir la obra, y oía yo al otro silbar mientras daba vueltas á la barrena, callar después y amartillar el último clavo.

«Quedé solo y todo el mundo se salió de la pieza. Sabía yo no obstante que no estaba enterrado, y aunque en tinieblas y sin movimiento alguno conservaba todavía alguna esperanza, pero en breve se desvaneció. Llegó el día del entierro. Sentí que levantaban y ponían en el carro fúnebre el atahud, que le rodeaban muchos individuos hablando afectuosamente de mí, y que el entierro empezaba á desfilar. Conocía que me llevaban al Campo Santo. El carruaje se detuvo, sacaron el atahud, y por la desigualdad del movimiento conocí que me conducían en hombros de muchos. Pararon: percibí el roce de las sogas con que ligaron el atahud, y no tardé en sentir que le balanceaban y bajaba con él al fondo de la hoya. Hice entonces el mayor esfuerzo para moverme, pero todo fue en vano: estaba inmóvil.

«Poco después dieron contra el atahud algunos puñados de tierra y hubo otra pausa. Al cabo de unos minutos oí el ruido de la pala. Caía la tierra sobre mí y el ruido de su caída que me era mas espantoso que el del trueno, me llenaba de horror pero no podía moverme. Fue disminuyéndose poco á poco aquel ruido, y por su retumbo conocí que ya el hoyo estaba terraplenado; y aun me pareció que el sepulturero andaba por encima y alisaba el terreno con el embés de su pala. Así concluyó aquella operación y todo volvió al mas profundo silencio.

«No tenía yo medio de conocer el tiempo que transcurría de aquel modo. Heme aquí muerto, me dije, y aquí debo quedar hasta el día de la resurrección. Mi cuerpo va á corromperse y vendrán los gusanos á hacerme su pasto. Mientras estaba entregado á tan terribles reflexiones, oí sobre la tierra y hacia la parte de mi cabeza un rumor sordo y prolongado, y pensé que eran los gusanos y reptiles de la muerte que venían á reclamar su presa.

«El rumor se acercaba y crecía: ¿Sería posible que mis amigos hubiesen pensado que me habían enterrado demasiado pronto? Esta idea se apoderó enteramente de mí.

«Cesó el ruido y sentí que me manoseaban la cara. Sacáronme del atahud por la cabeza. Sentí el aire y era muy frío. Entonces creí que me llevaban al tribunal terrible.

«A cierta distancia me tiraron como el trasto mas vil pero no fue al suelo; conocí que estaba en un carruaje y en manos de dos de aquellos ladrones nocturnos, conocidos con el nombre de *resurrectionem*, que roban las sepulturas para hacer un sacrilego comercio con los cadáveres. No bien el carruaje empezó á rodar por el empedrado de las calles, cuando uno de ellos empezó á silbar, y á cantar después algunas coplas obscenas.

«Se me cojió, se me condujo, y la densidad del aire y mudanza de temperatura, me dieron á entender que estaba en un aposento: me quitaron torpemente mi mortaja, y me pusieron sobre una mesa. Por la conversación de ambos y la de otro que les recibí, llegué á saber que me debían disecar aquella misma noche.

«Mis ojos estaban aun cerrados, nada veía; pero poco tardé en conocer por el ruido, que habían llegado los cursantes de anatomía. Algunos se acercaron á la mesa y me examinaron detenidamente, contentos de que se les hubiese proporcionado tan buen material. Por último llegó el profesor.

«Antes de proceder á la operacion propuso que se hiciesen conmigo algunos experimentos galvanicos, y se dispuso un aparato al intento. El primer golpe conmovió todos mis nervios que resonaron y vibraron como las cuerdas de una harpa. Los estudiantes manifestaron su admiracion. Al segundo impulso galvánico abrí los ojos, y el primero á quien vi fue al médico que me habia asistido; pero yo estaba como muerto, aunque podia distinguir entre los estudiantes, fisonomías que no me eran desconocidas. Inmediatamente que se abrieron mis ojos oí que pronunciaban mi nombre algunos de los circunstantes, con un tono de compasion y de deseo de que hubieren recaído sus experimentos sobre el cadáver de otro.

«Concluidos los experimentos galvánicos, el profesor tomó el cortaplumas y me hizo una incision en el pecho; experimenté una sensacion horrorosa que recorrió todo mi cuerpo: entré en un movimiento convulsivo y todos los presentes clamaron horrorizados. Los lazos en que me envolvía la muerte se habian roto y salí de mi letargo. Se me prodigaron los mas atentos desvelos, y en una hora volví á recobrar todas mis facultades.»

TEATRO CHINO.

El drama no se limita entre los chinos á una sola accion, sino que abraza la vida entera del héroe desde que nace hasta que muere. Es una especie de biografía en diálogo dividida en mas ó menos partes. A cada parte precede un prólogo, y cada actor esplica al salir á las tablas su nombre y el carácter que presenta. Frecuentemente un actor tiene que hacer diferentes papeles, lo que es poco á propósito para mantener la ilusion. En los movimientos apasionados, el actor deja de declarar y espresa sus afectos cantando. Una música estrepitosa acompaña á aquellos trozos líricos escritos en verso, asemejándose así en algun modo la tragedia china á nuestra ópera.

Solo en la capital y en algunas ciudades de consideracion hay teatros regulares, y las compañías ambulantes ganan su vida representando en las funciones y banquetes. Cuando los convidados van á sentarse á la mesa, entran en la sala del festin tres ó cuatro cómicos ricamente vestidos, los cuales despues de cuatro saludos muy humildes, ponen en mano de la persona mas distinguida de la reunion un libro en el que estan escritos con letras doradas los títulos de cincuenta ó sesenta piezas, que forman el repertorio de la compañía. El libro pasa de unos á otros hasta que el jefe del festin señala la pieza que se ha elegido.

La representacion se hace en la misma sala ocupando los actores el espacio que media entre las mesas, colocadas comunmente en dos hileras.

En las grandes funciones y procesiones públicas se levantan tabladillos en las calles, en los que se representa desde la mañana hasta la noche.

Un autor chino de alguna reputacion no escribe jamas para el teatro. El emperador Jinschden prohibió severamente á los mandarines el frecuentar los espectáculos; esta prohibicion se ha renovado recientemente y el oficial Manschon que quiere ir al teatro, debe quitar antes de su gorra los cascabelillos de color, que son el distintivo de su clase.

Los periódicos chinos insertan cuidadosamente todos los rasgos honoríficos á las costumbres y carácter de la nacion; pero se espondria á penas muy severas el periodista que se atreviese á hacer la descripcion de una representacion dramática, ó hiciese la menor alusion á la acogida que tenga una nueva pieza.

LOS DIENTES.

Los anales médicos presentan varios ejemplos de niños que han nacido con uno ó mas dientes, en cuyo número entra Enrique IV que nació con cuatro dientes, y Luis XIV con dos. Pero aun es mas extraordinario el tener dientes mucho antes de nacer. El doctor Desormaux asegura haber visto un feto de cuatro meses que tenía cuatro dientes incisivos y dos caninos en la mandíbula superior, y un incisivo próximo á salir en la inferior. Haller cita á una muger que vivió hasta 60 años sin haber tenido nunca dientes, teniendo tan rancias las encías que comía los alimentos mas duros. Se asegura que Pirro, Rey de Epiro, no tuvo jamas dientes sino un hueso circular y no dividido en cada una de las mandíbulas, que le servía en lugar de ellos. Refiere Gasendo haber visto á una muger de mas de 80 años, á quien nacieron dientes nuevos en reemplazo de los que habia perdido quince años antes, y que no le fue menos penosa aquella segunda denticion que la primera. En 1791 murió en Reichingín, en el Palatinado, un hombre de 120 años, que habiendo estado mucho tiempo sin dientes le salieron en 1787 ocho nuevos; y Hufeland, que atestigua este caso, añade, que los segundos dientes se le cayeron á los seis meses despues, y los sustituyeron otros. Un mes antes de morir le salian todavia dientes.

LOS PERROS DE AGUAS.

De cuantas especies constituyen la gran familia canina, que la naturaleza parece que ha destinado á que viva en sociedad y relaciones íntimas con el hombre, segun los diversos instintos con que la ha dotado, ninguna hay que sea realmente tan amiga de él en toda la fuerza de la expresion, y su compañera y aliada, como la de los perros de aguas. Las demas especies las ha explotado el hombre haciéndolas instrumento de su utilidad ó recreo. El mastín guarda la casa; el perro de pastor conduce al ganado; el de caza la persigue y se la presenta al cazador; el danés es un mueble de puro lujo en las casas opulentas, inútil, y egoísta como un lacayo, y entre los perrillos, unos no tienen mas mérito que su fealdad, y otros que deben su aprecio á un capricho á una deferencia hacia las mugeres segun su edad, son pendencieros, exigentes y voluntariosos como los niños mimados. Entre todas estas especies y el hombre las relaciones que median son las del opresor para con el oprimido, ó las del protector respecto al protegido, siendo siempre muy débil el vínculo de afecto. No sucede esto con el perro de aguas, pues media entre él y su amo una amistad igual. El perro de aguas no es esclavo ni tirano, ni tiene destino alguno peculiar y señalado. El hombre no le acerca á sí para sacar alguna ventaja ni recreo, sino para amarlo y ser amado de él en todos momentos y en cualquiera situacion en que se encuentre. Hay entre ambos, repetimos, una igualdad de amistad con independencia y delicadeza, y sin cálculo ni pegotería; por esto es el perro de aguas el héroe de todos los hechos que se citan en elogio de la raza canina. Un perro de aguas es el que Vernet nos representa lamiendo la sangre que corre de la herida de un trompeta moribundo. El perro del Louvre, cuya interesante historia cuenta Casimiro Delavigne, fue un perro de aguas, y cuando se encamina al campo santo el entierro del pobre, un solo amigo le acompaña... un perro de aguas: en fin, ¿qué perro es el que cuando su desgraciado amo va á ser pasado por las armas se levanta sobre sus patas traseras como para recibir juntamente con él la mortífera bala? Es tambien heroico y generoso un perro de aguas.

De lo dicho se infiere sin dificultad que el perro de aguas tiene sobre todos los demas un título legítimo á que en las divisas y sellos se le retrate como emblema de la lealtad. Por desgracia su parte física no corresponde con su moral, y si ha recibido la prenda de la bondad natural, se le ha negado la de la elegancia en sus formas. Toda su persona, mas pelosa todavía que la del aldeano del Danubio de Lafontaine, representa un oso, pero un oso poco lamido. Sus miembros cortos y macizos están como envueltos en un espeso vellón: su cola inclinada y no pudiendo elevarse sobre la línea horizontal, no tiene la elegancia de la de los otros animales: su gran cabeza embutida entre dos orejas colgantes y cubierta de pelo hasta la estremidad del hocico, parece informe ó incompleta, y se buscan en ella por mucho tiempo los ojos, sepultados en unas cejas pendientes.

Tal es el perro de aguas en su estado natural; pero el arte se ha agitado con continuos esfuerzos para corregir sus deformidades, y nada ha omitido el hombre para

dar á su favorito una hermosura artificial. Ningun animal sufre metamorfosis mas completa. Apodérase la tijera de su larga lana, y le deja desnuda toda la parte posterior del cuerpo conservándole la melena en la parte delantera, y el perro de aguas queda convertido en león. Se le pela la cara y quedan al descubierto sus facciones: un gran bigote orillea su labio superior: sus ojos vivos y cariñosos sobresalen y brillan bajo una ceja bien arqueada, y los mechones alineados de sus orejas aumentan la originalidad de su pronunciada fisonomía. El arte procura tambien dar espresion á la otra parte del cuerpo: acortada la cola, y solo adornada de una borla de pelo en su punta, recobra la facultad de espresar sus sentimientos y sensaciones, siendo supérfluo añadir que la tijera, segun el gusto ó capricho de cada uno, puede variar al infinito los accidentes de su adorno, combinando las partes lanosas con las peladas; pues solamente nos hemos ceñido al modelo generalmente adoptado.

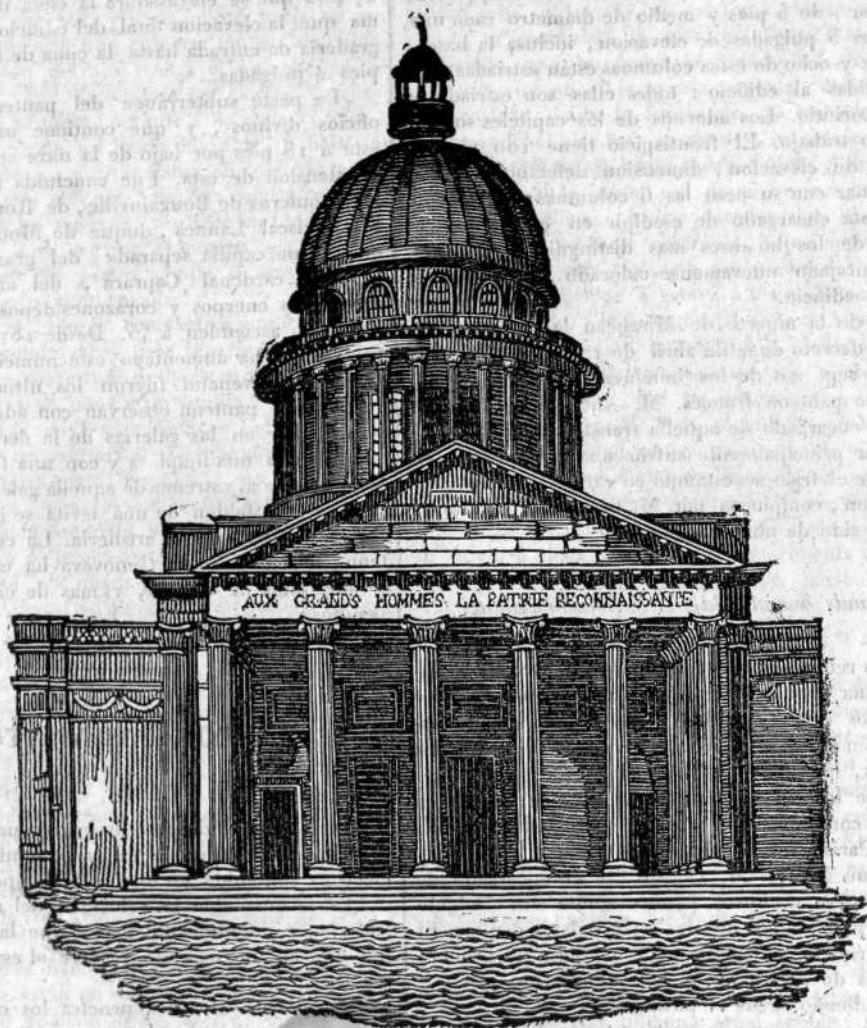


(Los Perros de aguas.)

Aunque el hombre, como hemos dicho, no exija del perro de aguas ningun servicio especial al admitirle en clase de amigo, no por eso abandona la educacion intelectual de un alumno, cuyo tocador le cuesta tanto esmero. El perro de aguas, es el que, casi exclusivamente entre los perros, sabe hacer todas las habilidades de fuerza y de destreza, porque descubre sobre todos la mayor disposicion para aprender, y maravillosa destreza para ejecutar. En los cuarteles, en donde nunca falta algun huesped de su clase, poseen á la perfección el arte de enseñarle cosas admirables. Dar la pata que se les pide, ponerse en pie á la voz, volver la cabeza á derecha é izquierda, cojer un baston, hacer con él el centinela y encontrar una cosa perdida, traer la que se les tira, y arrojarla al agua en busca de un palo, son, entre otras muchas, las habilidades con las que un perro de aguas sabe granjearse el cariño de todo un regimiento. No es sola su inteligencia por la que el soldado le quiere, sino

por la franqueza y bondad militares de su carácter; su valor filosófico en sufrir la poca comida y mala cama; su adhesion, sinceridad y desinterés en el cariño; en una palabra, le quiere porque es un buen camarada, con quien puede contarse en circunstancias críticas, y que divierte en las horas de descanso.

La facilidad con que el perro de aguas cubierto con su lana resiste al frio, el ardor con que se arroja al agua, y su disposicion para traer al amo los objetos que se le indican han movido á algunos cazadores á adiestrarle en la caza de lagunas; y aunque no ha sido enteramente supérflua esta tentativa, la reputacion del perro de aguas como cazador no es muy brillante.



EL PANTEON NACIONAL FRANCES.

La iglesia de Santa Genoveva de Paris, hoy *panteon nacional*, se empezó á edificar sobre el sitio que habia ocupado el claustro de Santa Genoveva, en 1758, por medio del impuesto de una quinta parte de aumento en el precio de los billetes de la loteria de Paris, lo que producia 1.600,000 rs. al año.

Hallábase ya el edificio bastante elevado cuando Luis XV asistió solemnemente en 6 de setiembre de 1764 á colocar la primera piedra de uno de los pilares del cimborio. Para dar al monarca y al público una idea del futuro edificio, el arquitecto hizo levantar un armazon de madera cubierto de lienzo, sobre el que el Sr. Machi pintó la portada. El arquitecto era el célebre J. G. Soufflot. Conforme á los diseños de este artista, el plan de la iglesia consistia en una cruz griega de 330 pies de largo meluso el peristilo, por 253 pies de ancho. Su

elevacion desde el suelo hasta el cuadro de la linterna en el centro de la bóveda es de 170 pies, y el ancho de cada una de las cuatro naves tomado entre las dos paredes que forman el fondo de los peristilos es de 99 pies, cuatro pulgadas.

El cimborio interior donde van á embovedar estas naves deja entre ellas un espacio cuadrado de 62 pies de lado. A las cuatro esquinas se ven colocados cuatro cuadros en los que deben inscribirse con letras doradas los nombres de los combatientes muertos en los tres dias de julio. El pavimento es de mármol de diversos colores, y forma caprichosos dibujos.

En el aspecto general de Paris no se ve ningun punto de perspectiva mas elegante y magestuoso que la hemo-sa columnata de aquel cimborio, que con su cúpula se eleva sobre toda la parte sud-este de la ciudad, agru-

pándose con las casas y monumentos de los cuarteles de S. Benito y San Marcelo.

La fachada del templo, en la que se han prodigado todas las riquezas de la arquitectura, se compone de una gradería de 11 escalones y de un pórtico en forma de peristilo imitado del panteon de Roma.

Este peristilo presenta 6 columnas de fachada y 22 en lo interior, de 5 pies y medio de diámetro cada una, y de 58 pies 5 pulgadas de elevación, inclusa la base y capitel. Diez y ocho de estas columnas están estriadas y las restantes unidas al edificio: todas ellas son estriadas y del orden corintio. Los adornos de los capiteles son de un esmerado trabajo. El frontispicio tiene 100 pies de base por 24 de elevación, dimension defectuosa, y que parece arruinar con su peso las 6 columnas de fachada. M. David está encargado de esculpir en el frontispicio los retratos de los hombres mas distinguidos en aquel reino. Un enrejado nuevamente colocado rodea todo el conjunto del edificio.

Después de la muerte de Mirabeau la asamblea nacional, por decreto de 4 de abril de 1791, destinó este edificio para sepulcro de los hombres mas ilustres, bajo el nombre de panteon francés. M. Antonio de Quatremere fue el encargado de aquella transformación. La fachada interior principalmente sufrió una bastante importante; y sobre el friso se estampó en caracteres de bronce esta inscripción, compuesta por M. Pastoret, y que últimamente ha sido de nuevo colocada.

Aux grands hommes la patrie reconnoissante.

Los bajos relieves de este monumento formaban antiguamente una multitud de figuras alegóricas que decoraban infinitos cuadros; todas estas riquezas han desaparecido, y en el día solo se ve la hermosa cúpula pintada por M. Gros, que representa el apoteosis de Santa Genoveva. Entre los numerosos personajes que figuran en aquella vasta composición se admira sobre todo la Santa patrona de Paris, la Francia, Clodoveo, Carlomagno, Luis IX y Luis XVIII. M. Gerard fue el encargado de adornar las cuatro pechinas, pero se ignora aun el objeto de estas pinturas, cuyos dibujos están todavía ocultos. El cimborio interior se compone de 3 cúpulas. La primera tiene 178 pies de elevación, y la segunda 209 pies, 7 pulgadas, midiendo desde el pavimento.

La tercera, que forma la parte exterior del cimborio, presenta sobre la cima de las naves un vasto basamento cuadrado artesonado donde terminan las bóvedas de los cuatro estrivos, sobre los que hay escaleras descubiertas destinadas para subir al cimborio. Por bajo de este basamento, cuya parte superior tiene de elevación 102 pies sobre la gradería del pórtico, se halla otro basamento circular de 10 pies 9 pulgadas de elevación, por 103 pies de diámetro. Sobre él se eleva una columnata cuyo plano es igualmente circular. Compónese de 32 columnas corintias de 3 pies 4 pulgadas de diámetro, y 34 y un cuarto pies de elevación, incluidas las bases y chapiteles. Sostiene un cornisamento coronado por una galería descubierta y enlosada. Este peristilo de 32 columnas se divide en cuatro partes, por otros tantos cuerpos sólidos correspondientes á los cuatro pilares del cimborio, y en los cuales se halla practicada una escalera de mármol. Detrás de este peristilo se hallan doce grandes ventanas que corresponden á las intercolumnios del interior.

Por cima de la balaustrada que corona este peristilo se eleva un cuerpo ático formado por el remate de la pared circular del cimborio, su altura es 18 pies y cuarto, inclusa la cornisa, interrumpido por 16 ventanas en arcos, y adornadas de impostas.

Sobre el zócalo de la cornisa de este ático se apoya la gran bóveda, cuyo diámetro en su nacimiento es de

73 pies 2 pulgadas, y su elevación desde la parte superior del ático hasta el remate 43 pies.

El remate del cimborio consiste en una bola dorada destinada á sostener una fama cuyo diseño se ve en lo interior del templo. Esta bola que tiene 4 pies 4 pulgadas de diámetro, descansa en una linterna de cerca de 27 pies que se eleva sobre la cima del cimborio; de forma que la elevación total del edificio desde el nivel de la gradería de entrada hasta la cima de la linterna es de 249 pies 4 pulgadas.

La parte subterránea del panteon, destinada á los oficios divinos, y que contiene una capilla sepulcral, está á 18 pies por bajo de la nave superior, y tiene toda la extensión de esta. Fue concluida en 1763. Allí se ven los sepulcros de Bougainville, de Rousseau, de Voltaire, del mariscal Lannes, duque de Montebello, (único que ocupa una capilla separada) del gran geómetra Lagrange, del cardenal Caprara, del arquitecto Soufflot y otros. Los cuerpos y corazones depositados en aquel sombrio asilo ascienden á 45. Desde 1815 ningún monumento fúnebre ha aumentado este número; los de MM. Legendre y Thevenaud fueron los últimos. Todos los que visitan este panteon observan con admiración el eco que se deja ver en las galerías de la derecha. Reproduce los sonidos con una limpieza y con una fuerza extraordinaria. Colocándose al extremo de aquella galería y sacudiendo con una vara el faldon de una levita se imitan perfectamente las detonaciones de la artillería. La construcción del Panteon, ó sea de Santa Genoveva ha costado por lo menos sesenta años de trabajo, y mas de cien millones de dispendios.

LOS PARARAYOS.

El rayo es el desprendimiento repentino por en medio del aire y en forma de un rasgo luminoso de la materia eléctrica contenida en una nube tempestuosa.

Es inconcebible la velocidad del movimiento de esta materia, é infinitamente mayor que la de una bala de cañon que en un segundo recorre el espacio de casi 1800 pies.

La materia eléctrica penetra los cuerpos y se mueve por en medio de su sustancia con diversos grados de velocidad.

Llámanse buenos conductos ó simplemente conductores, aquellos cuerpos que conducen ó dejan pasar rápidamente la materia eléctrica. Tales son el carbon calcinado, el agua, los vegetales, los animales, la tierra por razon de la humedad que contiene, y sobre todo los metales que son los mejores conductores que se conocen.

Por ejemplo, un cilindro de hierro conduce en un mismo espacio de tiempo, cien millones mas de materia eléctrica que otro cilindro igual de agua pura, y esta mil veces menos materia que el agua saturada con sal comun.

Los cuerpos que con dificultad se dejan penetrar de dicha materia y en los que no puede moverse libremente, se llaman malos conductores ó cuerpos no conductores, ó cuerpos aisladores; como v. g. el vidrio, el azufre, las resinas, los aceites, la piedra y el ladrillo seco, el aire y el gas.

Pero no hay entre los cuerpos conductores uno solo que no se resista al movimiento de la materia eléctrica; y repitiéndose esta resistencia á cada porcion del conductor, se aumenta con su longitud y puede llegar á ser mayor que la que opusiera un conductor peor, pero mas largo.

La materia eléctrica experimenta tambien mas resistencia en un conductor de corto diámetro que en otro

que le tenga mayor. Por consecuencia puede aumentarse la accion de un conductor, aumentando proporcionadamente su diámetro y disminuyendo su longitud.

Las moléculas de la materia eléctrica, tienen la propiedad de repelerse unas á otras y tender á diseminarse por el espacio. En el estado de reposo no tienen afinidad alguna con los cuerpos, y permanecen todas en su superficie en donde forman una cubierta tenue, detenida allí solo por la presión del aire contra el que ejercen á su vez otra presión, que haciéndose en ciertas circunstancias superior á la primera, permite á la materia eléctrica escaparse al aire de un modo invisible, ó bajo la forma de un rayo de luz que se llama *chispa eléctrica*.

La capa de materia eléctrica, de esta suerte repartida en la superficie de los cuerpos, no tiene en todas partes el mismo grueso, á no ser que el cuerpo sea una esfera; y es mayor en las partes agudas ó muy corvas, que en las lisas y poco contorneadas.

La materia eléctrica tiende constantemente á ponerse en equilibrio en los conductores, y se reparte en ellos en razon de su figura, y sobre todo de la estension de su superficie. Así es que si se pone á un conductor en comunicacion con la tierra, cuya superficie es inmensa relativamente á la suya, no conservará sensiblemente materia eléctrica. Basta pues para despojar á un conductor de su materia eléctrica, ponerle en comunicacion con un terreno húmedo. Si para conducir la materia eléctrica de un cuerpo á la tierra se le presentan diferentes conductores, de los que uno sea mejor que los otros, preferirá siempre á este. Pero si su accion se diferencia poco, la materia eléctrica se repartirá entre todos en razon de su capacidad para recibirla.

Un pararrayos es un conductor que la materia eléctrica del rayo prefiere á los otros cuerpos del circuito para tocar en tierra y esparcirse en ella. Suele ser comunmente una baria de hierro colocada perpendicularmente sobre los edificios que ha de proteger, y que baja sin interrupcion hasta meterse en agua ó tierra húmeda. Es necesaria esta íntima comunicacion del pararrayos con el terreno para que pueda verter en él instantáneamente la materia eléctrica del rayo, á medida que la recibe, y preservar de su ataque á los cuerpos de alrededor.

Muchos ejemplares han manifestado lo peligroso de los pararrayos que no estan en perfecta y continua comunicacion con el suelo húmedo. Una interrupcion de casi 20 pulgadas en el conductor, ocasionada probablemente por reparos hechos en un edificio, condujo al rayo á romper el techo para caer en una canal de hoja de lata.

En otras ocasiones se ha fundido la punta del pararrayos, ocasionando el rayo muchos estragos en los edificios.

Para conocer la accion de un pararrayos en una nube tempestuosa, conviene saber que en fisica se distinguen dos especies de electricidad, conocida la una con el nombre de *electricidad positiva* ó *vítrea*, porque es el vidrio el que mas comunmente la despliega; y la otra llamada *electricidad negativa* ó *resinosa*, porque la produce el frotamiento de la resina. Las moléculas de la electricidad positiva se repelen recíprocamente, y el mismo fenómeno existe en las de la electricidad negativa; pero cuando ambas especies de electricidad estan continuas, se atraen mutuamente para combinarse las dos y formar lo que se llama *electricidad neutra*, es decir, sin accion. De aquí resulta que toda accion eléctrica es el producto de la separacion de las dos especies de electricidad que constituyen la electricidad neutra.

Antes que el rayo estalle, la nube tempestuosa, cargada de una sola especie de electricidad, ejerce su influencia sobre todos los cuerpos colocados bajo de ella; descompone su electricidad neutra, atrae hacia su estremidad superior la especie de electricidad que le falta, y

arroja contra la tierra la que es de igual naturaleza que la suya; y esta atraccion es tanto mas fuerte, cuanto mas próximos estan los cuerpos á la nube. La materia eléctrica, de naturaleza contraria á la de la nube, se acumula de consiguiente en las partes mas elevadas de dichos cuerpos, y si á estas partes sobrepujan puntas metálicas muy afiladas y en perfecta comunicacion con el suelo, se acumula la materia eléctrica sobre ellas de tal modo, que no podrá la presión del aire contenerla y se escapará en el incesante torrente, visible á veces en la oscuridad bajo la forma de un penacho luminoso. Atravesando el aire esta corriente, irá á combinarse con la electricidad de la nube, para formar allí la electricidad neutra. Si la punta del pararrayos no estuviese aguzada cual conviene, podria suceder que el derrame de la electricidad no fuese continuo, y que viniendo la de la nube á buscar con violencia por medio del aire á la del pararrayos, trastornase á este y á los edificios en que estuviera colocado. Los estragos del rayo no tienen pues mas causa, que la reunion instantánea y violenta de la electricidad de una nube tempestuosa con la electricidad de naturaleza diferente, que ha acumulado en los cuerpos que estan debajo de él. Esta separacion de las dos especies de la electricidad, por la influencia de una nube tempestuosa ó de otro cualquier agente, se verifica igualmente en todos los cuerpos animados ó no, pero casi siempre sin que los primeros lo conozcan; así que un hombre sujeto á dicha influencia no experimenta ninguna sensacion particular. No obstante, hay personas de temperamento nervioso que sienten durante las tempestades una desazon, que no puede ser mas que el resultado de esta disposicion eléctrica.

No se conoce á punto fijo la distancia á que se estienda la esfera eficaz del pararrayos, y esto consiste en una multitud de circunstancias que no es fácil computar. Desde que se empezaron á poner pararrayos en los edificios, se vió que el rayo habia herido á partes de los mismos edificios que distaban del pararrayos, un espacio tres ó cuatro veces mayor que la longitud de él. El físico Charles, que trabajó mucho en esta materia, opina que un pararrayos defendia al derredor de sí de los ataques del rayo á un radio circular doble de su longitud. Los pararrayos se disponen en el dia segun esta regla.

Cuando la materia eléctrica se traslada de un cuerpo á otro, pasando por un conductor suficiente, no se manifiesta su paso con ninguna señal visible; pero cuando atraviesa el aire ó cualquier otro cuerpo no conductor, separa sus partes y le destroza con violencia, dejándose ver entonces como un rasgo de luz y formando un ruido mas ó menos fuerte, producido por la union violenta de las moléculas del aire en el vacío que la materia eléctrica ha dejado á su paso. Por lo comun asusta el ruido del trueno, y el peligro ha pasado ya cuando se escucha. Tampoco le hay para quien ve el relámpago, porque si el rayo debiese tocarle, nada veria ni oiria. El ruido no se oye sino despues del relámpago, y median tantos segundos entre el relámpago y el estampido del trueno, cuantos 1045 pies hay entre el sitio en donde uno está, y aquel en que ha caído el rayo.

El rayo cae amenudo en árboles aislados, porque elevándose mucho y penetrando profundamente en tierra, serian unos verdaderos pararrayos si fuesen mejores conductores; pero no presentan á la materia eléctrica un derrame bastante veloz. Los hombres y animales, que son mejores conductores, estan espuestos refugiándose bajo de ellos á ser heridos del rayo: pues atraído el fuego eléctrico por la cima del árbol, debe elegirlos con preferencia.

Una funesta preocupacion es la que en las aldeas, y aun á veces en las ciudades, induce á tocar las campanas para alejar la tempestad ó para romper, como suele decirse, la nube. Repetidos y tristes ejemplares han de-

mostrado que las iglesias en que se tocan las campanas en las tempestades, son en las que caen con mas frecuencia los rayos-

El vivo resplandor del rayo proviene del calor que le es propio, y del que desprende del aire y de los cuerpos no conductores que atraviesa repeliéndolos. Por esto incendia los cuerpos ligeros é inflamables que encuentra al paso, pues rara vez lo hace con la madera, á no ser que esté apollillada y muy seca.

LA FANTASMAGORIA.

Supongamos por un momento que hubiera habido un hombre que dijese, no á Carlo Magno que quedaba atónito á la vista de un reloj de campana que fue el primero que llegó á Europa, ni tampoco á Francisco I que asistía con las demas de la corte al suplicio de los brujos, á quienes se quemaba; sino á Luis XIV, al gran monarca, en cuyo reinado vivían un Racine, un Bossuet y un Pascal; supongamos que un hombre le dijese:

«Señor: Antes de tres siglos un carruage sin caballos ni otro animal de tiro y movido por el vapor del agua caliente, recorrerá en tres horas la distancia de veinte leguas (1).

»Este mismo vapor, haciendo el oficio de vela, impelerá rápidamente en los mares máquinas, para cuyo movimiento no han sido suficientes hasta ahora todas las fuerzas humanas, y dicho vapor reemplazará al vigor de los caballos y á los brazos é industria del hombre (2).

«Un hombre se elevará por el aire ayudado de un globo de tafetan inflado por un cuerpo invisible é impalpable (3).

»Este mismo cuerpo invisible é impalpable alumbrará todas las calles de vuestra capital, los monumentos pú-

blicos, las salas de espectáculos y hasta los mas modestos almacenes (4).

»Ademas de los bajeles sin vela de que he hablado á V. M. habrá otros que, semejantes al Leviathan de la escritura, nadarán bajo las olas y encerrarán hombres y otros seres en vida» (5).

Si tal hombre hubiese añadido en su narracion algunas otras maravillas que han producido las ciencias y la mecánica, y que la costumbre nos hace mirarlas ya con tanta indiferencia, se hubieran burlado de él como de un loco que iba á moler con cuentos mas absurdos é inverosímiles que los contenidos en las *Mil y una noches*.

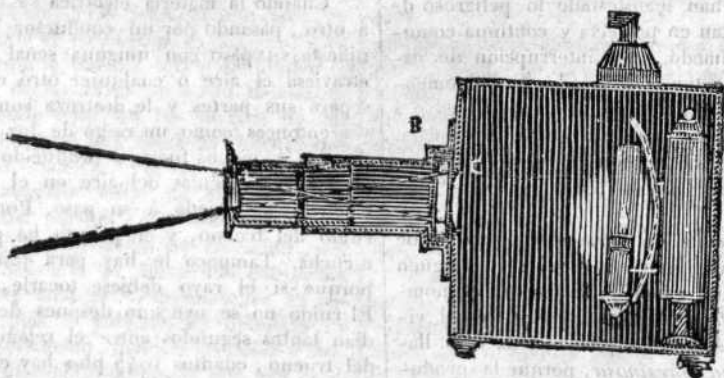
Y si el hombre que suponemos hubiese proseguido diciendo: «Yo os llevaré á una antigua iglesia arruinada, y bajo de sus bóvedas envueltas en siniestra obscuridad, os presentaré espectros que se os acerquen con los brazos abiertos, los ojos ardientes, y que se desvanecerán cuando queráis asirlos.»

Siu duda ninguna que le hubieran espelido ignominiosamente, ó tal vez encerrado en la Bastilla como á un blasfemo que ultrajaba á la religion.

Pues sin embargo todos hemos presenciado un espectáculo como este sin admirarnos, ni pensar en acusar de brujería á Mr. Comte que operaba tales prodigios, ni á Mr. Robertson inventor de ellos.

La Fantasmagoría, ofreciéndonos sus espectros y fantasmas, no como apariciones sobrenaturales ni debidas á un pacto diabólico ú otra especie de sortilegio, sino como un entretenimiento de fisica experimental producido por medio de ciertos efectos de la luz sometidos á las leyes de la óptica, no puede menos de haber contribuido muchísimo á la destrucción de las creencias supersticiosas.

Todos saben en el dia los efectos de la Fantasmagoría, pero pocos las operaciones exactas de ella, que bien examinadas no son otra cosa que las de una *linterna mágica* perfeccionada. Explicaremos pues primero, no lo que es una *linterna mágica*, sino como se producen sus efectos.



En una caja cuadrada se coloca una lámpara de Ar-

gan (6) en el foco de un espejo cóncavo, que refleja la

(1) Los caminos de hierro.

(2) Las máquinas de vapor.

(3) Los globos aerostáticos.

(4) El alumbrado de gas.

(5) Los buques sub-marinos.

(6) Argan fue el inventor de estas lámparas de mecha circular con doble corriente de aire, llamadas comunmente quinqués.

luz sobre un lente redondo, grueso en medio y que se va adelgazando hácia sus bordes.

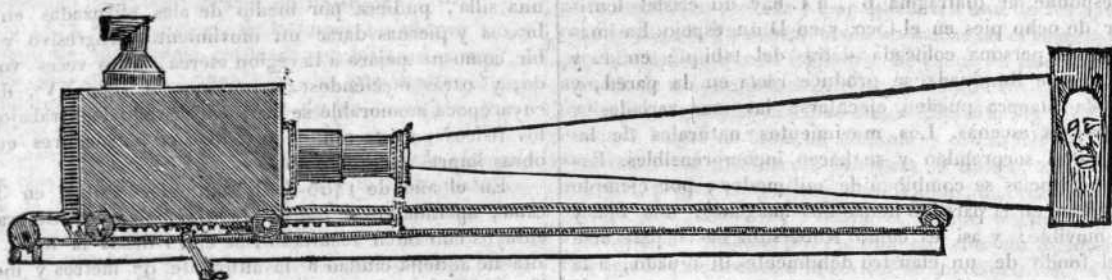
Este cristal reconcentra los rayos luminosos sobre una imagen transparente, grotesca ó seria, que representa espectros ú otro cualquier objeto.

La pintura de esta suerte iluminada la recibe otro lente de corto foco (1), que la aumenta y reproduce sobre un lienzo ó pared á cierta distancia del cual se coloca la linterna. Este segundo lente debe ser movable, porque para que la imagen que se pinta en el lienzo ó pared salga limpia, es necesario una proporcion constante entre la

distancia del objeto al lente, y de la de este al lienzo ó pared.

El objeto puesto un poco mas lejos que el foco, debe acercarse á él á proporcion que el lienzo ó pared esté mas lejos, y vice-versa.

Para dar á este espectáculo todo su brillo se debe escoger una sala enteramente oscura. La caja de la lámpara está exactamente cerrada y colocados los espectadores frente á la pared ó lienzo, no ven otra luz que la de la imagen y el óbalo que la contiene.



La Fantasmagoría, cuya operacion ha escitado por mucho tiempo la curiosidad de los físicos, y cuyos efectos parecen tan extraordinarios, es una modificacion de la linterna mágica. En ambos instrumentos se iluminan y aumentan los objetos de igual modo, y solo hay la diferencia de que en la Fantasmagoría la linterna puesta sobre unas ruedillas se aproxima ó aleja del lienzo, y como los rayos luminosos se cruzan al salir del lente, resulta que la imagen crece ó se disminuye en razon de la mayor ó menor distancia en que está la linterna. Para que la imagen conserve toda su limpieza es preciso, como llevamos dicho, que el lente se acerque ó aparte de aquel objeto, y que dicho movimiento sea relativo é inverso al de aquel por el cual el instrumento se aproxima ó se retira del lienzo ó pared. Esto se consigue graduando el tubo que contiene el lente por medio de una muesca movida por una rueda dentada y un manubrio. Sobre el eje de la rueda hay un tamborcillo cuyo diámetro calculado proporcionadamente, recoge los dos cabos de la cuerda. Esta pasando por dos poleas fijas á las estremidades de las muescas sobre las que jira la linterna, conduce á esta. Este mecanismo sencillo proporciona los movimientos sin ruido y con exactitud.

Para dar el prestigio conveniente á las apariciones fantasmagóricas, conviene que los espectadores esten en la mayor obscuridad, y no puedan échar de ver el mecanismo. Para esto se recibe la imagen en una cortina blanca, de percal fino, bien estirada y dada con un barniz de almidon y goma arábiga: y entonces tiene una transparencia suficiente para que pueda verse la imagen por en

medio y muy distante. El espectador no conoce la distancia absoluta, porque no distingue objeto alguno intermediario; y esto hace que no pueda desprenderse de una ilusion completa.

No se le presenta al principio sino una imagen muy pequeña que aparece en medio de la oscuridad como un punto luminoso. Desarrollándose despues poco á poco parece que se acerca corriendo, y aun que se precipita sobre los espectadores.

Este fenómeno de la vision es en verdad notable, porque ni el conocimiento mismo de las leyes de la óptica y del mecanismo del aparato bastan á desvanecer la ilusion.

Mr. Robertson, que fue el inventor de este espectáculo le dió todos los pormenores capaces de hacerle mas imponente. Un salon colgado enteramente de negro, y en cuyas paredes estaban pintadas fantasmas y otros objetos lúgubres predisponian al espectador al recogimiento. Repentinamente desaparecia la poca luz que habia por medio de faroles hechos esprofeso, y la aparicion de los espectros acompañada de los retumbos de los truenos y estallidos de los rayos, y de sonidos quejosos de la armónica, infundian un extraordinario terror.

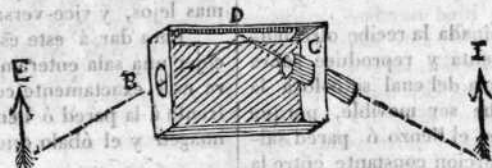
Una modificacion hecha en el aparato fantasmagórico permite presentar á los espectadores la imagen reflejada de los objetos opacos, como de un retrato, una estatua y aun una persona viva. Para esto basta substituir al lente dos cristales acromáticos (2) muy tersos. La luz queda asi en disposicion de iluminar fuertemente al objeto por delante, y su imagen se pinta como la de los vidrios transparentes sobre la tela barnizada.

(1) Llámase foco de un lente el punto de él en que se cruzan los rayos luminosos que atraviesan un cristal de esta especie. No hay quien ignore que dirigiéndose á un pedazo de madera ó yeso los rayos del sol recibidos en un cristal convexo, se encienden prontamente. El sitio pues en que el punto luminoso está mas reconcentrado y ardiente es el que se llama foco del lente.

(2) Al mirar por medio de un lente comun se ven los objetos rodeados de una aureola de colores, lo que perjudica á la limpieza de la vision. Se ha conseguido hacer que desaparezca dicha aureola combinando cristales de diferentes composiciones, y estos cristales son los que se llaman acromáticos, esto es sin color.

El *megascopo*, otro instrumento de óptica inventado por Charles, sirve para dar la imagen aumentada ó dis-

minuida de un grabado ó cuadro; y aun puede conseguirse la imagen de una persona con el aparato siguiente:



Casi á diez y ocho pies del punto que debe recibir la imagen, hay un tabique en el que se coloca una caja de unas diez pulgadas, pintada en la parte interior de negro. El tabique tiene una abertura de seis pulgadas que corresponde al diafragma B. En C hay un cristal lenticular de ocho pies en el foco, y en D un espejo. La imagen de la persona colocada detras del tabique en E y fuertemente iluminada se produce recta en la pared, y de esta manera pueden ejecutarse las mas variadas y asombrosas escenas. Los movimientos naturales de las apariciones sorprenden y se hacen incomprensibles. Estas experiencias se combinan de mil modos; por ejemplo se reciben en la pared ó lienzo dos imágenes, una fija y otra movable: y así es como Roberston hacia parecerse en el fondo de un claustro débilmente iluminado, á la monja ensangrentada con una linterna en una mano y un puñal en la otra. Se adelantaba lentamente por la prolongada galería, y de tal modo parecia que se acercaba á los espectadores, que sucedió amenudo levantarse algunos para dejarla pasar.

Hay otra especie de ilusion que completa la de la fantasmagoría. Como las imágenes de esta se presentan siempre de un mismo lado, para llamar un poco la atención hacen los físicos que circulen por la sala en los intervalos de oscuridad cabezas de tela fina transparentes, iluminadas interiormente con un farolillo que tiene un aparato pequeño con el cual puede descubrirse y ocultarse la luz rápidamente, y con ella la vista del objeto que la lleva consigo. Nada mas á propósito para asombrar que estas apariciones por el lado por donde menos se esperaban.

ENSAYOS QUE SE HAN HECHO

PARA VOLAR.

El hombre ha arrostrado el furor de los vientos, y ha sabido atravesar el mar, para reunir entre sí el continente y las islas que la naturaleza habia separado: ha obligado al fuego á ser un motor fuerte y útil, y al vapor mismo á que le preste eminentes servicios. Despues de haber agotado las mas difíciles empresas, se ha fijado hasta lo imposible, y los resultados que ha obtenido han superado frecuentemente á cuánto debía prometerse. Hasta las aves, por ejemplo, le han excitado el deseo de imitarlas en su constante y rápido vuelo, á cuyo fin se han hecho particulares ensayos, que daremos á co-

Presbindiendo de la fábula de Dédalo y de Icaro, que en medio del serlo descubre un hecho de la mas remota antigüedad, y el primer designio intentado de volar: y dejando aparte al escita Abaris que, segun refiere el historiador Diódoro de Sicilia, se elevó por los aires montado en una flecha de oro y sostenido por alas de una construccion particular; y sin detenernos en las empresas aéreas de los Capnobatas, de quienes dice Strabon que se valian de sus alas de humo; ni en las del célebre ge-

metra griego Archytas de Tarento, que acabó víctima de su temeridad; sin recordar en fin á aquel monge inglés del siglo XIII Rogerio Bacon, que concibió la idea de una máquina en la que sentada una persona como en una silla, pudiera por medio de alas afianzadas en sus brazos y piernas darse un movimiento progresivo y subir como un pájaro á la region etérea, unas veces volando, y otras meciéndose; pasaremos al siglo XV, desde cuya época memorable se han conservado los trabajos de los físicos en este ramo con todos sus pormenores en las obras impresas desde entonces.

En el año de 1460 J. B. Dante de Perugia en Toscana, apellidado el *nuevo Dédalo*, despues de varios ensayos con buen resultado, se elevó desde la torre mas alta de aquella ciudad á la altura de 97 metros y medio (300 pies) se mantuvo inmóvil algunos momentos sobre los edificios; tomó vuelo recto hácia el hermoso lago de Trasimena, distante tres millas, que atravesó repetidas veces con asombro de todo el pueblo testigo de tan no visto espectáculo; pero al regresar á Ferugia se rompió el hierro con que dirigia el ala derecha, y cayó Dante en el terrado de una iglesia rompiéndose una pierna. Algun tiempo despues volvió á presentarse en la cátedra de matemáticas que regentaba con mucha reputacion en Venecia; referia con ingenuidad su fracaso, y enseñaba á sus muchos discípulos los medios de hacerlo con mas éxito que él (OLDONI: *Athenæum Histor.* p. 168 y 169; FERNIGLIOLI, *Perugia illustrat.* tom. 2, p. 144).

A Dante se deben los estudios á que se dedicaron sobre esta materia los italianos y alemanes, y el teson que manifestaron despues de él para dar con la solucion del este gran problema.

En la *Panoptia physico-vulcania* de J. E. Burgrav, página 62 se lee que un viejo, músico de Nuremberg á últimos del siglo XV halló modo de lanzarse al airé con el auxilio de dos grandes alas que manejaba diestramente, y cuyo descubrimiento llevó á Francia el italiano Buratini, pero que ningun físico de aquel tiempo se atrevió á hacer la experiencia.

En el siglo XVI Bolori, relojero italiano, establecido en Troyes llegó despues de diversas tentativas á construir unas alas compuestas de resortes combinados con mucho arte, despues de un particular estudio de la organizacion de las alas de las aves. Arrojóse desde lo alto de una de las torres de la catedral gótica de aquella ciudad, y despues de mantenerse mucho tiempo en el airé, átravesó por tres veces los diferentes brazos del Sena; pero de repente un viento de Este bastante fuerte se opuso á su marcha, le precisó á hacer indecibles esfuerzos y le ocasionó una caída violenta que costó la vida al intrepido *hombre pájaro*, que por este nombre era conocido.

Este infausto suceso no arredró al genio aventurero de los nuevos Dédalos. Hicieronse sucesivos ensayos; pero por una especie de fatalidad perecieron miserablemente cuantos los probaron en la práctica.

Desesperábase ya de que se emprendieran mas viajes por el airé, cuando á mediados del siglo XVII Bézier aserrador en Sablé departamento en el día de la Sarthe, se puso á vender máquinas para volar, semejantes

á la que le sirvió á él para elevarse á mas de (100 pies) y bajar sin desgracia alguna.

En el año 1660 dos ingleses, Cook y Oliver, de Malmesbury, subieron á bastante altura, y se sostuvieron algun tiempo en el aice con alas que llevaban en los brazos y en las piernas. Un fraile español llamado Elmero de Malameria, quiso imitarles, pero pagó con la vida una empresa, de la que no obstante parecia que habia calculado bien los riesgos.

D. Francisco Guzman, de Lisboa, se elevó por el año de 1745 sobre una águila, cuyas alas hacia mover. Se asegura que atravesó el Tajo y que hubiera ampliado sus experimentos á no haber amenazado la inquisicion, que públicamente le señalaba como hombre que estaba en relacion con los espiritus infernales: así su hermano aunque secretario de Estado y valido de Juan V, temeroso por su vida le aconsejó que huyese, y aquel mismo soberano tan débil le proporcionó los medios de salir de Portugal.

En 1772 M. Desforges, de Etampes no obtuvo mejor resultado de su góndola coronada con un gran parasol, á manera de paracaidas, que de las alas que construyó asemejándolas mas á la figura de las de los insectos, que á las de las aves.

Al año inmediato se arrojó Becqueville desde el tejado de su casa, situada en París en el muelle Malaquais, esquina de la calle de Santos Padres; cernió algunos instantes sobre el rio, y por imprudencia que le costó cara, cayó sobre una embarcacion y se hirió gravemente. Tampoco fueron mas afortunados que él un jesuita de Pádua y un teatino de París.

Veinte y cuatro años transcurrieron entre estas últimas tentativas y la que hizo en París el jóven Calais en 1797. Guarnecidos los hombros con dos alas que ponía en movimiento con los brazos y pies, y con una cola abierta en forma de abanico, subió sobre una columna puesta en medio del jardin Marbenf; su ascension fue de corto tiempo, pero la caída que se la siguió rápida y cruel. No obstante tan pesado chasco, tuvo Calais la serenidad de mandar que se volviese á cada uno el dinero que habia dado, y cuando se curó se separó de todos los que le amaban, y se embarcó para América, donde la fortuna le compenso en breve, asegurándole una posicion social de las mas brillantes.

En 1808 un hábil relojero de Viena, llamado Santiago Degen voló diferentes veces en distintas direcciones, primero á la altura de 54 pies y despues á duplicada y triplicada altura.

Colocado en el centro de sus alas, que tenían siete metros y tercio de envergadura (22 pies), sobre veinte y ocho decímetros de anchura, subía y bajaba á su albedrío el intrépido aeronauta, asegurándose que no teniendo viento contrario podia volar catorce leguas por hora. Cada movimiento que se daba removía mas de 130 pies cuadrados de aire atmosférico, y la fuerza de cada una de sus aletas era igual á un peso de 150 libras.

Degen subió en 10 de junio 1812 desde los jardines de Tiboli en París á la altura de 180 pies sobre los mas elevados edificios: se mantuvo inmóvil sobre la capital, y fue á bajar sin ningun contratiempo á Chatenay cerca de Seeaux, á tres leguas y media de distancia de donde partió; mas es preciso decir que en el aparato de Degen entraba un pequeño globo aereostático, sin cuyo auxilio es probable que no hubiera podido sostenerse en el aire.

El vuelo recto supone en el hombre una fuerza mucho mayor que la necesaria solo para trasportar su propio cuerpo. ¿Será capaz de sostener este esfuerzo por mucho tiempo?

UN DOMINGO A BORDO DE UN BUQUE DE GUERRA INGLÉS.

Todo capitán de marina inglés cuida de que su tri-

pulacion santifique el dia del Señor en cuanto es dable en las circunstancias de la navegacion, de modo que en todo el dia no se trabaja sino lo estrictamente necesario, y sobre todo mientras se celebra el oficio divino. El domingo es tambien el dia en que el capitán pasa revista á todos sus subalternos para informarse del estado de su salud y demas, y oir las reclamaciones que tengan que hacer.

Los que no conocen la marina no pueden formarse idea del minucioso aseo que se observa en un buque de guerra. No estan mas blancas las baldosas del vestíbulo de un palacio que los puentes de un buque, ni mas adornado el tocador de una petrimetra que los cuartos del comandante y oficiales, y aun puede decirse, que el comedor y dormitorio de los marineros. Las tablas de los puentes que se friegan y lavan cada dia, tienen el domingo duplicada esta operacion. A las siete de la mañana un silbido del contra-maestre da la señal de plegar las hamacas. Cada uno entrega su cama bien plegada y empaquetada á uno de los gavieiros, encargado de colocar todas las camas en el filarete, especie de red en que se disponen las camas en una accion á manera de un parapeto á prueba de bala de fusil y de metralla. En seguida se arreglan simétricamente los palos mas ó menos largos de todas las maniobras ordinarias, y luego almuerzan los marineros. Mientras lo hacen, el contra-maestre, precediendo siempre un silbido, da orden de prepararse para la revista, y señala el vestido segun el clima y la estacion, gritando por ejemplo con una voz estentorea: «atencion: prepárense á la revista de los cinco relojes (1). *Farreuse* (2) de lienzo y pantalon blanco;» ó bien «chaleco y pantalon de lienzo azul;» ó bien, «prepárense á afeitarse y mudar de camisa para la revista.»

A las ocho y media se empiezan á lavar los entrepuentes y diferentes partes del buque y á ponerlo todo en orden, cuya operacion debe concluirse para las diez y media. Los contra-maestres de los puentes, el de cala y los gefes de todos los puestos, habiendo prevenido á sus superiores como al maestre de tripulacion, al artillero, y carpintero, que todo está pronto, y pasado aquellos avisos al primer teniente, este oficial á cuyo cargo está todo el pormenor del buque, hace una ronda para asegurarse por sí mismo, antes de dar cuenta al capitán. Se pasa aviso al oficial de cuarto para que mande tocar llamada, y la tripulacion se forma por divisiones en una sola linea, á los dos lados del alcázar de popa, á lo largo de los pasavantes y al rededor del alcázar proa. En los navíos de linea, en que es muy numerosa la tripulacion para formarse de esta manera, se forma en la bateria alta. Los soldados marinos sobre las armas, y puestos de uniforme ocupan la parte de detrás del alcázar de popa. Al frente de cada division se pone un teniente y un *midshipman* (cadete) en gran uniforme. El primero inspecciona escrupulosamente á todos los individuos de la division, y una mancha de sebo ó de brea, ó una pasada mal tomada á una camisa son motivo de una severa reprension. Los cirujanos recorren tambien las lineas, para asegurarse del estado de la salud de cada uno, y averiguan si empiezan á manifestarse algunos sintomas de escorbuto.

Concluidos estos preliminares, el capitán acompaña-

(1) El tiempo se mide á bordo con un reloj de arena que se vuelve de media en media hora, ó cuarenta y ocho veces de un dia á otro; mas para evitar el contar cuarenta y ocho divisiones, se vuelve á contar desde una á cada cuarto de hora, es decir, de cuatro en cuatro horas, y por consiguiente no se cuenta sino hasta ocho: una á las doce y media del dia ó de la noche, dos á la una y así en adelante; por el mismo orden una á las cuatro y media, á las ocho y media de la mañana ó de la noche. Segun este método, cinco relojes significan que el reloj se ha vuelto cinco veces desde el nuevo cuarto; esto es, desde las ocho, y señala las diez y media.

(2) Chaqueton á modo de media blusa.

do del teniente da principio á su revista examinando á todos uno á uno de los pies á la cabeza.

Durante esta operacion pudiera percibirse el pisoteo de una rata, ó como dicen los ingleses, el ruido de la caída de un alfiler. Pasada la revista de la tripulacion, se dirige el capitán á la galera, nombre que en los buques ingleses se da al sitio en que está la cocina, y le recibe el cög (cocinero) y su ayudante.

Habiendo subido los marineros sus sacos para la revista, nada queda sobre los puentes sino las mesas de comer y los utensilios para cada plato. Un plato en términos marinos es una racion para seis ó siete hombres, y un grumete que les sirve. Las mesas que tienen una blancura que deslumbra, estan entre los cañones afianzadas con visagras por uno de sus extremos á los costados del buque hacia los cuales pueden tambien levantarse, y sostenidas por el otro con cuerdas atadas al puente superior formando el techo de la batería, y los marineros se sientan en banquillos á los dos lados de cada mesa. Sobre cada mesa hay una gamella y un bidon (1), un plato y una vela que se enciende poco antes de la visita del capitán. La doble linea de cañones y de mesas y las dos filas de luces ofrecen una perspectiva muy curiosa.

Sin detenernos en pormenores, ininteligibles para mucha parte de nuestros lectores, y destituidos por lo mismo de interés, solo diremos que no hay un solo escondrijo del buque que se sustraiga de la vista del capitán. Restituido al alcázar despues de tan minucioso examen, se vuelve al primer teniente que no se ha separado de él y le dice: «Ahora iremos, si os parece á levantar la capilla.»

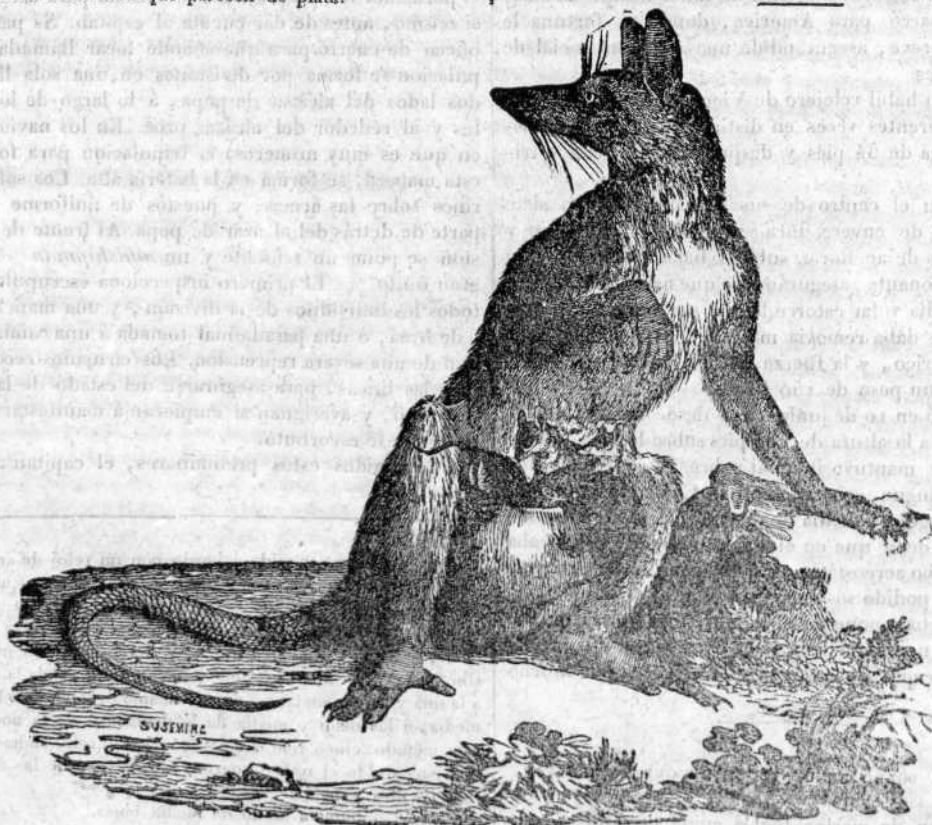
El alcázar de popa es el sitio destinado para el culto. El púlpito es un habitáculo que se cubre con una bandera de estambre en forma de tapiz, y un paquete de tacos de cañon que se forman con pedazos de cables deshilados, y cubierto tambien con una bandera, sirve de almohada para arrodillarse al capellan, y en los buques en donde no le hay el capitán, que es el que oficia. Se lle-

van sillas de los cuartos del capitán y del estado mayor para los oficiales, y los marineros se sientan en los bancos de sus ranchos, en las cureñas de los cañones ó en tablas puestas sobre cubierta boca abajo, observando todos el mayor silencio y compostura. Si el sol calienta se levanta una tienda en el alcázar de popa, y si llueve ó ventea mucho se arma la capilla en la batería alta bajo el alcázar de popa. En el momento en que empieza el servicio divino á bordo de un buque se hiza una bandera que lo anuncia, y esta señal la respetan los demas buques que se abstienen de hacerle ninguna hasta que se concluya.

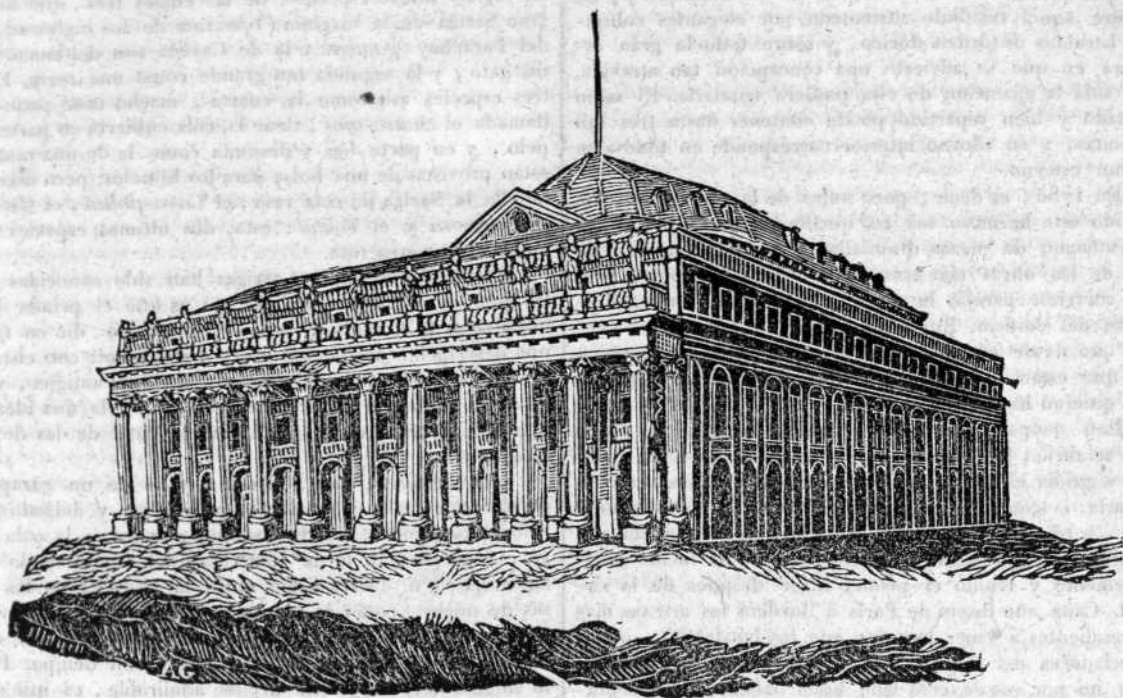
Las tripulaciones comen constantemente á las doce del medio dia y se ponen en seguida á trabajar ó á la maniobra; pero los domingos se les permite leer ó divertirse como quiera hasta las cuatro y media, no siendo al juego ni con entretenimientos ruidosos que tampoco se permiten en las mismas ciudades ni campiñas de Inglaterra. Lo que caracteriza muy particularmente el domingo á bordo de los buques ingleses, es el cesar absolutamente todo el ruido y movimiento que traen consigo los diferentes trabajos, y las diversas maniobras de los marineros. Los individuos de la tripulacion se reunen en corrillos sobre el puente para conversar tranquilamente, otros se pasean sobre la cubierta y el alcázar de proa, y otros duermen. Esta calma é inaccion forma un gran contraste con el ruido y actividad de los demas dias de la semana.

A las cuatro y media de la tarde el silvido que anuncia la cena despierta á los que duermen, y cada uno va á sentarse á su mesa. Al ponerse el sol se toca la generala: todo el mundo ocupa su puesto de batalla, se pasa lista para saber el estado de sobriedad de cada individuo de la tripulacion. Se examinan los cañones, porque esta es una obligacion de que por graves razones no hay escepcion ni en los domingos. En fin, se dispone el velamen por la noche segun las órdenes del capitán, se ponen las hamacas y se disponen los cuartos, es decir, que se señalan los individuos de la tripulacion que han de velar sucesivamente sobre el puente de cuatro en cuatro horas, y esta es la última operacion con que termina este dia á bordo.

(1) Las gamellas y bidones son de madera, cercados con harros de hierro tan bruñidos que parecen de plata.



(Sarigue ó Didelpho.) El artículo irá en el próximo número.



TEATRO DE BURDEOS.

Casi todas las ciudades de Francia son notables por algunos monumentos dignos de la atención de los extranjeros, y de la admiración de los inteligentes y amantes de las artes. Suelen ser por lo común las casas de ayuntamiento, catedrales, puentes ó teatros. La ciudad de Burdeos, que tan distinguido lugar ocupa entre las de Francia, y aun de Europa, tiene títulos muy particulares bajo este aspecto. Es indudable que lo importante de su comercio y población, lo estendido de sus relaciones mercantiles, la masa de sus capitales, la cualidad de sus viñedos, que hace tributario de ellos á todo el mundo, el patriotismo de sus habitantes, el ser cuna de tantos hombres eminentes, entre quienes descuellan un Montaigne y un Montesquieu, pudieran dar margen á diferentes artículos; pero nos ceñiremos por ahora á la descripción exacta de su teatro, que miran todos los artistas como uno de los mas bellos en su clase.

Este edificio, ó por mejor decir, monumento, es de construcción moderna. Está levantado sobre el terreno de un templo antiguo construido por los romanos, y cuyas ruinas mandó extraer Luis XIV para desembarazar las inmediaciones de *Chateau Trompette*, que no existe en el día, pero que era entonces una fortaleza de mucha importancia. Cuéntase que cuando se publicó la orden para que se echasen los cimientos del nuevo edificio, lo llevó á mal una parte de la población y aun casi se sublevó, porque era preciso destruir un magnífico paseo, á la sombra de cuyos hermosísimos árboles era el punto de reunión de las gentes finas en los grandes calores. El parlamento de Burdeos apoyó las reclamaciones de los ha-

bitantes, y se opuso fuertemente á que principiase la obra. El duque de Richelieu, gobernador á la sazón de la ciudad, se vió muy embarazado con aquella resistencia, y deseando dar cumplimiento á las órdenes recibidas de la corte, luchó por algún tiempo con el parlamento procurando todos los medios de conciliación, pero viendo que nacían obstáculos sobre obstáculos, y cansado de haberlas con golillas, determinó concluir la cuestión por sorpresa, ni mas ni menos que como se toma un reducido al enemigo.

Reunió una tarde á gran número de obreros, hizo-les que trabajasen en una noche entera de las mas oscuras, y al día inmediato vieron los consternados bordelenses en tierra y aserrados por su base todos aquellos frondosos árboles que eran los que constituían el verdadero cuerpo del proceso. Púsose el grito en el cielo, el parlamento deliberó, vituperó y arengó; mas todos sus elocuentes discursos no pudieron poner en pie los árboles derribados, y dueño el duque de Richelieu del campo de batalla, se dió prisa á que empezasen á ejecutarse las órdenes de su amo.

Preciso es confesar que el magnífico teatro que se levantó en aquel sitio, y de que con razón se envanecen los habitantes de Burdeos, es mucho mas útil para su ciudad que las grandes calles de árboles y un paseo público. Se gastaron inmensas sumas, y nada se perdonó para su construcción, siendo uno de los pocos monumentos cuyo conjunto y pormenores pueden desafiar sin miedo alguno á la crítica mas severa.

Su vasto peristilo en bóvedas planas está adornado de

una suntuosa columnata de orden corintio, cuyo aspecto es magestuoso; si bien por una escepcion notable, está á nivel con el suelo, y privada del realce de una série de escalones que siempre ofrecen la ventaja de que pueda la vista abarcar toda la totalidad de un monumento. Se admira aquel vestíbulo sustentado por elegantes columnas istraidas de orden dórico, y sobre todo la gran escalera en que se advierte una concepcion tan atrevida, que sola la ejecucion de ella pudiera igualarla. El salon dilatado y bien repartido puede contener hasta tres mil personas, y su adorno interior corresponde en todo á su primer estero.

En 1780, es decir, poco antes de la revolucion, fue cuando este hermoso tea ro quedó ya apto para la representacion de piezas dramáticas. Se dió principio con una de las obras maestras de la escena francesa, para que corriese parejas la pieza inaugural con la magnificencia del edificio. Representose la *Athalia*, y en verdad que desde entonces se han visto en él composiciones que estan bien distantes de aquel modelo, digan lo que quieran los ingenios del dia.

Han ocupado este teatro todos los géneros desde que se abrió; ha reinado en él la tragedia por algun tiempo, siguióla el drama moderno que ha procurado reemplazarla; la comedia ha gozado de un favor no interrumpido, pero el baile con su graciosa ligereza, viveza admirable y mágico brillo, es quien allí lo ha lucido constantemente y tenido el primer lugar despues de la capital. Cada año llegan de Paris á Burdeos los artistas mas sobresalientes á cojer laureles que los bordeleses, justos apreciadores del mérito, se apresuran á distribuirles; pero no por eso se crea que basta haber tenido aceptación en Paris para triunfar en Burdeos; es indispensable que cada obra sufra una nueva prueba, y que cada artista se conforme á otro exámen. Debe tambien considerarse que el triunfar en Burdeos como poeta ó actor es mas lisongero que en Paris, porque unos y otros estan lejos de sus amigos. La obra se presenta por sí sola, sin favor, sin miramiento ni compadrazgo: se silba sin compasion lo malo; se aplaude con entusiasmo lo bueno; y esta sentencia, mas justa á veces que la de la corte, no tiene jamas apelacion.

SARIGA, DIDELFO, Ó VULPEJA (1).

Este animal es originario de América aunque algunas de sus várias especies han penetrado en Europa, siendo en el dia muy conocidas de los naturalistas.

Se ha designado á veces á las sarigas con el epíteto de *pedimanas*, porque sus pies traseros tienen un gran pulgar en oposicion á los demas dedos, casi como en la mano del hombre; pero este caracter les es comun con los demas marsupios. Una sola especie que se encuentra en algunas partes cálidas de la América meridional, tiene reunidos los dedos con una membrana como la nutria; y es la que describe Buffon bajo el nombre de nutria pequeña de la Guayana. Es un animal hermoso, una tercera parte mayor que una rata, cubierto de un pelo largo, fino, y vistosamente mezclado de pardo y blanco. Acaso no hay pelizos mas bonitas que las de estos animales. En Colombia suelen hacer con ellas bolsas para cigarros, y la piel que pertenece á la cola sirve por su longitud como de cinta para envolverlas. Suelen habitar estos animales en las cercanias de los arroyuelos y los llaman

Perritos de agua, así como los antiguos denominaron alguna vez á la nutria *canis aquáticus*.

No se conoce hasta ahora otra especie de sariga ó vulpeja acuática. En cuanto á las terrestres, se conocen cuando menos nueve especies, de las cuales tres, que son la gran Sariga de la Virginia (*opossum* de los ingleses), la del Paraguay (*gamba*) y la de Cayena son del tamaño de un gato, y la segunda tan grande como una zorra. Estas tres especies así como la cuarta, macho mas pequeña, llamada el *cuatro-ojos*, tiene la cola cubierta en parte de pelo, y en parte lisa y desnuda como la de una rana, y están provistas de una bolsa para los hijuelos; pero carecen de ella la Sariga de cola rasa, el *Cuyo-pollin*, el *Grisón*, la *Narmosa* y el *Touan*: estas dos últimas especies son menores que una rata.

Hemos dicho que las sarigas han sido conocidas antes que los demas marsupios; así es que el primer historiador de la América Fernandez de Oviedo, dió en 1526 una descripción del *cuatro-ojos*, designándole con el nombre de *churcha*. Su descripción, aunque antigua, y de un hombre que no se picaba de científico, da una idea de este animal mas exacta que la mayor parte de las de los modernos.

«La *Churcha*, dice, es del tamaño de un gazapo y de un color bermejo; tiene el pelo largo y delgado, el ocico puntiagudo, los dientes muy afilados, y la cola larga es semejante á la de una rata, del mismo modo que las orejas. En Tierra-firme entra la churcha en las casas de noche, como la raposa en España, y mata las gallinas para chuparlas la sangre, y acaba una tras otra con diez, doce ó mas, sino se acude con tiempo. Pero lo singular, y aun puede decirse admirable, es que si la churcha cuando hace sus expediciones nocturnas está criando, ella lleva consigo á sus hijos en su regazo. Tiene bajo el vientre una bolsa formada de dos pliegues de la piel, echados de delante hacia atrás, como pudiera hacerse en una capa cojiendo de arriba á bajo dos pliegues contiguos. Los dos bordes de la abertura que presenta esta bolsa se unen, cuando el animal lo quiere, con tal perfeccion que nada puede salir de ella; de manera que aun cuando corra, los hijuelos metidos en la bolsa no corren el menor riesgo de caer. Cuando quiere abre la bolsa y deja que salgan los hijuelos á beber la sangre de las gallinas que ha muerto. Cuando la *churcha* conoce que acuden al ruido de las gallinas alborotadas, y sobre todo si llegan con luces, vuelve los hijos á su bolsa y se escapa por donde entró; si se le cierra el paso, trepa por el maderaje al techo en busca de algun agujero para esconderse. Como se las coje ameadas vivas ó muertas, ha podido observar todo lo que llevo dicho. Se encuentra á fos hijuelos ocultos en la bolsa, dentro de la cual estan tambien las tetas de las que maman hasta cierto tiempo. Mas de cuatro veces lo he experimentado á mi costa, por las muchas gallinas que las churchas han matado en mi casa. La *churcha* huele muy mal, se parece á la rata en el pelo, la cola y las orejas, pero es mayor que ella.»

Otra sariga mas comun que la de que acabamos de hablar es la de oreja vicolor, conocida entre los naturalistas con el nombre de *opossum*. Es del tamaño de un gato, la piel mezclada de blanco y negruzco, las orejas mitad blancas y mitad negras, y la cabeza casi toda blanca. Es un animal temible á todas las amas de casa, porque cuando se introduce en un gallinero, aun cuando no mate los pollitos, como á menudo sucede, nunca deja de comer los huevos. Sus hijuelos que son doce ó catorce cada vez que los tiene, aunque ciegos saben muy bien buscar el pezon, del que se sustentan hasta adquirir el tamaño de un raton; á los cincuenta dias de su nacimiento que es cuando abren los ojos. Hasta entonces no dejan de acogerse continuamente á la bolsa.

En Colombia llaman al *opossum*, *runcho*, y como huele muy mal es un objeto de aversion en casi todas las

(1) Véase el grabado en el número anterior.

provincias. No obstante en Pasto se hacen empanadas con su carne, y aseguran los que las han comido sin saber de qué eran, que su sabor se parece al de la carne de gallina.

En el dialecto *guaraní* se llama generalmente á las sarigas *micure*, y bajo este nombre las describió en verso D. Martín del Barco Centenera, y en prosa Azara. Este último describe seis especies, de las cuales la mayor que parece ser la designada por Cuvier con el nombre de *gamba*, le ha dado materia para observaciones muy interesantes.

«El día 31 de octubre, dice, maté á la caída de la tarde una hembra de esta especie; la colgué de un cordel por fuera de la casa, y la dejé así hasta la siguiente mañana en que registrando su bolsa encontré en ella trece crías de cinco pulgadas y media cada una, con los ojos cerrados y empezándoles á crecer el pelo. Tuve bastante que hacer para soltarlas de los pezones. Hubiéndolas hechado al suelo, ví que se mantenían ya en pie y llamaban á su madre con una especie de estornudo sordo....»

En noviembre ví otra hembra con trece crías enteramente semejantes á ella, pero menores una mitad de su tamaño: ya no mamaban ni querían entrar en la bolsa, que tampoco hubiera podido contenerlas; pero la madre las conducía muy bien agarradas á su cola y cuerpo; costábala trabajar el andar; y me era inconcebible como podía alimentar toda aquella familia.»

Ya se sabía que algunas sarigas llevaban á sus hijuelos sobre sí, pero se creía que esto lo hacían solamente aquellas especies, cuya hembra carecía de bolsa bajo el vientre, hasta que se ha llegado á conocer que es propiedad de todas ellas.

Concluiremos con algunas palabras acerca de la sariga *cangrejera* (*crabier*) que segun Laborde, es un animal muy ligero para saltar á los árboles en donde está mas que en tierra. Tiene buenos dientes y se defiende contra los perros. Se mantiene principalmente de cangrejos, y se dice que cuando no puede sacarlos de su agujero con las patas, se sirve de la cola retorciéndola como un gancho. Se añade que los cangrejos la suelen picar haciéndola chillar fuertemente. Esta sariga se domestica fácilmente y se acostumbra á comer de todo, no siendo esclusiva su afición á los cangrejos. Hay gentes en Cayena que comen esta especie de sarigas, y aseguran que son de una carne sabrosa, y parecida á la de la liebre.

DE LAS MAQUINAS Y SUS VENTAJAS.

La cuestion de las máquinas, tan controvertida entre los franceses, no ocupa menos á los ingleses; pero mas adelantados los segundos en este punto, sus economistas prueban con hechos las indisputables ventajas que ofrecen las máquinas, aun á aquellos mismos á quienes condenan al parecer á miseria.

Tenemos á la vista una obra notable sobre esta materia, que publicada en 1832, cuenta ya una tercera edición. Es de M. Charles Babbage, celebre ingeniero, y de una reputación europea, y tiene por título: *Tratado de la economía de las máquinas y manufacturas*, la cual encierra en corto volumen infinidad de hechos tan curiosos como concluyentes. No haremos de ellos una verdadera traducción en beneficio de nuestros lectores; pero sí extractaremos lo sustancial de algunos artículos generalmente aplicables.

Desde 1801 hasta 1831 se ha aumentado la población de las cuatro grandes ciudades fabricantes de la Gran

Bretaña segun los estados oficiales en la proporción siguiente:

Manchester.	151 por 100
Glasgow.	161
Northingham.	75
Birmingham.	90

El autor de este artículo nació en una corta población del departamento de Ardenues, cuyos habitantes, así como los de las aldeas del contorno se mantienen casi esclusivamente del hilado y tejido de lana. Su abuelo le habia contado repetidas veces que hacia cosa de sesenta años estuvo á pique de estallar una sedición, con el motivo de haberse introducido en el país los tornos alemanes para hilar la lana, porque hasta entonces hombres y mujeres la hilaban á huso, con el que sacaban un hilo tosco, pero sólido, que daba tanta duracion á los tejidos de aquella época, que el vestido de novio de un padre servia invariablemente para el día de su primera comunión al hijo. En el año de 1814 no contaba Rhetel 3000 almas, ni habia una sola hilandería mecánica; y hoy que se han propagado las máquinas, no solo allí, sino en los alrededores, ha subido la población segun el último censo oficial de 1831 á 6583 habitantes.

Las ventajas que ofrecen las máquinas y operaciones manufactureras se originan principalmente de las tres circunstancias siguientes, á saber:

- 1.^a *El aumento que dan á las fuerzas del hombre.*
- 2.^a *El tiempo que economizan.*
- 3.^a *La conversion que verifican de sustancias de ningún valor en la apariencia, ó á lo menos de ninguna inmediata utilidad, en productos útiles á la sociedad.*

He aquí algunas aplicaciones de estos tres principios.

AUMENTO DE FUERZAS DEL HOMBRE.—CONDUCCION DE PESOS.

Segun un experimento inserto en el *Tratado del arte de edificar* se ve que:

- 1.^o Tenia que trasportarse fuera de la cantera un trozo de piedra cuadrada que pesaba. . . 1080 libras.
- 2.^o Que para arrastrar sobre un terreno mal nivelado era precisa la fuerza de. 758
- 3.^o Para conducirla por encima de un tablado de madera no se necesitaba mas que una fuerza de. 552
- 4.^o La misma piedra colocada sobre una plataforma de madera lisa podia arrastrarse con una fuerza de. 609
- 5.^o Dadas con jabon las dos caras del entablado y de la plataforma que estaba en contacto no se necesitaba sino fuerza de. 132
- 6.^o La misma piedra puesta sobre rodillos de tres pulgadas de diámetro y rodando por el camino era llevada por una fuerza de. 34
- 7.^o Obrando los rodillos mismos sobre el entarimado de madera, queda reducida la fuerza necesaria á. 28
- 8.^o Y en fin, colocados los rodillos entre el entarimado y la plataforma que conducia la piedra, se reducía la fuerza necesaria á. 22

Resulta de todo esto que la fuerza necesaria para conducir la piedra sobre un terreno desigual del camino era casi la de dos terceras partes de su peso; que se reducía á tres quintas partes de este peso con el roce sobre el entablado, á cinco novenas partes por el roce de una madera con otra, á una sexta parte cuando estaban dadas de jabon las superficies, á una trigésima segunda

parte cuando se usaba de los rodillos solos, á una cuadrágésima parte cuando rodaban sobre un entablado: y en fin, á una quincuagésima parte cuando rodaban entre dos superficies de madera.

Cada nuevo conocimiento que se adquiere y cada nueva herramienta que se inventa, disminuye el trabajo y cansancio del hombre. El que concibió el empleo de los rodillos quintuplicó las fuerzas humanas; el primero que se valió del jabón y la grasa, pudo inmediatamente y sin gran esfuerzo hacer que se moviese un peso tres veces mayor que antes.

Los efectos que producen los cuerpos crasos disminuyendo la frotación han tenido una notable aplicación en Amsterdam, en donde los que arrastran carretones sin ruedas ó narrias cargadas de grandes pesos llevan una soga encebada que arrojan de cuando en cuando delante del carretón, cuyos lados se untan pasando sobre ella.

ECONOMIA DE TIEMPO.

Supérfluo es demostrar lo importante de esta economía, y bastarán algunos ejemplos para manifestar hasta dónde es posible llevarla.

El uso de la pólvora en los trabajos de las minas es el primero que se presenta. Algunos días de trabajo pueden proporcionar lo necesario para comprar muchas libras, y en pocas horas puede su uso dar resultados que no se conseguirán con las mejores herramientas y un continuado trabajo muchos meses.

Fábrica de agujas. El arreglo de veinte mil agujas echadas confusamente en una caja, y enredadas unas con otras en todas direcciones, parece á primera vista una cosa tan difícil como cansada: pues serían precisas muchas horas para colocarlas paralelamente unas junto á otras, si hubiesen de irse poniendo una por una; sin embargo se consigue esto en pocos minutos.

Se echan las agujas en un cubo de hierro batido, algo cóncavo en su fondo. Se sacuden los bordes del cubo de un modo particular, dándole al mismo tiempo un movimiento longitudinal, y las agujas se colocan por sí mismas en direcciones paralelas: lo que se debe á la misma forma de las agujas. Hecho esto se agita el cubo en dirección perpendicular á la primera, y en breve se reúnen las agujas unas sobre otras en los bordes del cubo, conservando siempre su paralelismo.

Pero en esta disposición quedan las agujas para hablar técnicamente *cabeza con punta*, es decir, que la punta de unas está hacia el mismo lado que la cabeza de las otras, y es preciso volverlas en una misma dirección. Para conseguirlo se hace lo siguiente: una mujer ó un niño pone algunas agujas sobre una mesa, impeliéndole con el dedo índice de la mano izquierda, las separa un poco unas de las otras, y con la mano derecha empuja sucesivamente hacia delante ó hacia atrás, cada aguja, conforme se va presentando, y según tiene la cabeza en una ó en otra dirección. Esta operación que se practica todavía en muchas fábricas es demasiado lenta, porque es preciso hacerlo para cada aguja, y se ha sustituido esta otra que es más rápida. El niño se pone en el índice de la mano derecha un dedal de paño; con igual dedo de la mano izquierda impele fuera del montón en que están colocadas paralelamente las agujas, algunas de ellas, lo que las hace perder su situación horizontal por otra más ó menos oblicua; apoya entonces suavemente su dedal sobre la extremidad más elevada, y á las agujas cuya punta está hacia arriba, penetran en el dedal de modo que pueden salir del montón y separarse de las otras con mucha prontitud.

Fábrica de clavos. En diferentes operaciones fabri-

les sería de gran auxilio al obrero una tercera mano, la cual la encuentra en varias clases de herramientas que suelen reemplazarla á menudo ventajosamente. Tales son los tornillos, barriletes y prensas de varias especies que sostienen fuertemente los materiales, sobre los que el obrero puede entonces emplear ambas manos. Pondremos un ejemplo, que no es tan conocido, tomado de la fábrica de clavos.

Sabido es que ciertos clavos exigen una configuración particular de su cabeza. El obrero saca de la fragua el trozo de hierro hecho áscua, y labra desde luego la punta por el método ordinario; cortándole después según el tamaño que ha de tener, sin desprenderle por eso del trozo, le dobla en ángulo recto y le introduce en un agujero abierto en el yunque, puesto bajo un mazo de hierro acomodado á una contra, y que forma en hueco la figura que ha de tener la cabeza del clavo en relieve. Después de preparar ligeramente con su martillo de mano la cabeza del clavo, aprieta la contra con el pie, y suelto el mazo de la traba que le contenía, labra con un solo golpe la cabeza del clavo. Este aparato está combinado de tal modo, que el resalto que da por su parte el mazo á una de la reacción de la contra, vuelve á poner á entrambos en su posición primera quedando aquel suspendido; y la reacción de la contra hace que salga el clavo del agujero del yunque.

Sin este aparato, que permite al obrero valerse del pie como de una tercera mano, probablemente se vería precisado á meter dos veces el hierro en fragua.

EMPLEO UTIL DE MATERIALES DE NINGUN VALOR.

En las artes tienen aplicación conveniente los restos más repugnantes de los animales. Las pezuñas de los bueyes, el casco de los caballos y otros fragmentos corneos entran en la composición del azul de Prusia, ó del prusiano de potasa. Cuando las vasijas de hoja de lata ó cobre de una espetera han agotado ya toda la habilidad de un estañador, pueden emplearse todavía útilmente; con las partes menos corroidas, cortadas en tiras, agujereadas y dadas de un barniz negro fortifican los cajeros los bordes y ángulos de sus cajas; lo restante con ayuda del ácido pyrolignoso puede suministrar un hermoso color negro para el estampado sobre telas.

DE LA FRENOLOGIA.

ESTADO DE LA FRENOLOGIA EN INGLATERRA.

Aunque por lo general suele experimentar la verdad grandes dificultades para su admisión, hay ocasiones en que se presenta con caracteres de una evidencia tal, que se la adopta como por aclamación y unánime consentimiento.

No bien ha bajado al sepulcro el doctor Gall, y ya se estudia y profesa su doctrina en todas las partes del globo como ciencia de observación, por lo que pueden ser jueces competentes de ella.

No presentan los anales de las ciencias naturales ejemplo de un hombre que, habiendo creado una ciencia nueva en todas sus partes, haya podido llevarla antes de morir al grado de perfección de esta: pues las sociedades que ha producido, más bien han propagado los conocimientos de ellas, que añadiéndoles progreso alguno.

La prontitud con que la Frenología se introdujo en Inglaterra en la enseñanza y práctica de algunas instituciones concernientes á la educacion de los niños, y á las enfermedades del espíritu, honra el carácter de los ingleses, que adoptan todo lo útil no bien lo conocen.

Hay en Inglaterra veinte y tres sociedades frenológicas, cuyo objeto esclusivo es la Frenología.

Fuera de esto se trata de esta ciencia en la mayor parte de las sociedades de medicina ó de filosofía, cuyas tareas abrazan generalmente todas las cuestiones relativas á las ciencias médicas y filosóficas.

Las colecciones frenológicas mas notables son: la de Londres compuesta de 300 á 400 cabezas; la de Spurzheim de 800 á 900; la de Deville de 2.200,500; la de Holms de 300 á 400; y la de Childs de Bungay de 300.

La Frenología está reconocida como *ciencia práctica* en el hospital é instituto de Londres, en el teatro de anatomía y medicina de Granger y en la universidad de Londres, en donde el profesor de medicina enseña la curacion de las enagenaciones mentales segun principios frenológicos. Segun los mismos principios se dirige esclusivamente la educacion en algunas escuelas fundadas en *Aberdeen* por Sir. J. Mackenzie, en *Enfield* por M. Rondeau, y en *Ongar*, por M. Stoaks. Sus fundadores están satisfechos de los resultados conseguidos, y se aumenta diariamente el número de alumnos.

En Edimburgo se publica un diario frenológico y un semanario en Londres, ademas de las muchas obras publicadas en Inglaterra de unos años á esta parte.

En 1821 un frenologista fue á ver á un lamparero de Londres llamado *Deville*, y le preguntó si podria vaciarle en yeso una cabeza cuyo molde le llevó. Consintió Deville, y lo desempeñó tan bien, que sobrevinieron otras personas á pedirle lo mismo. A fuerza de vaciar cabezas se le escitó á Deville el deseo de estudiar la doctrina que esplicaba la causa de las diferentes proporciones de los cráneos, que él tenia tanta proporcion de observar. La lectura de las obras de Gall y Spurzheim le hizo tal impresion, que determinó formar una coleccion para comprobar los resultados de un sistema que movia en tanto grado su curiosidad. Púsose pues á vaciar las cabezas de todos cuantos encontraba y tenian protuberancias notables. Un celo jamas desmentido y una constancia sin igual le hicieron en breve dueño de una de las mayores y mas ricas colecciones frenológicas de Europa. No tardó Deville en recibir visitas de infinidad de personas que deseaban saber el resultado de unas tareas, cuya novedad estimulaba la curiosidad pública infinitamente. Se queria conocer en particular á aquel hombre singular, que perteneciendo pocos dias antes á la clase de artesano acababa de entrar sin saberlo él ni los demas en la de los sábios.



(Gabinete de Mr. Deville.)

Aprovechóse diestramente Deville de su reputacion para enriquecer su coleccion; y si satisfacía á los curiosos comunicándoles con afabilidad el resultado de sus observaciones sobre las diferentes cabezas de yeso de su almacen, no dejaba jamas de pedir como por recompensa, cuando concluia sus discursos, le permitiesen los curiosos

sacar el molde de sus cabezas. La mayor parte de ellos se alegraban de que se les presentase aquella ocasion de conocer sus cualidades y defectos, y los que daban poca importancia á aquella operacion, no se atrevian tampoco á negar un favor que Deville tenia derecho á pedir, siendo ademas pocos los que podian resistir al gusto de

que su cabeza hiciese parte de una coleccion que debian examinar todas las personas distinguidas de Inglaterra.

Pronto las piezas frenológicas de Deville, despues de haber desalojado los salones del almacen, llenaron su habitacion, y se vió en la precision de mandar construir un local capaz para colocarlas. Aumentábase cada día la concurrencia, y empleando Deville su tiempo en palpar cabezas, y encontrar cualidades y defectos, no podia continuar sus trabajos como queria. Discurrió un medio de desembarazarse de importunos, y empezó á exigir un pago; pero engañose en esto la sagacidad del frenologista, porque sucedió todo lo contrario: toda la poblacion entera se metió por sus puertas. Deville no era médico ni queria pasar por tal, y se le consultaba no obstante sobre las enagenaciones mentales; y en todos los casos en que no habia buscado la medicina comun, habia probado bien el haber seguido sus consejos.

Creció la opinion de Deville con las discusiones que sus juicios promovieron. Las sociedades científicas y literarias y los periódicos los hicieron objeto de una polémica sostenida por una y otra parte con un ardor que rayaba en encarnizamiento. Esta última circunstancia decidió el triunfo de M. Deville atrayéndole esclusivamente la atencion pública. Su coleccion contiene en el día lo mas distinguido entre los poetas, pintores, músicos, actores, oradores, matemáticos, mecánicos, diplomáticos, y aun criminales, porque hasta el patíbulo le paga su contingente.

Al entrar en el salon frenológico de M. Deville y ver los cuatro lienzos cubiertos de estantes llenos de cabezas de yeso, se sorprende uno de la semejanza que tienen entre sí, no concibiéndose que toda una ciencia se halle fundada en diferencias tan pequeñas que solo puede percibir las un detenido exámen. Es sumamente interesante seguir á M. Deville en sus demostraciones frenológicas. «Vea usted aqui, dice, estas dos cabezas tan semejantes á primera vista, y sin embargo la corta diferencia que entre ellas media es bastante para haber separado infinitamente á sus originales. Este busto es de un hombre excelente, lleuo de pundonor y de probidad: bajo este aspecto se asemeja perfectamente á este otro que pertenece á diferente seccion, y cuya posicion social dista mucho de ser igual. El primero no es conocido ni lo será probablemente nunca sino de sus amigos íntimos al paso que el segundo es uno de nuestros matemáticos mas distinguidos. Observe usted el ángulo exterior del ojo y encontrará en él toda la causa de la enorme diferencia que existe entre ambos. Esta causa es casi la única, porque todas las demás partes de la cabeza son enteramente semejantes.

«He aquí otras dos cabezas de individuos que debieran permutar de suerte, porque la una que pertenecía á uno de nuestros ministros de mas influencia en la corte tiene enteramente desarrollado el órgano mimico, mientras la otra que es la de uno de nuestros actores mas conocidos presenta un gran desarrollo del espíritu de justicia. Supondrá usted tal vez que habré yo encontrado sumamente desarrollados los órganos del robo y asesinato en las cárceles y los patibulos de Newgate, y se engañará ciertamente, porque mi mejor indicio del órgano del robo, y por solo el cual daria yo todo lo de mi coleccion es este busto de lady B..., tan conocida en los salones de West-End por su amabilidad y talento; así como no he hallado en ninguno de los muchos asesinos que he reconocido una inclinacion al asesinato tan frecuentemente pronunciada como en esta cabeza del reverendo R.... y sin embargo es probable que jamás han obedecido la una ni el otro á los violentos instintos propios de su organizacion. Estos dos ejemplos, tan comunes en las clases elevadas, probarán á usted lo importante del bienestar y de la educacion para impedir los crímenes.

«A este otro lado se hallan las cabezas de los criminales y gentes viciosas de diferentes grados. Su carácter distintivo consiste en la anchura de la base occipital: se conoce en las grandes dimensiones de la cabeza sobre las orejas y detras de ellas, al paso que la parte frontal es muy estrecha.

«Al contrario, cuando la frente es muy espaciosa en todas direcciones, y muy pequeñas al mismo tiempo las partes posteriores de la cabeza pertenecen tales cráneos á las clases intelectuales y morales.

«Compare usted estos tres estantes, y vea que diferencias presentan. En el primero están los músicos, en el segundo los matemáticos, y en el tercero los hombres de Estado. Si se examinan atentamente las cabezas de una sola seccion, por ejemplo la de los músicos, se encontrarán tantas diferencias, cuantas hay entre los bustos de una clase y los de otra. Este posee el órgano de la armonía poco desarrollado, y mucho al de la composicion: así que su original compone buena música y tiene una ejecucion mediana; mientras este, que es el de Moscheles anuncia una feliz combinacion de la composicion y ejecucion. Aquel no gusta sino de la música religiosa, el otro de la militar, etc.»

Mr. Deville se ocupa actualmente en investigar cual es la influencia de la educacion en la forma del cráneo. Es probable que obtendrá resultados importantes, con los que pueda calcularse hasta qué punto deberá promoverse ó retardarse en los niños el desarrollo de ciertas inclinaciones ó facultades.

METODO PARA DISECAR TODA CLASE DE HOJAS.

Con este método se logra tener perfectamente conservado el esqueleto de todas las hojas, haciendo lo siguiente:

Elejida la hoja, se la pone en remojo con el agua fria hasta que se pudra, con lo cual se destruye desde luego su pulpa carnosa, despues se la saca y se vierte sobre ella un chorro de agua hirviendo, que acaba de separar las partes tiernas; y deja descubiertas todas las fibras aun las mas delicadas, si la operacion se hace con la precaucion debida.

Antes de clasificar la hoja ya disecada convendrá ponerla por algunas horas al sol, mucho mejor que al calor del fuego, que tiene el inconveniente de hacer que se contraigan y encojan las plantas.

MEDIO DE DESTRUIR LOS CARACOLES.

M. Warton, propietario inglés, habia sembrado porcion de sal en su jardin, como parte de abono para muchos de sus cuadros, y no pudo menos de sorprenderle ver que á cuantos caracoles tocaba morian inmediatamente.

Esta observacion le indujo á desear asegurarse si era efecto de la casualidad lo sucedido, para lo cual puso unos cuantos caracoles sobre una capa de sal, y vió que al momento se metian en su concha, moviéndose con violencia. A los cinco minutos empezaron á destilar un humor blanquizco y espumoso, y poco despues el cuerpo de cada caracol salió morado de su concha, dando las últimas convulsiones de la muerte.

MODO DE RESTITUIR SU VIVEZA

A LOS COLORES DECAIDOS.

Supérfluo es hacer el elogio de este medio, pues la experiencia convencerá á cada uno mejor que cuanto pudiera decirse. Nadie hay, por decirlo así, que se exceptúe de contraer por infinidad de casos alguna mancha en su vestido, y son pocos los que no sepan cómo se quitan: pues dejando á parte los infinitos y vulgares secretos, los hay infalibles, compuestos por químicos acreditados.

Pero por una consecuencia natural y física los ingredientes que quitan las manchas quitan también su color á las telas en el sitio de la mancha. Para obviar este inconveniente, es necesario que cuando ha desaparecido ya la mancha se frote ligeramente la parte que ha perdido el color con un algodón mojado en álcali, procurando no restregar sino dos ó tres veces con un mismo pedazo de algodón. Con esta única operacion volverá el color á su primitiva viveza.

VERDADERO ORIGEN DE LA GUILLOTINA.

Se cree generalmente, y aun hay escritores que afirman, que el inventor de esta terrible máquina fue un doctor llamado Guillotin, cuyo nombre tomó el invento; pero los datos siguientes probaron la falsedad de semejante opinion, y que Guillotin no hizo mas que perfeccionar una cosa que se ignoraba ciertamente en Francia, pero que existia con mucha autoridad á él.

Habiendo prohibido Enrique VIII, rey de Inglaterra en el año de 1480 la importacion de lanas manufacturadas, se establecieron fábricas en diferentes ciudades, y entre otras en Halifax. Era muy comun dejar de noche las telas tendidas al aire, y nada mas fácil por lo mismo que robarlas. Siendo necesario proteger á aquel nuevo ramo de industria, se promulgó una ley rigurosa concediendo el derecho de vida y muerte á los magistrados de Halifax.

La especie de suplicio que se usaba era cierta hacha sostenida por una garrucha, y que se mantenía en la parte superior de la máquina, la cual cayendo rápidamente decapitaba al reo. La máquina se destruyó, pero todavía existe en Halifax el cadalso de piedra sobre el cual se colocaba.

Bajo el reinado de Jacobo I el conde de Morton, regente de Escocia, pasó por Halifax, y habiendo visto una ejecucion con la referida máquina, le agradó tanto que mandó construir otra igual y la llevó á su país, donde se hizo en adelante uso de ella para la pena capital; siendo lo mas notable, que la primera cabeza que separó fue la del mismo lord Morton. Fatalidad singular, aneja á todos los inventores de esta especie.

PROVERBIOS MORALES.

El ánimo que se tiene por fuerte no suele ser sino un ánimo verdaderamente débil.

Separad de vuestro corazón la corrupcion de sus ligaduras y volvereis al espíritu la pureza de sus ideas.

El respeto á la propiedad es el lazo de todas las so-

ciudades; todo seria confusion en este mundo sino respetásemos lo que no nos pertenece.

El que algo posee debe respetar la propiedad ajena, el que nada tiene debe asimismo respetarla; sino lo hacen, uno y otro se colocan fuera de la sociedad, se privan de las ventajas que esta asegura á sus individuos, y atraen sobre sí la justa severidad de las leyes.

Si quereis no tener que reprenderos el defecto que suele hacer á los hombres mas virtuosos la calumnia, no deis crédito sino á vuestros mismos ojos, y jamás os fieis de lo que os revelen. Nuestros ojos siempre son nuestros, los oídos pertenecen á los demas.

Los vicios son en todo semejantes á las malas yerbas que crecen en el terreno destinado á un buen cultivo. Solo en los primeros años de la vida pueden desarraigarse los vicios nacientes; en los corazones jóvenes es donde deben profundizarse las semillas de la virtud.

MODAS.

Creemos que las lectoras del Semanario pintoresco no tendrán por inoportuno que en la ocasion en que se multiplican los bailes y reuniones propias del Carnaval, les demos noticia de algunos obgetos de buen gusto, pertenecientes al adorno de su sexo, que han llagado al almacén de Madama Petibon, calle de Fuencarral. Las compras selectas que dicha artista ha hecho en París con destino á esta corte, han merecido la aprobacion de los redactores del *Petit courrier de modes* que sale en aquella Capital, quienes en su número del día 23 de octubre dicen hablando de las mantillas lo siguiente:

Este gracioso capricho le hemos tomado de las españolas, aunque ellas pretenden que jamás las francesas saben sacar todo el partido posible de un auxiliar tan poderoso de las gracias y la ligereza: dicen que ignora toda extranjera el modo garboso y señorial de llevar la seductora mantilla, cuyos mas insignificantes pliegues dejan traslucir la tierna imaginacion y ocultas miras de quien en ellas se esconde. Cedamos pues á las gallardas españolas el arte de manejar tan interesante velo, y contentémonos en desquite con saber que nuestras modas penetran mas allá de los Pirineos, para presentarse en el *Pardo* con todo su primor parisiense: congratulémos tambien de tener allí una representante del gusto de nuestra nacion, en la persona de Madama Petibon, que acaba de sacar de los primeros establecimientos de París en este ramo, las modas delicadas y recientes para trasladarlas al suyo de Madrid. Debémosla agradecer la buena eleccion que ha tenido de artículos que han de llevar al extranjero el sello de la elegancia francesa, y nos persuadimos de que será grato á las españolas su esmero y diligencia para surtir su almacén de cuanto nuestras modas han producido mas gracioso y mas generalmente adoptado.

Entre los principales artículos que se encuentran en el almacén de Madama Petibon, se cuentan los siguientes:

Mantillas de gasa, guarnecidas de blonda y cintas á la *Maintenon*.

Trusas de cintas guarnecidas de perlas, á lo *princesse Chateleine*.

Pulseras de cintas de raso y blonda.

Corpiños alemanes de raso y blonda.

Boas escarolados de raso.

Fanchones guarnecidos de encage.

Canesús de crespon de todos colores con guarniciones de blonda.

Corpiños suizos á lo *paisanne* en raso, guarnecidos de blonda.

Peregrinas de gasa con guarniciones de blonda y de cintas de raso, á la *Sevigné*.

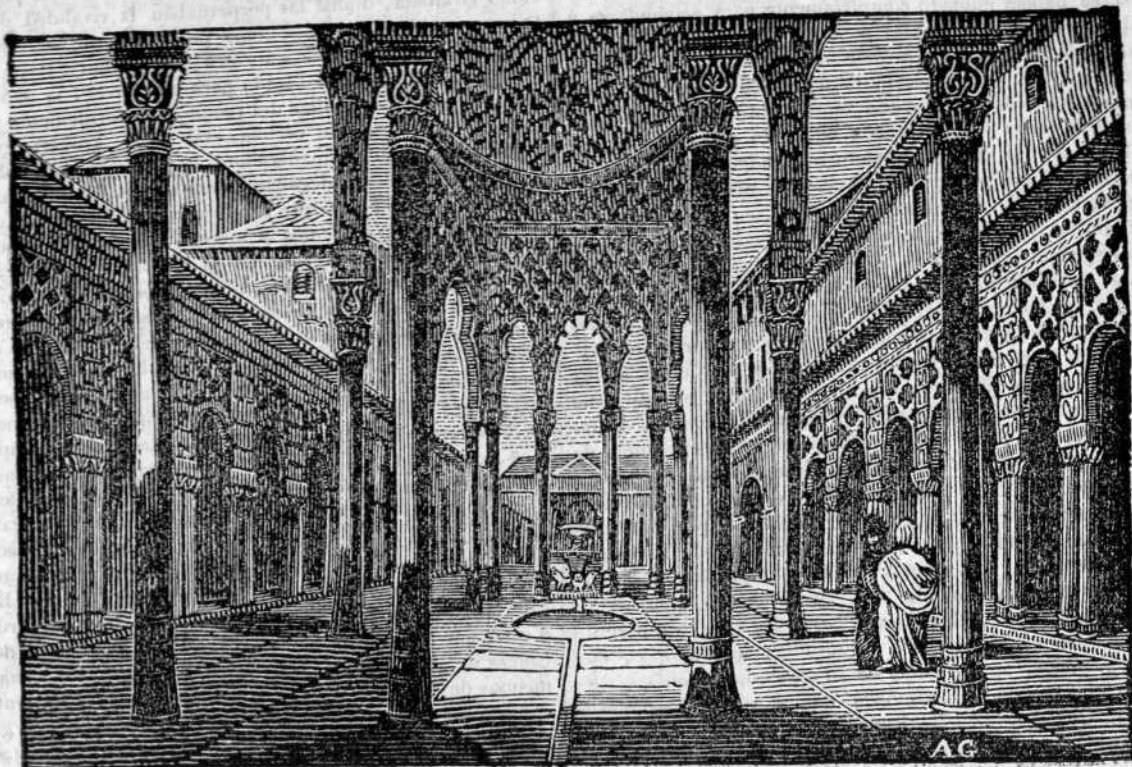
Prendidos y guirnalda de perlas y cintas.



(Trage de calle.)

La forma y trages que en el dia estan mas en boga son todas las que propenden al estilo de los del siglo XVII, que modificados segun el gusto del dia, dicen tan bien á las señoras, que las comunican nuevos atractivos. Las inteligentes que han visitado el almacen de Madama Petibon estan acordes en asegurar que sus artículos de adorno para baile son de esquisito gusto, ponderando sobre

todo el completo surtido de cintas de terciopelo de todas dimensiones y colores, particularmente las de punzó ó color de fuego, por lo fino de su tejido y viveza de sus tintas, singularmente apreciadas por las señoras parisienses.



LA ALHAMBRA.

Aunque no habían trascurrido todavía cien años desde la muerte de Mahoma que había reunido á los árabes en nación á fines del siglo séptimo, ya estos se dirigian á la conquista del mundo. Una de sus tribus que salió del Asia y se había ido aumentando conforme caminaba con todas las que encontraba, había invadido el Africa romana. La batalla de Guadalete le abrió en 711 las puertas de España, y á los tres años la dominaba enteramente hasta los Pirineos, menos la sierra, en donde Pelayo, héroe de la España goda, echó los cimientos de un poder que debía de llegar hasta Carlos I; pero pasáronse casi ochocientos años antes que se erigiera este poder, y acababa ya el siglo quince, cuando Fernando é Isabel enarbolaron la cruz en Granada (1492), última capital de Boabdil, postrer rey de los moros de España. Durante aquel período los árabes españoles, que por un momento llegaron hasta las llanuras francesas de Tours (731), donde Carlos Martel venció al célebre Abderramen y los detuvo, habían sido no sólo un estado preponderante por sus fuerzas, estension y riquezas, sino aun por su ilustracion que los constituian como un faro resplandeciente en medio de las tinieblas de la barbarie europea.

Dotados los árabes de aquella viva imaginacion que parece esclusiva del sol del Mediodia; llevando la vida pastoril y errante que la escritura nos describe como tan sencilla, sublime y patriarcal; estimuladas sus pasiones dominantes por el mismo Alcoran que diviniza al amor y á la guerra, animados en fin por el movimiento de la conquista y el roce con los pueblos africanos, se hallaban á principios del siglo octavo en las circunstancias inte-

lectuales mas favorables para entregarse á todas las artes y disfrutar de todos los placeres. Entonces fue cuando invadieron la España. Seducidos del hechizo de nuestro pais, enervados por la influencia de un clima voluptuoso, se detuvieron y reposaron para saborear los deliciosos frutos de sus conquistas, y principió la era de su esplendor. Pronto las nuevas influencias fecundaron el germen de sociabilidad culta y de civilizacion delicada, que no habían podido desarrollarse hasta entonces en los desiertos y campos de batalla, al mismo tiempo que suavizaban y endulzaban cuanto el carácter nacional podía tener de demasiado feroz, austero y enérgico. El guerrero árabe, apellidado bárbaro pocos momentos antes, desplegó en grado eminente todas aquellas prendas amables del alma y nobles inclinaciones del corazon, con que la fantasía se complace en forjar el tipo ideal de los héroes, retratando á un caballero, Religioso, magnánimo, leal, lleno de valor y de confianza en sí mismo, impetuoso en su rencor, terrible en sus resentimientos, ambicioso de riesgo y de celebridad, apasionado de los ejercicios de fuerza y de destreza, amigo del fausto y la pompa, idólatra de la hermosura, de modales suaves y elegantes, músico en fin y poeta; el moro sevillano, cordobés ó granadino, no vivía al parecer mas que para la gloria y los placeres. Penetrado del espíritu caballeresco, se acomodó facilmente á sus prácticas, fórmulas y leyes, y cuando en los torneos y fiestas ostentaban á porfia su valor y magnificencia, los *abencerrajes* con plumajes azules y blancos, los *zégries* con encañados y verdes, y con ellos otras diez tribus mas, rivales; las divisas y eñifas, los emblemas de los escudos, los corazones atravesados de flechas, y los bajetes

siguiendo el rumbo de una estrella, daban bastante á entender el linaje de cada guerrero, y que galardon esperaba de sus proezas. Las creencias y hábitos de los moros se habian mudado completamente para acomodarse á aquella nueva existencia, y hasta las leyes mismas del *harem* habian llegado á caer en desuso.

Como estas modificaciones de su carácter, creándoles nuevas necesidades, provocaban su aptitud para las ciencias y las artes, se entregaron con todo el ímpetu oriental á todos los ramos de industria, adelantándose desde luego á su mismo siglo. Todavía son sus tradiciones leyes agrícolas de una parte de España, en donde naturalizaron los tesoros de la vejetación asiática, y los canales de riego que sus manos abrieron fertilizan hoy campos, antes de ellos estériles é incultos. Hacía ya tiempo que habian hecho resonar el estampido de los cañones en las murallas de Algeiras, antes que se oyese por la vez primera en otras comarcas de España, y las letras arábigas fueron las primeras que se estamparon en papel de lino. Cultivaron principalmente las artes llamadas bellas por escelencia, que tanta parte tienen en la existencia de un pueblo ilustrado, y son los elementos mas preciosos de su felicidad. El árabe se habia detenido en España, como hemos dicho para gozar, y se esforzó por multiplicar y refinar sus goces. Como los placeres de la imaginación eran los mas vivos y deliciosos para ellos, y se asociaban tan intimamente con sus pasiones guerreras y amarteladas, las bellas letras, la música y la arquitectura florecieron en Granada y Cordoba, haciéndolas, como lo fueron en el tiempo de su esplendor Atenas y Roma, escuelas de civilización á donde venian extranjeros de todas las puntas de Europa. Se abrieron bibliotecas públicas, se fundaron conservatorios de música y se levantaron monumentos. La literatura ligera fue la mas apreciada; la oda en que podia brillar una imaginación de oro y de diamantes; la epístola cuya estructura favorecia á las agudezas de un talento vivo é ingenioso; la elegía, en la que se desahogaban todas las ilusiones de un pecho tierno y melancólico; el romance tan pronto belicoso como crítico, eran los géneros mas acomodados al árabe español; pero la poesía épica y la tragedia, eran demasiado austeras y lentas en su desenlace y la comedia demasiado alegre. La misma razon militó en punto á música; la arquitectura en fin, encerrada en los mismos limites y dirigida á iguales fines, no tanto ostentó en sus producciones nervio y grandeza, como gracia, elegancia y ligereza.

Esta tendencia esclusiva á los goces, esquisita, delicada é intelectual es el rasgo característico del árabe español, en cuyas obras se encuentra mas manifestada su índole y pensamiento que en las de las demas naciones. Ningun pueblo ha dejado monumentos que mas positiva y detenidamente cuenten lo que fue y cuales fueron los móviles de su existencia. Si las Pirámides, y el Coliseo son otras tantas páginas elocuentes y fieles de los imperios en que se erigieron, *el palacio de la Alhambra de Granada* es el archivo de los árabes de España. Allí está impreso todo su genio, su carácter, y la imagen completa de su vida.

La *Alhambra*, ó casa roja, (asi llamada porque estaba construida casi enteramente de ladrillos), se eleva á una de las estremidades de Granada sobre una colina bañada por los rios Genil y Darro, alderredor de la cual se estiende sobre un plano levemente inclinado, *la Vega*, llanura hermosa que consideraban los moros como el paraíso del Profeta, colocado en aquella parte del cielo que cae sobre Granada. Por espacio de cien años (desde mediados del siglo XIII hasta mediados del XIV), se emplearon inmensos caudales en la construcción de aquel vasto edificio, que comprendía toda la cumbre de la colina en su recinto de 2500 pies de largo, 650 de ancho y capaz de contener 40 000 hombres. Destinado para ser-

vir de casa de recreo y juntamente de fortaleza contra las conmociones populares, tan frecuentes en una ciudad como Granada, donde las perpetuaban la rivalidad de las tribus; la *Alhambra* presentaba por fuera un carácter de fuerza y una apariencia guerrera, al mismo tiempo que todo por dentro estaba ideado para el reposo, la molición y el placer. Las murallas del recinto, uniformemente pintadas de un encarnado oscuro, eran altas, gruesas, guarnecidas de almenas amenazadoras y de torres formidables; y tras ellas se desplegaban palacios y jardines encantados, semejantes á los que produjo con su magia la Armida del Taso. No daremos á nuestra relacion un orden y regularidad que el creador de la *Alhambra*, produciendo con inagotable profusion, tampoco observó en su obra; y cuando mas enumeraremos la diversidad de pequeñas obras maestras de que se componia aquel conjunto de maravillas. Allí se estendian patios embaldosados de mármol blanco, cercados de ligeros pórticos, apenas apoyados sobre columnas esbeltas, aéreas, como los troncos de las palmeras: brotaban en medio fuentes, cuyas limpísimas aguas, después de correr por canales de mármol y reposar en espaciosos pilones, iban á llevar su frescura al seno de los mas ocultos retretes. Allí se desplegaban canastos de flores y de plantas fragrantísimas, á la sombra de aquellos árboles del medio día, cuya vejetación es tan frondosa y tan vistosos y regalados los frutos. Bajo galerías que continuaban aquellos cenadores de verdor, y que por lo sutil de los festones de sus hojas y la delicadeza de sus adornos, se las apostaban á los ramages mismos de los árboles, se abrian innumerables aposentos, como otros tantos modelos de elegancia, riqueza y gracia. Sus pavimentos de mármol, sus paredes incrustadas de partículas de loza, deslumbraban la vista con la variedad de sus reflejos: en el techo, configurado en media naranja, se veian en relieve de estuco aquellos caprichosos dibujos de las telas de la india, tan raros en sus movimientos y tan multiplicados é inadiviables en sus jiros y rodeos. En aquellos productos del arte mas paciente é ingenioso, brillaban diestramente combinados los colores mas sobresalientes; y el artista, como admirado de su misma obra, y prendado de aquellos sitios, habia sembrado por donde quiera versos, fragmentos de romances é invocaciones del nombre de Dios, de la gloria de la nación árabe y de elogios de la *Alhambra*. Algunos de aquellos aposentos eran tan vastos y magníficos, que un monarca de oriente podia tener en cualquiera á toda su corte; y otros tan suaves, misteriosos y placenteros, que parecían el gabinete de una huri de Mahoma. Todos en fin eran tan poéticos, que no se creia posible que hubiesen servido á los usos comunes de la vida. Todo esto, y mas de lo que podemos pintar era la *Alhambra*.

Después de esta rápida ojeada sobre su conjunto, tenemos que señalar algunos objetos que cada uno de por sí arrastran aun la admiración del público. *La Puerta del Juicio*, es en el día la entrada principal de la *Alhambra*, y conserva todavía sobre la piedra fundamental de su arco en forma de herradura el reto alegórico de los árabes á sus enemigos, que consiste en una mano estendida á una llave. «*La Alhambra no será tomada sino cuando esta mano coja la llave.*» *El patio de los Leones* (vease el grabado) magnífico entre lo mas magnífico de la *Alhambra*, tiene este nombre por los doce leones que sostienen una fuente de alabastro de cuya copa superior surte el agua, y cae en cascada en un pilon tambien de mármol. *La sala de los Abencerrages*, en donde aquella noble tribu fue asesinada por orden del rey Boabdil conserva aun su mármol con manchas rojizas, en las que la imaginación se figura los vestigios inborrables de aquel crimen. *La sala de embajadores*, vió á los herederos de los Césares humillar en la persona de sus enviados el orgullo imperial ante el turbante: allí es donde el penúltimo rey de Granada dió aquella notable respuesta al caballero español

que iba á exigirle el tributo á nombre de Fernando y de Isabel. «Decid á quien os envia que los reyes de Granada que acostumbraban pagar tributo á la corona de Castilla ya no existen. Nuestra casa de moneda no fabrica ya sino hojas de cimitarras y puntas de lanza.» *La sala de Justicia* se recomienda por esta inscripcion en el género oriental. «*Entra y pide. No temas pedir justicia que la obtendrás.*» *La torre de Comares* que se eleva sobre la alta cumbre de la colina domina á toda la Alhambra, y servia de habitacion á la familia real. *Las salas de baños* abiertas casi en la roca y cubiertas en su mayor parte de oro, mármol, alabastro y pórfido, recibian una luz suave y pura por medio de aberturas practicadas en la bóveda en figura de estrellas. *El jardín de Lindaraja* formaba un ramillete de flores, cuya frescura y perfumes veian á disfrutar las damas del palacio, y este sitio encantador, era el mismo en que una reina de Granada escuchaba los suspiros de un caballero Abencerrage. *La sala de las dos hermanas* recibió este nombre por dos magnificas losas de mármol blanco, incrustadas en su pavimento. Finalmente, el gabinete ó *tocador de la reina*, delicioso recinto, unido á uno de los lados de la torre de Comares, desde donde la vista se recrea por toda la magnifica vega de Granada, era donde los reyes iban á tributar al cielo los debidos homenajes porque les permitia reinar en un pais tan afortunado y bello.

Este palacio de la Alhambra, cuya descripcion minuciosa tomarian nuestros lectores por un cuento de encantadoras, se distingue de los otros monumentos de la antigüedad ó de la edad media, por una magnificencia exagerada, y sobre todo por un carácter peculiar que en él solo se encuentra. Es con efecto la creacion de un pueblo ingenioso, dotado de exageracion, de delicadeza y de gusto; pero todavia es mas la obra de un pueblo, cuyo genio estaba compuesto de recuerdos; de un pueblo viagero que habia atravesado todas las regiones y edades del mundo, recogiendo á su paso los caracteres de todos los siglos; de un pueblo en fin, á quien su nueva civilizacion no habia hecho perder sin embargo su originalidad primitiva. El plan de la Alhambra es completamente romano: sus patios, pórticos, galerías y salas de baños están exactamente modelados por los palacios de los grandes personajes de la corte de Justiniano. La ejecucion es oriental, y recuerda las tiendas del desierto: la forma de las salas es redonda, dábales la luz por todas las puertas: los pormenores de su arquitectura son góticos. Los dibujos de los techos estan tomados, como se ha dicho de las telas indianas y chinas. Se encuentran en fin en la disposicion y figura de las fuentes de la Alhambra algunos recuerdos de los monumentos judios y de las ruinas de Nínive y de Babilonia. La falta de estatuas contribuye tambien á dar á aquel poético recinto un aspecto particular. La ley mahometana prohibia toda representacion de criatura alguna viviente, y aunque no se observaba rigurosamente, puede atribuírsela la tosquedad de las esculturas y pinturas orientales. Los leones de la Alhambra contrastan admirablemente por la pesadez de sus formas y defectos de su ejecucion con las demas obras maestras que los rodean.

La conquista con su orgullo bárbaro, cargó su terrible mano sobre las maravillas de la Alhambra, tan ligeras y cuyo peso no habia hecho sentir el tiempo. Carlos V, atreviéndose á oponer la arquitectura española, en presencia de la arquitectura árabe, hizo levantar un suntuoso palacio en medio de la morada de los reyes de Granada, gloriándose en destruirla para elevar con sus ruinas nuevos monumentos. Algunos de sus sucesores decoraron, ó mas bien envilecieron á la moderna diferentes salas, con su mezquina pompa y su clásica opulencia. Finalmente, á principios de nuestro siglo cuando los franceses se vieron obligados á abandonar á Granada, hicieron volar parte del recinto y las fortificaciones de la Alhambra. En el dia algunos soldados inválidos, algunos conducto-

res andrajosos, contrabandistas, ratones y aves de presa son los únicos habitantes del palacio de los reyes moros.

Estas profanaciones, estas miserias aumentan el interés melancólico que inspira el conjunto de aquellos hermosos sitios, y una multitud de detalles y de circunstancias locales vienen á hacer mas vivo en ellos aquel sentimiento. Una torre, por ejemplo, que se presenta á la vista conserva los restos de la puerta tapiada por donde salió Boabdil cuando dejó la Alhambra para no volver á entrar en ella: aquel desgraciado monarca solicitó que en conmemoracion de su desgracia ningun hombre pasase despues de él por aquella puerta fatal, y su voluntad ha sido respetada. Viene en seguida la colina, que los granadinos han apellidado *el último suspiro del moro*, en ella se detuvo un momento Boabdil para echar una mirada sobre su palacio, sobre su ciudad, sobre su reino, cuyas montañas nevadas desplegaban á su vista su magnificencia. El desdichado monarca no tuvo fuerza mas que para repetir la fórmula de resignacion mahometana. «*Hágase la voluntad de Dios.*» Este sentimiento del rey moro era el de todo su pueblo que se ocultó para no ver la entrada triunfante de los españoles en Granada, y fue largo tiempo el de todos los moros de Africa y de España, que venian á llorar sobre las ruinas de la Alhambra, y á meditar sobre su esclarecida grandeza. Todavía hoy los moros africanos, cuyos abuelos reinaron en España, conservan vivamente en el fondo de su corazon aquella impresion profunda. Granada es todavia el sueño mas dulce de su imaginacion, el objeto mas interesante de sus conversaciones. Las familias conservan los planos de las casas, de las heredades que sus fundadores tenian en Granada, complaciéndose en pensar que volverán algun dia á la posesion de aquellos bienes de que fueron privados por los españoles, y esperando con confianza religiosa volver á ver brillar la media luna en la *torre bermeja*. ¡Granada era tan bella, la Alhambra tan voluptuosa....! Este prolongado dolor, esta larga esperanza de los restos desgraciados de una nacion que no existe, testifican mas elocuentemente que todas nuestras palabras, la riqueza y los encantos de Granada, perla de la Andalucía, y del májico palacio de la Alhambra.

ALFANJE DE LOS REYES MOROS

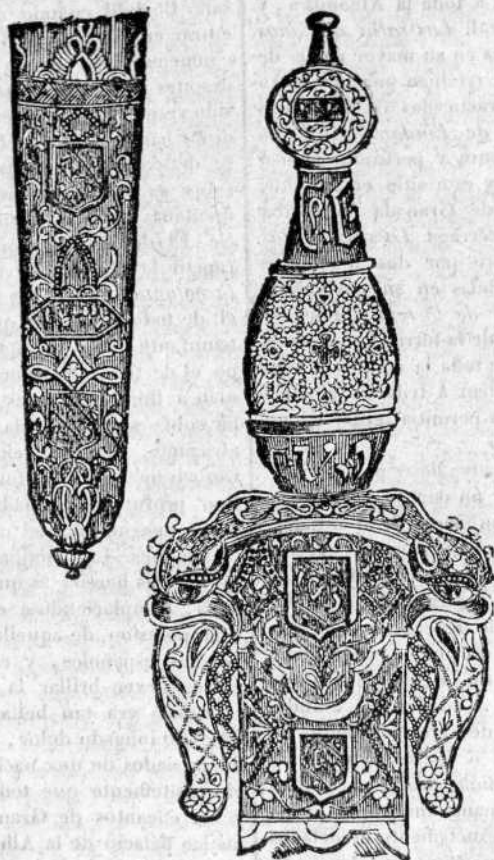
DE GRANADA.

Si los restos de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, revelan con la mayor elocuencia á la imaginacion el genio que los moros de España desplegaron en las artes de la civilizacion, recordando aquella época de prosperidad, grandeza y magnificencia de sus soberanos, cuyas relaciones aunque verdaderas, parecen mas bien ingeniosas fábulas orientales que sucesos reales y verdaderos, no puede tampoco contemplarse en Granada el alfange representado en el grabado que va con este artículo, sin acordarse inmediatamente de que los moros fueron un pueblo de los mas valientes y esforzados del orbe; ni menos se pueden examinar las preciosidades de su hechura, sin convencerse de que habian llegado al último grado de la industria.

El puño de este alfange le adornan dos cabezas de elefante labradas de marfil, esmalte y filigrana, y las partes lisas eran enriquecidas con divisas árabes de la misma materia. La vaina es de aquel hermoso cordobán cuyas antiguas fábricas subsisten aun entre los moros de Africa. La hoja es de un acero tan diestramente templado, que no podria imitarse en el dia, ni en Damasco. Esta arma preciosa basta para que se conciba la elegancia de los árabes en todas las piezas de armadura, así como en todas

las de su traje y en el conjunto de sus muebles. Se reconoce en ella aquel pueblo ingenioso que tanto se distinguió por lo fino de sus costumbres, y la urbanidad en el trato social, y de quien tal vez recibió la Europa todas las tradiciones caballerescas. ¡Cuán bien caería aquel alfange

tan artísticamente labrado, al lado de aquellos monarcas moros, cuando salían de un suntuoso palacio rodeados de una comitiva de doce mil ginetes armados con empuñaduras de puños de oro y vestidos guerrera y magníficamente!



Sin embargo, toda esta grandeza se disipó; aquella nación tan brava como ingeniosa, tan propia para sobresalir en las artes de la paz como en las de la guerra, solo fundó en el rico suelo de España imperios sin fuerza ni duración: porque no conoció el poder de la unión; y el alfange de los reyes moros que quedó depositado en Granada después de su espulsión de aquella capital, es en el día un monumento de su ruina, al mismo tiempo que una prueba de su genio industrial.

Boabdil fue el último monarca moro que se ciñó tan magnífico alfange. Aun en medio de lo decaídos que se encontraban los moros en aquella época hubieran podido resistir todavía por largo tiempo á los españoles, si no les hubieran dado armas contra sí propios. Aquellos musulmanes, ya degenerados, sacrificaban sin pesar alguno el interés del estado y su misma gloria al deseo de vengarse de sus hermanos. La división reinaba en la familia real: Muley Hazem, monarca de Granada, y su hijo Boabdil combatían uno contra otro, y á favor de tales discordias los cristianos ganaban todos los días terreno sobre sus enemigos. En fin, Fernando é Isabel llegaron á sitiar á Granada en 1491. Cuando las tropas cristianas la atacaron fue tal la improvisación de los moros, que no la abastecieron de todos los recursos indispensables para una larga defensa. La concurrencia de la población de los campos produjo en breve la escasez; y los horrores del hambre

y las angustias de una guerra de exterminio sucedieron en la desgraciada ciudad á los encantos del amor y á la pompa y brillantez de los torneos. Las comunicaciones con el Africa estaban interceptadas, y había que perecer sin esperanza de socorro alguno.

El sitio había durado largo tiempo. Los cristianos teniendo al hambre por su aliada, dictaron á sus enemigos rigurosas condiciones. Boabdil obtuvo el retirarse á los montes de las Alpujarras con aquellos que quisieron seguir su suerte, y habiendo llegado aquel infeliz príncipe á la cumbre del monte Padul, se detuvo para echar una mirada última sobre Granada; vió los cipreses que señalaban aquí y allí los sepulcros de los musulmanes, y las banderas cristianas que ondeaban sobre las torres de la Alhambra y no pudo contener su llanto. «*Llora (le dijo entonces la sultana Axa, su madre), llora, hijo, como una mujer, sobre esa ciudad que no has sabido defendet como hombre.*» Boabdil no pudiendo resignarse á vivir de vasallo en un país en que había reinado, pasó á Africa y murió en una batalla sirviendo al rey de Fez que quería destronar al de Marruecos. La conquista de Granada acabó con el poder de los moros en España, á los setecientos ochenta y dos años después de su primera invasión.

LAS MUJERES TARTARAS.

Un viajero suizo que ha vivido muchos años entre los tártaros Nogays, pueblo de la Rusia meridional, refiere los pormenores siguientes acerca de la condicion de las mujeres en aquellas tribus; esclavas mas bien que compañeras de sus esposos, pasan su vida en servirles y trabajar para ellos; no se atreven á sentarse á comer en su compañía, y solo el miedo del zurriago puede estimularlas al desempeño de sus deberes.

El Nogays se cree dueño absoluto de su mujer porque la compra; y en este pueblo el sexo femenino es una propiedad del masculino; el padre vende á sus hijas, y el hermano á sus hermanas, considerándose á estas como una porción de la herencia, con la que carga uno de los hermanos por cierto precio que se prefiere. Una viuda pertenece de derecho al pariente mas cercano de su marido, que puede tenerla en su poder ó venderla segun mejor le parezca.

En cuanto al marido, no tiene derecho de vender á su mujer, pero sí de despedirla, si no gusta ya de ella; pero en tal caso no puede reclamar el dinero que haya pagado á su padre, á no ser que medien quejas fundadas contra ella. La mujer no tiene por su parte medio alguno de sustraerse del dominio de su marido.

Un marido ó un pariente es el que pide á una joven en casamiento, informándose de la dote que tiene en vestidos, utensilios domésticos etc. que llevará á su futuro esposo, y con arreglo á esta dote se determina el precio de la novia; pero se tiene tambien presente su familia y edad. Determinado el precio, se dice que vale tantas ó cuantas vacas. Se paga, segun los convenios estipulados en dinero, en vacas, caballos, buyes ó carneros.

Una vaca equivale á 20 rublos en papel, ó á 8 carneros: dos vacas á un caballo, ó un buey. El precio regular de una joven de sangre Nogays pura, es de 30 vacas ó 600 rublos (casi nueve mil reales) y á veces asciende hasta mas de mil rublos. Una joven kalmuka no vale mas que cinco ó seis vacas. Las viudas se venden por lo general á menos precio que las solteras.

Los Nogays pobres se ponen á servir por muchos años á fin de ahorrar para poder comprar una mujer. Los Nogays ricos adelantan alguna vez á sus criados la cantidad necesaria, con la condicion de que ambos consortes quedarán en su servicio hasta que desquiten la deuda con su trabajo.

Aunque el Alcorán permite tener hasta cuatro mujeres, rara vez toman los Nogays mas de dos, y por lo comun no se casan con la segunda, sino cuando lo exige el bien de la casa. En este caso la mujer primera se ocupa en los quehaceres mas fáciles, y caen sobre la segunda los mas penosos, como los de llevar el agua, moler el grano etc. La favorita del marido suele á veces mandar y tyranizar á sus compañeras; y sin embargo puede decirse en general que la poligamia no ocasiona en las familias Nogays las desavenencias que, segun nuestras ideas, deberian suponerse.

NUEVO DESCUBRIMIENTO LITOGRAFICO.

En Bruselas se ha hecho uso de un nuevo descubrimiento litográfico para contrahacer libros y periódicos franceses.

Consiste en trasladar á una piedra litográfica mediante una operacion, que apenas dura media hora, todo el conjunto de un pliego impreso, de modo que las letras formadas con tinta de imprenta sobresalen del pliego que

queda blanco y se reproduce con la mayor exactitud en la piedra. Con una composicion química, cuya aplicacion tampoco pasa sino de una hora cuando mas, se consigue dar relieve á las letras pasadas á la piedra; y hasta entonces el rodillo y tinta de imprenta para que la piedra preparada de esta suerte sirva como verdadera forma de imprenta, y pueden sacarse sobre ella de 1500 á 2000 pliegos, en todo semejantes á los tirados en una prensa litográfica. Los que tienen alguna idea de las operaciones de imprenta concebirán desde luego la gran economia de tiempo y de mano de obra que debe resultar de este descubrimiento, por el cual su autor M. Meens Vandermaelen ha solicitado una patente de invencion.

Se ha hecho en Bruselas la aplicacion primera de este descubrimiento, reimprimiendo la *Gaceta de los Tribunales de París* con el mejor éxito, y esperanzas fundadas de que se perfeccione.

INTODUCCION DE LA SEDA EN EUROPA.

La seda es conocida de tiempo inmemorial en diferentes puntos del Asia, y sobre todo en la China y el Japon. Monumentos históricos atestiguan que desde el siglo X antes de la era cristiana se fabricaban en la China telas mezcladas de oro y seda. Bajo el reinado de Tiberio prohibió el senado por un decreto el uso en Roma de la seda y de las bajillas de oro macizo. Los romanos creyeron al principio que la seda era producto inmediato de ciertos árboles: algunos escritores antiguos la confunden con el lino ó algodón, y otros imaginaron que esta sustancia filamentosa se sacaba de la corteza de una caña de Indias, ó que era una pelusilla que dejaban los pájaros sobre las hojas de ciertos árboles. El emperador Heliogábalo fue el primero que se vistió de una túnica toda de seda en el año 220. En tiempo de Aureliano, que vivió en el tercer siglo, la seda se trocaba por oro á peso igual.

Los Persas fueron los que por muchos años surtieron al imperio romano de sedas extraídas de la China. Pronto abusaron del monopolio subiéndola á un precio tal, que Justiniano procuró quitarles una parte de su comercio con ayuda de su aliado el rey de Abisinia, cuando la casualidad le sirvió mejor que todas las medidas adoptadas.

Dos monges persas, que habian residido mucho tiempo en la China y se habian instruido en todo lo concerniente á la cria de los gusanos de seda y fábrica de esta, fueron á Constantinopla, explicaron al emperador el secreto de su descubrimiento, y estimulados por sus promesas, se obligaron á llevarle cierto número de aquellos insectos, y con efecto le remitieron en el año 555 semilla de gusanos de seda metida en un palo grueso, y enseñaron el modo de propagarlos y alimentarlos, cundiendo inmediatamente los gusanos de seda en diferentes partes del imperio, y particularmente en Atenas, Tebas, Corinto etc.

Rogerio, rey de Sicilia, llevó en 1030 á Palermo obreros griegos que enseñasen el arte de criar los gusanos, recoger é hilar la seda y fabricar las telas. Desde allí se propagó á otros puntos de Italia y España; y no se ensayó en Francia hasta el reinado de Enrique IV, que facultó á un habitante de Nimes para que plantase moreras, concediéndole una pension al efecto, y entonces se vieron en algunas provincias del mediodia de estos plantíos. Reiterados ensayos parece que indican que este cultivo no puede prosperar mas allá del grado 47 de latitud. La region de Europa que mas produce se cree sea el reino de Nápoles, donde anualmente se cojen mas de 80000 libras, una mitad de las cuales dá materia á las fábricas del país, y la otra se exporta al extranjero.

MODO DE FORMAR RELIEVES EN UN HUEVO.

Debe elegirse un huevo que tenga la cáscara gruesa, y se le rodeará por en medio con un alambre, desde el cual suban otros cuatro, con los que se le pueda tener suspendido sin necesidad de cojerle con los dedos. Se echará despues manteca de puerco en una cuchara, que se pondrá á derretir sobre un hornillo, y mojando en ella un pincel, de los que se usan en la pintura á la aguada, se formará con él en la cáscara el dibujo, cifra ó emblema que se quiera. Pasada media hora para que se seque la manteca, se mete el huevo en un vaso lleno de buen vinagre, de modo que le cubra enteramente, pero que no toque en ningun punto con el vaso para que no se estropee el dibujo, dejándole así por dos ó tres horas, y mas si el vinagre no es fuerte. Despues se le saca y se verá que el vinagre con su mordiente ha rebajado toda la parte del huevo en que no ha tocado la manteca, produciendo un hermoso relieve en lo dado con ella. Luego se lava el huevo en agua templada.

METODO PARA PREPARAR LAS PIELES DE ANIMALES.

El mejor medio de conservar las pieles de los animales es el siguiente: se lava bien la piel y se la estiende sobre una tabla asegurándola con clavos, y teniendo cuidado de que el pelo esté contra la tabla. Despues de haberla dejado así el tiempo necesario para que se seque, se la frota repetidas veces con alumbre pulverizado.

Si fuese la piel de animal grasiento se la sacude varias veces al dia por espacio de una semana, y se la mete despues entre salvado ú serraduras de madera, que se renovarán diariamente. Con esta preparacion quedan las pieles hermosas y sumamente flexibles.

Este método siguen las embarcaciones que van en busca de pieles de zorra y de chakales á la Groelandia y Nueva Zelanda.

REMEDIO SENCILLO CONTRA EL REUMATISMO.

La col encarnada, fuera del uso que se hace en ella como legumbre, es tambien muy apreciable por sus virtudes medicinales.

Para curar el reumatismo se toman unas cuantas hojas de dicha col, y se las pone á hervir hasta que las venas queden enteramente blandas. Entonces se aplican unas sobre otras en las partes doloridas, y al cabo de algunas repeticiones desaparecen totalmente los dolores con un remedio tan simple como de fácil ejecucion.

FUNERALES EN DIFERENTES NACIONES.

La inhumacion parece la mas antigua entre las diversas maneras de disponer de los despojos mortales de los hombres, por ser la mas sencilla y espedita para sustraer de la vista un objeto doloroso. La costumbre de enterrarse en un mismo sitio los de una familia la debió introducir el deseo de no separar á los que habian vivido unidos, y á aquellas ideas vagas é indefinidas acerca de la naturaleza del alma y su estado futuro, que alcanzan hasta los siglos mas remotos.

El capítulo 23 del Genesis atestigua que habia en tiempo de Abraham sepulturas de familia, y las últimas palabras de Jacob algunos años despues, espresan con in-

teresa sencilla el sentimiento que ha transmitido hasta nosotros esta antigua costumbre, y que la transmitirá sin duda á nuestros descendientes. «Sepultadme con mis padres en la gruta que está en el campo de Ephron bethen..... allí es donde fue sepultado Abraham con Sara, su mujer; allí es tambien donde fue sepultado Isaac con Rebecca, y donde yo mismo sepulté á Lia» Génesis, 39.

Infinitos pasajes de historiadores sagrados y profanos prueban la suma importancia que se daba á esta ceremonia. Los griegos y los romanos no creian que el alma podía ser feliz ni gozar de quietud, mientras no se enterase ó quemase el cuerpo. Así vemos tambien que Tobias expone su vida por enterrar en el pais de su destierro á sus compatriotas indignamente asesinados. En los primeros tiempos de la Grecia el derecho de sepultura sirvió de base á muchas tragedias, y entre otras á la *Antígona* de Sofocles, y los atenienses, habiendo llegado al mayor grado de prosperidad, condenan á muerte á seis generales victoriosos, por sola la acusacion de que no habian tributado los últimos honores á los soldados muertos en el combate de los Arginusos.

Aunque no es tan antigua la costumbre de reducir á cenizas los cadáveres, sube tambien á una época muy lejana, y no es fácil señalar el origen de ella; acaso los que la practicaron unian á ella la idea de una ofrenda religiosa. El primer caso de estos que se encuentra entre los judíos, los cuales fueron imitando poco á poco en diferentes puntos á sus vecinos, es el de Saul, cuyo cuerpo se quemó y fue despues sepultado. Esto mismo se practica en el dia en la India, el Japon, la Tartaria y otras partes del Oriente, habiéndose introducido tambien recientemente en algunas regiones del norte de Europa. Los griegos y romanos la adoptaron, sin escluir por eso la simple inhumacion. Ciceron refiere que esta costumbre la introdujo en Grecia Cecrops, el cual floreció 1582 años antes de la era cristiana. Algunas naciones salvajes esponen los cadáveres al aire libre; los antiguos escitas los ataban á los árboles, y hoy los Otahinos y otros isleños del Océano pacífico, los depositan en cabañuelas abiertas por arriba, abandonándolos de esta suerte á la accion de la atmósfera. Esta rara costumbre no debe atribuirse á una negligencia culpable, pues vijilan con el mas constante desvelo sobre estos últimos restos que, segun la sublime observacion de Bossuet, no tienen nombre en ningun idioma.

Los antiguos colocaban indiferentemente sus sepulturas en las ciudades ó en los campos, y aun en los caminos públicos. El jardin de los reyes de Judea en Jerusalem contenia sus sepulcros. El sepulcro que José de Arimathea habia comprado para sí, y en el que dió sepultura al cuerpo del Salvador, estaba en su jardin; el sepulcro de Raquel se hallaba en el camino de Jerusalem á Belen; los reyes de Israel estaban sepultados en Samaria; Samuel y Joab en sus propias casas; Moises, Aaron, Eleázaro y Josué en los montes, y Debora bajo un árbol. Igual diversidad se advierte entre los griegos y romanos, que no daban preferencia alguna á la inhumacion de sus templos, y los tres pueblos citados enterraban casi siempre fuera del recinto de las ciudades; esceptuándose solo en Roma á las Vestales y á un corto número de familias nobles. Las sepulturas comunes y particulares se abrian en los contornos de las ciudades. Los turcos ponen las suyas cerca de los caminos, esperando que los caminantes orarán por los que han concluido ya su viage. Los primeros cristianos no se enterraban en las ciudades, y hasta el año de 800 no se establecieron en Inglaterra cementerios alderredor de los templos, y solo á las personas de alta clase se concedía el sepultarse en el mismo edificio. El Papa Gregorio el Grande fue quien motivó esta tolerancia, alegando que la vista de los sepulcros podía mover á los vivos á orar por

los muertos. La costumbre de enterrar en bóvedas y bajo los altares no se introdujo sino doscientos años despues. Los egipcios depositaban los cadáveres en subterráneos despues de haberlos embalsamado. Los Indios no tienen lugar alguno destinado á este fin, y por lo general echan las cenizas al Ganges. Los Guebros, descendientes de los antiguos persas, y los persas de las indias orientales, á quienes se supone igual origen, los ponen en torres abiertas, para que los consuman las aves de rapiña, y esta costumbre era la de sus antepasados.

QUIEN DEBE SER EL VERDADERO AYO DE UN NIÑO.

La naturaleza nos confía desde que nacemos al amor y las caricias de una madre: ella reúne junto á nuestra cuna las formas mas hermosas y los mas gratos sonidos, porque la voz, naturalmente dulce, de la mujer dulcifica aun mas cuando se dirige á la niñez. La naturaleza en una palabra ha prodigado toda su mas tierna prevision en favor de nuestra edad primera: el regazo de una madre para que reposemos, su halagüeña mirada para guiarnos y su ternura para instruirnos.

El verdadero ayo por excelencia es pues aquel que reclaman nuestras mismas necesidades; es preciso que el discípulo comprenda al maestro, es indispensable que en sus mutuas relaciones sea todo conveniencia, ternura y proporcion, y con estos vínculos ha ligado la naturaleza á las madres con sus hijos. Exáminese con que esmero los ha asemejado en belleza, gracia, juventud, ligereza y sobre todo en sensibilidad. La paciencia de la una corresponde á la curiosidad, y la dulzura á la petulancia del otro; pudiera decirse que la razon de la madre y la del hijo crecen juntas y á un mismo tiempo, al ver como la superioridad de la de aquella se modifica con el amor; y la frivolidad, la inclinacion á los placeres y el gusto por todo lo maravilloso, que tan neciamente se vitupera en las mujeres, son otras tantas armonias mas entre la madre y el niño; todo les atrae reciprocamente, así sus conveniencias como sus contrastes, y en la adjudicacion que ha echo la naturaleza de las cualidades de dulzura, paciencia y desvelo, nos indica bien espresamente á quien ha querido confiar nuestra flaqueza.

No se ha observado todavia suficientemente que los niños no oyen sino lo que ven, ni conciben sino lo que sienten, precediendo siempre en ellos el sentimiento á la inteligencia: por lo mismo las influencias felices que adquieren pertenecen á quien les enseña á ver y despierta su ternura. La virtud no solo enseña sino que se inspira, y para esto tienen las mujeres un don especial. Ellas nos hacen amar lo que desean que amemos, que es el medio mas eficaz para que lo queramos.

Cuando un ayo ha sabido igualarse sin esfuerzo con su educando y formar de él una alma religiosa, un hombre honrado, un buen ciudadano, puede decirse que ha cumplido completamente con su obligacion: ¿Y qué hay en todo esto que no pueda desempeñar una mujer? ¿quién mejor que una madre puede enseñarnos á preferir el honor á la fortuna, á amar á nuestros semejantes, á socorrer á los desgraciados y á elevar nuestra alma al origen de todo lo bello é infinito? Un ayo vulgar aconseja y moraliza; lo que una madre quiere encomendarlo á nuestra memoria nos lo graba en el corazon: nos hace amar todo lo que puede á lo menos persuadirnos, y de esta suerte nos conduce á la virtud por el camino del amor.

Esta influencia maternal se estiende inmensamente, y en donde quiera decide de nuestros sentimientos, opiniones y gustos, determinando por último nuestra suerte. «El porvenir de un hijo, (decia Napoleon), es siempre la obra de su madre» complaciéndose en repetir que

debía á la suya la elevacion en que se miraba. Se ha dicho que la madre de los dos célebres poetas Corneille, era de una alma tan elevada y unas costumbres tan austeras, que se asemejaba á la madre de los Gracos. Por el contrario la madre del maligno Voltaire zumbona, vivaracha y coqueta, imprimió todos estos rasgos en el genio de su hijo, y le transmitió aquel fuego impetuoso que debía de ilustrar y al mismo tiempo destruir, producir tantas obras maestras y deshonorarse á la par con inmundos gracejos.

Pero el ejemplo mas convincente de esta dulce y fatal influencia le dan los dos mayores poetas de este siglo. Al uno de ellos cupo una madre burlona, insensata, llena de orgullo y de caprichos, y cuya limitada capacidad no se empleaba mas que en la vanidad y el odio. Una de aquellas madres que miraba con indiferencia la enfermedad nativa de su hijo, le irritaba, le contradecía, le acariciaba y luego le despreciaba y maldecía. Estas pasiones corrosivas de la mujer se graban profundamente en el corazon de un jóven: el encono y la soberbia, la cólera y el desprecio fermentan en él, y semejantes á la ardiente lava de un volcan, se derraman repentinamente en el mundo entre torrentes de infernal armonía.

Su buena suerte deparó al otro poeta una madre tierna sin debilidad, y piadosa sin rigidez; una mujer de aquellas, poco comunes, que han nacido para modelos. Esta mujer jóven, hermosa é ilustrada, ha derramado sobre su hijo toda la luz del amor; las virtudes que le inspiró, las oraciones que le enseñó no solamente obraron sobre su razon, sino que difundiendo en toda su alma, le han hecho emitir sonidos sublimes, y una armonía que se remonta hasta Dios. Así es que rodeado desde la cuna de los ejemplos de la mas persuasiva piedad, se dirige por la recta senda bajo las alas maternales en su genio es como el incienso que difunde su perfume, y la tierra, pero que no arde mas que para el cielo. Aunque se quisiera refundir á Byron y á Lamartine, seria ya tarde: la vasija se ha impregnado ya del licor, y la tela ha tomado su doblez, porque las pasiones de nuestras madres se identifican con nosotros mismos.

No se crea por eso que se pretende resucitar las marisabidillas de Moliere; tranquilicense los que se recelen de esto. Prescindiendo pues de los grandes conocimientos literarios de las mujeres, las exhortamos solo á que se encarguen de esta parte superior de la educacion, que es la que imprime el movimiento del alma.

MINAS DE MEJICO.

No es solamente en el vulgo en donde se encuentran todavia individuos que se imaginan que la mayor parte del oro y plata la suministra el Perú.

Este error popular, que no lo fue en una época ya remota, parecerá perdonable al comun de los lectores que no tienen una idea exacta de la diferencia que media entre las diversas partes de la América española, y que equivocan frecuentemente á Méjico con el Perú. Los datos siguientes podrán ilustrar á muchos sobre este punto.

En Méjico se encuentran mas de quinientos sitios célebres por la explotacion de metales preciosos sacados de los contornos; siendo probable que los llamados *reales* encierran mas de tres mil minas.

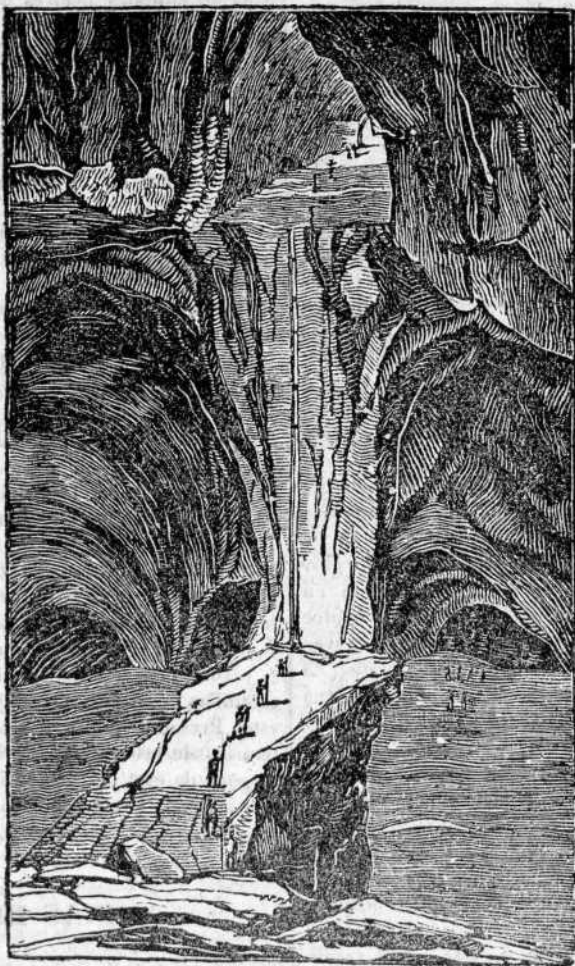
Méjico suministra anualmente á Europa y Asia por los Puertos de Vera Cruz y Acapulco mas de dos millones y quinientos mil marcos de plata. Los tres distritos de Guanajato Zacatecas y Cataco, en la intendencia de San Luis de Potosí, dan ellos solos mas de la mitad de la cantidad dicha. Una sola veta, que es la de Guanajato,

dá casi la cuarta parte de la plata mejicana, y la sesta de lo que produce toda la América. Estas vetas abrazan la primera doscientas veinte leguas cuadradas, la de Cataco, setecientas cincuenta, y la tercera setecientas treinta, calculando las superficies desde las minas Irales hasta la mayor distancia del distrito. El distrito de Guanajato, el mas meridional de estos, es tan notable por su actual riqueza como por los trabajos gigantescos que ha sido preciso emprender en las entrañas de las minas.

La mina Valenciana, situada en el distrito de Guanajato, tiene una profundidad de mil seiscientos cuarenta

pies, y se extiende horizontalmente en un espacio de cuarenta y un mil y setecientos pies: empleándose en ella cerca de mil mineros. Esta mina presenta el ejemplar, único, de reportar de cincuenta años á esta parte á sus propietarios de dos á tres millones de lucro al año; y desde 1804 ha subido su producto á mas de doce millones.

La parte de los montes mejicanos que produce actualmente mas plata se halla entre las paralelas distantes del ecuador 21° á 24° 12; de lo que resulta que en el Perú y Nueva España las riquezas metálicas estan en ambos hemisferios casi á una igual distancia del ecuador.



El producto de las minas de Nueva España es de veinte y tres millones de duros, que es un doble de lo que dan las otras colonias españolas y el Brasil: porque el producto anual de las minas del Nuevo Mundo no llega á cuarenta y cuatro millones.

Está muy lejos de haber llegado á su máximum el producto de las minas de plata de Méjico: pues quedan espacios inmensos de terreno que encierran riquezas metálicas, á los cuales aun no se ha tocado. La Nueva España bien administrada pudiera dar por sí sola en plata los cuatrocientos millones de reales que suministra la América entera.

Resulta una gran ventaja para Méjico de la diferente situación de sus minas con respecto á las del Perú. En este las minas de plata mas considerables estan en grandes elevaciones y muy próximas á regiones cubiertas de per-

petuas nieves, y para cuya explotación tienen que llevarse de muy lejos hombres, víveres y bestias. En Méjico, por el contrario, las vetas mas abundantes de plata, como las de Guanajato, Zacatecas y Tasco etc. se encuentran en alturas medianas de ochocientos setenta y cinco á mil y cincuenta metros sobre el nivel del mar; estan rodeadas de tierras de labor, aldeas y pueblos, y llenas de árboles las colinas inmediatas, facilitando todas estas circunstancias la explotación de sus tesoros subterráneos añadiéndose la abundancia de combustibles, un alimento barato y distracciones para los mineros cuando salen de los abismos de la mina.



SEPULCRO DE FERNANDO EL VI
EN LAS SALESAS.

En todas las naciones gobernadas por monarcas los enterramientos de estos han servido para consignar el grado de esplendor y de grandeza á que llegaron las bellas artes. Compitiendo á porfía en tales ocasiones para consignar en durables monumentos las acciones de los monarcas difuntos, y llamando tambien en su auxilio los poderosos estímulos del orgullo ó de la adulacion de los pueblos, han escrito sobre sus sepulcros una página material en que viene á veces á resumirse la historia del progreso que tuvieron en cada reinado. En los tiempos antiguos pudo ser mas exacta esta observacion, y las pirámides de Egipto y el sepulcro de Adriano en Roma, ates-

tiguan aun magníficamente la grandeza y suntuosidad de aquellos monarcas, la ostentacion y religiosidad de aquellos pueblos. Los modernos igualmente tributaron á sus monarcas grandes holocaustos en este género, de que dan vivo testimonio la Abadía de Westminster en Inglaterra: la de san Dionisio en Francia; el panteon de Scoembroun en Alemania, y otros semejantes en cada uno de las naciones europeas.

No quedaron atras los españoles, tan señalados por su adhesion hácia la persona de sus monarcas, en tributarles obsequios tan análogos á la religiosidad y orgullo nacional. Pero dividida la monarquía en tantos y tan di-

versos estados, por consecuencia de su agitada historia, los despojos reales no pudieron reunirse desde su principio en un comun recinto, quedando á voluntad de los mismos el ir á descansar en aquel lugar sagrado donde les pillara la muerte ó al que sus pensamientos se habian dirigido durante la vida. Rara es por esta razon la iglesia notable de las muchas que ostenta nuestra España, donde no lleguen á verse mausoleos magníficos conteniendo los cuerpos de uno ó mas de nuestros monarcas. — En el número 39 del Semanario, tratamos ligeramente de los que se encuentran en la Abadía de Poblet, que vino á ser el panteon de los reyes Aragoneses; los de Castilla, variando á cada instante de residencia, no tuvieron un lugar señalado donde ir á reunirse en la muerte. Las iglesias de Burgos, Sevilla, Toledo y Granada; los monasterios de Cardena, Miraflores, las Huelgas y otros infinitos derramados por toda la península, contienen los restos de nuestros reyes desde los diversos pequeños estados, cuna de la monarquía, hasta que vinieron á reunirse todos en las afortunadas manos de Fernando é Isabel.

La dinastía austriaca en quien vino á recaer la corona de España, pudo dar á los sepulcros de los monarcas la misma unidad que á las leyes y costumbres de la monarquía, y aunque Carlos I no llegó á verificarlo, dejó encargado á su hijo y sucesor Felipe II, la construccion de un *Panteon Real* para él y sus descendientes en la corona. Alzóse pues, á la voz del triunfador de S. Quintin, el magnífico templo del Escorial, y aunque el panteon no llegó á concluirse hasta dos reinados despues, pudieron reunirse en fin bajo una misma bóveda todos los monarcas de la dinastía austriaca, y verificarse los deseos del orgulloso emperador.

Pero el astro de aquella prepotente familia llegó á su ocaso, y la muerte del estéril Carlos II la privó para siempre del dominio español. Apareció entonces en nuestro horizonte la rama Borbónica, y ayudada por los heroicos esfuerzos de la nacion, pudo al fin colocar la corona de España en las sienes de Felipe V. Este monarca importó en nuestro pais nuevas leyes, nuevos usos é inclinaciones, y no disimulando su encono contra la rama imperial á la que habia combatido durante largos años, varió hasta el aspecto material del pais y de los pueblos, modeló su corte bajo otro sistema, substituyó á la vestimenta nacional la peluca y casaca francesas, vió convertirse en cenizas la morada de los reyes sus antecesores, y la substituyó por otra de construccion moderna, y últimamente desdennando la favorita morada del Escorial, obra de la familia austriaca, quiso reproducir en las montañas de San Ildefonso los risueños pensiles de Versailles. En aquel sitio se complacia en descansar de sus graves fatigas, y en recordar el halagüeno espectáculo de la brillante corte de su abuelo Luis XIV: á él trasplantó el gabinete de *Buen Retiro* y de *San Lorenzo*; y en él, en fin quiso que reposasen sus cenizas; que ni en la muerte permitió se reuniesen con las de sus antagonistas y predecesores.

Su hijo Fernando el VI respetó esta voluntad haciéndole enterrar en la colegiata de San Ildefonso, y guiado sin duda de la misma idea, tampoco quiso que sus propias cenizas y las de su esposa la reina Bárbara, fuesen colocadas en el panteon del Escorial. Con este objeto dieron principio en el año de 1750 á la suntuosa fábrica del monasterio de la Visitacion, de religiosas de S. Francisco de Sales de esta Corte, obra verdaderamente regia en que pudieron ostentar las inmensas riquezas, y la bienhechora tranquilidad de aquel pacífico reinado.

Duró toda la obra ocho años y medio, ascendiendo su coste á la suma de diez y nueve millones cuarenta y dos mil treinta y nueve reales y once mrs., sin contar con las alhajas de oro, plata y piedras preciosas. — Consta la estension de todo el edificio y dependencias de 774,350 pies

cuadrados de superficie; el convento tiene 135,056 y 49 de alto; la iglesia, sacristía exterior y pórtico 9380; 128 de longitud, 38 de latitud y 80 en el crucero. — Su altura es de 48 pies hasta la cornisa; sobre esta arranca la bóveda y arcos torales, y carga encima el cuerpo de luces que levanta 22 1/2: sigue la media naranja que supera 20, recibiendo la linterna que tiene 21 de elevacion por 10 de diámetro.

El adorno de este templo es de pilastras y columnas del órden corintio en los pilares con regular decoro y sencillez. Ademas le enriquecen mármoles de varios colores, y bronceos dorados en los retablos con costosos lienzos pintados los mas en Italia.

Su fachada es de un solo cuerpo con ocho pilastras del órden compuesto, con dos torres en los extremos y un atrio de tres puertas en el medio. Cierra la entrada una espaciosa lonja con pilares y verjas de hierro. Pero la fachada mejor de esta casa es la que cae al jardin, y corresponde á lo que llaman *el palacio*, por ser la habitacion que destinó para sí la reina Doña Bárbara. Toda la obra en general tiene magnificencia, y atendida la época en que se construyó por ser una de las primeras que se apartaron del mal gusto que reinaba en España, mereció mucho aprecio, aunque no esté exenta de la crítica de los inteligentes. Se cree que los planes de esta obra fueron inventados por D. Francisco Carlier. Su direccion estuvo á cargo de D. Francisco Moradillo.

En esta iglesia en que tan privilegiadamente se ostentó el poder real de la casa de Borbon, es donde determinaron descansar sus fundadores D. Fernando VI y Doña María Bárbara su esposa; y su hermano y sucesor Carlos III, se hizo un deber en realizar aquella voluntad. El arquitecto D. Francico Sabatini fue el encargado de la construccion de los sepulcros reales, y la escultura corrió á cargo de D. Francisco Gutierrez.

En el crucero de la iglesia, al lado de la epístola, y dentro de un arco y nicho, se eleva el sepulcro del rey cubierto de escogidos mármoles de diversos colores. En el sitio de la clave están las armas reales sostenidas por un niño y una fama de mármol, con clarín en la mano. Sobre el primer zócalo se levanta un pedestal á cuyos lados hay dos estatuas en pie, mayores que el natural, y representan la Justicia y la Abundancia. Luego sienta la urna sobre dos leones de bronce, y en su frente hay un bajo relieve que representa las tres bellas artes acogidas bajo la real proteccion. Parte de la urna se figura cubierta de un paño, y sobre ella hay dos niños llorando; el uno levanta el paño y el otro tiene una espada en la mano. En el fondo detras de la urna se levanta una especie de pirámide, y allí está colocada la figura del Tiempo, que con una mano sostiene el retrato del rey y con otra le señala. En una tabla de mármol que sienta sobre el pedestal, está escrita con letras de bronce dorado, la inscripcion siguiente que compuso, con la que se dirá de la reina, D. Juan de Iriarte. *«Hic jacet hujus coenobii conditor, Ferdinandus VI Hispaniarum Rex, optimus princeps, qui sine liberis, at numerosa virtutum sobole patriæ obiit IV id. Aug. An MDCCLIX Carolus III fratri dilectissimo, cujus vitam regno præoptasset hoc mæroris et pietatis monumentum.»* En el sepulcro de la reina Doña María Bárbara colocado en el recinto del coro á espaldas de el del rey se puso la inscripcion siguiente. *«Maria Barbara Portugalliæ Ferdinandi VI Hispaniarum Regis vxor; post conditum D. O. M. Templum, Sacris Virginibus Cœnobium, optatur fructur sepulcro et votis propriis et aris. Obiit annos natus XLVII. VI Kal. Sept. MDCCLVIII.»*

¡HA SIDO UNA CHANZA!

Pues como iba diciendo, el mío se llamaba *Torbellino*; y digo el mío, porque no hay en el mundo quien alguna vez no se haya visto perseguido por su chisgaravis, quiero decir, por uno de aquellos hombrecillos rollizos, de cabello erizado y corto, frente diminuta, ojos pardos, nariz chata, carrillos carnosos y prominentes, con el pescuezo embutido en los hombros, los hombros en el estómago, el estómago en el vientre y el vientre casi á medio muslo; que eternamente bullen, y rien, y cantan, y gritan; uno de aquellos que cojen repentinamente á otro por detrás, le tapan los ojos con las manos y le preguntan «¿Quién soy?» que quitan de repente la silta a quien va á sentarse en ella, y se entretienen en arrancar á otro el pañuelo en el momento en que va á sonarse; de aquellos hombres en fin, que si uno se formaliza y les mira con ojos encolorizados, le responden con la mayor frescura del mundo «*Ha sido una chanza!*»

Sin duda, lector carísimo, que tu no te has eximido de tener tu Pedro de Urdemalas, el mío se llamaba *Torbellino* y le conocí en Sevilla, y en verdad que sabía á las mil maravillas cuanto concernía á su profesion. Era diestrisimo en acomodar una piltrafa en el extremo del cordel de la campanilla de una casa, en donde se proponia que no pegasen ojo en toda la noche: pues cada perro que pasaba olfateando, tocaba su estupendo campanillazo. También tenia suma habilidad en descolgar las muestras de las tiendas, y hacer con ellas unos *quis pro quos* que no habia mas que ver; un dia por ejemplo cogió dos muestras de dos vecinos míos, róperó el uno y cirujano el otro, las cortó y unió sus respectivos trozos, y quedó una muestra que claramente decia *Comadron para hombres y mugeres*, y al otro dia, ó por mejor decir otra noche, juntó sutilmente un anuncio de volatines y otro de una funcion de iglesia, leyéndose por todo el que sabia leer *bailará en la cuerda floja el R. P. Definidor Fr. Fulano de tal*.

No era mi hombre menos divertido en el campo que en la ciudad.

Sabia cortar menudamente las cerdas de una escobilla, y sembrarlas en las sábanas de su mayor amigo, de modo que al cuarto de hora de haberse acostado tuviese que levantarse hecho un San Sebastian. Agujereaba bonitamente un tabique para pasar un cordelito que ataba por un extremo la manta y colcha de su vecino, y no bien le sentia dormir, cuando ambas cosas venian al suelo; levantábase el otro frio como un carámbano, porque es de advertir que siempre elegia para estas clases de juegos las noches mas despejadas de enero, volvia á arrojarse con todo el cuidado y á dormirse, cuando *Torbellino* tiraba otra vez del cordelillo, y le dejaba desnudo y tiritando y en el momento en que el pobrete empezaba á echar ternos y darse á todos los diablos, salia mi hombre gritándole por el agujero con muchísima serenidad «*Ha sido una chanza!*»

Si en tal cual ocasion tropezaba con alguna de aquellas fisonomias que segun Quevedo no engañan en cuanto á la capacidad del sugeto, le quitaba mientras dormia su pantalon y demas vestidos tomándose el trabajo de encojerlos, cosiéndolos él mismo; despues le despertaba y le decia que se vistiese para ir á caza, y cuando el infeliz iba á ponerse el pantalon y no podia ajustárselo, «Vaya que es V. pesado, le decia *Torbellino*, ¿en qué diablos se detiene V. tanto? Pero... amigo... se me figura que está V. hinchado.»—¡Yo!—Usted: no hay mas. Puede ser que me engañe y ojalá; pero vistase V. y vájamos y verá como le dicen lo mismo.»—Hombre, á decir verdad, sepa V. que no puedo ponerme los pantalones,

ni la chaqueta, ni...—No hay duda: se ha hinchado V. Ese es un ataque de hidropesia fulminante.» Y esta tragi-comedia duraba hasta que mi *Torbellino* saltaba con su expresion favorita «*Ha sido una chanza!*»

Entre estos petardos pegó uno que me pareció detestable á un sugeto tenido por valiente, y á quien hizo pasar un miedo terrible. Despues de haberse acostado sintió á un lado de su cama cierta cosa fria y viscosa: téntola con el pie, y le pareció un cuerpo cilindrico estendido; llevó la mano y creyó que era una culebra enroscada; Saltó entonces de la cama dando un grito de pavor y se le presenta *Torbellino* diciéndole «*Es una chanza se ha asustado V. de una anguila*. El caballero fuera de si quiso romperle la cabeza, *Torbellino* le tiró un barreño de agua á la cabeza gritando á carcajadas; «*Es una chanza!*». Los dueños de la casa acudieron al ruido, y no les costó poco trabajo sosegar al petardeado, asegurándole que *Torbellino* era un valiente bulle bulle, cuya compania era de primera necesidad en el campo para no aburrirse de fastidio.

Creo que el lector juzgará, muy al contrario, que era mas bien uno de aquellos seres inaguantables que se entremeten con los demas, haciendo lo que el perro cuando pasa por un juego de bolos, y derriba los birlos en que cada uno tiene puesta toda su atencion é interes. Mas inaguantables que el perro, y siendo mas difícil deshacerse uno de ellos, estan siempre en acecho de todos los desigñios de los demas, para desconcertárselos con una de sus chanzas ó patochadas. Estos tales esponen á uno á reirse del mismo modo de un enemigo que de un amigo, y á ser cómplice de chascos que dan á los otros en el mismo hecho de reirse de ellos: resultando que si es uno el chasqueado, no encuentre en los demas la conmiseracion de que se ha hecho merecedor, no quedándole otro remedio que hacerse ridiculo si se formaliza.

Entre estos hombres hay algunos á quienes su misma vulgaridad llega á desacreditar. Estos no tienen mas repertorio que el general. Asomar la cabeza por el ventanillo de un remendon, para preguntarle donde vive el Ministro de la guerra ó el Arzobispo de Toledo; tender un cordel en una escalera para *hacer dar á alguno una voltereta*. Ir á despertar de noche á un escribano, y llamarle de priesa á que vaya á hacer un testamento á la casa de uno de sus conocidos que disfruta buena salud, citar con apariencia judicial en un mismo sitio, en un mismo dia y en una misma hora á todos los jorobados del pueblo y otras cosas á este tenor. Todo esto lo sabia *Torbellino* de coco.

Pero habia inventado otros juguetes de su propio peculio, y eran los que le habian adquirido una reputacion colosal. El único juguete gracioso que le ví hacer fue en una casa de campo, en donde nos hallábamnos reunidas muchas personas. Entre ellas se encontraba una Señora de unos treinta años, muy pagada de *romanticismo y sensibleria*, y que preferia á la rojiza fisonomia de *Torbellino*, el rostro macilento de un mocito bastante tonto, aunque con largas barbas y melenas. En vano habia procurado *Torbellino* en diferentes ocasiones ridiculizarle á los ojos de su apasionada, porque esta achacaba su candidez á una distraccion poética, y su majaderia á buena fe. Cierta noche nos habiamos retirado despues de haber escuchado una elocuente apologia del galan que *Torbellino* oyó con una paciencia que nada bueno presajaba. Al cabo de una hora toda la casa estuvo en alarma á los repetidos gritos de ¡Fuego! que salian del cuarto bajo. Cada uno se precipita, y hombres y mugeres medio vestidos, ó medio desnudos bajamos con la palmatoria en la mano. Entramos de tropel y encontramos á *Torbellino* sentado en una poltrona; nada respondió á las reiteradas y urgentes preguntas de todos, sino que levantándose con la mayor gravedad, y tomando por la mano al descolorido joven, y llevándole hácia la hermosa

y elegante dijo á ésta: «Tengo, señora, el honor de presentaros el corazón mas romántico de toda esta sociedad en paños menores.» Una carcajada general acabó de cortar á la tierna amante, que jamas perdonó á Torbellino ni al trasnochado galán.

Pero no en todos los juegos de mi amigo se ponian alguna venganza como el referido. Una *chanza* era el móvil de todas sus operaciones; y antes de contar la anécdota que me le dió á conocer como era en sí, debo hacer mención de algunos lances de los que él mas se envanecía. Vivía en frente de un venerable matrimonio que ocupaba una casa propia suya, y ambos consortes solían ir todos los domingos por la noche á pasarla en casa de unos parientes, donde se jugaba una partidilla religiosa, se tomaba un bocadito con el debido acompañamiento y no de agua pura, y de este modo volvían ambos á cosa de las once contentos como una pascua, y no pocas veces cantando y dando algunos traspies.

Así regresaban para su hogar cierto domingo fatal para ellos. Llegan á la puerta del vecino, y siguen unos diez pasos que era la distancia que mediaba hasta la de su casa. Saca el marido el picaporte, busca la cerradura y no dá con ella. ¿Dónde está la cerradura? — Qué! no la encuentras? vaya creo que hoy has levantado algo mas el codo, mi buen Francisco. No ves que estamos todavía delante de la casa del vecino? — Es verdad, mujer, vayamos mas adelante. Así lo hicieron pero demasíadamente, porque despues de haber reconocido la puerta del vecino de su derecha, dieron con la del de su izquierda, infiriendo y con mucha razon, que la suya quedaba en medio. Vuelven tocando á tientas, llegan á otra puerta y conocen que es la del vecino de la derecha. Los infelices esposos empiezan á dudar del buen estado de su razon creyéndose completamente borrachos. Empiezan de nuevo su exámen, y desde la puerta del vecino de la derecha vienen siempre á dar á la del vecino de la izquierda. Reconocen á entrambas, pero la suya ha desaparecido. No es fácil espresar su consternación: preguntanse mutuamente si estan despiertos, y temiendo lo que se diría si se supiese que personas honradas no podían dar con la puerta de su casa, pasan una hora entera tentando, calculando y midiendo pero sin encontrar otra cosa que una lisa y desesperadora pared. Llegan á sobrecojerse, gritan, piden socorro, llega jente con luces, ven que la puerta estaba tapiada perfectamente, y cuando todos se preguntan quien podia haber hecho aquella jugada á unos honrados vecinos, mi Torvellino asomándose á su ventana, desde donde con otros locos habia presenciado la escena, gritó á la gente riéndose muy placentero: *Señores, todo esto es una chanza.* — Pero pudieran haber cojido una pulmonía, le dijeron. — Eso no importa: *ha sido una chanza!*

Se pidió á la justicia que moderase las ganas de chancarse de Torbellino y le metieron por unos cuatro dias en chirona, á pesar de lo elocuente de su defensa que consistía en decir al Juez *«Considero V. S. que fue todo una chanza!*

En medio de esta vanidad no se jactaba Torbellino de todos sus juegos, y constantemente negó uno, en atención á que el chasqueado habia jurado cortar las orejas al autor, si lo descubria. Esta hazaña la hizo por el desprecio que espermentó en una tertulia aristocrática. La víctima fue una antigua dama de la primera nobleza, á cuya casa concurría lo mas florido de la ciudad.

Entre otras costumbres antiguas conservaba la de no admitir en su sociedad hombres plebeyos, como Torbellino, y la de ir en silla de manos. Habia asistido una noche á un baile á donde tambien concurrió mi héroe, y salió á las doce de la noche en una silla á tiempo que empezó á caer un deshecho aguacero. En el instante en que pasaba por debajo de un canalon que despedía el agua á cántaros, se oyen dos ó tres silvidos á la derecha é izquierda, se presentan cuatro hombres, los que llevan la silla

echan á correr; pero cuando la noble Señora se supone que va á ser asesinada siente una espantosa frialdad en la cabeza. El techo de la silla de manos habia desaparecido como por ensalmo, y el canalon inundaba á torrentes lo interior de ella: esforzándose inútilmente en abrir la puerta la desdichada dama, se deshacia desde el ventanillo en gritos é imprecaciones contra los asesinos, que no le respondian sino con los mas reverentes saludos.

Cuando yo conocí á Torbellino contaba ya una celebridad de diez años, y se le tenia por el hombre mas jovial, amable y divertido del mundo; pero confieso que á mi me inspiraba cierta aversion. Aquella perpétua risa en sus lábios no me auguraba bien, aquel imperturbable buen humor en todos los acontecimientos de la vida me turbaba tanto como pudiera la continua vista de un horrible fantasma, y su refran favorito *Ha sido una chanza* me parecia tan fatídico como el de los Cartujos *Hermanos, morir tenemos!* Vislumbra en aquel hombre que causaria alguna desgracia, porque todo lo queria anibelar á la altura del placer y de su propia diversion, y me temia que su *chanza* llegase á ser un epitafio.

Estando yo para salir del pueblo me convidaron algunos amigos á una cacería, á la que debia asistir Torbellino, y aunque esta noticia casi me quitó la gana, fui muy de mañana á casa de uno de nuestros amigos Fernando de B.

Estaba este acabando una carta que cerró y puso en la repisa de la chimenea; Torbellino la tomó y leyó el sobre. — Con que escribes á tu cuñada! le dijo. — Si, respondió Fernando con indiferencia: la prevengo que iremos esta tarde á las siete á su casa de campo á que nos dé de comer. Creo que somos quince, y nos espondríamos á no comer bien, no previniéndoselo con tiempo.

Fernando llamó á un criado, dióle la carta, y nadie echó de ver que mi hombre habia desaparecido poco despues de él. Salimos, y ya en el campo el y yo nos dirigimos por una parte de la llanura, mientras los demas iban por la otra. — Hoy nos reiremos mucho, me dijo. — Y por qué? — He dado un duro al criado para que no lleve la carta de Fernando á su cuñada. — Y la habeis cojido? — No: le he dicho que se trataba de divertirnos, y que era preciso que llevase la carta al señor de B. su marido. Como es avaro mas que el gran tacaño, se vá á comer las uñas al saber que quince mozos de buen apetito van á comer á su casa, y sola la idea de que vamos á entrar á fuego y sangre por su bodega y corral, le vá á poner de un humor que será capaz de rebentarse por poder llegar cuanto antes á evitar el saqueo. — Si es así no me parece bien hecho. — ¡Bah! *Es una chanza.* Por otra parte lo gracioso será cuando lleguemos. Los otros llegarán con una hambre canina, persuadidos que van á comer espléndidamente; pero nada encontrarán, lo que se llama nada. — ¿Y creéis que esto sea menos malo para nosotros? ¿no sois vos mismo quien paga vuestra invencion? — No por cierto, soy hombre prevenido. Aquí traigo una gallina asada y una botella de Jerez, que despacharemos juntos. — Muchas gracias; pero quiero mas bien ir en busca de Fernando y prevenirselo. — Vaya, me dijo Torbellino, sois un hombre con quien no puede contarse para una broma.

Me separé de él y previne á mis amigos, preguntándoles donde encontraria á Fernando, y habiéndome dicho que se habia encaminado á la casa de campo de su cuñada, me dirijí á ella con intento de decir á la Señora B. el petardo proyectado de Torbellino. A la vuelta de una senda le divisé y doblé el paso para alcanzarle, llegando casi al mismo momento que él, con la diferencia que habia ya entrado en la puerta. Esta se cerró violentamente cuando yo fui á entrar, y oí inmediatamente la detonacion de una arma de fuego, y poco despues una

voz que decía:—Pues bien: ya que te he errado defiéndete.

Corrió á una reja que caía al patio, y presencié la escena más horrorosa. El Sr. de B. el mayor con espada en mano, atacaba á su hermano desesperadamente.—Ah, con que tu la amas y ella á tí, gritaba con ronca y desahogada voz... tu la amas, ella te ama! pues primero á tí y luego á ella....

La carta entregada al Sr. B. le había descubierto un secreto oculto hacía cuatro años, y aquel magistrado antes de vindicar las ofensas hechas á la sociedad, había corrido á vengar las suyas propias.

En vano grité, en vano les recordé que eran hermanos, invocando tan dulce nombre. B. ataca á su hermano de un ángulo al otro del patio con el mayor furor. Abrese de repente una ventana, y se presenta en ella la Señora B. pálida y desgreñada.—Leoncia! grita Fernando, retírate.—No! que se quede, gritaba B.... Está bajo de llave: no temas que venga á separarnos; y diciendo esto se volvió á arrojar contra él con tal furor, que despedían lumbres las espadas.—¡Yo soy quien debo morir, exclamaba la infeliz señora, matadme á mí, matadme!

Yo unía mis gritos: quise forzar la reja, iba á escalar la pared, cuando arrastrada de su desesperación, fuera de sí y ciega, se tira la señora de la ventana, y cae en medio de los dos. B. enagenado de ira dirige el acero contra ella: su hermano le desvia y le dice.—¿Si? ¿quieres matarla? pues ahora defiéndete tu mismo; y diciendo esto, ataca á su hermano con una rabia indecible.

Ni yo podía separarles, ni tampoco la señora B. que se había roto una pierna de la caída. Era aquel un combate espantoso entre dos hermanos en su propia casa paterna, y al lado de una mujer que llevaba el apellido de ella. Corría la sangre de entrambos, y solo para aumentar su furor. Entretanto había yo trepado á lo alto de la pared, é iba á tirarme al patio, cuando vi llegar á algunos de los amigos y al frente de ellos á Torbellino que se acercó diciéndome—Gritais como si os desolláran: de un cuarto de legua se os oye: ¿Qué ocurre?

A su vista me encolerizé, tireme á él, y cojiéndole por el pescuezo y empujándole contra la reja le grité también—Mirad, señor chanzas, mirad.

El Sr. de B. pasado de una estocada yacía muerto al lado de su esposa.

Fernando tuvo que espatriarse. La señora B. murió á pocos días de tan trágico desafío.... Todo porque el señor Torbellino tuviera el gusto de repetir su favorita canción ¡Ha sido una chanza!

HISTORIA NATURAL.—EL PATO.



Es demasiado común esta ave para que hagamos de ella una detenida descripción. Es el más fácil de criarse de todos los animales domésticos, aunque por una particularidad notable pocas veces se entregan los polluelos á su madre, que no tiene cuidado alguno con ellos, ni siquiera para volverlos al corral. Una gallina es la que se encarga por lo común de empollar los huevos, y cuando

han salido ya los polluelos, los vijila y protege con la misma ternura que hubiera tenido con los suyos.

Pero no porque esta ave manifieste tan poco amor maternal, debe juzgársela enteramente incapaz de adhesión y cariño; pues se cita entre otros casos el de la íntima amistad entre un pato y un pavo. Viendo el pato un día degollar al pavo, dió gritos de desesperación y procuró defender á picotazos á su pobre amigo contra el asesino. Cuando le vió muerto fue tal su dolor, que no quiso tomar alimento alguno en tres días, y fue preciso hacer que siguiese la suerte del pavo.

Al frente de la familia de los patos debe ponerse al *pato salvaje*, cuyas variedades son numerosas. Teniendo la doble facultad de volar y de nadar, casi todas estas aves son de paso, y es de creer que atravesando el Océano, verifican su emigración tan pronto por el aire como por el agua; pero es igualmente probable que se cansarán mucho, porque las que llegan al principio del invierno, no tienen la carne tan buena ni tan crasa como los que permanecen todo el año. En cada país hay distinto modo de cazarlos, y uno de los más singulares es el de las indias Orientales. Se pone el cazador en la cabeza una calabaza cubierta de pluma de pato, y se echa á nadar metiendo en el agua todo lo demás del cuerpo: acércase así á los patos, á quienes no asusta tal vista, y los coge por las patas.

Los naturalistas han observado una cosa singular, y es que las patas salvajes no siempre hacen su nido cerca de los ríos ó lagunas, ni aun en tierra, sino entre matorrales y á un cuarto de legua del agua, y algunas veces ponen en árboles muy elevados, en los nidos de las urracas y cornejas.

Entre las muchas especies de patos, pueden citarse el *pato de cabeza parda*, propio de la bahía de Hudson y en la Siberia; el *pato de pico encorbado*, que le tiene engarabitado y de dos pulgadas de largo; el *pato salvaje de collar*, cuyo cuello verde está rodeado de un collar blanco; el *pato soberbio*, llamado así por lo arrogante de su andar; el *pato de Moscovia*, que es el mayor de todos; el *pato de cola larga*, cuyo nombre debe á la figura de la suya, terminada en dos filamentos estrechos; el *pato silbador*, dotado de una voz clara y aflautada como el sonido de un pífano, y en fin el llamado *eider* ó *pato plumoso*, que merece una descripción aparte.



Este pato llamado plumoso, que es el representado en este grabado, es dos veces mayor que el común; tiene el pico negro y cilíndrico, y rodeado en su nacimiento de una membrana rugosa y partida en dos porciones. El macho tiene las plumas de la parte superior de la cabeza, del vientre y de la cola negras, así como los grandes cañones de sus alas, y casi todo lo demás del cuerpo es blanco, menos las piernas que son verdes. La hembra es de un color pardo rojizo, salpicada de manchas y listas negras. Estas aves habitan principalmente en las costas de Noruega, Islandia, Groelandia y otros puntos de la América meridional.

Fabrican su nido de musgo que colocan cerca de la orilla entre montones de piedras y matorrales. Frecuentemente ocupan el nido dos hembras que viven en la

mayor armonía, y ponen cada una tres, cuatro, y á veces hasta ocho huevos. Es cosa curiosa verlas cargar con sus polluelos sobre el lomo, y llevarlos así al mar, de donde rara vez vuelven á tierra.

Esta ave es la que da aquella plumazon tan caliente y ligera, conocida con el nombre de *eider* ó *edredon*. Le arranca ella misma de su pecho, y entapiza con ella lo interior de su nido. Los naturales del país levantan cuidadosamente á la hembra que está cobijando los huevos, y se apoderan de estos y de la plumazon, y despues vuelven á ponerla en el nido, en donde torna á poner y á arrancarse otra plumazon. Si por segunda vez se le despoja el nido, no puede ya reparar ella tal pérdida, y es el macho el que se pela. La plumazon de este es blanca y se distingue muy bien de la de la hembra. Se saquea en fin el nido por tercera vez, y esto se hace cuando los polluelos lo han abandonado, que suele ser á la hora de haber salido del cascaron.

La plumazon de mejor calidad es la que se coje en las tres primeras semanas en que el ánade ha puesto. Cada hembra suministra comunmente una media libra, que queda reducida á una mitad despues de lavada. Esta plumazon es tan ligera y elástica, que dos ó tres libras caben en una pelotilla que puede cubrirse con la mano, y al mismo tiempo estenderse hasta llenar el cobertor de un gran lecho. Los islandeses hacen un gran comercio de este artículo.

BAÑOS DE LOS ANTIGUOS.

La provechosa influencia de los baños en la salud y el bienestar que produce se han conocido y apreciado en todos tiempos y países. La historia nos ha transmitido la frecuencia con que los usaban los egipcios, griegos y romanos; y en nuestros días los rusos, filandeses, noruegos y otros pueblos del Norte tienen un gusto tan decidido por ellos como los turcos, los egipcios modernos, los persas y los indios que viven bajo un clima ardiente.

Los fundadores de algunas sectas han constituido el uso de los baños en práctica religiosa, porque han llegado á conocer la utilidad de las abluciones para la salud pública. En todas partes donde la clase pobre de la poblacion ha podido á poca costa bañarse se ha visto disminuir rápidamente las graves y frecuentes enfermedades cutáneas tan comunes en otro tiempo, no tan solo en los países cálidos, sino aun en las regiones templadas en que nosotros habitamos.

El uso del baño se encuentra en todos los pueblos de la antigüedad: así Homero nos pinta á Telémaco conducido á baños de esquisito aseo, y despues perfumado por las hermosas esclavas.

Los romanos tomaron de los griegos así el uso de los baños como la distribucion y destino de las piezas que los componian. Estaban tan en uso bajo Cesar, que los habia en las casas de todos los particulares de algunas conveniencias. Los romanos se bañaban por lo comun despues de mediodia hasta la noche, habiéndose prohibido por edicto hacerlo despues de comer.

La forma del vestido de los griegos y los romanos así como el calor del país que habitaban les hacia necesario el bañarse á menudo, pero el lujo y la molice multiplicaron en adelante los baños entre los segundos en tanto grado, que en tiempo de los emperadores pasaban en ellos casi el día entero. Entonces fue cuando se erigieron aquellos soberbios monumentos, conocidos con el nombre de *Termas*, en cuya construccion quiso cada emperador desplegar toda su magnificencia lisonjeando al pueblo. Aquí no hablaremos sino de los baños particulares.

La pieza del baño estaba en la parte mas retirada de la casa, y constaba de un patiecito rodeado de pórticos en sus tres fachadas; en la cuarta habia una gran pila pa-

ra tomar el baño de agua fria en comun, y se llamaba *baptisterium*, tan grande á veces, que podia nadarse en ella, y cubierta con una techumbre sostenida en columnas salientes.

Mas lejos habia otro baño frio que era una pieza cerrada, en medio de la cual habia una gran cuba en que podian caber juntas algunas personas. Cerca de estos baños estaba el vestuario en donde los esclavos despues de haber desnudado á sus señores, plegaban sus vestidos y los guardaban en armarios dispuestos al intento.

Seguiase el baño caliente en el que habia diferentes bañeras; pero la principal, á la que se bajaba por escalones de mármol, estaba colocada en un hemicleo adornado de dos filas de graderías, llamada la *escuela*, porque los que se sentaban en ellas sin tomar parte en el baño se entregaban á tratar de materias filosóficas con los que se estaban bañando. Aquella pieza recibia la luz por arriba, y dichas conversaciones se tenian así en el baño frio como en el caliente.

Mas adelante estaba la estufa, que por lo regular era circular, rodeada de tres graderías de mármol, en el centro de las cuales habia una pila de agua hirviendo, de la cual salia una nube espesa de vapor que llenaba el recinto y se desahogaba por una abertura hecha en lo mas alto de la bóveda.

Cuando entraba uno en la estufa se ponía en primera grada, desde luego en la segunda y despues en la tercera para irse acostumbrando por grados á la temperatura de esta última, que á causa de su situacion tenia mayor calor que las otras. Ademas se calentaban el pavimento, la gradería, y aun los corredores adyacentes á la pieza, por medio de hornos subterráneos.

A esta especie de estufas se substituyó con el tiempo otra en cuyo centro habia una grande caldera calentada con un horno, de donde salia una columna de aire caliente, cuya fuerza se templaba segun se queria mediante una balbula de bronce en figura de un eseuo que se acomodaba á la parte superior de la caldera, y se levantaba ó bajaba con una cadena.

Al salir de la estufa se entraba en el baño caliente para acostumbrarse poco á poco al aire exterior, y los esclavos raian ligeramente la piel de los que se habian bañado con espátulas de marfil, cuya configuracion era propia para recorrer los contornos de los músculos y de todas las partes del cuerpo y secar el sudor; enjugábanlos despues con telas de lienzo ó de algodón, y les echaban un manto de lana fina de largo pelo: llegaban los *epiladores*, encargados de cortar las uñas, y por último los esclavos que les unjian todo el cuerpo con aceites y esencias fragantes.

Los baños de los antiguos estaban generalmente adornados de mármoles ó de estucos llenos de pinturas elegantes y análogas al sitio, tales como el nacimiento de Venus, los juegos de los Tritones y Nayadas, y fábulas de todas especies. El pavimento de cada pieza del baño, y aun el del patio, era un mosaico de diferentes piezas de diversos colores, trabajado con todo el primor imaginable.

En las ruinas de estos baños se han encontrado muchas estatuas, lámparas de bronce, vasos de plata y de barro cocido y dorado con la mayor elegancia.

UN ECLIPSE DE SOL EN EL MAR.

El mar estaba en calma, y apenas unas ligeras arrugas rizaban las puntas de las sordas olas que venian desde el polo austral á morir en el cabo de Buena Esperanza. Un viento apacible, un cielo despejado y una temperatura benigna y saludable alegraban á los pasajeros. La *Cocquille* hendia suavemente el mar; sus velas emblanqueci-

das por su largo uso azotaban los mastiles, y nos acercaban á la Fraticia despues de tres años de ausencia.

Reinaba el júbilo en todos los corazones, entregándose cada uno al placer anticipado de abrazar á sus deudos y amigos, de oír sus afectuosas demostraciones y de volver á ver los sitios predilectos. Los trabajos del viage, las largas privaciones, las borrascas sufridas, todo desaparecía á la vista de la tierra, de aquella tierra que veíamos á nuestra vista, por tanto tiempo deseada, y objeto dulce de las imágenes de un sueño mecido por marejadas, y mas profundo con el crujido de las tablas del buque y el silbido del viento en las jarcias. La vista vagaba sobre aquella inmensidad de agua, hermosa entonces como la sonrisa primera de una virgen, y que al siguiente día se ostentaría acaso bramadora y desencadenada como el grito de una anciana inexorable y colérica: en aquella llanura ilimitada solo el cielo se abajaba como una bóveda y fijaba en el horizonte una barrera vaporosa y fantástica. Semejante á la Itaca movediza que engañaba la esperanza de Ulises, nubes amontonadas á lo lejos nos presentaban la imagen de selvas dilatadas, encumbrados montes y ciudades populosas. Mas allá algunos rayos de un sol brillante, atravesando la nube, nos dibujaban pórticos magníficos, ó arrojaban de lado el perfil de otros edificios no menos engañosos.

Las once y cuarenta y cinco minutos señalaba la manecilla de mi Bréguet, cuando la claridad del cielo empezó á disminuirse. Los rayos del sol que pasando por el eter brillan animando nuestra sangre, se empaldecieron, y casi de repente acabaron de extinguirse. Una ansiedad inesplicable acongojaba á todo ser animado; un estremecimiento involuntario, y un temblor convulsivo agitaban nuestros huesos, y el viso amarillento que se extendió como un velo indeciso sobre toda la naturaleza, nos produjo un sagrado terror que se aumentó cuando el disco del sol quedó oculto por el de la luna. El eclipse fue total. El mar, azulado pocos momentos antes, se habia puesto de color de aceituna, y el cielo tan trasparente y tranquilo como la faz del Criador, se parecia al semblante de un moribundo de fiebre amarilla. El termómetro que señalaba 27 grados bajó á los 19; y cuando cesó el contacto de los dos astros que influía sobre la tierra, tardó todavía la calma por la que suspirábamos, y la tibia y azafranada luz que habia oprimido nuestros ojos parecia que aun reinaba, y nos tenia cojidos en sus tristes redes. Podia decirse que Adamastor, aquel terrible gigante que puso Comoeus como en centinela á la estremidad del Africa austral y en el cabo de las tormentas, que revuelve las ondas y destruye las naves, se nos habia hecho patente, como á Vasco Gama, por medio de las señales espantosas de su poder.

SOCIEDADES DE PREVISION Y DE SOCORROS RECIPROCOS EN PARIS.

Se componen estas sociedades de jornaleros de uno ó mas artes y oficios, que se asocian para prestarse mutuo apoyo. Esta reunion de hombres de una misma clase, tiene ventajas que no se conocen en las que se componen de individuos de diferentes profesiones: sus individuos pueden por exemplo avisar unos á otros de los puntos en donde hay que trabajar y aumentar los conocimientos de su respectiva profesion etc. Para ser miembros de estas asociaciones se paga un tanto al mes, que varia por costumbre, desde la cantidad de un franco y cincuenta céntimos (6 rs.), hasta la de dos francos, y que rara vez sube á la de tres. Con el producto de esta suscripcion se socorre á los asociados enfermos, y se dan pensiones de retiro á los viejos y enfermos á cierta edad, ó despues de escurrido cierto término convenido.

La cuota de cada pension la determinan los reglamentos respectivos.

Estas sociedades, cuyo número rara vez escende de cien individuos, las administran un delegado un presidente, un secretario y un tesorero, que se nombran cada año en junta general.

La mas antigua de estas asociaciones, llamada de Santa Ana, se fundó en el año de 1689. En 1789 no existian sino cuatro: tres compuestas de obreros de todas profesiones, y la cuarta de ebanistas. En 1815 se contaban ya cincuenta y seis, entre las que habia una de los obreros de la casa de Jacquemat, sucesor de Réveillon, fundada el 17 de noviembre de 1789. Siete asociaciones de obreros de todas clases, y dos de ellas con el título de sociedades de socorros recíprocos, tienen actualmente en caja mas de 35000 francos. Desde el año de 1815 hasta el de 1820 creció el número de estas asociaciones hasta noventa y nueve. La sociedad de socorros mutuos de los dependientes del Monte-pio, fundada el día 1.º de enero de 1818, tiene en caja una cantidad de mas de 40000 francos, y la de los fabricantes en bronce, de París, que tuvo principio en 1.º de octubre del mismo año, tiene cerca de 45000 francos.

Desde 1820, época en que la autoridad que hasta entonces se habia manifestado recelosa de toda especie de asociacion, dejó de oponerse á establecimientos de esta clase, se aumentaron considerablemente, y tiene en el día la villa de París mas de doscientas asociaciones, siendo raras las profesiones que no tengan su sociedad de prevision. Algunas, como la unida á la sociedad de prevision de los empleados en el Monte-pio, fundada en 1.º de marzo de 1823, han extendido el objeto de su reunion y conceden pensiones á las viudas.

Peró el sistema incompleto de administracion paraliza en estas sociedades casi todo el bien que pudiera producir. Muchas no han calculado debidamente la proporcion que debe de haber entre los socorros que han de concederse á los enfermos, y la reserva necesaria para asegurar las pensiones de retiro, de modo que frecuentemente sucede que empleados los fondos en los casos de enfermedad, no pueden los viejos y valetudinarios obtener la pension á que son acreedores por reglamento. El resultado de la cuota no suele ser suficiente, y falta una tarifa del tanto que debería pagar cada sócio, segun su edad, en el acto de la admision.

La sociedad filantrópica, fundada en 1780 bajo la proteccion de Luis XVI, y cuyo objeto era dar á conocer y practicar cuanto puede concurrir á aliviar las necesidades de los pobres, y prepararles recursos para en adelante; tomó bajo su patronato á estas asociaciones, y en 1831 les dirigió una circular, pidiendo le remitiesen cada una de ellas el estado de los enfermos que tenia á su cuidado, la clase y duracion de las enfermedades, y edad y profesion del paciente; y estableció un premio de 500 francos y medallas de estímulo para las sociedades que respondiesen mas satisfactoriamente á estas preguntas.

Es sensible que no se hayan conseguido sino datos imperfectos: pues de otro modo pudiera haberse logrado formar una estadística muy útil y coadyuvar los esfuerzos de la clase obrera para mejorar su suerte.

PALACIO DEL LORD-CORREGIDOR EN LONDRES.

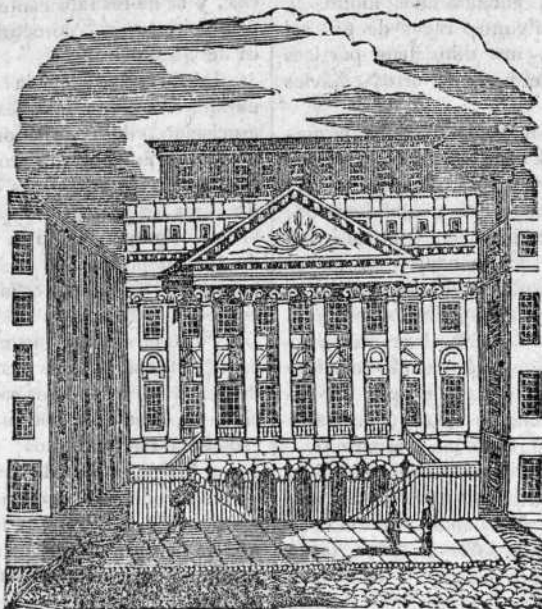
Este palacio, conocido con el nombre de *Mansion house* se construyó para habitacion del lord-corregidor de Londres, y habiéndose empezado en el año de 1739 no se acabó hasta el de 1753, y costó 42,638 libras esterlinas. Es todo de piedra de Portland, y su arquitecto Jorge Dance le dió una forma oblonga.

Una doble gradería, que no carece de nobleza, presenta veinte y cinco escalones de piedra por los que se sube á un pórtico anterior, menos ancho que la fachada principal, y adornado de seis columnas corintias que se elevan con gracia sobre un basamento macizo de orden rústico. La fachada en toda su longitud ofrece columnas del mismo orden que las del pórtico, y en el basamento hay un piso interior, en cuyo centro hay una entrada para las cocinas y otras piezas.

Adorna al frontis del pórtico un bajo relieve de Mr. Tailor, que representa un emblema de la riqueza y el poder de la Inglaterra, con otras figuras alegóricas.

En todo el lienzo de la fachada hay dos órdenes de ventanas coronados por un ático que termina con una balaustrada. Las cornisas son ricas y de buen gusto; y no obstante esto el edificio en general tiene un aspecto

pesado, que se aumenta por haberle sobrecargado con un piso superior que le desfigura y hace muy mal efecto. Mucho mas digna de elogio es la repartición interior del edificio. Al entrar por la fachada principal se encuentra una sala espaciosa por la que se va á la de convite que tiene unos 90 pies de oeste á este y unos 60 de ancho. Llámase *sala egipcia* aunque ninguno de sus adornos tiene analogía con tal nombre, su techo abovedado tiene varias divisiones y está bien decorado. Esta sala comunica con la *Sala de justicia*, con la del *portador de espada*, y con otra muy linda llamada *Wilkes parlour*. Hay en el segundo piso diferentes piezas preciosamente amuebladas, pero generalmente oscuras, entre las que es notable una sala de baile, otra de recibimiento y un hermoso dormitorio con una cama colgada con toda magnificencia.



(Palacio del Lord-Corregidor.)

Acompañaremos á esta descripción con una noticia de los individuos que componen el ayuntamiento de la ciudad de Londres. El primero es el lord-Corregidor, 2.º el Secretario (*recorder*). 3.º dos *shériffs*, 4.º 26 *aldermen*; 5.º el consejo de la ciudad, 6.º los demas empleados de orden inferior, como el tesorero, subsecretario y secretario de la ciudad.

Londres está dividido en 26 cuarteles que eligen anualmente 236 representantes para que en union con el lord-corregidor y los *aldermen* formen el concejo de la ciudad, (*the court of common council*). Sus facultades son grandes y se extienden á todos los intereses de la ciudad.

Cada uno de estos 26 cuarteles tiene por jefe un *aldermen* que es una especie de agregado del lord-corregidor, y desempeña las funciones de juez en la cité.

Los dos *shériffs*, que obran en muchos casos como oficiales del rey, son elejidos cada año por los vecinos, y deben aprobar su nombramiento los jueces del echiquier á nombre del príncipe. Está á su cargo la ejecución de las sentencias y el nombramiento de jurados, y pueden requerir el auxilio de la fuerza armada en las conmociones

populares. Presiden tambien la ejecución de las sentencias de muerte.

El *recorder* le nombra el lord-corregidor y los *aldermen*; es empleo perpetuo, y es el primer letrado de la ciudad. Tiene la precedencia sobre todos los *aldermen* que no hayan sido *lores-corregidores*, y su sueldo es 2500 libras esterlinas (259,000 rs.)

El lord-corregidor tiene el tratamiento de *muy honorable*, y de *Señor* en las ceremonias públicas, gasta un traje peculiar de su dignidad, y lleva un coche de gala y una comitiva numerosa. En la esfera de sus funciones es su poder tan grande como el del rey á quien es el único que representa en la ciudad. En las coronaciones el lord-corregidor hace las funciones de sumiller mayor; cuando el rey muere queda él la primera persona del reino, y en todos tiempos goza de grandes prerogativas como magistrado supremo de la ciudad de Londres.

El salón de Oriente, que en la época de la guerra civil y los empréstitos forzosos, entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de Navidad y las abstinencias de la cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837...

El salón de Oriente, que en la época de la guerra civil y los empréstitos forzosos, entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de Navidad y las abstinencias de la cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837...



EL SALON DE ORIENTE.

Abríose, en fin, el salón de Oriente; este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzosos; entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de Navidad y las abstinencias de la cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837...

Abrióse, en fin, absorbiendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reveses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones, la oposición, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvaríos de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista, los demás pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente a las gratas combinaciones de la mazourka!...

Justo es, pues que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso general y abandonemos también por un momento los modestos objetos a que ordinariamente damos lugar en nuestro Semanario, para tratar del ídolo del día; que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno Salón oriental.

Nuestras fuerzas, sin embargo, nos abandonan cuando queremos penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendemos traducir las páginas de un libro que a medida que la edad va emblanqueciendo nuestros cabellos, se

nos hace menos inteligible y expresivo. Colocados en medio del Salón, veíamos indiferentes y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones. — Para nosotros todos aquellos encuentros eran casuales, todas aquellas separaciones imprevistas. Semajantes al que mira jugar sin entender el juego, parecíamos á veces que tal jugador debia triunfar cuando renunciaba, que tal otro debia pasar cuando tenia un estuche. Aplaudíamos sin oportunidad, reíamos fuera de tiempo, y dábamos la vuelta por el Salón para abrogarnos el aspecto de antiguos conocidos, y el Salón nos respondia con la mas profunda indiferencia. De aqui vinimos á sacar una gran verdad; y es que el año de 1837 no era el de 1836, que nuestra época habia pasado, que otra generacion nos habia sucedido, y que tranquilamente y sin apercibirlo nos hallábamos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignados con nuestra suerte íbamos á retirarnos sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna depararnos el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena, un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas; una brújula, en fin, segura para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistia pues nuestro feliz encuentro en una de esas muchachas chiquitas, estereotípicas y de faldriquera, que se producen en todas partes y á todas horas como una edicion completa á mil ejemplares; que en invierno solemos hallar en el prado tomando el sol y en verano to-

mando la luna, que en febrero engañan con máscara de alegría y en marzo con máscara de devoción; que en abril asisten á las tinieblas y en mayo á la pradera de San Isidro á ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Córpus y en julio la de la plaza de los Toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya estan puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la Academia, y en noviembre los epitafios del Campo Santo; que en diciembre frecuentan los dulces de la Plaza y en enero los patines del Retiro, y que en todos los meses, en todos los días, en todas las noches, llenan todas las calles, todas las tiendas todas las iglesias, todas las tertulias, todas las procesiones, todos los circos, todas las romerías, todas las misas de tropa, todos los entierros, todas las revistas, todas las entradas triunfales y todas las asonadas; desde la puerta de Toledo hasta el jardín de Apolo; desde la Plaza de Toros á la Casa de Campo; muchachas en fin polipos, azogadas, imánicas, verdaderos *Kaleidescopios* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolucion práctica del problema del movimiento continuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era como si dijéramos una segunda edicion corregida y aumentada de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnales y de sus veinte y cuatro reales de Monte Pio, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado á hacer aqui esta ligera revelacion, pues no puedo de otro modo esplicar la franqueza con que la niña atravesando el Salon, vino flechada á encontrarme á uno de sus ángulos, donde á guisa de estatua de rinconera, me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupacion.

— ¿Qué hace V. ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oídos, como en recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde canicular). — ¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un si es no es mi discurso; estaba contando las luces del Salon, pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan. — Bab! bab! lindo retruécano! gusto clásico! por esas señas si V. trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies* si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta por la parte que ridiculizaba mi concepto, pero no pude menos de confesar que tenia razon, y se la di, y el brazo para conducirme hasta el otro extremo del Salon, donde á la sazón se hallaba la viuda madre verificando por lo que pude sospechar, la conversion de un Sarraceno á su creencia.

En peor ocasion no podríamos llegar á la presencia maternal. — Esta voz *mamá* dirigida por una muchacha de quince años á una vestal delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion exótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado mi presencia al lado de la hija, venia á ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autógrafas* en cuatro tomos. — La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un ministro tribunizado, ó como un jugador de manos á quien hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seguridad. — «Tu mamá ha cambiado de trage conmigo; yo la he dado mi pasiega y ella me ha dado su vestal.»

Y hétenos aqui lector carisimo buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando á todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía que para mi volátil pareja no fue sino un breve episodio, vino á revelarse en mi la accion principal de aquella noche. Y si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, daríales cuenta de las observaciones critico filosóficas, que la inteligencia de aquella me proporcionaba; espondríales *d' après nature* todas las escenas antes mudas á mis ojos y ahora tan expresivas y significantes, auxiliado por el natural instinto de de mi compañera. Ella reía, burlaba, preguntaba, respondia, observaba y hacia en fin lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imaginacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inacion; el Príncipe, Solís, Trastámara, San Bernardino, Abrantes, Santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos que para mí venian á ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guías atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducíanse á mi vista con todos sus encantos y frescura; placíame en recorrer con aquel misterioso talisman, el magnífico Salon, y vivificado con su fuego veía renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil que algunas horas antes creía estinguido para siempre; ya no me parecia el baile monotonico, confuso y desacordado; ya no hallaba á la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imaginacion habia recibido un nuevo sentimiento; la agitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi existencia; el ruido y el continuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera obraban fuertemente en mis sentidos; necesitaba ya como antiguamente correr del Salon á la fonda, de los tocadores á las piezas de descanso, de la tribuna á la sala de jugar, y aquel continuo vagar, por tránsitos y escaleras, y preguntar á todos y no responder á ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de las salas, y evitar las banquetas donde tienen su asiento las *mamás inamovibles* y *sólidas* y embrollar al paso alguna pareja dichosa y servir de punto de conciliacion de las nuevas intrigas en agraz.

No se como explicarlo; pero aquella muchacha habia cambiado mi existencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Oriente, ni observaciones, ni 1837— habia únicamente amor, máscaras y 1830.

A imitacion de mi cabeza mis piernas tambien se hallaban aligeradas, y luego ¿quién no vuela con el auxilio de un serafin? No hubo mas, sino que al ruido de la música vinome á la memoria el olvidado compás, y creyéndome el genio de aquella Sífide, improvisé desde luego una *galope* instintiva, espontánea, aérea que... mas; oh dolor! mis pies entumecidos largos años se reusan al movimiento... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan y... ¡ay de mí! qué es esto?... las luces... se apagan las luces... la gente desaparece... el ruido se convierte en silencio... y... se abre una puerta... alguien me toca — ¿eres tú divina criatura?... qué es esto? ¿quién me mueve?... — *Süür... las ochu en puntu... — Ah, maldito gallego!* —

¡Desapareció la ilusion! Todo se esplica. — El salon era mi alcoba; el que entraba á llamarme mi gallego; el baile un sueño, y mi amable pareja aérea, incorpórea, impalpable... era en fin, mi imaginacion que no quiere aun renunciar á la juventud.

El Curioso parlante.

EL CARNAVAL EN ROMA.

Una de las épocas mas importantes en Roma es el Carnaval; y seguramente no producía en otro tiempo un movimiento igual la eleccion de nuevos cónsules. Este es el tiempo de los bailes y los festines; todas las clases, edades y condiciones toman parte; pero estas bacanales no duran mas que una semana. La campana del Capitolio y el cañon del castillo de Sant Angelo dan la señal, á la que infaliblemente corresponde toda la poblacion. La policia no permite se deje ver máscara alguna antes de esta señal. No se precipita con tal violencia el mar cuando se levantan los diques de un puerto recién construido, como la multitud de Roma en la calle del *Corso*. Repentinamente se ve inundada esta hermosísima calle, que va desde la puerta del *Popolo* hasta la plaza *Colonna*, de carruages y comparsas brillantes, y de curiosos que se dan encontrones en medio de los caballos; las aceras, convertidas en anfiteatros, ofrecen á los espectadores mas tranquilos un refugio contra la barahunda; pero no por eso quedan menos espuestos á las invectivas de las máscaras y á las lluvias de *confetti* (grajea) que se dispara por todas partes. Se ven carruages llenos de mujeres y niños, asi como otros en que se representan diferentes escenas cómicas. En unos se ve el remedo de lo interior de una familia, cuyos actores son un gato y un perro; en otros un usurero que presta, y mas allá aquellos que han tomado de él á interés caminando al hospital. Lo que mas llama la atencion es la propiedad y perfeccion de las máscaras. Y no se crea que los romanos se limitan á alusiones vagas, sino que estas travesuras encierran toda la sátira personal de las antiguas *Attelanes* y la *Mandragora* de Maquiavelo. Los que se disfrazan de locos van vestidos con una camisa blanca y gorro del mismo color, y se les conoce á distancia por sus contorsiones extáticas y sus gritos desaforados, sitiando á todos con grajea de yeso que tiran con toda su fuerza.

Los mezuquinos disfraces de otras capitales de Europa no pueden hacer formar la mas leve idea de los de Roma, porque allí se ve á la locura en todo su esplendor y brillantez, pues las personas mas opulentas y distinguidas sueltan la rienda por Carnaval á todo su lujo y magnificencia. Caballos engalanados con preciosos jaeces, tiran de elegantes calesas, conduciendo en ellas diferentes cuadrillas que figuran ingeniosas escenas de la mitología ó la historia. Mas allá se representan pantomimas en lo que sobresalen los romanos, y tras de Cesar subiendo al Capitolio, se vé al heroe Manchego en compañía de su fiel Sancho, y á Sileno rodeado de un coro de beodos. Aquí un májico disputa con una decidora de buena ventura sobre quien de los dos sabe leer mejor en el libro de lo futuro y anunciar su suerte á los papanatas. Allí se observa á una condesa vieja dando oídos á las rancias insulseces del marques de Tulipano, al paso que unos enfermos atraviesan en hombros de sus criadas. Pero lo mas encantador en estas diversiones es la música deliciosa que se interpola con la trisca de las máscaras, interrumpida por las carcajadas que escita la multitud de disfraces grotescos. Enanos con cabezas de jigante, hombres engalanados con enormes pelucas, cada uno de cuyos jirones son otros tantos reservatorios de agua que dejan calados á los que se les acercan, y en medio de aquella trápala mujeres hermosísimas con los disfraces mas pintorescos. ¡Cuan bien cae el vestido de paisana de Frascati á aquellas romanas tan bellas, y tan naturalmente graciosas!

La temperatura es ya muy benigna por lo común en Roma en tiempo de Carnaval, lo que contribuye infinito á embellecer el sitio en que principalmente se reúnen las máscaras. La calle del *Corso* tiene nada menos que una milla de longitud. Guarnecida por ambos lados de una

fila de palacios, parece mas bien que calle una magnífica galería á cielo abierto, cuyo pavimento estuviere enarenado. Llegada la noche, se retira cada uno hecha la señal, y prosigue entregado á la diversion en los palacios y casas particulares y aun hasta en los domicilios de la miseria, y los teatros resuenan con las aclamaciones de aquel pueblo dichoso por su imprevisión, y bastante infeliz porque no tiene memoria.

Tenian en otro tiempo los papas una costumbre muy singular: el martes de Carnaval se ejecutaba todos los años la sentencia de muerte de un criminal, espectáculo á que concurría el pueblo en medio de todo el entusiasmo de su regozijo, sin interrumpir el curso de este. ¿Sería esta costumbre un refinamiento de barbarie, ó solamente una leccion que se daba á la pleva tan propensa á entregarse á los excesos? como quiera que fuese, ofrecía un terrible contraste la vista de un hombre ahorcado en medio de la algazara de una fiesta. Concluida la ejecución volvía el papa al *Corso*, que atravesaba de un extremo á otro pausadamente, bendiciendo á todos los que se hallaban á derecha é izquierda, y que con sus trages de *Pierrot*, *Casandra*, *Pantalon* y *Polichinela*, pedían á gritos la bendición apostólica.

EL PUENTE DEL DIABLO.

Desfiladero de Schollen.—Descripción de Teufelsbruck.—Tradicion suiza.—Cuadro sombrío.—Cambio repentino.—El valle de Ursen.

El puente del diablo es una de las curiosidades de la Suiza que merecen fijar mas la atencion.

Para llegar á él hay que atravesar el famoso desfiladero de Schollen, garganta espantosa y helada, á la que apenas pueden penetrar los rayos del sol para alumbrar aquel paso suspendido sobre un torrente, en el que y con dificultad pueden ir dos hombres de frente. En aquel punto es donde se encarga á los viajeros que guarden el mayor silencio, y en donde se llenan de heno las campanillas de las bestias de carga y gaudos, para evitar que conmovido el aire con su vibración no produzca una de aquellas caídas de témpanos de nieve helados, cuyos estragos atestiguan tristemente las cruces erijidas á orillas del camino.

Después de dos horas de un camino tan penoso como espuesto se divisa, en fin, el *Teufelsbruck* ó puente del diablo bajo el cual se precipita el *Reuss* bramando desde una elevación de casi 300 pies.

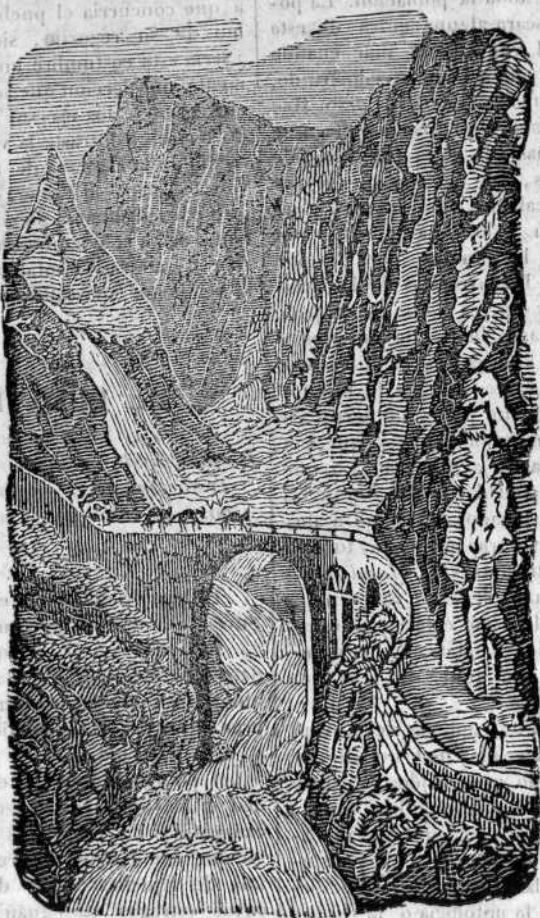
El puente sin el parapeto tiene quince pies de ancho, y está formado de un solo arco de setenta y cinco pies de diámetro. Este arco que estriva sobre rocas salidizas se compone de piedras toscas, y lo triste de su aspecto armoniza completamente con lo horroroso del sitio. No es posible concebir como pudo plantarse el armazon y la cimbra indispensables para la construcción de aquel puente.

Por esta razon los suizos, que le reputan como obra superior á las fuerzas humanas, no han hallado otro epíteto mejor que atribuirlo al Diablo.

«Mucho... mucho... muchísimo tiempo hace, (dicen ellos) que los moradores de estos valles quisieron echar un puente sobre este abismo, y todas sus tentativas los salían infructuosas. Desesperados ya iban á renunciar para siempre á su proyecto cuando el demonio, siempre en acecho para cuanto puede contribuir á ensanchar su imperio, prometió poner manos á la obra con tal que se le asegurase la posesión de la primera criatura que pasase por el puente. Se otorgó el contrato y quedó la obra con-

cluida; pero los suizos mas arteros que el diablo mismo hicieron que les precediese un perro. Furioso el enemigo del linaje humano de verse así engañado quiso lanzar un enorme peñasco contra el puente y sepultarlo bajo su mole; pero apareció repentinamente un santo que le mandó abandonarse en el momento mismo aquellos sitios.

En cuanto al origen verdadero del Teufelsbruck ó puente del diablo debemos decir que los historiadores opinan que su maravillosa construcción se debe al arquitecto Lenfel, que significa diablo. Era del Canton de Lucerna, y su descendencia que aun existe lleva el mismo apellido.



EL DEL DIABLO.

Pero, á pesar de lo atrevido de su arco, no es el puente el que por sí mismo horroriza tanto, cuanto el conjunto de todo el aspecto del sitio. Aquellos negros peñascos, los árboles desarraigados, los bramidos atronadores del Reuss, el impetuoso viento que sopla desde el centro del abismo en que se estrella y rompe, el húmedo vapor que cubre y cala al que pasa, el recuerdo de los sangrientos combates de que fueron teatros aquellos sitios, excita una tristeza á que no es posible resistir. En vano la imaginación lucha contra tales escenas de devastación y trastorno. Se siente uno oprimido con el peso de tantos escombros: se camina, se avanza y siempre entre ruinas y mas ruinas.

Cuando se llega á Teufelsberg, ó monte del diablo se entra en la bóveda subterránea abierta allí, llamada l' Urnerloch, y no bien se ha atravesado aquella galería de 200 pies de longitud y 12 de altura, cuando se encuentra uno como por encanto en el risueño valle de Ursern. Se cree que es un sueño aquel delicioso cuadro en seguida de escenas tan horribles como las que otras

se dejan. El mas deslumbrante verdor viste todos los objetos; el Reuss corre allí entre flores, viene á ser aquel paisaje la calma tras las borascas, y la vida y la felicidad despues de la desolación y la muerte.

LOS AMANTES DE TERUEL.

Apuntes históricos,

La historia de los amores y desgraciado fin de *D. Diego de Marcilla y Doña Isabel de Segura*, es tan popular en España como lo es en Italia la de Julieta y Romeo, y en Francia la de Heloisa y Abelardo.

El erudito *D. Isidoro Antillon*, natural de Teruel y discreto investigador de sus archivos, publicó en 1806 un folleto bajo el título de *Noticias históricas sobre los amantes de Teruel*, en el cual insertó los documentos que cierta ó falsamente tratan de esta interesante histor

ria, acompañándolos de observaciones críticas acerca de su mayor ó menor exactitud, en las cuales se descubre una esmerada diligencia para averiguar la verdad, que por desgracia aparece en este asunto, harto dudosa aun después de aquel esquisito trabajo. — Sin embargo, habiéndonos de atender á lo que resulta escrito, parecemos del caso el insertar aquí el principal fundamento en que parece apoyada la tradición popular, y es el siguiente:

Historia de los amantes de Teruel, que se conserva á los principios del siglo XVII, en el Archivo de esta Ciudad en un papel de letra muy antigua, y copió entonces el Secretario Juan Yagüe, según el mismo testifica como Notario público. Esta copia existe ahora en el Archivo de la Iglesia Parroquial de San Pedro de Tünel, y es á la letra como sigue.

«Historia de los amores de Diego Juan Martínez de Marcilla, é Isabel de Segura. Año 1217: fue Juez de Tünel Domingo Celada.»

«E pues decimos de males y guerras, bueno es digamos de amores. Nos feitos mas verdaderos en Tünel está el de un joven llamado Diego Juan Martínez de Marcilla, de unos veinte y dos años. Enamoróse de Isabel de Segura, hija de Pedro de Segura: el padre no tenía otra, era muy rico: los jóvenes se amaban muy mucho, en tanto que vivían afauados; é dijo el joven como deseaba tomarla por muller, é ella repuso, ciertament el deseo de ella era aquel mateix, empero que supies que nunca lo faria sin que su padre y madre se lo mandasen; ahora é la quiso mas, é fícolo decir á su padre, su respuesta fue que ciertamente éi era muy bien pagado del joven, é que venia bien; empero que éi no tenía biens, non se quejase, é que su padre tenía otros fijos quien mas lo podia heredar; hasta, que no lo faria, é que éi podia dar á su fija treinta mil sueldos, é que apres tenía toda su casa.»

«El joven fue bien contado, el cual dixo á la doncella. que pues su padre no le despreciaba sino por los dineros, que si ella queria esperar cinco años que éi se iria á trabajar y morir en las guerras alegre, ya por mar, ya por tierra, hasta tener dineros; al fin ella de nuevo se lo concedió, y se ausentó el espacio de cinco años: trabajando contra los moros, ganó empleos y dinero, ya por mar, ya por tierra.»

«La doncella en este tiempo fue muy acosada del padre para que tomase marido; la respuesta de ella fue que habia votado virginidad, hasta que fues de veinte años, diciendo que las mulleres no debían casar sin que pudiesen y supiesen regir su casa. El padre como quier que la amaba quisola complacer; pero cumplidos los cinco años, el padre la dijo: *Hija, fíxo es mi deseo que tomas tu compañía.* Ella viendo que el tiempo de los cinco años era pasado, y que en este tiempo nada habia sabido del enamorado, dixo que le placía obedecer á su padre, y éste la desposó con Azagra, y á poco tiempo hicieron las bodas.»

«Alégranse sus padres y deudos porque ignoran el misterio: la novia dió en estar de allí adelante melancólica y pensativa; no trataba ya de galas, sino ponerse de negro. A esta sazón entró por la sala dó Segura estaba un paje con recado, y dice que á Marcilla el viejo le dau noticia de que su hijo viene con salud y muy rico, de lo que tuvieron gran regocijo. Llegó el joven Marcilla á su casa, y le dieron la notica de haberse desposado Segura con Azagra; con todo disimuló delante de su padre porque su gozo no se enturbiara con su pena.»

«Acostóse Marcilla, mas no reposa; deja la cama, y embozado se pasó al convite ó danza del casamiento de Segura, y luego que comenzaron los acordes instrumentos salió Segura á danzar; pero Marcilla, á mas dolor

movido que si viera el cuchillo á su garganta, dando rienda al furor dexa aquel sitio, y se metió dentro del aposento que estaba aparejado para el tálamo de los novios y sepulcro suyo, que como la casa andaba tan revuelta, lo pudo hacer sin que lo vieran.»

«Concluye el festin al tiempo que, aunque quisiera salir, no pudo: oye que las visitas se van, y á su aposento se recogen los novios; y queriendo Azagra usar del derecho que el matrimonio le concede, ella le ruega se abstenga de ello por aquella noche, porque esta es sola la que le falta para cumplir al cielo un voto prometido. Azagra lo negó, pero ella insiste: niégalo segunda vez, mas le replico, no ser justo gozar contra su gusto á ninguna muger, principalmente siendo propia; y se lo ruega con palabras alhagüenas, vertiendo lágrimas entre risa y lloro; al fin lo convenció, y traxo á que jurase de no coger por entonces los frutos debidos del matrimonio. Acostáronse con esto entrambos juntos; éi de cansado se quedó dormido por tiempo de quatro horas; ella velaba, que aunque estaba casada con Azagra, tenía en su pecho á Marcilla; y mas habiéndole dicho, estando cenando, que habia venido á cumplir una fé y un juramento; estaba fluctuando en varios pensamientos, torcedores y tormentos de su alma.»

«Marcilla en este punto muy osado y atrevido como amante, sale muy quedo detras de las cortinas, y cogiéndola entrambas manos, la dijo: *está contigo un hombre de quien fuiste un tiempo esposa.* De este caso no pensado y repentino Segura se alteró, y con el espanto el cabello se erizó: quiso dar voces, mas no pudo, porque la lengua se la quedó apegada á los paladares, cubriéndole su cuerpo un sudor frio, sin poder hablar; pero pasando algun rato volvió en sí, y dixo con voz turbada. *¡Ay! ¿qué es aquesto?* y halló ligadas sus manos con las de un hombre, y que le dice á medio pronunciar, muy quedito y baxo *Escúchame, Segura, no te espantes, que no es mi intento afrentar tu honor, aunque pudiera tomar justa venganza de mi injuria: solo vengo á que me digas, con que motivo, habiéndote servido tantos años con un amor tan sencillo y verdadero, dexando por tu causa mis padres, mis deudos y mi patria, desterrándome á reinos extraños, sin serlo por delito exponiendo mi vida á las picias y á las lanzas, precediendo el haberme asegurado con firme juramento de no casarte sino conmigo, aguardando cinco años que aun apenas se han cumplido; ¿cómo, di, te has casado? ¿no me pudieras, di, aguardar mas tiempo, pues apenas tienes cumplidos quatro lustros? Deséchome tu padre por ser pobre; por pobre me desechas tu tambien, por casarte con hombre rico: pobre confieso soy, y tambien que serás tu gran señora; mas dígame que imposible es que te quiera como yo te quiero, pues sabes que por tí padezco y muero. Al tiempo de mi ausencia ¿no me dixiste, parte y cesen tus recelos, y espera de mí fe, será constante? ¿No dirás, di, la causa que te pudo mover á tal trayción? ¿cuándo, di, te ofendí con obras, con palabras ó con deseos? ¿cuándo no te serví estando presente? y presente y ausente ¿no te quise? Toma esta daga, y de mi pecho arranca mi triste corazon, que mas es tuyo; quiero mas morir que no perderte.* Segura conoció que era Marcilla, sino en la cara y voz, en sus nobles acciones y razones verdaderas que dice, no puede negarlas aunque quiera, y se disculpa con que le vió que estaba celebrando con otra dama sus bodas (fué sospecha), y que era culpable de que viéndose muy rico, galán, mozo, bizarro y victorioso, y en sus plantas la fortuna, no procuró venir al plazo señalado, pudiendo, como pudo; precisándola á casarse zelosa y desdenada, dexándola así olvidada por otra. Al fin el uno al otro carga la culpa, y juntos se disculpan y descargan.»

«En premio de su fe y de sus servicios, del presente dolor y bien pasado, Marcilla le pidió á Segura un

beso, con el cual estará contento. Segura le respondió como discreta: *Confíesote, Marcilla, que en el tiempo que te amaba señora era de mí y de mis acciones, padece en igual proporción tus penas y tormentos, y te confieso que el amor que me ligaba pudiera solo cortarte el cuchillo de la muerte: no tuvo efecto este amor tan fino causado de un desden y de unos celos; y pues ya me casé, va soy mía: estoy, aunque no muerta, ya enterada, mal te podré dar lo que es ajeno: dándote lo que es de Azagra, mi señor y esposo, es hacerte agravio, y padecer lesión mi castidad. Vuelve á importunarla hecho un volcán diferentes veces, arrancando suspiros en vez de lágrimas, que eran bastantes á mover á lástima. Segura con pecho lo resiste, como leal y casta, y así el gusto pospone á ser quien es, y no consiente faltar á su esposo aunque lo siente. ¿No consideras, di, dice Marcilla, que si no fuera yo tan cortésano tomara lo que te pido á fuerza, matando á tu esposo y mi enemigo? Pero no lo permita el santo cielo, que no lo quiero yo sino con gusto: hazme pues este bien, mira que muero, y muriendo te estimo y quiero. Y negándole ella, dió suspiro, diciendo: Bésame, que sin remedio me muero; pero estando ella siempre firme en negarlo, la dijo: á Dios Segura, y no pudo ya pronunciar la a. Dió consigo en el suelo Marcilla, tiéntale Segura cara y frente, hálalo ya sin calor y que no respira; llamóle por su nombre, y no responde.»*

«Quedó Segura sin habla y sin aliento; y volviendo en sí, comenzó á lamentarse, dando fieras voces sin temer á su marido, y le dice: *Esposo de fe y de lealtad, crisol y centro, ¿quién te ha quitado la vida tan repentinamente? A las voces y llantos de Segura despierta Azagra, y estando adormecido, pregúntale á Segura. Di: ¿qué quieres esposa? ¿qué me llamas? Segura por entonces disimula, y hace como que sueña y que despierta, y dice: Soñaba, esposo, que en Cerdeña una amiga, siendo pequeña, quiso bien á un galán; no quisieron sus padres se casasen por no tener él igual hacienda; partióse á ganarlo ofreciéndole la dama á sugalan lo esperaría cinco años sin casarse, y que zelosa, ó por otra razón, al fin la dama se casó con otro; cumplido el término vino el galán, habiendo pasado en la ausencia grandes infortunios, pudo verse con ella á solas, antes que el segundo esposo lograra el fruto del matrimonio; quejóse él del agravio, y ella de su tardanza, y lo nota de inconstante; al fin le pidió á la dama un beso en pago del amor que la ha tenido; no permite ella darlo por guardarle á su esposo la fe, de puro honrada: tres veces se lo suplica diciendo que se muere, y ella firme se lo niega, diciendo, que antes quiere que su galán muera y morir ella, que faltar á la fe del matrimonio; al fin en su presencia el caballero con un suspiro que dió entregó su alma á Dios. Esta tragedia vi entre sueño cuando tú oíste las voces que daba. Y, ahora dime, pues te precias de discreto, ¿si la dama pudiera darle el beso al galán sin faltar á ser quien era, ó sufrir que allí muriera? Azagra se rió, y así la dixo: Fué necia, impertinente y melindrosa, sobre ser muy cruel con quien la amaba, y debía aquesa dama, ya que en vida no le dió el beso al galán, en muerte darle uno y dos mil de sentimiento; aquesto siento, y este es mi parecer. A esta respuesta se desató Segura en lágrimas y suspiros, y á Marcilla le enseñó muerto, y le dice: Yo soy la impertinente, la necia y melindrosa; pero honrada. Azagra se quedó pasmado viendo un espectáculo tan lastimoso; los dos se hallan perplexos sin poder acertar á resolver en este lance; por un puesto temen á los deudos de Marcilla, por otro al rigor de la justicia si en su casa lo hallan muerto. Al fin se resolvieron el llevarlo y ponerlo delante de la puerta de su padre. Lo hicieron sin ser vistos, respecto de estar contigua la casa.»*

«Llegó el día, y las gentes que por allí pasaban co-

nocieron que era el joven Marcilla, cubierto el rostro y su montante al lado. Supo su padre la lastimosa tragedia, levantóse de la cama y sale á la ventana, y ve á su hijo rodeado de amigos y deudos, llorando todos el desgraciado acaecimiento, jurando el vengar tan gran maldad. Llegó su padre, y sin poderlo estorbar, se arrojó sobre el difunto bañándole con lágrimas el rostro, y le dice: *Miserable de mí! ¿Después de haber sufrido tanta ausencia, y con ella á cada paso mil disgustos, me dan por consuelo tu muerte? Al punto me muera yo, pues en el mismo que cobro el bien, lo pierdo en un instante. Aparceme lugar en tu sepulcro, pues ya mi vida sin la tuya es muerte. Y estando abrazado con él, ambos juntos los meten en casa, y al difunto meten armado de punta en blanco en un féretro.»*

«Acudieron los amigos y deudos, como también la justicia: Azagra también, disimulado: todos le dan el pésame y lo consuelan con razones christianas, las que suelen darse en semejantes lances; y así determinaron hacerle las exequias y darle sepultura, y por su alma mil sufragios. Comenzaron á tañer lamentablemente las campanas, y al otro día quatro Capitanes llevaban en hombros el cuerpo de Marcilla, porque Teruel entonces era Plaza de armas en la empresa que el Rey Don Jayme quería hacer contra los Moros de Valencia, y había diez banderas de soldados. Suena el ruido y los lloros de mugeres y de toda la Ciudad por las calles, por la pérdida de Marcilla: llegó la Parroquia de San Pedro con todos sus Eclesiásticos y con los de las demas Parroquias y todos los Religiosos á la casa del difunto. Caminaba la vanguardia, iban los soldados siguiendo en orden de batalla, acompañan con hachas todos los Oficiales al difunto; detrás de él los capuces, las gramallas de todos los deudos y amigos: iban de retaguardia las mujeres, cuyos suspiros lastimosos y tristes movían á ternura. Como la casa estaba tan próxima á la de Segura, esta oyó el lamentoso canto del entierro y los suspiros y lloros desde su retrete, y á una dueña que estaba con ella la dice al descuido: *amiga, si os parece, subiremos á mirar aqueste entierro; al punto suben á la rexa mas alta, y luego que vió al difunto metido en unas andas se pasmó, cubriéndole un sudor el cuerpo; desnudose de todas sus galas, y se vistió de un mongil de vayeta, y sin peinarse el cabello baxó muy apresurada y afligida á la calle, y se metió en medio de las mugeres.»*

«Iba considerando muy lastimada el trágico suceso, y que ella había sido causa por negar un ósculo á quien hubiera dado por ella dos mil vidas: fulmina contra sí un proceso, haciéndose reo, fiscal y juez, formóse el cargo, sin descargo se halla, pronuncia la sentencia contra sí, diciendo: que merece muerte quien mató al que debe la vida: acepta la sentencia y no apela: *afuera, dice, fama, mas quiero tenerla de liviana que de ingrata: no viviré yo mas, porque á tu ejemplo quiero morir, esposo, que este nombre mereces tu mejor que el segundo: para mí ni quiero mas bien ni mas mundo: la fe que me tuviste la considero por firme hasta la muerte; y esa quiero con otra igual pagarte, y que la fama nos de á los dos un ejemplo y un sepulcro, y la historia de este amor se immortalice. Espera, Marcilla, mientras pueda llegar á darte lo que te negué ingrata, y muerte á mí después, porque si sogá y puñal faltan, basta solo el dolor para darme dura muerte. No me detengo un punto, al punto parto contigo, me verás antes de una hora; dicha grande tendré si nuestros cuerpos una los cubre pues las almas ardieron de un amor cándido y casto.»*

«La procesion con el cuerpo llegaron á la Parroquia de San Pedro: estaba en la mitad de la Iglesia un manseolo todo enlutado, con grandes pedestales, grandes basas, columnas y chapiteles, todo cubierto de muchas hachas y varios despojos de vanderas y estandartes. Meten el

cuerpo sobre un grande túmulo, y empezando el Oficio, Segura muy cubierta se llegó adonde estaba el féretro, y dice con ardentísimos suspiros: *¿Es posible que estando tú muerto, tenga yo vida? No tengas de mí fe duda que pueda vivir un solo punto; perdona mi tardanza, que al instante contigo me tendrás.* Descubrióle la cara, escoviósele, y le dió un beso tan fuerte, que se oyó en toda la iglesia, y con un ¡ay! faltóle el aliento en un instante, y la parca puso en sus ojos un sello.

«Cuando el Reverendo Clero el *In exitu* comienza, quieren dar sepultura al muerto; pensando que era deuda ó que era hermana van á apartarla, pero no se mueve: insisten otra vez, y se está firme; y como si fuera losa que cubriera el cuerpo, así estaba inmóvil: tercera vez la llaman, y no responde; el manto le descubren de la cara y ven que era Segura, y que su boca tenía junta con la del muerto y también las manos, y está difunta. ¡O muerte sin respeto! Mirad en lo que paran la gentileza y la hermosura, fuerzas, riquezas é hinchazon; pues un soplo lo acaba todo.»

«Espantáronse todos los del Templo lastimados del caso, no saben á qué fin vino Segura, de liviana la notan; pero Azagra, aunque la pierde, procura quitar toda sospecha, y estancando el dolor, levantó la voz, y en breve á todos contó el funesto caso. Quedaron como absortos sin sentido, sin poder resolver en este lance; mas un viejo pariente de Marcilla, de mucha autoridad, al que tenían sus razones por oráculo, en voz clara dijo: *Supuesto que es verdad cierta que Marcilla y Segura desde niños se tuvieron un entrañable amor, y que en su ausencia larga han pasado los dos una pena y un tormento, y que ambos juntos han padecido un género de muerte, y supuesto también que se ligaron los dos con palabra y juramento de esposos primero que Azagra, será razón que se entierren los dos juntos en un sepulcro.* El cual parecer fue aprobado de los dos padres de Marcilla y Segura, del Justicia y Regimiento. Azagra consintió, y así se hizo; y en un sepulcro de alabastro metieron juntos á los dos amantes, los mas firmes y leales y pusieron en él mil epitafios.»

En la copia de esta relacion testificada por dos Notarios, que existe en el mencionado archivo de San Pedro de Teruel, se añade: que se presentó en 13 de abril de 1629, al tiempo de reconocerse dos cazones que contenían los cuerpos de los dos amantes desde el año 1555 y que descubrieron entonces dos Clerigos de la misma Iglesia que la poseían.

Estas mismas apuntaciones del archivo de San Pedro dan noticia de las traslaciones que se ha hecho de los cadáveres de los dos amantes célebres. «En 1555 al labrarse una capilla antigua en dicha iglesia se hallan los cadáveres de Marcilla y Segura, que estaban juntos en un sepulcro y enteros, sin tener nada gastados sus cuerpos; ella tenía todos sus dientes, y al extraerla la sacaron un ojo.» Despues sufrieron otras traslaciones en distintos parajes de la iglesia, y últimamente fueron colocados en el claustro inmediato donde estan los dos juntos puestos en pie en un armario metido dentro de la pared.—«Yo los he visto (dice el Señor Antillon.) En este verano de 1806 hice sacar del armario el esqueleto de Marcilla, le arrimé junto á la pared del claustro, y lo examiné menudamente: este esqueleto se conserva entero y tiene todas las muelas del lado izquierdo, y algunos dientes; el de la mujer está muy estropeado y separado del armazon; Sin duda de resultas del poco cuidado en la escabacion última lo destrozaron miserablemente. Sobre el armario donde los tienen sin ornato ni consideracion ni aun aseo hay la siguiente inscripción. *«Aquí yacen los dos celebrados amantes de Teruel Don Juan Diego Martínez de Marcilla y Doña Isabel de Segura. Murieron año de*

1217 y en el de 1708 se trasladaron en este panteon.»

El Sr. Antillon prueba con repetidas citas que el suceso de los Amantes de Teruel, estuvo ó desconocido ó poco propagado en Teruel hasta el hallazgo de los cuerpos á mitad del siglo décimo sexto, pues que ninguno de los cronistas anteriores hace mencion de él. La causa principal de su posterior celebridad fué el mismo secretario Juan de Yagüe Salazar, quien en 1616 publicó en Valencia su poema en veinte y seis cantos, intitulado los Amantes de Teruel. A juicio del Sr. Antillon el mismo Yagüe bajo la fe debida á un notario público, forjó la relacion que arriba insertamos, con el objeto de autorizar la tradicion popular y responder á los que la achacaban de fabulosa, pero es casi indudable que en el fondo debia estar apoyada por una creencia mas ó menos exacta, sin lo cual no hubiera podido Yagüe hacer tan bien recibido su poema.

Comedias antiguas sobre este asunto.

Los poetas dramáticos no tardaron en aprovecharse de un argumento tan interesante, y ya en el mismo siglo XVII nos ofrece tres comedias distintas que tienen aquel por objeto. El público español en lo general no conoce de ellas mas que la de Montalvan, y aun el mismo Antillon no cita otro tampoco; pero en nuestro entender el primero que presentó este argumento en el teatro fue el maestro Tirso de Molina, cuyo drama hemos leído, y que fue publicado en 1635 por lo menos tres años antes que el de Montalvan. Ni uno ni otro son dignos de la reputacion de ambos autores, y tienen ambos la particularidad de una semejanza tal en el giro del argumento é incidentes, que podría pasar por un completo plagio de parte de uno de los autores. No podemos menos de achacárselo en tal caso á Montalvan, tanto por lo posterior de su fecha, cuanto porque parece que esta desgracia persiguió á Tirso de Molina, el cual en muchas de sus comedias se vió copiado con mas fortuna aunque no con mayor mérito por varios autores.—Moreto reprodujo *La Villana de Vallecas* en *La ocasion hace al ladrón*.—Cañizares se apropió la *Antona García* de Tirso; Matos hizo lo mismo con *La eleccion por la virtud* de Tirso, bajo el título de *El hijo de la piedra*, y dió en *El convidado de piedra* una pálida imitacion de la comedia de Tirso *El burlador de Sevilla*.

No es mucho pues que Montalvan se llevase tambien la fama de los Amantes de Teruel, aunque no supo imitar mas que los defectos de la comedia de Tirso.—Este colocó la escena en la época del emperador Carlos V, haciendo asistir á Marcilla á la conquista de Túnez y la Goleta, y cambió los nombres de los interlocutores llamando á Azagra D. Gonzalo de Aragon, y al padre de Marcilla, Hipólito, describió malamente los caracteres, siguió un plan descabellado y sin gracia, y hasta se olvidó de su riquísima vena poética en diálogos pesadísimos y altisonantes.—Montalvan le siguió en todo esto y aun le sobrepusó en necedades, pudiendo asegurarse que su comedia es una de las peor escritas en español.—Siquiera la de Tirso tiene unas endechas que hacen recordar su bellísimo estilo; la de Montalvan está en la gerga llamada *culta* en aquel tiempo de que puede dar una muestra la celebrada *relacion* del amante delante del Emperador.

Últimamente el catálogo de Huerta, cita otra comedia de *Suarez* con este título, que no hemos tenido ocasion de ver, pero que no creemos valga mas que las de los dos citados autores. Estaba pues reservado á la época moderna del teatro español, el consagrar á la memoria de los tiernos Amantes de Teruel un drama interesante y magnifico en que quedase sublimemente consignado aquel hecho histórico, y este drama es el que acaba de presentarnos en la escena el jóven *Don Juan Eugenio Hartzenbusch*.

LOS AMANTES DE TERUEL.

Drama moderno.

La extensión que hemos creído deber dar á las noticias históricas que anteceden no nos permiten entregarnos al análisis detenido del drama que hoy nos ocupa; sin embargo en el estado de adormecimiento en que yace desgraciadamente la Talia española es tan rara la ocasión que se nos presenta para romper el silencio en su elogio; y por otro lado hallamos tan digno de él la interesante producción del Sr. Hartzembuch, que creeríamos faltar á nuestro deber, sino consagráramos algunas ligeras líneas á tributar el debido homenaje al talento del autor, y á congratularnos de que la escena española haya al fin dado en el largo período de tin año esta señal de vida, aunque tardía interesante sobremañera.

En dramas como el presente, en que á la popularidad del argumento viene felizmente á unirse la que le proporciona su mérito literario, inútil es el detenernos en todos los pormenores de aquel, y suponiendo, como no podemos menos de suponer, que todos nuestros lectores hayan acudido ó acudirán á verle representado, entraremos desde luego en materia, partiendo de esta mutua inteligencia.

El Señor Hartzembuch ha debido encontrar con graves inconvenientes en la ejecución de su drama. Luchaba igualmente con las reminiscencias de un Tirso de Molina y de un Montalban; pero delante del genio no hay inconvenientes ni hay rivalidades, y guiado por él ha logrado evitar aquellos y vencer poderosamente á estas. Compárense sino los dramas de Tirso y Montalban con el de Hartzembuch y se verá que en nada exageramos.

La vulgaridad del asunto y su trágico á improbable deselace eran el mayor escollo para el poeta moderno. Ofrecíasele también este asunto viciado por las dos plumas ya citadas, las cuales, procediendo á su antojo, habían trocado las fechas, colocando á Marcilla al lado del emperador Carlos, y suponiéndole hazañas exageradamente fabulosas. El autor procedió pues con filosofía restituyendo el suceso á su época mas posible, y preparando con arreglo á ella el jiro de su argumento.

Este aparecía pobre, y tanto menos interesante cuanto mas esperado su final. El autor con sobra de ingenio y de conocimiento de la escena ha sabido crear incidentes tan naturalmente unidos á la acción principal, que se hace difícil deslindar donde cae la historia para dar su lugar á la rica fantasía del poeta. Los amores de la reina mora de Valencia hacia Marcilla, al paso que contribuyen á realzar el carácter noble de este y la sublimidad de su pasión, tienen una influencia inmensa en los sucesos posteriores, y sirven á tener en suspenso el ánimo del espectador. No es menos importante la creación del otro incidente que sirve á formar el carácter de la madre de Doña Isabel. Si esta hubiese dado la mano á Azagra por el solo hecho de haberse cumplido el plazo sin presentarse Marcilla, hubiera hecho lo que un amante común, y no presentarla el interés dramático que ofrece, viéndola sacrificarse al honor y reputación de su madre. Muy feliz es últimamente la discreta inteligencia con que está preparado el efecto dramático cuando al sonar el toque de vísperas, termino concedido á Marcilla para presentarse en Teruel, se ve á este atado á un árbol en un bosque inmediato y sorprendido por unos ladrones que pretenden robarle sus riquezas y sus esperanzas. La salida de todos estos compromisos en que el autor voluntariamente se pone no es menos ingeniosa y consiguiente, y la acción camina con

un interés siempre progresivo á su obligado y triste desenlace.

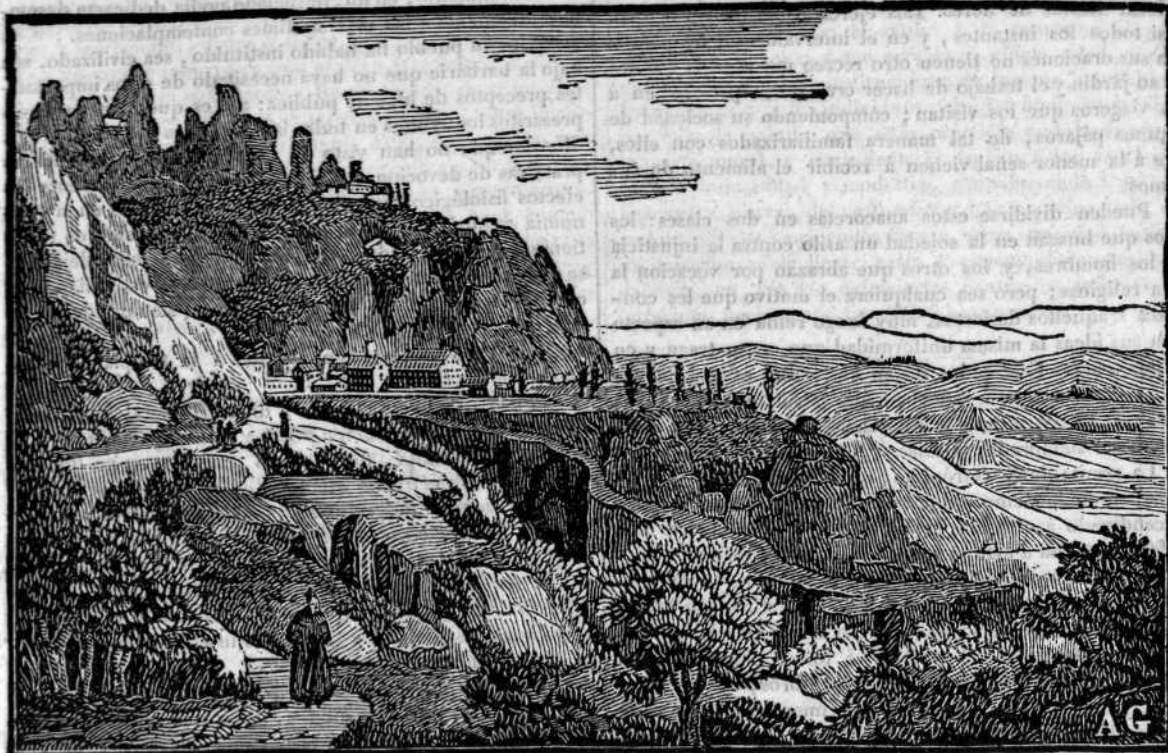
En este es en donde no podemos menos de reconocer el principal escollo de tal argumento, pues en efecto hay cosas que ni con la autoridad de la historia pueden llegar á hacerse probables, y tal es la repentina muerte de ambos amantes, circunstancia por otro lado tan indispensable, como que constituye la esencia y el carácter de este suceso que se ha tenido siempre por el *non plus ultra* del amor. Sin embargo de esto, parecemos que acaso el autor hubiera procedido acertadamente en suponer en la muerte de Marcilla alguna causa accidental; tal podría ser la aguja envenenada de la reina mora ó algunas heridas recibidas en los combates ó de manos de los bandidos, cuya causa combinada con su amor hiciese todo su efecto delante de Isabel, casada con su rival. La muerte de aquella á la vista de la de su amante era mas probable, estaría mas históricamente consignada y hubiera podido pasar á la vista del público en las exequias de Marcilla al pie de su féretro y al imprimirle el ósculo fatal. Esto á nuestro entender hubiera sido mas interesante, mas sublime, y sobre todo mas histórico.

Los caracteres de todos los personajes están admirablemente delineados. Sublime es la pintura del amor de Marcilla á Isabel y de los extraordinarios combates en que el autor se place en colocarlos: grande y atrevida la creación del carácter de Margarita: bella y seductora la de la reina de Valencia: noble y gravemente histórica la de los padres de los amantes, y por una combinación feliz tanto ingenio consigue el autor interesar al auditorio sin hacer odioso á ninguno de los interlocutores, ni aun al mismo Don Rodrigo de Azagra, causa principal de tantos males.

¿Qué diremos de la profundidad de los pensamientos, de la pureza de la elocución, de la armonia encantadora de los versos? El Señor Hartzembuch se ha colocado en este punto á la altura de los grandes modelos, y en casi todo el drama parece revelar una alma del temple de los Rojas y Calderones. Si hubiéramos de hacer citas en prueba de nuestras aserciones, nos veríamos obligados á copiar casi todo el drama.

No dudamos pues en asegurar que si el autor en vez de seguir el ejemplo de los grandes dramáticos españoles que siempre han preferido ocuparse en fábulas de amor, se hubiera propuesto desenvolver un gran pensamiento moral con todos los inmensos recursos que su imaginación y su talento le proporcionan, hubiera rivalizado desde el principio con los grandes maestros del siglo actual, y seria para nuestra escena la que Victor Hugo, Casimiro de la Vigne y Alejandro Dumas en la francesa. Sin embargo todavia no es tarde, y el joven que saliendo de la oscuridad del taller de un artesano se presenta en el mundo literario con los *Amantes de Teruel* por primera prueba de su talento, hace concebir al teatro español la fundada esperanza de futuros dias de gloria, y de verse elevado á la altura que un dia ocupó en la admiración del mundo civilizado.





MONSERRAT.

Sobre los linderos de los antiguos condados de Barcelona y Manresa, en la margen derecha del río Llobregat, á 3 leguas S. de Manresa y 7 O. N. de Barcelona, descuell entre los demas montes, así por su elevacion como por lo extraño y único de su admirable estructura, la célebre montaña de Monserrat, una de las mas singulares curiosidades de nuestra España. Mirada desde alguna distancia aparece coronada de ruinas informes y desordenadas; pero á medida que va el viajero aproximándose descubre en ella un conjunto tal de belleza y singularidad muy difícil de describir.

Su gran mole está formada de rocas altísimas y escarpadas que cierran su circuito, dejando solo algunas pequeñas entradas angostas y difíciles, semejaudo aquella reunion de conos cilindricos á una multitud de pilones de azucar ó un juego de bolos colocados en un plano. De aquí la viene el nombre de Monserrat (montaña serrada), que espresa perfectamente su estructura. Aquellas pirámides que se elevan de su gran mole se componen de piedras calizas, redondas, cenicientas, rojas, amarillas, pardas y de color de carne, unidas y conglutinadas entre sí con un betun natural, y son de la misma calidad y especie que la brecha y almendrilla de Egipto ó de Levante. Como el betun que une á estas piedras se ha deshecho en muchas partes, el agua se ha llevado la tierra que resultaba de la descomposicion, y se han ido formando barrancos que dividen la montaña en millares de ángulos diferentes. El mas considerable llamado de Santa María, divide la montaña en dos partes: la del lado del mediodia pertenece al obispado de Barcelona, y la del norte al de Vich. Los restos de la tierra vejetal escapados al empuje

de las aguas, y dotados de una sustancia particular, estan cubiertos de árboles y de plantas en los intervalos de las rocas, fecundizándose sin duda con las aguas de lluvia estancadas en los huecos de la montaña. El pico superior de esta está á los $41^{\circ} 36' 18''$ latitud norte y $5^{\circ} 29' 59''$ longitud este. Su altura sobre el nivel del mar 1326 varas por la parte de la cueva en donde está la capilla de Nuestra Señora, descubriéndose desde aquella elevacion un vasto y delicioso horizonte hasta las islas Baleares, limitado al este y sur por el Mediterráneo, y al sudoeste y norte por los montes de Valencia, Aragon y Pirineos; y recreándose la vista con la multitud de objetos variados que contrastan en tan dilatado panorama. Las singularidades de esta montaña se extienden hasta su interior, hallándose minada por decirlo así, por anchos y profundos subterráneos en diferentes sentidos, y encerrando bellas grutas, adornadas de estalactitas.

Los habitantes de la montaña de Monserrat pueden dividirse en cuatro clases, á saber: los monjes, los ermitaños, los niños de coro y los hermanos penitentes. Las ermitas diseminadas en diversos sitios de la montaña son doce, todas bajo la dependencia del padre abad, y la dirección de uno de los monjes que habita la primera, y es la llamada de S. Benito. Los anacoretas profesan como los monjes, pero no reciben las órdenes sacerdotales, si bien hacen el voto de no salir jamás de la montaña, y no bajan al monasterio sino en ciertos dias del año para las grandes solemnidades ó cuando se hallan enfermos. La regla que siguen es muy austera, ayunando casi todo el año, y no comiendo jamás carne. Su alimento consiste en un poco de pescado, pan y vino que les pasa el conven-

to, y legumbres que ellos mismos cultivan. Las habitaciones son de un solo piso, y de diferente estructura, segun la configuracion del suelo, conteniendo todas una capilla, una cocina, una cisterna para conservar el agua, un oratorio, una salita donde duermen sobre un poco de paja, un jardincito y algunas un corredor, donde suelen colocar tiestos de flores. Los ejercicios de piedad ocupan casi todos los instantes, y en el intervalo que les permiten sus oraciones no tienen otro recreo mas que la cultura de su jardin y el trabajo de hacer crucecillas que ofrecen á los viajeros que los visitan; componiendo su sociedad de algunos pájaros, de tal manera familiarizados con ellos, que á la menor señal vienen á recibir el alimento de sus manos.

Pueden dividirse estos anacoretas en dos clases: los unos que buscan en la soledad un asilo contra la injusticia de los hombres, y los otros que abrazan por vocacion la vida religiosa; pero sea cualquiera el motivo que les conduzca á aquellos desiertos, muy luego reina en su aspecto y en sus ideas la misma uniformidad que en su traje y en su penitencia. Casi todos llegan hasta una estremada vejez, y como vienen á renovarse á la misma edad poco mas ó menos, apenas se nota la diferencia de las personas, pareciendo ser siempre las mismas.

La ermita de S. Gerónimo, que es la mas elevada de todas, se halla siempre habitada por un jóven, el cual va descendiendo á otra mas baja á medida que la muerte hace faltar de ella á alguno de sus hermanos; de suerte que segun van envejeciendo vienen aproximándose al monasterio. Los pretendientes á estos austeros retiros son tantos que el abad suele verse embarazado en la eleccion, y no bien la verifica, viene el agraciado á tomar posesion de su morada, adorna la capilla, arregla los libros, da cuerda al reloj, y luego que ha llenado estos primeros cuidados, interrumpidos por largas oraciones, visita el jardin, lee las sentencias escritas al lado de la calavera, riega los tiestos, y viene en fin á concluir las crucecitas que la muerte de su predecesor ha dejado imperfectas.

En el número próximo daremos la visita interior y descripcion del monasterio de Nuestra Señora de Monserrat, que se halla situado algo mas arriba de la mitad de la montaña.

HIGIENE.

Consideraciones sobre el ayuno, y particularmente sobre

LA CUARESMA relativamente á la salud.

El hombre come mucho mas de lo que habitualmente debería comer, y sobre todo en el estado de civilizacion y de descanso, en el cual se disipa poco: por esto cae enfermo con mas frecuencia que los animales, y el primer socorro que sus dolencias exigen es la dieta, el ayuno, que amenudo bastan para que se restablezca la salud.

La plethora mas sana, resultado de la gula y del arte de cocina, se fomenta principalmente con el alimento de carnes, y los licores escitantes y espirituosos, como el vino: razon por la cual los legisladores sagrados prohibieron sabiamente el uso de él en ciertas épocas del año, que anteceden á las grandes solemnidades, ya para constituir á los cuerpos en un estado mas sano y alegre, ya para templar el hervor de las pasiones fogosas.

Con el objeto de restituir al hombre al régimen de vida simple y primitivo, instituyeron los sábios estos ayunos universales. La frugalidad y templanza presidian á sus pocas comidas, redundando ademas en beneficio del pobre la abstinencia del ayunador; comidas en que la oracion, el regreso del alma hácia el autor de su existencia disponia á los hombres á amarse como hermanos y á perdonar-

se sus faltas recíprocas como hijos de un mismo padre. El espíritu tomaba mas alimento que el cuerpo; las pasiones eran mas moderadas y tiernas; las funciones de la vida se ejercian con mas regularidad y lentitud; ninguna indigestion alteraba el sueño, ni fiebre alguna consumia la vida; el entendimiento, en fin, despejado podia dedicarse desembarazadamente á las mas sublimes contemplaciones.

Ningun pueblo ha habido instituido, sea civilizado, sea bajo la barbarie que no haya necesitado de estos importantes preceptos de higiene pública: así es que se encuentran prescritos los ayunos en todas las religiones del mundo. Los filósofos que no han visto en tales actos sino unas meras prácticas de devocion, no han observado debidamente los efectos fisiológicos que tienen estas abstinencias en la economia animal. El ayuno y la sobriedad han sido en todos tiempos medios saludables, como que el hombre, dejándose llevar frecuentemente de sus apetitos, ó estimulándolos con los artificios del arte, se escude casi siempre de los límites de la naturaleza.

Todos los médicos han alabado á la templanza como madre de la salud.

«*Para mantenerse bueno, dicen Hipócrates y Aristóteles, es necesario comer poco y trabajar mucho:*» «*El estudio de la salud, dice Galeno, consiste en no llenarse de alimentos; el ayuno evita las enfermedades previniendo las crudezas del estómago* (Gal. de tuenda sanitate, L. 1.); *las personas débiles ó delicadas por nacimiento llegan á una gran vejez, conservan todas sus facultades y evitan los dolores por medio de una exacta dieta* (ib. de aliment L. 5.) es sabido que el tener aligerado el estómago aviva nuestros sentidos y facultades intelectuales, así como el llenarle nos entorpece y aletarga.

Disminuyéndose con la sobriedad la masa de los líquidos, domina el juego de los sólidos, y sus oscilaciones son mas desembarazadas: de lo que proviene haberse visto ceder á ella sin trabajo alguno las afecciones catarrales, las toses húmedas y tenaces, la gota y reumatismos, las jaquecas, vértigos y hasta el letargo y apoplejía. Un notable ejemplo de lo dicho presenta el famoso Luis Cornaro, noble veneciano, que habiéndose reducido á doce onzas de alimentos sólidos y catorce de líquidos al día, restableció su salud quebrantada y llegó á mas de noventa y cinco años. Al considerar la larga vida de los padres del desierto y de todos los anacoretas tan sóbrios, el jesuita Lessio mira el ayuno como el don mas precioso que el hombre ha recibido de la religion para conservar su vida.

La longevidad, consecuencia de la templanza, es un hecho notable y acreditado por la esperiencia de los antiguos tiempos. *Qui abstiens est adiciet vitam* (Ecclesiast. c. 17.). En una apología del ayuno se ha calculado la vida de ciento y cincuenta anacoretas de todos los climas y de diferentes siglos, y resulta once mil quinientos noventa y nueve años, ó la duracion media para cada uno de setenta y seis años y tres meses. Ciento y cincuenta académicos, tomados de entre sábios y literatos, no han dado sino diez mil quinientos y once años, ó sesenta y nueve años y dos meses de una vida media. La sobriedad habitual es aun mas propia para la longevidad, que la vida regular y laboriosa de las personas que cultivan sus facultades intelectuales.

Véase, al contrario, la voracidad de los alemanes, belgas é ingleses, de quienes dice Federico Hoffmann; *Dum lactant, mactant*; las amas los matan á fuerza de darles de mamar.

Los viejos aguantan mas facilmente el ayuno que los jóvenes; las mujeres mas que los hombres; los ociosos mas que los trabajadores; y los gruesos mas que los flacos ó los que tienen perdidas por sangrias, sudores, vigiliass etc. Si en verano se come menos, debe ser mas amenudo, pero menos en cada vez que en invierno, que es cuando pueden hacerse comidas mas abundantes. Los que beben mucho comen menos; los caldos minoran el hambre, así

como las bebidas calientes y sustancias vomitivas en corta dosis, los narcóticos etc. Los alimentos crasos, oleosos, insípidos y dulzorosos sacian pronto; y los salados, las sustancias acres, amargas, y principalmente las ácidas escitan una gran hambre.

El ayuno hace al cuerpo mas permeable, abre los conductos obstruidos, facilita la marcha de las secreciones y excreciones, disipa ó cuece, por decirlo así, las materias viscosas ó saburrosas que atascan las vías. Disminuida la plétora con la subtracción de alimentos, deja un libre curso á la sangre así como la sangría, y sin tantos inconvenientes; y renace el movimiento vital, entorpecido por el recargo de alimentos ó la turgesencia de los humores. Véase sino que embarazos viscerales no se sienten juntamente con el disgusto y la pastosidad de la boca cuando el estómago está lleno de materias flemosas ó de humores que no puede digerir; el individuo permanece abatido, y pesado, y todo esto se disipa con la dieta. Así los que tienen obstrucciones abdominales, ó esquistos en el bazo pueden restablecerse con los ayunos segun Hipócrates, Avicena, Mercuriali y los modernos. Los catarros, la coriza, los afectos soporosos, la cefalalgia, melancolia y epilepsia, pueden ceder, dice Celso, á la dieta unida con mucho ejercicio. Valesco de Tarento quitaba la cena á los gotosos, y Sydenham asegura que se hallan muy bien con la abstinencia, la que produce igualmente efectos admirables contra las afecciones espasmódicas de los miembros. (*Oper.*, pág. 479.)

Las úlceras, la elephantiasis, las herpes necesitan de ayuno para curarse; los hidrópicos, hemorroides y caquéticos nada deben prometerse sino le observan. Sea la enfermedad que quiera, un método de vida arreglado ó una dieta apropiada, ofrecerán siempre los mas poderosos socorros que ningun remedio reemplazaria por eficaz que se le suponga.

Los grandes hombres que hicieron bajar del cielo las leyes de las cuaresmas y ayunos entre las naciones que se propusieron civilizar, entendian de higiene algo mas de lo que creen algunos modernos filósofos que no las han mirado sino como prácticas ridículas de austeridad. La ley de Moises pudo vedar la carne de puerco, así como la iglesia establecer su principal ayuno al principio de la primavera, época en que los humores entran en turgescencia. Por otra parte era muy útil dejar á los animales un descanso provechoso durante la estacion de sus amores, y cumplir los votos mas sagrados de la naturaleza, suspendiendo su caza y destruccion. Convenia enflaquecer y refrescar los cuerpos antes de las solemnidades, ó purificarlos con las abstinencias, para que los hombres se acercasen á los altares con mas modestia y tranquilidad de espíritu, y se entregasen con mayor alegría á los festines y diversiones de las fiestas. El hombre se hace mas dueño de sí mismo ó mas moderado con los ayunos que reprimen el hervor de sus pasiones y los ímpetus de un temperamento violento, y de este modo arreglará sabiamente sus inclinaciones. Pitágoras sabia que la abstinencia de la carne facilita las operaciones intelectuales, pues es cierto que el alma, como sofocada con la grasa y la sangre no puede elevarse á objetos sublimes. Véase cuan brutales son tantos Vitelios como se hinchon de comida y de vinos tantas veces al día, hasta llegar á vomitar para volver á comer. Su cerebro embargado con una pesada estupidez; apenas puede combinar dos solas ideas, y se asemejan á los idiotas voraces que no hacen mas que hartarse y dormir, y procrear despues á la manera de los brutos; porque la gula ha muerto mas hombres que la espada, *plus gula quam gladius*.

Es pues cosa averiguada que el movimiento vital moderado y arreglado por la abstinencia, debe detener mucho el curso de los años, y suscitar menos enfermedades agudas que un copioso alimento. No debe pues admirarnos la larga vida de los anacoretas; pero es necesario añadir

otra causa que no han atendido los autores como debieran, no considerando que la abstinencia no tan solo disminuye las emociones ardientes que disipan las fuerzas en lo exterior y mantiene tranquila la vida interior, sino que hace una necesidad de la continencia ó de la castidad, virtudes que como es sabido conservan y fortifican mucho la organizacion.

Concluyamos que el ayuno y la cuaresma observados con moderacion y con arreglo al clima, edad, y otras circunstancias, son instituciones de higiene saludables á las naciones y á los individuos: que los hombres recobran por ellas la salud: que estas prácticas endulzan ademas la parte moral, y encaminan el espíritu á los sentimientos de humanidad y modestia, contribuyendo á la civilizacion y pureza de costumbres. La medicina toda está acorde en estos principios que á veces una mal entendida devocion suele llevar hasta el extremo de austeridades dañosas, en vez de defenderlas contra los sofismas que impugnan neciamente tan útiles abstinencias.

NÁPOLES.

Nápoles, situada á orillas del magnifico golfo llamado el Crater está edificada en anfiteatro sobre el declive de varias colinas, que reconcentrando en su reducido espacio todos los rayos del sol, hacen á su clima el mas caluroso de Italia. Puede decirse con toda verdad que no se conoce el invierno en Nápoles; pero tiene su estacion de lluvias, como en todos los paises cálidos, que dura todo diciembre y enero. Cuando, aun en estos meses, hay algun intervalo por corto que sea de buen tiempo, se cree uno trasladado á la mitad de la primavera, y en los paseos públicos se venden por muy poco precio ramilletes de mirto, jazmines y flores de naranja, que se pagarian muy bien en otras partes, si fuese dable tenerlos.

El terreno de Nápoles exige muy poco trabajo en su cultivo para dar mucha retribucion. Por donde quiera se ve allí la imagen de la fertilidad y de la mas lozana vegetacion; pero la misma prodigalidad de la naturaleza engendra la pereza y miseria de sus habitantes, que contentos con muy poco, no quieren al parecer trabajar sino para ocurrir á las necesidades mas urgentes de la vida. Por esta razon los frutos que pudieran ser los mejores del mundo no llegan ni con mucho á los de otras partes, y si acaso un jardinero extranjero pretende introducir alguna innovacion, se ve precisado á renunciar á su proyecto, si no quiere perecer de una cuchillada; tanto es lo que temen los napolitanos que se les haga salir de su indolencia habitual y sus rutinas! La posicion misma en anfiteatro, que tanto hermosea el clima y aspecto general de Nápoles, está muy lejos de producir el mismo efecto respecto á lo interior. Las calles, exceptuadas unas pocas, son intransitables para los carruages, á causa de lo áspero de las cuestas, y porque amenudo tienen escalones.

Las calles grandes estan embaldosadas en medio con anchas piezas de lava negruzca, y hacia los lados con guijarros que atormentan los pies: sucediendo allí todo lo contrario que en las demas capitales de otros reinos, en que las aceras son para los de á pie y la calzada para los carruages. Fácilmente se esplica esta aparente contradiccion con solo observar que todas las gentes ricas y notables gastan coche, y con tal que corra bien sobre las baldosas, se les da poco de la incomodidad del que tiene que trotar á pie.

La concurrencia de gentes y de carruages es mayor en Nápoles que en París, porque tiene una mitad de la poblacion de esta; y una cuarta parte cuando mas de su superficie.

En la calle principal, que es la de Toledo, asombra el movimiento, ruido y pantomima varia de los transeuntes, aun al mas acostumbrado al tráfago y bullicio de otras grandes poblaciones. Tiene casi una tercera parte de lengua de longitud, y está adornada de tiendas elegantes; pero es irregular en su anchura. Empieza en la plaza de Palacio y acaba en la del Espíritu Santo. Uno de los principales monumentos que la adornan es el nuevo palacio de Santiago, en donde el último rey de Nápoles Francisco I, reunió todos los ministerios. Cruza al palacio un paso rodeado de tiendas, que dando á la plaza de Castelnuovo, concluye en un espacioso vestibulo adornado con una estatua, muy parecida, de dicho monarca en traje de emperador romano.

Ademas del gran concurso de gentes, hay otras tres causas que hacen á la calle de Toledo la mas ruidosa é incómoda del mundo, y son en primer lugar los gritos atronadores de los pescadores, que persiguen á los que pasan para que les compren los peces que llevan en cestillos de junco; en segundo lugar los conductores de una especie de malas calesas, que á peligro de atropellar al transeunte, se atraviesan y le cierran el paso para obligarle á que las alquile; y por último los cambiantes de moneda, cuyos puestos obstruyen continuamente el camino. Es tan rara en Nápoles la moneda de plata, que se ha hecho objeto de un gran comercio. A cada instante se encuentran en medio de la calle gentes sentadas en pequeños mostradores, que tienen delante muchas talegas de monedas de cobre, hasta de quince especies diferentes. Los cambiantes dan 150 granos por un ducado que no vale sino 100, de modo que los artesanos y jornaleros ven el cielo abierto cuando se les paga en plata, porque se les sigue un beneficio en su cambio.

Las demas calles grandes de Nápoles son la de Monte Olivete, San Juan á Carbonara, de l' Infrascata y la de Chiaja, en donde estan las tiendas de casi todos los diamantistas, cajeros, fabricantes de plegaderas y de otros utensilios que se labran con la lava del Vesubio. Esta calle conduce al delicioso jardin de Chiaja, llamado tambien Villa Real, que se dilata á orillas del mar, y es el punto de reunion de la sociedad fina napolitana. Allí es donde las elegantes van á ostentar todo el lujo de las modas de Paris, porque no se conoce ya el traje nacional, y apenas se echan de ver algunos vestigios originales de él en el de los pescadores. Pero si Villa Real presenta cuanto puede hacer delicioso á un paseo, pronto se cambia la escena cuando se penetra en lo interior de la ciudad. Las calles chicas, es decir, todas las de Nápoles fuera de seis ó siete, son desaseadas enteramente. Jamás se riegan, y se tiran por las ventanas toda clase de inmundicias, dejando al cuidado de la lluvia de las noches el barrerlas; y como allí es muy comun el no llover en tres meses, puede considerarse que estarán las calles de una ciudad en cuyas casas no hay igriegas y en donde se vierte todas las noches por la ventana. No fuera tan malo que tales inmundicias estuviesen solo en las calles; pero es lo peor que se encuentran en los patios, portales y escaleras, de modo que hay que subirlas de puntillas aun en las casas mas ricas; lo que no deja de ser incómodo en una ciudad en la que estriva el lujo en habitar en los pisos mas altos, á fin de disfrutar de los terrados que son de tanto recurso en las noches de verano.

Los pobres, cubiertos generalmente de andrajos, se alimentan por lo comun de cebollas crudas, pan negro y una especie de torta de maiz llamada polenta, y de algunos guisados repugnantes compuestos de despojos de peces. En cuanto á los macarrones, que no pueden olvidarse hablandose de Nápoles, se hace verdaderamente un gran consumo de ellos; mas esto es en lo interior de las casas, y es poco comun, como se dice, verlos comer al pueblo por las calles, no siendo en los mercados.

Hay una escepcion de la regla general de la pereza y

desaseo napolitano, y la forma la clase de los pescadores, por otra parte muy numerosa. Su traje, compuesto de un calzoncillo de lienzo, capote de paño burdo y gorro de lana es por lo general muy limpio, y por precision han de serlo en sus personas, pues pasan las tres partes de su vida en el mar. No puede alabarse bastante la actividad y valor de aquellas buenas gentes, ni puede tampoco concebirse como con el producto de su trabajo les es posible cubrir sus necesidades y las de sus familias, al ver veinte y cinco á treinta hombres ocupados con una misma red horas enteras en sacar algunos peces que venden cuando mas por 8 ó 10 granos: porque en Nápoles todo cuesta poco, á no ser los objetos de lujo que van de Paris, y se despachan á un gran precio.

Todo cuanto pertenece al gasto del pueblo está tan barato, que por poco que llegase aquel á vencer su natural pereza, gozaria de ciertas conveniencias; pero hay un abismo sin fondo que lo absorbe cuanto gana siempre que momentáneamente se decide á trabajar. Quiero hablar de las administraciones de Loteria, multiplicadas allí espantosamente, y en las que el pueblo se precipita con una especie de furor.

Y ya que se ha tocado esta especie desharé una equivocacion en que fiados en los escritores, estan todavia muchos de los que no han visto á Nápoles. Los Lazzaronis, cuyo número se computaba en 40,000 antes de la invasion de los franceses, y llegaron á hacerse temibles al gobierno mismo, han dejado de componer una clase separada, ó por mejor decir ya no hay Lazzaronis. Apenas se ve uno que otro dedicado á hacer recados y que se conducen honradamente con los que se valen de ellos.

La urbanidad, que se aumenta conforme se interna uno en Italia, toca en Nápoles en su último punto. Todo extranjerio se ve tratado inmediatamente de Escelencia; si bien debe confesarse que se paga tamaño honor, y que los napolitanos no desmienten la fama que tienen de ser los mayores pediguños del mundo, entrando la afición al dinero en gran parte de las lisonjas que prodigan. Una de las principales señales de distincion en Nápoles es lo largo de los tiros de los carruages; y por poco que un extranjerio que viaje en posta pague á los postillones, puede estar seguro de que los caballos delanteros estarán á veinte pies de distancia de los que estan mas próximamente enanchados á su silla.

El pueblo napolitano, tan bajo y ahyecto para con los que miran como superiores, no lo es con sus iguales, y así es que las quimeras suelen concluir por lo comun trágicamente. Son frecuentes los homicidios, y tanto mas cuanto á que rara vez se castigan con pena capital. Casi siempre van los asesinos á galeras por poco que consigan probar que cometieron el crimen en un arrebato de cólera y sin premeditacion.

Pronunciada la pena de muerte, la misma sentencia designa el suplicio: porque los jueces pueden señalar indistintamente la horca ó la guillotina, y mandar tambien que la cabeza del reo se esponga en una jaula de hierro, colgada delante de la Vicaria, que es la carcel de lo criminal.

Esta mezcla de baja y ferocidad del pueblo napolitano debe atribuirse en mucha parte á su falta de educacion. Apenas dos individuos de entre ciento saben leer; y todo por desgracia anuncia que este estado de ignorancia durará todavia largo tiempo.

Son tantos en Nápoles los curas y frailes, que se calcula su número en ciento y diez mil, que viene á ser una cuarta parte de la poblacion. Se cuentan 43 parroquias, 3 basílicas, 70 anejas, 140 conventos, 190 oratorios de cofradías, 11 hospitales, 5 seminarios, y 34 casas ó conservatorios destinados á recibir pobres y niños, á quienes se enseña el arte de la música. El Gran Conservatorio está bajo la direccion del célebre cantor Crescentini, que mereció tanto aprecio de Napoleon.

Concluiremos aqui esta ojeada general de Nápoles, dejando para mas adelante algunos artículos especiales acerca de diversos usos y costumbres que exigen se hable de ellos separadamente.



LA ZEBRA.

Este animal es acaso el mejor cortado y el mas elegantemente vestido de todos los cuadrúpedos; tiene la figura y las gracias del caballo, y la ligereza del ciervo; y se realza todavia mas la hermosura exterior de él con el bellísimo lustre de su piel y la simétrica disposicion de las barras que le adornan todo el cuerpo. Su cabeza es fuerte, y sus orejas casi semejantes á las de la mula; su cuerpo bien contorneado y carnoso; sus piernas finas y delicadas, y la cola no baja mas que hasta las corvas.

Las rayas de la piel son en el macho pardas sobre un fondo amarillo muy vivo, y en la hembra negras sobre fondo azul. Las zebras habitan en las regiones meridionales del Africa, en donde sus numerosas manadas recrean la vista del viajero, reuniéndose de dia en las llanuras de lo interior del pais, y siendo el principal adorno de aquellas soledades. Es sin embargo tan desconfiado su carácter, que no es posible acercarse á este animal, y cuantos esfuerzos se han hecho hasta ahora para domesticarle han sido inútiles: arisco é inclinado á la independencia, no parece que ha nacido para la violencia ni la esclavitud; pero en conociéndole joven, y con un particular cuidado en su educacion se conseguiria sin duda dominar su antipatía hácia el estado doméstico. Los que le han visto en el jardín de las plantas de París y en la casa de fieras de esta Corte confirman esta opinion, que tiene en su apoyo los hechos siguientes.

Una hermosa Zebra macho, que se manifestaba en el Licco de Strand en Londres, era tan mansa, que muy amenudo el que la cuidaba la hacia montar por algunos niños, sin que ella les hiciese daño alguno ni diera la menor señal de resistencia. Un dia caminó uno á caballo sobre ella desde el Licco hasta Pímlico. Docilidad tan extraordinaria en un animal naturalmente vicioso es concebible si se atiende á que habia nacido en Portugal de padre y madre tambien domesticados. Dicha Zebra comprada en 300 guineas á aquel que la manifestaba, murió abrasada, habiendo prendido fuego en su jaula.

Otra Zebra que se veia en la torre de Londres dejaba á veces á su amo que la montase, y aun solia llevarle con complacencia; pero luego empezaba á demostrarse rucia, y le ponía en precision de desmontarse; costábale mucho á su amo el entenderse con ella por lo irritable de su carácter y las coces que en todas direcciones disparaba á la mayor distancia. Los extranjeros no podian aproximarse sin correr el mayor riesgo. Un dia agarró á su conductor por su vestido y le tiró al suelo; y á no haberse aquel levantado prontamente y huido, hubiera salido indudablemente golpeado. Esta Zebra hembra, murió en el mes de junio de 1805.

El pasto ordinario de las Zebras es el heno. El sonido de su voz parece semejante en muchos al de la bocina de los postillones; pero verdaderamente es tan raro que se substraee á una descripcion exacta. El célebre viajero Le Vaillant la compara al ruido que hacen las piedras tiradas con violencia sobre el hielo. Este cuadrúpedo hace un uso mas frecuente de ella cuando está entre los animales de su especie.

EMBALSAMAMIENTO

Y CONSERVACION DE CADAVERES.

El contacto del aire, la humedad y cierto grado de temperatura son lo que producen la fermentacion de las materias animales. Asi es que en las regiones heladas, inmediatas al polo del norte, se han visto cadáveres conservados intactos bajo la nieve por un espacio ilimitado de tiempo; y por lo contrario se han hallado otros perfectamente disecados, enterrados en las abrasadas arenas de Africa y Asia. En nuestras regiones templadas, en donde las circunstancias favorecen menos á la disecacion, el roce ó inmediacion de ciertas materias absorbentes, la privacion casi absoluta del aire, ó algunas otras causas particulares, engendran verdaderas momias naturales, ó contribuyen á la formacion de ellas.

El arte pues de conservar los cuerpos organizados, y señaladamente las materias animales, mucho mas alterables que las vegetales, consiste en gran parte en estorvar el concurso de los tres agentes dichos.

Momias egipcias.

Los egipcios fueron los primeros que cultivaron con acierto el embalsamamiento, arte del todo desconocido en el dia, en el pais mismo en que se inventó, y antiguamente general en él. Sus momias y las de los Guanchos, pueblo de origen egipcio segun algunos historiadores, son las únicas que han desafiado á una larga serie de siglos. Ningun resto ha quedado efectivamente de las de los Etiopes, Escitas, Judios, Griegos, Romanos etc. aunque todos estos pueblos practicaron, á lo menos en ciertas circunstancias, el arte difícil de embalsamar.

El testo mismo de los libros sagrados prueba la gran antigüedad de su práctica en Egipto. En el capítulo 1.º del Génesis se lee el pasaje siguiente, citado por Daubenton en su *Memoria sobre las momias*: « José, viéndolo á su padre muerto... mandó á los médicos que tenia á su servicio que embalsamaran el cuerpo de su padre, y

ellos egecutaron la orden que se les habia dado, lo cual duró cuarenta dias, porque era costumbre gastar todo este tiempo para embalsamar los cadáveres.»

No se ha tenido en Europa una idea exacta del embalsamamiento de los egipcios, y sobre todo de la perfección á que habia llegado entre ellos, hasta la expedición francesa. Al describir M. Jomard los hipogeos de la Tebaida; de aquellas ciudades de muertos tan extraordinarias á nuestros ojos, y que rivalizan en estension y en lujo con aquellas mismas ciudades de las que no eran sino cementerios, presenta pormenores sobre la coleccion artística de las cintas ó fajas conque se rodeaba á cada parte del cuerpo, las máscaras que ajustaban al rostro y los geroglíficos de las telas conque cubrian las momias, pinturas de los sarcófagos, y el arte con que doraban las uñas y á veces todo el cuerpo; cuya noticia, aunque interesante, seria aqui inoportuna. Basta saber que es rara la momia que en el día se encuentra en toda su perfección; la mayor parte de ellas las han despojado ó mutilado los árabes, y en vez de estar en los subterráneos ó nichos que se les habia destinado, yacen dispersas por el suelo, ó acinadas á centenares en las galerías de las catacumbas, cuyo paso obstruyen.

Los egipcios embalsamaban en diferentes modos, de lo que proviene la gran variedad que se observa en las momias.

Es ya cosa averiguada que para las personas ricas usaban de la mirra, el aloe, la canela y la cassia lignea, y para los pobres la cedria, el betun de Judea y el anatron, segun lo comprueba el exámen de las mismas momias. Antes de proceder al embalsamamiento extraian los egipcios los intestinos del cadáver, ya abriendo el abdomen, ya inyectando en el bajo vientre un licor corrosivo. El rompimiento de las ternillas de la nariz, y la fractura del hueso etmoide que se nota en las mas de ellas, atestiguan que por aquel conducto extraian los sesos; al paso que el estado de integridad de estas mismas partes en otras momias demuestran al parecer que no tenian por indispensable la extracción.

A lo que particularmente se dedicaban era á conservar intactas las facciones. Se ve que aunque lo restante del cuerpo de las momias, reducido á un estado casi esquelético, no debe la conservación aparente de sus formas y volumen sino á las innumerables fajas que le envuelven, el rostro presenta todavia una conformación casi natural y rasgos perceptibles.

Debe tambien tenerse presente que tanto para la preparación de las momias cuanto para su conservación favorecia á los egipcios la temperatura elevada y uniforme (22 á 25°) que constantemente reina en lo interior de las bóvedas sepulcrales, inaccesibles por otra parte á la humedad. Esto lo acredita la esperiencia de que muchas especies de momias muy bien conservadas en las catacumbas se alteran apenas se las pone á un aire húmedo ó se las traslada á otras regiones; y esto es lo que sucede en nuestros museos á la mayor parte de las que se depositan en ellos como objetos de curiosidad ó de estudio.

Momias de las islas Fortunatas ó Canarias.

Los Guanches son juntamente con los egipcios los únicos pueblos entre quienes parece que se adoptó generalmente el embalsamamiento, mirado sin duda como una obligación religiosa. Aquellos antiguos habitantes de las islas afortunadas (hoy Canarias) despues de una larga resistencia á los europeos, quedaron casi todos destruidos en 1496, y se asegura que no se hallaria actualmente guanche alguno sino en sus momias.

Hay en Canarias todavia muchas y espaciosas catacumbas; pero son poco conocidas, porque su entrada es difícil y cada dia se descubre alguna. En Tenerife hay varias, siendo la mas célebre la de Barranco de Herque, en donde se hallaron cuando se abrió mas de mil cadáveres.

Las momias de los reyes y de los grandes estaban encerradas en un féretro socabado en el tronco de una sabinia. Las de los particulares estan colocadas en las catacumbas en una especie de estantes de madera muy bien conservados, envueltas en pieles de cabras, que tienen unas el pelo hácia dentro y otras hácia fuera, aunque en general estan todas muy peladas. Se ven cinco ó seis momias juntas, coasidas por las pieles pies con cabeza.

Quitadas sus envolturas, son secas, ligeras, de color atabacado y de un olor fragante. Muchas de ellas se mantienen perfectamente conservadas, aunque á las mas les faltan las uñas: las facciones estan bien señaladas aunque hundidas, el vientre metido y en algunas con indicios de una incision lateral. Si se las espone al aire se deshacen poco á poco en polvo; y destruidas en su tiempo por los insectos, picadas en muchos parajes, y amenudo llenas de larvas y de crisálidas disecadas que sobrevivieron á su embalsamamiento y se han conservado con ellas, no es posible determinar con exactitud el tiempo que tienen; pero es indudable que hace mas de dos mil años que los guanches embalsamaban, y que sus momias mas recientes no cuentan menos de 300 á 400 años: pues la destruccion de aquel pueblo remonta al año de 1496.

No se tiene datos fijos acerca del modo con que embalsamaban los guanches; pero se cree que despues de vaciado el bajo vientre por medio de incisiones ó con inyecciones corrosivas por el ano, y despues de llenar las cavidades con polvos aromáticos, ungian los cadáveres con una especie de pomada espresamente compuesta, y los ponian á secarse al sol ó en una estufa. Al quinto dia le cosian en las pieles de cabra que el guanche mismo habia preparado en vida: se le ceñia con correas sujetas con nudos cerredizos, y se le llevaba á las catacumbas.

Momias peruanas.

El P. Acosta y Garcilaso de la Vega aseguran haber visto las momias de algunos Incas y Mamas perfectamente conservadas, y que aunque pesaban poco, estaban tan duras como si fuesen de madera. Nada de positivo se sabe acerca del método usado al efecto por los peruanos. Garcilaso cree que el aire tan seco y frio como el de Cuzco, que deseca completamente la carne de los animales muertos sin dar lugar á que se pudra, es la única causa de la trasformación de los cadáveres peruanos en momias.

Esto nos mueve á hablar de algunas especies de momias, no debidas al arte, sino que traen su origen de las circunstancias particulares en que se encontraron los cadáveres en el momento mismo en que se hicieron tales.

El calor de la atmósfera ó de los cuerpos contiguos que han llegado á cierto grado de elevación es la primera causa, que disecando los cadáveres, puede convertirlos en verdaderas momias, tomada esta palabra en toda su estension. Esto se vé en hombres y animales, y en caravanas enteras soterradas en las abrasadas arenas del Africa, que han quedado tan completamente disecadas como si se hubiesen embalsamado. Chardin refiere lo mismo de ciertos cadáveres, del país de Carassen, en Persia, que metidos en arena han adquirido una estremada dureza, y se conservan, segun se asegura, hace dos mil años. Se dice que á los reyes negros no se les sepulta durante un año; pero desde que fallecen se espone sus cadáveres á la acción de un fuego lento que los deseca.

No favorece menos el frio esclusivo que el demasiado calor á la conservación indefinida de las substancias animales; pero no producen realmente la momificación. En los cuerpos así conservados no se opera obtención alguna; quedan siempre verdaderos cadáveres, que experimentan la fermentación pútrida desde que varía la temperatura; y este fenómeno no es menos digno de atención. Es cosa sabida que en los climas helados, en donde reina un perpetuo invierno, los cadáveres dejados al aire libre ó metidos cuando mas en la nieve se conservan largo

tiempo sin alteracion notable. Cuando los habitantes de las regiones estériles de la Siberia oriental, del Kamtschaka y del norueste de la América salen á una pesca después que han principiado los frios, entierran los pescados en nieve y los mantienen así frescos por muchos meses. Se citan dos casos de animales conservados en medio de los hielos desde la última catástrofe del globo terráqueo; la piel y músculos de uno de los cuales se hallaban en tan buen estado, que los perros devoraron inmediatamente sus carnes.

La mayor parte de las momias naturales que existen en los climas templados se deben á una trasformacion lenta de los cadáveres en una materia crasa particular. El undimiento de los cuerpos á una gran profundidad y su amontonamiento en húmedas y húmedas son las circunstancias principales que producen este fenómeno, cuyos resultados estudió con la mayor atencion Fourcroy. El contacto de una agua continuamente renovada acelera esta momificación, de que no solamente han sacado partido las artes con respecto á los animales, sino que se aplica entre nosotros á los cadáveres de los reyes antes de trasladarlos á las urnas del Panteon.

La calidad particular de los terrenos, que no deja de influir en esta trasformacion de los cuerpos, opera igualmente la disecacion de ellos en diferentes localidades de un mismo reino ó provincia.

El experimento siguiente demuestra cuan poderosa es la accion aun no inmediata de ciertas sustancias sobre los cuerpos organizados, é ilustra la tocante á modificación. Habiéndose puesto dos tritones de igual peso en dos cajitas de cristal en dos frascos llenos de aire húmedo y cerrados convenientemente, en uno de los cuales habia cierta cantidad de muriato de cal bien seco, el triton colocado con su cajita en el último frasco se halló el segundo dia en un estado completo de disecacion, al paso que el otro vivia aun al cuarto dia sin haber perdido sensiblemente nada en peso ni volumen.

Hay otro fenómeno que por mucho tiempo ha parecido inesplicable, y es el de haberse hallado en medio de cadáveres en disolucion casi completa cuerpos perfectamente conservados, y en los que no se notaba el menor indicio de que hubiesen sido embalsamados. M. Velper, médico de Berlin, reconociendo que los cadáveres de los envenenados con arsénico se momifican en vez de podrirse, ha hecho ver lo que puede influir en la conservacion de los cuerpos ciertas sustancias tomadas en vida aun en muy corta dosis. Tal vez consista en esto el fenómeno citado, y el que se observó en las exhumaciones de Dunkerque, donde de once cadáveres que entre sesenta se hallaron enteros tres, estaban perfectamente disecados y semejantes á momias.

Momias falsas.

Se puede dar este nombre á las que fabrican en el Cairo y en Sagarrah los árabes y judíos; pues lo son, por que aunque formadas de restos de verdaderas momias toscamente reunidos y fajados, no tienen valor alguno á los ojos de los curiosos; pero las momias falsas propiamente tales son las halladas en las catacumbas de Tebas entre las momias verdaderas, y que semejantes en un todo á estas no presentan bajo las fajas en que diestramente estan envueltas sino un armazon de palma. Lo singular es haberse encontrado otras análogas entre las momias de animales, circunstancia que al parecer contradice la idea de que las falsas momias humanas se inventasen por interes personal, en los casos en que importase suponer la muerte de alguna persona.

LA CUARESMA (1).

LETRILLA.

Con alegre carnaval
empezaba la semana,
mas la tétrica campana
ha mudado ya de son.

Kirie eleyson.

Kriste eleyson.

Con ayunos y abstinencias
y de bulas una resma
se presenta la cuaresma
mas larga que procesion.

Kirie eleyson

Kriste eleyson.

Todo calla y enmudece,
y el silencio de la gente
se interrumpe solamente
al rumor de la oracion.

Kirie eleyson

Kriste eleyson.

Ya con sendos abadejos
para acallar su conciencia
hacen todos penitencia,
y los frailes con salmon.

Kirie eleyson

Kriste eleyson.

Cesan ya las diversiones
públicas y toleradas,
solamente las privadas
suelen tener ocasion.

Kerie eleyson

Kriste eleyson.

Don Juan se va al miserere,
y su esposa la Currita
con Don Meliflno solita
se queda en contemplacion.

Kirie eleyson

Kriste eleyson.

En la tertulia de Anselmo
callan violin y piano;
por no hacer ruido liviano
se toca solo el violon.

Kirie eleyson

Kriste eleyson.

No cita ya la Pepita
á Don Narciso en el Prado,
que como es tiempo sagrado
se buscan en el sermón.

Kirie eleyson

Kriste eleyson.

Juana la del cuarto bajo
tiene la reja cerrada,
que en la cuaresma sagrada
es grande la devocion.

Kirie eleyson

Kriste eleyson.

(1) Este juguete fue improvisado hace algunos años en una comida de amigos. Entonces tenia el mérito de la exactitud en la descripcion; en el dia, alteradas nuestras costumbres, no tiene ya ninguno.

La concurrencia en la iglesia
ofrece á la industria vuelos,
la comision de pañuelos
va detrás de la mision.

Kirie eleyson
Kriste eleyson.

Los lechuguinos en grupo
al salir de Misereres
á las devotas mujeres
dirigen la tentacion.

Kirie eleyson
Kriste eleyson.



EL AVESTRUZ.

El avestruz, que con razon puede llamarse el gigante de las aves, habita las abrasadas llanuras del Africa. No teniendo sino un simulacro de los órganos necesarios para el vuelo, esto es plumas flexibles, sueltas y demasidamente finas, en vez de remos consistentes que pudiesen mantener en el aire una mole como la suya, está condenado á correr sobre la tierra como un cuadrúpedo. Este destino lo desempeña maravillosamente, pues no hay quien le aventaje en la carrera. Se asegura que su fuerza, de la que no tiene que hacer uso por su carácter dulce y pacífico, es grande. Se ha visto á un avestruz derribar de una patada á perros de gran talla.

Aunque es mucho su apetito, no toca en voracidad. Come indistintamente de toda clase de yerbas, y hasta piedras, hierro y cobre; en una palabra cuanto coje con el pico: lo que prueba que en este animal no está desarrollado el sentido del gusto. Se desquita de todos modos espeliendo con los excrementos las materias indigeribles que ha tragado.

El grito del macho, cuando busca á la hembra, tiene alguna semejanza con el rugido del leon; en toda otra ocasión es mas bien un sonido quejoso el de ambos.

Conocidas son las ventajas que la coqueteria y vani-

En este mes todos callan,
ninguno á pecar se atreve;
mas por milagro á las nueve
se aumenta la poblacion.

Kirie eleyson
Kriste eleyson.

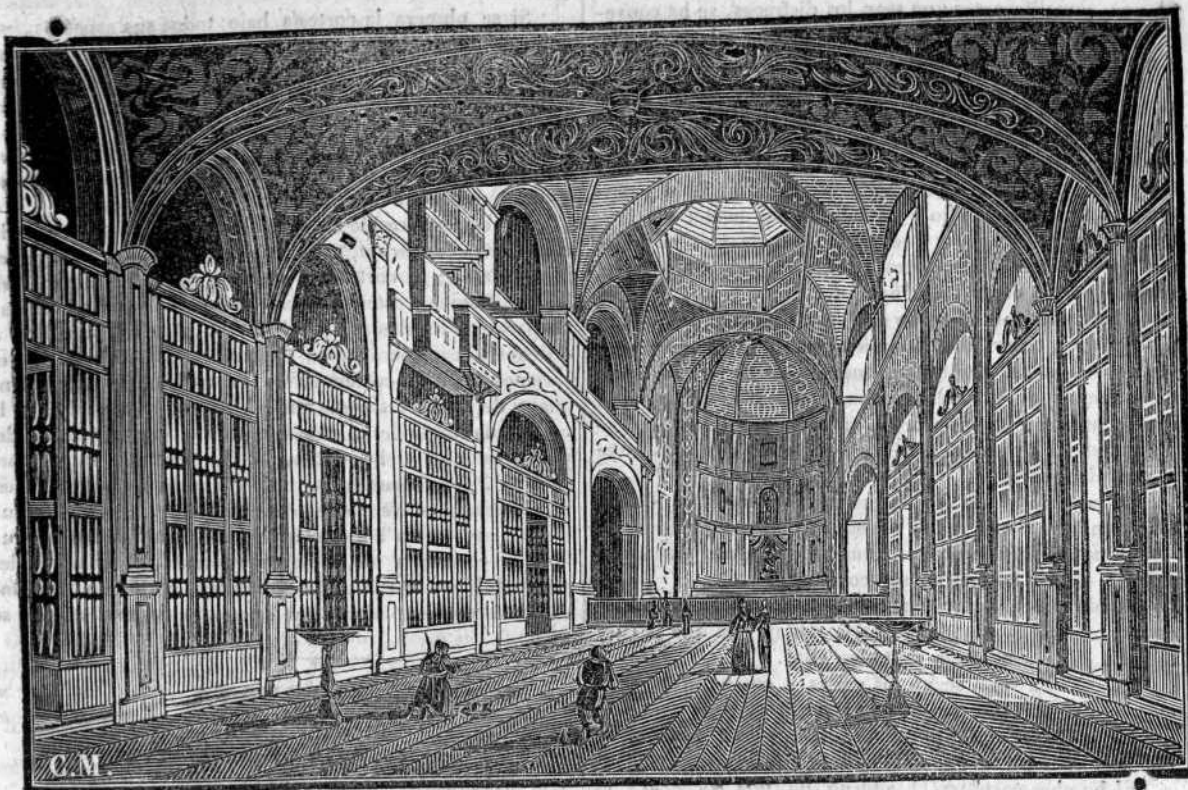
Hombre hay, cristiano maduro
que nunca perdió una misa,
que se da á pecar gran prisa
para ir por la absolucion.

Kirie eleyson
Kriste eleyson.

dad han llegado á sacar de las magníficas plumas del avestruz; pero otras mas reales y positivas encuentra el viajero en los huevos de esta ave, que le suministra un alimento tan sustancioso como grato cuando no está muy adelantada su incubacion. Moises habia prohibido la carne del avestruz como impura. Tribus enteras del Africa se alimentan de ella; lo que les ha dado el nombre de *Struthiophagos*, del nombre latino *struthio*, avestruz.

Adanson cuenta haber visto dos avestruces domesticados en la factoria de Pador, en la ribera meridional del Níger. Eran, dice, tan mansas, que dos negrillos montaban juntos en la grupa de la mayor, y cuando ella sentia el peso echaba á correr cuanto podia, dando muchas veces la vuelta á todo el pueblo, y no deteniéndose sino cuando poniéndosele una persona delante le obstruia el paso.

Se ha visto tambien á un hombre viajar montado sobre un avestruz; pero estos dos casos no prueban que se haya generalmente pensado en sacar partido en beneficio del hombre, de la velocidad y fuerza extraordinaria de esta curiosa ave.



MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA

DE MONSERRAT.

El hallazgo de la imagen de Nuestra Señora por unos pastores del lugar de Monistrol el año de 880, siendo conde de Barcelona Vifredo el bello, dió motivo á la fundacion de este insigne monasterio por el mismo conde, poniéndolo al cuidado de monjas benitas, que sacó del real monasterio de las Puellas de Barcelona, y cuya primera abadesa fue su hija Richinda, por los años de 895. Permaneció la comunidad de monjas en este monasterio hasta el año de 1796, en que el conde de Barcelona, Borrell, con autoridad apostólica las hizo trasladar otra vez al monasterio de San Pedro, y puso en el de Monserrat monges Benitos del de Ripoll. Esta sujecion y dependencia duró hasta el año 1410, en que el papa Benedicto III erigió el priorato de Monserrat en dignidad abacial, con todas las preeminencias y prerogativas de todos los demas abades, lo que aprobaron Martino V y Eugenio IV.

Este templo magnífico y singular y adornado de riquísimos y brillantes donativos por reyes, reinas, condes y otros varios personajes españoles y extranjeros, ha sufrido considerables saques y deterioros, por causa de las revoluciones, con sentimiento general de cuantos le han egado á visitar. Está edificado sobre peña, y consiste en

un gran edificio rodeado de diversas dependencias, cuyo conjunto, aunque no de una arquitectura severa, presenta un golpe de vista magestuoso, y perfectamente armónico con su situacion.

La iglesia es de una sola nave, pero muy espaciosa, y fue terminada en 1609, verificándose la traslacion de Nuestra Señora con un gran aparato, y con asistencia del rey Felipe III y de toda su corte. La imagen de la virgen es de un color casi negro en el rostro como la del Sagrario de Toledo, Guadalupe y otras muchas que se veneran en España. Aun cuando no fuese por el santo motivo de devocion, seria siempre bien empleado el trabajo que cuesta llegar á aquel sitio, por la hermosa vista que se presenta, y los caprichosos objetos de aquella singular montaña. La comunidad de aquel santuario tenia un coro de jóvenes músicos con título de monacillos, de entre los cuales han salido profesores insignes tanto en la parte vocal como en la ritmica y orgánica.

DE LA CORTESIA.

La sociedad es una especie de baile de máscaras, en el que, por diferentes que sean los disfraces, se ha convenido espresamente en que todos lleven una misma careta, y que esta sea la de la cortesía.

La cortesía se aprende con el trato de mundo, y se diferencia de la gracia, el talento, el gusto, el genio, y de ciertas prendas sociales que nacen con nosotros, y que se desarrollan en cada uno con el tiempo y las circunstancias. El trato de mundo hace en nuestro lenguaje y costumbres lo que el cepillo y la lima en las maderas y metales, las pulen, y así es que el nombre de política en el sentido de urbanidad y cortesía, viene de *pulir* tanto en el sentido propio como en el figurado.

Obrar y hablar de modo que se satisfaga al amor propio de todos, tener una oficiosidad agasajadora para con los iguales, no ser ni estremadamente familiar ni escésivamente bajo con los superiores, no manifestar un altanero desden para con los inferiores, observar en fin con escrupulosidad las reglas del bien parecer, es lo que constituye la verdadera cortesía.

La cortesía es un freno que reprime nuestros defectos, y un barniz que realza nuestras buenas cualidades.

Es una desgracia no ser humano, generoso y complaciente; es una falta el no ser cortés.

Puede muy bien no tener el hombre cortés virtud alguna; pero tiene cuando menos la ventaja, de que la cortesía le da la apariencia de todas ellas.

La cortesía varía según los países y costumbres; pero en ninguna parte es permitido el ser grosero.

La cortesía atrae y seduce; la grosería repugna y embiste.

El hombre cortés es el adorno de una sociedad; el incivil es su borron.

Si me viese precisado á pasar horas enteras con un necio ó con un grosero, no vacilaría un momento en elegir al primero: porque puede uno divertirse con un necio, mas qué partido es posible sacar de un grosero?

Debe tener un mérito extraordinario un hombre para perdonarle la falta de cortesía; y aun cuando fuese dable esto, puede asegurarse que visto una vez, no escitará el deseo de volver á verle.

Dícese que las letras suavizan las costumbres; pero si esto es cierto ¿cómo es que los literatos se manifiestan tan poco corteses unos con otros? Esto consiste en que la cortesía, como va dicho, se aprende, y en que no todos los literatos la aprenden: consiste tambien en que entre ellos es el amor propio un sentimiento dominante y esclusivo. Hay quien no puede sufrir á un rival, y quien sabiendo que no se opina bien de su talento se incomoda de que se crea que otro le tiene. De aquí provienen los epigramas, sátiras, injurias, libelos, y amenudo hasta el lenguaje de las verduleras.

Tambien hay hombres á quienes los honores y riquezas trastornan la cabeza, y estos son los mas. Corteses mientras nada fueron, dejan de serlo desde el momento en que hacen fortuna ó son algo. ¿Pero ignoran estos que nunca es mas necesaria la cortesía que cuando uno es feliz, para que le perdonen los demas la felicidad de que goza?

Hay una cortesía afable y simple, y otra fria y compuesta. La primera se manifiesta de igual á igual; la segunda de un superior á un inferior. Tiempo hubo en que un hombre ó mujer cualquiera que fuese su estado, edad y mérito personal, no se acercaba á ningún título ó empleado de gran categoría sin *rendirle el tributo de su respeto y veneracion*, á lo que contestaba el personage con *buenos días, caballero; buenos días, señora*. A estas dos palabras se añadía á veces el nombre del individuo, y en

otras ocasiones no eran estas espresiones las mismas. Si el personage se prometia del inferior algun servicio ó pensaba en pedirle dinero prestado, ya decia *buenos días mi querido don Fulano; buenos días mi apreciable doña Zutana*.

Si se observa la cortesía bajo todos sus aspectos, se conocerá desde luego que hay en ella un aislamiento protector, y este es el del orgullo; y otro afectuoso, agasajador y amable, que es el de la bondad; y de buena gana intitularia yo á este *cortesía del corazon*.

Si ha fijado una distincion entre la cortesía y la cortesania; y con efecto un hombre cortés siempre es cortesano y no siempre un hombre cortesano es cortés.

La cortesía reside en el carácter, siendo el fruto de una buena educacion, y de un trato habitual con gentes bien criadas; la cortesania consiste en el buen tono, en la manifestacion exterior de ciertas deferencias y miramientos para con los demas, y sobre todo para con aquellos á quienes se considera como superiores. La cortesía no es ceremoniosa; la cortesania lo es infinitamente. El lenguaje de la cortesía es fino, delicado y medido, y la cortesania duda de la eleccion de sus espresiones, y del punto en que debe detenerse. La cortesía es siempre sencilla, desembarazada, noble, franca en sus modales: la cortesania es frecuentemente aparente, atada y comun en los suyos. Un hombre cortés nos deja en libertad; un hombre cortesano nos violenta y cansa. El hombre desinteresado es cortés; el interesado es cortesano. Un amo es cortés con sus criados, y estos son cortesanos con su amo.

AUTOMATA

JUGADOR DE AJEDREZ.

El baron de Wolfgang de Kempelen habia menifastado desde su tierna edad un talento asombroso para la mecánica, y aunque llamado por su clase á desempeñar en el imperio puestos de consideracion, pues fue ministro de hacienda del emperador, director de las salinas de Ungría y refrendario de la cancelleria húngura de Viena; no por eso dejó de perfeccionar con el estudio una ciencia, á la que su genio le arrastraba tan irresistiblemente. Cuando se dió por seguro de lo mucho que ya sabia, quiso sorprender al público con algun nuevo invento capaz de darle á conocer por un gran mecánico, y anunció en 1769 que tenia concluido un autómata que ejecutaba todas las jugadas del ajedrez, en términos de ganar constantemente á cualquier mediano jugador.

Nunca se ha conseguido mejor un objeto propuesto como en aquella ocasion; y cuando presentó por la vez primera en Presburgo su patria aquella célebre máquina en el año de 1770, los sábios quedaron atónitos, y los periódicos extranjeros se deshicieron en elogios de su inventor.

El autómata, vestido de un magnífico traje oriental, estaba sentado delante de un escritorio montado sobre cuatro ruedas, dentro del cual estaban todos los resortes, y el cilindro que se decia que daba movimiento á la máquina. El baron de Kempelen daba principio por disponer con gran aparato su autómata: se oian rechinar los resortes como los de un reloj, y entonces el autómata levantaba poco á poco su brazo, le adelantaba hácia la pieza que debia cojer, la cojia y la mudaba á la casilla correspondiente. De nada servia querer engañar á aquel jugador con una jugada falsa, porque él no dejaba de tomar la pieza y ponerla en su sitio moviendo la cabeza. Si se trataba de soplar la pieza se veian en movimiento los labios del autómata, de donde salia un mal articulado sonido, en el que se percibía la interjeccion *sha* ó *she*, que era mas que suficiente para advertencia del contrario

No tardaron los observadores en convencerse de que aquella asombrosa máquina no obraba por un movimiento interior. ¿Cómo en efecto podía lograrse por un simple mecanismo que jugase un juego dependiente exclusivamente del entendimiento, y en el que no se puede sobresalir sin un profundo estudio junto con una gran práctica? Sin embargo no pudieron adivinar de que medios se valía el barón de Kempelen. Diferentes mecánicos se empeñaron en penetrar aquel misterio, y entre ellos De-cremps en su *Mágia descubierta*, sospechó que podía haber un enano escondido en el escritorio de que hemos hablado, que tenía cuatro pies de largo y dos y medio de ancho; pero otro sugeto de no menor autoridad en la materia, L. Dutens, *después de haber examinado atentamente todas las partes de la mesa y de la figura, atestiguaba que no podía caber el niño ni el enano mas pequeño*; y lo que acababa de confundir á los espectadores, era que el mismo barón convenía en que era él quien dirigía los movimientos del autómeta; pero con qué medio? Se le veía apartado de la mesa á la distancia de cinco á seis pies, pasaba muchas veces á otro aposento, y le dejaba hacer hasta cuatro jugadas sin acercarse.

En 1783 el autómeta estuvo en las capitales de Francia é Inglaterra, mereciendo en todas partes igual admiración y buena acogida, y volvió á Londres en 1819.

En el día en que este secreto ya no tiene importancia, debe decirse francamente, que con efecto la caja que contenía el tablero de ajedrez, encerraba dentro de sí á un hombre. No por eso se crea que con esto está todo dicho. ¿Cómo podía estar un hombre dentro de semejante máquina? ¿cómo meterle en ella, y cómo en fin sustraerle de la vista de los espectadores curiosos, á cuya presencia se esponía cuidadosamente todo lo interior de la máquina?

Debe tenerse entendido que aquella caja ó escritorio tenía dos divisiones. En el momento en que se abría ante el público, el motor problemático estaba ya agazapado, y como nunca se abría toda de una vez, sino que se manifestaban sus dos partes una tras otra, el agente, sentado sobre una mesita con ruedecillas, se introducía diestramente en una de ellas cuando se estaba enseñando á los concurrentes la otra. Este es el problema resuelto por lo que hace al motor.

Pero como la acción no se limitaba á un escamoteo ó puro juego de manos, es preciso adivinar como un hombre oculto en una caja que no era transparente, podía no solamente ver las jugadas que se hacían, sino también mover el autómeta con inteligencia y exactitud.

El director, provisto de dos cosas absolutamente necesarias, cuales eran una lamparilla para alumbrarse y un tablero de ajedrez de viaje (1), se metía en la caja cerrada casi herméticamente: dicho tablero tenía numeradas todas sus casillas. Otro tablero, también numerado, estaba pintado sobre su cabeza, formando el eufes de aquel sobre el cual jugaba el autómeta. Las piezas, fuertemente tocadas con imán, movían unas balbulinas de acero que guarnecían aquel eufes de tablero, é indicaban así al oculto y atento motor la jugada que había hecho su contrario. Repetía inmediatamente sobre su tablero, hacia la suya, y después por medio de un manubrio que movía el brazo del autómeta, y de un resorte elástico que daba movimiento á sus dedos, hacia que se moviese el autómeta con una prontitud y precisión que provocaban justamente el asombro de los inteligentes.

Después que aquel autómeta adquirió al mecánico del rey de Baviera una gran reputación, quedó desarmado y como desterrado en un aposento del gran Federico, tan

aficionado al ajedrez, como es sabido, y que lo había comprado. Napoleon en uno de los días que la victoria le obligó á detenerse en Berlin, y resucitó en cierto modo el autómeta, jugó con él, y aun se asegura que manifestó cierto despecho de no haberle ganado la partida. Desde entonces recobró el autómeta su celebridad y volvió á viajar. Hace años que Mr. Maelzel, que poseía también el *panharmónico* y el *autómeta trompeta*, y á quien entre otros inventos se le debe el *Metrónomo*, compró el autómeta jugador de ajedrez y lo enseñaba en Paris, donde escitó la pública curiosidad no menos que en Londres.

PROVERBIOS ARABES.

Si tu amigo es de miel, no le comas entero.

La despena se resiente cuando el gato y el raton viven en paz.

El no poder conseguir todo, no es una razon para abandonar lo todo.

Una palabra pronunciada, reina sobre el hombre que la pronunció; pero mientras no se ha pronunciado el hombre reina sobre ella.

Los vestidos prestados no abrigan.

Los mejores amigos en los ratos desocupados son los libros.

Las mejores visitas son las mas cortas.

La embriaguez en la juventud es peor que la del vino.

Las ciencias son cerrajas y el estudio su llave.

Toma consejo de uno que sepa mas que tu y de otro que sepa menos, y forma después tu opinion.

LA CASA DE INVALIDOS DE PARIS.

Desde que los gobiernos hicieron del servicio de las armas una profesion esclusiva, debieron asegurar un asilo á los veteranos viejos que habían podido librarse del cañon y acero de los enemigos.

Por espacio de mas de dos siglos después de haberse instituido las tropas permanentes y á sueldo, la mayor parte de los soldados viejos no se mantenían en Francia como en otros países, mas que de los robos ó de limosnas, cuando sus jefes los daban por inútiles para las armas. Algunos conseguían una plaza de guardas en un castillo, y otros entraban de legos en las abadías de fundacion real.

La primera idea de una casa de retiro en favor de los militares viejos y estropeados en los combates, se debe á Felipe Augusto, pero aquel monarca existió en una época en que no se apreciaban cual debían las instituciones útiles y generosas, y su proyecto no tuvo ejecucion. Enrique III realizó el proyecto que concibió Felipe Augusto, y fundó en 1575 en la calle de l' Oursini de Paris una *casa real y hospitalaria* para los oficiales y soldados viejos ó enfermos, dándoles una decoracion que llevaban al pecho y consistía en una cruz encarnada con este letrero: *Por haber servido bien*. Este nuevo orden de caballeria se llamó *Orden de la caridad cristiana*.

Enrique IV espidió varias órdenes con que aseguró la suerte de los oficiales y soldados heridos en el servicio, aumentando también la dotacion del espresado hospital.

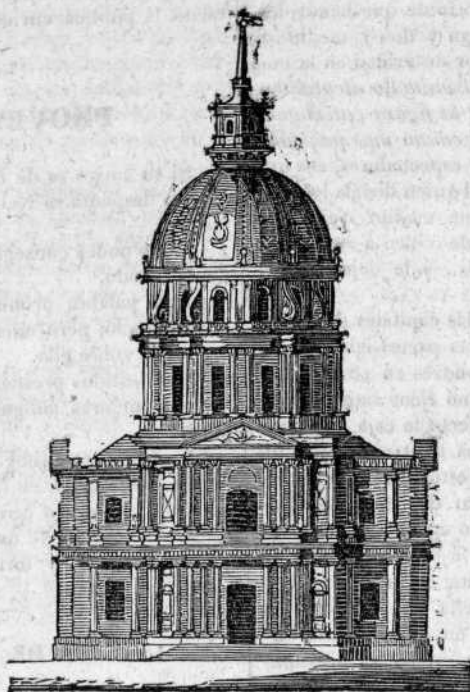
Luis XIII mandó hacer en el año de 1634 diferentes obras en Bicetre con igual objeto, proponiéndose hacer de aquel edificio una casa de refugio para los inválidos, que mas adelante se erigió en encomienda de S. Luis; pero los auxilios que entonces se concedieron á aquellos soldados viejos eran insuficientes y sin seguridad alguna de perpetuidad ni duracion.

Estaba reservado á Luis XIV dar á aquel establecimiento creado por sus mayores el ensanche que exigian

(1) Tablero, cuyas piezas tienen en su base una punta de hierro, que se introduce en un agujero hecho en medio de cada casilla, para que no pueda volcarse.

el aumento del ejército bajo su reinado, y el gran número de inválidos que sus muchas guerras habian ocasionado en sus regimientos. Una orden del Consejo, del mes de marzo de 1660, señaló fondos para la construccion de las obras necesarias y la dotacion de aquel régio establecimiento. Empezóse en el inmediato mes de noviembre,

y á los cuatro años pudieron los inválidos tomar posesion de su nuevo domicilio. Sin embargo no se concluyó totalmente el edificio hasta treinta años despues, bajo la direccion de Julio Ardouin Mansard, autor del plano de la magnífica cúpula de su iglesia, que es el mas precioso adorno que le recomienda.



Varios oficiales y soldados que habian recobrado su salud y fuerzas en aquel asilo pidieron en el año de 1690 se les concediese hacer un servicio activo: en consecuencia se formaron compañías de inválidos, á quienes se confió la guardia de los fuertes, ciudadelas y prisiones de estado. Estas compañías tomaron parte en el ejército el año de 1696 desde el dia de su creacion. Tal es el origen del cuerpo de veteranos.

Las abadías y prioratos constituyeron el primer fondo destinado á la dotacion del hospicio de inválidos; pero no bastando este, se hubo de recurrir á otros medios. Por el pronto se estableció el descuento de uno, dos, y despues de tres dineros por libra en todos los gastos de guerra, y la administracion supo tambien sacar partido del gran terreno dependiente del hospicio. Cultivado este, añadió otro nuevo producto al fondo primitivo. En 1789 las rentas de los inválidos ascendian á unos 6.800,000 reales. Bajo el gobierno imperial, la dotacion del hospicio consistia en el descuento de un 2 por 100 sobre las pagas de oficiales del ejército de tierra, sobre los retiros, pensiones civiles, militares y de la legion de honor; en una renta de 400,000 rs. inscrita en el gran libro de la deuda pública; en una parte del producto de las salinas de Este; en el pago de 50 por 100 del producto de los restos de buques que han naufragado, presas etc.; en el de 1 por 100 sobre arbitrios; en el producto de herbazales de las plazas de guerra; y en fin, en un producto sobre el desagüe de las lagunas de Bochefort y Cotentin. A principios del año de 1798 se fijó el gasto del hospicio en 14.891,944 rs. anuales.

La biblioteca, que en el dia se compone de 26,000

volúmenes, y la batería que hay en la esplanada del hospicio se establecieron en el año de 1800.

Habiendo las guerras de la revolucion y el sucesivo aumento de los ejércitos producido un número mayor de inválidos, se crearon en el mismo año dos sucursales ú hospicios anejos, en Lobaine y Avignon, en cada uno de los cuales debia haber 2000 hombres. De estos hospicios subsiste todavia el segundo.

Los oficiales alojados en un cuartel separado del hospicio, tienen un aposento para dos ó para cuatro. Los oficiales superiores tienen cada uno una habitacion particular. Los sargentos y soldados estan en salones de cuatro hasta doce camas.

Por una orden espedita en 21 de agosto de 1822, se señala á los inválidos el primer lugar en el ejército. Otra de 3 de enero de 1710 mandaba que no se admitiesen en el hospicio de inválidos, sino á los militares que tuviesen á lo menos veinte años de servicio, ó estuviesen gravemente heridos. Despues de diversas modificaciones han quedado reducidas estas providencias á que «ninguno pueda entrar sino ha perdido uno ó mas miembros, ó si no tiene treinta años de servicio efectivo, y setenta de edad» La pérdida de la vista á consecuencia de los acontecimientos de la guerra, es tambien un titulo para la admision. Los militares retirados del servicio deben tener ademas una pension de retiro.

Las gratificaciones mensuales concedidas á los militares de todas graduaciones, despues de haber tenido tambien muchas modificaciones, se han fijado en el dia segun el siguiente estado, añadiéndose en él los derechos

al retiro de inválidos, cuando se pide este en lugar de los derechos de hospicio.

	Gratificaciones mensuales.	Derechos de retiro.
Un coronel.	120 rs. . . .	12,000 rs.
Un teniente coronel. .	96	9,600
Un gefe de batallon, de escuadron y mayor.	80	8,000
Un capitán.	40	6,400
Un teniente.	32	4,800
Un subteniente.	24	4,000

Un ayudante.	16	3,200
Un sargento primero. .	16	2,400
Un sargento y furriel. .	12	2,400
Un cabo.	12	2,000
Un soldado.	8	1,800

Los inválidos en la época de su institucion estaban armados de espada, halabarda ó pica; los mas ágiles ó menos estropeados llevaban fusil, mosquete ó carabina. Todas estas armas se tomaban en los almacenes del Estado, y entre las que estaban fuera de servicio. En el dia estan todos los inválidos armados con sable ó fusiles, ó solo con bayoneta.



La casa de inválidos está bajo la inspeccion especial del ministro de la guerra, y gobernada por un mariscal de Francia. Tiene tambien su consejo de administracion compuesto de personas de las mas eminentes del Estado, en las carreras militares y civiles; los médicos mas hábiles del ejército asisten en ella á los enfermos; los socorros de la caridad les son prodigados; y cuatro ó cinco mil veteranos reciben en este magnífico asilo un trato correspondiente al rango que ocuparon en el ejército, como tambien, segun sus servicios, sus enfermedades ó sus heridas. Nada en fin ha quedado olvidado para endulzar sus males, y recompensar en los últimos dias de su vida las privaciones y trabajos padecidos en servicio de su patria.

AGRICULTURA EN AFRICA.

El arte de labrar la tierra, tan honrado y adelantado en los países cultos, no ha progresado todavia en Africa. Apenas se dignan sus naturales ocuparse en él, y no es menos propia la incertidumbre en que viven de recojer la cosecha, para desanimarlos á que siembren. Cada aldea está rodeada de un gran terreno compuesto de labor, bosques y prados, del que se concede una porcion á los

que quieren encargarse del trabajo y gastos de su cultivo. Lo restante lo poseen en comun, y los habitantes tienen derecho de echar á pacer sus rebaños, que se guardan de dia y de noche. El espacio contenido en el centro es siempre un terreno bastante espacioso, con muy pocas casas para que haya mucho que cultivar. No se sabe en Africa lo que es una casa de campo aislada, porque seria saqueada aun antes que concluida.

En un país donde se ignora lo que es derecho de propiedad, no deben esperarse grandes conocimientos agrícolas, y de consiguiente estan acordes los viajeros en asegurar que carecen absolutamente de ellos. No se sabe allí lo que es un arado, que por otra parte abriria acaso demasiado la tierra en un país tan espuesto á los rayos de un sol abrasador. Se contentan cuando han cesado las grandes lluvias periódicas ó se han retirado los rios que suelen inundar los campos, con mover ligeramente la superficie de la tierra con un palo: el grano echado en tan leve sulco no tarda en brotar, porque la natural fertilidad del terreno produce sin que tenga el hombre que regarle con su sudor. Si está todavia húmedo puede echarse la semilla á puñados, y á los ocho dias se tendrá un prado verde, y á los dos meses un campo de doradas mieses.

En los climas ardientes es el agua el requisito principal de la fertilidad; y así es que por donde quiera que ha progresado la industria se ha tratado principalmente de

emprender largas y á veces inmensas obras para recojer y distribuir con proporcion el agua de lluvia ó la que se puede separar de los rios. Sabido es que la fertilidad de Egipto se ha debido en todos tiempos á los innumerables canales por donde se distribuyen las aguas cenagosas del Nilo á los llanos mas distantes de él. En la Nubia, en donde el mismo rio se encuentra encajonado en una madre de rocas, han abierto los habitantes de sus orillas gran número de pozos de rueda, con los que por medio de uno de los mas sencillos mecanismos elevan las aguas á la altura necesaria para que rieguen los campos circunvecinos.

Preciso es, no obstante, confesar que la calidad del grano de aquellas regiones secas es muy inferior al nuestro por su pequeñez y dureza. Cultivase con especialidad el arroz, que viene bien en los terrenos convenientemente situados; pero se prefiere el manioc, á un alimento tan sano como grato. Es una raiz seca y preparada, que en Europa se conoce con el nombre de tapioka, y muy provechosa para los estómagos débiles. Su preparacion consiste en dejarle que cueza por un cuarto de hora en leche ó en caldo.

Aunque los granos sean en Africa de difícil cultivo, se resarce esto con los dátiles en que abunda, y las palmeras nacen por sí mismas, ofreciendo á sus perezosos habitantes su sombra para descansar, y sus frutos para alimentarse.

LA BALANZA DE LAS BRUJAS

EN OUDEWATER.

A mediados del siglo XVII se seguia todavia en Oudewater (Holanda), una costumbre introducida, segun se dice, por Carlos V, para sustraer á la muerte á una multitud de víctimas del fanatismo popular. Consistia en pesar en la gran balanza de la ciudad á las personas acusadas de brujería, para averiguar si tenian todo el peso que se requería en un buen cristiano. La mayor parte se presentaban espontáneamente. Se las hacia desnudarse, y una comadrona de título servia de testigo con los hombres encargados de pesar á los acusados. Los alguaciles y el escribano partian con aquellos singulares funcionarios los seis florines y diez cuartos que pagaba cada uno de los que reclamaban la prueba, y á los que en recompensa se les entregaba una certificación, declarando que su peso era proporcionado á su estatura y que nada llevaban de diabólico en el cuerpo. No era cara la tal certificación, pues les libraba del fuego. Se ha observado que los mas de estos brujos y brujas venian de Westfalia, y se asegura que la supersticion referida aun no se ha desarraigado completamente. Ha dado materia á una coleccion de bulas interesantes, insertas en un tomo de poesías nacionales belgas que últimamente se ha dado á luz con el título de *Ruinas y recuerdos*.

REMEDIÓ PARA LA MORDEDURA.

DE ANIMALES VENENOSOS Y RABIÓSO.

Mr. W. Kennedy de Terhoot recomienda la eficacia de la sal comun para las mordeduras de serpientes y animales venenosos, en los términos siguientes. En el mes de enero de 1832, dice, curé á dos hombres mordidos por un Cobra, el uno en un brazo y el otro en una pierna, con solo frotar sus heridas con una *muy fuerte* solución de sal comun.

Los síntomas mortales, ordinarios en semejantes casos, habian hecho ya algunos progresos antes de haber

probado este remedio, pero no bien le apliqué cuando cesó el mal á las vigorosas fricciones en las partes mordidas, y ambos individuos se salvaron.

No debe dilatarse un solo momento el aplicar la solución de sal, y sobre todo en las mordeduras de serpientes, cuyo veneno es activo. Cuanto mas fuerte sea la solución es mas eficaz, y no debe dejarse de frotar sin cesar la parte herida hasta que se restablezca completamente la circulacion.

En caso de mordedura de un perro rabioso se frota la herida por *muchas horas* con la solución, y despues se pone una capa espesa de sal en un pedazo de tela y se la sujeta sobre la mordedura con un fuerte vendaje. Se ha de tener además la parte herida en un estado de humedad, á lo menos por veinte y cuatro horas, esprimiendo sobre ella una esponja mojada de cuando en cuando en dicha solución. Despues se pone un nuevo emplasto de sal, que se deja intacto por dos dias; y si esta sencilla operacion se ha empezado inmediatamente de haber sido mordido el individuo; se puede responder de su vida, porque cualquiera que sea el veneno del animal, no será jamás mortal su mordedura.

Sé que hay medios de curar la hidrofobia cuando se ha acudido con tiempo; pero siempre suele ser de un modo cruel para el paciente, porque por lo comun suele tener que sufrir un cauterio casi hasta el hueso, siendo preferible por su sencillez el remedio que presento.

El método de Mr. Kenney se asemeja al de John Wesley en su *Medicina primitiva*. «Mézclese, dice, una libra de sal con una cuarta parte de agua. Báñese y lávese con una esponja la herida con esta mezcla por una hora á lo menos, y póngase encima un vendaje de sal, al que no se tocará en doce horas.

Mr. Wesley añade: El autor de ese remedio fue mordido seis veces de perros rabiosos y se curó siempre á sí mismo del modo indicado.

FIESTAS DE LOS JUDIOS.

Es cosa curiosa saber las fiestas de los antiguos hebreos, de las que se hace continuamente mencion en la sagrada Escritura. La nacion judía, dispersa por todo el orbe, conservando todas sus creencias y practicando fielmente sus ritos en la expectativa de un Mesías, ofrece un espectáculo que merece la atencion.

Diremos algo acerca de las cuatro fiestas principales de los judios; tres de estas no las celebraba sino el pueblo de Dios; pero la cuarta, llamada de las trompetas, y mirada como una conmemoracion de la creacion del mundo, no era esclusiva de ellos, sino que desde su origen la observaron con alguna variedad en el modo de solemnizarla todos los que temian al Señor.

El septimo mes que corresponde entre nosotros al de setiembre era en su origen el primero del año en memoria de la creacion, y se le consideró como mes primero del *año civil*. Pero despues de la portentosa salida de Egipto el séptimo mes (*Abib*) formó una nueva época en la historia de Israel. El Señor dijo á Moises y á Aaron. «Este mes será el principio de los meses; será el primero de los meses del año; guardad el mes de Abib (el mes de los granos) celebrando la Pascua en honor del Señor Dios vuestro; porque es el mes en el que el Señor, Dios vuestro, os hizo salir de Egipto por la noche.»

Respecto al pasaje citado, nota el doctor Gill, que siendo este dia el del nuevo año, parecia haberse establecido aquella ceremonia para expresar la gratitud de los hebreos por las prosperidades del año que habia espirado; y como en la misma época estaban recogidos todos los frutos de la tierra, y además del trigo y cebada, el acei-

te y el vino, se invocaba la bendición divina para las cosechas del año siguiente. Por otra parte los judíos creían que aquel día había sido el de la creación, y el sonido de las trompetas es para ellos un emblema de la música celestial. «Cuando alababan al Señor todos los astros de la mañana juntos, y que los hijos de Dios, los ángeles, estaban transportados de alegría.» Puede también creerse que esta fiesta era como un aviso de que se dispusiesen para el día de la expiación, que caía el 10, y para la fiesta de los tabernáculos que era el 15 de este séptimo mes. Los judíos pasaban esta solemnidad en ejercicios piadosos, resonaban las trompetas en las sinagogas, tenían un alegre banquete y empleaban lo restante del día en prácticas religiosas.

La *Pascua*. Esta festividad se instituyó en memoria de la libertad de los hebreos. Moisés llamó á todos los hijos de Israel, y les dijo: «Id y tomad en cada familia un cordero, é inmoladlo, porque es la pascua (es decir, el paso) del Señor: mojad un ramo de hisopo en la sangre que hubiésetis puesto al umbral de vuestra puerta, y hareis con ella una aspersión en lo alto de la puerta y sobre los dos postes; y nadie de vosotros salga fuera de su casa hasta la mañana: porque el Señor pasará hiriendo de muerte á todos los primogénitos de los egipcios, y cuando vea esta sangre en lo alto de vuestras puertas, no permitirá al ángel exterminador que entre en vuestras casas y os herirá. Observareis inviolablemente esta costumbre vosotros y vuestros hijos; y cuando vuestros hijos os pregunten que es este culto religioso, les direis: es la víctima del paso del Señor, cuando perdonó las casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo de muerte á los egipcios.»

La *fiesta de las Semanas* se observaba siete semanas ó cincuenta días después de la Pascua, y es llamada algunas veces *Pentecostes* en el nuevo Testamento, de una palabra griega que significa cincuenta:

Se estableció en conmemoración de haber dado Dios su ley en el monte Sinay á los cincuenta días de la salida de los hebreos de su cautividad. Llamábase también *fiesta de la siega* porque caía al fin de la cosecha del trigo; se ofrecían al Señor por sacrificio dos panes de la primicia, de dos décimas partes de harina pura con levadura, y se le tributaban solemnes acciones de gracias.

La *fiesta de los Tabernáculos* la celebraban los israelitas ocho días consecutivos, cuando habían retirado de la hera y los lagares los frutos de sus campos, y admitían á sus banquetes de regocijo al levita, al extranjero, á la viuda y al huérfano, invocando la bendición del cielo sobre sus tareas. En recuerdo de la mansión de sus mayores en el desierto, donde habían vivido en tiendas, levantaban una especie de chozas con ramas de árboles, y pasaban en ellos los ocho días de la solemnidad. Toda la nación debía concurrir á Jerusalem para adorar allí el tabernáculo de Jehová.

INCONVENIENTES DE LA OBESIDAD.

En una de las torres de la iglesia de San Sulpicio de París, y encima de la última plataforma hay un telégrafo que suelen ir á ver los curiosos, para disfrutar apoyados en la balaustrada la vista de innumerables casas de la capital, y la perspectiva que rodea á aquel inmenso panorama. En este sitio acaeció á un curioso un lance que refiere él mismo del modo siguiente.

—Un día que estaba de guardia traté de subir á instancia de uno de mis camaradas, burlon de marca, y á quien se la tengo guardada para cuando llegue el caso.

Debe saberse previamente que soy excesivamente gordo; y en verdad que no adivino como haya podido poner-

me así, pues á los veinte años era yo más delgado que un mimbre. Volvamos al maldito telégrafo.

Subimos de bastante buen humor la escalera principal, hasta la base de una de las torres en la plataforma inferior: pero dimos allí con un diablo de escalerilla más estrecha que cañuto de geringa, y abierta en espiral entre el grueso de dos paredes, especie de estuche en el que no me hubiera yo envainado, por vida mía, á estar solo. Refunfuñé algo; pero me llamaban de arriba los que habían subido antes, y los que venían detrás me cedían el paso por urbanidad. «Venga V.» me decían los de arriba; «pase V.» me porfiaban los de abajo. Al cabo no hubo remedio y echando, como suele decirse, el pecho al agua, y sudando la gota tan gorda, me encajé en la muesca de las dos paredes que juró á Dios no tenían pizca de elásticas; y creyendo firmemente quedar atascado, y comprimiendo el aliento á cada segundo, logré al cabo salir á la plataforma. Pero ¡cual salí! angustiado, oprimido, y blanco de los pies á la cabeza ni más ni menos que un molinero, mi uniforme quedó completamente revocado, y me era indispensable un buen paso de bruza de mano de un palafranco.

A decir verdad quedé recompensado del mal rato por la hermosa vista de que allí se disfruta; pero se me aguaba el placer con el recuerdo de la vuelta. Se trató de tomar algo, y uno de mis camaradas levantó la tapa á un pastelón. Sabido es que el ejercicio abre el apetito, yo tengo un diente primoroso, el aire es allá arriba muy apetitivo, y comí como un buitre.

Cuando llegó el momento de salir, aquí fué ella. O la escalera se había estrechado, ó yo me había inflado, y no pudo ser sino lo segundo. Ni adelante ni atrás fué posible moverme una línea. Se nos aguardaba en el cuerpo de guardia, y me estremecía pensando en el consejo de disciplina. Me tiraban por las piernas, nada. Me empujaban por los hombros, menos. Todo se probó y todo inútilmente. Dábame á los diablos, y los otros se desternillaban de risa, y era una chuscada que maldita la gracia que me hacía. Fue preciso fijar una polea en la balaustrada, y después por medio de una cuerda que se me pasó por los sobacos anudada al derredor del cuerpo, cuatro albañiles me descolgaron á mitad del día á la plaza de San Sulpicio.

Me creo con derecho á reputar este petardo como un insulto á mi grado de sargento, y pienso citar á los agresores ante el tribunal de disciplina: pues estoy cierto que no dejarán de burlarse de mí hasta que me muera de pesadumbre.

PRODIGIOSA MEMORIA DE UN CIEGO.

En 1833 vivía todavía en Stirling un anciano mendigo, ciego, conocido en todo aquel país por el nombre de Blind-Alick, y cuya portentosa memoria se celebraba generalmente. Huérfano desde la infancia, y precisado á vivir pidiendo limosna en Stirling, había leído y releído antes de ponerse ciego toda la Biblia entera, y se halló después sin saber como con la habilidad de poder decir la memoria desde el Génesis hasta el último renglón del nuevo Testamento. Si se le detenía en medio de la calle, y se le citaba cualquier pasaje de la Escritura, Alick contestaba inmediatamente en que capítulo estaba, y por poco que se le instase seguía recitando sin tropiezo alguno los versos subsiguientes. Un caballero quiso un día divertirse viéndole embarazado, y le leyó un pasaje del evangelio, preguntándole en seguida á qué capítulo pertenecía. El ciego después de reflexionar por unos momentos, citó el capítulo y dijo los versos anteriores y posteriores al pasaje, pero añadiendo que no era aquel el pasaje como el lo sabía, y corrigió al momento la versión equivocada.

del caballero. Entonces este le suplicó que le repitiese el versículo noventa del capítulo sesenta de los *Números*. Alick pareció que vacilaba, y después de murmurar algunas palabras entre dientes, dirigiéndose con viveza al preguntador y circunstantes «Ustedes se burlan de mí, les dijo: este verso no le hay en los *Números*; pues no tiene el capítulo sino ochenta y nueve versos.»

Con igual acierto solía responder á un montón de preguntas de esta clase. Muy amenudo contestaba á quien le preguntaba acerca de un sermón ó plática á que hubiese concurrido el día anterior repitiéndola toda entera, y casi con las mismas palabras.

EL GINSENG

O LA RECETA DE LA INMORTALIDAD.

El Ginsen ó Ginseng, *panax quinquefolium* de Lineo, (poligamia dioelia), pertenece al género de plantas de la familia de las arialáceas, cuyas flores dispuestas en ombelas y polígamas, son hermafroditas en ciertos tallos, y machos en otros.



El tallo del Ginseng es recto, unido, de un pie de altura y de un rojo oscuro; su estremidad se divide en tres peciolo acanalados y dispuestos en radios, cada uno de los cuales sostiene una hoja compuesta de cinco lóbulos lancolados, dentados, desiguales, de un verde pálido, y algo venosos y belludos. Desde el punto de division de los tres peciolo se eleva un pedúnculo como cubierto con una ombela guarnecida de flores de un amarillo herbáceo. A estas flores, que aparecen á principios de junio, y cuya mayor parte se malogra, suceden una bayas acorazonadas, rojas en su madurez, y que contienen dos semillas que llegan á su sazón por agosto.

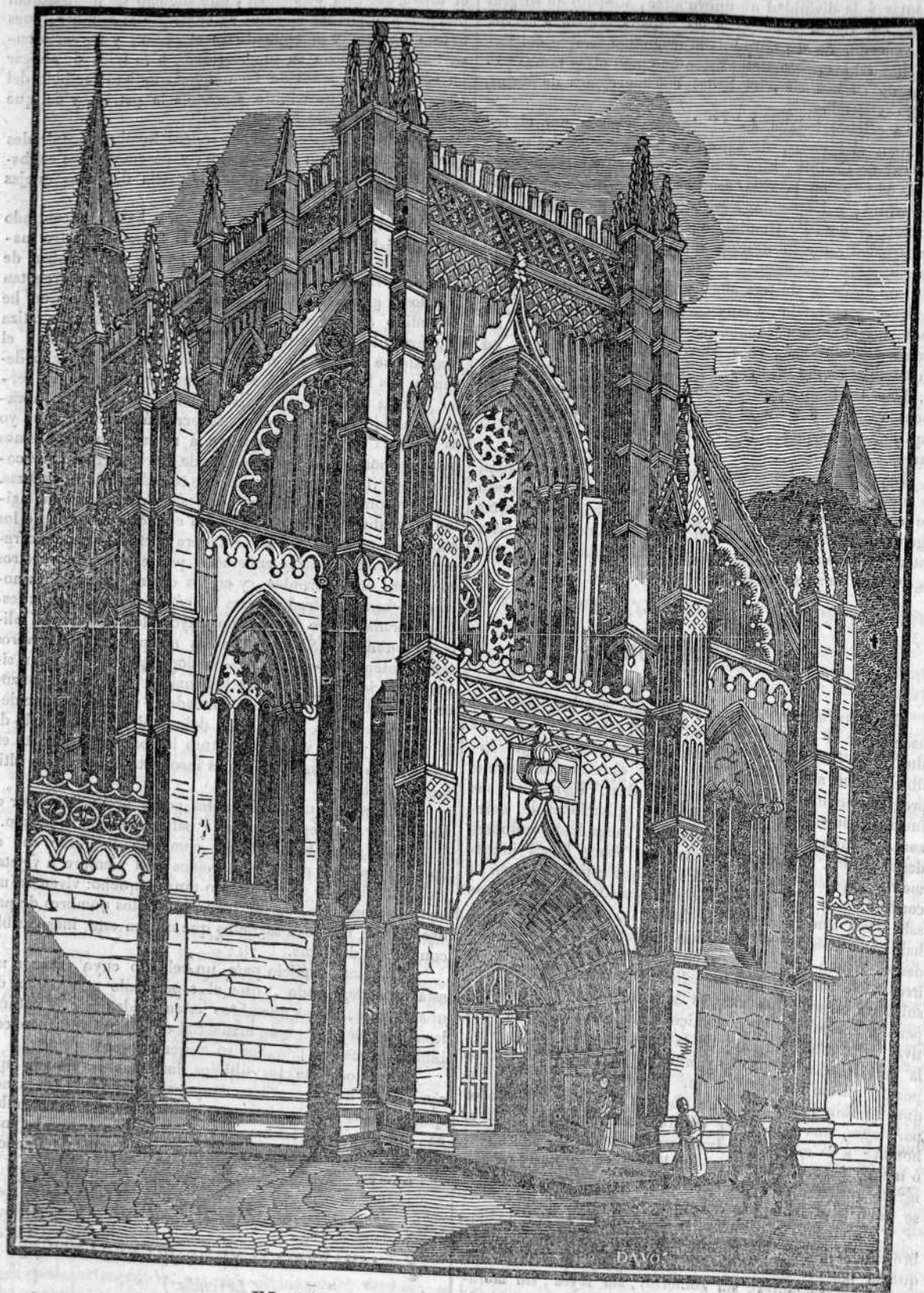
Los asiáticos, y sobre todo los chinos miran al Ginseng como una panacea universal. Recurren á ella en todas sus enfermedades, y los médicos mas famosos de la China han escrito volúmenes enteros, acerca de las virtudes de su raíz; la hacen formar parte en casi todos los remedios que administran á los ricos y grandes, porque es muy cara para que pueda usarla el pueblo, y titulan á este específico *simple espíritu, espíritu de la tierra y receta de la inmortalidad*. Según ellos esta raíz es un soberano remedio en todas las debilidades causadas por grandes fatigas, sea de cuerpo ó de espíritu; cura las enfermedades de los pulmones y las pleuresías; contiene el vómito, fortifica el estómago, abre el apetito, escita los espíritus vitales, aumenta la linfa en la sangre, y es buena, en

En las ocho ó diez especies que comprende este género, hay una muy célebre en el oriente por las maravillosas propiedades que se atribuyen á su raíz, que es la representada en el grabado. Esta especie crece naturalmente en las selvas frondosas de la Tartaria en el declive de las montañas, entre los 39" y 47" grados de latitud septentrional. Se la encuentra tambien en la Virginia, Pensilvania y el Canadá, y hace años que se cultiva en el jardín botánico de París, á donde concurren muchos curiosos á verla. Esta planta es el verdadero Ginseng, tan apreciado en la China. Sus habitantes la llaman *persi* ó *soin*, y los Iroqueses *garentoguen*, palabras que significan en ambos idiomas *mustos de hombre*, porque la raíz tiene una figura análoga. Es carnosa, fusiforme, del grueso de un dedo, y su longitud es de dos á tres pulgadas; algo áspera, brillante y como trasparente, y frecuentemente dividida en dos ó tres tallos pivotantes, guarnecidos en su estremidad de algunas fibrillas. Su color es rojizo hácia afuera y pajizo hácia dentro; su sabor levemente agrio y un poco amargo, y el color aromático y bastante grato. El cuello de esta raíz es un tejido tortuoso de nudos, en el que se ven impresos oblicua y alternativamente por uno y otro lado los vestigios de los diferentes tallos que ha echado en cada año.

fin, para la cura del vértigo y debilidad de vista, y para prolongar la vida á los ancianos.

Sean ó no exageradas estas propiedades, no es por eso el Ginseng una planta menos buscada y estimada en la China, pues una libra de su raíz vale tres libras pesadas de plata. Los Chinos y Tártaros la recojen con tanto esmero y ceremonias como en otro tiempo los Druidas el muérdago sagrado, y por lo regular hacen esta recolección los soldados. Se les autoriza para que puedan guardar una parte, y envían lo restante á sus gobernadores. Estos pagaban al principio muy caro el Ginseng llevado de América, pero no se tardó en suponer que era inferior al suyo.

Ademas del Ginseng de tres hojas (*panax trifolium*) que Lineo y otros botánicos miran como una variedad del Ginseng de la China, se conoce el *Ginseng ó arbol* (*panax arborum*), cuyas hojas tienen cada una siete hojuelas, y que se encuentra en la Nueva Holanda; el *Ginseng de Termate*, (*panax fruticosum*) que crece naturalmente en dicha isla y se cultiva en Amboine en los jardines, no solo como adorno, sino como de suma utilidad en la medicina. Sus hojas son dentadas y pasan por muy cáusticas, del mismo modo que la raíz.



EL MONASTERIO DE BATALHA.

Portugal se distingue como España por la multitud y grandiosidad de sus monumentos religiosos, en los cuales ha desplegado la brillantez de su imaginación un pueblo ardiente; apasionado de la belleza, entusiasta por la re-

ligion y por las glorias del país. Estos nobles sentimientos se hallan, por decirlo así, representados en aquellos monumentos venerables, pues el noble ardimiento de los portugueses, concluido que había una victoria, una con-

quista, empleaba los primeros despojos del enemigo en levantar á la divinidad un nuevo altar, símbolo de su gratitud. Tal vemos igualmente en España alzarse á la voz del vencedor de san Quintín, el magnífico templo del Escorial; y así los portugueses ostentan como otras tantas páginas de su historia, las bellas construcciones de Mafra, Cintra y Batalha.

La célebre batalla de Aljubarrota ganada por el rey D. Juan el I en 14 de agosto de 1385 contra las tropas del rey de Castilla, hizo concebir á aquel el pensamiento de edificar en la villa de *Batalha*, provincia de Estremadura, y á unas dos leguas S. S. O. de Leyria, un monasterio de PP. Dominicos; y lo llevó á cabo con tal suntuosidad, que su descripción minuciosa habria de ocuparnos muchas páginas.

La iglesia es de tres altas y desahogadas naves, y á su derecha entrando, y muy cerca de la puerta principal, tiene una hermosa capilla ochavada, sostenida por un orden de columnas, en medio de las cuales reposan en un túmulo elevado las cenizas del fundador y de su esposa. Hay tambien otros sepulcros de varios reyes y personas reales, y todo el templo se halla adornado con riquísimos presentes, hijos de la devoción de los monarcas.

Ignoramos en las circunstancias actuales de aquel país, la suerte que habrá cabido á este monasterio, y por eso no continuamos en su descripción, limitándonos á estas ligeras indicaciones, y á ofrecer á nuestros lectores la vista exterior del templo, para que por ella puedan formar una ligera idea de su suntuosidad artística.

DEL MATRIMONIO.

La naturaleza por grados que nos son desconocidos, hace pasar al hombre de la edad viril á la vejez. El tránsito de la infancia á la pubertad es mucho mas perceptible; pues al entrar en ella siente el niño aumentarse progresivamente los principios de vida, vigorizarse sus fuerzas, sucederse con rapidez las pulsaciones del corazón, y animar su imaginación un fuego hasta entonces desconocido, creándole deseos cuya causa inútilmente inquieto por las variaciones que experimenta en su constitución; siente una especie de ansiedad, de la cual no sale hasta que la naturaleza habiendo acabado su obra, habla claramente al individuo. Entonces es cuando los deseos tienen un objeto, y cuando el hombre conoce el irresistible impulso que le inclina al otro sexo del que resulta un enlace; mas esto es solo un efecto del instinto; pero el orden moral y político ha establecido leyes relativas á la multiplicación de la especie, y el cuidado de la subsistencia ha puesto límites al placer, verificándose por lo mismo un matrimonio. Entre las naciones mismas que ignoran la multitud de pueblos que son gobernados por leyes, una especie de contrato semejante ha unido el hombre á la mujer por lazos mas ó menos durables, mas ó menos gratos, mas ó menos heroicos; pero que no son menos respetables á los ojos de la naturaleza, si ambos se unen para llenar sus deberes.

La sociedad, la primera, la mas natural es la del hombre con la mujer: los viajeros no han encontrado pueblo que la ignore. Los indios del Paraguay que viven de insectos y serpientes, sin gobierno, sin leyes, sin morada fija, y no teniendo por lenguaje mas que una especie de ahullidos, contratan matrimonios que subsisten. Existiendo pues el matrimonio, entre las naciones que tienen menos relaciones con las nuestras, que sin conocer leyes se imponen la de respetar los lazos conyugales, se puede deducir que es un acto universal, el cual al traves de mudanzas infinitas patentiza siempre la huella que le im-

primió la naturaleza. El reposo, la inercia no existe en el universo: esta estoicidad, este silencio de pasiones tan preconizado por los filósofos es contrario al hombre, pues todo es acción y movimiento en el globo; y los seres cuya nobleza anuncia su superioridad, bien lejos de ahogar en ellos los gérmenes de fecundidad que han recibido del Criador, deben un tributo sagrado á la patria, y del que jamas les dispensará la naturaleza.

Prescindamos de aquellos pocos hombres inspirados que juran morir en las pasiones, y pasemos á los celibatos desencadenados, á quienes la patria dirige las quejas que merece su ingratitud.

¡Oh! hombres, les dice al nacer, habeis encontrado leyes que separan la injusticia de la fuerza: vuestro nacimiento le debeis á estas mismas, pues á la sombra de ellas se verificó la union de vuestros abuelos! ¿Sereis tan ingratos? gozareis en mi seno de los privilegios que he concedido á vuestros conciudadanos? La discordia atiza la guerra: la trompeta suena: los hombres se reunen: el combate se enciende; si las enfermedades de la vejez debilitan sus brazos debilitados, tienen aun sangre que verter por la causa comun. Esta ancianidad generosa abraza á sus hijos: id, les dice, socorred á la patria, que yo os deba la tranquilidad que va á reinar; en mis últimos instantes podeis vosotros cubiertos de gloria, regocijar mi corazón a la vista de los laureles que ceñirán vuestras cabezas.

Y vosotros indiferentes á las sensaciones que me agitan, hombres insensibles que no conoceis ninguno de los encantos, acordados á la verdadera virtud, que me ofrecereis vuestros brazos enervados por el deleite, vuestros corazones empedernidos, y en los cuales las pasiones nobles no han penetrado jamas, ¿cómo osareis fijar vuestras miradas sobre los héroes cuyo valor asegura la felicidad pública? ¿Si mis intereses no pueden conmoveros sereis insensibles á vuestra situación personal? Paso en silencio los instantes durante los cuales el deleite emponzoña las fuerzas que os habia confiado la naturaleza: me detengo en los dias en que los dolores desgarran el velo de la ilusión y una vejez prematura introduzca la muerte en vuestros miembros haciéndoos insuportables vuestros últimos momentos.

El hombre que desdeña los gozes producidos por el amor conyugal, es ingrato á la patria, cruel á sí mismo.

Los hijos habidos en un comercio ilegítimo son el oprobio de sus padres destinados casi siempre á vejeter en la oscuridad, ó en un círculo muy pequeño: viven en un eterno aislamiento, sin oír jamas los gratos nombres de padre é hijo; nombres sagrados que causan esta inesplicable conmoción del alma.

¿Qué mas suplicio para un celibato cuyo corazón no está aun depravado, que el espectáculo encantador de una familia, cuyos miembros estan unidos por la naturaleza y las leyes? ¿Qué manantial de sensaciones inconcebibles ofrecen al labrador su mujer é hijos!

Sobre todo en los últimos instantes es cuando mas aprecia el hombre el lazo conyugal y paternal; las manos que enjugan sus lágrimas son conducidas por la naturaleza, no viendo el celibato en derredor de su tumba mas que codiciosos herederos guiados por la baja influencia del interés.

J. C.

ASHAVERO O EL JUDIO ERRANTE.

(Leyenda.)

Cuando Jesus, oprimido bajo el peso de la cruz quiso descansar algunos instantes al umbral de la puerta de Ashavero, fue rechazado cruelmente por aquel bárbaro; vaciló y cayó el Salvador bajo la enorme carga..... pero calló.

El Ángel de la cólera celestial se apareció á Ashavero, y le dijo: «Tu has negado el descanso al hijo del hombre! cruel! se te negará también á ti hasta su vuelta. Un negro demonio salido de los infiernos te irá arrojando á latigazos de una en otra region; Ashavero, no tendrás el dulce consuelo de morir, ni la paz del sepulcro.»

Ya son casi dos mil años que Ashavero vaga arrastrando por todo el mundo. Vedle: sale de una caverna tenebrosa del monte Carmelo; sacúdense la polvorosa barba, coje una de tantas calaveras acumuladas á sus pies, la tira desde la eminencia: la calavera cae dando botes, rechina, y se hace pedazos.

«Ese era mi padre! clama bramando Ashavero.»

Otra calavera y otras siete mas, ruedan con estrépito de roca en roca.

«Y esta, y estas, grita el judío con ronco grito, y enturbiados ojos, y esta y estas eran mis esposas!

Ruedan otras nuevas calaveras.

También estos, esclama Ashavero, fueron mis hijos! Ah! ellos pudieron morir.... pero yo, réprobo.... no puedo. Una sentencia terrible carga sobre mi delincuente cabeza, y la oigo tronar en derredor de mí como en el mismo momento en que se fulminó.

Jerusalén cayó. Yo ahogué al infante en la cuna, yo me arrojé á las llamas, yo insulté al romano; pero ¡ay de mí! una maldición incansable me sostenia por los cabellos.... y no morí.

«Roma iba también á caer, y corrí á ella para sepultarme en sus ruinas. El coloso se desplomó y no me aniquiló en su caída.

Naciones enteras se engrandecieron y se precipitaron á mi vista, y yo solo no perecí.

«Me arrojé al mar desde la punta de una roca que hendía las nubes; pero el torbellino de las olas me repelió á la playa, y volvió á herirme nuevamente el dardo emponzoñado de la existencia.

«Puesto á la boca del abismo del Etna, junté por espacio de diez lunas mis bramidos con los bramidos de aquel gigante, y resonaron en su boca de azufre mis gritos ¡por espacio de diez lunas!.... pero el Etna vomitó llamas, y me desechó en medio de un torrente de lavas.... revolviame en las cenizas.... y vivía todavía.

«Vi arder una selva entera, é impulsado de mi delirio corrí á ella. La resina hirviendo cayó gota á gota sobre mis miembros; y las llamas consumieron mis carnes y disecaron mis huesos, y no pudieron devorarme.

«Reuníme á los verdugos de la humanidad y me lancé en la tormenta de las batallas; provoqué al gaula, provoqué al germano; pero los dardos y las lanzas se rompían en mi cuerpo, y el alfanje del sarraceno se doblaba contra mi cráneo; caía sobre mí una granizada de balas, sin mas efecto que un puñado de piedrecillas tiradas á una coraza de hierro; y el polvo de los combates se endurecía sobre mi cuerpo como la costra de las rocas mas antiguas.

«En vano el enorme elefante me ha hollado; en vano minas de pólvora han reventado bajo mis pies, y me han tirado á los aires; siempre he vuelto á caer sobre la tierra aturrido. Sentíame abrasado, consumido, quemada mi sangre y cerebro, y hasta la médula de mis huesos en medio de los cadáveres desfigurados de mis compañeros.... pero vivía aun!

«La maza de hierro del gigante se ha hecho mil veces pedazos sobre mi cabeza: el brazo del verdugo se ha cansado, el diente del tigre se ha embotado en mí, y el león mas hambriento no ha podido desgarrarme en el circo.

«Me he echado en medio de serpientes venenosas, he irritado al dragon cojiéndole de su cresta ensangrentada: pero no obstante morderme furioso.... no me ha muerto!

«He desafiado la rabia toda de los tiranos; he dicho

á Neron: eres un verdugo! á Cristian: eres un verdugo! y á Mulei Ismael: eres un verdugo. Los tiranos inventaron para vengarse suplicios inauditos, y no han podido acabar conmigo.

«Ah! no poder morir! no poder morir! no poder descansar despues de tantas fatigas! arrastrar siempre conmigo este monton de polvo con su mortal palidez, sus enfermedades y su olor á sepulcro! no tener á la vista por tantos años sino el monstruo monotonó de la uniformidad, y mirar continuamente al tiempo devorador y hambriento echar sin cesar al mundo sus hijos, y sin cesar volver á tragarnos! Ah! no poder morir! no poder morir!

«Tú! cuya cólera me persigue ¿podrás tener castigos mas crueles? haz que caigan sobre mí con la velocidad de un rayo. Que un huracan me despeñe de la cima del monte Carmelo, que ruede á su falda hecho menudos pedazos, que se derrame mi sangre hasta la última gota.... que en fin muera!

Y Ashavero cayó en tierra. Un ruido espantoso resonó en sus oídos, sus ojos se envolvieron en tinieblas, un ángel le llevó otra vez á la caverna.

«Duérme ahora, dijo el ángel, duérme ahora con un sueño tranquilo, Ashavero, la cólera de Dios no es eterna. Cuando tu despiertes *estará allí* aquel cuya sangre viste correr en el Gólgota,.... y que te ha perdonado.»

SHUBART, poeta alemán.

CLASIFICACION DE LAS PLANTAS.

Seria imposible no confundirse entre 60,000 plantas diferentes, descubiertas por la observacion, si no hubiese un método que nos dirigiera en medio de tan inmensa multitud. El artificio de este método consiste en distribuirlas bajo ciertos principios generales en que concuerdan sus caracteres esenciales. Segun la eleccion de las partes de las plantas que han servido de base, pueden reducirse todas las clasificaciones botánicas á tres: la de Tournefort, la de Lineo y la de Jussieu.

Los fundamentos de cada una de estas distribuciones son los siguientes: Hay en cada planta una infinidad de partes diferentes, como los tallos, raices, hojas, flores etc. Tournefort estableció todas las divisiones de su sistema sobre la forma de la corola, ó de aquella parte de la flor pintada con los mas vivos colores, asiento principal de todas las sensaciones agradables que causan las plantas. Segun sus principios las 60,000 plantas conocidas se encierran en veinte y dos clases fáciles de reconocerse. Las designó con nombres que recuerdan con precision el rasgo sobresaliente de sus diferencias. La primera clase es la de las flores *campaniformes* ó de figura de campana; la segunda la de las *infundibuliformes*, ó de figura de embudo, como las flores del *Etubae*; la de las *personate* ó enmascaradas, en figura de un casco antiguo; la cuarta la de las *labiadas*, llamadas así, porque la disposicion de su corola las asemeja á dos labios; las *cruciformes*, cuya corola se compone de cuatro partes formadas en cruz de San Andres; las *rosaceas*, ó flores dispuestas como la rosa; las *umbelíferas* en las que el conjunto de la flor tiene la figura de parasol; las *carophyllaceas* ó flores semejantes al clavel, las *liláceas* semejantes al lirio; las *papilionaceas* cuya flor se parece á una mariposa, como los guisantes, judías etc. La última clase comprende las flores que no tienen figura determinada, por cuya razon las llama flores anómalas.

La clasificacion de Lineo: no se limita á la corola, sino que penetra hasta el corazón mismo de la flor, y funda sus distinciones sobre los órganos que sirven para reproducir las especies. Estas partes de la flor ocupan comun-

mente el centro, y se les conoce en botánica con los nombres de estambres y pistilo. El número de los estambres, su posición, su proporción y la falta de ellos son los caracteres por los que distingue las diferentes clases. Así comprendió todas las especies de plantas en veinte y cuatro clases, designadas con nombres griegos que espresan perfectamente sus rasgos distintivos. Primera clase: las *monandrias*, que no tienen mas que un estambre: las *diandrias*, que ofrecen dos; las *triandrias* tres; las *tetrandrias*, cuatro, y siguen hasta la clase de *dodecandrias* ó de doce estambres. Las dos clases siguientes son aquellas, una de las cuales encierran casi veinte estambres, y que Lineo llama por esto *icosandria* y la otra que contiene un número indeterminado de estambres, y se llama *polyandria*. Las once clases últimas se distinguen por las relaciones que los estambres tienen entre sí, ó con los pistilos. Así aquellas cuyos estambres todos están reunidos en un solo hacesillo, forman la clase de *monadelphas*: aquellas, cuyos estambres están pendientes sobre el pistilo, se conocen con el nombre de *gynandrias*; y por último las flores que no tienen, á lo menos en apa-

riencia, ni pistilo ni estambres, forman la última clase bajo el nombre de *criptógamas*.

Tournefort había fraguado su sistema sobre la figura de la corola, y Lineo sobre la figura y disposición de los estambres y del pistilo, cuando Antonio de Jussieu publicó un método de clasificación mas ventajoso. No se funda solamente en las diferencias parciales que median entre las plantas, sino sobre la diferencia de todas sus partes principales. Esta circunstancia hace mas apreciable la clasificación de Jussieu, porque conduce al conocimiento de la naturaleza de la planta, siendo así que por los otros dos sistemas no se consigue sino el conocer algunas de sus diferencias. Jussieu establece quince clases de plantas: cada una de estas clases se divide en un número mayor ó menor de órdenes que constituyen lo que se llama según él *familias de plantas*. Por lo demás, estas familias representan las órdenes de plantas en que Tournefort y Lineo dividieron sus clases; y estos órdenes en las tres clasificaciones que acabamos de explicar conducen á otras subdivisiones, y á los géneros y especies, hasta el conocimiento de cada individuo.



DON DIEGO DE VELAZQUEZ.

Don Diego de Velazquez y Silva nació en Sevilla el año de 1599, y fué hijo de Don Juan Rodriguez y Silva y de Doña Gerónima Velazquez; ambos tambien sevillanos; y si usó principalmente del apellido de su madre con preferencia al apellido paterno, fue tal vez porque así se acostumbra, aunque no debiera, en algunas partes de An-

dalucía; ó acaso por un exceso de patriotismo, pues el apellido de Silva aunque de nobilísimo origen, tiene mas de portugués que de español. Dió Velazquez desde sus primeros años notables indicios de su mucho ingenio sobresaliendo en todos los estudios á que se dedicó, como si para todos hubiera recibido iguales disposiciones de la

naturaleza; pero no tardó en dar muestras de su extraordinario talento para la pintura, á cuyo estudio le dejaron sus padres dedicarse exclusivamente, poniéndole bajo la dirección del pintor Francisco de Herrera (generalmente conocido bajo el nombre de *Herrera el viejo*), hombre de carácter duro y violento sobremanera; por lo cual no pudiendo sufrirlo Velazquez, pasó á la escuela de Francisco Pacheco, profesor de un carácter dulce y mas instruido en la teoría del arte que en la ejecución. Luego que Pacheco conoció la gran disposición de su discípulo, y su inclinación á pintar la naturaleza, le dejó que se dedicase á ella con toda libertad, y que pintase objetos inanimados que ejecutaba con facilidad y exactitud. Permitted que se conviniere con un aldeanito para que le sirviese de modelo en sus diferentes actitudes (1), y habiéndole así copiado varias veces, se llevó con estos ensayos la admiración de todos los inteligentes y tambien de su maestro mismo. Estudió las estampas de las obras de Rafael y Miguel Angel y otros célebres pintores, copiando ademas algunas tablas originales de las que habia en Sevilla, con lo que adquirió mucha facilidad y soltura; pero aunque como ya hemos dicho copió bastante las obras de los buenos maestros, copió aun mucho mas la naturaleza, de modo que logró formarse un estilo propio y original, *estimando en mas*, como decia el mismo Velazquez, *ser primero en la groseria, que segundo en la delicadeza.*»

«Aconsejaban algunos á Velazquez que imitase el estilo serio y delicado de Leonardo de Vinci y de Rafael, y que procurase emular á aquellos dos admirables pintores; pero Velazquez que se sentia capaz de ser *primero* en su género, no quiso ser *segundo* en otro; sabia muy bien que era imposible sobrepujar á Rafael en su estilo, y como no queria quedarse detrás de nadie, siguió una senda nueva, rica de inspiraciones originales, y la recorrió toda ella guiada por la luz de su vastísima inteligencia. Hizo, en fin, lo que solo pueden hacer los grandes hombres; perseguido por la envidia y por la mediania, sufrió como Cristobal Colon, tempestades y amarguras.... pero tambien como Colon descubrió un nuevo mundo, y grabó su nombre en el templo de la inmortalidad.»

«Siendo todavia muy joven se casó Velazquez con Doña Juana Pacheco, hija de Francisco Pacheco, cuyo retrato se conserva (aunque no estan acerca de la autenticidad muy acordes los pareceres) en el Real Museo de Madrid. A esta capital vino en el año de 1620, donde fue muy agasajado de todos cuantos tuvieron ocasion de conocerle, especialmente de D. Juan de Fonseca y Figueroa, por cuya mediación trabó amistad con los mas sobresalientes ingenios de esta capital, y retrató con su acostumbrada perfeccion al admirable poeta D. Luis de Góngora y Argote. Pero no habiendo tenido por entonces ocasion de retratar á los reyes, se volvió á su patria.»

«Llamóle á Madrid el año de 1623 el mismo Don Juan de Fonseca de quien antes hablamos, de acuerdo con D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, para que hiciese el retrato de Felipe IV, y los de los infantes D. Carlos y Cardenal D. Fernando. Acabó Velazquez el retrato de S. M. en 30 de agosto de 1623; y fue tan á gusto de cuantos le vieron, que en aquel mismo instante (á los 24 años de edad) le nombró el rey su primer pintor, con la particularidad de que nadie en lo sucesivo habia de retratarle sino él, como cuentan que hizo Alejandro con Apeles. Este retrato que segun todas las probabilidades es el que se conserva en el Museo de Madrid, se espuso entonces en la calle Mayor, frente á las

gradas de san Felipe, para que pudiera este honrado pueblo madrileño recrearse en contemplar la imagen de su soberano. Es este retrato, verdadero prodigio del arte, una de las mas preciosas riquezas de nuestro riquísimo Museo, tanto que parece imposible al verle, que aquel caballo y aquel ginete no esten dotados de vida y movimiento.»

«El primer cuadro de historia que pintó de orden de S. M., fue el de la espulsion de los moriscos por el rey don Felipe III, que acabó Velazquez en el año de 1627. Pintó esta historia en oposicion á otros tres pintores del rey (Eugenio Caxés, Vicencio Carduchi y Angelo Nardi); pero habiéndose su cuadro aventajado á todos los demas, fue elegido para colocarse en el salon grande del Palacio del Buen Retiro (2). Nada diremos del de la rendicion de Breda, conocido con el nombre de *las lanzas*, porque ademas de ser universalmente conocido como la obra maestra de la escuela española, nos parece esta eminente composicion superior á todo cuanto pudiéramos decir en alabanza suya. Hállase ahora este cuadro en el museo de Madrid para delicia y admiracion de todos los inteligentes.»

«Fue excelente Velazquez no solo en el género histórico, sino tambien en todos cuantos emprendió, reasumiendo en sí solo las diferentes calidades de buen dibujante, admirable colorista, y excelente compositor. En todos los géneros ha dejado inimitables modelos, siendo de admirar que en todos haya sobresalido como si á cada uno en particular se hubiera dedicado exclusivamente. Véase sino su cuadro llamado *de los borrachos*, que no parece sino que toda su vida la pasó el autor estudiando los efectos del vino sobre la fisonomía de los secuaces de Baco; y véase en seguida el de la *coronacion de Nuestra Señora*, digno de competir con los mejores de la escuela italiana. ¿Pues qué diremos de sus retratos? Aun se conserva en la galeria del palacio Doria, en Roma, el que hizo nuestro Velazquez del papa Inocencio X, de quien todavia refieren los *cicerones*, que habiendo un dia entrado el camarero de S. S. en la antecámara donde se hallaba el retrato, se volvió á salir diciendole á diferentes cortesanos que estaban en la pieza inmediata que hablasen quedo, porque los estaba escuchando S. S. Esta anécdota, aun cuando no sea cierta, prueba á lo menos la alta estimacion que se hace en Roma del susodicho retrato.»

«Otra anécdota refieren algunos autores, relativa al retrato de don Adrian Pulido Pareja, caballero del orden de Santiago, capitan general de la armada y flota de Nueva España, que fue uno de los pocos que firmó Velazquez. Dicen que estando un dia pintando en su estudio (que lo tenia dentro de palacio en la galeria que llamaban del *Cierzo*, de que solo tenian llave S. M. y él) entró el rey, segun su costumbre, á verle pintar; y habiendo reparado en el retrato que se hallaba entre otros lienzos en un rincon de la sala, le dirigió la palabra, diciendo. — «*¿Qué! todavia estás aqui? No te he despachado ya, cómo no te vas?*» Hasta que habiendo observado que permanecia inmóvil su capitan general, se acercó al retrato y dijo á Velazquez que modestamente disimulaba: «*Os aseguro que me engañé.*» Poseia aun no ha muchos años este retrato el duque de Arcos.»

«Hay en el Museo de Madrid un cristo crucificado de Velazquez, que es una de sus mejores producciones, y que estuvo por mucho tiempo en la iglesia de san Plácido. Regalóselo á S. M. D. Fernando VII el duque de S. Fernando.»

«Dos viajes hizo Velazquez á Italia; el primero en el año de 1629, habiéndose embarcado en Barcelona con don Alfonso Espinola, marques de los Balbases, capitan general de las armas españolas en los Países-Bajos,

(1) «Tenia (Velazquez) cohecho un aldeanillo aprendiz que le servia de modelo en diversas acciones y posturas, ya llorando, ya riendo, sin perdonar dificultad alguna, y por él hizo muchas cabezas de carbon y realce en papel azul y de otros muchos naturales con que grangeó la certeza en el retratar:» Pacheco.—*Arte de la pintura.*

(2) Entre los muchos objetos preciosos de que nos han privado nuestras frecuentes guerras, no hay acaso ninguno cuya pérdida sea tan dolorosa para nuestros artistas como la de este cuadro, que debió de ser admirable, puesto que fue el único que firmó Velazquez.

y el segundo en el año de 1648, con embajada extraordinaria cerca del pontífice Inocencio X, para comprar gran número de pinturas originales y estatuas antiguas de las mas celebradas que hay en la Italia. Salíó de Madrid en noviembre de dicho año de 1648, y se embarcó en Málaga con D. Jaime Manuel de Cárdenas, duque de Nágera, que iba á Trento á esperar á la reina doña Maria Ana de Austria, hija del emperador Fernando III y de doña Maria, infanta de España. Desembarcaron en Génova, y tanto en esta ciudad como en todas las que habitó Velazquez, fue en extremo agasajado y atendido por cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Pasó en Italia año y medio en su primer viaje, la mayor parte del tiempo en Venecia, ciudad á que era en extremo aficionado por hallarse allí lo mejor de Ticianno, Tintoretto y Pablo Veronés pintado al fresco en el templo de San Marcos, en el palacio de los duques, y en la sala del gran consejo.»

«Copió un cuadro de Tintoretto que representaba á Cristo comulgando á sus discípulos, obra admirable! que trajo á España y la regaló á S. M.: y hubiera permanecido mas tiempo en aquella patria de tantos grandes pintores, á no habérselo impedido la inquietud que le causaban las guerras en que ardía entonces la república veneciana. Era tanta la inseguridad con que se vivía en aquella ciudad, que tenía el embajador de España, en cuyo palacio estaba alojado Velazquez, que enviar con él algunos de sus criados siempre que salía, para que escoltasen su persona.»

«En las dos temporadas que pasó Velazquez en Roma, estuvo alojado y servido en el Vaticano con todo regalo; pero deseoso de hallarse con mas libertad y en sitio mas á propósito para trabajar durante el verano, logró (aunque fue necesario para ello que negociase el embajador de España con Manuel de Zúñiga y Fonseca, conde de Montecrey, con el gran duque de Toscana), por el alto aprecio que este hacía de nuestro pintor que se le aposentase en el palacio ó villa de los Médicis, que está en la Trinita de monte en la parte mas alta y mas airosa de Roma. Allí pasó algunos meses, hasta que habiendo sufrido un fuerte ataque de tercianas, se lo llevó el embajador á su casa, para que estuviese mejor atendido y cuidado como correspondía á un hombre tan eminente. Dos cuadros originales pintó Velazquez en su primer viaje á Roma, y ambos trajo á España para regalárselos al Rey, quien los mandó colocar en el Buen-Retiro. El uno representa á los hijos de Jacob presentando la túnica ensangrentada de Josef, y el otro á Vulcano en su fragua rodeado de sus éclopes, ambos de extraordinario mérito y dignos de su autor; hallase el segundo actualmente en el Museo de Madrid, y el primero en el Escorial, en la sala de capitulo.»

«Volvió Velazquez á España despues de tres años de ausencia, y aunque hubiera deseado pasar por Paris, para lo cual obtuvo pasaporte del embajador de Francia, no se resolvió á hacerlo por la inquietud de las guerras; y así habiéndose embarcado en Génova, llegó á Barcelona á mediados de junio de 1651. Vacieron poco despues las estatuas y bajos-relieves que habia traído los escultores Gerónimo Ferrer, que vino de Roma para el efecto, y Domingo de la Ríoja, excelente estatuario madrileño.»

«Dióle S. M. poco despues de su llegada, el destino de aposentador mayor de palacio; merced que fue para él de mas perjuicio que provecho, pues le obligaba á emplear en su desempeño muchas horas, durante las cuales hubiera podido adquirir nuevos títulos á la inmortalidad. Entonces fue cuando pintó aquel célebre cuadro que ahora está en el Museo de Madrid, donde se ve á Velazquez retratando á los reyes, cuya imágen se refleja en un espejo. Están tambien retratados en él, la infanta Doña Margarita Maria Ana de Austria y otros personajes, entre quienes se hacen notables por su nana vista fealdad, la enana Mari-Bárbara y el enano Ni-

colásico Pertusato (1). De este cuadro, que algunos apellidan el mejor de cuantos pintó Velazquez, dijo Lucas Jordan habiéndole preguntado Carlos II, que *¿qué tal le parecia?*—*Señor, esta es la teología de la pintura, queriendo dar sin duda á entender que así como la teología es superior á todas las demas ciencias, así era superior aquel cuadro á todos los demas; pero con perdon sea dicho del señor Lucas, nosotros no conocemos cuadro alguno superior á la *rendición de Breda*.»*

«Acompañó Velazquez al rey en la jornada que hizo á Aragon en 1642, para pacificar el principado de Cataluña, y volvióle á acompañar en la que hizo dos años despues, para recuperar á Lérida oprimida por las armas francesas, como lo verificó el domingo 30 de julio de 1644, con cuyo motivo le retrató armado de punta en blanco y á caballo, como entró en la ciudad. Fue tambien acompañando á S. M. en la jornada que hizo á Irun en el año de 1660, para conducir hasta las fronteras de Francia á la infanta Doña Maria Teresa de Austria, prometida en matrimonio á Luis XIV, á quien fue entregada el 7 de julio en la casa de la Conferencia, situada en la isla de los Faisanes, donde un año antes el cardenal Julio Mazarino y el conde duque de S. Lucar habian ajustado las paces entre ambos reyes el católico y el cristianísimo. Puso este en manos de Don Diego Velazquez el regalo que traía para el rey de España, que consistía en un toison de diamantes y un reloj de oro guarnecido de piedras preciosas; todo lo cual entregó nuestro pintor á Felipe IV en el palacio del castillo de Fuenterabía.»

«Cuando volvió Velazquez á Madrid, se habia extendido la noticia de su muerte, con lo que su vista llenó de alegría á sus numerosos amigos; pero pronto se convirtió esta alegría en lágrimas y luto. El sábado último de julio del mismo año día de S. Ignacio de Loyola, habiendo estado Velazquez toda la mañana pintando en palacio, empezó á sentir grandes sudores y angustias en el estómago y en el corazon, con lo que tuvo que retirarse inmediatamente á su casa en extremo desazonado. Empezó á asistir su médico Vicente Moles, y envió el rey, cuidado de su enfermedad, para que le asistieran, á sus médicos de cámara los doctores Miguel de Alva y Pedro de Chávarri; visitóle tambien de orden de S. M. D. Alfonso Perez de Guzman el Bueno, arzobispo de Tiro y patriarca de las Indias, para su consuelo espiritual; pero todo fue inútil. El viernes 6 de agosto, año de 1660, día de la transfiguración del Señor, despues de haber recibido los santos sacramentos y otorgado poder para testar á su amigo D. Gaspar de Fuensalida; á las dos de la tarde y á los 61 años de su edad, dió su alma á quien para tanta admiración del mundo le habia creado.»

«Era D. Diego de Velazquez de mas que mediana estatura, muy bien plantado y en extremo galán de su persona, como se ve por su retrato de cuerpo entero que colocó en el extremo izquierdo del cuadro de *las lanzas*, entre los soldados españoles que rodean al marqués de Espinosa, y en el que se representó á sí mismo retratando á los reyes. Su trato era amable y agudo su ingenio; ni envidió la gloria de los demas, ni dejó siempre que pudo, de favorecer á los pintores, como lo ejecutó con Miguel Colona y Agustín Miteli cuando vinieron á España; y sobre todo con el célebre Pedro Pablo Rubens, de quien fue grande amigo cuando vino de embajador extraordinario del rey de Inglaterra, para tratar las paces con España, por disposición del archiduque Alberto. Que era muy agudo en sus dichos, lo prueba la respuesta que dió un día al rey cuando le dijo que no

(1) Poseen en el día el boceto original que hizo Velazquez para este cuadro, los herederos de D. Gaspar de Jovellanos.

faltaba quien digese que toda su habilidad se reducía á saber pintar una *cabeza*; á que respondió: «Señor, mucho me favorecen, porque yo no sé que haya quien la sepa pintar.» Habiéndose visto precisado en otra ocasión á borrar parte de un excelente retrato que habia hecho del rey á caballo, porque todos, cual por envidia, cual por ignorancia, lo tachaban de algun defecto, puso en el lienzo borrado la siguiente firma: «*Didacus Velazquez, regis pictor, expingit*», con lo que dió prueba no menos de ingenio que de modestia. Hallándose en el Escorial con el rey, y deseando este compensarle de algun modo por sus muchos méritos y alto talento, le dijo que eligiese una de las tres órdenes militares, y eligió Velazquez la de caballería de Santiago, cuyo hábito recibió en el convento de religiosas de Corpus Christi, por mano de D. Gaspar Alonso Perez de Guzman el Bueno, conde de Niebla, el día de San Próspero, viernes 28 de noviembre del año de 1658; siendo su padrino el Excmo. Sr. D. Baltasar Barroso de Ribera, marques de Malpica, comendador del orden de Santiago. Refiere el buen Palomino, que habiéndose retardado el despacho de las pruebas por algun accidente ocasionado sin duda de la emulacion, mandó el rey al marques de Tabara, presidente de órdenes, que le enviase los informantes porque tenia que decir en las pruebas de Velazquez, y que habiendo venido, dijo el rey: «*Poned que á mí me consta de su calidad*:» con lo cual no fue menester mas exámen (4). En el año de 1650, á los 51 de su edad, recibió Velazquez el título de académico romano.»

«Celebráronse sus exequias con la mayor solemnidad en la parroquia de S. Juan Bautista, en cuya capilla mayor fue colocado su cuerpo en un túmulo que le estaba prevenido, donde permaneció todo aquel día y el siguiente, vestido con el manto capitular, con la roja insignia en el pecho y con sombrero, espada, botas y espuelas como se acostumbra con los caballeros de la orden.»

«De allí lo llevaron algunos artistas hasta la bóveda de D. Gaspar de Fuensalida, donde halló eterno descanso el cuerpo del pintor mas eminente que ha producido nuestra patria.»

«Consagróse un epitafio su discípulo D. Juan de Alfaro, insigne cordobés, en el que reasumió en breves palabras, los principales sucesos de su vida.»

(Estractado del ARTISTA, T. I. artículo firmado E. O.)

TRIBUS QUE SE ALIMENTAN CON TIERRA,

Y OTRAS QUE VIVEN EN LOS ARBOLES.

Se ha observado que en todas las regiones de la Zona tórrida los individuos de ciertas tribus tienen una inclinacion irresistible á comer tierra, y que la que prefieren es una arcilla muy crasa y que exhala un olor fuerte. Este singular apetito domina en la Nueva Caledonia, en la isla de Java, en Guinea, el Perú, etc. En América es donde se han hecho mas observaciones sobre este punto, y Mr. Humboldt refiere hechos tan circunstanciados, que no dejan ya dudar de las relaciones de otros viajeros.

La tribu que parece mas poseída que las demas del

(4) «No podemos afirmar con certeza lo que se cuenta haber sucedido en palacio luego que Velazquez concluyó este cuadro (el que llamó Jordán la teología de la pintura). Aseguran que habiéndole visto el rey finalizado, dijo que le faltaba una cosa esencial, y que tomando S. M. la tablilla y pinceles, pintó sobre el pecho del retrato la cruz de Santiago.»

Cean Bermúdez. *Disc. hist. de prof. de Bellas artes en España*, T. V.

Esto mismo hizo Napoleon con el célebre Luis David, pintándole en su retrato la legion de Honor.

gusto de comer tierra es la de los *Ottomacos*, que habita en las márgenes del Orinoco. Mientras las aguas de los rios estan bajas, se alimentan aquellos salvajes de peces y tortugas; pero en llegando las inundaciones periódicas les falta absolutamente este alimento y se mantienen durante ellas con un barro craso y unctoso, verdadera arcilla de alfaretero, algo rojiza por un poco de óxido de hierro. La amasan en bolas, la cuecen á fuego lento y la conservan en sus chozas formadas en pirámides, y cuando quieren comer de ellas, las humedecen. Cada individuo, segun Mr. Humboldt, consume tres cuartas partes ó cuatro quintas partes de una libra de tierra.

Los Ottomacos ponen mucho cuidado en elegir la tierra que les sirve de alimento, porque han llegado á adquirir una delicadeza, respecto á aquel alimento, tan estrordinaria, que los constituye en verdaderos golosos de tierra; así es que aun en la estacion seca y cuando abundan en pesca, comen todos los dias como por regalo algunas bolas de arcilla al fin de la comida. Esta es para ellos una especie de postre.

¿Será esto solamente el gusto facticio, suscitado en su origen por la necesidad verdadera de alimento, y continuado despues por anomalía? ¿Tendrán efectivamente las tierras algun jugo alimenticio, ó servirán no mas que para engañar, por decirlo así, el hambre, mientras el cuerpo se sostiene viviendo de su propia sustancia, como se verifica con los animales dormilones? Nada se sabe de cierto sobre estas diferentes cuestiones, y acaso nuevas y constantes observaciones podrán solo resolverlas; pero lo que no tiene duda es que los Ottomacos son los bombres mas feos y sucios del orbe, y esto no depone muy favorablemente con respecto á la especie de su alimento.

Tambien existe á la embocadura del Orinoco otra nacion indomita, cuyas costumbres son harto singulares, y es la de los *Guaranci*, que en la estacion de las lluvias y cuando el Delta se inunda, viven como los monos, en las copas de los árboles. La palmera abanico (*mauritia*) les da alimento y habitacion, y con las fibras de sus hojas tejen esteras que tienden diestramente desde un árbol á otro.

Aquellas viviendas colgantes estan cubiertas en parte de arcilla; las mugeres encienden sobre ellas la lumbre necesaria para los menesteres domésticos, y el viajero que navega de noche ve desde el rio una dilatada hilera de llamas, á una gran elevacion y enteramente separadas de la tierra. A cierta época la médula del tronco de la *mauritia*, encierra una arina parecida al sagú que forma secándose unas roscas pequeñas de la especie del pan; con la sávia fermentada se hace un vino dulce y vigoroso, y los frutos del mismo árbol, como la mayor parte de los de la Zona tórrida, dan un alimento que varía de gusto y de calidad, segun la época de madurez en que se cojen.

De este modo, dice Mr. Humboldt, encontramos en el grado mas bajo de la civilizacion humana, que existe una tribu adherida á una especie de árbol, y semejante á la de los insectos que no subsisten sino con cierta parte de una flor.

EL PANTOGRAFO.

El pantografo es un instrumento formado de cuatro reglas paralelas de dos en dos, y cuya disposicion es tal que cuando con un punzon acomodado en una de ellas se siguen los contornos de un dibujo, un lápiz puesto en otra reproduce el mismo dibujo, ya mayor ya menor, segun la disposicion en que se ha colocado el lápiz.

Otros instrumentos contruidos segun el mismo principio sirven para copiar á la naturaleza misma; pero en

vez de una punta que vaya siguiendo los contornos del original, es una mira la que la mano, guiada por la vista va moviendo en la direccion de los contornos naturales. El *diagrafo* de Mr. Gavard, y un instrumento inventado por Mr. Simian tienen igual objeto.

El *torno*, cuya descripcion tenemos por inútil, puede contarse entre los aparatos propios para copiar ciertas formas.

El *torno de retrato* es una máquina por cuyo medio se reproduce con la mayor facilidad un bajo relieve, como una medalla sea de metal ó de marfil ó de otra cualquiera materia. Una punta embotada sigue sucesivamente sobre todos los puntos del bajo relieve que se quiere copiar, llevada de un movimiento muy lento y en espiral; un resorte ó un peso la obliga á penetrar en todos los vacíos que encuentra. Una punta cortante, adaptada á la misma pieza de la máquina vá siguiendo todos los movimientos de la primera; pero puede reproducir segun se quiera dichos movimientos, en escala mayor ó menor. Delante de la punta cortante se coloca la materia en que se va á trabajar, de modo que cuando la punta roma se introduce en un hueco del original, la punta cortante escaba del mismo modo en la copia, y cuando la primera jira sobre una parte saliente, la segunda hiere á la materia mas por encima.

Esta máquina es, como se deja conocer, de la mayor utilidad para los grabadores de medallas, que dando á sus originales grandes dimensiones, pueden ejecutarlos con mayor cuidado, y reducirlos luego sin trabajo á las dimensiones que quieran. Otra de las ventajas de esta máquina es la de que reduciendo así las dimensiones de la copia, quedan otro tanto reducidos los defectos que pueda tener el original; y que la copia de un original bosquejado apenas tenga todas las apariencias de una pieza casi concluida. Algunos de estos *tornos de retrato* estan contruidos de manera que formen cabidades en vez de prominencias, y al revés; y de esta suerte de una medalla puede sacarse un sello.

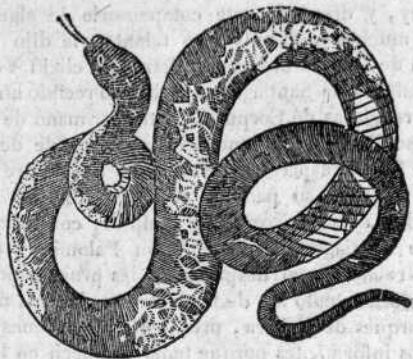
El célebre Watt, á quien puede considerarse como el verdadero inventor de la máquina de vapor, se ocupó por mucho tiempo en idear una máquina propia para copiar bustos; pero murió sin haberla concluido, ó á lo menos nada dejó que diese luz acerca de sus operaciones; pero un mecánico francés, Mr. Collas, ha resuelto completamente este problema.

Un arte mas reciente, y cuyos resultados no disfruta todavia el público, es el de reproducir en un grabado en dulce y por medio de una máquina el efecto de un bajo relieve, sobre el cual opera directamente la máquina. La exactitud del bajo relieve nada deja que desear; y si Mr. Collas, su inventor, pone en circulacion los resultados de ella, se podrán formar con economia colecciones de medallas y de bajos relieves, que son caras y quebradizas, en yeso ú azufre.

EL GRAN BOA.

La serpiente gigantesca, conocida con este nombre, habita en el Africa, la India y la América meridional, en donde se albrga en los parages menos frecuentados, en el fondo de las selvas y en las lagunas. Su color principal es el gris amarillento; pero ostenta en su lomo encadenadas unas con otras manchas obaladas de pardo rojizo, y algunas enteramente rojas: tiene de treinta á cuarenta pies de longitud, y su grueso es por lo comun el de un cuerpo humano. Así es que se cuenta que yendo de caza un soldado y un indio, se sentó este sobre lo que le pareció un tronco de un árbol cortado; pero en bre-

ve el aparente tronco empezó á moverse, y aquel desgraciado, dando un grito de espanto, cayó hácia atrás, pues se habia sentado sobre una serpiente Boa. El soldado que no estaba lejos, apuntó á la cabeza del monstruo y le mató, corriendo en seguida á socorrer á su compañero, á quien encontró muerto del susto.

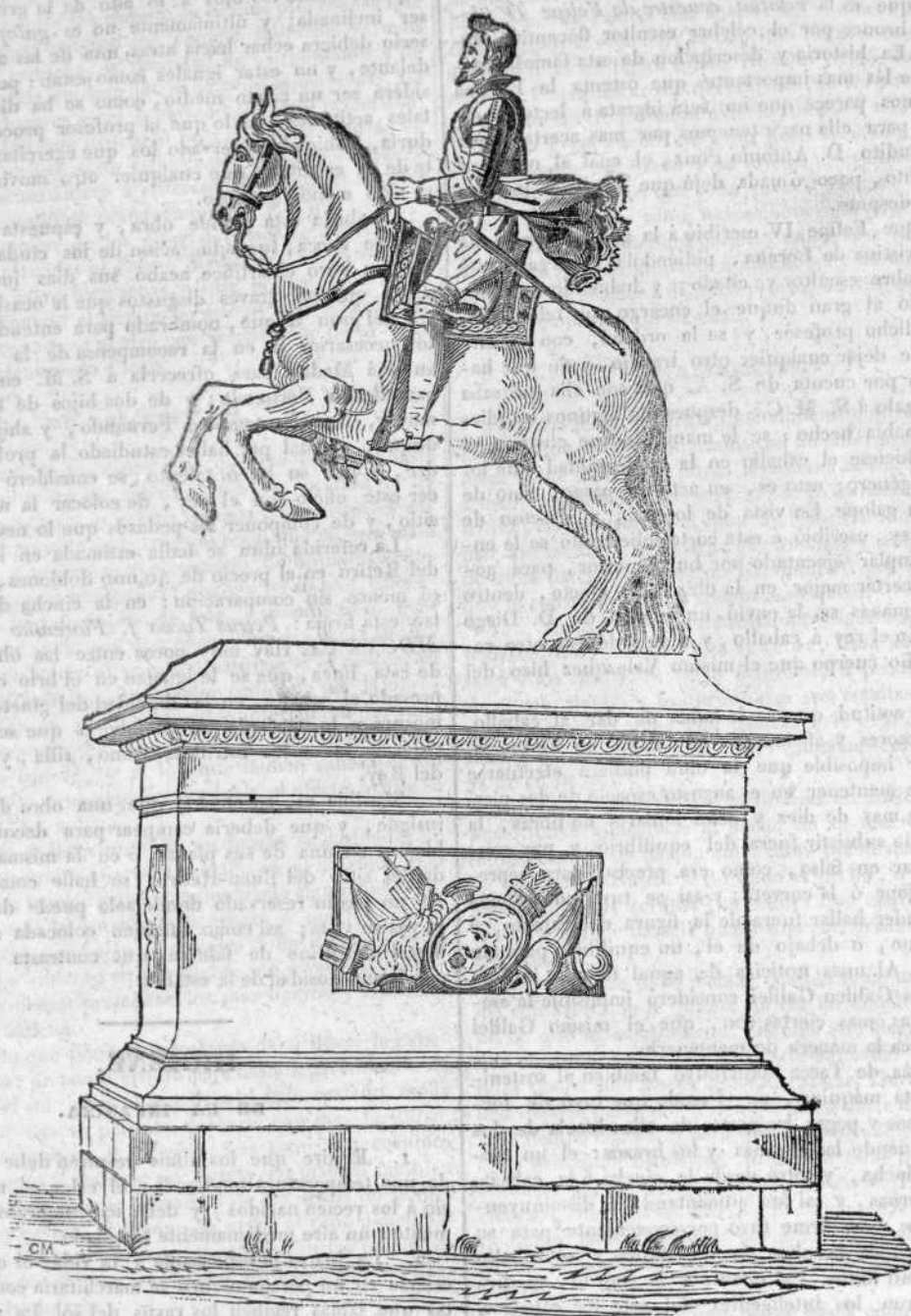


El Boa es estremadamente voraz, y su fuerza le permite atacar los animales mas corpulentos. Un viajero refiere haber visto á una de estas serpientes matar á un búfalo y devorarlo. El Boa se arrojó á él, le ciñó con innumerables vueltas, y á cada una de aquellas con que le rodeaba se oian crujir los huesos del búfalo con un ruido igual por decirlo así, al de una detonación de una arma de fuego. En vano el pobre animal forcejaba exhalando dolorosos bramidos; su mortal enemigo se arrolló en su cuerpo con tal violencia, que todos sus huesos quedaron quebrantados, como los de un malhechor puesto en la rueda. Cuando ya todo su cuerpo no fué mas que una masa informe, se desenroscó la serpiente, y para que su presa pudiese entrar mas facilmente en su garguero, la lamió y cubrió de muclago. Despues empezó á tragarla por el estremo que le presentaba menos resistencia, y se veia como iba ensanchándose su garguero hasta el punto de dar paso á un cuerpo de triple volúmen que el suyo.

Hay naturalistas que aseguran que se han encontrado Boas que se habian tragado un ciervo entero, escepto los cuernos, que no pudiendo tragarlos estaban pendientes fuera de la boca.

Por fortuna de la especie humana la voracidad de estos animales ocasiona á menudo su propia destruccion, porque cuando estan de este modo repletos se aletargan, y les cuesta mucho trabajo arrastrarse hácia algun asilo en donde ocultarse, decir y dormir tranquilamente. Tan incapaces entonces de huir, como de defenderse, no tienen medio alguno de resistencia, y un indio les ataca sin temor alguno.

Pero no es lo mismo cuando se ha disipado aquel estado de soñolencia. Entonces se la ve salir de su madriguera con una hambre rabiosa, y su vista aterra igualmente á los hombres que á los animales. No obstante si el hambre ó la precision de defenderse no los estimula, los Boas no muerden jamás, y sus mordeduras no son venenosas.



ESTATUA DE FELIPE IV

en el sitio del Buen-Retiro.

Queriendo el poderoso valido Conde-duque de Olivares, adormecer la imaginacion de su soberano con el incienso de la adulacion y el brillo de los festines, le sugirió la idea de la formacion del sitio del Buen-Retiro, en cuyo recinto vinieron á reunirse con aquel objeto los encantos de la naturaleza y de las artes. Concluido que fue, y ocupada en él por largos años la imaginacion poética del monarca, llamó á engalanar su corte á todos los ingenios privilegiados del pais, y no contento con esto qui-

so hacer tributarios del mismo á los que mas se aventajaban en las bellas artes en las naciones extranjeras. Los arquitectos Crescenci y Bonavia alternaron con los españoles en la traza de los edificios; las pinturas de Lucas Jordan los embellecieron á par que las de Caxés y Carducho, y las soberbias esculturas de Pedro Tacca y de Leon Leoni, sobrepusieron á los esfuerzos de los escultores nacionales.

De todos aquellos primores quedan hoy escasos res-

tos á consecuencia de los descabros sufridos por este sitio en tiempo de la dominacion francesa; mas permanece afortunadamente el mas apreciable de aquellos monumentos, que es la *estatua ecuestre de Felipe IV* ejecutada en bronce por el célebre escultor florentino Pedro Tacca. La historia y descripcion de esta famosa estatua, una de las mas importantes que ostenta la Europa moderna, nos parece que no será ingrata á lectores españoles, y para ella nada tenemos por mas acertado que seguir al erudito D. Antonio Ponz, el cual al ocuparse en este asunto, poco ó nada dejó que añadir á los que lo hicieran después.

Sábase que Felipe IV escribió á la gran duquesa de Toscana, Cristina de Lorena, pidiéndola encargase esta obra al célebre escultor ya citado; y habiendo esta Señora confiado al gran duque el encargo que tenía, llamó este á dicho profesor, y se le ordenó, con la circunstancia de dejar cualquier otro trabajo, y de que habia de correr por cuenta de S. A. que con ella pensaba hacer un regalo á S. M. C.: despues de algunos estudios que Tacca habia hecho, se le manifestó que gustaria el rey que no hiciese el caballo en la conformidad que los otros de su género, esto es, en acto de paseo, sino de corveta ó de galope. En vista de lo cual, y deseoso de agradar al rey, escribió á esta corte solicitando se le enviase un ejemplar ejecutado por buen pintor, para gobernarse y acertar mejor en la obra. En efecto, dentro de pocas semanas se le envió un cuadro de D. Diego Velazquez con el rey á caballo, y á mas de esto otro retrato de medio cuerpo que el mismo Velazquez hizo del rey.

Vista la actitud que se le habia de dar al caballo, por los profesores y aficionados que habia en Florencia, tuvieron por imposible que la obra pudiera efectuarse tratándose de mantener en el angosto espacio de dos pies, una mole de mas de diez y ocho millares de libras, la cual habia de subsistir fuera del equilibrio, y por consiguiente pisar en falso, como era preciso para representar el galope ó la corveta; y así se tuvo por quimérico el pretender hallar fuera de la figura del caballo, ó sobre el plano, ó debajo de él, un equilibrio para tan grande salida. Algunas noticias de aquel tiempo indican que el célebre Galileo Galilei consideró imposible la empresa; pero las mas ciertas son, que el mismo Galilei sujirio al Tacca la manera de mantenerlo.

La destreza de Tacca contribuyó tambien al sostenimiento de esta máquina, en el modo que tuvo de formar los gruesos y pegar las partes de ella: hízola de dos trozos exceptuando las piernas y los brazos: el un trozo hasta la cincha, y otro desde la cincha á la cabeza: macizó las piernas, y así fue aumentando ó disminuyendo los gruesos, conforme tuvo por conveniente para su intento. Pesó toda la obra de la estatua y el caballo diez y ocho mil libras. En cuanto á la actitud, se dirá lo que sintieron los inteligentes del arte de cabalgar, suponiendo antes que el caballo se maneja en dos maneras, esto es, en los aires altos, y en la tierra. Una de las operaciones del manejo del aire es la *corbata*, formándola cuando se levanta, caminando siempre doblando los brazos hácia el pecho, y manteniéndose ó equilibrándose sobre las ancas, bajando la grupa hácia el suelo. La *posada* es otra especie de operacion en el aire, y esta la hace el caballo al terminar cualquier manejo, hágase en tierra ó en el aire: es un género de corveta, con la diferencia de que en la posada se levanta mas en el aire que en la corveta, y despues se para, y se afirma con los cuatro pies. La alzada es nombre genérico de todos los movimientos que hace el caballo al alzarse con los brazos y posarse sobre las piernas.

La actitud que dió Tacca al caballo, es como un medio, ó compuesto de las referidas operaciones, no siendo coiveta por no sostenerse lo bastante sobre las ancas,

bajando la grupa, y levantando la cabeza y espaldas. Tampoco es posada por describir su figura una línea cuasi plana desde los ojos á lo alto de la grupa, debiendo ser inclinada; y últimamente no es *galope*, pues para serlo debiera echar hácia atras una de las ancas y la otra delante, y no estar iguales como estan: por tanto se considera ser un cierto medio, como se ha dicho, entre las tales actitudes, en lo que el profesor procedió con sabiduría, habiendo observado los que egercitan la noble arte de la escultura que cualquier otro movimiento hubiera sido menos gracioso.

Acabada esta grande obra, y espuesta en la misma casa de Tacca, fue admiracion de los ciudadanos de Florencia; pero el artifice acabó sus dias inmediatamente: dicen que por graves disgustos que le ocasionó un ministro del gran duque, nombrado para entender en los gastos necesarios y en la recompensa de la obra. Esta se envió á Madrid para ofrecerla á S. M. en nombre del gran duque Fernando; y de dos hijos de Tacca vino el mayor, llamado tambien Fernando, y ahijado del gran duque, el cual por haber estudiado la profesion del padre, y por su buen talento, se consideró capaz de hacer este oficio con el rey, de colocar la máquina en su sitio, y de componer los pedazos que lo necesitasen.

La referida obra se halla estimada en los inventarios del Retiro en el precio de 40,000 doblones, aunque costó menos sin comparacion: en la cincha del caballo se lee esta firma: *Petrus Tacca f. Florentiae anno salutis MDCXXXX*. Hay muy pocas entre las obras modernas de esta línea, que se le igualen en el brio como está espresado el caballo, en la dignidad del ginete, en la hermosura y lo acabado de las labores que se ven, particularmente en los estribos, freno, silla, y en la banda del Rey.

Sensible es, en efecto, que una obra de mérito tan insigne, y que deberia campear para decoro de la poblacion en una de sus plazas, ó en la misma de la entrada del sitio del Buen-Retiro, se halle como desterrada en un jardin reservado donde solo puede disfrutarse rara vez su vista; así como tambien colocada sobre un pedestal mezquino de fábrica, que contrasta visiblemente con la suntuosidad de la estatua.

HIGIENE.

DE LA INFANCIA.

1. El aire que los niños respiren debe ser puro y de una temperatura moderada; el calor es muy necesario á los recién nacidos, y debe acostumbráseles gradualmente á un aire medianamente templado.

2. La luz es indispensable á la vida; el que llegase á criarse en un parage oscuro se marchitaría como las plantas que jamás reciben los rayos del sol. La vista del niño no debe esponerse á la influencia del sol ó de cualquiera otra luz demasiado viva; de lo contrario resultaria una irritacion que devilitaria sus órganos, ó le haria contraer la costumbre de guiñar los ojos.

3. Cuando ya los niños pueden andar es preciso habitarlos á soportar el frio, y á buscar en los juegos un calor saludable. Cuanto mas encerrados y rodeados de precauciones se les tenga, tanto mas susceptibles se hacen á cualquiera impresion. Si la accion del aire sonrosea su piel, puede presumirse que su cutis es muy delicado; pero esta será morena, si dicha impresion la hace tomar un color blanquecino.

4. Todos los dias apenas el niño se levanta debe dejarse desnudo durante algunos instantes, de forma que pueda agitar sus miembros, ya sea á los rayos del sol, ó ya delante de un fuego moderado; cuidando sobre todo de darle algunas leves fricciones por todo el cuerpo á fin de

favorecer la transpiración. Su cuna se colocará al abrigo de las corrientes del aire, pero las cortinas se abrirán amenudo á fin de renovar el aire que respira.

5. La mansión de los campos le es mas provechosa que la de las ciudades: evitense los parages húmedos y bajos cuyo aire no se renueva, la vecindad de los pantanos y de los sitios de donde emanan las exhalaciones malélicas. La morada en los lugares secos y elevados es muy preferible; véase sino la salud que disfrutan los niños que se crían en las montañas; el que viste ligeramente y lleva la cabeza desnuda está menos sujeto á enfermedades que el que es objeto de un cúmulo de precauciones.

6. La habitación de los niños debe ser elevada siendo preferibles las situadas al Este ó Mediodía: las paredes se cuidará de que esten bien secas, y que la cama esté separada de ellas. Cuando el tiempo no esté ni muy frio ni muy húmedo debe renovarse el aire con frecuencia, ni se haga en la estancia demasiado fuego.

DE LOS VESTIDOS.

7. La cabeza de los niños debe tenerse cubierta hasta que esté bien provista de cabellos, pero se cuidará de no abrirla demasiado. Los gorros gruesos concentran el calor, retienen la materia de la transpiración que en esta edad es abundante, y favorecen el desarrollo de aquellas erupciones variadas conocidas bajo el nombre de usagre. Cúbreselas la cabeza con un capillo de tela, y sobre este un gorro de flanela sostenido con una cinta. Regularmente los niños ninguna tendencia ofrecen á desabrigarse la cabeza, así es que las carrilleras lejos de ofrecer utilidad, por la opresión que causan en el cuello pueden interrumpir las funciones mas importantes. Los vendajes con que pretenden sujetar la cabeza, y á los que llaman cabezales son asimismo inútiles y no pueden producir el efecto á que se dedican.

8. Cuando se lleva un niño en brazos se sostendrá su cabeza y se procurará que vaya sentado en el antebrazo; si se comprime su cuerpo puede ocasionársele alguna deformidad: guardaos de levantarle de la cabeza ó por los brazos. Los chichoneros que suele ponérseles á fin de precaverlos de algun golpe violento en la cabeza, son á veces demasiado pesados, y deben preferirse los mas ligeros y elásticos, de paja ó de ballena.

9. El niño que tiene el pelo largo debe llevar la cabeza descubierta: un sombrero de paja basta á garantizarle de los ardores del sol; pero el que lleva el pelo cortado, moda preferible por cuanto permite peinarle con mas facilidad, debe abrigarse mas en el invierno. Las camisas y corpiños deben ser anchos y atacarse por detras, las mangas tambien serán anchas á fin de que deteniéndose los dedos no se disloquen, á cuyo efecto al tiempo de vestir al niño deben pasarse á buscar la mano de este: se emplearán los menos alfileres que se pueda para sujetar sus vestidos, porque pueden á veces lastimarle.

10. Una pañoleta abriga el cuello; el resto del cuerpo se envuelve en un pañal que llega hasta los sobacos, y cuya parte inferior cubriendo los muslos los separa con las extremidades; una mantilla de lana ó algodón sirve de segunda cubierta, y rodea dos ó tres veces el cuerpo de la criatura, la punta se dobla y coloca sobre la extremidad del pecho, y los ángulos á la espalda, sujetándolos con alfileres. Las fajas son un verdadero suplicio. Los vestidos anchos no preservan del frio al recién nacido: las mantillas poco ajustadas que ningun movimiento embarazan son la forma de vestido mas preferible.

11. Estas mantillas deben mudarse tan luego como se perciba la humedad en ellas; cada vez que se cambien se lavará la criatura con agua tibia mezclada con algunas gotas de aguardiente ó cualquiera otro licor aromático. Si la orina ó las deyecciones producen alguna escoriación se pondrá sobre la parte dañada polvos de rosa ó de albayal-

de. La cabeza se lavará con agua templada evitando el peinarla y el frotarla con fuerza.

12. Mientras el niño permanece echado ó en brazos no ha menester otro trage. A la edad de cuatro meses puede ponérsele una camisa mas ancha, un vestido mas ó menos cálido segun la estación; se cubrirán los pies con medias de algodón ó de un ligero tejido. Cuando ya empiezan los anchachos á manifestar sus necesidades, se les pone un vestido compuesto de pantalon abierto, unido á una chaquetita. La blusa y un ancho cinturón poco apretado forman un trage bastante adecuado á la infancia; evitense las ligas y corvata; los zapatos que sean anchos y largos. En una palabra, vistase á los niños únicamente para ponerlos al abrigo del frio; con anchura para no embarazar ninguna función, que puedan mudarse á menudo, y de muy corto valor para que el temor de estropearlos no les impida entregarse á los juegos de su edad.

ALIMENTOS.

13. La leche maternal es el alimento por excelencia. La madre que cria evita una multitud de enfermedades; la primera leche es serosa, purga levemente al recién nacido, y á medida que este adelanta en edad se va haciendo mas nutritiva: no se atraca al niño de leche; si se le da de mamar apenas llora se recarga el estómago y solo se desprende de la parte escudente por el vómito ó por la diarrea, lo que le constituye en un estado enfermizo.

14. Cuando el niño tiene hambre sigue con la vista á la nodriza, llora cuando esta se retira, lleva sus dedos á la boca y los chupa. Si se le manifiesta el pecho se apodera de él con alegría y le oprime con sus manitas: cuando no tiene hambre le toma con tristeza y le deja sin pena, en cuanto ha mamado un poco para calmarse si era esta la causa de su llanto.

15. En circunstancias ordinarias un recién nacido robusto puede aplicársele al pecho de su madre cinco ó seis horas despues del parto; entre tanto puede dársele un poco de agua con azúcar: si no toma el pecho, ó si no evacua aquella materia verdosa (meconio) que contiene su canal digestivo puede dársele una ó dos cucharadas de jarabe de achicorias.

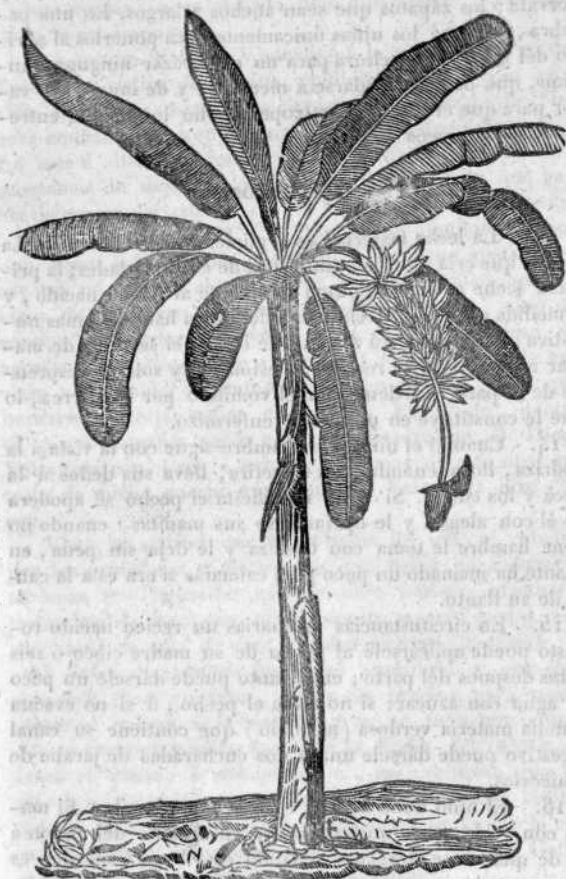
16. El niño debe mamar cuando tiene hambre. Si mama con avidez se le quitará de vez en cuando del pezon á fin de que no se atragante: cuando esto llega á suceder es una costumbre pernicioso el darle palmadas en la espalda, pues por sí solo puede desembarazarse. Durante el día deben dejarse pasar dos ó tres horas sin darle de mamar; que es el tiempo necesario para que la leche adquiera consistencia y principios nutritivos. Si el niño toma otros alimentos entonces los intervalos pueden alargarse. Por espacio de cuatro ó cinco meses debe mamar durante la noche; á este tiempo se le acostumbrará por grados á no alimentarse sino de día: cuando esté enfermo la abstinencia le es muy necesaria.

17. Es suficiente que mame hasta completar la dentición, entonces las fuerzas digestivas se aumentan y pueden dársele alimentos mas sólidos. Cuando se le dé leche de vaca ó de cabra se mezcla con agua tibia, y no con agua de cebada ó de abena que la hace aun mas pesada. Hasta los dos ó tres meses no debe tomar un niño, por robusto que sea, otros alimentos que la leche.

18. Se procurará darle una papilla algo espesa compuesta de harina de trigo levemente tostada, de leche y de azúcar; luego puede acostumbrársele á la crema de pan ó empanada la que se hará con pan bien cocido, el que se tendrá en agua algunas horas; despues con la misma agua cocerá durante siete ú ocho horas cuidando de añadirlo con agua caliente á medida que vaya espesando; en seguida se pasará por tamiz y se le pondrá un poco de azúcar y algunas gotas de agua de naranja; el pan preparado de este modo en nada desmerece al bizcocho:

puede finalmente usarse la sopa de fécula de patata, sémula, etc.

19. En las ciudades tomarán los niños á los cuatro ó cinco meses un caldo de sustancia de vaca y de ternera con muy poca sal, ó usando en lugar de esta azúcar; luego puede dárseles sopa de carnero, sustancias de carnes asadas, gelatina de pollo y de ternera: los niños débiles y dispuestos á padecer escrófulas pueden tomar además si sus órganos digestivos lo permiten un poco de vino aguado y con azúcar. *(Se concluirá en el número próximo.)*



EL BANANO.

Entre las maravillas del reino vegetal ocupa con mucha razon el primer lugar el banano, porque reúne á la belleza de sus formas todas las ventajas de utilidad. Alimento, abrigo, vestidos, vasos, cuerdas, todo cuanto es esencialmente necesario presta al hombre generosamente, y así es que el viajero Dampier le llama *el rey de los vegetales*.

El banano se encuentra en las dos Indias, en las Antillas y en Africa. Su altura es de 8 á 12 pies, y algunas veces de 20, y aun se cita un banano que está cerca de Mausee en Bengala, y que tiene 363 pies de circunferencia, y á medio dia sombrea un espacio de 1,116 pies. El tronco del banano comun se parece á una pequeña columna cilíndrica, cuyo grueso forman las bases de las hojas que se encajan unas en otras. Corona la estremidad de su copa un hermoso ramillete de una docena de hojas, de un pie y medio á dos de ancho y de seis de largo, de un gracioso verde, y muy lisas por encima, del centro de las cuales sale el ramo del que cuelgan las flores y frutos en número de casi ciento.

Ciertos bananos gigantes de Madagascar producen frutos de tal tamaño, que uno solo de ellos puede saciar á un hombre. El sabor de los bananos es muy diverso:

los hay que tienen un gusto de azafran muy grato, otros que parece que estan perfumados con ámbar, canela ó flor de naranja. El higo banano comun tiene mucha analogia con la manzana reineta y la pera del buen cristiano. No tiene pepitas ó huesos aparentes, y los insectos y pájaros no los atacan jamás antes de llegar á su madurez. Son el alimento mas general de los indios y los negros, y se sirven en las colonias en las mesas de mas lujo. Ciertas especies se comen crudas, otras se asan al rescoldo ó en hornos, ó se cuecen en agua con arroz ó carne salada. En las Antillas y en Cayena, se saca del higo banano un vino muy bueno. Su pulpa seca da una harina que provee muy buen alimento.

El banano da su fruto á los diez ó doce meses, y despues el tronco se seca y muere; pero rodeado de una docena de vástagos, se ve prontamente reemplazado. El tronco merece la atencion del naturalista y del filántropo: encierra una médula que se separa fácilmente de la sustancia fibrosa que la envuelve. La parte interior de dicha médula majada y cocida en el caldo es muy buen alimento. Tierno y succulento, dá tambien excelente forrage para los animales mansos como elefantes, bueyes y corderos; y como se conserva fresco por mucho tiempo, se hacen provisiones de él para mantenerlos en los viages por mar.

Del tronco y de las vainas de las hojas sacan los indios una hilaza con que fabrican dos clases de tela de color amarillento, casi como la del cáñamo crudo. La mas ordinaria y de hilos gruesos se tiñe de negro, encarnado ú amarillo, y se hacen vestidos con ella. La otra es fina y lustrosa como la seda y se la dá de negro, ó con diferentes figuras de animales y de flores, y sirven para guarnecer los lechos, campés y aposentos de las personas de conveniencias, ó para hacerse las señoras del pais vestidos ligeros. La corteza exterior mas gruesa de las bainas de las hojas surte de hilo ordinario para cables ó járcias, y los habitantes de Mandado hacen sacos y hamacas. El eje de datil ligeramente quebrantado y macerado en agua por una noche, es un excelente sudorífico.

Las hojas del bananero sirven para cubrir las habitaciones ó construir vasos para tener el agua y alimentos, y hacen tambien de manteles y servilletas. Bruñéndolas cuando estan secas, quedan tan tersas y unidas que puede escribirse en ellas, y esta especie de papel moreno y delgado, es bueno para cigarros ó para envolver pastillas de azúcar que se envían al extranjero.

Añadiremos que en algunos puntos envuelven tambien los cadáveres con estas hojas, como para probar que el bananero ha sido criado para satisfacer á todas las necesidades del hombre: esto es, para alimentarle, abrigarle, amueblarle, vestirle y sepultarle.

Segun los cristianos de Oriente el banano es el *árbol del bien y del mal* que estaba en el Paraíso; su fruto la manzana fatal que perdió á nuestros primeros padres, y sus grandes hojas las que los cubrieron despues de su transgresion.

EL LINCE.

Dice Plinio, que los primeros lince que se vieron en Roma los enviaron los Gaulas. No los hay en el dia sino en los grandes bosques del norte de Alemania, la Lithuania, Moscovia y Siberia, y de todas las demas partes septentrionales del antiguo continente; pero no son comunes en parte alguna.

El lince comun, ó lobo cervical de los manguiteros, es del tamaño de un zorro, y pesa unas 25 libras. Tiene la parte superior de su cuerpo de un verde claro que tira al rojo y salpicado de puntos de color pardo oscuro: el vientre blanco y las orejas rectas con una borlita apiculada en la estremidad de ellas. Vive solitario en los desiertos como el gato montés, y no tiene del lobo mas que

una especie de ahullido que oyéndose de lejos ha podido engañar á los cazadores y hacerles creer que era un lobo el que los daba.

Esto pudo bastar para que le diesen el nombre de *lobo* añadiendo los cazadores el epíteto de *cervat* para distinguirlo del verdadero lobo, porque ataca á los ciervos, ó mas bien porque su piel tiene manchas casi semejantes á las de los cervatos. El lince no corre de seguida como el lobo, marcha y salta como el gato, vive de la caza, y la persigue hasta la cima de los árboles. No se libran de él los gatos monteses, martas ni armiños, ni pueden escapársele las mismas ardillas; coje tambien pájaros, espera á los ciervos, cabritillos y liebres á su paso, y se arroja sobre ellos: los coje por la garganta y cuando se ha hecho dueño de su víctima, le chupa la sangre, y le abre la cabeza para comer los sesos, hecho lo cual la abandona para seguir á otra; es rara la vez que vuelve á su primera presa, y esto ha dado motivo á que se diga, que de todos los animales es el lince el que tiene menos memoria. Su piel muda de color segun los climas y estaciones, y las de invierno son mas hermosas, mejores y mas peludas que las de verano; su carne, así como la de todos los animales de presa, no es buena para comerse.

Hay varias especies de lince, y entre otras el *lince de los antiguos* ó *caracal* á quien se llama tambien *guia* ó *proveedor del leon*; porque este, cuyo olfato no es fino, se sirve del caracal para descubrir de lejos á los demas animales cuyos despojos parte despues con él, dejando la principal ración para el leon, el cual una vez saciado, bien diferente en esto del tigre y de la pantera, no hace daño á nadie, y deja que el caracal se sácie á su vez.

Se cree que es el caracal de larga cola, del que se sirven en las Indias para cojer liebres, conejos, y aun aves grandes, que sorprende y pilla con singular destreza.

Mr. Cuvier juzga que es el caracal el verdadero lince de los antiguos, y del que dijeron que tenía la vista tan penetrante que traspasaba los cuerpos opacos, y que sus orines tenían la maravillosa propiedad de consolidarse y convertirse en una piedra preciosa llamada *lapis lincurius*. Este animal, fabuloso como todas las propiedades que se le atribuyen, este lince ideal ninguna relacion tiene con el verdadero lince, ó por mejor decir, con el caracal, sino en el nombre.



Hay tambien otra especie de lince que no tiene mas que 22 pulgadas de largo desde la estremidad del ocico hasta el nacimiento de la cola, y cuya altura es de 13 pulgadas y 9 líneas. El nombre de *gato calzado*, que se da á este animal, proviene de las barras ó listas negras que ciñen sus patas á manera de botines. Este lince se alimenta particularmente de pintadas, que caza emboscándose en los sitios en donde van á beber. Se asegura que llega á arrojar al hombre si se ve ostigado por este. A veces sube á los árboles mas elevados ó se oculta en los matorrales, para aguardar á su presa y lanzarse sobre ella.

SUERTE DE FUERZA.

De cuando en cuando suelen presentarse en nuestros teatros hombres, cuyas suertes y juegos de fuerza maravillosos atraen una numerosa concurrencia.

En semejantes juegos suele por lo comun haber mas de destreza que de fuerza verdadera; y sin que pretendamos explicar aqui todos los dichos juegos, hablaremos de algunos que el doctor Deraguliers ejecutó, explicándolos antes la sociedad real de Londres, y que no eran mas que la repetición exacta de los que á principios del siglo último hacia en la capital de Inglaterra un alemán llamado Van Ekeberg.

En uno de estos juegos se ceñía Van Ekeberg la cintura con una fuerte faja que tenía fija en la parte anterior una argolla de hierro, á la que se ataba una cuerda fijada tras un poste á cierta altura, y que pasaba igualmente á menos altura por otra argolla fija tambien detras del poste. Apoyando los pies contra el poste se elevaba casi horizontalmente hasta la altura de la argolla, despues sacudiendo de pronto las piernas, rompía la cuerda y caía sobre un colchon puesto debajo.

Otras veces se tendía de largo en el suelo, se le ponía un enorme yunque sobre el estómago, y un hombre labraba á martillazos un pedazo de hierro sobre aquel yunque, ó bien dos hombres cortaban en frio una gran barra de hierro puesta sobre el yunque. Solian tambien romperse á martillazos piedras enormes.

Apoyando Van Ekeberg los pies en una silla y los hombros en otra, formaba con su cuerpo una bóveda, sobre la cual se ponía un hombre á quien se veia subir ó bajar segun los movimientos de la respiración del que le sostenía. Algunas veces se ponian tres ó cuatro personas, sin que manifestase por eso que su peso le molestara; y en la misma postura repetía las experiencias referidas del yunque y martillo.

La suerte que parecia mas sorprendente era la de colocar un cañon de artillería sobre una tabla colgada de cuatro cuerdas, que terminaban en una cadena ó cuerda atada á la cintura de Van Ekeberg. Bajo la tabla habia dos rodillos, y á cierta señal se quitaban los rodillos y el cañon quedaba colgante de la cintura de Van Ekeberg.

Ninguna dificultad tiene la explicación de la primera y última de estas experiencias, pues dependen enteramente de la fuerza natural de los huesos del bacinete que forman una doble bóveda que no puede romperse sino por una fuerza inmensa del modo que se colocaba Van Ekeberg, es decir, con una presión interior dirigida al centro de la doble bóveda. Por otra parte los huesos de las piernas y muslos pueden aguantar á lo largo una presión de cinco á seis mil libras, y por lo mismo no debia serle difícil levantar el cañon, y mantenerse en una posición horizontal contra el poste, ni romper la cuerda que le sostenía.

La experiencia del yunque aunque tan maravillosa y sorprendente, estrivaba solo en sostener el peso de él, porque el efecto del martillo era nulo para Van Ekeberg. Si el yunque no hubiese sido mas que una lámina de bronce, ó no hubiese pesado sino dos ó tres veces mas que el martillo, unos cuantos golpes hubieran bastado para matar al individuo. Pero siendo el yunque muy pesado, apenas se resentía del golpe del martillo, porque la cantidad del movimiento de este, se repartía despues del golpe en una masa de materia acaso cien veces mayor, y no producía por consiguiente sobre el cuerpo de quien le sostenía, sino un efecto cien veces menor. Por otra parte la reacción del yunque ó de la piedra contra el martillo disminuía aun mas el efecto de este.

La tercera experiencia se explica mediante la resistencia considerable que oponía á la presión la bóveda for-

mada por las diversas partes de la armazon huesosa, que se apuntaban perfectamente, debiendo notarse que en tal caso la suerte del yunque era mucho menos peligrosa, que tocando el individuo con la espalda en el suelo.

Con estas suertes, que prueban mas destreza que fuerza, se suelen citar otras que verdaderamente la indican. Un inglés llamado Thopham, de edad de treinta y un años, ejecutaba las siguientes:

Rompia una pipa de barro entre el dedo pulgar y el cuarto.

Ponia otra igual bajo su liga, y la hacia pedazos con solo hinchar los músculos.

Cojia con la mano derecha una barra de hierro de tres pies de largo y una pulgada de diámetro, y se daba con ella en el brazo izquierdo desnudo, entre el codo y la muñeca, hasta que la doblaba formando un ángulo recto.

Cojia otra barra de iguales dimensiones por ambos extremos, la colocaba en la nuca, y la doblaba hacia adelante hasta que se tocaran sus dos puntas; y por un esfuerzo en sentido inverso, la volvía a enderezar casi completamente. Esta última suerte era mucho mas difícil que la anterior, porque los músculos que determinan la separacion horizontal de los brazos, no son tan fuertes como los que los hacen acercarse.

TURQUÍA.

Gobierno.—Administracion.—Divan.—Ulemas. etc.

Aunque hace años que la atencion pública se ha fijado muy particularmente en Turquía, es generalmente poco conocida la historia de este pueblo, mal juzgado su estado de civilizacion, y se tienen las ideas mas equivocadas acerca de su forma de gobierno. Es un error muy comun el de creer que en Turquía no hay mas leyes que la arbitrariedad y el gusto del Sultan; y no obstante hay en aquel país, como en casi todos, principios fundamentales consagrados cuando menos por las costumbres y el tiempo.

Daremos aqui segun testimonios muy seguros, las principales reglas que pueden llamarse fundamentales, y algunas noticias sobre la organizacion del gobierno.

El alcoran es la base de todas las leyes políticas y civiles.

Los diversos preceptos de este código religioso obligan á todos los musulmanes, y el Sultan mismo tiene que sujetarse á ellas, incurriendo en la pena de muerte ó de destronamiento cuando las viola.

El gobierno, como derivado del alcoran, es sagrado; la persona del Sultan inviolable; se le mira como á vicario de Dios y representante del Profeta.

La sucesion al trono está invariablemente fijada en la familia imperial de Othman, pero sin atenerse á la ley de primogenitura.

Todo musulman debe su vida y fortuna á la defensa de su fe.

Las leyes del imperio no reconocen nobleza ni personas privilegiadas: todos los súbditos son iguales ante la ley. Nadie puede ser condenado ni despojado de sus bienes sino en virtud de sentencia. Todos estan sujetos á pagar los impuestos, y principalmente la cuota de tierras, y pueden ascender á todos los empleos civiles y militares.

El Sultan ejerce el poder ejecutivo absolutamente; pero debe conformarse con las decisiones del divan.

El divan ó consejo de estado, se compone del gran visir, primer ministro y lugar teniente del Gran Señor; del Muftí, pontífice: el caimacan, gobernador de Constantinopla; el reis-effendi, ministro de negocios extranjeros; el Testerdar-effendi, ministro de hacienda; el

Keagar bey, ministro del interior; de dos Cadiles-kers, ministros de justicia, uno para Europa, y el otro para Asia; del Thersana-emiui, ministro de marina; tres generales en jefe de infantería, caballería y artillería; el capitán bajá, gran almirante; seis visires, bajás de dos colas; y en fin de cuantos bajás de dos ó tres colas hay en Constantinopla.

El divan, como consejo de estado, decide sobre todos los grandes intereses del imperio, la guerra, la paz, negocios de alta administracion etc. Tiene tambien las funciones de tribunal supremo, y sentencia en última apelacion las causas civiles y criminales llevadas al trono. Juzga á los funcionarios de todas clases que son acusados, y sus decisiones se determinan á pluralidad de votos.

El gran Visir preside al divan, y en su ausencia le reemplaza el Muftí. En el caso de haber de deliberarse acerca de una acusacion contra alguno de los dos preside el otro, y á falta suya el Caimacan. En las causas formadas contra un gran funcionario, la sentencia dada debe escribirla toda de su puño el Muftí.

El gran Señor no puede presidir al divan, ni aun tiene voto en él; pero asiste á sus deliberaciones tras una cortina.

Los bajás que tienen asiento en el divan, asi como los seis visires de banco, son inamovibles. Estos deben ser escogidos entre individuos de acreditada integridad y prudencia: son los primeros á quienes se consulta en las deliberaciones, ejercen las funciones de censores con respecto á los grandes dignatarios, y deben vijilar por la conservacion de la constitucion del imperio.

Las sentencias del divan cuando imponen pena capital, debe firmarlas el Sultan; pero en otros casos basta el sello del Muftí y de algunos consejeros.

La interpretacion de los artículos del Alcoran, aplicables al castigo de los delitos, pertenecen en caso de duda al Muftí.

Cada bajá que nombra el Sultan para el gobierno de una provincia tiene tambien un tribunal, llamado asimismo divan, compuesto de effendis ó letrados. Las apelaciones del fallo de estos divanes, se llevan al divan superior de Constantinopla.

En ciertos casos de grevedad la decision del divan se considera como la espresion misma de la voluntad divina, y entonces tal decision es soberana: el Sultan tiene por lo comun derecho de perdonar ó de conmutar la pena.

El emperador nombra los miembros del divan.

El gran visir es el primer dignatario del imperio, y le está casi conferida enteramente la autoridad soberana; la insignia de su dignidad es el gran sello del estado que el Sultan le cuelga al cuello cuando le crea visir. El Muftí ó jefe de la religion, es nombrado por el gran Señor.

Los ulemas componen el cuerpo de ministros á cuyo cargo corre todo lo concerniente á la religion y la justicia. Son effendis (hombres de ley) ó imanes (sacerdotes), y el Muftí es su jefe superior. Todos los individuos de dicho cuerpo son sagrados, y no pueden ser condenados á muerte en ningun caso, á no ser de antemano juzgados, destituidos y borrados de su corporacion por decision del divan. De entre ellos como letrados salen los jueces para las ciudades.

La regla de apelacion de las jurisdicciones inferiores á los jueces superiores está consagrada por la ley.

ORIGEN E HISTORIA

DE LOS CORREOS.

La utilidad del establecimiento de correos para el in-

terés general de las naciones civilizadas recibe tantas pruebas como individuos hay, pudiendo muy bien asegurarse que no hay uno solo, á quien directa ó indirectamente no alcancen sus beneficios. Por una corta suma pueden los amigos hablar con sus amigos, los padres con sus hijos, los sabios con sus semejantes, los gobiernos con sus dependientes, y los que trafican en las producciones agrícolas y fabriles de todos los países con cuantos se hallan dispuestos á cambiarlas y comprarlas de un extremo al otro del mundo. El globo entero puede decirse que forma en el día una sola habitación para el género humano, sin que haya region tan distante que esté fuera del círculo de la sociedad civil.

El primer establecimiento de correos de que se hace mencion en la historia antigua es la Persia: Genofonte lo atribuye al gran Ciro; Herodoto dice que desde las orillas del mar Egeo á Susa, corte de los reyes de Persia, habia ciento y cinco casas de posta, distante cada cual de la otra un día de camino: uno de los nobles de primera clase entre los persas era director de este establecimiento, y el mismo Darío habia tenido aquel encargo antes de subir al trono; pero este sistema de comunicaciones no se dedicaba al servicio del público; pues el gobierno era el único que gozaba de sus ventajas. En la Grecia, segun se infiere de los autores de aquella nacion, no habia mas medio de corresponderse que una especie de verederos (*hemerodromos*), célebres por su incansable andar, á quien el gobierno y los particulares pagaban para que les llevasen sus cartas. Entre los romanos habia cierto correo militar conducido por los llamados *statores*, y ciertas casas de posta con el nombre de *stationes*. Bajo el gobierno de Augusto se extendió este correo á todas las provincias del imperio, al principio por mensajeros á pie, y mas adelante á caballo *cursores*, *viatores*, *veredarii*. En el código teodosiano se halla una ley que fija las distancias de las postas y el tiempo que debian gastar en ellas. Hasta entonces los correos del gobierno echaban mano de las caballerías de cualquier individuo, causando molestia y extorsion á todos.

Al considerar la escasez, carestía y poca conveniencia de los materiales que en otro tiempo se requerian para escribir, no será difícil concebir lo poco extendida que debia estar la correspondencia epistolar antes de la invencion del papel. Esta no se verificó hasta fines del siglo décimo, tiempo en que se empezó á fabricar de trapo de algodón. A estos motivos debe indudablemente atribuirse el que no prosperase y se extendiese el sistema de comunicaciones que sabemos estableció el gran talento de Carlo Magno en el vasto imperio que habia conquistado, por las ventajas que con fundamento se prometia de tal medida. Así es que la universidad de Paris fue la única que desde aquella época hasta mediados del siglo X, tuviese en Europa algun sistema ordenado de comunicaciones.

Es ciertamente curioso que el primer sistema de esta especie, á beneficio del público se originase en la referida universidad. La multitud de cursantes que en todas partes concurrían á sus escuelas, hacia que fuese indispensable encontrar medio de que se comunicasen con sus familias. Establecieronse pues mensajeros á pie que, segun parece, estaban matriculados, y se hallan en los libros de aquella universidad bajo el título de mensajeros volantes, *nuntii volantes*. La universidad de Paris gozó por mucho tiempo de las ventajas de este establecimiento, de que tanto el gobierno como los particulares se valian para sus correspondencias, en términos que en 1464 Luis XI, aprovechándose de las postas y conductores de la universidad de Paris en todas las provincias del reino, generalizó en favor de los habitantes el servicio que aquella habia planteado en beneficio de las familias de los estudiantes.

Un cierto conde de Taxis estableció correos á su costa en Alemania, y el emperador Mateo, que reinaba á

principios del siglo XII, le confirió á él y á sus herederos el encargo de director general de correos.

Refieren las memorias de Brandemburgo que hasta la época de Federico Guillermo, que murió en el año de 1688, el uso de las postas era desconocido en aquel país, y que este príncipe las estableció desde Eymerich en Westfalia, hasta Memel en Prusia.

En Inglaterra, si bien hubo correos desde 1327, segun las noticias que se encuentran, no existió establecimiento de postas hasta el interregno ó gobierno de Cromwell, cuyo sistema fue seguido y aprobado por Carlos II, mediante una acta del parlamento, dada en 1672, duodécimo de su reinado.

Si se atiende á lo practicado por los bárbaros fuera de Europa, nos admirará la presteza con que sus correos atravesaban distancias enormes en servicio del gobierno. Marco Polo cuenta que el Chan de los Tártaros habia establecido tal sistema de postas, por medio de casas situadas á cortas distancias, y postillones siempre con el pie en el estribo, que las órdenes caminaban á razon de doscientas y cincuenta millas al día. La verdad de esta noticia se confirma por la relacion de Clavijo, embajador de Enrique III de Castilla al gran Tamerlan.

Los historiadores de la conquista de Méjico esplican el modo ingenioso con que Motezuma era prontamente sabedor de los movimientos, fuerzas, buques, trajes, y aun palabras de Hernán Cortés y de su ejército; pero sobre todo es importantísima la noticia que el erudito Campomanes extracta de los comentarios del Inca Garcilaso de la Vega, é inserta en su itinerario. «Los reyes Incas del Perú (dice) tenian establecidos, largo tiempo antes de conquistar este país los españoles, correos en posta tan diligentes, que en casos repentinos por medio de fuegos hacian pasar las noticias de 500 á 600 leguas en el espacio de dos ó tres horas.

» El Inca Garcilaso (Com. Real del Perú, lib 6 capítulo VII) trae á la larga el uso de estos correos llamados *chasquis* de la palabra *chasqui*, que significa en lengua peruana *trocarse ó dar y tomar; porque trocaban, daban y tomaban de uno en otro los recados que llevaban.*»

Añade el Inca: «que el recaudo ó mensaje que los *chasquis* llevaban era de palabra, porque los indios del Perú no supieron escribir, y que otros recaudos llevaban no de palabra, sino por nudos dados en diferentes hilos de diversos colores que iban puestos por su orden: mas no siempre de una misma orden, sino unas veces antepuestos el de un color al otro, y otras veces trocados al revés. Esta manera de recaudos eran cifras, por las cuales se entendian el Inca y sus gobernadores para lo que debian de hacer; y los nudos y los colores de los hilos significaban el número de gente, armas, vestidos ó bastimentos, ó cualquiera otra cosa que se hubiere de hacer, enviar ó aprestar. A estos hilos añudados llamaban los indios, *quipu* que quiere decir *anudar y nudo*.

«La forma con que se remudaban estos correos ó *chasquis*, era muy parecida á nuestras postas actuales. Llamaban *chasqui* (dice el Inca Garcilaso), á los correos que habia puestos en los caminos para llevar con brevedad los mandatos del rey, y traer las nuevas y avisos que por sus reinos y provincias, lejos ó cerca hubiese de importancia. Para lo cual tenian á cada cuarto de legua cuatro ó seis indios mozos y ligeros, los cuales estaban en dos chozas para repararse de las inclemencias del cielo: llevaban los recaudos por su vez, ya los de una choza, ya los de otra. Los unos miraban á la una parte del camino, y los otros á la otra, para descubrir los mensajeros antes que llegasen á ellos, y apercibirse para tomar el recaudo, porque no se perdiese tiempo alguno. Para esto ponian las chozas siempre en alto, y tambien las ponian de manera que se viesen las unas á las otras. Estaban á cuarto de legua, porque decian que aquello era

lo que un indio podía correr con ligereza y aliento sin cansarse. Como el erario de los Incas no podía costear un número tan prodigioso de correos apostados en cada cuarto de legua, refiere el mismo Garcilaso, que entre las cargas concejiles se reputaba la de su *chasqui* ó correo, como asimismo el reparo de los puentes y el allanar y empedrar los caminos.»

España marchó (si es que no se anticipó) á la par de las demas naciones de primer orden, en adaptar el sistema de correos, y en introducir en este ramo todas las mejoras que dictaba la esperiencia, y merecen particular atención las noticias del orden progresivo de arreglo y mejoras que ha experimentado el ramo de correos, desde su establecimiento en tiempo de los reyes católicos.

Felipe el Hermoso y la reina Doña Juana, crearon el oficio de *maestro mayor de hostes, postas y correos de su real casa y corte, reinos y señoríos*, en cabeza de *Francisco de Tasis*. Los reyes católicos habían nombrado antes por maestro mayor de hostes y postas de Granada, á García de Ceballos; de lo que se infiere que las postas en España no bajan del tiempo de los reyes católicos, y que con corta diferencia son coetáneas con las de Francia.

La misma reina Doña Juana y su hijo Don Carlos I de este nombre, que después fue emperador, confirió en Zaragoza á 28 de agosto de 1518, el mismo oficio ó empleo de correo mayor á *Baptista Mateo y Simon de Tasis*, hermanos; haciendo cabeza de él á dicho Baptista, sobrino de *Francisco de Tasis*. La real cédula de este nombramiento dispone que solos ellos despachasen los peones ó carros, con la facultad de pagar á estos lo que les correspondiese por sus viajes, reteniendo el correo mayor sus derechos, imponiendo la pena de 10,000 maravedís á los que condujesen pliegos sin licencia. Que pudiese el correo mayor crear, nombrar y escribir los correos que viese ser convenientes al real servicio, precediendo recibirles su juramento antes de usar de este oficio. Que estos pudiesen traer las armas reales y no otro alguno, ni usar de este oficio, imponiendo la pena de muerte y confiscación de bienes para la cámara de S. M. al que sin este nombramiento y solemnidad le usase. Que sus casas gozasen de la exención de alojamiento y otras cargas concejiles: que las justicias no los pudiesen prender ni detener por deudas, y dá la forma que se debe observar en casos graves, con otras preeminencias, como las de poder usar armas para la defensa de sus personas, así en la corte como en todo el reino, y no pudiesen serles estas quitadas ni tomadas.

Habiéndose suscitado algunas dudas sobre la tarifa de

derechos que debía el correo mayor por la *décima* de los viages, representó el reino á la Reina Doña Juana y al emperador Don Carlos en las cortes de la Coruña de 1520, en las de Valladolid de 1523 y 1531, y en las de 1548 se formaron dos leyes de recopilación sobre este punto.

En 8 de noviembre de 1539 hicieron los mismos reyes merced por su vida á Ramon Tasis, caballero del orden de Santiago, del oficio de correo mayor con iguales facultades y preeminencias.

En 27 de febrero de 1556 nombró Felipe II en Amberes para este oficio á Don Juan de Tasis hijo del antecedente.

En 4 de diciembre de 1598 proveyó Felipe III en Vacía Madrid el oficio de correo mayor para después de los días de su padre en Don Juan de Tasis, hijo del anterior.

En 4 de junio de 1642 espidió Felipe IV en Cuenca una real cédula, confirmando á los maestros de postas sus privilegios y exenciones, y sucesivamente y con diferentes motivos el mismo monarca en 11 de noviembre de 1647, el Consejo real en 2 de octubre de 1662, Doña Maria Ana de Austria, gobernadora de estos reinos, en 5 de abril de 1669, Carlos II en 21 de abril de 1678, Felipe V en 10 de setiembre de 1707, y en los años siguientes de 1720, 1725 y 1729 se confirmaron las facultades de los correos mayores, y se arreglaron varios puntos tocantes á ellas.

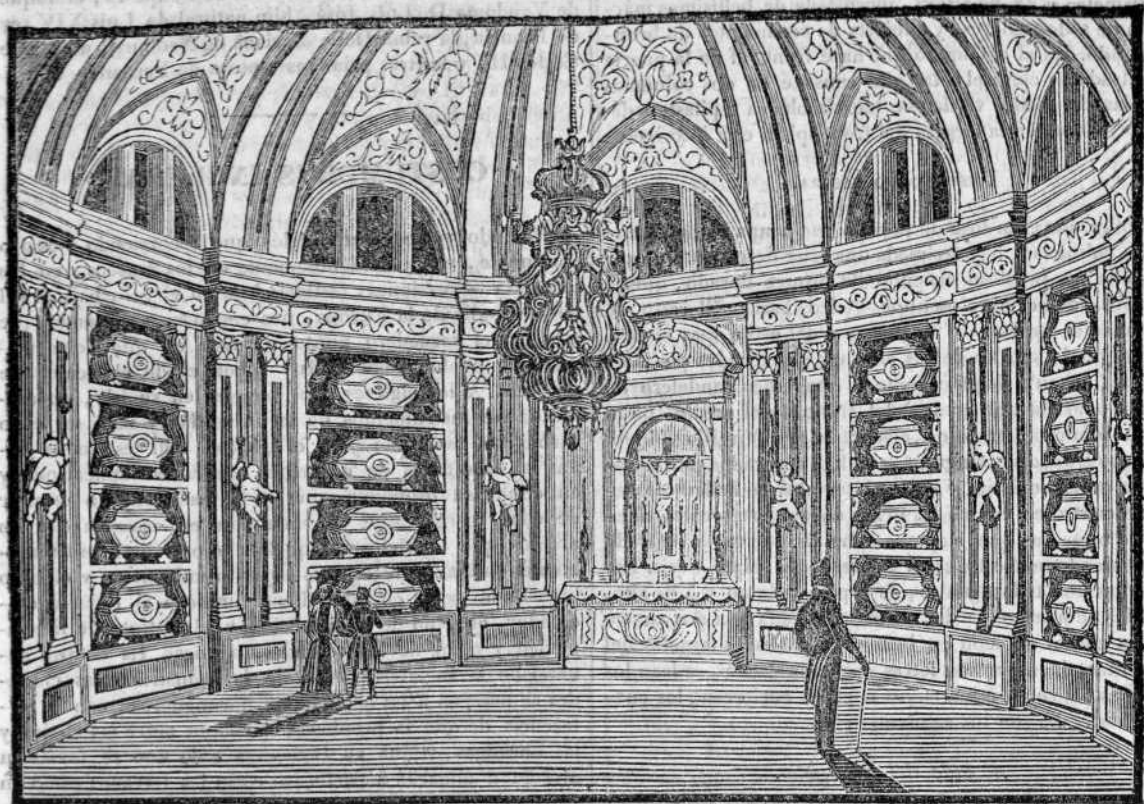
En el año de 1759 se principiaron á establecer dos expediciones de correspondencia por semana, no recibíendose hasta entónces mas de una en las diversas poblaciones del reino.

En el año 1764 se estableció el correo de Indias yente y viniente; los paquebotes que conducian los pliegos salian de la Coruña todos los meses para los diferentes puntos de América; para lo cual de todas las cajas le dirijian las cartas sin franquearlas, y las que venian se repartian desde la Coruña con puntualidad á las administraciones á que correspondían.

En lo restante del reinado de Carlos III y en especial durante la superintendencia del conde de Florida Blanca, recibió el ramo de correos un impulso extraordinario, y obtuvo mejoras de tal calidad que aun en el día se experimentan los ventajosos resultados que produjeron, formándose la ordenanza general.

Ultimamente en 1815 se publicó una nueva tarifa para el transporte de cartas por considerarse insuficiente la establecida por el conde de Florida Blanca.





EL PANTEON REAL DEL ESCORIAL.

Cuando en el número 1.º del Semanario tratamos en general del magnífico monasterio de San Lorenzo de la Victoria del Escorial, indicamos que en él vino á realizarse la voluntad del emperador D. Carlos I, que ordenó á su hijo edificar una sepultura régia, en que hubiesen de descansar sus cenizas y las de sus sucesores en la corona de España; y aunque en vida de este (Felipe II) solo tuvo lugar la edificacion del templo, dejó consignado aquel mandamiento á su sucesor Felipe III, en cuyo reinado y por los años de 1617 empezó la construccion del impropiamente llamado *Panteon*, bajo la direccion del célebre arquitecto Marqués Juan Bautista Crescenci, y fue concluida en 1654 bajo el reinado de Felipe IV, trasladándose entonces á él los reales cadáveres.

El panteon está colocado debajo del altar mayor de la iglesia, de suerte que el celebrante pone los pies en la clave de su bóveda. En el tránsito de la iglesia á la antesacristia, casi en frente de la capilla de Nuestra Señora del Patrocinio está la entrada á la escalera, en cuyo segundo rellano se encuentra una linda portada, reducida á dos columnas ó medias cañas que se fingen, en parte cubiertas de las jambas de la puerta, en donde hay una reja de bronce dorado, como lo son tambien los capiteles, basas, modillones y otros adornos ejecutados con prolijidad é inteligencia. Sobre la cornisa del primer cuerpo hay una losa de jaspe negro con letras doradas en que se lee la inscripcion siguiente:

Tomo II. 4.º Trimestre.

D. O. M.

LOCUS SACER MORTALITATIS EXUBIS
CATHOLICORUM REGUM
A RESTAURATORE VITAE CUJUS ARAB MAX.
AUSTRIACA ADHUC PIETATE SUBJACENT
OPTATAM DIEM EXPECTANTUM
CAROLUS CAESARUM MAX. IN VOTIS HABUIT
PHILIPUS II. REGUM PRUDENTIS. ELEGIT
PHILIPUS IV.
CLEMENTIA CONSTANTIA RELIGIONE MAGNUS
AUXIT ORNAVIT ABSOLVIT
ANNO DOM. M.DC.LIV.

Todo este segundo cuerpo está adornado igualmente de bronce y remata en frontispicio abierto, en medio del cual hay un escudo de las armas de España trabajado en bronce, los cuarteles son de piedras preciosas y metales escogidos segun el color correspondiente. Sobre el frontispicio sienta á cada lado una figura tambien de bronce, representando la primera á la naturaleza humana dejando caer el cetro y corona con esta inscripcion:

NATURA OCCIDIT.

y la otra figura, que es la Esperanza, cuya mano sostiene la inscripcion de

EXALTAT SPES.

Desde esta portada sigue la escalera cubierta toda

12 de marzo de 1837.

ella de esquisitos mármoles de Tórtosa y S. Pablo, primorosamente trabajados, viniendo á concluir en una segunda reja que da entrada al recinto en que reposan los reyes.

Consiste este en una magnífica pieza circular de 36 pies de diámetro y 38 de altura, incrustada de bellísimos mármoles de todos colores, y cubierta de ornamentos de bronce dorado. En el octágulo que hace frente al de la puerta de entrada se eleva el altar que consiste en dos columnas istriadas de piedra verde con mezcla blanca y pilastras de tras, leyéndose en la targeta del frontispicio esta inscripción:

RESURRECTIO NOSTRA.

Sobre una gran losa de pórfido que ocupa el medio entre las columnas, hay arrimada una cruz de mármol negro, y en ella un precioso crucifijo de bronce dorado, que se cree obra del célebre escultor Pedro Tacca. El resto de este altar es igualmente magnífico y del estilo mas severo. Igualmente lo son los demas adornos distribuidos por toda la pieza, y muy singularmente el magnifico candelero de bronce ó araña que cuelga del fronton del medio, pieza de un admirable trabajo, ejecutada por Virgilio Faneli.

Los otros seis octángulos se hallan separados por pilas tras de orden corintio, y en los intervalos se hallan colocadas de cuatro en cuatro las urnas ó sepulcros reales, ademas de otras dos que sientan sobre la puerta de entrada componiendo entre todas el número de veinte y seis. Estas urnas son todas iguales, de 7 pies de largo y 3 de alto, labradas de mármol pardo, sustentadas cada una por cuatro fuertes garras de leon en bronce, con sendas targetas del mismo metal, en que con letras negras relevadas, se leen los nombres del rey ó reina cuyos cuerpos encierran, los cuales hasta el dia son los siguientes:

Al lado del Evangelio.

- El emperador Carlos V, m. en 21 de setiembre de 1558.
- El Sr. D. Felipe II, m. en 13 de setiembre de 1598.
- El Sr. D. Felipe III, m. en 31 de marzo de 1621.
- El Sr. D. Felipe IV, m. en 17 de setiembre de 1665.
- El Sr. D. Carlos II, m. en 1.º de noviembre de 1700.
- El Sr. D. Luis I, m. en 31 de agosto de 1724.
- El Sr. D. Carlos III, m. en 14 de diciembre de 1788.
- El Sr. D. Carlos IV, m. en 19 de enero 1819.
- El Sr. D. Fernando VII, m. en 29 de setiembre de 1833.

Al lado de la Epístola.

- La emperatriz Doña Isabel, única muger del emperador, m. en 1.º de mayo de 1539.
- La reina Doña Ana, cuarta muger de Felipe II, m. en 26 de octubre de 1580.
- La reina Doña Margarita, única muger de Felipe III, m. en 3 de octubre de 1611.
- La reina Doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV, m. en 6 de octubre de 1644.
- Doña Mariana de Austria, segunda muger de Felipe IV, m. en 16 de mayo de 1696.
- Doña María Luisa de Saboya, primera muger de Felipe V, m. en 14 de febrero de 1714.
- Doña María Amalia de Sajonia, única muger de Carlos III, m. en 27 de setiembre de 1760.
- Doña María Luisa de Borbon, única muger de Carlos IV, m. en 2 de enero de 1819.

En este panteon principal, se entierran solamente los reyes coronados y reinas que hubiesen dejado sucesion. Las demas reinas y juntamente los principes é infantes, se depositan en otro entierro inmediato, llamado panteon de infantes, poco notable en su forma, y que contiene en sus nichos sesenta y tantos cuerpos de personas reales, entre ellos el del príncipe D. Carlos, hijo primogé-

nito de Felipe II; la reina Doña María, su madre, Don Juan de Austria, hijo natural del emperador Carlos V, el archiduque Carlos de Austria, cuñado de Felipe III, Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, el duque de Vandoma D. Luis José, hijo natural de Luis XIV rey de Francia, la reina Doña Mariana de Neoburg, muger de Carlos II, y las tres primeras esposas de Fernando VII.

COSTUMBRES INGLESAS.

Cuando vemos á un inglés que recorriendo nuestro continente, entra desdeñosamente en los museos, en los teatros y diversiones, fastidiándose en el ocio bajo el sol del mediodia de la Europa, nos engañamos creyendo que este sea el verdadero punto de vista en que debe mirarse al pueblo inglés. Muy agena es de él semejante posicion. A los ingleses debe vérselos en su isla, en medio de los instrumentos de la industria, y bajo un cielo turbio tan favorable para el trabajo. Allí es donde todas las facultades de un inglés encuentran aplicacion, y en donde su fisonomía, que es la manifestacion exterior de ellas, parece que se encuentra en armonía con los objetos que le rodean. Aquellos ojos vivos profundamente encajados bajo unas cejas prominentes, y el labio inferior un tanto cuanto saliente, indican el espíritu calculador, el genio de construccion y el instinto de la propiedad y amor de las verdades prácticas. La actitud general de la Inglaterra es la de la industria. Las ciudades se parecen á las colmenas ú hormigueros, con la diferencia de que la propiedad es comun entre las abejas y las hormigas, y que en Inglaterra cada uno se forma su alvéolo ú almacén á parte. No están los terrenos como en la mayor parte de España, sin otra separacion que una línea ideal ó una mojonera imperceptible, sino que los dividen graciosas y fuertes empalizadas, y altas tapias que tienen al transeunte.

Este gusto del aislamiento se advierte hasta en los jardines ingleses. En los de otras naciones, hechos para el público, puede jirar éste desembarazadamente por sus rectas y espaciosas calles; pero los jardines de Inglaterra con las calles angostas y tortuosas, convidan al hombre solitario, al que tiene su casa propia y su muelle particular en el Támesis, que no confunde á muchas familias en una sola habitacion, ni deja accesibles para todas las orillas del rio.

Una consecuencia del progreso de la industria en Inglaterra es el aseo, el lujo mismo difundido hasta en los pormenores de cualquiera empresa industrial, la riqueza de los almacenes, lo magnífico de los carruages y la decencia de los mozos de fondas y cafés, los cuales con su frac azul ó castaño, boton dorado, chaleco blanco, guantes amarillos, pantalones negros y botas lustrosas, brillan en términos, que un viajero que iba á llamar á uno que vió de pies cerca del fuego, para que echase agua en una tetera, se detuvo al ocurrírsele que aquel hombre no estaba vestido con bastante decencia para ser un criado.

Es tambien consecuencia de esta vocacion industrial la poca importancia que se da en Inglaterra á la tropa. Inglaterra es el país de Europa que viste á sus tropas con mas suntuosidad, y el que da al ejército menos influencia. «Mira, parece que dice *John Bull* (el pueblo) al soldado inglés; mira, mi fusilero, adórnate con un plumaje blanco; y tú, húsar, pon unas trencillas de oro á tus pieles negras: vestíos de grana, llevad cartucheras anacaradas y clarines con agarradero de plata; pero voy á poner vuestras habitaciones fuera de las ciudades, y si por casualidad pasais por una calle, ha de ser uno á uno en larga hilera y junto á las casas, porque el vecino es vuestro dueño y no debeis obstruirle el tránsito.

Sobre todo guardaos de olvidar ni un solo momento de la disciplina; porque si no, experimentaréis que el látigo de un pueblo libre levanta el pellejo de las espaldas ni mas ni menos que la vara de un cabo alemán.»

La Inglaterra está concentrada en sus costumbres como la castaña en su erizo. De aquí nace que respeta las de los otros pueblos como las suyas propias, y que es mas á propósito que la Francia para fundar colonias. El francés critica las corridas de toros en España, se burla del germanismo en Alemania, quiere establecer repúblicas cuando es republicano, y monarquías constitucionales cuando él tiene un rey y cámaras; traza en medio de la tortuosa Argel una gran plaza y una magnífica calle, y no respeta las mezquitas ni sepulturas que encuentra en la línea que ha tirado para su proyecto. El inglés en las islas jónicas permanece encerrado en la guaricion; en las indias deja que se formen las hogueras, y que se quemen á su gusto las viudas, y de esta suerte se hace mas tolerable: el francés consigue ó que se le ame ó que se le odie, aunque civiliza mas.

La ley inglesa se presta á todos los caprichos de las circunstancias locales; el sistema electoral varia segun las provincias; el artesano de una poblacion no puede ejercer su industria del mismo modo y con iguales condiciones en otra. La ley francesa es uniforme y general como un axioma de geometría que no tiene escepciones. Cuando el francés adopta un sistema, en cuya eleccion no es muy delicado, deduce al momento todas las consecuencias, al paso que el inglés establece con dificultad una doctrina cualquiera que sea; vacila, ensaya, y casi nunca deduce una consecuencia general, y como dice un viajero, siempre se ve entre ambos paises la oposicion de Descartes y de Bacon. Asi es, continúa, que en Inglaterra se progresa por el trabajo de manos ó de la industria, y en Francia por el del pensamiento ó la filosofía. Ha sido preciso crear en Inglaterra un tribunal de equidad, particularmente encargado de derogar las fórmulas de la ley, al paso que en Francia, pais mas amante del espíritu que de la letra de la ley, hay un tribunal de casacion á quien incumbe presentar á la vista de todos el texto legal.

Si el espíritu inglés no es generalizador, tampoco es artista. La pintura no es allí de mayor tamaño que el caballete, y el personaje mayor de una composicion no escede de seis pulgadas. La escultura solo sirve para el adorno de los sepulcros y para erigir algunas estatuas públicas, construidas sin mucho primor. Tampoco la arquitectura se ve muy honrada; y en cuanto á la música, es preciso decir que no la hay. Es cierto que se oye en algunos regimientos ejecutar perfectamente la obertura del *Gustavo*; pero los músicos son alemanes, los instrumentos igualmente, la música francesa, y solo queda á la Inglaterra el honor de la eleccion.

Pero el buen aspecto del carácter inglés está en lo tocante á las costumbres y virtudes domésticas.

En Inglaterra no se obtiene la mano de una señorita sino despues de muchos años de perseverancia. Al contrario de Francia, donde no bien una joven se ha cansado de copiar abanicos ó de bordar cañamazo, cuando se presenta el marido, y no es este para ella un Emilio ni un Carlos Grandison, sino una especie de ser, misto de hombre, de inventario y de equipaje. En cuanto al novio, lo que él busca es una *conveniencia*, que es cierta creacion fantástica en la que están fundidas mujer, moneda y virtud. Durante un mes el marido y la *conveniencia* tienen sus entrevistas todas las noches en un salon á la luz de muchas bujías, y es preciso que cada mañana admita la *conveniencia* del marido un ramillete con tanta puntualidad como el diario. Siguese el matrimonio reuniendo á son de trompeta á todos los amigos, y se convierte en fin la casa en una plaza pú-

blica, para que aquel tropel curioso y burlon observe lo que debía ocultarse en la mas secreta intimidad....

HIGIENE.

(Continuación del número anterior.)

LACTANCIA ARTIFICIAL.

20. Infinitas circunstancias hay que obligan á suspender la lactancia natural. Una enfermedad de la nodriza, una enfermedad del niño etc. Entonces para hacerlos beber, en lugar de la cuchara y del pistero, debe usarse del biberon, cuya estremidad se forrará de tela; su cualidad esencial es que el fondo tenga un respiradero que deje penetrar el aire, pues en otro caso la criatura se esforzaria en vano á chupar. Los biberones de Mr. Darbot reúnen cuantas circunstancias pueden apetecerse. Al principio puede mezclarse la leche con un poco de agua tibia; á los cuatro ó cinco meses puede dárseles leche pura. Completa la denticon toman aumento las fuerzas digestivas; entonces ya debe usarse alimentos muy sólidos.

DE LAS NODRIZAS.

21. Una mujer débil ó de mala salud no debe criar su niño: consideraciones sociales pueden tambien oponerse; entonces se elegirá una nodriza de 24 á 30 años que goze buena salud, que tenga la tez fresca y buena dentadura, los pechos voluminosos y el pezon bien formado. Las nodrizas morenas son mas convenientes que las rubias á los niños de las ciudades.

22. La leche de una buena nodriza debe ser inodora, de un color azulado, y algo dulce. Derramada sobre una superficie lisa se conservará en gotitas cuando se la incline; y cuanto mas tiempo tenga mas ganará en espesor y blancura. Sería de desear al recibir una nodriza que hubiese pocos días que hubiese parido; pero cuando tiene las cualidades convenientes no debe vacilarse en admitirla aunque su leche tenga ya algun tiempo.

23. La templanza y la sobriedad son cualidades muy esenciales en las nodrizas, sus costumbres no deben alterarse á no ser que hubiese sido viciosa. Las nodrizas que estaban habituadas al aire libre y al trabajo suelen enfermar porque se las dan alimentos demasiado nutritivos, porque no hacen bastante ejercicio y por las ridículas exigencias que á veces tienen con ellas.

24. No debe admitirse una nodriza que menstrue. Pero cuando esto sucede hallándose ya criando, si es robusta y en la criatura no se nota incomodidad, puede muy bien continuar; pero mientras dure debe alimentarse al niño con leche aguada, papilla etc. Si al contrario la nodriza es delicada, tómese otra ó destétese aquel si tiene edad para ello. La leche de una mujer embarazada no tiene ninguna propiedad maléfica; pero se hace serosa y pierde los principios nutritivos, sin embargo, si la nodriza y el niño conservan su robustez no hay reparo en que continúe.

25. A falta de nodriza, la lactancia por medio de una cabra ó de una burra debe preferirse á la del biberon; la leche de burra es mas conveniente, pero la cabra se presta mejor, y se acostumbra á colocarse por sí misma, sobre la cuna de su cria. La cabra en este caso merece particular cuidado, no permitirle comer yervas meleficas, pasearla al aire libre, limpiarla á menudo y no castigarla nunca.

DEL DESTETE.

26. El niño que tiene casi completa su dentadura, carnes macizas, buen color, viveza y claridad en la vis-

ta, en una palabra, el aspecto de la salud y de la fuerza, puede ser destetado sin peligro. El término ordinario de la lactancia es de 12 á 15 meses: las nodrizas de constitucion linfática deben anticipar el destete. Un niño robusto, y cuya dentición es fácil, puede destetarse á los 9 ó 10 meses.

27. La costumbre de criar hasta los dos ó tres años es perjudicial á la nodriza y á la cria. Cuando se desteta no se ejecutará de repente sino por grados á medida que se acostumbre el niño á los alimentos sólidos. Desde que se presentan los dientes puede dejarsele mascar alguna corteza de pan, ó un poquito de torta esponjosa, luego se le dá leche, caldo, empanada, despues carne cocida ó asada, aunque en corta porcion, legumbres cocidas, frutas maduras y de buena calidad; y por bebidas, leche aguada, agua de cebada ó de abena, agua pura ó con azúcar: evitando siempre el uso de las especias, y las confituras.

28. Se les acostumbrará á advertir sus necesidades, pero nunca se les obligará á retenerlas. Se les presentará en el retrete á horas determinadas á fin de que sus evacuaciones se regularicen. Evítese todo lo que pueda suprimir su transpiracion. Los niños acostumbran llevarlo todo á la boca, así que no debe dárseles sino chupadores redondos, y ningun juguete cubierto de sustancia ó de color que su saliva pueda desvanizar, siendo á todo preferible un largo tapon de corcho fino. No debe consentirse que las nodrizas los laven con su saliva, como tampoco que nadie los bese sobre la boca.

29. Nada hay mas nocivo á la salud de los niños que la inmundicia de la cabeza; es preciso limpiarlos valiéndose de una brucha de crin y de un peine; si los insectos abundan puede usarse sin reparo el cocimiento de ajonjos, la centaura menor, ó la simiente de perejil en polvos. El resudor que sobreviene alrededor de las orejas, y las costras que suelen aparecer en la cabeza ceden comunmente á una limpieza bien entendida. No suministreis medicamentos á los niños; si están enfermos llamad un facultativo, porque la medicina de la infancia que tan facil os parece es la que requiere mas estudio y experiencia.

30. No enseñeis á andar á vuestros hijos á la ayuda de andadores, de carritos, de miembreras, y menos aun de una máquina sujeta á un eje que dá vueltas; porque este es el medio de hacerlos adquirir deformidades, de torcer las piernas; ponerles en el suelo sobre un alfombra, sobre una estera, y cuando sus miembros hayan adquirido la fuerza necesaria, ellos se levantan y marchan por sí solos; si caen no manifesteis asustaros, porque entonces tomarán miedo y ninguna otra tentativa haran para levantarse.

31. Los ejercicios activos son muy necesarios á la infancia, los sedentarios son nocivos; si quereis que las niñas lleguen á adquirir robustez y buena constitucion dejadlas jugar como á los muchachos al rehilete, á la pelota, columpiarse, correr, saltar etc., hasta que llegue la edad en que la educacion debe cambiar sus hábitos; anticipando los trabajos de la imaginacion se consigue destruir la salud de los niños: presentadlos el trabajo bajo la forma del recreo; que los juegos del espíritu se interponen con los del cuerpo.

32. Los niños deben dormir cuanto quieran: el mecimiento es una práctica viciosa. Si el niño llora, se observará si tiene hambre, si sus mantillas estan sucias, ó si experimentan algun dolor: nada hay mas pernicioso para ellos que la falta de sueño; no se les moleste nunca cuando duermen, y cuidad mucho de no hacerles despertar sobresaltados. Cuando despierten, sáqueselos al momento de la cama; ocho ó diez horas de sueño son indispensables en los primeros años; pasados estos deben acostarse y levantarse temprano.

33. La cuna se almodillará de avena que conserva menos el calor y las emanaciones que la pluma y la la-

na: mas adelante puede sustituirse con la cerda, paja de trigo etc. Cúidese de que esté retirada de la pared, que sus cortinas sean delgadas; los niños se acostarán con la cabeza elevada sobre el lado derecho, y moderadamente cubiertos. Se colocará la cuna en términos que reciba la claridad de plano, y cuando se presente á los niños algun objeto de diversion, siempre se ejecutará de frente; de este modo podrá evitarse que contraigan el estrabismo ó vicio de torcer la vista.

34. La cólera, la envidia y el temor son pasiones muy frecuentes en la infancia; á falta de palabras la dan á conocer por su llanto; es preciso distinguir cuando este procede de necesidad ó de dolor, y cuando dimana de impaciencia ó de la cólera. En el primer caso es mas agudo, menos seguido y acompañado de lágrimas durante el dolor; en el segundo es mas fuerte y continuo, cesa si se cede á su exigencia, prosigue si se le contraría.

35. Se evitará que el niño adquiera un genio dominante y caprichoso, que algun dia puedan serle funestos. Ni le contrarieis á vuestro antojo ni le estimuleis; sed justos para con él; inspiradle amistad y no temor, y tened presente que de las impresiones que ahora reciba, depende su buen ó mal carácter. No le acostumbréis á hacer mal á los animales, ni á ver derramar sangre. No contrarieis sus buenas disposiciones, pero tampoco deis lugar á que juzgue su posicion superior á la de su familia. No hay mejor preservativo contra la envidia entre los niños, que no dar á ninguno de ellos una marcada preferencia. El niño envidioso enferma, y una calentura lenta no tarda en conducirle al sepulcro.

36. Acostumbrad á los niños á no tener miedo; un susto repentino puede ocasionarlos un accidente y aun la muerte. Evitad los castigos corporales, que lejos de corregirlos los hacen disimulados y perversos: empléense las razones para convencerlos, escítese su amor propio. Desde la cuna debe procurarse desarrollar en ellos las impresiones de honor, de emulacion. Inspiradles sentimientos religiosos, pero de aquella religion verdadera que enseñando la inmortalidad del alma, nos hace conocer los deberes y las leyes de la sociedad.

LOS JITANOS.

La residencia principal de esta raza de hombres extraordinarios, llamados en España con este nombre, y conocidos en otras partes con el de Bohemios, es en los montes de la Transilvania en los confines de las provincias turcas y del Austria. Manifestárouse en Hungría y Bohemia hácia el año de 1438, y se les llamó Zigueros ó Czingarios; pero cuando abandonaron aquel pais para derramarse por las regiones occidentales de Europa se les dió el nombre de Bohemios, porque se les supuso oriundos de la Bohemia. Aunque hay una infinidad de ellos en el centro de Europa; llaman poco la atencion, porque estan divididos en compañías de pocos individuos, habitando unos en los arrabales de algunas ciudades, y vagando los otros sin domicilio fijo en tiendas que levantan en los parages que mas les gustan. Actualmente se cuentan doscientos veinte y dos mil en la Valaquia, Moldavia y Transilvania, en donde generalmente se les dá el nombre de Czingarios; pero en algunos puntos se les llama *Dfarones*, ó súbditos de Faraon, y en otros Egipcios, porque se cree que su origen es de Egipto. Tienen, así como los judios, rasgos distintivos indelebles, tales como los ojos hundidos, la tez morena, los cabellos negros, gran aversion al trabajo y suma inclinacion á la ratería. No profesan religion propia; pero por lo general siguen el rito griego, del que tampoco tienen sino una idea imperfecta: bautizan comunmente ellos mismos á sus hijos

en una casa pública con ceremonias profanas é indecentes: forman enlaces aun antes de estar en edad nubil, y los disuelven cuando mejor les parece, no siendo cosa rara ver jitanos rodeados de hijos habidos de diferentes padres. Cuando muchas familias quieren llevar una vida sedentaria, constituyen una choza en que se alojan con varios animales; y el aire que en ella se respira es muy perjudicial á causa de su desaseo.

Los jitanos son muy iracundos, y su enojo llega amenudo hasta el furor; charlatanes, y sobre todo embusteros, casi siempre estan en disputa, y lo que da lugar á

esta desunion suele ser su afición á los licores fuertes. A pesar de la abyección en que se miran en la sociedad, son vanos, tienen el mayor respeto á ciertas familias de entre ellos que llaman Vaivodas, y entre las que escojen un individuo á quien dan el título de gefe. La ceremonia con que le inauguran se reduce á hacerle dar tres veces vuelta al derredor de sus chozas, en medio de espantosos gritos. Los gefes son los custodios de ciertos privilegios que se les concedieron hácia el año de 1600, y los Czingarios de Transilvania se envanecen mucho de ellos.



Ademas de su general depravacion tienen diferentes grados de infamia, siéndolo algunos en tanto grado, que se merecen el desprecio de toda la tribu, y de estos entresacan los verdugos, que cumplen con suma complacencia su oficio. Inventan instrumentos atormentadores, y se deleitan ferozmente en anunciar á las victimas el menor del suplicio que las aguarda.

En general ganan su vida en fabricar chucherías de hierro, cajas de cuerno, cestos y otros objetos; y en la Valaquia se les ocupa en recojer el oro en l' Olt, el Doriza etc, y otros sirven de marmitones, siendo esta la causa principal de la suciedad de las cocinas de la Valaquia. Algunos se dedican no obstante á ocupaciones mas agradables, pues dotados de un oido fino y delicado son muy á propósito para la música, á la que se manifiestan muy aficionados, así es que casi todos los músicos de aquel pais son jitanos, y muchos tocan varios instrumentos sin tener principio alguno del arte.

Su idioma es una mezcla de palabras búlgaras húngaras, arabes y de otros dialectos del Oriente, de manera que el que esté versado en las lenguas orientales, puede entender bien su guirigai. Aprenden fácil y pron-

tamente y adoptan el idioma del pueblo cerca del cual tratan de establecerse. No tienen escuelas, y son poco aptos para la disciplina é instruccion.

En Transilvania es tolerable su situacion social, pues disfrutan de privilegios que hasta cierto punto los elevan á la clase de ciudadanos, al paso que en Valaquia y Moldavia son esclavos. Una parte de ellos pertenece al gobierno, y la otra á los individuos; se compran y venden generalmente por quinientos á seiscientos duros; pero rara vez son públicas estas ventas. Los jitanos que pertenecen al gobierno pueden vagar por donde quieran, obligándose á no salir del pais, y á pagar una cuota anual de euarenta duros por cada gitano de diez y seis años, cantidad que se proporcionan recojiendo oro en la madre de los rios. Los que pertenecen á los boyardos, desempeñan las ocupaciones que sus amos les prescriben, sirviendo comunmente de criados y viñadores. Na se inquieta á un boyardo porque mate á uno de sus jitanos, y un extranjero que lo haga, tampoco sufre otro castigo que el de una multa de noventa florines. Rara vez cometen los jitanos grandes crímenes, pero muy amenudo son reos de delitos. Por los mas graves se les

aplica la pena de cierto número de palos en las plantas de los pies, y por los mas leves se les pone una máscara de hierro por mas ó menos tiempo, y que ademas de lo que les incomoda, les estorba comer y beber. Por las raterías se les da otro género de castigo, que consiste en meterles el pescuezo y el brazo en una tabla abierta que tienen que llevar por cierto tiempo: castigo que presenta alguna analogía con la horca romana y el collar de los chinos.

Sobre el origen de los gitanos de España son varias las opiniones. El erudito P. Feijoo les asigna al parecer el mismo que queda indicado, diciendo que por los años de 1417 parecieron por la primera vez divididos en bandadas en Alemania, de donde fueron esparciéndose á los reinos de España y Francia, diciéndose procedentes de una provincia de Egipto. El P. Martin del Rio, sobre la fe de Aventino, escritor de los anales de los Boyes, cree que esta gente vino de la Esclavonia; y últimamente en una excelente Memoria, publicada hace pocos años en Barcelona, se les cree procedentes de las tribus árabes establecidas en España despues de la conquista, las cuales oriundas de los desiertos del Yemen, y comprendidas en el califato de Egipto, llevaban la denominacion de *egipcios* para distinguirlas de las otras tribus bárbaras venidas de los reinos de Fez y de Marruecos, capitaneadas por los príncipes Almozados, los cuales se conocian particularmente con el nombre de moros, y que despues por los desastres de la guerra corrieron igual suerte y llevaron una misma denominacion, sustrayéndose á fuerza de constancia á las sucesivas persecuciones del vencedor.

Esta raza condenada continuamente á la humillacion y rechazada de todas profesiones por un juicio inexorable, conserva en la misma abyeccion en que la han colocado la opinion y las leyes, un carácter de independencia que admira, y una inmutable predileccion hacia las miserias de la vida nómada. Asi es que estas gentes han despreciado muchas veces ofrecimientos que se les han hecho con el fin de procurarles un oficio, por medio del cual pudiesen disfrutar ellos y sus familias de una honrosa subsistencia; sus propios hijos han manifestado tambien igual aversion al trabajo, y á todas las condiciones por medio de las cuales se adquiere ó conserva la fortuna, pues si se ha tratado de recoger de entre ellos algun niño de tierna edad, despues de haberle educado con esmero en las escuelas públicas, el gusto, ó mas bien la pasion de la independencia, contra toda esperanza se ha visto crecer en él con la edad; y cuando parecia que el término de la educacion hubiera podido ser un antemural bastante poderoso para preservarle de los hábitos de la gitanería, se le ha visto desaparecer para mezclarse en una banda, y volver á seguir el traje y costumbres de los gitanos.

Estos manifiestan disposicion, paciencia, y habilidad en todo lo que hacen, ó mejor en todo aquello que se les permite hacer. Son diestros en todos los ejercicios corporales, manejan perfectamente un caballo, son amantes de la música, de la poesia, y de todo cuanto prueba una imaginacion pronta y sagaz. En medio de su miseria se muestran hospitalarios, compasivos y generosos, y casi podria decirse que los vicios que les dominan son el resultado de su pobre condicion.

Resulta del mismo aislamiento en que se encuentran colocados, que habiendo contraido el hábito de considerarse en guerra abierta contra los pueblos, entre los cuales vivaquean, han adquirido una astucia inconcebible para tratar sus negocios y concluirlos con ventaja. Concurren á todas las ferias, ejerciendo con maña y siempre con exito el oficio de chalanes, presentado con una confianza extraordinaria animales viciosos, viejos y llenos de fatiga, bajo la apariencia de fuerza y juventud, valiéndose al efecto de mil pequeños secretos para obrar

una metamorfosis temporal en un mulo, asno ó caballo, enganchando al comprador con todos los rodeos y bellezas querias imaginables, invocando cuando les viene á pelo á todos los santos del paraíso en apoyo de su buena fé, y á fuerza de paciencia y ardid, consiguen enganar al hombre mas entendido y de mas prevencion. Concluida la feria no les queda otro negocio que hacer, sino repartirse las ganancias ó descansar; y en seguida se retiran á sus habitaciones acostumbradas, esto es, á una choza en el fondo de alguna quebrada, al pie de los peñascos, ó debajo del arco de un puente.

Sin embargo, á pesar de la uniformidad de sus costumbres, debemos considerar su raza como dividida en muchas tribus mas ó menos numerosas, entre las cuales se encuentra la fortuna repartida con desigualdad y por lo tanto existen graves diferencias en su traje, en su bienestar, y hasta en la satisfaccion de sus inclinaciones. Los que pueblan las montañas de Cataluña ó recorren los llanos de Castilla, son por cierto bien diferentes de los habitantes del barrio de Triana en Sevilla, y de las ricas campiñas de Murcia y Granada. La influencia apacible del clima meridional, el brillo constante de un hermoso cielo, la facilidad de proporcionarse subsistencia agradable y á poca costa, y hasta el mayor acceso y roce continuo con la sociedad civilizada, contribuyen á modificar su aislamiento y costumbres selvaticas y dañinas, prestándoles un carácter de originalidad halagüena, que el inimitable Cervantes supo describir con su mágico pincel en la novela de *la Gitanilla*. Miranse amenudo en aquellas ciudades correr las calles y las plazas públicas, bandadas de majas ó gitanos rodeadas de algunos curiosos que escuchan sin reflexion los disparates que ellas profieren en tono profético y ridiculo bajo el nombre de *buen ventura*, en tanto que ellos se ejercitan en el contrabando y merodeo, ó bien estiende su petulancia hasta pregonar remedios empíricos para toda clase de males, y otros prodigios que no dejan de tener acogida en pueblos dotados de una ardiente imaginacion.

Absurda y cruel nuestra legislacion, lanzó durante tres siglos fulminantes anatemas contra esta raza proscrita, contribuyendo de este modo á empeorar sus costumbres, hasta que el ilustrado gobierno de Carlos III acordó la pragmática de 1783 que empezó á destruir la barrera al parecer insuperable, que existia entre aquella raza y la sociedad civilizada; y es de esperar que los progresos lentos pero seguros de la opinion, lleguen á hacerla desaparecer enteramente.

EL THALMUD.

El Thalmud, que es una coleccion de doce volúmenes en folio, contiene diálogos, controversias, tradiciones y argumentos acerca de la religion y moral judáica, se compuso en el intervalo del segundo al cuarto siglo de la era cristiana, con el fin de defender y sostener las instituciones de Moisés. Ningun escritor israelita le ha traducido todavía á ninguna lengua europea; pero M. J. Cohen ha publicado últimamente algunos extractos curiosos en una revista francesa.

Hay dos Thalmudes, el de Jerusalem y el de Babilonia; y este último es el mas voluminoso y mas difundido. Comprende la obra dos partes distintas: *halacha* (preceptos, lecciones) y *agada* (narraciones, relatos). La primera parte trata de algunas cuestiones de derecho, policía, leyes ceremoniales y rituales; la segunda es una compilacion de máximas unas buenas y otras malas. El Thalmud, como código, no tiene influencia alguna sino entre los judios de Polonia y de Rusia.

DESCUBRIMIENTO DE LAS PANDECTAS.

El manuscrito de las *Pandectas* ó del *código*, vasta compilación de leyes romanas que inspiró la mayor parte de la legislación moderna, se llamó en un tiempo *Pandectas Florentinas*. Fue hallado el manuscrito original hacia el año de 1150 en el saqueo de Amaphs, y el emperador Clotario le había regalado á la ciudad de Pisa. Apoderáronse los florentinos de esta ciudad, y fué llevado el manuscrito á Florencia, en donde se custodió en el palacio de la República en un gabinete magníficamente decorado. Se le forró con una tela preciosa de color de púrpura, tachonada de clavos de plata, con registros y broches del mismo metal, y planchas y adornos en cada ángulo segun el gusto de aquel tiempo. Quedó á cargo de los monges Bernardos, que no le enseñaban al público mas que en ciertos dias del año como una reliquia venerable; el primer magistrado asistía á aquella ceremonia con la cabeza descubierta, así como los religiosos que llevaban respetuosamente velas encendidas.

VIAGE A LA LAPONIA.

Después del último viage á la Laponia de un comerciante de Havre las fábulas que acerca de él se han propalado, son debidas muchas de ellas á M. Regnard. El navio que el viajero moderno fletó para su expedición llegó á Tromboe, casi bajo el círculo polar, donde volvió á hallar en el mes de julio toda la temperatura helada de nuestros inviernos. El aspecto de aquellas tierras altas cubiertas de una triste y lenta vegetación llamó mucho su atención; pero lo que destruyó completamente la ilusión que conservaba, como de una idea comunmente transmitida fue la estatura de los Lapones. Prometiase no hallar en aquellas regiones septentrionales sino enanos, y cuantos habitantes vió eran de una estatura como la regular en hombres no muy altos. Las mugeres, particularmente feas, pero por la mayor parte afables, son casi de la misma estatura que las europeas. Las ideas que hemos tenido hasta ahora acerca de las costumbres de los Lapones, son tan inexactas como las que se nos han hecho concebir de su constitución física; y nada por ejemplo es tan falso, como la pretendida hospitalidad que se ha dicho que dispensaban á los extranjeros á espensas del honor conyugal. Los Lapones se dividen en dos clases, respecto al modo con que se proporcionan su subsistencia, y son pescadores y pastores. Los primeros habitan en las orillas del mar, y los segundos en las inmediaciones de las poblaciones, en chozas que se asemejan de lejos á las colmenas. Está muy generalizada entre los Lapones la afición á los licores espirituosos, pues buscan en ellos un repulsivo contra la acción deleterea del frio. Lo que se ha dicho de su gusto por el aceite de pescados, que constituye su mas deliciosa bebida, es tan incierto como lo de su adúltera hospitalidad. Pero una cosa cierta, y no por eso menos curiosa, es que hay en Tromboe una imprenta, y un periódico que sale dos veces á la semana; aunque las operaciones tipográficas esten todavia poco adelantadas.

LA TORTUGA.

Si se ha clasificado á las tortugas en la clase de reptiles, y si parece que debia colocárselas en el número de los caracoles, no por eso se asemejan menos en el rasgo mas característico de su estructura á los tatos, ó armadi-

llos entre los cuadrúpedos, á los cofres entre los peces, y á muchas especies de insectos, cuyo cuerpo está encerrado en una caja. Aquella coraza que cubre á toda la tortuga es lo que mas llama la atención en este animal singular; se compone de dos partes muy distintas, la una superior y la otra inferior, conocidas la primera con el nombre de *caparazon*, y la segunda con el de *peto*. El *caparazon* forma una especie de bóveda con una caída muy suave y prolongada hacia la cabeza y la cola del animal: presenta la configuración de una media bola y la compone cierto número de láminas huesosas, unidas entre sí por medio de suturas, ó bien un cuero grueso, cubierto con la sustancia preciosa conocida con el nombre de *concha*. Las estremidades del *caparazon* se juntan con las del *peto*, que cortado en figura de óvalo, ofrece una superficie absolutamente chata en las hembras, y con una ligera concavidad en los machos. Fuertemente adheridas ó pegadas una á otra estas dos piezas de la coraza, no dejan mas abertura que para la cabeza, las patas y la cola. Las patas que apenas elevan al animal algunas pulgadas sobre el terreno estan cubiertas, así como la cabeza, cuello y cola, de una piel dura y escamosa. Para que pueda usar la tortuga de estos miembros desembarazadamente, las aberturas correspondientes á cada uno no tienen mas anchura que la estrictamente necesaria, pero como estas entradas desgarnecidas son por decirlo así la parte débil de la coraza, es en ellas el pellejo de la tortuga mas grueso y doble, y adherido por una parte á su cuerpo, y por otra al *caparazon* y al *peto*.

Se ve en esto una prevision admirable y al mismo tiempo una justicia, en proveer á la tortuga de un aparato tan completo de defensa pasiva, porque ella no puede librarse de sus enemigos con la fuga, ni tampoco resistirles á cara descubierta; sus piernas cortas, y que mas bien avanzan ladeándose que en línea recta, estan tan mal dispuestas para caminar, que la lentitud de la tortuga ha pasado á proverbio; y su mismo pico apapagayado no es, en medio de la dureza y corte de las mandíbulas, sino una arma poco temible. La tortuga conoce muy bien su propia debilidad, y al menor peligro de que se juzgue amenazada mete muy dentro de su concha la cabeza, las patas y la cola. El *peto* toca entonces inmediatamente con el suelo, y como el *caparazon* sobresale de él en ambas estremidades, resulta que protege al animal por todas partes un muro de concha contra los que le ataquen. Las aves de rapiña esgrimen inutilmente su pico y garras para penetrar aquella cubierta inespugnable; pero su instinto les sugiere un género de ataque con el que infaliblemente consiguen apoderarse de su presa. Testigos dignos de todo crédito, refieren que cuando las águilas cojen alguna tortuga la levantan hasta colocarse en el aire perpendicularmente sobre algun peñasco, y entonces la sueltan. La concha se hace pedazos con la violencia con que pega en la roca, y el águila coje el fruto de su admirable sagacidad. Esta relacion de los viajeros modernos, tiene tambien el apoyo de la mas remota antigüedad, sin que sea necesario recordar la triste aventura de aquel filósofo á quien habiendo un astrólogo predicho que moriría de la caída de una casa, se imaginó eludir el vaticinio viviendo siempre en campo raso, pero un águila creyendo que su espaciosa calba fuese una piedra, dejó caer sobre ella una tortuga y le mató.

La tortuga presenta ademas de su figura otras rarezas, esclusivas de su organizacion. Vários reptiles hay que pueden vivir por mucho tiempo sin comer, y esta particularidad parece que no conoce límites en la tortuga. No comer lo mas mínimo en cinco ú seis meses, un año y aun diez y ocho meses no altera en nada su constitución, ni escita en ella un hambre voraz, aunque por lo general tiene buen apetito y se acomoda con toda la indiferencia de un gloton á las yerbas, frutas, insectos, gusanos, peces, carne y pan. Esta fuerza vital se mani-

fiesta aun con otros fenómenos que sorprenden, y escenden con mucho á los que ofrecen los animales mas notables por tener, como suele decirse, siete vidas. Una tortuga á la que se le habia cortado la cabeza, conservó la vida y el movimiento veinte y cuatro dias; otra á quien se le habia estraído del cráneo los sesos, no murió hasta los seis meses, y los trozos de carne de tortuga suelen palpar por mucho tiempo sobre las mesas de las cocinas.

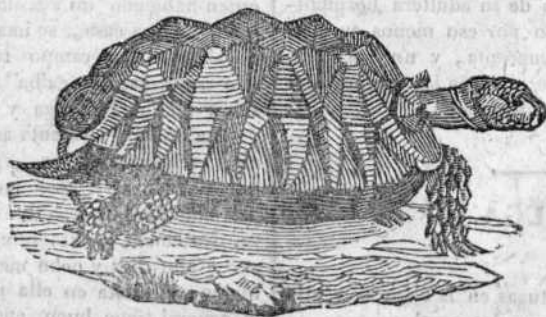
Este animal tan notable en su parte fisica, no tiene interés alguno en sus costumbres. Sin pasiones, instinto ni ocupacion, no vive al parecer mas que para comer y dormir. No se descubre en ella ni el menor indicio de la ternura maternal. Cuando le cansa el peso de los huevos que han llegado ya á su completo desarrollo, abre en la arena un hoyo de dos pies de profundidad y uno de anchura, los cubre de arena y los abandona al calor del sol que los hace salir al cabo de unos veinte dias. Solo un sentimiento se manifiesta á veces en la tortuga fuera del de la propia conservacion, y es el de una especie de celos en los machos cuando se les encierra en un sitio estrecho. Se atacan entonces con un furor gracioso por el modo con que lo espresan, se dan fuertes cabezadas, procuran morderse las patas y el cuello con sus fuertes mandíbulas, y forman un gran ruido con el choque de sus corazas.

Todo lo dicho es comun á las numerosas especies de tortugas terrestres que esparcidas en los puntos meridionales de ambos continentes, no se diferencian unas de otras, sino en su grueso que varia desde tres pulgadas á tres pies, y por las muchas particulares de su caparazon. Las tortugas acuáticas, que viven en los mares y rios de las regiones del ecuador, y que no salen á la orilla sino momentáneamente, son bajo muchos aspectos semejantes en un todo á las tortugas terrestres; pero median tambien sus diferencias entre ambas clases. Su caparazon es por lo general menos cóncavo y mas prolongado. Sus patas, dipuestas y formadas en nadaderas son demasiado largas para poder ocultarse enteramente en su cubierta, y su tamaño es mucho mayor que el de las tortugas terrestres, pues tienen algunas mas de 9 pies de largo y 4 de grueso, de modo que los niños hacen barquichuelos con el caparazon, y los indios los colocan por techos en sus chozas. Se han cojido tortugas de estas, que pesaban mil libras.

La caza de tortugas terrestres no es mas divertida ni difícil que lo que pudiera ser una caza de caracoles, pues no se trata sino de buscarlas: en algunos puntos de América adiestran á los perros á seguirlas por el rastro entre los bosques. La de las acuáticas es mas dificultosa y por lo mismo mas entretenida. Se las coje de varios modos. Cuando por los vestigios que dejan en la arena se conoce que frecuentan alguna parte de la orilla, sea para vagar ó para poner sus huevos, se ponen los cazadores en emboscada al caer de la tarde, y en el momento en que cierto número ha salido á tierra se echan sobre ellas, interponiéndose entre la banda y el mar: las

tortugas asustadas procuran volver al agua, pero como basta para apoderarse de ellas volcarlas patas arriba, pues no les permite su organizacion recobrar su postura natural, son pocas las que consiguen escaparse. Se cojen tambien las tortugas de mar teniendo al derredor de las islas á donde acuden las redes, que en las costas de Normandía llaman *locas*, en las que las tortugas se enredan la cabeza, patas y cola, quedando colgadas de ellas. En algunos países se cazan, ó mas bien se pescan las tortugas con cierta especie particular de harpon. Las tortugas acuáticas, como puede observarse en las aguas claras, pacen en grandes bandas las plantas sub-marinas que crecen en la inmediacion de las orillas; y como dejan escaparse de su boca algunas hebras de yerba que suben á la superficie del agua, donde sobrenadan, acuden con este indicio los botes al caer la tarde á los sitios en que dichas hebrillas anuncian la concurrencia de tortugas, y en el momento en que vienen á renovar provision de aire se les tira el harpon que se clava en ellas, dándoles cuerda para que se desangren, hasta que suben moribundas á la flor del agua. Hay, en fin, otro modo de cojer tortugas que requiere la mayor destreza. «En las costas de Méjico, dice un viajero, suele verse una multitud de tortugas en la superficie del agua, á donde suben á dormir, y en este caso se las pesca sin necesidad de harpon ni de redes, del modo siguiente: Un buen buzo va nadando delante de la chalupa, y cuando está á pocas toesas de una tortuga se somormuja y hace por volver á salir junto al animal. Entonces le coje por hácia la cola, y apoyándose en la parte posterior de ella procura sumerjirla. El animal se despierta, lucha y se esfuerza en sobrenadar por el hecho mismo de que se le quiere sumerjir, y sus movimientos bastan para sostenerla sobre el agua, asi como al pescador, hasta que llega la chalupa y saca á entrambos.»

Ademas de la concha, tan útil para una infinidad de artefactos, suministra la tortuga de mar y tierra un alimento sano y gustoso. Su carne sabrosa es estimada sobre todo por el excelente caldo que produce, y es sabido que la *sopa de tortuga* está destinada en Inglaterra á las solemnidades gastronómicas; y que tiene, por decirlo asi, un caracter oficial: no se creería un lord corregidor de Londres instalado debidamente en sus importantes funciones si faltase en su banquete de inauguracion la sopa de tortuga. Los huevos de la tortuga no son menos sustanciosos y delicados que los de gallina. No pudo este animal, conocido de la antigüedad, dejar de escitar con lo raro de su figura la imaginacion de los pueblos del Oriente; y asi se le encuentra pintado ó esculpido en monumentos egipcios, y el autor de la Venus acurrucada puso á los pies de la diosa una tortuga, como símbolo de la dulzura, ó tal vez por formar un contraste con formas tan diferentes. La tortuga tiene al parecer un carácter religioso en la mitología de los indios americanos, y segun la creencia de algunas tribus, lleva al mundo sobre sus espaldas.





EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

(Escultura de Miguel Rubiales.)

Entre las diversas esculturas de mérito que contienen las iglesias de Madrid, son muy dignas de atención por su notable ejecución las que representan varios actos de la pasión de N. S. J., las cuales en diversos tiempos han sido encargadas á los profesores mas distinguidos por las

varias cofradías piadosas, con el objeto de asistir con dichas imágenes á las pomposas procesiones de la Semana Santa, que venían á ser una continuación muda de los *Misterios* ó *Autos* representados en otros tiempos en las plazas públicas; siendo esto tan verdad que todavía en mu-

chos pueblos de nuestra España á falta de escultura suelen representarse por personas aquellos recuerdos de la Pasión. No puede negarse que esta costumbre ha podido dar margen á irreverencias singulares, y que fue bien entendida para el objeto la substitucion de las figuras esculpidas á las animadas; y aun considerándolo solo bajo el aspecto artístico ganaron mucho en ello la escultura nacional y la decoración de nuestros templos.

Notables sobremanera son las obras de este género que embellecen las magnificas iglesias de Sevilla y Córdoba, de Valencia y Toledo, y en general todas las de España: y limitándonos por el momento á Madrid, pueden citarse con justo elogio la *Oración del huerto*, el *Ecce Homo*, y los *Azotes*, obras del escultor don Pedro Hermoso, que contiene la iglesia de san Juan de Dios. El *Santo Cristo de la Fé* en una capilla de la parroquia de san Sebastian, ejecutado por el escultor don Angel de Monasterio, *N. S. en el sepulcro*, en santo Tomas y la *Soledad* que estaba en la iglesia de los PP. de la Victoria, obra estimadísima, del célebre Gaspar Becerra.

Estos pasos con el *Jesus nazareno* de los Trinitarios descalzos, imagen de mucha veneracion en esta corte por haber sido cautiva en Fez, y rescatada por los religiosos de aquella orden, son los que constituyen la procesion del Viernes Santo, única que se conserva de las varias que en esta semana se celebraban en lo antiguo en nuestra capital, y de que hablaremos despues.

Pero no son ellos solos los que contienen las iglesias de Madrid. En casi todas ellas pueden verse representaciones de aquellos sublimes misterios, siendo entre todas ellas digna de la mayor atencion, la esmerada obra de Miguel Rubiales, que representa el *Descendimiento de la Cruz*, y se venera en una de las capillas de la iglesia de Santo Tomas, de la cual ofrecemos un traslado al frente de este artículo.

En el *Museo pictórico* de don Antonio Palomino, hablando del escultor Miguel Rubiales, dice que «fue natural y vecino de esta villa, y discípulo del gran Pedro Alonso, cuya escuela y amistad siempre obtuvo, siendo muy estudioso y especulativo en sus obras, como lo manifiesta aquel célebre paso del descendimiento de la Cruz que se sacaba la Semana Santa, y está en el colegio de Santo Tomas de esta corte, en la capilla de nuestra Señora del Rosario. Y tambien es de su mano el paso de Santa Helena, que está en la iglesia del Carmen Calzado, y la imagen de nuestra Señora de la Soledad que se venera en capilla particular en la iglesia del convento de la Merced Calzada. Murió de 60 años de edad con poca diferencia por el de 1702, y se enterró en la iglesia parroquial de san Millan de esta corte.» Dicha obra le fue encargada por la comunidad de los alguaciles de corte, de quien es propiedad, y su mérito es tal que en tiempo de la invasion francesa quisieron comprarla en 80,000 rs. Este paso salia en efecto en la procesion del Viernes Santo, pero siendo tal su mole que esponia á alguna desgracia, hace muchos años que se suspendió su salida.

No concluiremos este artículo sin hacer una ligera reseña de las diversas procesiones con que se celebraba la Semana Santa en Madrid hasta los últimos años del siglo pasado, en que una devocion mejor entendida hizo suprimir varias de ellas y sus accesorios, que solo servian á dar lugar á disipaciones y escándalos, tan impropios de estos sagrados dias, dedicados á contemplar los sublimes misterios de nuestra redencion.

El lunes santo salia una procesion que se dirigia á la parroquia de Santa Cruz.

El miércoles santo salia otra procesion del Carmen Descalzo con *trompeteros*, y hombres cubiertos con una túnica y un capuz y diferentes pasos, á saber: El de los azotes, el *Ecce homo*, el de Cristo crucificado, y

concluian con una Dolorosa, y detras de cada paso iba un alcalde de corte.

El jueves santo salia la procesion de la iglesia de santo Tomas.

El viernes santo al amanecer salia la procesion de la iglesia de Jesus, acompañada de devotos y de mujeres con luces encendidas, música lúgubre y trompeteros, siendo notable en ellas los varios *aspados*, que á título de penitencia iban en cruz unidos á un palo, caminando al lado de cada uno un compañero que levantase al penitente si acaso daba alguna caída, á lo cual iban muy espuestos.

El viernes santo por la tarde se componia la procesion de la que salia de nuestra Señora de Gracia, que iba á Santo Tomas á reunirse con el paso del descendimiento, y los demas pasos eran los siguientes: Cristo á la columna con dos sayones; el Crucifijo, conocido por el Cristo de los cómicos. Maria Santísima de los Dolores, de Santo Tomas, y la Soledad, de la Victoria, á todos los cuales pasos iban acompañando los alcaldes, trompeteros, y delante de las imágenes de la Virgen una música lúgubre.

En este dia se juntaban varios disciplinantes en figura de *penitentes* con enaguas blancas y una capucha que les tapaba la cara en forma de máscara, con un ramal de lino en la mano derecha, los cuales se iban azotando por las calles públicamente, á cuyo efecto tenian en Santa Barbara una pieza destinada para las operaciones preparatorias, que se reducian á herirles con una bola de cera y vidrios las espaldas para abrir paso á la sangre que continuaban ellos sacando despues con las disciplinas. El Gobierno prohibió los disciplinantes por la picardía de algunos que perseguian á las mujeres asustándolas, y de otros que al pasar junto á ellas se sacudían para mancharles las mantillas. Quitados los disciplinantes, tuvieron en los años inmediatos que sangrarse los que solian serlo, por estar acostumbrados á aquella evacuacion periódica en la estación de la primavera.

A todas las procesiones acompañaba la vocinglería de los ciegos, cantando la pasion; y esto, unido á la escesiva concurrencia, el lujo de los trajes, singularmente marcado en tales dias, la multitud de sillas de manos en que las damas de la corte solian, seguidas de sus pajes y lacayos, visitar las estaciones; las estravagantes decoraciones y transparentes de los monumentos, las predicasiones improvisadas en medio de las plazas públicas, las corridas en fin y quimeras indispensables, ocasionadas por el mas minimo motivo en la agitada multitud, constituian un espectáculo de ostentosa profanidad que contrastaba notablemente con el profundo sentimiento de la iglesia en semejantes dias.

DEL TRABAJO.

La primera condicion impuesta al hombre es el trabajo. El hombre ha trazado surcos en un terreno árido, ha bajado á espantosas profundidades para extraer trozos informes que ha mudado en metales brillantes y sujetado á una infinidad de formas; ha señalado en el cielo puntos infalibles para el regreso periódico de las estaciones de temperaturas, las siembras, el cultivo y las cosechas; ha sorprendido las leyes misteriosas de la reproduccion de las plantas; ha logrado acostumbrar al yugo á los animales que le alimentan, le visten y ayudan en sus penosas tareas; ha llegado á cruzar los montes de caminos, coronarlos con penachos de selvas, y preparar en sus faldas campos dorados de mieses y prados esmaltados de deslumbrante verdor; ha creado y construido en los llanos aldeas y ciudades populosas. ¿Quién puede enumerar lo que el hombre ha llegado á ejecutar, ni quién podrá pre-

agiarle obstáculo alguno insuperable, al verle dirigir el rumbo del rayo, calcular la edad de los montes, y que domando á su gusto los caprichosos impetus del agua vaporizada los convierte en caballos dóciles é infatigables?

¿Hubiera podido llevar á cabo tantos prodigios sin el trabajo, ley en apariencia tan dura de su existencia? Puede muy bien dudarse en vista del estado de ignorancia y de inferioridad relativas en que estan todavía sumergidas la mayor parte de las tribus que habitan entre los trópicos, en donde las primeras necesidades de la vida se satisfacen no bien se conciben.

Los frutos presentándose por sí mismos al apetito; el sol manteniendo una perpetua primavera, la tierra produciendo sin cultivo, los árboles prodigando su perfumada sombra, los animales su leche y los arroyos sus cristalinas aguas, he aquí la edad de oro de los poetas; pero la edad de oro nos hubiera dejado desnudos, simples é ignorantes, privados para siempre de las riquezas de la tierra y de los tesoros de nuestro entendimiento, incapaces de conocer este magnífico universo, cuyos pormenores se patentizan incansablemente á nuestros ojos, y cuyos límites retroceden á medida que se aumentan nuestros conocimientos.

ESTADOS UNIDOS AMERICANOS.

Progresos que han hecho en poblacion, comercio y hacienda. — Sus fuerzas por mar y tierra.

Las tropas á sueldo del gobierno central de los Estados Unidos, no se componen sino de 8221 hombres; á la que debe añadirse la milicia que asciende á 1.500,000 hombres. La marina militar se compone de

12 navíos de línea, que juntos montan	888 cañones.
14 fragatas de primera clase, con. . .	615
13 fragatas de segunda, con.	616
15 de guerra, con.	282
7 con.	75

El mando superior de estos 61 buques le tienen 37 capitanes, 40 comandantes y 357 tenientes. Las págas y gastos de la escuadra cuestan anualmente 84.000,000 de reales. El presupuesto de guerra asciende á 275.600,000, incluidos la paga de la escuadra propiamente tal, y la conservación de fortificaciones y obras estratégicas. Por débil que parezca á primera vista la marina de la Union, ha de tenerse presente el gran ensanche que puede tomar en pocos meses si el gobierno mandase botar al agua los buques que conserva divididos en piezas en sus arsenales. Los astilleros de la marina militar de la Union son siete, y bastante bien surtidos de los materiales necesarios para el armamento inmediato de veinte navíos de alto bordo, y á quienes la marina mercante proveería de buenos marineros.

Ningun país de Europa es comparable á los Estados Unidos en cuanto al rápido aumento de la poblacion, á pesar de que tampoco ninguna region de Europa fuera de ciertos puntos de la Rusia, presenta tantas superficies inhabitadas como las que se encuentran en el territorio de las veinte y cuatro repúblicas de la Union. Este territorio es de 1.570,000 millas cuadradas, y no cuenta mas de 9 habitantes por milla cuadrada, cuando en Austria, Francia é Inglaterra, se cuentan 165,208 y 257 habitantes por milla cuadrada. El cuadro progresivo de la poblacion de los Estados Unidos en los cuarenta años últimos, es el siguiente:

Años.	Habitantes.
1798.	3.930,000
1800.	5.306,000
1810.	7.240,000
1820.	9.638,000
1826.	12.866,000
1835.	14.000,000

Entre las causas que contribuyen al aumento de la poblacion de los Estados Unidos, debe contarse la multitud de emigrados que cada año va á encontrar una patria en la nueva Inglaterra, y dicha emigracion se ha hecho mayor desde el principio de este siglo. En los diez años primeros se calculaba en 4 á 5,000 individuos; desde 1812 á 1821 llegaron á 8,000; sin contarse los emigrados de las posesiones inglesas del Norte de América; en 1830 subieron á 35.000, y algunos periódicos americanos los regularon en 1834 en 150,000. De este modo han entrado en los Estados Unidos durante los 35 años últimos 600,000 extranjeros que formarán en el dia la vigésima parte de la poblacion.

La hacienda de la Union se halla en el estado mas floreciente. No obstante las sumas considerables que el gobierno federativo ha aplicado desde 1817 á la construccion de plazas fuertes, y al reembolso de la deuda pública, la tesorería de Washington presenta cada año un sobrante muy satisfactorio. Lo que ha importado el presupuesto en los últimos años, dará una idea exacta de lo dicho. Sabido es que el presupuesto no abraza todos los gastos públicos de la Union; pues no se conoce aun bien el conjunto de gastos de los diferentes estados, y no se encuentran sino indicaciones vagas con respecto á los presupuestos de los principales estados.

En 1.º de enero de 1835 existia en tesorería un remanente de mas de 120.000,000 de reales, siendo lo mas notable que la deuda de la Union, que en 1816 subia á 2,699.502,000, se halló enteramente amortizada en 1.º de enero de 1835 ó cuando menos no quedaba mas que una corta cantidad cuyo reembolso aun no habian pedido los acreedores del estado.

Uno de los principales recursos de la tesorería de Wasington, despues de las aduanas que forman las cuatro quintas partes de las rentas, es la venta de terrenos, especulacion lucrativa que produce cada año de 100 á 104.000,000 de reales. Desde el año de 1776 ha comprado el gobierno federativo por muy poco precio á los indios, Francia y España 262.000,000 de acres de terreno, que en el dia revende á los colonos á un precio respectivamente muy subido, y aun no ha vendido la décima parte de los terrenos comprados. Siendo pues así que el valor de los terrenos se aumenta conforme crece la poblacion, puede inferirse qué inmensos recursos no producirá á la Union dentro de pocos años un capital de este modo aumentado.

El comercio debe progresar infaliblemente en un pueblo tan activo y emprendedor como el de los americanos del Norte. Fuera de los recursos que su mismo suelo virgen les ofrece, las instituciones que los gobiernan favorecen sus empresas y los protegen hasta en los países mas lejanos. El comercio de los Estados Unidos casi se ha duplicado desde el año de 1830. Los géneros introducidos en dichos Estados en el último año importaban 2,682.250,560 rs., y los exportados 2,211.964,400; cantidad extraordinaria si se la compara con la del año 1730. En esta época las importaciones de las colonias inglesas de América del Norte no escedian de 9.400,000 rs., y las exportaciones 9.600,000; pero tampoco su poblacion escedia de 500,000 habitantes.

No tiene ejemplar en los anales del comercio el vuelo que ha tomado la marina mercante americana.

En 1830 tenia la Gran Bretaña y sus colonias 23,723

buques montados por 154,800 marinos, y que componían un total de 2.531,820 toneladas. En la misma época poseían los Estados Unidos 12,256 buques, de porte de 1.261,000 toneladas, montados por 67,744 marinos. En estos 12,256 buques entraban 943 corbetas, 1371 bergantines y 343 vapores. El derecho de toneladas de la marina mercante americana ascendía en 1832 á 1.439,450, es decir, á mas de la mitad del de la Gran Bretaña y sus colonias.

En el día es el comercio de las provincias unidas mucho mayor respectivamente que el de las islas británicas.

Faltan por lo general datos exactos acerca del comercio interior y el producto de las manufacturas de los diversos estados de la Union. Se ignora en los Estados Unidos el número de acres que se cultivan, las diferentes especies de cultivo á que estan destinados, y los productos que rinden.

Lo que debe llamar sobre todo la atencion de Europa es la portentosa rapidez con que los americanos abren canales y construyen caminos de hierro. La extension de canales en los diferentes estados de la Union se calcula en 966 leguas; han costado 1,484.000,000 de reales. Solo el estado de New-York ha construido 180 leguas de canales que le han costado casi 240.000,000 de reales, y de los que saca mas de 24.000,000 de réditos. Las diferentes líneas de caminos de hierro en la América del Norte se estienden actualmente por un espacio de 225 leguas, y se emplean en esta clase de operaciones cincuenta compañías con un capital casi de 848.000,000 de reales.

(*American Almanac.*)

MARAVILLAS DE BAGDAD.

Circunstancias de su fundacion. — Recibimiento de dos embajadores griegos. — El canal de Tigris. — Singularidades.

El fundador de esta capital del islamismo fue el califa Abou Djanfar al Mansour, que cansado de residir en Achemia, envió por todas partes médicos y sábios que entendiesen de la salubridad del aire, para escoger un sitio donde pudiese edificar una capital. Eligióse un llano al oriente del ramal del Tigris, y se señaló con ceniza el círculo que debería ocupar la ciudad. Se consultó á los astrólogos y en el año 145 de la Egira (763 de la era cristiana) se echaron, á la hora que designaron como favorable, los fundamentos de aquella ciudad, á la que *jamás debía atreverse la destruccion*. Pronto se interrumpieron los trabajos por algunas rebeliones, se continuaron en el año 146, y se concluyeron en el de 149. El historiador Mousliheddin dejó escrito que los astrólogos Khaled el Barmesida y Hadjaj ben Artan, convinieron en que se pusiesen los cimientos bajo la influencia del signo de Sagitario, porque debía resultar de esto que ninguno de los califas de la familia de Abbai pudiese ser de allí herido de las saetas de la muerte: lo que ha acreditado en algun modo la esperiencia, pues segun el historiador musulman lo comprueba con la lista de los sitios en que han fallecido los sultanes, ninguno de ellos ha muerto en el mismo Bagdad.

En cuanto al origen del nombre de Bagdad estan conformes las tradiciones en asegurar, que habia cerca del sitio en que se fundó un monasterio llamado Dad, y un monge cuyo nombre era Bag, el cual dijo un dia al Califa que habia leído en unos antiguos y misteriosos libros, que en aquel sitio se fundaria una gran ciudad, que perpetuaria la memoria de los dos nombres Bag y Dad. Otros

dicen que Bag era el nombre de un ídolo adorado en aquel recinto, y que Dad es una palabra persa que significa dando (*datus*), con cuyos dos nombres reunidos se habia querido darle uno que espresase que todas las ventajas que se disfrutaban en aquel sitio, eran un don del Dios que en él se adoraba; pero como dice el mismo historiador, Dios sabe lo que será, porque este nombre se encuentra escrito de muy diferentes modos: Bagdaz, Bagdan, Bagdin y Magdan. Los materiales se tomaron en parte de las ruinas de las ciudades de Kosroes (Madaín), y se llevaron de Vasin las puertas de bronce.

El historiador Hibet Allah Muhammed-el-Diri, en su obra titulada *El arroyo limpio del inmenso Océano*, despues de enumerar bajo el testimonio de otro escritor las magnificencias y curiosidades de Bagdad, sus murallas tan sabiamente coustruidas, sus puertas y las siete divisiones de su palacio situado en medio de la ciudad, cuenta que habiendo llegado á Bagdad dos embajadores griegos, enviados por el emperador de Constantinopla, se les hizo esperar, segun el ceremonial, un mes entero para ser admitidos en palacio, haciéndoles entretanto todos los honores y obsequios de huéspedes. Llegado el día de la admision, se llenaron todos los patios de palacio de conserges y otras muchas personas. En el primer patio se veian cien leones encadenados; en el segundo cien girafas; en el tercero cien elefantes; en el cuarto quinientos gallardos caballos tenidos de las bridas por sus palafreneros y por los kornaks ó res de los elefantes; el quinto patio estaba lleno de aves de rapiña y otros animales adiestrados para la caza, sin contar una multitud de pájaros raros por la brillantez de su plumage; en el sexto patio estaban los visires y escritores, vestidos cada uno segun su clase, de ricos trajes de seda, adornados de pedrerías, y otros con armaduras muy raras. En el séptimo patio estaba en fin el trono del Califa, al derredor del cual se mantenian en pie siete pajes hermosísimos, teniendo sobre sus cabezas candelabros refulgentes como el sol. Al entrar los embajadores en cada patio, buscaban ansiosamente con la vista el trono del Califa, y ya que llegaron á estar bajo el dosel que le cubria, habiendo besado el suelo y presentado sus homenajes y las cartas de Constantino, hijo de Eradio, (este debe ser un yerro de los historiadores, y este es otro Constantino, porque el hijo de Eradio murió en el año 641, mucho antes de la fundacion de Bagdad) el principal de los embajadores tuvo ocasion de elogiar el palacio, las murallas y la figura circular de Bagdad. Manifestó sin embargo que extrañaba que tan magnífica ciudad careciese de lo que la hermosearian las aguas de un gran rio. Un visir le respondió inmediatamente que no se habia querido alterar la calidad del aire, mezclando con él exhalaciones menos puras. Con todo, el Califa á quien habia llamado la atencion el reparo del embajador, mandó que se detuviese á los embajadores un mes mas fuera de la ciudad, y durante él hizo abrir un canal de diez codos de ancho que conducia por medio de la ciudad las aguas del tigris, entre dos paredes de piedras blancas. Los troncos de los árboles que sombreaban sus orillas, estaban cubiertos de seda, y mil aves colocadas en ellos llenaban el aire de dulces cantos. En el palacio corria el agua en una madre formada con cristales de diferentes colores: los árboles presentaban sus hojas todas doradas, y sus frutos cubiertos de perlas y diamantes. Se habian repartido de trecho en trecho ocultos pevetes, cuyo humo dispersado por el viento, perfumaba todo el ambiente. Mamour se puso el manto negro, trage distintivo de los Abbasidas, se colgó del hombro la espada, símbolo del imperio, y aguardó á los embajadores que no podian figurarse en medio de tantas maravillas, que fuese aquella la misma ciudad, y estaban *sumergidos en el océano de sus pesamientos*.

Los edificios coustruidos por Mansour ocupaban un

espacio de mas de dos millas de radio; entre cada puerta mediaba una milla de distancia, y de columna á columna ciento y sesenta ladrillos de un codo de largo sobre medio de ancho, que pesaban ciento y diez y siete libras. Las murallas tenían ocho codos de grueso y treinta de elevación; entre puerta y puerta se veían veinte y ocho torres á cien codos de distancia unas de otras, y en cada una de las puertas de la ciudad vijilaba un emir, sentado en un trono de marfil, teniendo bajo sus órdenes á los porteros armados de bastones de oro. Trata despues el autor de la doble muralla, la fortaleza y el palacio. En el centro de este habia un salon de cincuenta codos en todas sus dimensiones, sobre el cual se levantaba una cúpula de ladrillos verdes, y en su punta una estatua talismánica con una lanza que indicaba con ella por qué parte se acercaban los enemigos. Esta figura fué derribada el año 829 de la Egira.

Se dice que contaba aquella ciudad veinte y cuatro mil cuarteles, en cada uno de los cuales habia una mez-

quita y un minaret con su baño enfrente, y mas de ciento y cincuenta puentes sobre los varios canales que la atravesaban y movian cuatrocientos molinos de á tres ruedas. Fuera de los muros habia treinta mil fábricas de vidrio, cuatro mil de cristales, y cuatro mil y cien herreros. Se consumían diariamente en palacio mil cebones y tres mil carneros, sin contar las aves y otros comestibles. Herbian incesantemente cuatrocientas marmitas, y estaban empleados para el surtido diario quinientos pescadores y otros tantos cazadores. De treinta mil hornos que tenia la ciudad, estaban destinados siete mil para el servicio de palacio. Cultivaban los contornos de Bagdad en una gran estension número infinito de jardineros, de modo que todos los comestibles estaban baratos. En tiempo del Califa Al Mausour ocupaba la ciudad sola y sin contar los arrabales, cuatro mil y cien yugadas de terreno, y poseia sesenta mil baños y otras tantas mezquitas de cinco puertas.



CUNAS CANADIENSES.

Las mujeres del Canadá precisadas á llevar á sus tiernos hijos en sus largas expediciones, los envuelven en una especie de cuna, en la que no pueden menear los brazos ni las piernas, y meten despues esta cuna en una como banasta prolongada, que cuelgan de los hombros por medio de unas correas, y cargadas de esta manera caminan desembarazadamente y sin cuidado alguno. En tal posicion el niño tiene apoyada la espalda contra su madre; la cabeza enteramente al aire, y divertida continuamente la vista con el aspecto del campo. Cuando llegan á una parada, se quitan la banasta que arriman á un árbol ó á una piedra, ó la suspenden de una rama. Las canadienses emplean á su modo el mayor lujo en el adorno de su *porta-niños*, tejiéndolos artísticamente, y labrando sus correas curiosamente. Efectivamente son estas banastas un adorno para ellas y para sus hijos, y hacen veces de capa, de vestido y de chal. Tambien

nuestras aldeanas sujetan sin compasion al pobre recién-nacido á fuerza de fajas, orillos y alfileres en un cesto largo ú cuévano que cuelgan de un gran clavo metido en la pared, fuera del alcance de los gatos, perros y otros animales. Esta posicion no debe ser muy grata á la pobre criatura, que está en un continuo grito desde la mañana hasta el mediodia en que vuelve su madre del campo para comer. ¿No seria mejor seguir el método de los canadienses y llevarse mas á menudo á sus niños consigo á que respirasen libremente el aire?

SOLEMNE INAUGURACION

DE UN CANAL.

Entre el lago Erié y el rio Hudson, á cuya emboca-

dura está edificada Nueva York, hay un canal cuya apertura se inauguró con la mayor solemnidad. Se empezó á abrir el 4 de julio de 1817, y quedó concluido el 4 de noviembre de 1825, día justamente en que se abría en París la navegacion del canal de San Martín.

Tiene 150 leguas de longitud, 12^m, 18 de ancho al nivel del agua, y 1^m 25 de profundidad. La diferencia de nivel entre el lago y la embocadura del canal en el río Hudson es de 170 metros, y el coste de la obra, ascendió á unos 25 millones.

Se solemnizó en Nueva York la entrada de las aguas interiores de la América septentrional en el océano atlántico el espesado día 4 de noviembre con ceremonias y regocijos en que tomaron parte todas las autoridades, corporaciones de oficios, ciudadanos y extranjeros de distincion. Nada diremos de los banquetes, salvas de artillería, iluminaciones, fuegos de artificio y bailes, que suelen ser cosas inseparables de todas las funciones; pero citaremos dos ceremonias de un carácter menos comun.

La primera fue una especie de procesion industrial. Las corporaciones de jardineros, sastres, curtidores, carniceros, sombrereros, panaderos, albañiles, torneros, guarnicioneros, carpinteros, sogueros, mecánicos, ebanistas, encuadernadores, alfareros, y de otras profesiones se dirigieron lentamente llevando en medio de trecho en trecho varios carros adornados magníficamente. En cada uno de ellos iban diversos operarios ejerciendo las funciones de su profesion como en un obrador, y llevando espuestos al público los frutos de su industria.

Se notaba particularmente el carro de los impresores que llevaba dos prensas, en las que se estaba tirando una oda en celebridad del suceso, y de la que se iban distribuyendo ejemplares á los concurrentes, conforme se iban sacando.

La segunda ceremonia fué en conmemoracion de la union de las aguas del lago Erié con las del océano Atlántico: se derramaron en el mar diferentes vasijas llenas de agua del lago Erié y de los varios ríos que surten al canal.

El clero de todos los cultos, las autoridades civiles y militares, los consules de todas las naciones, una multitud de diputaciones y el conjunto mas brillante de la sociedad se habian reunido en barcos de vapor en número de 26 y en las chalupas de los pilotos.

Aquella escuadrilla bajó por el río Hudson hasta la playa *Sandy-Hook*, en la que se situó al derredor del schooner de los Estados Unidos, el *delfin*, á la vista de un gentío inmenso colocado en la orilla. Durante su marcha los músicos situados en los puentes de los buques, tocaban sonatas nacionales y militares, mientras las baterías saludaban con todos sus cañones. El gobernador Clinton fue quien desde el schooner derramó gravemente en el mar las aguas del lago Erié, pronunciando las siguientes palabras: «Celebremos la llegada al Océano de los primeros barcos del lago Erié; celebramos la conclusion de un canal, que abierto en menos de ocho años en una longitud de mas de 150 leguas, debe su ejecucion al espíritu público y á la energía del pueblo del Estado de Nueva-York. ¡Quiera el Dios de cielos y tierra mirar propicio el éxito de esta empresa y hacerla provechosa á los intereses del género humano!

LONGEVIDAD DE LOS ARBOLES.

El crecimiento de los vegetales se verifica desde lo interior hacia lo exterior; y las partes que antes han existido son las que se alargan y desarrollan para aumentar el volumen y masa del cuerpo: hácese el crecimiento en dos direcciones; es decir, que á medida que se aumenta la altura, se aumenta tambien el diámetro. Hay ciertos

árboles que no adquieren sino en muchos años una altura y diámetro considerables, como la encina, el olmo y el cedro. Otros, por el contrario, crecen rápidamente, en mucho menos tiempo como son todos aquellos, cuya madera es blanda y lijera, tales son los álamos, acacias etc. La mayor altura á que en general llegan los árboles de nuestras selvas es la de 40 á 50 metros, y rara vez escede su grueso de 8 á 9 metros de circunferencia. Plantados en terrenos convenientes y en una situacion oportuna para su especie, pueden vivir muchos años, pues el olivo llega á subsistir 300 años y la encina 600.

En los pinos, abetos, encinas etc. se forma cada año una nueva capa de madera, de manera que un árbol de 100 años presenta cuando se le corta horizontalmente 100 zonas concéntricas. Si se divide un árbol en trozos, dice Mr. Berthelot (*Memoria sobre la longevidad de los coníferos*), haciendo cortes continuos á lo largo del tallo y sobre cada guía regular, se advertirá que el número de capas leñosas que pueden contarse en cada corte va disminuyendo sucesivamente de año en año, desde la primera serie de ramos hasta la copa: se observará tambien que el número de ramos regulares, dispuestos á lo largo del tronco, coincide con el número de años transcurridos desde el nacimiento del árbol hasta su destruccion. Esta observacion puede llevarse mas adelante. Si se corta transversalmente una de las grandes ramas laterales de cada serie, se notará que el número de capas leñosas de cada corte coincide con el de la parte correspondiente del tallo, porque aquellas ramas se han desarrollado en el mismo año. Con el auxilio de estas observaciones y cálculos ingeniosos han llegado á averiguar los botánicos la edad de los árboles, á lo menos aproximativamente.

Adanson ha observado en las islas de Cabo Verde diferentes baobabs que presentaban 3 metros de circunferencia, y que segun sus cuentas debian tener cerca de 6000 años, y que habrian sido segun el *Génesis* y segun Cuvier, contemporáneos del primer hombre.

Hay en la base de las faldas meridionales de Mont-Blanc entre Dolone y Pré Saint-Dizier, en el monte de Bequé un abeto que los habitantes del pais llaman la *caballería de los camellos*, porque sirve de abrigo á aquellos animales durante el invierno. Tiene 7 metros y 62 centímetros de circunferencia sobre el cuello de la raíz, y su enorme tronco conserva aun un grueso de 4 metros y 80 centímetros en el primer ramaje, que tiene el mismo 2 metros y 75 centímetros de contorno. Mr. Berthelot opina que cuenta 12000 años de existencia no obstante su lozana vegetacion y verde vejez.

A corta distancia del abeto referido se encuentra en el bosque de Ferré un cedro del Libano que tiene 5 metros y 45 centímetros de circunferencia, y que no debe tener menos de 800 años.

El bosque de Parey-Saint-Ouen, en el canton de Brugnerville, departamento des Vosges, tiene un árbol llamado la *encina de los partidarios* que presenta 13 metros de circunferencia, y en el nacimiento de las principales ramas 5 metros y 70 centímetros. Su altura es de 33 metros y su estension de 25. Tiene casi 650 años, y puede haber alcanzado á las bandas de los *Cothoreaux*, *Carriers* ó *Routiers* que devastaban la Francia en tiempo de Felipe Augusto.

Cerca de Vernet en el distrito de Preveranges, se ve un castaño, que aunque de altura regular, presenta una circunferencia de 4 metros antes del punto de arranque de las ramas, lo que hace juzgar que tiene de 260 á 280 años, y que fue plantado cuando Caivin ó Calvino predicaba la reforma en Lignieres, algunos años antes del San Bartolomé.

Si los monumentos erijidos por las manos de los hombres en una edad remota nos agradan por su antigüedad

no deben interesarnos menos los veteranos de la vegetación: hablan á la imaginación como los templos arruinados, las columnas voladas y los restos históricos que se desharán un día en polvo después de haber oprimido á la tierra con su mole. Siglos enteros no han bastado á derribar á árboles, cuya orgullosa copa han combatido inútilmente las tempestades; la vida no los ha abandonado: es aun la misma la impulsión orgánica que les sostiene; sus frutos se suceden sin interrupción, y dan cada año al terreno ó á sus habitantes mucho mas de lo que reciben.



EL DANTA.

Los animales que pertenecen á la familia de los ciervos, se dividen en un gran número de especies, entre las cuales se cuentan el Rengífero y el Danta que habitan el antiguo y nuevo continente; pero que no se encuentran en España. Estas especies tienen, como el ciervo común, hastas sólidas y enteramente huesosas, diferenciándose en esto de las de los bueyes, las cuales forman un tubo mas ó menos hueco. El Danta es el mas grande de todos aquellos, y se le caracteriza por la prominencia y prolongación de su ancha nariz, el tamaño de sus orejas, lo corto de su cuello y la altura desproporcionada de sus miembros anteriores, que le obliga á doblarlos cuando quiere pacer, por lo cual prefiere habitar los bosques en donde se alimenta con las ramas y corteza de los árboles. Hácese tambien notable por la dirección casi horizontal de sus astas, en figura de palmas triangulares dentadas en sus orillas por un número de picos igual al de los años del animal. Estas astas compactas y duras, caen á fines del otoño y le vuelven á salir por la primavera, y es muy común en la América encontrar algunas de sesenta libras de peso.

El Danta llega algunas veces á una talla mas elevada que el caballo; y en los Estados unidos se ven algunos hasta de nueve pies de altura. Los músculos de su cuello corto y vigoroso, tienen un doble volumen á fin de sostener la cabeza cargada con tan enorme peso: el labio superior es mas grueso y mas móvil que el del caballo, y con él arranca la yerba, las hojas y ramas de los árboles. En verano para evitar los tábanos, permanece día y noche metido en las lagunas sin sacar mas que la cabeza, en cuya actitud corta la yerba bajo el agua soplando fuertemente con las narices. Cuando huye usa de una especie de trote sostenido acompañado de un crujido extraordinario, que se ha atribuido á la ausencia del líquido que baña las articulaciones de los miembros de los animales, por lo que los antiguos creían que los de este animal eran inflexibles.

Ninguna fiera salvaje se amansa tan fácilmente como el Danta, y su natural dulce una vez reducido á la domesticidad, le hace manifestar una gran afección á su amo. En los estados de Nueva York se han hecho felices ensayos para dedicar al Danta á los trabajos de la agricultura.

Los indios cuentan que existe un Danta gigantesco que marcha sin dificultad sobre las nieves, de once pies de altura, y segun ellos es invulnerable, teniendo además un fuerte brazo para defenderse. Consideránle como

al rey de los Dantas, y se imaginan que está servido por numerosos cortesanos: tienen además la superstición de creer que es animal de buen agüero, y para ellos soñar con él es señal de una larga vida.

CANCION DEL PESCADOR.

I.º

Boga altiva por los mares
Mi barquita pescadora,
Que no teme el cierzo airado,
Ni el embate de las ondas.

Una caña
Es mi delicia.
Mi contento
Navegar.
Mis placeres
El estruendo
Que muguiendo
Forma el mar.
Y del cielo
La luz bella,
Y la hermosa
Pura estrella,
Desde el barco
Silencioso
Con reposo
Contemplar.

Ageno de pesares,
Mi dicha forman los serenos mares
En ellos fue mi cuna,
A ellos debo mi próspera fortuna.
Ni otros bienes ansío
Para descanso mío,
Que una choza en la playa,
Una adorada esposa por consuelo,
Y por amigo al cielo.

Adormido
En débil tabla,
Y un abismo
En derredor;
Como en lecho
De delicias
Yo descanso
Sin pavor.

Mis aromas
Son el aura,
Que respira
Su frescor;
Y por velo
Tengo al cielo,
Que me cubre
Protector.

La serena
Paz que envía
Concilia
Mi quietud;
Y mis párpados
Se cierran,
Recreándose
En su luz.

Tranquilo al alba despierto;
El rocío de la aurora
Mi rostro tiene cubierto.

Y cual bálsamo
Suave,
Se dilata
Por mi ser;
Y revive
Mis sentidos,
Que renacen
Al placer.

Veó la faz hermosa
Del puro sol naciente,
Fiel señalar del Dios omnipotente
La mano poderosa.

Con el alma
Conmovida,
Yo me humillo
Ante el Señor;
Y la ofrenda

De mi vida
Le consagro
Con fervor.
Y percibo
Allá entre el viento
Cual el eco
De su voz,
So las nubes
Que en su asiento,
Me bendice
El Hacedor.

2.º

Ya la tarde se adelanta
Y el Héspero brillador,
Entre nubes sonrosadas
A la noche precedió.
Ya derrama el negro manto
El dulce navegador,
Sus redes tiende en la barca,
Y ya vuelve á su mansión.
Parda nube se amontona:
El bramido de los vientos
Pone espanto;
Y el pescador luego entona,
En armoniosos acentos,
Triste canto:—

«Boga, barca, boga
«Al puerto feliz,
«Que amor y sosiego
«Te esperan allí.
«Boga, que los mares
«Parecen hervir,
«Y abismos presentan
«De horrores sin fin.
«Las ondas al cielo
«Su negra cerviz
«Levantán bramando,
«Y vuélvense á hundir.
«El fulgido rayo
«Traspasa sutil,
«Con fuego horroroso,
«De Ocaso, al Zenit.
«Un buque naufraga
«Fuerte bergantín,
«Es el mas velero
«Que jamás yo ví.
«Cual sube á los cielos
«El ronco plañir!
«Hundióse por siempre....
«Dichoso de mí
«Que en tanto altanero
«Mi leño infeliz,
«Resiste á su furia,
«Navega gentil.
«No, barquita mía,
«No te ofende á tí
«Del Dios la venganza,
«Que no le ofendí,
«Las ondas se amansan
«En torno de tí;
«Los vientos se enfrenan,
«Que temen te herir.
«Boga, barca, boga
«Al puerto feliz,
«Que amor y sosiego
«Te esperan allí.»

Así dice:

Y traspasa sin temor
Del negro mar los furioses;
Y al descubrir en la celeste esfera
Los hermosos colores
Del iris bonancible,
De nuevo entona el pescador sensible:
«Ya distingo la cabaña
«Do feliz paso mi vida;
«Llorando está mi querida
«Desque de ella me ausenté.
«Vuela, zéfiro ligero,
«Dí á la hermosa, luego, dílo,
«Que ya torna su Batío,
«Tan amante cual se fue.

3.º

Inclinándose

A la orilla
Con el remo
Ya tocó.
Y amarrando
La barquilla,
Salta en tierra
Muy veloz.
Y gozoso,
A su casilla
Se dirige
El pescador.
Limpia mesa
Le esperaba,
Frutas secas,
Pan de flor:
Y una torta
Que incitaba
Por lo blanca,
Y por su olor.
Y una hoguera
Que lucía,
Y en la choza
Despedía
Apacible
Su calor.
Y donosa
Una doncella
Mas hermosa
Que el amor;
Que á su seno
Le estrechaba,
Y con mano
Cariñosa
Le limpiaba
Su sudor;
Y en la frente
Codiciosa,
Le besaba
Ruborosa,
Sin mentira
Y con ardor.

Feliz se sienta á cenar;

Es cosa digna de ver,
No se cansa de admirar
Los ojos de su mujer,
Ni el vino que ha de libar;
Y bebe hasta enloquecer,
Y no cesa de mirar.

Y sus ojos

Encendían

A la bella

De rubor,

Y en silencio

La pedían

Recompensa

A tanto amor.

Y la hoguera

Que alumbraba

Diz que entonces

Se apagó,

Y entre sombras

Sus placeres

Inocentes

Confundió.

Al nacer

Del nuevo día

Cuando el sol

Puro brilló,

En el seno

De la esposa

Recostado se veía,

Con la frente

Sudorosa

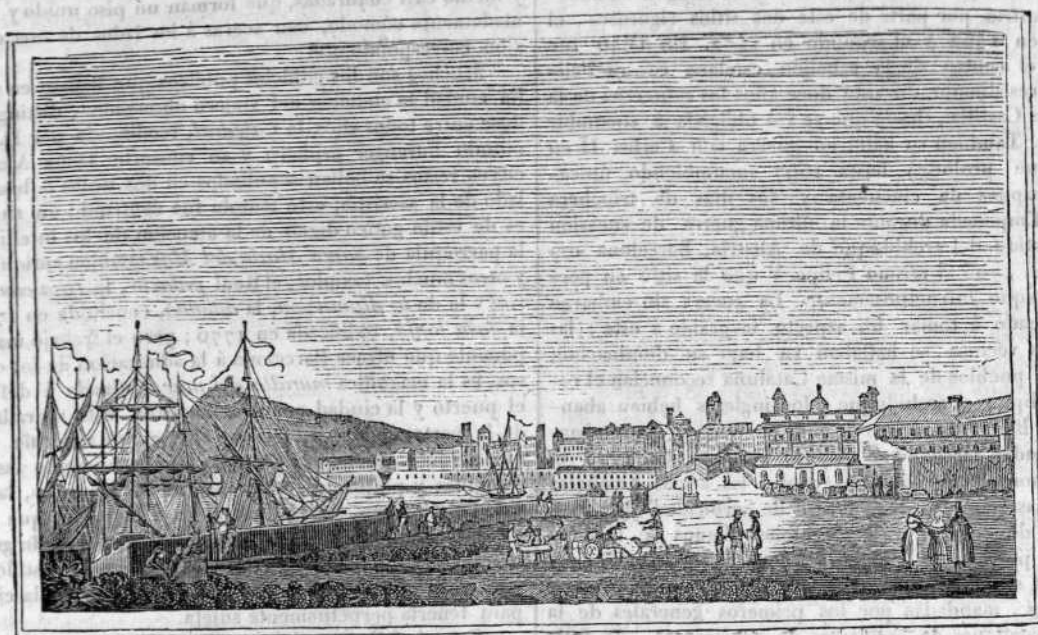
El amante

Pescador.

¡Quién no envidiará el estado

Del feliz navegador....!

Gregorio Romero y Larranaga.



BARCELONA.

Barcelona, capital de la Cataluña, una de las provincias mas ricas, pobladas é industriosas de España, ocupa en el día el rango que Tarragona obtuvo en tiempo de la dominacion romana. Se hace preciso para remontar á su origen buscarlo cerca de tres siglos antes de la era cristiana, y las mas eruditas investigaciones llegan á probar que fue fundada por el cartaginés Hamilear, padre de Anibal, quien la impuso el nombre de *Barcino* en recuerdo del de su familia *Barca*.

Apoyándose en los Pirineos y formando de este modo una de las provincias mas septentrionales de España, y por lo tanto mas unida al resto de la Europa, la Cataluña ofrece tambien en su historia mayor variedad é interés que las demas provincias de la península. Antes de la época de los cartagineses, su vasta estension, que comprende 44 leguas de N. á S. y 40 de E. á O., se hallaba dividida entre muchas naciones bárbaras. Esta provincia fue la primera que despues pasó á la dominacion de los romanos y tambien la última que abandonaron no solo en razon de su situacion geográfica, sino porque su posesion era tan envidiable, que solo á la última estremidad se decidieron á renunciar á ella. Los godos que sucedieron á los romanos no la conservaron largo tiempo, y despues de haber recibido dueños de la Italia y del Norte de la Europa, sufrió tambien los que llegó á imponerla el Asia y el Africa, viniendo á ser presa de la media luna como el resto de España despues de la batalla de Guadalete. Pero el reinado de estos nuevos dominadores no llegó tampoco á ser de larga duracion en Cataluña, porque detenidos los progresos de los árabes en las llanuras de Poitiers, se vieron obligados á repasar los Pirineos, y muy luego á replegar sus fuerzas hácia el mediodia de la España. Carlos Martel, que detuvo en Francia la invasion de los sarracenos, dió tambien un príncipe de su familia á la Cataluña, y desde es-

ta época empezó para esta provincia un nuevo y brillante período de su historia. Colocada bajo la influencia de una autoridad y de un gobierno propios, libre de la opresion extranjera, y en situacion la mas ventajosa para desplegar sus grandes recursos, viósele alcanzar muy pronto un grado de prosperidad singular; entonces fue cuando sus armas triunfadoras conquistaron la Sicilia y la Cerdeña, cuando se atrevió á luchar con el gran imperio de Oriente y se apoderó de una parte de la Grecia, y cuando al propio tiempo las artes y las letras florecian en su seno hasta el extremo de rivalizar con la civilizacion que los árabes alcanzaban en las demas provincias españolas. Y no es decir tampoco que la paz fuese por entonces permanente en el interior; los catalanes, independientes y activos por carácter, dispuestos á la rebelion y á la lucha, se hallaron muchas veces en guerra abierta con sus propios soberanos y contra la corona de España, á la que mas tarde habian quedado unidos, participando, ademas de estas disensiones particulares, de las generales al resto de la Península.

Esta rápida ojeada de los fastos de Cataluña, es tambien el resumen histórico de Barcelona, centro y alma de todo aquel país. Con efecto, en esta ciudad se consumaron todos los grandes acontecimientos de la provincia, siendo la primera á sufrir la influencia de las grandes calamidades ó de los prósperos sucesos. Siempre se la vió como el campo de batalla en el cual se decidieron todas las guerras que llegaban á comprometer aquel país, y el número y la importancia de los sitios que por esta razon sufrió, la constituye en una de las ciudades mas marcadas de la historia.

Poseida por los moros en 802 opuso una resistencia terrible durante diez y siete meses á los generales del rey Luis de Aquitania, viéndose morir en ella la mitad de sus habitantes y destruir del todo sus fortificaciones.

En 785 fue vuelta á recobrar por los moros á consecuencia de otro sitio célebre, y sus hijos quedaron en la esclavitud hasta que poco tiempo despues la libertó el conde Bonel. En el siglo 15 Barcelona como el resto de Cataluña, se rebeló contra Juan II rey de Aragon su soberano, y sufrió por parte de este dos sitios rigorosos, el primero en 1462 y el segundo en 1472. En 1640 fue tambien el centro de la rebelion catalana contra Felipe IV, resistiendo durante doce años los esfuerzos de la corona de Castilla, hasta que se vió obligada á sucumbir en 1652. Tambien se halló en guerra con Carlos II en 1689, que prolongó hasta 1697 sucumbiendo únicamente despues de cincuenta y dos dias de trinchera abierta. Empeñada durante la última guerra de sucesion en el partido del archiduque de Austria, Barcelona osó resistir en 1706 al mismo Felipe V que la sitió en persona, aunque infructuosamente. La guerra sin embargo habia llegado á tomar un aspecto favorable á este; las provincias vecinas se hallaban ya bajo su dominacion; todos los pueblos de la misma Cataluña reconocian el centro de Felipe; el archiduque y los ingleses habian abandonado á Barcelona á sus propias fuerzas; y sin embargo esta ciudad terrible, se dispuso á resistir en 1713 el mas memorable de sus sitios contra las armas españolas y francesas reunidas. Este esceso de heroicidad ó de obstinacion, dió lugar á rasgos sublimes dignos de las mas hermosas páginas de la antigua Roma. Los paisanos abandonados á sí mismos osaron resistir á tropas numerosas y aguerridas, mandadas por los primeros generales de la época: batallones de escolares, de fabricantes, de frailes y curas, y hasta de mujeres, coronaban las murallas, defendían las brechas, regaban con su sangre las calles, y se negaban perpétuamente á la mas honrosa capitulacion. Tomadas en fin todas las fortificaciones, aniquilados casi todos los defensores, é incendiada la ciudad por diversos puntos, el mariscal de Bervich verificó su entrada el 10 de setiembre de 1714, y desde entonces perdió Cataluña sus fueros y privilegios. Finalmente son igualmente célebres los sitios sufridos por Barcelona en las guerras nacionales de nuestro siglo.

Esta célebre ciudad está situada en la posicion mas ventajosa, á la orilla del mar, limitada al norte por una cadena de montañas, y protegida al mediodia por una eminencia aislada, que ha cambiado su nombre latino de *Monsjonis* por el de *Montjuich*; ocupa la estremidad de un delicioso valle, regado por las aguas de los rios Besós y Llobregat, y enriquecido por una esmerada cultura. En tiempo de los cartagineses, *Barcino* cubria solamente una colina que forma hoy el punto central de la ciudad; en la dominacion de los romanos que la apellidaron *Faventia*, *Pia*, *Augusta*, comenzó á extenderse por el valle, pero las guerras extranjeras é invasiones que sufrió durante muchos siglos la impidieron su vuelo, y únicamente cuando vió la Cataluña asegurado su estado independiente, fue cuando Barcelona tomó el carácter de ciudad principal.

Las casas particulares en general ofrecen un aspecto agradable por su construccion sencilla y elegante, y su perfecta alineacion, si bien reina en todas cierta monotonia, y su demasiada elevacion asombra y entristece las calles. Estas, en la parte vieja de la ciudad, tienen por lo general la estrechez que se advierte en los pueblos antiguos, pareciendo estar dispuestas con intenciones de guerra y de defensa; pero las calles nuevas de la ciudad que forman lo principal de ella, se distinguen por su belleza y regulares proporciones; tales son la *Rambla* especie de *Boulevard* interior que atraviesa lo principal de la ciudad, la *Riera ampla* ó calle ancha, la del *conde del Asalto* y otras varias, y finalmente la nueva de *Fernando* abierta hace pocos años, la cual por la belleza de sus casas, la comodidad del piso y la brillantez de las tiendas y almacenes que la decoran, puede competir

con las mejores de las grandes capitales de Europa.

Es digno de observarse el nuevo empedrado de las calles, realizado por el ayuntamiento con el producto de una rifa comunal, y compuesto de piedras de un palmo ó palmo y medio casi cuadradas, que forman un piso unido y estrechamente cómodo, con aceras á los lados de una estension correspondiente.

Muchos son los edificios públicos que llaman en aquella ciudad la atencion del viajero observador, distinguiéndose entre todos ellos la *Catedral*, reedificada por D. Raimundo Berenger primero y su consorte Doña Almodis, cuyos restos se hallan sepultados en dos urnas ó baules al lado de la sacristía; este templo fue contruido en 1298, y es de estilo gótico digno de la atencion de los inteligentes; la parroquia de *Santa Maria del Mar* tambien antiquísima, y otros muchos templos; el *Real palacio*, la *casa consistorial* y la de la *diputacion*, la *aduana*, concluida en 1792, y la *casa lonja*, redificada en 1770; pero el trabajo mas imponente que ofrece Barcelona á la admiracion de los curiosos, es la magnífica *muralla del mar* destinada á defender el puerto y la ciudad por aquella parte. Esta muralla y la de la parte de tierra, forman ademas un soberbio paseo que permite carruajes y ostenta alternativamente las ricas campiñas y pintorescas montañas de las cercanías, la actividad del puerto, los muros, fosos y baluartes que hacen de Barcelona una de las mas importantes plazas de guerra, la montaña de *Monjuich* con su dominante castillo, y la *ciudadela* que Felipe V hizo levantar al Este de la ciudad, para tenerla perpétuamente sujeta.

Esta ciudad tan célebre por su historia y tan importante por su estension y belleza, lo es no menos por la prodigiosa actividad industrial, el estendido comercio, el carácter y las costumbres de sus habitantes.

Aunque el gusto de las bellas artes y de las letras no sea extraño á los barceloneses, como lo acreditan la multitud de instituciones científicas y literarias que encierra su ciudad, se descubre en ella principalmente la inclinacion á las empresas industriales y mercantiles, y una actividad extraordinaria de que no ofrece ejemplo ninguna otra ciudad de España. Por todas partes resuena el ruido del telar; hombres, mujeres y niños todos trabajan incesantemente, y se les ve en las calles, en las tiendas, en el interior de las casas, sobre las azoteas y terrados, agitarse y bullir como un enjambre de abejas, moviendo ruedas y cilindros, pasando agujas, torciendo hilos y obligando en fin á las materias mas toscas á presentar formas nuevas y caprichosas. Admirables son por cierto los resultados de esta actividad, de esta inteligencia, y toda España haciéndose voluntariamente tributaria de ella y consumiendo en enormes cantidades los productos de la industria barcelonesa, ha elevado á sus fábricas á un grado de prosperidad que casi llegan á competir con las mas célebres del extranjero.

No es menos notable ni digno de admiracion, el arreglo y mecanismo de estas fábricas, en el que se emplean mas de veinticinco mil almas, consumiéndose cantidades enormes de algodón, hilo, seda, castor, hierro, porcelana, barro, vidrio, y otras infinitas materias. Toda esta actividad y trabajo que se advierte durante la semana, se convierte en alegría y apacible recreo en los dias festivos: el comerciante acaudalado abandona entonces el puerto y el bufete, y se traslada á su magnífica *torre* ó casa de campo, á pasar un dia placentero en el seno de su familia; el artesano y el fabricante sueltan la lanzadera para ir á *Gracia* ó *Sarriá* á merendar con sus amigos, y cuando llega la noche y las puertas de Barcelona van á cerrarse todos se retiran á descansar en su morada ó á asistir á la ópera italiana en uno de los primeros teatros filarmónicos de Europa.

Una ciudad que á las recomendables circunstancias que quedan indicadas, reúne tambien la ventajosa de un clima templado, aires saludables y abundantes y regalados

frutos de mar y tierra; donde las pretensiones de la cultura ceden á los títulos del saber y de la industria, y donde en fin un carácter provincial, franco y poco ceremonioso, abre la puerta á los nobles sentimientos del amor y de la amistad, no puede menos de ofrecer una mansion agradable á los moradores, que nunca llegan á olvidar desde cualquiera parte del mundo donde les conduzca su suerte; sin embargo, forzoso es confesar que todas estas ventajas de Barcelona, no son tan pronto accesibles á un forastero, pues el espíritu de provincialismo, la diferencia del lenguaje mas común, cierta aspereza de modales y una mediana desconfianza con los recién venidos, establecen entre ellos y los habitantes de la ciudad, una barrera que solo el tiempo, el ingenio y un proceder recto son capaces de destruir; pero una vez llegado este caso, el forastero puede estar seguro de entrar de lleno en los gozes que le brinda una de las ciudades mas civilizadas de Europa.

COLONIAS AGRICOLAS EN PRUSIA.

En el año 1680, el elector de Brandeburgo Federico I (reconocido por soberano de Prusia en 1700), habia formado en sus estados colonias agricolas para los protestantes franceses refugiados á causa de la revocacion del edicto de Nantes. A este beneficio añadió el de un hospital para los hijos de sus nuevos súbditos.

En 1718, Federico Guillermo, su sucesor, proponiéndose reparar los estragos que habia causado la peste en el reino de Prusia nuevamente organizado, llevó con grandes gastos colonos de la Suiza, Suabia y los Palatinados, y los estableció en Lituania, consiguiendo por este medio dar un gran impulso á la poblacion y al cultivo de sus estados.

Mas en adelante queriendo el gran Federico vivificar y hacer que prosperara la Sillesia, que habia conquistado despues de una guerra obstinada y sangrienta, ofreció á cada familia de labradores que fuese á establecerse en las selvas de la alta Silesia una casa con cortijo y granja, doce á veinte yugadas de terreno para el cultivo, un jardin de una yugada y el ganado necesario. El colono propietario estaba exento de servidumbre y del servicio militar, así como los hijos que hubiese llevado al pais, y no tenia que pagar contribucion alguna por espacio de doce años.

Cuando hubo formado Federico en los bosques de sus dominios tantas nuevas aldeas cuantas creyó convenientes, estimuló á los dueños de terrenos á que imitasen su ejemplo. El propietario que establecia una familia extranjera en sus tierras, del mismo modo que el rey en sus dominios, recibia de la tesoreria real una gratificacion de 2570 rs., indemnizacion considerable en paises en que los terrenos y jornales estan á muy bajo precio. El rey exijia que se asegurase á aquellos colonos con un título hereditario.

Con el fin de aumentar en la provincia el número de manufacturas y otros ramos, daba Federico á los señores por cada casa nueva con jardin la cantidad de 1960 reales: pasados los años de franquicia no pagaban los colonos sino un censo al señor, y una corta contribucion á la real caja, siendo libres en todo lo demas.

De esta manera se formaron en Silesia á los pocos años despues de concluida la guerra de los siete años, mas de doscientas y cincuenta aldeas y mas de dos mil nuevos establecimientos agricolas, fabricas y otros ramos. Cada aldea de quince fogueras por término medio, y cada familia de á cuatro individuos, incluidas las nuevas casas de los habitantes, produjeron el número de 17,000 colo-

nos, de los que las tres cuartas partes cuando menos eran extranjeros.

En 1782, 83, 84 y 85 se destinó para estas grandes mejoras una suma de cuarenta millones de reales. El rey se complacia en inspeccionar por sí mismo las obras, haciendo frecuentes expediciones, y la historia nos ha conservado las conversaciones del monarca con los bailios é inspectores que estaban al frente de las colonias agricolas, como unos datos oportunos para conocer el genio extraordinario y casi universal del gran Federico. En una de sus cartas con fecha de 11 de octubre de 1773 se espresaba en estos términos. «He estado en Prusia á abrir el canal que une al Vistula con el Wortal, el Neiss y el Elba, y á levantar ciudades destruidas y desmontar veinte millas de lagunas. He arreglado tambien la construccion de sesenta aldeas en la alta Silesia, en donde quedaban terrenos eriales. Cada aldea tiene veinte familias: he abierto caminos en los montes para facilitar el comercio, y reedificado dos ciudades abrasadas.»

Ademas de estas colonizaciones que anuncian un poder y una voluntad verdaderamente reales, la Prusia presenta un ejemplo, mas modesto en verdad, pero no por eso menos interesante, del éxito que debe esperarse del trabajo unido á la perseverancia y al talento.

A fines del siglo XVII un hombre respetable, de origen holandés y llamado Ullino, echó los cimientos de una colina agrícola en Phalzdorff, en el ducado de Cléves. Hizo desmontar casi ciento y setenta yugadas de malezas, que dividió en diez porciones. En 1709 se hizo un plantío de pinos, primeros que tuvieron en aquel pais, y que prosperan mas y mas. En 1740 la poblacion de Phalzdorff era de ciento cincuenta y cinco habitantes; el siguiente año se aumentó con veinte familias, y en el dia tiene dos mil quinientos treinta y nueve individuos, que hacen cuatrocientas veinte familias repartidas en trescientas noventa y seis casas; el terreno labrado es de dos mil trescientas treinta y siete yugadas de terrenos de sembradura, (entre los que los mas antiguos son los mejores de la Colonia), trescientas cincuenta y dos yugadas de bosques, y ciento tres de tierras incultas, cuyas malezas son una parte de elementos de abono.

Hace mas de un siglo que esta hermosa colonia florece, siendo la admiracion de los viajeros; pero no bastan ya los terrenos á las necesidades de la poblacion, y se ha formado el proyecto de dar mas estension á la colonia. Hay en las inmediaciones casi trescientas yugadas de mal arbolado cuyo terreno se juzga muy propio para transformarse en campos feraces que los hijos de la colonia quieren desmontar, pero que se los disputan otras aldeas. Los habitantes se proponen llamar á la nueva colonia Loysembourg, en memoria de la hermosa y desgraciada reina de Prusia que fue en un tiempo su protectora.

Es una circunstancia muy singular la de que los ingleses dieron margen involuntariamente al grande y rápido aumento de la colonia de Phalzdorff hacia el año de 1759. Reclutaban colonos para la Pensilvania en el principado de Nassau, y habiéndose estos cansado de aguardar en Rotterdam á los buques que debian llevarlos á América, solicitaron del gobierno prusiano que les diese terrenos que desmontar. Federico les concedió los inmediatos á la colonia de Phalzdorff, hizo que les repartieran semillas, les dió madera para construir casas y les estimuló en cuanto pudo; desde entonces empezó á crecer y á prosperar la colonia hasta el punto en que en el dia se encuentra, no obstante la calidad inferior de sus terrenos.

DON JOSE ALVAREZ.

No se crea que solo á los tiempos antiguos y á la edad media fue dado producir genios sobresalientes en las artes; como si el linage humano pudiese perder el germen creador que le es innato, y las artes huyesen de nuestra patria considerándola un horroroso desierto incapaz de producir flor alguna de aquellas con que gustan coronarse. No hace muchos años que falleció en esta corte uno de aquellos hombres que no forma la naturaleza sino de tiempo en tiempo, destinándolos á ilustrar el siglo en que hayan de vivir y á honrar la patria en que deben nacer.

La celebridad del escultor don José Alvarez, no es de aquellas á quienes abulta el prisma de la distancia ó ilumina el prestigio de la gloria. En su mérito nada hay imaginario ni ficticio. Los que le han conocido y tratado en el comercio íntimo de la vida privada vieron en él al hombre tal cual es, y no cual suele idearle la fantasía entusiasmada, y no obstante le retratan con el colorido propio de ciertos seres privilegiados, y que no es aplicable sino á ellos solos: porque el artista, bien contrario en esto al héroe, brilla mas mirado de cerca. Esto se verificó en Alvarez.

Nació este insigne estatuario de padres honrados, aunque escasos de fortuna, en la villa de Priego, provincia de Córdoba á 23 de abril de 1768. Siendo todavía muy niño empezó á ayudar á su padre en la profesion de cantero, y ejerció á la manera de Miguel Angel el cincel, imitando á otro tallista en piedra que era marido de su nodriza. A los 20 años de edad pasó á Granada para concurrir á la academia de dibujo; y cuando despues de algun tiempo de permanencia en aquella ciudad volvió á su pueblo, ejecutó por encargo del ayuntamiento un leon despedazando á una serpiente, para cuyo estudio, á falta de otro original, le sirvió un perro de quien tomó la musculatura y actitud en la accion de embestir en que situó al leon. Esta obra, que aun se conserva en la fuente de la villa, dió á conocer el talento del escultor, ganándole la proteccion del obispo de Córdoba, don Antonio Caballero y Góngora que le llevó á su palacio para agregarle á la academia que él mismo había establecido. Estuvo Alvarez en ella unos dos años, y contando ya 26 de edad, vino á esta corte y se matriculó en la real academia de San Fernando el dia 23 de abril de 1794. Designábanle en ella con el nombre de *el andaluz*, y su aplicacion y extraordinarios progresos le pusieron en estado de optar á los premios generales de la academia en el año 1799.

Habia propuesto la academia en su programa un bajo-relieve en que habia de representarse, acompañados del clero y del pueblo, al rey don Fernando I y á sus hijos, llevando descalzos sobre los hombros, el cuerpo del arzobispo de Sevilla, San Isidoro, milagrosamente descubierto, hasta depositarlo en la iglesia de san Juan de Leon. Alvarez obtuvo el primer premio de primera clase, y por real orden de 20 de julio del mismo año se le destinó para viajar á Paris y á Roma, en donde estendiese y perfeccionase sus conocimientos, pensionándole con 12000 rs.

Poco despues de su llegada á la primera de las cortes dichas, abrió en ella el Instituto de Francia el concurso de premios generales, y el joven español, sin que le arredrase ni la novedad del teatro, ni su calidad de extranjero, ni la falta de proteccion que pudiera temer en un pais extraño y entre gentes desconocidas, se presentó en la palestra. Alvarez, segun opinion de los que conocieron bien el certamen, hubiera llevado el primer premio, á no haber sido este una pension para pasar á Roma, que estaba reservada á los artistas nacionales. Privado del lugar que le preparaba su mérito, se le adjudicó el premio segundo de escultura en sesion pública del Instituto de 15

Vendimiario, año X (6 de octubre de 1802) sobre una multitud de opositores. Por el acto de aquella sesion consta que entonces era discípulo de Mr. Dejoux.

En la exposicion de 1804 presentó al público su estatua de Ganimedes, vaciada en yeso, que arrebató la atencion y aplausos de los inteligentes, y con especialidad del célebre David, el primer pintor de su tiempo, quien decia que si se enterrase ejecutada en mármol, no la distinguiría la posteridad de los mas preciosos restos de la Grecia. El jefe del gobierno frances en aquella época dió al escultor en testimonio de aprecio una medalla de 500 francos, como á uno de los artistas mas sobresalientes. La estatua la remitió Alvarez á esta corte, y se colocó de orden del rey en la academia de san Fernando, donde se conserva.

Despues de haberse igualado con Canova en el género suave con su Ganimedes, quiso rivalizar con él en el fuerte, y este deseo le inspiró la idea de representar á Caupolicán, cargado con el madero que debía merecerle el mando de los ejércitos araucanos; pero la lectura de Homero substituyó á aquel pensamiento el de representar á Aquiles en el momento de verse traspasado de la flecha mortal. El modelo, mayor que el natural, en que desempeñó tan grandioso designio, venciendo, como decia el mismo David, dificultades inaccesibles al arte, se desplomó desgraciadamente, dejando á todos el sentimiento de su pérdida y el mas elevado concepto del escultor, á quien su inmediata partida á Roma le impidió el restablecerle.

En Roma fue donde Alvarez hizo casi todas sus obras; y en recompensa del mérito de la primera, que fue la composicion de cuatro bajos-relieves que le encargaron para una sala del palacio Quirinal en *Monte Cavallo*, fue nombrado individuo de número y posteriormente miembro del consejo secreto de la academia de San Lucas. Uno de los bajos-relieves representa á Leonidas en el paso de las Termóphilas; otro á Julio César, pasando revista á su ejército; el tercero un sueño de Ciceron, viendo á Júpiter que distingue á Octavio entre toda la juventud romana; y el último el sueño de Aquiles en el sitio de Troya, ó la aparicion de Patroclo. Estos bajos-relieves, de singular belleza no llegaron á colocarse, por las nuevas alteraciones políticas, en el sitio á que se destinaban.

Pero aunque el anhelo de la perfeccion le hizo que destruyese mas obras de las que dió al público, quedan aun bastantes en diversos géneros para acreditar su aplicacion y asegurar la inmortalidad de su nombre. La primera de todas ellas es el magnifico grupo colosal que se conserva en nuestro Museo de Madrid, y cuyo dibujo acompaña á este artículo; representa una escena del memorable sitio de Zaragoza; *Un hijo defendiendo á su padre, herido por un soldado francés*, que debe suponerse á caballo. Las bellezas de esta obra singular son mejor para observadas que para descritas; baste decir que en ella todo es verdad, animacion y sentimiento, y en cada una de sus perfecciones dá bien á conocer la sublime filosofia y la consumada inteligencia de su dichoso autor. Aunque no gustaba de hacer retratos, y se negó á ejecutar el de Bonaparte, hay sin embargo considerable número de bustos de su mano, cuya semejanza se admira generalmente, y entre otros el del rey don Fernando VII (Q. E. E. G.), el del Serenísimo Señor Infante don Francisco de Paula, el del difunto don Juan Cean Bermudez y el del gran compositor Rossini.

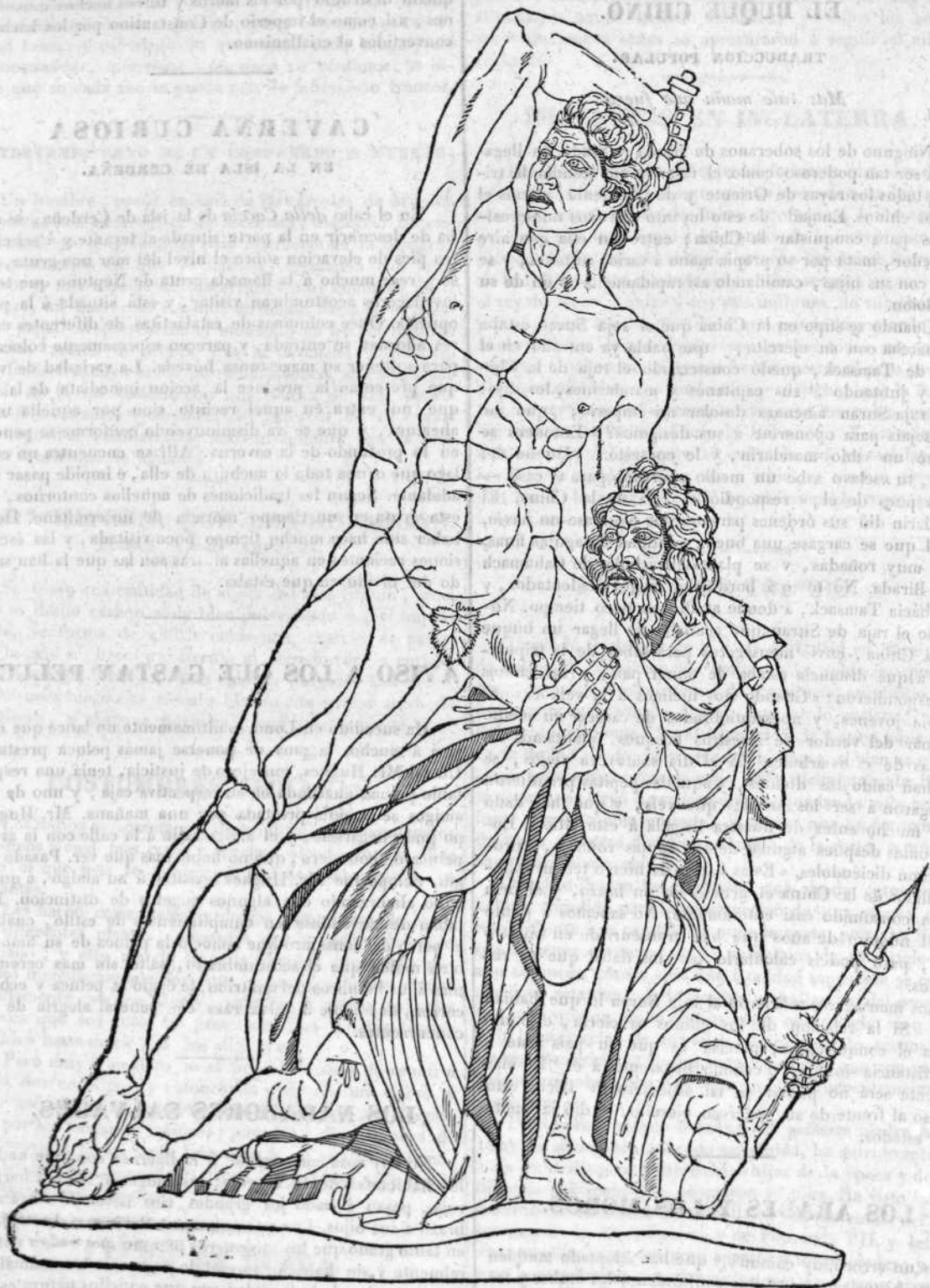
Los hombres esclarecidos de todos los paises han tributado á Alvarez el homenaje de su respeto y elogios. La academia de san Lucas de Roma, la de san Fernando de Madrid, la de Carrara, la de Nápoles, la del Instituto de Francia, la de Amberes, han ilustrado con el nombre del artista español el Catálogo. En 1806 fue nombrado escultor de cámara.

Concluidos los trabajos que le detuvieron en Roma, volvió á esta corte á principios de mayo de 1826, y en el

año siguiente le arrebató á su patria y á la Europa una enfermedad, que ya de mucho tiempo padecía, el día 26 de noviembre. Su hijo mayor, también escultor, y hombre de genio como él, solo le sobrevivió dos años y nueve meses, habiendo fallecido aquel brillante jóven en Burgos á los 25 años. D. Anibal su hijo segundo, pensionado en Roma, se dedica en aquella capital al estu-

dio de la arquitectura con mucho aprovechamiento.

Fue D. José Alvarez de buena estatura, de formas bien proporcionadas, de color trigueño, enjuto de carnes, rostro expresivo, nariz delgada, ojos pardos algo hundidos, pero vivaces y animados: sencillo en su porte y aun frecuentemente descuidado, afable y placentero en su trato, dulce de carácter, modesto y sin presunción, aun-



EL GRUPO DE ZARAGOZA. (Por D. J. Alvarez.)

que conocía sus fuerzas, como todos los que las tienen. Se le hicieron magníficas exequias en la iglesia de Santa

María de la Almudena, á que asistieron los principales artistas y literatos, y muchos distinguidos personajes de la capital.

Está enterrado en el cementerio estramuros de la puerta de Fuencarral en un modesto nicho, cuya propiedad prolongaron sus hijos en el año de 1833 para que se sepa por algún tiempo mas el parage en donde reposan los restos mortales de este artista. E. de O.

EL BUQUE CHINO.

TRADUCCION POPULAR.

Mas vale maña que fuerza.

Ninguno de los soberanos de Hinda y Sinda ha llegado á ser tan poderoso como el raja Suran. Rendíale tributo todos los rayas de Oriente y de Occidente, menos el de los chinos. Enojado de esto levantó ejércitos numerosísimos para conquistar la China; entró en ella con aire vencedor, mató por su propia mano á varios sultanes, y se casó con sus hijas, caminando así rápidamente al fin de su ambición.

Cuando se supo en la China que el raja Suran estaba en marcha con su ejército, y que habia ya entrado en el pais de Tamsack, quedó consternado el raja de la China, y juntando á sus capitanes y mandarines, les dijo: «El raja Suran amenaza desolar mi imperio; ¿qué me aconsejais para oponerme á sus designios?» Entonces se acercó un sábio mandarin, y le contestó: «Dueño del orbe, tu esclavo sabe un medio oportuno para el caso.—«Usa pues de él,» respondió el raja de la China. El mandarin dió sus órdenes para que se equipase un navío, en el que se cargase una buena cantidad de agujas finas, pero muy roñadas, y se plantasen árboles de Cahamach y de Birada. No tomó á bordo sino viejos desdentados, y viró hácia Tamsack, á donde arribó en poco tiempo. Noticioso el raja de Suran que acababa de llegar un buque de la China, envió mensajeros para saber de la tripulación á qué distancia estaba de aquel pais, y los chinos les respondieron: «Cuando nos hicimos á la vela éramos todavía jóvenes, y apesadumbrados de carecer en medio del mar del verdor de nuestros bosques, plantamos las pepitas de estos árboles. En el dia somos ya viejos, se nos han caído los dientes, y aquellas pepitas prendieron y llegaron á ser los árboles que veis, y que han dado fruto mucho antes de nuestra llegada á este sitio.» Enseñáronles despues algunas de sus agujas roñosas, y prosiguieron diciéndoles. «Estas barras de hierro tenían cuando salidos de la China el grueso de un brazo, y el orin las ha consumido casi enteramente. No sabemos á punto fijo el número de años que han transcurrido en nuestro viaje, pero podeis calcularlo por los datos que os referimos.»

Los mensajeros refirieron al raja Suran lo que habian oido. «Si la relacion de los chinos es cierta, dijo entonces el conquistador, preciso es que su pais esté á una distancia infinita, ¿cuándo llegaremos á él? Lo mas prudente será no pensar en tal expedicion.» Dicho esto se puso al frente de su poderoso ejército, y dió la vuelta á sus estados.

LOS ARABES Y LOS MOROS.

Es un error muy comun, y que han adoptado tambien muchos historiadores, el que confunden á los árabes y los moros considerándolos como pertenecientes á un mismo pueblo: error que puede ser mas trascendental en nuestra España para el estudio de su historia, tan estrechamente enlazada con estas dos razas. Conviene pues fijarse desde luego en que los árabes son de Asia; entre ellos

nació el mahometanismo, y fueron ellos los primeros que lo esparcieron en el Asia, Africa y Europa. Los moros pertenecen á las tribus de Africa convertidos al mahometismo por los musulmanes árabes: así es que los moros son tan árabes, como fueron romanos los godos, francos, burgundiones y lombardos, que abrazaron la religion cristiana de los romanos. Al contrario el imperio temporal de Mahoma quedó destruido por los moros y turcos hechos musulmanes, así como el imperio de Constantino por los bárbaros convertidos al cristianismo.

CAVERNA CURIOSA

EN LA ISLA DE CERDEÑA.

En el cabo *della Caccia* de la isla de Cerdeña, se acaba de descubrir en la parte situada al levante y á seiscientos pies de elevacion sobre el nivel del mar una gruta, que se parece mucho á la llamada gruta de Neptuno que todos los viajeros acostumbran visitar, y está situada á la parte opuesta. Once columnas de estalactitas de diferentes colores adornan su entrada, y parecen espresamente colocadas para sostener su magestuosa bóveda. La variedad de visos que presentan la produce la accion inmediata de la luz, que no entra en aquel recinto sino por aquella única abertura, y que se va disminuyendo conforme se penetra en lo profundo de la caverna. Allí se encuentra un corto lago que ocupa toda la anchura de ella, é impide pasar mas adelante. Segun las tradiciones de aquellos contornos, fue esta gruta en un tiempo morada de un ermitaño. Debía haber sido hace mucho tiempo poco visitada, y las escursiones recientes en aquellas alturas son las que la han sacado del olvido en que estaba.

AVISO A LOS QUE GASTAN PELUCA.

Ha sucedido en Londres últimamente un lance que quitará á muchos la gana de ponerse jamás peluca prestada. Un tal Mr. Hughes, consejero de justicia, tenia una respetable peluca guardada en su respectiva caja, y uno de sus amigos se la pidió prestada por una mañana. Mr. Hughes no pudo negársela, y el amigo salió á la calle con la grave peluca de consejero, que no habia mas que ver. Pasado algun tiempo fue Mr. Hughes á visitar á su amigo, á quien halló almorzando con algunos sujetos de distincion. Estaban deshaciéndose en cumplimientos de estilo, cuando el perro del consejero que conoció la peluca de su amo en otro molde que el acostumbrado, saltó sin mas ceremonias á los hombros del anfitrión, le cogió la peluca y echó á correr, dejándole á calva rasa con general alegría de los concurrentes.

LOS NADADORES SALVAGES.

No hay cosa comparable á la ligereza con que nadan los habitantes de la Florida; las mugeres, dice Charlevoix, pasan á nado los grandes rios llevando sobre un brazo á sus hijos. Los guaranis son todavía mas diestros, y en tanto grado que los misioneros piensan que nadan naturalmente y sin haberlo aprendido como ciertos animales. Azaro, testigo de la facilidad con que aquellos naturales se mantienen sobre el agua, no ha encontrado otro medio de explicarla, sino suponiendo que en igualdad de volumen, sus cuerpos son mas ligeros que los de los Europeos.

COMERCIO DE SANGUIJUELAS.

El comercio de sanguijuelas importa en Francia anualmente muchos millones de francos. Hace diez años que el comercio extranjero le surtía solo 3,400. En 1830 le suministró mas de 35 millones, á lo que añadimos otros 20 millones de sanguijuelas indígenas, resulta un total de mas de 55 millones de sanguijuelas para el consumo anual de aquel reino; y calculado lo que cuesta cada sanguijuela al consumidor, que viene á ser unos 10 céntimos, se infiere que en cada año se gastan mas de 5.500,000 francos.

ENTRETENIMIENTO DE UN CONDENADO A MUERTE.

Un hombre, preso en una de las cárceles de Munich y condenado á muerte por un asesinato, discurrió un entretenimiento muy singular para distraerse de la desagradable situacion en que se hallaba, formando con miga de pan y una especie de macarrones muy comunes en la Baviera, un horroroso retablo, en donde hacia él el principal papel. Representaba el momento en que el verdugo le habia cortado la cabeza y se la enseñaba al público. Un fraile francisco oraba de rodillas sobre el cadalso, y al pie de él un inválido con una pierna de palo vendia á los circunstantes ejemplares del extracto de su causa. Es imposible familiarizarse mas un hombre con la idea de la suerte que le aguarda.

PARA IMPEDIR QUE LAS HORMIGAS.

SUBAN A LOS ARBOLES.

Se toma una cantidad de aceite del mas comun, en el cual se deslie carbon muy bien pulverizado y casi impalpable. Se forma de ambas cosas una especie de pasta, con la que se hace un círculo al derredor de la corteza del tronco del árbol, á unas cuantas pulgadas del suelo; se polvorea luego este círculo blando con polvos secos de lo mismo, y ninguna hormiga pasará de este límite.

COSTUMBRES INDIANAS.

Los indios mahometanos tienen diferentes pasatiempos ó recreos á cual mas raros y crueles, siendo uno de ellos y en el que mas se complacen, el de embriagar á los elefantes.

Les hacen comer ciertas drogas compuestas de jugos de diferentes plantas, amasadas con la cerilla del oído humano, y esta mezcla tiene la singular eficacia de ponerlos inmediatamente furiosos, y hacerlos luchar encarnizadamente con los tigres, panteras y demas animales feroces que sus amos les presentan. Los búfalos luchan tambien hasta morir con los aligatores.

Pero muy á menudo no se tiene la suerte de reunir á estos dos enemigos, y entonces se sustituye un ciervo ú otro animal tímido, que tienen el placer de ver desgarrar por los leopardos furiosos; pues los indios despues de su desayuno hacen traer leopardos á su estancia, asi como un gentil hombre inglés llama á su perro para que le admiren sus huéspedes.

LECHE DE BURRA.

El uso de la leche de burra, en el dia tan generalmente introducido y recomendado por los médicos á los enfermos de consuncion ó afectados del pecho, le introdujo en Francia un judío. Hallábase Francisco I muy débil

y desazonado, pues sus fatigas guerreras y sus escesos le habian reducido á tal estado de languidez, que se agravaba cada dia, sin que los remedios le aliviasen. Se le habló de un judío de Constantinopla que tenia opinion de curar las enfermedades de esta especie. Francisco I mandó á su embajador en Turquía que le enviase á Paris al doctor israelita, costase lo que costase. Llegó el médico judío, y nada recetó sino *leche de burra*. Probó muy bien al monarca aquel sencillo remedio, y todos los cortesanos de ambos sexos se apresuraron á seguir el mismo régimen.

IMPUESTOS EN INGLATERRA.

Por los hechos siguientes podrá formarse una idea de lo enorme de las contribuciones que se recaudan en Inglaterra: el vino y el whisky hacen ingresar en las arcas del gobierno una suma igual á las rentas de la monarquía española: los impuestos sobre la cerveza esceden á las rentas de la Baviera; por el consumo del thé se paga tanto como el rey de Nápoles exige á sus seis millones de súbditos; y por el azúcar mucho mas de lo que pueda importar lo que doce millones de americanos paguen por todos sus tributos; por el jabon tanto cuanto han menester el papa para sí, para sus soldados, sus cardenales y clérigos; por la facultad de ver claro en las casas, tantos escudos como pueden ingresar en las arcas del rey de Hannover. Y últimamente los impuestos que gravitan sobre la sed, ya satisfaga el inglés con aguardiente, rom, whisky, vino ó cerveza, esceden á la suma que los 49 millones de rusos pagan á su Czar.

PUERTA DE TOLEDO.

Desde la traslacion de la corte á Madrid en el reinado de Felipe II, se fijaron los límites de la poblacion por la parte que mira al camino real de Andalucía, en el sitio que hoy ocupa la Puerta de Toledo, que en lo antiguo se hallaba colocada inmediata al hospital de la Latina en la plazuela de la Cebada; pero en aquella época, si bien se construyó todo aquel trozo de calle desde dicha plazuela hasta la puerta, no llegó á realizarse esta, quedando solo en su lugar una mezquina entrada, la misma que ha permanecido hasta nuestros dias, con mengua de la corte, y una de sus principales avenidas.

Muchos fueron los proyectos que desde entonces se habian sucedido para la construccion de una puerta correspondiente á la capital por aquella parte, pero no llegaron á tener ejecucion hasta principios de este siglo, y aun entonces, parece que una fatalidad imperiosa se complacia en retardar todo lo posible la realizacion del proyecto; hasta que en fin le hemos visto consumado, sino con toda la perfeccion de una obra clásica, por lo menos con un regular decoro, y sin las extravagancias que son consiguientes en obras largas y que mudan frecuentemente de direccion.

Desde 1813 en que se colocó la primera piedra hasta 1827 en que quedó del todo concluida, ha sufrido catorce años de vicisitudes y alternativas hijas de la época y de los diversos gobiernos que adoptaron su obra. Ha visto introducir bajo sus cimientos medallas y documentos del rey intruso, de la Constitucion, y de Fernando VII, y las ha visto tambien sacar con gran aparato y formalidades; y por una contradiccion singular se ostenta hoy como arco de triunfo erijido á la victoria contra las armas francesas, en cuyo tiempo se empezó á construir acaso como monumento de su dominacion.

Todo su conjunto presenta una masa bastante pesada aunque no carece de magestad y simetria: consta de un

arco de treinta y seis pies de alto por diez y seis de ancho, adornado con dos columnas estriadas de orden jónico. A los lados hay dos puertas cuadradas de diez pies de ancho y veinte y uno de alto, con pilastras estriadas del

mismo orden; siendo la altura total de la puerta sin incluir los grupos de escultura y su pedestal de sesenta y cinco pies, y su línea cincuenta y cuatro.



Los grupos se elevan veinte pies mas. El de la fachada que mira al campo representa á la España (colocada en el centro y sobre dos hemisferios) recibiendo un genio de las provincias (personificadas por una matrona colocada á la derecha de la España) para pasarle á las artes, que estan á la izquierda; por otra matrona con los atributos de estas. En la fachada que mira al interior de la poblacion, está el escudo de armas de la villa, sostenido por dos genios, y á los extremos de la puerta varios trofeos militares. Sobre la entrada principal se lee por la parte del campo una inscripcion latina que traducida al castellano en la fachada que mira á la poblacion dice asi:

*A Fernando VII el Deseado, Padre de la Patria
restituido á sus pueblos*

esternida la usurpacion francesa,

El Ayuntamiento de Madrid

consagró este monumento, de fidelidad, de triunfo, de alegría.

Año MDCCCXVII.

La parte arquitectónica de la obra fué dirigida por el arquitecto mayor D. Antonio Aguado, y la escultura modelada por D. Jose Ginés, fué ejecutada en piedra por D. Ramon Barba y D. Valeriano Salvatierra.

LA DEMANDA DEL FRONTERO.

A vos en Castilla el rey,
El que hablan justiciero,
Merced vos pide un frontero,

Merced que es justicia en ley.

Tenedes por servidor

(E non lo meresco el sello)

Un hijodalgo, D. Tello,

De Castrojeriz señor.

Esc de Castrojeriz

Con los homes zizañero,

Con las damas fallaguero,

El menos braco en la liz;

Sepades que tuvo anteojos

Que non los debió entorjar;

Ca tentó de captivar

A mi Dama con sus ojos.

Le advierto, é non se cuidó,

En falagalla el seguia,

Le fablo en su demasia

E bien andaz me fabló.

E aun me hubo de denostar;

—De solo á solo le reto,

—Vuesto plazo non aceto

(me dijo) catad medrar.

Sin mote, é por nombre Ortiz

Non vos quiero por rival;

Un ruin frontero, non val

D. Tello Castrojeriz.

Ansina Enriquez, nobleza

Si me he de medir con el,

Que menos, con un doncel

Non puede haber igualdad.

E viendome aun guervelloso

«Cresced primero, rapaz»

Dijo, é friome en la faz

Que aun lo cuento vergoñoso.

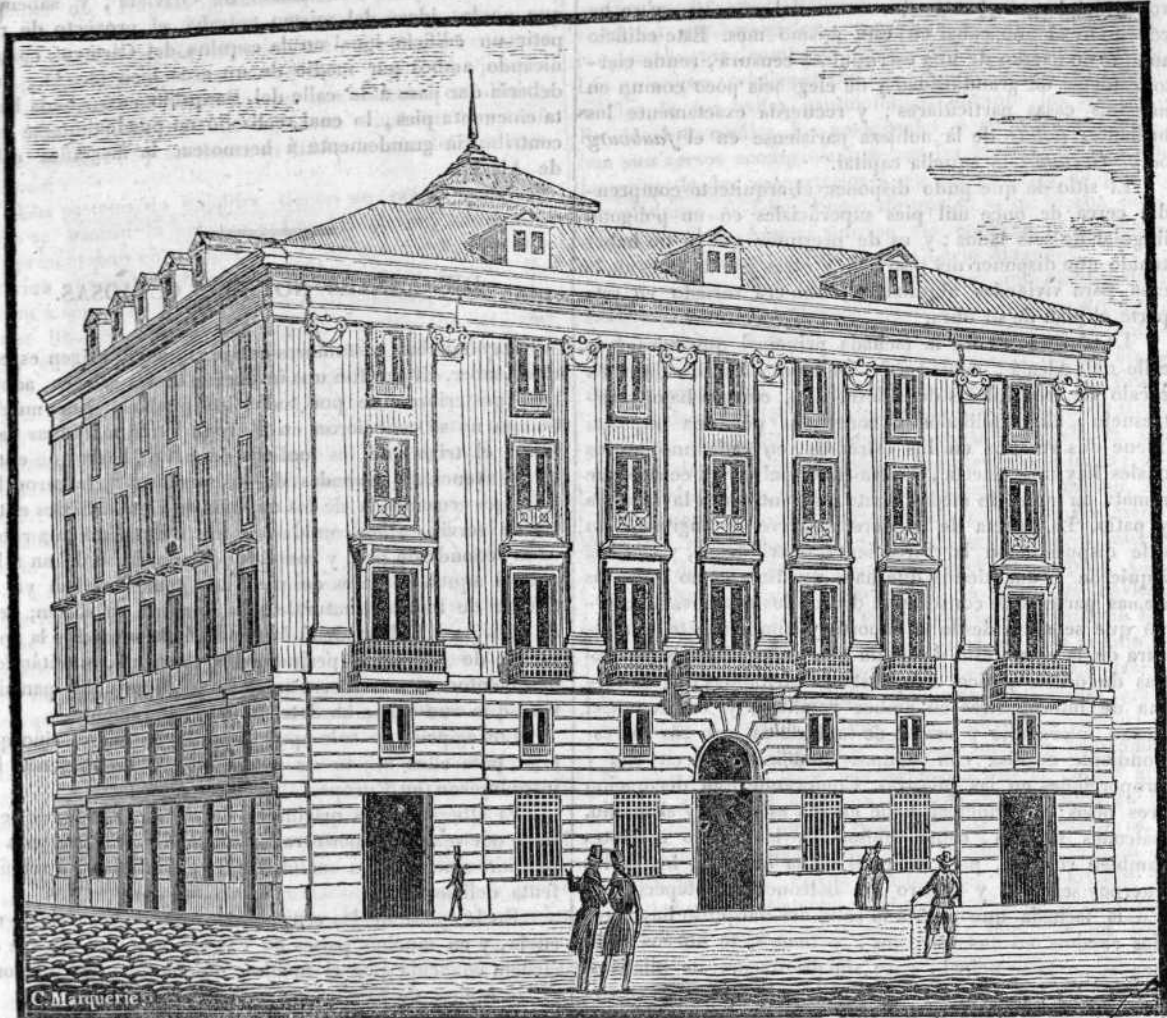
«Fagame á mi su granbia»

Doncel, para entrar en liz,

Con el de Castrojeriz

E vengar su alevosia.

Gregorio Romero y Larrañaga.



(Casa del Marqués de Casa-Irujo, calle de Alcalá.)

CONSTRUCCION CIVIL.

De algunos años á esta parte se observa con placer que los profesores encargados de las obras particulares en esta capital, apartándose de la antigua rutina seguida hasta el día, tratan de dar á las casas que construyen una forma halagüeña y de buen gusto, sin descuidar por eso, el interés del propietario y la comodidad de los que hayan de habitarlas.

Si desde que en 1815 se empezó la reedificación casi completa de Madrid, se hubieran seguido constantemente las mismas ideas, ciertamente que á estas horas las calles de nuestra capital presentarían un aspecto semejante á las de Cádiz, y esto unido á su estension y anchura, y á la comodidad que hoy ofrecen las nuevas aceras, concluiría por hacerlas interesantes y aun magníficas. Sin embargo, mucho se ha adelantado, y en varias de ellas pueden ya mirarse como una escepcion las puertas bajas, los balcones salientes, el alero prolongado, el color primitivo de la fábrica y demas que ya en el día solo sirven á decir al transeunte que aquella es una finca de capellanía ó de mayorazgo. Las demas generalmente se han renovado casi del todo en el transcurso de veinte años, y aun en este mismo periodo prueban como

dijimos al principio las notables variaciones y los progresos del gusto.

La primera que á nuestro entender llegó á ofrecer buen modelo que imitar en esta última época, fue la construida por el señor Mariategui en la calle de Atocha frente á la Trinidad; y desde entonces, segun la mayor ó menor estension de terreno todas tomaron una forma mas elegante; todas fueron pintadas de un color de piedra de colmenar con adornos sencillos en los balcones, y los hierros de estos de blanco; muchas añadieron á sus dos extremos bonitos miradores ó cierres de cristales; otras se atrevieron hasta á formar en su cima terrados y belvederes; y algunas (pocas por desgracia) desterraron las ridículas boardillas.

Como los planes de los arquitectos tienen necesariamente que subordinarse al mayor interés de los dueños, y como los repugna generalmente como perjudiciales, toda holgura en la distribucion del edificio y todo adorno para su decoro, de aqui viene á seguirse cierta monotonía ó uniformidad en las construcciones, que solo muy de tarde en tarde llega á interrumpirse cuando un propietario de gusto y facultades consiente en sacrificar una

parte de su interés al decoro y lucimiento de una obra.

Tal acaba de verificarse últimamente en la casa construida en la calle de Alcalá, esquina á la del Barquillo, y propia del señor marques de Casa-Irujo, cuya obra tuvo principio en el mes de marzo del año 36, y se ha concluido al año cabal en este mismo mes. Este edificio aunque no exento de una escrupulosa censura, reúne cierto carácter de grandiosidad y de elegancia poco comun en nuestras casas particulares, y recuerda exactamente los brillantes *hotels* de la nobleza parisiense en el *faubourg Saint-Germain* de aquella capital.

El sitio de que pudo disponer el arquitecto comprendía cerca de once mil pies superficiales en un polígono irregular de seis lados; y es de presumir que á no haber tenido que disponer del piso bajo y otras habitaciones de la casa para viviendas alquilables, hubiera variado en esta parte el plan de su obra.

La decoracion de la fachada principal que mira á la calle del Alcalá, consiste en un basamento dividido en zócalo de tres hileras de sillería lisa, cuerpo bajo y entresuelo, almohadillados y coronados por una imposta. Tiene dos resaltos en los extremos, en cada uno de los cuales hay una puerta, y otra principal en el centro que remata en arco de medio punto, dá entrada á la escalera y patio. La puerta de la derecha sirve de ingreso á un café dispuesto con la conveniente distribucion, y la de la izquierda á una tienda que hace eutimia como todas las demas partes que constituyen dichos dos resaltos. El cuerpo que se eleva desde la imposta y comprende toda la altura de la casa, está decorado con ocho pilastras resaltadas de orden jónico compuesto, distribuidas dos en forma de interpilastras en ambos resaltos, y cuatro en el lienzo intermedio y centro de la fachada, con sus correspondiente cornisa con algunas modificaciones en ella y proporciones en las pilastras. Comprende esta decoracion tres pisos; el principal tiene en los extremos y el medio, balcones volados, sobre repisas, y los cuatro restantes tambien volados, pero sobre el de la imposta; los de los cuerpos segundo y tercero son balconillos antepechados. En la fachada que mira á la calle del Barquillo hay otros dos resaltos en sus extremos, y tiene siete huecos en línea como la principal, pero sin decoracion de pilastras. En el piso bajo hay tres cocheras, y la del medio se comunica por el patio y portal á la calle de Alcalá, una puerta en cada resalto y dos rejías; los demas cuerpos en todas sus partes siguen el mismo sistema que la fachada principal.

Es de notar el ángulo que hace á las dos calles, el cual en la concurrencia de ambas era agudo, desagradable por cierto, como todo lo que no sea recto fuera de sistema; pero una correccion ingeniosa le ha convertido en recto, lo cual constituye una agradable armonía en el conjunto.

En la distribucion interior hay tambien algo fuera de rutina; siendo una figura irregular su perímetro es de observar que la entrada principal, patio, caja de escalera y las piezas principales del café están á escuadra, refiriéndose esta siempre á la direccion de la principal fachada, y por consecuencia todas las piezas principales de las habitaciones gozan esta misma regularidad. Hay dos escaleras, una principal que tiene su entrada por la calle de Alcalá, y otra por la del Barquillo; esta última tiene por objeto la comunicacion á todas las cocinas de las habitaciones y á las boardillas; y la primera está ejecutada al aire, con curva en los encuentros de los tiros, de modo que sigue la barandilla sin interrupcion hasta el fin, concluyendo en un tragaluz.

No nos detenemos en mas detalles, pues no siendo este un edificio de primero ni de segundo orden, solo hemos podido considerarle como una casa en que el arquitecto ha querido combinar los intereses de su dueño con el ornato público, y bajo este concepto es digno de apreciar

su celo, así como el desinterés del dueño de la casa, tan poco comun en estos tiempos.

El profesor encargado de esta obra ha sido el académico de mérito don Lucio de Olavieta, y sabemos que en las ideas del mismo entraba el proyecto de repetir un edificio igual en la esquina del Carmen, comunicando ambos por medio de un arco bien ideado, que debería dar paso á la calle del Barquillo ensanchada hasta cincuenta pies, lo cual realizado no puede dudarse que contribuiría grandemente á hermostear la magnífica calle de Alcalá.

DIFERENTES NOTICIAS CURIOSAS.

Hay muchas costumbres antiguas, cuyo origen es curioso saber. El pan fue una invencion de los griegos, adoptada posteriormente por todos los pueblos. Por mucho tiempo no se conocieron en Europa otras máquinas para moler el trigo que los molinos de mano, hasta que entre otras invenciones tomadas de los sarracenos, trageron los primeros cruzados la de los molinos de viento. Siglos enteros se servia en las comidas en lugar de plato una rebanada redonda de pan, y concluida la comida se daban á los pobres aquellos platos de pan. Los gaulas usaban ya en tiempo de Plinio el naturalista la levadura en el pan; pero en el siglo XVII condenó la facultad de medicina la aplicacion de ella como perjudicial á la salud, suscitándose desde entonces una guerra entre los médicos y los panaderos, que aun no se ha determinado enteramente.

Los egipcios no solo apreciaban los bróculos, sino que eran para ellos objeto de adoracion, y los romanos los introdujeron en Europa.

El albérechigo es originario de Persia, en donde se le tiene por venenoso, pero transplantado á nuestros climas ha perdido mucho de su cualidad fria, y ha llegado á ser una fruta deliciosa.

En la época de las cruzadas se trajo de la Siria la ciruela, y en muchos países de Europa hay una especie de ciruela conocida por el nombre de *claudia*, en memoria de la esposa de Francisco I.

Hubo tiempo en que se buscaban los conejos como la comida mas exquisita; y en España se multiplicaron tanto, que llegaron á minar las murallas y casas de Tarra-gona, de modo que empezaron á caerse en algunos parajes.

Los gaulas acostumbraban conducir á Roma para su provision inmensas manadas de gansos por medio de los Alpes, y hoy se ven en Francia numerosas manadas de pavos viajando con sus conductores por todas las provincias.

En tiempo de los trovadores se cojian en el Mediterráneo delfines y ballenas, cuya carne se comía.

Los romanos miraban las ostras como un manjar regalado, y el poeta Ausonio las celebra en sus versos. Despues de él se fueron desestimando, y no volvieron á apreciarse hasta el siglo XVII.

Hubo tiempo en que costaba mucho conseguir del clero católico el permiso de comer huevos durante la cuaresma, y esta rígida abstinencia dió motivo á la costumbre de bendecir el miércoles de ceniza gran cantidad de ellos, que se repartian á los amigos por pascuas. Reinando Luis XIV se ponian en su gabinete el lunes de pascua despues de los oficios, enormes pirámides de huevos pintados y dorados que regalaban á los cortesanos.

La palabra tarta significó en su origen un pan redondo comun; pero en lo sucesivo se dió este nombre á composiciones de pasta y dulce.

Era costumbre entre los cursantes de medicina de París cuando alguno tomaba las borlas, el dar despues

del acto á los profesores un almuerzo, cuyos platos principales eran una empanada de vaca y uvas. El célebre canciller de l'Hopital prohibió que se publicasen á gritito en las calles de París aquella clase de pasteles, que por la inmensidad de ellos que se vendía, parecían ya objeto de lujo. El claustro de París imitó su ejemplo, y se reemplazó el almuerzo con una cantidad de dinero. Los grados de universidad siguieron conservando su antiguo nombre, y se llamaron hasta la revolución *Pastillaria*.

Los pasteres de hojalbre tienen un origen religioso, pues se usaron la primera vez en las iglesias. En algunas se presentaban en ciertos días á los canónigos, de donde vino el nombre de *oblatus*. Hubo países en que llegaron á ser una especie de censo ú pensión, y en Francia se llamaba *droit d'oubliage* la facultad de exigirlos. Mas en adelante se vendían en las calles de París, y las mujeres que los vendían gritaban pregónándolos: *Plaisir des dames!* En el siglo diez y siete los vendían los hombres de noche. Sobre el cajón que los contenía estaba puesto una especie de cuadrante con una manecilla movable que se hacía jirar, y daba el vendedor tantos hojalbrados cuantos señalaba el número en que se paraba la manecilla. Este debe de haber sido el origen de la rueda de los barquilleros.

Este entretenimiento se propagó muchísimo. Se hacían infinitas apuestas sobre el número que se acertaría, y se llamaban árbitros que decidieran de las jugadas dudosas. Pero habiendo hecho asesinar Cartucho á algunos de los vendedores de hojalbrados, y vestirse con el traje que usaban á los de su cuadrilla, prohibió la policía bajo de las mas severas penas el venderlos de noche. Este comercio fue disminuyendo despues considerablemente, y aunque se ha renovado en nuestros días, no ha sido con el séquito que tuvo al principio.

En los países de muchos viñedos se encerraba el vino no solamente en cueros, sino en cisternas construidas de cal y canto con el mayor cuidado; los escuderos y criados iban á llenar á ellas sus frascos, que llevaban colgados del arzon de la silla.

Los chochos y confites se usaron en otro tiempo para obsequiar á las personas de distincion, y á los jueces á quienes se dirigía alguna solicitud; y de tal manera se generalizó esta costumbre, que Luis XI dió un decreto prohibiendo á los jueces tomar mayor cantidad de ellos que la del importe de diez cuartos cada semana. Felipe el Hermoso redujo todavía esta cantidad á solo la que podía gastarse al día en una familia. A esta costumbre substituyó la de dar dinero, y un tal Mr. de Tournon fue el primero que dió diez francos de oro en vez de diez cajas de chochos.

En los siglos doce y trece exijía la buena educacion que se sentasen los convidados á un banquete por parejas de hombre y mujer juntos, y que cada pareja comiese en un mismo plato. En las comidas diarias de una familia bebían todos de un vaso, y el padre de San Berlando le desheredó, por haber enjugado el vaso antes de beber, á pretexto de que tenía lepra.

El beber unos á la salud de otros, fue entre los romanos una especie de rito religioso, y hubo época en que se hizo general en Europa. No hace sesenta años que en Alemania se bebía no solo á la salud de todos los que estaban presentes, sino aun á la de los tíos, tías, y primos; se echaban brindis hasta por los parientes que no existían, y un extranjero se veía precisado á informarse de toda la genealogía de aquellos con quienes iba á comer. Pasquier refiere sobre esto una anécdota interesante relativa á la desgraciada Maria Stuard, que pereció en el patíbulo. La noche que precedió á su muerte, bebió despues de la cena á la salud de todos sus domésticos, suplicándoles que la correspondiesen por su parte. Todos obedecieron y bebieron á la salud de su infeliz reina, y

sus lágrimas se mezclaron en los vasos con el vino; ¡tan grande era su pesar!

Los antiguos amenizaban los festines con varios espectáculos y representaciones. Los romanos y griegos divertían á sus huéspedes con pantomimas, y á veces con los sangrientos combates de gladiadores y luchadores. Los principes cristianos de los primeros siglos gustaban mucho de los bailes pantomímicos durante los festines. En los intermedios los menestrales y trovadores cantaban sus versos acompañándose con las harpas. En los rectorios de los monasterios ó en las comidas de prelados piadosos, se leían libros de piedad ó se tocaba música. El primer órgano que se vió en Francia se construyó para tocarse mientras comía Carlo Magno.

Los espectáculos mas notables con que obsequiaban los principes á sus huéspedes eran los llamados *entremets*, y consistían en combates de caballeros, juegos de autómatas y representaciones dramáticas ó mímicas de argumentos importantes. En una fiesta que dió Carlos VI de Francia á las damas de la corte, dos caballeros, Reinaldo de Roye y el Sr. Boncicaut, corrieron á caballo durante la comida al derredor de la mesa, y rompieron una lanza; sucediéndoles otros caballeros que hicieron lo mismo. En el banquete dado por Carlos V en 1538, se representó la salida de Godofredo de Bouillon para la tierra Santa y la toma de Jerusalem. En las funciones que dispuso Carlos VI para solemnizar la llegada de Isabel de Baviera, se representó el sitio de Troya. Veíase una enorme fortaleza defendida por cinco torres, una en cada ángulo, y la quinta en medio. Las corazas y escudos pendientes de las murallas, manifestaban que aquella fortaleza era la ciudad de Troya, y la torre del centro la ciudadela de Ilion. A cierta distancia se divisaba un gran campamento, que según lo indicaban las armas, era el de los griegos, y detras del campamento se dejaba ver un gran buque, que podía contener cuando menos cien guerreros. La fortaleza, el campamento y el buque, se movían por medio de ruedas, cuyos resortes, así como los que los dirigían, no podían verse. Hubo una gran batalla entre los héroes griegos del campamento y buque y los troyanos de la fortaleza; pero duró poco, porque era tal el concurso de espectadores y tan grande la confusion y el calor, que salieron muchos individuos heridos, y otros perecieron sofocados.

La corte de Borgoña era la sobresaliente en punto á espectáculos de autómatas y animales. En una fiesta con motivo del matrimonio de Carlos el atrevido con la princesa Margarita de Inglaterra, hubo tres *entremets*. Presentóse primeramente un gran unicornio llevando encima á un leopardo, que con una de sus garras asía el escudo de Inglaterra y con la otra una margarita, aludiendo al nombre de la princesa.

En lo antiguo se usaba beber vino y comer huevos al principio de la comida para fortificar el estómago. La comida diaria de Carlo Magno se componía de cuatro entradas y un solo plato de caza asada.

No se gastaban manteles, sino que se tenía cuidado de limpiar y bruñir muy bien las mesas. Mas despues se cubrían con cuero, al que siguieron los manteles de hilo ú algodón. Tampoco se gastaban servilletas en las clases medianas de la sociedad, y las primeras vinieron de Rheims, habiendo regalado aquella ciudad á Carlos V un mantel que se valuó en mucho precio. Cuando algun caballero había merecido una desgracia, se cortaba el mantel con gran ceremonial delante del puesto que ocupaba, diciéndole: que un príncipe que no llevaba sus armas era indigno de comer en la mesa del rey, y en aquel caso el caballero estaba en obligacion de lavar su afrenta ó probar que se le injuriaba. Esto es lo que sucedió al conde d'Ostrevan en la mesa de Carlos VI; un rey de armas cortó el mantel en dos pedazos delante de él, diciéndole: que un príncipe que no llevaba sus armas, era indig-

no de sentarse á la mesa del rey. Guillermo respondió con entereza: «llevo una lanza y un escudo tan bien como otro cualquiera caballero.—No puede ser eso, replicó el heraldo, porque hubierais vengado la muerte de vuestro tio.» La historia añade que esta lección pública produjo el efecto que se esperaba en el conde.

Los primeros platos no fueron otra cosa que cortezas de pan de figura circular. Despues se labraron de madera, de barro y de todos metales.

(Se continuará en otro número.)



PERING

CHUN-THIAN-FU.

Peking, á 1850 leguas de París, es la capital de la China desde el siglo XV, en 1421 estableció en ella su corte el tercer emperador de los Mings, y desde entonces quedó abandonada *Nan-king*, capital del sud. En tiempos anteriores los fundadores de las dinastías habían elegido para residencia suya aquellas ciudades que mas les agradaban, y cuyos habitantes les eran mas adictos.

El nombre de Peking significa *corte del Norte*, y los chinos le pronuncian *Be-dsing*: pero el verdadero nombre de esta ciudad es *Chun-Tian-Fu* ó *ciudad de primer orden, abediente al cielo*. Fundóla Khubilai, nieto de Tchinghiz-Kan, y recibió el nombre de *Ta-Tou* (gran capital); se le llamó también *Kin Tchhing* (resi-

dencia del príncipe) y *king sse* (la capital) Marco Polo la describe con el nombre de *Cambalu* (ciudad imperial).

La ciudad está dividida en dos partes separadas por una elevada muralla: la de la parte del Norte, ó la ciudad Mandchu es perfectamente cuadrada, y se la designa particularmente con el nombre de *Aing-Tchhing*; la del sud, ó ciudad china tiene la figura de un cuadrilongo, y la llaman *Fai-Tchhin* (arrabal del sur, ciudad exterior). Rodean á la capital doce grandes arrabales: puede pasearse á caballo sobre los muros que la circunvalan, cuyo grueso es de 21 pies, y que tienen de trecho en trecho suaves declives.

Aunque las calles no están empedradas tienen el

suelo muy apisonado y fuerte. Son anchas y tiradas á cordel; las principales tienen 120 pies de ancho, y la mas hermosa es la *calle de la tranquilidad* (Tehhan-Ngan Kiai) de 150 pies de ancho, la cual atraviesa toda la ciudad de Este á Oeste. Las casas son muy bajas, y comunmente no tienen sino un piso al nivel de la calle: estan cubiertas de tejas pardas ó rojas, porque las tejas verdes barnizadas se guardan para los palacios, y las amarillas para los templos ó habitaciones imperiales.

Los autores antiguos han dado á Peking una poblacion de 4, 8, 10; 15 y aun 20 millones de habitantes; pero esta ha sido una evidente equivocacion. El Padre Gaubil no calcula sino en dos millones el número de sus habitantes, y la mayor parte de los geógrafos se inclinan á su cómputo.

Es tanta la muchedumbre que circula por sus calles, que para desviarla y abrirse paso, los grandes personajes chinos, marchan precedidos de gente á caballo. Los titere-teros, cantores, charlatanes, y pronosticadores de la buena ventura son mas numerosos sin comparacion que en Londres y Paris, y no es menor la afluencia de los papamoscas que los escuchan embelesados. Las muestras de las tiendas obstruyen demasidamente el paso, siendo tambien muy frecuentes unos grandes mastiles delante de las tiendas y mas altos que las mismas casas, llenos de letre-ros; divisas y gallardetes con las listas de los géneros que en ellas se despachan. Los habitantes de Peking hacen todo su consumo de las provincias meridionales. El precio de los artículos de primera necesidad es actualmente el mismo con corta diferencia que el de Paris, y respectivamente el de los víveres y telas.

Se encuentran en cada bocacalle y en cada puente, carruages de dos ruedas para el servicio del público, forrados de raso y de terciopelo, y tirados por caballos muy veloces. En las cocinas, y piezas que se quiere calentar se usa de uilla que arde en hornillos cubiertos. Son raros en Peking los incendios, y la policía tiene ademas para tales casos bombas y el restante aparato que corresponde á ellas; esta policía es muy rigurosa: circulan sin intermision por las calles soldados con la espada en el cinto y un látigo en la mano para castigar á quien intente perturbar el sosiego; vijilan sobre el asco de las calles, y no permiten á nadie salir de casa de noche, á no ser por necesidad urgente como por ejemplo á llamar al médico, y aun en este caso el vecino que va por la calle debe llevar su farol.

COSTUMBRES INDIAS.

Viajes.—Criados.

Los carruages se venden en los establecimientos ingleses de la India á un precio muy subido, y hay muy pocos; pero en vez de carruages están muy en uso los palanquines, especie de cajas muy bonitas y adornadas con todo primor, dentro de las cuales puede ir una persona sentada, ó echada cómodamente sobre almohadones. Las puertas de ambos lados tienen cortinas elegantes ó cristales dorados, y laboreados como todo lo interior de la caja. De la parte delantera y de la posterior de la caja salen dos palos del grueso y largura convenientes, y curiosamente trabajados y dispuestos para que carguen dos ó tres hombres por cada lado con el palanquin. Ademas de estos conductores, que caminan tanto como un caballo á trote, hay otros que hasta que les llegue su turno de cargar corren delante, y son una especie de batidores.

Estos indios, llamados Talingas, son de una raza particular que habita en la península, y que se alquilan en las ciudades para el servicio de los palanquines, al que parece que su casta está esclusivamente destinada. Tam-

bien se les encarga el cuidado de los baños, cuya agua preparan y calientan con admirable prontitud.

Los Talingas son corpulentos y fornidos, y sus facciones tienen algo mas de varonil y toscó que las de los demas indios; pero en medio de esto son pacíficos, honrados é incansables.

Los amos fundan un lujo particular en el traje de sus palanqueros. Se compone comunmente de una camisa blanca de algodón que cae sobre el pantalon de la misma tela y siempre muy limpio; un turbante encarnado y una faja del mismo color dan á esta librea una originalidad agradable.

El europeo que no puede disponer en la India de un carruage, se ve precisado ó á estar metido en su casa, ó á andar en palanquin, porque esta es la costumbre, y el ir á pie seria alli faltar á la propia dignidad. La primera vez que Mr. de Mélay, gobernador frances en Pondichery cansado de verse siempre llevado ó tirado, se presentó á pie en el paseo, aunque seguido de su coche y palanquines, se le supuso amenazado de alguna desgracia.

Los habitantes de algunas conveniencias, pero que no les bastan para gastar coche; suplen esta falta con palanquines puestos sobre ruedas y tirados por bueyes. La diferencia no es tan grande como parece, si se atiende á que los dos bestias de tiro se escogen de una raza que nada tiene de las formas pesadas y torpes de nuestros bueyes de Europa. Al contrario, aquellos bueyes son muy vivos, de mediana altura, gordos y bien cuidados, y adquieren todo el aire y movimiento de los caballos, con quienes rivalizan en lo veloces y dóciles. Aquellos carruages, aunque grotescos á primera vista, son cómodos, y se camina en ellos con rapidez: regularmente los gastan los comerciantes armenios ó indígenas.

Los viajeros van en palanquin de un extremo á otro de la India, y trepan así los montes por sendas que apenas un mulo se atreveria á atravesar. Los palanqueros se mudan de trecho en trecho segun la situacion de las aldeas, en las que siempre hay individuos de su casta que vinculan la existencia en esta clase de trabajo. Es tal la buena fe de aquellos indios, que el europeo abandonado al arbitrio de ellos en medio de las regiones mas desiertas, nada tiene que temer de su parte. Al empezar su viaje enseña al gefe de doce Talingas el dinero que lleva en su bolsillo, y el gefe responde de él hasta el relevo siguiente.

Todo contribuye á sumerjir en un sueño profundo al viajero blandamente tendido en un palanquin. La suave elasticidad de los colchones, el calor, la igualdad del movimiento, y mas que todo el gemido débil y monotonó que dan los Talingas en cadencia, tienen un poder soporífico al que es difícil resistir, y mucho mas de noche, no obstante la luz de las antorchas y el ruido que meten los indios que caminan delante. Esto hace sumamente necesario el servicio de un criado, que en la India llaman *Daubachi*, y que viene á ser una especie de ayuda de cámara; y un europeo necesita de él, como del aire que respira.

El *Daubachi* sirve de intérprete y preserva á su amo de los artificios de los comerciantes indios que procuran siempre engañarle. Surte á la casa de todas las provisiones indispensables, é inspecciona cuidadosamente todos los gastos. No abandona jamás á su amo, le sirve á la mesa, duerme á la puerta de su aposento y manda á los demas criados.

En todos sus deberes de confianza tiene el *Daubachi* muchos provechos: pero en medio de las comisiones que le paga al comerciante, y que admitidas por el uso se satisfacen manifestamente, nodeja de mirar por los intereses del extranjero que le emplea.

Hay ademas del *Daubachi* una cáfila de criados de que tiene que valerse el que reside en la India, aunque sea por poco tiempo. Cada especie de servicio lo hace un so-

lo individuo, que no desempeña otro ninguno. Hay un criado para el calzado, otro para cada parte del vestido, otro para traer los alimentos. Los párias son los únicos que tocan al calzado, porque reputados por infames, ellos solos pueden manejar lo que haya tenido vida, y particularmente los objetos fabricados con los restos del buey y la vaca, animales considerados por sagrados entre los demás indios; y así ellos solos son zapateros y cocineros. Los párias desempeñan los otros ramos de la servidumbre. El menosprecio que sus compatriotas les prodigan lo justifican en cierto modo sus raterías, desórden y desaseo habituales.

Sin embargo de estos inconvenientes no es desagradable el servicio de los indios, pues son pacíficos, dóciles, obsequiosos, aseados é inteligentes en la parte del servicio que toman á su cargo; pero no hay que aguardar de ellos adhesión ni agradecimiento: pagados de sus ligeros servicios con un corto salario, viven con poco, gracias á su frugalidad. Un poco de arroz, pimienta y agua, y algunas veces leche y frutas, constituyen su diario alimento. Entre los indios, que siguen el mahometismo, los ricos viven con menos frugalidad y comen ayes y peces. En cuanto á los europeos son en la India como en todas partes muy aficionados á todos los bocados exquisitos que suministran los reinos vegetal y animal, y saben acudir á menudo á los sistemas de Francia, Inglaterra y la India.

UNA NOCHE DE HOSPITAL.

No puede darse en mi concepto peor residencia ni mas triste mansion que la de un hospital, fuera de la de una carcel. Yo sé lo que son entrambas, y confieso que jamas he experimentado sensaciones tan congojosas como en el hospital militar de Chalons, en el que permanecí un invierno desde 1813 á 1814. A cada momento se nos reunian nuevos compañeros, y muy particularmente una noche, en que el enemigo se hallaba á las puertas de la ciudad, y que no habia dejado de sonar el cañon desde el amanecer. Llegaron diferentes carros de heridos, á quienes fue preciso colocar sobre paja en el reducido terreno que mediaba de cama á cama. Algunos de nosotros dividieron la suya con los reciénvenidos.

A cosa de las seis trajeron á mi lado á un hombre que no tenia mas vestido militar que un chaleco viejo de uniforme, que se dejaba ver bajo una blusa de lienzo azul que le cubria de arriba abajo, con unos calzones de terciopelo que completaban todo su traje. Sus cabellos divididos desde la frente, y pendientes á cada lado de la cabeza, me hicieron pensar que pudiese ser algun paisano de la Alsacia que habria tomado las armas en clase de voluntario. Tenia atravesada la pierna de una bala, pero no parecia que le atormentaba mucho su herida. No podré olvidar jamás la figura de aquel hombre; sus ojos azules y penetrantes, su espaciosa frente, las prominencias de sus mejillas y su largo bigote acastañado.

Poco despues colocaron al pie de nuestra cama á un jóven subteniente, que sin duda acababa de salir de algun colegio militar; venia herido hácia el hombro de una lanzada, y desde luego me pareció que su vida corria peligro.

Estaba ya muy adelantada la noche, y reinaba una especie de calma en aquellas salas, débilmente alumbradas por algunas lámparas puestas de trecho en trecho. No se oian sino los gemidos de los heridos que no podian reprimir aquel desahogo de sus dolores. El jóven subteniente se habia tapado la cara para que no se viese que lloraba y mordía las pajas en que estaba acostado. Creí que ademas de los dolores de su herida le martirizaban los del espíritu, y mi compañero habia sin duda pensado lo mismo que yo, pues habiéndose incorporado un poco, le miraba con se-

ñales del mayor interés. El mismo estaba en el acceso de la calentura, y repetia por intervalos: «¡Infeliz jóven! demasiado tierno para hacer una campaña, y campaña como esta! No ha aprendido todavía á sufrir; á sufrir la sed y el hambre, á dormir sobre la nieve, sin aguardiente y sin capa. Ya duermes: tal vez está soñando que se halla en casa de su madre. ¡Pobre mujer! Dios sabe si volverá á verle. ¡Ah! ¿y cómo no ha de pensar en su madre siendo tan jóven! Aun yo, que me he visto en tantos campos de batalla, suelo pensar algunas veces en la mia. Ya hace años que ruedo por el mundo. Muchos han pasado sin que haya podido llegar á decir esta es mi casa, y ahora que empiezo á ser viejo me sucede lo mismo. Me quemaron la casa que yo habia construido, y vivaquearon en el campo que me sustentaba. Hizo bien en morirse mi pobre María para no verlo. No lo creeria si fuesen á contarla en donde está que los uniformes blancos habian destruido su cabaña.»

No pudo menos de interesarme el lenguaje de aquel hombre; estaba yo mismo desasosegado, y procuré que me contase su historia que debia ser la de otros muchos franceses, pero que segun se espresaba tendria mucho de singular. La calentura que le trastornaba de cuando en cuando daba mayor energía á sus palabras, que no me es posible trasladarlas con toda su espresion.

Me dijo que habia dejado las filas despues de la segunda campaña de Italia, y pasado á establecerse cerca de Santa María-aux-mines, de donde era natural. Habia enviado á sus hijos á Paris cuando vió que el enemigo pasaba nuestras fronteras, y él habia vuelto á tomar las armas. «No es esta, me dijo, la vez primera que me bato en terreno de Francia. He visto á los prusianos en los llanos de Champagne: he visto una guerra mas triste y cruel todavía. Despues de la toma de Maguncia se nos hizo pasar á la Vendée. Yo era entonces muy jóven; casi tan jóven como ese pobre subteniente.

»A los pocos dias de nuestra llegada me envió el coronel de ordenanza á una aldea llamada San Martin. Era en los primeros dias de la primavera y apenas amanecia cuando yo galopaba por un camino áspero y rodeado de matorrales, entre colinas cubiertas de bosques y maleza. De repente me despertaron unos cuantos tiros, y mi caballo cayó para no levantarse mas. Salieron de la espesura unos doce hombres que se echaron sobre mi antes que yo pudiese valerme, y me llevaron corriendo al bosque. Todos ellos tenian un aspecto malo y estúpido, y uno estaba vestido de negro, y llevaba una escopeta que me pareció de mucho precio. Cubríale un sombrero de ala ancha, sus cabellos eran largos y lacios, y le ceñía el brazo un pañuelo blanco, bordado de flores de lis. Le hubiera yo tenido por un clérigo, á no verle armado. Al cabo de algun tiempo de una marcha precipitada, se detuvieron en un escampado, y los brigantes formaron círculo al derredor del hombre del pañuelo blanco. Conocí que mi suerte dependia de él, y le miré con atencion; pero no se observaba en su fisonomía indicio alguno de compasion, y desde luego conocí que nada tenia que esperar, y recordé cuanto habia oido referir acerca de la crueldad de los de la Vendée. ¡Qué no hubiera yo dado entonces por estar en el mas horrendo calabozo ó delante de una comision militar! En tanto que el hombre negro hablaba en voz baja á sus compañeros, dos de entre ellos abrian una hoya profunda. Yo esperaba que iba á mandar que me fusilaran; pero le hubiera parecido demasiada indulgencia darme la muerte de un soldado. Por su órden se me colocó de pie en la hoya y se volvió á llevar esta hasta dejarme con sola la cabeza fuera de ella. Los brigantes apisonaron fuertemente la tierra al derredor de mí y se alejaron sin proferir una palabra. Algunos de ellos se horrorizaban al parecer de lo que acababan de hacer, y pidieron al hombre negro que recitase algunas oraciones sobre mi sepulcro; pero él les respondió: «No, no! que perezca su alma con su cuerpo, y

plegue á Dios que perezcan lo mismo que él todos nuestros enemigos. Me miró por algunos instantes sonriéndose vengativamente, y se emboscaron todos.

La cólera me sofocaba y no me permitía conocer todo lo espantoso de mi situación. No deseaba en aquel momento sino tener entre mis manos al miserable que me había enterrado vivo; pero cuando fueron pasando horas sobre horas, y que mi despecho se calmó, empecé á comprender que todo se había acabado para mí, y que nada tenía ya que esperar sino la muerte. A cierta distancia de mi cabeza estaba una enorme piedra, y mi único deseo era el poderme romper la cabeza contra ella. Fue subiendo el sol, llegó á su mayor elevación, declinó y se iba á poner, y mi situación era la misma. La tristeza se iba apoderando de mí, y no hacía sino pensar en mi madre, en las jóvenes de mi aldea, y en los montes y huertos de ella, y eché á llorar. Después probé á gritar aunque sin esperanza de que nadie me oyese, pues mi voz no pasaba del recinto escarpado en que me hallaba. Fueron confundiendo poco á poco todos los objetos con la proximidad de la noche, la mas larga de toda mi vida. No quisiera pasar otra tal, ni por toda la gloria del general Bonaparte. A veces me figuraba que me llamaban y distinguía mil visiones extravagantes. Me parecía que andaban al derredor de mí figuras largas y blancas, y entre ellas veía el terrible rostro del hombre del pañuelo blanco dando carcajadas de risa junto al mío. Ya no sentía mi cuerpo, paralizado con el frío y el peso de la tierra, y hubo un momento en que me pareció que había dejado de existir, y que sola mi cabeza separada por la cuchilla de la guillotina, conservaba algun sentimiento. Soñaba que me habían guillotinado.

Cuando amaneció me devoraba una sed ardiente, y alargaba cuanto podia los labios para chupar una hoja de la maleza que tenía delante humedecida con el rocío de la noche; pero no pude llegar á ella, y solo conseguí coger con la boca algunas piedrecitas que procuraba tragar, prometiéndome abreviar por aquel medio mi suplicio; mas no logré morir. Creía que los árboles y colinas jiraban rápidamente al derredor de mi cabeza. Las moscas se pegaban á mi cara y me sacaban sangre sin que yo pudiera defenderme, y sentía un peso enorme sobre mi pecho. ¡Ah Camarada! Yo me ahogo.... Decidme algo, Camarada. No me gusta recordar esta aventura.

Habléle en efecto y procuré distraer al veterano de sus tristes recuerdos; pero yo mismo no pude conciliar el sueño sino muy tarde, y cuando desperté estaba el soldado muy malo. El jóven subteniente había muerto, en la misma noche, y algunos dias después salí del hospital sin saber el fin de la historia del paisano de Alsacia.

ROMANCE

poco conocido.

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

A una vieja habladora que callando registraba á un galán lo que le pasaba con su dama desde su casa.

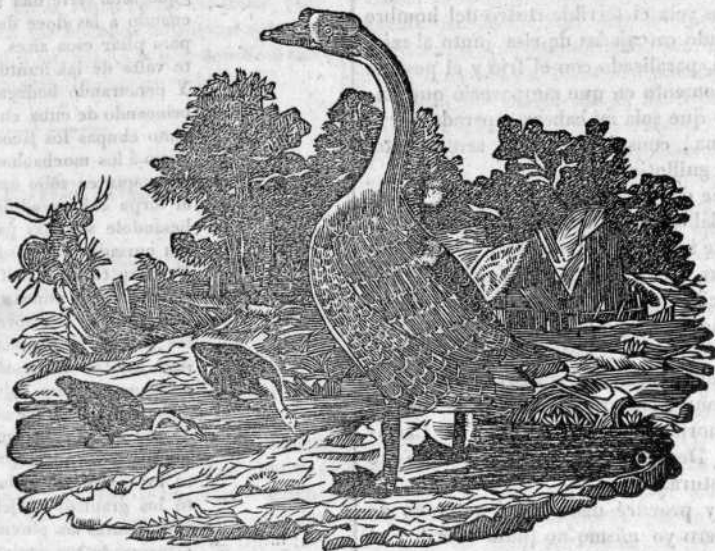
Epílogo de los tiempos,
almacen de las arrugas,
archivo de las edades
y taller de las astucias.
Inmemorial poseedora
de una vida que madura,
desde el tiempo de Noé
á ser de todas injuria.
Azote de los demonios,
polilla de sepulturas,

saltadora de ahorcados
y contra los niños, bruja.
Con tu rara senectud
que aun no te parece mucha,
Sara se murió en agraz,
Matusalén en la cuna.
Si resignara la parca
el oficio que ejecuta,
por inexorable fuera
la Primera en la consulta.
En lo anciano y descarnado
te toca ser sustituta,
pues congregación de tabas
en tu pellejo se juntan.
¿Qué será verte en un cerco
cuando al cocito conjaras
sin zapatos, patizamba,
sin tocado, pelirucia?
Con el acebo en la mano
que descerraja espeluncas
que divierte al cancrervo,
y que el Flagetonte enturbia,
cuyo mandato obedece
toda la canalla inmunda,
como á miembro de su centro,
como á dueño de sus furias;
¿qué será verte una noche
cuando á las doce desnuda
para pisar esos aires
te vales de las hunturas?
Y penetrando bodegas,
brincando de cuba en cuba,
tanto chupas los licores
como á los muchachos chupas,
hasta que en solio azufrado
el torpe cabron adulas,
besándole aquellas partes
tan cursadas como sucias.
Y quien te viera ¡oh vestigio!
solicita como nunca
desvalijar de las horcas
los que el verdugo columpia,
pues aun en bocas cerradas
no tienen muelas seguras,
que para tus intenciones
de sus quijares las hurtas.
Tu forjas las tempestades,
tú los elementos turbas,
tú los granizos conjelas,
y tú desatas las pluvias;
á fuerza de tus conjuros
el dia claro se enluta
y en las mas peladas peñas
haces que nazcan lechugas.
Y con todas estas faltas
no me ofende ni me injuria,
tanto como ver en tí
que eres habladora suma;
que el truan mas aplaudido
y la monja menos zurda,
será mudo en tu presencia,
y ella será tarta-muda.
A usarlo continuamente
diera á tu falta disculpa,
mas en mi daño callada
quién ha de haber que lo sufra?
pues el silencio destierra
esa lengua vagamunda,
no en ocasion de hacer mal
seas pitágora segura.
Solo para locutorios
donde se guardan clausuras,
se remite á los oídos
el hacer papel de esencha;
y la virtud del silencio
no es bien que se te atribuya,
cuando por curiosidades
veces y voces renuncias.
Ya que oyes con silencio,
tenerle siempre procura,
no desentierres secretos

que nobles pechos ocultan;
pena que si los revela
tú lengua vil y perjura,
de la manera que suele
vendiendo por vino zupia,
tremendo castigo aguarda
que ya mi rigor te amuncia,
sin que puedan defenderte
los de la précita turba.
Con legiones de muchachos
que es la mas inquieta chusma,
me vengaré de tus yerros
y castigaré tus culpas.

LA OCA Ó GANSO CASERO.

El ganso casero no es mas que el ganso mismo reducido á domesticidad; los hay blancos, pero comun-



(La oca ó ganso casero.)

Entre las especies de gansos se cuenta la de *gorro negro*, cuya cabeza presenta por cada lado una mancha de este color; el *ganso acorbatado* que tiene bajo el cuello una ancha faja blanca sobre fondo negro; el *ganso risueño*, cuyo grito se parece á una carcajada; el *ganso kasarka*, cuyo grito imita al sonido de un clarinete; el *ganso de Guinea* que reúne en sí las dos especies de ganso, y de cisne; el *ganso bronceado*, que tiene bajo del pico una gran escrescencia carnosa, en figura de cresta, y el *ganso armado*, única especie de toda la familia de los palmídeos, cuyas alas estan guarnecidas de espolones, como las del kamichi y otras aves.

La última especie, conocida con el nombre de *ganso de nieve* merece particular mención, por la singularidad de ciertos pormenores observados por los naturalistas.

Es del tamaño del ganso comun. La mandíbula superior del pico la tiene de color de escarlata, y la inferior blanquiza, y toda su pluma es blanca menos los diez primeros cañones de las alas que son negros, salpicados de manchas blancas.

mente suelen ser grises. La cria de gansos es lucrativa, porque bien cebados suelen pesar de 15 á 16 libras. Se les encierra para este fin en un sitio oscuro, se les saca los ojos, se les clava á estos desdichados animales por los pies, y se les engarganta de alimentos farináceos, no dejándoles que beban. Ademas de la buena calidad de su carne y su grasa, suministran los gansos escelentes plumas para escribir, y una plumilla muy delicada de que se les despoja varias veces al año. Infinitas camas de Europa se componen de ella; pero en Asia y los países circunvecinos no se conoce su uso.

Estos animales, célebres en la historia por haber salvado en el capitolio á Roma de la invasion de los Gaulas, son capaces de tomar ley á las personas, y Buffon habla de un ganso, que agradecido á un criado le seguía á todos lados, le acompañaba por mas de cinco á seis leguas, y murió de pesadumbre de verse separado de él.

Estos gansos son muy comunes en la bahía de Hudson. Los habitantes de la Siberia hacen de ellos su principal alimento, y sus plumas forman un importante ramo de comercio. Cada familia mata millares de ellos en cierta estacion, y despues de desplumarlos y destriparlos los echan á montones en agujeros espresamente abiertos cubriéndolos solo con tierra. Esta tierra forma una especie de bóveda, y cuando se abren estos almacenes se hallan las provisiones muy frescas y buenas.

Los gansos de nieve son tan poco ariscos que se les coje fácil y entretenidamente. Se tiende en línea recta una gran red de un lado á otro del rio, y uno de los pescadores cubierto con la piel de un reno blanco se adelanta hácia la banda de gansos, mientras sus compañeros van tras ella espantándola para que vaya hácia adelante. Los pobres animales creen que el hombre blanco es su conductor, le siguen sin desconfianza pero de repente cae la red, los envuelve y quedan prisioneros.



DON LUIS DE GONGORA.

Entre los eminentes escritores que á principios del siglo XVI elevaron la musa castellana á su mas alto grado de esplendor, sobresale por una reunion de circunstancias un hombre singular, en quien vemos rennir el gusto mas delicado y la mas lozana imaginacion, y luego renunciar por sistema á tan nobles cualidades para fundar una secta literaria, irracional y extravagante, que por largos años hubo de dominar á nuestro parnaso.

D. Luis de Góngora y Argote, nació en Córdoba á 11 de junio de 1561; y aunque sus estensos conocimientos adquiridos en la universidad de Salamanca y su distinguida clase, le daban lugar á esperar una colocacion correspondiente, la suerte en este punto no le fue favorable, negándole constantemente el objeto de sus deseos. Desengañado al fin de sus esperanzas, se hizo eclesiástico á los 45 años de edad, y obtuvo una racion en la Catedral de Córdoba, y posteriormente por mediacion del duque de Lerma, fue nombrado capellan de honor del rey Felipe III. Vino con este motivo á la corte; pero su edad ya avanzada no le dejó adelantar en el favor que habia sabido granjearse. Una enfermedad que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria le obligó á volver á Córdoba, donde agravándose el mal falleció á poco tiempo despues de su llegada en 24 de mayo de 1627.

Segun dejamos indicado, hay que considerar en Góngora dos poetas distintos; el primero dulce, apasionado, correcto, espresando con facilidad y profunda filosofía

los sentimientos mas nobles y las pasiones mas tiernas de una alma juvenil, ó bien burlando con festivo donaire y halagüeños matices los vicios y ridiculeces de la sociedad en que vivia. A esta primera época, que sin duda debe fijarse en los años de su permanencia en la universidad, corresponden la mayor parte de sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, en que tanto ha dejado que admirar á los que sepan conocer el valor de nuestro idioma bien manejado; pero Góngora, perseguido largos años por una injusta suerte, y extraviada acaso su imaginacion por el demasiado estudio y el deseo de hacerse singular, no supo contentarse con los fáciles laureles que voluntariamente le brindaba su delicado gusto, y quiso erigirse en creador de un estilo que él llamó *culto*, y que debía formar una nueva época literaria.

¡Increible parece á donde la estravagancia de esta idea habia de llevar el buen genio y el profundo saber de nuestro Góngora! pero no es por eso menos cierto, como lo consignan desgraciadamente el crecido número de obras que en este sentido dejó escritas. Para crearlas tubo necesidad de formarse con indecible trabajo un lenguaje peculiar, altisonante é hinchado, que desafiando todos los usos recibidos en el idioma español, se esforzaba en introducir en él el jiro de construccion y los idiosismos griegos y latinos. No contento de haber desfigurado de este modo la lengua nacional, quiso dar á la diction mayor dignidad, y á cada palabra una intencion pro-

funda, usando de estas en sentidos extravagantes y agenos de su propia significacion; é inventando hasta una nueva puntuacion y mesura, sin cuya clave es inútil empenarse en descifrar sus conceptos. Finalmente para acabar de sublimar este estilo culto, supo esprimir todo el fruto de su vasta erudicion histórica, mitológica y científica, y arrastrar consigo á sus lectores á un tenebroso campo de conceptos oscuros y exagerados, en donde el genio mas agudo y la vista mas perspicaz llegan á perderse.

A este género pertenecen sus famosas *Soledades*, su *Polifemo*, muchas de sus canciones y la mayor parte de los sonetos; y si fueran necesarios testimonios de aquella extravagante ridiculez, bastaría abrir por cualquier lado aquellos libros, y encontrar en todas sus hojas trozos tan ininteligibles como estos:

Aljófares risueños de Visela
El blanco alterno pie fue vuestra risa,
En cuantos ya tañeis coros, Belisa,
Undosa de cristal, dulce vihuela.
Instrumento hoy de de lágrimas, no os duela
Su Epiciclo de donde nos avisa,
Que rayos ciñe, que záfiros pisa
Que sin moverse en plumas de oro vuela.
Pastor os duela amante, que si triste
La perdió su deseo en vuestra arena,
Su memoria en cualquier region la asiste.
Lagrimoso informante de su pena
En las cortezas que el aliso viste,
En los cultos suspiros de su avena.

No de fino diamante ó rubí ardiente
Luces brillando aquel, este centellas,
Crespo volumen vió de plumas bellas
Nacer la gala mas vistosamente.

Que obscura el velo, y con razon doliente
De la perla católica que sellas,
A besar te levantas las estrellas
Melancólica aguja, filuciente.

Pompa eres de dolor, seña no vana
De nuestra vanidad, dígalo el viento
Que ya de aromas ya de luces tanto
Humo te debe ¡Ay ambicion humana!
Prudente pavon hoy con ojos ciento
Si al desengaño se los das y el llanto.

Al viento mas opuesto, abeto alado
Sus vagas plumas crea, rico el seno
De cuanta Potosí tributa hoy plata:
Leño fragil de hoy mas al mar sereno
Copos fie de cáñamo anudado,
Seguro ya sus remos de pirata:
Piloto el interés sus cables ata,
Ovando ya en el puerto
Del soplo occidental, del golfo incierto.
Pescadora la industria flacas redes,
Que dió á la playa desde su barquilla,
Graves revoca á la espaciosa orilla.
La libertad al fin, que saltada
Señas, ó de cautiva, ó despojada
Dió un tiempo de Neptuno á las paredes,
Hoy bálsamo espirantes cuelga ciento
Faroles de oro al agradecimiento.

A la vista de tan incomprensibles desatinos, ¿podría nadie sospechar que el mismo hombre capaz de producirlos, fuera el autor de la cancion á la *tortolilla* y de aquella otra que empieza

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,

Tejidos en guirnalda
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden con ser flores
Blanco á tu seno y á tu boca olores.

Como tambien del magnífico soneto *al Guadalquivir* de las festivas letrillas y de los graciosos romances, entre los cuales hay aquel lindísimo de *Angélica y Medoro*, donde suele tropezarse con trozos tan admirables como este.

Todo es gala el Africano:
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende
Y el corbo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden;
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes:
Plumas les baten veloces
Airecillos lisongeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombra,
Los árboles pavellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores.
Los troncos les dan cortezas
En que se labren sus nombres,
Mejor que en tablas de marmol
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.

Sin embargo si hemos de atenernos á los ecos de sus numerosos comentadores, la fama de Góngora no llegó á su altura, hasta que aquel abandonó el buen camino, y se echó á volar osadamente por las estraviadas sendas del culteranismo. Admirado entonces y seguido por numerosos secuaces, entre los cuales se contaban muchas veces los primeros ingenios de la época, Cervantes, Quevedo, Villegas y otros infinitos, llegó por fin á conseguir su objeto de dar su nombre á una escuela, que desde entonces es y será perpetuamente conocida por *gongorina*. Ella dominó en nuestro parnasos por casi dos siglos, transmitiéndose desde su fundador y sus contemporáneos por medio de los Villamedianas, Mellos, Rebolledos, Sor Juana de la Cruz, Gerardo Lobo y otros infinitos, hasta que á fines del siglo último volvió á renacer el buen gusto, y Góngora fue juzgado con la severidad que merecia un hombre que renunció á las mas felices dotes de un escritor, por seguir los impulsos de su amor propio extravagante.

DIFERENTES NOTICIAS CURIOSAS.

(Continuacion del número anterior.)

No es facil fijar la época de la primera chimenea; y en cuanto á las estufas, pertenecen á los alemanes y á otras naciones del Norte. Los bancos y taburetes fueron por mucho tiempo los asientos mas generales aun en el domicilio de los príncipes, y eran raras las sillas. La cama, mueble tan necesario, y cuya falta es en el día una prueba de la mayor indigencia, pareció un objeto de lujo á los griegos y romanos cuando dejaron las hojas y pieles en que reposaban sus heroicos as-

encendentes por los colchones y lechos de plumas. Las camas eran de marfil, ébano ó cedro. Difícilmente existirá ya ni una sola de aquellas camas en que nuestros antepasados se acostaban con su esposa, sus hijos, sus amigos y sus perros: esta era la mayor señal de afecto y confianza que podía darse, y el almirante Bonnavet partió frecuentemente su cama con el rey Francisco I.

Las esteras de junco y paja fueron los primeros tapices de los aposentos, disponiéndose los colores de la paja con tanto aire y gusto, que producian un efecto agradable á la vista. Se encuentran todavía en el Levante esteras de esta especie: las venden caras y son muy estimadas por la viveza de sus colores y lo hermoso de sus dibujos. Las tapicerías de figuras no pasan de seis-cientos años de antigüedad. En el siglo quince se inventaron en Netherland las tapicerías de altos y bajos lizos y se llevó la invención á Francia. Aquellos tapices se vendian á tan subido precio que se acudia á la tapicería de Bergamo ó puntos de Hungría. La fábrica llamada de Gobelines en París, establecida bajo Enrique IV, llegó á un alto grado de perfección favorecida por Colbert, y el pintor Lebrun que superó á cuanto hasta entonces se había visto.

El damasco, así denominado de la ciudad de Damasco en Siria, en donde primeramente se fabricó esta tela tan propia para cortinajes, tuvo muy pronto fábricas en Tours y Leon. El brocatel de Venecia, las telas estampadas de Persia y de India, los tapices formados de pedazos de paños de diversos colores pegados con goma á una tela de cañamazo, las pieles pintadas y doradas invención antigua que se atribuye á los españoles, y en fin, el papel, en el día tan generalizado, se fueron sucediendo desde aquella época.

Los primeros espejos fueron de metal. Ciceron hace su inventor á Esculapio, dios de la medicina, y Moisés hace tambien mencion de ellos. En tiempo de Pompeyo fue cuando se hicieron en Roma los primeros espejos de plata. Plinio habla de una piedra brillante, que probablemente es el talco, que podía dividirse en hojas, y que colocadas sobre un plano metálico, reflejaban perfectamente los objetos. Los primeros espejos de cristal aparecieron en Europa hácia fines de las Cruzadas. Venecia, que fue la primera que adquirió el modo de hacerlos, se enriqueció con su comercio, y extendió su manufactura á todos los estados de Europa.

Mil años antes de la era cristiana, sucedió que llegaron á Fenicia unos tratantes en nitro, y habiendo llegado á la embocadura de un pequeño rio llamado Belo, bajaron á la playa, cubierta de una capa de arena fina y blanca que lleva el mar, y se pusieron á preparar su comida. A falta de piedras, trajeron de su embarcacion unos cuantos terrones de nitro, con los cuales armaron una especie de fogon para cocer su comida. Encendieron una buena lumbre, con la que no tardaron en disolverse los terrones de nitro, y mezclarse este con la arena de la orilla. Operando el calor eficazmente sobre aquella mezcla, la fundió, y no tardaron en ver con gran asombro los viajeros que corria del fogon una especie de lava, que se endurecia conforme se enfriaba, y quedaba reducida á un cuerpo sólido con un viso verdoso, pero de una gran transparencia; este era el vidrio.

Así es que si hemos de dar crédito á Plinio, este importante descubrimiento se debe á la casualidad. Hemos conservado esta memoria, porque á lo menos tiene á su favor la verosimilitud. Y con efecto ¿á quien sino á la casualidad debe la industria humana sus mas útiles descubrimientos? Como quiera que sea, los fenicios fueron los primeros que explotaron este. En la embocadura del Belo encontraban arena abundante y cargada de alcali, sin que necesitasen sujetarla mas que á unas preparaciones muy sencillas antes de fundirla, y no les embarazaron por mucho tiempo los modos de reducir la materia fundi-

da á hojas delgadas y trozos de diferentes formas y dimensiones. Poco á poco progresó y se perfeccionó la manufactura, y no tardó Sidon en hacerse famosa por sus vidrios. Tuvo la gloria de ser la primera en este ramo; mas luego empezó á difundirse entre los pueblos comerciantes de las costas orientales del Mediterráneo. El Egipto se aprovechó tambien; y las manufacturas de Alejandria rivalizaron con las fenicias. Cartago, colonia de la Fenicia y ciudad esencialmente mercantil, comerció muchísimo en este artículo; aunque no le fabricaba. Siracusa debió de tener excelentes fábricas, pues una de las obras de vidrio mas admirables de la antigüedad salió de ella, cual es la esfera celeste de Arquímedes. Por un epigrama de Claudiano se sabe que en aquella esfera, aunque pequeña, estaban grabadas todas las constelaciones; y puede inferirse de este dato la perfección á que se había llegado en este punto.

La Grecia, país de los menos industriales que conocemos, no llegó probablemente á fabricar el vidrio, pues no hay cosa alguna que lo indique, y lo estraia de Asia ó de Africa. Lo debió de conocer mas tarde, porque Aristóteles es el primero de los escritores griegos que ha hablado de él, proponiendo los dos problemas de «cual es la causa de la transparencia del vidrio, y porque el vidrio no puede doblarse.»

Cuando Roma era todavía república, despreciaba todas las artes industriales, y llevaba sus vidrios de Siracusa. El lujo que las últimas conquistas y la corrupcion del imperio introdujeron en ella, la hicieron que conociese al fin la necesidad de producir por si misma, y empezó á fabricar el vidrio en el reinado de Tiberio, siendo no obstante verosímil que no fabricase sino los objetos mas ordinarios, y que las manufacturas de Sidonia y Alejandria conservaron el privilegio de surtir de las cosas de lujo y que requerian una gran perfección en su hechura. En efecto la primera de dichas ciudades esportaba para Roma un vidrio negro que había inventado, y que imitaba perfectamente el azabache. Los romanos adornaban con él sus habitaciones, entallando en las paredes grandes piezas de aquel vidrio, y aquella especie de espejos oscuros, colocados con gusto, producian un agradable efecto. Alejandria proveía á Roma en tiempo de Neron entre otros artículos, de vasos y copas de vidrio blanco; que podian equivocarse con el cristal. Roma buscaba ansiosamente aquellos objetos, y los pagaba á mucho precio.

Plinio, de quien tomamos los mas de estos pormenores, nos refiere que siendo edil Escauro hizo construir un teatro, cuyo escenario constaba de tres órdenes de columnas unas sobre otras: el primero era de columnas de mármol; el segundo las tenia de vidrio, y el tercero de madera dorada. Aunque esto parezca que desmiente lo dicho acerca de la inferioridad de las manufacturas de Roma, no creemos que la contradiga, inclinándonos mas bien á pensar que Escauro haría llevar de Fenicia las columnas de vidrio para su teatro, pues hacia ya tiempo que allí se elaboraban obras de este género. En el libro séptimo de las *Recognitiones* de San Clemente de Alejandria, se dice que en la isla Aradus había un templo sostenido por columnas de vidrio de extraordinaria altura y diámetro, y que instado San Pedro por algunos amigos, fué á verle acompañado de sus discípulos, y se admiró mas de aquellas columnas, que de las primorosas estatuas de Fidias que adornaban el templo. Esta observacion del escritor eclesiástico solo puede probar que el príncipe de los apóstoles no era artista, pues preferia los productos de la industria á las maravillas del genio.

Plinio nos dice tambien que los antiguos supieron el secreto de dar al vidrio los colores y matices mas variados, de modo que contrahacian con ellos las mas de las piedras preciosas, usándose mucho de tales aderezos. Por lo que hace á las operaciones con que los antiguos

conseguijan tales resultados, los ignoramos. Plinio no los indica y carecemos de este guia que nos habia hasta ahora conducido. ¿Y qué se hizo del vidrio hasta el cuarto siglo antes de la era cristiana? Nada se sabe. La invasion de los bárbaros destruyó despues toda clase de industria en el Occidente, y la vidriería se perdió hasta que los Venecianos fueron en su busca al Oriente, donde se habia conservado y acaso perfeccionado, y en breve llegó á ser uno de los ramos mas importantes de su comercio; pero el secreto en que este pueblo envuelve sus operaciones industriales no permite graduar exactamente los progresos y desarrollo de las fábricas de vidrio, y solo pueden darse algunos resultados sueltos. Murano tenia el privilegio esclusivo de fabricar el vidrio, y sus fábricas debieron producir inmensos caudales, pues tenia Venecia el monopolio de este comercio en el Occidente. En el siglo doce habian ya llegado á un alto grado de perfeccion, y el historiador del comercio de Venecia cuenta, que en la iglesia de dominicos de Trevisa habia un crucifijo pintado en vidrio del año de 1177, infiriéndose que los Venecianos conocian ya el arte de pintar en él casi trescientos años antes de la época en que los alemanes se jactan de su invencion. Por aquel mismo tiempo se conocia tambien el arte de bruñirle y dorarle, y un manuscrito de la biblioteca Nani contiene sus diversas operaciones.

El siglo trece y catorce fueron los mas brillantes del comercio de Venecia; pero aunque su industria fué tan precoz, no fue proporcionadamente progresiva, y cuando Alemania y Francia empezaron á fabricar el mismo artículo no pudo sostener tan temible concurrencia. Mientras Venecia se atenia á sus antiguos métodos, que ocultaba como secretos preciosos bajo la pena de muerte contra todo jornalero indiscreto, sus rivales adelantaban, ilustrados por rápidos experimentos y por las investigaciones de los alquimistas. Solo quedó á las fábricas de Murano un ramo especial en el que conservaron su superioridad hasta el siglo diez y ocho, que fue el de la fábrica de espejos.

En el siglo quince presentó en lugar de los espejos de metal bruñido de que hasta entonces se hacia uso en Europa, espejitos de cristal, incontestablemente superiores, y con ellos lucró infinito por mas de doscientos años. Las otras fábricas no tenian mas que una importancia secundaria; pero sin embargo debió ser considerable en aquel período el número de obreros empleados en las fabicas de Murano, pues aun á mediados del siglo diez y ocho, en que habian perdido toda su brillantez, contaban todavia cuatro mil. De aqui puede deducirse lo que serian aquellos establecimientos cuando no tenian rivales en Europa. De ellos salieron en mucha parte las magnificas vidrieras de la edad média, y las suntuosas vidrieras de nuestras catedrales que atestiguan el talento industrial de nuestros mayores. Si hemos perdido el secreto que conservaba la pintura sobre el vidrio, hemos hecho otros progresos notables en su elaboracion, y la química le mejora diariamente.

DESCUBRIMIENTO DE LA AMERICA.

Habiendo equipado Cristobal Colon tres navios en el puertos de Palos por órden del rey D. Fernando, se hizo á la vela el viernes 3 de agosto de 1492. Se dirigió primeramente á las islas Canarias para tomar las provisiones necesarias y reparar sus bageles de su largo y arriesgado viaje. Allí encontró á sus habitantes tanto mas dispuestos á animarle en su tentativa, cuanto que, segun él lo refiere, le habian asegurado que todos los años á determinada época distinguian un continente al Oeste, lo que probablemente era efecto de las nieblas; pero de to-

dos modos se miraba como indudable la existencia de aquella pretendida tierra. Los mapas la designaban con el nombre de San Brandan, y se decia que aquel santo habia abordado á ella en un tiempo. El almirante, en fin, se embarcó con toda su jente el 6 de setiembre, llevando el tiempo mas hermoso y constante. «El aire, dice, era extremadamente apacible, y se experimentaba un verdadero placer en disfrutar de lo hermoso de las mañanas; la temperatura era como la de Andalucia en el mes de abril, y nada faltaba sino el canto de los ruiseñores.» Fuera de esto visitaban continuamente á los viajeros una multitud de aves, y flotaba en derredor del bagel la yerba arrastrada por las corrientes, como para recordarles la tierra.



Xp^o 6 FERENS?

(Retrato de Cristóbal Colon y facsimile de su firma.)

El 17 de setiembre empezó á advertir Colon las declinaciones de la aguja, siendo aquella la primera observacion de esta clase que se habia hecho, y tal vez no habia una obra menos útil y grandiosa poniendo á los hombres en la senda de los conocimientos del magnetismo terrestre, que abriéndoles el camino de un nuevo mundo. Aquel fenómeno inquietó algo á la tripulacion, pero Colon los tranquilizó fácilmente haciéndoles una explicacion adecuada al alcance de ellos. Distraíanlos tambien las continuas visitas de los pájaros terrestres que iban desde costas no muy apartadas todavia de los bageles, las yerbas flotantes cubiertas de cangrejos, y la pesca, todo lo cual inspiraba confianza y serenidad á los marineros. Prometíanse ver tierra de un instante á otro, pero Colon en este punto de su relacion escribia: «Yo calculo que la tierra firme está mas distante.» El tiempo seguia primoroso y la mar tan sosegada como un rio.

Caminaron asi sin obstáculo alguno un mes entero desde su salida de las Canarias. Para no alarmar Colon á su tripulacion contaba cada día mucho menos camino del

que hacia, de modo que creían no estar tan distantes de España como realmente estaban. Sin embargo las tripulaciones empezaban á quejarse de lo largo del viage, y hasta del tiempo por lo demasiado constante que se les mostraba, alegando que les sería contrario á su regreso. Llegó esto á tanto, que un día que se arreció el mar tuvo Colon que sacar partido de aquella misma circunstancia, interpretándola favorablemente y comparándose á los judíos, á quienes el mismo mar encrespado auxilio cuando huían de los egipcios. No obstante aquel vago temor, no parece que acaeciese acto alguno de rebelion ni aun de indisciplina, y la fama ha exagerado mucho las cosas en esta parte. Colon se contentaba con reanimar á su gente haciéndoles traslucir las ventajas que sacarían de su expedicion; y por otra parte usaba de un lenguaje firme y enérgico para contenerlos. He aqui lo que escribia sobre esto en 10 de octubre: «El Almirante añade que de nada les servirán sus quejas, porque ha venido para ir á las Indias, y proseguirá su viage hasta que las encuentre con el favor de Dios.» No se infiere de esto al parecer que aquellas quejas tuviesen el carácter de amenazas muy insolentes.

En fin, el 11 de octubre se descubrió tierra, y no hacia todavía mas que un mes y dos ó tres dias que la habian perdido de vista. El primer bagel que la vió fue la *Pinta* que era el mas velero de todos. A las 10 de la noche le pareció á Colon que habia divisado fuego en el horizonte, y se lo hizo ver á diferentes personas por entre la niebla, y á las dos de la mañana ya no hubo duda alguna, como que estaban á dos leguas de una isla. Se plegaron velas y se esperó al dia para acercarse mas. Aquella isla que sus naturales llamaban *Guanahani*, y á la que Colon en reverencia de Jesucristo dió el nombre de San Salvador, era la mas setentrional de las islas Tarquen, y que en el dia se llama la *gran Salina*.

Por la mañana saltó en tierra Colon para tomar posesion en nombre de la corona de España de aquellas inmensas regiones, de las que aun no tocaba por decirlo así mas que un terron. Costumbre singular en verdad, introducida por el derecho de gentes europeo, la de tratar á un nuevo pais que se descubre, como un objeto sin dueño que pudiese encontrar uno en medio de un camino! Tales paises pasan á ser dominio nuestro, precisamente porque nuestra ignorancia nos habia estorbado conocerlos antes. Tal es el código marítimo. Como quiera que sea, Colon se apresuró á regularizar la conquista que su genio acababa de proporcionar á España, y acompañado del capitán de las otras dos carabelas, Martin Pinzon y Vicente Yañez su hermano, que tenían cada uno la bandera de sus buques, y teniendo el mismo Colon la bandera real, autorizando el acto el escribano y el vehedor de la escuadra, verificó la toma de posesion. Los naturales se acercaron en gran número, observándolos curiosamente, y bien distantes sin duda de figurarse que con aquellas pocas palabras acababan de perder para siempre su libertad.

Figurábase Cristobal Colon que se encontraba en Asia: y cuando habian visto anteriormente la multitud de aves, señal infalible de la proximidad de tierra, decia que nada debía extrañarse, pues estaban en medio de las islas que rodean y preceden al Japon; pero que proponiéndose ir á Indias, no queria entretenerse en barloventear. «El tiempo está bueno», escribia, y á la vuelta, si Dios quiere lo veremos todo.» Despues de *S. Salvador* descubrió Colon en el mismo archipiélago tres islas pequeñas, á las que dió el nombre de *Santa Maria de la Concepcion*, *Fernandina* é *Isabela*, en reverencia de la Virgen y memoria de sus soberanos. De allí, habiéndose informado de los naturales, algunos de los cuales habian tomado á bordo, se dirigió á la isla de Cuba, en donde le aseguraban que hallaría mucho oro y riquezas. No dudaba de que la isla de Cuba de la que le hablaban los indios era el Japon.

«Voy á salir, escribia, para otra isla muy grande que debe ser á lo que creo *Cipango* (asi se llamaba al Japon) segun las señas de los indios que la llaman *Cuba*, y aseguran que hay alli mucha gente de mar y embarcaciones grandes. Por ahora estoy resuelto á ir á tierra firme á *Ginsay* y entregar las cartas de VV. AA. al *Gran Can*, pedirle la respuesta y volver en cuanto me la dé.» También está escrito de mano de Colon el 24 de octubre «Segun lo que me dieron á entender todos los indios por señas es la isla de *Cipango*, de la que se refieren cosas tan portentosas; los globos y mapas que he visto, la situan en los contornos.» Esto era muy cierto, porque un yerro en los cálculos geográficos hacia creer que el Asia llegaba en el globo basta el punto que realmente ocupa la América. Al hablar los indios á Colon de la tierra firme que llamaban *Bohio*, no hacian mas que confirmarle en su error: los antropófagos á quienes llamaban los indios *Caniba*, y de los que tenían mucho miedo, le parecían á Colon que debian ser los vasallos del *Gran Can*, que hacian expediciones á aquellas islas para cojer esclavos, y que pasaban en concepto de los indios por devoradores de carne humana.

Descubierta Cuba, se encaminó Colon á Haiti, que llamó *la isla española*, y fijaba en todas partes cruces para tomar posesion de aquel pais en nombre de la cristianidad. «Estoy convencido», Principes serenísimos, que desde que personas religiosas y devotas lleguen á entender su idioma, dice hablando de los indios, se harán todos ellos cristianos. Espero con la gracia de Dios que VV. AA. determinarán enviar algunas de dichas personas para reunir á la Iglesia pueblos tan inmensos, y convertirlos á la fe, del mismo modo que han destruido á los que no han querido confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; y que cuando VV. AA. terminen su carrera, pues todos somos mortales, reinará la mayor tranquilidad en sus estados.» «Estas gentes, añade mas adelante, no son idólatras; al contrario, no tienen culto alguno y son de una índole muy pacífica; ignoran el mal y no saben matarse unos á otros, ni privarse de su libertad; no tienen armas, y son tan tímidos que basta uno de nosotros para hacer huir á ciento, aun jugando con ellos. Saben que hay un Dios en los cielos, y estan persuadidos que nosotros hemos bajado de ellos. Cuando les decimos que reciten alguna oracion se dan prisa á hacerlo, asi como la señal de la Cruz. VV. AA. deben pues decidirse á hacerlos cristianos, y pienso que si se empieza se conseguirá convertir en poco tiempo á nuestra religion á una multitud de pueblos. VV. AA. añadirán grandes paises á sus estados y la España adquirirá inmensas riquezas, porque hay mucho oro en estas regiones; y no sin fundamento dicen los indios que me acompañan que hay en estas islas parages donde se descubre el oro sepultado en la tierra.» En cuanto escribia Colon se hecha de ver el mismo celo por la gloria del nombre cristiano, y la misma humanidad para con aquellas tribus abandonadas. Cuando el navio que montaba estuvo á pié que de perderse por la negligencia del timonero, el cacique y los indios se apresuraron á socorrerle y á hacer toda clase de buenos oficios. «El y todo su pueblo», dice Colon, no cesaban de llorar. Son gentes cariñosas y sin ambicion, y en tales términos apropiadas para todo, que no creo haya en el mundo mejores personas, ni mejor pais. Aman al próximo como á sí mismo; tienen el modo de hablar mas dulce y afable, y siempre con una grata sonrisa. Hombres y mujeres andan desnudos como su madre los parió; pero pueden creer SS. AA. que sus costumbres son excelentes: tienen gran memoria, quieren verlo todo y preguntan sobre todos los objetos y el uso de cada uno de ellos.» Pero pronto aquel pueblo bueno y pacífico debia aprender á su costa, que no habian bajado del cielo aquellos extranjeros tan codiciosos de oro y de dominio. Sin embargo no debe recaer contra Colon la responsabilidad de su persecucion. Miraba á los indios como á unos niños, por cuya

salvacion y felicidad habia ido él allí; y en el entusiasmo que le escitaba la vista de su país, se imaginaba que habia llegado al sitio en que debia haber estado el Paraíso terrenal.

Así se verificó aquel célebre descubrimiento, pudiendo decirse que lo sencillo de la operacion no está en armonia con la grandeza de la empresa. Despues de haber construido Colon un fuerte en la isla de Haiti y dejado en él algunos hombres de sus tripulaciones, se dió á la vela para regresar á España, y entró en el Tajo el día 4 de marzo de 1493. Divulgóse la noticia de su llegada, y entusiasmado el pueblo de Lisboa se agolparon en derredor de aquel bagel, que por no conocidos rumbos venia de tan remotas regiones. El rey de Portugal envió á llamar á Colon á su corte, en la que fue magníficamente recibido, y de allí pasó á la de sus soberanos, de quienes no fue menos honrado. En su tercer viaje fue cuando descubrió la tierra firme de América que suponía siempre que fuese la estremidad del continente de Asia. El caudal de aguas del Orinoco le hizo creer que se hallaba, no frente á frente de una isla, sino de un continente de inmensa estension. Se ha querido disputar á Colon la primacia del descubrimiento de la tierra firme: se ha hablado de los derechos de Cabot á esta gloria: algunos alemanes han pretendido suscitar á Colon un rival en Martín Bohain de Nuremberg: pero lo cierto es que solo en el año de 1500 se tuvo noticia del mar que existía mas allá del istmo de Darien, y se adquirió la certeza de que la América era un nuevo continente, separado del antiguo por un océano considerable. La expedicion de Magallanes, que fue la primera que se hizo al derredor del mundo, acabó de disipar las dudas, y perfeccionó los conocimientos geográficos adquiridos por la empresa de Cristobal Colon.

Este hombre famoso murió en Valladolid en el año de 1506 al regreso de un cuarto viaje, abrumado de fatigas y pesadumbres. El grabado que representa su retrato está sacado por el que se conserva en la Real Biblioteca, debido segun se cree al pincel de Antonio del Rincon, pintor célebre que dió principio á la regeneracion del arte de España.

SINGULARIDADES DE LOS AUTORES CELEBRES.

Hay una extraordinaria fatalidad aneja á los poetas maestros, ó que han formado época.

Homero era ciego; Milton tambien; Macpherson dice lo mismo de Osian; Camoens fue tuerto, y Cervantes manco.

Virgilio era cenceño y un poco contrahecho; Pope, inspirado por el númen de aquel en sus bellos idilios, fue corcobado y parecido á un signo de interrogacion; Scarron que parodió á Virgilio fue tullido, y como el polichinela de la epopeya.

Delille que ha hecho hablar á Virgilio y á Milton en francés, y aun demasadamente en francés, estaba *privado*, como el segundo, *de la luz del cielo*, quiere decir que era ciego; pero no era Delille capaz de decir *ciego* á secas.

Los modernos, que han dado un impuesto desconocido á la imaginacion de los hombres, han sido tambien desgraciados. Byron, el Tirteo de Italia y de la nueva Grecia, era cojo como el Tirteo de la antigua Lacedemonia. Walter Scott tuvo la misma deformidad Millevoye, que tal vez hubiera vuelto á empezar su carrera por diferente rumbo, á no haber tenido tan *buenos estudios*, murió cojo y clásico.

No se halla un clásico de profesion que no se queje de su vista, por parecerse á Homero; ni un romántico de atrevidas espresiones que no se haya roto una pierna,

ya habiendo caído de las alturas del espacio etereo como Icaro, ó ya por otro accidente mas vulgar por asemejarse á Byron. Por esto mismo los capitanes de Alejandro llevaban la cabeza caída hácia un hombro, y tartamudeaba todo el mundo en la tertulia de Alcibiades.



LAS NEGRAS DE TEMBOUCTOU.

Aun despues de mil años que se conoce el Africa, son muy cortas las ideas que tenemos sobre lo interior de aquel país, y por mucho tiempo se ha creído que eran insuperables los obstáculos que se oponen al examen de aquellas regiones habitadas por bárbaros que no miran á los cristianos sino como enemigos. El mayor Houghton, Mungo-Park, el capitan Clapplerton, el mayor Laing y otros varios, pagaron con muchos trabajos y al cabo con la muerte, el proyecto de manifestar al Africa cual es en sí. Mas feliz que los referidos un viajero frances llamado Mr. Caillé entró en Tembouctou el 20 de abril de 1828, consiguiendo á favor de su disfraz árabe, recorrerlo y examinarlo cuidadosamente todo, y restituirse á su patria despues de vencidos innumerables peligros. Nada diremos de la ciudad de Tembouctou, limitándonos á bosquejar un cuadro de costumbres con algunos pormenores interesantes acerca de la suerte de las mujeres en aquella parte del mundo.

La ciudad de Temboucton está habitada por moros, y principalmente por negros de la nacion Kissour, que son los que componen la parte esencial de su poblacion; su rey es un negro llamado Osman, que tiene cuatro mujeres y una infinidad de esclavos.

Cada habitante puede tener tambien cuatro mugeres que cuidan de la economía doméstica y á quienes tratan bastante bien. Rara vez las sacuden, y no van tapadas como en Marruceos, sino que salen de casa cuando gustan, y pueden ver á quien quieren, habiendo entre ellas algunas muy bonitas. Los moros de Tembouctou escogen

por lo regular sus mujeres de entre las esclavas, y las encargan el recorrer las calles vendiendo los artículos de su comercio como dátiles, pimienta, etc., van también al mercado con una tiendecita ambulante, mientras la favorita permanece en casa para vigilar á las que tienen á su cargo el preparar la comida, que por lo regular se compone de arroz y de un plato compuesto de mijo cocido con carne y pescado seco; pero la favorita es sola la que dispone los manjares destinados para su marido. Estas mujeres visten con mucho aseo, consistiendo su traje en una especie de túnica como la de los hombres, con la diferencia de no tener mangas: llevan asimismo zapatos de cordobán, y en lo que la moda varía algunas veces es en el tocado, el cual consiste principalmente en una *fatara* de hermosa muselina ó de otra tela de algodón europeo. Trenzan sus cabellos con mucho arte, y la principal de sus trenzas tiene el grueso del dedo pulgar que partiendo desde el colodrillo, cae hacia delante y remata en un pedazo de cornerina redondo y ahuecado en el medio. Colocan también bajo esta trenza una almohadilla para sostenerla, juntando á este adorno muchos dijes. Acostumbran también untarse el cuerpo y la cabeza con manteca, pero no con tanta profusión como las Bambaras y las Mandingas, y esta costumbre las es indispensable por el gran calor, aumentado por el viento abrasador de Este. Las mujeres ricas llevan en el cuello y las orejas una multitud de abalorios, y una sortija en las narices; pero las de menos conveniencias usan en lugar de sortija un pedazo de seda encarnada: llevan también braceletes de plata ó de hierro plateado en los tobillos, cuyos adornos se fabrican en el país, y en vez de ser redondos como los de los brazos son chatos, de cuatro pulgadas de ancho y con algunas labores de gusto.

Las esclavas de los ricos tienen algunos adornos de oro en el pescuezo, y en vez de arracadas, como en los alrededores del Senegal, llevan unas chapitas en forma de collar. Cuando se trata de venderlas es cuando se les adorna con mayor esmero y las cambian comunmente por abalorios, ambar, cozar y sal. Se hallan tan acostumbradas á la esclavitud que no manifiestan pesadumbre alguna de que se las pasee por las calles y se las ponga en venta: todo esto lo reputan por muy natural y que no han nacido para otra cosa.

Los Louaricks, que son vecinos temibles para los habitantes de Tembouctou, tienen también muchas mujeres siendo las mas estimadas, las mas gordas y rollizas; y para pasar por una hermosura en su concepto es menester que una mujer haya llegado á tal extremo de gordura que ya no pueda andar sino ayudada de dos personas. Estas mujeres, muy al contrario de las de Tembouctou, son enteramente desaseadas.

EL PEREZOSO.

Todos los escritores de historia natural hacen el mas triste retrato de este animal, dándole los epítetos mas injuriosos, y disimulando apenas el menosprecio bajo la apariencia de compasión hacia él. Nosotros, que gustamos de toda reparacion cuando es justa, no hemos podido menos de complacernos al hallar en la obra inglesa intitulada *Paseos de Watterton por América*, una descripción del perezoso, diversa en un todo de las que hasta ahora se han dado. Su autor, apasionado admirador de la naturaleza, tiene el mérito indisputable de haber sabido colocar en su verdadero punto de vista á uno de sus seres mas infelices y poco apreciados. El perezoso, á quien se tiene por el símbolo de la indolencia, es por el contrario un animal muy activo; y necesariamente deja-

rá las preocupaciones que haya adquirido en este punto; todo el que lea la interesante descripción del escritor inglés, que dice así:

«Se diría que el perezoso con sus miradas, sus gestos y gritos, implora la compasión de quien le observa, pues la naturaleza no le ha concedido otras armas para su defensa. Mientras los otros animales reunidos en manadas ó en grupos, recorren las magníficas soledades americanas, el perezoso vive aislado, casi estacional, y no puede escaparse del que quiere apoderarse de él. Se asegura que sus lamentables gemidos logran enternecer aun al tigre mismo.

«Su alimento se reduce á algunas hojas de las mas groseras y comunes: no tiene dientes incisivos, y aunque son cuatro sus estómagos, carece de los largos intestinos de los animales que rúman. No tiene mas que un orificio interior como los pájaros. Sus pies están desprovistos de plantas y no puede mover separadamente sus dedos. Sus piernas son demasiado cortas, y el modo con que estan unidas al cuerpo las dá un aire de deformidad, y no parecen á propósito mas que para trepar á los árboles. Tiene cuarenta y seis costillas, siendo así que el elefante no tiene mas de cuarenta, y sus garras son de una desproporcionada longitud.

«Los que han escrito acerca de este animal han asegurado que ningun otro tiene movimientos mas lentos, que vive aprisionado por decirlo así en el espacio, y que después de haber consumido todas las hojas del árbol al cual sube, se hace una rueda y se deja caer á tierra. Todo esto es inexacto; y si los naturalistas que tal han dicho hubieran estudiado su carácter y costumbres en el desierto, no habrían asegurado semejante cosa. A este raro animal debe observarse en medio del verdor de los árboles.

«Vive en el centro de los bosques sombríos, habitados por serpientes horribles, y por hormigas y escorpiones no menos temibles; sitios impenetrables al hombre civilizado, por estar rodeados de lagunas y espinosos matorrales, siendo comunmente los negros quienes cojen á los perezosos y los venden á los blancos. De aqui se debe inferir que los cuentos que se han forjado sobre este animal, no los ha sujerido el deseo de engañar á los lectores é interesarlos con descripciones singulares; sino que han provenido de haberse estudiado al perezoso en sitios y circunstancias para los que no le había criado la naturaleza.

«Me hallo en el verdadero dominio de este animal; en espesos y magníficos bosques que por todas partes se estienden y dilatan alrededor de mí. He aqui el momento apropiado para observar al perezoso. Veamos en primer lugar la estructura de sus órganos, y comprendemos mejor sus hábitos cuando se encuentra en los parajes en que la naturaleza le ha colocado. Las piernas delanteras parecen demasiado largas, al paso que las de detras son demasiado cortas y en figura de saca-corchos. De esta rara organizacion resulta que no pueden tomar una direccion perpendicular ni sostenerse como á los demas cuadrúpedos; por lo mismo cuando está en tierra toca su vientre con ella. Pero aun cuando no fuese esta la configuracion de sus piernas, le costaría mucho mantenerse en pie, en atencion á que no tiene plantas en los pies, y á que sus garras son largas, puntiagudas y retorcidas, de manera que cuando se endereza sobre sus piernas, carga todo su peso en la estremidad de ellas, como el hombre cuando quiere sostenerse sobre las puntas de los dedos de pies y manos. En una superficie lisa el perezoso permanecería inmóvil; pero siendo el terreno por lo general áspero y lleno de desigualdades, formadas por las piedras ó amontonamientos de cesped, el perezoso mueve sus piernas en todas direcciones para encontrar algo en donde agarrarse. Aun cuando lo consigue, no puede ir adelante sino lenta y costosamente, y de

aquí se ha derivado su nombre. La expresión dolorosa de sus miradas y los suspiros que dá, manifiestan lo que entonces padece.

«El perezoso en su estado salvaje pasa toda su vida en los árboles, y nunca los deja sino por fuerza ó por casualidad. La providencia ha prescrito al hombre que ande sobre la superficie de la tierra; al águila que se encumbe al espacio, y á la ardilla que viva entre el ramaje de los árboles, de cuyos sitios pueden todos ellos salir sin inconveniente alguno; pero al perezoso no puede arrancársele de los árboles sin que padezca muchísimo. Lo mas extraordinario es que no se sostiene sobre las ramas como el mono y la ardilla, sino bajo de ellas; y sea que se mueva, que esté quieto ó que se duerma, siempre está suspendido de ellas; debiendo ser por lo mismo su organizacion muy diversa de la de otros animales.

»Pero lejos de serle perjudicial esta organizacion tan rara y deforme al parecer, es un beneficio de la naturaleza; no goza él menos de la existencia que los demas animales, y es una nueva prueba de la sabiduría del Criador.

»Debe tenerse presente que el perezoso no deja colgada su cabeza como el vampiro. Cuando quiere dormir se ase á una rama paralela al suelo. La coge primero con una de las patas delanteras, luego con la otra; pone despues en ella las de detras, y parece que está muy á su gusto en tal postura. Si tuviese una larga cola se veria muy embarazado, porque acomodada bajo de él estorbaria á sus piernas, y pendiente seria el juguete de los vientos. Debe pues agradecer á la providencia no tenerla mas que de pulgada y media.

»La cabellera del perezoso presenta una singularidad que la distingue de la de los demas animales, y que creo no la ha observado hasta ahora ningun naturalista. Es tosca y espesa en las estremidades, y hácia la raiz mas sutil que una tela de araña. En cuanto á lo restante de su piel, es tan parecida al color del musgo de los árboles, que no es fácil distinguirla cuando está quieto.

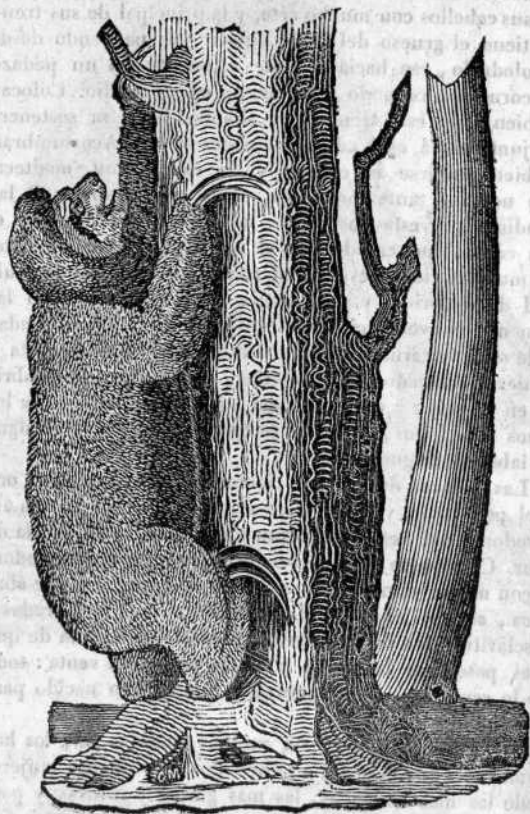
»El macho tiene sobre el lomo una barra de hermoso pelo negro, que descende hasta mas abajo del omoplate, y á cada lado otros de color amarillo de igual finura. Si se examinan sus patas delanteras, se echa de ver cuan propias son por su vigor muscular para sostener el peso del cuerpo, y en vez de ponderar su fealdad como lo ha hecho un célebre naturalista, debemos admirar el desvelo de la naturaleza en configurarlas para sus funciones extraordinarias.

»Cuando el perezoso habita en las selvas primitivas de los trópicos, en donde innumerables árboles entretejen su ramaje, no es fácil concebir por qué no se alimenta mas que sobre un solo arbol, y por qué le despoja enteramente de sus hojas. No puede haber otros mas desnudos que los que él elije para su habitacion; y es de creer mientras acaba con las últimas hojas, nacen otras en las ramas primeras que atacó; ¡tan enérgica es la vejetacion en estos climas!

»Los indios pretenden que el perezoso empieza á viajar cuando sopla el viento. En tiempo de calma se está quieto, porque probablemente teme que se rompa la punta de las ramitas al pasar de una á otra. Pero al instante que se levanta el viento, las ramas de los árboles inmediatos se mezclan agitándose fuertemente, y el perezoso las sigue y camina con seguridad. Rara vez reina una calma absoluta en estas selvas. El viento se levanta generalmente á las diez de la mañana, de lo que resulta que puede el perezoso ponerse en camino inmediatamente que ha desayunado, y andar mucho antes de mediodia. Camina á buen paso, y el que como yo le haya observado pasar de un árbol á otro, no le dará el epíteto de perezoso.

Mr. Watterton añade, que de todos los animales, in-

clusos el sapo y la tortuga, es el perezoso, en medio de su mala configuracion, el que tiene la vida mas dura. Vive aun despues de recibir heridas de las que moriria al momento cualquier otro animal, y cuando está herido mortalmente parece que la vida disputa á la muerte cada pulgada de su cuerpo.



Hay dos especies de perezosos; el *ai*, que es el del grabado, y el *unó*. Aunque se asemanan en muchas cosas, tienen no obstante caracteres tan diferentes interior y exteriormente, que no es posible equivocar al uno con el otro. El *unó* no tiene cola, y presenta dos garras solas en las patas delanteras: el *ai* tiene una cola muy corta y tres garras en todas las patas. El *unó* tiene el hocico mas largo, la frente mas levantada y las orejas mas sobresalientes que el *ai*: en lo interior se nota diferencia en la conformacion de algunas partes de sus entrañas. Estos dos animales pertenecen á las regiones meridionales de América, y no se hallan en ninguna otra parte del antiguo continente.



ENSEÑANZA DE CIEGOS.

Nada mas propio del espíritu de la verdadera religion y de los principios de la caridad humana, que el hacer partícipes de los beneficios de la educacion religiosa y civil, á aquellos infelices á quienes la desgracia ha privado del inapreciable sentido de la vista, colocándolos, por esta razon á una distancia inmensa de los demas hombres. El pretender reparar en esta parte el agravio de la naturaleza, no solamente está en el instinto del corazon humano, sino que es como un deber impuesto al mas fuerte en beneficio del desvalido.

No se concibe á primera vista como el ingenio y la meditacion del hombre, han podido investigar los medios de suplir en su semejanza la falta de un sentido tan importante, y hacerle partícipe de conocimientos tan indispensables en la sociedad, como dificiles de adquirir sin aquel apoyo. Pero ¿qué no puede un buen deseo unido al espíritu de la observacion? ¿quién sino él pudo hacer arrostrar las graves dificultades de la enseñanza de los Sordomudos, á un *Ponce de Leon*, á un *L' Epée*, á un *Sicard*, á un *Hernandez*? ¿Quién á Mr. de *Haiy* la de los ciegos desvalidos?

La capacidad de los ciegos para recibir una completa educacion, se ha visto acreditada en los felices ensayos hechos con este objeto, y ya en el día el intentar negarla, seria un absurdo de que se ofenderian á un tiempo mismo la humanidad y la razon.

La historia, y con particularidad la de estos últimos tiempos, nos presenta repetidos ejemplos de lo que alcanza en este punto el genio del hombre, en lucha con las circunstancias mas contradictorias á su desarrollo, y sin dejar correr la pluma en materia tan interesante, nos

contentaremos con decir algo del origen de la educacion de los ciegos, del estado en que se encuentran los que reciben este beneficio en Madrid, y de lo interesante que seria la fundacion de una escuela normal para la instruccion de tantos desgraciados que la reclaman.

El primero que se dedicó esclusivamente á la educacion de los ciegos fue Mr. Valentin Haiy, hermano del célebre mineralogista, sugiriéndole tan feliz idea, las relaciones que adquirió con una señora alemana que era ciega de nacimiento, llamada la baronesa de Bon Paradis, que habiendo pasado de Viena á París en 1780, llamó la atencion por su prodigiosa habilidad en tocar el órgano. Haiy entre las frecuentes visitas que hacia á esta ingeniosa señora, le sorprendió un dia encontrar en su cuarto diferentes instrumentos para la enseñanza de los ciegos, como por ejemplo un aparato portátil para imprimir, por medio del cual se correspondia aquella señora con Kempele (el inventor del autómatas hablador) que residia en Viena, y con un caballero ciego muy instruido llamado Weissembourgo de Manhem. Haiy comparó la gran cultura de estos dos alemanes con el estado degradante de los ciegos en Francia, donde en la feria anual de San Obidio habia visto á un especulador que con diez pobres ciegos vestidos con trages ridículos y adornados de anteojos, presentaba un espectáculo innohble ejecutando con ellos un concierto burlesco.

Desde que Haiy observó á estos infelices pensó que podria sacarse mas partido de ellos: el hospicio de los 300, llamado comunmente de los *Quinze - Vingt*, fundado en 1260 por S. Luis á su vuelta de la cruzada de Egipto, durante la cual quedaron ciegos tantos soldados, no

le parecia á propósito para ensayos por la gran corrupcion moral que observaba en tan vasto establecimiento; mas resuelto á hacer por los ciegos lo que el abate L' Epée habia hecho por los sordo-mudos, abrió un instituto en 1784 en el que comenzó la instruccion de aquellos desgraciados. En el principio la sociedad filantrópica pagó á sus espensas doce ciegos, y en 1790 se puso el instituto bajo la proteccion del Estado, uniéndole al de sordo-mudos.

Desando el emperador de Rusia establecer en San Petersburgo un colegio de ciegos, pasó Haüy el año de 1806 para fundarle bajo las mismas bases que lo habia hecho en Paris. A poco tiempo de establecerse en Francia la enseñanza de ciegos, se fundaron en la Gran Bretaña instituciones para estos infelices, que aunque sostenidos la mayor parte por particulares, hacen honor á los filantrópicos isleños. La de Liverpool se estableció en 1790 para uno y otro sexo. La de Edimburgo en 1791. Las de Londres, Dublin, Bristol y Norwich en 1800. En Berlin se fundó el colegio de niños ciegos á espensas del rey de Prusia en 1806 al pasar Haüy por dicha ciudad, dejando para su direccion al doctor Zeune, el mismo que existe en el día mejorando mucho la dicha instruccion. Los primeros establecimientos de ciegos en Alemania despues del de Berlin, fueron los de Viena y Praga fundados ambos en 1808; y en el mismo año abrió uno en Amsterdam Mr. Freemasons. En 1809 se estableció uno en Dresde bajo los mismos auspicios que el de Berlin, pero que ha hecho pocos progresos por haber descuidado la lectura y escritura. En 1810 se fundó igual institucion en Zurich uniéndola á la de los mudos. En 1811 el profesor Brorson abrió en Copenhague una escuela de ciegos sostenidos por la sociedad de caridad.

El primero y mas notable de estos institutos es el ya referido de Paris, el cual se halla sostenido por el gobierno por medio de un presupuesto de 60,000 francos anuales. En él hay sesenta ciegos y treinta ciegas que son recibidos á la edad de 10 á 14 años, permaneciendo ocho en la enseñanza. Hemos sido testigos de los ejercicios públicos de este colegio, y no hemos podido menos de poseernos de una profunda admiracion, al observar los progresos de aquellos infelices en las ciencias y en las artes. Es preciso verlo materialmente para llegarse á persuadir de que son ciegos de nacimiento, ó desde su primera edad los que así leen, escriben, cuentan, calculan, esplican sus conocimientos en religion, historia, geografia, matemáticas, lenguas, cantan con la rigorosa exactitud de la nota, imprimen libros, tejen alfombras, bolsillos, y otros objetos delicados; juegan en fin y se solazan entre sí con un desembarazo que envidiaría el de mejor vista.

El colegio real de Londres que tambien hemos visitado, tiene por base mas bien que un objeto científico, el enseñar á estos desdichados, oficios mecánicos con que puedan atender á su subsistencia. Esta escuela tuvo principio en 1799, y los esfuerzos de sus instructores fueron tan luego coronados, que en el espacio de pocos años devolvieron á sus familias mas de treinta alumnos en estado de poder ganar un jornal regular. Recibense en este establecimiento mas de sesenta de ambos sexos, y las curiosas obras por ellos elaboradas, rinden un producto anual de 60 á 100,000 reales para gastos de la casa, ademas de un pequeño jornal que se les deja. No se admiten por lo regular discípulos mayores de 12 años; pero pueden serlo de cualquier edad siempre que conserven flexibles los dedos, y disfruten de todas sus fuerzas; trabajan obras de hilo, de madera, de esparto, tejidos de alfombras, mimbres etc., que por lo regular llevan á un grado notable de perfeccion.

La lectura se les enseña á los ciegos por medio de libros impresos con caracteres de relieve, con los que muy luego llegan á familiarizarse por el tacto; y la escritura por medio de unas ingeniosas tablas inventadas expresa-

mente: para la geografia se sirven de mapas ó esferas tambien relevadas y emblemáticas, con los cuales muy pronto adquieren seguridad en la division de los reinos y provincias, curso de los rios etc. Las matemáticas á pesar de su complicacion, llegan á estar á su alcance, y se dedican á ellas con estremada aficion. Ejecutan fácilmente las operaciones mas complicadas de la aritmética, y adquieren una idea exacta de las figuras geométricas. La música vocal é instrumental es sin disputa el arte para el cual los ciegos parecen mas dispuestos, y puede enseñárseles completamente haciéndoles sensible la forma de la nota, y valiéndose ademas de la singular organizacion de su oido delicado.

Conviene ademas para completar la educacion de los ciegos, dedicarlos á la egecucion de trabajos mecánicos para los cuales se hallan muy dispuestos y que tan útiles pueda serles para atender á su subsistencia.

Muchos son los de esta clase á que pueden dedicarse los ciegos; pero es preciso que en su eleccion haya el tino conveniente para que lleguen á conseguir el objeto. Los oficios de cesterero y espartero, la cordelería y tejidos de todos géneros, la fabricacion de tapices, de zapatillas, de sillas y otros infinitos objetos, son muy accesibles á los ciegos en quienes el sentido del tacto suple á veces asombrosamente por el de la vista. Las ciegas suelen emplearse en hacer media, bolsillos y demas labores de punto, tejer cadenas y cordones y otras obras delicadas de seda. Ultimamente, el oficio de impresor á que tambien se les ha destinado, lo desempeñan con perfeccion, siendo admirable su exactitud para la formacion de la caja, y la escrupulosidad con que luego la corrigen.

Nos hemos detenido en estos pormenores para hacer mas sensible la posibilidad de este benéfico instituto, y la necesidad que tenemos de imitar en nuestra capital su adelanto tan recomendable y magnífico. No somos nosotros los primeros que paramos la atencion en este objeto, pues que ya hace tres años que la Sociedad económica Matritense se ocupó de él con tal eficacia, que á no ser por las fatales circunstancias de la época, se hallaría ya sin duda realizado.

Pensó, pues, la Sociedad en establecer en esta corte un colegio normal para esta enseñanza, y elevó al gobierno su pensamiento acompañando el presupuesto mas económico de su coste, y el reglamento interino de este nuevo establecimiento.

Afortunadamente la Sociedad para este pensamiento no tuvo que proceder solo en hipótesis ó teoría, pues que habia tenido á la vista los felices ensayos ejecutados por uno de los individuos de su seno, el benemérito director de los sordo-mudos *don Juan Manuel Ballesteros*, el cual ademas de muchos trabajos á este mismo objeto, presentó á la Sociedad un niño ciego instruido por él en muy corto tiempo y en diversos ramos.

Este niño llamado *Faustino Maria Samaniego*, á los trece años de edad, y tres de enseñanza, no solamente lee con precision el castellano, francés y latin, sino que traduce estos dos idiomas, escribe con bastante exactitud, y practica todas las operaciones de aritmética y muchas de geometría; conoce la geografia hasta tal punto, que mide los grados de longitud y latitud de cualquier parte del globo; tiene tambien conocimiento de las principales nociones de astronomia, y de los sistemas planetarios explicando sus revoluciones y movimientos; y posee la música ejecutando en el piano los trozos mas difíciles, y atreviéndose hasta la composicion de piezas del mayor gusto.

Igualmente el mismo filantrópico profesor ha recogido á sus espensas á otra niña ciega, *Isabel de Diego*, de diez años de edad, la cual además de la calceta y otras labores de malla, cose regularmente y tiene una inteligencia muy regular en la música; últimamente, encua-

derna los libros que imprimen los sordo-mudos del colegio.

Estos dos niños son los que van retratados al frente de este artículo, y nos ha parecido hacer esta distincion, no porque dejen de existir otros bien adelantados en instruccion y tan acreedores como ellos á la celebridad, sino por haber sido los primeros, digámoslo así, los fundadores de una escuela naciente que tanto honor hace á su creador, y que auxiliada como no podrá menos de serlo por el Gobierno, llenará este vacío, que se observa entre nosotros con mengua del siglo en que vivimos.

EL TIESTO DE ALBAHACA.

Caso verdadero.

En un tiempo hubo en Mesina una familia compuesta de tres hermanos comerciantes, que por muerte de su padre heredaron cuantiosos bienes, y de una hermana llamada Isabel, que aunque jóven, hermosa y finamente educada, no trataba de casarse: ignoraban ellos el motivo que en esto tenia, porque no pensaban de modo alguno en su acomodo.

En cualidad de factor tenían en su compañía á un jóven llamado Lorenzo. Como era galan, festivo y amable no habia dejado de llamar la atencion de Isabel, que empezando por admirarle, acabó por amarle perdidamente. La virtud y modestia de Isabel no pudieron impedir que Lorenzo no conociese la impresion que habia causado, desde cuyo momento se entregó á una esperanza que hasta entonces no se habia atrevido á imaginar siquiera, dejó el trato con las demas mujeres por el de la encantadora Isabel, y llegó á conseguir que le confesase el amor que le profesaba. Aquellos desgraciados jóvenes cedieron á su recíproca pasion sin prever sus consecuencias, y por algun tiempo disfrutaron de una dicha que tan cara debia costarles.

Una noche que Isabel se hallaba ocultamente en la estancia de Lorenzo la vió su hermano mayor, sin que ella lo echase de ver. Aquel descubrimiento le llenó de un repentino furor, que contuvo para tomar una resolucion bien calculada. Retiróse silenciosamente á su aposento, donde permaneció muchas horas discurriendo el medio de romper una amistad tan deshonrosa como la que acababa de descubrir. No bien fue de día cuando corrió á ver á sus hermanos, les enteró de la vergonzosa conducta de Isabel, y les comunicó el designio que habia concebido, al cual adhirieron sin el menor reparo. Cada uno de ellos debia disimular sin darse por entendido en lo mas mínimo; pero en la primera coyuntura favorable que se presentase se apoderarian de Lorenzo, y se vengarian sangrientamente en su persona. Para cortar toda sospecha prosiguieron riéndose y chancéandose con él como hasta allí; pero llegó la hora en que debia acabar el disimulo. Empeñaron á Lorenzo á que fuese con ellos á un día de campo que debían tener á unas cuantas leguas de Mesina, y cuando estuvieron á corta distancia de la casa dejaron el camino real y se metieron en un escampado rodeado de un espeso bosque, donde se echaron sobre el desdichado jóven, que cayó traspassado de puñaladas. Consumado el crimen, se dieron prisa á abrir una hoya y echar en ella el cadáver de Lorenzo, y cubrirla con tierra y céspedes, tomando todas las precauciones posibles para borrar los vestigios del asesinato. De vuelta á Mesina echaron la voz de que habian enviado á Lorenzo á pais lejano para asuntos de su comercio.

Fue transcurriendo el tiempo, é Isabel que por el pronto habia sufrido la ausencia de Lorenzo sin manifestar pesar alguno, dió señales evidentes de inquietud, y no pudo menos de preguntar frecuentemente por él á sus

hermanos. Un día que sus preguntas fueron mas urgentes, uno de ellos mirándola severamente «¿A qué son, la dijo, todas esas preguntas, Isabel? ¿Tanto te interesas por Lorenzo? No las repitas mas, ó llevarás la respuesta que mereces.»

Isabel se entregó desde entonces á todo el dolor de una ausencia que iba acompañada de tan misteriosas circunstancias. Transcurrieron sus dias entre espantosos pensamientos y sus noches entre lágrimas y suspiros, llamando sin cesar á Lorenzo é invocando continuamente su regreso.

Una noche en que el sueño venció á su espíritu fatigado le pareció que veía á su amante pálido, desgreñado el cabello y con sus vestidos desgarrados y sangrientos, y que le hablo así. «Amada Isabel: en vano suspiras por mi vuelta, en vano tu llanto me reconviene de mi lentitud en volver á tu presencia! Tus hermanos perdididos y mudos me han quitado la vida.» Dicho esto, le indicó el sitio en que estaba enterrado y desapareció. Isabel se despertó deshecha en llanto, y resolvió visitar sin tardanza el funesto sitio en que yacia su amante. Al siguiente día obtuvo de sus hermanos el permiso de ir á pasarlo en el campo con una de sus amigas, que era la confidente de sus amores, y salieron entrambas. Poco atendió Isabel durante el camino á lo que le decia su amiga para consolarla pues todos sus pensamientos se fijaban en el sitio en que estaban los restos de su querido Lorenzo.

Llegaron, en fin, al escampado, é inmediatamente conoció Isabel el paraje que buscaba. Ambas se pusieron á levantar las hojas secas que cubrian el terreno, y con un cuchillo de que iba provista empezó Isabel á socabar la tierra con toda la decision del despecho, no deteniéndose en su trabajo sino para echar atras las largas trenzas de su negro cabello, volviéndolo á emprender con nuevo ardor. Su amiga hincada de rodillas á su lado la ayudaba en su triste tarea, hasta que descubrieron el cuerpo de Lorenzo. No habia sido engañoso el sueño de Isabel. La infeliz se arroja sobre el cadaver de su amante, oprime con cárdenos lábios los ya helados de su amante, lábios tan rubicundos en un tiempo y llenos de juventud y de amor; despues se levantó é imploró el socorro del cielo, lloró abundantemente, y mas tranquilizada al parecer, y auxiliada de su amiga levantó el cadaver, colocó la cabeza de él sobre sus rodillas, y tomando el cuchillo con horrible valor consiguió separarla del cuerpo, condenado á ser pasto de los gusanos. Al volverle á cubrir de tierra lloró otra vez, lloró fervorosamente. Cumplido tan triste deber envolvió cuidadosamente la cabeza en un blanco y rico pañuelo, volvió á tomar el camino de la ciudad, y entró en casa de sus hermanos sin ser vista.

Cuando estuvo en su estancia sacó su triste reliquia, la bañó de lágrimas, arregló los cabellos desordenados que aun adornaban la cabeza de su amante, limpió su cara de la tierra que cubria sus facciones, y la estrechó contra sus lábios y su corazon.

Volvióla á meter en el pañuelo, y escojiendo un tiesto para su sepultura, la acomodó en el fondo, le llenó de tierra y sembró en ella simiente de albahaca. No tardó esta planta en brotar y crecer con mayor lozanía que ningun otro pie de la misma especie, pues la regaban sin cesar las lágrimas de Isabel, y encontraba nuevos elementos de existencia en la descomposicion de la cabeza de Lorenzo.

La palidez y sensible alteracion de las facciones de Isabel llamaron la atencion de sus hermanos, á quienes un vecino habia contado que se la veia de continuo llorar sobre el tiesto de albahaca. No dejaron de reconvenirla de un dolor que caracterizaron de locura inconcebible; pero notando el poco efecto que surtian sus reconveniones, le quitaron ocultamente el tiesto de albahaca, sin que basta-

se instancia alguna de parte de ella para que se le devolviesen. Privada Isabel de su único y último consuelo, cayó peligrosamente enferma, y en medio de su enfermedad llamaba con débil voz á sus hermanos para pedirles que la restituyesen su tiesto de albahaca. Sorprendidos de tanto empeño resolvieron estos ver que era lo que contenía el tiesto: quitaron la tierra y vieron el pañuelo en que estaba envuelta la cabeza de Lorenzo, que aunque medio consumida, aun se conocía, sobre todo por lo notables que eran los lustrosos rizos de sus cabellos. Los tres hermanos aterrorizados, pero temerosos de que aquellos restos informes no llegasen á descubrir su delito, los enterraron, y sin dar parte á nadie salieron oculta y prontamente de Mesina, y se retiraron á Nápoles. Isabel empeoró progresivamente y murió pidiendo en vano á cuantos la rodeaban el tesoro que había perdido.

No hubo en Mesina quien no se compadeciera de su triste suerte; y su dolorosa historia dió materia á una canción popular que termina en un estrivillo que dice: «¡Oh que barbarie robarme el tesoro donde tenía puesto mi corazón!»



FEYJOO.

Uno de aquellos seres privilegiados de quienes puede asegurarse que marchan delante de su siglo, elevándose sobre la esfera común de los demás hombres, y señalándoles con segura mano los progresos y vicisitudes de la ciencia en el porvenir, fue sin disputa entre nosotros el distinguido escritor que hoy va á ocuparnos, cuyas obras literarias compuestas en la primera mitad del siglo XVIII, dejan aun tanto que admirar á los que en el actual llegan á estudiarlas.

El M. I. y R. P. D. Fr. Benito Gerónimo Feyjoó, Monge benedictino de la congregación de España, catedrático de prima de teología jubilado de la universidad de Oviedo, maestro general de su orden, y del consejo de S. M., nació á 8 de octubre de 1676 en Casdemiro, pequeña aldea de la feligresía de S. Maria de Melidas en el obispado de Orense. A pesar de lo distinguido de su clase y de los bienes de fortuna que le correspondían como primogénito de su casa, renunció al siglo á los catorce años de su edad y en el de 1688 recibió la cogulla de

S. Benito, en el monasterio de S. Julian de Samos, con lo cual pudo enteramente dedicarse á la austeridad de vida y al profundo estudio á que le inclinaba su extraordinario ingenio, y su natural cándido y apacible.

No solamente los estudios monásticos ocuparon sus horas en el claustro, pues después de concluidos y de haber desempeñado la enseñanza pública de teología en la universidad de Oviedo, penetró con atrevida resolución y éxito seguro en los arcanos misteriosos de las demás ciencias, pudiendo asegurarse que apenas existe alguna en que no llegara á coronar su frente con muchos y merecidos laureles.

Formado ya con tan profundos conocimientos, y deseoso por un heroico desprendimiento de comunicar á sus semejantes el fruto de sus tareas, eligió para su fija residencia el colegio de Benedictinos de Oviedo, llamado de S. Vicente, en el cual compuso sus muchas y estimables obras.

En 1726 salió á luz el primer tomo de su *Teatro crítico*, y continuaron los demás hasta que en 1740 publicó el último de los ocho que comprende. Posteriormente dió á la prensa cinco tomos de *Cartas eruditas*, y además otra infinidad de discursos críticos, apoloéticos, y curiosos, á que le obligaron las encendidas controversias en que le envolvieron los émulos de sus glorias, hasta que en 1760 avanzado ya á la edad de 83 años y consumidas sus fuerzas por tan continuada y difícil carrera, dejó de escribir falleciendo cuatro años después en 26 de setiembre de 1764 á los 87 años de edad, y en su mismo colegio de S. Vicente de Oviedo.

El objeto noble á par que difícil que se propuso el P. Feyjoó en todas sus obras, fué combatir los errores populares que deslustraban las ciencias, y hacer familiares entre nosotros los mejores conocimientos modernos. Para mejor satisfacer esta idea se apartó de la costumbre seguida por otros autores de escribir sus obras en una lengua muerta, y siguiendo el consejo de F. Luis de Leon, consignó su doctrina en lengua castellana, y en un estilo fluido y armonioso capaz de ser comprendido por la multitud á quien se dirigía. Y en este punto llegó á conseguirlo en términos que aun hoy día pueden citarse muchos trozos de sus discursos como modelos de elocución y de conocimiento del idioma nacional.

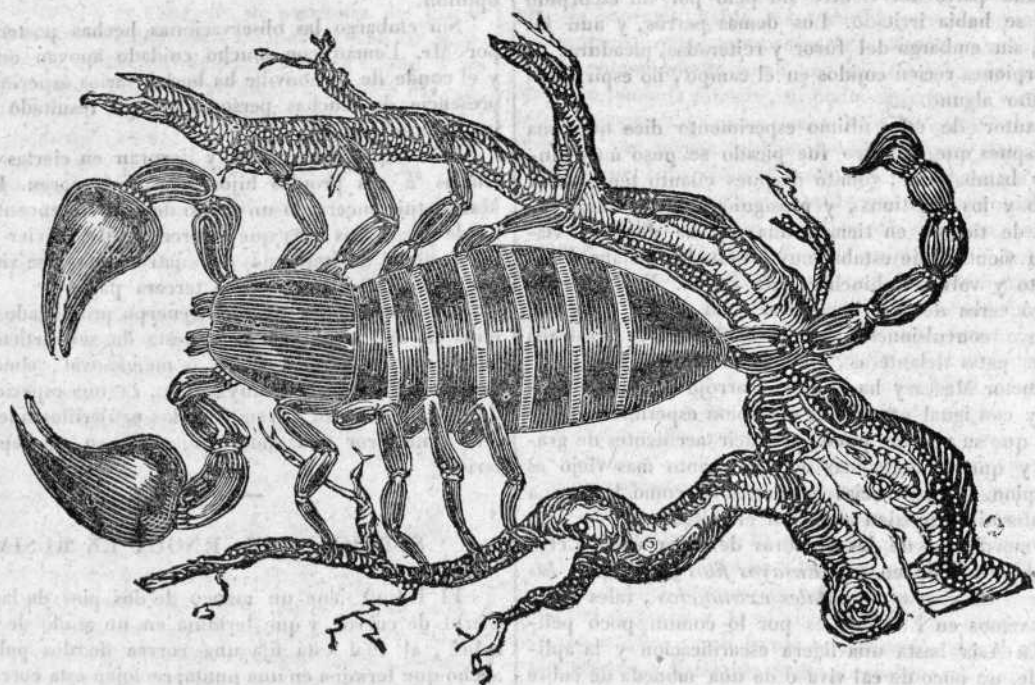
Las materias que comprenden sus obras, son tantas y tan variadas, que su enumeración sola parecería demasiado prolja, siendo ciertamente cosa apenas inconcebible como en un solo hombre pudieron reunirse los estensos conocimientos necesarios á un político, á un historiador, á un teólogo, á un jurisconsulto, á un matemático, á un médico, á un literato, á un poeta. Discurriendo con ingenio perspicaz y con singular buena fe por el vasto campo de tan importantes ciencias, apenas hay materia que no toque, apenas error que no combata, apenas principio sólido que deje de establecer. De este modo el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* llegan á ser no solamente un vasto almacén donde vinieron á reunirse todos los mas importantes adelantos de las ciencias en los siglos precedentes, sino que á veces, con asombro del lector del día, ve adelantarse el genio del sabio autor á sentar y desenvolver como en profecía muchos de los principios y consecuencias establecidas únicamente en el siglo actual. Lo primero demuestra completamente la singular erudición del P. Feyjoó que tan bien supo aprovechar lo que infinitos autores nacionales y extranjeros habían trabajado antes que él; lo segundo hace patente su genio perspicaz que parecia como encerrado dentro de los límites de su siglo.

En la época en que empezó á escribir el P. Feyjoó empezaba la nación á salir de sus preocupaciones y á dedicarse á la buena literatura; pero eran muy pocos los que todavia se alistaban en las banderas de la sana crítica, y mucho mayor el número de los que se obstinaban en sos-

tener las ideas vulgares y en negarse á la ilustracion que ya iba haciendose sentir. Déjase por lo tanto conocer con cuantos obstáculos y contradicciones tendria que luchar nuestro buen Feyjó para abrirse camino en medio de ellos y colocarse á una altura donde ya poco ó nada alcanzaban las envenenadas saetas de sus enemigos. Con efecto, apenas tomó la pluma en 1725 contra el torrente de preocupaciones vulgares cuando se vió combatido de todas partes por una multitud de contradictores, y en la precision de vindicar su concepto, y de defenderse contra las mas injustas acusaciones que hubieran bastado á arruinarle si el favor que su mérito le hizo grangearse en el

concepto de los monarcas Fernando VI y Carlos III y hasta el sumo pontífice Benedicto XIV no le hubieran sostenido en tan larga y complicada lucha.

El trato de nuestro benedictino fue ameno y cortesano; era salado en la conversacion familiar, como lo acredita su afición á la poesía sin salir de la decencia debida á su estado. Esto le hacia agradable en la sociedad ademas de su aspecto apacible, su personal magestuoso y bien dispuesto, y una facilidad en esplicarse de palabra con la propiedad misma que por escrito. La viveza y penetracion de sus ojos era un emblema de la de su alma.



LOS ESCORPIONES.

Los escorpiones viven esclusivamente en los países cálidos de ambos hemisferios, y en ciertos pntos se multiplican tanto, que son motivo de continuo temor para sus habitantes, que han tenido á veces que cederles el terreno. La constelacion del escorpion nos demuestra desde luego que la noticia de este animal remonta á la mayor antigüedad, y que su figura es el emblema de un genio maléfico. En piedras muy antiguas que presentan rasgos de mitología egipcia se vé á Anubis delante de un escorpion como quien conjura ó pretende destruir la influencia de aquel mal principio. En la historia natural de Plinio se esponen cuantas fábulas produjeron la superstición y la ignorancia de largos siglos acerca de este animal. En medio de esto se habia observado que la hembra del escorpion, era vivípara, que su aguijon estaba hueco para dar paso al veneno, y que este era blanco. Se habia igualmente observado que las hembras conducian á cuestras á sus hijuelos; pero se suponía que cada madre no tenía mas de uno, y que se habia podido libertar manosamente de la muerte que daba ella misma á su prole, y que la vengaba devorando á su vez al autor de sus dias. Otros creían que toda la familia se comía á la madre; pero de todos modos se reconocia generalmente su voracidad. No pueden contarse entre estas fábulas la de la existencia de escorpiones de doble cola, pues la hay en varios museos. Tambien pueden haberse hallado algunos escorpiones cuya cola tiene siete articulaciones, en vez de seis que es lo mas comun.

Los escorpiones viven en la tierra, se meten bajo de las piedras y otros cuerpos, y con frecuencia en los paredones y sitios sombríos y frescos, y aun en lo interior de las casas, habiendoselos encontrado en las mismas camas. Corren con la mayor velocidad, doblando su cola hácia arriba en forma de arco contra la espalda; la dirigen hácia todos lados, y se valen de ella como de una arma ofensiva y defensiva; cogen con sus garras á las correderas y otros insectos como escarabajos y gusanos, picándoles con el aguijon de la cola que la llevan hácia la delantera, y despues los devoran haciéndolos pasar entre sus mandíbulas y su quijada. Son muy aficionados á huevos de arañas, y las atacan aunque sean estas mayores que ellos, teniéndolas declarada una guerra particular.

El tamaño del escorpion es muy vario: los de Europa no tienen mas de una pulgada de largo, y los de la India tienen algunos hasta cinco. Se cree que son muy venenosos, y que la picadura de su aguijon es frecuentemente mortal porque introduce en la herida un licor ponzoñoso.

Pero es un error el pensar que todos estos animales son dañosos al hombre: se sabe que los de la Toscana no lo son, pues los aldeanos de aquel país los tocan y se dejan picar de ellos sin experimentar incomodidad alguna. Los ensayos hechos por Redi y Maupertius, prueban no obstante que no puede tenerse esta propiedad por regla general. Estos autores que han hecho diferentes experimentos acerca del efecto del veneno de otra especie de escorpion, mayor que la comun, conocida por los naturalistas

con el nombre de rojizo (occitanas), y que se encuentra en el Languedoc, Tunnez, España etc. han visto perecer entre vértigos y convulsiones á pichones tiernos á las cinco horas de haber sido picados, al mismo tiempo que otros picados igualmente no dieron señal alguna de haberles hecho efecto. Redi atribuye esta diferencia á la extenuacion del escorpion que en su dictámen necesita recobrar fuerzas para poder envenenar por segunda vez, lo que le ha confirmado un nuevo experimento hecho, despues de haber dejado descansar una noche entera al escorpion.

Maupertius hizo picar por escorpiones del Languedoc á diferentes perros y pollitos, y de todos ellos solo murió un perro que habia sido picado tres ó cuatro veces en una parte del vientre sin pelo por un escorpion á quien se habia irritado. Los demas perros, y aun los pollitos, sin embargo del furor y reiteradas picaduras de los escorpiones recién cogidos en el campo, no espirimentaron daño alguno.

El autor de este último experimento dice que una hora despues que el perro fue picado se puso muy hinchado y bamboleaba; vomitó despues cuanto tenia en el estómago y los intestinos, y prosiguió por tres horas vomitando de tiempo en tiempo una especie de baba viscosa; su vientre que estaba muy levantado, bajaba á cada vómito y volvía á hincharse de nuevo. Esta alternativa duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales el perro tuvo convulsiones, mordió el suelo, se arastraba sobre sus patas delanteras, y murió á las cinco horas.

El doctor Maccary ha tenido el arrojo de hacer en sí mismo y con igual especie de escorpion experimentos que prueban que su veneno puede producir accidentes de gravedad, y que es tanto mas activo, cuanto mas viejo es el escorpion. Circunstancias accidentales, como la de una salud enfermiza, pueden aumentar el riesgo.

La mordedura de las culebras de agua ó de tierra dice d'Opson-ville en sus *Ensayos filosóficos sobre las costumbres de diversos animales extranjeros*, tales como las que vemos en Europa, es por lo comun poco peligrosa. En Asia basta una ligera escarificacion y la aplicacion de un poco de cal viva ó de una moneda de cobre tomada de cardenillo que se sujeta sobre la herida para curarse. Estas dos recetas se emplean igualmente contra la picadura del escorpion llamado *agrab* en persa, y *garguali* en indostan; (*blanquico australis*, LINN.) que en varias partes de Asia es casi tan comun como la araña. Algunos usan del aceite en que se han puesto á cocer algunos de estos insectos, y otros prefieren espachurrar inmediatamente al escorpion mismo, sujetándolo á la herida; pero solo la eficacia del cauterio es la que está bien demostrada.

En cuanto al escorpion negro (*Afer* LINN.) que vive en las hendiduras de las rocas ó huecos de los árboles, y que siendo cuatro ó cinco veces mayor que el precedente, puede dar muerte en el término de dos horas; los únicos remedios contra su mordedura son los mismos que se emplean contra las culebras mas venenosas; el álkalí volátil, las cataplasmas de gordolobo y los sudoríficos son los medios curativos. Olivier en su *Viaje á Persia* dice que la picadura del escorpion que se llama *crasicauda* y es muy comun en el Levante, nunca es mortal, y que se cortan fácilmente los efectos del veneno con remedios análogos.

Segun las observaciones de Mr. Maccary los escorpiones se unen como los cangrejos, siendo de notarse que la hembra antes de parir muda de pellejo, y se verifica lo mismo en el macho hácia igual época.

Nuestros escorpiones indígenas producen dos generaciones al año. Se han cogido en verano hembras cuyos huevos estaban en sazón, y en otoño se han observado otros que no tenían sino muy pequeños gérmenes, y cuyo total desarrollo no podia verificarse hasta la siguiente

primavera. Estos datos recojidos por el doctor Maccary prueban al parecer que son dos las generaciones del escorpion, una en otoño y otra en verano. La hembra no echa sus hijuelos de una vez, sino en diversas ocasiones y les lleva sobre su espalda los primeros dias, no sale entonces de su asilo y vela por su conservacion casi un mes entero; tiempo en que se han robustecido lo bastante para vivir por sí mismos; pero hasta los dos años no llegan á estado de poder reproducirse.

Se dice que encerrado el escorpion en un círculo formado de carbones encendidos, y viéndose despues de recorrerle todo imposibilitado de substraerse á la accion del calor, se pica á sí propio y se mata; pero Maupertius fundado en algunos experimentos ha impugnado esta opinion.

Sin embargo las observaciones hechas posteriormente por Mr. Leman con mucho cuidado apoyan este hecho; y el conde de Sémonville ha hecho varios experimentos en presencia de muchas personas, cuyo resultado confirma la opinion popular.

Los escorpiones matan y devoran en ciertas circunstancias á sus propios hijos conforme nacen. Habiendo Maupertuis encerrado un ciento de ellos no encontró al cabo de pocos dias mas que catorce, y Mr. Cuvier que habia recibido de Italia mas de cuatrocientos, se vió en pocos dias con menos de una tercera parte.

Los escorpiones tienen el cuerpo prolongado que termina en una larga cola compuesta de seis articulaciones, la última de las cuales mas ó menos oval, concluye en una punta arqueada y muy aguda, es una especie de dardo que tiene en su estremidad dos agujerillos que dan salida á un licor ponzoñoso contenido en un depósito interior.

SUPLICIO DEL KNOUT EN RUSIA.

El Knout tiene un mango de dos pies de largo, cubierto de cuero, y que termina en un anillo de bronce ó cobre, al cual está fija una correa de dos pulgadas de ancho que termina en una punta; remojan esta correa en leche, y la secan luego al sol para que quede mas dura; por lo que si viene á caer de plano en el cuerpo del paciente, se lo abriria del mismo modo que un cortaplumas. A cada séptimo golpe se muda de correa, habiendo constantemente una buena provision para cuando llega el caso, envuelta con mas cuidado y precaucion que pueden estarlo los mismos hijos del ejecutor. Un testigo ocular refiere el castigo del Knout en los terminos siguientes: «Volviendo al príncipe polaco Jablonoski de la casa de campo del conde Strogonoff, fue asesinado por su cochero. Pudo este escaparse, pero fue seguido, preso en Novogorod y reconducido á Petersbugo, donde se le condenó á cincuenta golpes de Knout, á ser marcado en la cara con un hierro caliente y cortadas las narices, y á pasar el resto de sus dias, si sobrevivía á aquel suplicio, en la Siberia. Esto sucedió en el mes de setiembre de 1806 desde cuya época se han suavizado mucho los castigos de esta especie. El 2 de octubre se ejecutó la sentencia de este modo: La guardia de policia de á pie y de á caballo condujo al paciente al sitio de la ejecucion, debiendo advertirse que los rusos emplean siempre cierto aparato en estos actos por frecuentes que sean. El reo llevaba la cabeza descubierta é iba aherrojado con grillos y esposas. Era un hombre muy poblado de barba, vestido con un largo frac azul ordinario, y pantalon rayado. Detras de él iban dos verdugos con sus Knouts bajo el brazo. Cuando llegó á un tablado erigido al efecto, de donde fue preciso echar al populacho que le habia invadido, se dió principio con una breve oracion: despues se desnudó á aquel infeliz hasta la cintura, y se le echó sobre una tabla atándole á ella por el pescuezo

y las manos. El primer verdugo empezó tomando la distancia proporcionada y levantándose en puntillas para aplicarle mejor los golpes, y á cada uno de ellos limpiaba la sangre de que salía lleno el instrumento, y dejaba pasar unos cuantos segundos antes de repetir otro. Al sexto golpe le substituyó el otro ejecutor, mudando de correa para volver á empezar. El paciente dió al primer azote un grito penetrante; al sexto un ligero movimiento de sus dedos; manifestaba que aun vivía, pero todo lo demás de su cuerpo tenía la apariencia de haber muerto. No pudo recibir mas de los cincuenta correazos: los ejecutores le desataron y sostuvieron de pie, sujetándole el uno de ellos la cabeza que vacilaba, mientras el otro tomó el instrumento que aplicado á la piel marca las letras V. O. R. (ladron) y se compone de punzones de hierro muy unidos y fijos en una pieza de madera con su mango. El paciente sufrió su aplicacion en la frente y en ambas mejillas. Por último el verdugo le arrancó las dos ternillas de la nariz con unas tenacillas del grueso de las que usan para cojer el azúcar. Los tormentos de aquel desdichado acabaron por entonces y le volvieron á la cárcel en un carro.

NAPOLEON Y EL VERDUGO.

Hallábame en la iglesia de la Magdalena, cuyo destino se acababa de cambiar en virtud de un decreto. Se empezaba á desembarazar de escombros el terreno, y como no son tantas mis facultades que pueda mantener caballos sin que trabajen, había alquilado los mios á un carretero empleado en el desescombro, y me habian venido á decir que los trataba mal. Deseoso pues de certificarme por mí mismo, y sin que él me viese, me coloqué detras de una columna entre las ruinas del edificio, en donde una lectura, que solo interrumpia para mirar de cuando en cuando hacía el sitio en que los jornaleros trabajaban, me proporcionaba una ilusion encantadora. Estaba arrobado con un capítulo de *Las noches romanas*, y se me había ya olvidado el objeto de mi estancia en aquel punto, cuando me sacó de mi enagenamiento un ruido de gente de á caballo que se detuvieron á la entrada de la cerca de tablas. Pronto vi que se dirigian apriesa hacia mí tres personas, conversando entre ellas.

—¿En donde está el obrador? dijo el mas pequeño y peor vestido de los tres: se me ha hablado dé escombros y de canteras enteras que se han traido aquí.

—No ois las sierras?

—Una, dos, tres, cuatro... ¿en qué diablos piensan los empresarios? Por cierto que como es una música tan deliciosa para los oidos del pueblo de Paris!

Durante esta conversacion los interlocutores se adelantaban, y yo estimulado de una natural curiosidad los seguí paralelamente, adelantándome con precaucion hacia el macizo de granito que sostiene los salientes de la columnata cuadrangular. Reparad, dijo el hombre pequeño, metiéndose hasta las cejas su sombrero de anchas alas al pasar cerca de un pedruzco que se esforzaban los trabajadores por colocar sobre rodillos; estas buenas gentes no saben lo que se hacen: apuesto á que no hay ningun artillero entre ellos. Por vida, es preciso que yo les de una leccion.—Podeis haceros daño, le dijo el mas jóven de los que iban con él.—No os de cuidado: todavia me acuerdo de esta clase de operaciones.—No permitiremos que os espongaís de ese modo.—Y qué! ¿no es el que se trata de erigir el templo de la Gloria? Pues bien, todo el mundo debe contribuir á la obra.

En aquel instante siento que me sacuden en el hombro, me vuelvo y veo el rostro de un hombre grueso y con bigotes, que se me acerca saltándome al pescuezo, y poniéndome al pecho un puñal damasquino, y todo esto sin que aquel descenocido, cuyo acento era extranje-

ro, dejase de vomitar contra mí horribles imprecaciones llamándome entre otras cosas, asesino. — «Ven, sígueme, decia, que cortar tu cabeza si sultan quiere.» Diciendo esto me llevaba tras sí, y como estaba armado de pies á cabeza, no pensaba yo en resistirle. — Malvado, continuaba él, tu matar sultan justo, matar tu amo mio; tu perecer.»

Confieso que estaba yo aterrorizado, y creo que lo hubiera estado cualquiera; pero ¿qué había yo hecho? Nada tenía que reconvenirme; mas en mi deplorable profesion, no hay espíritu tan fuerte que esté exento de repentinos terrores, ¿era acaso aquella una vision, alguna sombra fúnebre, ó manes irritados? La cercanía de la proximidad del Cementerio de la monarquía que había acabado me helaba de espanto: había luz todavia; pero era aquel lance tan imprevisto y tan extraordinaria mi situación, que me cegaba el entendimiento como por una fatalidad incomprendible; no temia la muerte, ni podia ocurrírseme en la idea de una venganza de nadie; pero bajo las garras de aquel demonio que no me soltaba, temblaba de ser llevado á la presencia de Dios sin preparacion, y me sumergia en un océano de pensamientos espiatorios que se me agolpaba. En medio de aquellas agonías en que perdía el juicio, hubo un movimiento general que me volvió en mí mismo, y los gritos de *viva el emperador* que resonaban en todas partes me lo esplicaron todo. Yo estaba de pie en el suelo sin poder comprender cómo había bajado de la plata-forma, y me ví frente á frente del hombre pequeño sin saber cómo y cuando menos lo pensaba. La sonrisa que noté en él me pareció de buen agüero, y sus ojos chispeaban de alegría.

—«Me aturdí, gritaba á los que le rodeaban: basta, basta repito; os daré cien napoleones y un refresco.» Se redoblaron entonces las aclamaciones. Nadie todavia paraba la atencion en mí, sin embargo de ser en aquella sazon un preso de importancia: se había juzgado que mi presencia en medio de aquellos escombros ocultaba probablemente algun designio, alguna conjuración criminal, y se me llevó á presencia del emperador. A mi vista se conmovió como un caballo espantadizo, y su frente se oscureció, al paso que yo estaba sereno, y habiendo vuelto á recobrar mi sangre fria, estoy seguro de que en mi semblante se retrataba toda la tranquilidad de mi conciencia. — ¿«Quién es ese hombre? dijo mientras yo estaba á bastante distancia de él; sin duda algun chuan, algun seid enviado por Inglaterra; Rustan, vela sobre tu preso. — «Oh! no se me escapará: mueves, yo corto cabeza» y hecha tal notificación sacó Rustan de debajo de su gran capa un sable de mameluco que blandió con aire de triunfo. Los oficiales que acompañaban al emperador se dieron priesa á registrarme, siendo uno de ellos el príncipe Alejandro Berthier y el gran mariscal de palacio: nada hallaron en mí que pudiese dar la menor sospecha, y registraron, hojearon y revolvieron el tomito de las *Noches romanas*, por si encontraban en él algun papel ó apunte que les sirviese de indicio. Previendo yo que iba á sufrir un interrogatorio en toda regla, había querido explicarme repetidas veces; pero no bien desplegaba los labios cuando el mameluco me los cerraba con un *calla*, ó mi corto cabeza.

Me habian casi desnudado, y convencido el emperador de que no era yo temible en semejante estado, se acercó unos cuatro pasos. — Tu nombre, dijo con toda la sangre fria del poderoso. — Sanson. — Frunció las cejas y se levantó de hombros, dando á entender que mi nombre le causaba una estraña impresion. — ¿Qué haciais en el momento que yo he llegado? — Leía.

Su frente se desanubló algun tanto: ¿quién eres? continuó. — Soy el ejecutor de las sentencias criminales. —

A estas palabras que mas bien dejé escapar que pronuncié, el mayor general como penetrado de una repentina repugnancia, tiró el libro de que se había apoderado, y el gran mariscal de palacio que estaba á mi lado retrodió como horrorizado. No se lo que entonces pensaría

el mameluco, pero conocí que no le animaban ya ideas hostiles contra mí: le vi sonreírse con benevolencia, y contemplarme con toda la admiración de un asiático.

S. M. I. experimentaba una agitación convulsiva que en vano se esforzaba en disimular. — «He tocado, decía á media voz, á los apesados de Jaffa!» — Debo decir sin vanidad que en medio de aquella escena tan humillante para mí, no desagradó á S. M. mi presencia. — «Este anciano tiene una fisonomía que anuncia un carácter bondadoso. Con todo, Duroc, me parece que te ha dado miedo. Déjale ir en paz, añadió dirigiéndose á mi vigilante custodio. Despues como volviendo en sí mismo. — Oye, Sanson: desde cuándo ejerces tus funciones? — Desde el año de 1778. — Con que eres tú el que en el de mil setecientos noventa y tres... No acabó la frase pero me indicó con un movimiento de cabeza el sitio en que estuvo el antiguo cementerio. Yo me cubrí la cara y tomé mi pañuelo para enjugarme las lágrimas. — Ah! eres tú, continuó; y si llegase á haber una nueva Convencion! si se atreviesen!... — Señor, respondí, haciendo una profunda reverencia, yo ejecuté á Luis XVI.

Al enderezarme advertí en S. M. síntomas de terror; sus ojos estaban inmóviles, y temblaban sus labios como los de un paciente en su última hora. El emperador estaba petrificado. — «¡Nos guillotinará á todos!» exclamó el príncipe Neufchatel. — «Vamos de aquí,» dijo Napoleon, saliendo de su enagenamiento; y desaparecieron.

ROMANCE

poco conocido

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA,

A las niñas de Alcorcon
les cantaba Paracuellos,
mientras se juntan al valle,
deja el olmo estos versos.

Fuérme yo por la puente
que lo es sin encantamento,
en diciembre, de Madrid,
y en agosto, de Rio-seco.
La que haciéndose ojos toda
por ver su amante pigmeo,
se queja de él, porque ingrato,
le da con arena en ellos.
La que la vez que se asoma
á mirar su rostro bello,
es á fuer de dama pobre,
en solo un cascó de espejo.
La pretina de jubon
que estando de ojete lleno,
cualquier pícaro no trae mas,
que una cinta en los greguescos.
Por esta puente de anillo
pasé un disanto en efecto,
aunque pudiera á pie enjato
vadear su mar bermejo.
Reíme de ver su rio,
y sobre los antepechos
de su puente titular
no se si la dije aquesto.

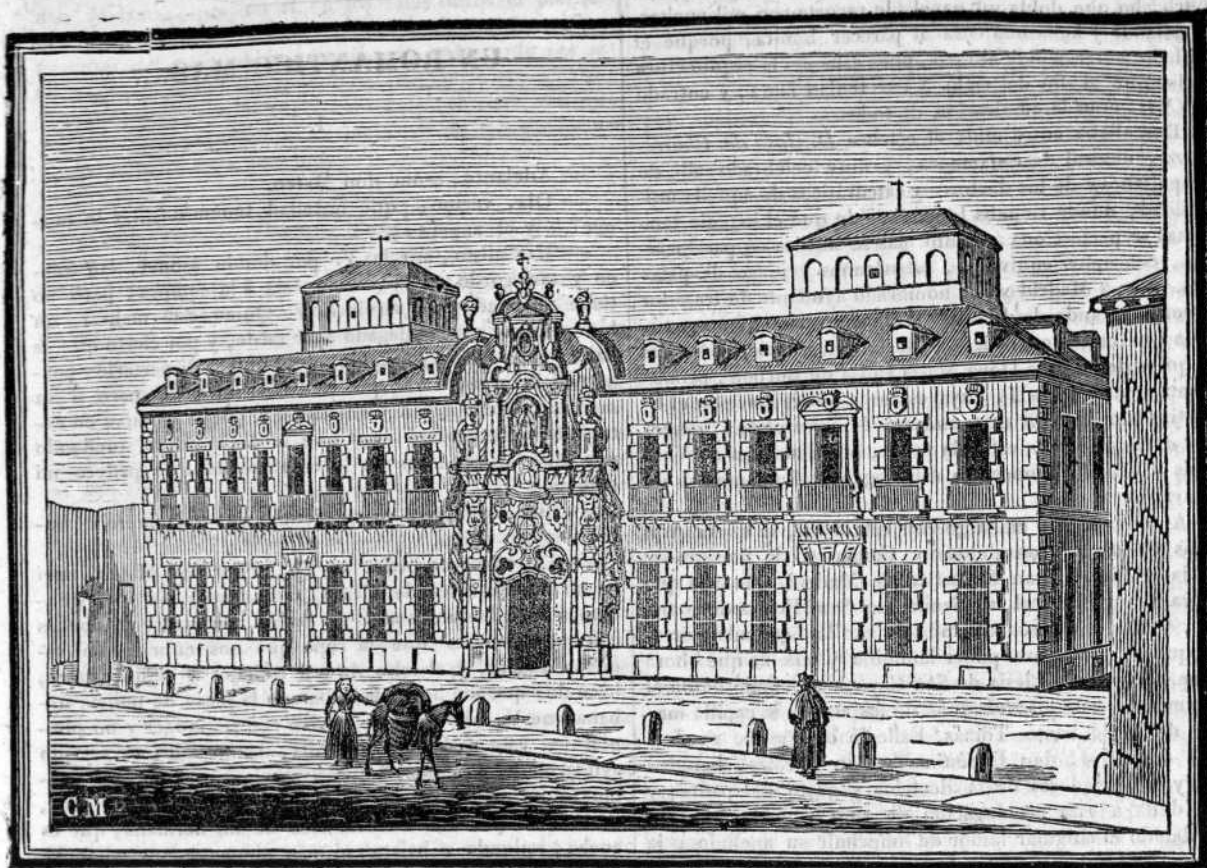
«No os corraís el Manzanares
mas como podeis correrros,
si llegais tan despejado
y de gota andais enfermo?
Segun arenas criais
y estais ya caduco y viejo,
moreis de mal de orina,
como no os remedie el cielo.
Y en fe de aquesta verdad
azadones veraniegos,
abriendo en vos sepulturas
pronostica vuestro entierro.
Postilando vais vuestra agua,
y por esta causa creo,
que con Jarama intentó
Felipe daros contento.

No lo ejecutó, por ser
en daño de tantos pueblos,
mas como os vió tan quebrado
de piedra os puso el braguero.
Título de venerable
niereceis aunque pequeño,
pues no es bien viendos tan calvo
que os perdamos el respeto.
Como Alcalá y Salamanca
teneis y no sois colegio,
vacaciones en verano
y curso solo en invierno.
Mas como estudiante flojo,
por andaros en flores,
del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos.
Pero dejando las burlas
hablemos un rato en seso,
sino es ya que os tienen loco
sequedades del cerebro.
¿Como, decid, Manzanares
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta corte
y en palacio lisongero?

Un siglo y mas ha que andais
hipócrita y macilento,
saliendo al paso á los Reyes,
que tienen gusto de veros.
Alegar podeis servicios,
diganlo los que habeis hecho
en esa Casa de Campo,
sus laberintos y enredos.
Su Troya burlesca os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su arteifice envidie
los del Tajo y su Juanelo.

En azafates de mayo
presentais á vuestro dueño,
flores pancayas que en frutas
convierte despues el tiempo.
¿Qué es la causa pues, mi rio,
que tantos años sirviendo,
no os den siquiera un estado,
que os pague en agua alimentos?
Felipe os quiso hacer grande
despues de haberos enbierto,
delante de él con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.
Pedidle al Cuarto mercedes
que otros han servido menos,
y gozan ya mas estados
que cuatro pozos manchegos.
No soy, direis, ambicioso,
mas á fe aunque os lo confieso,
que andais siempre murmurando,
por mas que os llamen risueño.
Animo cobarde rio,
quebrantad vuestro destierro,
y pues rondais á Palacio,
entraos una noche dentro.
Fuentes teneis que imitar
que han ganado con sus cuerpos,
como damas cortesanas
sitios en Madrid soberbios.
Adornadas de oro y piedras
visitan plazas y templos,
y ya son dos escribanas
que aqui hasta el agua anda en pleitos.
No se yo porque se entonan,
que no ha mucho que se vieron,
por las calles de Madrid,
á la vergüenza en jumentos.»

Mas dijera, á no llegar
con dos cargas de pucheros
Bertol, y así por los propios
dejó cuidados agenos.



ARQUITECTURA CHURRIGUERESCA.

Baño este nombre es conocido en nuestra España aquel desgraciado período de la historia del arte en que abandonado el buen gusto y las reglas eternas de la razón, cedieron su puesto á un extravío fantástico y delirante que no reconocía mas límites que los que puede alcanzar el capricho de imaginaciones débiles ó enfermas; período que con mas ó menos estension tuvieron que sufrir hácia fines del siglo XVII todas las naciones de Europa, y que dominó principalmente en Italia, autorizado por el desgraciadamente célebre arquitecto *Francisco Borronini*. El ejemplo de este y las lecciones adquiridas en su escuela por don Sebastian de Herrera Barnuevo y don Jose Jimenez Donoso, determinaron á estos á importar en nuestra España aquella manera tortuosa y aquel flujo de ornatos tan distantes de la simplicidad, que es la base de la belleza. De aquí nació la delirante secta *Borroninesca* que difundida inmediatamente en España, logró aun mayor séquito que en el país donde tuvo su origen.

«En esta edad de corrupción (dice Jovellanos), abandonados otra vez los principios del arte de edificar, volvió á adoptar el capricho de los arquitectos todas las extravagancias que habia inventado el de los escultores y pintores. Aquellos convertidos en tallistas para servir en los templos á una superstición tan vana y tan ignorante como ellos, alteraron todos los módulos, trastocaron todos los miembros, desfiguraron todos los tipos del ornato arquitectónico, y produjeron una muchedumbre de nuevas formas si muy distantes de la sencillez y magestad

de las antiguas, mucho mas todavía de la decencia y del buen gusto..... Viendo aplaudir desde la corte hasta la mas humilde aldea, los monstruos que engendraba el mal gusto y que abortaba la ignorancia, ¿quién podía separarlos de una senda que conducía tan seguramente á la riqueza y al aplauso? Cedieron por fin al ejemplo, y trasladaron á los pórticos, frontispicios y fachadas las extravagancias de los retablos y escenas. Desde entonces los templos, las casas, las fuentes, los edificios públicos y privados, todo se cubrió de torpes garrambinas y groseros follages, monumentos ridículos que testifican todavía la barbarie de quien los hacia y el mal gusto de quien los pagaba.»

Obra de Herrera Barnuevo fue la continuación de la capilla en que estuvo el cuerpo de San Isidro en la parroquia de San Andres de esta corte, la cual aunque dirigida por el mal gusto ya citado, reúne circunstancias que merece que nos ocupemos de ella en otro artículo. Donoso, que dirigió el claustro del colegio de Santo Tomás, la fachada de la panadería desde el piso del cuarto principal, la portada de los pies de la iglesia de Santa Cruz, la de San Luis y otras varias, contribuyó aun mas al estendimiento de aquella escuela, que adoptada por fin con furor por todos los arquitectos del reino, y singularmente por los famosos gerigoncistas salmanticenses, llegó á tan alto grado de depravación en los principios del siglo XVIII, que parecia ya imposible pasar adelante en el desarreglo y licencias de la fantasía. Lo peor fue que

á los nuevos heresiarcas vinieron á las manos obras que para rubor nuestro se hacen notables unas por su magnitud, otras por su situacion, y otras por la riqueza de sus materiales. «Figúrese (dice el señor Llaguno), un muchacho que dobla un papel, le recorta con mil vueltas, le estiene y halla una cosa al parecer bonita, porque el un lado corresponde al otro, pues esta es la arquitectura de los que al fin del siglo XVII tenían fama, y entrado el XVIII eran la admiracion de todos.»

Descollaba entre ellos el célebre *D. José de Churriguera*, natural de Salamanca, y muy celebrado allí de sus paisanos y de los doctores y catedráticos de aquella universidad, donde reinaba la máxima de que el ingenio tanto mas se perfecciona, cuanto mas se sutaliza en paralogismos, conceptos equívocos, retruécanos y juego de palabras. Vino á Madrid y fue nombrado ayudante de trazador mayor, llamando desde luego la atención por el famoso título que erigió en la iglesia de la Encarnacion para las exequias de la reina Doña María Luisa de Borbon, primera muger de Carlos II, cuya estampa puede verse en el libro titulado *Noticias historiales de la enfermedad, muerte y exequias* de la referida reina, por don Juan de Vera Tasis: y da á conocer la estravagancia fundamental de Churriguera.

Acreditado sin embargo con esta traza, le encargaron obras de mayor consideracion. Construyó la portada (1) de la iglesia de San Sebastian de Madrid, y la casa que ahora ocupa la real academia de San Fernando, antes aduana y estanco de tabaco, con la horrenda portada que se picó para poner la noble y sencilla que ahora tiene. Empezó la iglesia de San Cayetano y siguió desde el basamento hasta los arranques de los arcos, la capilla mayor de la de Santo Tomás. Falleció el año de 1725 y dejó dos hijos, don Gerónimo y don Nicolás, herederos y propagadores de la doctrina y gusto del padre; y sin duda á esta prolongacion de su existencia artística, ha debido el singular honor de imprimir su apellido á la dicha escuela; aunque si hubiera de concederse al último grado de la estravagancia y á la multitud é importancia de las obras construidas bajo estos principios, ninguno podría disputar tal preferencia á don Pedro Ribera, maestro mayor de Madrid, y autor de las portadas del Hospicio, cuartel de Guardias de Corps, Seminario de Nobles, teatro de la Cruz, fuentes de Anton Martin, Puerta del Sol, calle de San Juan, antigua de la Red de San Luis, y otras muchas obras en que supo sobrepujar en estravagancia al mismo Churriguera.

Estas fueron las últimas boqueadas de aquel espirante estilo, que pudo decirse que concluyó con Ribera. La venida á Madrid de los arquitectos Jubarra, Sachetti y otros que acreditaron su buen gusto con la obra del Palacio Real y otras muchas importantes, dió principio á la restauracion del arte, y desarrolló los eminentes genios de don Ventura Rodríguez, don Juan de Villanueva, don Francisco Sabatini y otros muchos que hasta nuestros dias han procurado seguir la acertada senda de la razon y del buen gusto, apartándose de los estravios que quedan indicados.

Sin embargo, como documentos históricos del arte, somos de opinion de que deben conservarse en pie las obras de aquellos corruptores, que aun han resistido al transcurso del tiempo y á la restauracion del arte, á fin de que los jóvenes teniéndolas á la vista, aprendan á evitar aquellos errores, viendo prácticamente á donde conduce el delirio de la imaginacion cuando no va dirigida por el estudio y por la filosofía; y esta razon tambien nos ha guiado á escribir el presente artículo, acompañándole con las vistas de las dos obras mas estravagantes en este

género; la portada del Hospicio, y la fuente de la plaza de Anton Martin.

UN ROMANTICO MAS....

I.

— Adelante, señor don Mateo.

— Oja, vecino, ¿qué novedad tenemos?... y la mujer?... y el angelito?

— Mi Calisto, mírele V. por donde asoma, tan fresco y tan gordo: y la Plácida está á la compra, pero no tiene novedad para servir á V. Quien está malo es un huésped que nos ha llegado ayer tarde, y por cierto que se halla á estas fechas roncando, y no quiero dispartarle, porque es la primera vez que ronca en mi casa: pero si su merced no tiene grandes quehaceres, puede sentarse en esta silla, y le contaré cosas que le darán gusto, quedando por ellas al corriente de la enfermedad que padece mi cuñado.

— Bien, hombre; ya me siento, que todavía no es hora de hacer visitas.

— Las cosas con orden — Yo, señor don Mateo, nací en un pueblo cerca de Alcalá, y otra hermana y yo quedamos hace bastantes años sin padre, sin madre, y apenas con mas haberes que la ropa que nos cubria. Yo vine á Madrid, y al cabo de mil trabajos y algunos años, hace dos que me honró la Villa con la plaza de policía urbana que V. sabe: caséme, y vivo con mi muger y mi pimpollo en este cacho de guardilla, como Dios es servido ayudarme. Mi hemana entró á servir en el mismo pueblo á un mayorazgo, que tenia un solo hijo; y este, muerto su padre, se enamoró de mi hermana, que es ancha, redonda y bajeta, ni mas ni menos que como V. me ve á mí. Casáronse y supelo yo con no poco contento, porque el tal mayorazgo es hombre hacendado: tiene prados, tierras, casas y hasta viñas; su trabajo no es otro que comer, beber, pasear y dormir: y en fin, no hay mas que decir, sino que todos en el pueblo le llaman don Pánfilo; y el don no le conceden mas que á él y al cura. Sabe ademas escribir, y es sobre todo un gran lector. Desde que se casó no ha cesado de decirme por cuantos vienen del pueblo, que le compre libros, los cuales me ha vendido hasta ahora ese librero de la esquina, que dice los tiene muy buenos para leer, y se los he enviado á mi cuñado; moneda corriente por supuesto y ademas un tanto por tanto de gratificacion, aunque esto lo he quedado á su voluntad. No ha muchos dias que pasando por el puesto del librero, le pregunté si tenia buenos libros; y respondiome que tenia de los mas famosos y escelentes libros que se habian hecho en todo el mundo; y diciendo y haciendo me enseñó una banasta mas que regular llena de ellos. Yo, señor mío, maldito amen si entiendo una jota, ni de libros ni de escribir, ni de leer, ni de nada; pero lo que puedo asegurar en honor de la verdad y de los tales libros es, que tenian muy buena cara: su forro era de papel amarillo, limpio y pintorreteado por las orillas: todos iguales y tan nuevos, nuevos, que parecian acababan de nacer en aquel momento. Dije al librero, que si los vendia por libras le compraria un par de ellas; pero me contestó, que no los daba sino por docenas, y que uno por uno valian á seis cuartos. Jamas me pareció haber visto cosa mas barata. Tomé media docena de los mas gordos, y contentísimo con tan ventajosa compra, los envié á mi hermano enteritos sin faltarles ni un dedo de papel, esperando recibir un triple de gratificacion por su baratura; pero en vez de esto me manda á decir muy enfadada mi hermana, que sin falta ninguna me ponga en camino

(1) Esta portada fué destruida hace algunos años como un oprobio del arte, pero por desgracia se la sustituyó por otra que acaso no le va en zaga.

ra el pueblo, porque su Pánfilo andaba malo, y según la opinión de las gentes, yo le había metido los diablos en los libros amarillos. Juro, señor cirujano, á fe de Tadeo Melamas, que no ví en los tales libros el mas pequeño diablo ni señal alguna. Pero como ha de ser!.... *la culpa del amo échase á la albarda*, arde verde por seco y pagan justos por pecadores. Lo cierto es, que me ví precisado á pedir licencia á mi jefe, el cual, sin que por ello me descontara ni un maravedí de mis ganancias, me la concedió para tres días.

II.

Seguí contando el señor Tadeo Melamas, que mediante la licencia de su jefe al otro día de concedida se plantó de una tirada en su pueblo, y muy lejos de ser recibido y acatado cual debía esperarse, después de cinco años que no veía á su hermana, esta le saludó con tales motes y en ademán tan irregular, que el desconsolado viajero estuvo para dar media vuelta y doblar su camino: pero se detuvo, y disculpado de los injustos pecados que le achacaban, hizo que su hermana hablase en razón. Después de varias preguntas y contestaciones que no nos importan, vinieron al asunto principal; y la triste lugareña empezó por contar punto por punto las varias escenas á que habían dado lugar los libros amarillos. Y dijo que al otro día de recibidos, comenzó D. Pánfilo su lectura que no le fue interrumpida hasta las doce del día, hora en que el maestro soltaba sus discípulos; y tan embelesado estaba el tal D. Pánfilo en su leyenda, que no hizo reparo en que un hijo suyo entraba á besarle la mano como lo tenía de costumbre: el desconocido padre levantó de repente la diestra, que le había tomado su hijo para besársela, y clavó todas sus uñas en la cabeza del muchacho, que extrañando tan inmoderados cariños, se vió en el aprieto de dar tan fuertes gritos como lo permitía su garganta; á los cuales acudió compasiva su madre, pero ya en tiempo que no la necesitaba: es de saber que el extasiado leyente no apartaba al hacer todo esto la vista de su libro. La mujer le vió de tan espantable catadura, que llena de miedo se salió con su hijo del cuarto, el cual cerró como por máquina D. Pánfilo con buena llave, y prosiguió su lectura.

Llega la hora de comer, y el Periquillo (así se llamaba el hijo), fue por orden de su madre á decir á Don Pánfilo que estaba sazónada la comida, y que era ya hora de sentarse á la mesa: pero el chico se desgañó llamando á su padre, sin que este se dignase contestarle. Paseábase ya con mas velocidad, ya con mas lentitud, daba tremendas patadas, se paraba, levantaba el brazo en ademán amenazador, y doblaba la rodilla como suplicando; volvía los ojos, arqueaba las cejas, se sonreía etc. Todo al parecer, según los movimientos interiores á que daba lugar la leyenda: también apretaba los dientes y se le oyeran tres ó cuatro espantosos mugidos. Ni porque la mujer le llamase Pánfilo mío, Pánfilo de mi alma, ni porque su niña llorase, ni porque el hijo tocase seguidillas con los platos y las cucharas... nada!.... de modo que toda la familia se sentó á comer en la persuasión de que el amo de la casa estaba enteramente loco ó endiablado. Acabada la comida fue periquillo á asomarse al agujero de la cerradura de la puerta, encontrando á su padre en el mismo estado; y como fuese algo ducho en artimañas muchachiles, pareció haber encontrado un medio seguro de tornar á su padre de aquel letargo. Tomó una delgada y larga vara, que halló á mano, metida por el agujero de la cerradura, hizo su puntería, y tuvo tan acertado tino, que si arroja la vara con un poco mas de fuerza, de cierto queda tuerito á su padre, pero ¡cuán aletargado estaba el buen señor!.... resobó un poco su ojo... y adelante. Su mujer afligida y desesperada de no encontrar remedio, fue á contar todo el caso al señor cura.

Era el señor cura íntimo amigo del D. Pánfilo, de aquellos amigos que llaman con razón *de taza de vino*. Su cuerpo, de tres pies y medio de altura, línea mas ó menos, parecía embutido en un aceitoso leviton, con apuntes de sotana, de color indefinible, y tan largo, que apenas daba lugar á dos burdas zapatillas que cubrían sus abultados pies, principio de dos piernas arqueadas en que cargaba su enorme y redondo vientre: asomaban por encima del cuello del referido levita dos rellenos y encarnados carrillos, en que se zambullían su nariz arremangada y sus ojos alegres; un alzacuello regado de babas y de vino, y un sáculo sombrerón maragato por derecha y de teja por izquierda, completaba el ropaje de aquella pígemea figura. Por lo demás, un santo varón: iba todas ó casi todas las tardes á pasar un rato con el tal amigo; era muy de broma y un tantico picado de gracioso, y con sus chanzoletas y repletas jarras de buen manchego íbase el tiempo, quedando los dos casi siempre achispados, y algunas veces hasta se amodorraban.

Llegó aquella tarde el señor cura un poco antes, y ya desde la calle empezó á dar voces á D. Pánfilo, las cuales tal impresion le hicieron, que se asomó corriendo á la ventana, y tan pronto como vió al cura, abre la puerta, toma un palo, baja corriendo la escalera, y sin mas ceremonia sacude tales garrotazos al inapercibido sacerdote, que dió con él en el suelo: y quiso su buena suerte, que el palo se hizo añicos á pocos golpes, que de otra manera á dos mas y dos dedos mas arriba, según dicen, no volviera á regar sus barbas con el licor de Baco. Algunas caritativas y honradas gentes, que por ventura vieron el suceso, acudieron á librar á su párroco de un tal aprieto; y á poco rato todo el pueblo estaba apiñado en el lugar de la escena. El maestro de escuela con toda su turba de chiquillos rodeó al cura, á quien otras gentes de cristiano celo habían ya levantado, y en procesión y casi en volandas le metieron devotamente en su casa, donde mediante las prontas y oportunas asistencias de su ama, se halló en breve en estado de pensar en el desgraciado acontecimiento.

El alcalde y otras personas de cuenta prendieron á D. Pánfilo, que recobró algún tanto su estado natural cuando advirtió que derecho le metían en la cárcel, por mas que su mujer decía y gritaba que tenía perdido el juicio. Con todo, ella anduvo tan solícita de la casa del cura á la del alcalde, que pudo conseguir que en aquella misma noche saliese su marido de la cárcel, y mediante no sé que promesas quedaron tan amistados como siempre. No por eso se levantó al otro día nuestro D. Pánfilo con menos ganas de leer; y en él y los siguientes se repitieron parecidas escenas; hasta que la mujer pensó mandarle á Madrid, porque allí ni las bendiciones del cura, ni las habilidades de todos los facultativos de la comarca eran poderosos á curarle.

III.

Pues como digo de mi cuento, señor D. Mateo, empenóse mi hermana en que había de traerme á su marido, porque el cirujano del pueblo dice que él no entiende de dislocación de juicios, y el boticario de Alcalá que entre los muchísimos purgantes que conocía antiguos y modernos, habíalos tales que por su virtud bastarían á hacer vomitar todo lo que no fuese diablos. Convino mi cuñado de muy buena voluntad en la venida á Madrid, porque tenía muchos deseos de ver la corte. Ayer llegamos sobre un mulo suyo muy bueno, sin novedad particular en todo el camino. Entramos en Madrid, y mi cuñado parecía embelesado en tales y tantas cosas como se ven; hasta que llegamos al puesto del maldito librero, que al verme empezó á gritar: «eh, eh, caballero ¿me compra una docenita de libros? mire, mirelos que nuevos y que lindos!.... baratos libros, baratos!»—Oír mi cuñado pregonar libros, libros, y tirarse del macho á

bajo sin decir allá va, todo fue en un tris, y cuando yo acorde ya volvía él con un atado de papeluchos que metió en las alforjas. —Yo me acosté antes de anocheecer para dispartar á la hora de mi obligacion, y mi cuñado, segun he sabido despues, se entretuvo en hojear los papeles que habia comprado. Levantéme á mi hora, y despues de avisar á V. marché á incorporarme con mis compañeros para comenzar nuestro trabajo. A las once punto menos salimos anoche, y estos dias da la casualidad de tocarnos por estas calles, como V. tal vez habrá notado.

—Si por cierto; antes de anoche tocó aqui en casa, y fue tanto el hedor, que temí haber hecho la última cura.

—Pues oiga: esta mañana, como á las tres, estando trabajando en la calle del frente, un hombre que vimos en la esquina arremete furioso hácia nosotros: este hombre era mi cuñado, y tan de veras arremetió, que estuvo en bien poco el que dos ó tres cayesen de cabeza en el pozo. Uno de mis compañeros le dió cuatro bien sentados lapos con la sogá del cubo, y si yo que conocí al arremetedor no me interpongo, le hubieran puesto á sogazos como un nazareno; bien es que no debieron saberle muy bien los cuatro que recibió, puesto que le hicieron sentarse: por último, entre otro y yo le metimos en casa, y despues en la cama, en donde se halla durmiendo y roncando.

IV.

Habiendo concluido el ilustre trabajador de policía nocturna su relacion, se encaminó con el cirujano al cuarto del enfermo, á quien hallaron durmiendo profundamente, y soñando en tales voces, que pudieron escuchar claramente lo que sigue.

«Al tiempo que el sueño protegido del silencio discurría en pacífico dominio la mitad de la tierra, impelido yo de aquella laudable curiosidad que hace nacer en el filósofo el espectáculo de la naturaleza, cuya contemplacion prefiere á las dulzuras que mas embriagan el resto de los humanos, abandoné mi lecho; y orgulloso de vivir mientras el mundo muere....» —No me acordaba decir á V. señor D. Mateo, dijo á este tiempo el de policía, que, segun me aseguró mi hermana, todas las noches se levantaba á la mejor hora de dormir este mi cuñado, y se marchaba á correr por el campo. —Esto hizo que se perdiesen algunas palabras en que prosiguió el delirante; pero el cirujano impuso silencio al interruptor y volvieron á escuchar.

«...una mirada en derredor... desmoronados castillos, desiguales torreones, cuyas alturas parecen nivelar con las estrellas... Un ceniciento monton de gruesas y espantosas nubes arrastran el suelo, barriendo la menguada claridad de los nocturnos astros: toda la luz de las mas brillantes estrellas se ahogó en su espesura. Eólo escondido yace tambien en el sueño, ó parece gozarse en la noche mas tenebrosa.... ¡romántica noche!!!..... Todo es ya calma, todo es obscuridad, todo silencio!..... El planeta de los hijos de Adán parece descansar para siempre..... en una tumba!!! —Un imperceptible relampago no muy lejano burla la densidad de las tinieblas: me acerco, y á la luz bastante notable ya, veo levantarse un bulto..... parece un hombron arrebujaado en un largo gaban; su enorme cabeza se esconde en un ancho capuz, que le cae sobre los hombros. Recostado en el esquinazo del paredon de un castillo, descansa á la vez en un tremendo lanzon, de cuyo reluciente acero pendia la benéfica linterna, protectora de mi curiosidad: parece una estatua colosal!.....

—Qué....! sería el sereno.

—Calle, vecino, que le va á dispartar.

«Una ruidosa campana rompe el silencio; cuatro veces sonó: otra aun mas triste le contesta con tres. El arropado arrimon endereza su cuerpo, levanta el capuz,

y vomita un estupendo gargajo.... —Una voz ronca, áspera, espantosa, prolongada por algunos minutos, atruena mis inapercibidas orejas, no dejándome entender lo que pronunciara. Otras mil voces repetidas en diferentes direcciones y á diversas distancias, parecen contestar al gigante planton, que vuelve á tomar su primitiva postura.—Yo me turbo!.... ¡qué será esto, cielos!.... alguna horrenda conspiracion!.... casi al mismo tiempo escucho un ruido estrepitoso y continuo, cual si arrastrasen infernales cadenas.... ¡qué horror!!! la tierra entera se estremece, y los gigantes torreones chocando unos con otros se estrellan y desgajan á la fuerza del temblor!....—El espanto se apodera de mí.... se herizan mis cabellos, se doblan mis piernas, vacila mi cabeza, y me precisa á caer contra un paredon.... un sudor frio y casi mortal baña todo mi cuerpo. Cesa el estruendo, y en el mismo punto un ronco y confuso murmullo le sucede. Diviso por medio de una luz un grupo de desiguales bultos.... ¡Qué asombro!!! uno de aquellos bultos se sume en la tierra, veloz y con la misma facilidad que la mas delgada aguja cala por el mas ancho agujero de una criba. Un fétido infernal hedor hiere mis narices, haciéndome conocer que ya sopla algun viento.—La luna asoma la deseada luz, desaparecen las nubes, y distingo los obgetos que me rodean. Veo un ancho y súcio carreton, al que estaba uncido un disforme bruto; y detras de él se mueven unos pocos hombres de malísima traza. Sigue entre ellos el murmullo, y un hediondo cubo, que por intervalos entra y sale en la tierra, es descargado en el carreton. Bien pronto me persuadí que era una tropa de malvados, y sin hacer reparo en el número, los acometí con impetuosa y noble resolucion.

—Ah, ah, ah, ¡qué disparates!—y tal fue la carcajada que se escapó al digno pocero, que á su ruido dispartó el delirante D. Pánfilo.

M. R. de Q.

EL HECHIZO.

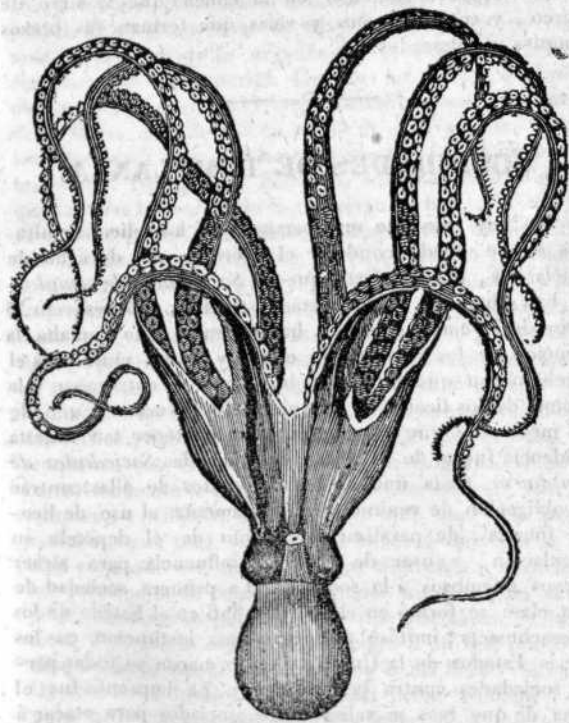
Estaba aun en vigor en casi toda Europa en el siglo XII esta tan absurda como criminal supersticion de que se encuentran vestigios en los siglos paganos. Cuando se queria uno deshacer de su enemigo sin arriesgarse se le hechizaba, lo cual solia verificarse del modo siguiente: se formaba una figura de cera ó de barro procurando que se pareciese en lo posible á la persona á quien se deseaba matar, y se bautizaba á aquella figura llamada *voto*, *deseo* con todas las ceremonias que prescribe la Iglesia con el nombre del enemigo hechizado; se le vestia con otros vestidos iguales á los que aquel usaba, y nada se omitía para la mas perfecta conformidad. Satisfechas estas formalidades, pronunciaban los astrólogos sobre la imagen ciertas fórmulas de conjuro, y veces hubo en que los mismos sacerdotes prestaron su ministerio á tan odiosa supersticion. Cuando se habia cumplido exactamente con todo el ceremonial, se creia que la persona hechizada experimentaba y padecia todos los daños que se hiciesen á su imagen. Si á esta se sacaba un ojo ó se le quebraba una pierna ó se le atravesaba el pecho, se creia que el original se ponía cojo ú tuerto, ó que debia morir prontamente. Con semejante proporcion de saborearse secretamente en la venganza, los que abrigaban odios violentos se entretenían en atormentar á sus enemigos, haciéndoles morir lentamente y con todos los martirios que podían imaginar, y la estatua punzada y hecha pedazos quedaba casi sin figura. Era no obstante preciso conducir con gran circunspeccion y esconder el *voto* de la vista de todos, porque las leyes de aquel tiempo castigaban la intencion de dañar y matar á las personas como si se hu-

biese consumado el crimen, condenando á las llamas á los votos y á los que operaban con ellos.

Lo absurdo de semejante práctica lo manifestaba la misma experiencia, aun prescindiendo de las luces de la razón; pero sin embargo subsistió tanto tiempo, que aun se hechizaba en el reinado de Felipe III, y la creencia en su eficacia no decayó hasta el siglo XVIII. Se usaba de ella para satisfacer á las pasiones particulares y hasta las pasiones políticas, y se construyeron votos contra reyes y príncipes. Henrique III de Francia fue sobre todos á quien se hechizó con mas rábia. Todo celoso partidario de la Liga tenia una efígie de aquel príncipe contra la que no se economizaban las cohilladas. En el delirio de aquel furor religioso llegaron á ponerse hasta en los altares algunos de dichos votos, y se les daba solemnemente de puñaladas durante los oficios divinos. Los hechizadores fanaticos creían en la eficacia del sortilegio, como se había creído casi tres siglos antes bajo Luis Hutin cuando en la causa de Enguerrand de Marigny se citaron acusaciones de hechizo.

« Los votos, (de que se acusaba á la mujer y á la hermana de Enguerrand) estaban hechos de tal suerte, dicen las crónicas de aquel tiempo, que si hubiesen durado mas, dichos reyes, y condes se hubieran ido enflaqueciendo y gastando día por día hasta secarse y morir de mala muerte »

Ultimamente bien sabida es entre nosotros la larga historia de los hechizos del último monarca de la dinastía Austriaca don Carlos II, historia que á fines del siglo XVII por espacio de muchos años, dió tanto que llorar á la España y que reír á la Europa.



EL PULPO.

El nombre de pulpo, dado por Aristóteles, Plinio y todos los antiguos naturalistas oportunamente á los mo-

lucos gruesos, cuya cabeza está provista de diferentes largos tentatorios que les sirven de pies ó brazos hasta cierto punto, le aplicaron con mucha impropiedad los naturalistas del último siglo á las hidras de agua dulce que le han conservado; de modo que cuando la subdivisión metódica de los animales ha hecho nuevos progresos se ha tenido que dar otro nombre á los pólipos de Aristóteles, llamándolos *octopus* por el número de sus pies ó brazos (apéndices tentatorios) que son ocho. Actualmente pues se entiende por el nombre de pulpo un género del orden de los cefalópodos de Mr. Cuvier, cuyos caracteres son de cuerpo mas ó meno globuloso, sin espansion natatoria de capa, ni cuerpo alguno protector dorsal, cabeza muy gruesa, provista al derredor de la boca de cuatro pares de apéndices tentatorios muy considerables guarnecidos de una ó dos hileras de vasillos ventosos.

La figura del pulpo es muy singular. Se puede distinguir en él un cuerpo ó masa abdominal y una cabeza, separados entre si por una comprension muy marcada. La masa abdominal es generalmente pequeña en comparacion de la cabeza; la capa ó piel que le rodea forma, como en todos los animales de este orden, una especie de bolsa ó saco solo abierto en la mitad inferior de su parte anterior; pero este saco mas ó menos tuberculoso, y constantemente suave y flexible y que no sostiene ninguna pieza sólida, no presenta pliegue alguno que pueda aumentar su dimension y hacer oficio de aleta ó nadadera. Dos grandes ojos salidos y sin párpados indican la gran fuerza visual del pulpo y completan la estraña figura de una cabeza que recuerda la de Medusa, herizada de horrendas sierpes. Entre la base de los tentatorios se echa de ver como en el fondo de un embudo un orificio redondo abierto en una especie de labio circular por el que salen las dos quijadas en figura de pico de papagayo.

La organizacion interior y exterior de los pulpos manifiesta que sus sensaciones deben ser casi semejantes á las de los animales del mismo orden, pero sus medios de locomocion son diferentes. No nadan efectivamente los pulpos con la celeridad y gracia de ciertos cefalópodos, como los calamares y las jibias: nadan mas bien remolinando de una manera muy irregular, con la cabeza hácia abajo y remando con sus largos apéndices tentatorios; pero en recompensa pueden caminar ó arrastrarse en un fondo duro del agua, y aun en seco en la orilla en las quebraduras de las peñas. Para esto estienden cuanto pueden uno de sus brazos, le afirman en algun objeto sólido, y con este auxilio arrastran lo restante del cuerpo hácia aquel punto.

Pero lo mas comun en el pulpo es valerse de sus largos brazos para asir su presa y trepar ayudado de los vasillos ventosos que los guarnecen. Ademas de la pequeña adherencia debida á la viscosidad que producen estos órganos, cada pezon obra del mismo modo que una ventosa, fijándose sus estremidades y formando un hueco con la contraccion de fibras longitudinales de su fondo. Como el número de estas ventosas puede llegar á centenares, se concibe desde luego la tenaz adherencia de los pulpos, á un cuerpo, que es á veces tal, que no es posible arrancarlos sino cortándoles los brazos, y aun suelen mantenerse agarrados largo tiempo despues de muertos.

Estos animales son muy carnívoros y viven principalmente en las hendiduras de los peñascos, en donde se ponen en emboscada no sacando de su agujero mas que los brazos, de los que usan para alcanzar, cojer y llevarse su presa. Sin embargo hay ocasiones en que hacen la guerra con mas nobleza, pues Belon vió á un pulpo luchar por mas de una hora con un cangrejo en el puerto de Corfú. Aristóteles dice que este animal cambia de color cuando quiere, tomando el de los objetos que le rodean para cojer mas fácilmente á los peces; lo

que hace, dice, cuando tiene miedo, arrojando al mismo tiempo su tinta.

Esta tinta es en general una sustancia espesa y de un negro muy fuerte que los cefalópodos secretan y reservan en una vejiguilla interior; la arrojan de un golpe para teñir á lo lejos y repentinamente el agua del mar, y en la obscuridad que con esto producen se ocultan y se lanzan contra su presa. Los chinos son los primeros que han sacado partido de este licor para las artes dando con ellas á la tinta de china aquel color azulado fuliginoso, cuya aguada es tan hermosa, y sobre todo aquella suavidad con que se desvanecen insensiblemente con el auxilio de un pincel ejercitado en la degradacion de tintas.

Parece que los pulpos se alimentan principalmente de crustaceos, y que no solo los destruyen, sino que espantan á los que no pueden pillar, obligándolos á abandonar los parages en que vivian, siendo comun la queja de los pescadores por el daño que les ocasionan estos animales voraces. Se alimenta tambien de moluscos de concha, con cuyo motivo habla Plinio de la destreza (que tambien se atribuye á los monos) con que colocan una piedrecilla entre las dos válvulas de las ostras, de que son muy golosos, impidiendo de esta manera el que se cierran para extraer la ostra. Pero á pesar de la autoridad de Plinio puede dudarse de un hecho como el que refiere de la singular propiedad que tienen los brazos del pulpo de reproducir cuando impelido de la hambre se los roe. La habitacion del pulpo se conoce desde luego por los fragmentos de conchas y de peces cuya carne ha devorado.

No se ha observado completamente el modo con que estos animales se aparean; pero parece que una de sus circunstancias es la firme adherencia de ambos individuos, pues en la costa de Tolon se hace una pesca muy particular de pulpos y de jibias atando á la estremidad de un cordel una hembra que se deja marchar y á la que se adhiere el macho sacando de este modo á los dos. Basta repetir esta operacion para pescar á todos los machos de cierto distrito. Los huevos de la hembra forman una sola masa considerable, mucho mayor que la parte del cuerpo de donde sale: infiriéndose de esto que asi como los de otros muchos animales acuáticos que se hinchan extraordinariamente despues de puestos, la hembra los pone comunmente en las quebraduras de las rocas. Aristóteles, que ya habia observado esto, añade que los cobija, es decir, que se pone á veces sobre ellos, y que se mantiene á la entrada del agujero en que los ha puesto colocando sus brazos en disposicion de cubrirlos. Durante todo este tiempo se enflaquece porque no come. Al cabo de cincuenta dias, segun dice el filósofo griego salen del huevo los pulpillitos.

Se ignora á punto fijo cuanto viven estos animales. Los escritores antiguos dicen que es de corta vida; sin embargo se advierte que su vitalidad es muy fuerte, pues resiste á heridas muy graves, y puede atravesárseles repetidas veces sin que mueran.

Se ignora tambien el tamaño á que llegan fijamente. Las relaciones de algunos viajeros y naturalistas aseguran que hay pulpos de desmesurada grandeza, en términos de parecer una isla cuando suven á flor de agua y ser capaces de echar á pique los mayores buques si se agarran de sus jarcias; pero todo esto no es sino una exageracion de lo que dijeron los antiguos de ciertos pulpos de dimension gigantesca; exageracion que ha producido las maravillas que se cuentan del fabuloso Kraken.

Demis de Monford, naturalista á quien una imaginacion desarreglada arrastraba frecuentemente, ha exagerado tambien la inteligencia de los pulpos, refiriendo cosas increíbles de sus hábitos y costumbres, pintándolos capaces de toda la ternura del amor asi como de todos sus furors; arrojados en el combate, valientes y provocadores y tan atrevidos que atacan al hombre mismo cuan-

do este se sumerge en el agua. Aun añade que entrelaza á su enemigo con mil ligaduras de sus largos brazos que le oprime y le ahoga, metiendo despues en el cuerpo de su victima su terrible pico de vulture y devorándola aun viva. Hstos son otros tantos cuentos inadmisibles en una obra seria, á no ser para dar á conocer lo absurdo de ellos. Los pulpos no dejan por eso de ser á veces dañosos, y los individuos grandes de la especie mas comun de ellos, que es la que se representa en el grabado, pueden cojer á los nadadores y ahogarlos. Respecto á lo demas, el modo con que estos animales envuelven y ensortijan á un cuerpo con sus ocho brazos prolongados, flexibles, delgados hacia su estremidad, fuertes y que ciñen como lo harian unas serpientes, y armados de vasillos ventosos con que se adhieren invenciblemente al objeto de que se apoderan, basta para justificar la especie de horror que experimenta el hombre que se siente asi enlazado en medio de las aguas.

En muchos paises se comen ciertas especies de pulpos, y los antiguos los buscaban con empeño, y aun en el dia hacen mucho consumo de ellos los habitantes de las islas griegas y de las costas del Mediterráneo; pero su carne necesita enternecerse mucho y aun apañarse para quitarla su dureza y ser menos indigesta. Esto es lo que hacen los marineros griegos una hora antes de cocer el pulpo.

El pulpo es comun en todas las partes del mundo, y especialmente en los mares de los paises cálidos; pero el pulpo comun existe hasta en los mares de Groelandia, aunque es alli muy raro.

No concuerdan los autores acerca del número y especies del pulpo ni de sus caracteres distintivos. Los antiguos, y sobre todo Aristóteles contaban cuatro especies á lo menos que Lineo ha confundido bajo una sola denominacion, una de las cuales se dice que puede navegar por la superficie del mar en la concha que le sirve de barco, y con los remos y velas que forman sus brazos simples y palmados.

SOCIEDADES DE TEMPLANZA.

No hay cosa que mas persuada de los felices resultados á que puede conducir el ejercicio del derecho de asociacion, que el efecto que las *Sociedades de templanza* han obtenido en los Estados unidos, con respecto al vicio de la embriaguez. Ya hacia tiempo que llamaba la atencion de los hombres de estado y de los moralistas el arrebató con que las clases inferiores se entregaban á la aficion de los licores en la América del Norte; y uno de los medios de que se valieron para contener tan funesta tendencia fue el de organizar las llamadas *Sociedades de templanza*. Cada uno de los individuos de ellas contrae la obligacion de renunciar absolutamente al uso de licores fuertes, de paralizar en cuanto de él dependa su circulacion, y usar de toda su influencia para atraer nuevos miembros á la sociedad. La primera sociedad de esta clase se formó en el año de 1826 en el Estado de los Massachussets; imitóse tan provechosa institucion en los demas Estados de la Union, y se formaron en todas partes sociedades contra la embriaguez. La imprenta fue el arma de que mas se valieron los asociados para atacar á la enemiga á quien se proponian vencer, y el número de obras que dieron á luz, bastará para probar la fuerza siempre progresiva de las asociaciones y el extraordinario desarrollo que fueron tomando aquellas de año en año. En 1826 y 1827 salieron de las prensas de dichas sociedades 48,610 folletos contra los licores fuertes; en 1828, 512,000; en 1829, 860,000; y en 1830 escedió el número de escritos que publicaron de cuatro millo-

nes. Solo el Estado de Nueva York cuenta hoy mas de ochocientas sociedades de templanza; se castiga la embriaguez con cinco dias de carcel ó 400 rs. de multa, y la asamblea legislativa dió una ley que privaba al acreedor del derecho de demandar en justicia á un deudor el pago de una deuda contrahida por una corta cantidad de licores espirituosos. La embriaguez atacada con tanta decision disminuyó con la mayor rapidez, y las sociedades le quitaron hasta sus partidarios mas celosos, cuales eran los jornaleros, marineros y soldados; y la poblacion de 400,000 ebrios de profesion que encerraba la América del Norte, quedó reducida extraordinariamente. Los maestros pudieron suprimir en los obradores la distribucion de licores fuertes que la costumbre habia consagrado en cierto modo; los buques ya no llevaban barricas de aguardiente, ni otros licores de provision sino sacos de café, y los licores fuertes no entraron ya como artículo indispensable en la racion de los soldados. Las averiguaciones estadísticas acerca del número de crímenes y delitos cometidos anualmente en los Estados unidos han manifestado evidentemente la feliz influencia moral de esta gran revolucion, que puede considerarse tambien como el origen de resultados materiales del mayor interés. Como el no haber materias espirituosas á bordo de las embarcaciones minoraba las ocasiones de incendios, y como la sobriedad de los marineros contraidos al uso del café hacia menos temibles los naufragios, las compañías de seguros marítimos han bajado un 5 por 100 en favor de los buques que no llevan licores fuertes á su bordo. El poco favor declarado á las bebidas proscriptas ha dado á los demas ramos de industria casi cuarenta millones de reales, que la poblacion americana pagaba en impuestos á la embriaguez.

Toda Europa fijó su atencion en los resultados conseguidos por las sociedades de templanza. El gobierno inglés y muchos particulares han examinado cual era el estado de la embriaguez en las islas británicas, y este examen ha manifestado lo urgente que es adoptar el mismo remedio que en América. Una de las casas principales de Londres que en 1833 armó un navío para el comercio de la China, no admitió en el rol de su tripulacion sino á los marineros que previamente prestaron juramento de templanza. La Suecia y Noruega, aun mas contaminadas que las islas británicas de la embriaguez, han aplicado para curar á su poblacion el medio descubierto en los Estados unidos; y en Stokolmo se han formado sociedades de templanza presididas por el príncipe real, fundando para la propagacion de sus doctrinas un periódico titulado *el heraldo de la templanza*. Este impulso dado por América no ha operado tan solo en los pueblos civilizados de Europa, sino que ha llegado hasta las naciones salvajes que habitan en las orillas del rio Chat, el extremo meridional del Africa, habiéndose establecido allí una sociedad de templanza con circunstancias muy particulares. Dominaba furiosamente la embriaguez entre los cafres y los hontentotes, y aflijidos de los males que tan fatal pasion causaba en su raza, y noticiosos de los medios que se habian empleado en América para destruirla, resolvieron los principales de entre ellos fundar una sociedad semejante. Convocaron pues en 1832 una asamblea de la nacion, y tomando cada uno la palabra á su vez, refirió las desgracias de que la embriaguez le habia hecho víctima y las acciones culpables que le habia hecho cometer; despues invitaron los oradores á sus hermanos á libertarse de un tirano tan terrible, y á que jurasen solemnemente renunciar al uso del aguardiente. Mas de quinientos individuos entraron inmediatamente en la sociedad, que desde entonces ha progresado asombrosamente, y cuyos esfuerzos han recompensado los resultados mas satisfactorios.

UNA AUDIENCIA DEL BAJA

DE EGIPTO.

Despues de habernos presentado á S. A. se nos sirvió café, pero sin pipas, siendo sir Hudson Lowe uno de los últimos á quienes se ha concedido el honor de tener una en presencia del bajá. El canceller, que estaba cerca de mí me advirtió repetidas veces que no me sentase enteramente en el divan, sino que me pudiese totalmente en el borde, como lo hacian los otros francos «porque cuando sir Hudson Lowe, añadía, vino á visitar á S. A. se sentó de un modo tan respetuoso que apenas tocaba al asiento, como lo notó S. A. despues que hubo salido, añadiendo que no habia visto otro inglés de mayor mérito.» Aquella fue la vez primera que supe que el punto de mérito podia estar en el *hueso sacro*; y como yo pensaba en suplantar al ex-gobernador de Santa Elena en el concepto del musulman me senté como todo inglés de distincion pudiera hacerlo en presencia de un soldado turco. La conversacion rodó al principio sobre el sitio de Bhurtpore, y el bajá preguntó si era cierto que los ingleses habian tomado la plaza y pasado á cuchillo la guarnicion. Mr. Salt, nuestro consul contestó que en efecto habia sido tomada, y que como la guarnicion no quiso capitular, habia muerto mucha gente. El bajá se echó á reir: «En verdad que sois muy hábiles los ingleses, añadió: llevais la guerra á la india, asesinais guarniciones, os conducis como se os antoja con vuestros prisioneros, y nadie habla una palabra contra vosotros ni llama la atencion sobre vuestras espadas teñidas en sangre; pero si mis soldados matan algunos *giaours* en Missolonghi, inmediatamente todos gritan asesinado y todos los cristianos apellidan á mi hijo Ibrahim perro rabioso.» Mr. Salt tuvo la cortesania de decir que nunca habia oído apellidar de aquella manera á Ibrahim, y acotó con mi testimonio, y seguramente que era muy natural que no hubiese yo oído una cosa que el consul de mi nacion no hubiese oído. El bajá sin embargo, no creyó á ninguno de los dos y siguió hablando por mas de una hora de Bhurtpore y de Missolonghi en el mismo sentido.

Reparé yo al lado del bajá una gaceta francesa, que sin duda acababa de traducírsela uno de sus intérpretes, pues no sabe otro idioma mas que el turco, ni aun el árabe, y hace muy poco tiempo que ha aprendido á escribir su nombre. En dicha gaceta debia hablarse del papa, porque habiendo pedido Mr. Salt una audiencia particular al bajá cuando acabábamos nosotros de salir, en vez de atender el bajá al negocio de que le hablaba empezó á hacerle preguntas acerca de S. S. diciéndole: «Con que es cierto que se le besa el dedo pulgar del pie? Si alguna vez fuese yo á Roma ¿se me obligaria tambien á besar el pulgar? Mr. Salt le aseguró que podia ir cuando gustase sin temor de que se le obligase á tal ceremonial: añadiendo que los ingleses tenian tambien su mufti, ó á lo menos un gefe de su iglesia á quien nunca se besaba los pies. «Se muy bien, prosiguió Mehemet-Alí que vosotros no dependeis del mufti de Roma; pero ¿no teneis en alguna parte fuera de Londres una mitad de vuestra nacion que depende de él?—No por cierto, respondió Mr. Salt, y recelo que los francos que estan aquí no engañen á V. A. en lo que le cuentan de Inglaterra.—Pero ¿no teneis, repuso el bajá, algunos de vuestros rayas que son de diferente creencia que la vuestra? ¿no los tratáis como esclavos? ¿no se han revuelto, y los habeis castigado con la espada? El Sultan no se metió en esto: eran sin embargo vuestros rayas y los habeis tratado como quisisteis, y jamás se os ha tomado cuenta de haber pisado á estos perros de *giaour*. Decidme ahora ¿con qué derecho enviáis dinero y armas á nuestros rayas, para que se rebelen contra su señor? ¿por qué pedis al Sultan su emancipacion?» Semejantes preguntas no dejaban de

embarazar á Mr. Salt, que me aseguró que se había visto y deseado para contestar á ellas. En vez de procurar escusar el proceder de la Inglaterra, hubo de estenderse sobre el desinterés de nuestra política y la tolerancia de nuestras leyes. El bajá le había escuchado con mucha calma y gravedad como si creyese cuanto le decia, porque los turcos son muy corteses en una discusion, y prefieren el aparentar que están convencidos, al cansancio de esponer otra vez los motivos porque disienten.

Mehemet-Ali puede tener sesenta y tres á sesenta y cuatro años: es un anciano de buena presencia y de robusta salud, y sus ojos vivos y penetrantes realzan un poco la espresion vulgar de su fisonomía.

(Madden's Travels.)

EL PESCADOR.

La noche tendió su manto;
todo es quietud y silencio,
que entre el sueño y el reposo
mudo quedó el Universo.
La blanca luna brillando
en el alto firmamento,

su lívida faz retrata
en los mares eritréos.
Por ellos, triste y sin guía
navega el mísero Anselmo;
mansas las olas besando
una tras otra su leño.

Céfiro blando, amoroso
mueve sus velas lijero,
su pálida frente halaga,
y le da vida y aliento.
El en tanto suspirando,
la mano puesta en el remo,
el corazon en su amada,
y los ojos en el cielo,
dice en sus tiernas canciones
de su amor y playa lejos:

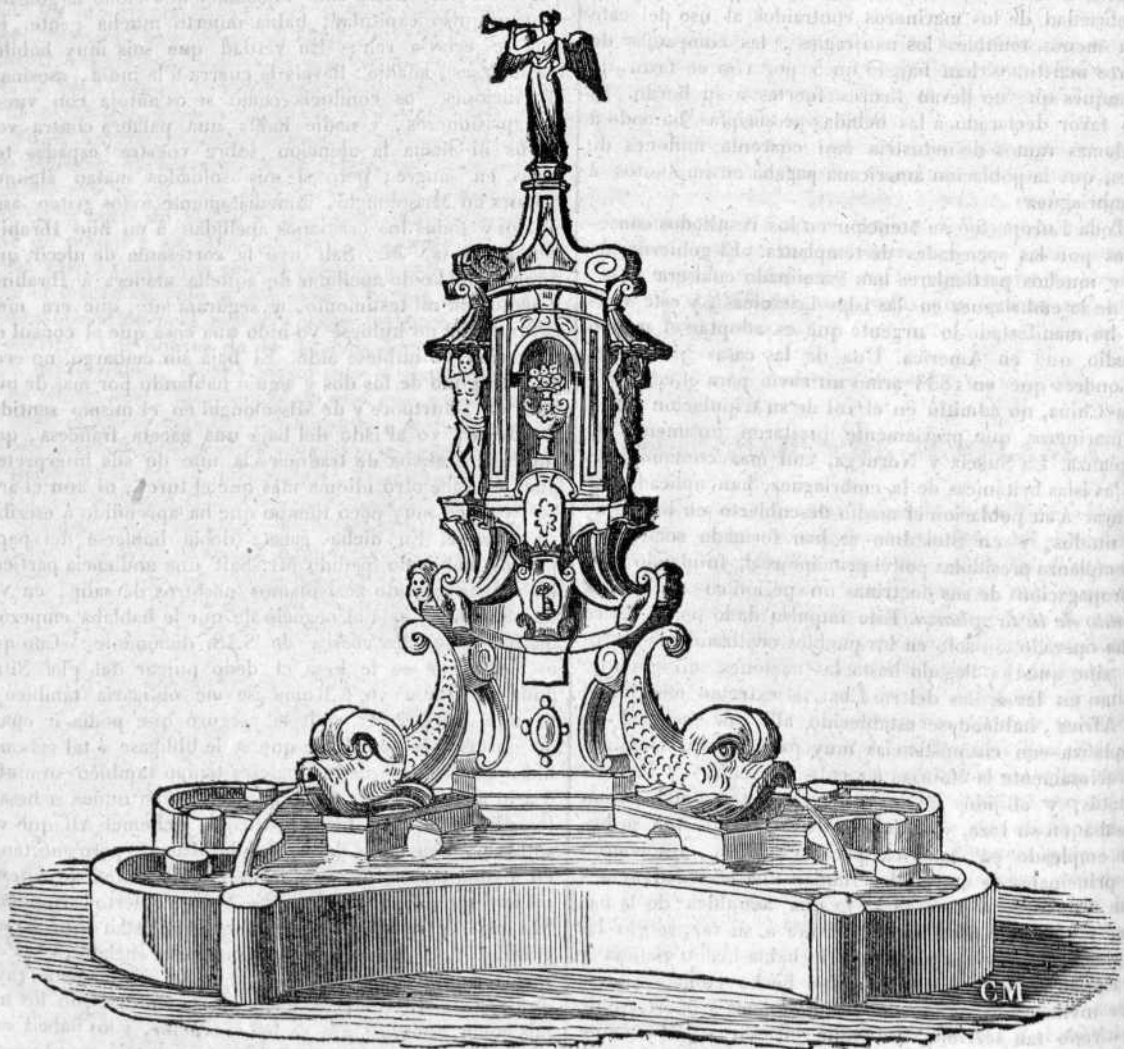
«Mas que mi red á los peces
me tienta el amor ya preso:
Por los ojos de mi Lama
siempre suspiro y padeco:
ojos mas bellos que el dia
y mas que las sombras negros.
Huye, ó noche, presurosa;
colma, dia, mis deseos;
hincha las velas, oh brisa!
y á la playa llegue luego.
Allí veré con la aurora
mi señora, mi embeleso,

seguro faro á mis ansias,
y de mi amor firme puerto.

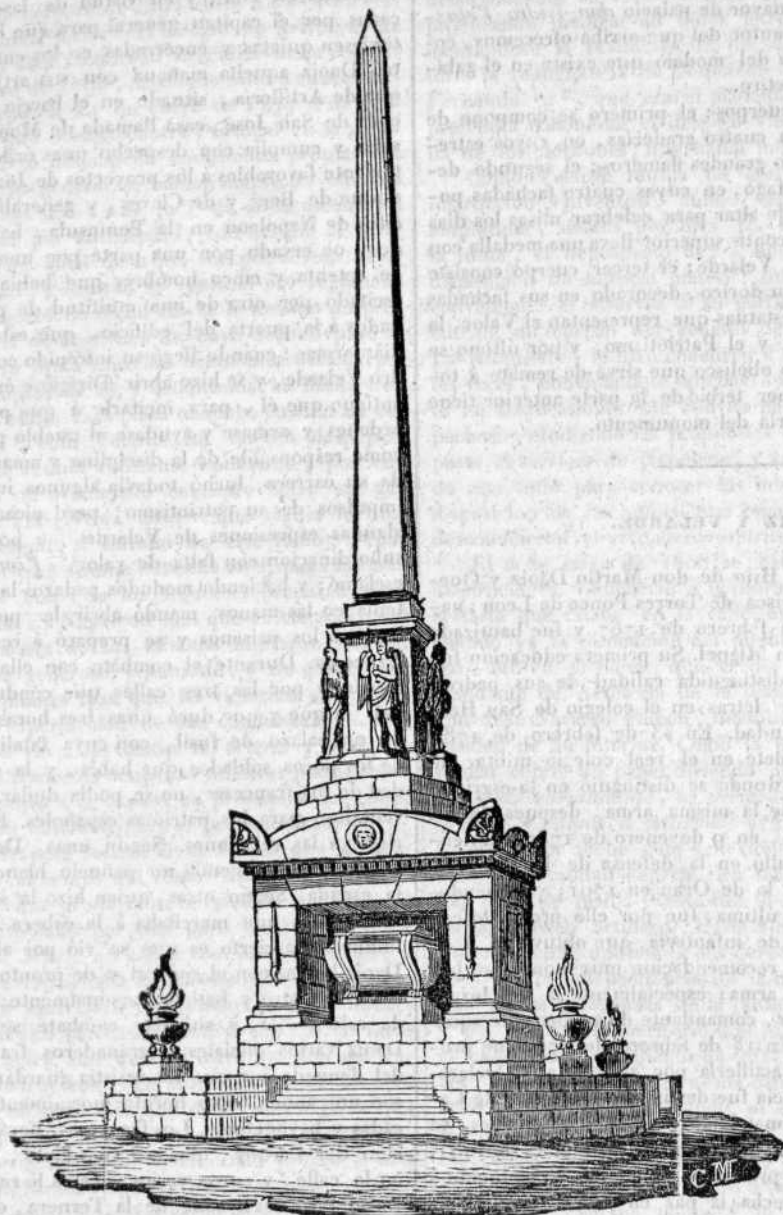
Llega, Laura,
á la ribera;
placentera
abrazame:
Llega, imagen
de consuelo
y este anhelo
estinguiré.
Ven, estrella
de mi vida,
ven, querida
Laura, ven;
Laura mia,
mas hermosa
que la rosa
del Edén.»

Así dijo, y rauda entonces
vuela el esquife al momento;
Amor sin duda lo lleva,
que amor es buen marinero.

Martínez del Romero.



Fuente de la Plazuela de Anton Martin. (Véase el artículo primero.)



EL DOS DE MAYO.

Aproximándose el fúnebre aniversario del memorable día 2 de mayo de 1808, y disponiéndose la corporación municipal de Madrid á celebrarle en los términos prevenidos por las órdenes del gobierno, nos ha parecido conveniente consagrar las primeras páginas de nuestro número de hoy á renovar la memoria de aquel lastimoso acontecimiento; mas como no seamos amigos de las declamaciones vagas y discursos hiperbólicos creemos mas conforme á nuestro objeto el consignar aquí dos hechos positivos relativos al mismo; el primero *la vista y una ligera indicación del monumento fúnebre* proyectado y aprobado para construirse en memoria de las ilustres víctimas sacrificadas en aquel día; y el segundo una *noticia biográfica de los héroes*

Daoiz y Velarde, que hemos tomado de la obra publicada por don Ramon de Salas, bajo el título de *Memorial histórico de la artillería española*, cuyo libro por la especialidad de la materia que trata es poco conocido del público, aunque muy apreciado de los inteligentes en ella.

MONUMENTO DEL PRADO.

En 24 de mayo de 1814 decretaron las Cortes que se levantase una sencilla pirámide en el sitio mismo en que fueron inmolados los patriotas madrileños en el paseo del Prado, á la izquierda de la subida al Retiro, consagrando dicho sitio bajo el nombre de *Campo de la lealtad*.

A su consecuencia el ayuntamiento de Madrid acordó publicar un programa, invitando á los profesores de bellas artes á presentar los diseños ó planes para llevar á efecto la referida idea, y en esta concurrencia obtuvo el primer premio el arquitecto mayor de palacio don *Isidro Velazquez*, que resultó ser autor del que arriba ofrecemos, consagrado para este efecto del modelo que existe en el gabinete topográfico del Retiro.

Consta de cuatro cuerpos: el primero se compone de un zócalo circular con cuatro graderías, en cuyos extremos van colocados ocho grandes flameros; el segundo demuestra un gran sarcófago, en cuyas cuatro fachadas podrán colocarse mesas de altar para celebrar misas los días del aniversario. En el frontis superior lleva una medalla con los bustos de Daoiz y Velarde; el tercer cuerpo consiste en un pedestal de orden dórico, decorado en sus fachadas del neto, con cuatro estatuas que representan el Valor, la Constancia, la Virtud y el Patriotismo, y por último se eleva un proporcionado obelisco que sirve de remate á toda la mole. En el primer tercio de la parte anterior tiene la inscripción dedicatoria del monumento.

DAOIZ Y VELARDE.

DON LUIS DAOIZ. Hijo de don Martin Daoiz y Quesada y de doña Francisca de Torres Ponce de Leon; nació en Sevilla en 10 de febrero de 1767 y fue bautizado en la parroquia de San Miguel. Su primera educacion fue correspondiente á la distinguida calidad de sus padres, estudiando las primeras letras en el colegio de San Hermenegildo de dicha ciudad. En 13 de febrero de 1782 entró de caballero cadete en el real colegio militar de Artillería de Segovia, donde se distinguió en la esgrima, y salió á subteniente de la misma arma, despues de los estudios de reglamento, en 9 de enero de 1787. Sirviendo en esta clase se halló en la defensa de la plaza de Ceuta en 1790, y en la de Oran en 1791; y habiéndose distinguido en esta última, fue por ello premiado con el grado de teniente de infantería, que obtuvo en 5 de octubre de 1791, por recomendacion muy honorífica hecha por los gefes del arma; especialmente la del brigadier don Andres Aznar, comandante de artillería de aquella plaza y ejército. En 18 de febrero de 1792 fue promovido á teniente de artillería por antigüedad. Declarada la guerra con Francia fue destinado al ejército de Cataluña, donde estuvo mandando, ya baterías móviles, ya estables, desde 23 de mayo hasta 25 de noviembre de 1791, en cuyo día fue hecho prisionero de guerra y conducido á Tolosa de Francia. Hecha la paz en 1796 volvió Daoiz á España, y en 10 de junio de 1797 fue destinado y embarcado en la escuadra del Océano que mandaba Mazarredo, encargándosele el mando de la tartana cañonera número 5 que tenia hornillo de bala roja, y con la cual se halló en la defensa del bloqueo de Cádiz y en el glorioso ataque de las lanchas españolas contra el navio inglés el *Poderoso*. En octubre de 1798 se embarcó en el navio *San Ildefonso*, del mando de don José Ugarte y Borja, con destino al servicio de la artillería, y en él permaneció hasta junio de 1802. Durante este tiempo, que era el de la guerra con los ingleses, hizo dos viajes redondos al continente é islas de América, llegando á enterarse del servicio de la marina en términos que alternaba con los oficiales del navio cuando no tenia que servir la artillería; y siendo ademas completa su inteligencia y facilidad en hablar las lenguas francesa, inglesa, italiana y latina, fue escogido varias veces en alta mar para parlamentario con buques extranjeros. Mientras desempeñaba este servicio ascendió á capitán de Artillería por antigüedad en 4 de marzo de 1800. En 1.º de julio de 1802, de resultas de la nueva ordenanza de su ar-

ma, fue declarado capitán primero del tercer regimiento. En 2 de mayo de 1808 se hallaba en Madrid encargado del detalle de la plaza, y de la tropa de artillería destacada en ella, y en virtud de las órdenes comunicadas por el capitán general para que las tropas se mantuviesen quietas y encerradas en los cuarteles, se encontró Daoiz aquella mañana con sus artilleros en el Parque de Artillería, situado en el barrio de las Maravillas, calle de San José, casa llamada de Monteleon. Allí observaba y cumplia con despecho unas órdenes tan manifiestamente favorables á los proyectos de Joaquín Murat, gran duque de Berg y de Cleves, y generalísimo de los ejércitos de Napoleon en la Peninsula, hasta entonces aliados, observado por una parte por una guardia francesa de setenta y cinco hombres que habia en el Parque, y escitado por otra de una multitud de paisanos que agolpados á la puerta del edificio, que estaba cerrada, pedían armas: cuando llegó su intrépido compañero don Pedro Velarde, y se hizo abrir. Dirigióse éste á Daoiz, mas antiguo que él, para incitarle á que prescindiese de las órdenes y armase y ayudase al pueblo perseguido. Daoiz, como responsable de la disciplina y amante de ella en toda su carrera, luchó todavía algunos instantes contra los impulsos de su patriotismo; pero picado vivamente por algunas espresiones de Velarde que podian confundir su subordinacion con falta de valor, «*Viva Fernando VII*» exclamó; y haciendo menudos pedazos la orden escrita que tenia en las manos, mandó abrir las puertas del Parque, armó á los paisanos y se preparó á resistir á las tropas francesas. Durante el combate con ellas, que se verificó atacando por las tres calles que conducian á la puerta del Parque y que duró unas tres horas, murió Velarde de un balazo de fusil, con cuya fatalidad, el cansancio de los pocos soldados que habia, y la enorme superioridad de los franceses, no se podia dudar de un éxito desventajoso para los patriotas españoles. En este punto varían ya las relaciones. Segun unas, Daoiz hizo señal de capitulacion poniendo un pañuelo blanco en la punta de la espada. Segun otras, quien hizo la señal fue un general francés que marchaba á la cabeza de una de las columnas. Lo cierto es que se vió por algunos instantes á Daoiz hablar con el general y de pronto ponerse en guardia uno y otro y batirse personalmente; pero en el acto de este noble y singular combate se agolparon sobre Daoiz varios oficiales y granaderos franceses, y á pesar del denuedo con que los resistia guardándose las espaldas con un cañon, cayó herido mortalmente de varias estocadas y bayonetazos. Los franceses, llevados de la ocupacion del Parque, que era su objeto, dejaron á Daoiz en la calle, y entre varios sugetos le recogieron y le llevaron á su casa, calle de la Ternera, donde espiró á las cuatro horas despues de apretar la mano al sacerdote que se presentó á viaticarle, única accion de que fue dueño. Contaba entonces de edad cuarenta y un años, dos meses y veinte y dos dias, y de servicio veinte y seis años, dos meses y diez y nueve dias. Al anochecer del mismo fue conducido su cuerpo, amortajado con su mismo uniforme y metido dentro de una caja, á la parroquia de San Martin, donde se enterró; habiendo verificado estos últimos piadosos oficios el escribiente meritorio que era entonces del ramo de cuenta y razon de Artillería don Manuel Almira. Su cadáver fue exhumado en 1814 y trasladadas las cenizas á una urna que existe en la iglesia de San Isidro de Madrid, donde fue depositada solemnemente el 2 de mayo del referido año de 1814, á los seis justos de haberse sacrificado, ofreciendo los primeros ejemplos de resistencia á la usurpacion de Napoleon. Gozan sus restos honores de capitán general y se incluye como el primer capitán de Artillería en la escala del cuerpo, y pasa revista de presente en el departamento donde esté el colegio.

DON PEDRO VELARDE. Hijo de don José Velarde Herrera y de doña Luisa de Sautiyan, nació en el lugar de Muriedas, en el valle de Camargo, el día 25 de octubre de 1779. En 16 de octubre de 1793 entró á servir en clase de caballero cadete en el real colegio de Artillería de Segovia, habiendo sido nombrado brigadier de la compañía en 27 de enero de 1798, de donde salió á subteniente del mismo cuerpo en 11 de enero de 1799. Fue destinado al ejército que obraba contra Portugal en la guerra de 1801, y en él desempeño comisiones propias del arma en que por lo general se habían empleado oficiales de mayor graduación. En 12 de julio de 1802 ascendió á teniente del cuerpo por antigüedad, con destino al 4.º regimiento. En 6 de abril de 1804 fue promovido también por antigüedad, á capitán 2.º para el 5.º regimiento; y en 1.º de agosto de dicho año se le destinó de profesor á la academia de Segovia, de cuyo destino pasó al de secretario de la junta superior económica del cuerpo, afecta al estado mayor de él, y establecida en Madrid en 1.º de agosto de 1806. Esta plaza ocupaba cuando su voluntario sacrificio. Tenía Velarde un talento despejado y perspicaz, á que reunía constante aplicación, por cuyo motivo gozaba de aventajado concepto entre sus gefes y compañeros. La carrera militar que seguía le hizo mirar como preferente el estudio de este ramo, y por consiguiente antes que fuesen notorias en España las tramas maquiavélicas con que los franceses preparaban su conquista, no veía en Napoleon mas que el Alejandro del siglo, y era entusiasta de sus talentos militares. Pero al mismo tiempo era generoso y honrado, y no quería ver en los grandes capitanes mas que las victorias alcanzadas en fuerza de la superioridad de sus combinaciones. Así es que luego que vió á las claras la arteria y mala fe con que las tropas francesas ocuparon nuestras plazas fronterizas y se acercaban á la capital en principios de 1808, cambió su opinión enteramente y se propuso hacer cuanto le fuese posible para resistir á la fuerza que el dolo había reunido en el centro del reino. Antes de los sucesos de Aranjuez, que produjeron la caída de don Manuel Godoy, fue comisionado por este para ir al cuartel general del príncipe Murat en union con otros oficiales; y como entonces ya sospechaba la traición que despues habia de hacer este ejército á los principios que entonces aparentaba, se dedicó particularmente á sondear las ideas de los primeros gefes con quienes tuvo ocasion de tratar. Vuelto á Madrid con sus sospechas cambiadas en certidumbre, ya no trató mas que de organizar en lo que le permitia su destino, graduacion, é influjo, la resistencia que preveía seria necesario oponer mas pronto ó mas tarde. Yo he registrado algunos borradores escritos de su puño en que están indicadas varias ideas relativas á la disposicion que se debía ir dando á las tropas para tenerlas libres de una sorpresa por los franceses, á la reunion del material del ejército en puntos proporcionados á su custodia, al modo de inutilizar clandestinamente lo que no podia menos de caer en poder del enemigo; y á otros objetos de defensa; brillando en tales apuntes, á la par de su profundo patriotismo, unas ideas nada comunes en su profesion. El destino de la junta superior, cuyas funciones eran principalmente la direccion del material de Artillería, proporcionaba á Velarde el reunir los datos convenientes á estos planes. A fuer de buen español, jamás creyó que las principales autoridades del reino dejasen de secundar los impulsos generosos que iba mostrando la nación, y su trabajo y sus deseos se limitaban entonces á contribuir con sus luces y sus brazos á la guerra que creía inevitable. Con este objeto se introdujo con el ministro de la guerra Ofárril, y franco y sin reserva le indicó los trabajos de que se ocupaba y las intenciones de que estaba animado. El ministro no combatió sus ideas, pero como tenía otras, tampoco se valió de su celo, y, ó no hizo caso, ó si le hizo fue pa-

ra estorbar indirectamente una resistencia que creía funesta é inútil. Sin embargo de eso no desmayó Velarde, y en sus conversaciones con los compañeros manifestó decididamente su resolucion de oponerse á los franceses, procurando inculcar en todos iguales sentimientos, aumentándose la exaltacion de los suyos desde que fue notoria la repugnancia de Napoleon á reconocer por rey á Fernando 7.º, que era el principio de la farsa con que pretendia cohonestar el despojo violento de toda la familia de los Borbones, que había meditado.

Como Velarde reunia las apreciables cualidades de instruccion, juventud, ánimo esforzado y osadía para emprender, siendo por otra parte, como secretario de la junta, el depositario de las noticias sobre la fuerza y disposicion de nuestro material de guerra, juzgó Murat conveniente el atraerlo á su partido, y valiéndose para ello de un edecan del general de la Artillería francesa, La-Ribosiére, le hizo concurrir á su alojamiento diferentes veces, convidándole muchas á su mesa. Velarde aceptó en dos ocasiones este convite para no hacerse mas sospechoso, eludiendo las propuestas que se le hicieron para pasar al servicio de Napoleon, y valiéndose mañosamente de este trato para conocer las intenciones de Murat y la disposicion de las autoridades españolas que por entonces desconocieron el verdadero espíritu del pueblo.

El 2 de mayo de 1808 se hallaba Velarde con estas disposiciones. Concurrió á la hora acostumbrada á su secretaria que estaba en la calle ancha de san Bernardo, cuando ya la conmoción del pueblo empezaba á notarse. Se sentó en su mesa, que estaba al lado de la del comandante de Artillería de la plaza y vocal de la junta, don José Navarro Falcon, notándosele desde luego la fogosidad de su interior. Cogió la pluma y se puso á borrar sobre un papel diciendo al mismo tiempo á Falcon: *Mi comandante, es preciso batirnos: vamos á batirnos: y vamos á batirnos: es preciso morir* repetía al hacerse por dicho gefe reflexiones con la orden terminante del capitán general. En tal estado se oyeron algunos tiros de fusil, y este fue el chispazo que electrizó á nuestro joven artillero. Hasta allí pudo contenerle una subordinacion opuesta á los derechos de nuestra familia Real y á la independencia de la nación. Tomó el fusil de uno de los ordenanzas de la junta, y acompañado de otro y del escribiente meritorio don Manuel Almira, se dirigió al cuartel del regimiento de infantería voluntarios de Estado, que estaba en la misma calle, con el objeto de hacerle tomar parte, escitando su entusiasmo con las aclamaciones de *viva Fernando 7.º, viva España*: cuyas voces repetía un numeroso pueblo que se le había reunido. Propuso al coronel de Estado que le diese una compañía, con la que contaba poner á su disposicion el Parque de Artillería, y despues de algunas excusas por parte de dicho gefe, logró que este mandase á la tercera del segundo batallon con solas treinta y tres plazas de fusil y mandada por el capitán don Rafael Goicoechea, los tenientes don Jose Ontoria y don Jacinto Ruiz, y el subteniente don Tomas Burguerra. Con esta fuerza se dirigió al Parque, que estaba en el barrio de las Maravillas, calle de san José, casa llamada de Monteleon. La puerta estaba cerrada y agolpado algun gentío fuera. Por la parte adentro habia una guardia francesa compuesta de un capitán; cuatro subalternos, setenta y cinco soldados y un tambor. Dentro estaban tambien el capitán Daoiz y unos catorce artilleros. Llamó Velarde y le abrieron, y entró acompañado del teniente Ruiz, de voluntarios de Estado. No era Velarde el mas graduado, pero en aquel lance en que los vínculos de la disciplina habían sido rotos por la mas injusta agresion, hizo su arrojo y valentía que los demas le mirasen, sino como de mas alto rango, como de muy superior talento y osadía para dirigirlos. Abocóse inmediatamente Velarde con el comandante de la guardia francesa intimándole se rindiese con su tropa: dió muestras

este de quererse resistir, pero acobardado de la arrogancia de Velarde, á quien suponía y con razon, apoyado por el pueblo y los voluntarios de Estado que estaban á la parte de afuera, entregó las armas de su guardia y fueron todos encerrados en unas cocheras que habia dentro del patio, sirviendo sus fusiles para entregar al pueblo. Quitado este embarazo á la defensa del Parque, embarazo que el que pudo disponer de él no supo apreciar, necesitó Velarde disipar los respetos de Daoiz por las órdenes que habia recibido contra los mas vehementes estímulos en favor de la causa de su rey y de su patria. Acordes en tan gloriosa resolucion, se abrió el parque, entraron los voluntarios de Estado, y se armó al pueblo.

Solo habia en el Parque diez cartuchos de cañon hechos, y mientras los franceses se presentaban, ocupó á los artilleros la construccion de otros. Habia cinco piezas de á ocho y cuatro, montadas, y se colocaron dos de ellas tras de la puerta, enfilando la calle de san Pedro la Nueva.

Inmediatamente se presentó un destacamento francés, mandado por un oficial, el cual fue ahuyentado por una descarga de fusilería disparada desde las ventanas. A poco rato se presentó una columna con sus gastadores á la cabeza, los cuales intentaron romper la puerta, á cuyo momento Daoiz y Velarde hicieron dar fuego á los cañones, que traspasándola, maltrataron un gran número de enemigos, retirándose nuevamente estos. Sacaron entonces cuatro cañones del patio, poniendo uno en las cuatro calles que están al extremo de la calle de san José, hacia la de Fuencarral, dos mirando á la parte inferior de dicha calle, hacia la ancha de san Bernardo, y el cuarto enfilando la de san Pedro la Nueva.

Mientras se ejecutaban estas disposiciones de nuestros héroes, viendo los franceses su resolucion, dieron al Parque la importancia de una posicion respetable y dirigieron contra él la primera division Wesfaliana, al mando del general La-Grange, con caballería y artillería, y situaron dos cañones junto á la fuente de Mata-lobos, en la calle ancha de san Bernardo, para contrabater á los nuestros, y se empeñó un cañoneo que nos hizo gastar las municiones sin gran fruto, pues era lo que buscaban los franceses. No se les ocultó á Daoiz ni á Velarde el inoportuno desperdicio de municiones, que no debian haberse empleado hasta que la columna de ataque ocupase la calle, pero la calidad de un combate á la vista de un pueblo que creia el estrago proporcional al ruido, les impidió practicar lo mejor.

Creyendo el enemigo llegado el momento, adelantó una columna por la calle de san José, desde la de san Bernardo, enarbolando un pañuelo blanco su comandante, cuya señal respetaron nuestros artilleros; pero viendo al estar cerca de las piezas que apuntaban las armas, les dispararon á un tiempo dos cañonazos y la columna fue rota y dispersada. Volvió á renovarse el cañoneo y á sentir nuestros oficiales la pérdida que en ello tenian; pero el intrépido Velarde, cuya serenidad encontraba recursos en todo, hizo, á falta de metralla, cargar los cañones con piedras de chispa para dispararlos á quema-ropa sobre los franceses que se preparaban de nuevo á atacar: se dirigió al patio del Parque para hacer sacar el otro cañon, que aun estaba dentro, y reunir las municiones que pudiera, y en tal ocasion encontró este bravo la muerte á que se hallaba resuelto.

Los enemigos no habian descuidado apoderarse mientras la accion de todas las bocas-calles y posiciones desde donde podian ofender con fusilería hasta dentro del patio del Parque, y al entrar en él recibió Velarde un balazo en el pecho, de que cayó redondo.

Su cuerpo, ya desnudo, se encontró despues entre los demas cadáveres, y envolviéndole en una tienda de campaña fue llevado por la tarde al enterramiento de los mártires, donde, para amortajarle, se presentó una persona desconocida con hábito franciscano de limosna. Contaba Velarde veinte y ocho años, seis meses y siete días de edad, y

catorce años, seis meses y seis días de servicio.

En 1814 fue exhumado, y se hallan sus restos, como los de su ilustre compañero Daoiz, en la iglesia de san Isidro dentro de una urna. Goza como aquel los honores fúnebres de capitán general con mando; se coloca siempre á la cabeza de la clase de capitanes de Artillería, y pasa revista como *presente* en el regimiento que reside en el departamento donde está el colegio (1).

EMPLEO DE LA FUERZA

DEL HOMBRE.

El hombre, aunque el mas débil de todos los *motores*, es sin contradiccion el mas precioso. Dotado de la inteligencia, de que los demas agentes carecen; con facultad de acomodarse á una infinidad de actitudes y de posturas, sabe economizar en caso necesario sus fuerzas, moderar su trabajo segun la resistencia que encuentra, y presentarse siempre como la máquina mas á propósito para los movimientos compuestos que exigen una continua variedad de presion, celeridad y direccion.

Uno de los problemas mas interesantes de mecánica industrial, es el de calcular el empleo de las fuerzas humanas para aumentar el efecto que producen sin aumentar por eso la fatiga.

No hace mucho tiempo que se cree que para producir el mismo efecto útil y la misma cantidad de accion, consumia el hombre sus fuerzas del mismo modo; pero la esperiencia ha demostrado posteriormente que este era un error. Es cierto por ejemplo que con fatiga igual puede un hombre consumir mas fuerzas en diez horas con intervalos de descanso, que en ocho horas con menos tiempo de descanso.

En una misma clase de trabajo se consigue siempre mayor resultado, deteniéndose en ciertos momentos convenientemente elegidos, y procurando la regularidad en la ejecucion de la obra. De esto nos presenta un ejemplario la marcha de la tropa. Los soldados, aunque cargados de pesados bagajes, andan sin mucha incomodidad el espacio de dos etapas, debiéndolo al descanso que se les dá á cada legua, y á la regularidad y uniformidad de sus pasos en todo el camino. ¿Quién es el que no ha oido contar á nuestros antiguos militares los medios de que se valian sus gefes para *desfatigarles* en las marchas penosas? No se les distribuia pan ni aguardiente para fortificar sus piernas y entonar sus hijares; sino que se les ayudaba con el toque cadencioso de un tambor, destinado á poner en unisono el movimiento de sus pies.

Se nota que un hombre trabaja mas ó menos cansándose en ambos casos igualmente, segun la diferencia de

(1) Estas noticias las he sacado del expediente oficial que existe en la direccion general del cuerpo.

La Real orden que decretó estos honores es de 7 de julio de 1812. En ella se mandó ademas que cuando lo permitiesen las circunstancias se erigiera un monumento frente á la puerta del citado colegio... explicando brevemente su hazaña y el día de su heroica muerte, y que escribiéndose un elogio de los dos bizarros oficiales se leyese precisamente todos los años en la apertura de la primera clase á los caballeros cadetes que se presentan á estudiar, para que esta primera é importante leccion, impresa siempre en su memoria, como regularmente sucede con las que recibidas en la tierna edad forman notable época de nuestra vida, mantuviera desde luego el sentimiento de honor, valor y gloria á que debian aspirar.

Téngase presente que el Parque de Artillería de Madrid, de que se ha hablado en este capitulo, no era mas que una casa habitacion grande, metida en manzana, sin obra ninguna militar ni de defensa. Del nombre podria inferirse fuera que era puesto defendible, y esto rebajaria el concepto de valor que merecen nuestros héroes.

este ó el otro músculo con que opera. Según Mr. Coriolis, ingeniero de puentes y calzadas de Francia, un hombre produce al cabo del día mayor trabajo con cansancio igual obrando con los músculos de las piernas que con los de los brazos; y operando con las piernas produce todo el trabajo posible cuando sus movimientos no esceden de la rapidez de la marcha ordinaria y el esfuerzo que hace se acerca mas al que los músculos ejecutan al caminar. Los dos mejores modos de emplear la fuerza del hombre son el de hacerle operar con los pies contra una palanca que empuje delante de sí, ó por su propio peso colocándole en la estremidad de una palanca.

Los trabajos en que el hombre tiene que escederse de sus hábitos corporales para obtener un efecto mecánico son aquellos en que la cantidad de acción diaria es la mas pequeña. Si la maniobra v. g. debe ser de alto en bajo, como la de sacar agua de un pozo con una soga y una garrucha, ó de bajo en alto como la de un cubo de agua con un garfio, el efecto de un día entero de trabajo será menor que si el obrero hubiese estado dando vueltas á un manubrio. Los hombres de mucha estatura son preferibles para esta especie de trabajo; pero no en el caso en que la acción se estiende á todos los músculos del cuerpo. Los de carácter flemático son mas á propósito para obras que exigen mas esfuerzo que celeridad. Los hombres de carácter vivo se cansan prontamente, y parece que su actividad se aletarga. Son muchas las diferencias que se observan en esta parte.

La temperatura del sitio en que se trabaja ó el clima del país ocasiona variedades mas señaladas todavia en las cantidades de acción diaria de trabajo. Se ha observado que los habitantes de paises, cuyo tempera-

mento escede rara vez de 20 grados, no son capaces de una mitad de la cantidad de acción diaria que pueden producir en nuestros climas.

En los establecimientos de industria deben elegirse los sitios mas frescos para colocar en ellos á los hombres destinados á un trabajo continuo en el que tienen que emplear todas sus fuerzas. En el caso de ponerlos en piezas calientes ó se les ha de relevar á menudo, ó disminuir casi en una mitad el valor del esfuerzo ó celeridad que en rigor podrian emplear si la temperatura fuese mas fresca.

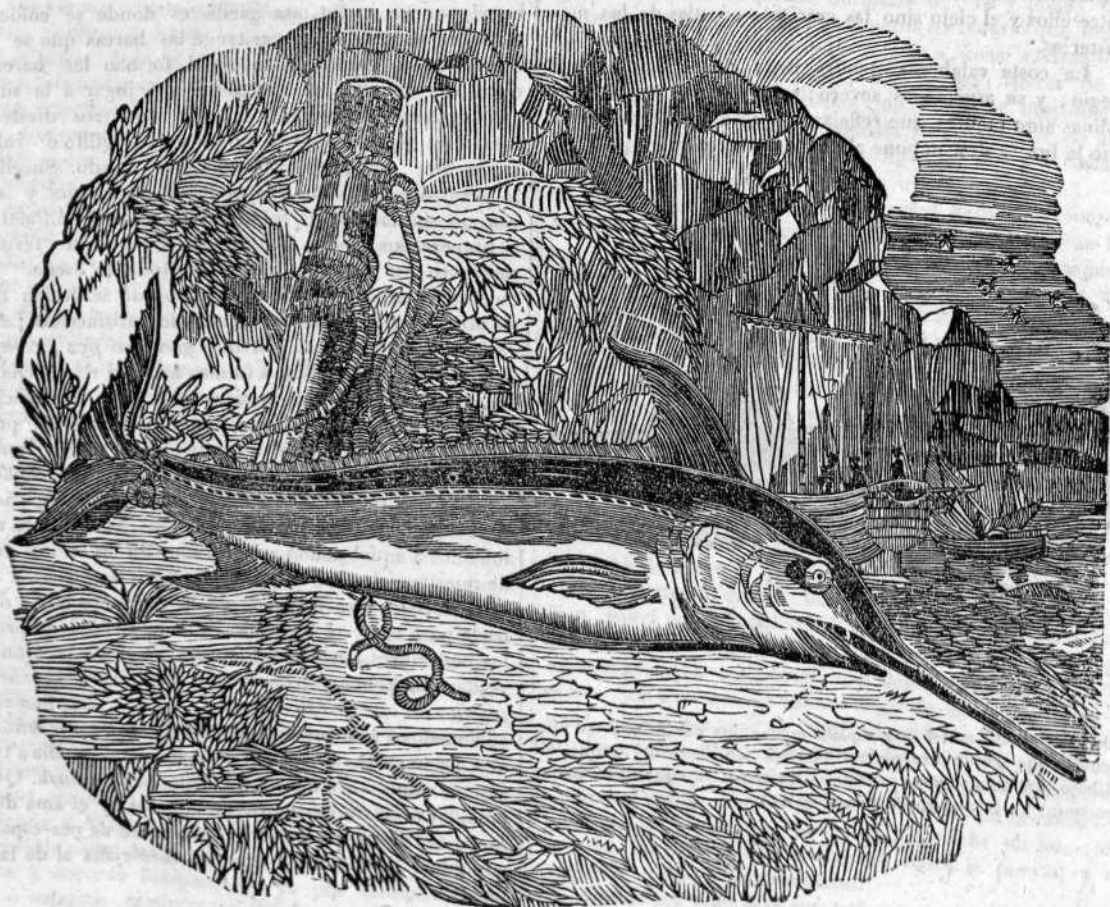
Concluiremos este artículo señalando los limites de los que jamás debe pasarse cuando se emplea al hombre como fuerza motriz, tomándolos de autores escrupulosos.

1.º El mayor peso que un hombre de buenas fuerzas puede llevar á corta distancia es el de trescientas libras.

2.º Todo lo que un hombre puede llevar caminando habitualmente por un terreno horizontal son ciento veinte y ocho libras y en transportar todo un día de trabajo mil quatrocientas sesenta y seis libras á tres mil pies de distancia.

3.º Lo que puede un hombre llevar subiendo una escalera es un peso de ciento doce libras, y en todo un día elevará este peso á tres mil pies de altura.

4.º En cuanto al esfuerzo ó celeridad que el hombre puede producir tirando ó impeliendo con el brazo, es sabido que en circunstancias las mas favorables no debe prometerse trabajando continuamente un esfuerzo que esceda del valor de treinta y dos libras, elevados en un segundo á medio pie de altura.



EL PEZ ESPADA.

Se le ha dado este nombre por el arma que tiene en su quijada superior, semejante á una espada, y es el

pisce spada de los sicilianos, el *sword-fish* de los ingleses etc. También se le suele llamar *pez emperador* porque lleva espada como los césares.

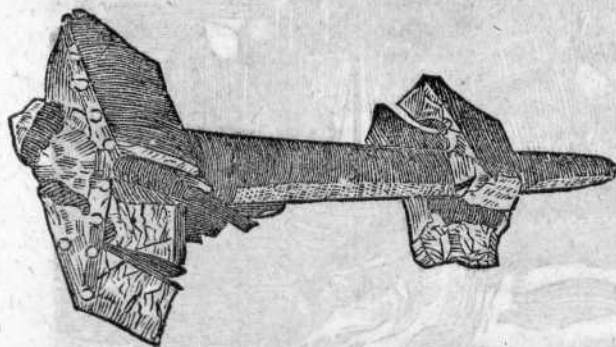
Sus escamas son infinitamente pequeñas de modo que su piel que refleja un brillo metálico parece destituida de ellas. Tiene hendiduras en los lados de la cola, una aleta caudal muy fuerte y una dorsal en forma de quilla, muy levantada, y que puede servir á la vez de quilla y de vela, segun esté el pez dentro del agua ó á la superficie de ella.

Lo largo del hueso en forma de espada que termina su quijada superior, es para este animal una máquina terrible de guerra, con la que ataca á los mayores animales marinos. Su boca no tiene dientes y su cuerpo es redondo. Suele llegar á cinco pies de longitud, y su grueso es como el de un hombre de 16 años. Comunmente se le encuentra en el Mediterráneo, y sobre todo en las aguas de Sicilia, por cuya razon le llaman los ingleses *The sicilian sword fish*.

Su pesca es de las mas divertidas que puede haber en las costas de Sicilia en el canal que divide la Calabria de la Sicilia, Messina de Regio; y el remolino de Caribdis de la roca homérica de Scila.

La costa de Sicilia forma un arco de círculo entrante desde el faro de Caribdis hasta el puerto de Messina; sus verdes colinas se elevan en forma de anfiteatro unas sobre otras; á orillas del mar abundan magníficos aloes con hojas en figura de espadas que dan un aspecto africano á todo el paisaje; en segundo término los naranjos, limoneros, y perales llenan los jardines y dan á la vez flores, frutos verdes y frutos que van á caer de maduros. Mas arriba los verdes pámpanos de la vid se contornean elegantemente sobre los casinos blanquísimos, no dejando ver entre ellos y el cielo sino las graciosas cúpulas de los monasterios.

La costa calabresa tendrá unas cinco leguas hasta Regio, y su aspecto es severo: se acumulan en ella, no colinas sino montes que reflejan un viso de amatiste por que la luz se descompone allí en un aire puro.



(Las embestidas del pez espada contra los navíos son tan violentas, que puede atravesar el bordaje ó costado del buque. El dibujo que aquí se pone manifiesta un trozo así atravesado que se encontró en la carena de una fragata.)

Al derredor de Regio, ciudad destruida tantas veces por los volcanes, y tan célebre por la estancia del apostol San Pablo, hay tambien jardines de naranjos que em-

balsaman el aire, y tuve ocasion de admirar estas bellezas de las costas de Sicilia cuando presencié la pesca del pez espada. Eramos siete franceses todos de Paris los que nos hallábamos en un esquife; mis dos compañeros de viaje Lefèvre y Bibson, y cuatro pintores ó arquitectos de la escuela de Roma, y entre otros M. Perault, paisagista, el arquitecto de la expedición de Morea Mr. Blonuet etc. y debíamos aprovecharnos de la corriente que todas las mañanas se dirige en diagonal desde Messina á Regio. Así que llegamos á ella, los marineros sicilianos cargaron vela, metieron los remos en el esquife y se cruzaron de brazos. Avanzábamos sin embargo rápidamente por enmedio del estrecho, sobre un mar suavemente agitado por una especie de hervor, semejante al del agua en una vasija de cobre, pero sin ningun sacudimiento. Al cabo de dos horas de la mas feliz navegacion llegamos á Regio, en donde nuestros paisagista y arquitectos se pusieron á dibujar y nosotros á herborizar, hasta la hora del desayuno. Después de este nos volvimos á embarcar; pero como ya no nos favorecia la corriente, nuestros marineros alquilaron un buey, que por medio de un calabrote de mas de cien pies, nos remolcó con una velocidad que no la hubiera igualado un caballo á trote.

Entre Regio y Silla vimos una multitud de gente á caballo eran los llamados *Campicri*, armados de pies á cabeza, con el fusil de lado, y la canana llena de cartuchos, escoltando á un viajero tambien montado contra los bandoleros, á quienes se parecian ellos mismos como un huevo á otro. Nosotros nos habíamos acercado á una gran embarcacion anclada y á una docena de botes que navegaban en todas direcciones; es decir que nos hallábamos en el teatro de la pesca. Se presentó á nuestra vista un gran buque anclado con un mástil sin vela y un barril por gavia. En esta garita es donde se coloca un marinero en acecho para gritar á las barcas que se acercan los peces espada. A su señal forman las barcas un círculo, y cuando salen estos peces á jugar á la superficie dando saltos prodigiosos, unos arponeros diestros les lanzan un arpon al que va sujeto un cordelillo de cable de modo que pueda traerse la víctima á bordo. Sucede que se arrojan inútilmente una multitud de arpones y se yerran un sin número de golpes contra el veloz animal, pero si un pescador diestro le hiere con buen éxito, resuena al momento un grito de alegría en toda la escuadrilla; y cuando el *pisce-spada* estuvo á bordo se decian mutuamente nuestros remeros, llenos de satisfaccion: *¡Ah che reddii pesciu compari! Ah que hermoso pecz, compadre!* Despedimonos de ellos y fuimos á ver la roca Scila, roida en su base por las olas voraces que en la imaginacion de Homero y de Virgilio son perros ahulladores; pero en aquel dia estaba la mar tranquila, los perros homéricos dormitaban, y no vimos sino un alto peñon coronado por un pequeño fortin, defendido en tiempo del imperio contra los ingleses por el coronel Martin. Al siguiente dia saludamos á aquel peñon como á uno de los restos antiguos de nuestras glorias, y padre de uno de nuestros buenos amigos. Nos aprovechamos de la corriente baja, ó de la tarde para volver á Messina, á donde nos habian precedido los pescadores llevando en triunfo su presa, coronada de verdes pámpanos y gritando por la ciudad: *¡Ah che reddii pisciu: ah che reddii spada è questo*, para llamar á los aficionados á que fuesen al *mercatello della marina* á tomar parte en la compra del animal que se vendia á trozos y á peso, como entre nosotros el salmon ó merluza. Quisimos tambien nosotros participar de la pesca, y el ama de *l'Albergo dei Fiori* nos guisó un gran trozo de pez-espada, cuyo sabor nos pareció que se asemejaba al de la mejor ternera.

EL DIA 1.º DE MAYO EN VIENA.

El día 1.º de Mayo es en casi todos los países de Europa un día de solemnidad y regocijo. Los pueblos del mediodía que disfrutamos un clima benigno y templado somos mas indiferentes que los demás á la llegada del precursor de las flores; pero los que viviendo bajo un cielo menos elemente tienen que sufrir por mas largo tiempo los rigores del invierno, solemnizan y reciben con entusiasmo á tan grato día.

En Rusia, Suecia y Alemania se celebra el primer día del mes de Mayo así en las ciudades populosas como en las mas reducidas aldeas con un aparato y alegría increíbles. En Bélgica toma cada uno una parte activa en esta fiesta, que es verdaderamente popular. Los que transitan por las calles se abrazan y felicitan recíprocamente, se convidan entre sí, y no hay familia que no plante alegremente en medio del patio ó delante de la casa un pino descortezado, y elegantemente guarnecido de guirnaldas, y de hojarasca y adornos de papel de colores cortados con el mayor arte.

El día 1.º de Mayo es en Viena el de un alborozo y delirio inconcebibles, debiendo tenerse entendido que no hay en el mundo otro pueblo que viva tanto fuera de sus casas como el de Viena.

No obstante lo frio de su temperatura y las repentinas variaciones que suele tener de una hora á otra y que la hacen desagradable y mal sana, no bien despunta el día 1.º de Mayo cuando los jardines de las posadas se abren, los figoncillos del *Prater* presentan ya preparadas sus mesas, se organizan las orquestas ambulantes, y todos los buenos vieneses abandonan sus habitaciones por los sitios públicos á donde concurren en tropel á comer, beber, y fumar, bajo el abrigo poco protector de un cielo frecuentemente anublado.

Los regocijos del día 1.º de Mayo empiezan temprano por una carrera de á pie á las seis de la mañana. Casi todos los nobles ricos de Viena pagan uno ó dos corredores, que son los que se disputan el premio; pero en este día solos los nobles de Austria propiamente así llamada pueden presentar sus corredores, quedando escluidos los señores húngaros, bohemios, italianos etc., etc. así como los extranjeros.

El espacio que ha de correrse es muy considerable. Los competidores deben seguir la calle principal del *Prater* hasta el sitio llamado *le Roud d'eau* donde un brazo del Danubio corta dicho paseo, y volver despues sin detenerse hasta el punto de donde partieron. Antiguamente se prolongaba la carrera hasta *Lusthaus*; (casa de recreo en la que Napoleon fijó su cuartel general en 1809 algun tiempo antes de la batalla de Wagram, y en donde posteriormente en 1815 dieron los soberanos aliados una gran comida y fiesta militar á sus tropas) pero como una carrera tan dilatada ocasionaba á menudo graves accidentes, se disminuyó en una tercera parte. Aun como queda en el día es espantosa, si se considera que no basta para ganar el premio llegar el primero á la meta sino que es menester continuar corriendo sin interrupcion.

Este paseo de *Prater* es uno de los mas hermosos que pueden verse y no tienen comparacion con él ni los Campos Eliseos, ni el bosque de Bolonia de París. Es una gran selva que empieza desde las mismas puertas de Viena y se estiende á lo lejos por la orilla derecha del Danubio. Atraviésanla calles magníficas, que ya cruzan por enmarañados y oscuros bosquecillos, ya por risueños escampados ó estensas praderas en donde se alzan á trechos como en un jardín inglés antiguas hayas ó enormes castaños que cuentan siglos. El Danubio, que se divide allí en diferentes brazos, forma una multitud de islas verdo-

sas y llenas de árboles en donde se reunen por bandas cerca de doscientos ciervos domesticados que los monteros recogen por la tarde á son de corneta para encerrarlos hasta el amanecer en elegantes establos dispuestos á lo largo de la calle principal del *Prater*.

Como del arrabal *Landrestarse* en que yo estaba alojado no habia mas distancia que la de doscientos ó trescientos pasos hasta el *Prater* atravesé el puente Razoumoffsky y llegué antes que principiarian los juegos. El tiempo estaba deliciosísimo y el aire puro y fresco. El sol en su oriente doraba las cumbres del *Khalenberg* y el *Leopoldsborg*, que divisaba en el horizonte, todavia medio envueltos con la trasparente niebla de la mañana. Hallé mucha gente en la calle en que debia correrse, y pronto vi llegar mas de doscientas cincuenta mil personas que salian en dilatadas y silenciosas columnas de los diferentes cuarteles de la ciudad, para venir á colocarse con admirable orden á los dos lados de la calle mencionada. Algunos soldados de policia de á caballo estaban situados de trecho en trecho en escalones por toda la línea, á fin de dejar el espacio desembarazado á los corredores. No era muy trabajoso su servicio, y aun tampoco necesaria su presencia segun la natural sensatez y tranquilidad del buen popular de Viena.

Me acerqué á la meta que es al mismo tiempo el punto de arranque, y vi á los corredores en número de diez ó doce. Su traje se componia de una chaqueta blanca muy lijera, un pantalon del mismo color, sujeto hácia los tobillos bajo unos borceguis verdes y una gorrita asimismo verde coronada con un penacho de plumas de varios colores, y adornada con una lámina que presenta el escudo de armas de sus amos. Rodeaban un trofeo compuesto de cinco banderas bordadas de oro y plata, que se destinaban para los cinco primeros corredores que llegasen á la meta. Unos cordeles sujetos á unas estacas formaban al derredor de ellos una cerca, detras de la cual habia un tropel compacto, que al menor movimiento hubiera derribado aquella endeble barrera, y que de nada serviría en otras ciudades de Europa; pero era bastante en Viena para mantener á cada uno en su puesto.

A las seis en punto se oyó la señal de dos cañonazos. Un oficial de policia partió á galope, y tras el pasaron los corredores en columna cerrada y sin procurar aventajarse, economizando sus fuerzas para el último momento. Siguiólos el juez del campo en carruaje para asegurarse por sí mismo de que todo iba en regla, y recoger en caso necesario á los corredores á quienes el desfallecimiento de sus fuerzas hiciese indispensable aquel socorro. El pueblo se cerró á su paso y la calle quedó invadida; pero no bien otros dos cañonazos anunciaron que los competidores habian llegado á *Roud d'eau* y que volvia cuando cada espectador se alineó como antes á los lados de la calle para dejarles paso. Casi á la media hora de la señal primera llegó uno de los competidores desalentado, lleno de sudor y pálido como un difunto, tocó á la meta en medio de los mayores aplausos, y ganó muy bien aquel pobre hombre los diez soberanos de oro, que eran el premio del vencedor. Dos minutos despues llegó el segundo que me pareció mas desfallecido que el primero. Sus compañeros fueron llegando sucesivamente á la meta, menos dos que no pudiendo mas se habian detenido y á quienes habia recogido el carruaje. El juez de los juegos distribuyó las cinco banderas, hecho lo cual vencedores y vencidos se dirigieron precedidos de la música á un figon del *Prater* en donde les aguardaba un buen almuerzo. El concurso los acompañó hasta la puerta, y se dispersó despues pacíficamente.

Desde las once á la una se reunió la concurrencia en el *Augarten*, jardin espacioso situado á la estremidad del arrabal de *Leopoldstadt*. Es un verdadero jardin á la francesa con largas calles de castaños, y espalderas de hojaranzos, parterres regulares, terraplenes y estanques.

Le hizo el emperador Fernando III, le hermosearon sus sucesores y le dió para recreo del público en 1775 José II que mandó poner en su entrada principal esta inscripción:

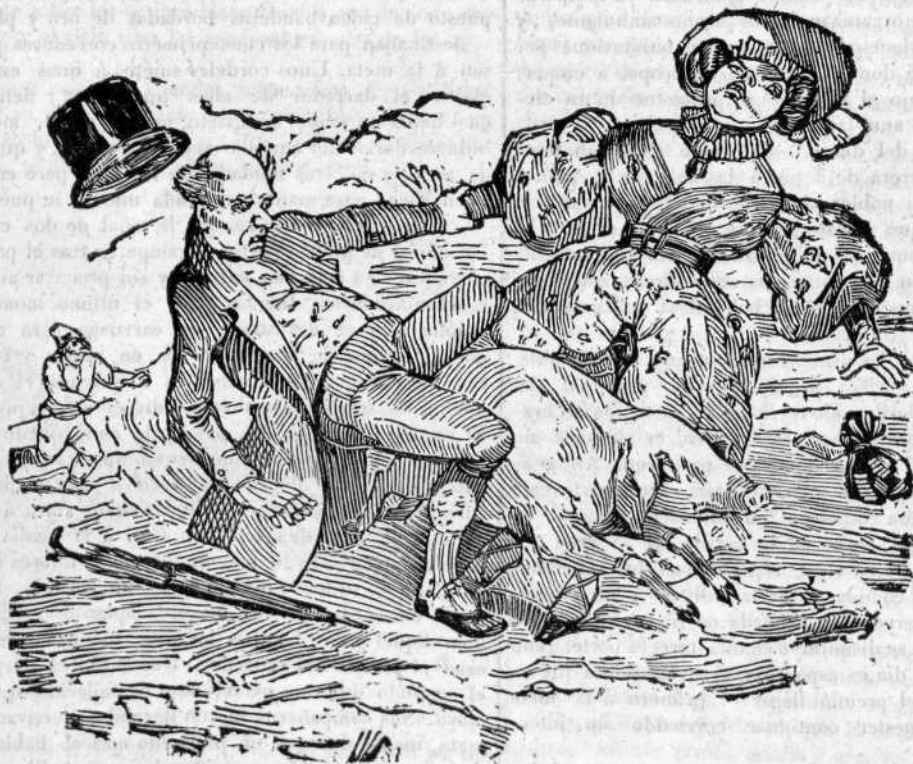
*Sitio de recreo consagrado á todos los hombres,
por su apreciador.*

El *Augarten* que está desierto en todo lo restante del año, se hace el día 1.º de Mayo un paseo de moda y el punto de reunión de toda la ciudad. Allí vi congregada á toda la alta aristocracia vienense. Las señoras con grau prendido de primavera ocupaban la calle principal y las sillas mas inmediatas á la orquesta, afectando en obsequio al día cierta sencillez campestre, y una especie de aturdimiento que contrastaban maravillosamente con el frío y grave continente de los simples ciudadanos. Los hombres se paseaban en medio de todas aquellas encantadoras jóvenes, asestando sus lentes á derecha é izquierda con tanto fatuismo, pero con menos desgarro que los elegantes de Madrid.

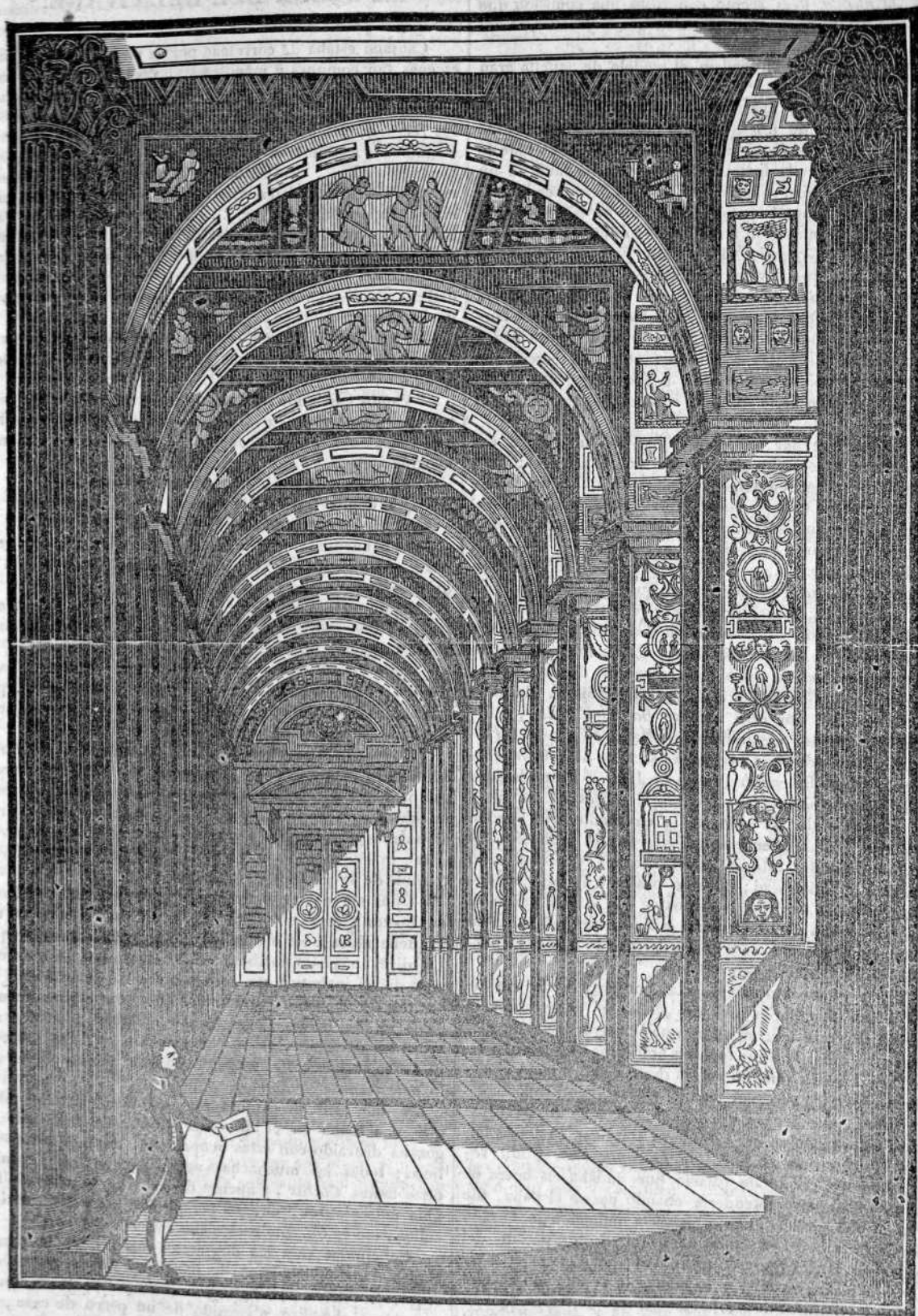
Al cabo de dos horas de este paseo, tan variado en sus objetos, cada cual volvió á su casa á componerse de nuevo; y los grandes personajes y las mujeres de mas tono fueron á comer á campo raso en varios puntos preparados en el mismo *Prater*. Me divertí mucho tiempo la multitud que rodeaba sus mesas, mirándoles co-

mer y beber, con la boca abierta, como si fuesen de distinta especie que ellos. El asombro que causaba á aquellos buenos vienenses la profusion de platos y manjares desconocidos; las sencillas reflexiones de aquellas gentes á la vista de todos aquellos grandes personajes y de lo nuevo del espectáculo, y el continente mismo de los autores que se pavoneaban al considerarse blanco de la atención de tantos, formaba un conjunto muy cómico.

A cosa de las cinco subieron las señoras á sus coches dirigiéndose á la grande calle del *Prater* en donde empezaba el paseo. Dos grandes hileras de elegantes carruages circulaban por ambos lados, dejando el medio para los de cuatro caballos: el contrapaseo de la derecha es para los de á caballo, y el de la izquierda para la gente de á pie; pero lo que no puede imaginarse quien no la haya visto es la belleza de los sitios de este paseo; el admirable verdor de los árboles, los dilatados prados que los rodean, la embalsamada frescura del ambiente, y la diversidad de equipajes rusos, húngaros, polacos que van pasando sucesivamente por delante de uno. Al ponerse el sol cada uno se retira; el *Prater* va quedando poco á poco desierto, y la muchedumbre que le llenaba se encamina hácia los infinitos *gasthauser* de Viena y sus arrabales para acabar de celebrar dignamente con el vaso en la mano el primer día del mes de Mayo aguardado con tanta impaciencia, y tan cordialmente solemnizado.



UN PASEO INTERRUPTIDO.



GALERIA DE RAFAEL.

Cuando murió Bramante no estaba todavía concluido el palacio del Vaticano, cuyos diseños había formado, y deseoso Leon X de ver acabado aquel monumento que desde su origen se destinaba á unirse con las construc-

ciones de la basilica de san Pedro, encargó á Rafael la parte del palacio conocida despues con el nombre de *Galeria de Rafael*. Este aceptó con gusto una comision que le permitia desplegar fácilmente su genio y saber en un nuevo género.

Ejecutó primero en madera el modelo de aquella gran construccion, ideando levantar tres pisos ó hileras de galerías sobrepuestas, formadas las inferiores por medio de arcos ordenados de pilastras, y el piso superior sostenido en columnas coronadas de arquivates de madera; todo lo cual debia ofrecer la figura de un cuadro con falta de un lado. Rafael no hizo concluir sino el lado hermozeado despues con sus composiciones célebres, los otros dos se añadieron mas adelante con arreglo á sus dibujos, y bajo los pontificados de Gregorio XIII y Sixto V.

La galeria que llevó el nombre de Rafael está situada en una de las alas del segundo piso. Esta *Loggia*, cuya vista en perspectiva representa el grabado, tiene otras tantas bovedillas como arcadas, y estas bovedillas que llegan á trece están adornadas de cuatro pinturas al fresco, que representan pasajes del antiguo y nuevo testamento, y forman la admirable serie conocida con el nombre de *Biblia de Rafael*.

Es claro que por estension se han atribuido todas estas pinturas á la mano del maestro por excelencia: pues es fácil reconocer en ellas la manera de diferentes artistas, aunque en todas se encuentra el mismo estilo de composicion, la misma severidad en el dibujo, y en fin la inspiracion dominante de Rafael.

Para indicar como concebía la pintura de adorno, ejecutó por sí mismo el primer cuadro que representa la Creacion del mundo, y sus discípulos se repartieron lo demas.

Julio Romano compuso muchos de ellos; Juan Francisco Penni los de la historia de Abraham y de Isaac. Pelegrin de Modena tomó á su cargo los de Jacob. Rafael del Colle emprendió la historia de Moisés. Bartolomé Ramenghi, por otro nombre *Bagna-Caballo*, y Pierino Buonocorte, comunmente llamado *Perino del Vaga*, ejecutaron despues los pasajes sacados del Nuevo Testamento; y en fin corrió á cargo de Juan d' Udine la parte de pintura ejecutada sobre los largueros de las pilastras puestas entre las ventanas y en frente. No pueden admirarse bastantemente aquellos graciosos arabescos, y aquellos delicados estucos cuyos secretos y estilos robó Rafael á la antigüedad; pues no obstante la independencia de su genio, no tuvo á menos, y con mucha razon, el copiar los restos de las pinturas griegas descubiertas en su tiempo en las thermas de Tito, y de las que Pompeya presenta ahora tan hermosos modelos.

Todas estas pinturas espuestas por espacio de tres siglos á las intemperies del aire debieron necesariamente sufrir y alterarse mucho; así es que la mayor parte de ellas estan arruinadas, y sobre todo los arabescos de Juan d' Udine. Para impedir pues su entera destruccion mandó el gobierno cercar de ventanas toda la galeria de Rafael.

Vasari, que llegó á ver los arabescos en un buen estado, dice «que no era posible ni imaginar cosa mas bella.» Lanzi en su *Historia de la pintura de Italia* refiere que un criado de palacio que andaba en busca de una alfombra para estenderla cuando pasase el papa, fue á cojer una pintada, cuya perfecta imitacion le engañó completamente. Si esta anecdota es tal vez una parodia del cuadro de Apeles representando frutas que los pájaros vinieron á picar, prueba á lo menos la reputacion en que estaban las pinturas de que hablamos, cuando tenian toda su viveza y animacion, pues no se temia ni la inverosimilitud para elogiárlas.

LA NEGRA DEL DELAWARE.

Cansado estaba de corretear por la vieja Europa. ¡Qué escenas tan comunes y manoseadas! decia yo para mí paseándome un dia por las anchas calles del barrio de san German de Paris; halláanse aquí brillantes artes, hermosos recreos, ciencias, literatura..... En Londres edificios magníficos, costumbres francas y generosas, especulaciones mercantiles.... En Madrid, mi querida patria, elegantes á millares, brillantez exterior, mas luego pobreza suma: el lujo de un cadáver..... ¿Y libertad? ¿Dónde hallaré yo las virtudes unidas al saber y á la ilustracion? ¿Dónde los magníficos cuadros de la naturaleza superiores siempre á los del arte? ¿Dónde la moral Evangélica? ¿La igualdad, la santa igualdad?..... ¡Ah! Cansado estoy ya de vivir en la vieja Europa.....

—Vente conmigo, me replicó un amigo piloto, que escuchaba con atencion detrás de mí el lamentable soliloquio.

—Vamos corriendo, le repliqué sin reflexionar un instante siquiera, pues en verdad sea dicho, no soy yo de los que reflexionan mucho, apenas se me exalta mi ardiente imaginacion.

—Pues sígueme de aquí al Havre, y luego.....

—¿Y dónde quieres llevarme?

—A los estados unidos de América.

—Cabalmente..... ¿Qué sándio soy! A los Estados-unidos.... Allí es donde yo debo ir..... Allí hallaré todo lo que apetecí mi alma.

Como se dijo se hizo, y embarcados en una ligera fragata, divisamos, sin el menor desman, las orillas americanas. Salve, dije yo entusiasmado y poniéndome de pie sobre la cubierta, salve, tierra bendita donde el filantropico Penn estableció sus paternas leyes, salve, patria de los Franklin, aquí se llenará el vacío de mi corazón pues solo ansia por la soledad y la filosofía....

Visitó con curiosidad y placer las ciudades populosas admirando la finura, la tolerancia y las patriarcales costumbres que en ellas reinaban; esto es hecho, dije para mí sayo, aquí fijo mi residencia, se acabó ya mi espíritu ambulante; una bonita hacienda de campo, luego mi esposa, mis hijos..... vamos, seré hombre feliz en toda la estension de la palabra.

Unos me aconsejaban que estableciese mi residencia en Boston, otros en Filadelfia, y yo preferí vivir en una pequeña aldea á las orillas del río Delaware. ¿Y por qué? Lo diré en pocas palabras: habia leído en los primeros años de mi juventud con religioso respeto la novela de *La familia de Wieland*; los sucesos que se suponian acontecidos en las orillas de aquel río, estaban grabados con ardientes caracteres en mi imaginacion, y estas preocupaciones románticas se aumentaron mas apenas pisé el suelo americano.

Vedme pues de camino para mi nueva patria; fabriqué una casita en el sitio mas pintoresco de la aldea, y gozaba distraído con estas ocupaciones las mas puras delicias; todas las muchachas agraciadas se me figuraban otras tantas *Claras*, y apenas divisaba un hombre de fornida musculatura, de ojos perspicaces y de mirar melancólico, ese es *Carvino* exclamaba casi en alta voz.

Concluidas ya á los dos meses mis principales ocupaciones domésticas, traté de pagar las visitas que los obsequiosos vecinos me habian hecho, y una tarde con la escopeta al hombre y seguido de un perro de caza, encaminéme hacia la habitacion de Mr. Ricardo, que vivia á media legua de la aldea; costeaba el río poco á poco gozándome en contemplar aquellas oscuras y enmarañadas selvas, donde aun apenas habia penetrado la mano destructora del hombre; árboles gigantescos impedían casi la entrada al sol; claros arroyos serpenteaban por tapices

de flores y verdura, y numerosas bandas de pájaros ostentaban su brillante plumage, ya meciéndose sobre los árboles, ya revoloteando de unos en otros: no lejos del camino había un espeso zarzal y mi perro comenzara á ladrar al rededor con ahínco; un instante despues me pareció oír unos quejidos que yo atribuí á ilusión de mi fantasía, mas apretó tanto el perro, que ya cuidadoso me acerco, aparto las matas.... ¡Ah Dios mío lo que vil.... Han pasado ya algunos años y no puedo acordarme sin que se me erize el cabello... En la gruesa rama de un alto cedro estaba colgada una gran jaula de hierro y dentro una infeliz negra desnuda del todo, que mas parecia esqueleto que criatura viva, exhalaba roncós quejidos; me acerco mas y noto que le habian sacado los ojos y que innumerables insectos la picaban y devoraban á mansalva.

—Que horror! grité. ¿Quién te ha puesto así? ¿Quién eres?

—Por Dios..... agua..... hace seis dias..... agua.....

Dile mi sombrero lleno, bebí con la mayor ansia, pidióme mas, y mientras yo la recogía de el vecino arroyo, noté que se acercó un viejo trabajador, me miró de hito en hito y se sonrió.

—Muy afanado está V. amiguito, me dijo.

—¿No oye V. los lamentos?...

—Sí, me replicó con una frialdad estoica, eso es natural.

—¿Cómo natural! contesté yo dando un salto de cólera.

—Es un castigo que con frecuencia da á sus negros Mr. Ricardo.

—¿Con que?...

—Sí señor; V. parece español é ignora acaso que hay amos tan bárbaros.

—¿Y tratan así estos hombres á sus esclavos? ¿Y siempre en la boca las palabras de humanidad y de libertad?

Sin aguardar respuesta, no digo corrí sino volé á la casa de mi despiadado vecino, colocada en el centro de un hermoso y dilatado cafetal.

—¿Donde está el amo? grité al primero que encontré: díle que con la mayor premura me precisa hablarle.

Salíó en efecto fumando con cachaza en su larga pipa, y despues de los preámbulos y cumplimientos de estilo, le manifesté con dulzura lo que habia visto, y le supliqué librase á su esclava de aquel tan cruel castigo.

—¿A una negra mia! Le juro á V. por mi honor que nada sé.

—¿Cómo!... ¿Con que á cuatro pasos de aquí está esa infeliz enjaulada, dando dolorosos quejidos y V. nada sabe?

—Esas son cosas peculiares de mi mayordomo.

—Pues yo desearia.....

—Espere V..... Juan, infórmate que ha pasado.

—Señor, entró á poco diciendo el criado, la negra á quien se le ha dado el castigo de la juala es María, muy conocida por su terquedad.

—Sí, ya caigo, vete; á esa muchacha se la ha tratado aquí cual si fuese hija, se la ha mimado y ella es una altanera, holgazana que solo piensa en sus hijos y no en trabajar; habra hecho sin duda suficiente motivo para que mi mayordomo la castigue así.

—Tiene V. razon, le contesté yo disimulando la colera, mas con todo le suplico me entregue á esa esclava por si curarla puedo, y si lo logro se la pagaré á V.

—Llévese V. enhorabuena esa linda alhaja, y que le haga excelente provecho tan hermosa adquisicion.

Retrocedí á la aldea, traje dos de mis criados, y con el mayor cuidado llevamos á la infeliz hasta dejarla acostada en una cómoda y mollida cama. ¡Mas ay, todos nuestros cuidados fueron inútiles! El hambre habia debilitado de tal manera sus órganos digestivos, que ya el alimento gradual que comenzamos á dárle le hacia mas

daño que provecho; entonces por última merced me pidió que antes de morir queria tocar con sus manos á sus queridos hijos; acercáronse los angelitos á la cama de la madre, y allí presencié una de aquellas escenas que mas son para vistas que para contadas.

Los niños lloraban amargamente, y la madre les decia con cariñosa y apagada voz.

—Hijos de mi alma, todo mi delito ha sido quereros mucho; pretendian que yo os apartase de mi, que no os estrechase entre mis maternales brazos.... ¡Ah! ¿Podia yo cumplir tan crueles mandatos? Blanco, V. ha tratado de volverme á la vida, mas ya todo es escusado.... todo.... y ademas para que quiere vivir una pobre ciega.... solo siento á estas mitades de mi corazon... ofrézcame V. ya que es tan bueno que no los desamparará en su orfandad.... pues su amo.... ¿No observa V. lo que ha hecho conmigo?

—Muere en paz y sin zozobra, desgraciada mujer, le respondí yo; tus hijos serán mis hijos; yo no distingo de colores, para mi todos los hombres son hijos de un Dios piadoso, todos son mis hermanos.....

—El le pagará á V. tamaña piedad.... ay..... ya..... me faltan las fuerzas.... hijos míos.... amad siempre mucho á vuestro bienhechor que yo muero bendiciéndolo..... sí bendito.....

Sin acabar la frase espiró la triste.

—Fuera, fuera para siempre de aquí, exclamé, no quiero vivir en medio de unas gentes que á pesar de sus protestas de filantropía y de republicanismo, conservan todavia en su pais la ominosa esclavitud de los negros y todas sus horribles consecuencias; volvámonos á la vieja Europa; allí hay vicios, preocupaciones, males sin cuento; mas la ley no tolera por ningún pretesto tan terribles maldades.

INDUSTRIA MADRILEÑA.

PERFUMERIA DE DIANA.

El arte de la perfumería es tan antiguo como lo es en los hombres el deseo de agradar, y de borrar con su auxilio las importunas señales que el trascurso del tiempo imprime en su figura. Déjase, pues, conocer que partiendo de esta base, fácil nos sería encontrar el origen de este arte con el de los primeros habitantes del globo, con cuya ocasion pudiéramos muy bien presentar en galeria á todos, ó casi todos los personajes de ambos sexos que han figurado en la historia. Mas sin que sea nuestro intento adormecer con esta larga enumeración, el espíritu de nuestros lectores, no podemos menos de remitirles á las antiguas leyendas de los pueblos asiáticos y de las repúblicas griega y romana, en que verán desplegarse ante sus ojos el animado cuadro de los progresos de este arte *civilizador* de los sentidos.

La moderna Europa no ha quedado atras en la aplicación de los procedimientos destinados á embellecer y perfeccionar las gracias naturales del cuerpo humano; y los grandes adelantos de la química en este último siglo han servido tambien á realzar hasta un punto sublime, un descubrimiento en que se interesan á un mismo tiempo la salud y la vanidad de los hombres.

Los españoles, amaestrados por los árabes en la guerra, en las ciencias y en las artes, lo fueron igualmente en todo lo que tiene relacion con la galanteria y con la voluptuosidad, y en este sentido déjase bien conocer que aquel pueblo, idolatra de la hermosura, que descansaba de las fatigas de la guerra en las delicias del baño ó al ruido de los festines, sabría imprimir hondamente sus afecciones en el pais que dominara por siete siglos. Así fue la verdad; mas limitándonos por ahora al objeto de que tratamos, mil y mil testimonios vendrian en apoyo de

nuestra asercion, pero bástenos remitir al lector á la célebre tragi-comedia de *Calisto y Melibea*, impresa en los primeros años del siglo XVI, y en la cual, en boca de la vieja Celestina, se ponen descripciones animadas de cosméticos, perfumes y panaceas que no desdeñaría en el día el mismo doctor Oñez.

Sin embargo, fuerza es confesar que despues de este apogeo del arte en aquella época, sucedióle una larga era de decadencia, como á todas las demas aplicaciones de que los españoles fueron ó inventores ó aventajados alumnos, y que hoy tienen que contentarse con recibir como originales de allende el Pirineo ó el canal de la Mancha.

Los numerosos y activos emisarios que la industria francesa mantiene en todas las partes del globo, se habian apoderado en este, como en otros muchos ramos, del mercado de nuestra capital, y solo á los hombres poco meditadores no les era dado conocer la importancia de un comercio semejante para nuestros vecinos transpirenáticos, y por consiguiente la necesidad de destruirle con la concurrencia nacional.

Las emigraciones á que los sucesos políticos han obligado á tantos españoles de algunos años á esta parte han traído, no hay que dudarlo, entre muchos males, algunos bienes, y como tales contamos en primer término los adelantos en la fabricacion de muchos artículos de consumo, que la necesidad ó el lujo hacen ya indispensables, al propio tiempo que han despertado en el público

cierta exigencia de buen gusto, bastante á sostener y alimentar aquellos adelantamientos. No hay pues que reirse de nuestra asercion: un hombre que despues de un largo destierro de su patria vuelve á ella con el conocimiento de un medio seguro para confeccionar á la holandesa la manteca de Asturias, ó para reproducir en Madrid el javon de Windsor ó el aceite de Macasar, es á nuestros mezquinos ojos por lo menos tan importante, y acaso mas positivo, que el que llega con los bolsillos llenos de leyes intraducibles de puro originales en otros países.

La *perfumeria de Diana* establecida por el Sr. Salamanca en la calle del Caballero de Gracia, es á no dudarlo una importacion útil para la industria madrileña, sujeta en este punto hasta el día á los productos de artifices extranjeros. El artista Salamanca ha venido á ofrecer á su pais el fruto de su esperiencia en este ramo, durante una residencia de muchos años en el extranjero, y las bellezas matritenses le son deudoras de una infinidad de procedimientos que brindan á sus gracias naturales un aumento de juventud y lozanía.

Desde luego el aspecto y disposicion de este elegante templo de la moda, nada tiene que envidiar á los que ostentan las calles de Londres y Paris; y para ahorrarnos de una larga descripcion, nada nos parece mas oportuno que reproducir aqui la vista de su portada.



El interior es correspondiente á esta elegancia, y siendo ella tan esmerada, aun se distingue mas este establecimiento por la prodigiosa reunion de artículos correspondientes á su objeto, cuya enumeracion, aunque en extracto, no nos parece fuera del caso, siquiera no sea mas que como documento histórico de la altura del arte hasta este día.

Sirvan de ejemplo las fantásticas denominaciones de los artículos siguientes.—*Pomadas*: Dobles extractos de tuétano de vaca suiza; oso de Rusia; oso del Canadá; oso suizo; de los Alpes, veneciano, oriental, de los Francos, Tónicos de ron y quina; id. de Mademoiselle, Circasianas, macasar de cuatro clases, perlas oleoginosas del

Paraguay para las cañas. *Aceites*: De Rusia de cinco clases. Filocombos, tuétanos de vaca, regeneradores, circasiano, coco, de avellana, cachemira, Florencia, hiel de San Petersburgo, Madagascar y todos los antiguos conocidos hasta el día. *Cremas para el cutis*: De Venus, alabastro, pepinos, caracol, Persia, crean, rosa, providencia, ambrosina, rubí. *Leche para el cutis*: de Bengala, caracol, cohombro, almendra, rosa, extracto de blanco, crema de Corinto, agua de Atenas, leche virginal y agua de perlas. *Estractos*: Witiber, inglesa, geranio, rosa de flor de Italia, Portugal, resedá, eliotropo, verbena, mil flores, vainilla, jazmin, violeta, agua de Ninon de Leoclos. Patechouli, agua de la Vanda, inglesa, de ambar,

de tocador de la Boullé, de Druet y de Venus, de rosa de Bengala, de Azar, de Colonia, de Farina, y de yerbas y esencias, de verbas, de Toalette y barniz para el ealizado. Estas tres últimas de composicion del mismo Salamanca. *Dentífricos*: Crinal, Naguel, Lugiet, chinos, charcoral, opiatas minerales y vegetales de Salamanca, agua de voto, Ceilan, miel inglesa, garamaco, balsámica, tesoro de la boca. *Perfumes*: Polvos de los reyes, id. de Berlín, pastillas y aguas diversas, Witiben, papel chino, agua de fumadores. *Perfumes para la ropa*, Almohadillas de todos colores y hechuras, sacos de Witiben, sultanas, pastillas, bolas, esencias, polvos y crema de todas clases y olores. Tintes para el pelo, tesoro de la cabeza, mucilagos, selenité, polvos de Ruivan, id lenitivos, pomadas, agua lastral. Vinagres, de cuatro ladrones, inglesas, sales inglesas y vinagrillos de Sevilla.

No acabariamos nunca si hubiéramos de continuar el largo catilogo de las invenciones ó aplicaciones del Señor Salamanca: basta decir á nuestras damas de gran tono, á nuestros jóvenes elegantes (inclusos los de sesenta años), que en tan benéfico almacén encontrarán remedio á todas sus averías, satisfaccion á sus inclinaciones y defensa contra los ultrages de la edad; viniendo á ser un Leteo de sus desgracias físicas, una fuente de Juvenio para sus dolores, y un grande arsenal en fin, donde el amor les ofrece sus armas para combatir á la incansable segur del viejo alado.

HIGIENE.

DE LAS BEBIDAS.

El agua es la bebida mas general: es la base de todas las bebidas compuestas por la naturaleza ó por el arte, pudiendo decirse que en estas últimas no hace sino modificarse de muchos y varios modos.

No hablaremos aquí ni de las cualidades que debe tener el agua potable, ni de los medios de dárselas cuando no las tiene por cualquiera causa que sea; la suponemos pues dulce, grata al paladar, y reconocida por buena para los diversos usos de la vida.

Las propiedades refrigerantes del agua varían según la temperatura que se le dé: mas en general puede decirse que cuanto mas se acerque á la temperatura del cuerpo humano, menos á propósito será para propagar la sed en cuyo caso se habia de beber mucha cantidad de ella para conseguirlo. Conviene pues en cuanto es posible quitarla esta temperatura igual á la del cuerpo humano: pues así como es tan necesaria la introduccion en el estómago de una cantidad de líquido proporcionada á las pérdidas experimentadas por el cuerpo, así es también dañosa la superabundancia, cuyo efecto es detener la digestion, favorecer el sudor y enervar las fuerzas intelectuales y físicas.

Es pues mas saludable que el agua templada la que tenga un grado de calor que pueda aguantar la boca. ¿Quién no ha experimentado en los grandes calores el efecto instantáneo de algunas cucharadas de sopa para apagar una sed que algunos vasos de líquidos comunes no habian hecho sino encender? Se conoce en esto que en los órganos de la sensacion de la sed hay una verdadera accion química ó eléctrica.

Pero cualquiera que sea la ventaja de las bebidas calientes para apagar la sed, no equivalen á las frescas ó frías. Nos detendremos un momento en esta proposicion tan conocida y simple, que pudiera parecer trivial.

El agua fresca tiene la ventaja de agradar y de obrar eficazmente en corto volumen: en este caso debe sus pro-

piedades al cambio que determina en el estado de sensibilidad de los órganos, y son inmensas sus ventajas bajo muchísimos aspectos.

Pero á la par de las ventajas de las bebidas frías, tienen en ciertas circunstancias graves inconvenientes que indicaremos sin omitir los medios de remediarlos.

Cuando las bebidas frías se echan repentinamente al estómago en el momento en que el cuerpo recalentado por un ejercicio violento ó por el calor atmosférico está lleno de sudor, enfrian de golpe los órganos que tocan y determinan de esta manera un pasmo que produce á veces una alteracion, cuyos resultados son muy diversos según las circunstancias; pero que tiene por efecto principal y constante la alteracion profunda de los órganos del pecho y bajo vientre.

Es tan digno de notarse como inesplicable, el que sean necesarias circunstancias particulares, para que este mal efecto de las bebidas obre de una manera general; y decimos de una manera general, porque no pasa año en que no pueda observarse aisladamente en algunos individuos, mas en tan corto número que no pueden fijar la atencion, al paso que toman á veces el carácter epidémico.

Una de las enfermedades que mas generalmente producen las bebidas frías es el colera-morbo europeo, distinto del de la India. Le hemos observado desplegarse entre algunos segadores en todos los veranos, originándose esto de las bebidas heladas. Hace unos diez años que le tuvieron millares de personas en el discurso de pocas semanas; pero ¿por qué tan extraño fenómeno despues acá bajo este aspecto epidémico?

El medio sencillo de contrarestar el inconveniente de un líquido demasiado frío en el estómago es el de someter á la accion del líquido antes de beberle cualquiera parte del cuerpo, siguiendo el ejemplo de los habitantes del campo, que cuando cubiertos de sudor van á beber á alguna fuente ó riachuelo, meten las manos en el agua por algunos minutos, y otros se rocian la cara ó hacen gárgaras antes de tragarla. Repitamos estas prácticas populares y aprovechémonos de las lecciones que nos presentan.

Conviene pues cuando la sed es grande, el cuerpo está muy sudado y la escitacion general es fuerte no echar de repente en el estómago una gran cantidad de agua fría: sino ir la bebiendo sucesivamente, teniéndola y agitándola en la boca para que tome su temperatura y á la que temple con su accion especial sobre la lengua y partes adherentes.

Entre todas las bebidas no es el agua pura la que menos apaga la sed, y mucho mas cuando se la acidula de cualquier modo con el vinagre ó los ácidos cítricos, tártrico, carbónico ú otros semejantes, ó simplemente con el zumo de ciertas frutas; de aquí provienen las ventajas de los vinos blancos acidulados y espumosos como la cidra, y sobre todo la cerveza ligera y espumosa, cuyos efectos que son el resultado de la fermentacion alcoholica los conocen todos los pueblos desde el origen de la sociedad. Todos han hallado el medio de modificar sus bebidas y darlas algunas de las cualidades espresadas con el uso de estas diversas sustancias.

No solo disminuye mas facilmente la sed el agua fría y acidulada, sino que obra también como tónico del estómago y de todo el organismo, de donde nacen las ventajas que produce cuantas veces hay que resistir á la influencia debilitante de trabajos duros ejecutados al rayo del sol, ó en una atmósfera pesada y tempestuosa, en piezas secas y húmedas ó delante de fraguas ú hornos de vidrio.

Tampoco es indiferente el modo de introducir en la economía la cantidad del líquido que necesita para prevenir la sed que suele seguirse á los trabajos ejecutados á campo raso y á los rayos del sol. Reiteradas observaciones demuestran que tanto mas tarde se retira la sed,

cuanto mas humedecidos hayan estado los alimentos; ó en otros términos, que es mucho mejor tomar alimentos bien saturados de líquido, que no secos y bebiendo solo al fin de la comida. En este caso la absorción del líquido es instantánea; pero cuando este se halla íntimamente unido á la masa alimenticia, no le suelta esta sino sucesivamente y á medida que se hace la digestión y que le reclamau las necesidades de la economía.

En tiempo frio, en países húmedos y lagunosos, en los trabajos que se hacen bajo de tierra ó que exigen que el cuerpo ó alguna parte de él permanezcan metidos en el agua algun tiempo, y sobre todo cuando los jornaleros son flemáticos, deben substituirse á las bebidas indicadas las tónicas y espirituosas como las cervezas fuertes, los vinos y las infusiones que escitan la transpiración, tales como la del thé, menta, salvia, naranjo, á las cuales se añade cierta cantidad de alcohol. Es sabido que á los habitantes del norte de Europa les va bien tomando cerveza caliente en que se desatan unas cuantas yemas de huevo, y usan tambien de alimentos preparados con cerveza; y segun informe de los que han viajado por aquellos países, no hay alimento ni bebida mejor para resistir á la influencia debilitante del frio.

En cuanto á los alcohólicos puros; solo sirven para engañar ó paliar la sed. Basta al efecto gargarizarse con ellos, porque si se tragasen aumentarían el ardor y desazon que produce esta sed. La menta, el nitrato, el sulfato de potasa, y algunas otras sales tienen esta propiedad.

EL AFICIONADO A LOS PUNTOS

DE VISTA.

El famoso Hoffman, tan célebre por sus cuentos fantásticos refiere el siguiente caso. Durante mi residencia en Beveigen me pasaba una tarde por un bosque cercano á la poblacion, y advertí á unos cuantos paisanos ocupados en cortar en jaro, y aserrar troncos de árboles. Yo no sé porque se me antojó preguntarles si se trataba de abrir algun camino en aquel punto. Mirárouse unos á otros riéndose, y me respondieron signiese mi camino y que se lo preguntase á un caballero á quien encontraría de pie sobre una cumbrecilla frente al bosque. Con efecto á pocos momentos di con un viejecillo de semblante pálido, vestido de un leviton abotonado, una gorra de viaje y una burjaca á la espalda. Estaba armado de un gran catalejo que asestaba fijamente hacia el paraje en que habia dejado yo á los paisanos. Al sentir que me acercaba metió los tubos de su antejo, y me dijo con la mayor viveza. ¿Viene V. del bosque, caballero? ¿en qué estado se halla el corte? Yo le referí lo que habia visto, y el continuó: Bien, muy bien. Desde las tres de la mañana (serian entonces las seis de la tarde) estoy aqui de centinela, y ya empezaba á temer que la lentitud de esos mencecatos, aunque les pago muy bien, no me lo echase á perder todo; pero, á Dios gracias, espero por lo que V. me dice que la perspectiva se presentará en el instante oportuno.

Volvió entonces á armar su catalejo dirigiéndose hacia el bosque con la mayor atencion.

Algunos minutos despues vino á tierra repentinamente una gran parte del bosque, y descubriéndose como por encanto una perspectiva, percibí á lo lejos un magnifico anfiteatro de montes, y en el centro las ruinas de un antiguo castillo, vivamente iluminadas por los últimos reflejos del sol, próximo á su ocaso. Era en verdad un punto de vista asombroso.

El viejecillo permaneció cerca de un cuarto de hora en el mismo sitio, espresando su enagenamiento con raras exclamaciones y patadas. Cuando el sol se ocultó,

plegó su catalejo, metióle en la burjaca, y sin saludarme, ni decirme mas palabras, y segun las trazas sin pensar siquiera en mí, echó á correr.

Supe despues que aquel original de primera clase era el baron de Reinsberg. Asi como el famoso baron Grothus, viajaba continuamente á pie, y pasaba su vida en andar á caza de buenos puntos de vista con una especie de furor. Si llegaba á un sitio en el que para proporcionarse un paisaje pintoresco era preciso derribar una colina, cortar una selva, ó echar abajo casas enteras no reparaba en gasto alguno, ni le arredraban obstáculos; é inmediatamente echaba mano de su dinero y persuasiones para que le diesen gusto los dueños, albañiles, leñadores, mineros y demas. Se cuenta que en cierta ocasion se le puso en la cabeza incendiar una gran alqueria en el Tirol, nueva todavia y que costó mucho disuadirle de su proyecto.

No se le vió jamás pasar dos veces por una misma comarca.

TRADICIONES ACERCA DE BRUJAS.

La creencia en brujas no fue desvaneciéndose en Francia sino con mucha lentitud. Bajo el reinado de Carlos VII dominaba casi generalmente. En el proceso manuscrito de Juana d' Arc, que existia en el último siglo en la biblioteca de S. Victor de Paris, se dice que se preguntó repetidas veces á aquella jóven heroína, si no habia visto á las brujas, si no les habia hablado, y si no habia concurrido á su frente y bajo un árbol, cerca de su aldea de Domrems en Lorena. Se creia comunmente á las brujas, ó como viejecillas disformes y horrosas, ó bien como mujeres hermosas, sabias en el arte de los encantos y de la adivinacion. Los lemosinos las llamaron *fadas*, y los pueblos de la Marca *feas*, se suponía que habitaban en grutas y rocas. En las cercanías de Dorat, en la Baja Marca, hay muchas rocas blancas, llamadas por los del país *pedras blancas*, y que se creia que eran la residencia de las brujas. En Berri, y á alguna distancia de Luai, hay una gruta que en un tiempo pasaba por habitacion de ellas. Cerca de Sarbois se ve otra, que se llamaba el *sótano de las brujas*. En Perigord hay otra caverna llamada Cluzeau, que se suponía tuviese igual destino. Se creia que tenia cinco á seis leguas por bajo de tierra, y aun se aseguraba que corrían por ella hermosos arroyos en medio de salas y aposentos empedrados de mosaicos, con altares y pinturas en diferentes sitios. Las mismas tradiciones habia en el Limosin, Angoumois, Laintong, Poitou y casi toda la Bretaña.

Esto prueba que en donde quiera ha pagado el hombre este tributo de su amor á lo maravilloso, y que nada tienen que echar en cara á España los estranjeros en punto á estas creencias populares; y particularmente en el día, en que reinan en ellos mucho mas que en nuestra nacion la fé en las tiradoras de naipes, las observaciones supersticiosas del número de convidados en una mesa, de dias aciagos etc. etc.

MODO DE DAR LUSTRE A TODA CLASE

DE UTENSILIOS DE COBRE O BRONCE.

Se limpiarán primeramente con una escobilla fuerte, y se les quitará la roña con piedra pomez, y despues pondrán cuatro onzas de lapiz-plomo pulverizado en medio cuartillo de vinagre. Se estendera esta mezcla con una brocha en las piezas que se quieran brupir, y cuando estén secas, se volverá á frotar con otra escobilla hasta que queden relucientes.

TEATROS.

MUERETE ¡Y VERAS!....

Comedia original en cuatro actos, por D. Manuel Breton de los Herreros.

Limitados por sistema á no hablar de mas producciones dramáticas, que de aquellas que reúnen á un mérito relevante la circunstancia de *originales*, nos vemos en la necesidad de guardar largos periodos de silencio, si bien estos prometen abreviarse, á medida que nuevos y apreciables escritores se van lanzando á una arena tan noble como tristemente descuidada hasta el día.

Pero en ninguna ocasion tomamos tan gustosos la pluma, como cuando cumplimos con el grato deber de tributar nuestro sincero homenaje al mas fecundo y original de nuestros escritores dramáticos contemporáneos, al laborioso y ameno poeta que durante largos y borascosos años, ha sabido conservar en nuestra escena aquel fuego sagrado, aquel esplendor tradicional que la hizo brillar un día entre las primeras de Europa. El señor Breton con su afortunada facilidad nos presenta frecuentemente esta ocasion, y heredero de los laureles dramáticos del célebre *Inarco*, marcha al frente de la escogida porción de jóvenes que anuncia á nuestro teatro una nueva era de prosperidad y de gloria.

Fiel á los principios que encontró establecidos por el padre de nuestra escena clásica, las producciones del señor Breton se han distinguido hasta el día por la regularidad de sus formas, por la acertada pintura de costumbres y caracteres, y por el gracejo y fuerza cómica de un diálogo interesante y animado; y en este sentido es preciso confesar que el autor de *La Marcela*, *A la vez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, y *Todo es farsa en este mundo*, ha adquirido justos títulos á la simpatía y gratitud del pueblo español. Pero el siglo actual, trabajado por las sensaciones mas vivas, y sediento de novedades en todos generos, no se satisface ya con los medios que en los anteriores bastaron á dominar el humano alvedrío; y he aquí la razon de la nueva secta literaria, que negando la autoridad de las trabas impuestas al genio, establece que este no debe estar limitado mas que por sí mismo, y que por lo tanto es libre de volar hasta la altura que le permitan sus alas.

Considerando sin exageracion este principio, no puede negársele grandes ventajas, y acaso no hubiera encontrada oposicion aun en los mas apegados á las antiguas formas dramáticas, si la aplicacion de él hubiera sido guiada por las mismas razones morales y políticas que tanto honor hacen á los escritores clásicos; pero los apellidados *románticos* de la escuela francesa, equivocaron en general desgraciadamente la forma con la esencia de sus obras, y apartándose en las mas de ellas de aquel objeto de moral política ó religiosa, único capaz de interesar y hacer duraderas las obras del ingenio, cayeron en una extravagancia de ideas; en un abismo de horrores, en un colorido tan exagerado y ridículo que casi han llegado á hacer sinónimos de su moderna escuela el apellido de *romántica*, con los de *falsa* é *inmoral*.

Hubo y hay sin embargo entre los escritores de aquella nacion hombres eminentes, que sabiendo aprovechar de la franquía que las luces y el gusto del siglo permitian á los autores, cuidaron siempre de no bastardear sus obras al influjo de una idea antisocial y corrompida, y entre todos ellos descuella el célebre *Casimiro de Lavigne*, en cuyas últimas producciones aparece consignado el severo principio de la razon, bajo las libres y halagüeñas formas del ingenio.

Bajo este principio es como nos parece que deben

trabajar nuestros autores españoles, en restituir á la escena patria aquella gala y lozanía, á que tan bien se prestan nuestra imaginacion y nuestra lengua, y ya que el gusto moderno les liberta de ciertas trabas acaso injustas por voluntarias, no hagan como los dramaturgos franceses tan escesivo abuso de la libertad, lanzándose en el espinoso campo del materialismo y de la inmoralidad, no se dejen seducir por los colores falsos que su imaginacion representa, sino estudien de cerca la sociedad; ella por fortuna no está tan corrompida entre nosotros, que no produzca flores olorosas y risueñas, sin luego salpicarlas de sangre ó hacerlas doblarse al influjo de un ciego y mentido destino.

Reconocemos con singular placer en el señor Breton esta apreciable cualidad, que en medio de los sofismas con que sin duda ha escuchado defender los estravios del genio, y al rumor de los aplausos con que tal vez ha visto coronar los insultos á la razon, ha preferido marchar impávido por la senda de la moral y del deber, sin doblar su rodilla ante el ídolo que aunque pasageramente viera acatado y bendecido.

Ha llegado sin embargo el caso de usar moderadamente de la libertad en las formas literarias del nuevo teatro moderno, las cuales nada se oponen en el fondo á la razon, y pueden conducir á hacer mas eficaz su resultado, y esto es lo que ventajosamente ha conseguido realizar el autor en la comedia *Muerete y verás!....* que forma el objeto de este artículo. En ella se procede con un fin moral, caracteres verdaderos, con verosimilitud en la intriga, y al mismo tiempo se marcha en esta con cierto desembarazo racional, y con bien calculados efectos de contraste que hacen mas halagüeño el conjunto.

Escusado es repetir aquí el argumento de una pieza que está destinada á una gran popularidad. El pensamiento que en ella se desenvuelve es tan oportuno y natural, que parece imposible haya sido reservada al autor la gloria de ofrecerlo en escena, y todo él está refundido en estos versos con que concluye la comedia,

«Para aprender á vivir
No hay cosa como morir
Y resucitar despues.»

Con efecto, admitido el supuesto; qué lecciones de desengaño no recibiria cada uno de parte de aquellas personas que cree mas interesadas en su existencia! Así el bueno de *don Pablo*, primer personaje del drama, tiene ocasion de ver la falsedad de su amante, la traicion de su amigo, el fingido sentimiento de su heredero, la desesperacion de su acreedor, el olvido de sus camaradas; mas por fortuna ha compensado tan terrible cuadro con el amor y la afliccion profunda de una muger que le adoraba en secreto, y á quien sorprende derramando lágrimas sobre su tumba.

Este cuadro filosófico en cuyo progresivo interés se conoce muy bien la experiencia del autor y su conocimiento de la escena, ofrece al señor Breton el despliegue de caracteres sabiamente concebidos y matizados con suma delicadeza, y aquella fuerza cómica que es peculiar á su pluma. La sensible y pura *Isabel*, amable escepcion que se hace mas interesante en una sociedad á donde las volátiles y olvidadizas *Jacintas* suelen servir de regla, ofrece en esta un contraste que aunque no nuevo en la escena, siempre está seguro de agradar, y mas hallándose delineado con la exactitud que aquí. El agorero y egoísta *don Froilan* que todo lo ve perdido en el mundo, y que escudado con esta desconfianza, se encierra en sí mismo para gozar sin comunicacion ni simpatía; que olvida al muerto por indiferencia; no asiste al entierro por no entristecerse, y luego llora y gime y predica por cumplir con la herencia; es uno de los caracteres mas cómicos y acabados que nos ha presentado en la escena el señor Breton, tan fecundo en esta clase de creaciones; y

bastaría él solo para acreditar la comedia, sino tuviera que repartir este honor con el especulador *don Elías*, prestamista vergonzante y amigo *con interés*; en cuya boca cada palabra es un chiste, cada pensamiento una centella del genio del autor.

Los demas personajes aunque variados y sostenidos, aparecen algo pálidos al lado de este grupo principal, y acaso calificaríamos de inútiles los tres amigos y el barbero, si no creyéramos que la libertad de la escuela moderna autoriza (á nuestro entender justamente), estos personajes que solo sirven para animar tal y tal escena; como sucede aqui con la del barbero con el muerto don Pablo y luego su bellissimo coloquio con don Elías. Algo mas inútil nos parece y un sí es ridículo y grosero, el aparato tronador en que se aparece el supuesto muerto don Pablo en la boda de Jacinta, y creemos que bastaría su presencia sin la intervención del polvorista para conseguirse el efecto que el autor deseó.

Son tan conocidas y apreciadas en las comedias del señor Breton las distinguidas dotes de viveza en el diálogo, matizado por decirlo así, de chistes eminentemente cómicos, que parecería inútil repetirlo aqui, sino creyéramos que en esta comedia en que como dejamos indicado, se ha propuesto un gran objeto moral y otro literario, es tambien donde se ha esmerado mas en consignar la riqueza de su imaginación, y una fuerza de estilo que no dirian mal en las mas acabadas producciones de Moreto ó de Alarcon. Seria preciso reproducir toda la comedia para dar á conocer las infinitas gracias de que abunda; pero sobre todo los dos papeles de don Froilan y don Elías que parecen rivalizar en tener cautivada la discreta risa del auditorio. Sin embargo, no podemos menos de hacer aqui mencion de la escena 3.^a del 2.^o acto, en que don Elías declara su amor á doña Isabel de una manera tan exótica, como puede declarar su amor un usurero: luego la festiva glosa de los partes militares hecha por don Froilan; los diálogos con el barbero, y el bellissimo en quintillas con que concluye la comedia.

A nuestro entender este drama constituye la mejor palma del señor Breton, á quien sin embargo nos atreveríamos á aconsejar que en la eleccion de los títulos de sus comedias proceda con menos franqueza y generosidad, pues hemos observado en casi todos ellos que por ~~exagerar~~ ~~exagerar~~ demasiado el argumento suelen quitar la

novedad de la sorpresa al desenlace; renuncia que de ningún modo debe hacer un autor. En este drama por ejemplo al oír el público *Muérete*; y *verás*!... ya está de antemano instruido de toda la intriga, y ni un solo momento puede dudar su resultado; escollo terrible contra el interés que á no ser por la brillantez de los detalles, puede comprometer el éxito de una comedia.

La ejecución de esta ha sido en general acertada, gracias á la feliz reunion de los principales actores de ambos teatros. La señora Díez tuvo ocasion de conmover constantemente al auditorio con la esquisita sensibilidad con que supo trasladar el caracter de Isabel, y la señorita Perez desempeñó bien el de Jacinta: el señor Luna sostuvo con gracejo el admirable de don Elías; y finalmente, el señor Romea mayor desplegó en el de don Froilan un aplomo y una pericia dignos de todo elogio.

LOS OMNIBUS IRLANDESES.

El carruaje llamado en Irlanda *jaunting car*, esto es, carro errante y vagamundo, es peculiar de aquel país; y el extranjero que entra por primera vez en Dublin ó Kingstown no puede á la vista de tan extraño carruaje dejar de manifestar algun indicio de asombro y aun de burla. Sin embargo, la construcción de un *jaunting car* no está mal concebida. Las ruedas colocadas bajo los asientos, que las cubren hasta la mitad, no levantan polvo ni salpican con el lodo. La superficie ancha y con algunas pulgadas de cabidad que separa los asientos y ocupa el centro del carruaje, conduce los equipages de los viajeros que los tienen así á la vista y pueden cuidarlos por sí mismos, y tomarlos cuando gusten sin tener que aguantar y maldecir la pesadez de los conductores. Los asientos de cada lado son cómodos, y nada en ellos embaraza la vista, y frecuentemente ocupado un lado entero de hermosas jóvenes de «la verde Irlanda» presenta á los transeúntes un cuadro encantador. Los ricos propietarios usan tambien de carruajes de la misma construcción, cuyo lujo y elegancia superan infinitamente á los *jaunting car* de alquiler.





APOTEOISIS DEL EMPERADOR CLAUDIO.

Entre las infinitas riquezas artísticas que encierra nuestro Museo de Madrid, se distingue notablemente por su antigüedad y perfecta ejecución el magnífico grupo de mármol, conocido por *El apoteosis del emperador Claudio*. Esta elegante obra fue mandada construir, según se cree, por su sucesor Neron, el cual (dice Plinio), quiso al parecer disimular con este holocausto la traición de haberle hecho envenenar para usurpar el cetro. La casa de Colona en Roma fue un tiempo poseedora de este apreciable monumento, y el cardenal Gerónimo Colona le hizo transportar á Madrid para obsequiar con él á Felipe IV. He aquí la razón de hallarnos hoy poseedores de esta estimable escultura.

Consiste pues en el busto de dicho emperador con corona de rayos y un limbo ó diadema alrededor de la cabeza. Asienta este busto sobre un águila en actitud de levantar el vuelo, la cual con una garra reposa sobre un globo, y con otra sostiene el rayo de Júpiter. Debajo del águila se ve un grupo de trofeos, como son escudos, corazas, moriones, espadas, áncoras, proas y popas de navios en alusión á las muchas victorias alcanzadas por Claudio, ó mas bien por sus generales, pues es harto sabida la imbecilidad de aquel emperador.

Este precioso grupo de que trata con detención Montfaucon, autor antiguo de bellas artes en su tomo V, capítulo 11, ha sufrido muchas restauraciones, y don Antonio Ponz hablando de él dice que en su tiempo se hallaba destituido en lo principal, faltando la cabeza del emperador y algunas otras partes de las referidas. Con todo esto asegura que se guardaban dichos trozos con cuidado, desmintiendo al mismo tiempo la asercion de Mister Galoway, general inglés que militó en España á principios del pasado siglo, quien dijo haber hallado la cabeza del emperador Claudio sirviendo de pesa al reloj del Escorial: calumnia que por oprobiosa á la civilización española, ha sido despues repetida con cuidado en muchos escritos estrangeros; pero que no por eso es menos falsa.

En el dia, verificada la conveniente restauracion, y unidas con escrupulosidad las partes rotas, se encuentra esta obra en los términos que representa el grabado que va al frente de este artículo, y los inteligentes tienen ocasion de poder apreciar en nuestro Musco las bellezas que la distinguen.

RIQUEZA MINERAL DE ESPAÑA.

La España era ya célebre en la antigüedad por las abundantes riquezas minerales de su suelo. Plinio, que exceptuando á Italia miraba á esta region como á la provincia mas bella del imperio romano, cuenta en diferentes partes de su historia natural, que en su tiempo se explotaban en ella muchas minas de plomo, estaño, hierro, cobre, plata, oro y azogue. Las revoluciones que sobrevinieron despues de la caída del imperio, disminuyeron la actividad de su explotacion. Los moros, que jamás se dedicaron con seriedad á la explotacion de minas, y que rara vez emplearon la piedra de sillería para sus edificios, no miraron este ramo con gran interés; pero sin embargo conservaron muchas explotaciones romanas en el Oeste de la península. La industria mineral quedó sin embargo totalmente destruida con la espulsion de los moros de España, y esta nacion flora al presente los amargos frutos de la energia con que sus vencedores aniquilaron cuanto habia creado ó conservado la civilización oriental.

El descubrimiento del Nuevo Mundo á fines del siglo XV acabó de dar por el pie á la explotacion de mi-

nas de España: con el fin de favorecer en América á una industria que era para ellos un manantial de rentas, prohibieron los reyes bajo de rigurosas penas la explotacion de las minas de la península, reservándose en este punto un privilegio esclusivo, que concedieron á veces en arrendamiento á los particulares. Con esta administracion imperfecta algunas minas favorecidas por circunstancias particulares, dieron á sus explotadores grandes riquezas; pero la prosperidad de tales empresas en las que el interés momentáneo era el que esclusivamente dirijia las operaciones, nunca fue de larga duracion: las minas de azogue del Almaden, cuyos productos eran absolutamente necesarios para la explotacion de metales preciosos en la Nueva España, fueron las únicas que continuaron en actividad, remitiendo anualmente á Méjico de cinco á seis mil quintales de azogue.

A mediados del último siglo, la explotacion de la mina de Huancavelica en el Perú, que anteriormente suministraba el azogue necesario para el beneficio de las de plata de aquel país, se interrumpió de resultados de un hundimiento, y haciéndose mas sensible la necesidad de este metal, dió mayor actividad á las minas del Almaden, cuya produccion anual subió á 18,000 quintales. Pero diversos accidentes originados de la mala administracion, la guerra que á principios de este siglo devastó por cinco años la península, y posteriormente la lucha de donde provino la independencia de las colonias americanas, y que suspendió por muchos años la explotacion de las minas de Méjico y del Perú, acarrearón varias vicisitudes á esta explotacion.

A escepcion de las minas del Almaden, las de cobre de Riotinto, las de hierro de Vizcaya y de algunos otros puntos de las provincias libres, la explotacion de metales estaba en 1820 en la mayor decadencia. En el norte de España la industria particular, casi esclusivamente dedicada á la elaboracion del hierro, se hallaba protegida por privilegios particulares contra las pretensiones de la corona; en las demas provincias algunas herrerías catalanas dependientes de mayorazgos y de comunidades religiosas, surtian á la agricultura y á las artes mecánicas los productos que no sacaba España del comercio exterior. Algunas fábricas creadas por el gobierno desfallecian en medio de un terreno el mas rico en metales, y á pesar de las ventajas que un monopolio absoluto aseguraba á sus productos.

En tal estado de cosas sobrevinieron los acontecimientos políticos de 1820. Los reglamentos que tan fuertemente encadenaban el impulso de la industria española en favor de las colonias americanas, que por otra parte estaban ya en abierta rebelion para sustraerse al yugo de la metrópoli, se habian hecho intolerables en ciertos punto, y cayeron inmediatamente en desuso con el nuevo gobierno, cuya mision era la de la reforma de antiguos abusos, y un reglamento provisional trasladó entonces al dominio comun el derecho de explotar las riquezas minerales. Las nuevas mudanzas políticas que se siguieron no pudieron afortunadamente arrancar ya á la España aquella conquista de la industria y una ley sobre minas expedida en 4 de julio de 1825, esplayada despues en la instruccion de 18 de diciembre del mismo año, y obra del celoso director del ramo, don Fausto Elhuyar, vino en fin á asegurar la industria mineral de España bajo las bases contenidas en las ordenanzas de Nueva España, y en las legislaciones de Francia, Prusia y Alemania.

No tardaron tan generosas disposiciones en producir provechosos resultados, y así es que especialmente en el reino de Granada los esfuerzos de la industria de los particulares tuvieron en solos tres años resultados sin ejemplo. La poblacion de la montuosa comarca de las Alpujarras que desde la espulsion de los moros vivia en la mayor miseria y desmoralización, salió repentinamente de su apatía al saber que habia ya acabado un monopolio odioso, y se dedicó con el mayor ardor á la explotacion de

las minas de plomo tan abundantes en el país. El éxito sobrepasó á las mayores esperanzas, y pocos meses bastaron para enriquecer á pobres paisanos á quienes favorecía la suerte: se multiplicaron al infinito las explotaciones, en términos que desde el año de 1826 empezaron á beneficiarse mas de 3500 minas en las sierras de Gador y de Lujar, y á mediados del año de 1833 se habian abierto 4000 pozos en sola la sierra de Gador.

Antes de 1820 no producian las fábricas reales, únicas que tenían el privilegio de fundir los metales que compraban al precio que el gobierno quería ponerles, sino de 30 á 40,000 quintales de plomo; en 1833, es decir, tres años despues de las primeras empresas ascendia ya el producto á 500,000 quintales. En 1827, época de la mayor prosperidad de la fabrica, el producto de este metal subió á la enorme cantidad de 800,000 quintales, y no pudiendo desde entonces los explotadores renunciar á todo beneficio, se ha equilibrado el producto con los pedidos del metal, y ha quedado casi estacionario.

Las abundantes minas de carbon de piedra de los alrededores de Oviedo, que por desgracia no estan todavía en contacto con la costa por la dificultad de las comunicaciones suministran á los establecimientos metalúrgicos de la costa de Andalucía productos que de día en día se aumentan. En la misma provincia, pero en situacion mas favorable, cerca del rio de Aviles ha empezado á explotar dichas minas una compañía de comercio. Estas minas cuya galeria principal desemboca en la playa del mar, exportarán por él sus productos, y es indudable que prosperará muchísimo su explotacion. Se trabaja tambien mas activamente cada día en otra mina de carbon de piedra de Villa Nueva del Río, á 8 leguas de Sevilla, la cual da un excelente combustible á los barcos de vapor que en el día navegan en doce horas de Sevilla á Cádiz.

El súbito desarrollo de la industria mineral en el reino de Granada fue una leccion para el gobierno: conoció que estrivaba el interés del Estado en combatir una ignorancia que por tanto tiempo habia impedido conocer tan abundante manantial de riquezas. Se dieron todos los estímulos posibles á la minería, se establecieron dos escuelas, la una en Madrid y la otra en Almadén; se enviaron alumnos á la escuela de Freyberg en Sajonia para que estudiásen el estado de la minería en aquella parte de Alemania, y sin duda la nueva direccion dada en el día á la política no privará á los jóvenes que se dedican á este ramo de las luces que puedan adquirir en dicha escuela y en otras no menos célebres.

Los ricos minerales de hierro de los contornos de Marbella y del Pedroso deben al celo del habil ingeniero Elorza, la elaboracion que recibe segun los métodos mas modernos que ha sabido acomodar á las circunstancias locales. En el día se están perfeccionando por direccion suya las fraguas de Galicia que se irán propagando á los diferentes puntos del norte de la península.

En el corto período espresado ha recibido igual impulso la explotacion de otras sustancias minerales. Se ha aumentado la del azogue del Almadén; y las antiguas minas de cobre de Rio-Tinto, abandonadas mientras llegaban libremente á Cádiz los cobres de la costa occidental de la América del Sur, ha vuelto á su actividad desde la rebelion de las colonias. Los grandes depósitos de calamina de Alcazar, en la parte oriental de la Mancha, se explotan actualmente con el mejor éxito. Las minas de plomo de Linares en el reino de Leon, y de Falset en Cataluña han dado grandes productos, no obstante la temible concurrencia de la sierra de Gador. Se ha empezado á sacar partido de los minerales de cobre de Linares, en las inmediaciones de la sierra de Gador y en otros diversos puntos.

REMITIDO.

Señor Redactor del Semanario Pintoresco.

Muy señor mío: He pasado en silencio bastantes dias esperando que los periodistas, que de todo tratan, hubieran fijado la atencion en un punto que á mí me parece no desatendible; y, si he de decir verdad, me figuré que V. lo habria hecho con preferencia como amante de que se aproveche el tiempo, como economista, como interesado pagador de jornaleros, y como mas exclusiva y atinadamente dedicado á instruir al pueblo en lo que ahora se llama *intereses positivos*.

No habiendo sido así, me tomo la libertad de dirigir á V. mis observaciones, tales cuales sean, con el fin de que llegando al público por medio de su apreciable periódico, si tiene la bondad de insertarlas en él, algun sugeto mas inteligente las amplie si hallase merecerlo el asunto, que es el siguiente:

La festividad de la *Anunciacion de nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios* que la España celebra el 25 de marzo, ha sido este año trasladada por caer en sábado santo al lunes siguiente al de la Pascua de Resurreccion, habiendo aumentado un día de fiesta á los demasiados que prescribe nuestro calendario, y rebajado uno á los pocos de trabajo, añadiendo pérdidas á las muchas que la nacion de todas maneras experimenta.

Estas pérdidas no son despreciables; pues si hay por ejemplo en la nacion dos millones de trabajadores, y puede calcularse uno con otro á 4 rs. de jornal, sube el desfaldo de ella á 8 millones de rs., suma no indiferente atendida nuestra escasesa pobreza.

Yo no sé de parte de quien vienen estas traslaciones, ni á quien compete el derecho de fijarlas, ni si estan señaladas en principios litúrgicos del rito por la autoridad eclesiástica, ó son hechas á arbitrio de los que confeccionan el calendario civil; pero juzgo que siendo negocio tan del interés nacional, no debia descuidarlo la autoridad política, pues no puede menos de graduarse de abuso el recargo de un día de holganza y pérdida para toda la nacion, por una festividad que podia á mi juicio solemnizarse en cualquiera de los domingos próximos sin detrimento de la religiosidad.

Y es para mí esto de tanta entidad, por de pequeña que á otros les parezca, que me induce á recordar lo que ya años pasados escribí, y no pocos recomendaron, demostrando minuciosamente el mucho tiempo que por infinitos motivos en España se pierde, y lo imposible que es el que salga de pobreza siguiendo en esas costumbres, aunque toda la nieve que suele caer se convirtiera en oro acuñado: pues todo se iria para pagar la industria extranjera que de todo nos snrte, porque aquí nada hacemos sino desperdiciar el tiempo.

La industria, los ahorros que el trabajo proporciona sabe V. que forman lo que se llama riqueza: si no hay esos ahorros sobre qué ha de fundar un pueblo su salud y bienestar?

Indúcese, y si puede ser obliguesele á que aumente sus horas y dias de estudio y de trabajo; y será el mayor beneficio que pueda hacersele, la mayor anchura y libertad que le conviene. Es para mí un pecado y un crimen el aumentar al pueblo español los motivos y ocasiones de holgar, á lo que ya está mas habituado de lo que fuera menester.

Entre las reformas necesarias y urgentes coloco yo la del arreglo del calendario en punto á festividades, y aun mas la de que se busquen medios de compeler á todos los españoles á que trabajen.

Uno y otro lo contemplo difícil. Respecto de lo primero, porque habituada las gentes á las festividades actuales, cubiertas con la apariencia de culto religioso, no cederian aunque se les permitiera ó mandase lo contrario;

antes por mirar esto como novedad moderna y en su juicio herético, se obstinarian mas en su error y en su añeja mala maña, que tanto les lisonjea. Hay cosas que en mandándolas surten peor efecto: esto sería una de ellas. Además, aun los que están conformes en los principios de que conviene la laboriosidad y no adoptan la disminución de días festivos, tienen la aparente disculpa, que yo les he oído, de que antes de tocar esto debe tocarse el punto de que se aprovechen bien los días de trabajo; porque si tantos días se pierden (dicen ellos) al cabo del año fuera de los días festivos, ¿a qué empezar por disminuir estos? Empiécese enhorabuena la reforma de las costumbres por hacer trabajar á todos y aprovechar los días no feriados; y despues, si esto no bastase al fomento de la nación, reformense algunas festividades eclesiásticas; pero (añaden estos tales) lejos de hacerse así, se buscan y estudian trazas y modos de proporcionar espectáculos y diversiones públicas en días de trabajo para entretenimiento y llamativo de los jornaleros; y esto está en desacuerdo con el cacareado clamoreo de los economistas y reformadores sobre el aprovechamiento del tiempo. Con esto piensan tapar la boca, y en verdad no sabe uno que contestarles.

Respecto de lo segundo, que es el que se discurren medios de compeler á las gentes al trabajo, lo considero no menos necesario. Esta sería por ahora la legislación mas conveniente para los españoles. En varias ocasiones lo he dicho. Del trabajo les vendrian las virtudes y las riquezas; y entonces ya podría dárseles buenas leyes. Ahora sin medios ni conocimientos ni virtudes, no pueden ser sino teorías inaplicables, sueños y fábulas cuanto se dice para organizarlos.

Mientras no se respeten entre sí los individuos, las personas y los bienes; mientras vivan hurtándose unos á otros sin que ninguno tenga nada seguro, segun dije en las *Advertencias preliminares al reglamento provisional para la administración de justicia*; mientras sobre los pocos propietarios laboriosos y honrados pesen todas las leyes, todas las cargas y exacciones públicas; y la ociosidad, la ladronera, el brigandaje, la pordiosería, las enfermedades y hospitalidades de las gentes inferiores; mientras nuestros jornaleros fiados en la caridad y socorros de la beneficencia pública, descuiden y abandonen las economías y ahorros de la actividad doméstica, esperando mas bien de la generosidad ajena que de la laboriosidad y diligencia propia el alivio de sus dolencias y miserias; mientras los hospitales, los hospicios, las casas de espósitos inspiren confianza á los holgazanes, y las cárceles y los presidios formen la residencia habitual y casi indiferente de los viciosos; mientras estos establecimientos con sus administraciones y tribunales absorban una gran parte de los intereses y de los productos, y necesiten sus edificios mas amplitud que los talleres, las fábricas y los hogares domésticos: mientras en lugar de producir, construir y fabricar, se ocupen tantas personas en contrabandear para introducir en el reino burlando las leyes lo que en otros países producen, construyen y fabrican; mientras los individuos no se muevan á sacudir su desidia y á fomentarse á sí propios; mientras los pueblos todo lo esperen y exijan del Gobierno, y á él le atribuyan los males que de la pública pereza y demoralización provienen; mientras este sea el aspecto, la condición y la existencia de esta monarquía mal aventurada: mientras todo esto no se enderece de hecho, nada podrá adelantarse en los progresos de la sociedad española, constituyase de la manera que se quiera.

Para esto dije, y ahora repito, son necesarias prontamente leyes adecuadas, proporcionadas, claras, y sobre todo ejecutivas, y autoridades encargadas expresamente de su cumplimiento; autoridades muy inmediatas y en contacto con el pueblo, no elegidas por él, revestidas de otras atribuciones que las de nuestros alcaldes;

autoridades que por medio de una nueva division en pequenísimos distritos todo lo vean, sin que haya habitante que se sustraiga de su conocimiento y vigilancia. Así lo manifesté tambien en las *notas á las leyes de Ayuntamientos y de Diputaciones provinciales* que publiqué el año anterior cuando regían las que precedieron al actual régimen constitucional. Y lo mismo ha manifestado recientemente el autor del papel titulado: *El remedio de España*.

Repito á V., Sr. Redactor, que estos breves renglones tienen por único objeto llamar la atención de otros mas inteligentes, diestros y desocupados hácia este punto de interés general.

La tal festividad de la Encarnacion de Nuestra Señora nos produjo hasta tres semanas consecutivas con días festivos: puedo asegurar á V. con toda franqueza que á mi me hizo muy mala obra, y me ocasionó disgusto, retraso en el cumplimiento de los trabajos á que estaba comprometido, y aumento tambien de gastos, pues nuestros trabajadores en tales días se hacen pagar mas, ya por el sacrificio y favor que dicen hacer en privarse de los pasatiempos y diversiones de los demas, ya porque les sirva el doble jornal para holgar y solazarse otro día, y ya á la vez por disculpar el pecado que creen cometer trabajando en tales días, que no escrupulizan dedicar á tabernas, excesos y desórdenes.

Disimule V. mi impertinencia, y mande á su atento servidor Q. S. M. B.—*Evaristo Peña y Marin*.

GALERIA TOPOGRAFICA.

(En el paseo de Recoletos)

Ya hemos dado noticia en este Semanario del establecimiento que con aquel nombre eucierra curiosidades artísticas que merecen la atención de los inteligentes y aficionados, y proporcionando un agradable recreo á toda clase de personas.

La laboriosidad de los que le dirigen no perdona medio para hacerle cada día mas agradable, y cuando ya el público ha disfrutado por alguna temporada de la visita de sus diferentes objetos procuran proporcionarle un nuevo llamativo en la novedad, que particularmente en esta clase de pasatiempos, es un requisito indispensable.

Como la topografía al sólido es en cierto modo el objeto principal de este establecimiento por las ventajosas aplicaciones que puede tener si llegase á adoptarse y enseñarse, se conserva como punto de comparación respecto á la exactitud y propiedad de las demas vistas *la de Madrid mirado desde la Virgen del Puerto*, por la que el espectador se asegura que la imitación de cuanto se le presenta ni es exagerada, ni falta de pormenor alguno.

Con esta persuasión examina la *subida al Monte de Jura por Poligní*, la *plaza de Peñíscola* y sus contornos, los *escarpados Alpes en el paso del monte de San Bernardo*, la *Ciudad y Golfo de Nápoles*, *Tarragona mirado desde el sepulcro de los Escipiones* y la *Pesca del cocodrilo*; vistas todas de las que ya por los recuerdos históricos antiguos, ya por los acontecimientos modernos desea cada uno formar idea.

La misma eleccion se nota en la parte óptica: *Roma mirado desde el monte Mario*; *el cabo de Creus en el Golfo de Leon*; *el Jardin Florentino*, *el Panteon regio en Nápoles*, *el Tunnel ó paso bajo del Timesis*, *lo interior del monasterio de San Lorenzo en Ouir*; *Saboya y las catedrales de Córdoba y Dublin* trasladan al espectador á situaciones distantes y agradables cada una en su clase.

En la parte mecánica hay una contemporaneidad mas declarada, ofreciéndose á la vista *Argel y la entrada de*

la escuadra francesa en aquella bahía, un autómatas chino que baila en la maroma ejecutando con gracia y propiedad todos los movimientos análogos a este ejercicio, y un pintor mágico en cuyo caballete aparecen sucesivamente diversos asuntos. El tocador de máscaras y otros

juguets diversifican estas escenas. Nos complacemos en dar este bosquejo de un recreo tan propio de las personas ilustradas, y muy particularmente cuando es un testimonio de los progresos en esta importante parte de las ciencias matemáticas, y de las artes.



MR. DE TALLEYRAND.

La vida del principe de Talleyrand, de este ser incomprendible, a cuyo pensamiento parece como subordinada toda la política europea por el dilatado espacio de mas de medio siglo, y en época tan fecunda en acontecimientos extraordinarios, sería sin duda ninguna la clave mas segura para comprenderlos.

Muchos han sido los libros publicados hasta el día, destinados espresamente a reproducir las fases de este político Proteo; pero como aun existe, y existe dominando con su influencia los negocios públicos de muchos gabinetes, no ha llegado todavía la época en que pueda ser juzgado con imparcialidad, y de aquí la razon porque no podemos dar completo asenso a ninguna de las innumerables producciones laudatorias ó satíricas de que hasta ahora ha sido objeto. Sin embargo creyendo que nuestros lectores nos agradecerán que consagremos algunas líneas del *Semanario* a dar noticias de este celebre personage, procuraremos hacerlo con la imparcialidad y concision propias de nuestro objeto.

Carlos Mauricio Talleyrand de Perigord, nació en París el 7 de marzo de 1754. Aunque descendiente de la ilustre

familia de los condes de Perigord, la fortuna estaba muy lejos de sonreír á Mr. de Talleyrand á su venida al mundo; y habiendo tenido tambien la desgracia de nacer cojo, fue privado de su derecho de primogenitura, trasladándose este á su hermano el conde Archambault. Sin embargo las gracias de su semblante y las mas poderosas de su talento peregrino le aseguraron desde su entrada en la sociedad toda clase de suceso, propio á satisfacer su orgullo juvenil. Destinado por consideraciones de familia á abrazar el estado eclesiástico, entró muy joven en el Seminario de San Sulpicio donde su nombre y esquisito gusto le hicieron formarse una numerosa clientela entre los demas alumnos, á quienes mas adelante tuvo ocasiones de servir y aprovechar. Habiendo recibido las órdenes sagradas, fue nombrado *agente del clero* en 1780, á los veinte y seis años de edad, y á los treinta y cuatro se vió elevado á la dignidad de *Obispo de Autun*.

En una posición tan brillante y con una celebridad aun mayor por su talento, Mr. de Talleyrand vió lucir su juventud en la disipacion y los placeres, que si bien le acarrearón persecuciones y disgustos de parte de la corte y de los

superiores de su estado, le aseguraron la celebridad mas inaudita en los salones de Versalles y de Paris; contraste singular con la gravedad de su alto ministerio episcopal! Un tomo entero no bastaria para solamente indicar sus innumerables aventuras galantes, y aquella larga serie de hechos y dichos festivamente célebres que esmaltaron, por decirlo así, su borrascosa juventud; pero al llegar á la época de la revolucion de 1789, y elegido *diputado del clero* de su diócesis en los estados generales, Talleyrand empezó su carrera política, abrazando ardientemente la causa nacional y continuando en defenderla en la asamblea constituyente con un talento y perseverancia que desde luego le colocaron al frente de aquel movimiento. Entre los innumerables trabajos que hizo con este objeto merece singular atencion el haber sido el primero que votó la reunion del clero á los comunes, el haber provocado la supresion de los diezmos y la aplicacion de los bienes del clero al tesoro público, la redaccion de un sinnúmero de informes sobre Hacienda, sobre pesos y medidas y sobre instruccion pública, y como individuo de la comision de constitucion, la de la famosa declaracion de los derechos del hombre. En 16 de febrero de 1790 fue elevado á la dignidad de *presidente de aquella asamblea*, y en 14 de julio del mismo año ofició de pontifical en el altar de la patria en la solemne ceremonia de la federacion francesa en el campo de Marte.

Fue tambien uno de los primeros que prestó juramento de obediencia á la constitucion civil del clero, y el único de los obispos franceses que se prestó á consagrar á los nombrados constitucionalmente, cuya conducta habiendo merecido la reprobacion del pontífice Pio VI, fulminó una bula de excomunion contra Talleyrand, quien por esta época hizo dimision de su obispado de Autun. En 1791 fue elegido *miembro del directorio* del departamento de Paris, y poco despues como testamentario de Mirabeau, vino á dar parte á la asamblea nacional de la muerte de aquel célebre orador. Encargados despues por Luis XVI en los primeros meses de 1792 de una mision en Inglaterra, permaneció en ella dos años en relacion con los primeros hombres de la república, aunque afectando persecucion por parte de esta, y á virtud de una orden de destierro que negoció, pudo gozar la confianza de Pitt y los demas ministros ingleses. Sin embargo sus profundas maquinaciones le atrajeron en 1791 una orden rigurosa de dejar la Inglaterra, viéndose por entonces precisado á refugiarse en los Estados Unidos. Regresando á su patria en 1795 por la influencia de Madama de Stael, Talleyrand continuó siendo uno de los hombres mas interesantes de la república á consecuencia de trabajos y proceder que seria largo enumerar aqui; hasta que en 1797 (año 5) fue nombrado *ministro de relaciones exteriores*, manteniéndose en este puesto, á pesar de la desconfianza que inspiraba su conducta, hasta el 19 de julio de 1799.

Ligado de antemano con el general Bonaparte, Talleyrand dejó pasar en silencio el intervalo de cuatro meses desde su salida del ministerio hasta la vuelta de aquel de la campaña de Egipto, pero no bien hubo este desembarcado en las costas de la Provenza, Talleyrand se apresuró á realizar la idea de una mudanza en el gobierno, y fue el primer autor de la revolucion de 18 Brumario que colocó el poder en manos del cónsul Bonaparte. Este le llamó de nuevo al ministerio, y en él continuó sus trabajos diplomáticos no menos importantes que los heroicos hechos militares del primer cónsul, hasta la paz de Amiens. De resultados del concordato concluido con la corte de Roma, un breve del papa volvió á Talleyrand á la vida secular, y el primer uso que hizo este de su libertad fue el de contraer matrimonio con Madama Grant, á quien habia conocido en Hamburgo. Elevado despues Napoleon á la dignidad imperial, cupo á Mr. de Talleyrand la de *Gran chambelán del imperio*, y en 1806 la de *Príncipe soberano de Benevento*, conservando sin embar-

go el ministerio, hasta que poco despues, no hallándose conforme su parecer con el del emperador sobre la injusta agresion de España, fue separado del despacho Talleyrand, aunque promovido al mismo tiempo á la dignidad de *Vice-gran elector*, que le abrió la entrada en todos los consejos.

Desde esta época comenzó entre el emperador y el príncipe de Benevento, una sueste de guerra de salon y de epigramas en que el vencedor de la Europa quedaba frecuentemente vencido. Sin embargo, abusando de su poder, respondia á menudo con amenazas á las sales de su contrario, y sabiendo que este continuaba en desaprobacion la guerra de España, imaginó una especie de venganza singular, cual fue el encargar á Mr. de Talleyrand de ir á recibir y custodiar en su propio palacio de Valencey á Fernando y los demas príncipes españoles. Estas y otras causas agriaron sobremanera la animosidad de Talleyrand contra el emperador, en términos que ya no cesó de preparar sigilosamente los medios de conducirle á su ruina, hasta que llegada la época de esta, volvió á parecer Talleyrand en la escena política en 1814 como *miembro del consejo de regencia y presidente del gobierno provisional*. Recibió en su propio palacio de Paris al emperador de Rusia Alejandro, y concertó con él y los demas príncipes extranjeros la abdicacion de Bonaparte y la vuelta de Luis XVIII. Nombrado de nuevo *ministro de negocios extranjeros y par de Francia* con el título de *príncipe de Talleyrand*, fue enviado despues al congreso de Viena en calidad de *plenipotenciario francés*, y cuando Napoleon volvió de la Isla de Elba para dominar nuevamente la Francia durante los cien dias, Talleyrand marchó á Gand á reunirse con Luis XVIII, y volvió con este á Paris despues de la batalla de Waterloo, quedando por entonces con el título de *presidente del Ministerio*, aunque renunció poco despues. Desde aquella época, aunque vijilado y temido por la opinion pública y la del gobierno de Luis XVIII, no dejó Talleyrand de ejercer siempre una gran influencia en los negocios públicos de su pais, recibiendo al mismo tiempo pruebas continuas de consideracion y aprecio de parte de todos los monarcas europeos, que rivalizaron en colmarle de favores, concediéndole las mas altas condecoraciones de sus estados respectivos. En esta misma posicion, aunque algo mas descolorida, continuó Talleyrand durante el reinado de Carlos X; por último, á la rebelion de julio de 1830 se encontró naturalmente colocado al lado de Luis Felipe, hasta que nombrado *embajador en Inglaterra*, concluyó su pensamiento favorito de la cuádruple alianza meridional, y vino á descansar en su palacio de Valencey como un oráculo consultivo, á donde acuden á recibir sus inspiraciones la mayor parte de los gobiernos de Europa.

Durante esta larga carrera, que no hemos hecho mas que marcar ligeramente, pudiéramos haber entretenido largo tiempo á nuestros lectores con innumerable cúmulo de anécdotas galantes, diplomáticas y cortesanas del príncipe de Talleyrand; pero esto seria eternizar este artículo ya demasiado largo. Sin embargo no podemos menos de hacer tal cual escepcion en favor de algunos dichos talmente célebres, que no dejarian de echarse de menos en esta ligera nota biográfica.

El general Dorsenne convidado á comer en casa de Mr. Talleyrand, se habia hecho esperar largo rato, y disculpándose de ello, dijo: — Príncipe, no puedo menos de pedir perdon á V. A. de haber faltado á la hora, á causa de un maldito galopo que me ha detenido largo rato. — Yo desearia para mí instruccion particular que el señor general me dijese qué quiere decir galopo. — Perdona V. A. pero en el lenguaje de campaña, tenemos la costumbre de llamar galopo á todo lo que no es militar. — ¡Ah! si (repuso el príncipe), lo mismo que nosotros que llamamos militar á todo lo que no es civil.

Otro día en la mesa de Mr. de Talleyrand se hablaba con entusiasmo de *Los mártires* de Mr. de Chateaubriand que acababan de publicarse, y uno de los concurrentes se empeñó en hacer un largo análisis de la obra para explicársela al príncipe, hasta que al llegar al desenlace, dijo que Eudoro y Cimodocea perecían despedazados por las bestias feroces.—Su desgracia se ha comunicado al libro, dijo Talleyrand.

Viniendo de Italia con un extranjero de distinción, éste preguntó al príncipe que edificio era aquel, cuya cúpula veía dominar sobre las demas de París?—El Panteón, (dijo Talleyrand).—Ah! replicó el extranjero, es el sitio destinado para recibir á los hombres grandes de vuestra patria?—Cabalmente; pero mientras tanto se han colocado allí los senadores.»

Un día Talleyrand hizo llamar á su médico y le dijo «que quería señalarle una pension de 6,000 francos anuales; pero entendámonos, (añadió). Esta pension no será durante vuestra vida, sino sobre la mia, y así dejo en vuestras manos el cuidado de prolongarla.»

Reconvenido agriamente en otra ocasion por el emperador, éste concluyó con amenazarle diciéndole que no le sobreviviría, y que si él llegase á estar malo peligrosamente, haría ir á Talleyrand delante.—«Señor, dijo este con su acostumbrada sangre fría, no tenía necesidad de tal advertencia para pedir al cielo que guarde los días de V. M.»

¿Qué es lo que ha pasado en el consejo, que ha durado cinco horas? (le preguntó un importuno).—«Ya veis, contestó Talleyrand, han pasado cinco horas (1).»

En la primera conversacion que tuvo Talleyrand con Luis XVIII.—Yo admiro (le dijo el rey), vuestra influencia en todo lo que ha pasado en Francia. ¿Como habéis podido destruir la república, el directorio, y el imperio de Bonaparte?—«Señor, replicó el príncipe, yo no sé que decir; pero esto se debe sin duda á alguna calidad inexplicable en mí que imprime mala estrella á los gobiernos que me desdennan.» En otra ocasion hablando de los emigrados que habian vuelto á entrar en Francia con el rey hizo aquella famosa observacion, despues tan repetida. «Estos hombres nada han aprendido ni olvidado.»

Ultimamente para que se vea cual es la importancia unida al nombre de Talleyrand, concluiremos aquí con un hecho que la prueba suficientemente. Apenas elegido Luis Felipe rey de los franceses, espidió á S. Petersburgó uno de sus ayudantes de campo, el coronel Athalin con una carta autógrafa para el emperador. Este, rehusando contestarla hizo esperar 15 dias al portador, hasta que al cabo de ellos se encontró este de repente con la respuesta mas satisfactoria. ¿Cuál era la causa de esta súbita mudauza? Muy sencilla, el emperador habia recibido los *Monitores* de París, y visto en ellos un decreto que decia: «S. M. ha nombrado al príncipe Talleyrand para la embajada de Londres.» Nicolas reunió su consejo y le dijo: «pues que Mr. de Talleyrand se adhiera al nuevo gobierno francés, estará seguro de su triunfo y debemos reconocerle; y en este sentido contestó inmediatamente al rey de los franceses.

USOS, TRAJES Y MODALES

DEL SIGLO PASADO.

El siglo XIX en que hoy vivimos ha ocasionado tal revolucion en nuestros trajes, usos y costumbres, que es nece-

sario para comprenderla haber visto ú oído muy por menor el método de vida que observaban las jentes en el siglo anterior, que tove la fortuna de alcanzar.

Apenas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba (porque ningún español se afeitaba á sí mismo) esta operacion era entonces mas dilatada que en el dia, en que dos tercios de cara se quedan sin rasurar. En seguida de este afan comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebat, freir y empolver la cabeza. Acto continuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no le finalizaban los mas diligentes en menos de tres cuartos de hora: tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hebillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el corbatín hasta las que sujetaban el calzado. Terminada por fin esta faena nuestro hombre cenía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta. Si caminaba á pie era con suma precaucion y tiento para librar del polvo ó de los barro la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conoció un militar que adquirió extraordinaria consideracion y fama porque atravesaba á Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era extraño que tal cualidad fuese envidiada, porque el correr las calles no era empleo limitado como ahora á los que tienen agencias ó negocios. El mas independiente de los hombres tenia los indispensables deberes de un ceremonial distribuido con tal exactitud y precision, que no habia dias de holganza. Se daban pascuas tres veces al año: se felicitaba á todos en el dia del santo de su nombre y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen. El mas corto viaje no podia emprenderse sin una despedida jeneral, que tenia su paga al dia siguiente, y se repetia á la vuelta con nombre de bien venida. En las festividades de los santos cuyo nombre mas abunda, un extranjero que entrase en cualquier ciudad ó villa la hubiera juzgado envuelta en una conmocion política ó en un incendio. Las jentes todas corriendo azoradas se encontraban, se impedían gritándose y estorbándose. Habia infelices que se caían muertos de cansancio y despecho por faltarles el tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitarse y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades. Pero hablemos de los dias ordinarios. A la una se comía, y se comia mas que ahora, pero era necesario mas habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Habia unos cocuruchos de carton para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habian inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y singular como las que habia que usar para dormir la siesta, costumbre jeneral y tal vez útil en nuestro clima. Yo vi al célebre Jovellanos boca á bajo sin tocar la almohada sino con la frente, para no descomponer los buelos.

Porque solo á personas que no habian de concurrir despues á grandes tertulias les era lícito prescindir del peinado y recogerse el pelo en una redcecilla. Estos salian embozados en una capa de grana, pero no mas aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escarpín no permitia salir de los caminos reales. Al fin, los hombres sentaban el pie, pero las damas elevadas sobre los tacones daban pasos peligrosos y parecidos á los de la gallina cuando escarba. Oprimidas ademas por una cotilla cruel, ¿qué ejercicio podian hacer ni qué agitacion eran capaces de resistir? Tan perpetua era en ellas la cotilla, que habia madres de familia que criaban á sus hijos, dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela practicada en el peto de la cotilla misma, mientras las infelices cria-

(1) Este dicho, así como otros muchos del mismo, los ha consignado Scribe en su célebre comedia de *El arte de conspirar*, en la cual ha representado á Talleyrand bajo el papel del conde Bertrand de Ranzaw.

turas apretando su rostro inútilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Había día de tres metamorfosis en los caballeros. Capa y cofia á la mañana; á lo militar despues; y á la tarde de majo para ir á los toros. Para tan dulce recreo mezclábanse entre la plebe los mas graves personajes con montera malagueña. Y allí se divertían á silbar ó se desganitaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razon) no ofrecían mayor moralidad ni menos alboroto. El silencio, decoro y compostura lo tenía reservado la gravedad española para las tertulias. Nada en efecto mas grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado formaban una batalla inflanqueable, que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompañado de los abanicos. En otra paralela se hallaban los señores, tambien colocados por el orden de clases, dignidades y méritos, como si allí se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat. Nada de música, nada de baile, nada de conversacion festiva ó interesante. Solo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenían derecho á gritar y decirse baldones, ó marcar á porrazos en la mesa el número de sus triunfos. Pero estos eran pies fijos que jamas cedían su puesto, y cuya vida había sido un revesino de medio siglo. Concluida esta funcion, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habían gastado en adornarse de ellas. Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizon y escofeta, en la frente de su esposo se destruían bacterias de rizos que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volumen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

La última de las diarias ocupaciones ostensibles de nuestros mayores era la de dar cuerda á los relojes de faltriquera; y no era este pequeño ejercicio, porque cada individuo usaba dos, y cada uno con dos sobrecajas. Todo era duplicado en aquel feliz tiempo. Dos muestras, dos pañuelos y dos cajas para el polvo.

Tal es el bosquejo de aquellas costumbres inocentes cuanto se quisiera, pero formularias. El propietario, el mercader, el artesano, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, por fórmula entregaban su hijo al dómene; por fórmula se matriculaba el gramático; por fórmula emprendía una carrera; por fórmula se graduaba; por fórmula tomaba un uniforme, por fórmula se embarcaba para América, de donde volvía sin saber que había antipodas; y por fórmula en fin el mayor número de los hijos de familia se dedicaban á la profesion vitalicia de pretendiente en la corte, gastando, encaneciendo y meditando la guía de forasteros. Pero la profesion mas formularia en trajes, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objeto de tonadillas, de sainetes, de países de abanicos. Objeto de curiosidad, de admiracion y de entretenimiento para el bello sexo, como lo son las mardragoras para los aprendices de Botánica. El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de D. Ramon de la Cruz, las poesías de Iglesias y los caprichos de Goya. — José Somoza.

CAUSAS Y SENTENCIAS CONTRA ANIMALES.

Tiempos ha habido en que los tribunales de Europa fulminaban sentencias contra animales acusados ó sospechosos de ciertos delitos, y en los que la autoridad eclesiástica lanzó el rayo de la excomunion contra insectos dañosos. Tan monstruoso pareció á las nuevas generaciones un abuso semejante de la justicia divina y humana, que desde luego no quisieron dar crédito á tal idea; pero los documentos auténticos que justifican los hechos no permiten dudar ya de ellos. Manuscritos de varias Bibliotecas públicas ó de particulares curiosos contienen los pormenores de muchas de estas causas, y hasta las minutas de los gustos ocasionados en la ejecucion de las sentencias dadas. Durante un gran periodo de la edad media la idea de sujetar á la accion judicial todo hecho punible, cualquiera que fuese el ser de donde proviniese, lejos de parecer ridicula, estaba generalmente acreditada.

Chascanée, jurisconsulto célebre del siglo XVI, compuso varias consultas, y despues de examinar en la primera los medios de citar en justicia á ciertos animales, investiga quien es el que puede legalmente defenderlos, y ante que juez se ha de instalar la causa.

El siguiente extracto señala los autores que acreditan ciertos hechos, la época de las causas y sentencias pronunciadas, el nombre de los animales y el motivo de haberlos citado en justicia, como igualmente la fecha de varias excomuniones lanzadas contra ellos.

Año 1120. Ratones campesinos y orugas escomulgados por el obispo de Laon (*Sainte Foix*).

1385. Marrana mutilada en la pierna y la cabeza, y ahorcada por haber hecho pedazos á un niño, segun sentencia del juez de Falaise (*Statistique de Falaise*).

1394. Marrano ahorcado por haber estropeado y muerto á un niño en la parroquia de Roumagne, Vizcondado de Mortaing (*Sentencia manuscrita*).

1474. Gallo condenado á ser quemado vivo, sentenciado por el magistrado de Basilea por haber puesto un huevo (*Pasco á Bale*).

1488. Los grandes Vicarios de Autun mandan á los curas de las parroquias circunvecinas notifiquen á los gorgojos, que durante los oficios y procesiones cesen en sus estragos, bajo pena de excomunion (*Chascanée*).

1499. Toro condenado á horca, segun sentencia del baillo de le abadía de Beaupré (Beauvais) por haber muerto estando furioso á un muchacho (*DD. Durand y Martenne*).

A principios del siglo XVI sentencia del oficial contra los gorgojos y langostas que desolaban el territorio de Milliére (*Theoph. Binaud*).

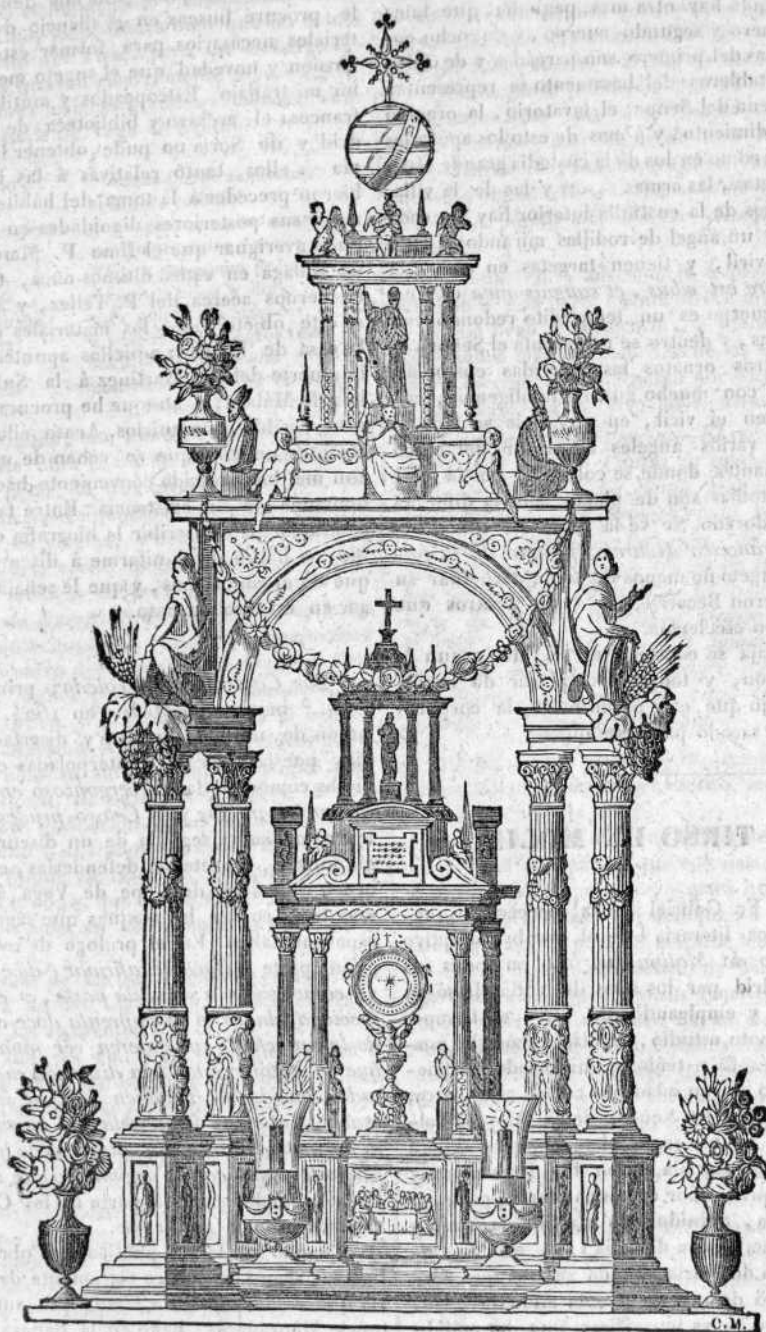
1554. Sanguijuelas escomulgadas por el obispo de Lauranne, porque destruían los peces (*Aldrovando*).

EPIGRAMAS.

Con una larga tijera
abierta en la diestra mano,
un juez encontró á un jitano
metido en una quimera.
—Dámelas, dijo, hombre vil;
y él respondió, «no ha lugar,
porque son para cortar
las uñas al alguacil.»

Es tan embustera Inés
que al oír mis quejas llora,
y protesta que me adora,
¡y ella adorándome!... ¡pues!...
Dice que por verme á mí
en sueño apacible y quieto,
ha dejado á otro sugeto
¡y ella dejándolo!... ¡Sí!...

Jura que se morirá
sin calentura ni frío,
si yo de ella me desvío.
¡y ella muriéndose!... ¡Qué!...



LA CUSTODIA DEL SANTISIMO SACRAMENTO EN MADRID.

Una de las mejores alhajas que hay en Madrid es la custodia que se guarda en la casa del Ayuntamiento, y solo sirve el día de Corpus para la procesion que sale de Santa María. Consiste en un primer cuerpo de ocho columnas pareadas en los ángulos sobre pedestales, y son de orden corintio con labores en los tercios inferiores y en los superiores, los cuales se reducen á festones, niños, figuritas y otras cosas ejecutadas con santa diligencia. Forma un arco por cada lado, y tienen en su vuel-

ta y en las enjutas semejantes adornos. Sobre el cornisamento hay en el medio de cada fachada uno de los cuatro doctores, á los lados un jarroncito, y en el espacio intermedio un ángel sentado. La bóveda que forma este primer cuerpo hace un artesonado con florones de esquisito gusto. El segundo cuerpo es un templecito redondo, en medio del cual se representa la Ascension; tiene ocho columnas de dos en dos, y sobre el cornisamento hay cuatro niños. Remata en un globo formado de los circun-

los celestes, sobre el cual hay puesta una cruz. Las columnas tienen labores á manera de las de abajo. Dentro de esta custodia grande hay otra mas pequeña, que tambien consta de primero y segundo cuerpo, y de ocho columnas cada uno. Las del primero son pareadas y de orden compuesto. En los tableros del basamento se representan de bajo relieve la cena del Señor, el lavatorio, la oracion del huerto y el prendimiento, y á mas de esto los apóstoles en los pedestales, así como en los de la custodia grande estan espresados los profetas, las armas reales y las de la villa. En los cuatro ángulos de la custodia interior hay en cada uno un pedestal con un ángel de rodillas mirando al lado donde se coloca el viril, y tienen targetas en que está escrito: *caro mea veré est cibus, et sanguis mea veré est potus*. El segundo cuerpo es un templecito redondo con columnas salomónicas, y dentro se representa el Señor resucitado. Tienen otros ornatos las referidas custodias, y todos estan hechos con mucho gusto é inteligencia, como tambien la hay en el viril, en cuyo pie se figuran historias sagradas y varios ángeles alrededor del cerco con porcion de diamantes donde se coloca la hostia. Así el viril como las custodias son de plata, con la diferencia de que aquel es dorado. Se ve la firma de quien hizo la obra, y es; *Francisco Alvarez, platero de la reina, año de 1560*, sugeto no menos digno de perpetuar su memoria que lo fueron Becerril, los Arfes y otros que hicieron custodias con escelencia.

Esta preciosa alhaja se conserva en el día según la antañona descripción, y tenemos el placer de acompañar á ella el dibujo que con permiso de la corporación municipal, se ha sacado para este objeto.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA (1).

El R. P. Maestro Fr. Gabriel Tellez, mercenario, conocido en la república literaria bajo el nombre adoptivo de *El Maestro Tirso de Molina* que usó en todas sus obras, nació en Madrid por los años de 1585. Pasó su juventud en Alcalá, y empleando de veras el tiempo, en pocos años para tanto estudio, se hizo dueño de muchas ciencias. Fue filósofo, y teólogo, historiador y poeta insigne. Adelantado ya en edad, se retiró al claustro, tomando el hábito de nuestra Señora de la Merced calzada por los años de 1620, según claramente se infiere de sus obras. En dicha sagrada orden fue Presentado y Maestro en Teología, predicador de mucha fama, coronista general de la misma, difinidor de Castilla la Vieja y por último, en 29 de setiembre de 1645 fue elegido Comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en febrero de 1648 de mas de sesenta años de edad.

He aquí todas las noticias biográficas que he podido adquirir de aquel hombre ilustre, despues de haber reconocido prolijamente sus obras, y las de diversos historiadores de la orden de la Merced, impresas y manuscritas, así como tambien los autores de biografías, y los que han tratado con particularidad de la historia del teatro español; pues por una fatalidad inconcebible parecen haberse convenido todos en guardar silencio sobre la vida y obras del célebre mercenario. Semejante injusticia de parte de sus contemporáneos y sucesores, con quien tan acreedor se hizo al aprecio nacional, no alcanzo á explicarla, pero no por eso es menos cierta, como se convencerá el que llegue á recorrer aquellos autores, y vea en los mas de ellos olvidado del todo, y en algunos apenas indicados el nombre y obrase del Maestro Tirso.

(1) Este opúsculo fue leído por su autor D. R. de M. R., en la seccion de literatura del Ateneo la noche del 20 de febrero último.

Lamentando como buen español aquel abandono, y deseoso de contribuir con mis débiles fuerzas á repararle, procuré buscar en el silencio de los archivos los materiales necesarios para formar este discurso con la extension y novedad que el sugeto merecia. Pero fue en vano mi trabajo. Estropeados y mutilados desde la invasion francesa el archivo y biblioteca de los conventos de Madrid y de Soria no pude obtener las noticias que suponia en ellos, tanto relativas á las informaciones que debieron preceder á la toma del hábito por el P. Tellez como á sus posteriores dignidades en la orden. Unicamente pude averiguar que el Ilmo P. Martinez obispo que fue de Málaga en estos últimos años, tenia escritos algunos cuadernos acerca del P. Tellez, y acaso él recogeria para este objeto todos los materiales que debian existir en la casa de Madrid; aquellos apuntes pasarían sin duda á la muerte del P. Martinez á la Subcolectaría de Espolios de Málaga, y aunque he procurado reclamarlos no ha sido posible conseguirlos. Acaso ellos encierran las interesantes noticias que se echan de menos, y por esta razon me ha parecido conveniente hacer aquí la indicacion oportuna de su existencia. Entre tanto faltó de un hilo conductor para escribir la biografía del Maestro Tirso de Molina habré de limitarme á discurrir sobre los escritos que de él conocemos, y que le señalan tan distinguido lugar en nuestro Parnaso.

Los Cigarrales de Toledo; primera parte, un tomo en 4.º impreso en Madrid en 1624. Esta obra es una reunion de novelas, cuentos y disertaciones en prosa, varias poesías líricas, é interpoladas con ellas las tres preciosas comedias de *El vergonzoso en palacio*, *Como han de ser los amigos* y el *Celoso prudente*. Cada una de estas comedias va seguida de un discursito en que las elogia mucho, y pretende defenderlas, como tambien al desorden dramático de Lope de Vega á quien apellida su maestro, contra los ataques que según él mismo afirma, experimentaban. En el prólogo de esta obra ofrece la segunda parte, «*Puédote afirmar (dice al lector) que está ya comenzada la segunda parte, y en tanto que se perfecciona, dadas á la imprenta doce comedias, 1.ª parte de las muchas que quieren ver mundo entre trescientas que en catorce años han divertido melancolías y honestado ociosidades. Tambien han de seguir mis buenas y malas venturas doce novelas, ni hurtadas á las toscanas, ni ensartadas unas tras otras como procesion de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo.*» Pero ni dicha segunda parte de los *Cigarrales* ni las novelas llegaron á publicarse.

Cuando vió la luz pública esta obra ya era Tirso religioso, según se infiere claramente de la siguiente alegoría que coloca en ella. «*Tirso, que aunque humilde pastor de Manzanares, halló en la llaneza generosa de Toledo mejor acogida que en su patria tan apoderada de la envidia extranjera, llegó en un pequeño barco aunque curioso, hecho todo un jardin, que hallará lugar entre los Hibleos, y en medio de él una palma altísima sobre cuyos últimos cogollos estaba una corona de laurel. Trepa la el pastor por ella, vestido un pellico blanco con unas barras de púrpura á los pechos, insignia de los de su profesion, y ayudábale á subir dos alas, escrito en la una, Ingenio, y en la otra Estudio; volando con ellas tan alto que tocaba ya con la mano á la corona, puesto que la envidia en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose á los pies procuraba impedirle la gloriosa consecucion de sus trabajos, aunque en vano, porque pisándola, colgaba de ellos esta letra, que sirvió tambien para los jueces *Velis Nolis*. Dicen que la dió en latin porque no la entendiesen sus émulos, que hasta en esto quiso que campease su modestia, pues palabras de algarabía no agravian á quien no las entiende.*»

Esta obra está toda ella escrita (escepto las tres comedias que contiene) en el estilo afectado y campanudo llamado *culto* por aquel tiempo, y demuestra bien que no era la prosa el terreno favorito de Tirso, pero sin embargo de esto y de las críticas de que tan amargamente se queja, mereció de algunos hombres insignes grandes alabanzas. Véase entre otras la que Lope de Vega le tributó.

Con menos difícil paso
y remotos horizontes
hoy tiene el Tajo en sus montes
las deidades del Parnaso;
la lira de Garcilaso
junto á su cristal lúcente,
halló de un laurel pendiente
Tirso, y esta letra escrita:
«Fénix en tí resaca,
canta y corona tu frente.»

Digna fue de su decoro
el ingenio celestial
que canta, con plectro igual
tan grave, dulce y sonoro.
Ya con sus arenas de oro
compiten lirios y flores
para guirnaldas mayores
a quien con milagros tales
los ásperos Cigarrales
convierte en selvas de amores.

Deleitar aprovechando; un tomo en 4.º impreso en Madrid en 1635. Esta obra como la anterior no es mas que primera parte, á pesar de que ofrece la segunda, que tampoco llegó á publicar. Es tambien como los Cigarrales una mezcla de prosa y verso, y contiene tres novelas, tres autos sacramentales, varios discursos, canciones, fábulas y otras poesías místicas de poco mérito.

Historia general de Nuestra Señora de la Merced; dos tomos en folio manuscritos, los cuales se conservaban hasta el día en el archivo del convento de Madrid. Esta obra la escribió el P. Tellez como séptimo coronista general que fue de la orden, y hablando de ella el célebre maestro Fr. Manuel Mariano Ribera en su *Milicia Mercenaria* dice haber sido su autor «escritor insigne muy fidedigno en su historia, de vasta literatura, y de una continua é infatigable aplicación á las letras, á la indagación de la verdad y al trabajo de buscarla.»

Genealogía del Conde de Sástago, un tomo en folio impreso en Madrid en 1640, que no he visto.

Un acto de Contrición, en verso, impreso en Madrid, en folio, en 1630.

Finalmente, además de las tres comedias ya indicadas que encierra la obra de los Cigarrales publicó el Maestro Tirso de Molina, las siguientes.

Primera parte impresa en 1616 y publicada por el autor, un tomo en 4.º contiene las doce comedias siguientes:—*Palabras y plumas*.—*El pretendiente al revés*.—*El árbol del mejor fruto*.—*La villana de Vallecas*.—*El melancólico*.—*El mayor desengaño*.—*El castigo del pensó que*, 1.ª y 2.ª parte.—*La gallega Marihernandez*.—*Tanto es lo de mas como lo de menos*.—*La celosa de sí misma*.—*Amar por razon de estado*.

Segunda parte publicada por D. Francisco Lucas Avila, sobrino del autor, en Madrid en 1616, contiene.—*La reina de los reyes*.—*Amor y celos hacen discretos*.—*Quien habló pagó*.—*Siempre ayuda la verdad*.—*Los amantes de Teruel*.—*Por el sótano y el tomo*.—*Cautela contra cautela*.—*La mujer por fuerza*.—*El condenado por desconfiado*.—D. Alvaro de Luna 1.ª y 2.ª parte.—*Esto sí que es negociar*.—Y Los entremeses de los alcaldes, cuatro partes.—*El estudiante*.—*El gabaño*.—*El negro*.—*La viuda*.—*El duende*.—*Los coches de Benavente*.—*La mal contenta*.—Y varios romances sueltos.

Tercera parte publicada por el mismo Avila, Tortosa 1634, contiene.—*Del enemigo el consejo*.—*No hay peor sordo que el que no quiere oír*.—*La mejor espigadera*.—*Averigüelo Vargas*.—*La elección por la virtud*.—*Ventura te dé Dios, hijo*.—*La prudencia en la mujer*.—*La venganza de Tamar*.—*La villana de la Sagra*.—*El amor y la amistad*.—*La finjida Arcadia*.—*La Huerta de Juan Fernandez*.

Cuarta parte publicada por el mismo en Madrid en 1635 contiene.—*Privar contra su gusto*.—*Celos con*

celos se curan.—*La mujer que manda en casa*.—*Antona Garcia*.—*El amor médico*.—*Doña Beatriz de Silva*.—*Todo es dar en una cosa*.—*Las Amazonas de las Indias*.—*La lealtad contra la envidia*.—*La Peña de Francia*.—*Santo y sastre*.—D. Gil de las calzas verdes.

Quinta parte publicada por el mismo. Madrid 1636 contiene.—*Amar por arte mayor*.—*Escarmientos para el cuerdo*.—*Los lagos de San Vicente*.—*El Aquiles*.—*Marta la pialosa*.—*Quien no cae no se levanta*.—*La república al revés*.—*Vida y muerte de Herodes*.—*La dama del Olivar*.—*Santa Juana* 1.ª y 2.ª parte.

Aunque en la advertencia ó prefacio del autor que precede á esta parte quinta ofrece muy luego publicar la sexta, no llegó á verificarlo, y únicamente se imprimieron sueltas algunas comedias de las trescientas que afirma haber escrito. Aunque pasan por suyas otras varias, sólo hay seguridad de serlo las siguientes:

El caballero de gracia.—*El cobarde mas valiente*.—*Amar por señas*.—*Contra su suerte ninguno*.—*El burlador de Sevilla*.—*La dama melindrosa*.—*Desde Toledo á Madrid*.—*La firmeza en la hermosura*.—*El honroso atrevimiento*.—*La joya de las montañas*.—*El marqués de Camarin*.—*Quien da luego da dos veces*.—*Las quinas de Portugal*.—*El rico avariento*.—*La romera de Santiago*.—*Santa Orosia*.—*Los balcones de Madrid*.—*La ventura con el nombre*.—*Vida de Herodes*.—*La villana de la sangre*.—*El laberinto de Creta*.—*Nuestra Señora del Rosario*.—*La condesa vandolera*.—*La conquista de Valencia*.

Resulta, pues, que de las trescientas comedias que el mismo Tirso afirma haber escrito, solo han llegado hasta nosotros ochenta y tres.

Pero estas son mas que suficientes para asegurar á su autor en el alto puesto que con harta razon la fama le designa en nuestro parnaso, y para que todos los amantes de la literatura nacional dediquen á su estudio un trabajo que difícilmente podrian emplear mejor.

Si el ingenio dramático de Tirso de Molina hubiera aparecido aisladamente y sin tener que sufrir la peligrosa concurrencia del asombro de su siglo, el gran Lope de Vega, él solo, sin duda, hubiera bastado para imprimir á nuestro teatro el carácter magnífico que le distingue de los demas de Europa. Sin embargo no es menos gloriosa una competencia, cuando tiene que sostenerse con un gran modelo, ni aparece menos seductor el astro vespertino, cuando intenta oponer su brillo á la presencia del padre de la luz.

Tirso, á la manera que Lope se hallaba dotado por la naturaleza de las principales cualidades que constituyen un poeta cómico, y como Lope tambien habia aprendido en la sociedad y en el estudio á desenvolver admirablemente el fruto de su talento y de su reflexion.

Una imaginación traviesa y lozana, una filosofía profunda al par que halagüena, estudio feliz del corazón humano, rica vena poética, graciosjo peculiar en el decir, y admirable conocimiento de la lengua patria, tales son entre otras varias cualidades, las que distinguen notablemente á Tirso de la inmensa multitud de actores que con algunas de ellas conseguian por su tiempo alcanzar una parte del aplauso popular.

Los defectos que pueden achacarse á Tirso fueron sin duda hijos del siglo en que escribió, y mas particularmente debidos al influjo poderoso que en él debia ejercer la portentosa fama de Lope de Vega. Dominado por la presencia de este genio creador, dejó correr el suyo por el vastísimo campo de su fecunda imaginación sin limitarle (como acaso prudentemente hubiera convenido en muchas ocasiones) por los consejos de la sana razon y del gusto delicado. Pero á este mismo desenfado é independencia debemos acaso verle elevarse á la altura prodigio-

sa que alcanza, y á la cual es difícil ascender por el estrecho sendero de las reglas eruditas.

Tirso como su modelo, y los demás poetas de su siglo, desdeñó por lo general la pintura de caracteres cómicos, y no tuvo por objeto en los mas de sus dramas el desenvolvimiento filosófico de un pensamiento moral. Casi todas sus comedias fueron sin duda compuestas con el único objeto de divertir á un público indulgente, y desenvolver á su vista una risueña fábula de amor. En otras ocasiones quiso atreverse (aunque no con tanta felicidad) á la pintura de las costumbres históricas, y en otras finalmente escogió sus argumentos en las leyendas sagradas. Pero los héroes de Tirso ya sean santos ya personajes históricos ó fabulosos, siempre se hallan revestidos con las mismas formas peculiares y favoritas de este poeta, que le hacen distinguirse facilmente entre los demás de sus contemporáneos.

Semejante: son tambien entre sí muchas de las fábulas creadas por Tirso, y aun mas semejantes las situaciones de detalle en que gusta colocar á sus personajes. Entre aquellas las hay que particularmente reproduce aunque siempre con nuevo vigor y lozanía y pueden reducirse á dos. La primera es una princesa ó encumbrada dama, que se enamora perdidamente de un galán, aunque pobre, caballero, y que le lleva á su lado, le hace su secretario, maestre sala, ó cosa semejante, y despreciando por él tres ó cuatro príncipes, que andan en pretensiones de su mano, gusta vencer con sus favores la timidez natural del caballero, nacida de la desigualdad de sus condiciones, hasta que concluye por entregarle su mano ó darle sencillamente una cita nocturna en el jardín.—El otro argumento de Tirso suele consistir en una villana ya verdadera, ya disfrazada con este ropaje, que persigue denodada á ingeniosamente al falso caballero *robador de su honestidad*, y á fuerza de intriga, de talento y de amor, logra desviarle de otros devaneos y hacerle reconocer su falta casándose con ella.

Estos dos argumentos estan sin duda escogidos por el autor para desplegar asombrosamente en el primero su ardiente imaginación en aquellos apasionados diálogos en que una dama altiva tiene que sujetar su orgullo á las imperiosas leyes del amor, y combatida alternativamente por ambos sentimientos, ya anima con sus palabras la natural timidez del caballero, ya gusta de hacerle sentir con su finjido desdeñan la desigualdad y atrevimiento de su amor. En el segundo caso pone Tirso de contraste el finjido lenguaje de un cortesano con la sencillez del amor de una rústica aldeana, haciendo como en el anterior triunfar siempre al débil sobre el fuerte con las únicas armas de la hermosura, del ingenio y del amor.

Todo esto ademas lo embellece Tirso con la magnífica pintura de las costumbres de los palacios, las academias, los juegos y los torneos, á par que las sencillas danzas y romerías de la aldea, cuadros todos ellos admirables en verdad que constituyen el principal halago de su mágico pincel.

Preciso es confesar, sin embargo, que en medio de tantas prendas relevantes, los dramas de Tirso se distinguen por un grave defecto capital, cual es, el de la liviandad en la accion y en la espresion, y en este punto no puede negarse que sus cuadros son sin disputa los mas atrevidos que ha consentido nuestra escena; la rígida moral no puede menos de resentirse al contemplar aquellas damas modelos de impudencia y de desenvoltura, aquellos graciosos, personificación de la malicia y del libertinaje; siempre lamentando las primeras su *perdido honor*; siempre ideando y protejiendo los segundos las intrigas mas torpes y livianas. El autor se complace en descansar en aquellas situaciones en que puede á su sabor desplegar toda la punzante malignidad de su imaginación. Ya es un tierno soliloquio, en que la dama recuerda los ardores de una pasión desarreglada; ya un

diálogo encantador en que el tímido galán obliga con su resistencia á la apasionada dama á declararle abiertamente su *voluntad*; ora una simple aldeana que cuenta con sencillez á una amiga las astucias cortesananas de que ha sido victima; ora un criado decidor que con cuentos y alusiones profundamente malignas, escita á su amo á dejar de un lado el pudor, y haciéndole una pintura de las debilidades propias del bello sexo, le enseña de paso los medios mas á propósito para llegar á triunfar de él. Pero todo ello, ¿con qué ingenio! ¿con qué travesural parece que el mismo amor habia descubierta á Tirso como al tierno Ovidio, todos los resortes mas secretos de su infernal poder. Verdad es que la gracia en el decir no es razon bastante á autorizar la falta de decoro, y precisamente en el teatro que debe ser el templo de las buenas costumbres; pero.... ¿qué censor por austero que sea podrá condenar sin sentimiento los diálogos de Tirso de Molina? ¿qué crítico escuchará con arrugada frente los siguientes trozos y otros infinitos que pudieran citarse semejantes?

«Que sin ser mi hermana madre
me cele hasta el tropezar,
pretendiéndome casar
con quien puede ser mi padre?
Es desatino terrible;
cuanto mas lo considero
mas me aflijo y desespero;
yo en el abril apacible
de quince años con sesenta?
¿qué importa toda la plata,
si cuando dármiela trata
con el estaño lo afrenta
de la vejez que me obliga?
¿ni de qué valor serán
todas tus barras si están
mezcladas con tanta liga?
Si el desposorio celebro,
y estando juntos los dos
me dice amores con tos,
me arroja un diente, requiebro,
y con él me descalabra,
¿qué he de hacer con un marido
en la ejecución fallido
y fecundo de palabra?
No, Josepa, no es adorno
de mayo el caduco enero,
con un marido escudero
á la tahona de un famo;
los celos siempre á la mano
sujeta á algun testimonio.
¿Yo monja del matrimonio,
yo el perro del hortelano?»

Diálogo entre un Criado y su Señor.

Cristal. «Tu que en damiles cautelas
cátedras puedes llevar
acabado de cursar
diez años en sus escuelas;
Argos serás, no marido,
¡pobre de tu esposa bella
si has de sospechar en ella
lo que de otras has sabido!

D. Diego. No tanto; pero yo intento
buscar solo una beldad
doncella en la voluntad.

Cristal. ¡Qué difícil buseamiento!
Détela solo Platon
formado allá en sus ideas,
ó hazla hacer si la deseas
de este modo en Alcorcon.

¿De voluntad virginal?
 Signo es que se volvió estrella,
 aun no hay física doncella
 ¿y búscasla tú moral?

Diálogo de Criados.

Guaica.

«Mi honestidad defendí,
 bien que mi dueño intentó
 con regalos y ternezas
 obligarme á sus finezas.

Castillo.

Si un año te fincó
 Serás racimo en la parra,
 que, aunque á la apariencia sano
 llega un tordo y pica un grano,
 llega un paje y otro agarra,
 y el matrimonio, espantajo,
 por mas que en su guarda vele;
 de puro picado suele
 hallar solo el escobajo.»

Por cualquier página que lleguen á abrirse las comedias de Tirso, se tropieza indefectiblemente con concep-

tos tan malignos y tan ingeniosamente expresados. Esta libertad que en el día no puede menos de ofender á los oídos delicados, era sin embargo bastante comun á muchos de nuestros autores de los siglos XVI y XVII, y no sabe uno que pensar de la sociedad de aquel tiempo, si es que los poetas intentaban hacer retratos parecidos. Como una prueba de la tolerancia que se usaba en este punto, no quiero dejar de citar aquí la aprobacion de las comedias de Tirso que se inserta en el tomo ó parte 5.^a la cual tanto por su contenido cuanto por ser de *D. Pedro Calderon de la Barca* el autor mas comedido en materias de decoro escénico no deja de ofrecer una singularidad notable.

«He visto (dice) por mandado de V. A. el libro titulado 5.^a parte de las comedias del Maestro Tirso de Molina, en las cuales no hallo cosa que disuene á nuestra santa fe y buenas costumbres, antes hay en ellas mucha erudicion y ejemplar doctrina por la moralidad que contienen, encerrada en su apacible y honesto entretenimiento, efectos todos del ingenio de su autor, que con tantas muestras de ciencia, virtud y religion, ha dado que aprender á los que deseamos imitarle.»

(Se concluid.)



EL DR. D. MANUEL CASAL Y AGUADO.

El día 6 de abril último falleció en esta corte á los 86 años de edad el Doctor en medicina *D. Manuel Casal y Aguado*, autor apreciable de varias obras de su profesion, y mas singularmente conocido y estimado del público por

sus infinitas producciones críticas y literarias, que bajo el anagrama de *D. Lucas Aleman y Aguado* han estado durante medio siglo en la grata posesion de cautivar la risa de sus lectores. Bajo este aspecto y como un tributo

debido á la bondad de un carácter pacífico, á la laboriosidad de un ingenio festivo, á la provida y honradez de un escritor de buena fe, no titubeamos en consagrar estas ligeras líneas en honor de su memoria, estando persuadidos de que no serán desdeñadas por un público que tantas veces sonrió á los donaires de su pluma.

D. Manuel Casal nació en Madrid el día 20 de mayo de 1751, y seguida su carrera universitaria tomó el grado de bachiller en artes en Gandía en 1770, y en Valencia el de doctor en 1775. Regresando á Madrid para ejercer su profesion de medicina, llegó á hacerse apreciable en ella por su acierto en la práctica, así como tambien por las varias obras originales y traducidas que publicó referentes á esta facultad. Estas fueron *Los aforismos de Hipócrates* traducidos en verso castellano; un *Pronuario médico práctico*, en el que redujo la medicina á sentencias y refranes en varios metros, y un tradidito original de las *Epidemias pestilentes*. Estos trabajos y la larga experiencia que le proporcionaban 62 años de ejercicio en su honrosa profesion le acarrearón al mismo tiempo que el aprecio de sus compañeros y del público, varias distinciones como fue en las de Decano de la academia médico quirúrgica matritense, sócio de la de Barcelona, corresponsal de la de Cádiz, y honorario de la Greco-latina.

Pero dotado por la naturaleza de un carácter festivo y una inclinacion irresistible á la poesia, quiso alternar con los trabajos propios de su austera profesion los mas amenos de las musas: y con este fin sin duda de evitar el contraste que en algunos espíritus podria ofrecer viendo su nombre médico al pie de composiciones dirigidas á escitar la risa de un público pacifico en dias mas bonancibles que los presentes, supo anagramar aquel con exactitud é ingenio, adoptando por consecuencia para estos juguetes de su fantasia la firma ya referida de *Lucas Aleman y Aguado*, bajo la cual constituye un autor enteramente diverso del autor de medicina.

Establecido en esta corte por los años de 1786 el periódico titulado *Correo de los ciegos*, fue don Lucas Aleman uno de sus principales colaboradores, así como tambien de otro periódico contemporáneo de aquella fecha, titulado *Correo de Madrid*. Al mismo tiempo sostenia en el *Diario* de esta capital una festiva polémica literaria, haciéndose por todos estos trabajos tan grato al público, que contribuyó bajo este aspecto notablemente á fijar su gusto por la naciente institucion de las publicaciones periódicas, hasta que agitados los ánimos con la guerra de los franceses, hubieron de buscar en las noticias políticas muy distintas sensaciones. Mitigadas que fueron aquellas terribles circunstancias, don Lucas Aleman volvió á aparecer en la pública palestra, dando á luz en 1813 y 14 la *Pajarrera literaria*, coleccion de folletos satírico-políticos que halagando el patriotismo nacional, y lanzando las armas del ridículo sobre los franceses y sus secuaces obtuvieron tal boga en aquella época, que se hicieron de ellos varias impresiones, y contribuyeron mas y mas á la popularidad del nombre de Aleman.

Desde entonces continuó este sus no interrumpidos trabajos en los diversos periódicos que sucesivamente vieron la luz pública, como fueron, ademas del *Diario de Madrid*, la *Crónica científica*, el *Correo de las damas*, el *Indicador de los espectáculos* y el *Correo literario y mercantil*, alternando al mismo tiempo con otras producciones sueltas, como el *Mochuelo literario*, coleccion de folletos satíricos de circunstancias, la comedia burlesca *D. Lucas y D. Martin solos en su camarín*, y otros varios hasta el año de 1834, sin que á pesar de su avanzada edad le abandonase ni un solo punto aquel evudiable buen humor, principal circunstancia que preside á todas sus producciones. Estas en verdad no pueden ofrecerse como modelos de poesia ni de critica;

pero en cambio brilla en ellas una facilidad y un ingenio natural, que unidas á la buena fe del escritor, debieron encontrar naturalmente simpatía en el comun del pueblo.

Pero no son conocidas de este todas las producciones de la infatigable pluma de Aleman, pues suben á algunas decenas de tomos los que ha dejado inéditos, así como tambien una selecta librería de obras raras de su facultad, de literatura y de viajes, en cuya lectura y estudio supo prolongar agradablemente su pacifica existencia, y hacer sobremanera interesante su trato familiar, dejando en este punto un ejemplo práctico de que las dotes del ingenio, cultivadas sin pretension y sin envidia, sirven á tapizar de flores el áspero sendero de la virtud y del estudio.

UN RASGO DE COSTUMBRES ARABES.

Un árabe llamado *Fatalla Sayeghir*, que acompañó á un agente enviado por Napoleon á explorar las tribus de la Mesopotamia y el Eufrates, con el fin de abrirse camino para las Indias por medio del Asia, compuso una coleccion llena de anécdotas, aventuras y pormenores sobre costumbres, y de datos importantes para las ciencias y la política que hacen muy interesante su lectura. Acerca del carácter y genio de los árabes refiere lo siguiente:

Habia en una tribu una yegua tan nombrada que un árabe de otra tribu llamado *Daher*, se volvió casi loco porque fuese suya. En vano habia ofrecido por ella á su dueño sus camellos y todas sus riquezas, pues la estimaba sobremanera, y viendo que por ningun medio podia adquirir la alhaja anhelada, discurrió el pintarse la cara con jugos de yerbas, vestirse de andrajos, entrapajarse el cuello y las piernas á manera de un mendigo estropeado, y aguardar así á Nabec, que era el dueño de la cabalgadura, en un camino por donde tenia que pasar. Llegó en efecto este; y cuando estuvo cerca le dijo *Daher* con voz debilitada y doliente: «Soy un pobre extranjero, y hace tres dias que no he podido moverme de este sitio para ir á buscar mi alimento, y me muero. Socorredme, que Dios os lo recompensará.» Nabec le propuso que montase con él y le llevaria á donde gustase, pero el astuto mendigo «No puedo levantarme, le dijo, me faltan las fuerzas.» Compadecido Nabec se apeó, acercó la yegua, y le puso encima con harto trabajo. No bien *Daher* fue dueño de la silla cuando dando un espolazo arrancó mas que á trote diciendo: «Yo soy *Daher* que la he conquistado, y me la llevo.»

El dueño de la yegua le gritó que le oyese, y seguíó el robador de no ser alcanzado, se detuvo un poco á cierta distancia porque Nabec estaba armado con su lanza, el cual le dijo: «Tú me has cogido mi yegua; y pues tal ha sido la voluntad de Dios no te deseo mal alguno; pero te conjuro que á nadie digas como lo has logrado—¿y por qué, le preguntó *Daher*?—Porque si se sabe, puede haber algun mendigo verdadero, y realmente enfermo, á quien por temor de un lance como este se le deje sin socorro, y serias causa de que nadie ejerciese ya un acto de caridad para no ser el juguete de otro como tú.»

Penetrado *Daher* de estas palabras reflexionó, echó pie á tierra, y volvió la yegua á su dueño abrazándole. Despues le acompañó hasta su tienda, donde permanecieron juntos tres dias, y se juraron fraternidad.

PEDRO EL GRANDE EN SAARDAM.

Nunca alabará bastantemente la historia á Pedro el Grande por haber reformado su nación, sacándola de la barbarie, y obligándola á admitir las conquistas de la civilización, y sobre todo por haber conocido que antes de emprender tan memorable empresa debía reformarse á sí mismo, y aprender hasta los primeros elementos de aquellas mismas artes y ciencias que se proponía tra-plantar á su agreste patria. Desde niño se le había confiado á una aldea, y sus primeras impresiones se abandonaron á entrenamientos groseros, pero el alma de Pedro supo elevarse sobre aquella atmósfera corrompida: no solo escogió arinas por objeto de los juguetes de su edad, sino que conociendo la importancia de la disciplina militar en la época de la vida en que se hace su yugo mas insoportable, se somete á él, y persevera con la mayor constancia, dando un completo ejemplo de sus virtudes en la edad en que apenas puede seguirse el de otros. La aldea en que se encuentra confinado se convierte en una escuela militar europea, y los jóvenes rusos puestos á su lado para compañeros de sus recreos y desórdenes se hacen alumnos militares, ejercitados, armados y vestidos como los extranjeros, cuya superioridad ha conocido. Pedro quiere pasar por todos los grados de la milicia y cumplir las penosas obligaciones de cada uno, y se hace sucesivamente tambor, soldado y oficial. Conduciendo un carreton construido por sus manos, limpia los atrincheramientos que él mismo ha abierto, y hace centinela para guardarlos. Conoce que sus compatriotas necesitan de grandes ejemplos, y dando un desahogo á los trabajos corporales con los intelectuales, se dedica al estudio de la lengua alemana y de las matemáticas. De este modo se dispuso Pedro para su misión, y se hizo digno del trono aun antes de subir á él.

El estudio de algunas lenguas europeas, del arte militar, y la idea de ir formando poco á poco un ejército de veinte mil hombres segun los principios de aquel arte ocupan la primera juventud del nuevo Czar, pero en breve la vista de una chalupa europea, abandonada en medio de otras ruinas, y cuyo uso hace que le espiquen, revela á su genio el verdadero instrumento de la civilización rusa. No podía esperarse que un príncipe, de quien se apoderaba un miedo involuntario hasta el extremo de sufrir convulsiones y sudor frio cuando tenía que pasar un riachuelo, llegaria á dominar aquella flaqueza echándose al agua á pesar de su antipatía hacia tal elemento, la convertiria en un gusto dominante, y llegaria á ser el primer marino del septentrion.

En medio de todo lo que habia hecho conoció Pedro que aun le quedaba mucho por hacer, y que no bastaba enviar á los rusos jóvenes á Europa á que recojiesen en ella las semillas de la ciencias y de la civilización, si no iba él á instruirse por sí mismo ocular y prácticamente en la marina y las artes que se proponia establecer en su patria. Proyectó, pues, viajar de incógnito por Dinamarca, Prusia, Holanda y otros estados, y con este fin se incorporó en la comitiva de sus tres embajadores, confundiendo entre los individuos que la componian, y llegó de este modo sin ruido ni aparato á Amsterdam en junio de 1697.

Despues de algunos dias empleados en recorrer las populosas calles de aquella capital, en nada pensó el Czar,

con mas anhelo que en ponerse un vestido de piloto, y en ir con este traje á la aldea de Saardam, en donde habia un gran astillero. La multitud de hombres que alli vió ocupados incesantemente, la exactitud y el órden de sus respectivas faenas, la prodigiosa celeridad con que los holandeses construyen un buque, le arman de todos sus enseres, y aquel número inimaginable de máquinas y de almacenes le llenó de admiracion. Arrastrado por aquel espectáculo, empezó por comprar una barca, á la que compuso él mismo un mástil roto, trabajó en seguida en cada una de cuantas partes constituyen una embarcacion, llevando el mismo género de vida que los artesanos de Saardam, visitándose y comiendo como ellos, y remendando por sí mismo sus vestidos y medias. Las numerosas fraguas, molinos y cordelerías que rodean á Saardam, en las que se asierran los pinos y abetos, se saca el aceite, se fabrica papel, y se manufacturan los metales ductiles, le contaron sucesivamente entre sus operarios; se inscribió entre los carpinteros con el nombre de Pedro Michaeloff, y sus compañeros de trabajo le llamaban familiarmente el compadre Pedro (Peterbas).

Ansioso de adquirir mas conocimientos pasó de Saardam á Amsterdam á estudiar con el famoso anatómico Ruysch, donde practicó operaciones quirúrgicas, para poder en caso de necesidad ser útil á sus oficiales ó á sí propio. Aprendia la física en casa del burgomaestre Vistin, que empleaba sus inmensas riquezas en enviar hombres hábiles á que recojiesen lo mas raro que hubiese en todas las partes del mundo, y en fletar buques para el descubrimiento de nuevos paises.

De esta manera hubo pocos oficios y artes en que Pedro no se enterase muy detenidamente. Gustábase sobre todo corregir los mapas, que en aquella época designaban á la ventura las ciudades y rios de su imperio aun no explorado todavia. Se conserva el mapa en que trazó la comunicacion del mar Caspio con el mar Negro que tenia proyectada, y cuya ejecucion habia encargado á un ingeniero alemán.

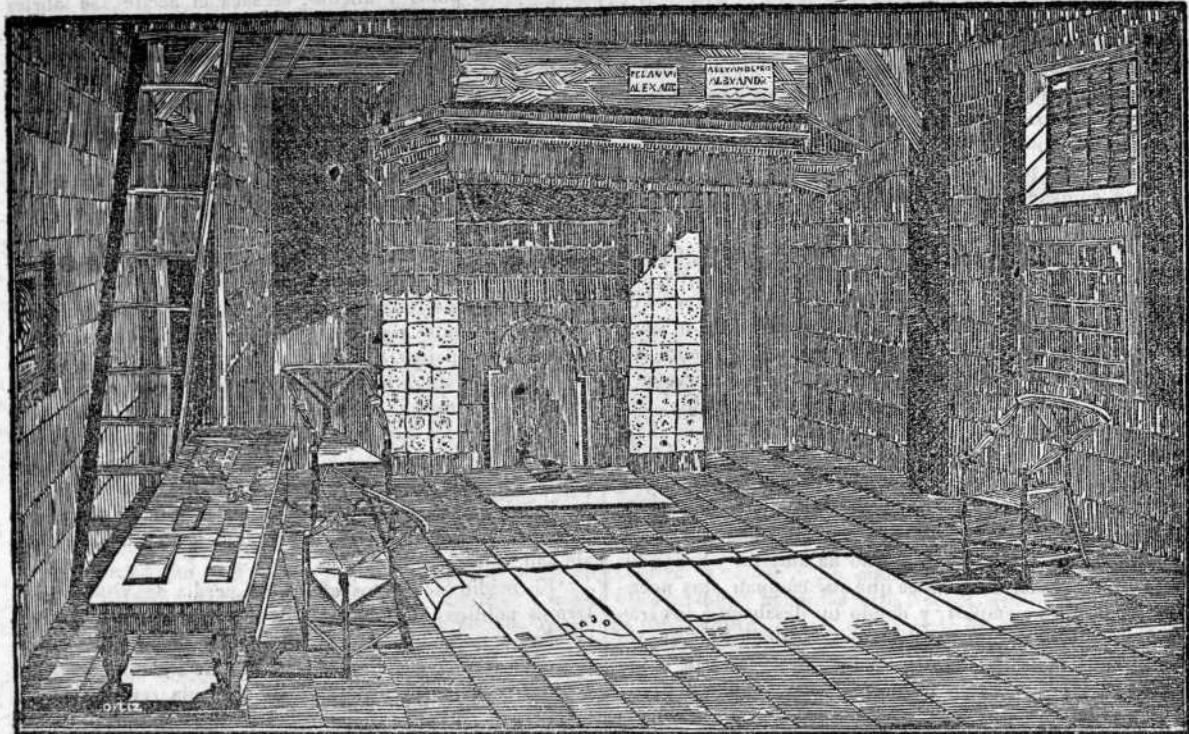
En medio de tantos afanes no perdia de vista los intereses políticos de la Rusia, y al mismo tiempo que manejaba el compás, el martillo y el hacha en Saardam, prometia treinta mil hombres al rey de Polonia Augusto, espedia órdenes á su ejército de Ucrania reunido contra los turcos, firmaba reglamentos para el gobierno de sus estados, seguia importantes negociaciones, y jamás los quehaceres de monarca sufrieron perjuicio alguno de los estudios de filósofo viajero ni de los tabajos de carpintero.

Prosiguió ya en Saardam ya en Amsterdam con sus ocupaciones de constructor naval, ingeniero, geógrafo, físico práctico y emperador hasta mediados de enero de 1698 que pasó á Inglaterra, siempre entre la comitiva de su propia embajada.

Desde entonces ha llegado á ser Saardam un punto de peregrinacion, en donde se visita con admiracion y respeto una casita de madera construida en 1632, que aun permanece en pie, no obstante sus doscientos años, aunque apollillada y llena de rendijas. Esta fue la habitacion de Pedro el Grande, y no hay viajero de algunas luces que estando en Amsterdam deje de atravesar el brazo de mar que separa á esta capital de Saardam para verla. El príncipe de Orange hizo construir una bóveda y arcos de ladrillo para abrigar sin desfigurarla á aquella gloriosa y memorable cabaña. Se divide en dos piezas, una de las cuales era el taller del Czar, y la otra, que es la que representa el grabado, era su sala, cocina, alcova y comedor. Se reducen todos sus muebles á una gruesa y tosca mesa de madera, una escalera de mano, tres escaños con respaldo y asiento triangular, una gran chimenea, una halcana y una cama, si tal puede llamarse una tabla puesta sobre otra, sobre una especie de artes: todos estos muebles estan denegridos de viejos y apollillados, y

corroidos por el tiempo; pero la memoria de Pedro el Grande hace de aquella choza un templo, y comprensible una

inscripcion en holandés que dice: «*Nada hay pequeño para un grande hombre.*»



(La casa de Pedro el Grande en Saardam.)

No es esta la única inscripcion que alli se ve, pero las demas no tienen la misma oportunidad ni sencillez. Millones de viajeros que han visitado aquel sitio no se han contentado con llenar con sus nombres y pensamientos un album que cuenta en el día un 74.^o tomo, sino que han invadido hasta la santa y respetable ensambladura. Alejandro pasó á Saardam en 1814, y selló por su propia mano sobre la chimenea una lápida de mármol blanco con esta inscripcion: *Petro Magno Alejandro I benedictus imperator, hanc lapidem ipse possuit.* El rey Guillermo y el príncipe de Orange han ofrecido tambien á la memoria de Pedro

una lápida con letras de oro y en ella sus títulos y dignidades; pero hubiera sido mas oportuno dejar al viajero la emocion entera y simple que no puede menos de excitar la vista de tal cabaña, sin distraerle con tales inscripciones que son el homenaje que la vanidad suele tributarse á si mismo.



(PARIS.)

EL PRIMER DIA EN PARIS.

Para un espíritu observador, para una imaginación viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el día de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que ó no se borran jamás, ó dejan honda huella en el corazón y en los sentidos.

Yo llegaba á París por Charenton (1) así como otros van á Charenton desde París. Había salido aquella mañana de la linda ciudad de Melun, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, había abandonado la diligencia y tomado una carretela, con otro compañero de viage también joven, también extranjero y también como yo deseoso de gozar. Ignoro si á él le sucedería lo que á mí, ni sé si pensaría en Viena, su patria; por mi parte no podía apartar la memoria de la mía, y estableciendo una relación mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanares desde el Sena, el cerro de los Angeles desde las alturas de Montmartre, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de Jena y Austerlitz. Y todavía no eran estas las comparaciones mas desventajosas; pero cuando veía desplegarse á mis pies aquellas ricas y frondosas campiñas, cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles, cuando en vano pretendía enumerar la multitud inmensa de las casas de campo, (*chateaux*) paradores (*hotels*), fondillas (*restaurants*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacían avanzar en la idea que formaba de la capital que iba á conocer, cuando esta se desplegó á mi vista en toda su extensión, y me representó positivamente las cúpulas del Panteón y de los inválidos, las torres de Nuestra Señora, de S. Sulpicio y de las Tullerías, aquellos palacios en fin, aquellos templos que ya de antemano tenía yo tan impresos en mi idea, cuando en fin comparé todo este magestuoso

espectáculo con el triste y monótono que tantas veces había contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.

Ya habíamos pasado el puente de Charenton, y yo contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, había preguntado al conductor cuanto nos faltaba aun para esta.—«Dos leguas» me contestó.—Pero la serie de casas de uno y otro lado no concluía, antes bien, de bajas y sencillas, iban tomando formas mas magestuosas y elegantes; ya se dividían en calles traviesas y de una prolongada extensión; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruajes de todas las formas conocidas, de trágneros, de paseantes, iba aumentando prodigiosamente; ya veía desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés.... y sin embargo París no parecía.—Conductor ¿cuánto nos falta aun para llegar?—¿A donde?—A París.—Hace hora y media que estamos en él.—Pues ¿cómo? ¿desde cuando?—Desde Charenton.—¿Pues no había dos leguas?—Si señor, pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

—¿Con que esto es París! ¡dos leguas! por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debía haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podían encontrarse en cualquier parte.—Pero Señor ¿a donde vamos á parar? Dos horas hace que andamos y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que vamos en pies ajenos; ¡cielos! que será cuando tenga que franquear estas distancias con los míos.... ¿Qué tristeza!.... esto será vivir solo en medio de la multitud. Esta sentida reflexión es terrible, y sin embargo es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demás (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡qué calles tan sucias y oscuras! ¡qué casas tan negras! ¡que monotonía, que pesadez de edifi-

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

cios! ¿Dónde estás alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolución.

«Hotel royal des messageries» hola, aquí es donde haremos alto..... ¡Qué confusión! ¡cuantos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlín; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias?..... ¡ay que el uno se lleva mil baules, otro mi maleta, otro mi sombrero y mi saco; que los meten en aquel coche!..... ¿qué es esto, donde me llevau VV.?—*Entrez Monsieur*.—Pues señor, heme aquí trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; ¿pero á donde nos dirigiremos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres..... escojamos.—«Conductor, al hotel de..... Rue Richelieu.»—«Estamos en él.»

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un *hotel*, por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquella donde van á reunirse constantemente lo mas escogido y brillante de la poblacion de Europa, donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito confundiendo con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos, reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles mas grata su permanencia. Así es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulacion. Anádase á esto la elegancia y primor del mueblage de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el orden admirable en el régimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega á dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, y nadie extrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar menos comodidades de su propia casa.

Heme aquí instalado en mi habitacion parisien, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secrétaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas; ¡cuán grato es aquel primer momento, en que uno entregado á sí mismo y descansando de las fatigas de tan largo viage, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha ¡un-que mudos decirle todos «Estás en París.»

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*Domestique de place*) que viene á ofrecer sus importantes auxilios sirviéndolos de guía en el laberinto de París; para él no hay secretos ni puerta cerrada en la ciudad; los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París, es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta que gusta de ostentar sus perfecciones, es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.—No lejos de él viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del *hotel*, que os brinda con su cabriolé á dos francos por

hora; este os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdiccion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios.—Luego viene el barbero con su cajita llena de ungüentos y cosméticos para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de pies á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del día, y envidiando la guitarra y la alegría de los *figaros* españoles.—Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido en la cabeza y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir*; luego entran las fantásticas targetas de *adresses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores, y gabinetes de lectura de todo el cuartel; y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba á bajo, y mirará vuestros trages con una sonrisa compasiva; despues dirigiéndose á vos con un aire solemne exclamará:—«Monsieur, mucho me aflije el tener que decirlo; pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, con arreglo á los adelantos del siglo.»—Y tú, pobre viajero, que habías pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un antipoda.

Ya en fin se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo la *Verdadera guia parisien*; pero hoy no quiero ni cabrioles, ni cicerones, ni amigo conductor, quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones, vamos pues á la calle. ¿Pero á donde dirigire mis pasos? ¿iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, El Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevards* ó el *Palais royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle el impulso de mis pies, y entreguémonos al numen tutelar que sin duda debe haber para los recién llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en días de feria en una tienda de tiroleses; en el momento en que tú, deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado vendedor le muestra profusamente? Pues he aquí la *vera effigie* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital. Mirale correr precipitado de un objeto á otro sin entenderlos ni clasificarlos en su memoria, pararse de pronto, y volver á desandar lo andado; y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la muestra de un peluquero; el prolongado faeton *omnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería; las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estamperia, como la elegante y agraciada *limonadiere* que regenta el mostrador de un café: qué se rie en la cara á un sausimoniano con su trage fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas; que luego sube en un *omnibus* para dejarse conducir por ocho cuartos sin saber á donde, en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacén; y mas allá se le antoja una estampa, y luego una sortija, y despues un libro, y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lapiz, ni papel, ni mannos, ni cabeza; entre tanto recibe con agrado las innumerables targetas que le entregan por las calles con las

señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luego compra en el *punte nuevo* una cadena *casi de oro* por cinco reales, y despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzosamente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés à deux sous* ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento á la holandesa, y luego se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Mlle. Angot* y *Mr. Laprice*, y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las *Catacumbas*, y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del jardin del padre *Lachaise*.

Pero hay entre todos estos un momento verdaderamente solemne y magnifico; y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*. He viajado bastante y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginación apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresión tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real. Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba; pues bien, ahora debo añadir que solo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán exagerada esta observación; á los que no, toda descripción sería inútil y cansada. Basta decirles que en él viene á reunirse todo lo que una población numerosa, activa, y brillante puede ofrecer de interés en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginación y los sentidos: infinidad de almacenes magníficos surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos géneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantéz de decoración exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado, pero mi estómago mas positivo aun que mi cabeza vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Verry*, en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve pues que transigir con su justa exigencia y entrar en aquella suculenta mansion.

También se llevan otro chasco los que sin haber visitado á París calculen de los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los Dos amigos y *Rocher de cancale*, entre la Fontana y *Les freres provencaux*. Se ha dicho no sin razon que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto el mas delicado gastrónomo no tiene allí la menor queja; y para edificación de los madrileños que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, convendría reimprimir en cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. De aquí la voga de tales establecimientos que no solamente están en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la población fija de aquella capital. Su elegancia por otro lado; la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminación de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son

cosa tales que en vano pretenderia yo aquí ni tan solo de linearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, y de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces en aquella capital, gustó hacer un examen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante. Acabada la comida y teniendo á la vista el *Entreacte* y el *Vert-vert* periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cual daríamos la preferencia. ¡Ay que no era nada! Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teníamos á donde escoger. ¿Y qué espectáculos? *Roberto el Diablo*, *I Puritani*, *El misántropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El arte de conspirar*, *La torre de Nese*, *El diablo en Sevilla*, *El hombre del siglo*....., Mayerbeer, Bellini, Moliere, Racine, Victor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Mrs. Ligier*, *Joanny*, *Samson*, *Rubini*, *Lamburini*, *Ybanoof*, *La Grisi*, y la *Unguer*... y esto sin contar otro sinnúmero de diversiones mas vergonzantes, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos eliseo*, *Idalia*, *Tivoli*, *Vauxhall*, *Frascati*, *el Prado* y *el Retiro*; conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoria, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos, y volatineros....

Pero era el primer día que yo estaba en París y me hallaba en el palacio real; creí pues de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro francés, al teatro de Racine y de Corneille. Reuniase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salia á ejecutar el papel de *Celimene* en el *Misántropo*..... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel día; comuníquele á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia real de música* donde á la sazón se hallaban cantando el *Roberto el Diablo*, de Mayerbeer. Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecución y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el mágico vuelo de *Mlle. Tallioni*, y demas comparsa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé acabada la ópera el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches, sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tortoni* ni en el *Inglés*; sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero, sin acordarme en fin de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente día, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas aun mas gratas del porvenir.

El curioso parlante.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Véase el número anterior.)

Quedan pues presentados los principales cargos que

pueden hacerse á Tirso; esto es, la poca importancia y la repetición de muchos de los argumentos, y la demasiada libertad en el modo de manejarlos; pero estos cargos no son de ninguna manera tan absolutos que no pudiera contestarlos con escepciones honrosas, en que afortunadamente se apartó de aquellos defectos. En algunas de sus comedias, con efecto, supo hacerse superior al torrente de su siglo, y atreverse á la pintura de caracteres cómicos, dejando entrever un objeto moral como fin de sus composiciones. *Marta la piadosa*; *Por el sótano y el torno*; *La celosa de sí misma*; *Ventura te dé Dios, hijo*; *Privar contra su gusto* y otras varias, dan bien á conocer lo que Tirso era capaz de hacer en este punto, así como también que le era posible el arreglarse á un plan discretamente moderado por la razón y el buen gusto.

Tiene además este insigne poeta la gran recomendación de la originalidad é invención de muchos de los pensamientos dramáticos que después han hecho fortuna manejados por otros autores; y no pocos de estos han copiado ó imitado á Tirso sin tener en cuenta lo que le debían. La hipocresía y la falsa virtud habían visto una imagen suya en la *Beata enamorada*, antes de Moliere y de Moratin. El *Convidado de piedra* y *Burlador de Sevilla*, de Tirso ha sido imitada después por nacionales y extranjeros. Ni Rotrou ni Regnard ni Picard, habían escrito antes que Tirso hubiese ya dado en *La ventura con el nombre* una comedia cuyo argumento es una semejanza en el semblante. *La celosa de sí misma* ha sido imitada por varios; Moreto dió en *La ocasion hace al ladrón* una copia de la *Villana de Vallecas de Tirso*, y en el *Desden con el desden* trató el mismo objeto que aquel en *Celos con celos se curan*. Cañizares copió la *Antona Garcia* ligera mente variada, y lo mismo hizo Matos con la *Elección por la virtud* á que dió el nombre de *El hijo de la piedra*, y finalmente Montalvan copió servilmente á Tirso en *Los amantes de Teruel*.

Cosa inconcebible parece que el mismo hombre que cuando queria sabia conducir tan dignamente su pluma por el camino de la razón; que era capaz de desenvolver (sin mengua de su ingenio) una intriga peregrina, natural é interesante, tal como la de *Amar por señas*, *Amor y celos hacen discretos* y otras, llegase en otras ocasiones á delirar hasta el punto repugnante que se ve en muchas de sus comedias; léanse sino *Escarmientos para el cuerdo*; *La condesa vandolera*; *Los lagos de San Vicente*; *El mayor desengaño* y otras varias, en que se dejó atrás á lo mas desatinado de sus rivales.

Pero el genio de Tirso obedeciendo de este modo al gusto extravagante de un público poco escrupuloso, supo como hemos dicho sujetarle en otras al saludable influjo de la razón y del buen gusto, ofreciéndole pinturas animadas y exactísimas de las costumbres nacionales, como en *D. Gil de las calzas verdes*; *Por el sótano y el torno*; *El amor médico* y otras varias en las cuales precedió á Moreto, Alarcon y Solís, indicándoles el camino de la verdadera comedia. Engolfado en otras ocasiones en los mas profundos arcanos de la metafísica amorosa, supo pintar el amor con todos los caracteres posibles, sublime, taimado, tierno, burlador, en los palacios y en las cabañas, gozando en la prosperidad ó luchando y venciendo la adversa fortuna.—*El castigo del pensó qué*; *El vergonzoso en palacio*; *El burlador de Sevilla*; *Amor y celos*; *Amar por razon de estado*, y casi todas sus comedias dan repetidas pruebas de aquel aserto, y pueden todavía admirarse aun después de haber admirado á Calderon; y finalmente supo luchar hasta en fecundidad con el celoso de su siglo, pues que ya queda asegurado por el mismo Tirso, que tenia escritas *trescientas* comedias en 14 años.

Pero en donde este poeta aventaja á todos los demas dramáticos españoles, es en la pintura de las costumbres

villanescas que sabe trazar con una verdad y gracia, en que no dudamos asegurar que no ha tenido rivales, ni siquiera felices imitadores.

«Par Dios que hemos arrendado unos prados del concejo; pujólos Anton Bermejo y picóse Bras, Delgado; volviólos á pujar mas y emberrinchándose Anton pególes otro empujon; pujó cuatro reales Bras, y á tal la puja les trujo, que aunque los llevó Delgado, creo, según han pujado, que quedan ambos con pujo.»

D. Juan. «Casaros, ¿cuándo ó con quien?»
Violante. «Cuaucho? mañana temprano

que ansina el cura lo dijo, ¿Con quien? con Anton el hijo de mi viejo Bras Serrano; ¿Cómo? con juntar las palmas al tiempo que el sí, pregunten, ¿mas qué importa que las junten sino se juntan las almas? ¿Donde? en cas del escriben que mos hace la escritura ¿por quién? por mano del cura delante del sacristen.»

Dominga. «Si vos el hechizador lo sentis como lo habraís, á buen puerto vos llegaís que á la fe que os tengo amor. No lo saben *sermonear* los de acá tan á lo miel, quizás lo hace el burriel ó el carrasqueño manjar; mas vos aunque cariharto en cada ojo socarron tenedes si hechizos son dos varas de garabato; yo sirvo al mejor serrano que toda la Limia tien, es rico é home de bien é cinco ducados gano. Siete dá á cada vaquero, si él os recibe y conoce siete y cinco serán doce juntaremos el dinero, haremos hucha yo y vos, diez años le serviremos, la alcancia quebraremos á los diez años los dos. A doce ducados son diez años, si bien los cuento, diez á doce, veinticiento que será rico pellow; compraremos bacorriños que los gallegos son bravos, un prado en que sembrar nabos, dos cabras y dos rociños; cogeremos, ya el centeno, ya la borra, ya el millo; buen pan este aunque amarillo; sano el otro aunque moreno, gallinas que con su gallo nos saquen cada año pollos, manteca de vaca en rollos; seis castañas, un carballo, una becerra y un buey, y los diez años pasados

podrá envidiarnos casados
el conde de Monterrey.
Caldegoa ¿Cómo te llamas?
Dominga. Dominga.
Cald. Mi fiesta de guardar eres,
si á lo prestado me quieres
tu esclavo soy; ata y pringa,
ya estarás golosmeada,
mas dudar en esto es yerro
pasaste la cruz del ferro
y vendrás desojaldrada.
¿No has querido á nadie?
Dom. ¿Yo?
soy por vida de mi padre
tan virgen como mi madre
me parió.
Cald. Deja el parió
y á lo primero te allega,
pues yo me sé aunque porfías
que son muchas gollerías
pedir doncellez gallega.»

Aquí ya se descubre la natural malicia de nuestro P. Definidor, que se complace en tener constantemente re-
tozando en los labios de los oyentes una risa juguetona. Sin embargo, el auditorio bullicioso que depuestas las armas de la crítica, se vió involuntariamente arrebatado por las gracias del maligno Tirso, quédase de pronto sorprendido cuando le oye prorumpir en sentencias tan profundamente filosóficas como enérgicamente espresadas.

«Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pie mantiene;
que no es rico el que mas tiene
sino el que ha menester menos.»

«Por no venir á gastar
del recibo es bien me prive,
que la mujer que recibe
es forzoso que ha de dar.»

«Dad al diablo la mujer
que gasta galas sin suma,
porque ave de mucha pluma
tiene poco que comer.»

«La sombra del nogal
representa al desdichado
que á cuanto alcanza hace mal.»

«La muger en opinion
siempre mas pierde que gana,
pues son como la campana
que se estiman por el son.»

«En la mesa del amor
los celos son el salero,
que para ser verdadero
ellos han de dar favor;
pero advierte que es error
echar mucho al que es sencillo:
con la punta del cuchillo
pone sal el cortesano,
porque con toda la mano
no es templado es desabrillo.»

«El que en los príncipes fia
y á la cumbre del poder
por el favor va subiendo,
mire como asienta el pie.
Por escalera de vidrio
sube el privado mas fiel,

y es fácil cuando descienda
ó deslizar ó romper.»

Preciso sería copiar la mayor parte de los diálogos de Tirso, para dar á conocer toda la riqueza de su imaginación, toda la profundidad de su estudio, toda la fuerza, originalidad y gracia de su language; pero basten los ya citados para reconocer en este eminente autor uno de los hombres mas insignes de que puede con razon gloriarse el Parnaso español.

Por eso es tanto mas digno de censura el criminal é injusto olvido en que le han echado tantos autores como han tratado de la historia de nuestro teatro, y en el cual ha permanecido como eclipsado hasta estos últimos años en que un apreciable literato (D. Dionisio Solís), volvió á despertar la buena fama de Tirso, presentando en la escena varias de sus comedias refundidas con bastante discreción, y por fortuna perfectamente desempeñadas. El público del día quedó tan prendado de ellas, que el nombre de Tirso es un talisman para llevar el teatro, y su reputación por mucha que fuera en vida, creemos que se halla hoy mas sólidamente asegurada.

Únicamente sería de desear que muy pronto llegásemos á ver concluida la reimpresión de todas las comedias de Tirso, que emprendió hace dos años otro literato, profundo conocedor y entusiasta de nuestro antiguo teatro. De este modo el tesoro completo del Maestro Tirso, conocido únicamente en el día por algunos pocos aficionados, llegaría á hacerse general, y en ello ganarian á un tiempo la reputación del poeta y la gloria del país.

R. de M. R.

ADORNOS DE TOCADOR.

De las agujas á la valenciana.

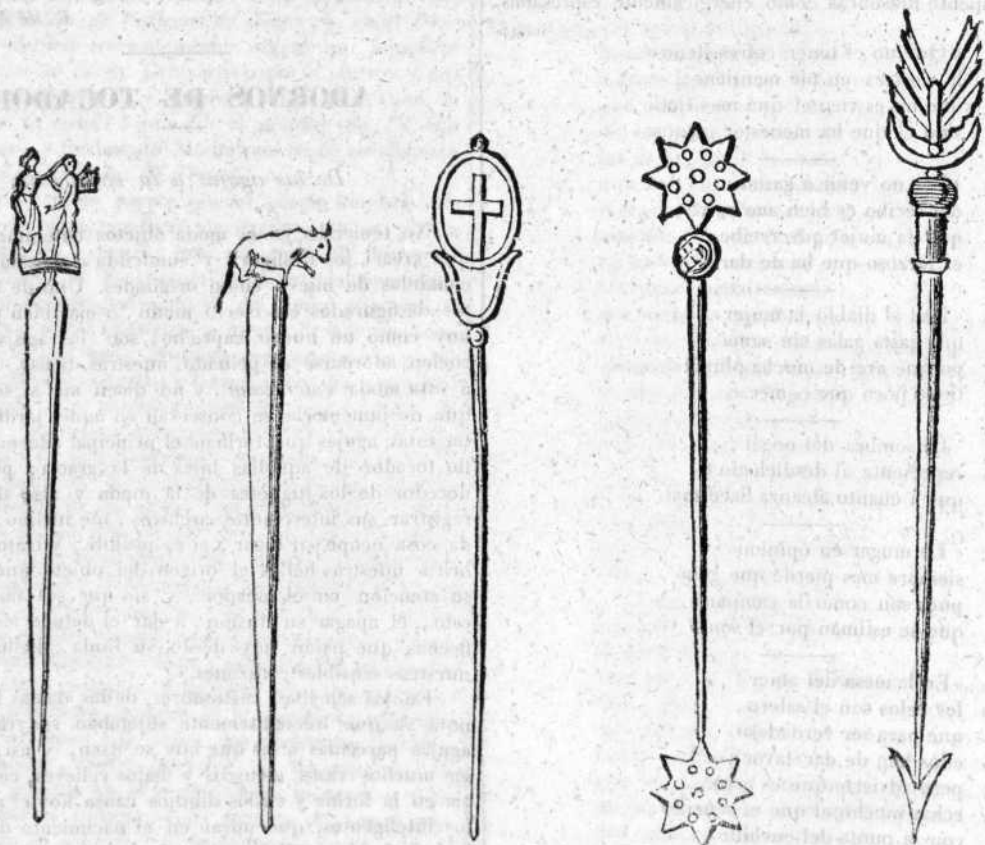
No teniendo ya la moda objetos enteramente nuevos que crear, los desfigura y eumienda mañosamente, ofreciéndolos de nuevo como originales. Uno de estos objetos desfigurados en cierto modo, ó mas bien presentados hoy como un nuevo capricho, son las agujas con que suelen adornarse el peinado nuestras damas. Dicese hoy á esta moda *valenciana*, y no dicen mal si se atiende á que de inmemorial se conservan en aquel jardín de España estas agujas que forman el principal adorno del sencillo tocador de aquellas hijas de la gracia; pero yo conocedor de los juguetes de la moda y algo aficionado á registrar sus interesantes archivos, me inclino de que cada cosa ocupe su lugar, si es posible, y trato de descubrir á nuestras bellas el origen del objeto que hoy llama su atención en el tocador, y sin que sea mi ánimo en esto, el apagar su ilusión, á dar el debido mérito á esas flechas que pasan hoy desde su linda cabellera á herir nuestros sensibles corazones.

En las sencillas costumbres de las damas Etruscas se nota ya que frecuentemente sujetaban sus cabellos con agujas parecidas á las que hoy se usan, y así se advierte en muchos vasos etruscos y bajos relieves, cuya elegancia en la forma y en los dibujos causa hoy el asombro de los inteligentes, que miran en el nacimiento del arte un ingenio y desenvoltura tan maestra, y un adelanto tan precoz como rápida fue su decadencia. En muchas estatuas y obras griegas y aun en algunas medallas particularmente en las de Siracusa, se notan agujas que prenden los cabellos, con formas bastante graciosas, y tambien las gastaron las mujeres de los graves Hebreos, si hemos de dar crédito á escritores conocidos por su suficiencia y verdad histórica. Empero, si ya aquellos pueblos usaron este adorno, donde se ven campear las agujas con las formas mas elegantes y en mayor profusión,

es en las romanas, particularmente en los tiempos de la república y de las doce primeras emperadoras, y así es, que ademas de las estatuas, bajos relieves y pinturas, en las medallas de familias romanas, y en las de las mujeres de los césares campean generalmente para sostener aquellas trenzas tan variadas como preciosas, que daban realce á la natural hermosura de aquellas que despues fueron adornadas como diosas ocupando los suntuosos templos de la gentilidad. Como las agujas lucian tambien en las pelucas de las diosas, en los adornos de las vestales, y sacerdotisas y aun tambien en las cabezas de los sacerdotes destinados á peinar á la Diosa Cibeles llamados *sacerdote capillati* segun Gratherio; los artistas se esmeraban á porfía, conducidos por la veleidosa moda, en la variedad de las formas, y los ídolos, los animales, y cuantos objetos presenta la naturaleza, eran la ocupacion del cincel, del crisol y yunque de sus talleres; de suerte que las cabezas de dichas agujas representaban figuritas de Venus, Castor y Polus, y Cupido y Psiquis, ó alegorias relativas á la religion, á las pasiones ú á la historia general. Entre las joyas de boda las agujas y punzones del tocador, jamas eran olvidados como que constituian una parte de las principales del aderezo. Estas agujas eran de todos metales conforme la clase de la portadora siendo generalmente de oro, segun Marcial y otros escritores, las de las grandes señoras, de plata y de marfil las de la clase media, y de bronce y aun de caña como

afirma Reding las de las plebeyas. El nombre de la dueña y el de su marido, solia grabarse en estas agujas, y así se ve en una perteneciente á Maria, mujer de Onorio la que fue enterrada en el Vaticano en cuyo sepulcro se halló una aguja citada por Guasco en la página 50 de su obra. Era tanta la supersticion romana, que la aguja con que se trenzaba (1) y sujetaba la peluca de Cibeles, se miró como milagrosa, y *Servio* la cuenta entre las prendas de la duracion y gloria del pueblo romano de la misma suerte que las cenizas de Veientes, el cetro de Orestes, el de Priamo, los escudos sagrados etc. *Septem fuerint paria quæ imperium Romanum tenent, acus matris Deum.*

Señores los romanos de todo el Orbe por sus conquistas, enseñaron sus costumbres á todas las naciones con el intento de destruir las que antes existian, y por esta razon las agujas pasarian á ser adorno de las damas de las Gallias y de nuestras españolas. La incursion de los bárbaros en el imperio, destruyó del todo las artes, que desde Tiberio habian decaido en sumo grado, y las costumbres tomaron otro sesgo, y cuando los romanos perdieron sus dominios é independencia, todo murió con su libertad, pues el afán de destruir las hechuras del contrario que acompaña comunmente al vencedor, unido á la grosera estupidez é ignorancia de los belicosos godos, les condujo hasta concluir con las pocas obras maestras del arte de los antiguos que respetáran los cristianos á la destruccion de la idolatría.



1. y 2 Romanas.— 3 del tiempo de los reyes Católicos —4 del de Felipe IV.—5 del de Carlos IV.

Mudáronse las costumbres bajo el cetro de hierro de los godos, y solo quedaron algunas desfiguradas y amortiguadas á manera del único rescoldo de un brasero que hubiera mantenido una gran lumbrerada. Limitándonos solo á España podremos asegurar que no hay memoria de que las godas primitivas usasen las agujas en sus to-

cados, pues en los poquísimos monumentos que nos deja-

(1) En vez de las tenacillas que sirven hoy para rizar el pelo, usaban las romanas una aguja de yerro ó acero muy caliente en la que rodeaban el pelo para formar el rizo como lo dice Macrobio y Ozanas.

ron tan groseros como ellos (si se exceptua la arquitectura que lleva su nombre, sin pertenecerles en nuestra opinion) nada aparece que pueda ayudar nuestro propósito. Introducido en España á la destruccion de los godos la profusion y elegancia asiática, por medio de los árabes, volvemos á notar las agujas adornando la cabellera de las bellas musulmanas, y como la moda no acostumbra á respetar religiones, no tardó mucho en ser costumbre en las descendientes de Pelayo. En esta época debieron en nuestro entender empezarse á usar las valencianas que se han avenido tan bien con ellas, que las han hecho su alhaja favorita.

Las damas de las brillantes cortes de Castilla, hasta los reyes Católicos y aun poco despues, se sabe por varios autores gastaron dichas agujas, y aun se ven adornadas con ellas en algunos retratos, y ya no vuelven á notarse hasta el alegre reinado de Felipe IV en que el conde duque de Olivares para favorecer sus ambiciosas miras, hizo brillar en Madrid el lujo oriental á pesar de las pragmáticas de los reinados anteriores para contener los excesos del lujo. Escondió por algun tiempo la moda el enucado adorno, substituyendo á él otros propios del triste reinado del hechizado Carlos II y del belicoso Felipe V, y en el del inmortal Carlos III en que las artes valieron algo mas y adquirieron gusto y elegancia, sacó otra vez la moda sus agujas con los nombres de *flechas* para señoras y de *rasca-moños* ó *mata-muñecos* para las manolas y gente del pueblo; pero no se generalizó hasta el reinado de Carlos IV en que fue este adorno oscurecido otra vez por los erizones, còlias y promontorios con que se tocaban nuestras madres y abuelas.

Solo las valencianas han sido constantes en el uso de las agujas, y á ellas y á las máscaras de Oriente, debemos el que hayan vuelto á aparecer en el teatro de la moda española sin necesidad de que nos veuga, como sucede con los demas objetos de lujo de allende el Pirineo.

Nuestras madrileñas que tantas ventajas alcanzaron con ellas en los saraos, que tantas conquistas las deben, sintieron haber de dejarlas enteramente hasta el venidero carnaval, y consultando con su espejo, al desprenderse las agujas del tocado no pudieron conformarse en abandonarlas.

B. S. C.

IDEAS GENERALES DE ECONOMIA.

En vez de fundar la prosperidad pública en el ejercicio de la fuerza brutal, la economía política la da por base el interés bien entendido de los hombres. Estos no buscan ya la felicidad sino en donde tienen seguridad de encontrarla.

Para que los charlatanes no le engañen y para no ser víctima de los intereses particulares, necesita el público saber en qué consisten sus propios intereses.

El triunfo menos dudoso es el de la verdad.

Si la economía política desacredita á las malas instituciones, fortifica y apoya las buenas leyes.

No hay pueblo ignorante que sea rico ni esté bien abastecido.

Las falsas ideas son un mal positivo porque inducen á tomar medidas falsas.

Los derechos moderados aumentan indispensablemente el consumo, al mismo tiempo que los excesivos paralizan á la vez el consumo y producto.

Es uno de los hechos mas confirmados por la experiencia el de que todos los pueblos, cuyas instituciones depraban el entendimiento tienen una industria muy lánguida.

Uno de los beneficios de la economía política es enseñarnos apreciar cada ventaja en su justo valor.

Un pueblo vecino que prospera debe ser mirado mas

bien como un amigo útil, que como un rival dañoso.

Los países en donde las fortunas medianas son las mas numerosas son los mas felices.

Nuestras riquezas estan en proporcion de la cantidad de cosas que podemos adquirir, y esta cantidad está en proporcion á su abundancia, ó lo que es lo mismo, á su bajo precio; porque *abundancia* y *baratura* no son cosas distintas, sino un mismo hecho espresado con dos palabras diferentes: cuanto mas comun es una cosa menos cuesta, y no cuesta poco sino en razon de ser comun.

No puede haber division de trabajo sin asociacion, ni tampoco desarrollo de luces.

El derecho de propiedad está en la naturaleza del hombre. Es preciso poder *poseer* para que se anime cada uno con el deseo de adquirir.

La legislacion mas favorable á la industria es aquella en que se procura á todos el mas alto grado de libertad y seguridad de sus personas y propiedades.

El procurarse cosas inútiles, e modas y agradables no es corromperse, porque la corrupcion consiste en tener gustos depravados, mas dañosos que útiles; es por el contrario llegar á un grado mayor de civilizacion; es vivir mas, ser hombre mas completamente.

TEATROS.

EL PAJE. Drama en cuatro jornadas; su autor don Antonio García Gutierrez.

La escena nacional, saliendo del lastimoso abatimiento en que por largo tiempo ha enmudecido, nos presenta ya mas frecuentemente ocasiones de ocuparnos de ella, y jamas trabajo alguno escitó mayor simpatía en nuestro corazón ni en nuestra pluma.

Cuando observamos con placer á esa escogida porcion de jóvenes escritores, arrojarlos impávidos á una arena en que tan meritorios son los triunfos por lo difícil é inseguros; cuando por resultado de esta noble lucha, vemos renacer al par el interés del público; que desmiente con este proceder la mal fundada acusacion de indiferencia; parecemos que nuestro deber consiste en prestar un apoyo, siquiera débil y pasajero á los nobles esfuerzos del talento, y al poderoso aliciente de la solicitud popular.

Entre los varios autores que han logrado últimamente interesar aquella, pocos podrán gloriarse de haber escitado la pública simpatía desde los primeros pasos en esta carrera, como el autor del drama que hoy va á ocuparnos, en cuya frente brillan aun en toda su lozanía los laureles que supo grangearse con su interesante y primera produccion *El trovador*.

Muévenos, pues, á detenernos á emitir algunas reflexiones que no creemos inoportunas el interés que naturalmente inspira un joven que se anunció con tan brillantes esperanzas, y en quien desde luego se descubre aquel don celestial del genio, don que no es dado á los hombres conceder, y que directamente se recibe de la mano Omnipotente; don que si fortifica y desenvuelve el estudio, es porque encuentra el germen en la cuna; pero don tambien que á par que brinda con la noble palma al que sabe dirigirle por el buen sendero, imprime severa responsabilidad sobre el privilegiado, que poseyéndole desconoce su origen divino, y le tuere en contra de su noble y primitivo fin.

En otros artículos sobre dramas modernos, hemos dado á conocer nuestro pobre juicio á cerca del abuso criminal que los autores del día, y singularmente los franceses, han hecho de aquel presente del cielo, convertido en sus manos en arma ponzoñosa de seduccion y de maldades, que prestan á la nueva escuela literaria, un

carácter inmoral que nada tiene de comun ni de indispensable al justo desahogo de ciertas reglas eruditas con que la autoridad de los antiguos quiso entabrar el libre vuelo de la fantasía. Y lamentándonos sinceramente de tan funesta equivocación, hemos excitado con fervor á nuestros jóvenes autores, á aprovechar de lo favorable de la nueva escuela, sin incurrir en los errores de sus modelos; á dar libre rienda á la lozanía de su imaginación, sin abandonar empero la verdadera filosofía; la filosofía de la virtud. Afortunadamente se hallan colocados para ello en una sociedad no tan trabajada por los excesos, ante un pueblo no tan petulantemente inteligente, con una creencia fija, con unas costumbres moderadas, y sin la exigencia, en fin de naciones que habiendo saboreado largamente los placeres fecundos del ingenio, corren desaladas en pos de los ficticios de una engalanada sofistería.

La circunstancia de envolver en un drama un pensamiento moral, una idea madre á la cual vengan á subordinarse todos los adornos del ingenio, es tan indispensable, que sin ello renunciaria la escena á su primera y principal misión, que es la de instruir y alectonar al pueblo. Y cuenta, que no somos nosotros los que lo decimos, ni son ideas de los tiempos en que sin contradicción se miraba á la escena como la escuela de las costumbres. Abranse si se quiere las obras de *Alexandro Dumas*, y se verá como este célebre dramático piensa en este punto. «Nunca estará demas repetir (dice) que cuantos se han dedicado á meditar sobre las necesidades de la sociedad, á los cuales deben corresponder siempre las tentativas del arte, opinan hoy, mas que nunca que el teatro es un lugar de enseñanza. El drama debe dar á la muchedumbre una filosofía, á las ideas una fórmula, á la poesía músculos, sangre y vida, á los que piensan una explicación desinteresada, á las almas sedientas un refrigerio, á las llagas secretas un bálsamo, á cada cual un consejo, á todos una ley. Y no es menester decir que las condiciones del arte deben ser atendidas antes de todo, y satisfechas por entero. La curiosidad, el interés, la distracción, la risa, las lágrimas, la observación perpétua de cuanto pertenece á la naturaleza, la envuelta maravillosa del estilo, todo esto debe tenerlo el drama, sin lo que no sería drama: mas para ser completo, es menester que aspire decididamente á agradar, así como aspira decididamente á instruir. *Dejémoslos embobesar por el drama; pero que lleve dentro de sí alguna lección que sea fácil percibir* siempre que se quiera disecar esta bella cosa viva, tan hechicera, tan poética, tan apasionada, tan magnífica vestida de tisú de seda y de terciopelo. Dentro del drama mas bello debe haber siempre una idea severa, lo mismo que dentro de la mujer mas hermosa hay un esqueleto.» Y mas abajo añade. «En cualquiera ocasión que crea necesario manifestar á todos en sus mas pequeños incidentes una idea útil, una idea social, una idea humana, pondré el teatro encima de ella como un vidrio de aumento.»

Sentado este precedente cuya autoridad nos parece la mas oportuna en la presente ocasión, vamos á descender á la averiguación de si el autor de *El Paje*, ha hecho en su drama la aplicación de aquel principio, principio vital para la escena, y sin el cual hemos visto que quedaria reducida á ser un lugar de entretenimiento y distracción. Macho nos cuesta confesarlo, pero á nuestra escasa penetración no se ha revelado el pensamiento moral, falso ó verdadero que el autor ha querido consignar en su obra.

Doña Blanca, esposa de don Martin de Sandoval, conde de Niebla, y ligada por antiguos é impuros amores con don Rodrigo de Vargas de quien tuvo un hijo antes de su matrimonio con el conde, vuelve á ver á su amante despues de muchos años de ausencia, y cediendo harto prontamente á las apasionadas persecuciones de este, no se contenta con menos que con hacer matar á su mari-

do. Pero aun hay mas; para este objeto se vale de un paje niño, Ferrando, el cual enamorado tiernamente de la condesa se presta á esta maldad en la confianza que ella le ha de corresponder su amor. Y por cuanto, y para llevar hasta el estremo el horror de la situación, este paje niño enamorado ardientemente de la condesa, asesino de su esposo, y rival de don Rodrigo, es el propio hijo de este y de Blanca, á quien ni uno ni otro conocian ya. Pero la condesa huye con su verdadero y antiguo amante, dejando así burlada la criminal esperanza del paje; mas cuando celebra las bodas con aquel, este se presenta á ejecutar su venganza, y para manifestar á la condesa su resolución de quitarla la vida, empieza por envenenarse á sí propio, en cuyo estado se descubren los lazos naturales que le ligan con doña Blanca y don Rodrigo, y muere en los brazos de ambos esposos, sus padres.

Este es en globo el argumento, y repetimos que no alcanzamos la idea que el autor tuvo presente al desenvolverle. Pensamos mas bien que limitó al objeto de tejer una fábula que le ofrecia situaciones de efecto, y el cuadro de una sociedad, que afortunadamente tiene mas de horriblemente fantástica que real y verdadera. Si al menos hubiera contrastado tan sombrío cuadro con la oposición de caracteres interesantes, con la espresion de nobles sentimientos como tan diestramente supo hacerlo en el *Trovador*, aun no le haríamos cargo de que por esta vez se hubiese alejado del verdadero objeto de la escena. Mas por desgracia ni tampoco esto hallamos en el drama de hoy. Los caracteres todos son igualmente odiosos, y voluntariamente criminales: una mujer que abandona á su primer amante y se casa con otro; que luego hace asesinar á este por correr tras el primero, burlándose de paso de la tierna credulidad de un niño; un hombre feroz que viene decidido á arrancar por la fuerza y la violencia á una muger del lado de su esposo; una criatura que no duda emplear los mismos medios para satisfacción de una pasión innatural y precoz; y manchados con todos estos horrores los lazos mas puros de la naturaleza, los lazos santos del amor filial, y formar con ellos el formidable triángulo tan frecuentemente manoseado en la escena moderna, el asesinato, el adulterio, el suicidio.... ¿qué se puede esperar de verdaderamente noble, verdaderamente grande con tales elementos? ¿en quién reposará el interés amoroso del auditorio? ¿qué personaje le identificará con su suerte, quién le conmoverá en su desgracia? ¿no deseárá mas bien á la caída del telon verlos confundidos á todos por un rayo del cielo vengador?

Mas basta ya de severas reflexiones, y vengamos á la parte mas grata de nuestro empeño, cual es la de alabar el mecanismo literario del drama, su bien conducidas escenas; su animado diálogo, su elegante y rica versificación. A nuestro entender en este punto el autor de *El Paje* es siempre el autor de *El Trovador*; la lozana imaginación, propia de nuestro clima meridional, tiene en él un digno intérprete, el habla de Calderon y de Moreto un feliz continuador; y el público español una esperanza mas que prolongar. Resta solo que la filosofía y el estudio del mundo vengan á completar la obra del genio, y á convencerle de que si las funestas escepciones del corazón humano presentadas tal vez en la escena, pueden llegar acaso á conmover momentáneamente á un auditorio estremecido; solo estudiando su curso natural y procediendo por reglas generales, podrá el escritor filósofo escitar en el pueblo constante simpatía, y vincular en su nombre una gloria inmarcesible y duradera.

M.



BIENHECHORES DE LA HUMANIDAD.

SOR MARTA.

Entre los bienhechores de la humanidad de que se gloria con razon el presente siglo, merece ocupar un lugar predilecto la religiosa del franco Condado, conocida por el nombre de *Sor Marta*, cuyas relevantes virtudes estendieron su fama por toda la Europa y llamaron la atencion de los monarcas y de los pueblos. Parécenos que no será desagradable á nuestros lectores una noticia de esta muger singular, tanto mas cuanto que sus apreciables beneficios alcanzaron tambien á muchos de nuestros militares prisioneros en Francia durante la guerra con Napoleon, los cuales no podrán menos de reconocer con interés este homenaje que tributamos á la virtud de su favorecedora.

ANA BIGET nació en 26 de octubre de 1748 en Thoraise, hermosa aldea situada á las márgenes del Doubs, á corta distancia de Besançon, y desde su niñez manifestó un natural tierno y compasivo. Un dia que llevaba unos bollos á sus hermanas que estaban de pensionistas en Besançon, los dió todos á unos pobres prisioneros

que encontró en el puente de la ciudad. Llegada la edad de tomar estado adoptó el de hermana conversa en el convento de la Visitacion. Para desempeñar las obligaciones de tal era necesaria mucha robustez, estar acostumbrada al trabajo, y el testimonio de una vida piadosa. Las grandes familias monásticas pertenecian por su constitucion á todas las clases de la sociedad. La haronesa de Chantal habia fundado la orden de la Visitacion, orden que conserva todo el afectuoso fervor de aquella que habia tenido por su director á San Francisco de Sales. Sus claustros poblados de piadosas doncellas preparadas á las dulzuras de la contemplacion por una educacion mas esmerada, se abrian tambien á las jóvenes pobres nacidas bajo las chozas pajizas, ó en el taller de los artesanos, y acostumbradas desde la infancia al trabajo corporal. De estas últimas eran las hermanas conversas, dedicadas tanto á las prácticas de la devocion monástica cuanto á la vida exterior: mezela indispensable para las comunidades de religiosas, donde muchas veces se unieron los

méritos de las dos hermanas María y Marta, que recibieron á Cristo en su casa.

En el ejercicio de tales deberes fue en el que Sor Marta recibió el nombre de religion, que tan apreciable habia de llegar á ser á la gratitud pública. Desde los primeros dias de su entrada en el convento, añadía ya obras de supererogación á las prescritas en la regla, y el arzobispo de Besançon, Dufort, la permitió que visitase á los presos, y cuando la revolucion destruyó la orden de religiosas á que pertenecía, dedicó enteramente á ellos todos sus desvelos. En aquellos años calamitosos en que parecia que toda compasion estaba desterrada de la tierra, era necesario dejar á la puerta toda esperanza humana. Otra religiosa llamada Sor Grimont conseguía introducirse con trabajo en aquellos recintos donde la inocencia reemplazó tantas veces al crimen; y Sor Marta no era menos áspidamente rechazada que su compañera cuando iba á llevar toda clase de socorros á los presos, á quienes llamaba sus amigos.

Vivia Sor Marta en Besançon de la módica pension de una anciana religiosa que venia á ser de unos 1300 rs., y era dueña de una casita. Con tan cortos recursos llegó á ser esta caritativa muger una providencia para los pobres. Su habitacion era el punto de reunion de los viejos, niños y enfermos de las clases indigentes, á los cuales distribuía limosnas y alimentos, teniendo en Sor Marta una incansable proveedora, y que se multiplicaba por decirlo así para socorrer sin que la detuviera obstáculo alguno. Recorria todas las casas pidiendo limosna para los pobres, y era tal la veneracion que inspiraba, que se hubiera avergonzado cualquiera de no asociarse con alguna cosa á su admirable caridad.

No se circunscribian sus desvelos á solos los pobres de la ciudad, sino que se extendian á los de las aldeas inmediatas, á donde iba á visitar, consolar y cuidar á los enfermos. Ella les daba los medicamentos y preparaba las bebidas que los facultativos les recetaban. Arrostaba para esto todas las incomodidades, y ni el ardor del verano ni el rigor del invierno podian entibiar su celo. Por frio que hiciese, jamás encendia lumbre para ella, porque creia que aquel gasto redundaria en perjuicio de sus desgraciados. Por doce años consecutivos no se alimentó de otros manjares que de pan comun y leche, y semejante frugalidad la facilitaba el poder verificar mas actos de caridad.

En 23 de marzo de 1805 ocurrió un incendio que abrasó la mitad de una aldea cerca de Besançon, siendo Sor Marta una de las primeras en presentarse en aquel teatro de desolacion. Estimulando con sus palabras, y mucho mas con su ejemplo, contribuyó infinito á contener los progresos de las llamas, y su serenidad salvó una parte de las habitaciones. En una cabaña, presa ya del fuego, vivia una muger llamada Catalina Simon, ama de dos niños, y habia el incendio envuelto tan pronta y completamente aquel recinto, que la desgraciada no-dreza no habia podido evadirse de la muerte, pareciendo inevitable la pérdida de ella y de los dos niños. Nadie se atrevia á correr el riesgo de socorrerles de algun modo. Sor Marta, al ver tan dolorosa escena rogaba, suplicaba y aun amenazaba, pero en vano. Ofrecia cuanto tenia, hasta su cruz de oro al que probase á salvar á las tres victimas; y no contando al fin mas que con su propia resolucion, y sin calcular el riesgo, se arroja á pesar de su edad entre los restos encendidos, y como resguardada de la mano de la providencia, y sin mas accidente que algunas ligeras quemaduras en las manos y el rostro, consigue arrancar de las llamas á la infeliz muger y sus dos inocentes criaturas.

A los dos años despues de este incendio, habiendo ido Sor Marta el dia 7 de agosto de 1807 á recoger plantas á las orillas del Doubs, oyó no lejos de ella el ruido sordo como de un cuerpo pesado que caia en el agua, y

volviedo la cabeza vió á un muchacho de nueve años llamado Adriano Leduc, hijo de un pobre pastor que acababa de caer al rio y le llevaba la corriente. Sor Marta no se detiene en el peligro á que se espone no sabiendo nadar ella misma; se arroja al agua, y logra á costa de esfuerzos y de un continuo riesgo salvar la vida del pastorcillo.

Tampoco podian dejar de escitar los piadosos desvelos de Sor Marta los soldados extranjeros, á quienes la suerte de las armas habia hecho caer prisioneros. En 1809 fueron llevados á Besançon *seiscientos prisioneros españoles*; y estos desgraciados se encontraban en la mayor miseria, muchos enfermos ó heridos, y todos casi desnudos. Sor Marta ve que se aumenta el número de desgraciados á quienes socorría, pero sin asustarse por eso del doble trabajo que va á acarrearla la noble empresa que se ha propuesto. A la edad de sesenta y dos años la caridad la daba nuevas fuerzas y se redoblaba su actividad. Inventó, crea recursos para prodigar á aquellos pobres extranjeros los mayores desvelos; provee á sus necesidades mas urgentes y les cuida en sus enfermedades. Cuando los prisioneros tenian que hacer alguna reclamacion ó pedido al comandante de la plaza, Sor Marta era la intérprete, y la recomendacion de sus virtudes era casi siempre el garante del buen resultado de la solicitud. Un dia dijo el general á Sor Marta: «Gran sentimiento vais á tener hermana, porque ya vuestros buenos amigos los españoles van á salir de Besançon. — Es verdad, mi general, contestó ella, pero se dice que vendrán ingleses, y serán tambien mis amigos, pues son desgraciados.» De esta suerte se reunian en Besançon prisioneros y heridos de todos los puntos de Europa, que la aldeana de Thoraise debia salvar y devolver curados á las familias del Norte y Mediodia que los lloraban á las márgenes del Tajo, el Oder ó el Volga; y en tan distintas como lejanas regiones se conservaba, segun lo testifican los viajeros, el recuerdo de esta caritativa francesa.

Los desastrosos años de 1813 y 1814 pusieron nuevamente á prueba la ardiente caridad de Sor Marta. Todas las plagas de la guerra desolaban á la invadida Francia, y Sor Marta arrostró todos los peligros de los campos de batalla para ir á socorrer indistintamente á los heridos franceses ó enemigos. Se la vió muchas veces levantarlos y socorrerlos entre el fuego de las baterías; se la encontraba despues de las acciones mas ensangrentadas junto á los carros de heridos, ó en los hospitales; ponía á contribucion de trapos viejos á todos los habitantes, y juntaba á todas las mugeres y doncellas para que hiciesen hilas y vendajes, comunicando á cuantos la conocian el entusiasmo de que estaba animada. El duque de Reggio la encontró en 1814 en sus piadosas ocupaciones, y la dirigió en pocas palabras el elogio mas completo. «Os conozco, la dijo, hace ya mucho tiempo; cuando mis soldados estaban heridos exclamaban: ¡En dónde está nuestra Sor Marta!» Hacia el mismo tiempo fue cuando la bienhechora de los prisioneros obtuvo el galardón mas grato para un buen corazon, consiguiendo el indulto para un pobre conscripto que habia desertado, y que estaba ya en la plaza en donde debia ser fusilado.

La paz de 1814 hizo resonar el depósito militar de Besançon con innumerables acentos de alegria, y en medio de los ecos de todos los idiomas del Norte y Mediodia, pudo Sor Marta percibir los homenajes del agradecimiento general hacia ella. El primer uso que hicieron de su libertad los prisioneros fue el ofrecer una fiesta á su generosa bienhechora en el oscuro recinto en donde tantas veces les habia consolado.

Las recompensas y distinciones que recibió en aquella época, la honraron mucho menos á ella que á los que se las dieron. Desde el año de 1801 la habia ofrecido la sociedad de agricultura de Besançon una medalla de plata con esta inscripcion: *Honor á la virtud*. En 1815

el ministro de la Guerra la envió una cruz y en el mismo año recibió medallas de oro del emperador de Rusia y del rey de Prusia, haciendo este último que el príncipe de Hardenberg, uno de sus ministros, la escribiese una carta de gracias digna de un monarca, por los cuidados que Sor Marta había prodigado á los prisioneros y heridos de los ejércitos prusianos. Aquel mensaje iba acompañado de cien piezas de oro, como una espresion de la parte que deseaba tomar el rey en las buenas obras de Sor Marta. El emperador de Austria la concedió la medalla de mérito civil, y el rey de España la envió tambien una condecoracion.

Vestida como las aldeanas del Franco-Condado hace un siglo; adornada con sus cruces y condecoraciones, conocida en todas las poblaciones por donde pasaba, y conociendo ella á infinitad de gentes de todos países, se presentó Sor Marta en París por el año de 1816 á solicitar socorros para sus pobres, y se hizo inmediatamente objeto del interés general. Presentada á Luis XVIII que la recibió honoríficamente, fue buscada de los personajes mas distinguidos de aquella época, y obsequiada en todas las tertulias. Por todas partes se abrian suscripciones en su favor, ó que se decía á lo menos que lo eran; y pueden verse en los periódicos de aquel tiempo las reclamaciones que hubo de hacer Sor Marta en ellos, contra personas que se habian propuesto explotar bajo su nombre, y no en beneficio de los pobres, la credulidad y aun la curiosidad de las primeras familias de París. El retrato de Sor Marta se reproducia de mil modos, y un sobrino del mismo apellido que ella, jóven artista que prometia mucho, y que murió en la flor de la edad, habia pintado y grabado el retrato de su tia, no siendo menos buscada esta estampa de los naturales que de los extranjeros.

Todo este entusiasmo de ningun modo envanecía á la buena Sor que se dejaba elogiar con toda sencillez. Se notaba en su fisonomía una gran espresion de bondad natural, que no excluía por eso cierto no sé que de resuelto y de imperioso que constituía el fondo de su carácter. Gustaba maniobrar por sí sola, y tenia á sus órdenes mujeres ordinarias que ejecutaban lo que las prescribía. El hambre que sobrevino en el año de 1817 hubiera agotado los nuevos recursos de Sor Marta, que durante todo el tiempo de escasez, halló medio de distribuir gratuitamente á los pobres dos mil sopas diarias.

Cuando el regreso de la abundancia puso término á la penuria del pueblo, y la guerra y el hambre cesaron en sus estragos, volvió á entrar Sor Marta en la obscuridad. Una mujer de su caracter y de sus sentimientos hubiera llegado en otro siglo á ser fundadora de alguna orden de monjas hospitalarias. En Francia y en el siglo diez y nueve bastaron pocos años para que se desvaneciese todo aquel ruido que la curiosidad de los hombres habia formado al rededor de aquella mujer benéfica. Sor Marta, acompañada solo de sus buenas obras, entregó tranquilamente su alma al autor de toda caridad y de todo bien, el 29 de marzo de 1824 á la edad de setenta y seis años.

COSTUMBRES ANTIGUAS.

PRUEBAS JUDICIALES.

Como penetrada la justicia humana de su impotencia para describir la verdad, apelaba en los siglos de la barbarie y de las creencias supersticiosas á la intervencion visible y material de la divinidad, para que la indicase con un milagro quienes eran los culpables á los que las leyes debian herir sin miedo de equivocarse. Cuando se acusaba á alguno de un crimen y no era evi-

dente su culpa se le sometia á las *pruebas*, y se creia que en los resultados de ellas declaraba Dios su voluntad. Estas pruebas de las que salian los juicios de Dios, se dividian en tres clases, á saber: la del *juramento*, del *duelo* y la de los *elementos*.

La prueba del juramento, llamada *purgacion canónica* consistia en tomar el acusado un puñado de espigas y echarlas al aire poniendo al cielo por testigo de su inocencia, ó en jurar con la mano puesta sobre su sepulcro, ó sobre unas santas reliquias ó el Evangelio. Podia tambien presentar el acusado doce testigos que jurasen al mismo tiempo que él. Hecho esto se le declaraba absuelto, y ya los hombres no tenian accion alguna sobre su persona, quedando remitido á la justicia divina el cuidado de castigarle si habia sido perjuro.

La prueba del duelo se verificaba con un combate singular entre el acusado y el acusador, ó entre dos campeones que á nombre de ellos se presentaban en el palenque y aceptaban toda la responsabilidad á que estaban sometidos aquellos á quienes representaban. Si el acusado ó su campeón tenia una conocida desventaja en la lucha, se daba por suficientemente establecida la culpa del acusado, y sufrían ambos la pena señalada al crimen que denunciaba la acusacion. Si por el contrario se declaraba la victoria por el acusado, el acusador y su campeón, cuando aquel no habia combatido en persona, recibían el castigo que sus acusaciones, reputadas ya calumniosas, querian acarrear sobre un inocente. Cuando el combate se prolongaba hasta la noche sin desventaja ni de una ni otra parte, se daba por vencedor é inocente al acusado por el hecho mismo de no haber sucumbido, y su contrario sufría todas las consecuencias de la derrota. El papel de campeón era, segun se vé, arriesgado: era obligatorio en ciertas circunstancias para el vasallo en favor de su señor; pero lo mas frecuente era el haber asalariados que tomaban tales padrinzagos si se les pagaba bien. Como los religiosos y mugeres debían tambien sufrir el combate judicial, no les faltaba que hacer á los campeones mercenarios: todo el mundo podia ser admitido por campeón, y solo estaban esceptuados los parcidas.

La prueba de los elementos, llamada *Ordalia* de una palabra sajona, era la mas singular de todas, y se practicaba ó con el fuego ú con el agua. La del fuego se hacia siempre en una iglesia privilegiada; y el acusado, despues de haber ayunado por tres dias á pan y agua, oía misa y recibía la comunión. Despues se le llevaba al sitio de la iglesia preparado para la prueba, en donde despues de haber bebido agua bendita, tomaba una barra de hierro de casi tres libras de peso, mas ó menos hecho áscua segun la mayor ó menor gravedad del delito de que se le acusaba. Debía cogerla el acusado repetidas veces y llevarla mas ó menos lejos conforme á la sentencia, mientras los sacerdotes estaban en oración. Algunas veces en lugar de llevar el acusado una barra de hierro caudente metía la mano en una manopla de hierro hecha áscua, ó caminaba con los pies desnudos sobre barras de hierro en igual estado. Hecha la prueba, le metían la mano ó el pie en un saco que se le ajustaba fuertemente y en el que los jueces y la parte contraria ponían un sello. A los tres dias se abría el saco y si el pie ó mano no conservaban señales de quemadura, ó si las heridas eran ligeras se absolvía al acusado. La prueba del agua, que generalmente se practicaba con las clases bajas del pueblo, era aun mas estúpida. Se ataba al acusado la mano derecha á su pie izquierdo y su mano izquierda á su pie derecho, y despues de haber recitado sobre él algunas oraciones se le echaba al agua. Si sobrenadaba se le tenía por culpado, y si por el contrario se hundía se le declaraba inocente. La prueba se hacia en varias partes de otro modo, asi que en algunas se ponía al acusado y acusador cada uno delante de una cruz con los brazos levantan-

tados en alto, y aquel que no pudiendo sostenerlos en tal postura los bajaba antes se reputaba culpado: tambien se solia dar al acusado un pedazo de pan de cebada y un trozo de queso de leche de oveja, benditos de antemano, para que los tragase, juzgándole culpable sino lograba verificarlo.

Estas raras prácticas, tomadas de los pueblos bárbaros de la Germania y de los Gaulas, las consagró por mucho tiempo la intervencion religiosa, si bien los individuos superiores del clero las condenaron siempre como maniobras supersticiosas proscritas por las palabras mismas del evangelio: «No tentarás al Señor tu Dios!» La razon repugnaba igualmente unos experimentos en que la fuerza, el engaño y la superchería eran las que decidían; pero en medio de esto no se abandonaron absolutamente

las pruebas de la Ordalla sino hacia el siglo XII; y el duelo judicial, hecho ya un medio de resolver aun las diferencias civiles, se sostuvo hasta mediados del siglo XVII; y aun pueden observarse restos de aquella preocupación en los desafíos actuales, en los que hasta cierto punto se tiene el éxito de ellos por una solución racional. En cuanto á la purgacion canónica, se ha conservado en los tribunales; pero habiendo desmuido el miedo al perjurio el juramento no hace ley sino en asuntos de muy corto interes.

Las pruebas milagrosas las hacen tambien los negros de la isla de Madagascar, pues en las contestaciones en lo civil y en lo criminal, dan veneno á dos pollitos de cada una de las partes contrarias, y el pollito que resiste mas á su accion gana la causa en favor de su amo.



1º



2º



3º



4º

Núm. 1 cochinita de nopal macho.—Núm. 2 hembra, por encima.—Núm. 3 hembra, por bajo.—Núm. 4 pata ó remo.

LA COCHINITA.

La mayor parte de los insectos no presentan utilidad alguna al hombre, aun en el caso de que no le sean incómodos, siendo contados los que lo prestan algun servicio; pero en recompensa es este servicio de inestimable precio, y de unos resultados cuya importancia es tanto mayor cuanto es mas pequeño el animal que le hace: sabida es la admirable energia con que opera la *cantárida* cuando la medicina la aplica; estamos viendo al *gusano de seda*

que nos suministra la materia primera del tejido mas suave, brillante y rico; la abeja nos enriquece con la miel y la cera que tantas ventajas nos reportan; y en fin somos deudores á la *cochinita* de la viveza y brillantez de un color carmin, á cuyo lado se oscurecen los demas.

La cochinita, que los sabios han clasificado entre los galinsectos, en el orden de los hemipteros, no es menos interesante por la singularidad de sus costumbres que

por el valor de sus productos en el comercio. En su estado de perfeccion se diferencian mucho entre sí el macho y la hembra. El primero es muy listo, muy pequeño y muy bien cortado en comparacion de la hembra: tiene todo el aspecto de una mosquita, y apenas se pueden distinguir sus diferentes partes exteriores sin el auxilio del microscopio. La hembra, bien al contrario, tiene otro tanto de pesada é informe, cuanto el macho de ligero, ágil y bien formado, y se parece á la corredora. El macho llega á su completa pubertad á los treinta dias de haber nacido, y entonces es cuando provisto de sus alas se pone á dar vueltas al derredor de las hembras, dando saltos á la altura de casi seis pulgadas, y concluido el acto de la fecundacion muere inmediatamente. Las hembras llegan á la pubertad en igual época, pero como su preñez dura otros treinta dias, viven cerca de dos meses, porque perecen apenas han aovado.

Las larvas de ambos sexos son muy ágiles aun al salir del huevo, y corren con estrema ligereza sobre las ramas y hojas del árbol que les conviene; son tan pequeñas que no puede percibirse sino con microscopio, y su cuerpo es oval, chato y sin alas. Los machos no tienen órganos para comer; las hembras como privadas de las alas, tienen un piquillo cónico que es una especie de trompa con la que taladrando la epidermis de las hojas, chupan la sustancia nutritiva que les conviene. Despues de haber mudado unas cuantas veces de pellejo, se disponen á su metamorfosis mas importante, fabricando de una borra algodonaá un nido pequeño en el que permanecen hasta que llegando á ser insectos perfectos salen entumecidas, porque su cuerpo está lleno de huevos.

Los machos son menos numerosos que las hembras y deben quedar mas pequeños; y como no pueden comer, no tardan en asirse fuertemente al ramaje; en este estado de quietud se les va endureciendo el pellejo, y cuando se les abre por la parte posterior salen de él retrocediendo. Tiene la cabeza redonda con ojos pequeños y antenas con franja. Su vientre, que está unido inmediatamente al coselete, termina á veces en dos filamentos como en los efimeros. Dos alas finamente listadas les facilitan el trasladarse con celeridad á los sitios donde las hembras les aguardan inmóviles sobre los tallos y hojas de las plantas á manera de escrescencia ó plantas parasitas. Poco tiempo despues de fecundadas su cuerpo se diseca, y su pellejo sirve de envoltura á los huevos que no tardan en producir las larvas: estas se hinchan y crecen dilatando el pellejo de su madre, que en tal estado parece una especie de tumor adherido á la planta.

De cincuenta especies de cochinillas conocidas, y que por la mayor parte habitan en las regiones cálidas de Europa y penetran á menudo en los invernáculos que infestan, un gran número despiden cuando se las estruja jugos mas ó menos colorados rojizos, sanguinosos ó purpúreos; pero solamente dos especies de cochinilla, la fina de nopal ó higuera chumba, y la cochinilla silvestre, son las que dan aquel precioso color de grana tan estimado para tintes y pinturas. He aquí los caracteres en que ambas especies se diversifican.

La cochinilla fina, que es la del grabado, y la mas estimada de todas, no tiene sobre el cuerpo sino un polvillo blanco, fino é impalpable, al paso que la cochinilla silvestre se cubre de una borra algodonaá, blanca, espesa y viscosa. La hembra de la primera tarda mas en poner que la de la segunda, y por consiguiente vive algo mas. La cochinilla fina no es jamás tan fecunda como la silvestre. En el momento en que nacen y en todas las épocas de su medra son los individuos de la primera especie el doble de gruesos que los de la segunda.

La cochinilla no se da ni pulula bien sino en el nopal: pues solo se usa del de campeche para su alimento á falta de otro. La esperiencia ha demostrado que la mitad ó las tres

cuartas partes de cochinilla que nacen en él perecen antes de fijarse, y que el resto nunca llega á su natural tamaño. Por mucho tiempo se tuvo á este insecto por grano del nopal, y de tal error ha debido provenir la espresion de *sembrar la cochinilla*. Como quiera que sea, sembrar la cochinilla es poner las hembras dispuestas á aovar sobre los nopales propios para la nutricion de sus hijuelos, de manera que apenas nazcan puedan esparramarse por la planta para fijarse en ella, y crecer.

En las campiñas de Oaxaca y Quaxaca es donde los indígenas méxicanos se ocupan en el fomento de la cochinilla. Despues de formar una plantacion particular á este efecto, siembran las cochinillas madres en una especie de bolsitas llamadas nidos, hechas espresamente con el pedicúlo de las hojas del cocotero. Cortan este pedicúlo en pedacitos cuadrados de dos pulgadas de ancho, sacando de él las fibras mas gruesas y duras, y resulta un tejido claro y al mismo tiempo tupido, muy propio para los nidos de la cochinilla: pero al paso que su tupidez es necesaria para resguardarlas del demasiado calor del sol que pudiera hacerlas abortar, conviene que sea claro el tejido para que las cochinillas jóvenes puedan pasar por él y difundirse por el árbol. Reuniendo despues fuertemente los cuatro ángulos de cada uno de los pedacitos espresados se tiene una bolsita con aberturas por las cuales se introducen las madres.

Debe observarse cierta proporcion en el número de madres que han de ponerse en cada nido, y en el reparto de estos, porque un número esceseivo de madres haria que pareciese la planta, y un reparto desigual de nidos dejaria vacios algunos puntos mientras aglomeradas las cochinillas en otros se moririan de hambre. El mejor medio es el de colocar de ocho á diez madres en cada nido, poniendo estos en la base de cada ramaje de cuatro articulaciones, y el mas inferior un pie y medio mas alto que el terreno.

Siendo la lluvia el enemigo mas terrible de la cochinilla fina, se la conserva en Méjico, ya guardando en lo interior de las casas durante la estacion lluviosa ramos de nopal cargados de cochinillas vivas, ya cubriendo con esteras á los que están á campo raso. Estos métodos presentan inconvenientes, y se ha tenido por mejor el de un cobertizo construido de modo que pueda cerrarse prontamente por todos lados con esteras grandes cuando amenaza lluvia, y quedar descubierto todo lo que sea posible cuando haya cesado.

Si se mezclan en un mismo nopal la cochinilla silvestre con las finas quedan siempre estas flacas y ruines, ó comunmente perecen antes de aovar, y aun cuando vivan hasta este tiempo no tienen la décima parte de su natural grueso. Sucede ademas que fecundando los machos de la cochinilla silvestre á los de la fina resulta una degeneracion muy perjudicial á la cosecha. Es pues muy esencial que el cultivador prevenga esta mezcla; y como basta el viento para transportar á las cochinillas silvestres á largas distancias, no solamente es preciso que cada especie ocupe nopalerías diversas y muy separadas entre sí, sino que la de las cochinillas finas no esté jamás á sotavento de la de las silvestres.

Ambas especies de cochinillas tienen muchos enemigos, entre los cuales es el mas cruel una especie de oruga de un color ceniciento sucio, del grueso de una pluma de cuervo, una pulgada de largo y que se cree que es la larva de una mariposa nocturna que aun no se ha visto. Este insecto hila en las articulaciones del nopal una tela lijera, á cuyo abrigo abre una zanja por donde mina las filas mas espesas de las cochinillas, á las que mata abriéndolas el vientre para chuparlas la sangre. Asi mata á docenas cada dia, y puede destruir en poco tiempo una cantidad inmensa. Se le descubre sondeando con un alfiler ó un abrojo todas las telillas que se separan en las articulaciones cargadas de cochinillas. Levantada la tela

se encuentra al insecto devastador todo ensangrentado en su zanja, el cual se agita inmediatamente y se deja caer en tierra ensortijándose.

Otro enemigo de las cochinillas es una sansanita ó vaca de San Anton, que pertenece á la familia de los coleopteros (insectos cuyas alas están metidas en estuches) la cual desbarriga á las cochinillas y se alimenta de sus entrañas. Debe dársele caza por la mañana antes de salir el sol, porque entorpecida entonces por el frio no puede volar y se la coge fácilmente.

También es enemiga de la cochinilla una larva informe de polilla del grueso de una semilla de acelga, y que se cubre de brinzas de paja y roeduras de madera. Esta larva devora enteras á las cochinillas empezando por la estremidad del abdomen. Asegura un autor que cuando las cochinillas se agitan y rompen su trompa para huir es señal ciertísima de que no está lejos este funesto enemigo.

También se tiene por enemigas de la cochinilla á la hormiga, las ratas y la cochinilla amarilla, siendo posible que tenga todavía otros adversarios, y sobre todo entre los insectos; pero los espresados son los mas conocidos.

La cosecha general de las cochinillas que se han sembrado en un mismo dia debe hacerse en el mismo momento en que se ve que salen una larvitas del cuerpo de algunas. Este momento crítico que no debe malograrse, llega á los dos meses cabales desde que se han sembrado y un mes despues de su fecundacion. Si se hiciese la cosecha antes ó despues sería corta, porque en el primer caso no habrían adquirido las cochinillas todo su desarrollo, y en el segundo las cochinillas jóvenes serian aun demasiado pequeñas para poder ser todas vistas y cogidas puntualmente.

No hay cosecha que sea tan preciosa, que se concluya tan cómoda y prontamente ni se conserve con tanta facilidad como la de la cochinilla. Mujeres, viejos y niños, todo el mundo puede entrar en ella. Desde el amanecer pone cada uno manos á la obra armado con un cuchillo cuyo corte está embotado, y de un plato ó canastillo y mucho mejor de un lienzo sujeto á la cintura por sus cuatro puntas. La operacion consiste en pasar la hoja del cuchillo de arriba abajo entre la epidermis del nopal y las cochinillas de que está cargado, con el cuidado regular para no herir ni á la planta ni al insecto. Conforme van desprendiéndose las cochinillas se las recoge en la mano ó en el receptáculo que se lleva, sin dejar de recoger aquellas que se hayan caido al suelo.

Es preciso matarlas el mismo dia ó cuando mas al siguiente, para evitar que aoven, lo que disminuiría el conjunto de la cosecha, así porque las cochinillas jóvenes se pierden fácilmente de vista, como porque son demasiado pequeñas para poderlas conservar útilmente. Conviene también secarlas prontamente porque no tardan en corromperse. Se las mata echándolas en agua hirviendo, y quedan bastante secas cuando hayan estado al sol desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Se conoce su buen estado cuando dejándolas caer sobre una mesa suenan como granos de trigo. Entonces es ya un artículo de comercio, y se la guarda en un sitio seco ó en cajas, pudiendo conservarse sin merma ni alteracion alguna por mas de un siglo.

También se seca la cochinilla en un horno ó sobre planchas de hierro calientes; pero estos dos medios tienen el inconveniente de no darlas el calor con igualdad, de modo que quedan unas calcinadas, al mismo tiempo que otras apenas estaban bien secas.

Inmediatamente despues de recojida la cosecha de las cochinillas, se limpian muy bien los nopales que estaban llenos de ellas con un lienzo ó una esponja que se moja á menudo en agua. Se pasan todas las articulaciones de la planta, de manera que se quite la pelusa de las cochinillas silvestres que queda pegada, el polvillo blanco de

las finas, y en fin todos los cuerpos estranos que pueden ensuciar sus articulaciones; despues se vuelve á sembrar de nuevo en los mismos la cochinilla silvestre, si se trata de coger la de esta especie, pero solo á principios del verano si se quiere la fina.

Habiendo examinado los químicos cuidadosamente este animal, han reconocido que contiene una materia propiamente colorante llamada carmin, y diferente de cuantas se conocen.

Nada, en una palabra, es mas simple ni menos costoso que el criar la cochinilla, siendo al mismo tiempo una industria muy lucrativa. Un solo individuo puede cuidar un terreno de media fanega plantado de nopales, que basta para hacer que viva cómodamente una numerosa familia.

En otro artículo sobre esta materia discurrirémos sobre los patrióticos ensayos hechos en Andalucía para la aclimatacion de la cochinilla, y su satisfactorio resultado.

UN DIA DE UN EMPERADOR DE LA CHINA.

No es en verdad una vida muy regalada ni una muy dichosa condicion la de emperador de la China; y si bien el *dominador del celeste imperio* egerce una autoridad despótica sobre los hombres, los innumerables lazos con que la etiqueta y la costumbre le sujetan le hacen mas esclavo tal vez que el último de los que obedecen sus leyes. El emperador de la China no conoce en primer lugar el placer de estar en el lecho hasta la hora que guste, pues antes de las cuatro de la mañana un eunuco que tiene el empleo de despertador, armado de una linterna se presenta irremisiblemente á arrancarle del sueño; llegan despues los ayudas de cámara y los criados cargados con todo el tren necesario para la preparacion del té. Concluido el adorno exterior de su persona y tomado el té pasa el emperador á su gabinete en donde le aguardan paquetes de papeles. Le es preciso examinarlos uno por uno, y manifestar su aprobacion ó desaprobacion por medio de un pliegue dado al papel ó de una uñada en el mismo, quedando á cargo de los consejeros, el traducir y comentar ambas opuestas señales. Durante este intervalo, y aunque apenas haya despuntado el dia, se llena la sala de mandarines: dejase ver inmediatamente el emperador á cuya aparicion los concurrentes tocan por tres veces el suelo con su cabeza y se da principio á la audiencia. El soberano tiene que hablar con cada uno sea directamente cuando ha de comunicarse con personas de consideracion, sea por medio de porteros que trasmiten en alta voz las preguntas y las respuestas cuando habla con el comun de los dignitarios. Esta tarea se prolonga por mucho tiempo porque es la hora en que se presentan los mandarines nuevamente promovidos que van á dar gracias al emperador, y los mandarines depuestos á reconocer en el hecho de presentarse que han merecido la pena con que se les castiga, y probar al mismo tiempo que no conservan resentimiento alguno.

A las siete concluye la audiencia, y el monarca se retira á desayunar solo, pues como no reconoce igual á él, á nadie admite en su mesa. Así como no le está permitido dormir cuanto quiera, tampoco se le permite comer á su gusto: siendo la ley la que, con arreglo á las estaciones, fija los manjares que deben servirse á S. M. china. Estan absolutamente prohibidas las legumbres y frutas cuya madurez se ha conseguido artificialmente. Despues del desayuno la etiqueta concede al emperador dos horas de libertad, sea para echar una siesta, sea para descansar

y no hacer nada, si esto le acomoda: vuelve luego á las ocupaciones del gabinete; los mandarines de cada administracion le preparan los materiales, y se mantienen á cierta distancia para responder á las preguntas y dar las aclaraciones que sean necesarias. Algunas tazas de té es la única distraccion de que puede disfrutar el dominador del imperio celeste en todas aquellas horas de trabajo, que componen la mayor parte del día. Llega la hora de la comida, cuya lista esta arreglada con igual rigor que la del desayuno. Despues de comer puede ir el emperador por algunos momentos á los jardines ó á las habitaciones de su familia; aun estos placeres domésticos tienen su lado oscuro, porque como es la hora en que comen los príncipes y las mujeres, á quienes no llega el rigor de la ley, tiene el emperador la mortificacion de ver como se regalan con manjares que á él le están prohibidos. Para coronar un día tan arreglado, no bien el sol se ha puesto, cuando el emperador, que es su igual, tiene que hacer otro tanto y quiera ó no, acostarse.

Este es el eterno círculo diario en que S. M. china debe jirar irremisiblemente, salvas las raras escepciones de los días festivos; y aun estos mas bien son para él de carga que de vacante, porque se redobra en ellos la tiranía de la etiqueta. El esclavo imperial no puede tampoco interrumpir esta monotonía emprendiendo algun viaje, por corto que sea: pues se le considera en su palacio como el punto céntrico, el alma del celeste imperial, desde donde aparece su benéfica influencia, razon por la cual se le está vedado moverse de él, para que cada provincia obtenga de este modo su respectiva parte de la influencia imperial.

LO QUE DEBE HACERSE

EN UNA TORCEDURA DE PIE O MANO.

Las torceduras son accidentes muy frecuentes, y la del pie suele ser muy común. Muchos son los medios mas ó menos racionales que se ponen en práctica para curar las torceduras, y en las aldeas es donde se ha llegado á usar de una multitud de remedios contándose en ellos hasta los llamados simpáticos, inventados por el fanatismo y la ignorancia. Pocos accidentes hay que acarreen consecuencias mas funestas que las torceduras descuidadas, pues muy á menudo se espera que los dolores se aumentan, la hinchazon crece considerablemente, se apodera la supuracion de lo interior de la articulacion, se determina el reblandecimiento del cartilago y frecuentemente la caries del hueso; siendo así que algunas precauciones tomadas á tiempo pueden casi siempre efectuar la cura.

Cuando uno se tuercen la mano ó el pie, lo primero que debe hacer es meter la parte lastimada en agua muy fria, teniéndola en ella á lo menos un cuarto de hora, y añadiendo si se tiene oportunidad un poco de extracto de saturno. Muchas veces este remedio tan sencillo ha bastado para curar instantáneamente las torceduras recientes. Si la torcedura es en el pie, si tiene que andar algun trecho mas ó menos largo hasta la casa, conviene en cuanto sea dable hacerse llevar, y en todo caso mojar el pañuelo en agua y ceñirse con él la parte; en estando el paciente en casa es necesario llamar sin tardanza al cirujano, porque este accidente es de gravedad, y nunca está de mas la prontitud en prevenir sus resultados. Mientras llega el facultativo es bueno continuar mojando el pie en agua muy fria. Se abstendrá el paciente de todo movimiento; la parte lastimada se colocará en postura horizontal, y de ningun modo se harán aquellas inflexiones que suelen acostumbrarse, para asegurarse como suele decirse de *si hay algo roto*; estos movi-

mientos imprudentes bastan á veces para comprar la rotura de un ligamento que no estaba sino tirante.

El sosiego completo es indispensable en todo el tiempo de la cura; y se hubieran evitado muchos graves accidentes si los dolientes dóciles á su médico, hubiesen dominado mas su impaciencia.

MODO DE LIMPIAR LAS CADENAS

Y OTRAS ALHAJAS DE ORO.

Es sabido que en la composicion de estos objetos entra mayor ó menor cantidad de cobre, y que tanto mas pronto pierden estas joyas su brillo, cuanto mayor liga de cobre contengan. Será pues fácil el ponerlas brillantes con solo hacer que desaparezca el cobre, que hallándose en su superficie les comunica un viso desagradable. Basta poner á hervir estos objetos en agua en que se haya echado dos onzas de sal amoniaco. El oro que despues de esta operacion cubre el solo la superficie le da todo el brillo que le es propio cuando está sin liga.

[COMBUSTION HUMANA

ESPONTANEA.

Entre las enfermedades que afligen á la humanidad no hay otra mas misteriosa en sus causas que esta, ni mas espantosa tampoco en sus efectos. Esta enfermedad extraordinaria, que los antiguos desconocieron, y cuya realidad se ha contestado por mucho tiempo, se halla ya clasificada irrevocablemente entre los fenómenos positivos aunque no esplicados, y consiste en la inflamacion y combustion espontánea del cuerpo humano interior y exteriormente. Este incendio del cuerpo humano casi no se verifica sino esclusivamente en individuos dados por mucho tiempo al uso escesivo de bebidas espirituosas: estos borrachos, empapados en espíritu, arden de repente y se consumen, sin que se pueda apagar la llama que los devora. Esta misma llama, absolutamente idéntica en cuanto á su naturaleza ligera y á su color azulado, con la que se enciende en la superficie del aguardiente ó del alcohol, parece que reconcentra toda su terrible energia sobre el cuerpo humano que penetra, y que ninguna accion tiene sobre las demas materias. Sin exhalar humo cuando opera, ni esparcir calor alguno, ni imprimir el menor vestigio de su tránsito, toca sin alterar las substancias mas inflamables, y quema sin ofender ó otra cosa sino á su víctima; pero á esta con una fuerza y actividad espantosa. Huesos, pellejo, carne, partes inferiores, pulmones, entrañas, nervios, músculos, todo queda devorado, consumido y hecho cenizas; algunos puñados de polvo amontonados en el sitio en que acabó la víctima son lo que queda del cadáver, y mientras chorrea la grasa liquidada fuera de aquel horno, solos los cabellos, únicos que no son atacados, pueden atestiguar que aquellos miserables restos eran un momento antes un individuo humano. A veces perdona el fuego á miembros enteros, pero caen inmediatamente en una horrosa putrefaccion.

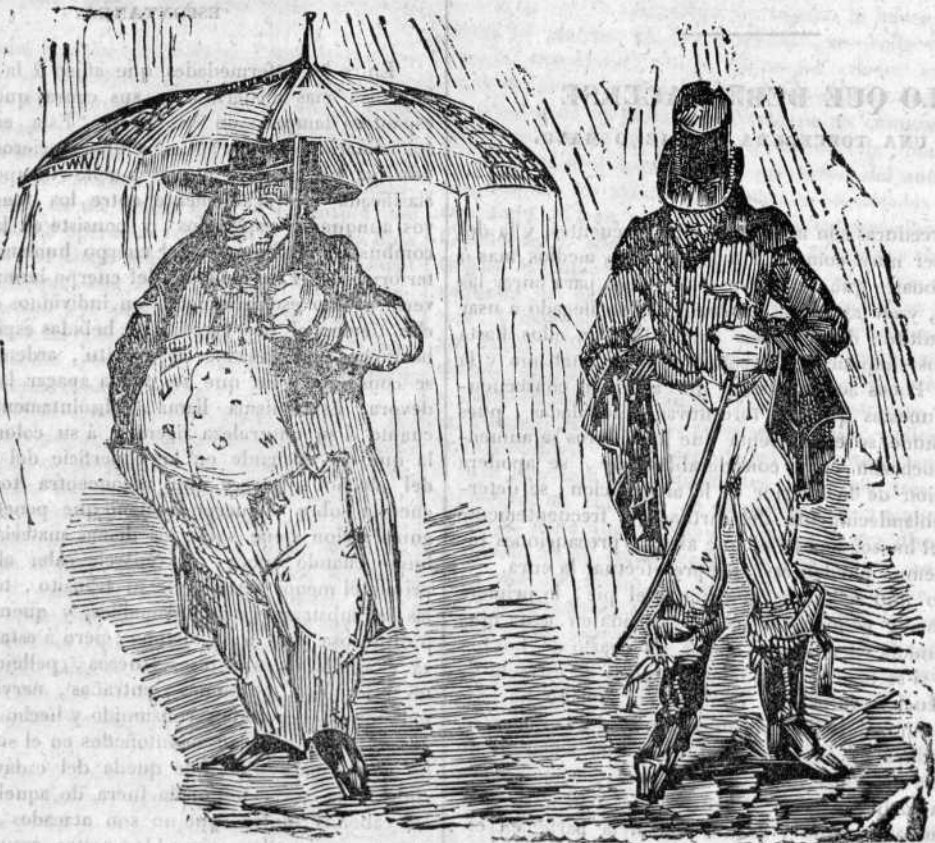
Pero á pesar de todas las investigaciones científicas sobre un fenómeno tan extraordinario, los pocos casos en que puede observarse hace que sean incompletas las esplicaciones que hasta ahora se han dado acerca de él, y los sistemas que se han propuesto para explicar como él

cuerpo humano puede llegar á ponerse en un estado propio para tal combustion, y cómo se consume cuando se declara el fuego, no han merecido un consentimiento general; no conviniéndose tampoco sobre las circunstancias necesarias para que arda. Hay sabios que sostienen que el cuerpo convenientemente preparado, puede abrasarse espontáneamente sin que se le ponga en contacto con el fuego; pero los mas piensan que para que se verifique la inflamacion es indispensable que una parte de él, y en especialidad la boca, se acerque á un foco encendido. Esta opinion la apoyan la mayor parte de los casos observados, que casi siempre han hecho creer que el fuego se habia comunicado con un tizon ó luz á los individuos muertos de combustion.

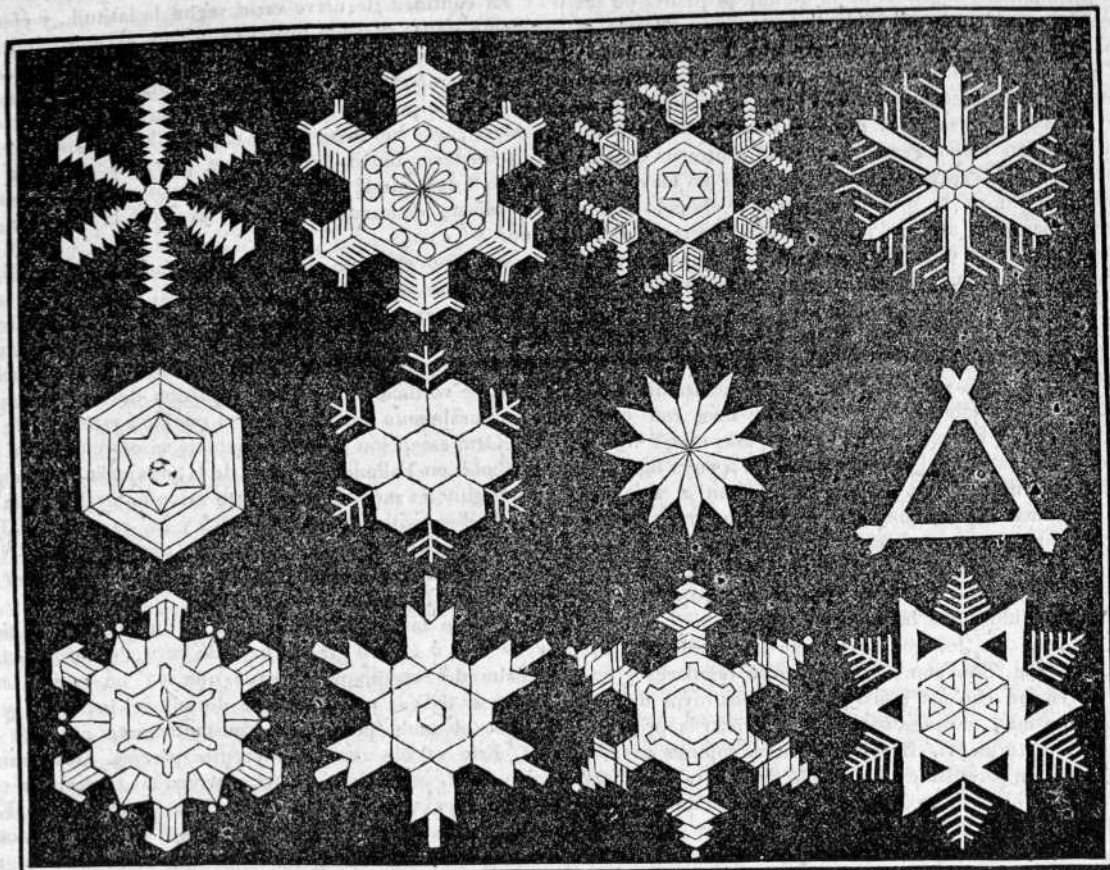
Aunque, como hemos dicho, estos casos son raros, no dejan por eso de repetirse; y desde una época no muy remota se han visto ya dos combustiones humanas espontáneas, acompañadas ambas de circunstancias extraordinarias. En la una consumió el fuego á un mismo tiempo á un hombre y á una mujer que bebían inmoderadamente licores fuertes; suponiéndose que la combustion se habia declarado en una de las victimas, á la que queriendo socorrer la otra se habia encendido con el contacto. En la segunda combustion pereció sola una mujer; pero todos los fenómenos que caracterizan á la combustion espontánea se habian producido con la mayor fuerza y

evidencia. La mayor parte del cuerpo quedó reducido á un estado de incineracion sin que el local en el que se habia verificado un efecto tan inmenso de combustion presentara el mas ligero vestigio de fuego. La mujer habia sido atacada delante de la chimenea, y probablemente cuando procuraba encender unos tizos soplando sobre ellos y no se veía señal alguna de quemadura ni en los muebles que tenia cerca de sí, ni en una silla contra la cual debió de caer; ni aun se habia chamuscado el pedazo de piel de carnero que cubria la encimera de los zuecos que llevaba; no obstante que por la posicion de los restos del cadáver se echaba de ver que los pies habian estado en medio del foco del incendio.

En la edad media y siglos subsiguientes habia ya noticia de la combustion espontánea; pero mirándola como un caso milagroso, no habia dado lugar á ninguna observacion científica y positiva: así es que á principios del siglo último se formó causa á un hombre acusándole de haber muerto á su mujer y queriéndola quemar, y no se reparó en lo materialmente imposible que es destruir un cuerpo humano con el fuego en una pieza sin que queden señales del incendio. Casi generalmente suele seguirse la muerte de apoplejía al primer ataque de combustion espontánea. Alguna vez el paciente arde á fuego lento; y en los anales de medicina se hace mencion de un hombre que murió despues de cuatro dias de inflamacion.



UN CLASICO y un ROMANTICO cuando llueve.



LA NIEVE.

La acción del sol sobre las aguas distribuidas en la superficie de la tierra, ocasiona el desprendimiento de cierta cantidad de partículas acuosas ó vapores, mas ó menos considerable segun la intensidad del calor que obra sobre ellas. A este fenómeno se da el nombre de *evaporación*. Sabido es que estos vapores elevándose en la atmósfera y agrupandose en formas bizarras y variadas, constituyen las nubes, que adornadas de colores delicados y brillantes por la refracción de los rayos solares, interrumpen tan agradablemente la monotonía de la azulada bóveda celeste. Cuando la aglomeración de estos vapores llega á ser considerable, y la nube adquiere mas peso del que la atmósfera puede sustentar, se condensan precipitandose á la tierra nuevamente convertidos en agua, y producen la lluvia; pero si antes de llegar este caso una corriente de aire muy frio atraviesa la nube, se hielan ó cristalizan las partículas acuosas en su estado de vapor, y descienden no ya en gotas líquidas sino en forma de *nieve*.

No hay duda en que la nieve se forma de este modo, pues si en un aposento caliente y donde la atmósfera esté cargada de partículas acuosas, se introduce repentinamente aire muy frio, se verán caer copos de nieve. De esto pudiéramos citar varios ejemplos.

Puede formarse la nieve sin que haya apariencia de

nube, y se ven algunas veces durante, las heladas variatas cristalizadas que descienden en tiempo sereno especialmente por la noche: fenómeno es análogo al del rocío, y prueba que pueden existir vapores suspendidos en la atmósfera á una temperatura muy baja. Se sabe efectivamente que á 20° bajo de cero contiene aun el aire cantidades notables.

Las partículas de hielo se reunen segun las leyes de la cristalización, en ángulos comunmente de ciento y veinte grados. Resultan cristales en formas de estrellas hermosísimas que presentan la mayor regularidad. Derivadas de una prisma hexagonal, que es la forma primitiva del agua, todas las estrellas tienen seis rayos rara vez sencillos, y que ofrecen con frecuencia una multitud de ramificaciones, que ó permanecen aisladas, ó se reunen formando láminas transparentes dispuestas siempre con simetría. Se pueden ver los cristales de nieve en tiempo frio cuando cae en poca cantidad, pero es principalmente en las regiones polares donde se encuentran mas formas secundarias.

Las peculiaridades de la nieve son su estremada ligereza y esquisita blancura. La proporcion entre el peso del agua y la nieve es comunmente de 1 á 6, pero puede llegar á ser de 1 á 12 y aun de 1 á 20. Esta ligereza es ocasionada por la forma de sus cristales que necesitan

mucho espacio para formarse, escediendo este considerablemente á la materia contenida; del mismo modo que una lámina de oro se puede adelgazar hasta el punto de sostenerse en el aire, y moverse á merced del viento mas sutil. Su blancura depende de la infinita pequeñez de sus partículas, prueba de ello que el hielo muy molido es igualmente blanco. Sin embargo cuando la nieve se acumula en grandes cantidades su peso es muy considerable.

Sucede en la cristalización del agua lo mismo que en la de las sales. Cuando la disolucion está muy cargada, los cristales son menos regulares; si al contrario contiene poca materia cristallizable ofrecen estos la mayor regularidad. Esto es lo que se observa en el polo donde una gran masa de aire no puede disolver, á causa de su temperatura, sino una pequeña cantidad de agua, formándose los cristales sin confusion cuando se verifica la condensacion del vapor.

La nieve toma siempre al cristalizarse formas perfectamente regulares y simétricas, pero cuando el vapor es abundante, las estrellas guarnecidas de una infinidad de pequeñas agujas laterales se enganchan unas con otras, se aglomeran, y forman por su reunion esas masas ligeras que designamos con el nombre de *copos*, cuya figura y tamaño varian hasta lo infinito. Presentan al aire una gran superficie, y como son á veces muy irregulares y mas ó menos densos, ofrecen puntos de resistencia desiguales, mudan frecuentemente de direccion, y producen ese enrejado movable que, cuando *nieva*, ocupa el espacio comprendido entre la nube y la tierra.

La forma de los copos de nieve presenta una infinita variedad. Son con frecuencia muy regulares y bellos, y reflejan con magnífico esplendor los rayos del sol. Cuando son muy grandes se cree que indican la proximidad de una tormenta. Despues de una copiosa nevada, cuando la temperatura es demasiado baja para ocasionar deshielo, se observa su superficie esmaltada de delicadísimas láminas de hielo que refractando la luz, producen colores tan variados y brillantes como las gotas de rocío. Vistosos grupos de cristales cuelgan de las ramas de los árboles, notables por su esquisita delicadeza. El capitán Scoresby en su interesante descripción de las regiones anseáticas explica bien las diversas modificaciones del cristal que presenta la nieve, y observa justamente que «la estremada belleza é infinita diversidad de los objetos microscópicos que presentan el reino animal y el vegetal apenas llegan á igualar la variedad y hermosura de sus cristales. El grabado que antecede representa 12 cristalizaciones de nieve observadas con el microscopio, que pueden servir de muestra para formar una idea de la regularidad y simetría que presiden á su formacion.

Observando con atencion el descenso de los copos se les vé reunirse unos con otros aumentando por consiguiente de volúmen. Por esta razon la nieve que cae sobre las montañas elevadas, en los puntos mas inmediatos á las nubes que la producen, es mucho mas fina que la que cubre las llanuras despues de haber atravesado mayor porcion de la atmósfera. La reunion de estos copos se verifica, por decirlo así, en progresion geométrica, pues las estrellas unidas primero de dos en dos, se aglomeran despues de cuatro en cuatro, luego de ocho en ocho, y así sucesivamente hasta que llegan al suelo. Es verdad que esta aglomeracion se hace mas lenta en un tiempo dado, á medida que los copos se aproximan á la tierra, porque entonces son menos en número, y por consecuencia no hay tanta probabilidad de que puedan encontrarse.

El frio es un grande obstáculo á su reunion. Así cuando nieva á la temperatura del hielo, los copos son mucho mayores que cuando el termómetro señala algunos grados bajo de cero. Las estremidades de los prismas laterales de las estrellas de nieve derritiéndose en el primer caso, se adhieren fácilmente á otros cristales, mien-

tras que en tiempo muy frio su consistencia se opone á esta colision, cuya circunstancia unida á la menor cantidad de vapores en la atmósfera, nos explica la multitud y pequeñez de los copos de nieve durante las heladas.

La cantidad de nieve varia segun la latitud, y efectivamente debe guardar proporcion con el decrecimiento de la temperatura; y como bajo este punto de vista debe considerársela como lluvia congelada, resulta que en las regiones polares la lluvia debe ser reemplazada con la nieve, que no debe nunca caer en la zona tórrida. En el hemisferio norte rara vez se presenta mas allá de los 40° de latitud; sin embargo algunas veces en el ecuador mismo compensan con la elevacion la falta de latitud.

Suele no obstante nevar aunque muy poco en Nápoles, Lisboa y Málaga, es decir á los 37° de latitud. Se ha visto caer nieve hasta en Méjico, cuya elevacion sobre el nivel del mar es de 2737 varas castellanas. Este fenómeno que no se habia presentado hacia muchos siglos, se verificó el dia de la espulsion de los jesuitas, y fue naturalmente atribuido por el pueblo á este acto de rigor. Otra escepcion aun mas notable se ofreció á Mr. de Humboldt en Valladolid capital de la provincia de Mechoacan. Segun las mediciones de este sabio naturalista, la altura de dicha villa situada á los 19° y 42' es solo de 2330 varas, y sin embargo pocos años antes de su llegada á Nueva España, las calles estuvieron cubiertas de nieve por algunas horas (1).

Quando la temperatura media de un punto cualquiera es de tres ó cuatro grados bajo de cero del termómetro, el calor del verano por intenso que sea no es suficiente á derretir toda la nieve que cae durante el invierno, y así es que el suelo permanece constantemente cubierto de ella. Esto se observa en diferentes parajes. Dos causas, como lo hemos visto ya, concurren á ofrecernos esta temperatura, á saber, la latitud y la elevacion. Esta última es próximamente mil veces mas eficaz que la otra, es decir, que una legua de elevacion equivale á mil de distancia. De esto se deduce, 1.° que á cierta altura en la atmósfera, donde prevalece la temperatura indicada, no se derrite nunca la nieve; y 2.° que esta altura será mas considerable hácia el ecuador é irá disminuyendo al acercarse á los polos. En esta línea divisoria empieza lo que comunmente se designa con el nombre de *regiones de las nieves perpétuas*. He aqui la razon porque la cima de ciertas montañas muy elevadas está siempre cubierta de nieve. La region de las nieves perpétuas empieza en el ecuador á una altura de 5800 varas poco mas ó menos.

Suele hallarse aunque rara vez nieve de color pardo, cuyo fenómeno se atribuye á ciertas partículas terrosas traídas de las montañas por los arroyos que ocasiona el deshielo. Con mas frecuencia se la observa de un color encarnado producido al parecer por su combinacion con alguna sustancia vegetal.

En marzo de 1813 fueron sorprendidos unos cazadores escoceses por una fuerte nevada que presentaba un aspecto singular. La nieve tenia una apariencia luminosa que no solo conservaba sobre la tierra, sino en los vestidos de las personas presentes. Les parecia estarse quemando aunque no sentían calor alguno, y cuando tocaban la nieve, sus manos por algun tiempo permanecían luminosas. Este fenómeno estrordinario observado ya en otras ocasiones, puede haber sido producido por la electricidad; pero la verdad es que este hecho perfectamente autenticado no admite esplicacion satisfactoria, y vale mas en este como en otros casos confesar ingénunamente nuestra ignorancia, que adoptar teorías infundadas é hijas solo de la humana vanidad.

(1) Humboldt, *voyage aux régions équinox.* tomo 1, página 233.

Asociamos comunmente á la nieve la idea de un frio intenso, como que nos valemos de este nombre para expresar la excesiva frialdad de cualquier objeto. Sin embargo, la nieve sirve de abrigo durante la estacion rigorosa á la planta y á la tierra. Su estructura ligera y esponjosa admitiendo bastante cantidad de aire entre sus particulas, interrumpe la transmision ó escape del calor de la tierra, por cuyo medio conservan las plantas el suficiente calor para sostener la vida vegetal, mientras que la temperatura de la atmósfera es considerablemente mas baja que el punto de congelacion. Es cosa muy frecuente en los valles de Suiza el quedar personas enterradas en la nieve varios dias, durante cuyo tiempo permanecen en un estado de estupor ó adormecimiento, hasta que descubiertas por una casualidad feliz son preservadas sus vidas. La tierra á pocas pulgadas de profundidad mantiene una temperatura equivalente á 7 grados del termómetro de Reaumur, por esto los gusanos é insectos hacen en ella sus agujeros para guarecerse del frio del invierno; pero como las raices de las plantas estan mas á la superficie, perecería la vegetacion en las altas latitudes si no se mantuvieran abrigadas con la capa de la nieve que la naturaleza estiende sobre la tierra. En los valles de la cordillera de los Andes, luego que se derrite la nieve brota la yerba con tanta lozanía, que en una semana viene á ser pasto delicioso para el ganado. En Siberia crecen las plantas con tanta rapidez que se distingue el desarrollo de las ramillas á la simple vista, y aun se oye el traquido sutil que dan las hojas al abrirse los pistillos.

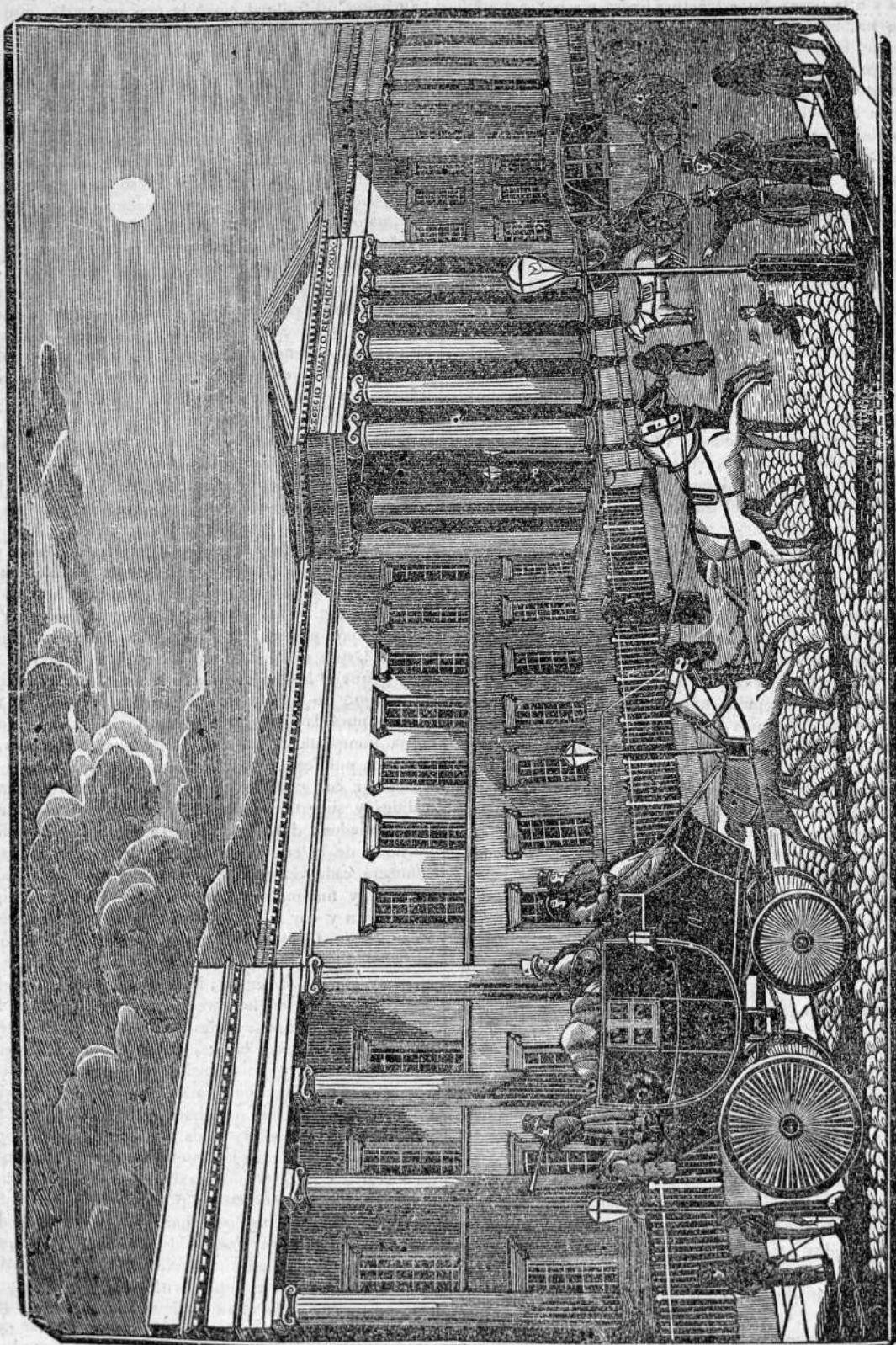
Cuando la luz del sol es reflejada por la nieve, su intensidad es á veces cuasi intolerable, produciendo dolor é inflamacion en los ojos. Aun en las regiones polares donde montañas de hielo y llanuras cubiertas de nieve presentan una triste monotonía no pueden los naturales mismos acostumbrarse á estos inconvenientes, pues muchos de ellos estan sujetos á crueles padecimientos en el órgano de la vista. Los intrépidos navegantes que han penetrado hasta aquellas peligrosas latitudes, han tenido que usar anteojos cubiertos, y á pesar de esta precaucion han sufrido mucho.

Algunas veces es tal la formacion de los prismas de la nieve que refractando lo rayos del sol presentan, como ya dijimos antes, los colores mas vivos y hermosos. Al ponerse el sol cuando sus rayos caen aun sobre las nieves acumuladas en las cimas de los Alpes, se presenta este fenómeno en toda su belleza. Entonces como en otras ocasiones no podemos menos de observar el tipo de belleza que distingue todas las obras de la naturaleza. Réstanos solo continuar nuestras observaciones con mente investigadora, procurando adquirir aquella clase de conocimientos que conducen al mas alto grado de la felicidad humana.

QUE ES EDUCACION?

Parece esta una pregunta muy sencilla y fácil de responder, pero la mayor parte de los que así piensan se verían apurados para darle una solucion correcta. El hombre, en todo pais libre, necesita tres clases de educacion, una que le habilite para el oficio ó carrera que haya de seguir: esta es la educacion profesional; otra que le haga conocer sus obligaciones como hombre y ciudadano, y será educacion moral y política, y por último una que le enseñe sus deberes hacia la divinidad y el fin para que fue creado, esto es, educacion religiosa. Ahora bien: lo mas útil para el hombre es aquello que tiende mas directamente á promover su felicidad, cosa tan palpable que hasta el repetirlo parece trivial. Sin

embargo se toma generalmente la voz útil, en un sentido muy diverso, aplicándola no á lo que puede hacer al hombre verdaderamente dichoso, sino á aquello que le proporciona dinero, y bajo este principio se considera la educacion profesional como la mas necesaria, murmurando del tiempo empleado en otras, especialmente si ocasionan la menor distraccion en el estudio de lo que se tiene por verdaderamente útil, esto es, lo que proporciona al hombre los medios de subsistir. Pudiéramos no obstante ser todos muy hábiles y diestros en nuestras respectivas profesiones, sin dejar por eso de ser en general ignorantes, miserables y perversos. Mientras nos hallásemos ocupados en nuestro trabajo, todo iria bien, pero no siempre se puede trabajar. Hay un tiempo que pasamos con nuestras familias, otro que dedicamos á la sociedad de nuestros amigos y relaciones, y otro no menos importante que empleamos con nosotros mismos. Sino sabemos hacer buen uso de estos diferentes periodos, somos en realidad seres nulos y despreciables, por mas que seamos excelentes abogados, médicos, ingenieros, artesanos, labradores ó cualquiera otra cosa á que nos dediquemos. Lo que nos enseña pues á emplear bien el tiempo tanto en sociedad como en el trabajo, no es la educacion profesional sino la general. Esta es la educacion indispensable á toda clase de personas; la que enseña al hombre en primer lugar sus deberes para con Dios y sus semejantes, que forma sus principios y carácter acostumbrándole á pensar en los demas y no siempre en sí mismo. Que le pone en estado de ser ciudadano honrado y buen patricio, inspirándole respeto y obediencia á las leyes despues de haber procurado contribuir á que estas sean en lo posible perfectas. Que le enseña que un gobierno justo y celoso no puede ni debe consultar los intereses de un solo individuo ó corporacion con preferencia á otra, sino atender al bienestar general; que cada clase de la sociedad debe dar y recibir, y que si los hombres insistiesen en obrar cada uno á su antojo, no habria otra cosa que confusion y tiranía. Siendo pues la ignorancia y modo vicioso de razonar la causa inmediata de los desastertos que se cometen en los negocios públicos y privados, aquello que nos enseña á raciocinar con criterio, poniéndonos en guardia contra los ardides y sugestiones de los sofistas y los escritores mal intencionados, debe considerarse como la parte mas importante de la educacion del hombre, cuyas ventajas reconocerá cada vez que se halle en el caso de hablar ó escuchar; y finalmente, todo lo que contribuye á vigorizar su espíritu y dar á las ideas un giro mas noble y bello, es aumento de felicidad positiva, bien se halle solo ó en sociedad. Por consecuencia es utilísimo el aprender á admirar y amar lo hermoso, bien sea en las obras del Creador ó en la de los hombres; ora se manifieste en las flores ó en los campos, en las peñas ó en los bosques, en los rios ó en el mar; bien se ostente en un bello edificio, una buena pintura, una música suave, harmoniosa, ó en los nobles pensamientos é imágenes gloriosas de la poesia. Ha aquí la educacion que hará bueno, juicioso y feliz al pueblo. Obténgase esto, y los fines de la educacion profesional no se perderán jamás enteramente. El buen sentido y rectitud de principios auxilian eficazmente al hombre en el buen desempeño de su profesion, pero su habilidad en cualquiera de ellas no le hará mas honrado ni discreto; y no solo deben ser consideradas la bondad y discrecion como las cualidades mas útiles y apreciables del género humano, sino que son artículos de que nunca puede haber demasia. Ni la abundancia ni la competencia podrán disminuir su valor; por la inversa, cuanto mas se generalicen tomarán mas estimacion, porque será mayor el número de los que sepan apreciarlas.



(Casa de Correos de Londres.)

LA CASA DE CORREOS DE LONDRES.

En el número 49 del Semanario hicimos una breve reseña del origen é historia de los correos: ahora ofrecemos á nuestros lectores una muestra del estado á que ha llegado en Europa esta utilísima institucion, tomando por tipo la casa de Correos de Londres.

Este vasto establecimiento merece la atencion del viajero, no solo por la magnificencia del edificio, sino por la inmensidad de trabajos que allí se ejecutan, y el orden y sencillez que presiden á estas importantes operaciones.

Es, con efecto, este sitio, el centro de una correspondencia que se extiende á los confines de ambos mundos. Salen de allí cartas para la India, la China, la América, la Nueva Holanda, el Ecuador y la Zona glacial. Solo los ingleses nos ponen en relacion con todos los demas pueblos de la tierra, y su pavellon es el único que ondea desde el archipiélago jónico hasta las islas del mar del Sur.

La variedad de procedencias y multiplicidad de atenciones á que debe satisfacer la institucion de correos en Inglaterra, exijia un orden perfecto en la distribucion del trabajo. Es preciso examinar de cerca la organizacion de las oficinas para ver como se ha conseguido este objeto. Este es el exámen que debe hacer el viajero verdaderamente curioso, sin limitarse como lo hace la mayoría de los corredores de caminos reales, á la simple inspeccion de la fachada, ó una rápida ojeada en el interior del edificio.

Una de las circunstancias que mas sorprenden á los extranjeros que visitan por primera vez la casa de Correos de Londres, es la multitud de inscripciones colocadas en toda la estension del vasto recinto de oficinas, no solo sobre los principales despachos, sino tambien en las menores subdivisiones de administracion.

Cada empleado es, por decirlo asi, designado de antemano á las personas cuya correspondencia ha de despachar, y merced á estas numerosas indicaciones, el inmenso concurso de comerciantes, estranjeros, criados etc., que allí acuden, halla sin guia y en silencio el despacho que necesita. Es un espectáculo verdaderamente curioso el que presenta este servicio tan vasto y variado, que calcula segun las probabilidades el retraso ocasionado por los vientos y demas circunstancias desfavorables, é indica al interesado, generalmente con exactitud, la época en que debe regresar la correspondencia que envió á los confines mas remotos de la India, como si se tratase únicamente de una esquila de convite dirigida á un amigo residente en cualquiera de las calles inmediatas.

El orden y subdivision del trabajo es verdaderamente admirable: cada una de las operaciones necesarias tiene su departamento independiente y empleados distintos, y están de tal manera regularizadas, que lejos de entorpecer ó retardar la marcha del despacho este crecido número de oficinas, la abrevian y facilitan. Ademas de las dependencias destinadas al ramo de administracion como tesoreria, contaduria, secretaria etc., hay una multitud de otras para la clasificacion y despacho de cartas. Las oficinas de la correspondencia estranjera, de la estafeta ó servicio interior de la capital, de lo interior del reino, de marina, de papeles públicos, de cartas atrasadas, de las devueltas, de las sobrecargadas, de la correspondencia de las Indias orientales y occidentales del continente de América, y otras con sus correspondientes inscripciones, se ofrecen á la vista del estranjero sorprendido, por ambos lados de un magnífico vestíbulo ó salon cuyo techo sostienen doce columnas jónicas estriadas.

Pudiera ocasionar alguna confusion si se comunicasen estas numerosas oficinas por el mismo salon destinado para el público. Esta dificultad se ha salvado con una galeria subterránea que lo atraviesa, y por la cual pasan las cartas de un lado á otro por medio de un mecanismo ingenioso.

Para dar una idea aproximada de la actividad y movimiento de la casa de correos de Londres, describiremos las operaciones que ocasiona en cada día el recibo y despacho de cartas.

Hay en diferentes puntos de Londres, como en Madrid, administraciones subalternas ó estafetas, en donde el público deposita sus cartas, con la diferencia de que puede franquearse en ellas la correspondencia para el estranjero, lo que no sucede aquí. A cierta hora de la tarde recojen los carteros estas cartas que se les entregan en un saco sellado, y las llevan al despacho general, donde rompen los sellos personas destinadas á este trabajo, colocando las cartas en grandes canastas para proceder á la clasificacion.

La primera operacion es la de sellar las cartas, y se efectua en un paraje esclusivamente destinado á este fin, sobre diferentes mesas de enormes dimensiones, ocupando mayor ó menor número de individuos segun la cantidad de pliegos en aquel día. Hay una persona encargada de anotar esta circunstancia.

Despues de selladas, pasan á otro departamento donde se clasifican en veinte divisiones sobre otras tantas mesas, correspondientes á la linea ó carrera que han de seguir. En este primer escrutinio, todas las cartas que deben llevar una misma direccion, esto es, una misma linea ó carrera, se reunen en montones numerados, y hay individuos que se ocupan continuamente en recojer estos montones y llevarlos á otras mesas donde sufren el segundo escrutinio. Hay allí un cierto número de personas designadas para cada carretera particular, y estas vuelven á clasificar las cartas segun el punto donde se dirijen. Esta subdivision simplifica considerablemente el trabajo, y realmente no se concibe como fuera posible sin este acertado método clasificar en una sola operacion un número de cartas tan considerable como se deposita diariamente en la casa de correos de Londres. Un día con otro se calcula que entran sobre 31,880 cartas y salen 32,750, produciendo un movimiento de 64,630 pliegos diarios.

En seguida se colocan en sacos las cartas ya arregladas, despues de marcar sobre ellas el precio de porte, tomando nota del valor de cada balija para reclamar igual cantidad de los administradores subalternos. Los sacos sellados pasan á manos del guarda de la mala ó diligencia-correo, los coloca en la caja invirtiendo el orden de arribo, es decir que los destinados á los puntos mas distantes entran en la caja los primeros, y aquellos que van á parajes inmediatos los últimos.

El servicio de correos se hace en Inglaterra en carruajes ó malas (mail-coach), notables por su lijereza y la elegancia de su construccion: tienen cuatro asientos en el interior y tres sobre la cubierta ó imperial. Tiradas por solos cuatro caballos esveltos y elegantes, corren á razon de diez á doce millas por hora (sobre tres leguas españolas), sin que en todo este tiempo haya hecho el cochero uso de la voz para animar á los caballos, ni usado apenas su látigo de torzal sencillo de seda, que sujeto por lo comun al pescante á manera de asta-bandera, mas parece atributo de su oficio que utensilio necesario para su desempeño. Es singular el contraste que presentan al viajero estos carruajes, caballos, y modo silencioso y rápido de viajar, comparados con la pesadez de los tiros y diligencias francesas y el eterno vociferamiento de los postillones. El harnés y corraje de las diligencias inglesas es el mismo que se usa en los coches particu-

res, y no ceden nada á estos en el bruído de los bronces ni el lustre de las correas.

Desde el momento en que el guarda de la mala recibe la correspondencia, es responsable de cualquier extravío que ocurra. La caja que lleva los sacos ó balijas está colocada detrás del coche, y sobre ella va sentado el guarda, dispuesto á repeler con las armas cualquier atentado violento contra el depósito encomendado á su custodia. Su uniforme es una casaca de color de grana, y lleva una corneta ó clarín que hace resonar poco antes de llegar á los relevos ó postas á fin de que se hallen prontos los caballos, y en verdad que lo consigue, pues la operación de mudar el tiro no suele pasar de un minuto. Toca también el clarín á la entrada de los pueblos donde hay estafeta, para que se apresuren á recoger la balija correspondiente á aquel punto, y entregarle el paquete que deberá llevar á otro pueblo mas distante por donde haya de pasar.

El modo de proceder con las cartas que llegan á Londres es parecido al que acabamos de describir.

La llegada de las malas desde todos los puntos del reino unido, se verifica próximamente al mismo tiempo. En el estado regular de los caminos llegan los coches al correo general con media hora escasa de diferencia, entre las cinco y seis de la mañana.

Después de las operaciones necesarias de sello, distribución etc., se entrega la correspondencia á los carteros que tienen la obligación de dejar repartidas las cartas que á cada uno tocan, antes de las diez de la mañana. Para poderlo efectuar se hallan preparados varios carruajes lijeros á manera de omnibus, donde se colocan los carteros por el orden de su proximidad al punto á que se dirigen. Los de un barrio, por ejemplo, entran en el carruaje que va hacia aquella parte, quedándose mas inmediato á la portezuela aquel por cuya calle habrán de pasar antes. Por este medio quedan repartidas mas de 30,000 cartas, muchas de ellas á distancia de una legua, tres ó cuatro horas después de haber llegado á Londres.

El número de personas empleadas en el servicio de correos en Inglaterra es de 4900. La renta ó producto de este ramo en 1729, ascendió á la suma de 8.860,00 reales, y en 1835 llegó á 234.744,000 rs. vn.

En Inglaterra las cartas no pagan el porte con arreglo á su peso sino al número de hojas sueltas que contienen, y realmente está bien calculado. Supongamos que por una carta de dos dracmas de peso devenga la renta de correos dos reales. Mientras el pliego no exceda este peso, se puede, escribiendo en papel sutilísimo, incluir en él tantas cartas como se quiera para distintas personas, defraudando así á la renta de correos de una gran parte de sus ingresos. Ahora bien, en Londres, no es el peso material de consideración, sino como queda dicho, el número de hojas sueltas que encierra la carta, doblando cada una de ellas su valor. Es admirable la sagacidad con que distinguen si la carta es doble, ó triple; rara vez se equivocan. Sin embargo como esto puede suceder, hay una oficina encargada de rectificar los errores y devolver el sobrecargo. Al recibir la carta, si hay duda acerca de su volumen, se abre en presencia del cartero, quien desde luego deshace la equivocación si la hubiere, llegando á tal punto la buena fé y confianza en esta parte, que aun sin presenciarse la apertura del pliego se devuelve el porte excesivo bajo la palabra del interesado. No obstante pueden rehusar el hacerlo cuando hay sospecha de fraude, respecto á que cada uno tiene el derecho espedito de reclamar en el acto de recibir la carta.

Empezóse la construcción de la actual casa de correos de Londres en mayo de 1824, y quedó concluida en setiembre de 1829. La vista perspectiva de la fachada principal que ofrece el grabado que acompaña, representa con exactitud su alzado. Por él se ve que este frente se

compone de tres pórticos de orden jónico, con seis columnas el del centro y cuatro cada uno de los laterales.

Sobre el friso del primero hay la siguiente inscripción:

Georgio Cuarto Rege MDCCCXXIX.

El edificio tiene 389 pies de largo, 130 de ancho y 64 de altura.

LA IMPRENTA REAL DE PARIS.

La imprenta real de París posee tipos de 56 alfabetos orientales, en los que se comprenden todos los caracteres conocidos de las lenguas de Asia, así antiguas como modernas; y 16 alfabetos de aquellas naciones europeas que no emplean la letra de molde llamada romana. De estos últimos tiene la imprenta real 46 fundiciones completas de varias formas y tamaños diferentes. El metal de todos estos alfabetos pesa por lo menos 750,000 libras; y como el tipo que entra en una página 8.ª pesa como 6 libras, pueden componerse simultáneamente en aquella oficina 7812 pliegos de papel, formando cerca de 360 tomos en 8.ª; ó lo que es lo mismo 125,000 páginas. El número de prensas empleadas pueden imprimir 278,000 pliegos por día, ó 556 resmas de papel, igual á 9266 tomos en 8.ª de 30 pliegos ó 480 páginas cada uno. El consumo anual de papel en aquella imprenta es regularmente de 80 á 100,000 resmas, ó de 261 á 326 resmas en cada día de trabajo. El número de cajistas y tiradores en constante empleo llegan comúnmente á 350.

APELLIDOS.

Desde tiempo muy remoto se dió en español el nombre de apellido á lo que propiamente se debiera llamar sobrenombre. El uso de apellido es de un origen muy antiguo entre todas las naciones, y no hay duda en que fue un compuesto del nombre del padre y del hijo. Los hebreos y los griegos añadían el uno al otro como sucede frecuentemente en la sagrada escritura y en los autores helénicos. Los árabes tenían la misma práctica. Los romanos usaban generalmente tres nombres: el primero distinguía á los individuos de una familia; el segundo denotaba el tronco de la familia que tenían por origen, y el tercero la línea por la que descendían de aquel tronco. Así Marco Tulio Ciceron, quiere decir: Un individuo llamado Marco de la raza de Tulio por la línea de Ciceron.

Los primeros apellidos entre las naciones modernas tuvieron su origen en España en el siglo nono, cuando sustituyendo la terminación *ez* á la *o* se formaron los nombres de Bermudez, Ramirez, etc., que quieren decir hijo de Bermudo, hijo de Ramiro etc. Los franceses, no permitiéndoles su lengua estas modificaciones, adoptaron el nombre del pueblo de su nacimiento. Los ingleses al tiempo de la conquista por los normandos se acostumbraron á añadir ó prefijar el nombre de *son* en inglés, *mac* en escocés ó en irlandés que significan hijo, y de aquí Jackson, Robertson; Macdonal, Macpherson; O'Reilly, Odonoghú; y los hijos naturales de los príncipes tomaron el de Fitz, como Fitzgerald, Fitzwilliam.

Cuando la gente plevaya comenzó á tomar apellido, no bastando la partícula filiativa ni los nombres de pueblos, tomaron los oficios de los padres como Carpintero, Carretero, etc.; y así sucesivamente fueron adoptándose en todos los países las cualidades del cuerpo ó de la mente por apellidos, como Largo, Corto, Delgado, Atre-

vido, Manso, etc.; y los nombres de tierras, árboles, frutas, plantas, colores, peces, cuadrúpedos, pájaros, minerales, y multitud de otros que debían ser apodos, como ladrón etc. La infima plebe en Rusia, Suecia, Polonia, Bohemia, Holanda y otros países, no tienen apellido ni sobrenombre alguno; el nombre de bautismo es el único por el que son conocidos.

Los alemanes, franceses é italianos no tienen sobrenombres raros, ó son tan pocos que no es fácil hallar en una larga lista combinaciones curiosas. En español hay bastantes apellidos significativos, mas no en gran contraste; pero en inglés es tal la multitud de los que tienen significacion, que apenas hay una lista crecida en que no se encuentren combinaciones muy originales y aun ridículas. Bastará para muestra la de los miembros que actualmente componen la Cámara de los Comunes.

Hay en la Cámara actual de los Comunes un distrito con iglesia, campana, y capellan, un rey con ley y poder, un caballero con tres concesiones, un fuerte con murallas, trinchera y foso; una sala con bodega, portero, huésped, y dispensero; un campo fresco con dos colinas norte y oriente, tres bosques con dos guardas, y un bosquecillo con una cabaña, inquilino, pastor y guía, un lago con un lobo marino y una lancha con tripulacion, un arroyo de juncos con una garza; dos perros sabuesos, dos osos, un corzo, un cerdo y una zorra, un herrador, un carbonero, un pollero, dos torneadores, siete forjadores, un molinero, un carretero y un carpintero de carretas, un alfarero con barro; dos paseantes con esperanzas, y tres jóvenes con un papagayo, un francés con un punzon largo y agudo, arroz y guisantes con tres precios; un ciruelo y un limon con tres cortezas. Los colores actualmente en la Cámara son blanco, escarlata, verde, gris y pardo.

VIAGES SOBRE EL HIELO EN RUSIA.

El Golfo de Finlandia durante la estacion rigorosa presenta una vasta superficie de hielo, sobre la cual se traza al principio del invierno el camino que vá de S. Petersburgo á Kronstadt indiculo una calle de altas balizas, y de trecho en trecho á distancia de una legua, barracas bien caldeadas donde se sitúan centinelas que en tiempo nebuloso encienden hogueras y hacen resonar campanas cuya vibracion prolongada tranquiliza y guía al viajero. Hay una fonda establecida á la mitad del camino. El gran número de personas de ambos sexos y de todas edades que envueltas en sus anchas tunicas forradas de pieles deslizan con indiferencia sobre una superficie frágil que los separa del abismo, ofrece al habitante de las regiones meridionales un espectáculo singular que le infunde un espanto desconocido por los naturales del país. Pero sobre todo cuando empiezan las carreras en los *bon-curs* ó trineos veleros es cuando presenta la rada de Kronstadt el cuadro mas animado. Difieren estos trineos de los que usan los habitantes de la Laponia. Se componen de un bote ligero que descansa sobre dos láminas de hierro semejantes á las de los patines y otra mas adoptada al timon. Hay asientos para los pasajeros colocados alrededor de este bote que tiene uno, dos y aun tres palos ó mástiles. Impelidas por el viento que sopla entonces con violencia y dirigidas por hábiles pilotos vuelan con increíble rapidez estas embarcaciones empavesadas con gallardetes de diferentes colores. Un sol pálido deja caer sobre ellas sus rayos privados de calor. Despléganse las velas, sopla el aquilon, el barco se lanza con la rapidez de la flecha, los pilotos con acertadas maniobras procuran adelantarse los unos á los otros, y en menos de una hora queda el punto de partida diez leguas á la espalda. Pedro el Grande gustaba mucho de estas carreras sobre el hielo, y su prevision supo utilizarlas. Siguiendo con per-

severancia el plan que habia formado de crear buenos marineros, y temeroso de que en la inaccion de un prolongado invierno perdiesen el fruto de sus lecciones aquellos á quienes habia iniciado el secreto de la manioobra de los buques, los ejercitaba de este modo; proporcionándoles sobre un oceano sólido la esperiencia que desplegaban luego en un borrascoso mar.

AVENTURA HORROROSA.

Son célebres los bandidos de la Calabria. Deseando adquirir algunas noticias relativas á estos malhechores, recurrimos á las cartas de Paul Louis Courier (1), donde hallamos el extracto siguiente que transmitimos á nuestros lectores. Escribe á una prima suya.

«Viajaba yo un día por la Calabria. Sus habitantes bruscos y violentos, son gente que en mi opinion no tiene cariño á nadie y mucho menos á los franceses. Explicarte la causa de esta antipatia fuera largo de contar, baste decirte que nos aborrecen de muerte, y que el desgraciado que llegase á caer en sus manos no lo pasaria de un modo muy agradable. Acompañábame un joven de gallarda presencia; no lo digo por interesarte, sino porque así es la verdad. En aquellas montañas los caminos son precipicios, y nuestros caballos caminaban con mucho trabajo. Mi compañero que iba delante y servia de guía, siguiendo una senda que le pareció mas practicable y corta que el camino regular hizo que nos estraviásemos: fue culpa mia ¿por qué habia yo de fiarme de una cabeza de veinte años? Tratamos de salir del bosque antes de que llegara la noche, pero cuanto mas haciamos para volver al camino que habíamos dejado tanto mas nos apartábamos de él. La noche era ya muy oscura cuando nos hallamos de repente á la puerta de una casa mas oscura aun. Entramos aunque no sin sospechas, pero ¿qué habíamos de hacer?... Varios individuos que reconocimos ser carboneros estaban sentados alrededor de una mesa, y al vernos nos invitaron á participar de su cena. Mi compañero no se hizo de rogar, y dos minutos despues comiamos y bebíamos ambos alegremente, al menos él; yo por mi parte no podia menos de dirigir algunas miradas furtivas á la habitacion y los huéspedes. Estos en realidad tenían el aspecto de carboneros, pero la casa!..... La hubieras tenido por un arsenal; no se veía otra cosa que escopetas, pistolas, sables y puñales; todo me disgustaba, y aun llegué á percibir que no me miraban con buen ojo: mi camarada por el contrario estaba entre ellos como uno de la familia: reía, charlaba, y con una imprudencia, que yo debiera haber prevenido, les dijo desde luego de donde veníamos, adonde íbamos, y que éramos franceses. Juzga cual sería nuestra situacion; entregados en manos de mortales enemigos, solos, escarriados y sin auxilio humano. Para que nada faltase de cuanto podia contribuir á nuestra destruccion, se le antoja al botarate echarla de opulento, ofreciendo á aquellos desalmados recompensar liberalmente su hospitalidad, y en seguida comienza á hablar de su maleta, encargándoles repetidas veces tuviesen cuidado con ella y se la pusieran por cabecera en su cama. Ah! juventud, juventud, cuanto compasion mereces! Aquellos hombres pudieron creer que llevábamos los diamantes de la corona, siendo así que el tesoro encerrado en su maleta y que tanta inquietud le causaba, eran las cartas de su querida.

Concluida la cena nos dejaron solos. Nuestros huéspedes dormian abajo, y nosotros en el mismo piso donde habíamos permanecido hasta entonces. Sobre una especie de tablado elevado unos siete ú ocho pies del piso, donde era preciso subir por una escalera de mano, se hallaba

(1) *OEuvres completes de P. L. Courier* 4 vol. Bruxelles 1828.

la cama que debía recibirnos, especie de nicho donde nos introducimos brincando sobre varios toneles que contenían la provision para todo el año. Mi compañero tomó la cama por asalto y quedó luego profundamente dormido, descansando su cabeza sobre la preciosa balija. Yo había resuelto velar, por lo que encendí un buen fuego y me senté junto á él. Pasó tranquilamente la mayor parte de la noche, y empezaba á desvanecerse mi inquietud, cuando justamente en el momento en que yo creía iba á amanecer, oí al dueño de la casa y su mujer disputando en la habitacion baja; acerqué el oído á la chimenea que comunicaba con dicho cuarto, y deteniendo el aliento oí distintamente estas palabras al marido: «*Bien, veamos; ¿hemos de matarlos ambos?*» á lo que respondió la mujer. «*Si*» y todo quedó en silencio.

Cómo podré contar lo demás? Apenas podía respirar; mi cuerpo permaneció inmóvil y tan frío como el mármol; al verme no hubieras distinguido si estaba vivo ó muerto. Cielos! cuando aun pienso en ello! Estábamos los dos sin armas, y teníamos contra nosotros doce ó quince enemigos bien armados; además mi compañero yacía muerto de sueño y cansancio; despertarle y hacer ruido era mas de lo que yo me atrevía á hacer entonces; escapar solo era imposible. La ventana no era en verdad muy alta, pero debajo de ella había dos enormes perros de presa ahullando como lobos. Imagina si puedes la horrible situación en que yo me hallaba. Al cabo de un cuarto de hora que á mi me pareció un siglo, oí pasos en la escalera, y por las rendijas de la puerta vi al carbonero con un farol en una mano y un cuchillo en otra: seguíale su mujer; yo estaba detras de la puerta. La abrió; pero antes de entrar en el cuarto dejó en el suelo la luz que recogió ella, y adelantándose el viejo cautelosamente y con los pies descalzos, le dijo su mujer en voz baja y ocultando en parte la luz con los dedos: «*despacio, silencio!....*» Al llegar á la escalera de manos, subió con el cuchillo entre los dientes, y acercándose a la cabecera de la cama donde el incauto jóven dormía con la garganta descubierta, agarró el cuchillo con una mano y con la otra.... Ah prima mia!.... Cojió un jamon que colgaba del techo, cortó una lonja y se ritió como había venido. Cerróse la puerta, desapareció la luz, y yo quedé entregado á mis reflexiones.

Al rayar el día toda la familia vino con gran ruido á despertarnos como se lo habíamos encargado; nos sirvieron el desayuno, y á fe mia que era excelente. Dos capones asados hacían parte de él; uno de los cuales, segun la patrona, habíamos de comer entonces, y llevar el otro para engañar el tedio del camino: al ver los capones comprendí desde luego el sentido de aquellas terribles palabras: «*Hemos de matarlos ambos!*»

FEDERICO II Y FEDERICO III DE PRUSIA.

Cuando Federico II de Prusia iba á edificar el palacio de Sans-souci junto á Potsdam, halló que un molino de viento en aquella colina le estorbaba para la ejecución de su plan, y mandó á uno de sus pajes que preguntara al molinero cuanto pediría por él. Respondió este que su familia poseía por largo tiempo aquel molino donde él mismo se había criado, y que no lo vendería. El rey envió otras personas á solicitar el molino, ofreciendo á su dueño edificarle otro en mejor lugar y darle además la cantidad de dinero que pidiese; pero el obstinado molinero persistió en su determinacion de no volver la herencia de sus antepasados. Irritado Federico con una resistencia tan descortés, mandó llamar al molinero y le dijo muy enojado: «*Por qué rehusas venderme el molino, á pesar del ofrecimiento tan liberal que te he hecho?*» El molinero respondió reproduciendo sus razones. «*No sabes,*» añadió el rey con impaciencia, «*que yo*

puedo quitártelo sin darte un maravedí?» «*Si señor,*» respondió el molinero, «*sino fuera por la sala de justicia de Berlin.*» Federico reflexionó un momento, despidió al molinero sin hablarle mas sobre el asunto, mudó el plan de sus jardines como están ahora, y el molinero continuó en su lugar.

Aunque la anécdota que antecede es bastante conocida, la hemos referido aqui como introduccion á la siguiente.

Hace como seis años que el dueño de dicho molino, biznieto del que rehusó venderlo á Federico el Grande, se hallaba tan atrasado que resolvió vender la posesion hereditaria que había sido patrimonio de su familia por muchas generaciones, y pensando que el rey actual la compraría, escribió á S. M. recordándole lo ocurrido entre Federico II y su bisabuelo, esponiendo que las dificultades en que se hallaba por algunas pérdidas imprevistas le obligaban á vender el molino, y que consideraba como deber suyo ofrecérselo á S. M. antes que á otro alguno, en caso que deseara adquirir aquella posesion tan contigua al palacio. El rey escribió de su propia mano la respuesta siguiente:

«*Estimado vecino: Yo no puedo permitir que vendas el molino; su posicion debe continuar en tu familia mientras que exista un individuo de ella, porque pertenece á la historia de Prusia. Siento mucho la circunstancia que te obliga á disponer de la herencia de tus abuelos, y por tanto te envío seis mil pesos para que te remedies, deseando que esta cantidad baste para que salgas de tus compromisos.*»

Considérame siempre tu mas afecto vecino.—Federico Guillermo.»

A CADA UNO LO SUYO.

Un caballero residente en Italia, se ocupaba en los preparativos de un suntuoso banquete que había de coronar los regocijos de una funcion de boda. Todos los elementos le habían sido propicios menos el océano, que agitado y turbulento le negó el importante artículo de pescado. Sin embargo el mismo día de la fiesta se presentó un pobre pescador con un salmón tan grande que parecía haber sido creado espresamente para aquella ocasion. Sabedor el dueño de la casa de esta ocurrencia feliz, hizo llamar al pescador, y en presencia de sus huéspedes lo preguntó cuanto queria por el pescado, añadiendo que cualquiera que fuese la cantidad le sería satisfecha sin regateo. Cien palos sobre mis espaldas desnudas es el precio de mi salmón, dijo el pescador, y de ahí no rebajaré ni uno solo: atónitos los circunstantes lo tomaron desde luego por una chanza, pero nuestro hombre se mostró firme, y fueron inútiles los razonamientos y observaciones. El dueño de la casa que á todo se hallaba dispuesto menos á dejar escapar el salmón, dijo en fin: «*Señores, la cosa es estraña, pero respecto á que este hombre se empeña en ello, no hemos de quedarnos sin el pescado por reusar complacerle: se le tratará con consideracion, y para ello quiero que el precio estipulado se pague en mi presencia.*» Despues de recibir cincuenta palos, «*deteneos,*» exclamó el pescador, tengo un partícipe en este negocio, y es justo que reciba lo que le pertenece. ¿Hay acaso otro loco como tu en el mundo? preguntó el caballero, dínos quien es y le enviaré á buscar inmediatamente. No será necesario ir muy lejos, dijo el pescador, lo hallareis á la puerta de esta casa bajo la figura de vuestro propio portero, que no me permitió entrar hasta que le prometí recibiría él la mitad de lo que me valiese mi salmón. Pues que suba inmediatamente, dijo su amo, y se le cumplirá el contrato con toda exactitud. Concluida la ceremonia, despidió al portero y recompensó liberalmente al pescador.



TEMPLO DE DIANA EN EVORA.

Este templo es uno de los mas bellos restos de arquitectura antigua que encierra el Portugal. La ciudad de Evora donde se halla, es la capital de la provincia de Alentejo, y fue designada por los autores romanos con el nombre de Ebury. Segun Plinio, debió hallarse en tiempos remotos bajo la dominacion de los persas, los fenicios y los galos; pero su historia no ofrece un caracter suficientemente auténtico ni un verdadero interés hasta el último periodo de la república romana. Quinto Sertorio, aquel hombre extraordinario, que proscrito por Sila y huyendo de su tiranía, llegó á conseguir el fundar una república poderosa en España y Portugal, tomó á Evora unos 80 años antes de la era vulgar, y la rodeó de fortificaciones romanas, embelleciéndola ademas con varios edificios públicos. Mas tarde fue sometida por Julio César, de quien recibió el nombre de *Liberalitas Julia*, pero los romanos continuaron en llamarla Ebury, cuya denominacion ligeramente alterada conserva hoy.

Apoderáronse de ella los moros en 715; pero fue reconquistada en 1166 por los portugueses al mando del célebre Giraldo, «O Cavalheiro sin medo,» á quien se ve aun representado en las armas de la ciudad, á caballo, con un sable desnudo en una mano, y las cabezas de un moro y una mora en la otra. Desde aquel tiempo ha sido Evora la residencia de algunos reyes de Portugal, entre ellos Juan III, que contribuyó eficazmente á la conservacion de sus monumentos antiguos. Cuenta hoy esta ciudad 20,000 habitantes. Los viajeros modernos agotan

las fórmulas mas agradables de la admiracion, al describirla situada sobre una eminencia, en medio de bosquecillos de olivos y naranjos, y rodeada de viñas y árboles frutales de toda especie, ostentándose al pie de la colina vastas llanuras cubiertas de lozanas mieses, y de trecho en trecho espesas arboledas de encinas y robles.

El primer objeto que llama la atencion del viajero al llegar á Evora es el templo cuya fachada representa el grabado que antecede. Tiene esta seis columnas de orden corintio de tres pies y cuatro pulgadas de diámetro, las cuales se conservan aun en muy buen estado. El entablamiento está enteramente destruido. Los agudos pináculos ó crestas de que está coronado el edificio, dándole la apariencia de una fortificacion oriental, son adición hecha por los moros que nunca supieron adaptar su estilo de arquitectura, hermoso en si mismo, pero enteramente distinto al de los griegos y romanos. El resto del edificio se mantiene próximamente en su estado primitivo, y maravillosamente conservado si se considera que segun todas las probabilidades han transcurrido ya XVIII siglos desde que fue construido por los romanos. El material de la fábrica es de hermoso y duro granito.

Los anticuarios han atribuido la creacion de este templo á Quinto Sertorio, y como la elegancia de la estructura es superior á lo que en su tiempo habian llegado á hacer los romanos en arquitectura, suponen que se valió de arquitectos griegos para la obra. Tal vez fuera mas probable suponer que el templo fue construido un siglo des-

pues bajo los emperadores romanos, cuando las artes se hallaban en un estado mas adelantado.

Algunas inscripciones latinas que pueden aun descifrarse, indican que este templo fue consagrado á Diana. Parece haber sido transformado en fortaleza por los moros, y hoy (vergüenza causa el decirlo) sirve de matadero á los carniceros de Evora.

A LAS MADRES.

Toda vez que los hombres en cualquiera de sus sistemas violan las leyes de la naturaleza, les hace esta sentir su venganza, castigando á los transgresores de las reglas que ha establecido para el gobierno de sus criaturas. Vénse diariamente ejemplos de esto mismo mas no por eso se abstienen los hombres de cometer errores que en toda probabilidad deben tener por resultado un género ú otro de ruina. Vemos ancianos que han hecho durante su vida un hábito de la intemperancia, reducidos á un estado de parálisis; vemos los errores de una generacion castigados con la debilidad de la inmediata; la salud destruida por un adherimiento demasiado estricto á las frivolidades de la moda respecto del vestir, las consecuencias mas lastimosas de imprudentes conexiones: niños desgraciados por el mal manejo de sus padres, y los efectos de una educacion mal dirigida: estos y otros mil errores igualmente reprehensibles son conocidos y censurados por todos, sin embargo pocos dejan de incurrir en ellos. La gratificación momentánea de inclinaciones groseras, ó un estúpido deseo de obrar de conformidad con alguna convencion absurda, destierran al pronto toda prevision de las consecuencias de una conducta que en lo sucesivo trae consigo misma un castigo duradero y las mas veces terrible.

No es mi intencion el entrar en largas disertaciones para impugnar errores de esta clase; me limitaré solo á combatir la perniciosa práctica en que están muchos padres de escluir á sus hijos del círculo doméstico en los primeros años de su vida, para empezar, dicen, á cultivar sus facultades físicas é intelectuales. La separacion de los recién nacidos del pecho maternal, es motivada las mas veces por imposibilidad de atender á los deberes de la lactancia, en cuyo caso merece disculpa sin duda alguna. La naturaleza sin embargo ha impuesto á toda madre este dulce deber, y solo en el caso de infringirse las leyes orgánicas se niega al cumplimiento de su objeto. No es un principio inconcuso que el niño adquiera mas ó menos robustez por recibir su nutricion del pecho maternal; pero lo que sí es indudable es que esta circunstancia es absolutamente esencial para producir en la madre sentimientos de afecto y simpatía duradera hácia su hijo: ¿puede haber un objeto mas interesante al alcance de nuestras observaciones diarias que una madre estrechando á su tierno niño sobre su pecho? ¿Con qué deleite observa sus inocentes esfuerzos! ¿Con qué placer le prodiga las mas dulces caricias! El único objeto de su cuidadosa solicitud es libertarle de todo peligro y dirigir los primeros pasos de su vida con aquella intensidad de cariño que solo una madre en igual caso puede experimentar. ¿Qué podrá superar al amor maternal! Las madres, sin embargo, que no han conocido los placeres, las esperanzas y los temores que acompañan al cumplimiento de esta obligacion, pueden rara vez amar á sus hijos con el ardiente afecto que se siente y no puede explicarse. No es el mero hecho de la maternidad, sino la multitud de recuerdos deliciosos que se asocian con la época de las necesidades infantiles, la que forma la base de un cariño que dura tanto como la vida. Del mismo modo que las

madres que no crían á sus hijos no pueden sentir por ellos un amor tan vivo como aquel que la naturaleza quiso experimentase, así los hijos que no han sido objeto de la ternura de sus madres en los primeros años de su vida, carecen de respeto y amor filial hácia el ser á quien deben la existencia. Es evidente que en casos semejantes se comete una violacion de los deberes morales y sociales cuyas consecuencias se tocan tarde ó temprano. Mirando pues este asunto bajo el punto de vista mas favorable, se nota desde luego la existencia de un mal siempre deplorable, y que debería evitarse por cuantos medios están al alcance de la posibilidad.

Si se consideran las responsabilidades anexas á la calidad de madre, parece extraño que haya entre ellas algunas que bajo los mas especiosos pretestos confien el cuidado de sus hijos á manos mercenarias; pero las exigencias de la moda son aun mas fuertes que las prescripciones del deber. Miles de madres hay en el círculo llamado del gran tono, que no podrán decir con verdad han prestado jamás á sus hijos una sola hora de atencion esclusiva: abandonan el cuidado de su primera infancia á personas estrañas, los ponen bajo la tutela de criados escogidos de entre la clase mas soez, enviándolos por último á terminar en un colegio distante del techo paterno, una educacion comenzada bajo tan funestos auspicios. De aquí se originan un sin número de resultados fatales no solo al cariño que debe existir entre padres é hijos, sino tambien al bienestar de la sociedad en general. La naturaleza ultrajada no deja nunca de efectuar su venganza. Los indolentes padres recogen en breve una colmada cosecha de amargos frutos: desobediencia, falta de respeto, mala conducta y adquisicion de hábitos viciosos en sus hijos, son algunas de las recompensas sobre que pueden contar.

La mayor parte de los hombres notables por su saber ó virtudes han declarado deberlo todo á sus madres. Ellas fueron las que primero inculcaron en sus corazones los principios de virtud, las que los guiaron y divertieron en sus juveniles años: las que amenizaron la aridez de los estudios, estimulándoles á perseverar en ellos á fin de que alcanzasen con el tiempo los honores y recompensas debidas al talento y la buena conducta. Felices aquellos que en medio de las vicisitudes y alternativas de la vida, pueden recordar con placer y dulce emocion la época en que sus primeros pasos fueron guiados, y su entendimiento dirigido por una madre amorosa! Desdichados los que se ven privados de esta satisfaccion! Probablemente habrán tenido que luchar con mil obstáculos, y soportar varios contratiempos de los cuales solo la mano de una afectuosa madre pudo haberlos libertado.

Sentada la base de que á los cuidados maternales debe en gran parte atribuirse la felicidad y acierto en la vida de los hijos, es objeto de la mayor importancia el que estos cuidados le sean oportunamente concedidos. Cuando la madre no pueda alimentarlos por sí misma, debe al menos recompensar este mal á fuerza de solicitudes de otra especie. Nadie puede mejor que ella proporcionarles la instruccion moral formando su corazon; para esto, y á fin de velar cuidadosa á la menor circunstancia relativa al desarrollo de sus tiernas facultades, deberá necesariamente sacrificar gran parte de sus placeres é inclinaciones, pero lo hará por cumplir el mas solemne de los deberes «la formación del carácter de un ser racional,» y este es un cargo que no puede mirar con indiferencia; para desempeñarlo dignamente ha de comenzar adquiriendo el cariño ilimitado y el respeto de su hijo; conseguido esto, todo lo demas es fácil. Una de las primeras máximas que debe procurar inspirarle, es el aseo y buenos modales; no reñirle con exceso ó asustarle, pero mucho menos manifestar parcialidad ó indulgencia mal entendida. Deberá ser con él dulce pero firme, acostumbrándole á mostrarse reconocido á las atenciones y caricias de que sea objeto. Al paso que á algunos niños se les estimula

á ser atrevidos y aun insolentes, otros por el descuido ó indolencia de sus padres se hacen totalmente, uraños e intratables, particularmente en presencia de aquellos á quienes no conocen. Ambos extremos son igualmente reprensibles y deben evitarse con cuidado. Acostumbrar á un niño á contar con seguridad sobre las promesas que se le hacen, cumpliéndolas con exactitud, es de la mayor importancia. Si algo se le niega, no hay que concedérselo porque lloran; si llegan á percibir que por este medio consiguen sus deseos, muy luego aprenden á hacer uso de sus armas, y viene á ser su llanto el instrumento de perpétuas exigencias. Debe, pues, acostumbrarse á renunciar á ellas haciéndoles ver que su voluntad no es una ley.

Todo cuidado es poco para evitar que adquieran los niños manías, supersticiones y antipatías de cualquiera clase. El hombre es naturalmente inclinado á destruir, y esta propensión debe ser desde luego combatida. Sin embargo se verifica pocas veces; se les permite la perpetración de mil crueldades con insectos y otros animales, así como el profesar odio hacia unos y cariño á otros; de donde nacen preocupaciones de las que muchas veces no pueden desimpresionarse en toda la vida. «Creo poder asegurar (dice Locke, autor de un tratado sobre el entendimiento humano) que entre todos los hombres que vemos, de los diez, nueve son buenos ó malos, útiles ó inútiles por efecto de su educación; esta constituye la principal diferencia en el género humano. Las pequeñas ó casi insensibles impresiones que recibimos en la infancia son muy importantes para lo sucesivo; y así como en las fuentes y ríos el menor esfuerzo tuerce la dirección del manantial que los forma, haciéndolos seguir un curso enteramente diverso del que hubieran tomado por sí solos, puede en los primeros años la imaginación de los niños dirigirse con igual facilidad al punto que se desea.»

Stewart, otro escritor filosófico, alude á este asunto del modo siguiente: «Esta ley de la naturaleza tan poderosa y de influencia tan extensa, no fue ciertamente dada al hombre en vano; mucho es el partido que puede sacarse de ella en manos de instructores hábiles y celosos que se propongan cooperar á las sabias miras de la divina providencia. Inmensos y positivos son los resultados que debe producir en la cultura y progresos de nuestras facultades intelectuales y morales, robusteciendo (por medio de la costumbre de pensar con rectitud) la influencia de la razón y la conciencia, que hace se amalgamen con los sentimientos mas nobles de nuestra alma, las propensiones del gusto y de la imaginación, identificándolas con las ideas placenteras del orden del universo tan esenciales á la felicidad humana.

En las íntimas y casi insolubles combinaciones que formamos en la infancia tienen su origen muchos de nuestros errores sucesivos, la mayor parte de nuestros principales motivos de acción, el pervertimiento del juicio moral, y varias de las preocupaciones que nos acompañan por el resto de nuestros días. Por medio de una educación juiciosa, esta susceptibilidad de la imaginación de los niños puede emplearse con fruto en favor de los progresos morales, y de la multiplicación de nuestros goces.

La experiencia diaria nos demuestra enan susceptible es la imaginación de un niño de fuertes impresiones, y que efectos tan permanentes producen en el carácter y felicidad de los individuos las asociaciones casuales que se forman en la infancia entre las diversas ideas, sentimientos y afecciones que los ocuparon. Si consigue la influencia de la moda disfrazar la natural deformidad del vicio bajo la apariencia del buen tono, la jovialidad y la elegancia, ¿pondremos en duda la posibilidad de enlazar en la infancia estas gratas impresiones con objetos dignos y loables?

Sin disputa la mayor parte de las opiniones que sirven de base á nuestra conducta en la vida, no son el re-

sultado de propias investigaciones, sino que fueron implícitamente adoptadas en la juventud sobre la autoridad de otros. Cuando un niño oye repetir un principio absurdo ó erróneo, al mismo labio que le dictó las sencillas y sublimes lecciones de moral y religión que tan bien se adaptan á su naturaleza, ¿será de estrañar que en lo sucesivo halle tanta dificultad en desimpresionarse de preocupaciones cuyas raíces se han enlazado con los principios esenciales de su constitución?

De aquí se deduce cuan necesario es prevenir en los niños la adquisición de manías y opiniones erróneas, combatiendo su inclinación á todo aquello que puede ser perjudicial á su progreso moral á intelectual. Sobre todo debe procurarse con esmero desterrar la innata propensión al mal, é inspirarle principios de benevolencia y dulzura, al paso que se dé á su carácter la fuerza y energía necesarias. Media docena de palabras pronunciadas por un criado ignorante, pueden en un solo momento fijar en el entendimiento del niño el origen de una preocupación que los mas repetidos esfuerzos del padre y aun la influencia de la razón en lo sucesivo no lograrán tal vez desarraigar completamente.

HISTORIA NATURAL.

INSTINTO Y SOLICITUD DE LOS INSECTOS POR SUS CRIAS.

Esperimentan los insectos tantas privaciones para criar sus hijuelos como los mayores cuadrúpedos; se exponen á peligros no menores para defenderlos, y aun en el instante de la muerte, manifiestan la misma solicitud por la conservación de su progenie. Muchos de ellos están en realidad condenados á morir antes que sus hijos reciban la existencia, pero estos, cual padres cariñosos, emplean sus últimos esfuerzos en asegurar el bienestar futuro de los que han de sucederles. Obsérvense los movimientos de la mariposa blanca común que vemos incesantemente volar de mata en mata. No es alimento lo que busca, pues las flores tienen poco atractivo para ella; su objeto es descubrir una planta que proporcione á sus hijuelos el sustento que la naturaleza les destina, á fin de depositar allí sus huevos. Manteniéndose ella de la miel que extrae del cáliz de las flores, es de suponer que en las flores mismas, ó cerca de ellas, haya de fijar su elección. Pero no; como si conociese que este alimento sería veneno para la larva naciente, busca una planta de la familia de la col. Mas ¿quién la ha enseñado á distinguirla de los demas vegetales que la rodean? Guiada por un instinto aun mas certero que el ojo del botánico experimentado, la reconoce inmediatamente, y sobre ella deposita su preciosa carga, después de cerciorarse de que no está ya ocupada con los huevecillos de otra mariposa. Cumplido este deber de que no la distrae obstáculo ni peligro alguno, la afectuosa madre muere. La mosca-dragon es un habitante del aire, y no podría existir en el agua; sin embargo en este elemento único adaptado al desarrollo de sus hijuelos, deja ella cuidadosamente caer sus huevos. La larva del tábano ó mosca borriquera, se nutre solo en el estómago de las caballerías; ¿cómo podrá la madre de un insecto alado, introducirla allí? De un modo verdaderamente extraordinario. Volando alrededor del caballo, se posa sobre él por un instante mientras adhiere un solo huevo á la piel del animal, y repite este procedimiento hasta que consigue depositar del mismo modo varios centenares de ellos. De estos huevos nacen al cabo de algunos días, por medio del calor y la humedad, unos gusanillos ó gorgojos muy pequeños. Cada vez que el caballo lame aquella parte de su cuerpo adonde se hallan adheridos, se pegan los gusanillos á la lengua, y pasan

con la saliva al estómago del animal. Pero ocurre una dificultad; el caballo alcanza solo con la lengua una muy pequeña parte de su cuerpo; ¿qué sucede con la larva depositada en aquellos puntos que no puede lamer? Aquí se manifiesta el admirable instinto de este insecto que colocamos entre los mas despreciables. Pone la mosca sus huevos solo en aquellas partes de la piel que mas generalmente lame el caballo, esto es, la rodilla y el brazuelo. No es menos extraordinario el instinto de la vasta tribu de insectos conocidos con el nombre de *icnéumones* cuyas larvas se alimentan de los cuerpos vivos de otros insectos. Vénse posar estos animalillos sobre las plantas donde hay probabilidad de que se halle la oruga, (que es el alimento apropiado para sus hijuelos) examinan cuidadosamente hoja por hoja, y apenas descubren el desdichado objeto de su busca, le claban su aguijón y en el agujero depositan un huevo. En vano la víctima cual si previese su suerte, se revuelca en todos sentidos, escupe un fluido acre, y usa de cuantos medios de defensa le fueron concedidos; el intrepido y activo *icnéumon* arrostra todos los peligros, y no desiste de la empresa hasta que su valor y destreza han asegurado la subsistencia á uno de sus hijos. Tal vez descubre que otro individuo de su misma tribu se ha anticipado á insertar un huevo en el cuerpo de la oruga que está examinando; en este caso la abandona convencido de que no bastaría para alimentar á dos, y parte en busca de otra intacta aun. No sucede así, por supuesto, con aquellas especies muy diminutas de las cuales hasta 150 larvas pueden subsistir en una sola oruga. El pequeño *icnéumon* repite la operación hasta que ha introducido en su víctima el suficiente número de huevecillos. La larva que nace de ellos halla un delicioso bocado en el cuerpo de la oruga que finalmente viene á ser víctima de sus estragos. Sin embargo la cantidad de alimento es tan proporcionada al pedido, que no se verifica esto hasta que los pequeños *icnéumones* están ya completamente formados. En esta operación estraña y aparentemente cruel, hay una circunstancia verdaderamente notable. Aunque la larva del *icnéumon*, día por día y tal vez por meses, roe el interior del cuerpo de la oruga hasta que llega por fin á devorarlo casi todo excepto la piel y los intestinos, evita cuidadosamente el atacar los órganos vitales, como si conociese que su propia existencia depende de la del insecto que le alimenta, así es que la oruga continúa comiendo, digiere y se mueve al parecer poco lastimada, y solo perece cuando el *icnéumon* que encierra no necesita ya de su ayuda. Otra tribu de *icnéumones* no menos activa y sagaz, introduce sus huevos, como el insidioso cuco, en los nidos donde las abejas y otros insectos han depositado los suyos. Con esta mira están continuamente alerta, y así que la confiada madre sale de la celda para hacer provision de alimento ó de materiales, se escurren dentro de ella los taimados y dejan un huevo, gérmen de un futuro asesino de la larva que ha de nacer de los demas depositados á su lado. Hay una araña que anida comunmente debajo de tierra, y se distingue por un saquito ó bolsa blanca del tamaño de una lenteja en la cual pone sus huevos, y que va unido á la estremidad de su cuerpo. No adhiere el usurero á su tesoro con mas tenacidad que esta araña á su bolsita. Aunque aparentemente debe estorbarla mucho la lleva consigo á todas partes. Si se la priva de ella, hace los mayores esfuerzos para recobrarla, y no hay riesgo personal que la induzca á abandonar su preciosa carga. Si son inútiles sus esfuerzos, parece apoderarse de ella una profunda melancolía, y despojada del objeto predilecto de sus cuidados, la existencia misma no tiene ya atractivos para esta madre desesperada. Si consigue recobrar su bolsa, sus acciones manifiestan el exceso de su alegría. La coje apresuradamente, y con indecible agilidad huye á un paraje seguro. Bonnet puso un día á la prueba este admirable cariño. Echó á una

araña con su bolsa en la cueva de una hormiga leon, insecto feroz que se oculta en el fondo de un agujero cónico hecho en la arena con el objeto de devorar la desgraciada víctima que caiga por casualidad en él. La araña quiso huir, pero no fue bastante activa para evitar que la hormiga-leon se apoderase de su bolsita que se esforzaba en tirar hacia sí. Hizo la araña los mas violentos esfuerzos para arrancar la presa á su invisible enemigo, hasta que cediendo el gluten que sostenia la bolsa quedó esta separada; asíola inmediatamente la araña con la boca, y redobló sus esfuerzos para burlar á su enemigo, pero fue en vano; la hormiga-leon era mas fuerte que ella, y consiguió arrastrar su presa al fondo de la cueva. La desgraciada madre pudo haber libertado su vida del furor de su antagonista; bastábale abandonar el saco y huir del agujero, pero no queria separarse de aquel punto, y solo por fuerza logró Bonnet poner fin á este combate desigual; mas el objeto de su solicitud quedaba en poder del asesino, y por mas que repetidas veces procuró apartarla con una varita, persistia aun la araña en continuar en el mismo sitio. Parecia que la vida fuese un peso para ella, y que todos sus placeres se hallasen enterrados en el agujero que contenia el gérmen de su progenie. El cariño de esta madre afectuosa no se limita á los huevos solamente. Cuando nacen sus hijuelos, salen de la bolsa por un orificio que ella cuida de abrir al efecto, y sin el cual no podrían nunca escapar. Se apiñan entonces en racimos sobre la espalda, vientre, cabeza y piernas de su madre. De este modo los lleva consigo y los alimenta durante un mes, al cabo del cual pueden ya sustentarse por sí mismos. Es indecible el interés que ofrece este singular espectáculo, y muy divertido el observar como saltan los hijuelos á centenares, y huyen en todas direcciones á la menor alarma.

EL TABACO.

Entre la variedad de sucesos extraordinarios que ofrece la historia del género humano, tal vez no hay otro mas sorprendente que la introduccion del uso del tabaco. La codicia del hombre por los metales y piedras preciosas se explica fácilmente, su afición á todo lo que es en sí bello y útil se concibe desde luego; pero que una mala yerba, nauseabunda, acre al gusto, y desagradable al olfato, haya tenido tanta influencia en la condicion social de todas las naciones, y venido á ser uno de los ramos mas considerables de comercio, es un hecho que no puede dejar de sorprender al observador imparcial, esto es, al que no fuma. Entre las producciones vegetales, aquellas que por su grato sabor y propiedades nutritivas han venido á formar la parte mas esencial del alimento del hombre, gustan generalmente á todos, por lo menos puede decirse que á nadie repugnan, pero el tabaco, cuantos le usan, aun los fumadores mas acérrimos, confiesan que al principio produce las sensaciones mas desagradables, y que solo el hábito pudo familiarizarlos con su uso; sin embargo se han esforzado los hombres en vencer esta repugnancia por tener el gusto de crearse una necesidad mas, y satisfacerla á costa del prójimo que ha resuelto no hacer de sus narices y boca una perpétua chimenea. Lo cierto es que no hay planta alguna útil que se haya esparcido por el mundo con mas rapidez, que se cultive con mas esmero, que haya ocupado mas á los gobiernos, ni inducido mayor número de hombres al contrabando, que la hoja de tabaco.

Debemos este regalo al descubrimiento de las Américas; pero es aun cuestionable quien fue el primero que introdujo el tabaco en España. Atribuyen unos este honor á Hernán Cortés, quien dicen lo envió entre otros

regalos al emperador Carlos V; otros aseguran que fue Hernandez de Toledo, que en 1559 trajo consigo á España una corta cantidad desde la isla de Tábago, de donde tomó esta planta su nombre. De Portugal fue remitida á París por el embajador francés en Lisboa Juan Nicot, en cuyo obsequio se dió á la planta el nombre de Nicotiana con que se la distingue hoy en la botánica. Introdújola en Italia el cardenal Santa Croce, nuncio de S. S. en las cortes de España y Portugal, á su regreso á la capital del mundo católico, y sucesivamente se fue extendiendo por todo el antiguo continente donde bien pronto llegó á hacerse general su uso, pero no sin grande oposicion en un principio. La potestad eclesiástica y civil se armó en Europa y aun en Asia contra el uso de esta célebre planta, pero la influencia del tabaco triunfó completamente así de los anatemas espirituales como de los castigos civiles. El papa Urbano VIII publicó una solemne excomunion en 1624 contra los que tomasen tabaco en las iglesias; Alejandro VIII hizo otro tanto

en 1690 contra todo el que cometiese semejante desacato en la basilica de San Pedro. La iglesia protestante de Suiza, particularmente el canton de Berna, llevó este fanatismo al grado mas extravagante, colocando la prohibicion del tabaco entre los mandamientos de la ley de Dios, en el sétimo lugar. El Czar de Moscovia publicó un edicto por el cual se mandaba cortar las narices á los que tomasen tabaco en polvo; peregrina idea por cierto para cortar el mal de raíz, pues quien quita la ocasion quita el peligro. El sultan Amurates condenó al fumador contumaz á ser paseado por las calles con una pipa atravesada por las narices. Shah Abbas, Sofi de Persia, impuso pena de muerte al que tomase tabaco de cualquiera manera que fuese. Jaime I de Inglaterra, no creyó menospreciar su dignidad real combatiendo con la pluma el uso del tabaco, cuyo humo comparaba con el del infierno en lo denso, negro y hediondo. Pero vanos esfuerzos! El tabaco prevaleció contra todo linaje de persecuciones, y su uso se extendió por ambos hemisferios.



(La planta del tabaco.)

La planta del tabaco es anual, y se eleva á una altura de dos varas con un tronco redondo y fuerte. Las hojas puntiagudas en figura de lanza y casi unidas al tallo, le dan una apariencia vistosa. El anverso de la hoja es muy verde, y el reverso pálido; su tamaño regular en una planta sana es de una tercia á media vara de largo, y de cinco á siete pulgadas de ancho. Florece la planta en julio y agosto, y la flor es de un color rosado bajo con el cáliz de figura de campana. Sazona la semilla en setiembre y octubre, y si no se recoje en tiempo, se derrama en la capsula. El grabado anterior representa un grupo de plantas copiado del natural.

Preparada la tierra con repetidas cavas, se siembra el tabaco en criaderos por el mes de febrero ó marzo; en abril, cuando las plantas están algo crecidas, se trasladan á los tableros ó lechos preparados de antemano, dejando una vara de distancia de pie á pie, y procurando mantener la tierra limpia y escardada. Un mes despues de trasplantarlas se las cortan las puntas, y se arrancan los chupones que suelen brotar á los lados. Para defender

las plantas de la multitud de insectos que por entonces las atacan, el mejor medio, como se practica en los Estados Unidos, es echar en el plantío bandadas de pavos que los destruyen. Cuando las hojas están sazoadas, lo que se conoce por su color parduzco y la facilidad con que se quiebran, se cortan las matas á raíz del suelo, y se dejan por uno ó dos dias espuestas al sol. Luego se llevan á los cobertizos ó enramadas para secarlas á la sombra, colgadas de dos en dos de cordeles estendidos, y dejando el espacio suficiente entre cada par, para que se oreen con igualdad. Despues de secas, se arrancan de la caña ó tronco, y se atan en manojos pequeños con otra hoja. Fórmanse luego montones con estos atados, cubriéndolos con mantas y cuidando de removerlos de tiempo en tiempo y esparcir los manojos para que no se calienten y fermenten demasiado. Se repite esta operacion hasta que, perfectamente secos, no se percibe ya en ellos calor alguno, y entonces se recojen para disponer de la cosecha.

En cada pais hay un modo distinto de guardar las ho-

jas, pero el mas general es ponerlas en barriles grandes para la esportacion. En Varinas se hacen sogas gruesas torciendo muchas hojas á un tiempo. En el Paraguay se hacen primero cuatro manojos, y de estos cuatro uno redondo y muy apretado con una especie de tomiza fuerte, conservándolo así en buen estado por largo tiempo. En el Brasil se prepara gran cantidad de tabaco negro con una composicion liquida en la que entran varios ingredientes, torciéndolo luego en sogas mas ó menos gruesas por medio de un torno.

Criase el tabaco en la mayor parte de las Antillas, pero principalmente en la isla de Cuba. El de la Habana es el mas estimado, y de él se hacen los cigarros con que se deleitan los fumadores, digámoslo así, de profesion. Muchos de nuestros lectores habrán visitado la fábrica de cigarros de esta capital, donde mas de dos mil y quinientas mujeres trabajan incesantemente en la elaboracion de este importante artículo de consumo, y habrán podido admirar la destreza con la cual sin mas peso ni medida que la práctica, fabrican cigarros perfectamente iguales en ambos conceptos, empleando pocos segundos en cada uno.

La costumbre de fumar, es posterior á la de tomar tabaco en polvo, pero en el dia es mas generalmente extendida por toda Europa. En Inglaterra prevalecia mucho á mediados del siglo pasado, pero durante el largo reinado de Jorge III disminuyó considerablemente tanto por el ejemplo de aquel rey, como por la decidida aversion de las inglesas al humo del tabaco; sin embargo vuelve ya á ganar terreno aunque todavia no se atreve á penetrar en las tertulias, fondas, clubs, ni aun en cafes de cierta categoría. La gente baja de Inglaterra fuma en pipa, y lo mismo sucede en Gales é Irlanda donde hasta las mugeres andan por la calle con su pipa en la boca.

El uso del cigarrillo de papel es peculiar á los españoles y sudamericanos. En Francia prevalece el cigarro de hoja, y en Holanda, en toda la Alemania y norte de Europa, la pipa, no de yeso comun sino de rica porcelana, y algunas tan desmesuradas que bastan á dar humo toda una mañana. La pipa es la compañera inseparable de un alemán, que no solo fuma en las horas de descanso, sino todo el dia y aun por la noche, esceptuando únicamente las horas del sueño.

En el oriente la práctica de fumar es aun mas universal que en Europa y América, y al paso que vamos, el mundo entero se verá pronto envuelto en una nueva atmósfera de humo de tabaco!

UNA ESCENA EN LA INDIA!

Sali un dia de Madrás (dice el capitán Hall), con direccion á la casa de campo de un amigo situada á no larga distancia de la ciudad hacia el oeste. Puse mi caballo al paso, y seguí, lentamente mi camino casi sofocado por el excesivo calor y falta de aire, y apenas guarecido por algunos cocoteros, de los ardientes rayos del sol que reflejados por las arenas cornalinas tan blancas como la nieve parecian quemar los cascos de mi caballo. La soledad era tan profunda que no esperaba yo encontrar un solo viviente indigena ó extranjero, con tanta mas razon cuanto sabia muy bien que en aquella estacion no solo se suspende toda clase de trabajo en la India, sino que hasta las ceremonias religiosas se posponen.

Acababa de hacer esta reflexion, cuando percibí á larga distancia en el bosque, el ruido de ciertos tambores que usan los indios en sus festividades, y habiéndome encaminado hacia aquel punto, llegué á un sitio abierto en frente del mar, donde se hallaban reunidos mas de mil de los naturales del pais. En el medio habia un

palo ó mástil clavado en el suelo como de 30 ó 40 pies de altura, y otro algo mas largo suspendido horizontalmente por su centro, del extremo superior del primero; uno de los brazos de esta especie de balanza inclinado hasta cerca del suelo por el esfuerzo de varios hombres, hacia subir el otro proporcionalmente por el lado opuesto. De este brazo, elevado tal vez mas de 60 pies, y bajo un pálido ó cobertizo toscamente adornado de flores y pabellones, vi con sorpresa á un hombre suspendido al parecer por dos sutiles cuerdas: no colgaba perpendicularmente por el cuello como un criminal, sino que flotaba horizontal por el aire como vuelan los pájaros, con sus brazos y piernas moviéndose libremente: atada á la cintura tenia una cesta llena de flores y frutas, las cuales de tiempo en tiempo arrojaba sobre la multitud, que transportada de gozo, hacia resonar el bosque con sus estrepitosas aclamaciones.

Al acercarme al corro observé con sorpresa que el indio que flotaba en el aire, aunque al parecer satisfecho de su posicion, estaba sostenido por dos ganchos de hierro clavados en su propia carne. Nada habia sin embargo en su semblante que indicase el menor padecimiento, aunque á mí entender debia sufrir bastante, pues no habia ni faja ni cuerda alguna que sostuviera el peso de su cuerpo que colgaba enteramente de los dos ganchos clavados en su espalda. Mi primera intencion fue la de retirarme, pero los indios que parecian deleitarse en la ceremonia me instaron á que me acercase.

Puesto en el suelo y desenganchado el hombre que balanceaba por el aire en el momento de mi arribo fue requerido otro fanático para repetir con él la operacion. No se crea que fue arrastrado violentamente al sacrificio, sino que se presentó él mismo alegremente despues de haberse prosternado delante de la pagoda ó templo á cuyas inmediaciones pasaba esta escena. Un sacerdote indio se adelantó entonces, y señaló con el dedo el sitio por donde debian insertarse los ganchos. Otro sacerdote comenzó á macerar las espaldas de la víctima y pellizcarlas fuertemente, mientras un tercero clavó con destreza los hierros por debajo del cutis y membrana celular cerca de la paletilla. Tan luego como quedó efectuada esta operacion, se levantó gozoso el devoto, en cuyo momento le rociaron con una escudilla de agua consagrada antes á Shiva. Marchó luego en procesion desde la pagoda hacia una pequeña plataforma levantada á un lado del arca donde se hallaba clavado el mástil. Innumerables tambores y gaitas mezcladas con el estrépito de muchas voces reunidas, anunciaron su llegada.

Al subir al tablado deshizo una porcion de collares de cuentas y coronas de flores con que le habian adornado, esparciendo los fragmentos sobre la ansiosa muchedumbre. Su vestido, si tal podia llamarse, consistia ademas de la faja ligera con que se ciñen los indios, en una chaqueta corta que cubria los hombros y la mitad del brazo, y unos calzoncillos hasta la rodilla, ambas prendas hechas de una especie de punto abierto cuyas mallas tenian una pulgada de ancho.

Como los naturales en vez de oponerse á que yo me hallase presente, me instaban á que me aproximase, me coloqué sobre la plataforma observando con atencion por ver si habia engaño. Los ganchos, que eran de bruñidísimo acero, serian del tamaño de un anzuelo de tiburón pequeño, y del grueso de un dedo meñique de hombre. Las puntas siendo muy agudas fueron introducidas sin lacerar la parte, y con tanta destreza que ni una sola gota de sangre brotó de los orificios. El paciente que parecia no experimentar dolor alguno, conversaba tranquilamente con los que le rodeaban. Debo añadir en contra de lo que muchas veces se ha supuesto, que no habia al menos en aquella ocasion, la menor apariencia de embriaguez. Cada gancho pendia de un fuerte cordón de algodón que despues de ciertas ceremonias, fue atado al es-

tremo superior de la viga horizontal que bajaron los indios hasta cerca del tablado por medio de una cuerda. Hecho esto, llamaron á sí el otro extremo hasta hacerle próximamente tocar la tierra, por cuyo medio la víctima fue elevada cerca de 60 pies sobre las cabezas de la multitud que victoreaba con entusiasmo al verla ascender.

Para probar la perfecta posesion de sí mismo, sacaba del canastillo que tenía suspendido á la cintura puñados de flores y de cuando en cuando un limon ú otra fruta, los cuales con rostro placentero y alegres voces arrojaba á la multitud. Nada puede igualar el afán de los naturales por apoderarse de estas santas reliquias; y á fin de que todos pudiesen igualmente participar de ellas, los hombres que oprimian el extremo inferior de la palanca daban vueltas alrededor del area ó círculo, para colocar sucesivamente al paciente sobre los diferentes puntos de la circunferencia. De este modo el fanático suspendido, que parecia disfrutar de su posicion, dió tres vueltas por el aire, en cada una de las cuales tardaba como dos minutos. Concluido este viage aereostático le bajaron, y desatadas las cuerdas del extremo de la palanca, se dirigió á la pagoda acompañado como antes por los tamboriles y gaitas. Quitáronle entonces los ganchos, y se mezcló con la multitud para acompañar con ella á su sucesor hasta la plataforma, exactamente como si él no hubiera sufrido pocos momentos antes una operacion, que digan lo que quieran, debe ser muy dolorosa.

Permanecí en aquel sitio como una hora, durante cuyo tiempo cuatro hombres mas fueron enganchados, colgados y paseados como queda dicho, sin que ninguno de ellos hiciese la menor indicacion de padecimiento. En todo este intervalo no pude descubrir cosa alguna que arguyese impaciencia, sino en una ocasion en que uno de los suspendidos manifestó deseos de que los que hacian girar la palanca anduvieran con alguna mas rapidez; pero sin que por esto diese apariencias de cólera ni dolor.

Cuatro años despues de esto tuve ocasion de presenciar á las inmediaciones de Calacta varias de estas ceremonias y otros tormentos á que se esponen aquellos fanáticos en honor de sus dioses ó para cumplir algun voto insensato.

El efecto que exhibiciones de esta naturaleza en Madrás producen la primera vez en el europeo, es la sorpresa y curiosidad satisfecha, pero cuando vé estas mismas bárbaras repetidas innumerables veces con otras mil escenas igualmente brutales, no puede menos de experimentar melancolia. Si fuera posible suponer que muchos centenares de personas de todas edades, pudiesen estar espuestas á tan crueles martirios por un poder tiránico, esta consideracion seria ciertamente horrible; pero cuando los pueblos ellos mismos no solo apadrinan estos tormentos, sino que se apresuran á solicitar el honor de ser los primeros hechos tajadas, atravesados con hierros hechos ascuas, colgados de agudos ganchos, ó finalmente en el fanatismo de su celo arrojarlos desde un tablado elevado sobre las puntas de espadas desnudas, el sentimiento de indignacion se convierte en lástima, pues es imposible no sufrir viendo una poblacion asi degradada, debiendo mezclarse con este sentimiento, un fuerte deseo de mejorar la condicion de un pueblo tan abatido en la escala de la humana naturaleza.

TERREMOTOS.

Este fenómeno parece indicar con certeza la accion de fluidos elásticos que buscan una salida al aire libre. En las costas del Océano meridional, el sacudimiento se comunica cuasi instantáneamente desde Chile al golfo de

Guayaquil en un espacio de 2070 millas (algo mas de 591 leguas). Las oscilaciones son tambien mayores en los puntos distantes de volcanes activos, y un pais es mas ó menos agitado en proporcion al mayor ó menor número de pozos ó aberturas por las cuales comuniquen con el aire libre las cavidades subterráneas.

AMOR PATERNAL.

Un mensajero de Luis XIV se presentó en casa de Racine, el célebre poeta francés, previniéndole que el rey le esperaba á comer aquel mismo día; á lo que este amoroso padre contestó: «No puedo disfrutar de este honor, hace siete días que no habia visto á mis hijos: están regocijados de mi regreso; quiero comer con ellos, pues despedazaria su corazon el perderme en el momento mismo en que vuelvo á sus brazos. Hacedme el favor de manifestárselo así á S. M.»

LA CARRERA DEL CAMPANARIO.

Las carreras de caballos mas comunes, son las que se verifican en un terreno llano, libre y desembarazado de obstáculos, y en ellas los corredores no van mas que á sobrepujarse en ligereza, pero despues se han inventado otras mas complicadas, donde hay precision de vencer mas dificultades que las que pueden hallarse en un hipodromo. Para esto se ha discurrido levantar de trecho en trecho barreras de tres á cuatro pies de altura, que los corredores han de salvar de un salto antes de llegar al término de la carrera; pero aun las de esta especie, acreditadas ya por gran número de casos desgraciados de mas arriesgadas y penosas que las carreras clásicas de los campos de Marte, no son mas que un juguete en comparacion de las famosas carreras llamadas *del campanario*, que hace pocos años han pasado á Francia del otro lado del estrecho á la par de otras modas inglesas, y que han ido á poner en grave peligro de magullamiento á los pobres huesos de ginetes y caballos franceses.

La carrera *del campanario* consiste, como su nombre lo indica, en lanzarse á campo atraviesa, y sin pararse en barras, por montes y por valles, dirigiéndose via recta á vista de campanario hácia un objeto colocado á algunas millas del punto de partida. El hallar un terreno que pueda servir de liza y llenar los deseos de este linage de corredores no es tan fácil como parece, porque son pocos los que se les figuran bastante buenos, ó hablando en nuestro idioma vulgar, bastante malos. Una tierra dura, una senda abierta, llanuras iguales y despejadas, son gravísimos inconvenientes que les hacen mirar aquel terreno como poco á propósito para su objeto; al paso que si hay valles con cuevas muy pendientes, ribazos escarpados, anchos y profundos barrancos, setos y vallados llenos de zarzas y maleza, tierras blandas en donde los pies se escurren ó se hunden, entonces todo va á pedir de boca. Si casualmente se encuentra un arroyo en medio del camino, es una fortuna inestimable; si se atraviesa una tapia, tanto mejor; y si á tan dichosas circunstancias se reunen unas cuantas varas de terreno pantanoso; vírgen del tremedal! ya no hay mas que pedir, manos á la obra y ponerse á ello. Sin embargo, como es difícil que por muy acomodado que sea el terreno y lleno de tales preciosidades, no tenga tambien por desgracia algunos de los inconvenientes arriba mencionados, como un camino llano, un puente que facilite el paso de rio, un portillo en los cercados y en las tapias etc., la

leyes establecidas para la carrera han provisto al remedio de tales gravísimos defectos; y por eso está formalmente prohibido andar mas de cierto espacio por dentro del camino, servirse de los puentes, y aprovecharse de las entradas de cercas ó paredes; para lo cual se fijan de trecho en trecho ciertos guiones que indican la direccion que se ha de tomar. Arreglados así y dispuestos todos los preliminares, se da la señal, y diez ó doce ginetes con elegantes trages de montar, se precipitan y desaparecen como un relámpago.

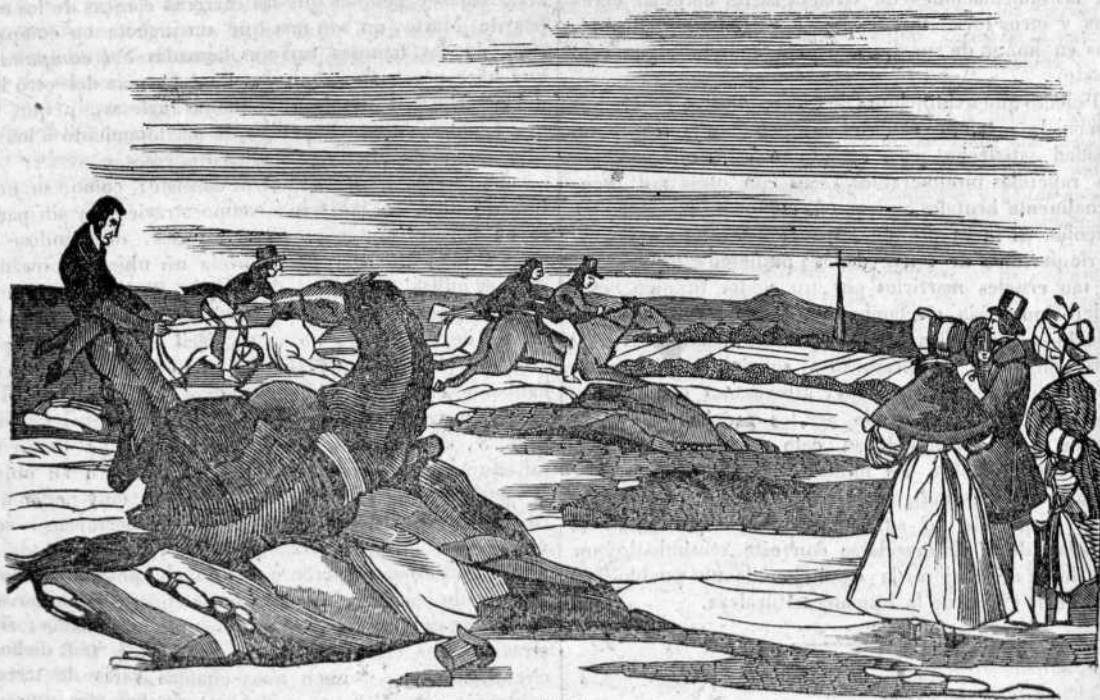
Si el ver partir á la cuadrilla de corredores de *campanario* es un espectáculo vistoso, no es menos curioso y divertido el verla llegar. La cuarta parte apenas de los corredores son los que llegan al término, y esos llenos de espuma y de sudor, cubiertos de lodo y polvo y en el desorden mas pintoresco; los demas quedan desparrramados acá y allá en el camino. Por aquí llega paso entre paso, con el caballo de la brida, un ginete cuya triste aventura viene escrita en las manchas y desgarrones del vestido; por allá se ven postrados, uno junto á otro, caballo y caballero en lo mas hondo de un barranco, ó al pie de un paredon, aguardando que la pública compasion venga en su ayuda. Por aquella parte, ginete y cavalgadura se ven metidos hasta las trenzas chapuzándose en algun lodazal, y se entablan apuestas sobre si saldrán ó no saldrán de aquel pantano; por otro se ven luchando obstinadamente al borde de un precipicio ó delante de un seto, el ginete empeñado en saltar á todo trance, y el caballo resistiendo hacer semejante disparate; por último vienen á encontrarse el animal y su dueño donde seguramente nadie pensaría en buscarlos.

En una de estas carreras celebradas en las inmediaciones de París, llegando un caballo al pie de una tapia dió un brinco para salvarla; pero aunque lanzó al otro lado la parte anterior de su cuerpo, vinole á faltar la fuer-

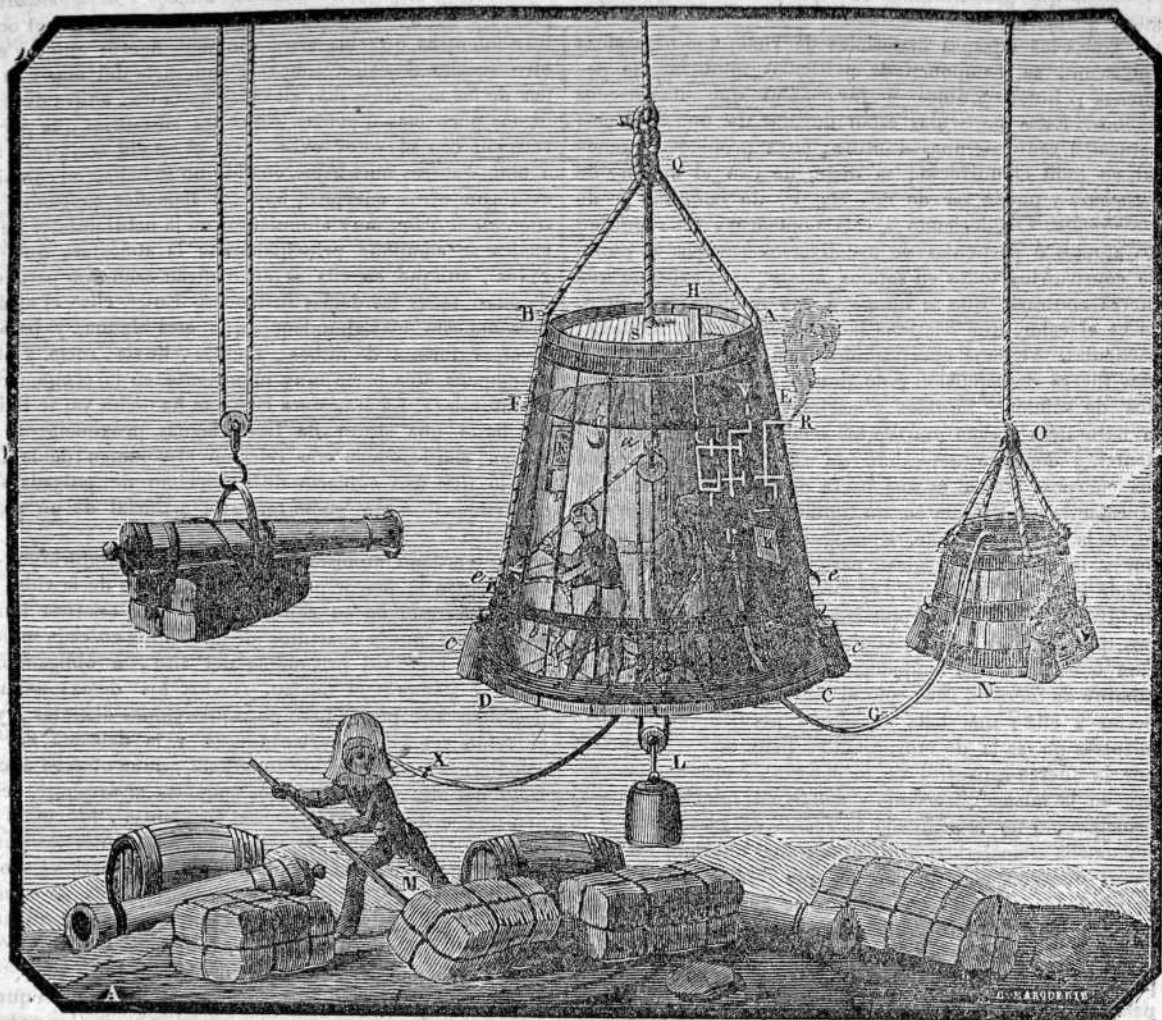
za y el empuje á la mitad del camino, y cayó sobre la pared antes de concluir el salto, de suerte que se quedó en lo alto atravesado y en equilibrio con dos patas á un lado y dos á otro, y sin que el ginete supiera que partido tomar en un caso que no han previsto las leyes recopiladas de la equitacion.

No acabariamos nunca si quisiéramos referir todos los episodios grotescos, todos los lances caprichosos que suelen verse en las tales carreras de *campanario*; pero nos contentaremos con hablar de una donosa escena que ha servido de asunto al gracioso pincel de un pintor francés. Al pie de una pared alta se ven reunidos unos aldeanos que habian ido á comer al campo, pero justamente la tal pared es parte integrante del camino señalado á una carrera de caballos. Cuando mas enfrascados se hallaban los convidados en su comida y sabrosa conversacion, un hombre y un caballo aparecen sobre sus cabezas como llovidos del cielo, no sin asombro de los concurrentes que no estaban preparados para semejante visita. El pintor ha escogido para su cuadro aquel preciso momento en que los aldeanos que ni siquiera sospechaban que tales carreras de caballos hubiese en el mundo, se ven venir encima aquella espantosa vision.

Con todo eso y en medio de tan desventuradas aventuras, añadiremos en honor de la justicia que hay caballos y ginetes muy diestros en salvar estos obstáculos al parecer invencibles con una soltura y habilidad solo comparables á las fabulosas empresas de los centauros. Los caballos adiestrados en Inglaterra á la caza de zorras, y acostumbrados por tanto á las dificultades del terreno, son especialmente á proposito para las carreras de *campanario*; saltan los vallados, las tapias, los fosos con el vigor y agilidad que un ciervo, y cuando estan bien enseñados, lo mismo es para ellos una travesía llena de precipicios y tropiezos, que el camino real mas espacioso.



(La carrera del Campanario.)



LA CAMPANA DE LOS BUZOS.

El rápido vuelo que han tomado las ciencias naturales en los últimos cincuenta años, y las numerosas aplicaciones que diariamente se hacen de las leyes de la naturaleza reveladas por ellas, para aumentar el bienestar y multiplicar los gozes del hombre, hacen ya indispensable el difundir en todas las clases de la sociedad los conocimientos elementales que basten á explicar, por lo menos, el principio en que se fundan algunas de estas aplicaciones mas usuales.

No es la física en sus diversos ramos una combinacion cabalística y misteriosa; los principios sencillos y uniformes que presiden al orden de la naturaleza son ya conocidos, y el hombre posesionado una vez del hilo que ha de guiarle en el laberinto de la ciencia, ha procurado utilizar sus investigaciones mejorando su condicion social. Auxiliado de sus conocimientos meteorológicos, no ve ya en los fenómenos que algun dia le causaron admiracion y espanto, sino el efecto natural de una causa conocida. Dueño de los principios fundamentales de la mecánica, ha construido varias máquinas mas ó menos complicadas que ejecutan con prontitud y perfeccion una infinita variedad de trabajos, alguno de los cuales serian sin su auxilio impracticables, y otros que harian necesario el esfuerzo reunido de muchos brazos por un espacio considerable de tiempo. Familiarizado con la doctrina de los fluidos, ha construido no solo fuentes cuyas cañerías conducen las

aguas desde el manantial distante hasta la puerta de su casa, sino bombas que las elevan hasta las habitaciones mas altas de ella; ha abierto canales que facilitando las comunicaciones fomentan el comercio y la agricultura; ha perfeccionado la navegacion, y por medio de la aplicacion del vapor, del vapor que ha existido siempre y que por tantos siglos ha sido considerado con un vaho insignificante é inútil ha constriuido barcos que surcan los mares con cualquiera viento, y carruajes que sin caballos se mueven con una velocidad espantosa; y como si la tierra no ofreciera ya bastante campo á sus investigaciones, se ha elevado á la region de las aves, ó ha ido á buscar al fondo del mar nuevos objetos con que satisfacer su curiosidad ó aumentar su conveniencia.

Muchas de las comodidades que disfrutamos hoy, la mayor parte de los objetos de conveniencia que el uso ha hecho familiares, presentan la aplicacion de un principio científico que pocas veces nos ocurre investigar, á pesar de que cualquiera de ellos ofrece un vastísimo campo á las reflexiones del observador, y puede servir de núcleo para el descubrimiento de un sin número de aplicaciones todas interesantes. Es pues nuestro ánimo el exponer en una serie de artículos, algunos de estos principios y los hechos que de ella emanan, sin entrar en largas disertaciones que ademas de ser ajenas de este periódico, serian ininteligibles para una gran parte de nues-

tros lectores, y huyendo asimismo de las voces técnicas de la ciencia que procuraremos reemplazar con otras del lenguaje ordinario.

Todos los cuerpos materiales de cualquier naturaleza que sean, se componen de partículas infinitamente pequeñas, indestructibles é invariables que llamaremos *átomos*. Estas partículas están dotadas de una tendencia natural á reunirse unas á otras, cuya propiedad, general en todo el universo, se distingue con el nombre de *atracción* y puede ser de dos clases, de *cohesión* ó de *gravitación*. Obedeciendo á esta tendencia, se reunirían los átomos ó partículas de los diversos cuerpos al punto de construirlos todos en sólidas masas, sino existiera una fuerza contraria que se opone á esta reunión: esta fuerza es el calor, que ocasiona la *repulsión* mútua de dichas partículas. Algunos cuerpos obedecen antes que otros á esta fuerza de repulsión, de donde nacen los tres estados de sólidos, líquidos y aeriformes, que existen en la naturaleza, cada uno de los cuales es puramente accidental y depende del grado de calor que experimentan los cuerpos. Sólida es una barra de hierro; sin embargo el calor la transforma en un líquido, y un calor aun mas fuerte la haría aeriforme. El azogue es líquido en el ecuador y las zonas templadas, pero en las regiones polares donde el frío es esceso, se presenta en el estado sólido. Hay ademas otra propiedad general á todos los cuerpos que les hace resistir cualquiera cambio en su posición ó estado; esta tendencia conocida en la física con el nombre de *inercia*, cede solo al impulso de una fuerza superior á ella; una bala de plomo permanecerá inmóvil mientras no se la dé movimiento, pero una vez impelida por la fuerza expansiva de la pólvora, continuaria siempre en la misma direccion y con igual velocidad que al principio, á no impedírselo la fuerza de gravitación y la resistencia atmosférica. Ilustraremos mas adelante los principios emitidos en este párrafo que servirá como de *sinopsis* á los artículos que sobre este importante ramo del saber humano iremos publicando; por ahora nos limitaremos á recomendar á nuestros lectores que procuren tener presente la breve explicación que acabamos de dar de las palabras *átomo*, *atracción*, *repulsión* é *inercia*.

De cuantos objetos nos rodean, el que se halla mas en contacto con nosotros, el mas necesario á nuestra existencia es el aire que respiramos. «Qué cambio se ha operado en la escala de los conocimientos humanos» dice el doctor Arnott (1) «desde el tiempo en que los filósofos lo creyeron uno de los cuatro elementos primarios de los cuales se componían todos los cuerpos en la naturaleza, y que eran, segun ellos, para siempre distintos los unos de los otros! Sabemos ahora que aire ó gas es un estado accidental en el cual puede existir cualquiera cuerpo segun el grado de calor que obra sobre él. Será el cuerpo sólido si la ausencia del calor permite á los átomos que lo componen el adherir unos á otros obedeciendo á su natural atracción, como sucede con el hielo. Será líquido cuando el calor sea suficiente á equilibrar la atracción dejándolos mover libremente, como se verifica con el agua; y aeriforme, cuando aumentado el calor obligue á los átomos á repelerse mutuamente separándose á gran distancia, como en el vapor; pero en cualquiera de estos tres casos no sufren alteración las diferentes sustancias, y á voluntad del químico tomarán la forma que este desee. Como la mayor parte de las sustancias en la naturaleza tienen distinta relación con el calor, unas se mantienen sólidas á la temperatura media de nuestro globo, otras son líquidas y algunas aeriformes. Las sólidas son en general las mas pesadas en un volumen dado, y por consecuencia ocupan la parte inferior y forman la gran masa ó centro de

la tierra: siguen despues los líquidos que corren sobre este sólido centro, llenando los huecos y desigualdades y presentando una superficie plana que constituye el océano: mientras que los aires son mas ligeros aun, y cual otro océano descansa sobre la superficie del mar y la cima de las montañas mas elevadas hasta una altura de trece leguas poco mas ó menos. Entre las sustancias que por su relación con el calor existen en el estado aeriforme aun á temperaturas muy bajas, cuando no se hallan en combinación con otros cuerpos, hay dos llamadas *oxígeno* é *hidrógeno* ó *azoe*, muy abundantes en la naturaleza, y de las cuales se compone principalmente la atmósfera que nos rodea, aunque en ella se encuentran asimismo partículas de cuasi todas las demas sustancias. Entre ellas el agua se presenta con mas abundancia que otra alguna, y bajo las diversas formas de nubes, nieblas, lluvia, rocío y nieve desempeña una parte muy importante en la economía de la naturaleza. La atmósfera como se ha dicho ya, se extiende hasta una altura de trece leguas próximamente, y es por consecuencia con relación al volumen de la tierra, lo que una cubierta de un décimo de pulgada sería con respecto á un globo terrestre artificial de un pie de diámetro.»

«El océano atmosférico es el gran laboratorio en que se ejecutan la mayor parte de las acciones de la vida, dependiendo esta de su composición. Una criatura humana necesita nueve cuartillos de aire puro en cada minuto, y muere bien sea privándola del aire, ú obligándola á respirar siempre el mismo. Todos los demas animales necesitan aire puro, pero en proporciones distintas, y en el reino vegetal la hermosa hoja y la delicada flor son solo tiernas expansiones de superficie, que se ofrecen al contacto del aire vivificador. Los animales al respirar, despiden una sustancia que absorben las plantas, las cuales por medio de la absorción de estas emanaciones nocivas purifican la atmósfera preparándola de nuevo para el uso de aquellos; de este modo en todos los cambios de la naturaleza se observa un perfecto equilibrio, que mantiene la masa atmosférica en su estado uniforme y siempre dispuesta á llenar sus admirables oficios.»

«Mientras los antiguos tuvieron del aire la idea que les hizo aplicarle vagamente, y casi sin distincion, los nombres de *aire*, *éter*, *éspiritu*, *aliento*, *vida* etc., jamás soñaron en hacer experimentos con él á fin de descubrir su relación con la materia comun. Una de las páginas mas bellas de la historia moderna de los progresos de la ciencia, es la que ofrece los adelantos progresivos que se han hecho en este punto interesante. Galileo conoció que el aire ejercía una presión determinada sobre los cuerpos á la superficie de la tierra; Torricelli y Pascal probaron que esta presión era ocasionada por su peso, y de aquí dedujeron la altura de la atmósfera; Priestly, Black, Lavoisier y otros, descubrieron que el aire podia combinarse con un metal, aumentado su peso y formando una composición enteramente distinta en sus propiedades; pues hicieron ver que la mayor parte de los minerales en su estado primitivo son metales combinados con una sustancia que puesta en libertad pasa á formar uno de los ingredientes de la atmósfera. Por último analizaron la atmósfera misma, y determinaron la proporción de las dos principales sustancias gaseosas que la componen, y en el transcurso de pocos años ha sido tan investigada la naturaleza del aire ó gas, que podemos hoy apoderarnos de una pequeñísima porción del fluido ténue é impalpable que respiramos, y estrayendo de él el calor por medio de una fuerte presión, precipitar la cohesión entre sus partículas, y transformarlo en un tranquilo fluido, el cual podemos conservar para siempre en tal estado, solidificarlo en combinación con otros cuerpos, ó ponerlo de nuevo en libertad.

(1) Elements of physics, London 1833,

Una vez escitada la sospecha de que el aire es un fluido material como el agua, aunque mucho menos denso por razón de la gran separación y repulsión de sus partículas, era fácil trazar el paralelo, confirmando esta suposición con referencias á los hechos mas comunes. Así, una vejiga llena de agua y perfectamente tapada, retiene el líquido, y sus lados no pueden reunirse por mucha fuerza que se emplee; la misma vejiga llena de aire presenta igual volumen y resistencia. El movimiento de una tabla halla oposición en el agua, el de un abanico le esperimenta en el aire. Maderos, arena y guijarros son arrastrados por corrientes de agua; pajas, plumas y aun árboles corpulentos ceden al empuje de las corrientes de aire. Hay molinos movidos por el agua, tambien los hay que se mueven por el viento. El aceite puesto en libertad en el fondo del agua, ó colocado allí en una vejiga, sube luego á la superficie; el aire caliente ó gas hidrógeno metido en un globo se eleva asimismo en la atmósfera. Los peces nadan en el agua por medio de sus aletas; los pájaros vuelan con sus alas por el aire; y así como quitando el agua de una pecera, los peces caen al fondo, se agitan por un instante y mueren, así tambien estrayendo el aire de una campana de cristal que encierra algunos pájaros y mariposas, baten inútilmente sus alas, caen, y si el cruel experimento se prolonga por algunos momentos, quedan inmóviles para siempre.»

Una de las propiedades que tiene el aire en comun con los demas cuerpos, y que prueban su existencia como tal, es la *impenetrabilidad* de que hemos ofrecido ya algunos ejemplos. No es dado á dos cuerpos ocupar á un tiempo el mismo espacio. Así que el alfiler mas delgado no entrará en un acerico, ni la aguja mas sutil penetrará por el lienzo, á menos que se haga sitio para su admision. Las partículas de los cuerpos líquidos se desalojan con mas facilidad que las de los sólidos, pero no por esto son dichos cuerpos menos impenetrables en el sentido que se dá ahora á esta palabra, pues tan imposible es á un cuerpo sólido ocupar el lugar de un líquido, como el de otro sólido. Si echamos una piedra en el agua, se elevará esta lo suficiente á fin de hacer lugar para ella, y si ejecutamos esta operacion en una vasija perfectamente llena de agua, veremos que á la immersion de la piedra se derramará por los bordes una cantidad del líquido igual al volumen del cuerpo sumergido. No es el aire menos impenetrable. Si se mete en el agua una botella vacia, se percibe al llenarse esta la oposicion que presenta el aire interior, que al escapar para hacer lugar al agua, produce una especie de ebulicion acompañada de un ruido parecido al de la gárgara. Inviértase un vaso y en esta posicion sumérjase en el agua, parte de ella entrará en el vaso, por la elasticidad del aire que se irá comprimiendo, pero así que se halle tan comprimido como puede llegar á estarlo, no entrará ya una sola gota de agua. Sobre este principio se ha construido la *campana de los buzos*.

Tiene este aparato la figura de un cono truncado abierto por la base mayor y cerrado por la menor. Con la adición de algunas pesas de plomo en la parte baja que lo mantengan perpendicular, y suspendido por el extremo opuesto con una fuerte maroma, se sumerge en el agua lleno de aire con el extremo abierto hacia abajo. Sentados dos ó mas hombres dentro de la campana, bajan con ella al fondo del mar, ó hasta la profundidad que se requiere. A medida que baja la campana, aumentándose la presión del agua, se condensa el aire mas y mas, y produce al principio una sensacion desagradable, especialmente en los oídos, donde el empuje del aire denso causa al introducirse con violencia un ligero dolor; pero cesa este cuando se ha equilibrado el aire interior del cuerpo con el exterior. Renovábase el de la campana por medio de barriles llenos de aire puro que envían continuamente

desde el buque al cual está aquella suspendida y que se descargan en lo interior de ella despues de haber dejado escapar el que ha servido ya para la respiracion.

La campana tal como acabamos de describirla ofrece graves inconvenientes y no pequeños peligros. Su ascenso y descenso depende enteramente de las personas que se hallan á la superficie del agua, y como aun dentro del mar tiene este aparato un peso muy considerable, no tan solo ocasiona mucho trabajo el sacarla del agua, sino que existe la posibilidad de que se rompa el cable que la sostiene, en cuyo caso perecerian inevitablemente los que se hallasen dentro de ella. Ademas como en el fondo del mar hay rocas cuya figura y exacta posicion no pueden determinarse desde afuera, puede suceder que una punta de alguna de estas rocas enganchen el borde de la campana en su descenso, volcándola antes de que puedan los buzos avisar á los de arriba para que tiren el cable hácia sí, cuyo accidente tendria el mismo resultado que el anterior, como se ha verificado ya: siendo pues imposible conocer antes de examinarlo que especie de fondo tiene el mar en un punto cualquiera, es evidente que á no hallar un medio de evitar este último peligro, el descenso en la campana ofrece considerable riesgo. La campana que manifiesta la lámina colocada á la cabeza de este artículo, inventada por Spalding, ingeniero inglés, ha remediado estos inconvenientes.

ABCD representa el cuerpo de la campana construida de madera y suspendida por los ganchos de hierro *ee*, con las cuerdas QBF_e QAER_e y QS como se ve en el grabado: *cc* son otros ganchos de hierro de los cuales penden pesas de plomo que mantienen la boca de la campana paralela a la superficie del agua. No fueran estos pesos suficientes para que bajase la campana, por consecuencia hay otro, *L*, que puede alzarse ó bajarse á voluntad por medio de una cuerda y su polea *a*, quedando aquella sujeta á uno de los costados de la campana. Al descender el aparato, este peso cuelga á una distancia considerable debajo de él, y en el caso de que uno de los bordes de la campana se detenga sobre una roca, se deja inmediatamente caer el peso hasta el fondo del mar, por cuyo medio la campana, mas ligera ya que su volumen de agua, no continuará bajando, y cesa por consecuencia todo peligro de que vuelque. Por otro medio igualmente ingenioso ha conseguido Spalding que los buzos puedan hacer subir la campana, con todos los pesos anexos á ella, hasta la superficie del agua, y mantenerla á cualquier grado de profundidad, evitando así el peligro que pudiera ocasionar el romperse la cuerda que la sostiene. Con este objeto se divide la campana en dos cuerpos. Un poco mas arriba de la tabla divisoria FF, hay unas pequeñas aberturas por las cuales se introduce el agua á medida que baja la campana, desalojando el aire, que escapa por el orificio superior de la llave H. Hecho esto cierran los buzos la llave de modo que si entrase mas aire en la cavidad AEFB no podria ya escapar como antes. Cuando esta cavidad está llena de agua, la campana se hunde; pero por el contrario se eleva si se admite en ella una cantidad considerable de aire. Así cuando los buzos quieren subir el aparato, dan vuelta á la llave V por cuyo medio se abre una comunicacion entre los dos cuerpos de campana. La consecuencia es que una porcion del aire contenido en el inferior se introduce en el de arriba, y desaloja parte del agua que encierra, aligerando así la campana de todo el peso del agua extraida. Resulta de aqui que si una pequeña porcion de aire es admitida en la cavidad superior, la campana bajará muy despacio; si se introduce alguna mas, se mantendrá en un mismo punto sin subir ni bajar, y por último si se da entrada á mayor cantidad de aire, se elevará á flor de agua. N representa uno de los barriles de aire puro que

continuamente bajan de la superficie para renovar el de la campana, lo cual se verifica por medio del tubo elástico C que mantiene uno de los buzos á la altura P: O es el cordaje del barril; K y K son dos aberturas, con cristales muy fuertes que sirven de ventanas para admitir la luz que es tan clara en el fondo del mar, que en tiempo sereno se puede leer con comodidad. R es una válvula ó llave por la cual se da salida al aire inficionado. M es uno de los buzos que por medio de una campana pequeña colocada sobre los hombros puede separarse de la

grande cuando es necesario. Un tubo de cuero X anexo á ella, tiene el doble objeto de suplir aire nuevo y servir de guia cuando el operario quiera volver á incorporarse con sus compañeros.

Usase la campana de los buzos para recobrar mercancías perdidas en un naufragio como representa el grabado; para los trabajos submarinos en la construcción de puentes, faros, muelles y otras obras hidráulicas; para la pesca del coral, la perla y otras sustancias marinas, y en fin para una variedad de objetos de utilidad é interés.



EL ABATE DE L'ÉPÉE.

En el catálogo de los bienhechores de la humanidad, pocos merecen un lugar preferente al abate de l'Épée. Este hombre modesto y virtuoso consagró sus talentos, su fortuna, su vida entera á una empresa la mas filantrópica é interesante: la educación de los sordo-mudos. Admiramos el celo é intrepidez de los misioneros que se espatrian á regiones remotas, y arrostran la muerte por convertir algunos salvajes al cristianismo. En nuestro país, entre nosotros mismos existen miles de individuos privados de los consuelos de la religion, y tanto mas desgraciados cuanto que viven en medio de una sociedad civilizada sin disfrutar ninguna de sus ventajas! ¿No es pues tambien una mision generosa penetrar en el alma del sordo-mudo, revelarle su alto destino, y destruir la barrera que la privacion de un sentido ha levantado entre él y el resto de los hombres? El abate de l'Épée com-

prendió la importancia de esta mision, y ha sabido llenarla con un celo y perseverancia que reclaman la veneracion de la posteridad.

CARLOS MIGUEL DE L'ÉPÉE nació en Versailles el 25 de noviembre de 1712. Su padre, arquitecto del rey, disfrutaba de una mediana fortuna. Sencillo en sus costumbres y de una probidad severa, supo inspirar á sus hijos el amor á la virtud y la moderacion en sus deseos. El jóven de l'Épée adquirió temprano por el ejemplo doméstico, la dulzura de carácter, la humildad, y el anhelo de ser útil á sus semejantes que le distinguieron toda su vida. Su padre le destinaba al estudio de las ciencias, y en ellas hizo el jóven de l'Épée progresos rápidos; pero á la edad de diez y ocho años se sintió llamado al sacerdocio, y despues de haber obtenido, no sin dificultad, el consentimiento de sus padres, se entregó

al estudio de la teología con una asiduidad ejemplar, pero profesando al mismo tiempo una notable independencia de principios. Llegando el caso de recibir la primera iniciación al sacerdocio, le propusieron según costumbre que firmase un formulario cuyo tenor repugnaban sus convicciones religiosas; su mano rehusó hacer traición á su conciencia. Consintieron sin embargo en admitirle al estado eclesiástico, pero le fue negada la opción á las sagradas órdenes. Creyendo que sus humildes servicios al pie de los altares no eran suficientes á satisfacer su deuda hacia la sociedad, se aplicó al estudio de las leyes, y después de sufrir un examen riguroso fue recibido abogado en el parlamento de París. Pero no frecuentó por largo tiempo los estrados: era demasiado pronunciada su vocación, y el amor á la humanidad le impelia siempre á la enseñanza de las verdades religiosas y morales; no tardaron en realizarse los votos mas ardientes de su corazón. El obispo de Troyes, sobrino del célebre Bosuet, prelado tan distinguido por su virtud como por su tolerancia, acogió al jóven de l' Epée, y después de conferirle los órdenes sagrados le confió un modesto canonicato en su diócesis. En el ejercicio de su santo ministerio supo de l' Epée asociar á los principios austeros las virtudes mas dulces, y su vida pastoral fue digna de la de Fenelon. Por entonces, y cuando solo contaba veinte y seis años dió una prueba notable de humildad, rehusando una mitra que le ofreció el cardenal Fleuri, en reconocimiento de un servicio personal que habia hecho al prelado el padre del joven abate.

Después de la muerte de Bosuet volvió el abate de l' Epée á París donde tuvo que someterse á nuevas pruebas. Su tolerancia y despreocupacion le acarrearón la enemistad y censuras del arzobispo de París que le retiró sus licencias.

Mientras que la intolerancia suscitaba mil contrariedades al abate de l' Epée, este hombre virtuoso respetaba todas las creencias. Un protestante Mr. Ulrich vino de Suiza para aprender en su escuela el arte de instruir á los sordo-mudos. Fue bien recibido, y muy luego sus corazones dignos el uno del otro se ligaron en estrechísima amistad. De l' Epée consideraba á todos los hombres como sus hermanos, y en sus últimos años formaba sinceros votos en favor de la reintegración de los israelitas en la sociedad comun. Esta tolerancia, esta fraternidad universal, este amor al bien, daban á su fisonomía una espresion de dulzura y de bondad que sin conocerle prevenia en su favor.

Hasta aquí hemos visto en el abate de l' Epée al hombre virtuoso y modesto, al sacerdote celoso y tolerante; ahora vá á revelarse el hombre de genio.

En el abate de l' Epée el amor á la humanidad era una pasión; la casualidad le proporcionó los medios de entregarse esclusivamente á esta propension generosa. He aquí como explica él mismo la causa que le indujo á consagrarse á la educacion de los sordo-mudos. «El padre Vauvin sacerdote respetable habia empezado la educacion de dos hermanas gemelas sordo-mudas de nacimiento. A la muerte de este virtuoso ministro se hallaron las pobres niñas sin socorro alguno, no habiendo querido nadie comprometerse á continuar ó volver á emprender esta tarea. Persuadido de que estas dos criaturas vivirian y moririan en la ignorancia, y privadas del conocimiento de su religion si yo no procuraba enseñarlas, me compadecí de su situacion y mandé que me las trageran, proponiéndome hacer cuanto estuviese de mi parte.» Qué sencillez tan interesante unida á la caridad mas pura!

Otros, antes que el abate de l' Epée, habian hecho algunos ensayos para la instruccion de sordo-mudos. Pedro Ponce y Juan Bonet en España, Wallis y Burnet en Inglaterra, Manuel Ramirez en Cortona; Pedro de Cas-

tro en Mantua; Conrado Amman en Holanda: Van-Helmont en Alemania; Pereire y Ernaud en Francia, habian instruido algunos sordo-mudos aislados, pero todos estos institutores fueron guiados por el principio de que para cultivar la inteligencia de estos desgraciados es necesario enseñarles á hablar, y sus esfuerzos limitándose á los beneficios de una educacion individual no produjeron ningun resultado general para la humanidad. Cuando el abate de l' Epée concibió su generoso proyecto, ignoraba las tentativas de sus predecesores, y aun cuando hubiesen llegado á su noticia no dejaria por eso de ser el inventor del arte de instruir á los sordo-mudos, respecto á que fue el primero que lo fundó sobre su verdadera base, imprimiendo á esta empresa el carácter de un beneficio general para una clase numerosa de la sociedad.

Los sordo-mudos estan dotados de las mismas facultades intelectuales que los demas niños que disfrutan del uso completo de sus sentidos, pero necesitan ocasiones para desenvolverlas; la privacion del oido haciendo menos frecuentes estas ocasiones para el sordo-mudo, puede retardar el desarrollo, pero no puede impedirlo enteramente. Las escenas variadas de la naturaleza son tambien un idioma, y para comprenderlo no necesita el sordo-mudo del auxilio de nuestras lenguas convencionales. Esta primera cultura por medio de los hechos, es mas estensa de lo que aparece á primera vista. Bien pronto esperimenta el sordo-mudo la necesidad de entrar en comunicacion con las personas que le rodean, y las cosas que fueron su primer institutor vienen tambien á ser los primeros signos de sus ideas. Sin duda alguna este lenguaje del sordo-mudo aislado, es tan limitado como el círculo de sus ideas; pero se aumenta considerablemente cuando se reunen en sociedad varios de estos desgraciados. Entonces cada uno contribuye con su contingente á la masa comun; nuevas relaciones, nuevas necesidades hacen nacer ideas y sensaciones nuevas, y los signos siguen siempre el progreso de la inteligencia.

El abate de l' Epée comprendió todo el fruto que podia sacarse del lenguaje mimico para la educacion de los sordo-mudos, se valió de este lenguaje, lo estendió, lo perfeccionó, y constituyéndolo sobre el modelo de nuestros idiomas convencionales, lo hizo servir al cultivo intelectual de sus alumnos, y á la interpretacion de las palabras. Si en la formacion de esta lengua de *signos metódicos*, se le han escapado algunas imperfecciones, no olvidemos la inmensidad de la obra que habia emprendido; se trataba nada menos que de hacer por medio de signos lo que una larga serie de generaciones ha llegado á hacer con las lenguas artificiales.

Mientras el abate de l' Epée se entregaba con asiduidad á la creacion de su método y la instruccion de sus alumnos, tuvo que combatir las preocupaciones que existian entouces respecto al estado intelectual del sordo-mudo, preocupaciones sostenidas por algunos teólogos y filósofos. Animado de un celo extraordinario por el buen éxito de su obra, presentó algunos de sus alumnos á exámenes públicos á los cuales concurrieron personas distinguidas, sabios de todos los países, principes; y muy luego las prevenciones malignas se trocaron en bien merecida admiracion. Tuvo tambien que combatir la oposicion violenta de algunos institutores de sordo-mudos, y en sus controversias con ellos desplegó el abate de l' Epée toda la franqueza de su carácter.

El abate de l' Epée ha publicado varios escritos, que contienen la esposicion de su método y la polémica que tuvo que sostener con sus adversarios. Inventor de un arte tan útil á la humanidad, fue ademas su mas celoso promotor. No se limitaba su solicitud á los sordo-mudos de su propio país, sino que se constituyó en apóstol de sus compañeros de infortunio en otros países. Con este

objeto aprendió varios idiomas extranjeros; «ójala», dice, «que estas diferentes naciones se convengan de las ventajas que les proporcionaría el establecimiento de una escuela para la instrucción de sordo-mudos! Les he ofrecido y les ofrezco aun mis servicios, pero siempre con la condición de que no olviden que yo no espero ni admitiré recompensa alguna de cualquier género que sea.»

El emperador de Alemania José II durante su permanencia en París, asistió á las lecciones del abate de l'Epée. Lleno de admiración le ofreció una abadía en sus estados: «Soy ya anciano» respondió l'Epée, «si vuestra magestad desea favorecer á los sordo-mudos, no deben recaer vuestros beneficios sobre mi persona ya próxima al sepulcro, sino sobre la obra misma.» El emperador adoptó la idea del abate de l'Epée, y le envió al abate Storek, quien despues de recibir sus lecciones, volvió á su patria para fundar la institucion de sordo-mudos de Viena.

En 1780 el embajador de Rusia vino á felicitar al abate de l'Epée de parte de Catalina II, ofreciéndole ricos presentes: «Señor embajador,» respondió el abate, decid á S. M. que no le pido por todo favor, sino que me envíe un sordo-mudo á quien instruiré.»

Aspiraba este hombre generoso á tener sucesores que propagasen y continuasen su obra, y estos deseos se cumplieron en parte. Un ercrido número de institutores se formaron á su lado, y fundaron despues escuelas en diferentes países. Entre sus discípulos se distinguen los Sres. Angulo y Alea españoles, el abate Storck de Viena, el abate Silvestri de Roma, el abate Sicard en Francia, Mr. Vlich de Suiza, Dole y Guyot en Holanda.

Treinta sordo-mudos recibían instrucción gratuita del abate de l'Epée que los mantenía además á sus espensas. Este hombre benéfico era á la vez institutor y padre de sus discípulos; limitado á una renta de doce mil libras (sobre cincuenta mil rs.) se imponía á sí mismo privaciones para que no las experimentasen sus hijos adoptivos. Durante el rigoroso invierno de 1788, este anciano venerable pasaba sin fuego para calentarse, por no aumentar su gasto personal. Sus discípulos le obligaron á proveerse de leña, y solía decirles con frecuencia; «amigos míos, os he robado cien escudos.»

Mucho tiempo transcurrió antes que el abate de l'Epée consiguiese del gobierno la protección que merecía su obra filantrópica, y ya la influencia de su ejemplo había promovido el establecimiento de varias instituciones en otros países, mientras la suya se mantenía aun con sus propios recursos. Sin embargo, algun tiempo antes de su muerte, obtuvo por fin del rey Luis XVI una asignación para su escuela, y recibió la dulce seguridad de que su obra no perecería con él.

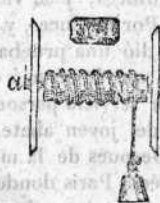
El abate de l'Epée murió á la edad de 77 años en 1789 el día 23 de diciembre. Pronunció su oración fúnebre el abate Fauchet, predicador ordinario del rey, en presencia de una diputación de la asamblea nacional. Las leyes de 21 y 29 de julio de 1791 coronaron los esfuerzos del padre de los sordo-mudos fundando la institución de París. En 1817 la real sociedad académica de las ciencias le pagó un justísimo tributo de admiración, ofreciendo un premio á su mejor panegirista; obtúvolo Mr. Bélian, hoy director de la institución de sordo-mudos de Rouen.

Se erigen estatuas á hombres que no han vivido mas que para su propia gloria, y se olvida con harta frecuencia al ser modesto que solo vivió para los demás. ¿Será acaso porque el recuerdo de los primeros necesita un monumento para perpetuarse, mientras que los beneficios que nos legó el hombre útil bastan para consagrar su memoria? El nombre del abate de l'Epée vivirá tanto como su obra. Todas las instituciones de sordo-mudos le

deben su existencia, y son otros tantos monumentos que le recomiendan á la posteridad.

MECANISMO DEL RELOJ.

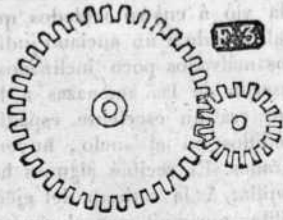
En pocas casas deja ya de haber un reloj de pared. Este mueble utilísimo que solo la costumbre de verlo todos los dias puede hacernos mirar con indiferencia, forma una parte esencial del ajuar de una familia aun de las menos acomodadas. Consúltalo la hacendosa ama de llaves que lo apellida el *arreglo de la casa*; consúltalo el oficinista á quien tal vez dirige una muda reconvenccion por su descuido; consúltalo el militar, el comerciante, el abogado, el literato; todos reconocen sus ventajas, todos anhelan su posesion, y sin embargo pocos tienen la curiosidad de examinar su mecanismo, y descubrir el medio ingenioso por el cual supo el hábil artífice dar vida al parecer, á un objeto inanimado.

El mecanismo de un reloj parece á primera vista muy complicado, cuando en realidad la parte que sirve solo para señalar la hora, es sumamente sencilla. Supongamos un eje ó rodillo (fig. 1) que jire libremente sobre dos espigones. Si devanamos sobre él una cuerda, y en el extremo de esta colocamos un peso, es evidente que el rodillo jirará hasta que el peso llegue al suelo ó se haya acabado la cuerda. No hay mas que hacer sino evitar que dé vueltas con demasiada rapidez y hallar el medio de indicar el número de revoluciones, y estará completo el reloj. Una vez conseguida la necesaria velocidad, es claro que se obtendrá el segundo objeto con solo adoptar al rodillo una manecilla (a) y una esfera. , por ejemplo, el rodillo da una vuelta en doce horas, y la esfera sobre la cual jira la manecilla se halla dividida en 12 partes, señalará esta al atravesar una de las divisiones, que ha transcurrido una hora: divisiones menores aun, harán que indique la manecilla espacios de tiempo menores tambien.

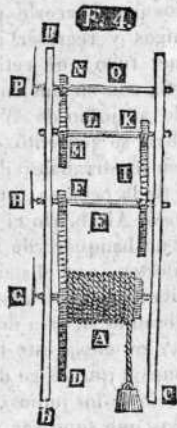
Pasaremos ahora á demostrar de que modo se consigue que el cilindro jire con la velocidad que se requiere. Si se colocan en contacto dos ruedas del mismo tamaño como en la fig. 2, y la una da vueltas, es evidente que la otra jirará tambien con igual velocidad pero en direccion opuesta. Si una de las ruedas es de doble tamaño que la otra (como en b), la menor dará dos vueltas mientras la grande verificará solo una. Porque siendo la mitad de la circunferencia de esta igual á la circunferencia entera de la otra, cada mitad hará jirar por entero la rueda menor. Si tienen las ruedas entre sí distinta proporcion los efectos serán análogos, y la mas pequeña dará tantas mas vueltas que la grande, cuantas veces sea menor que ella. Ahora bien; aunque esto se verificará siempre que las ruedas jiren libremente, deja de ser así cuando la que comunica el movimiento, tiene, como sucede en todos los relojes, una tendencia á jirar con mayor velocidad de la que se permita á la otra. Si es verdad que la aspereza de los bordes obligará al principio á la rueda grande á jirar despacio, el roce las alisará con el tiempo, y por fin dará esta



vueltas por sí solo sin comunicar movimiento á la otra. Para remediar esto se hacen ambas ruedas dentadas, entrando los dientes de la una en los espacios de los de la otra, de modo que no puede jirar cualquiera de ellas sin que haga otro tanto su compañera (fig. 3).



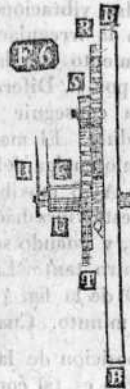
Para hacer aplicacion de esto á nuestro primer rodillo representado en A (fig. 4), supongamos que se requiere de este una vuelta en doce horas. Lo suspenderemos entre dos planchas de metal BB y CC, y fijaremos sobre él una rueda D con 72 dientes, de tal modo que no pueda jirar el rodillo sin ella. Ahora colocaremos del mismo modo otro rodillo E á tal distancia que una pequeña rueda F fijada sobre él, que tenga seis dientes, pueda estar en contacto con la rueda D y jirar con ella. Como el número setenta y dos contiene doce veces al seis, es claro que la rueda pequeña llamada técnicamente piñon, dará doce vueltas mientras la mayor solo una, porque cada duodécima parte de esta hará jirar el todo de aquella. El rodillo E dará pues una vuelta en cada hora. Ahora supongamos una manecilla colocada en cada cilindro ó rodillo como hicimos en la fig. 1. La manecilla G sujeta al rodillo A señalará las horas, y la H los minutos, siempre que las respectivas esferas esten divididas en 12 horas y 60 minutos. El mismo procedimiento llevado mas adelante, nos dará una manecilla que jire una vez en un minuto; mas como hay sesenta minutos en una hora, y fuera muy incómodo tener en el mismo reloj una rueda sesenta veces mayor que la otra, se obtiene este efecto por una doble combinacion de ruedas. Fijase la rueda I (fig. 4) que tiene 64 dientes en el rodillo E: esta rueda jira, como el horario, una vez en cada hora, en cuyo tiempo hace dar ocho vueltas al piñon K, ó sea una vez cada siete minutos y medio. El piñon K está fijo á un rodillo L que no tiene manecilla, pero sobre el cual



hay otra rueda M de 60 dientes, la cual mueve otro piñon N con 8 dientes sujeto al rodillo N, que tiene su manecilla P. Este último piñon da siete vueltas y media mientras la rueda M da una; es así que esta lo verifica en siete minutos y medio, luego el piñon N hará jirar la manecilla P una vez en cada minuto y señalará por consiguiente los segundos. Aquí pues tenemos un reloj completo con tres manecillas (fig. 5) una que señala las horas, otra los minutos y otra los segundos: muy imperfecto ciertamente, pues el horario jira en una direccion, y las otras dos manecillas en la



opuesta. Para obviar este defecto se colocan dos ruedas á la parte exterior de la plancha de metal BB de la fig. 4 (fig. 6) llamadas técnicamente ruedas de movimiento, por medio de las cuales se obtiene tambien el movimiento del horario y minuterio sobre el mismo centro. En este caso no lleva manecilla el rodillo A (fig. 4). Se fija sobre la prolongacion del rodillo E una rueda pequeña Q con 8 dientes; esta rueda verifica por supuesto una revolucion en una hora, y hace jirar la rueda R de 32 dientes una vez cada cuatro horas. Muévase esta sobre un espigón sujeto á la plancha de metal sin conexión alguna con lo interior. Un piñon de 8 dientes, S, va unido á la misma rueda y hace jirar á otra, de 24 dientes, T, una vez en doce horas. Esta rueda T da vueltas en la misma direccion que el rodillo E, pues Q hace jirar á R en sentido contrario, y S invierte este movimiento al mover á T. El cilindro U con el honorario fijo sobre él está sujeto á la rueda T, pasando por su centro el rodillo E sobre el cual está asegurado el minuterio.



Estas ruedas de movimiento hacen inútiles el preservar una exacta proporcion entre las ruedas D y F, pues el cilindro A, bien efectúe su revolucion en 24 horas ó en cualquier otro tiempo, nada indica en la esfera del reloj. En realidad el número de dientes que han de tener las ruedas puede sufrir y sufre con frecuencia alteraciones; basta solo cuidar de que exista entre ellas tal proporcion que el rodillo O dé sesenta vueltas mientras E da una, y que este jire 12 veces, en tanto que el cilindro C verifica una revolucion.

Nada queda ya que hacer sino regular el reloj; esto es fijar algún mecanismo por medio del cual el horario E dé una vuelta en 12 horas, y el minuterio H otra en una hora; pues por lo que hemos visto hasta ahora, tan luego como se diese cuerda al reloj, empezarian á jirar las ruedas con un aumento de velocidad progresivo, y en pocos segundos llegaría la pesa al suelo. Es bien conocido que el valor de un reloj depende principalmente del mecanismo que regulariza su movimiento. La mayor perfeccion y delicadeza en el trabajo de las demas piezas que lo componen, no compensan el menor defecto en esta parte; por la inversa, un reloj menos bien concluido puede ofrecer bastante exactitud si tiene un buen regulador.

Se ignora aun como se consiguió esto en los relojes antiguos. Probablemente se valieron de una rueda de aspas adoptada á una parte de la máquina, y á la cual no permitia la resistencia del aire moverse con demasiada rapidez; ó tal vez la fuerza locomotriz era el agua, que cayendo sobre una pequeña rueda semejante al rodetazo de un molino, la sujetaria á cierta regularidad en el movimiento; pero en ninguno de los dos casos podia contarse con la exactitud, ni llegó á obtenerse hasta la aplicacion del péndulo á los relojes. El descubrimiento del *isocronismo* ó vibracion uniforme del péndulo, fue descubierto por el célebre Galileo que á principios del siglo 17 demostró que sus vibraciones se ejecutaban en espacios iguales de tiempo, siempre que el impulso no fuese violento. Penetrado del valor de esta igualdad, hizo con su ayuda varias de sus observaciones astronómicas empleando personas que contasen el número de vibraciones. Fueron tan correctos los resultados obtenidos por este método, que se creyó, y aun lo sostienen algunos, que Galileo fue el inventor

de los relojes de péndulo, pues parecia imposible obtener tal exactitud sin su auxilio. Es sin embargo generalmente admitido que el péndulo fue por primera vez adaptado á los relojes en 1657 por Huygens, á quien sin duda alguna debieron servir de mucho las observaciones de Galileo, y que conoció la dificultad é incertidumbre de contar las vibraciones del péndulo por mucho tiempo, asi como la irregularidad que ocasionaba el haber de dar el movimiento con la mano cada vez que daba indicio de pararse por sí. Diferentes métodos se han puesto en practica para conseguir la regularidad del reloj por medio del péndulo. El mas usual se manifiesta en la fig. 7. El péndulo cuelga del punto C, al cual está fija el áncora de acero ACB movable con el péndulo de tal modo que cuando este vibra hácia la derecha, la paleta A toca á la rueda D, y cuando se mueve hácia la izquierda, la paleta B hace otro tanto. La rueda es dentada, y está fija en el rodillo O de la fig. 4, de modo que da una vuelta entera en cada minuto. Cuando el reloj está parado (sin cuer-



da) la posición de la rueda y áncora es tal como se ve en el grabado: tan luego como sube la pesa, la rueda empieza á jirar hácia la izquierda en la dirección de la flecha, y el diente señalado con el número 1 empuja la paleta A, como si quisiera obligar al péndulo á vibrar hácia la izquierda, mas como este es por lo regular largo y pesado, es preciso ayudarle ademas con la mano la primera vez. Asi que el péndulo se separa de la perpendicular lo suficiente para dejar que el diente 1 pase de la paleta A, el diente 9 pega contra la paleta B que se ha adelantado por el primer movimiento. El péndulo vuelve ahora por su propio peso, y se eleva hácia la derecha otro tanto como subió hácia la izquierda, por cuyo medio el diente 9 escapa de la paleta B y el 2 hiere contra la paleta A. Este movimiento alternado de herir y escapar (de donde toma esta parte de la máquina el nombre de *escape*) mantiene al péndulo en constante vibración, y el reloj anda con regularidad.

El poco empuje producido por la rueda D parece insuficiente á mantener en movimiento una barra de metal con un peso anexo á ella; pero debe tenerse presente que un péndulo bien suspendido continua vibrando por un espacio de tiempo bastante considerable, difiriendo cada vibración de la anterior en una parte imperceptible á los sentidos; por consecuencia una fuerza muy pequeña basta para compensar esta diferencia.

El mecanismo de la campana que repite las horas no es mas complejo que el que acabamos de explicar; pero componiéndose de partes que no estan en acción continua, y que cuando lo estan ejecutan movimientos instantáneos y al parecer irregulares, no puede observarse su operación con tanta facilidad. Esta parte formará el asunto de un artículo en otro número.

EL JUDIO DE WILNA.

Durante la invasión de los franceses en Rusia, un coro-

nel que se paseaba por los arrabales de Wilna oyó gritar y pedir socorro desde una casa inmediata. Al entrar en ella vió á cuatro soldados que la estaban saqueando, y maltratando á un anciano judío y á una joven hija suya. Los malvados poco inclinados á desistir de su empresa, pasaron de las amenazas á los golpes; pero el coronel que era un excelente espadista, dejó á dos de ellos tendidos en el suelo, huyendo los otros bastante mal parados. El recibió algunas heridas y una bala raspó su mejilla. A la retirada del ejército francés, el desgraciado militar oprimido por el cansancio, necesidad y males físicos, buscó la morada del judío que apenas pudo reconocerle por lo alteradas que estaban sus facciones. Proveyó el israelita de cuanto podia necesitar, y aun halló medios para hacerle pasar por el centro de los ejércitos enemigos y regresar á Francia. Al tiempo de la paz el coronel tuvo que retirarse con una módica pensión que repartía con su anciana madre y una hermana. Había olvidado al judío de Wilna, cuando un día á fines del año de 1816 se presentó un hombre en su humilde habitación en los arrabales de París, y cerciorándose de la identidad de la persona, puso en sus manos un paquete y desapareció. Al abrirlo el coronel, halló tres letras de cambio sobre un banquero de París por la cantidad de 25,000 pesos fuertes, con el siguiente billete. « Aquel cuya hija habeis libertado del tratamiento mas cruel, y cuya vida salvasteis librando su casa del pillage con riesgo de vuestra existencia, os envia este testimonio de su gratitud. La única retribucion que exige de vos es, que si oyéis hablar con desprecio de los judíos, asegureis que vos conocisteis á uno de ellos que supo ser agradecido. » El anciano murió en Viena. Su hija, heredera de una fortuna inmensa, parte de la cual se hallaba en los fondos franceses, visitó á París poco despues. Era natural que desease ver al valiente que la habia librado del oprobio, y con no pequeña emocion halló él á su joven protegida, ya una mujer hermosa, y tan agradecida como bella. De protector se transformó en amante y ella consintió en ser esposa. Con su mano recibió mas de 500,000 duros.

COINCIDENCIA EXTRAORDINARIA

EN LA VIDA DE DOS CASADOS.

Un papel público del año de 1777 trae los siguientes pormenores extractados de una carta de Lanark. « El anciano Guillermo Duglas y su mnger han muerto últimamente: ya sabeis que ambos nacieron en el mismo día, á la misma hora y asistidos por el mismo comadron: bautizados al mismo tiempo y en la misma iglesia. Fueron constantes compañeros, hasta que la naturaleza les inspiró amor y amistad. A la edad de 19 años se casaron con el consentimiento de sus padres en la misma iglesia donde habian sido bautizados. No son estas las solas circunstancias que hacen celebrar esta extraordinaria pareja. No conocieron un solo día de enfermedad hasta la víspera de su muerte, que se verificó en ambos, el día que cumplían cien años. Murieron en la misma cama, y fueron colocados en el mismo sepulcro junto á la pila donde recibieron el bautismo. No tuvieron hijos. »

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA. 1840.



LOS ÁRABES BEDUINOS.

En los desiertos de la Arabia, al norte de Africa, existen tribus nómades que viven en tiendas de campaña, fijando su habitacion provisional en aquellos parages que ofrecen alguna hierba y un poco de agua para sus ganados. Son los beduinos, cuyo nombre significa no un pueblo ni una raza, sino simplemente *habitantes del desierto*.

Estos árabes desprecian los hábitos y ocupaciones de los pueblos civilizados, miran á los habitantes de las ciudades y casas con absoluto desprecio, y cuando por alguna circunstancia particular se ven ellos mismos obligados á permanecer temporalmente en una poblacion, manifiestan la mayor impaciencia por volver al desierto y á sus habitaciones aisladas. El robo es en ellos una profesion á la cual no asocian la menor idea de criminalidad. Si se les reconviene por sus hábitos vejatorios, alegan en su apoyo no la necesidad sino el derecho que creen poseer. Son los dueños del desierto, dicen, que fue adjudicado á su padre Ismael como su único patrimonio, y si los forasteros que ningun derecho tienen á él quieren atravesarlo, deben pagar por esta concesion, considerándose ellos con derecho esclusivo á reclamar este tributo de aquellos á quienes fueron concedidas otras ventajas. De aquí los continuos robos y exacciones á que estan sujetas las caravanas que cruzan el desierto: pocas veces se apoderan los árabes del todo de ellas; la mayor parte de las mercancías de mas valor les son inútiles, y se contentan con apropiarse las prendas de vestir, comestibles, armas y adornos para sus caballos, exigiendo ademas una contribucion pecuniaria que ha de recojerse entre todos los pasajeros, por via de rescate de sus personas y del res-

to de las mercancías. Esta exaccion suele á veces ser muy considerable, sin embargo en aquellos puntos generalmente frecuentados por las caravanas, son los beduinos menos exigentes por no intimidar á los traginantes y viajeros, induciéndoles á renunciar á su jornada ó verificarla por otro camino, pues por esperiencia saben ellos que valen mas muchos pocos que pocos muchos. Con todo son tales los excesos y violencias que suelen á veces cometer, que los caminos mas importantes dejan de ser frecuentados por años enteros.

Quien dice beduino dice ladrón: el robo hace parte integrante de su existencia, es un oficio que tiene sus ganancias, una ocupacion caballeresca llena de aventuras picantes; un juego variado de riesgos é incidentes; una necesidad de su imaginacion romántica, un alimento de su curiosidad ávida de emociones repentinias; y en fin, un principio de conducta que tiene sus reglas y leyes estrictas, y cuya práctica consideran como un honor, una virtud.

Quando un beduino quiere ir en busca de aventuras, se asocia con una docena de amigos, y todos se cubren de andrajos para disimular su rango y evitar el desembolso de un rescate considerable en el caso de ser aprehendidos. Pero este ardid es ya conocido, y capturado el ladrón, la primera diligencia es procurar descubrir su verdadera condicion y fortuna, á fin de exigir una cantidad proporcionada por su libertad.

Salen pues á campaña nuestros doce ladrones, provistos cada uno de un poco de harina, sal, y una calabaza llena de agua; con tan escasas vituallas se alejan á ve-

ces seis y ocho jornadas de su campamento. Llegando al anochecer cerca de la tribu cuyas riquezas quieren apropiarse, se destacan tres de los mas osados y activos, y se encaminan hacia las tiendas á donde llegan á media noche. Todo es silencio y va á abrirse la escena, cada uno de los tres actores tiene su parte que desempeñar, y toma desde luego el nombre que á ella corresponde. Uno de ellos, el *mostambeh*, se escurre detras de una tienda procurando llamar la atencion de los perros que guardan el campamento; atacado por estos buye llevandoselos tras de sí á una distancia considerable. Aparece entonces el segundo actor; es el *hharami*: corta las cuerdas con que estan ligadas las piernas de los camellos y los hace levantarse. Un camello descargado puede ponerse en pie, y marchar sin ocasionar el menor ruido. El *hharami* se lleva uno de estos animales fuera del campo, y los demas le siguen por sí mismos. Durante esta operacion, el otro aventurero, el *Kaide*, se mantiene á la puerta de la tienda con una enorme maza en la mano, dispuesto á derribar al primero que intente salir: despues de consumado el robo, se reune con su compañero: á cierta distancia del campo cada uno de ellos ase fuertemente la cola de un camello y la tira con violencia, con lo cual el animal toma el galope arrastrando tras de sí al árabe, y siguiéndoles los demas al mismo paso llegan al sitio donde espera el resto de la pandilla. Se apresuran entonces á prestar socorro al *mostambeh*, que acosado de los perros generalmente lo ha menester, y dan la vuelta hacia su campamento á marchas forzadas de dia y de noche. Es una jugada excelente para el dueño de los camellos que al despertar se encuentra despojado de su propiedad, sin que su reposo haya sido interrumpido en lo mas mínimo. Los ladrones le han tratado con consideracion.

Si por desgracia es cogido alguno de los compañeros, se le somete á un tratamiento muy singular, y que prueba la existencia de cierta ley convencional que sirve para proteger á las naciones contra ellas mismas, y evitar la destruccion que debiera ser el resultado de sus hábitos anti-sociales. Por una costumbre invariable del desierto, si el hombre que se halla en peligro bajo el poder de un árabe, consigue tocar á otra persona ó algun objeto inanimado que tenga esta en la mano; ó si tiene bastante destreza para ponerse indirectamente en contacto con ella, bien sea tirándole una piedra ó lanzando un esputo, y al mismo tiempo esclama *soy tu protegido!* puede considerarse desde aquel momento en seguridad. La pertona tocada tiene obligacion de concederle la proteccion que solicita.

Es facil concebir que el prisionero será tanto mas vigilado, cuanto que su captor tiene un verdadero interes en privarle de las ventajas de esta ley conservadora. Sostiénese entre ambos una perpétua lucha de ardides y sutileza. Cada mañana el árabe vencedor se esfuerza en obtener de su cautivo una renuncia tácita de este derecho de proteccion. Si no bastan las persuasiones suele recurrir á los golpes; mas como esta renuncia no es válida pasado el dia en que se hace, es preciso todas las mañanas repetir esta escena, que suele reproducirse cada vez que entra un nuevo individuo en la tienda.

Debiendo el árabe guardar á su prisionero en la misma tienda que él habita, tiene que observar precauciones extraordinarias para evitar los efectos del derecho de proteccion. A este fin abre un hoyo de dos pies de profundidad, y mete en él al ladron atado de pies y manos con el cabello anudado á unas estacas clavadas á derecha é izquierda. Algunos palos sujetos con pesados fardos y colocados al través sobre el hoyo, cierran en parte esta especie de sepultura, dejando apenas visible al pobre diablo enjaulado que para colmo de desdichas no recibe mas

alimento que el absolutamente preciso para sostener la existencia.

A pesar de este duro tratamiento hay beduinos á quienes se les ha visto perseverar por mas de seis meses en ocultar su nombre, particularmente si pertenecen á una familia opulenta. Rara vez deja de agotarse la paciencia del poseedor á quien causa incomodidad la continua vigilancia que tiene que ejercer sobre su prisionero, así, por ejemplo, si uno de sus hijos, aun el mas jóven, se acercase al paciente y le diese un pedazo de su pan, la libertad del ladron deberia inmediatamente seguirse á este acto de beneficencia. Aun hay mas; es preciso guardarse de los esputos; aunque el cautivo tiene la cabeza fija por los nudos de sus cabellos, es muy diestro en lanzar la saliva á larga distancia al través de las barras de su jaula y dirigirla con acierto á un objeto determinado. Ademas los padecimientos de este duro cautiverio no tardan en poner en peligro la existencia del individuo que los sufre, y segun las creencias de los árabes, la sangre del hombre que sucumbe de este modo recae sobre la cabeza de su opresor. Desgraciadamente esta creencia existe solo en el desierto!...

Durante el tiempo de la cautividad del beduino, sus amigos emplean cuantos medios estan á su alcance para proporcionarle la libertad. Fuerza, sutileza, ardides, súpplicas, amenazas, todo se pone en juego, y en esta lucha despliegan los árabes una habilidad estremada y una riqueza inaudita de invenciones agudas é ingeniosas. Uno de los ardides mas frecuentes es el siguiente. Una mujer, madre ó hermana del cautivo, llega como por casualidad al campamento, manifiesta haberse extraviado y solicita hospitalidad. Es esta una virtud conservadora entre los pueblos que apenas conocen otra. Despues de haber descubierto la tienda en que se encuentra su hijo, se introduce en ella con cualquier pretexto, ó penetra durante la noche con un ovillo de hilo. Coloca el extremo de la hebra en la boca del prisionero y sale deshaciendo el ovillo hasta llegar á una tienda inmediata; llama, sale el dueño, y el otro extremo del hilo aplicado sobre su pecho le pone en contacto con el cautivo: "*aquel prisionero se halla bajo tu proteccion,*" esclama la mujer. Inmediatamente parte el árabe á cumplir con su deber: busca á su vecino, el cual, en virtud de su reclamacion, saca al infeliz de su nicho, le sirve una abundante comida y le pone luego en libertad.

LA RESOLUCION.

Hace algunos años tuve ocasion de hacer un viaje á Holanda con el objeto de arreglar asuntos mercantiles en los cuales me hallaba interesado. Pasando por Amsterdam, ciudad notable por la integridad y opulencia de sus comerciantes, me presenté á uno de los principales, llamado Myneer Odelman, para el cual llevaba cartas de recomendacion. No me detendré en describir los obsequios que le debí; el tren de su casa era realmente magnífico, y su hospitalidad ilimitada. En mis frecuentes visitas tanto al escritorio como al despacho privado de Odelman, reparé en un jóven francés, conocido solo por el nombre de Sebastian, de fisonomía agradable y modales nada comunes. En vano Odelman su principal le trataba como á un amigo é igual suyo; Sebastian con modesta dignidad guardaba siempre una distancia respetuosa.

Escitada mi curiosidad, procuré varias veces averiguar el motivo que le inducia á residir en Holanda, pero su respuesta se limitaba siempre á decir que sus desgracias eran la causa, guardando luego un silencio que indicaba su repugnancia á entrar en mas esplicaciones. Pasábamos juntos sin embargo todo el tiempo de que sus

ocupaciones le permitian disponer, y con una complacencia que mi curiosidad pudo algunas veces cansar, pero que nunca se agotaba, me proporcionó el conocimiento de cuanto había notable en Holanda: puedo asegurar con verdad que empezó este joven á inspirarme un verdadero interés: se lo dije así á Odelman manifestándole creía deber atribuir las atenciones y anhelo de Sebastian en complacerme á la recomendación de su principal. "No por cierto," respondió, "pero V. es francés y él idolatra á su patria; es un conjunto de cualidades estimables; sensatez, fidelidad, infatigable aplicación, inteligencia en los negocios, viveza en penetrar, exactitud metódica y sobre todo una invariable economía; veo que también conoce el valor del dinero."

La última parte de esta apología confieso no fue precisamente lo que mas me agradó, pero creyendo necesario hallar para ella una disculpa, observé era perdonable la avaricia en los desgraciados: "¡avaricia! repuso el Holandés, no es ese su defecto; ningún afán tiene por el dinero, y estoy seguro que jamás codició la fortuna de otro; únicamente cuida de lo suyo, que en realidad no es mucho; pero lo mas extraño es el secreto que guarda, aun para conmigo, del uso que hace de sus ahorros."

Antes de mi salida de Holanda logré conocer algo mas á este joven singular y virtuoso: "amigo mío, le dije al despedirme, me vuelvo á París, ¿será preciso que renuncie al placer de verle á V. útil en aquel punto? Le he proporcionado á V. el de favorecerme cuantas veces ha querido, justo será que yo reclame ahora la ocasión de corresponder á sus finezas." "No, Señor," respondió, "no rehúso las ofertas que V. me hace, y en cambio del pequeño servicio que dice deberme, le haré hoy mismo un encargo de la mayor importancia para mí; debo observar," añadió, "que lo que voy á comunicar á V. es un secreto, pero nada recelo sobre este punto; el nombre de V. es una garantía mas que suficiente." Desde luego le prometí ser discreto, y aquella misma noche vino á mi casa con una cagita llena de oro que me presentó.

"Hé aquí," me dijo, "cuatrocientos lises, fruto de tres años de economía, y un papel firmado por mí que indica el uso que debe hacerse de esta suma;" la firma era, *Sebastian Salbary*, pero cuál fue mi sorpresa al ver que aquel dinero era destinado únicamente á objetos de puro lujo!... Dos mil francos á un joyero, igual cantidad á un mercader de muebles, cien lises á la modista, otro tanto á la encajera, y el resto á un perfumista.

"V. está sorprendido," me dijo, "pero aun hay mas; he remitido ya trescientos lises por iguales fraserías, y aun tengo mucho que pagar antes que todo esté satisfecho. Sabed, Señor, que soy un hombre desconceptuado en mi patria, y que me hallo aquí trabajando para lavar una mancha que yo mismo he echado sobre mi nombre: tal vez moriré entretanto, y moriré insolvente; deseo pues que V. sea testigo de mis buenas intenciones, y de los esfuerzos que incesantemente hago para reparar mis desgracias y mi vergüenza: la confesión que voy á hacer debe considerarse como un testamento que suplico á V. reciba, á fin de que pueda restaurar mi reputación y buen nombre en caso de que la muerte ponga antes término á mis afanes."

"Espero, repuse, que V. vivirá bastante para borrar por sí mismo el recuerdo de las desgracias de su juventud; pero si para aliviar los tormentos que V. sufre bastase un testigo fiel de sus sentimientos y conducta, estoy mejor informado sobre este punto de lo que V. cree, y así puede con confianza abrirme su corazón."

"Empezaré, pues," dijo, "por confesar que á mí solo debo mis desgracias, y que por esta razón carecen

de disculpa mis errores: mi profesion era de aquellas que exigen la probidad mas estricta, y la base de la probidad es el no disponer de aquello que no nos pertenece; yo calculaba, es verdad, pero mis cálculos fueron erróneos, sin que por esto fuese mi imprudencia menos criminal: Voy á decirlos de que modo me ví envuelto en ella."

"Una cuna respetable, una reputación sin mancha, el aprecio público transmitido por mis antepasados á sus hijos, juventud, algunos aciertos para los cuales me favorecieron las circunstancias, todo parecia prometerme una fortuna rápida en mi carrera. Este fue precisamente el escollo contra el cual me estrellé!"

"Mr. D' Amene, hombre opulento, y que consideraba infalible mi fortuna venidera, creyó que la felicidad de su hija podia estribar sobre bases tan inciertas y engañosas, me ofreció pues su mano, y apenas nos conocimos sancionó esta oferta nuestra mútua afección: ¡Ya no existe! Si aun viviese, y yo hubiere de reiterar la elección de una esposa, ella sola sería la preferida: no recaiga pues sobre su memoria la imputación de las locuras que he cometido; aunque causa inocente de mis desgracias, jamás lo sospeché la infeliz, y en medio de las ilusiones que la rodeaban estaba muy lejos de percibir el abismo á que yo la conducía por un sendero sembrado de flores. Enamorado de ella antes de ser su esposo, y mucho mas despues, creí no hacer nunca bastante para su felicidad, y comparados con mi ardiente amor, su tímida ternura y sensibilidad parecían solo indiferencia; ansioso de que me amase tanto como yo la amaba, fui pródigo en la adquisición de cuantos objetos de lujo podían satisfacer sus deseos y aun caprichos."

Una casa elegante, muebles costosos, cuanto la moda y el gusto inventaban en punto á trages y adornos para lisongear en la juventud las propensiones del amor propio, añadiendo nuevo esplendor y atractivos á la belleza, todo se anticipaba á los deseos de mi esposa que se vió al mismo tiempo, y como espontáneamente, rodeada de una sociedad escogida de su propia elección que la prodigaba las atenciones mas lisonjeras: en una palabra, nada le faltaba de cuanto pudiera hacerla agradable la vida."

"Adriana era demasiado joven para conocer la necesidad de regular y reducir estos gastos. Si hubiera penetrado los peligros á que yo me esponía para agradarla, ¡con cuánta resolución se hubiera opuesto á ello! Pero habiendo traído consigo una fortuna mas que regular, era muy natural en ella el creer que también yo debía hallarme en la opulencia. Por lo menos imaginaba que mi situación me permitía sostener un establecimiento grandioso, tanto mas cuanto nada percibía que no fuese conforme al rango de mi profesion; ademas sus amigas á quienes consultaba la aseguraban que nada habia en ello de impropio, antes bien lo consideraban como indispensable: lo mismo decia yo, y solo Adriana con su modestia y dulzura angelical solia preguntarme si creía yo necesario el incurrir en tan enormes gastos para ser amable á sus ojos; no soy insensible, me decia, á sus cuidados y anhelo para hacerme feliz, y lo sería también sin tantos sacrificios; tu me amas, esto me basta: hallen otros sus delicias en satisfacer vanos caprichos; amor y ternura serán las mías."

"Se acercaba entretanto la época en que iba yo á ser padre; pero este momento que prometía ser el mas dichoso fue el mas fatal de mi vida, pues me arrebató á un tiempo esposa é hijo: este golpe me sumergió en un abismo de dolor que en vano procuraría pintar; solo aquellos que se hallan en mi caso podrán graduar lo que sufrí."

"Hallábame aun en el estado de aflicción mas acerbo, cuando el padre de mi esposa me envió á su notario pa-

ra decirme, despues de algunas frases de consuelo, que se hallaban prontos los documentos necesarios para efectuar el reintegro en sus manos del dote que su hija habia llevado al matrimonio (1). Indignado de esta indecente precipitacion, respondí que estaba preparado, y al dia siguiente se verificó la devolucion. Las joyas que yo habia dado á su hija y los demas artículos de valor destinados igualmente á su uso, pasaron tambien á su poder en virtud del derecho legal que tenia para reclamarlos. En vano le hice presente lo inhumano que era el exigir que despues de solos 18 meses de matrimonio hubiese yo de sucumbir á una ley tan severa, pues con toda la impaciencia de un codicioso acreedor insistió en el derecho que para ello le asistia. Me sometí, y esta severa exaccion hizo algun ruido en el mundo. La envidia que mi felicidad habia escitado se apresuró entonces á castigarme por mi efímera dicha, y bajo la máscara de la compasion cuidó de divulgar mi ruina, que al parecer queria deplorar; mis amigos eran menos celosos en servirme que mis enemigos en injuriarme: todos convinieron en que habia vivido muy deprisa; tenían razon; pero era ya muy tarde: en medio de mis funciones y convites fue donde debieron haber hecho estas observaciones, pero V., señor, que conoce bien el mundo sabe con cuanta indulgencia son tratados los pródigos hasta el momento de su ruina: la mia era ya pública, y mis acreedores alarmados vinieron en tropel á mi habitacion desolada: yo estaba resuelto á no engañar á ninguno de ellos, así es que exponiéndoles mi penosa situacion, les ofrecí cuanto me quedaba aun, pidiéndoles solo el tiempo suficiente para satisfacer el resto: algunos se convinieron; otros alegando la opulencia de mi suegro, observaban que nadie mejor que él podia haber sido indulgente conmigo en vez de apoderarse de los despojos de su hija, usurpando lo que solo á ellos pertenecia. En una palabra, no me quedaba otra alternativa que la de librarme de sus persecuciones por un suicidio ó ser encerrado en un calabozo.

Aquella noche que pasé en las agonias de la vergüenza y la desesperacion, con la muerte en una mano y la ruina en la otra, debiera servir de eterna leccion y ejemplo. Un hombre honrado cuyo solo crimen fue su demasiada confianza en esperanzas ilusorias; este hombre hasta entonces generalmente estimado, y protegido por la fortuna, se vió de repente marcado con el sello de la infamia, y condenado á dejar de vivir ó vivir en la desgracia, el destierro ó la prision: desechado por su padre político, abandonado de sus amigos, temeroso de presentarse en público, y deseando solo hallar un retiro solitario é inaccesible donde no pudiera ser perseguido. En el conflicto de estas ideas terribles pasé la noche mas larga y cruel de mi vida; el recuerdo de ella me hace aun estremecer, sin que mi corazon ni mi cabeza se hayan repuesto todavia del choque que me hizo sentir este revés espantoso de la fortuna. Embotada por fin mi sensibilidad con tanto padecer, sucedió á la agitacion de mi espíritu una calma mas espantosa aun: empecé á considerar lo profundo del abismo en que me habia sumergido, y formé la resolucion de poner fin á mi existencia. Pesemos, me dije á mi mismo, esta mi última determinacion. Si consiento en ser encerrado en una cárcel, habré de perecer allí sin honra, sin recursos ni esperanza; vale mas, mil veces, libertarme de una vida insoportable, y confiar en la misericordia del Todopoderoso que tal vez me perdonará el no haber podido sobrevivir á mi desgracia y deshonor. Mis pistolas estaban cargadas sobre la mesa, y al fijar en ellas la vista nada me parecia mas fácil que poner fin á mis tormentos; pero ah! cuantos malvados han hecho otro tanto! Cuantos espíritus apocados han

tenido en ocasiones el mismo valor! Y qué podrá lavar la mancha de sangre con que voy á teñir mis manos! Dejará por esto mi infamia de ser inscrita sobre mi sepulcro en el caso de que este último me sea concedido? Mi nombre, reprobado por las leyes, ¿bajará conmigo á la tumba? Mas ¿qué digo, insensato! Trato de ocultar mi vergüenza, y no pienso en espiar mi delito: deseo desaparecer del mundo; pero si dejo yo de existir ¿quién restituirá lo que han perdido á aquellos á quienes he comprometido? Quién podrá disculpar á un jóven inconsiderado que dispone de fortunas que no le pertenecen? Debo morir sino puedo recobrar el buen nombre que tan imprudentemente he perdido; pero ¿es caso imposible á mi edad el reparar con trabajo y constancia los errores de mi juventud, y obtener el perdon de mis estravios? Reflexionando entonces lo que aun podria hacer si lograra luchar contra mi suerte desgraciada, creí ver á larga distancia mi honor emergente romper la nube densa que lo cubria; me pareció tocar una tabla propicia colocada á mis pies para libertarme del naufragio, y, cerca, un puesto seguro pronto á darme acogida... Partí para Holanda, pero antes de salir de París escribí á mis acreedores diciéndoles que despues de haber puesto en sus manos cuanto poseia, iba aun á emplear mi vida entera en trabajar para ellos, y solo les suplicaba tuviesen paciencia entretanto. (Se concluirá.)

HISTORIA NATURAL.

LA ARAÑA.

El carácter poco amable de este insecto, su figura repugnante, y el celo con que las activas amas de casa declaran guerra contra él, concurren á impedir que se generalice el conocimiento de sus hábitos y propiedades que por otro lado su permanencia continúa entre nosotros, y su vida sedentaria hacen tan fácil conseguir.

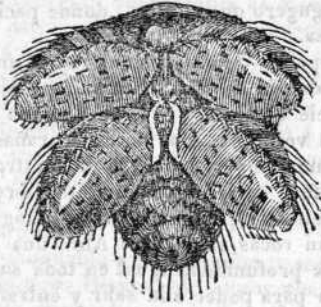
A no haberlo visto, pocas cosas nos parecerian mas increíbles que el que un animal fabricase hilo, tejiese con él redes y finisimas telas con mas perfeccion que lo hiciera nunca el mas hábil tejedor ó el pescador mas diestro, que las colocase luego en el sitio donde mas abundan los seres alados de que se alimenta, y en la posicion mas ventajosa para conseguir sujetarlos, é impidiendo el uso de sus alas, devorarlos á placer. En este caso, como en muchos otros, miramos con indiferencia en animales pequeños lo que nos causaría indecible admiracion en los de mas tamaño. Con qué afán acudiríamos de todas partes para ver á una zorra que fabricase cuerdas, tejiese con ellas espesas redes, y las estendiese entre dos árboles para capturar á una bandada de pájaros! Sin embargo nada habria en esto de mas extraordinario que el procedimiento de las arañas, tanto mas sorprendente si se considera la pequeñez del animal.

Las propiedades características de la clase general de arañas de que existe una infinita variedad de especies, son las siguientes. Las arañas difieren esencialmente de los demas insectos tanto en su estructura interior como en su forma exterior. Tienen ocho pies, en lugar de seis como aquellos, y sus ojos son ocho en número aunque muy rara vez seis. Los ojos de la araña son inmóviles y tambien diferentes en su conformacion de los ojos de los demas insectos. Carecen de la propiedad de multiplicar los objetos, y á consecuencia de su inmovilidad distinguen solo los que se hallan enfrente de ellos. Su colocacion es distinta en las diversas especies, pero siempre tal, que su número compense los defectos indicados, ofreciendo un bello ejemplo de las compensaciones que continuamente llaman la atencion del observador de la naturaleza.

(1) Por las leyes de Francia, á la muerte de la madre sin sucesion, vuelve á reintegrar el dote en su familia.

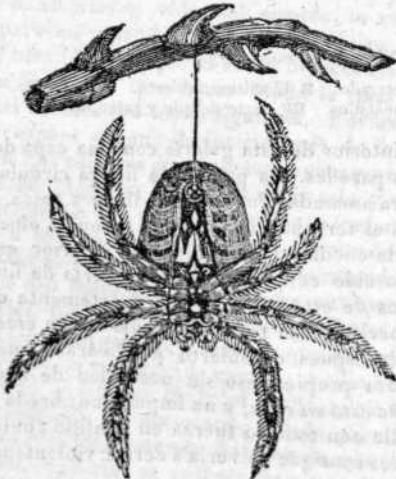
za. Las arañas no sufren metamorfosis como otros insectos; envuelven sus huevos en capullos de seda que varían de forma y tejido en las diferentes especies.

El hilo que tejen las arañas es una sustancia parecida á la seda de los gusanos, pero infinitamente mas delgada. Como en ellos, procede de ciertos depósitos en el interior del cuerpo del animal, donde se encuentra en el estado de una goma viscosa. Tiene la araña á la estremidad del abdomen cinco ubres pequenísimas, provistas de una multitud de pezones tan numerosos y esquisitamente diminutos, que en cada ubre, no mayor que la punta de un alfiler, se encuentran segun Reaumur hasta mil de ellos.



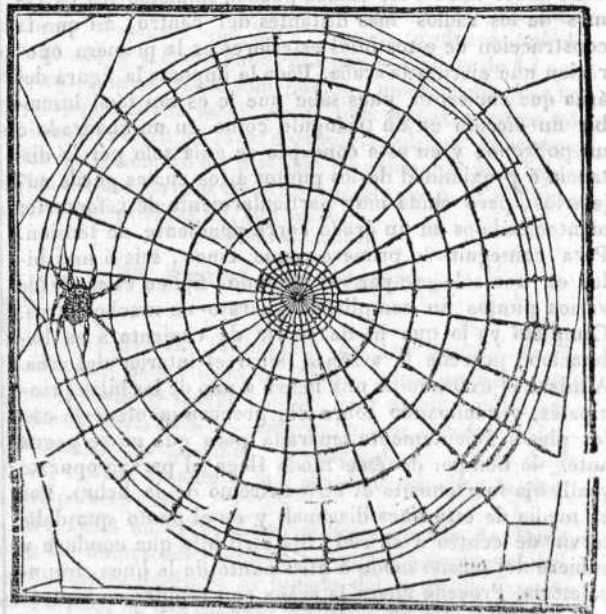
(Ubres de la araña, considerablemente aumentadas para manifestar los pezones.)

De cada uno de estos pezones procede un hilo de inconcebible tenuidad que inmediatamente despues se une con los demas y forma uno solo compuesto de mil otros, reuniéndose en seguida los cinco hilos para constituir la cuasi imperceptible hebra con la cual teje la araña su tela. Asi es que el hilo de la araña, aun el de las especies mas diminutas y que apenas podemos divisar, no es como aparece á primera vista una fibra sencilla, sido un cable en miniatura compuesto por lo menos de cinco mil hilos! Leeuwenhoek, célebre naturalista aleman, halló por medio de una observacion escrupulosa, que los hilos de las arañas mas pequeñas, algunas de ellas no mayores que un grano de arena, son tan delgados, que cuatro millones de ellos bastarian apenas para igualar el grueso de un cabello. Es muy comun el ver á las arañas descender de un techo ú otro punto elevado, suspendidas de un hilo que van formando al bajar, el cual siendo frecuentemente invisible, parece que bajan por el aire. En este caso puede la araña cerrar cuando quiere los orificios ó pezones de las ubres, por cuyo medio se detiene en su descenso á la altura que la conviene.



(Araña suspendida de un hilo formado por ella misma.)

Los instrumentos de que se vale la araña para tejer, son sus pies con cuyas garras guia ó mantiene separados los hilos á la distancia necesaria; y en algunas especies están estos pies admirablemente adaptados al objeto, hallándose provistos de dientes semejantes á los del peine con los cuales divide los hilos. Pero otro instrumento la faltaba; al subir la araña por el hilo que formó al descender de una eminencia, devana el sobrante en un ovillo. Para hacer esto no la servirían sus garras dentadas, hallase pues prevista de una tercera garra entre las otras dos, y puede así ejecutar los diversos trabajos necesarios. Los sitios y posicion que escoljen las arañas para colocar sus telas son tan variados como su estructura; algunas prefieren el aire libre y las suspenden entre las ramas de los arbustos ó plantas mas comunmente frecuentadas por las moscas y otros pequeños insectos, fijándolas en una posicion horizontal, vertical ú oblicua. Otras escoljen los rincones de las habitaciones, y principalmente de las ventanas donde saben que por lo comun se agrupan las moscas; al paso que muchas se establecen en las cuadras, bodegas y sitios retirados donde parece que no debe presentarse una mosca por mucho tiempo. El observador menos inteligente puede haber notado la diferencia que existe en la construccion de las telas de araña. Las que por lo comun vemos en las casas, son de una testura parecida á la gasa, y se llaman con propiedad *telas*; las que se encuentran en los campos se componen de una serie de círculos concéntricos unidos por rádios que parten del centro quedando los hilos bastante separados unos de otros. Estos últimos debieran con mas propiedad llamarse *redes*, y los insectos que los forman procediendo sobre principios geométricos pudieran apellidarse *geómetras*, mientras que los primeros pueden solo aspirar á la apelacion de *tejedores*.



(Red geométrica de la araña de campo.)

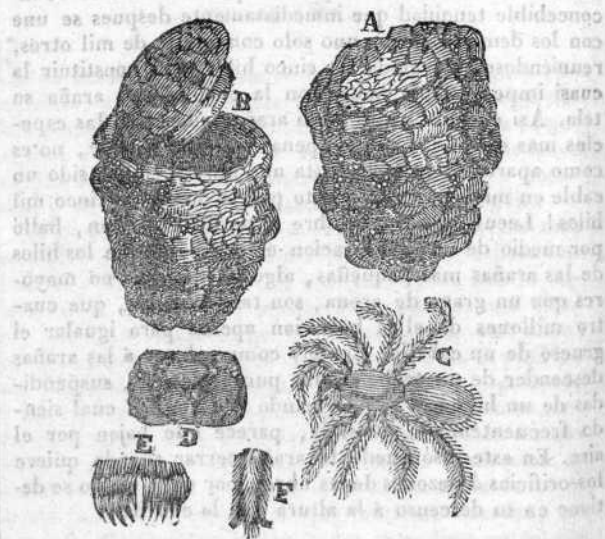
La araña *tejedora* que sin convite se establece en la habitacion del hombre, procede en la construccion de su tela del modo siguiente. Despues de elejir el rincon que le parece mas á propósito, aplica sus ubres á una de las paredes, dejando de este modo pegado á ella uno de los extremos de su hilo. Camina entonces por la pared, y situándose en el lado opuesto fija allí el otro extremo. Como este hilo ha de servir de margen ú orilla á la tela y necesita por consiguiente ser fuerte, cuida la araña de hacerlo triple ó cuádruple con solo repetir la operacion in-

dicada. Continúa en seguida fijando por medio del mismo procedimiento tantos hilos paralelos al primero como conceptua necesarios, cruzándolos despues con otros, paralelos tambien, y procediendo del mismo modo hasta que consigue dar a la tela la consistencia apetecida. Esta clase de telas presentan solo una superficie horizontal, pero otras mas comunes en los sitios escusados y en el campo tienen un apéndice muy ingenioso: desde los bordes y superficie de la tela principal, eleva la araña muchos hilos que se cruzan en varias direcciones, y llegan á veces hasta una altura considerable. Estos hilos que pueden compararse al cordaje de un navio, interceptan el vuelo de las moscas que al procurar desenredarse de ellas, rara vez dejan de caer sobre la red preparada para su recepcion donde su destruccion es inevitable; pero no basta esto, es preciso que nuestro cazador oculte su torvo aspecto para no espantar la caza; por esta razon no se situa sobre la superficie de su tela, sino en un pequeño nicho ó garita de seda construida debajo de ella y completamente oculta á la vista. Pero separada asi de la tela, y sin poder examinar su superficie, ¿de qué modo conoce cuando ha caído una mosca en ella? Nuestra ingeniosa tejedora ha previsto y obviado esta dificultad: fijando varios hilos entre el borde de la tela y el de su escondite, no solo conoce por las vibraciones que alguna incauta mosca ha caído en el lazo, sino que se vale de ellos como de un puente para llegar antes á apoderarse de su victima.

Fácil es conocer que las arañas *geómetras* al construir sus redes de círculos concéntricos, siguen una marcha distinta de la que acabamos de describir, y en muchos casos infinitamente mas curiosa. Como esta red es halla comunmente colocada en una posicion vertical ú próximamente oblicua entre las hojas de alguna planta ó arbusto, es evidente que al rededor de su estension total debe haber hilos á los cuales puedan sujetarse los extremos de los rádios mas distantes del centro; así que la construccion de estos hilos exteriores es la primera operacion que ejecuta la araña. Poco la importa la figura del área que encierran, pues sabe que le es tan fácil inscribir un círculo en un triángulo como en un cuadrado ó un polígono, y en este concepto se guía solo por la distancia ó proximidad de los puntos á los cuales puede sujetarlos, pero cuida muy particularmente de reforzarlos manteniéndolos en un grado correspondiente de tension. Para conseguir lo primero reúne cinco, seis ó mas hilos en uno solo, y para lo segundo, fija en ellos desde varios puntos un complicado aparato de muchos otros. Completo ya lo que ha de servir de cimiento á su habitacion, procede la araña á llenar el interior del área. Adhiere el extremo de una hebra á uno de los hilos principales, y caminando sobre él, procura mantenerla con los pies suficientemente separada para que no se pegue antes de tiempo: de este modo llega al parage opuesto y allí fija fuertemente el otro extremo de la hebra. Por el medio de esta línea diagonal, y en el punto que debe servir de centro á su red, fija otro hilo que conduce y adhiere del mismo modo á otro punto de la línea circunvalatoria. Procede ahora la araña con rapidez en su trabajo. Durante las operaciones preliminares descansa algunas veces; pero tan luego como las líneas marginales de la red están fuertemente estendidas, y dos ó tres rádios contruidos, continua su tarea tan rápida é incesantemente, que apenas puede de la vista acompañar su progreso. Los rádios en número de veinte poco mas ó menos, que dan á la red la apariencia de una rueda, quedan pronto concluidos. Colocase luego la araña en el centro, y examina la consistencia de los hilos tirando de ellos con los pies, y rompiendo el que parece débil el cual

reemplaza con otro. Teje en seguida á la inmediacion del centro, cinco ó seis círculos pequeños y muy unidos, y acto continuo procede á fijar los mayores. Para esto se coloca en un punto de la circunferencia y pega un hilo al extremo de uno de los rádios, camina por el mismo hácia el centro, lo necesario para producir un hilo que alcance al otro rádio. Pasa ahora á este, y desandando lo andado, fija el hilo sobre el enfrente del punto de partida. Repite este procedimiento hasta llenar cuasi todo el espacio intermedio con círculos concéntricos á la distancia de unas dos líneas poco mas ó menos. Sin embargo deja siempre un pequeño intervalo al rededor de los círculos pequeños que tejíó primero, sin que se sepa la razon por que lo hace. Por último corre al centro, y arranca la parte filamentososa donde se reunen todos los rádios, situandose en el agujero que resulta, donde pacientemente espera su presa.

Diferentes especies de arañas construyen una tela cilíndrica ó celda debajo de tierra con su tapa fija por medio de una especie de gozne, y la cual puede el insecto abrir y cerrar á voluntad. Una de estas arañas (*Mygale Camentaria*) comun en varios puntos de nuestra península, escoge para fijar su residencia un sitio libre de yerba, un poco inclinado para que corran las aguas, y de un suelo firme sin rocas ni piedras. Abre una galería de uno ó dos pies de profundidad igual en toda su estension y bastante ancha para poder ella salir y entrar con desahogo.



(Nido de la araña *Mygale Camentaria*.)

A El nido cerrado. B El mismo, abierto. C La araña. D Los ojos, muy aumentados. E F parte del pie y garra id.

Viste lo interior de esta galería con una capa de seda pegada á las paredes. La puerta de figura circular está hecha de tierra amasada. Por fuera es llana y tosca, exactamente igual al terreno que la rodea y con el objeto sin duda alguna de encubirla á la vista: lo interior es convexo y guarnecido con una espesa cubierta de finísima seda. Los hilos de esta cubierta van fuertemente unidos á la parte superior de la tapa, formando así un escelente gozne, el cual despues de abierto por la araña vuelve á cerrarse por su propio peso sin necesidad de muelles. Cuando la araña está en casa, y un importuno abre la puerta, empuja ella con toda su fuerza en sentido contrario, y no pocas veces consigue volverla á cerrar violentamente.

Si son vanos sus esfuerzos, se retira al fondo de su habitación como último recurso.

Algunas arañas son acuáticas, y tejen redes semi-esféricas análogas en su uso á la campana de los buzos, bajo las cuales depositan el aire que traen de la superficie, y viven manteniéndose de insectos acuáticos. Otras no tejen red alguna, y alcanzan su presa á la carrera, y otras, por último, lo consiguen acercándose cautelosamente hasta cierta distancia de su víctima, y lanzándose de repente sobre ella.

No son menos curiosos los medios que emplean las arañas para trasladarse de un punto á otro. Cuando el insecto se siente inclinado á variar de residencia, se suspende verticalmente de un hilo, y volviendo la cabeza hacia el punto por donde sopla el viento, espele otros hilos por detras, que ondeando á merced del aire van á adherirse á un árbol, una pared, ú otro cuerpo cualquiera. Cuando la araña conoce que estos hilos están ya sujetos, lo cual averigua tirando de ellos con los pies, los usa como puentes para llegar al punto á que se han fijado. Vense con frecuencia estos hilos correr paralelos al horizonte, de pared á pared en las casas, de un árbol á otro en el campo, y aun entre dos tapias distantes en un vasto jardín.

Parece indudable que las arañas poseen los medios de flotar por el aire. Despues de lanzar una porcion de hilos del modo que acabamos de describir, y antes de que llegen á adherirse á cuerpo alguno, rompe la araña aquel de que pendia, y se entrega sostenida por los demas á merced de los vientos; aunque no puede ir contra ellos, parece no obstante ejercer alguna influencia sobre la direccion de su aparato volante, sirviendose de los pies como de remos para dirijirlo y aun darle empuje. La elevacion á que suelen llegar es sorprendente. El mismo naturalista cuyo nombre hemos citado ya, las ha visto pasar desde una torre elevada, á una altura aun muy considerable sobre su cabeza. El otoño es la estacion en que generalmente se verifican estos viages aéreos, aunque tambien suelen emprenderlos estos intrépidos aeronautas en cualquiera otra estacion, siempre que la atmósfera está en calma y el tiempo sereno. Habiendo observado que estas redes volantes se hallan, así como las terrestres, guarnecidas de patas de moscas, alas, y otros vestigios de destruccion, se ha inferido que las arañas capturan mosquitos y otros insectos durante el viage. En todos los grados de su existencia, devoran las arañas con la mas insaciable voracidad toda clase de insectos menos fuertes que ellas, y aun se destruyen unas á otras. Aseguran su presa con un par de tenacillas agudas y fuertes que tienen en la parte anterior de la cabeza, y pueden estenderlas ó abrirlas á voluntad cuando lo requiere la ocasion, pero en estando de reposo las dejan descansar una sobre otra. Secree que la araña inyecta un fluido venenoso en la herida que hace. Muda la piel todos los años lo cual verifica del modo siguiente. Forma primero una bolsa espesa en uno de los rincones de la tela, semejante á la que usa para encerrar sus huevos pero algo mayor, colócase luego en el centro de la tela y empieza á hinchar su cuerpo con violencia hasta que rasga ó rebienta la piel á lo largo de la espalda. Efectuado esto, comienza á salir por esta abertura, desembarazando las piernas una por una hasta que logra quedar enteramente fuera de la piel. Conserva esta la figura perfecta de la araña y se hace transparente á medida que se seca. El insecto, despues de este grande cambio; queda cubierto de una sustancia gelatinosa de color verdoso; se recoje en la bolsa construida de antemano, donde permanece sin movimiento tres dias enteros. Al cabo de este tiempo, ya enteramente repuesta, se entrega de nuevo á sus ocupaciones habituales.

A principios del siglo pasado, habiendo observado un caballero francés que cierta clase de arañas encerraban sus huevos en saquitos compuestos de un hilo mucho mas grueso y consistente que el que generalmente usan estos insectos para tejer sus telas, concibió la idea de formar con ellos una especie de seda. Al hacer el experimento halló que no era posible retorcer aquellos hilos; los mandó pues cardar con cardas muy sutiles construidas al intento. Obtuvo una sustancia sedena que le fue fácil convertir en hilo fuerte y muy delgado. Con él se hicieron guantes y medias, resultando que tres onzas de esta materia bastaban para un par de medias grandes de hombre, cuyas medias de seda de igual tamaño pesaban de siete á ocho onzas. El buen éxito de esta prueba y la presentacion de estos artículos manufacturados á la Academia real de Ciencias de París, hizo concebir lisonjeras esperanzas acerca de las ventajas que pudieran sacarse de este descubrimiento; pero Mr. Reaumur á quien eligió la Academia para investigar este asunto, las desvaneció en su informe, probando que la ferocidad natural de las arañas hace imposible el criarlas y conservarlas juntas. Distribuyó 4000 ó 5000 en diferentes celdas, poniendo en cada una desde 50 á 200, y las alimentó con moscas y plumitas ensangrentadas que les daba á chupar; pero las arañas menores fueron luego devoradas por las mas fuertes, y al cabo de poco tiempo no quedaban sino una ó dos en cada celda. A esta disposicion que existe en las arañas á devorarse unas á otras, atribuye Mr. Reaumur su escasez respectiva, considerando el infinito número de huevos que pone cada una. Es pues imposible mantener á estos insectos en comunidad, y aun cuando fuese practicable sería mayor el trabajo que la utilidad que reportarian. Desde luego fuera necesario un número mucho mayor de arañas que de gusanos de seda, para producir la misma cantidad de seda. Reaumur computa que 2304 gusanos producen una libra de seda; y como considera que el trabajo de 12 arañas equivale al de un solo gusano, una libra de seda requeriría la concurrencia de 27,648 arañas; y como solo las hembras tejen los sacos ó capullos sedenos, habria que tener igual número de machos; de modo que para obtener la misma porcion de seda que producen 2,304 gusanos, serian precisas 55,296 arañas.

EL PERRO DEL SOLDADO.

Un soldado del regimiento de los *Velitis* de la guardia real estacionado en Milan, tenia un perro que le manifestaba el mayor cariño, y le seguia á todas partes donde le llamaba el servicio; acompañándole infaliblemente en las guardias, y ocupando un rincón de la garita, cuando su amo se hallaba de centinela á la puerta del palacio real.

En 1812 durante la desastrosa campaña de Rusia, entre los numerosos regimientos que componian el brillante ejército de Italia al mando del príncipe Eugenio Beauharnais, se hallaban los *Velitis* y entre ellos el dueño del perro. Tofino á quien ya conocian los soldados, iba detras de su amo, y despues de atravesar los Alpes y gran parte del continente europeo, y haberse hallado en diferentes acciones de guerra en que entraron los *Velitis*, llegó por fin á Moscow. Cuando el ejército de Napoleon tuvo que abandonar aquella capital entregada á las llamas, Tofino seguia aun á su amo, y participó de todos los horrores de aquella célebre retirada. Hallóse en la sangrienta batalla de Malorajoshlewitz, donde los italianos pelearon con valor y sufrieron una pérdida considerable. Sin embargo los *Velitis* aunque muy disminuidos en número, conservaban aun el aspecto de regimien-

to cuando llegaron á orillas del río Berczina; pero en el paso fatal de este río donde perecieron tantos miles de individuos, quedó reducido su número á menos de la mitad, y entre los desgraciados que perdieron sus vidas fue uno de ellos el dueño de Tofino. Desde aquel momento no hubo ya orden en la retirada; los fragmentos del regimiento de Veliti se unieron á los de otros cuerpos, y todos huyeron en la mayor confusion. Sin embargo Tofino logró atravesar el río, y echando de menos á su amo permaneció largo tiempo en la orilla opuesta, ladrando y ahullando lastimosamente: por último no viéndole aparecer, se unió á una partida de soldados del mismo regimiento, y continuó así por muchos días y aun semanas, siguiendo á las tropas en su retirada; pero manteniéndose constantemente al lado de los individuos que tenían el mismo uniforme que su desgraciado amo. Esta circunstancia excitó, como era natural, el interés de los soldados, y algunos de ellos en medio de sus miserias y privaciones atendían á las necesidades del perro que manifestaba tanta fidelidad y adhesión hacia el regimiento. Pero á pesar de estos cuidados y de las caricias que le prodigaban, Tofino rehusó positivamente el asociarse con ningún individuo en particular; por el contrario buscaba siempre el grupo mas numeroso de Velitis, y á este seguía á todas partes, sin hacer caso de los soldados que quisieran atraerlo con sus caricias. De este modo pasó de Moscú á Wilna, y atravesando el resto de Lituania y Polonia, el reino de Prusia y parte de Sajonia, los estados de la confederación del Rin, Baviera, el Tirol y los Alpes; en una palabra, después de un viaje de mas de ochocientas leguas, entró de nuevo Tofino en Milan en el verano de 1813 en pos de un destacamento de los Velitis; causaba maravilla á cuantos presenciaron aquella trágica retirada, el ver como este pobre perro habia atravesado tantas regiones, y pasado á nado ríos cuasi helados, donde los caballos del país mismo habian perecido.

Apenas entró por las puertas de Milan, se dirigió Tofino inmediatamente al cuartel que ocupaban los Velitis, y después de haber permanecido en él por un corto espacio de tiempo, se encaminó á la garita donde tantas veces habia acompañado á su amo durante sus horas de centinela, y no volvió ya á separarse cien varas de ella! Los dos ó tres primeros días no hizo mas que ahullar tristemente, sin querer apenas tomar alimento; pero después de este desahogo, se situó en un rincón de la garita donde permaneció en silencio. Esta anécdota interesante llegó á oídos del príncipe Beauharnais, quien mandó que se cuidase al pobre Tofino considerándole como á un pensionista del estado; pero no eran necesarias estas órdenes; todo el ejército, la población entera de Milan, consideraba á este perro cuasi como un animal sagrado, y acostumbraba enseñarlo á los forasteros como una de las maravillas y ornatos de la ciudad.

En 1814 cuando los franceses abandonaron la Italia, Tofino quedó con toda la Lombardía y los estados de Venecia en poder de los austriacos, quienes (cualquiera que fuese su conducta hacia los seres humanos que se sometieron de nuevo á su yugo) trataron al perro con el mismo cuidado y atención: siguió este ocupando su rincón en la garita, continuando en ser como antes objeto de la solicitud y curiosidad general. Vivió aun algunos meses bajo el régimen de la casa de Austria, y murió colmado de honores y profundamente lamentado por los milaneses.

Tofino nada tenia en su exterior que le recomendase, ni podia blasonar de pureza de sangre ó raza, pues era un mestizo basto y mal formado, del tamaño de un perroguero comun.

HABITANTES SOBRE EL AGUA EN LA CHINA.

El río inmediato á la ciudad de Canton está casi enteramente cubierto de botes de diferentes tamaños y figuras, constantemente habitados por sus dueños que pertenecen á la clase mas pobre. Miles de individuos nacen, viven, y mueren en estos botes sin tener otra comunicacion con la orilla que la absolutamente necesaria. En la parte posterior hacia el timon, hay un cobertizo hecho de bambus suficientemente fuerte é impenetrable á la lluvia para proporcionar un abrigo á los miserables habitantes. La costumbre de arrastrarse por el bote y permanecer casi siempre en una postura encojida, les entorpece mucho el uso de los pies y los hace pesados en sus movimientos. Sus hijos varones aprenden á nadar tan luego como saben hacer uso de sus piernas y hasta entonces llevan siempre una calabaza hueca colgada del cuello que los mantenga á flor de agua, en el caso, muy frecuente, de caer en el río.

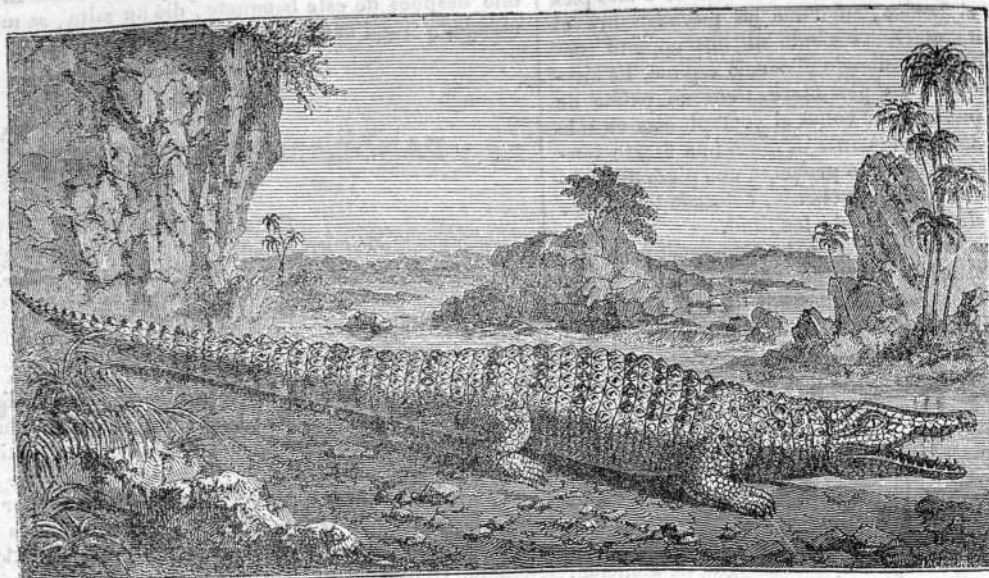
LA CASA DEL DUQUE DE WELLINGTON.

La reputacion peninsular que disfruta el duque de Wellington debida al papel importante que desempeñó durante la gloriosa guerra de la independencia, nos induce á referir la anécdota siguiente generalmente poco conocida, aunque ninguna relacion tiene personalmente con él y solo sí con la casa que habita.

Paseando un dia Jorge II á caballo por uno de los parques de Londres, vió á un soldado á quien desde luego reconoció por haber peleado bajo sus órdenes en Dettingeh después de entrar en conversacion con él le dijo el rey que le pidiera lo que quisiese. "Señor," repuso el soldado, "mi mujer tiene un puesto para vender manzanas en un rincón del parque, y si V. M. quisiese hacernos cesion de aquel trozo de terreno, pudieramos construir sobre él una choza y mejorar nuestro tráfico." El rey accedió á su peticion, se formalizó la cesion, y construida la choza empezó á prosperar el comercio de la frutera. Algunos años después murió el anciano soldado y la donacion del anterior rey quedó enteramente olvidada. El lord canceller entonces, inducido por la situacion favorable de aquel punto, mando quitar la choza y echar los cimientos de una magnifica casa. Alarmada la pobre mujer, pero sin atreverse á luchar con tan poderoso enemigo, consultó á un hijo suyo, que era escribiente de un notario á fin de que la indicase la conducta que debia adoptar. Calmó este sus temores prometiéndola remediar el daño ocasionado asi que quedara concluido el edificio. Llegado este caso se presentó al lord Canciller reclamando los perjuicios que se habian ocasionado á su madre atropellando sus legítimos derechos. El Canciller conociendo lo fundado de esta reclamacion, trató de acallar á la anciana con una suma equivalente á algunos miles de rs. pero ella siguiendo el consejo de su hijo no admitió la proposicion. En la próxima entrevista exigió 400 libras anuales (unos 40,000 rs.) de censo perpetuo por la venta del terreno, á lo cual tuvo que acceder el Canciller, y hoy sigue pagando la casa del duque de Wellington dos mil duros cada año á los descendientes de una pobre frutera.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.

Se suscribe á este periódico en la librería y almacén de papel propio del editor, Puerta del Sol, á cerca de la Soledad, núm. 7, y en las provincias en todas las Administraciones de Correos, á excepción de Badajoz, que es en la librería de la viuda de Carrillo.



EL CROCODILO.

El crocodilo es el mayor, el mas voraz, y el mas fuerte de los lagartos. Criase en ambos continentes bajo la misma latitud, y habita solo las regiones cálidas de Asia, Africa y América. Su color es ceniciento con manchas ó bandas oscuras, transversales y ondeadas. Hay crocodilos que tienen mas de veinte pies de estension desde el hocico hasta la estremidad de la cola. No puede este animal permanecer sino algunos minutos debajo del agua sin respirar, al nadar descubre solo la parte superior de la cabeza y algo del lomo, y parece un tronco de árbol flotante. En esta actitud que le deja libre el uso de los ojos, divisa perfectamente cualquier objeto en ambas orillas del rio, y cuando percibe cualquier animal que entra en el agua para beber, se zambulle, y dirigiéndose á él con presteza, le ase de las piernas y lo arrastra al medio de la corriente para devorarlo despues de haberlo ahogado. El hombre mismo, si no precave los ardidés y voracidad de este terrible enemigo, suele á veces ser su víctima. El color y la forma prolongada del crocodilo, son muy análogos y favorables á su índole sagaz y artificiosa, pues si en el agua parece un tronco flotante, se le tomaria en tierra por un leño cubierto de musgo ó légamo. Sin embargo de estas ventajas se vé con frecuencia coartada su glotonería por su poca agilidad y lo difícil que le es moverse de otro modo que en línea recta. Por esta razon le acontece con frecuencia el verse privado de alimento, y tener que tragar piedras y pedazos de madera para evitar que se contraigan sus intestinos vacíos. Los negros comen la carne del crocodilo, pero el fuerte olor á almizcle que exhala, desagrada á los que no están acostumbrados.

La hembra pone cincuenta ó sesenta huevos á la vez, y los deposita sobre la arena á la orilla de los rios y lagos. Estos huevos que contienen el embrión de un animal monstruoso por su tamaño, no son sin embargo mayores que los de una gallina de indias. El crocodilo despues de cubrirlos con un poco de arena, los abandona al

calor del sol que los fructifica. Apenas nacen los hijuelos corren al agua á buscarse por sí mismos su alimento; pero muchos de ellos son entonces presa de pescados voraces, y aun de los crocodilos mayores.

Los principales enemigos del crocodilo son el hipopótamo que le hace una guerra continua; el ichnéumon que devora sus huevos; los negros que los buscan para romperlos y extirpar la progenie destructora; los monos que imitan á los negros; y en el rio Misisipi el tiburón y la gran tortuga que con su pico de papagayo le corta las piernas. El crocodilo de América se llama *Caiman*.

La pesca del crocodilo ofrece pormenores singulares. La estacion mas favorable para efectuarla es el invierno cuando el animal duerme en los bancos de arena para disfrutar del sol, ó durante la primavera cuando la hembra permanece sobre el islote de arena donde ha depositado sus huevos. El pescador espia el paraje, y á la parte del sur abre un agujero, amontonando la arena hacia el punto por donde espera el crocodilo y allí se oculta; si el crocodilo no lo nota, se situa en el paraje acostumbrado, y muy luego queda profundamente dormido. Arrójale entonces el pescador su arpon con la mayor fuerza posible; para que el golpe sea efectivo, el hierro debe penetrar por lo menos cuatro pulgadas en el cuerpo del animal, á fin de que la lengüeta quede fuertemente agarrada. El crocodilo sintiéndose herido se sumerge en el agua, y el pescador acude á su canoa con la cual acude un compañero á auxiliarle. Un pedazo de madera ó boya sujeta al arpon con una cuerda larga, indica la direccion que ha tomado el crocodilo. Los pescadores tirando de esta cuerda, traen el crocodilo á la superficie, donde muy luego recibe una nueva y profunda herida.

La destreza en esta clase de pesca consiste en lanzar el arpon con suficiente fuerza para atravesar la cota de malla que cubre y protege el cuerpo del crocodilo, el cual no permanece inerte despues de recibir la herida, sino que da golpes violentos con la cola, y procura romper con

los dientes la cuerda que lo sostiene. Con bastante frecuencia rompen los arpones; en fuerza del empuje, por el cuerpo del animal que escapa entonces. A no haberlo visto yo mismo jamás hubiera creído que dos hombres solos pudiesen sacar del agua un crocodilo de catorce ó mas pies de largo, atarle el hocico, sujetarle las piernas sobre el lomo, y finalmente matarlo usando un instrumento cortante por el cuello y dividiendo el nervio espinal. El hierro del arpon que usan los pescadores tiene un palmo de largo. Hacia la punta tiene como el cortaplumas un solo lado cortante, é inmediatamente despues una fuerte lengüeta; en el extremo opuesto proyecta una pieza de hierro ó anillo al cual va atada la cuerda, colocado todo sobre un mango ó asta de ocho pies de longitud.

Los Bereberes comen tambien la carne y el sebo del crocodilo considerándolo como un sabroso manjar, á pesar del fuerte y desagradable olor que tiene. Las cuatro glándulas de almezele del crocodilo forman una parte considerable del producto que rinde su captura, pues los Bereberes dan hasta dos duros en especie por ellas, usando la sustancia que contienen como una pomada aromática para el cabello.

Cuando Herodoto estuvo en Egipto unos 450 años antes de la era cristiana, el modo mas usual de hacer prisionero este formidable reptil era el siguiente.

“Hay varios modos de cojer crocodilos en el Egipto, pero entre ellos este me parece el mas digno de atencion. Clava el pescador un lomo de cerdo en un anzuelo grande, por via de cebo, y lo mete en el rio. Siéntase en la ribera con un cochinito á quien tira de las orejas para hacerle chillar. El crocodilo atraido por los chillidos se dirige hacia el punto donde suenan, y hallando el anzuelo con el cebo, lo traga inmediatamente. Empiezan á tirar los pescadores, y así que lo sacan á tierra la primera operación es cubrirle los ojos con barro: si se consigue esto no hay ya dificultad en manejar al animal, de lo contrario suele dar mucho que hacer (1).

Son muy curiosos los diferentes modos que tenían de tratar á este monstruo en varios puntos del antiguo Egipto, sin que sea fácil penetrar el origen de aquellas costumbres. Hacia el sur, cerca de las cataratas, servia el crocodilo de alimento, pero solo á una raza particular, como sucede hoy en Dóngola. En otras partes, como en Tebas y cerca del grande Lago Moeris (hoy Keroun), era moda el tener un crocodilo domesticado al que cuidaban con esmero prestándole una atencion respetuosa. “Adornan sus orejas” dice Herodoto “con pendientes de vidrio y de oro, y rodean sus piernas con vistosos braceletes. Les suministran racion diaria de pan y carne, y los atienden con el mayor esmero durante su vida. Despues de muertos, los embalsaman depositándolos en sepulcros consagrados.” Felizmente para la reputacion de Herodoto, se ha descubierto la momia de un crocodilo que tenia efectivamente perforadas las orejas, y en ellas señales de haber llevado pendientes. Menciona particularmente este hecho Mr. Geoffroy de Saint Hilaire (2).

Strabo refiere una anecdota singular de un crocodilo que vió al visitar el Egipto, unos 400 años despues de la permanencia de Herodoto en aquel pais. “En este distrito” dice, “es muy venerado el crocodilo, y hay uno con especialidad que vive por sí solo en el lago, y está muy domesticado particularmente con los sacerdotes. Dánle el nombre de *Suchus*, y se mantiene de pan, carne y vino que recibe de mano de los forasteros que vienen á visitarle. Nuestro huesped, que era persona de importancia en el pais, nos acompañó hasta el lago, provisto de un pastelillo, un pedazo de carne asada y una copa llena de un

licor dulce. Hallamos al crocodilo tendido á la orilla del lago. Acercáronse á él los sacerdotes, y mientras uno de ellos le abria la boca, otro introdujo en ella primero el pastel, luego la carne y por último el licor. El crocodilo despues de este banquete, dió un salto, se metió en el lago, y pasó nadando á la orilla opuesta (1).

PANORAMA MATRITENSE.

MI CALLE.

“Yo, Talia, en despedirte,
y tú en que me has de querer,
tigeretas han de ser.”

IGLESIAS.

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hacia la observacion de las costumbres para pretender seguir escribiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impassible del original ¿cómo pretender alcanzar aquella cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento; y ora rie, y charla y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse en nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier* “Pasajero en el navío no pretendo gobernar al piloto.” Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion del curioso el considerarle, no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas llegan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos, ni los señores periodistas de todos los colores del iris, ven mi nombre en las listas de sus abonados, ni el cartero sabe las señas de mi habitacion, ni en los cafés hago otra cosa que beber, ni pueden quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correaton, y que parece ya huyendo de su sombra. Como de paso, y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se su-

(1) Herodoto II, p. 70.

(2) Annales du Muséum, vol. IX, p. 386.

(1) Descripción del Egipto, lib. XVII.

ceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan, por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginacion un resultado tal de movimiento que apenas acierto á bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Así que procediendo por impresiones del momento y sin ningún conocimiento de causa, no es extraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto, venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airoosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derribar edificios, supongo de buena fé que habria sobra de ellos: cuando miro construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, sacó la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trajes me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinazos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle del Avapies, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz, y la fachada del Hospicio, entonces como que prescindo de todo lo demás que vi, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada día me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Panorama* y del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el extranjero; este refinamiento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer y deshacer lo hecho solo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo, y llevar el género clásico-retrógrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar á los unos y á los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros á la ópera italiana, desde la tribuna al sermon, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 12 y del 37 al... sábelo Dios; todos estos vaivenes todas estas inconsecuencias, toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos en fin mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el language de las piedras al language vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, joven y vieja, con recuerdos y con esperan-

zas, con fanatismo y con filosofía; mezcla en fin de lo de licado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Paede que haya alguna exageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapies, de la Montera y del Barquillo, de S. Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastará á probar *ex ungue leonem*, y por cierto ya que he nombrado *mi calle* no quiero renunciar á trazar este ligero *vervigratia*, este prospecto substancial, siquiera parezca impertinente y como traído á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia, ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras *camino real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez y torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras, empero, por su forma respectiva favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aquí el que los efectos del ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien á las inclinaciones, usos, y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el orden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de la dicha calle, deteniéndonos segun conviniere en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas, por dos ó tres de ellas que intestan algunos pies mas retiradas que las demás; lo cual sin duda debió originarse de algun plan de deshaogo y de mejora de esta calle que existiría en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fue abandonado despues. Este ligero desnivel, forma lo que en Madrid se llama una plazuela; bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con su rótulo y todo, se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la villa. VV., señores lectores, querrian que yo aquí compulsase el dicho rótulo, aunque no fuera mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen VV. que esto sería demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á S. Anton, y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: "Este es S. Anton, y este otro es el cochino." Yo en fin no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de esclamar «Esta es.»

Volviendo á la plazoleta de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero, y á una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del día, á saber; el carbonero, durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon; operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un es-

pectáculo no menos prodigioso que el de los Sres. *Dar-rás* y *Manche*; el herrador en lo restante del día usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie, y el cabrero al anochecer, como es uso y costumbre en toda egloga, echando á pacer las mansas cabrillas no ya la yerba *alfofarada*, sino los pedazos de tachuela, y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendría al menos aficionado, sino fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta, que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal; y que portal! *portal-passage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes y que se yo cuantas cosas. ¡Feliz situación de establecimiento!

«Si es ó no invención moderna
vive Dios que no lo sé!
pero delicada fue
la invención de esta taberna.»

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan las accesorias de dos establecimientos públicos el uno *financiero*, el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animación la tendencia y objeto de este siglo *del oro*. Uno y otro á decir la verdad, podrían haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagación de nuestras luces; afortunadamente para el último tercio de la calle ciertas tápias de un convento de monjas favorecen á la claridad del frente, máxime después que la revolución ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones; esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á mano la sección central del diabólico invento de Sayatini; mas allá brinda mil placeres al gusto, un establecimiento gastronómico de seis rs. arriba; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oído las mas punzantes sensaciones; y por último algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle; lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiércol; y todo en cuatro pasos como quince dice, y en estos cuatro pasos, que dan VV. todos los días, señores lectores, distraídos é indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano y la *pregghiera* del principal, ni en la carretela parada á una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Londres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad media, ni en la compaseada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del día, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada en fin de lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... —¿Su calle de V?—Si, señores lectores, la de VV., la mía; cualquiera de las calles de Madrid; se entiende, del Madrid de 1837.

El curioso parlante.

HABLA, SIN EL AUXILIO DE LA LENGUA.

Por extraordinario que parezca el aserto de que la falta total de la lengua no siempre produce mudismo, la existencia de este fenómeno no admite ya duda alguna, y se halla comprobado con varios ejemplos auténticamente certificados, de personas que aunque privadas de la lengua y aun de la civilidad, han conseguido sin embargo hablar, articulando las palabras clara y correctamente. Este es en realidad uno de los innumerables hechos que deben inducirnos á no recusar sin examen aun aquello que á primera vista parece estar en contradicción con la experiencia universal y el sentido común. Para imprimir pues en nuestros lectores esta importante lección, y por que el hecho es en sí sumamente curioso, extractaremos los hechos siguientes de una obra inglesa sobre medicina que goza de bien merecida reputación.

“Muchas personas hay que rehusan dar asenso á esta clase de hechos, por la sola razón de que no han presenciado jamas cosa semejante en su tiempo ó en el país que habitan; obrando en esto como el rey de Siam que trató de fabular el aserto de los embajadores holandeses, cuando le decían estos que los rios de su país se endurecían de tal modo en el invierno que se podía andar y patinar sobre ellos. Los ejemplos son muy numerosos y en algunos casos demasiado auténticos para tratarlos con escepticismo; y lo que deberemos hacer en tal caso es, no negar la evidencia, sino investigar y descubrir si es posible la causa del fenómeno.”

“Centenares de casos pudieran citarse en corroboración de la verdad de este hecho; pero bastarán los que siguen, que citaré de preferencia por haber ocurrido recientemente, y hallarse plenamente autorizados por testimonios que podrán no ser creídos, pero que no es posible disputar.”

“En el tomo tercero de las *Ephemerides Germanicæ* se lee la historia de un niño que á la edad de ocho años perdió el órgano entero de la lengua á consecuencia de una úlcera producida por las viruelas, y que sin embargo continuaba hablando después de este incidente. Fué este niño presentado al público, pero la novedad y extrañeza del caso suscitó la sospecha de que pudiese haber engaño; por cuya razón el niño y sus adictos recibieron orden de presentarse ante los miembros de la célebre universidad de Saumur reunidos en junta general para este efecto. En presencia de esta ilustre corporación sufrió el niño un severo examen respecto á la pérdida de la lengua y la facultad de articular que sin embargo conservaba. Quedó el hecho certificado, y la universidad dió su testimonio oficial y auténtico, con el fin (según se expresa en el documento) de que su veracidad no se pusiera en duda en lo sucesivo.”

“En las memorias de la academia de las ciencias de París para el año de 1718, se hace mención de una niña que habia nacido sin lengua, y que sin embargo aprendió á hablar, y articulaba con la misma facilidad y tan distintamente como hubiera podido hacerlo en el caso de disfrutar el uso completo de este órgano. Refiere el hecho un médico de reputación que lo examinó repetidas veces y con mucha detención, invitando á otros á que hicieran lo mismo.”

“Hará como unos 70 años que nuestro propio país ofreció un ejemplo no menos extraordinario de este fenómeno que sirvió de asunto para varias publicaciones insertas en las transacciones filosóficas (*philosophical transactions*). Es la historia de una jóven llamada Margarita Cutting, que á la edad de cuatro años perdió la lengua, y la civilidad á consecuencia de una afección cancerosa, con-

servando sin embargo el habla, la deglucion y el gusto sin la menor imperfeccion, y articulando con la mayor claridad y precision aun aquellas sílabas que requieren el auxilio de la lengua para su enunciacion correcta. Cantaba tambien admirablemente, y pronunciaba sin dificultad las palabras unidas al canto, no siéndole posible concebir el uso que hacian los demas de la lengua. Ni podian tampoco los dientes suplir en ella la falta de aquellos órganos, por ser pocos en número, y aun estos no sobresaliendo apenas de las encías de resultas de la enfermedad que habia destruido la lengua. Fue presentado este hecho á la Real Sociedad científica, atestiguado por el cura párroco, un médico de nota, y otro testigo respetable. Sin embargo la sociedad manifestó algunas dudas: determinó proceder á un segundo exámen, á cuyo fin nombró ella misma personas de su confianza que lo verificasen con arreglo á un programa dado de preguntas categóricas. El resultado de esta investigacion coincidió exactamente con el primer relato, y por último para certificar incontestablemente la verdad del hecho, pasó la jóven á Londres y presentándose á la sociedad desvaneció personalmente todo género de duda.»

El autor de la relacion que antecede conjetura que en estos casos la articulacion se efectua por medio de la glótis ó abertura de la laringe, en la cual supone la posibilidad de adquirir esta facultad extraordinaria por medio de una práctica continua.

GOMA ELÁSTICA.

La sustancia conocida con el nombre de goma elástica, fue desconocida en Europa hasta principios del siglo 18. Fue por entonces traída de la América meridional como un objeto de curiosidad, apareciendo entre nosotros en figura de botellitas, pájaros y otras formas convencionales, y nada se sabia de su naturaleza ni del modo de obtenerla sino que era una sustancia vegetal. Continuaron los europeos en la ignorancia de su origen hasta que una diputacion de la academia de ciencias de París pasó á la América del sur en 1735 en union con varios sábios de otros países, y entre ellos por parte de la España D. Jorje Juan y D. Antonio de Ulloa, con el objeto de obtener la medida correcta de un grado de meridiano. Estos naturalistas no limitaron sus investigaciones al importante objeto de su mision, sino que enriquecieron al mundo científico, certificando varios hechos relativos á la historia natural, que hasta entonces permanecieron ocultos y desconocidos. Entre otros la procedencia de la goma elástica, su naturaleza y el modo de obtenerla, fueron objetos á que dirigieron su atencion y descubrieron en Esmeraldas, (Brasil) árboles llamados por los naturales *heves* que destilan un jugo lactinoso que despues de seco apareció ser la goma elástica. Hallaron igualmente este árbol en la Cayena y á las orillas del rio de las Amazonas. Posteriormente se ha descubierto otro árbol, tambien en la América del sur, llamado *jatropha elástica* que produce asimismo la goma elástica.

Haciendo en estos árboles una incision, destilan un jugo parecido á la leche, el cual dejándolo secar al aire se espesa y forma una sustancia compacta de color blanco puro, y que no tiene sabor ni olor. Debe su color negro la goma elástica que usamos al modo de curarla. El método mas usual de verificar esta operacion es el siguiente. Sobre unos moldes de tierra gredosa, á los cuales se dá la figura apetecida, se estiende una capa ó ligera cubierta del jugo ó goma y se pone á secar al humo: despues de seco

vuelve á dársele otra mano de goma y se deja secar de nuevo, continuando la misma operacion hasta obtener el espesor que se desea. Cuando fresca, recibe esta sustancia cualquiera clase de impresion que se le haga. Despues de seca, se rompe el molde interior estrayendo los fragmentos por un agujero que se deja siempre con este objeto. La goma elástica comun consiste pues en numerosas capas de goma pura, mezcladas alternadamente con otras tantas de negro de humo ú hollin.

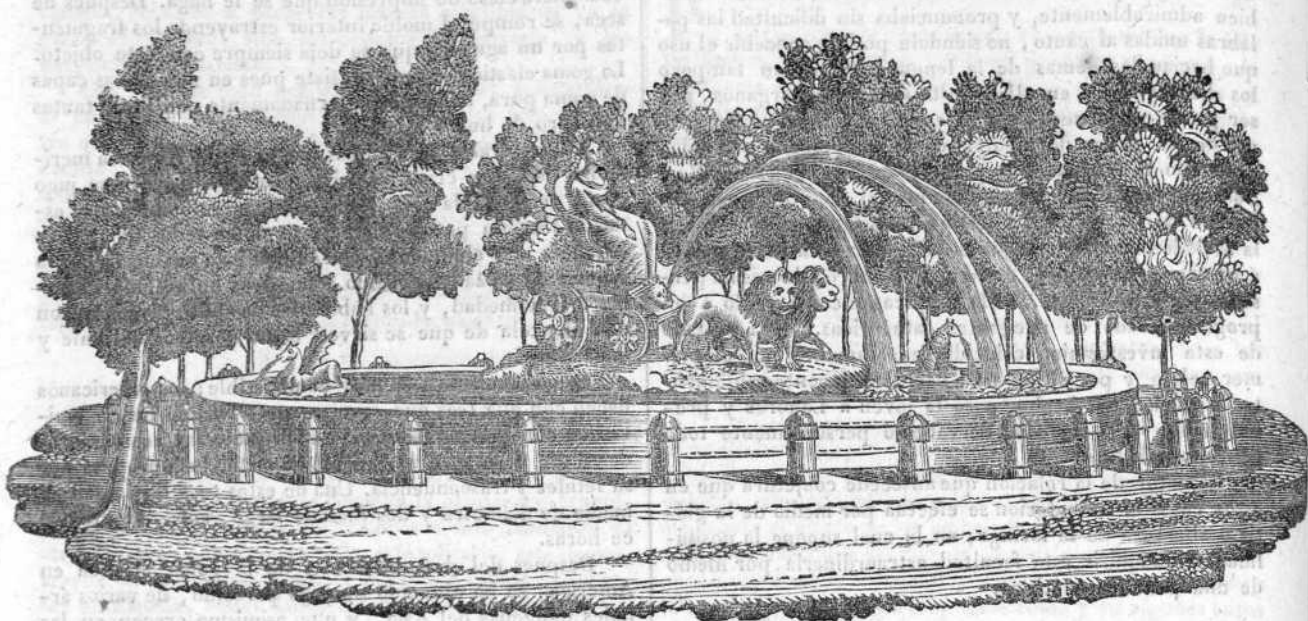
Los naturales de aquellas partes de la América meridional donde se crian los árboles citados, aplican su jugo á una variedad de usos. Recójeno generalmente en la estacion lluviosa porque aunque se dá en todos tiempos es entonces mas abundante. Hacen con esta sustancia cierta especie de calzado parecido á nuestras botas, impenetrable á la humedad, y los habitantes de Quito preparan con ella una tela de que se sirven como nosotros del hule y encerados.

La goma elástica es muy combustible; los americanos hacen con ella teas que arrojan una vivísima luz, y emiten un olor que no desagrada á los que estan acostumbrados á él, pero que no pueden soportar los europeos por su fetidez y transcendencia. Una de estas teas de pulgada y media de diámetro y dos pies de largo, arde durante doce horas.

Despues del descubrimiento de la goma elástica en América, se ha obtenido un jugo parecido, de varios árboles indígenas del Asia, y que asimismo crecen en las regiones trópicas. Son estos el *Ficus Indica*, *Artocarpus Integrifolia* y *Urceola elástica*. El fluido que produce esta última planta se cura de diferente modo, y constituye los trozos planos de goma elástica blanca.

Posee esta sustancia algunas propiedades peculiares y muy notables, las cuales desde muy al principio de su introduccion en Europa, han sido el objeto de incesantes investigaciones por parte de los químicos mas eminentes. Es la mas flexible y elástica de todas las sustancias, y tan tenaz, que no se consigue romperla sin considerable fuerza. Fue siempre el principal deseo de los químicos el disolver la goma elástica sin alterar su esencia y propiedades, de modo que pudiese formarse de nuevo y tomar cualquiera forma con la misma facilidad que cuando se halla en su estado primitivo de fluidez.

Hace algunos años que se han descubierto por fin dos solventes para la goma elástica que despues de evaporados la dejan en su estado de pureza. Desde entonces no tuvo ya límites el número de aplicaciones útiles que pueden hacerse de esta sustancia. Un ligero baño de esta solucion sobre cualquiera tela la hace impenetrable al aire y á el agua, al paso que puede doblarse con la misma facilidad que antes de recibir esta preparacion. De este modo se han hecho almohadas y aun colchones de viento que provistos de una boquilla con su llave, se llenan de aire cuando se quiere, formando blandas y suaves camas, y descargándose de nuevo se doblan y llevan en el bolsillo. Capas y capotes impregnados en esta sustancia se hacen asimismo impermeables, aumentándose considerablemente su utilidad. En otro número hablaremos de una invencion reciente en la cual se ha hecho una importantísima aplicacion de la goma elástica, y acompañaremos un grabado del árbol que la produce.



(Fuente de la Diosa Cibeles.)

LAS FUENTES DEL PRADO.

Una de las muchas circunstancias que realzan al *Prado* de Madrid entre los principales paseos de Europa, es la variedad y grandeza de sus fuentes, elegantemente ideadas, y distribuidas en él con grande oportunidad é inteligencia.

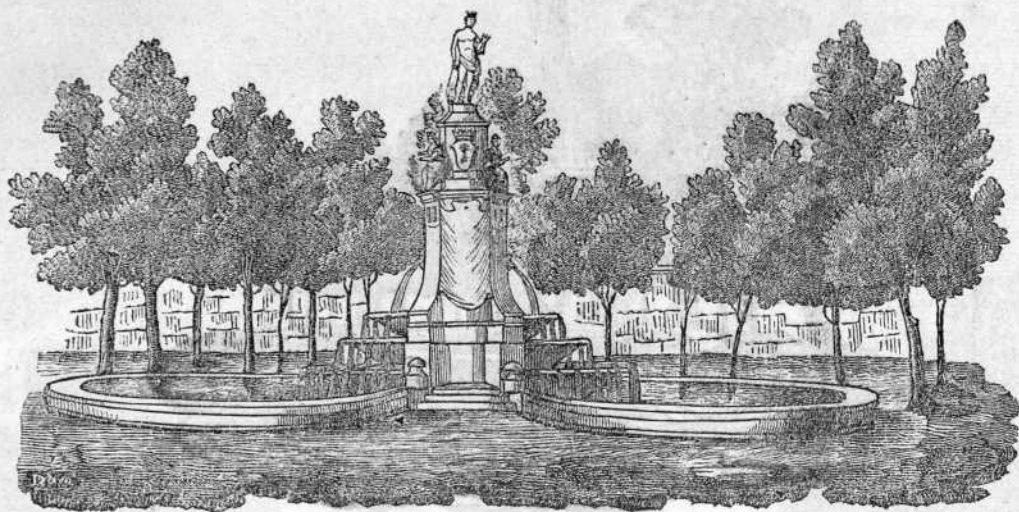
Todo el mundo sabe que la formación de este magnífico paseo fue obra del inmortal Carlos III, á quien debe la capital tantos y tan principales ornamentos, el cual bajo la influencia del ilustrado conde de Aranda, supo arrostrar las inmensas dificultades que se ofrecían para trasformar un terreno inculto, áspero y desigual en un sitio delicioso, elegante y pintoresco; empresa digna del gran Monarca que había sabido arrancar á la oscuridad las ruinas de *Herculano*, y edificado á *Caserta*.

Muchos fueron los proyectos presentados por diversos profesores para la formación de este paseo, pero entre todos ellos mereció la preferencia el trabajado por el capitán de ingenieros D. José Hermosilla, el cual alcanzó á sacar todo el partido posible de la irregularidad del terreno y de los límites que se le señalaron. Pero como no sea por hoy nuestro intento comprender el paseo en general (por haberlo hecho ya en otra ocasión), y debamos limitarnos á tratar únicamente de las fuentes que forman su principal ornamento, diremos que estas fueron ideadas por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, hombre de tan esquisito gusto que no sin razón es considerado como el restaurador de la arquitectura española.

La primera de dichas fuentes, que se halla colocada frente á la entrada del salón ó paseo principal, es la de la *Diosa Cibeles*. Sobre un ancho pilón circular, y encima de unas peñas, se mira un elegante carro tirado por dos leones, en el que se halla sentada la estatua de la diosa, con la corona de torres, y las espigas en la ma-

no. Los escultores D. Francisco Gutiérrez y D. Roberto Michel, fueron los encargados de la ejecución de este pensamiento, y no puede negarse que lo comprendieron y desempeñaron con gallardía. Es sobremanera elegante el aspecto de la Diosa y muy brioso y natural el de los leones, prestando los demas accesorios tal animación al conjunto que parece que aquel carro va á salvar los límites en que está contenido, y proseguir su carrera triunfal. Sobre todo arrebatan la vista los abundantes y altísimos surtidores que naciendo al pie del carro, forman por cima de los leones una elegante curva y van á derramarse á los últimos extremos del pilón.

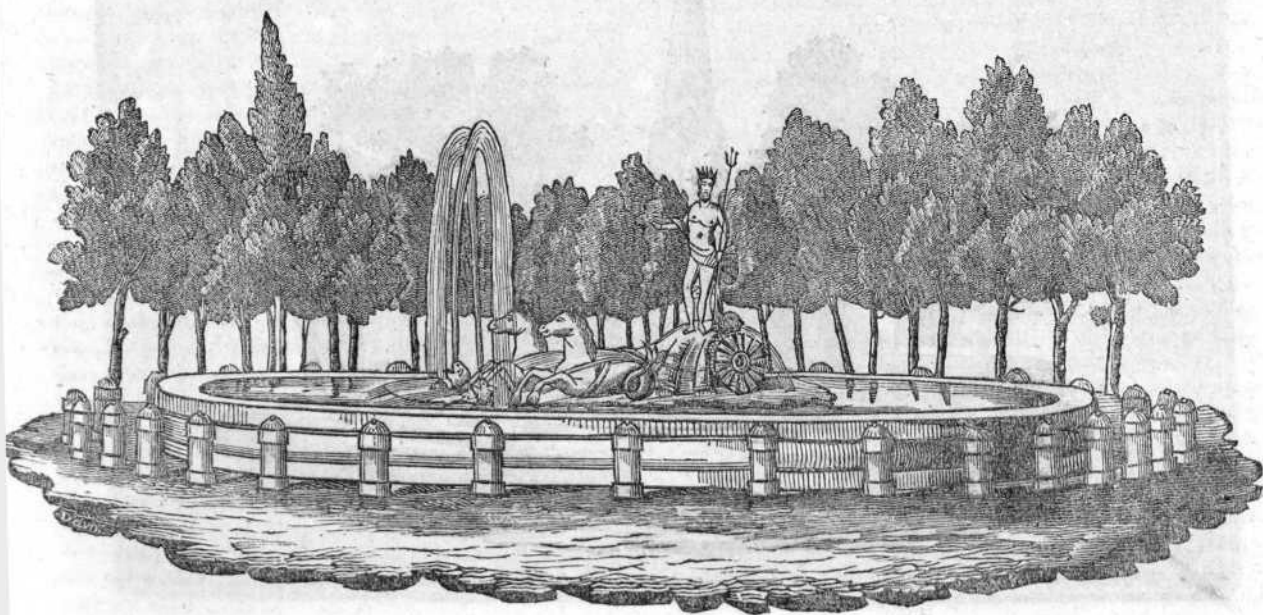
Hacia el medio del salón se halla otra grandiosa fuente, la de *Apolo*; graciosamente ideada hasta en el derrame del agua, que vertiéndose de una en otra taza forma una agradable armonía. La fuente tiene dos caras en que se repite exactamente, y en la parte superior de ellas se ven sentadas á los cuatro vientos otras tantas estatuas que representan las estaciones del año. El célebre D. Manuel Álvarez dejó concluidas estas cuatro estatuas, de una ejecución bellísima sobre todo la que representa al Invierno. El Apolo que corona toda la fuente quedó comenzado por dicho Álvarez; pero estragadas sus formas por los oficiales al devastarlo, no tuvo valor ya en su ancianidad para corregirlo ó arreglarlo al modelo, ni era fácil. A su muerte encargó la Villa esta árdua empresa al acreditado profesor D. Juan Adán; pero este, que había dado pruebas de su saber, en la corte y fuera de ella, no quiso aventurarse á perder la reputación, diciendo: «Si la obra sale buena se dirá es de Álvarez; y los defectos se atribuirán á Adán.» Convidóse por fin á D. Alonso Bergaz, y este aceptó el encargo pero haciendo modelo nuevo que desempeñó con bastante acierto.



(Fuente de Apolo.)

He aquí la inscripción que debió ponerse en esta fuente, cuyo original existe en el Ayuntamiento, y para la cual se hicieron las letras de bronce. D. O. M. Regnante Carolo III Hispaniarum Indiarumque Rege católico ex

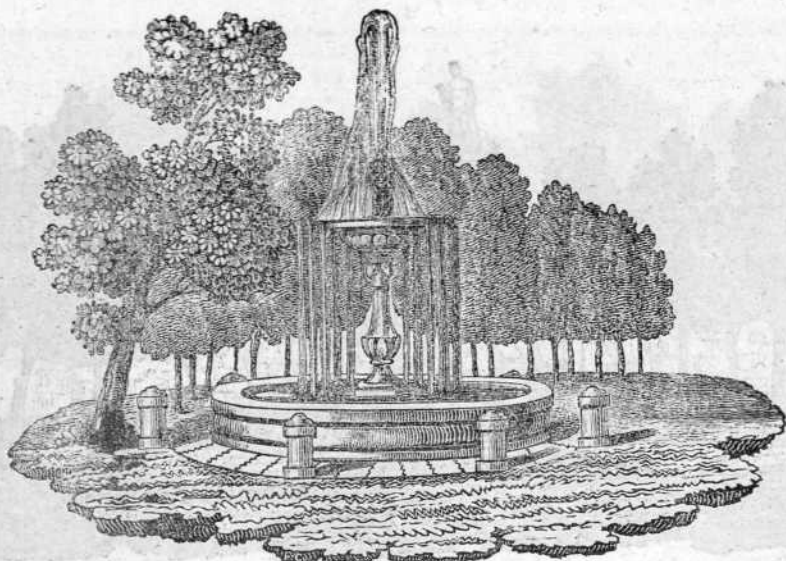
Senatus Consulto Aquas duci fontibusque immitit ad Salubritate Cursus publici arboresque irrigandas... S. P. Q. Madridensis... pecunia conlata curabit D. D. 1780... Bonaventura Rodríguez Architectus urbis opus moderabatur.



(Fuente de Neptuno.)

Al extremo del gran salon y frente á la carrera de S. Gerónimo, está la *fuente de Neptuno*, con un gran pilon circular, en cuyos centros se mira la estatua de aquel Dios, en pie sobre su carro de concha tirado por dos caballos marinos, con focas ó delfines, jugueteando de-

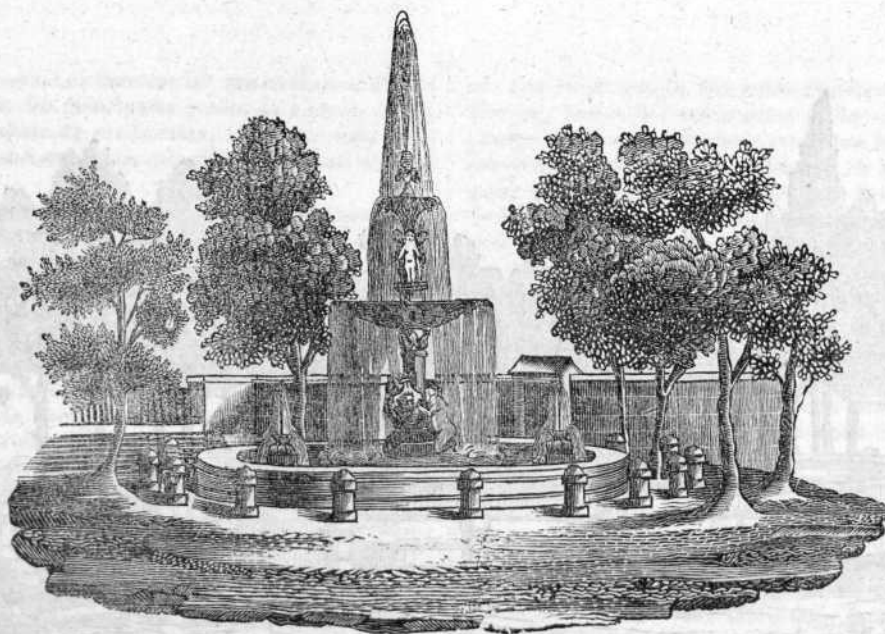
lante; todo muy bien ejecutado, aunque por no haber dado mas altura al pilon ó rebajado mas la base de toda la máquina, ha resultado que el carro, los caballos y delfines ruedan y nadan no en el agua, sino sobre peñas que aparecen descubiertas por cima de ella.



(Las cuatro fuentes.)

En la plazoleta que se forma á la salida de la calle de las Huertas, y entre el Museo y el Jardín botánico, se ven cuatro lindas fuentes iguales entre sí, compuestas de una sola taza sobre la que juegan unos niños con delfines,

á quienes obligan á arrojar por la boca un alto surtidor, cuyo pensamiento aunque impropio está ejecutado con mucha delicadeza.

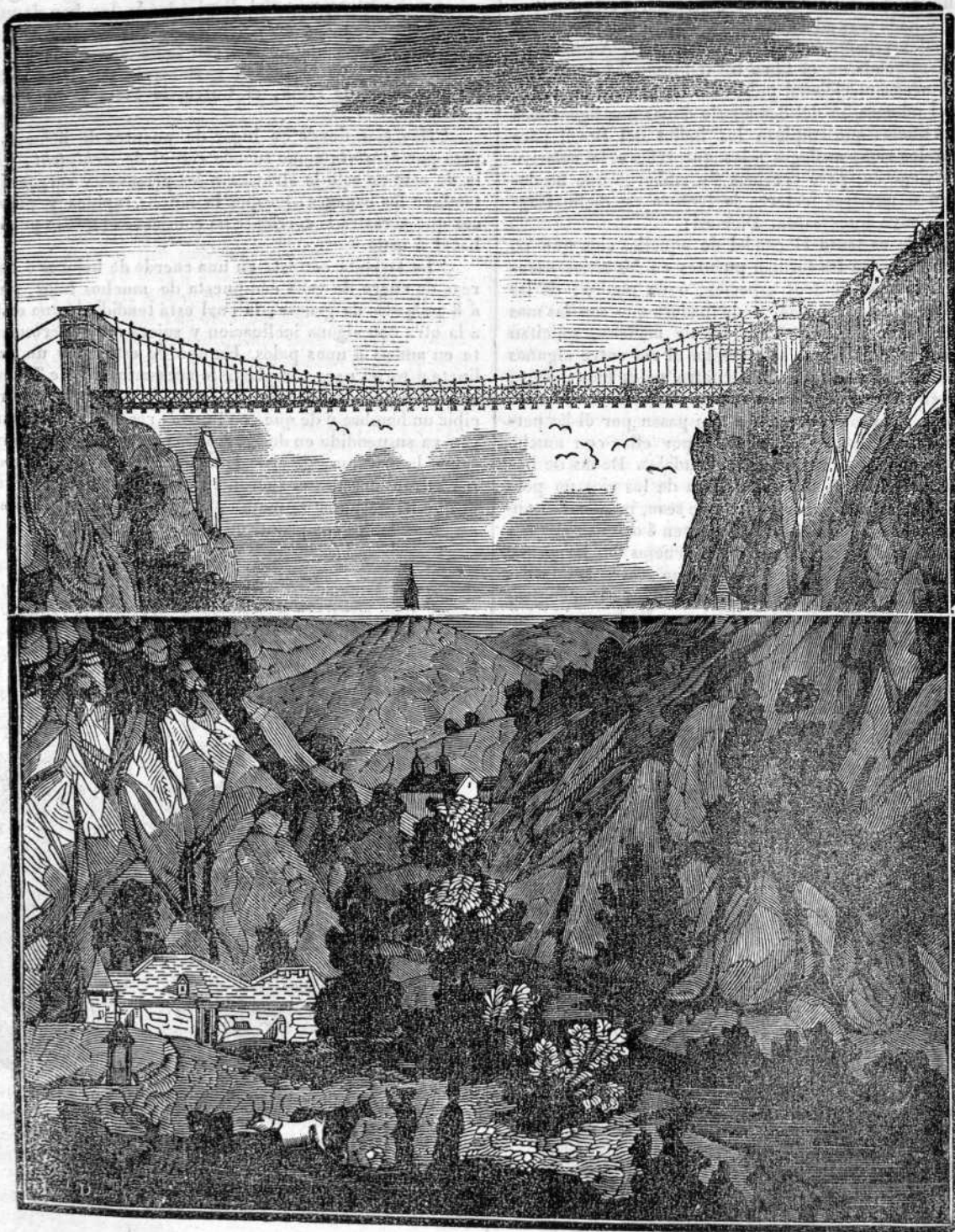


(La fuente de la Alcachofa.)

Ultimamente enfrente de la puerta de Atocha y entre la calle y paseo de este nombre se encuentra la fuente llamada de la Alcachofa, obra de D. Alonso Vergaz, su pensamiento consiste en un triton y una nereida agarrados á la columna sobre que está la taza y la alcachofa que remata la fuente sostenida por unos niños; todo ello de muy buen gusto y bien trabajado.

La abundancia de aguas de que estan dotadas estas fuentes contribuye grandemente á su suntuosidad; pero estas aguas que proceden de un viaje particular, que

tiene su origen en la esquina del Pósito, son demasiado gruesas para beberse, y únicamente es potable, y muy delicada la de los dos surtidores pequeños del pilon de la Cibeles, á que se trasladó la dotacion de la antigua fuente del Piojo, que estaba en la calle de Alcalá, y procede del viaje de Abroñigal bajo, cuyas aguas son las mas es timadas de Madrid.



(Puente de Friburgo.)

PUENTES COLGANTES.

Entre los medios conocidos hasta ahora para franquear el paso de los ríos ó de profundos valles causados por cordones de montañas escarpadas, merece una particular atención el de los puentes colgantes. El origen de este inven-

to, mas antiguo de lo que comunmente se cree, ha permanecido largo tiempo olvidado; pero el efecto natural del progreso de las ciencias y las artes no ha podido menos de reproducirlo en las naciones civilizadas en un estado de

perfeccion muy distante del que debió á sus primitivos autores.

Para formar una cabal idea del curso progresivo de esta bella invencion es necesario considerarla en su origen natural, y nada mas adecuado á este objeto que la relacion de los sabios españoles D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, consignada en el libro 6.^o del tomo 2.^o de su viaje á la América meridional publicado en Madrid en 1748.

En el número 35 del Semanario dimos una ligera idea de los artificios que emplean los indios del Brasil para atravesar los rios, análogos á los que refiere la relacion de estos viajeros: pero creímos sin embargo que no desagradará á nuestros lectores la lectura de dicho fragmento de suyo interesante. Dice así:

“Cuando es tanto el caudal de aquellos rios que no permiten vado, se les forman puentes en los sitios necesarios. Estas son de tres especies, ó de piedra, de las cuales hay allí muy pocas, ó de madera que son las mas comunes, ó de *bejucos*. Para las de madera, solicitan aquel parage donde mas se estrecha el rio entre algunos altos peñascos, y atravesando cuatro palos bien largos, forman el puente de vara y media de ancho con corta diferencia, cuanto sea capaz de que pasen por él las personas y cabalgaduras, traficándose por ellas con mucho peligro no menos de vidas que de caudales. De las de *bejucos* usan cuando la mayor anchura de los rios no permite el que los palos, por largos que sean, puedan descansar en sus orillas. Para hacerlas, tuercen ó colchan muchos *bejucos* juntos y forman maromas gruesas del largo que necesitan; tienden seis de ellas de una á otra banda del rio, y las dos quedan algo mas altas que las otras cuatro; colocan unos atravesaños de palos y poniendo encima ramazones, se forma con ellas el suelo, las dos que están mas superiores las amarran con las que forman la puente y sirven como de pasamanos para que se afirmen los que pasan; sin cuya precaucion seria muy fácil el caer respecto del bamboleo continuo que tiene cuando se anda sobre ella.”

legua mas arriba del puente, para que puedan salir cerca de él al otro lado por lo mucho que les arrastra la corriente, y los indios pasan á hombros toda la carga y aparejo. En otros rios del Perú, donde las hay de esta especie son tan capaces, que transitan por ellas las reuas cargadas, como sucede con la de *Apurimac*, por la cual se hace todo el tráfico y comercio del Perú entre las provincias de Lima, el Cuzco, la Plata y otras meridionales.”

“Hay rios donde en lugar de puentes de *bejucos* se pasa por *tarabita* como sucede con el de *Achipichi*, y en la de este no solo la atraviesan las personas y cargas sino tambien los bagages, porque la mucha rapidez y peñascos que arrastra la corriente no consiente el que lo puedan hacer á nado.”

“La *tarabita* consiste en una cuerda de *bejucos* ó correas de cuero de vaca compuesta de muchos hilos, de 6 á 8 pulgadas de grueso, la cual está tendida de una orilla á la otra con alguna inclinacion y sujeta muy fuertemente en ambas á unos palos. En uno de estos hay un molinete ó torno para templarla lo necesario. Sobre la maroma descansa un zurrón de cuero de vaca capaz de recibir un hombre y de que en él pueda recostarse; este zurrón va suspendido en dos horcones que son los que corren sobre la maroma: de cada lado tiene atada una cuerda, para tirar por alla el zurrón á aquel que se quiere llevar: el que ha de pasar se mete en él, y dándole desde tierra un empujon vá con prontitud al otro lado.”



“Las que hay de esta calidad en aquel territorio, solo sirven para las personas, pasando á nado las mulas: para esto las descargan y llevan desaparejadas cosa de media



“Para pasar los bagages hay dos *tarabitas*: una para cada banda del rio, y la rueda es mucho mas gruesa y mas pendiente; no tiene mas que un horcon de madera al cual cuelga la bestia despues de haberla sujetado con cinchas por la barriga, pecho y entre las piernas, y estando pronta, la empujan y vá con tanta violencia que en muy corto tiempo se halla de la otra parte. Las que estan acostumbradas á pasar en esta forma no hacen ningun momimiento, y antes bien ellas mismas se ofrecen á

que las aten, pero las que son nuevas en ello, se embravecen huyendo, y coccan en el aire cuando perdiendo tierra se ven de aquel modo precipitar. La tarabita de Achipichli tendrá de ancho 30 á 40 toesas ó de 70 á 90 varas, y de profundidad desde ella al agua de 20 á 25 toesas ó de 47 á 60 varas, que es bastante para que á la primera vista cause horror.»

Las contingencias á que se hallan sujetas toda clase de cuerdas, obligó muy luego á remplazarlas con cadenas y cables compuestos de diferentes hilos de fierro, modificando al mismo tiempo la gran plancha que sirve de pavimento á los puentes colgantes en términos de servir no solo para el cómodo y seguro tránsito de las personas á pie, sino de las caballerías de carga y carruages de todos géneros. Muchos han sido los puentes de esta especie contruidos de 40 años á esta parte en la China, Thibet, Estados Unidos de la América septentrional, Inglaterra y Francia por los mas célebres ingenieros, perfeccionando cada vez mas y mas su mecanismo hasta un grado verdaderamente maravilloso, y aun en España existen ya algunos cuyo buen servicio podrá servir de estímulo á la construcción de otros muchos segun lo vaya reclamando el progreso de comunicaciones y la necesidad de reemplaazar los puentes de fábrica que se arruinan por diversas causas.

Entre las construcciones maravillosas de este género merece una particular mención el puente de Friburgo, ciudad situada sobre la orilla izquierda del Sarine. Las riberas de este rio son muy escarpadas, y su altura sobre la madre es de 200 pies. Los viajeros que iban de Berna á Friburgo tenían por esta razon que bajar una colina de 200 pies de altura, pasar un puentecillo de madera sobre el rio, y trepar inmediatamente una nueva cuesta de igual elevacion para llegar al centro de la ciudad. Se tardaba entonces mas de una hora en atravesar á Friburgo en carruage.

Estas dificultades y retardos, hijos de la disposicion local parecian irremediables, cuando ocurrió á algunos genios atrevidos que seria posible ejecutar un puente colgante que uniese las estremidades de las dos cumbres entre las cuales corre el Sarine. El puente debia pasar por encima de una parte de la poblacion, y este proyecto parecia en realidad una verdadera paradoja. Sin embargo algunos ciudadanos celosos, y las autoridades, creyeron que debian presentar el proyecto á los ingenieros de todos los paises; se levantaron diferentes planos, y aprobó el gobiernó cantonal el de M. Challey, de Leon, el cual se ejecutó bajo su direccion inmediata.

Las puertas de orden dórico por las que se entra al puente, tienen 60 pies de altura total, y sus arcos 45 sobre una abertura de 21. El ancho de la mampostería es de 49 pies y su grueso de 21. Aunque no se emplearon sino trozos enormes de piedra calcárea dura del monte Jura, túvose por conveniente trabarlos con grapas de hierro, para cuyo efecto entraron en la obra mas de 2175 arrobas de hierro.

La estension del valle de Sarine en el sitio en que está construido el puente, ó la longitud total de este, es de 817 pies y medio.

No habrá quien no conciba que se dudaría desde luego en franquear tal distancia con solo un intermedio, y que lo primero que ocurriese á M. Challey seria sostener el puente en su medio; pero la dificultad de fijar con solidez un machon de casi 200 pies de altura en el fondo de un valle de aluvion, hizo que se renunciara á tal proyecto, y no tiene el puente sino un solo paso corrido de mas de 927 pies de longitud.

El piso está suspendido por medio de cuatro cables de alambre que pasan sobre la parte superior de ambas puer-

tas, y cada uno de dichos cables se compone de 1200 hilos. Como hubiera sido difícil manejar y tender tales masas, se hicieron por separado los elementos de que constan, y se efectuó su union al aire por medio de obreros que trabajaron colgados, sin que hubiese sucedido en medio de esto la menor desgracia. Se ha calculado que los cuatro cables juntos podrian sostener cerca de 60,000 quintales.

Los cuatro cables estan asegurados en ambas orillas dentro de cuatro pozos ó cavidades horizontales abiertos en la colina, en cada uno de los cuales se eleva un machon cilíndrico vertical que une tres bóvedas macizas sobrepuestas, embutidas con mucho cuidado en las rocas inmediatas, y amarradas despues á trozos inmensos de piedra muy dura. No podrian pues faltar los cables sin arrastrar todo el peso de aquellas enormes fábricas, fortificadas ademas por su adherencia á las rocas.

M. Challey empezó la obra en la primavera de 1832, arrojándose á verificar tan atrevida empresa con obreros del pais que carecian de esperiencia, ó que jamas habian visto puente alguno colgante, y ya el 15 de octubre de 1834 quince piezas de artilleria tiradas por cuarenta y cuatro caballos, y acompañadas de trescientas personas atravesaron el puente, reuniéndose en masa, ya en medio de él, ya en las estremidades, sin que el examen mas atento pudiese echar de ver el menor indicio de trastorno en la obra; y algunos dias despues pasó sin novedad alguna una procesion compuesta de toda la poblacion de Friburgo y sus contornos. Desde entonces los curiosos y comerciantes de todos los paises han concurrido á reunir el testimonio de su satisfaccion al de los cantones suizos, al ver ejecutado el puente colosal de Friburgo en dos años y medio.

El gasto total ha sido unos 2.400,000 rs.

El único puente que por sus dimensiones puede compararse al de M. Challey, es el llamado de Menai ó de Bangor, que junta la isla de Anglesea con la costa de Inglaterra. Por bajo de él pasan los mayores buques á todas velas, y fue construido por el célebre ingeniero Telford; y sin embargo la estension total del puente de Menai no es sino de 516 pies, 501 menos que el puente de Friburgo.

El piso del puente de M. Telford está á casi 100 pies sobre el mar, y el de M. Challey á 156 del nivel del rio Sarine.

Son varias y muy importantes las condiciones á que deben satisfacer en su construcción los puentes colgantes; las unas dicen relacion al enlace y mutua dependencia de todas las partes que componen su mecanismo, y las otras son respectivas á los agentes esternos que obran de continuo contra la forma y materia de aquel. El completo análisis de las primeras no puede contenerse en los estrechos limites de este artículo; y respecto de las segundas nos ceñiremos á indicar que en este género de construcciones es necesario atender á las variaciones de temperatura, al efecto de los pesos que han de sustentar y por consecuencia á las oscilaciones verticales, á las vibraciones longitudinales de las cadenas producidas por la elasticidad del hierro, á la accion de los vientos y otras varias circunstancias producidas por la combinacion de estas mismas.

El principio de suspension usado en los puentes ha sido ya aplicado con éxito el mas favorable á la construcción de embarcaderos muy á propósito para facilitar el embarque y desembarque de tropas y efectos de comercio, y acudir al socorro de los buques que corren riesgo de naufragio á la inmediacion de los puertos.

ECONOMIA RURAL.

Artículo dedicado á los habitantes de los distritos agrícolas.

Para que la agricultura haga rápidos progresos en cualquiera país, es preciso admitir el hecho de que las cosechas extraen gran parte de los jugos de la tierra, y que esta falta debe suplirse de algun modo. De aquí ha nacido la idea de abonarla ó estercolarla. Los agricultores han dividido estos abonos en dos clases, cada una de las cuales tiene un carácter distintivo, llenando objetos diversos en la economía de la vegetación. La primera comprende la descomposición de materias animales ó vegetales, y su principal objeto es alimentar la planta, aumentar su volumen y sostener la energía vital. La segunda llamada abono fósil ó séptico, desempeña un oficio mas humilde obrando mas bien en apoyo de la primera, que como parte directamente esencial al desarrollo de la vegetación. Bajo dicha denominación se comprende no solo la cal, la marga, y el yeso; sino la arena, cascajo, y greda; en una palabra, todo aquello que puede alterar la testura y calidad del terreno á fin de que la vegetación obre con mas libertad. La utilidad de la putrefacción de sustancias animales y vegetales para favorecer á aquella es universalmente reconocida; resta ahora manifestar el modo de usarla.

La putrefacción se verifica por el desprendimiento de las propiedades elementales ó gases: ahora, debe llamar la atención del agricultor, el no dejar que estos gases se pierdan en el estado fluido ú aeriforme, punto sobre el cual insistimos particularmente siendo cosa demostrada que en la práctica usual se desperdicia una gran parte del abono. Si una porción de estiércol extraído del establo se amontona y deja expuesto á la intemperie, se calienta desde luego y emite una columna constante de vapor. A medida que los gases se desprenden, disminuye el monton en peso y volumen, y al cabo de seis meses durante lo cual se han sucedido alternativamente la humedad y el calor, apenas queda una cuarta parte de la primitiva cantidad de materia que estender sobre el terreno, y aun esta no es ya otra cosa que una tierra negruzca y sin calor alguno. Los demas ingredientes que consisten en hidrógeno, oxígeno y azoe con algunas partículas de carbono en forma de ácido carbónico, se introducen en parte en la tierra, combiniándose el resto con la atmósfera. No son inútiles en el sistema general del universo, pues impelidos por las aguas y vientos se combinan tal vez con algun vegetal vivo, ó acaso van á alimentar alguna cosecha distante; pero son enteramente perdidos para el labrador que no supo aprovecharse de ellos. El escape de estos vapores es pues la mas reprehensible prodigalidad. Las aguas llovedizas que caen sobre el estiércol ocasionan ademas un doble perjuicio al correrse. El agua disuelve las materias putrefactas; su presencia pone los gases en movimiento, y pasando por el estiércol, recoge y se lleva el resultado de la descomposición. El permitir, pues, á este líquido el ponerse en contacto con el estiércol hacinado y escaparse luego sin cuidar de recogerlo ú aprovecharlo, es una negligencia perjudicial y una violación de las máximas de economía rural. La columna de vapores de que se ha hecho mencion contiene la verdadera esencia del abono, y debiera escrupulosamente evitarse su desprendimiento del monton de que procede, ó dirigirlo á otra nueva tierra que pu-

diese participar de sus cualidades nutritivas. Acaso muchos agricultores hay que no lo ignoran, pero pocos son los que obran como si lo supiesen. No son muy numerosos los pozos ó escavaciones convenientemente hechas para encerrar y preservar el estiércol que de tiempo en tiempo se saca de los establos y otros puntos: generalmente toda materia de esta clase se hacina en cualquiera parte y de cualquiera modo, en corrales ó parages abiertos donde las exhalaciones hallan paso libre y escapan á la atmósfera. Por este medio se pierden los principios ó agentes de la fertilidad para no volver jamás. Prestando algun cuidado á esta parte importante de la economía rural, puede el labrador hacer fructíferos terrenos que de otro modo no corresponderán jamás á sus afanes.

De los abonos generalmente usados citaremos en primer lugar la marga. Esta es una tierra naturalmente compuesta que se emplea con éxito en la mejora de las tierras. Se compone de una mezcla de cal y yeso con la que se combinan á veces una pequeña parte de sílica y algunas sustancias bituminosas. La principal ventaja de la marga es que se dilata, se desmorona y reduce á polvo estando expuesta al aire y humedad: tambien se dilata y prepara de otro modo amontonándola primero y extendiéndola luego á través del surco. En algunos casos se mezcla con estiércol comun, en cuyo estado es preciso usarla con método. Obra subdividiendo las partículas térreas y precipitando su descomposición: sus propiedades calcinosas desorganizando los cuerpos animales y vegetales los resuelve en sus elementos simples facilitando su combinacion con el oxígeno. El otoño es la estación mas oportuna para aplicar este abono. A pesar de las conocidas ventajas de la marga no produce sin embargo tan buenos resultados como la cal viva. La aplicación de esta ha regenerado muchas tierras, ha operado milagros convirtiendo pantanos y cenagales, despues de desecados, en excelentes tierras de labor que producen muy buen grano. La cal no encierra en sí propiedades suficientes á promover la vegetación, su principal influencia la ejerce sobre la materia inerte del terreno convirtiéndola en alimento de las plantas, y auxilia ó escita á los demas abonos que enriquece y estimula dando actividad á la tierra. Tambien influye en el aspecto mecánico del terreno: endurece y amalgama las tierras demasiado ligeras ó flojas atrayendo hácia ellas la humedad de la atmósfera, al paso que abre los poros de un suelo gredoso y adherido reduciendo su tenacidad. Donde quiera que se manifiestan los gérmenes vegetales ya sea en forma de menuda yerba ó en un estado de mayor debilidad aun, la cal usada con conocimiento los pondrá en acción hasta convertirlos en sosten de plantas robustas y crecidas. Ahora, donde aquellos escasean ó han sido aniquilados por el abuso de la cal, nuevas aplicaciones de esta sustancia en vez de producir buenos resultados serían conocidamente perjudicial. Una de sus principales ventajas es la de descomponer los piritas ferruginosos, una combinacion de yerro y azufre bastante comun en algunos terrenos y muy nocivo á la vegetación.

La ceniza tambien se considera útil para las tierras; obra atrayendo la humedad atmosférica por medio del álcali que contiene, acelerando así la vegetación. La basura de las casas y corrales y la que se extrae de las cuadras y establos, constituyen el abono ordinario en la mayor parte de los distritos, y este no necesita explicacion: lo que hay que tener presente es la distribución de él, ya sea en la sementera ó sobre la superficie del terreno antes de cubrirlo. Esta especie de estiércol no debe permanecer por largo tiempo extendido á fin de que no pierda de su fuerza: cuanto antes se labre la tierra sobre él, mejor, pues continuamente se desprende de sus propiedades. Ultimamente los polvos de hueso, esto es, huesos pulverizados de animales se han usado mucho como abonos

y con buen éxito. Los huesos se componen principalmente de fosfato y carbonato de cal, fosfato de magnesia, soda, y cartilago, y obran poderosamente sobre la vegetacion. El abono de hueso es muy ventajoso en las tierras ligeras y secas: la cantidad ó proporcion en que se usa es de 15 á 20 fanegas de abono por una de tierra: si se mezcla con estiércol comun y ceniza es aun mas eficaz. Este abono hace milagros donde quiera que se usa: ofrece la ventaja de transportarse con facilidad desde el punto de compra hasta las tierras, haciendo una carretada de esta materia la faena de 30 de estiércol comun. Se calcula que 29 fanegas de polvo de hueso dan el mismo resultado como abono, que 30 toneladas de cualquier otra materia.

La sal comun de mar, las algas marinas y el pescado, se usan tambien como abono en diferentes puntos de la costa, pero las ventajas que reportan son generalmente transitorias, pues ni el pescado ni las algas marinas pueden cubrirse con el arado tan pronto que conserven aun su frescura. Una de las principales ventajas del polvo de hueso como queda dicho es su portabilidad: siendo comparativamente de poco volumen puede transportarse sin gran trabajo y dispendios desde los puertos de mar por donde se importa á tierras distantes de la costa, que por este medio pueden competir con las que se hallan situadas á la inmediacion de ciudades populosas. Puede asegurarse que la introduccion de estos baratos, portátiles, y eficaces medios de abono que va progresivamente en aumento, ha causado poco menos que una revolucion, ciertamente muy ventajosa, en la suerte del agricultor.

LA RESOLUCION.

(Concluye el artículo inserto en el número 66.)

Desembarqué en Amsterdam: mi primer cuidado fue preguntar quien, entre los comerciantes pudientes de aquella ciudad, gozaba mas concepto de probidad y honor, y unánimes todos en nombrar á Myneer Odelman, me presenté á él. "Señor, le dije, un extranjero perseguido por la desgracia busca refugio en vuestra casa: este instante va á decidir si debe sucumbir bajo el peso de su desdicha, ó si á fuerza de trabajo y resolucion puede esperar el superarla. A nadie tengo en el mundo que me patrocine ó responda por mí; me lisongeo sin embargo de ser con el tiempo mi propia garantia: entretanto os suplico deis ocupacion á un hombre que ha recibido una educacion esmerada, que no carece de conocimientos, y sobre todo está ansioso de trabajar." Odelman despues de haberme escuchado y observádome con atencion, deseó saber quien me habia dirigido á él: La opinion pública, repuse. A mi llegada, pregunté por el hombre mas honrado y benévolo entre los ciudadanos de Amsterdam, y vos fuistis á una voz el nombrado."

Pareció chocarle la espresion resuelta y franca de mi language: fue discreto en sus preguntas, y yo veraz aunque reservado en mis respuestas; en una palabra, sin rasgar el velo con que queria permanecer encubierto, dije lo bastante para desvanecer sus sospechas, é impulsado por un sentimiento de estimacion hácia mí, consintió en ponerme á la prueba aunque sin compromiso

formal aun. Muy en breve observó que no habia en su escritorio otro mas asiduo que yo, ni tan deseoso de responder á su confianza."

"Sebastian," me dijo un dia (pues este es el solo nombre por el cual soy yo aqui conocido) "ha cumplido V. su palabra, y estoy satisfecho de su conducta: hé aqui un trimestre del sueldo que le he señalado por el primer año; espero y preveo con gusto que irá progresivamente en aumento."

"Que delicioso placer experimenté al verme dueño de los cien ducados que acababa de recibir! con cuanto cuidado reservé la mayor parte de esta suma! Con qué ardor me dediqué al trabajo de que eran el fruto! Y con qué impaciencia aguardaba los tres trimestres restantes de mi sueldo que debian aumentar mi tesoro! Uno de los dias mas felices de mi vida fue aquel en que pude remitir á París los primeros cien luises de oro que habia ahorrado: apenas llegó á mis manos el recibo de ellos, lo estreché sobre mi corazon, y cual bálsamo consolador sentí calmaba mi escitada sensibilidad."

"Por tres años consecutivos he gozado el mismo placer, al cual puedo dar ahora mas latitud, pues habiéndose aumentado mis haberes con algunas especulaciones mercantiles, son ya mis ahorros mas considerables: si esta remesa es tardía ha consistido solo en la muerte del único corresponsal de confianza que tenia en París, cuyo lugar me lisongeo, señor, se dignará V. ocupar: 15 años de trabajo bastarán apenas para satisfacer todas mis deudas, pero solo cuento 35 de edad; á los 50 seré libre, y podré volver á mi patria sin ruborizarme. Ah! cuan dulce y consoladora es para mí la idea de que el aprecio de mis conciudadanos podrá algun dia serme devuelto para hacer feliz mi vejez y respetables mis canas!"

Apenas acabó de hablar, cuando admirado yo de una probidad tan heróica, le aseguré que nunca habia conocido resolucion mas virtuosa que la suya. Esto le afectó sobremanera, y me dijo, bañados los ojos en lágrimas, que nunca olvidaria el consuelo que habia acompañado á mi despedida.

Llegado á París efectué sus pagos: sus acreedores deseaban saber en que se ocupaba y cuales eran sus recursos: sin entrar en esplicaciones sobre estos puntos, les hice participar sin embargo de la buena opinion que yo tenia de su integridad, y todos se retiraron satisfechos.

Comiendo un dia con mi notario Mr. Nervin, al oirme uno de sus huéspedes hablar de mi viaje á Holanda, me preguntó con cierto aire de desprecio y mal humor si habia yo visto alli por casualidad á un tal Sebastian Salvary. Como era fácil reconocer en sus miradas un sentimiento de malevolencia, me mantuve sobre mí y contesté, que habiendo sido el principal objeto de mi vuelta por Holanda visitar aquel pais, no tuve lugar de hacer conocimiento con los franceses que pudieran hallarse en él; pero que por medio de mis corresponsales no me seria tal vez difícil obtener algunas noticias relativas á la persona en cuestion si le interesaban. "No, interrumpió, no es cosa de eso; bastante me ha dado ya que hacer; es probable haya perecido de necesidad y de vergüenza; mejor fuera hubiese muerto antes de casarse con mi hija, y arruinarse como lo hizo; despues de esto, continuó, fíese V. en promesas galanas: en 18 meses cincuenta mil duros de deuda, y para completarlo todo espatriacion y miseria. Cuando caséis vuestra hija, añadió, dirigiéndose á mi amigo Nervin, consideradlo bien; un yerno desconceptuado é insolvente es una pobre adquisicion." Mr. Nervin le manifestó su estrañeza de que un hombre tan prudente como él no hubiera previsto estas desgracias; "Ya lo hice, repuso, y aun lo remedí en cuanto pude, pues el dia siguiente á

la muerte de mi hija tomé las medidas oportunas, y gracias al cielo he tenido el consuelo de recobrar su dote y propiedad personal; pero esto fue todo lo que pude salvar del naufragio, dejando solo despojos para los demás acreedores.»

Con mucha dificultad pude contener mi indignación, pero percibiendo después de su salida la impresión que este discurso había hecho en el notario y su hija, me apresuré á vindicar al honrado jóven ausente aunque sin descubrir el lugar de su retiro. «Habeis oído, les digo, á este inhumano suegro, hablar de su hijo con el desprecio mas cruel, pues bien, todo cuanto ha dicho de él es cierto; pero no lo es menos que este desgraciado es hoy la inocencia y la probidad misma.» Este exordio que les pareció muy extraño, interesó su atención, y padre é hija guardaron un profundo silencio mientras les relaté la historia de Sebastian.

Nervin es uno de aquellos hombre singulares cuyo carácter es difícil comprender: no puede darse una cabeza mas fría ni un corazón mas ardiente que el suyo. Es un volcan sepultado bajo un monte de nieve. Su hija al contrario llena de ternura y sensibilidad reúne á el alma fogosa de su padre, la madurez y aplomo de su razón.

Esta jóven estimable escuchaba mi narración con tanto interés como su padre, y á cada rasgo que manifestaba la integridad de Salvary, su esquisita sensibilidad y su firmeza en la desgracia, los veía yo mirarse el uno al otro con aquella dulce emoción que escita siempre la virtud en las almas puras. Observé sin embargo que el padre se ponía gradualmente mas pensativo, y la hija mas afectada.

Cuando llegué á las últimas palabras de Sebastian, «Ah! cuán dulce y consoladora es para mí la idea de que el aprecio de mis conciudadanos podrá algun dia serme devuelto para hacer feliz mi vejez y respetables mis canas;» vi á Narvin considerablemente afectado. «No, hombre virtuoso,» exclamó en la efusión de su generosidad, «no esperarás al último tercio de tu vida para ser libre y honrado como mereces; señor,» continuó, dirigiéndose á mí: «teneis razón, no hay en el mundo hombre mas noble, los deberes ordinarios y regulares cualquiera puede llevarlos, pero preservar en medio de la desgracia tanta probidad y resolución sin perderlas de vista por un solo instante, toca ya en la heroicidad; ya no cometerá mas desaciertos, yo respondo de ello; será benévolo pero cauto: conoce demasiado lo que le cuestan sus pasadas debilidades é imprudencias, y con perdón de Mr. D'Amene, este es precisamente el hombre que yo desearia para yerno; di, hija mia, cual es tu opinion?» «Yo, señor,» respondió Justina, «confieso que ese seria el esposo de mi elección.» «Lo será,» interrumpió el padre, «escríbele V. que venga á Paris donde le espera un enlace ventajoso: no le diga V. mas.»

Escribí: la contestación fue que el estado en que se hallaba le condenaba al celibato y la soledad, y que no queria envolver mujer é hijos en su deshonra, ni poner el pie en su país mientras hubiera en él un solo individuo ante quien temiera presentarse. Esta respuesta escitó aun mas la impaciencia del notario; «pidale V. me dijo, «una nota exacta de sus deudas, y dígame que una persona que se interesa en su futuro bienestar se encarga de arreglarlo todo.»

Salvary consintió en confíarme una minuta de sus debitos, pero añadió que su intención era satisfacerlos por entero y sin rebaja alguna; que lo único que pedia era tiempo. «Tiempo! tiempo!» interrumpió el notario, «no puedo concedérselo, seria ya vieja mi hija antes que él acabase á este paso de pagar sus deudas; déjeme V. esta nota; sé muy bien como debo obrar con un hom-

bre honrado.» A los dos dias vino á verme: «Todo esta ya satisfecho,» exclamó, «hé aquí las cuentas con sus correspondientes recibos: envíelas V., dándole á escoger en la alternativa de no deber nada á nadie, siendo esposo de mi hija, ó de tenerme por su único acreedor si rehusa darme el título de padre.»

Imagínese, si es posible, la sorpresa y gratitud de Salvary al ver destruidas todas las pruebas de su ruina, y con que ansia vino á dar gracias á su bienhechor. Se detuvo sin embargo en Holanda mas tiempo del que pensaba, y ya el impetuoso Nervin empezaba á quejarse de que este hombre era tardo y difícil de manejar. Llegó por fin á mi casa creyendo aun que su felicidad era solo un sueño; le presenté á su generoso protector, y su corazón recibió á un tiempo dos impresiones igualmente gratas: la bondad del padre y los encantos de la hija, la cual recordándole lo que tanto había amado en Adriana, le inspiró el amor mas puro; y así repetía con frecuencia que no podía decidir cual era el don mas precioso del cielo, si un amigo como Nervin, ó una esposa como Justina.—

La historieta que antecede presenta el ejemplo de una especie de valor de que carecen muchos desgraciados: el de no renunciar jamás á la estimación propia ni perder la esperanza en tanto que la conciencia es pura.

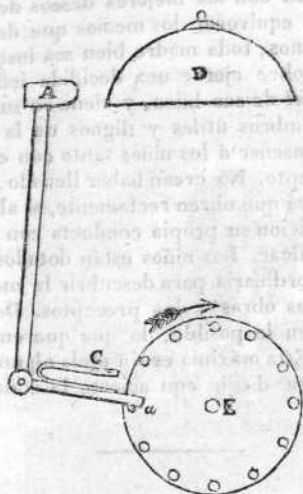
MECANISMO DEL RELOJ.

LA CAMPANA.

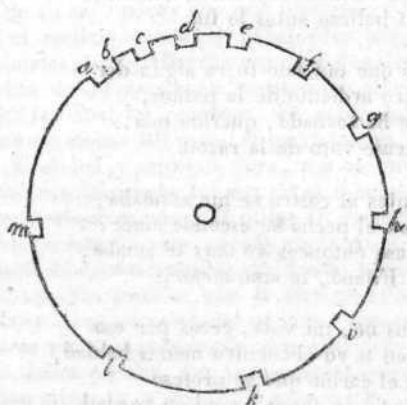
Aquella parte de la máquina de un reloj que hace jirar el horario y minuterio sobre la muestra, es lenta y constante en su movimiento, pero la que produce la repetición de las horas, obra solo á intervalos y con mayor rapidez. La fuerza locomotriz de esta parte del mecanismo es en la mayor parte de los relojes enteramente independiente de la otra, aunque en el momento de dar la hora tienen ambas cierta conexión. Un peso ó muelle, y una cuerda enroscada á un cilindro, es en esta como en la otra parte el agente del movimiento. Por medio de una rueda dentada anexa á este cilindro, se mueven varias otras, aumentando cada una en velocidad á medida que se separa del centro de acción. La última rueda que tal vez jira cincuenta ó sesenta veces en un segundo, está provista de una planchuela delgada de metal que, como las aspas de un molino, presenta cierta resistencia al aire, é impide por este medio la rotación demasiado precipitada.

Sobre la rueda E anexa al cilindro, hay un cierto número de puntas ó agujas (a) cada una de las cuales, al dar vuelta la rueda, levanta el mango del martillo A. B. separándolo de la campana D. Continuando el movimiento pasa la aguja debajo del mango que, libre entonces y obedeciendo además al impulso del muelle C. que lo lla-

ma hacia abajo, obliga al martillo á herir la campana, volviendo despues del golpe á su posicion primitiva.

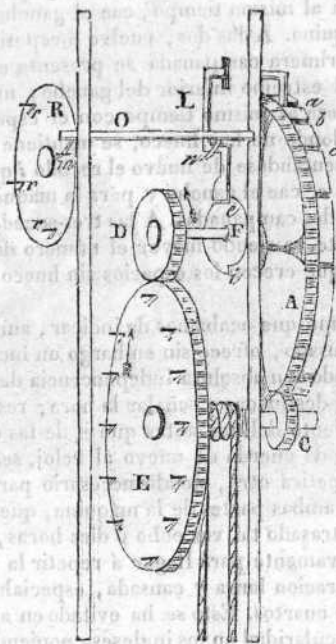


En la figura que antecede tiene la rueda doce puntas; por consecuencia cuando dé una vuelta entera, producirá doce campanadas. Hasta aquí vemos de que modo se consigue que suene el reloj, pero se deja conocer que con solo este aparato continuaría el martillo hiriendo la campana tres ó cuatrocientas veces hasta que se acabase la cuerda. La cuestion es ahora hacer que la campana suene solo de hora en hora, y aun entonces no dé mas que el número conveniente de campanadas. Esto se consigue generalmente con una plancha circular dividida en partes desiguales con muescas en la circunferencia, como se ve en el grabado que acompaña.



El principio sobre el cual se halla dividida esta plancha es el siguiente. Si la suponemos dividida en setenta y ocho partes iguales, la distancia de a á b será una de estas partes; la de b á c dos; la de c á d tres; y así sucesivamente hasta doce, componiendo setenta y ocho entre todas. Los dos primeros huecos en el grabado, como en la práctica, están reunidos. Va fija esta plancha á una rueda con 78 dientes, movida por un piñon de doce, anexo al cilindro de la rueda E (fig. 1.^a): por medio de esta combinacion cuando la plancha avanza $\frac{1}{78}$ de su circunferencia, por ejemplo, de a á b , la rueda E adelanta $\frac{1}{12}$ de la suya, una de las agujas pasará debajo del mango del martillo, y el reloj dará una campanada; mientras la plancha jira de b á c sonarán dos, y así sucesivamente. Falta ahora ma-

nifestar de que modo se obtiene que la citada plancha jire en cada hora de una muesca á otra, y explicar su modo de obrar en conexion con las demas partes de la máquina ya conocidas, y aquellas de que aun tenemos que hablar.



E' representa la rueda punteada de la fig. 1, vista en perspectiva. (1) B la plancha de la fig. 2 con sus huecos ó muescas a, b, c, d etc. A, la rueda de setenta y ocho dientes á que va unida, y C el piñon con 12 dientes que la dá movimiento. Se ha visto ya que la propension de la máquina, obedeciendo al impulso que la comunica el peso suspendido al eje de la rueda E, es jirar rápidamente hasta llegar el peso al suelo. Es pues necesario estorbarlo por medio de un obstáculo que obre solo cuando sea necesario, y deje en libertad la máquina cuando deba estar en movimiento. Este obstáculo es el gancho L, el cual por medio de un muelle (omitido en el grabado así como otros pormenores de la máquina para evitar confusion) tiende á permanecer tal como se halla representado. Este gancho tiene sujeta la máquina en dos puntos; en el recodo e de la rueda F, y en la muesca a de la plancha B. Removiendo este impedimento, esto es, levantando el gancho lo suficiente para que queden desembarazadas las ruedas, es claro que se pondrá en movimiento la máquina y la campana empezará á sonar. Esto se consigue por medio de la rueda R que forma parte del mecanismo destinado á señalar la hora (véase el número 65 del Semanario, fig. 6), y que por consecuencia tiene un movimiento constante y uniforme. Esta rueda dá una vuelta entera en cuatro horas: en cada una de ellas, por medio de las puntas (r) levanta la lengüeta m sujeta al cilindro O, y por consecuencia la otra lengüeta n levanta asimismo el gancho L una vez en cada hora, y la máquina comienza á andar. Mas, ¿cómo graduar el número de campanadas que debe dar, y hacer que el gancho vuelva á parar la máquina cuando sea necesario? Aquí empieza á hacer su oficio la plancha B. Tan luego como la lengüeta m ha pasado de la punta r vuelve el gancho á caer cediendo al impulso ya citado, mas como en este tiempo la rueda F y la plancha B han caminado algun tanto, no encuentra ya el recodo de la una ni la muesca de la otra en que poder encajar, y por consecuen-

(1) Se omite el martillo y la campana para hacer mas inteligible el diagrama.

cia no puede impedir el movimiento de la máquina. Si el reloj ha de dar la una, como la plancha B tarda en recorrer la distancia *ab*, precisamente el mismo tiempo que emplea la rueda F en ir de *e* á *i*, esto es el tiempo necesario para una campanada, coincidiendo el hueco *b* de la primera con el recodo *i* de la segunda, y presentándose por decirlo así al mismo tiempo, cae el gancho L en ellos y pára la máquina. A las dos, vuelve á repetirse la operación: á la primera campanada se presenta el recodo *e* para recibir el extremo inferior del gancho; mas como el superior tropieza al mismo tiempo con el espacio *b c* de la plancha B donde no hay hueco, se mantiene levantado, hasta que presentándose de nuevo el recodo *i* que coincide con la muesca *c*, cae el gancho y pára la máquina despues de haber dado dos campanadas. A las tres sucede lo mismo, y sucesivamente va siendo mayor el número de campanadas á medida que crecen los espacios sin hueco de la plancha B.

El mecanismo que acabamos de indicar, aunque el mas generalmente usado, ofrece sin embargo un inconveniente notable. Obrando con absoluta independencia de las demas partes del reloj destinadas á señalar la hora, resulta que si cesa el movimiento del uno antes que el de las otras, y en tal estado se le dá cuerda de nuevo al reloj, señalará este una hora y repetirá otra, siendo necesario para volver á poner acordes ambas partes de la máquina, que la campana que se ha atrasado tal vez ocho ó diez horas, las recorra todas sucesivamente para llegar á repetir la que marca el horario, operación larga y cansada, especialmente si el reloj repite los cuartos. Esto se ha evitado en algunos relojes, con particularidad en los ingleses, poniendo en conexión mas íntima el un mecanismo con el otro, por cuyo medio se consigue que repita siempre la campana la hora que señala la muestra. En otro número explicaremos esta mejora, y algunos otros pormenores que omitimos hoy, con lo cual creeremos haber llenado el objeto que nos propusimos, de dar una idea de esta utilísima aplicación de la mecánica á aquellos, entre nuestros lectores, para quienes era enteramente desconocida.

EDUCACION MATERNAL.

La responsabilidad que lleva consigo el carácter de madre reclama imperiosamente de las que lo son que procuran por cuantos medios están al alcance de la posibilidad el hacer de sus hijos seres buenos y racionales. No se consigue esto con solo enviarlos á la escuela á cierta edad. La educación mas esencial, aquella que en lo sucesivo tiene mas influencia en nuestro carácter, inclinaciones, ideas y consiguiente bienestar futuro, es la que recibimos bajo el techo paterno, la educación doméstica: sin ella los esfuerzos del institutor mas celoso é inteligente son infructuosos, y viene á ser puramente accidental el que el niño sea en lo sucesivo malo ó virtuoso. Aun los mejores maestros carecen de ocasiones en que poder observar los diversos matices del carácter de un niño, pues no hay en la regularidad de la enseñanza, oportunidad de que puedan manifestarse. En casa, en sus juegos, en las operaciones de la vida doméstica, libre de la sujeción que le impone el temor de la férula pedagógica, es donde se despliegan las inclinaciones y la índole del niño. Ni están todos los maestros dotados de la suficiente constancia y asiduidad para manejar y dirigir bien las propensiones de la niñez, y aun suponiendo que lo estén ¿quién mejor que una madre puede inculcar en la mente de su hijo las máximas de sana moral? Enunciadas por el labio de una madre amorosa hacia quien desde la cuna experimentó el niño las mas dul-

ces sensaciones de amor y confianza, no podrán ser consideradas por él como preceptos áridos y cansados. Es pues mucho mas fácil para una madre formar el carácter de su hijo, si bien aun con los mejores deseos deja tal vez de conseguirlo por equivocar los medios que debe emplear; pero, lo repetimos, toda madre bien sea instruida ó ignorante, rica ó pobre ejerce una decidida influencia sobre el carácter moral de sus hijos, y tiene en su mano el hacerlos ó no miembros útiles y dignos de la sociedad. A este fin deben enseñar á los niños tanto con el ejemplo como con el precepto. No crean haber llenado su deber con amonestarles para que obren rectamente, si al mismo tiempo está en oposición su propia conducta con las máximas que desean inculcar. Los niños están dotados de una penetración extraordinaria para descubrir la menor contradicción entre las obras y los preceptos. Debemos pues procurar, ser en lo posible, lo que queremos que sean nuestros hijos. Esta máxima es sin duda alguna de las mas importantes para dirigir con acierto la educación de la niñez.

MI CARIÑO.

¿Qué risa es esa, linda Filena,
que en tu semblante miro brillar,
y orna esa frente que la azucena
no sin envidia puede mirar?

¿Estás gozosa junto á tu amado?
¿sus sentimientos quieres saber?
pues ven al bosque que retirado
su grata sombra nos va á ofrecer.

Mas te idolatro que en el instante
en que dichoso tus gracias ví;
de tus virtudes soy ahora amante,
de tu belleza antes lo fuí.

Lo que tan solo fuera algun día
suspiro ardiente de la pasión,
ya se ha tornado, querida mía,
en firme voto de la razón.

Antes al rostro se me asomaba,
ora en el pecho se esconde amor;
si acaso entonces yo mas te amaba,
ora, Filena, te amo mejor.

Mas no, mi vida, creas por eso
que en tí yo encuentro menos beldad,
pues el cariño que te profeso
si perdió en fuego, ganó en verdad.

Y para premio de mi ternura
unidas tiene tu juventud,
á los encantos de la hermosura,
todas las gracias de la virtud.

Antes al rostro se me asomaba,
ora en el pecho se esconde amor;
si acaso entonces yo mas te amaba,
ora, Filena, te amo mejor.

H. V.



(El toro braçman.)

CULTO TRIBUTADO A LOS ANIMALES EN EL INDOSTAN.

Entre los actos de barbarie de que debiera el hombre avergonzarse, y que tanto disminuyen la dignidad y nobleza de su ser, pocos hay que repugnen á la humanidad como el maltratamiento y crueldades perpetradas con los animales, especialmente aquellos que desde el primer momento de su existencia prestan ya servicios al hombre que tan mal los reconoce. El noble caballo, el paciente y no menos útil asno, el perro mismo, este símbolo de la fidelidad y amistad pura, son víctimas del tratamiento mas inhumano tal vez en el momento mismo en que sus esfuerzos son mas útiles al dueño inconsiderado que los oprime. Y esto sucede entre nosotros; nosotros que apellidándonos hombres civilizados miramos con desprecio aquellos pueblos que si bien no cultivan aun las ciencias y las artes con tanto acierto, conservan en cambio otras virtudes patriarcales que el orgulloso europeo ha creído deber olvidar. Por lo menos concretándonos á la cuestion presente es indudable que cuanto mas nos apartemos del centro de los progresos, veremos mas humanidad hacia los animales. Aun sin salir de Europa, la Turquía misma, ese pais á quien favorecemos con el epíteto de semi-bárbaro, nos da el ejemplo en esta parte. Los turcos consideran como un deber el no maltratar sin necesidad á los animales, creyéndose obligados por la inversa á recompensar con el cuidado mas asiduo los servicios que de ellos reciben. Debe decirse sin embargo en vindicacion de la Europa occidental, que existe una sociedad en Inglaterra cuyo objeto es evitar la perpetracion de crueldades con los animales. Llor á los hombres benéficos que la componen, y ójala sean imitados sus esfuerzos en todos los demas paises!

Otro extremo no menos reprehensible que el que acabamos de indicar, y aun mucho mas si se considera el prin-

cipio supersticioso á que debe su origen, es la veneracion con que son tratados los animales en la mayor parte del Asia meridional. La benevolencia de los musulmanes hacia ellos proviene solo de su bondad natural, y debe rara vez su origen á un sentimiento religioso; asi estas manifestaciones no esceden por lo general los límites racionales. Los turcos se abstienen de maltratar, mas bien que favorecer, y aun su mansedumbre se estiende solo á los animales inofensivos: pero en el Indostan donde las relaciones del hombre con la mayor parte de los animales estan fundadas sobre creencias supersticiosas, no es ya benevolencia, no es solo afeccion lo que les tributan, sino un culto respetuoso, una verdadera adoracion. Ni se limita esta á una especie particular; todas las razas tienen derecho á este homenaje; los animales feroces y destructores, los incómodos y nocivos son protegidos y venerados á la par de los mas útiles y mansos. Este culto toma su origen en la fe que prestan los indos á la metempsicosis ó transmigracion de las almas, á la presencia de un principio divino, de una emanacion celeste en toda criatura, asi como en las innumerables aventuras de los dioses de la India, de cuyas resultas se han puesto en relacion íntima con diferentes especies de animales. Parecen increíbles las costumbres, las instituciones extraordinarias que han producido estos sentimientos de los indos hacia los animales, y que ofrecen nuevos materiales á la historia de las aberraciones humanas. Todas las sectas se abstienen, por principio general, de dar la muerte á los animales; algunas, sin embargo, hacen escepcion de esta regla matando á las bestias feroces, y aquellas que pueden servir de alimento; pero en cambio las hay que no solo abominan este género de comida, sino que rehusan atentar á la vida de un animal cualquiera bien sea en

defensa propia ó para evitarse sufrimientos é incomodidades. Asi los Yainos, mordidos por una pulga ó un mosquito, se guardan muy bien de destruirlos, antes al contrario permanecen inmóviles temiendo ejecutar el menor movimiento que pueda contrariarlos en su operacion. Aun estos animales tan despreciables en la escala de lo creado, y que en nuestra opinion merecen, menos que otro alguno, privilegios de ninguna especie, son muy favorecidos en ciertos distritos de la India. Fúndanse para ellos hospicios y hospitales donde se reunen por millares, y cuando llegan á escasear los creyentes que por devocion y penitencia se someten á la voracidad de estos feroces insectos, alquilan mendigos que mediante cierta cantidad consienten en abandonarles por un tiempo dado sus piernas ó brazos. Otros insectos hay no menos festejados; y entre los cuadrúpedos hasta el raton disfruta de la conveniencia de estas fundaciones piadosas. Una de estas ratoneras, visitada últimamente por un viajero, encerraba sobre cinco mil habitantes, y una suma considerable pesaba sobre las rentas del estado para su mantenimiento. No hablaremos de las casas de refugio establecidas para otras diversas especies de animales, diremos solo que las monas parecen ser en general objeto de atenciones y cuidados mas solícitos. Ademas de los bananos que son para ellas otros tantos santuarios, hay numerosas enfermerias donde hallan segura y favorable acogida los ancianos y achacosos.

Segun la creencia de algunas tribus, el destino futuro de un moribundo depende principalmente del sitio en que reposan sus despojos, y es una garantía de felicidad eterna el ser devorado por ciertos animales. Sobre los montes del Himalaya, el estómago de un milano sagrado es un purgatorio que purifica el cuerpo. He aqui la descripcion que hace un observador inglés del procedimiento por el cual proporcionan á los muertos esta feliz sepultura. "En primer lugar lavan el cuerpo con mucho cuidado, y despues de prepararlo con varias ceremonias, lo meten en un gran mortero en el cual machacan juntos los huesos y la carne hasta que todo queda reducido á pasta. Con ella hacen bolas pequeñas que distribuyen sobre un campo destinado á este uso. Innumerables bandadas de milanos jiran sin cesar en torno de este sitio fúnebre, y descienden á tierra así que la aproximacion de un convoy les anuncia el apetecido banquete." La ventaja de ser devorado por estos milanos sagrados, se paga á un precio exorbitante, por cuya razon solo los grandes personajes y los ricos obtienen este privilegio. Los cuerpos de los pobres son patrimonio de los buitres. Esta creencia de los pueblos del Himalaya existe tambien entre los Parsis de la corte de Malabar. "Su cementerio principal" dice el mismo viajero que acabamos de citar, "está situado á la orilla de la mar, y consta de un edificio circular, sin techo, de unos 60 pies de diámetro y 30 de altura. El interior, de sólida mampostería, es en forma de embudo con un pozo en el centro muy capaz y profundo. Al rededor de este pozo, hay en la fabrica varios huecos con menos declive que lo demas, sobre los cuales se depositan los cuerpos para que sean presa de los buitres. Asi que estos han despojado los huesos de la carne que los cubria, acuden los parientes del difunto y precipitan el esqueleto en el pozo de donde los estraen despues por caminos subterráneos para arrojarlos en la mar. Los guardas de este cementerio velan con cuidado sobre los cuerpos depositados en su recinto para observar cual de los dos ojos será primero arrancado de su órbita por el buitre. Si es el izquierdo, el juicio pronunciado contra el muerto ha sido terrible y severo; por la inversa si es el derecho la sentencia es favorable."

Los indos llevan aun mas adelante que los antiguos egipcios los honores religiosos que rinden á ciertos ani-

males. No causa ya risa la estravagancia de los homenajes que el emperador Calígula queria fuesen tributados á su caballo-consul, al ver el culto de que son objeto los elefantes blancos en varios puntos del Asia como Siam, Pegú, y el imperio de los Birmanes. Estos elefantes tienen una corte rica y brillante como la de un príncipe soberano. Una servidumbre numerosa está anexa á cada uno de ellos. La vasta mansion de uno de estos privilegiados brutos, estaba sostenida, segun la descripcion de un testigo ocular, por hermosas columnas y dorada interior y esteriormente. Una cortina de terciopelo negro bordada de oro ocultaba la entrada á las piezas interiores. El elefante, sujeto con cadenas de plata descansaba sobre un colchon de paño azul cubierto con una rica alfombra, y sobre ella una colcha de seda carmesí. El oro, los diamantes y los rubies brillaban sobre los espléndidos barneses. Cuando lo llevaban al baño iba precedido de una música estrepitosa, y al volver le lavaba un camarero los pies en una palangana de oro. Tenia un día señalado de recepcion y audiencia; el pueblo venia á adorarle, y los embajadores extranjeros eran admitidos á hacerle la corte y ofrecerle sus regalos. El buey no es venerado con tanta pompa y fausto pero disfruta de igual consideracion, y si bien no pasa la vida rodeado de una magnificencia real, no es por esto menos dulce y cómoda su existencia. En ciertos casos, y mediante la debida interpretacion, puede disculparse el acto de dar muerte á un animal cualquiera, pero maltratar á un buey es un sacrilegio que nada puede justificar. En medio de los horrores de una escasez general que desoló á la India en 1812 once indos acosados por el hambre se estraviaron al punto de matar una vaca y devorarla: pagaron todos este crimen con la vida, cargados de maldiciones.

Hay una especie de toros á los cuales se tributa una veneracion aun mas profunda. Esta raza, mas pequeña que la de nuestros bueyes comunes, se acerca á la familia de los bisontes por una protuberancia entre las espaldillas, distinguiéndose ademas en varios pellejos ó papadas que penden de la parte inferior del cuello. El grabado colocado á la cabeza de este artículo representa un individuo de esta especie. Sus formas son redondas y bastante graciosas. Su fisonomía es dulce, su humor pacífico. En su carácter así como en su figura, tiene algo de la languidez asiática, y aun ciertos rasgos de la desdenosa seguridad de los Bracmanes. La veneracion publica confunde en realidad, y coloca en el mismo rango al animal sagrado, y á estos sacerdotes únicas personas encargadas de su cuidado. Dichos toros designados por respeto con el nombre de *toros bracmanes*, tienen su domicilio en las dependencias ú accesorias de los templos á cuya inmediacion pasan la vida en el ocio y el regalo. No hay una barrera que no caiga, una puerta que no se abra delante de ellos, ni un prado á cuyo pasto dejen de tener libre acceso. La solicitud con que se procura prevenir sus deseos, les ha inspirado una confianza, una familiaridad que todo otro que un creyente hallaría incómoda y vejatoria. Penetran en las casas é hincan un diente caprichoso en cuanto tienta su apetito. Se pasean lentamente por los bazares, y si algo atrae su atencion en las tiendas ó en los puestos, derriban sin cólera y con la mayor indiferencia cuanto se les pone por delante, y comen los granos, frutas ó legumbres que se apresuran los mercaderes á ofrecerles con la mas obsequiosa complacencia. Sin embargo no sin esperanza de alguna retribucion reciben los indos pacientemente estas visitas importunas: los toros bracmanes están particularmente consagrados á mas temible de los dioses del Indostan; al destructor Siva; llevan sobre el anca uno de los símbolos alegóricos de la divinidad á quien pertenecen por la circunstancia de ser

un individuo de su raza, el buey Nandi, quien tiene el honor de servir á Siva de cavalgadura ordinaria. Piensan pues los indos que sus buenos oficios hácia la montura pueden engraciarlos con el ginete. Sirvense ademas del sagrado animal como de un medio de transporte para ellos mismos. Feliz el indio que expira en las aguas del Ganges asido á la cola de un buey ó de una vaca! Puede estar seguro de llegar via recta y sin tropiezo al paraiso del Indostan.

Esta masedumbre exagerada de los indos hácia los animales ofrece un contraste singular con el desprecio que hacen de la vida y de los padecimientos corporales, de lo cual hemos presentado ya algunos ejemplos en uno de los números de este periódico (1).

PACIENCIA.

El vasto círculo de la sociedad humana ofrece una infinita variedad de caracteres, ideas y pasiones. Cada individuo se distingue de los demas por algun rasgo peculiar, asi que no es posible hallar dos personas perfectamente iguales. En medio de esta continua diversidad, no puede menos de suceder que en el roce y trato social se encuentren genios opuestos y mal avenidos, resultando diferencias, choques é incomodidades. De aqui nace que en cualquiera esfera, asi la mas elevada como la ínfima, en cualquiera condicion de la vida pública, privada y doméstica, se originan con frecuencia motivos de irritacion. Provócanos á veces la insustancialidad de las personas que nos rodean, otras, su indiferencia y desvio; la aspereza de un amigo, el orgullo de un superior ó la insolencia de un criado. Rara vez pasa un dia entero sin ocurrir alguna cosa que mortifique al hombre de temperamento fogoso. Por supuesto este hombre vive siempre en una continua zozobra: desconoce los goces que proporciona un genio pacífico y uniforme. Criados, amigos, esposa, hijos, todos, por la desenfrenada violencia de su carácter vienen á ser para él causa de incomodidades y vejaciones. En vano disfruta las ventajas de la opulencia, en vano goza salud y prosperidad; el menor incidente, la contrariedad mas leve bastan á turbar la paz de su espíritu y acabar sus placeres; hasta sus diversiones mismas van mezcladas de turbulencia y cólera.

Yo suplicaria á este hombre que considerase cuan insignificantes son en sí mismas las provocaciones que recibe ó cree recibir, pero cuan grandes las hace él permitiendo que le despojen del dominio que debiera ejercer sobre sí mismo. Cuantas horas pierde de verdadera felicidad que con algo mas de paciencia le fuera dado disfrutar! Cuán fácil es á la persona mas insignificante el hacerle desgraciado! "Pero acaso", exclama, "estoy yo dotado de la insensibilidad de las piedras?" "¿Cómo ha de resistir el hombre á tan continuas provocaciones ó sufrir con paciencia una conducta tan poco razonable?" Amigo mio; si no puedes mirar con indulgencia las debilidades de los demas, sepárate de la sociedad pues no sirves para vivir en ella; huye del trato de los hombres, y retírate á la montaña ó al desierto, pues aquí, en medio de tus semejantes han de ocurrir necesariamente ofensas y provocaciones. Asi pudiéramos esperar cuando la atmósfera está en calma que no viniese á turbarla jamas el menor viento, como suponer que puede pasar un largo periodo de nuestra vida sin sufrir incomodidades pro-

ducidas por la agena debilidad. Donde quiera hallamos al necio y al imprudente, al importuno y al egoísta, al ingrato y al perverso. Ellos son las espinas y malezas de que está sembrado el sendero de la vida, y solo aquél que puede caminar entre ellos con paciencia y ecuanimidad, el que se halla preparado á soportar aquello que sabe ha de suceder, es digno del título de hombre.

Cuando logramos sofocar por algunos instantes los arrebatos de nuestra impaciencia, conocemos cuan fútiles son las causas que la han escitado, y á las que damos tanta importancia. A las pocas horas ya se ha calmado por sí misma la tormenta, y queda enteramente olvidado el incidente que la produjo: ¿por qué, pues, no hemos de anticipar esta hora de calma, y empezar desde luego á disfrutar la paz y satisfaccion que necesariamente debe traer consigo? Si otros se han conducido mal, abandonémoslos á sus propios extravíos, sin hacernos víctimas de su capricho y castigarnos á nosotros mismos por los errores ajenos. La paciencia es pues una virtud cuya práctica nos prescribe no solo el deber sino la conveniencia propia. Es la razon del hombre en parangon de la impaciencia del niño; es el goce de la tranquilidad de espíritu comparada con la turbulencia y escitacion de las pasiones.

D. Blair.

PANORAMA MATRITENSE.

El duelo se despide en la iglesia.

I.

«Ved de cuan poco valor son las cosas tras que andamos y corremos en este mundo traidor, que aun primero que muramos las perdemos.»

JORJE MANRIQUE.

Solamente otra vez en mi vida me he visto tan apurado.... pero entonces se trataba de un padrinazgo de boda que la suerte y mi genio complaciente habianme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasion dar rienda suelta á la lengua y al bolsillo, y reir y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces, y echar pullas á los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera á la vecindad; mas ahora ¡qué diferencia!.... otros deberes mas serios eran los que exigia de mí la amistad.... ¡Fue este privilegio de los años que blanqueando mi cabellera han impreso en mí aquel carácter de formalidad legal que la *Novísima* exige para casos semejantes!

Dia 1.º de marzo era.... me acordaré toda mi vida.... y acababa yo de despertarme y de implorar la proteccion del Santo Angel de la Guarda, cuando vi aparecen en mi estudio una de estas figuras agoreras que un autor romántico no dudaría en calificar de *siniestro bullo*; un poeta satírico apellidaría *espía del purgatorio*; pero yo á fuer de escritor castizo me limitaré á llamar simplemente *un escribano*. Venia, pues, cubierto de negras vestiduras, (segun rigorosa costumbre de estos señores que siempre llevan luto, sin duda porque heredan á toda el

mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne, me hizo la notificación de su nombre y profesión; *Fulano de tal, Secretario de S. M.*...—Confieso francamente, que aunque mi conciencia nada me arguya, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparición.... ¡Un escribano en mi casa! ¿pues en qué puedo yo ocupar á estos Señores?... ¿Denuncias?... Yo no soy escritor político, ni tal permita Dios. ¿Notificación? Con todo el mundo vivo en paz, é ignoro siquiera donde se vende el papel sellado. ¿Protesta? Un autor no conoce mas letras que las de imprenta. ¿Pues qué puede ser?—Voy á decirselo á V., me replicó el Escribano, aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad.

Ignoro si V. es sabedor de que su amigo D. Cosme del Arenal está enfermo.—¿Cómo? pues cuando? si hace pocas noches que estubo jugando conmigo en Levante una partida de dominó.—Pues en este momento se halla muy próximo á llegar á su ocaso.—¿Es posible?—Si señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecucion; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio á cuatro dias, fijos, y sin cortesia (con arreglo al art. 447, título 9.º, libro 2.º del código de comercio), ha reducido al D. Cosme á tal estremidad, que en el instante en que hablamos se halla, como si digéramos, apercibido de remate, y á menos que la divina providencia no acuda á la mejora, es de creer que quede adjudicado esta misma tarde al Sr. cura de la parroquia.

Viniendo ahora á nuestro propósito debo notificar á V. *pro forma*, como el susodicho D. Cosme hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in articulo mortis*, á causa de una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento y declarar su última voluntad, ante mí el infrascripto escribano Real y del número de esta M. H. Villa, según y en los términos en el contenidos, y son como sigue.—Y aquí el Secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In dei nomine* hasta el signo y rúbrica acostumbrados, y por la dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo D. Cosme habia tenido la tentación (que tentación sin duda debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposición final.

Heme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo á la consideración de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente á la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros, y asistir y consolar á su desventurada familia.—Encontré aquella casa en la confusión y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aquí y allí con cataplasmas y vendajes; los amigos habiéndose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete á llevar el último alcance á la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino á darla aun mayor interés; ya se habia traslucido el papel que me tocaba en ella, que si no era el de primer galán (porque este nadie se le podia disputar al doliente), era por lo menos el de barba característico, y conciliador del *interés* escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, los parientes, criados, y demas referentes al enfermo, me debían consideraciones, que yo no comprendí por el pron-

to, aunque en lo sucesivo tuve ocasión de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba el bueno de D. Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos entre la vida y la muerte, de que volvió por un instante á fuerza de alcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitian las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes periodos, creí escucharle estas palabras.... “Todos me dejan.... mis hijos.... mi mujer.... el médico.... el confesor....”—Cómo? exclamé conmovido; ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono?—No haga V. caso (me dijo llamándome aparte un joven muy perfumado, que sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un pomito á las narices del enfermo), no haga V. caso, todos esos son delirios y se conoce que la cabeza.... Vea V.; aquí hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenia remedio, se despidió y.... por señas que dejó sobre la chimenea la certificación para la parroquia.... el confesor, quería quedarse, es verdad, pero le hemos disuadido, porque al fin ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente? En cuanto á la Señora ha sido preciso hacerla que se separase del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad, que los nervios se resentían, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que dá al jardín; por último los niños tambien incomodaban y se ha encargado una vecina de llevarlos á pasear.—Todo eso será muy bueno, repliqué yo.... pero el resultado es que el paciente se queja.—¡Preocupación! ¿quién va á hacer caso de un moribundo?—Sin embargo, caballero, la última voluntad del hombre es la mas respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa á su esposa, interesa á sus hijos, interesa á la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos.—¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! Dijo el caballero y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardín.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes conmovidos por aquel terrible espectáculo fueron desapareciendo, y solo dos criados, un practicante y yo quedamos á ser testigos de su último suspiro, que á la verdad, no se nos hizo esperar largo rato.

II.

“Pompa mortis magis terret quam mors ipsa.”

El difunto D. Cosme habia casado en segundas nupcias á la edad de 59 años con una mujer joven, hermosa y petimetra.... puede calcularse por estas circunstancias la esquisita sensibilidad de la reciente viuda, y cuan natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.—La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó á ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la mas interesante solicitud. Al verme entrar la Señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano, hubo aquello de respirar agitada, y sollozar y desvanecerse y caer redonda en el almoadon. Aquí la tribulación de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elixirs y esencias antiespasmódicas; aquí el alfojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos!.... Pero en fin pasó aquel terrible momento y la viuda pareció en fin

resignarse con la voluntad del Señor, y aun nos agradeció á todos nominalmente por nuestros respectivos auxilios, como si ninguno se la hubiera escapado, en medio de la *ofuscación de su vitalidad*, que así la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda aflicción de la viudita con la lectura del testamento de D. Cosme, en el cual este buen señor con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio) hacía en favor de su consorte todas las mejoras que le permitían nuestras leyes; rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de excitar las mas vivas simpatías en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento, quedé instalado en mi fúnebre encargo, y despues de tomar la venia de la Señora, pasé á dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando como dejaba su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servia de escena á otra transformacion no menos singular, cual era la que habia experimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé á aquel sitio ya me encontré al buen D. Cosme convertido en Reverendo P. Fr. Cosme, y dispuesto al parecer y resignado á tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme á ella para negociar el precio y demas circunstancias de aquel viage final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecendentes de esta historia no me hubieran ya obligado á dilatar me mas que pensé, ocuparia un buen rato la atencion de mis lectores para transcribir aqui el episodio del dicho ajuste y las diversas escenas de que fui actor ó testigo durante él, en el despacho parroquial. — Pero baste decir que despues de largas y sostenidas discusiones, sobre las circunstancias del muerto, y la clase de entierro que segun ellas le correspondia, despues de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral, despues de arreglar lo mas económicamente posible la tarifa de respuestas, tumba, crucero, sacerdotes, sacristan, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo de segunda clase en los términos siguientes.

	reales.
A la parroquia, dependientes y cera.	1712
Ofrenda para los partíipes.	630
Dos bajones y seis cantores con el facistol á 24 rs.	192
Dos filas de bancos.	80
Nicho para el cadáver y capellan del cementerio.	490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas á 10 rs. y 24 mrs.	107—2
Seis hachas para el tñmulo á 8 rs.	48
La cuarta parte de misas para la parroquia.	250

3509—2

Ya que estuvo esto arreglado convenientemente, solo tratamos de echar como quien dice, el muerto fuera, pues todo el empeño de los amigos y aun de la misma

viuda era que no pasara la noche en la casa, por no sé que temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Balzac.

En los tiempos antiguos, cuando la civilizaci6n no habia hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria, uno, dos, ó mas dias, con gran acompañamiento de blandones y veladores, respuestas y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente en su custodia ó venian á derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religion y la filosofia encontraban en este patético espectáculo ámplio motivo á las mas sublimes meditaciones. Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invencion de los nervios (que no data de muchos años) nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aun no habrán enfiado la cama, cuando de inc6gnito, sin aparato planidero, y como dicen los franceses á la *derobee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa; v. g. una tinaja, un piano, ó una estatua de yeso. Luego que le hayan entregado al sacristan de la parroquia, este le hará colocar en una cueva muy negra y muy fria, y dando el gesto á una regilla que arranca sobre el piso de la calle le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela; y se asomarán, y harán muecas al difunto y dirán á carcajadas “¡qué feo está!” y los elegantes al pasar se taparán las narices con el pañuelo, y las damas exclamarán: “¡Jesus que horror! ¿por qué permitirán esta falta de policia?”

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañana con la fresca, le volverán á coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente á la llanura de Chamberi, ó le bajarán á las márgenes del Manzanares, donde sin mas formalidad preliminar, pasará á ocupar su hueco de pared en aquella monotona anaquelaria con su número corriente y su rótulo que diga “Aqui yace D. Fulano de tal” y sin mas disticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga á despertar la trompeta del juicio. Quédense la tierna solitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea á donde todos los dias al tocar de la oracion vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos á dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que solo la verdadera religion puede inspirar. Nosotros los madrileños, somos mas desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza á recorrerle.

III.

“Vestida toda de luto,
cédula que dice al aire,
aqui se alquila una boda,
el que quiera que no tarde.”

CASTRO, COMEDIA ANTIGUA.

A los cuatro dias de muerto D. Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de Holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes á El Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no se sé qué fuer6 militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y ademas, por advertencia de la viuda, que queria absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos,

no olvidé estampar al final de la esquila y en muy bellas letras góticas la consabida clausula de

“El duelo se despiden en la iglesia.”

Llegado el momento del funeral ocupé con el confesor y un vetusto pariente de la casa, el banco travesero ó de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del anciano D. Cosme que venían á tributarle este último obsequio, y de paso á contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto á la nueva jeneracion, no tuvo por conveniente enviar sus representantes á esta solemnidad, y creyó mas análogo el permanecer en la casa procurando distraer á la Señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y despues de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunfural, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetían su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías á las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilir hacia la puerta, hasta que cumplido este ligero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo de que ya la costumbre ha suprimido tambien la solemne recepcion del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creimos oportuno el pasar á dar cuenta de nuestra comision á la Señora viuda.

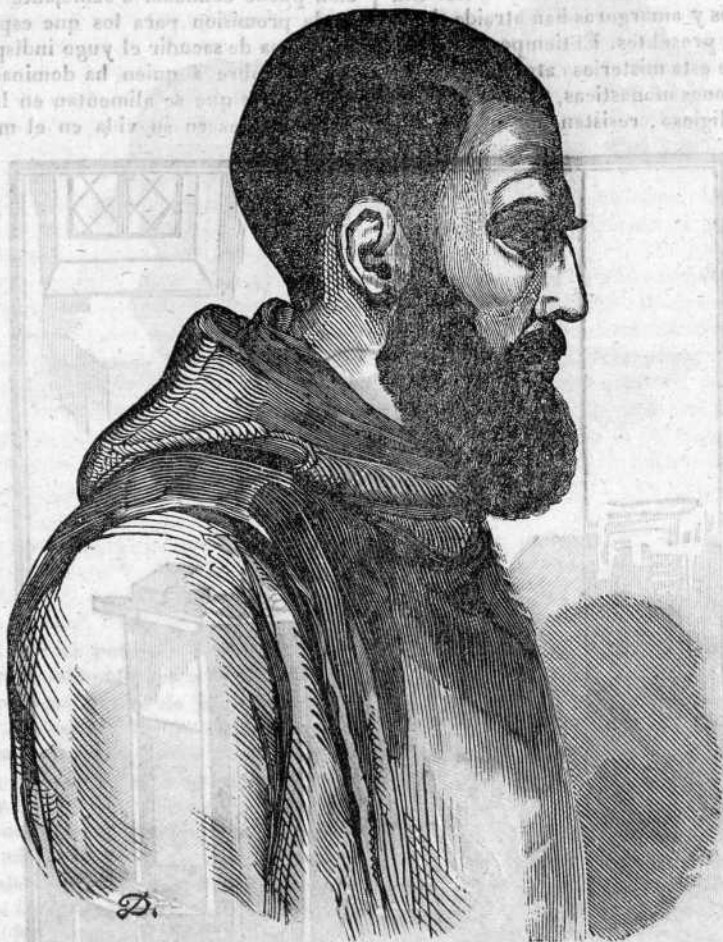
Hallabase esta en la situacion mas sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, tambien enlutadas, que la tenían cogida de entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Tibulo. — A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados diversas damas y caballeros (todos de este siglo) que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado. Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los duos *sotto voce* cesaron por un momento; la viuda como que hubo de llamar en su auxilio la *ofuscacion vital* del otro día; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron á distraer su atencion enseñándola las viñetas del “*No me olvides*”, y de aqui la conversacion volvió á reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetía, aunque en vano, su título. Despues se habló de viages, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecia recobrarse á la vista de aquellos halagüenos cuadros como la mustia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¿Qué consejos tan profundos, que observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor!... Viendo en fin mi compañero y yo que íbamos siendo allí figuras tan exóticas como las del silencio y la sorpresa que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala é interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante é iba á improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan “*Que Dios*” y concluyen “*por muchos años*”, cuando yo observando su imprudencia y lo mal recibido que iba á ser este apóstrofo extemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hacia la puerta diciéndole: “*Hombre de Dios, ¿qué va V. á hacer? ¿no sabe V. que El duelo se ha despedido en la iglesia?*”

El curioso parlante.

EL ESCARABAJO.

Todos los seres vivientes que pueblan la tierra, aun aquellos que á primera vista parecen mas insignificantes, han sido creados con un objeto especial, y solo nuestra ignorancia nos hace tener por inútiles á varios animales sin mas razon que la de sernos desconocida la parte que les toca desempeñar en la economía de la naturaleza. Por ejemplo, hay un gran número de personas que experimentan una repugnancia invencible hacia el escarabajo. Estos insectos son sin embargo muy útiles: que su apariencia sea desagradable no hace nada para el caso. Asi como los sapos y algunos otros animales, son una especie de sepultureros que se ocupan incesantemente en enterrar todas las sustancias bien sea animales ó vegetales que presentan síntomas de putrefaccion. Esta propiedad es comun á la clase general de escarabajos, pero especialmente á una casta particular (*necrophorus vespillo*) que se distingue por su cuerpo prolongado y negro, y dos bandas irregulares dentadas de un pardo amarillento. Un naturalista extranjero Mr. Gleditsch hace una descripcion interesante de la industria de este animal. Había observado que dejando en el suelo un topo muerto, particularmente si era en tierra movediza, desaparecia al cabo de dos ó tres dias y á veces en doce horas. A fin de averiguar la causa, colocó uno de ellos en su jardín, y en la mañana del tercer dia había desaparecido; levantó la tierra en el paraje donde lo había dejado, y lo halló enterrado á una profundidad de dos ó tres pulgadas, y debajo de él cuatro escarabajos que parecían haber sido los agentes de esta singular inhumacion. No percibiendo alteracion alguna en el topo volvió á enterrarlo, y al cabo de 6 dias lo halló plagado de gorgogillo, progeñie aparentemente de los escarabajos, que habían sepultado el cuerpo muerto para que sirviese de alimento á sus hijuelos. Para determinar este punto con mas claridad, encerró cuatro escarabajos en una campana de cristal llena hasta la mitad de tierra, y sobre la superficie de esta dos ranas muertas; en menos de doce horas había sido enterrada una de ellas por dos de los operarios. Los otros dos continuaron todo el dia en movimiento como si quisiesen determinar el volumen de la rana que quedaba, la cual al siguiente se halló tambien bajo de tierra. Introdujo despues un pajarillo muerto. Dos de los escarabajos comenzaron luego á operar sobre él. La primera operacion fue extraer la tierra debajo del cuerpo del pájaro á fin de formar una cavidad para su recepcion; y era curioso observar como desde el fondo de la fosa tiraban de las plumas del muerto para colocarlo en ella. El macho despues de echar fuera á la hembra, continuó trabajando solo por espacio de cinco horas. Alzó al pájaro, lo mudó de posicion, lo volvió y colocó en el hoyo; de cuando en cuando se subía sobre él y lo apisonaba, volvía á bajar y lo tiraba hacia sí desde el agujero. Por último, cansado al parecer de un trabajo tan asiduo, apoyó la cabeza en el borde de la fosa y permaneció inmóvil por una hora, al cabo de la cual volvió á comenzar su tarea. A la mañana siguiente se hallaba ya el difunto á mas de una pulgada de profundidad, pero el hoyo permanecia aun sin cubrir, y parecia estar colocado el pájaro en un ataúd. Por la tarde había descendido una pulgada mas y al dia siguiente se hallaba completa la obra y el cuerpo cubierto. Mr. Gleditsch continuó depositando en la campana los cuerpos de otros animales pequeños que fueron todos enterrados antes ó despues, resultando de esta operacion que en quince dias, cuatro escarabajos enterraron doce cuerpos muertos en aquel reducido espacio de tierra,

á saber; cuatro ranas, tres pajarillos, dos peces, un topo, y dos langostas. En otra ocasion un solo escarabajo macho enterró en dos dias á un topo, cuyo volúmen era cuarenta veces mayor que el suyo.



(Portero de un monasterio de la Trapa.)

LOS MONJES DE LA TRAPA.

El monasterio de la Trapa fundado en 1140, estaba situado en un valle de Normandía sobre un terreno desierto, estéril y despacible, especialmente durante la estación lluviosa. Era la Trapa un nombre de maldición, y el monasterio mismo en el siglo XVI llegó á ser objeto de terror en las escasas aldeas de la comarca. Llamaban á los monjes los *bandidos de la Trapa*.

Este orden religioso no fue realmente instituido hasta fines del siglo XVII. El catolicismo habia recibido fuertes ataques en diversos puntos de Europa por las sectas del protestantismo, y parecia que la religion menospreciada y agonizante iba á ser reemplazada por una indiferencia criminal. Pero entonces mismo por una reaccion natural resonaron hasta en el seno de la corte las mas enérgicas protestas; hízose general el entusiasmo por la soledad y el cenobitismo, y centenares de personas aun de las mas disipadas desaparecieron de la sociedad. El abate de Rancé que desde la edad de diez años habia obtenido la gracia del priorato de la Trapa, participó tambien del contagio general. Se retiró del mundo arrojando las rechiflas de sus compañeros de libertinage, y estableció en su monasterio una reforma cuya austeridad

ha hecho célebre esta institucion religiosa. A los setenta y cuatro años murió sobre un lecho de paja y ceniza. Esta vida fue admirada y ganó prosélitos. Se formó asimismo una comunidad de mujeres bajo la direccion de Luisa, princesa de Condé.

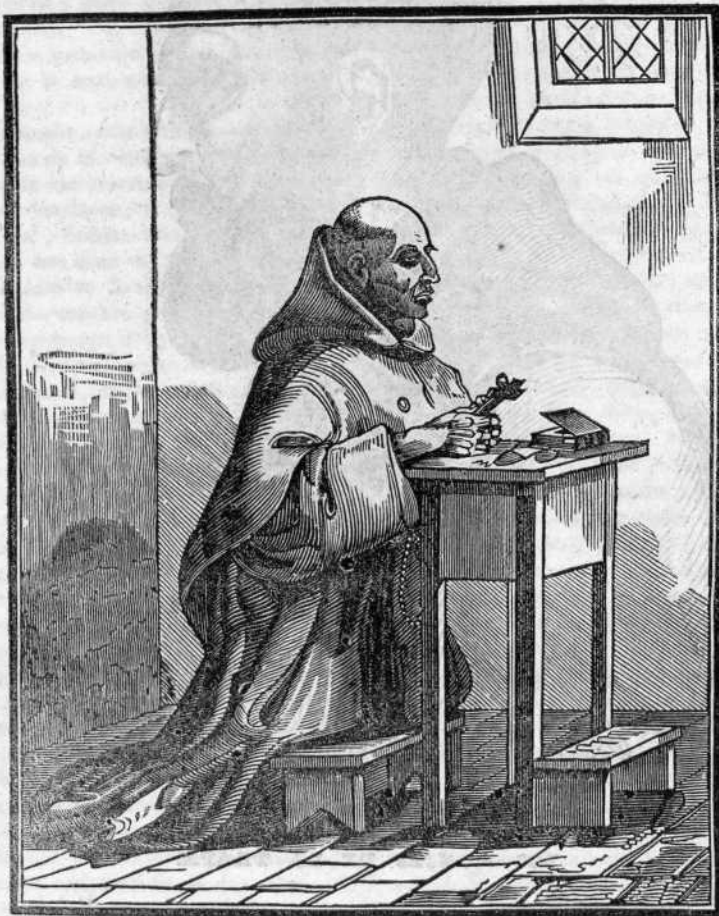
Sabidas son las conquistas que hizo el orden de la Trapa aun en el seno de las familias mas nobles y opulentas, entre la juventud y la belleza. Aquellas personas que por su nacimiento, educacion y fortuna parecian deber esperar un porvenir brillante y lisongero, desaparecian repentinamente de entre sus amigos y parientes cual si cayesen en un abismo, y al cabo de cierto tiempo se oía murmurar en todas partes: "La señorita de***, el conde de***, están en la Trapa."

Orar mentalmente, trabajar con ardor, sufrir toda clase de privaciones, macerarse el cuerpo con cuantos tormentos imaginó el ascetismo; vivir juntos sin conocerse jamás, ni aun de nombre, ignorar todo lo que pasa en el mundo hasta la muerte de una madre, una hermana ó un hijo, contemplar diariamente su propio sepulcro abierto por sus manos, mover la tierra de él pensando siempre en morir, condenarse á un perpétuo silencio in-

terrumpido solo de hora en hora para pronunciar estas lúgubres palabras: "*hermanos, de morir habemos!*.... Tal es la vida de un monje de la Trapa, y estas las seducciones que ofrecia este instituto á una sociedad rica en todos los progresos de las ciencias y las artes. Sin embargo estos sufrimientos y amarguras han atraído siempre un crecido número de prosélitos. El tiempo no ha disminuido considerablemente esta misteriosa atracción.

Esta clase de instituciones monásticas, tipo de la exaltación de un fanatismo religioso, resisten por su natura-

leza cualquiera cambio político, y toda medida coercitiva en vez de acelerar su destrucción, no haría sino aumentar el número de sus prosélitos. Es una prision voluntaria para aquellos á quienes solo su propia inclinación puede condenar á semejante destierro. Es una tierra de promision para los que experimentan la necesidad imperiosa de sacudir el yugo indispensable de la sociedad. Todo hombre á quien ha dominado una pasión violenta de aquellas que se alimentan en la imaginación, ha pensado una vez en su vida en el monasterio de la Trapa.



(Monje de la Trapa en oración.)

CHINCHES.

Las chinches crían cuatro veces al año, en marzo, mayo, julio y setiembre, y en cada vez ponen cincuenta huevos; dando un producto anual de doscientas chinches. Al cabo de once semanas ha adquirido la nueva chinche su perfecto desarrollo y se halla ya en disposición de reproducirse: sobre estos hechos se funda el siguiente cálculo. Supongamos que uno de estos animalitos se introduce en una casa antes del primer periodo de reproducción en la primavera; producirá en marzo 50 chinches y entre ellas 25 hembras. En mayo las 26 hembras (incluyendo la madre) darán 1300 hijuelos; suponiendo que 750 son hembras, tendremos en julio una cría de 35,500. Las 15750 hembras que habrá entre ellas, unidas á las anteriores 750 compondrán 16,500 las cuales en setiembre producirán 825000 chinches nuevas: de estas, 412,500 serán hembras y unidas á las 16,500 de la cría anterior harán 429000 que al siguiente marzo darán 21.450,000. Añadiendo á este número 429,005 machos que no hemos contado, resultará un total 21.909,025 ó muy cerca de

22 millones de chinches producidas todas por un solo individuo en el transcurso de un año. Nos equivocamos mucho si el conocimiento de este hecho no sirve de estímulo á la actividad y anhelo de la cuidadosa ama de gobierno, por extirpar la primera chinche que vea aparecer en su casa.

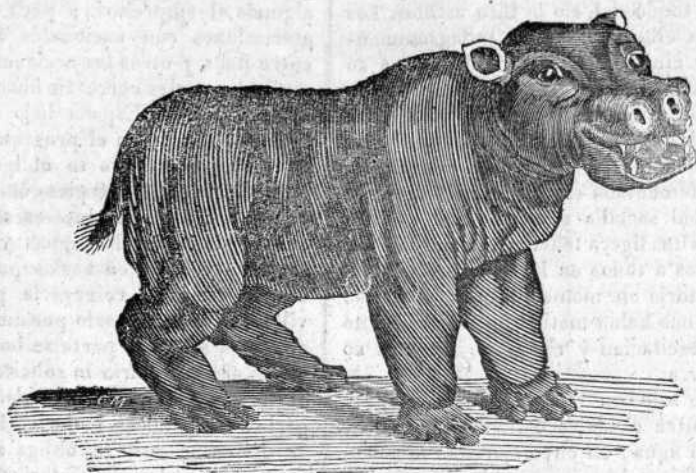
LA MEJOR DE LAS MUJERES.

La que hace felices á su esposo y á sus hijos apartando al uno del vicio y guiando los otros á la virtud, es infinitamente mas estimable que la heroína de novela cuya única ocupación se reduce á esparcir la muerte en torno de ella con los dardos de su aljaba ó de sus ojos.

REMEDIO INFALIBLE.

Señor Doctor; ¿qué remedio me da V. para la gota?—Viva V. con solo una peseta diaria, y esa gánela con el sudor de su frente.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.



EL HIPOPÓTAMO.

Este terrible animal se cria por lo comun en los grandes rios de Africa, principalmente desde la Etiopia hasta el cabo de Buena Esperanza. Tiene de 12 á 15 pies de largo desde el hocico á la estremidad de la cola, y sobre seis de altura. La cabeza es enorme y su boca rasgada y fuerte está armada de 30 á 40 dientes de 26 pulgadas de largo. Su peso es muy considerable. Las piernas son cortas en proporcion al volumen del cuerpo que sustentan, y en cada una tiene cuatro dedos provistos de fuertes uñas. Su piel de un gris azulado es tan espesa que, como la del rinoceronte, resiste la lanza y aun despide las balas especialmente en el lomo. No tiene pelo, sino es un poco en la cola y en el hocico.

El hipopótamo es anfibio, y permanece de preferencia dentro del agua donde sus movimientos son mas rápidos y ágiles que sobre la tierra. Nada con facilidad, ayudándole mucho el gran volumen de su cuerpo, y su fuerza y valor parecen aumentarse en su elemento favorito donde siendo mas peligroso atacarle se considera él mas seguro. Anda por el fondo del rio lo mismo que sobre la tierra. Por la noche sale á la ribera á pacer la yerba y comer el arroz y las legumbres que cultivan los negros, los cuales no atreviéndose á atacarle sino en número considerable no hallan otro medio de espantarlo que el de encender grandes hogueras y hacer mucho ruido. El hipopótamo no es naturalmente feroz, siempre que no se le molesta, pero cuando se siente herido su mansedumbre se convierte en furor espantoso: en este caso es muy de temer considerando su fuerza prodigiosa y las armas terribles de que está provisto.

El modo de matarlo es análogo al que se emplea con el crocodilo. El Dr. Edward Reippell, alemán, hace en la relacion de sus viages (1) una interesante descripcion de la caza del hipopótamo en Dóngola la cual transmitiremos en sus mismas palabras. Dóngola es una comarca de Africa que se estiende por ambas orillas del Nilo desde los 19° 43' de latitud Norte hacia el ecuador en una estension de 55 leguas próximamente.

“El arpon con que los naturales atacan al hipopótamo es todo de hierro y remata en un plano ovalado cuyos bordes son muy cortantes. Al extremo del mango va atada una fuerte cuerda que termina en una boya ó pedazo grande de madera. El cazador ataca al animal bien sea de dia ó de noche pero prefiere comunmente el dia porque puede sustraerse mas facilmente á la venganza de su furioso enemigo. En la mano derecha tiene el arpon y una parte de la cuerda y el resto de ella en la izquierda. Así preparado se acerca cautelosamente al hipopótamo mientras duerme este en alguna isleta del rio, ó le espera por la noche cuando sabe ha de salir á tierra á tomar alimento. Colocado á seis ó siete pasos de él, arroja el arpon con toda su fuerza, y si tiene acierto esconde el hierro y aun parte del mango en el cuerpo del animal. Este por lo comun se sumerge inmediatamente en el agua, pero la boya indica la direccion que ha tomado. Si el hipopótamo divisa al cazador antes de ser atacado, corre este inminente riesgo, pues suele lanzarse á él con increíble furia y despedazarlo en un segundo. Yo mismo presencié una de estas catástrofes.”

“Tan luego como el animal ha recibido un golpe cierto, los cazadores en sus pequeñas canoas se acercan con cuidado de la boya, atan á ella una cuerda y llevándose el otro extremo se apresuran á reunirse á sus compañeros que á cierta distancia los esperan en un bote mayor. Desde allí empiezan á tirar de la cuerda para atraer al hipopótamo que enfurecido por el dolor, no pocas veces consigue hacerlo pedazos con los dientes ó volcarlo. Entretanto sus enemigos no se descuidan; otros cuatro ó cinco arpones abren nuevas y profundas heridas, hasta que por último desangrado y exhausto exhala el último suspiro. Como el hipopótamo es demasiado pesado para sacarlo del agua sin el auxilio de muchos brazos (algunos pesan tanto como cuatro ó cinco baeyes) los cazadores lo despedazan en el agua, y traen á tierra los pedazos.”

“Uno de los hipopótamos que matamos, era ya viejo y de un tamaño desmesurado. Sostuvimos con él una lucha de cuatro horas por la noche, y poco faltó para que perdiéramos el bote grande y aun la vida al furor de este

(1) Viages en Nubia 1824 — 5. Frankfort sobre el Mein 1829.

terrible animal. Así que divisó los dos cazadores en la canoa que tenían el encargo de atar la cuerda á la boya, se lanzó á ellos, hincó los dientes en la canoa, y arastrándola consigo al fondo del río la hizo astillas. Los dos negros que iban en ella se salvaron milagrosamente á nado. De veinte y cinco balazos que dirijimos á su cabeza solo uno le atravesó la nariz: en cada respiración lanzaba por la herida un caño de sangre sobre el bote; por último despues de los mayores esfuerzos durante una lucha tenaz y prolongada logramos concluir con él. La oscuridad de la noche aumentaba el peligro del combate pues el gigantesco animal sacudía y zarandeaba nuestro bote como si hubiera sido una ligera tabla con no poco riesgo de volcarlo y sepultarnos á todos en las aguas; advirtiendo que logramos la victoria en momento muy oportuno pues nuestro enemigo nos habia metido en un laberinto de peñascos que en la excitación y riesgo de la pelea no habíamos echado de ver.»

La hembra produce solo un hijo en cada vez, y lo deposita en la ribera entre cañas, acostumbándolo muy temprano á entrar en el agua, en cuyo ejercicio lo adiestra llevándolo al principio sobre su espalda. Tiene solo dos ubres y su leche es tan buena como la de la vaca.

La carne del hipopótamo joven es muy sabrosa, pero la de los ya crecidos tiene demasiada gordura. Cuando estos animales se encuentran en el fondo del agua procuran evitarse; pero en tierra suelen pelear con encarnizamiento: para esto se levantan de manos y sentados como las monas se muerden con furor.

SOBRE CONDUCCION DE AGUAS Á MADRID.

Tenemos entendido que en estos dias ha llegado al Excmo. Ayuntamiento una propuesta hecha por una casa respectable de París para verificar el proyecto de traer abundancia de aguas potables á Madrid, obra que cada dia se va haciendo mas urgente, y no tardará en ser absolutamente indispensable si se quiere asegurar la existencia de la capital de la monarquía.

La propuesta á que nos referimos no hace, segun parece, indicacion de cual de los proyectos ideados es el que adoptaría en su caso el empresario, pero de todo su contenido y de la larga permanencia de aquel en esta capital, relacionado con todo lo mas importante de ella, se infiere que ha tocado las dificultades y pesado y combinado los medios de vencerlas, contando por resultado con la seguridad necesaria para aventurar su propuesta. Las bases generales que se contienen en esta, son, segun se nos asegura, las siguientes. —

El empresario se obliga á conducir al punto mas elevado de Madrid ó á aquel de la poblacion en que fuese mas fácil la distribucion en los barrios, *ciento sesenta y dos mil quinientos* pies cúbicos castellanos de agua por cada veinte y cuatro horas (1).

El empresario podrá tomar el agua en los sitios y parages que mas le conviniere, salvo siempre el derecho de tercero; y se valdrá libremente del ingeniero ó ingenieros nacionales ó extranjeros que elija, sin sujecion á otros planes que los que su pericia le hiciere formar, sin embar-

go de que le sean facilitados para su instruccion todas las noticias y proyectos formados hasta aquí.

El ayuntamiento no estará obligado á anticipar fondos algunos al empresario; pero estará autorizado á formar asociaciones con nacionales ó extranjeros, repartiendo entre unos y otros las acciones en que se dividiere el capital, las cuales correrán libremente en las transacciones mercantiles de España bajo la proteccion de las leyes segun se ofreció en el programa de 4 de octubre de 1834.

El ayuntamiento se obligará á tomar al empresario los referidos 162,500 pies cúbicos de agua, creyendo aquel que conviene á los intereses de la villa ser dueña exclusiva de todas las aguas y distribuirla en las casas como se verifica en varios pueblos de Inglaterra; pero el empresario se reserva la preferencia caso de que la villa quiera egecutarlo por empresa, y en el concepto de que esta segunda parte se haria por contrato separado.

Si el empresario lo solicitase del gobierno, este le facilitará el número de presidarios que tuviese á bien otorgarle, obligándose á darles lo que le cuesten al estado.

El empresario se obliga á pagar al contado ó como acuerde con los propietarios (previa tasacion) los terrenos que ocupe y daños que ocasione en la línea de conduccion de las aguas, relevándose por lo tanto de dar fianza.

Puestas las aguas en el punto que convenga, el ayuntamiento entregará al empresario *seis millones de reales* en dos plazos, á saber; soltadas las aguas en la altura convenida tres millones de reales y los otros tres al cumplir el año de la primera entrega. Además de la referida cantidad la villa se obligará á pagar al mismo empresario *veinte y cinco mil duros anuales* por espacio de cincuenta años seguidos, que podrá poner por acciones legalmente autorizadas para circular en el reino y en el extranjero; é hipotecando á la seguridad de todo esto las casas y edificios que tiene la villa en Madrid y los sotos y tierras de su pertenencia.

Toda duda ó desavenencia que pudiera existir entre el ayuntamiento y la empresa, se zanjará por compromisarios árbitros nombrados por las partes, y tercero á la suerte en caso de discordia.

Estas son, pues, las condiciones con que se propone esta empresa, ampliándose en ella todos los pormenores, tales como la circunstancia de que la cantidad de agua referida será la que se dará en los tiempos de mas sequía y mucho mayor en lo restante del año, y otras circunstancias igualmente favorables á la villa.

Si consideramos lo que esta gasta anualmente para proporcionarse la misera cantidad de agua que nos surte, no puede dudarse que resulta en la adopcion de esta propuesta una ventaja palpable de ahorro y economía (2).

Si de aquí pasamos á la consideracion de los inmensos beneficios que reportaría la poblacion con el aumento de cuatro tantos mas del agua de que puede disponer en el dia, veríamos sin duda que no hay género de sacrificio que no deba hacerse para obtener aquel resultado.

La propuesta, por otro lado, nos parece ventajosa atendida la manera del pago, sin adelantos y solo en el

(2) A falta de otros datos mas modernos que no harian mas que reforzar nuestro argumento, juzguese de esta verdad por el siguiente estado de las cantidades invertidas en el ramo de fontanería en los años que se expresan.

REALES.	MRS.	REALES.	MRS.
En 1824.	768,631 4	En 1827.	624,000 10
En 1825.	604,200	En 1828.	833,988 23
En 1826.	665,216 1	En 1829.	915,155

Total en 6 años 4,261,141 9

(1) Los ciento sesenta y dos mil quinientos pies cúbicos de agua representan *mil trescientos reales* de la medida usada en Madrid; en el concepto de que cada real de fontanería es de ciento veinte y cinco pies cúbicos por 24 horas. La cantidad que hasta ahora tiene la Villa para su surtido es de unos 333 reales poco mas ó menos.

caso de su realización, y luego en un periodo suficientemente largo para hacerse posible su satisfacción. Además, el nombre del empresario, sugeto apreciable y bien conocido en esta capital, individuo de la Cámara de diputados de Francia, y relacionado honrosamente con nuestro gobierno, nos parece una garantía mas que suficiente para entregarnos á las mas halagüeñas esperanzas. Pero no intentamos prevenir el juicio del Excmo. Ayuntamiento sobre un proyecto que sabemos ha recibido con la mas singular complacencia, apresurándose á nombrar una comisión de su seno que lo examine é informe con urgencia sobre asunto tan trascendental y delicado. Confiamos, pues, en su recta interior y en sus conocimientos, que sabrá adoptar lo conveniente, y proporcionar al pueblo que representa la primera de las ventajas materiales, que tantos años reclama en vano. Tal es el objeto que nos ha guiado á trazar estas líneas, y unir nuestros votos en este punto á los de todos los habitantes de esta heroica capital.

HISTORIA DE HOGAN.

[Desea la redacción del *Semanario Pintoresco* de conservar en este periódico la tendencia moral que debe ser el principal objeto de toda clase de publicaciones, y con especialidad aquellas cuya misión importante es el instruir al pueblo y morigerar sus costumbres, no con áridos preceptos sino por medio de cuadros animados en que se retratan fielmente las consecuencias de la humana debilidad ó la belleza de la virtud, cuadros que á la par instruyan y deleiten; y convencida de que para este fin ofrece la historia de la sociedad acontecimientos y hechos de suyo tan interesantes como las ficciones mas ingeniosas de la imaginación, con la doble ventaja del prestigio que en si lleva un hecho verdadero; dará siempre cabida en las columnas del *Semanario* á los relatos históricos que por su naturaleza satisfagan á aquellas condiciones, con preferencia á las meras producciones de la fantasía especialmente aquellas que, perteneciendo á un género difícil de manejar por cuanto estriba en las conmociones violentas del ánimo, no siempre corresponden á las severas exigencias del decoro y á los dictados de la sana moral.]

El siguiente hecho histórico extractado de una reciente publicación inglesa, ofrece un ejemplo singular de la fuerza de cierto instinto moral que ha enlazado misteriosamente la providencia con las facultades mas íntimas de nuestra alma, y cuyos impulsos ni aun el hábito del crimen y la depravación logran jamás extinguir completamente.

Hará como veinte años que un hombre llamado Hogan vivía en una pequeña casa de campo situada sobre una senda que conduce desde la aldea al camino real. La casa ha sido últimamente destruida por el propietario del terreno, para que no quedase vestigio de lo que fue teatro de escena tan espantosa; pero mucho tiempo ha de transcurrir antes de que los sencillos aldeanos al pasar cerca de aquel sitio funesto, dejen de señalar entre los árboles el punto donde existió la cabaña, estremeciéndose al pensar en el suceso que recuerda.

Era esta casita la cuna así como la única herencia de Hogan. Hijo de padres honrados y de medianas comodidades atendida su esfera y circunstancias, había recibido una educación superior á la que generalmente obtienen los de su clase. Versado en aquellos conocimientos que pudo adquirir en la escuela del pueblo inmediato, instruido en sus obligaciones religiosas y morales, y aun por algun tiempo exacto en el cumplimiento de ellas, era considerado en los primeros años de su vida como el adorno de su país natal, y madres é instructores le proponían por modelo á sus pupilos. Nunca pudo la poesía en sus inspiraciones mas felices ofrecer á la imaginación del hombre un objeto tan dulce y halagüeño como el recuerdo

de su juventud, cuando ha sido dirigida con acierto y empleada con fruto. Hogan sin ser entremetido, no carecía de sociabilidad; bailaba rara vez, pero puesto en el caso nadie lo hacía mejor que él: hablaba con circunspección pero siempre oportunamente; no se le veía con frecuencia en reuniones, pero colocado en ellas, era su conversacion amena el alma de la sociedad.

No de una vez y sin esfuerzo puede el hombre educado en los principios rectos é inocentes que acabamos de describir, olvidarlos hasta el punto de dejarse arrastrar á los excesos y crímenes que han hecho al desgraciado Hogan un objeto de odio y reprobación. La muerte de sus padres, y particularmente la de su madre, mujer respetable y virtuosa, fue la primer causa aparente del cambio que muy en breve se observó en la conducta de su hijo. Se le veía con mas frecuencia en las ferias y mercados de lo que sus quehaceres parecían exigir, y no volvía como anteriormente despues de medio día, hora en que terminado el tráfico de una feria irlandesa, comienzan sus diversiones y desórdenes. El gastador insensato que halla la miseria y ansiedad en medio del esplendor y abundancia de una capital, puede ver en la suerte que cupo á este desgraciado aldeano un retrato fiel de su propia desdicha. Su cortesía y sociabilidad fueron las solas causas que al principio le indujeron á obsequiar á aquellos entre sus vecinos y conocidos con quienes vendía ó compraba, vagando con ellos un rato por la feria. Por grados el juego, el baile y aun el pugilato (la fatal gloria del aldeano irlandés) empezaron á tener para él sus atractivos, y lo que antes era solo entretenimiento vino muy luego á ser una pasión irresistible. No paró en esto aun la corrupción progresiva de su carácter. La miseria que ya le acosaba, obligándole á prescindir de todo miramiento hizo se apoderase de su espíritu cierta indiferencia ó desprecio de la opinion ajena (síntoma alarmante de ruina interior) que se mezclaba siempre á su estúpida y feroz alegría. Los mas moderados empezaron á evitar su sociedad, y el desdichado se encenagó mas y mas en los vicios. La bebida, el juego, la blasfemia, en una palabra todos los excesos brutales de la vulgar disipación le eran familiares, hasta que al fin vino á ser el objeto de la burla y compasión de todos los habitantes de la vecina aldea.

Aun llevó mas adelante al desgraciado Hogan su propensión al crimen. Hacía tiempo no se hablaba en nuestro pacífico vecindario de los excesos y dilapidaciones que muy luego se hicieron habituales para él y sus cómplices. Los honrados labradores comenzaron á quejarse de daños hechos en sus huertos y plantíos, de destrozos en sus arbolados y rediles, y aun de vacas y caballos robados, sin que pudiesen descubrirse los autores de estas violencias. Sin embargo el hecho que condujo al miserable Hogan á su total ruina, fue de una naturaleza aun mucho mas odiosa.

Cerca de un bosquecillo de álamos á corta distancia de la aldea, había una casita aislada que habitaba una señora anciana generalmente tenida por rica, y cuya confianza en el concepto estimable de que gozaba para con todos era tal, que vivía sola con una doncella sin considerar necesario el auxilio de un hombre para guardar su casa. Era caritativa y benévola con los pobres y enfermos, y muy querida por cuantos la conocieron. Un viejo mendigo, llamado Yamon, aunque brusco y soez en sus maneras, recibía diariamente de su mano los restos de una abundante comida, que saboreaba sentado en el umbral de la casa hospitalaria. Era costumbre de esta bondadosa mujer el reservar para su protegido todo lo que sobraba de su mesa, y dárselo con su propia mano, mientras el anciano reposaba durante el estío á la puerta de la quinta, ó se guarecía de las heladas del invierno á la

lumbre de su hogar. Mil veces Hogan en su infancia habia observado al mendigo sentado en los escalones de la entrada, habia visto abrirse la puerta y presentarse la buena señora á desempeñar su piadoso encargo, dirigiendo algunas palabras consoladoras al anciano Yamon, y dejándole que gozase del benéfico donativo. Mas de una vez al contemplar esta escena sencilla é interesante admiró la caridad de la Señora Maunsel, y le pareció ver á su ángel tutelar aplaudir este acto piadoso.

Una tarde Yamon estuvo mas grosero que de costumbre, y aun insolente con su bienhechora; la dirigió mil epítetos, quejándose de la comida que arrojó con desprecio á su perro. Compadeciendo ella la impertinencia del pobre viejo, pero sin querer dar alas á su insolencia, le dijo se quedaria sin comida al dia siguiente. La costumbre, suele decirse, constituye un derecho así como hace la ley: el mendigo la desafió á que cumplierse su palabra, pero viendo al otro dia que era tan firme como benévola, se alejó profiriendo mil amenazas, esgrimiendo su palo y jurando vengarse del supuesto agravio. Algunas personas que se hallaban presentes le reconvinieron por su insolente cólera, y no olvidaron sus amenazas.

Hacia algun tiempo que la memoria de la anciana del bosque habia ocurrido á Hogan, pero con emociones muy distintas de aquellas que en otro tiempo habia experimentado al volver de su escuela ó del trabajo: con dificultad, sin embargo, pudieron inducirle los rufianes que formaban ya entonces su única sociedad á que los acompañara en un ataque que intentaban dar á la casa, precisamente la misma noche en que, pocas horas antes, le habia sido rehusado á Yamon el acostumbrado refrigerio. Estimulado al fin por la necesidad y el ejemplo de aquellos malvados, consintió en unirse al bando, pero bajo la condicion de que no se maltrataría á nadie. Apenas anocheció se encaminaron á cumplir su detestable proyecto. No habia conocido hasta entonces el desgraciado Hogan la ansiedad y agitacion de espíritu que acompaña siempre á la perpetracion de un delito; además temia, y no sin razon, la ferocidad de sus asociados.

Era ya media noche cuando entraron en el bosquecillo de álamos que resguardaba la casilla de los vientos de poniente. Tan lejos estaba su pacífica dueña de sospechar el menor peligro, que habia dado licencia á su doncella, única persona que la acompañaba, para que fuese á pasar la noche en una velada ó funcion inmediata. Despues de cerradas las puertas y ventanas se retiró á su cuarto, y concluidas con su acostumbrado recogimiento sus cotidianas devociones, apagó la luz y se acostó. A poco rato la despertó de un tranquilo sueño el ruido confuso de pasos y murmullos que creyó oír á la parte exterior de su habitacion: sin perder un instante se acercó á la puerta y preguntó quien era: los rufianes se arrojaron sobre ella, pero dotada de serenidad y energia física resistió valerosamente, al paso que con los gritos mas agudos procuraba alarmar á los habitantes de las quintas inmediatas. Perplejos é irritados los bandidos olvidaron el pacto que habian hecho de no derramar sangre, y la desgraciada anciana fue víctima de su valor y de la atrocidad de aquellos monstruos.

Pero ¿quién podra describir el horror del miserable Hogan cuando supo (pues le habian dejado fuera como una especie de atalaya) que las atrocidades de aquella noche, ya suficientemente odiosas, habian sido selladas con el asesinato! Aterrado á esta noticia, le pareció por un instante que hasta entonces habia sido su vida pura é inocente, y que aquel era su primer paso hácia el crimen. Un peso enorme pareció cargar sobre su espíritu, su vista se turbó, y como maquinalmente se dejó arrastrar por sus compañeros sin poder articular una palabra ni, ser

dueño de distraer su imaginacion del suceso horrible en que acababa de tener parte. No quedaba otro arbitrio que el de huir precipitadamente: el botin de que se apoderaron, aun superior á sus esperanzas, les proporcionó abundantes medios para verificarlo, y antes que pudiera darse paso alguno para la aprehension de los malvados, estaban todos fuera ya del alcance de las leyes que acababan de violar.

Sin embargo, no debieron en un todo su salvacion á la prontitud de su fuga. El viejo Yamon de vuelta por la noche á la choza en que vivia, empezó á arrepentirse de su ingratitud, recordando los beneficios de su bondadosa protectora, y se echó en cara su impertinencia é insolentes modales para con ella. Despues de una noche incómoda, agitado por sueños espantosos y sobresaltos sin causa, se levantó al amanecer, y apoyado en su palo, se dirigió al bosquecillo anhelando una reconciliacion. ¡Cual fue su sorpresa al hallar la ventana de la cocina hecha pedazos y la puerta principal abierta de par en par á aquellas horas! ¡No le seguiremos en el funesto pormenor de sus descubrimientos! Baste decir que pálido, trémulo y horrorizado, salió precipitadamente de la quinta, en cuyo momento fue visto por la criada que volvía del sarao con algunas de sus compañeras, haciendo precisamente conversacion de la contienda del dia anterior y las amenazas con que habia terminado. El anciano fue aprehendido, examinado y conducido á la carcel pública. Las apariencias parecieron constituir una irresistible evidencia, y el desgraciado Yamon fue formalmente ejecutado cerca del sitio donde se habia cometido el delito.

Llegó la nueva de esta horrible injusticia á oídos de Hogan que se hallaba en América. La parte que le tocó del abominable despojo le habia facilitado los medios de establecer allí un pequeño comercio en el cual reportaba sus principales ventajas del tráfico con los emigrados de su propio pais establecidos en aquel punto. Uno de ellos que acababa de llegar, hablando á otro de un suceso ocurrido en nuestro vecindario, para fijar la época dijo: "Se verificó precisamente el mismo año en que el viejo Yamon fue ahorcado por el asesinato de la Señora Maunsel del bosquecillo de álamos."

Felizmente para Hogan las cortinillas que cubrian la balastrada de su escritorio impidieron á sus huéspedes el percibir su confusion. Esta noticia, al paso que garantizaba su seguridad personal, aumentó mil veces su remordimiento. ¡Un segundo asesinato revelado en este instante! Sus pasadas agonías, aunque no estinguidas, amortiguadas al menos por el tiempo y hábito constante, le asaltaron de nuevo con mayor violencia que nunca. La idea de la justicia no satisfecha aun, pesaba sobre su espíritu y le llenaba de terror. Durante algun tiempo buscó inútilmente en la religion un refugio contra su agitado espíritu, pues el arrepentimiento sin la restitucion es una palabra vana. Sus esfuerzos solo sirvieron para convencerle mas y mas de la enormidad de su delito, sin calmar los tormentos de su conciencia irritada. De dia, de noche, á todas horas creía ver vagar delante de sus ojos los lívidos cuerpos de las inocentes víctimas, y la apelacion á la justicia divina pesaba sobre su alma. Por mas que se esforzaba en entregarse á cuantas distracciones le sugeria su afan de olvidar lo pasado, su imaginacion constantemente fija en el bosquecillo de álamos, le reproducia con horrible fidelidad la escena odiosa de que queria huir.

Impelido por una fuerza misteriosa é irresistible hácia los objetos con los cuales se asociaban todas sus desgracias, el infeliz Hogan dispuso de cuanto poseia en América y regresó á su patria el pasado otoño despues de un destierro de mas de veinte años. Era de noche cuando llegó á su aldea: una luna brillante iluminaba la campiña, y sin

detenerse Hogan ni darse á conocer á persona alguna, encaminó sus pasos hacia el bosquecillo, experimentando su alma cierto consuelo al pensar que por lo menos ahora tenía en su mano el hacer alguna compensación á la violada justicia de su país. La casa permanecía aun inhabitada; pero las tierras adyacentes estaban bien cultivadas y el jardín ostentaba la misma frondosidad y hermosura que tenía en vida de su benévola propietaria. Después de examinar con singular interés los sitios que tanto motivo tenía para reconocer, se dirigió á su propia cabaña que se hallaba á la sazón en poder de un pariente suyo: fue inmediatamente reconocido y felicitado por su regreso, y obtuvo de este sugeto los mas minuciosos detalles relativos á la causa y ejecución del inocente mendigo. Al día siguiente se levantó temprano y fue á examinar el sitio mismo donde este infeliz expió tan severamente su funesto arrebató de cólera. Mas de un mes pasó de este modo transigiendo por decirlo así con su íntimo perseguidor, y enterándose con el mayor interés de las circunstancias mas pequeñas relativas al desdichado suceso, para él la mas importante de las historias. Muchas veces en medio de la noche luchando con sus agudos remordimientos, juraba que el nuevo sol había de alumbrar la manifestación de su secreto, pero á la mañana siguiente el temor del castigo y el instinto de la conservación, lograban el ascendiente sobre terrores mas distantes aunque no menos fuertes. Ah! cuán pocos dejan de ser niños en tales casos! Cuán corto es el número de los que poseen la fuerza de espíritu necesaria para estimar la diferencia entre los dias contados y los innumerables! Así Hogan indeciso, vacilante, arrastraba una miserable existencia, despedazado por los remordimientos pero temiendo la ignominia. Mas de una vez salió de su casa resuelto á entregarse en manos del magistrado, volviéndose desde la misma puerta de este, repelido por un súbito desmayo de sus nervios al aspecto de la próxima muerte.

Una mañana, después de pasar la noche en horrible ansiedad, el desgraciado Hogan se levantó al romper el día, é imploró con lágrimas al cielo que iluminase su razón y le diese la fuerza de ánimo suficiente para hacer lo que la justicia exigía de él. Algo aliviado con este desahogo, se dirigió á un cementerio inmediato donde solía pasar la mayor parte de su tiempo como si quisiese familiarizarse con la idea de la muerte. La mañana era apacible y serena: algunas ovejas pacían entre las losas, y los pajarillos gorgearan alegres en los espesos árboles que guarnecían este solemne recinto de la muerte. El misero Hogan lleno de incertidumbre é ideas melancólicas leía las inscripciones de las tumbas envidiando el reposo de los cuerpos que cubrían. De repente un hombre salta la pared del cementerio, y pasando con la velocidad del rayo cerca del sitio donde él se hallaba, desaparece por el lado opuesto. Inmediatamente después se oyeron voces: "detenedle, detenedle", gritaban, y dos ó tres aldeanos se lanzaron dentro del cementerio: Hogan, acusado por su delito, quiso huir pero fue detenido.

"Ya le tengo", exclamó el aldeano. "ah bribon, ahora sabrás lo que es un presidio, ya te enseñaremos á romper las cercas durante la noche y robar el ganado!"...

"Bien hecho, Tomás, gritó el rabadan que no había podido seguir tan de cerca á sus criados; y tu, pícaro, ¿qué has hecho de mi ganado? Pero... Tomás... donde está el ladrón? este no es el hombre que buscamos."

"Yo soy", interrumpió Hogan pálido como la muerte, pero con una voz bronca y firme.

"¿Vos? repuso el ganadero" no sois el ladrón á quien yo busco." "No soy quien ha robado vuestro ganado", replicó Hogan, "pero sí, uno de los cómplices en el as-

sinato de la señora Maunsel del bosquecillo de álamos, por el cual Yamon el viejo mendigo fue injustamente ahorcado!..."

Esta inesperada confesión fue recibida por los oyentes con sorpresa y dolor. El descubrimiento de su secreto pareció sin embargo haber aligerado el peso que oprimía el alma de Hogan, quien pocos meses después sufrió con menos ansiedad de la que él había imaginado el castigo que la ley señalaba á su delito.

TEATROS.

Doña MARIA DE MOLINA, drama original en 5 actos; por D. Mariano Roca de Togres.

Al fin, el teatro moderno nacional, dignamente representado por una corta, pero escogida porción de jóvenes poetas, toma en manos de estos aquel carácter original, filosófico y profundo que conviene al gusto del país, y á la exigencia verdaderamente grande de la moderna escena.

Hubo momentos en que llegamos á temer que exaltada la imaginación de nuestros escritores con los funestos ejemplos que les ofrecían á cada paso los modernos dramaturgos, singularmente del teatro francés, se apresurarían á repetir en nuestra escena todos los desvaríos, todos los horrores, que desgraciadamente y bajo el seductor alabro de plumas tan privilegiadas, no pudieron menos de conmover y arrebatarse la admiración de los pueblos á quienes se dirigían. Mas por fortuna, nuestros ingenios, colocados en frente de otra sociedad no tan extravagante, no tan ávida de sensaciones violentas, se dedicaron á estudiar su índole y sus necesidades, pesaron en su imaginación la diferencia de pueblos y de costumbres, observaron que aquellos mágicos cuadros que en la escena francesa subyugaban el alvedrío de un público entusiasta, voluble y fanático por la novedad, eran juzgados con mayor severidad cuando trasladados á nuestra lengua, se veían ofrecidos á otro auditorio mas imparcial, mas reflexivo, y que todavía cree que la moralidad es la primera prenda de las obras del ingenio.

Reconocida, pues, esta condición, y aprovechando por otro lado ventajosamente la justa libertad literaria que preside á las producciones de la escuela moderna; teniendo al mismo tiempo dentro de casa en nuestro antiguo teatro abundosa copia de modelos sublimes que imitar en este género, vieron nuestros autores colocados naturalmente en el terreno que el público apetecía, y trabajando animosamente en él, no tardaron en recoger laureles con que adornar sus frentes, y verse aclamados por un pueblo que reconocía en ellos la expresión de sus ideas, de su civilización y de su poesía.

Entre las varias producciones que lograron al fin marcar esta nueva era de originalidad é independencia para la escena española, debemos señalar particularmente *El Trovador*, y *Los amantes de Teruel*, cuyo triunfo espontáneo, popular, no pudiera dejar duda á los autores modernos de cual era el medio de escitar la simpatía de un público español, noble, caballeresco, apasionado, amante de la gloria y de la belleza, con todas las debilidades, con todas las bizarrías propias de un clima meridional, que produce el crimen por un movimiento impetuoso, pero no por una helada reflexión, que se arroja al heroísmo, á la superstición, al amor, no por un estudiado cálculo sino por instinto y necesidad de su corazón.

Sin embargo, nuestros autores debieron considerar

y consideraron en efecto, que en el siglo actual en que todas las obras del genio deben llevar un carácter de utilidad positiva, no eran solo llamados á recrear al auditorio con fabulas ingeniosas de amor, con diálogos de encantadora poesía, que si pudieron colmar los deseos de una sociedad tranquila en tiempos bonancibles y dichosos, necesariamente llegarían á parecer pálidos y sin vida ante un pueblo agitado por los vaivenes políticos, castigado por la necesidad, y afeccionado por la desgracia.

Vieron, pues, que les precisaba para cumplir con la justa exigencia del público, al par que con el verdadero objeto de la escena envolver entre la gala de sus producciones, un pensamiento moral, un hecho histórico, una verdad política de que el pueblo pudiese aprovechar, ya riendo bajo la festiva máscara de Tafia, ya estremeciéndose al brillo del trágico puñal.

El mas festivo y fecundo de nuestros autores dramáticos modernos ofreció una feliz muestra en el primero de estos géneros adaptado tambien á las nuevas formas dramáticas, en su bella comedia *Muñete y verdades*; y *La corte del buen retiro*, primera produccion de otro jóven y apreciable autor, vino en fin á efrecernos el drama histórico, poético, original, sucesor fiel de la escena de Lope y Calderon. Hoy la Tafia española entra de lleno en esta nueva senda, y aparece coronado por sus manos otro nuevo campeón, otro jóven tambien, que ha sabido encontrar en el polvo de los archivos materia á su argumento, y en el fuego de su imaginacion colores verdaderamente poéticos con que engalanarle. Su nombre es *D. Mariano Roca de Togores*; su drama *DOÑA MARIA DE MOLINA*.

La heroica constancia, el esforzado ardimiento con que esta gran reina de Castilla, viuda de D. Sancho el Bravo, gobernando el reino durante la menor edad de su hijo D. Fernando el IV, supo apaciguar las disensiones, dominar los partidos, resistir la ambicion de los pretendientes á la corona, y lograr en fin transmitirla á su hijo á costa de los mas grandes sacrificios; tal es el sublime cuadro que el autor ha escogido para su drama; pensamiento altamente político y moral, y que á par que el interés histórico reúne en sí todo el que pudiera apetecerse en las mas dramáticas creaciones.

Omitimos por no ser prolijos el seguir al autor paso á paso en el desenvolvimiento que con singular maestría ha sabido hacer de tan hermoso cuadro, y únicamente nos permitiremos algunas palabras para dar una ligera idea del conjunto, y emitir nuestra pobre opinion en la materia.

La primer circunstancia digna á nuestro entender de admiracion y encomio en este drama, es el buen juicio y filosofía con que está presentada la verdad histórica del argumento y de los principales caracteres; la discreta economía en la invencion de incidentes episódicos, de poéticas libertades con que los autores modernos pretenden crear otra historia tan diferente de la verdadera. Y finalmente la esquisita erudicion, la esmerada diligencia que se advierte en el autor para presentar á la vista del público no solamente tal ó tal personaje, tal ó tal acontecimiento, sino todo un siglo, toda una época, con su heroismo y sus creencias, sus costumbres, su espíritu y su cultura.

Aquellos príncipes turbulentos é indómitos que libran á la punta de sus espadas la defensa de sus derechos, aquellos ricos hombres pujantes y esforzados que dividían con sus rivalidades, la corte y el pais; aquel clero dominante y poderoso que daba y quitaba las coronas de las cabezas de los príncipes, y que desde el interior del santuario dirigía toda la política del gabinete, toda la lucha de los combates; aquellos caballeros galantes, briosos y enamorados que con la fuerza de su brazo vencían en el torneo

por obtener una flor que presentar en las aras de su misteriosa deidad; aquellos representantes del pueblo, honrados y francos, cuya voz terrible y concienzuda solía desvaratar los planes de los magnates; aquel pueblo en fin bullicioso, indómito y guerrero que corría á las armas por instinto, que defendía á sus leyes y sostenía sus libertades por firme y decidida voluntad; todo esto se halla tan esquisitamente compendiado en este drama, todo ello delineado con rasgos tan felices y briosos, que el espectador asiste verdaderamente á una historia de la edad media, de esa media edad tan horrendamente desfigurada en manos de imberbes autorcillos. Lean estos el drama del Sr. Roca, lean las eruditas notas que le acompañan y en que se justifican los sucesos, los caracteres, y hasta las palabras puestas en boca de los personajes, y conocerán la estrema dificultad de tratar dignamente los asuntos históricos, y no podrán menos de felicitar al autor por su admirable erudicion, por su esquisito trabajo y por la sana critica que en él ha empleado.

La heroica Doña Maria, el imbécil D. Juan, el animoso infante de Aragon, el intrigante y cortesano D. Enrique, el pundonoroso Señor de Vizcaya, son sin duda alguna fieles traslados de la historia; y en el honrado procurador de Segovia, en el Abad de Sahagun traidor y revoltoso, en el virtuoso y evangélico Arzobispo de Toledo, en el médico hebreo y en los demas personajes en fin que sirven para dar la necesaria animacion al drama, no dudamos tampoco encontrar representados, todo el valor cívico, toda la ambicion, todas las virtudes, toda la bajeza en fin de una corte agitada por las pasiones, de un siglo atrasado en la civilizacion. El poeta ha sabido engrandecer, no exagerar aquellos cuadros, ha conocido que para prestarles el barniz poético que requiere la escena, no necesitaba maltratar ni obscurecer el colorido histórico, y este es á nuestro entender el principal mérito entre los muchos que distinguen á su obra.

Vemos en ella tambien cuidadosamente tratada la moral y la política; vemos triunfante la virtud por su esfuerzo solo, vemos al crimén retratado en su verdadero aspecto sin exagerada caricatura y con la conveniente discrecion para no hacerle interesante; vemos sembrada toda la obra de situaciones interesantes, de incidentes verosímiles, de máximas profundas y filosóficas, de dichos agudos é ingeniosos.

Escuchamos en ella la lengua castellana en toda su pompa y bizarría, la poesía nacional elevada á la altura del sus mas felices épocas; el decoro de la escena cuidadosamente observado hasta en el uso escogido de las voces; la belleza poética prestándose sin violencia á la exactitud del raciocinio, á la violencia de la pasion, á los chistes de la conversacion familiar.

Donde tantas y tan difíciles dotes llegan á reunirse ¿cómo osará nuestra atrevida critica buscar lunares que corregir, encontrar errores que condenar? ¿Ni qué pudiéramos decir de nuevo á un autor que se presenta con una obra maestra por primer ensayo, y que seguro en la copia de sus conocimientos, podría respondernos á cada observacion histórica, con una serie de crónicas y manuscritos, á cada critica literaria con un razonamiento fundado en la verdad y en el gusto mas delicado?

Por fortuna participamos sino de su erudicion, por lo menos de su modo de ver el drama moderno; creemos que el que hoy ha presentado en nuestra escena puede servir de modelo en cuanto á la severidad del pensamiento, en cuanto á la discreta economia de los medios, en cuanto á la gala y valentía de la diction. Si algunas de las escenas han parecido acaso línguidas en la escena, aconsejamos á los que tal hubiere sucedido, que las lean, y nos digan si se atrevería á suprimir ninguno de sus no-

bles pensamientos, ninguno de sus armoniosos versos. No pretendemos citar ninguna por no vernos obligados á hacerlo con todas las del drama, y porque de este modo creemos escitar en el público el deseo de examinar detenidamente la obra y de confirmar en la lectura la unánime opinion aprobadora con que hizo resonar la escena.

En la ejecucion de un drama de tanto aparato y de tantos y tan importantes personajes es difícil llegar á la perfeccion, y singularmente con los escasos medios de nuestros teatros; sin embargo la empresa ha sabido vencer muchos inconvenientes y presentar este con decoro y aun grandeza, tanto la parte del movimiento escénico como en la riqueza de las decoraciones y el lujo de los vestidos. Los actores por su parte tambien se han esmerado; los papeles de la Reina, del procurador de Segovia, del infante de Aragon, del Abad de Sahagun y del médico hebreo estuvieron bastante bien comprendidos, y el Sr. García Luna nada nos dejó que desear en el del taimado é intrigante D. Enrique.

EL PRÉSTAMO DE FRANKLIN.

La mayor parte de nuestros lectores conocen sin duda alguna la historia del célebre anglo-americano Dr. Franklin, que tan eficazmente contribuyó á la independencia de la América septentrional, y cuyos vastos conocimientos científicos y literarios, y las eminentes virtudes públicas y privadas que le distinguieron, realza la circunstancia de deberlo todo á sus propios esfuerzos y genio extraordinario, con los cuales se elevó por sí solo, sin el auxilio de una educacion preparatoria, y en medio de obstáculos al parecer insuperables, de la oscuridad en que nació al apogeo de los honores y consideracion pública. Nos proponemos ocupar algunas columnas del Semanario con la biografía de este hombre singular; entretanto citaremos un rasgo de su carácter por el que se vé que la benevolencia corría en él parejas con la originalidad. Durante su residencia en París escribió á un amigo necesitado la siguiente carta.

Abril 22 de 1784.

Adjunto os remito un billete por diez luises de oro, advirtiéndole que no es mi ánimo haceros donacion de esta suma que habeis de considerar como un préstamo. Cuando regreséis á vuestra patria, sin duda alguna emprenderéis alguna carrera ú ocupacion que con el tiempo os facilitará los medios de pagar vuestras deudas. En este caso cuando se os presente alguno tan necesitado como vos lo estais hoy, *me pagaréis* prestándole los mismos diez luises bajo la condicion de satisfacer su deuda del mismo modo, cuando pueda y halle igual oportunidad. Espero que así pasará esta cantidad por muchas manos hasta que dé en las de un *pícaro* que la detenga. Habeis de saber que esta es una de mis jugarretas para hacer mucho bien con poco dinero. No soy bastante rico para emplear mucho en actos de beneficencia, y así procuro sacar el mayor partido posible de lo poco que puedo dar.

FUNERALES EN TURQUIA.

Hay ciertas épocas solemnes de la vida en las cuales mas que en los actos ordinarios de ella se manifiestan las ideas y creencias de los pueblos. Tales son los nacimientos, matrimonios y entierros. El examen filosófico de cualquiera de ellos ofrece al observador la clave de numerosas inferencias y el verdadero tipo del carácter moral de los habitantes de un pais.

Los turcos dan á sus cementerios el nombre de *ciudades del silencio*; y no sin fundamento ni propiedad, si se atiende á su estructura. Compónense estos de un campo abierto de vasta estension y distante de los puntos habitados. El terreno mas ó menos desigual está cubierto de sepulcros de varias formas generalmente rodeados de cipreses, árbol que en todos los paises de Europa, aun entre los orientales, es considerado como el emblema de la muerte. La multitud de estos sepulcros comunmente de mármol blanco y con especialidad los que contienen los restos de los magnates y personas opulentas erigidos en forma de templete sobre cuatro columnas y con sus cúpulas sobresaliendo de los árboles que los rodean, dan efectivamente al cementerio la apariencia de una ciudad considerable. La razon porque son tan vastos estos cementerios es la repugnancia que tienen los turcos á volver á levantar la tierra en el mismo paraje donde ha sido depositado un cadáver. Lo tienen por una profanacion en cuanto á que creen turbar así el reposo de los muertos. Los sepulcros de los pobres no van cubiertos de lápidas pero todos tienen hacia la parte donde se halla la cabeza una piedra ó zócalo de mármol blanco; sobre ella hay un turbante tambien de piedra cuya hechura denota el rango del difunto. Las que decoran el sepulcro de las mujeres terminan en punta y no llevan adorno alguno; pero en unas y en otras se leen inscripciones tomadas del Alcorán ó de los poetas orientales. Los mausoleos de los emperadores mogoles de la India ó de los príncipes de Persia, mas parecen palacios que sepulcros.

El principal cementerio de los mahometanos se halla en Scútari en la orilla asiática del Bósforo. Lo han situado los turcos en este punto, inducidos por la idea que tienen de que algun día han de ser expelidos de Europa por los cristianos en cuyo caso se verian holladas sus cenizas por los enemigos de su fé. Sin embargo á poco que reflexionasen conocerian que si los cristianos se apoderasen de Constantinopla no quedaria Scútari por mucho tiempo en poder de los musulmanes. El mismo principio obra en sentido inverso con los europeos que prefieren ser enterrados en el lado de acá del estrecho.

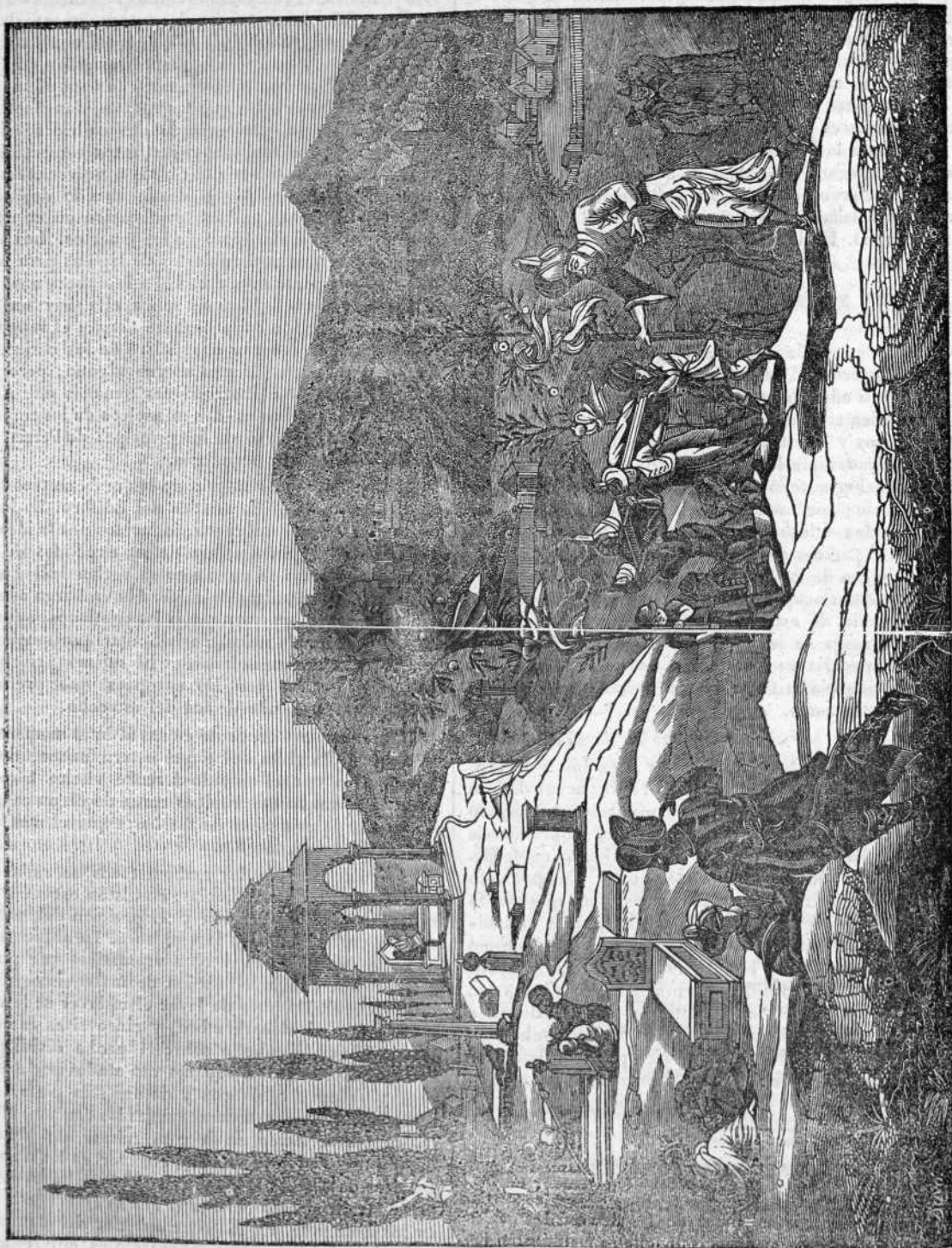
Un verdadero creyente en sus últimos momentos pronto á recibir la visita del ángel exterminador, debe estar boca arriba con el costado derecho vuelto hacia la Meca. Los circunstantes repiten cerca de él un capítulo del Alcoran y la profesion de fé: basta que el moribundo se una á ellos de intencion.

Las exequias de los mahometanos se reducen á un corto número de ceremonias: consisten estas en la ablucion funeraria, la eleccion y disposicion del paño mortuario, las oraciones y la sepultura. La ablucion se hace con una decoccion de yerbas aromáticas que puede ser reemplazada con una infusion de malvavisco y aun con agua natural. Despues de lavar el cadaver se le envuelve en tres lienzo si es hombre, y cinco si es mujer. Esta ha de llevar el cabello sobre el pecho dividido en dos ramales. Los lienzo ó sábanas van atados por ambas puntas, y deben ser blancos y de una sola pieza. Siguen inmediatamente á estas ceremonias las oraciones fúnebres, las cuales se hacen en la casa misma del difunto por cuanto no es admitido ningun cadaver en las mezquitas ni templos destinados á los vivientes. Concluidas las oraciones es transportado el cuerpo al cementerio con la cabeza hacia delante. En la parte anterior del ataúd va colocado el turbante, aunque el muerto es enterrado sin él. Los acompañantes van sin hachas, cánticos ni lamentaciones.

Sea aversion á todo aquello que se asocia á la idea de la muerte, ó para desembarazarse cuanto antes del cadaver

mirado siempre como un objeto impuro, los musulmanes ejecutan siempre con precipitacion las ceremonias fúnebres y llevan el cuerpo á su última mansion con paso acelerado. Sin embargo, ya por el aspecto pintoresco y situacion agradable de los cementerios, ó por respeto á la memoria de los difuntos, frecuentan los turcos en la bella estacion estos recintos de la muerte, y se les ve orar con devo-

cion sobre las tumbas de sus parientes y deudos. Las mujeres lo verifican comunmente los viernes, en cuyo día creen que se renueva en sus amigos ya difuntos la memoria de los lazos que los unieran á ellas en otro tiempo. Se las ve entonces reclinadas sobre los sepulcros que limpian de las malas yerbas y cubren de coronas de mirto y siemprevivas.



(Cementerio turco.)

El grabado que acompaña representa parte de un cementerio turco y un entierro ó procesion fúnebre en que se ve el cadáver llevado en hombros sobre unas angarillas: precedente y le siguen hombres que llevan grandes ramas de árboles si es posible con fruto ó flor; vienen des-

pues sus amigos y acompañantes, y detras de todos su caballo favorito conducido por el mas antiguo de sus criados. El séquito suele á veces ser muy numeroso por cuanto voluntariamente se unen á él muchos devotos que consideran este acto como una accion meritoria.



(El sueño del niño Jesus.)

RAFAEL DE URBINO.

RAFHAEL SANZIO nació en Urbino en 1483, y murió en Roma á 7 de abril de 1520, día de Viernes Santo que habia sido tambien el de su nacimiento; de suerte que solo vivió treinta y siete años, y sin embargo es el mas grande, y uno de los mas fecundos, entre los pintores modernos. Pues esta reputacion tan ruidosa y universal, que nada podrá menoscabar, la adquirió Rafael durante su vida, en la época mas brillante de la pintura, entonces cuando Leonardo de Vinci y Miguel-Angel Buonarrotti habian elevado el arte al mas alto grado de gloria, y cuando ademas del mismo Rafael florecian el Corregio, el Giorgione, el Ticiano y los artistas mas famosos de la escuela veneciana.

La familia de Rafael habia ya producido cuatro pintores, entre ellos Juan Sanzio su padre, hombre de mediano ingenio, pero de buenas luces, y que tuvo el mérito de conocer que su hijo debia estudiar bajo la direccion de un pintor mas hábil. Este pintor mas hábil fue el célebre Vanucci, llamado el Perugino, á quien desde luego asombró Rafael por la precocidad de sus disposiciones, viniendo despues á ser su émulo. Diez y siete años tenia tan solo cuando saliendo de la escuela de aquel maestro se aventuró á volar con sus propias alas, y pintó un San Nicolás y un crucifijo que sin dificultad se hu-

bieran tenido por obras del Perugino. Despues de haber hecho algunos otros cuadros, ya muy recomendables por la novedad del estilo, por una gracia hasta entonces desconocida en las fisonomías, en las actitudes, en los paños, y en los adornos; Rafael se trasladó á Florencia (1505), con ánimo de emprender allí otro curso de estudios, para el cual se aprovechó de algunos bellos restos de antigüedades espuestos á la sazón en el palacio de los Médicis. Florencia poseía entonces multitud de pintores de un mérito eminente, cuyas obras y consejos fueron utilísimos á Rafael. Sus primeras producciones ofrecian una ejecucion preciosa, un acabado tal, que no podia sobrepujarle, segun Vasari, ni aun la miniatura misma. A Fra Bartolomeo fue deudor en Florencia de la mudanza, que caracteriza su segunda manera, respecto al colorido y al manejo del pincel: de él aprendió á dar mas vigor á sus tintas y mas estension á sus toques. Es bastante probable que el célebre carton concluido por Miguel-Angel en 1506, vino á ser tambien objeto de los estudios de Rafael; pero cualquiera que sea la ventaja que haya podido sacar del grande estilo de dibujo de aquel pintor, no por eso dejó de seguir la senda que su propio ingenio le trazaba, y las muchas y bellas obras de este periodo de su carrera testifican que no necesitaba su talento para

desarrollarse de las lecciones del maestro florentino. Al contrario, quiso medir sus fuerzas con los dos hombres cuya competencia debía hacerse mas temible, Leonardo de Vinci y Miguel-Angel, como resulta de una carta en que pedia recomendacion para el conflagonier de Florencia, con objeto de poder pintar una sala del palacio, para el cual habian sido hechos los dos cartones de aquellos dos grandes artistas. Era, sin embargo, mas feliz todavia la suerte que le esperaba: su reputacion habia llegado hasta Roma, y Bramante su pariente, que era arquitecto de Julio II, le propuso al Pontífice para pintar las salas del Vaticano. Con este objeto marchó de Florencia á Roma, y fue recibido por Julio II con extraordinario agasajo, mandándole pintar sin demora la sala *della segnatúra*, que es donde se ven las cuatro grandes composiciones conocidas con los títulos de *la Disputa del Santísimo Sacramento*, *la Escuela de Atenas*, *el Parnaso*, y *la Jurisprudencia*. No bien hubo acabado el primero de estos cuadros, cuando Julio II mandó borrar y destruir las demas obras ejecutadas en las otras salas por todos los artistas de fama que habia entonces en Roma. Estos cuadros son una nueva prueba de que el talento de Rafael iba siempre en aumento, y desarrollándose por su propio impulso.

A diferencia de Miguel-Angel, que concentró todos sus estudios en el dibujo, y que es efectivamente el dibujante mas perfecto, Rafael se propuso reunir mayor número de elementos del arte, depurándolos, y modelándolos por el gusto antiguo; así es como llegó á hacerse el pintor mas perfecto de cuantos han existido. Su mira principal era inquirir lo bello que la naturaleza presenta al arte, aunque la imaginacion del artista es la sola que puede comprenderlo, y el ingenio el único que consigue realizarlo.

Entretanto Rafael iba acabando las magníficas pinturas del Vaticano, tomando sus asuntos de hechos escogidos en diversas épocas de la historia Sagrada ó profana, refiriéndolos por alusion, ya á la fundacion de la iglesia de Roma y al poder temporal de los papas, ya á otros sucesos mas recientes. En estas pinturas, para cuyo analisis seria necesario llenar un tomo, Rafael habia llegado al mas alto punto de lo que se llama su segunda manera. Rodeábanle entonces gran número de discípulos y cooperarios, sobre los cuales ejercia la preeminencia incontestable del genio, y que tenían á grande honra y satisfaccion el compartir sus tareas: con el auxilio de estos fue como pudo entregarse á nuevas empresas sin abandonar las antiguas, y bastar á un mismo tiempo á tan diversas ocupaciones.

Eucargado, como heredero de Bramante, que apenas habia echado los cimientos del patio del Vaticano llamado *de los aposentos*, de continuar su arquitectura (1514), le elevó á tres pisos ú órdenes de galerías, que á imitacion de un género de decoracion renovado del antiguo, se adornaron de pinturas arabescas, dirigidas por él con aquel buen gusto que acierta á coordinar todas las partes, á elegir los mas felices pormenores, y á emplear en su ejecucion el tino de la oportunidad. La construcccion del patio de los aposentos bastaría para que el nombre de Rafael pudiese figurar en el catálogo de los mas hábiles arquitectos, si se ignorase que en seguida trazó tambien para la iglesia de S. Pedro el plan mas bello que podia imaginarse en el sistema de iglesias modernas, y que por sus dibujos se han edificado en Roma y en Florencia muchos elegantes palacios, que son otros tantos monumentos de un estilo tan noble como puro y de una disposicion admirable. No eran tampoco extrañas á Rafael ninguna de las tres grandes aplicaciones del arte del dibujo, y es mas que verosímil que si una temprana muerte no hubiese

atajado su carrera, Miguel-Angel hubiera tenido en él un rival en escultura.

Pero lo que mayor celebridad ha grangeado al ingenio de Rafael han sido las multiplicadas representaciones de la vírgen en que ha abrazado todos sus aspectos y diversificado de mil maneras las imágenes con un encanto indecible. Aquí se ve á la vírgen representada sola con el niño Jesus, ó tal vez con un San Juanito, como la que llaman en Florencia *la vírgen de la silla*; allí no es mas que una de las personas de la Santa familia, y se halla rodeada de seis ó siete figuras, como en el cuadro que hizo Rafael para Francisco I rey de Francia, y es uno de los principales ornatos del museo del Louvre; acullá la vírgen con su divino infante, conducida en una nube, se aparece á personas santas, ó bien sentada en un trono como reina de los ángeles, recibe el homenaje de los santos y bienaventurados. Así como no hay pintor que rivalice con Rafael en el número y variedad de este linaje de composiciones, tampoco le llega ninguno en la propiedad del carácter de tales asuntos, en que deben reunirse todas las ideas de inocencia, de gracia, de nobleza, de pureza virginal, de santidad, y de ternura religiosa.

Un mérito de otra especie en que Rafael tampoco ha tenido quizá rival ni superior, es el que le coloca á la cabeza de los retratistas, sirviendo todavia hoy su ejemplo para demostrar que el pintor de historia es el mejor pintor de retratos cuando quiere serlo.

Rafael habia ya llegado al mas alto punto de perfeccion, es decir, á lo que se llama su tercera manera; á ella pertenecen el *San Juan en el desierto*; la inapreciable coleccion de cuadros al fresco repartidos de cuatro en cuatro en las pequeñas bóvedas de la galería de los aposentos, que comprenden en cincuenta y dos asuntos la historia del antiguo testamento; y el de la *Transfiguracion*, obra maestra del artista: grandes composiciones que enriquecen el Vaticano y que proclaman las maravillas del origen del cristianismo. Faltan palabras al discurso con que poder dar idea de tanta elevacion en los conceptos, de tal magnificencia en la invencion, de espresion tan sublime, y de tanta riqueza en los pormenores.

Al mismo tiempo que Rafael habia llegado al apogeo de su talento, todo contribuía á hacerle en Roma personaje de importancia. Trató su casamiento con una sobrina del cardenal Bibbiena, y si rehusó por tanto tiempo llevarle á efecto, hay indicios de que era porque ambicionaba el mismo ser honrado con la mas alta dignidad de la iglesia romana, para la cual es sabido que no se requiere estar ordenado. En la corte ocupaba un puesto honorífico, y su vida era la de un príncipe. No se hablaba de otra cosa que de Rafael y de sus obras admirables; entre ellas, el cuadro que generalmente se ha convenido en que reúne el mayor número de las varias escencias de la pintura, aquel en que se ve al artista remontarse á la altura mayor de su pincel, el vigor del colorido, la magia del claro-oscuro, en una palabra la *Transfiguracion* acababa de concluirse, cuando Rafael murió teniendo solos treinta y siete años. ¿Quién sabe lo que hubiera llegado á hacer si hubiera vivido mas largo tiempo?

DIFERENCIA EN EL COLOR DE LA TEZ HUMANA.

Así como los animales que pueblan la tierra ofrecen una infinita variedad de colores dependientes en gran

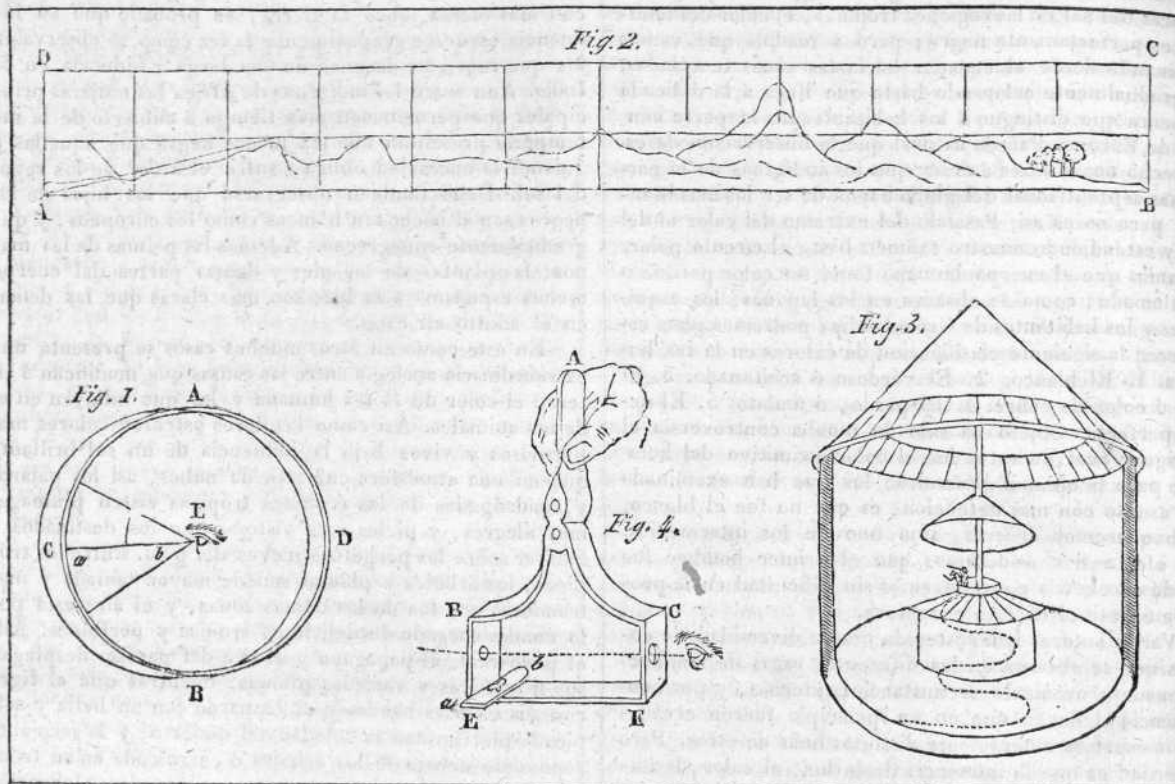
parte de la influencia del clima que habitan, así el hombre presenta ciertas modificaciones en el color de su tez en las diferentes latitudes del globo. Bajo los rayos abrasadores del sol en las regiones tropicales, el color del hombre es perfectamente negro; pero á medida que vamos caminando desde el ecuador hacia las zonas templadas, va gradualmente aclarando hasta que llega á la delicada blancura que distingue á los habitantes de la parte central de Europa. Parece natural que la observación de este hecho nos induzca á creer que los indígenas de la parte mas septentrional del globo hayan de ser los mas blancos; pero no es así. Pasando del extremo del calor al del frío y extendiendo nuestro exámen hasta el círculo polar, hallámos que el cuerpo humano toma un color parduzco ó aplomado, como se observa en los lapones, los esquimales y los habitantes de Groenlandia; podremos pues establecer la siguiente clasificación de colores en la tez humana. 1. El blanco. 2. El verdoso ó aceitunado. 3. El rojo ó color de cobre. 4. El pardo, ó mulato. 5. El negro perfecto. Objeto ha sido de mucha controversia el averiguar cual de estos fue el color primitivo del hombre; pero la opinión general de los que han examinado este asunto con mas detención, es que no fue el blanco, como queremos creerlo, sino uno de los intermedios. Con efecto si consideramos que el primer hombre fue creado en el Asia convendremos sin dificultad en la probable exactitud de esta congetura.

Varios autores han sostenido que la diversidad de colores que se observa en las diferentes razas de hombres no puede provenir de circunstancias externas, y por consecuencia deducen que en un principio fueron creadas varias especies enteramente distintas unas de otras. Pero la verdad es que la influencia de la luz, el calor, la humedad ó sequedad de la atmósfera, el alimento, la calidad del terreno, las costumbres y varias otras causas difíciles de enumerar, han causado estas alteraciones durante una larga serie de años. Una prueba de esto tenemos en los judíos que indudablemente proceden de un mismo tronco ó familia, y sin embargo el judío portugués es moreno, el inglés es blanco, el americano es mulato, el de la Arabia es color de cobre, y el que habita en Africa es negro. En esto vemos la influencia del clima sobre este pueblo ó tribu cuya raza pocas veces se mezcla con otras por medio de alianzas, y que han preservado su carácter peculiar como una nación distinta, esclusiva, entre todos los demas habitantes del globo.

En nuestro país mismo es muy notable la influencia del clima como se vé comparando la tez del labrador que cultiva la tierra, del transumante gallego que por este tiempo abandona su hogar para venir á segar las mieses de los campos de Castilla, y en general al que trabaja bajo la influencia de los ardientes rayos del estío, con el literato en su gabinete y aun el artesano en su taller. Compárese asimismo á la hija mimada del hombre opulento que tiene la desgracia de ser heredera de una inmensa fortuna, y cuya educación se reduce á hallar los medios de hacer resaltar su hermosura en el baile, en el palco ó en la carretela, con la hija del rico labrador que sin sujetarse á un trabajo penoso y violento no ha temido sin embargo esponerse á la intemperie desde los primeros años de su vida entregándose á un ejercicio saludable. La tez de la primera es esquisitamente suave y compite en blancura, si bien con algunas escepciones en nuestro suelo, con la nieve recién caída. La de la otra es menos tersa y blanca, pero una ligera tinta sanguínea y vigorosa le imprime un carácter de animación y robustez. Cual flor bella pero delicada, y tal vez enfermiza, parece incapaz la una de resistir el aquilon del invierno ó la tormenta del estío; la otra presenta el aspecto de un ser

animado por el constante disfrute de una salud perfecta. En los países mas meridionales donde los rayos del sol caen aun con mas perpendicularidad y por consecuencia con mas fuerza sobre la tierra, es probado que su influencia oscurece gradualmente la tez como se observa en los que regresan despues de una larga residencia en la India. Aun entre los indígenas de Africa las mujeres principales que permanecen mas tiempo á cubierto de la intemperie presentan una tez menos negra que aquellas á quienes la necesidad obliga á sufrir el ardor de los rayos del sol. Debe tambien observarse que los hijos de los negros son al nacer tan blancos como los europeos, y que gradualmente ennegrecen. Ademas las palmas de las manos, las plantas de los pies y demas partes del cuerpo menos espuestas á la luz, son mas claras que las demas en el adulto africano.

En este como en otros muchos casos se presenta una extraordinaria analogía entre las causas que modifican ó alteran el color de la tez humana y las que influyen en el de los animales. Así como las flores ostentan colores mas hermosos y vivos bajo la influencia de un sol brillante que en una atmósfera cubierta de nubes, así los pájaros y cuadrúpedos de las regiones tropicas visten plumages mas alegres, y pieles mas vistosas que los destinados á habitar sobre las perpétuas nieves del polo. Entre los trópicos, los árboles y plantas son de mayor tamaño y mas frondosos que los de las demas zonas, y el aire está por lo comun cargado de deliciosos aromas y perfumes. Allí el pavo-real, el papagayo y el ave del paraíso despliegan sus magníficas y variadas plumas: mientras que el tigre con sus vistosas bandas y el leopardo con su bella y salpicada piel buscan la soledad del desierto, y la serpiente reposando debajo de los árboles ó enroscada en su tronco refleja sobre su escamada y tersa coraza los colores mas vivos del iris. Aun en España las aves que vuelan de dia están adornadas de un plumage mas vistoso que las que solo abandonan de noche sus guaridas como se vé comparando el gilguero con la lechuza. Ciertos animales que así como el conejo, la liebre, el topo etc. se ocultan debajo ó á la superficie de la tierra, tienen generalmente el mismo color que esta. Ni se limita la influencia del clima al color de los animales, sino que afecta asimismo la testura y naturaleza de su piel. Así se observa que el perro de Guinea, conocido entre nosotros con el nombre de perro chino, carece absolutamente de pelo, al paso que los de Laponia están cubiertos de lana basta y espesa. El color de los pájaros sufre al domesticarlos varias alteraciones. La pluma de los pinzones y calandrias suele ennegrecer alimentándolos con cañamones. La variada influencia de estas causas hace, pues, que en cualquiera punto del globo en que fijemos nuestras observaciones hallaremos un carácter peculiar de aquella region, no precisamente dependiente de la disposición local de sus montañas, lagos y rios, sino de la armonía general de la naturaleza. Observaremos que los árboles de la selva, las aves que pueblan el aire, los animales silvestres y domésticos, y el hombre mismo se han localizado, por decirlo así, en aquel punto despues de una serie dilatada de años, hallando en cada clima una habitacion apropiada á sus necesidades.



FISICA.

DESCRIPCION DE UN PANORAMA (1).

Cuando se copia del natural se debe tomar por punto solamente la reunion de objetos que el ojo puede abrazar sin mover la cabeza, por que si ésta cambia de posicion, el punto de vista varía y la pintura se alteró en todas sus partes. Este principio de perspectiva se aplica únicamente á una pintura hecha sobre una superficie plana; pero si ésta pintura está ejecutada sobre una superficie cilíndrica como la de un *panorama* puede haber doce ó diez y ocho puntos de vista, es decir, que el panorama es un compuesto de muchas pinturas unidas las unas á las otras de manera que las líneas de la primera se ligen perfectamente con las de la segunda y las de ésta con la tercera etc.: todas ellas forman un círculo horizontal ABCD figura 1. En el centro de este círculo se halla el espectador, colocado sobre un especie de púlpito elevado, y descubrirá al rededor suyo una estension de pais increíble. El espectador está representado por el ojo E, y la distancia es como en las otras pinturas dos ó tres veces su ancho.

Toda circunferencia de círculo, como se sabe, se considera dividido en 360° , por consecuencia, el radio $a b$,

ó sexta parte del total de la circunferencia tiene 60° ; pero el radio $a b$ representa la distancia que hay desde el espectador á la pintura; luego si cada pintura tiene treinta pies de ancho, es decir, la dozava parte de la circunferencia (suponiendo que cada grado sea igual á un pie), la distancia del espectador á la pintura es igual á dos veces su ancho, pues que el radio es de sesenta pies: si la pintura tiene veinte pies de ancho, es decir, la décima octava parte de la circunferencia ó trescientos y sesenta pies, el espectador estará á la distancia de tres veces su ancho. Esta última distancia es la mas favorable, porque siendo mayor el número de cuadros del panorama cuanto mas se alejen del espectador, es mas fácil poner en armonía sus líneas, cosa muy importante, pues contribuye á que los diez y ocho cuadros no parezcan mas que uno solo.

El pintor debe colocarse sobre el punto de vista mas elevado que pueda ocupar cómodamente, á fin de descubrir la mayor estension posible de pais. Concluidas las diez y ocho pinturas las copiará en grande sobre un lienzo que suspendido al rededor de la pieza circular del edificio resultará la vista del panorama, en el centro del cual está el púlpito donde el espectador ve al rededor de sí la imagen exacta de la naturaleza, como si él se hallase en lo alto de una torre y los límites de la vista fuese el horizonte.

El techo está dispuesto de manera que no se ve el

(1) *Panorama*, término nuevo, compuesto de dos palabras griegas *pan*, todo; y *orama*, vista, es decir, *vista de la totalidad*, *vista de toda la reunion de objetos*. Se llama así una estensa pintura circular dentro de un edificio al intento, sin principio ni fin aparente, desde el centro del cual se ve siempre de frente y en su totalidad la reunion de objetos que representa.

extremo superior del lienzo, ni las ventanas que alumbran el edificio, y en un especie de paraguas visto por dentro, y al pie de los espectadores es preciso poner un voladizo que oculte la parte inferior del mismo lienzo. La ilusion depende en gran parte de ésta disposicion: aun que la pintura esté perfectamente ejecutada, si se viese limitada expofeso como el marco en un cuadro, bien pronto se desvanecería la ilusion. Es sorprendente la ilusion que causa el efecto del panorama artificial, ninguna ilusion de óptica le iguala hasta ahora, se confunde con el original mismo siempre que los objetos sean inmóviles; es preciso hacer reflexion para no engañarse que se está dentro de un edificio, tal es la fascinacion de nuestra vista.

ABCD fig. 2. representa el lienzo dividido en doce partes solamente; la fig. 3. representa el edificio donde debe colocarse; nosotros suponemos cortado dicho edificio para que se pueda ver su disposicion interior.

Los que se dedican á copiar del natural experimentan dos dificultades: la primera es, que teniendo delante de sus ojos una grande estension de pais, vacilan para elegir lo que quieren representar, no pudiendo abrazar el ojo toda la estension que se ofrece á sus miradas: la segunda es la de fijar el punto de vista. Para facilitar á los que no esten prácticos en estas dos operaciones preliminares de la perspectiva, se ha imaginado un instrumento de una construccion muy simple, de muy poco volumen y de un uso muy cómodo, con el socorro del cual se puede elegir y determinar en pocos instantes el espacio que se ha de diseñar y al mismo tiempo fijar el punto de vista (1).

Este instrumento está representado por la fig. 4. he aquí la manera de servirse de él. Se tomará el instrumento con el dedo pulgar é índice por el mango A de manera que caiga á plomo: se aplicará el ojo á la pequeña abertura C: las estremidades *a b* de una pequeña pieza colocada en B, darán los límites de la pintura del trozo de pais que se haya elegido; en fin se moverá dicho instrumento, teniendo siempre un ojo aplicado en la abertura C, en la direccion que convenga, teniendo el otro ojo cerrado; fijándose en el punto que el pais presente la reunion de objetos que mas agrada, se tomará, como original para la pintura, el espacio que se encuentre comprendido entre las estremidades *a y b*.

Encima de estas estremidades, exactamente enfrente de la abertura C hay otra pequeña abertura por la cual se ven los objetos naturales del pais y fija el lugar del punto de vista; por ejemplo, si se halla un edificio enfrente y mirado por dicho instrumento, la parte que se vea por la pequeña abertura será el punto de vista. El diámetro ó largo *a b* que determina la longitud de la pintura será la mitad de EF, longitud del instrumento que está en la misma relacion que la que se supone se halla el artista de su pintura; esto es que se halla situada á dos veces la longitud del cuadro tomada horizontalmente.

Hay otros instrumentos semejantes donde la longitud es tres veces la del diámetro *a b*, y en cuyo caso la distancia se supone tres veces la longitud de la pintura: la longitud EF de este instrumento representa, comparativamente, *a b*, la distancia que separa el artista de la pintura.

(1) Este instrumento está ejecutado con suma precision en la fabrica de M. Lerebours, óptica, miembro del gabinete de longitudes, y se vende en casa de la autora Madama Adèle de Breton, plaza del puente nuevo, en Paris; su precio 12 francos.

BELLAS ARTES.

VIDRIERAS PINTADAS EN LAS CATEDRALES DE ESPAÑA.

Un amigo del erudito Dr. D. Joaquín Lorenzo de Villanueva que falleció en Irlanda poco ha, nos ha facilitado el siguiente artículo inédito, que nos apresuramos á ofrecer á nuestros lectores.

Desde el siglo XV se establecieron en Burgos y en otras ciudades de España escuelas del arte de pintar vidrios para formar mosaicos en las ventanas de las catedrales y otros templos. De este plantel de profesores salió el célebre pintor en vidrio Gonzalo de Córdoba, el cual desde el año 1510 hasta el de 13 pintó los vidrios de la catedral de Toledo, que estan en la nave intermedia. En ellas representó la creacion del hombre y otros pasajes del antiguo testamento. Por aquel tiempo pintó D. Juan de la Cuesta las famosas vidrieras de la capilla Mozárabe; y Vasco de Troya la de la capilla de Don Luis de Silva; y Alejo Jimenez otras de las naves y capillas de aquella santa iglesia.

En la catedral de Burgos pintó á fines del siglo XV el mosaico de las ventanas de la librería del claustro, llamada hoy capilla del Cardenal, el famoso pintor en vidrio Juan de Santillana. Representan las historias del nacimiento, epifanía y transfiguracion del Señor; esta última se ha destruido, pero existen las dos primeras. Asociado de Juan de Valdivielso pintó despues las vidrieras del lado izquierdo del mismo templo, las que se habian de colocar sobre la puerta de los apóstoles, con ocho figuras de ellos, la historia de la resurreccion del Señor en medio, y en las ventanas cuadradas varias figuras de santos mártires y vírgenes. Son muy alabadas las que se conservan hoy día de las santas Agueda, Cecilia, Custina, Inés y otras. Las del crucero de aquella iglesia las reparó Valentin Ruiz en 1614. Estos mismos profesores, asociados de Alberto y Nicolás de Rolando pintaron en la Catedral de Avila las vidrieras de la capilla mayor y otras, dibujando en ellas imágenes de nuestra Señora y de los Apóstoles y algunos mártires, acompañadas de flores y otros adornos.

Los residuos que quedan en la catedral de Málaga de las vidrieras de imaginería que pintó en 1579 Octavio Valerio, muestran el gran mérito de aquel profesor en este ramo de las bellas artes.

El primero que hizo ventanas de imaginería en la catedral de Sevilla por los años 1470, fue Micer Cristobal Aleman; por el mismo tiempo ó poco antes habia hecho algunas el maestro Enriquez, pero se cree que fuesen en blanco. Ya entrado el siglo XVI pintó allí otra vidriera el pintor flamenco Juan hijo de Jacobo que así se firmaba. A este se siguieron los hermanos Arnao de Vergara y Arnao de Flandes, famosos pintores en vidrio, cuyas son la vidriera redonda de la Asuncion que está en la fachada del crucero del lado de la epístola, la de Santa Marina junto á la puerta de San Miguel, la de los Apóstoles en el crucero al lado del evangelio, y otra al de la epístola con cuatro obispos, la redonda de la Ascension en el testero al frente de la Asuncion, y otras muchas con vírgenes y mártires y otros santos que adornan aquel magestuoso templo, hasta el número de 93. Entre estas maravillas del arte sobresalen la entrada de Jerusalem con palmas, la resurreccion de Lázaro, el lavatorio de los pies, la cena del Señor, la union de la Magdalena, los mercaderes arrojados del templo, el tránsito de la Virgen y otras cuya altura es de nueve varas

y doce pulgadas, y lo ancho de tres varas y 30 pulgadas.

Algunas de estas vidrieras debieron concluirse ó perfeccionarlas otros profesores que trabajaron en aquella catedral desde la mitad del siglo XVI, entre los cuales sobresalieron Carlos Bruses cuya es la vidriera de la Resurrección del Señor que está sobre la puerta pequeña de la capilla de las doncellas; y Vicente Menandro cuya es la gran vidriera de la conversión de San Pablo en la capilla de Santiago, la redonda de la Encarnación colocada sobre la puerta de San Miguel; y otra del mismo tamaño sobre la puerta del bautismo que representa la visitación de Nuestra Señora. Estas obras de Menandro llaman la atención y la admiración de todos los artistas naturales y extranjeros.

Otras semejantes vidrieras trabajadas por los alumnos de las escuelas de España se conservan en muchas de nuestras iglesias, catedrales y monasterios antiguos.

DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS DE LA MADERA.

A fines del siglo XIV el sevillano Juan de Morales, aprehendido por los corsarios que infestaban el Océano, y conducido á las mazmorras de Marruecos, vió entrar en uno de aquellos baños destinados para los cristianos, en donde gemía cautivo largo tiempo hacía, nuevos compañeros de esclavitud que inmediatamente fueron conducidos á aquel triste lugar. Eran estos unos ingleses, cuyo navío combatido por una tempestad horrorosa, había sido arrojado sobre las costas de Berbería; y como los hombres oprimidos por el peso de una común desgracia no han menester largo espacio de tiempo para unirse con vínculos de amistad y confianza, los cautivos antiguos y los nuevos no tardaron mucho en tratarse con grande intimidad. Solían los ingleses para dulcificar la amargura de la esclavitud entretenir á sus camaradas contando los sucesos de aquel viage que tan mal paradero había tenido, y sobre todo una aventura novelesca, que á todos ponía admiración y arrancaba lágrimas, la cual en compendio era la siguiente.

“Un inglés joven llamado Roberto Macham, que se distinguía no menos por una esmerada educación que por su ánimo esforzado y firmeza de carácter, amaba apasionadamente á una señorita por nombre Ana Dorset. Pidióla á sus padres por esposa, pero estos creyendo á Roberto mal partido para una doncella rica y principal, se opusieron á un amor desprovisto de la recomendación de la fortuna; y aun llegaron á conseguir una orden de Eduardo III, que á la sazón reinaba en Inglaterra, para poner en un encierro al desgraciado amante, obstáculo de sus proyectos ambiciosos. Burló Roberto sus pérfidos designios, y fletando con algunos amigos un pequeño buque, huyó en él con su enamorada, después de desposados en secreto, dándose á la vela para Francia.

“Por desgracia el proyecto de Macham estaba destinado al mal éxito que las mas veces tienen las ilusiones del amor; no lejos de la costa se levantó un viento contrario, y ya no fue poderosa la novel é inesperta tripulación á conservar cerca de la tierra su navecilla, que amaneció al día siguiente perdido el rumbo fluyendo en la inmensidad del Océano.

“Procuraba Roberto disimular su inquietud á los ojos de su esposa cuando ella le preguntaba impaciente á cada instante: “¿Todavía no se descubre la costa de Francia? Será nuestro destino correr siempre en vano

en pos de la dicha, sin conseguir jamás alcanzarla? Trece días mortales duró esta perplejidad, y ya la inquietud iba siendo general é inútiles los esfuerzos de Roberto Macham para ocultar sus temores, cuando al día siguiente, en una de aquellas mañanas frescas y risueñas que tantas veces habían visto en su fantasía los dos amantes al través de las nieblas de Inglaterra, se oyó en lo alto de los mástiles la voz de tierra, que hizo palpar de esperanza el corazón de Ana. “¿Es la Francia, exclamó inquieta, es la Francia? ¡Delirio! Una larga navegación los había alejado de aquel país. Todas las ilusiones se desvanecieron á la vista de una costa de aspecto totalmente desconocido á la tripulación entera, que para verla había acudido presurosa sobre la cubierta. Cual fue su sorpresa descubriendo á lo lejos bosques de árboles nunca vistos, y una multitud de pájaros de extrañas figuras que vinieron á posarse en las vergas sin espantarse ni dar muestras de temor alguno!

“Al momento se enviaron á tierra en la chalupa algunos marineros que á su regreso instruyeron á Macham de que aquel país parecía desierto, pero de un aspecto delicioso. Que habían visto arroyos de agua cristalina, árboles llenos de fruta, y animales que no habiendo aprendido á temer al hombre se les habían acercado sin recelo.

“Con tan buenas nuevas, que prometían reposo y abundancia á su gente, Macham, acompañado de Ana Dorset y de algunos amigos se dió prisa á saltar en tierra, dejando el resto de la tripulación para custodia del navío.

“La relación de los marineros no les pareció nada exagerada; antes bien, á medida que se iban internando, vieron acrecentarse la lozanía que en aquel país hermoso ostentaba la naturaleza. Decididos á escoger para su residencia el parage mas ventajoso, se detuvieron en un valle resguardado de los vientos por algunas colinas cubiertas de laureles y árboles olorosos; un arroyo que bajaba de la sierra inmediata llenaba aquel lugar de frescura, y varios grupos de naranjos, limoneros y otros árboles preciosos esparcidos por uno y otro lado ofrecían contra los ardores del sol el abrigo de sus frondosas copas. Macham con la ayuda de sus compañeros edificó algunas cabañas, con el ánimo de descansar allí algunos días, y deliberar sobre su situación.

“Quedémonos aquí, decía Roberto á su esposa; arranquemos á la inconstancia de las olas nuestra vida y nuestra felicidad; veamos correr en este paraíso terrenal los días que la providencia nos tenga reservados; saboreemos lejos de los hombres y en el seno de la naturaleza placeres tan puros como ella y tan sencillos. No bastaba, sin embargo, esta risueña perspectiva á desvanecer los negros presentimientos que atormentaban á Ana Dorset hacía muchos días. El semblante de Roberto brillaba de placer, al paso que los ojos de la hermosa Ana estaban sombreados por una tierna melancolía, y el secreto pesar que parecía ir socavando su pecho consumaba lentamente el sacrificio que había hecho á su esposo.

“Solo tres días fuimos testigos nosotros de aquel ensayo de felicidad, porque estaba decretada nuestra separación violenta de la pequeña colonia arrojada á tierras desconocidas. La noche que siguió al tercer día se levantó una furiosa borrasca: el navío, después de haber luchado largo tiempo contra el ímpetu de los vientos, rompió los cables, y arrebatado á la alta mar, vino á dar á las costas del pueblo bárbaro que aquí nos tiene en dura esclavitud sumidos.

Tal fue la historia, que se hizo repetir veintes veces la curiosidad de los prisioneros, y que Morales escuchó con el interés mas profundo. Como había sido piloto mucho tiempo, hizo á los ingleses una multitud de pregun-

tas sobre pormenores relativos al nuevo país que habían descubierto, asegurándose en la manera posible de su posición geográfica (1), y de las señas que bastarían para dar con él.

Luego de conseguido su rescate, pensó en llevar á cabo el proyecto que había formado de ir en busca de las tierras que le habían designado los cautivos ingleses. Esta indagación satisfacía su pasión hacia los descubrimientos y el deseo de poder dar algunos auxilios á unos seres que vivían separados del mundo entero, y tanto habían escitado su compasión. No tardó mucho en depararse una coyuntura favorable, porque en la misma costa de Berberia se encontró con un caballero portugués llamado Gonzalez Zarco, comisionado por el infante D. Enrique para hacer descubrimientos en el mar de Africa, al cual sin titubear ofreció sus servicios, comunicándole desde luego las noticias que le habían dado sus compañeros de esclavitud. Había ya el portugués viajado por aquellos mares, llegando á fondear dos años antes en la isla de *Porto-Santo*, distante de la costa occidental de Africa casi ciento cuarenta leguas, y su experiencia le hizo presumir que la tierra nuevamente descubierta por los ingleses debía caer hacia aquella parte. Dióse, pues, á la vela para *Porto-Santo*, en donde obtuvo de los portugueses que había dejado allí en su primer viaje, datos que le trazaron el rumbo que había de seguir.

“A pocas leguas de esta isla, á la parte del sud-oeste, le dijeron aquellos portugueses, se levantan del fondo del mar hasta el cielo espesísimas tinieblas que forman una muralla impenetrable. Del medio de esta oscuridad nunca interrumpida, se oye salir un ruido sordo y terrible á la manera del que harían las olas del mar precipitándose en una profunda sina, y el pueblo supersticioso supone que en el seno de aquella horrorosa noche hay un abismo sin fondo que es una boca del infierno, así es que jamás ha sido osado ningún marino á acercarse á tan temerosos lugares, por la persuasión en que estaban todos de que no había que esperar la vuelta del que intentase penetrar aquel misterio.”

Al través de estas relaciones hijas del terror general, vislumbraron Zarco y Morales indicios satisfactorios para su empresa, juzgando que aquellos vapores con que se les metía miedo, eran al contrario señal cierta de la tierra que buscaban. “En efecto, decía Morales á Zarco, la tierra de que me han hablado los ingleses estaba cubierta de espesas selvas, y la humedad que por causa de ellas se conserva en el terreno debe exhalarse incesantemente en vapores á los rayos del sol.”

Fortalecidos en su proyecto con estas reflexiones, determinaron sin titubear ir por sí mismos á inquirir aquel fenómeno, y una madrugada emprendieron su viaje, no sin repugnancia de los de la tripulación; puesto que al fin les hizo enmudecer la firmeza de ánimo de entrambos gefes. No bien se alejaron algunas leguas de la costa cuando ya columbraron aquella oscuridad de que les habían hablado. Quería Zarco acercarse desde luego al parage por donde mas negras se parecían las sombras, pero era tan formidable el estruendo que por aquella parte hacían las olas, que la tripulación entera rogó á su capitán no se espusiera á una muerte cierta. Zarco les arengó con valentía, consiguiendo infundir en el espíritu de los marineros parte del esforzado aliento que á Morales y á él los animaba. Pero como varias corrientes que allí había, amenazaban con su rapidez arrastrar al navío en medio de las horrorosas tinieblas, Zarco aprovechó la calma del viento para echar al mar dos chalupas que navegarán la

vuelta de la nube; y según que el rumor iba acrecentándose ó disminuyendo, el navío retrocedía ó avanzaba. Continuando así esta marcha recatada por espacio de muchas horas, vieron que á la parte del este, la sombra comenzaba á aclarar notablemente; puesto que al través de la oscuridad menos densa se entreveían enormes masas negras, que la vista no podía distinguir, y que se representaban á los amedrentados marineros otros tantos gigantes de desmesurada altura. De aquellas formas fantásticas salía el espantoso ruido, pero muy luego cesó la incertidumbre llegándose á descubrir unas grandes y elevadas rocas, contra las cuales rodaban embravecidas las olas.

Continuaron navegando á lo largo de aquellos peñascos, hasta que al fin, aclarándose el mar de todo punto, y disminuyendo el ruido de las oleadas, la tierra objeto de todos sus deseos se pareció clara y distintamente, y fue saludada con general aplauso y gritos de alborozo.

Después de haber doblado una pequeña punta que Zarco tituló de *San Lorenzo*, vieron á la parte del sud el aspecto de una tierra que se extendía en anfiteatro, y que no tardó en presentar á sus ojos una encantadora perspectiva. Juan de Morales solicitó el honor de ser el primero que pusiese el pie en aquella desconocida tierra: enviósele á reconocer la costa á la cabeza de una embarcación ligera, y abordó con su gente á una bahía, que les pareció conforme á la descripción hecha por los ingleses á Morales, el cual no se detuvo en llevar á los del navío la agradable nueva de ser aquella tierra la misma que le habían pintado sus compañeros de esclavitud. Con esto Zarco desembarcó acompañado de Morales y de las personas mas principales que allí estaban. Fue esto á 8 de julio de 1420 día de Santa Isabel y el portugués tomó posesión de la tierra á nombre del rey Juan y de su hermano el infante D. Enrique. En llegando á la playa, lo primero que notó fue aquella circunstancia peculiar de los países que no habita el hombre, y es que las bestias y las aves no se espantaban de verlos, y antes bien venían á mezclarse entre ellos con mansa familiaridad.

Desviábase Morales por estender sus investigaciones tierra adentro, y por ver si daba con Roberto Macham y sus ingleses, y como Zarco no lo deseaba menos se dió prisa á contentar su impaciencia.

Luego que la comitiva hubo atravesado los bosques que guarnecían las montañas por donde se limitaba el horizonte á la parte de tierra, bajaron á un hermoso valle, en donde no descubrieron por el pronto huella humana; pero de allí á poco echaron de ver una losa sepulcral en la que Zarco y Morales que sabían el inglés leyeron con dolorosa sorpresa los nombres de *Roberto Macham* y *Ana Dorset* grabados en esa lengua. Siguiendo lo que la inscripción indicaba, levantaron la piedra de la sepultura, y hallaron en una caja de metal un manuscrito con la historia entera de las aventuras de los desgraciados esposos. Morales no quiso tener suspensa su propia curiosidad y la de sus compañeros, y al instante tradujo en portugués la historia, escrita por un amigo de Macham que con su firma había garantizado su autenticidad.

Después de haber dado noticia de los amores y desgraciado casamiento de Roberto y Ana, su fuga, y su arribo á la tierra desierta; el autor del manuscrito proseguía de esta suerte.

“Serenada la tempestad que había venido á turbar á Roberto y su amada consorte en aquella mansión no falta de delicias, aun á pesar de la melancolía de Ana, Macham corrió en busca de su navío, pero cual fue su dolor al ver que había desaparecido! Persuadido de que

(1) Longitud occidental por el meridiano de Madrid: 13, 9, 57; latitud N. 32, 9, 33.

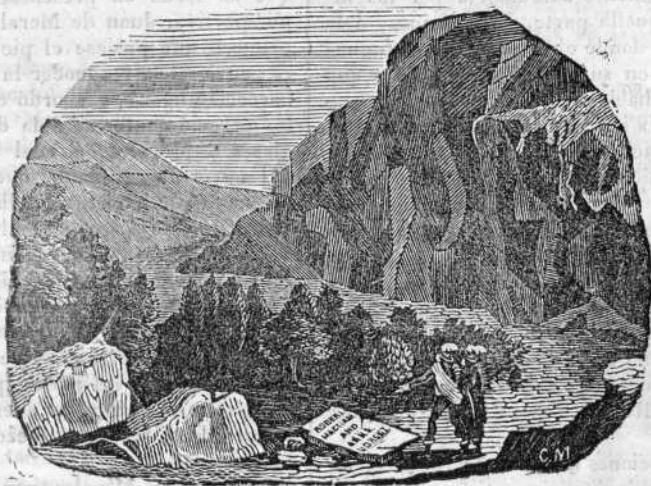
la tempestad le habria destrozado, volvió á dar á sus compañeros la triste nueva. Este último golpe fue muy sensible á la desventurada Ana, que vió en él realizados sus funestos presentimientos: aquella misma noche cayó gravemente enferma, y en un estado de languidez que fue empeorando en los dos siguientes días; últimamente, espiró al tercero sin haber podido articular palabra desde la fatal noticia que tan cruelmente la había abrumado.

“No es fácil figurarse la sombría tristeza de que esta catástrofe llenó el alma de Roberto, como que la muerte de su esposa acababa de arrancarle todas las dulces ilusiones con que se iba familiarizando. Vanos fueron los cuidados que con el mayor esmero le prodigamos para calmar el exceso de su dolor. A nada atendió ya mas que á cumplir los últimos deberes para con su adorada consorte, y por sus propias manos le abrió la sepultura en un bosquecillo de limoneros. Semejante ocupacion no era en verdad muy á propósito para atenuar su do-

lor: así fue haciéndose mas intenso cada dia hasta parar en un acceso de fiebre y del mas violento delirio. Al cabo de cinco dias exhaló el último suspiro, pronunciando el nombre de su Ana, y mostrando deseos de unirse á ella en la misma tumba.

“Esta última voluntad fue religiosamente cumplida por sus desconsolados amigos, y en el momento de abandonar en la frágil chalupa que les quedaba una tierra que solo les ofrecia ya un doloroso espectáculo, han querido sustraer á los azares del mar, confiándola á la tumba de Macham, la lamentable historia de un amor tierno digno de mejor suerte.

“Vosotros, los que visiteis un dia la tierra desconocida, en donde dos esposos han hallado la hospitalidad del sepulcro contra la desgracia que les ha perseguido; dedicad una lágrima á la memoria de Roberto Macham y Ana Dorset (1).”



Luego que los viajeros hubieron pagado la deuda de su sensibilidad á los restos mortales de los que les habían precedido en aquella región ignorada, se dieron prisa á recorrerla toda. Muchos marineros, á quienes habia el capitán enviado á una altura considerable, volvieron á anunciarle que habían visto el mar por todos lados y que estaban en una isla: con cuya noticia volvieron á tomar la chalupa para dar la vuelta á toda la costa. Mas allá de una pequeña punta situada al Oeste, tomaron tierra en una hermosa playa en que se reunian las desembocaduras de cuatro distintos rios, de cuya agua pura y cristalina llenó una botella Zarco para hacer presente de ella al infante D. Enrique. Alejándose un poco dieron con otro nuevo valle cubierto de árboles gigantescos, algunos de los cuales yacian por tierra á impulsos de su misma vetustez: con dos de ellos hizo una cruz Zarco, y enclavándola en la rivera, llamó á aquel parage *Santa-Cruz*.

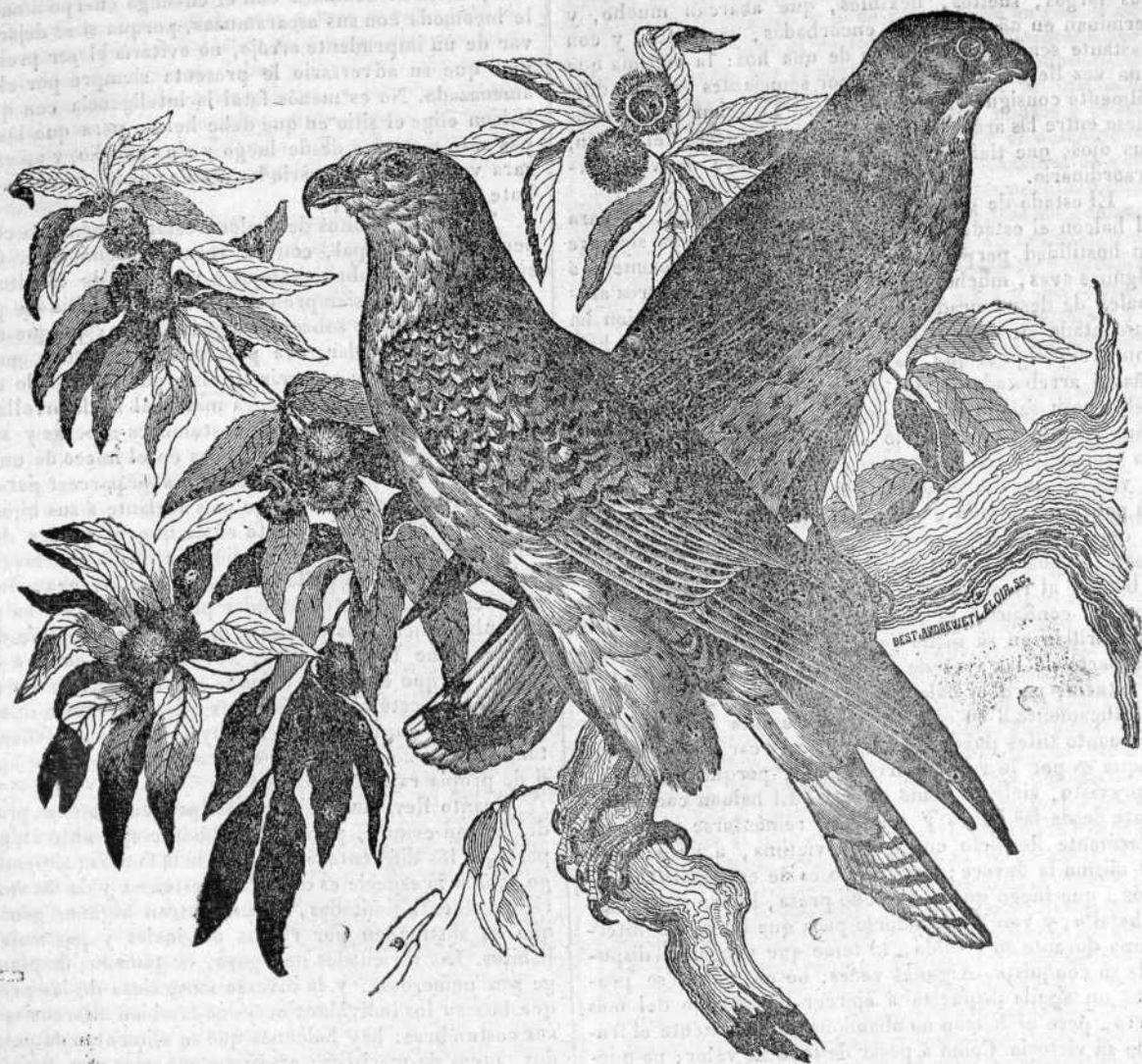
Esta isla, aunque deshabitada, estaba cubierta de una vegetacion tan lozana y vigorosa, esmaltado su fértil suelo de tan bellísimas praderas, que ya no pensó Zarco mas que en elegir el sitio mas á propósito para fundar un pueblo. Con este fin llegó hasta una llanura bastante estensa y mas despejada de arboleda que el resto de la tierra recorrida, pero tan llena de hinojo, que la poblacion edificada despues en ella tomó el nombre de *Funchal*.

Zarco, despues de una corta mansion en aquellos lu-

gares deliciosos, volvió á darse á la vela para Portugal, con gran provision de animales, aves, plantas, y otras varias producciones del pais; pero ni él ni Morales se olvidaron de cumplir el voto que habían formado de erigir un altar sobre la tumba de Roberto Macham y Ana Dorset.

A su llegada, el rey D. Juan colmó de honores á Zarco y á Morales, confiriendo al primero el título de gobernador de la isla, que recibió el nombre de la *Madera* á causa de la prodigiosa multitud de árboles que la cubrian. Este empleo no tenia entonces la importancia que ha venido á adquirir modernamente. La isla de la Madera, deshabitada en el siglo XV, cuenta hoy mas de 80,000 habitantes. Sus espesos bosques devorados por un incendio dispuesto por el primer gobernador, han dado lugar á los plantíos de vides trasportadas de Candia, que con el esquisito vino de Malvasia recrean el paladar de los inteligentes.

(1) Nunca ha podido saberse en que vinieron á parar la chalupa y los amigos de Roberto Macham. Debieron sin duda de perecer en la aventurada tentativa de regresar á Inglaterra.



LOS HALCONES.

Dotado de una intrepidez poco común, de un sin igual ardimiento en el combate, este pájaro noble, que disputaría al águila el imperio del aire si igualara su fuerza á su valor, no es, sin embargo, en su mayor desarrollo de mas tamaño que el de una gallina. Tiene de largo de diez y seis á diez y nueve pulgadas: su figura es airoso y esbelta; su plumage, pardusco por la parte superior y manchado en el buche de pintas oscuras longitudinales sobre fondo blanco, es de un agradable aspecto.

Las partes que le sirven para ejercer y satisfacer su instinto rapaz y guerrero, como son el pico, las alas y las garras, merecen una descripción particular. La mandíbula superior, que empieza á encorbarse desde su base, describe un arco y termina en una punta acerada después de haberse festoneado de suerte que por cada lado forma dos á manera de dientes agudos; la mandíbula inferior, es un tanto cuanto convexa, y cor-

tada también en punta, componiendo entre las dos un pico agudo y cortante, que causa crueles heridas, y retiene la presa con extraordinaria fuerza. Las alas, que desplegadas tienen de largo tres pies y medio, y cerradas casi alcanzan al extremo de la cola, son finas, sutiles y casi rectas, y tienen en sus movimientos un vigor, una facilidad, y una rapidez singulares. La resistencia facilita la acción de este poderoso aparato, y así es que los halcones gustan de volar contra el viento, y cuando se han levantado á las mas elevadas regiones del aire, se mecen en ellas jugueteando alegres, ejecutan maniobras y evoluciones caprichosas, describen círculos, se dejan caer como una pesada mole, ó se lanzan á lo alto con la rapidez de una saeta; todo con tan maravillosa agilidad que la vista deslumbrada apenas puede seguirlos, sin que por esto deje su mirada penetrante de explorar en medio de todos sus juegos hasta los mas profundos abismos de

la tierra que tienen debajo de sí. La configuración de la pata del halcón es la más á propósito para hacer de ella un arma terrible: es seca, nervuda, guarnecida de dedos largos, sueltos, flexibles, que abarcan mucho, y terminan en uñas agudas, encorbadas, cortantes, y con bastante semejanza á la hoja de una hoz: la víctima que una vez llega á verse *ligada* por semejantes garras, difícilmente consigue escapar de ellas. También deben contarse entre las armas ó instrumentos de guerra del halcón, sus ojos, que tienen fama por su alcance de vista extraordinario.

El estado de guerra, de riña, de pendencia, es para el halcón el estado natural y predilecto: él está siempre en hostilidad perpétua con todo el mundo, acomete á algunas aves, mucho mayores que él, y aun á otros animales de desmesurada grandeza cuando la educación ha aumentado su natural intrepidez. Nunca comerá el halcón presa alguna que no haya pillado por sus propias uñas ó arrebatado de las de otro cazador, y no caza ni pelea para satisfacer su apetito solamente, sino también para saborear, por decirlo así, los goces de una victoria conseguida. Así es; que si mientras está devorando la víctima que ha inmolado, se le presenta una perdiz, un pato, un milano ó algún otro merodeador, al instante deja el halcón la presa segura para perseguir la incierta, y abandona las delicias del festín para presentar la batalla al rival que se atreve á penetrar en sus dominios. La confianza, el ardimiento, y la nobleza del halcón, brillan en su modo de acometer al enemigo: la mayor parte de las aves de rapiña se valen en este caso de la astucia, pero el halcón por el contrario, va derecha y francamente á su objeto, y se presenta á su adversario cuanto antes puede y siempre cara á cara. Este primer ataque es por lo regular irresistible, porque es rápido, imprevisto, violento como el rayo. El halcón cae de repente desde las nubes y vuelve á remontarse perpendicularmente llevando consigo su víctima, á no ser que allí mismo la devore; porque no es de esos ladrones rateros, que luego que han hecho presa, huyen del campo de batalla, y van á esconderse para que nadie les interrumpa durante su comida, ni teme que vengan á disputarle su conquista. Algunas veces, no obstante, se presenta un águila dispuesta á ejercer el derecho del más fuerte, pero el halcón no abandona tan fácilmente el fruto de su victoria. Como á pesar de todo su valor, no puede medir sus fuerzas con el tirano de los aires, cifrando su esperanza en la ligereza de sus alas, y sin soltar la presa huye velozmente al través del espacio. El ver á un águila dar caza á un halcón que quiere defender su propiedad, es un espectáculo interesante: el halcón se pierde entre las nubes, luego baja rastreando con la tierra, da mil vueltas y revueltas, redobla sus fingidos giros, cruza y recruza volando, se detiene de improviso, cambia repentinamente de dirección; sin embargo, estos esfuerzos son regularmente inútiles, y después de haber sentido más de una vez los formidables ataques de su enemigo, el halcón suelta al fin su presa, protestando con un grito de dolor y rabia contra el abuso de la fuerza.

En caso de necesidad, el halcón despliega no menos inteligencia que valor, y con sagacidad notable diversifica el ataque según la naturaleza de la caza. Si se trata de un pájaro de vuelo vivo y tortuoso, no piensa el halcón en asirle con las garras, sino que procura darle al paso un picotazo, un aletazo, ó una pechugada para debilitarle y aturdirle; si por el contrario es un pájaro de vuelo pesado, el halcón que no teme se le escape le persigue sin herirle hasta que puede atraparle. Cuando tiene que habérselas con un enemigo capaz de hacer resis-

encia, tiene muy buen cuidado de prevenirse antes de tomar la ofensiva. Así es que en sus batallas con la garza real, antes de combatir con el enemigo cuerpo á cuerpo, le incomoda con sus escaramuzas, porque si se dejara llevar de un imprudente arrojito, no evitaría el ser presa del pico que su adversario le presenta siempre por el lado amenazado. No es menos fatal la inteligencia con que el halcón elige el sitio en que debe herir, para que los golpes sean mortales desde luego y sin remedio, y así es que rara vez deja el contrario herido de quedar fuera de combate al primer choque.

Todos los hábitos del halcón están en armonía con su ocupación principal, con su vocación dominante. Como su gusto es descubrir de lejos y mirar desde lo alto una vasta extensión, siempre establece su domicilio en parajes montañosos y sobre escarpadas rocas; porque desde allí ora quiera volar, ora posarse en una altura, goza el placer favorito de esparcir su vista por el dilatado espacio de los campos. La ternura maternal se desarrolla poco entre estos cazadores de costumbres ásperas y salvajes: con algunas ramillas echadas en el hueco de una roca forma un nido bastante cómodo á su parecer para recibir sus huevos y dar abrigo más adelante á sus hijuelos; de lo que cuida únicamente es de que el paraje donde anida mire á la parte del mediodía á fin de que los rayos del sol calienten la pollada. Luego que los pequeñuelos están en disposición de atender por sí mismos á su propia subsistencia, los padres y madres los espulsan de la comarca que habitan ellos, enviándolos á cazar á otra parte; porque el halcón como la mayor parte de las aves de rapiña acostumbran á escoger cierto territorio de donde no salen para nada, pero cuyas fronteras defienden también con zeloso esmero contra todo invasor de agena ó de propia raza.

Cuanto llevamos dicho es más particularmente propio del halcón común, pero es igualmente aplicable en gran parte, á los diferentes miembros de la familia: sin embargo, como la especie es de las más estensas y de las menos rigurosamente limitadas, se encuentran algunos géneros que se distinguen por rasgos originales y particulares hábitos. Las variedades de figura, de tamaño, de plumaje son numerosas, y la diversa naturaleza de las presas que buscan los individuos ocasiona también diferencias en sus costumbres: hay halcones que se alimentan de pescados, otros de mariscos; este no come más que insectos, como las cigarras, aquel pequeños mamíferos, como turrones; los hay que desdénando esta morralla no cazan sino grandes pájaros; otros, al contrario, gustan de bocados mas menudos. El hallarse esparcidos en climas muy diversos, modifica también las costumbres de los halcones como es natural, y así las especies que habitan en las latitudes ecuatoriales no pueden vivir como las de la Islandia; pero lo que más señaladamente constituye sus variedades, es la diferencia de sus armas. Algunas especies tienen el ala mucho menos fuerte y las garras menos temibles, lo que por consecuencia las obliga á usar de sagacidad y astucia, á tener en sus ataques menos franqueza, en su valor menos decisión, y menos nobleza en su carácter: tales son el azor, y el gavilán, á quienes se ha tachado con el dictado de *innobles*, por oposición al epíteto de *nobles* aplicado al halcón propiamente dicho, al gerifalte y al esmerejón.

No podía el hombre desaprovechar esta aptitud tan manifiesta de los halcones para la caza, y así en todos tiempos y países los cazadores han convertido en auxiliares suyos á estos pájaros guerreros. La cetrería no era un arte ignorado de los antiguos; en los siglos del feudalismo estaba tenida en grande estimación en Europa; el derecho de cazar con halcón era uno de los privilegios de la

nobleza mas principal, y el título de halconero de S. M. no sentaba mal con el apellido mas ilustre. La educación de los halcones, convertida en una ciencia regia y de principios fijos, desarrollaba mas y mas su valor natural, de tal manera que los halcones diestros se atrevían hasta con animales fieros como lobos y javalies: con esto se hacían inapreciables los tales pájaros, y los reyes en ocasiones solemnes se los enviaban mutuamente de regalo: los gerifaltes blancos de Islandia eran sobremanera estimados, y las leyes danesas imponían pena de la vida al que les daba muerte.

Las revoluciones que han destruido el feudalismo han acabado con la caza de altanería; sin embargo los halcones existen aun en algunas partes de Europa; en Africa y especialmente en Asia no han tenido que sufrir la reforma, y todavia se les emplea con buen éxito para cazar gazelas y otros animales.

GEOGRAFIA.—EUROPA.

Europa es la menor de las grandes divisiones de la tierra, pero se distingue ventajosamente entre ellas por el carácter de su poblacion, el superior cultivo de su suelo y el estado floreciente de las artes, ciencias, industria y comercio, así como por el número de ciudades populosas que contiene y la influencia que ejerce sobre las demas partes del globo. El origen de su nombre y habitantes está envuelto en la oscuridad; probablemente los primeros pobladores vinieron del Asia, cuna de la especie humana. La Grecia fue el primer país que ocuparon los emigrados. 1400 años antes de la era vulgar se distinguían ya en esta parte de Europa los Helenos que muy luego aventajaron á los asiáticos en civilización. El periodo mas floreciente de la Grecia fue unos trescientos años antes de J. C. Notable por el grado de perfección á que elevaron los griegos las artes y las ciencias, enriquecida con las producciones mas nobles del ingenio, será siempre la Grecia objeto de nuestra admiración, y sus monumentos el tipo del buen gusto en las artes. Pero á la disolución del imperio de Alejandro que se habia formado sobre las ruinas de la libertad de la Grecia, quedó este país reducido á la nulidad.

Alzabase al mismo tiempo otra nacion poderosa en Italia, los romanos, que aunque aparecieron muchos años antes no empezaron á figurar hasta haberse apoderado de la Italia y vencido á sus rivales los cartagineses. Desde aquel momento se extendió su poder por toda Europa. Sujetaron á los griegos, debilitados ya por la division, trasplantando sus artes y refinamiento al suelo itálico. Sucesivamente cedieron al poder de las armas romanas España, Portugal, Francia, Bélgica, la costa de Inglaterra, Suiza ó Helvecia, y la parte de Alemania entre el Danubio y los Alpes, quedando reducidas á provincias del imperio romano cuyo idioma, ritos, maneras y civilización adoptaron. Empezó á cultivarse la agricultura, y bien pronto se elevaron ciudades populosas entre las tribus errantes. La religion cristiana que se extendió rápidamente por todo el imperio, contribuyó tambien esencialmente á propagar la civilización por la mayor parte de los estados europeos. Solo la Alemania resistió el poder colosal de Roma impidiendo que se extendiese la civilización romana por el norte de Europa que por mucho tiempo permaneció desconocido, sustrayéndose á las observaciones del historiador. Habia llegado entonces el imperio romano al apogeo de su gloria, extendiendo su dominio sobre la mayor par-

te del mundo conocido entonces, pero este engrandecimiento mismo fue causa de su ruina. No era posible conservar en un territorio tan dilatado y que se componia de pueblos tan diversos, la unidad de acción necesaria para la recta administración y buen gobierno de un país. Forzoso fue encomendar el de las provincias distantes á personas que guiadas por su ambición y emancipándose de un gobierno cuyas disposiciones desvirtuaba la distancia, abrumaban á los pueblos con vejaciones, abusos y crueldades que necesariamente debían producir el descontento y la rebelión. Aprovechándose entonces las tribus no conquistadas del norte de esta disposición de los pueblos y de la debilidad y molición á que se habian entregado los romanos invadieron el imperio dividido entonces en oriental y occidental, y despues de una lucha sangrienta y duradera lo destruyeron completamente; las artes y las ciencias fueron reemplazadas por el barbarismo, la ignorancia y la superstición de la edad media, y mudó consiguientemente la faz política de la Europa.

Los ostrogodos y lombardos se establecieron en Italia, los visigodos, los unnos, los suevos, los alanos y los vándalos invadieron la España; los francos se apoderaron de Francia, antes Gاليا, y los anglo-sajones penetraron en el sur de Inglaterra, sojuzgando á los habitantes ó incorporándose con ellos. El imperio de los francos se extendió tan considerablemente bajo Carlo Magno, que posteriormente se formaron de él los reinos de Francia, Alemania, Italia, Borgoña, Lorena y Navarra. Por este tiempo las naciones septentrionales y orientales de Europa empezaron á ejercer alguna influencia. Los esclavones fundaron reinos en Bohemia, Polonia, Rusia, y el norte de Alemania; los magarios aparecieron en Hungría, y los normandos agitaron toda la Europa. Los papas intentaron por entonces el establecimiento de una teocracia universal, y lo consiguieron durante los pontificados de Gregorio VII é Inocencio III. Vinieron luego las cruzadas á robustecer la influencia de la silla apostólica ó mas bien su poder ilimitado. Sin embargo esta lucha entre la Europa y el Asia contribuyó á la formación gradual de una clase media de la sociedad, proporcionando al abyecto vasallo los medios de sacudir el yugo y cultivar las artes y ciencias que introdujeran en Europa los árabes y los griegos. El impulso que recibía la literatura con la emigración de los griegos de Constantinopla mudó enteramente la faz de Europa. El establecimiento de universidades y la invención de la imprenta vinieron á prestar su eficaz auxilio al desarrollo y cultivo de los conocimientos humanos. Las tiendas feudales, la lucha de privilegios condujeron paso á paso al reconocimiento de los derechos del pueblo.

Del caos de la edad media nacieron los estados de Alemania, España, Francia, Portugal, Inglaterra, Escocia, Suiza, Italia, Hungría, Bohemia, Polonia, Dinamarca, Suecia, Noruega y Rusia. Con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, la puerta Otomana se colocó entre las potencias de Europa. Austria, Holanda, Prusia, y Cerdeña merecieron tambien un lugar entre ellas, y la Rusia durante el reinado de Pedro el Grande fue transformada de potencia asiática en imperio Europeo. Las tentativas de Carlos V y de Luis XIV para hacerse dueños de Europa, fueron vanas; pero en nuestros dias Napoleon concibió el gigantesco proyecto de formar una monarquía europea, y todos sabemos hasta que punto llegaron á realizarse sus planes. Desde el establecimiento de los estados independientes de Europa, han desaparecido de entre ellos Hungría, Polonia, el imperio de Alemania, Escocia, Bohemia, Venecia, Génova y Milan, y se han agregado los siguientes: los estados de la confederación Germánica, incluso los cuatro reinos de Hanover,

Sajonia, Wurtemberg y Baviera; los estados de Italia, la república de las islas Jónicas, la de Cracovia, y recientemente los reinos de Grecia y Bélgica. La propagación y cultivo de los conocimientos humanos y la abolición del sistema feudal, tuvieron por consecuencia necesaria el desarrollo de las ideas de derecho público y libertad individual. Siguiéronse naturalmente luchas sangrientas entre los adictos á las antiguas doctrinas y los afectos á las nuevas, luchas cuya animosidad tiene aun en conmoción á la Europa.

La gran masa de aguas saladas que con el nombre genérico de *mar* cubre próximamente las tres cuartas partes de la superficie del globo, toma diferentes nombres segun su situación respectiva. Con relacion á los grandes continentes, se divide primero en seis mares principales que son el *grande Océano pacífico*, entre América y Asia; el *Océano atlántico* entre Europa, Africa y América; el *Océano indico* ó mar de la india entre Africa, Asia y Australasia; el *Océano boreal* ó mar glacial del Norte comprendido en la zona glacial ártica; el *Océano austral* ó mar glacial del sur al extremo opuesto del globo, y el *Mediterráneo* entre Europa, Asia y Africa. Cada uno de estos mares, con referencia á las costas que baña, toma tambien distintas denominaciones. De los tres que bañan á la Europa, el Océano boreal al Norte; el atlántico al Oeste, y el Mediterráneo al Sur, se forman diez menores á saber; el *mar blanco* al norte de Rusia (por el boreal), el *mar del Norte* entre Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica é Inglaterra; el *mar Báltico* entre Rusia, Prusia y Suecia; el de *Irlanda* entre la isla de este nombre y la Inglaterra, y el de la *Manga* entre Inglaterra y Francia, por el Atlántico. El *mar Adriático* ó golfo de Venecia, entre Italia, Austria y Turquía; el *mar Jónico* entre Grecia é Italia; el *Archipiélago* entre Grecia y la costa occidental de Asia; el *mar de Mármara* entre Asia y Turquía; el *mar Negro* entre la Turquía, Rusia y Asia, y el de *Azoff* entre Asia y Rusia.

Hállase la Europa situada en las zonas templada y glacial del Norte entre los 35 y 72° de latitud N., y los 6° Oeste y 68° Este, de longitud por el meridiano de Madrid. El estrecho de Gibraltar la separa de Africa. Confina por el Este con Asia formando la division de ambos continentes una línea imaginaria. Incluyendo las islas, que contienen sobre 30,407 leguas cuadradas de las de 20 al grado, la estension superficial de Europa asciende á 370.716 leguas cuadradas, de las cuales la Rusia ocupa próximamente la mitad. Su mayor longitud desde el cabo de San Vicente en Portugal hasta los montes Urales en los confines orientales de Rusia, es de 975 leguas, y su mayor anchura desde el cabo Norte en Noruega y el de Matapan en la Morea, de 700 leguas (1). Es notable la buena distribucion de los rios que riegan y fertilizan las diferentes comarcas de Europa, aunque su caudal de aguas no es tan considerable, su curso tan rápido, ni sus cataratas tan frecuentes y gigantescas como las de algunos en otros puntos del globo, particularmente en América. Los principales rios son el Ebro, el Ródano, y el Po que desembocan en el Mediterráneo: el Danubio, el Dniéster y el Dnieper en el mar Negro; el Don en el mar de Azoff; el Volga en el mar Caspio; el Dwina en el Océano boreal; el Diuna, el Vístula y el Oder en el mar Báltico; el Elba, el Weser, el Rin y el Támesis en el mar del Norte; el Sena en el mar de la Manga; el Loira, el Garona, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir en el Océano Atlántico. El Volga y el Danubio son lo mas largos. Los lagos mas notables, aunque ninguno de ellos puede compararse con el *Superior* en la América sep-

tentrional, se hallan en el Norte de Europa, á saber: en Rusia, el Ladoga (el mayor de Europa), Onega y Peipus. En Suecia, el Wenner y el Wetter. En los confines de Alemania y Suiza el lago Constanza; en los de Suiza é Italia el de Génova; y en Hungría los lagos Platten y Neusiedler.

(Se continuará.)

PANORAMA MATRITENSE.

EL CESANTE.

«Les hommes en place ne sont que des pantins; coupez le fil qui le faisoit mouvoir, le pantin reste immobile.»

DIDEROT.

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías, ofrece al escritor filósofo usos tan extravagantes, caracteres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna, han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar á los hombres y las cosas en tiempos mas unisonos y bonancibles.

Uno de estos tipos, peculiares de nuestra época y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido á esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantia*, y ocasionada no por la notoria incapacidad del sugeto, no por la necesidad de su reposo, no en fin por delitos ó faltas cometidos en el desempeño de su destino; sino por un capricho de la fortuna, ó mas bien, de los que mandan á la fortuna, por un vaiven político, por un *fiat* ministerial, por aquella ley en fin de la física que no permite á dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solia decir que el *Almanak royal* era el libro que mas verdades contenia; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podria aplicar igual dicho á nuestra *Guia de forasteros*. Esta (segun los mas modernos adelantamientos) no rige mas que el primer mes del año; en los restantes solo puede consultarse como documento histórico; como el ilustre panteon de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo ofrecido á los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba á hacerse inscribir en tan envidiado registro, podia contar en el con la misma inamovilidad que los bien aventurados que pueblan el calendario. En aquella eternidad de existencia; en aquella unidad clásica de accion, tiempo y lugar, los destinos parecian segundos apellidos, los apellidos parecian vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba á las veces ó separar los unos de los otros; transmitíanse por herencia directa ó transversal, descendente ó ascendente; á los hijos, á los nietos, á los hermanos, á los tios, á los sobrinos; muchas veces á las viudas, y hasta á los parientes en quinto grado. De este modo existian familias verdaderos planteles (*pepinieres*, en francés) para las respectivas carreras del estado; tal para la iglesia, cual para la toga, esta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacia, una para la militar, otra para la rentística, cuales para la municipal, y hasta para la porteril y alguacilesca; familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecian poseer exclusivamente el secreto de la inteligencia de cada carrera, y transmitirlo y dispensarlo únicamente á los

suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, ó de un emplasto febrífugo, endona y transmite sigilosamente á su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el exclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. Hoy estos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben á las buardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redacción de su periódico; pero á par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisición á todas las condiciones, á todos los individuos, así es también la inconstancia de su posesión, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes á los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del día aprenden costosamente su papel, y no bien le han ensayado cuando ya se les reparte otro ó se quedan las mas veces para *comparsas*; hoy de magnates, mañana de plebe; ora dominantes, luego dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposición, ya de la resistencia; cuando levantados como ídolos, cuando arrastrados por los pies.

Esta porción agitada, esta masa flotante de individuo, que forman lo que vulgarmente suele llamarse la *patrias* viene á constituir el mas entretenido juego teatral para el modesto espectador que sentado en su luneta, y sin otra obligacion que la de pagar, cuando se lo mandan (obligacion no por cierto la mas lisongera ni agradecida) apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama, y con la mayor buena fe, atento siempre á los movimientos del patio, aplaude lo que este aplaude, y silba cuando este tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos á un lado los hombres en accion; prescindamos de este cuadro animado, y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes ó del autor de Gil Blas; mi debil paleta no alcanza á combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo á mi primer propósito, solo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse *pasivas*; dejaremos los hombres en plaza por ocuparnos de los hombre en la calle; los empleados de labor, por los empleados de barbecho; los que con mas ó menos aplauso ocupan las tablas, por aquellos á quienes solo toca abrir los palcos ó encender las candelillas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligacion de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que segun lo ha exigido el argumento han salido á campear en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con D. Homobono *Quiñones*, empleado del antiguo, y ex-vecino mio, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El día 30 del mes* (1).

Cinco años han transcurrido desde entonces, y en ellos los sucesos marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer, es ya antiguo; lo del año pasado, inmemorial.

Pongo en consideracion del auditorio que parecerá D. Homobono, con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta á escribir sin haberse puesto los guardamangas; que no empieza ningun papel sin la señal de la cruz, ni le conclu-

ye sin añadirle puntos y comas, podia alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina montada segun los nuevos adelantamientos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de estrañar que pesadas todas aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del D. Homobono, sus años y modales, su añejo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos á la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un jóven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas de á terciá, y su peinado á la Villamediana; su letra inglesa, sus espelines y su lente, su erudicion romántica, y la estension de sus viajes y correrías; no es de estrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza á su favor, suspendiendo en el aire al D. Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. Verdad es que para neutralizar el efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas á las opiniones del D. Homobono; v. g. si no leia mas periódicos que el diario; si rezaba ó no rezaba novenas á Santa Rita; y si paseaba ó no paseaba todas las tardes hácia Atocha con un ex-consejero del ex-consejo de la ex-hacienda.

Sea pues de estas causas la que quiera, ello fue en fin, que una mañanita temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquin para trasladarse á su oficina, un cuerpo estraño á manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego á el dirigido con la S. y la N. de costumbre; el desventurado rompe el sello fatal, no sin algun sobresalto en el corazon (que suele no engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras, que S. M. ha tenido á bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideracion sus servicios etc., y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del “*Dios guarde á V. muchos años.*”

Hay circunstancias en la vida que forman época por decirlo así; y el tránsito de una ocupacion constante; á un indefinido reposo; de una tranquila agitacion á una agitada tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra existencia, suelen venir á aumentar el interes de la accion. Don Homobono, que por los años de 1804 habia logrado entrar de meritorio en su oficina por el poderoso influjo de una prima del cocuero del secretario del príncipe de la Paz, y no habia pensado en otra cosa que en ascender por rigurosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situacion excéntrica, despues de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógrados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, á su despacho, dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez, (remedio que aunque no le apuntó el andaluz Séneca, no deja de ser de los mas indicados para la tranquilidad del ánimo) y ya dadas las once, se trasladó en persona á la calle, donde es fama que su presencia á tales horas y en un día de labor, ocasionó una consternacion general, y hasta los mas reflexivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo subllunar.

Yo quisiera saber que se hace un hombre cuando le sobra la vida; quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas que acostumbraba á prescindir de su imaginacion entre los extractos y los informes; ¿Oír misa? Don Homobono tenia la costumbre de asistir á la primera de

(1) Véase el tomo I del *Panorama Matritense*.

la mañana, y por consecuencia ya la había oído. ¿Sentarse en una librería? En su vida había entrado en ninguna mas que una vez cada año para comprar el calendario; ¿Pararse en la calle de la Montera? Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. ¿Entrar en un café? ¿qué se diría de la formalidad de nuestro héroe? No había pues mas remedio que ir á dar tormento á una silla en casa de algun amigo, y por cuanto y no este amigo en quien recayó la eleccion, fue desgraciadamente un servidor de VV.

Dejo á un lado mi natural estrañeza por semejante visita y á tales horas; prescindiré tambien, en gracia de la brevedad, de la apasionada relacion de su cuita que me hizo el buen D. Homo; estas cosas son mejor para escuchadas que para escritas, y acaso en mi pluma parecerian pálidos y sin vida, razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando pues á un lado estas hipérboles que cada uno de los lectores (y mas si es cesante) sabrá suplir abundantemente, vendremos á lo mas sustancial de nuestro dialogo, quiero decir á aquella parte que tenia por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien difícil, por no decir imposible del todo, es dar nueva direccion á un tronco antiguo, y cambiar la existencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condicion primera del vivir. ¿Qué podía yo aconsejar á nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado á mi auxilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos, (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrian serlo?

Semejante al pez á quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver á sumergirse en él; ideaba nuevas pretensiones, recorria la nomenclatura de sus amigos y de los míos, por si alguno podía servirle de apoyo en su demanda; traía á la memoria sus olvidados servicios á todos los gobiernos posibles, y ya se preparaba á visitar antecámaras, y gastar papel sellado; pero yo, que le contemplaba con tranquilidad, yo que miraba su casacon y su peluca, visiblemente retrógrados y opuestos, como quien nada dice, á la marcha del siglo; yo que sabía que su delito capital era el ocupar una placita que había caído en gracia para darla por via de dote con una blanca mano al jóven barbudo; yo en fin que consideraba lo inútil de todas las diligencias, lo escusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad, ofreciendo á su imaginacion otras perspectivas mas gratas que los desaires del Ministro y las groserías de los porteros.

Háblele de las dulzuras de la vida doméstica, de la independencia en que entraba de lleno al fin de sus días; hiele una pintura Virgiliana de los placeres de la vida del campo, escitándole á abandonar la corte, esta colonia de los vicios, (como decia el buen cortesano Argensola), y á pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, ó inspeccionando sus ganados. Pero á todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenia campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que solo contaba con una mujer altiva y exigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoístas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

—Pues escriba V. (le dije como inspirado) y gane con la pluma su sustento y su reputacion. —Escribir! me interrumpió el pobre hombre ¿V. sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿V. sabe que el día que mejor tengo el pulso, podría con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo ¿qué me resultaría de ganancia? Una peseta, como

quien dice, todo lo mas, y esto.... (prosiguió derramando una lágrima), despues de humillarme y.... —Calle V. por Dios (le interrumpí), calle V., pues, y no prosiga en delirio semejante; cuando yo le aconsejaba escribir no fue mi idea el que se metiese á escribiente; nada de eso, no Señor. Mi intencion fue elevarle á la altura de escritor público, á esta que ahora se llama "alta mision de difundir las luces", "público tribuno de la multitud", "apostólica tarea de los hombres superiores", y otros dictados así, mas ó menos modestos. Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios ó suyos, parto de su imaginacion ó adopciones benéficas; que no seria V. el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamén, cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropage que mas cuadre á su talle y apostura.

—En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado á entender (me replicó D. Homobono), que V. me aconseja que publique mis pensamientos. —Cabalmente. —Está bien, señor curioso, y ¿sobre qué materia parecele á V. que me meta á escribir? —Pregunta escusada, Señor mio, sabiendo que hoy día como no sea yo y algun otro pobre diablo, nadie se dedica á otras materias que no sean las materias políticas. —Pero es el caso, Señor curioso, que yo no se que cosa sea la política. —Pues es el caso, Señor D. Homobono, que yo tampoco. —¡Medrados quedamos!....

Despues de un rato de silencio contemplativo, nos miramos ambos á las caras como buscando el medio de añadir el roto hilo de nuestro dialogo, hasta que yo dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido. —Haga V. la oposicion. —¿Y á que, Señor curioso, si V. no lo ha por enojo? —¡Buena pregunta por cierto! *Al poder*. —Cada vez le entiendo á V. menos. Si V. me habla de oposicion pública, es bien que le diga que este destino mio (que Dios haya), no es de los que suelen darse por oposicion como las cátedras y prebendas. —O Vind. D. Homobono no conoce una sola voz del diccionario moderno, ó yo me esplico en hebreo.... Hombre de Barabás ¿de qué oposiciones me está V. hablando? La oposicion que yo le aconsejo es la oposicion política, la oposicion ministerial, que segun los autores mas esclarecidos suele dividirse en dos clases; oposicion *sistemática* y oposicion *de circunstancias*; quiero decir (porque segun los ojos y la boca que V. va abriendo, veo que no me entiende una palabra) quiero decir que V. debe de hoy mas constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto á todos los altos funcionarios (que es lo que llamamos *el poder*); y añadir el cañon de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinion pública*).

—Y despues de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo) ¿qué bienes me vendrán con esa gracia? —¡Qué bienes, dice V.! ¡ahi que no es nada! Desde luego una corona cívica adornará su frente y podrá contar de seguro con una buena racion de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre la cual han hablado muchos los filósofos griegos; pero como V. no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré como cosa mas positiva que aun podrá conseguir otros frutos mas materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará á inspirar pueda mas que su mérito; acaso el poder se doblará á su látigo, acaso le tenderá la mano, acaso le asociará á su elevacion y.... ¿qué destino tenia V.? —Oficial de mesa de la contaduría de.... —¡Pues que menos que intendente ó cobachuelo! —¿De veras? —De veras. —¡Ay Señor curioso de mi alma ¿por donde y cuando debo empezar á escribir? —Por

cualquiera lado y á todas horas no le faltará motivo; pero supuesto que V. ha sido empleado durante treinta años, con solo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto, le sobra materia para mas de un tratado de política sublime, de perpetua y egemplar aplicacion.— V. me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelo á mi casa y... ya me falta el tiempo.... ¡ah!... se me olvidaba preguntar á V. ¿qué título le parece á V. que podría poner á mi obra?—Hombre, segun lo que salga.

“Si sale con barbas, sea San Anton,
y sino, la pura y limpia Concepcion.”

pero segun le miro á V. pareceme, que á su folleto, libro ó cronicon, ó lo que sea, no le cuadraría mal el titulillo de *Memorias de un cesante*.—Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince dias me tiene V. aquí á leerle el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado), quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor curioso, que no se arrepentirá V. de haber proporcionado á la patria un publicista mas.

El curioso parlante.

MÁXIMAS QUE DEBEN TENERSE PRESENTES.

El órden es un gran medio de independencian y una de las señales mas seguras de la nobleza y elevacion de alma; porque el que le observa calcula consigo mismo para no tener que solicitar á nadie.

Deseo poco, decia S. Francisco de Sales, y esto poco lo deseo poco: este fue el secreto de su genio.

No es preciso deliberar para plantar, decia Caton, pero si para construir.

Si compras lo que te se antoja, no tardarás en vender lo que necesitas.

El que corta los árboles que su padre ha plantado, venderá la casa que edificó, y será capaz de vender hasta el buen nombre que le dejó en herencia.

Virtud, salud, talento y felicidad son frutos de la paciencia y la atencion, y estas dos cualidades son necesarias para todo; son los primeros elementos y bases de nuestra conducta. Preciso es que esto sea así, cuando Buffon hacia dependiente de ellas hasta el ingenio.

Convien para la felicidad, decia Fontenelle, ocupar poco espacio y mudar poco de sitio.

Milton, á quien no puede negarse que era inteligente en materia de *infierno* y de *Cielo* (1), colocó el primero en un centro inmensurable y el segundo en un llano de poca estension; en efecto los grandes espacios perjudican siempre á la felicidad.

Disminuid vuestras relaciones con los hombres, y aumentadlas con las cosas; he aquí la sabiduría. Los medios de conseguirla son el estudio y el campo.

El tiempo es como el dinero; no le malgastéis y siempre tendreis el suficiente.

El órden camina siempre con peso y medida; el desorden va siempre precipitado.

La austeridad es el odio de los placeres, y la severidad el de los vicios.

Es preciso aguardarlo y temerlo todo del tiempo, de los hombres y de sí mismo.

Los bienes no tanto son de los que los poseen, como de los que saben pasarse sin ellos.

(1) Alusion á su poema del *Paraíso perdido*.

La sabiduría depende menos de las cosas brillantes que se ejecutan, que de las necesidades que no se hacen.

El necio desprecia los consejos de sus amigos; el avisado se aprovecha de las reconvencciones de sus enemigos.

Los persas no deliberaban de sus negocios sino en la mesa, despues de haber bebido bien, pero nada ejecutaban hasta la mañana siguiente en ayunas.

AL MAR.

Salve! fuente inagotable de contemplacion y de asombro! salve inmenso Océano! cuyas olas se suceden como las jeneraciones de los hombres, y despues de un corto espacio se sumergen para siempre en el olvido! Tus aguas agitadas bañan las diversas costas del mundo; y mientras separan las naciones, á quienes una conexion íntima envolvería en eterna guerra, trasportan sus artes y sus manufacturas y dan abundancia y vida á la especie humana.

Cuan portentosas son las escenas que tu presentas! ora en calma te miremos, cuando el sol de la mañana platea la línea dilatada del horizonte, ó cuando su vastro vespertino se marca con aureos colores, y en tu apacible seno brilla el resplandor de los cielos; tú eres grande porque eres la obra de Dios!

Ora te contemplemos en tus terrores cuando la tempestad hinch tus olas, lanzándolas encrespadas hasta las nubes entre espantosos remolinos, ó cuando derramamos una lágrima por el fatigado marinero que naufragando lucha con las bascas de la muerte, entre la amargura de su corazon y el desaliento de su alma; tu eres grande porque eres la obra de Dios.

Tus mismas olas que en otro tiempo han bañado las costas de pueblos libres, ahora los bañan esclavizados bajo el cetro de tiranos orgullosos.

La fatal mano del destino ha dejado desiertos los reinos mas pujantes, pero sobre tu frente azulada no ha tenido poder el tiempo para marcar una pequeña arruga, y hoy te ven nuestros ojos como estabas en el primer dia de la creacion.

Sobre tu apacible superficie has visto las sangrientas escenas de Lepanto, de Trafalgar y Missolonghi, y vestigio alguno ha quedado de la carnicería y la matanza; porque saturadas tus aguas de cadáveres los vomitaste á tus orillas.— Tus aguas han llevado los vicios y la tiranía de la vieja Europa al cálido seno de la *virgen América*; de esa América en cuyo porvenir descansa la libertad del mundo;— pero todo fue obra del hombre.

Tu no eres una página en blanco del libro de la creacion; eres el espejo en que el Eterno gusta mirarse desde el seno de las tempestades; porque agitado ó en calma, movido por la brisa ó por el aguileñ, helado hacia el polo, hirviendo bajo la Zona tórrida siempre eres sublime y sin límites: tu eres la imájen de la eternidad; piélagos profundo de que solamente nos es dado medir y contemplar la superficie.

Quién podrá penetrar los secretos de tu vasto y dilatado imperio? qué vista puede examinar sus rocas inmensas, sus profundas cavernas que tanta vida contienen y vejetacion? quién hallar el número infinito de objetos, cuyas bellezas permanecen esparcidas en tus abismos espantosos?

La mente que contempla el flujo y reflujo de tus mareas se asombra no hayan faltado un solo dia desde el orijen del mundo.

Solo la mano de Dios puede contenerse para que no

salgas de tu cauce: su voz omnipotente ha fijado los límites donde se estrellarán tus olas orgullosas; y en vano

pugnarás por ahogar la vida del hombre bajo tu amarga onda salobre.





BOLIVAR.

Simon Bolívar, nacido en Caracas provincia de Venezuela, el 24 de julio de 1783, era el único heredero varon de una familia de las mas ricas del nuevo mundo, aunque originaria de España. Siendo todavía muy niño quedó huérfano de padre y madre, y su educacion fue por lo tanto muy descuidada; pero enviado á España á la edad de catorce años, hubiera ciertamente subsanado el tiempo perdido, segun el afan con que se dedicó al principio al estudio de las letras y en especial de las ciencias, si una pasion precoz no hubiera venido á distraerle de sus tareas. Diez y ocho años tenia escasamente cuando se casó con una prima suya, y con ella volvió luego á América, donde tuvo la desgracia de perderla á los cinco meses de su llegada. En 1805 regresó á Europa, y recorrió sucesivamente la España, la Francia, la Italia y la Alemania. Mucho se ha hablado del ardor con que en esa época volvió á emprender el estudio de las ciencias físicas y políticas, como si presintiendo ya su destino, hubiese deseado instruirse particularmente de cuanto pudiera serle útil para el proyecto de emancipar y constituir á su pais: pero esta prevision puede ser de aquellas que despues de sucedidas las cosas suelen achacarse á los célebres conquistadores y reformadores de estado. Lo mas verosímil es que Bolívar siendo como era, jóven y dueño de una renta considerable, hiciese en París poco mas ó menos lo que por desgracia hacen la mayor parte de sus compatriotas, para quienes el pasar una temporada en la capital de Francia, es una ocasion

de gastar mucho, de entregarse á todo linage de placeres, y de asistir á las cátedras públicas, donde adquieren nociones generales, é ideas no muy exactas. Si París no fue muy útil á Bolívar bajo este concepto, le fue ciertamente funesto, presentando á sus ojos en 1804 el espectáculo de la coronacion de Bonaparte, y de la omnipotencia que habia conseguido aquel famoso capitán sin gran dificultad, en un pueblo que invocando la libertad acababa de trastornar la Europa entera. Al siguiente año se halló tambien presente Bolívar á la segunda coronacion del nuevo Carlo-Magno en Milan, y tal vez entonces contempló con ceñudo semblante ambos sucesos, pues no falta quien asegure que la ambicion y conducta despótica de Bonaparte le habian merecido constante y amarga censura. Sin embargo no es nada increíble que los recuerdos de París y de Milan le asaltaran mas de una vez en lo sucesivo y que con menos medios que Napoleon, le tomase por modelo con preferencia al que en un pais mas análogo al suyo le ofrecia la gloria de Washington, cuya obra quiso juzgar por sus propios ojos visitando los Estados unidos antes de regresar á su patria.

De vuelta á sus posesiones de Aragua (provincia de Barcelona) Bolívar hizo una vida oscura y retirada hasta que la invasion de Bonaparte en España y los sucesos posteriores contribuyeron á promover la independenciam de la América española, como que jamás se habian visto colonias algunas en mas favorable coyuntura de abandonar á

la metrópoli y sacudir su yugo. La primera tentativa que con este fin se hizo en la capitania general de Caracas tuvo efecto en abril de 1810, y aunque los insurgentes no tuviesen por entonces el proyecto de una completa separacion, todavia aquella empresa le pareció á Bolívar irrealizable é insensata, y se negó á las instancias de sus amigos para tomar parte en ella. Pues este mismo hombre que entonces lo rehusó, era ya en 1811 teniente coronel en las filas de la insurreccion, y no habia de dejar las armas hasta que la independencia de su pais quedase victoriosamente establecida.

De aquí adelante la historia de Bolívar se confunde con la de aquella guerra, que duró hasta 1821, y cuya narracion aun reducida á los mas estrechos límites escenderia los de un artículo biográfico. El campo de los españoles, lo mismo que el de los insurgentes, vió alternativamente á la fortuna mirarle risueña y volverle sañuda las espaldas en muchas y diversas ocasiones, y uno y otro partido quedaron tambien mas de una vez reducidos al último extremo, y volvieron á reponer sus considerables pérdidas. De estas vicisitudes participaba Bolívar el primero ya entrando triunfante en las poblaciones, ya viéndose obligado á huir vencido, á desterrarse á sí mismo y á contemplar la muerte bien de cerca. Sin embargo sus expediciones y hazañas hicieron que no tuviese rival entre los gefes de la insurreccion. Proclamado en 1814 generalísimo, dictador, libertador de Venezuela, obtuvo en seguida el mando de las fuerzas de Nueva-Granada, y llegando entonces á América el general Morillo, enviado de España con poderosos refuerzos tuvo que sostener contra él una encarnizada lucha para consumir la emancipacion de las dos provincias, á cuyo fin supo organizar un ejército capaz de hacer frente al de su adversario. Encontráronse en Semen en 1818: Morillo fue herido y sus tropas derrotadas; puesto que fue tal la imprudencia de los vencedores en perseguir á los vencidos que todavia estuvieron á punto de malograr la victoria. El año siguiente fueron los acontecimientos decisivos. Bolívar, alternando con las tareas políticas las empresas militares habia convocado un congreso: abrióle en Angostura el 15 de febrero de 1819, presentó el plan de una constitucion republicana, é hizo dimision de la dictadura. No era aquella la vez primera que Bolívar daba pruebas de su desinterés, ó que representaba tal farsa, ni tampoco la última que se hizo de rogar para volver al poder, cediendo, por supuesto, á las instancias que se le hacian.

Pocos dias despues volvió al ejército á cuya cabeza cimentó su celebridad con acciones de guerra notables, marchas atrevidas y rasgos de pericia militar. De la jornada de Boyaca, ocurrida el 7 de agosto de 1819 empiezan los insurgentes á contar el establecimiento de la Colombia; y en efecto no solo fue la que completó la separacion de Nueva-Granada y Venezuela, sino que determinó su reunion en una sola república bajo ese título de Colombia; obra que consolidó el *libertador* con nuevas victorias.

De resultados de los sucesos de España en 1820 entabló negociaciones con Morillo, en que ambos jefes enemigos mostraron una lealtad verdaderamente militar, hasta pasar la noche muchas veces en una misma tienda; pero como el gobierno insistiese en que se sometiesen los insurgentes, volvieron á romperse las hostilidades. El primero de enero de 1822 dió Bolívar á la Colombia su constitucion, y quiso otra vez ó aparentó querer abdicar la presidencia, que al fin retuvo cediendo al deseo general.

Dos años hacia que dos guerreros legisladores, Bolívar *libertador* de Colombia, y el general San Martín *protector* del Perú, se habian citado para una conferen-

cia que al fin se verificó en Guayaquil, el cual entró en la república colombiana y entre ella y el Perú se hizo una alianza ofensiva y defensiva. Bajo los auspicios de Bolívar, que fue entonces á Lima, mas bien que por su mano, acabó la república peruana de hacerse independiente en la jornada famosa de Ayacucho á 22 de enero de 1825. De algunas provincias del alto Perú se organizó una nueva república que tomó el nombre de *Bolivia* en 6 de agosto de 1826, en honor de Bolívar que le dió una constitucion en 9 de octubre: esta constitucion fue al cabo adoptada en el Perú, como aquel habia deseado, pero antes de cumplirse un año, el Perú se dió otro presidente (junio de 1827), y Bolivia rechazó igualmente el código que se le habia impuesto.

Las disensiones ocurridas en Colombia y el haber levantado el general Páez el estandarte federal, produjo á Bolívar muchos disgustos y compromisos, que terminaron por un mensaje que dirigió al congreso nacional reunido en Bogotá el 20 de enero de 1830, quejándose de que se le hubiese acusado de aspirar á la tiranía, y declarando que abdicaba con protesta de rehusar toda promocion ulterior. Concluida por el congreso la revision de la constitucion, Bolívar reiteró su determinacion irrevocable de no aceptar la presidencia para evitar la separacion de Venezuela y el azote de la guerra civil. Ya en esta ocasion no podia insistir el congreso, ni el libertador dejarse hacer violencia, y así, fue nombrado otro presidente.

Bolívar habia anunciado tambien que dejaria para siempre su pais natal, á fin de que su presencia no fuese un obstáculo para la felicidad de sus conciudadanos. El mismo dia de su partida, el congreso, en nombre de la nacion colombiana, le ofreció en un decreto "el tributo de la gratitud y admiracion á que justamente se habia hecho acreedor por sus grandes talentos y por los servicios que habia hecho á la causa de la emancipacion americana." Al mismo tiempo se concedia al libertador una pension vitalicia de 30,000 dollars anuales pagadera en donde quisiera fijar su residencia. De allí partió á Cartagena con ánimo de embarcarse para la Jamaica y en seguida para Inglaterra, pero no salió al fin del territorio americano. En medio de las turbulencias de la república, se hablaba frecuentemente de su vuelta al poder, y aun llegó á decirse que estaba para ir á Bogotá, cuando se supo en primeros de diciembre de 1830, que una enfermedad de languidez le habia detenido en una casa de campo en San Pedro cerca de Santa Marta. Pocos dias despues, el 17 de diciembre, dió el último aliento, despues de haber dictado y firmado el 11 del mismo un manifiesto á la nacion colombiana, en que se lamentaba de ser víctima de sus perseguidores que le habian conducido al sepulcro.

Apenas habian pasado algunos meses de la muerte de Bolívar cuando la indivisibilidad de la república colombiana dejó de existir: de sus restos nacieron tres estados independientes: Venezuela, el Ecuador, y Nueva-Granada.

El mérito principal de Bolívar, particularmente si se atiende á los resultados, mas consistió en sus empresas militares, que en las tareas legislativas. Sus marchas atrevidas y continuas de muchos centenares de leguas desde las playas áridas y abrasadoras de Cartagena hasta los confines de la Guyana, desierta, pantanosa y atormentada por calores terribles; de la Guyana á Nueva-Granada por la inmensa y terrible cordillera que las separa; de Bogotá hasta los límites de Venezuela sobre las riberas del Orinoco; desde este rio hasta el Apurímac mucho mas allá de la capital del Perú; al través de lagunas pestilentes, de rocas escarpadas, de nubes de insectos y reptiles inevitables, con soldados que por lo

regular carecian de vestuario, de pan y de calzado; semejantes expediciones serán por lo menos tan dignas de admiración y recuerdo, como las batallas que se ganan según las reglas de la táctica ordinaria. Cada una de estas empresas llevada á cabo es un triunfo prodigioso, y no puede menos de grangear un lugar importante en la historia al famoso *libertador* de Colombia.

GEOGRAFIA.—EUROPA.

(Continuacion.)

Una gran parte de Europa es montuosa principalmente hacia el Sur. La region mas elevada es la Suiza desde cuyo punto se nota una depresion gradual que termina por el lado del mar Báltico y el del Norte en llanuras bajas y estensas. Las montañas mas altas son los Alpes en la Suiza é Italia que se esparcen desde aquellos países en varias direcciones, y estendiéndose hacia el occidente atraviesan la Francia y se unen por medio de la cordillera de Cévenes con los Pirineos que separan la Francia de la España. Un ramal de los Alpes corre en direccion meridional hacia el Mediterráneo, é internandose en Italia, la recorre en toda su longitud con el nombre de los *Apeninos*. Otros varios ramales se separan del grupo principal hacia el Este por el Sur de Alemania y llegan á los confines de Turquía. Otra cadena, *el Sura*, sigue en direccion al Norte y separa la Suiza de la Francia. Al Este de Europa se hallan los montes *Caspates* que terminan al Sur en los de la Turquía europea. La montaña mas elevada de Europa es el Monte Blanco en Saboya, una de los Alpes cuya cima se halla á 15,680 pies próximamente sobre el nivel del mar.

Varias montañas de Europa son volcánicas: las mas notables de este género son el Vesuvio, el Etna y el Hecla, siendo un hecho digno de notarse que ninguno de los volcanes de Europa se halla en las grandes cordilleras de que acabamos de hablar. El único volcan en el continente es el Vesuvio, y aun este se halla á demasiada distancia para poder decir con propiedad que pertenece á los Apeninos. El Etna en Sicilia que se eleva hasta una altura de diez ú once mil pies sobre el nivel del mar, es el mayor de los volcanes de Europa. Las islas Lípári al Norte de la Sicilia dan señales evidentes de su origen volcánico, y en algunas de ellas se nota aun la accion de fuegos subterráneos. El volcan de Stromboli está constantemente en actividad, difiriendo en esto de los demas descubiertos hasta ahora. Las Azores, en el Oceano Atlántico, deben indudablemente su formacion á la misma circunstancia que las de Lípári, prueba de ello es que han aparecido recientemente nuevas rocas en sus inmediaciones que anuncian la formacion de otras islas. La Islandia aunque situada bajo los 65° de latitud ofrece asimismo frecuentes testimonios de la presencia de fuegos volcánicos, y no pocas veces ha sido devastada por ellos. El monte Hecla es el mas notable de los volcanes de Islandia aunque no el único origen de las erupciones que se observan en aquella isla.

A la circunstancia de poseer varios mares interiores y consiguientemente una linea de costas muy estensa en proporcion de su área, debe la Europa los progresos que han hecho sus habitantes, tanto en civilización como en las artes y ciencias, en razon á la mayor facilidad que ofrecen estas ventajas geográficas para las comunicaciones de un país con otro. Las penínsulas son seis; tres grandes

y tres menores: las grandes son la España con el Portugal, Suecia y Noruega, é Italia; las menores son el Jutland en Dinamarca, la Morea al Sur de la Grecia y la Crimea al Sur de Rusia. El suelo de Europa aunque en general no presenta una vegetacion tan lozana y gigantesca como las regiones trópicas, es sin embargo adecuado para todo género de cultivo, especialmente en la parte meridional. En la zona glacial la vegetacion es nula.

Respecto de clima la Europa puede dividirse en tres partes. La region cálida donde crecen cuasi espontáneamente el naranjo y el limonero, como sucede al Sur de nuestra España; esta region se estiende hasta los 48° de latitud, y disfruta de una primavera agradable, un verano caluroso y un invierno corto; la templada, donde aun madura el trigo, y la helada al extremo norte donde la vegetacion está reducida al musgo de que se alimenta el reno, único animal doméstico que alli puede subsistir. Las producciones de Europa no son tan variadas como las de otras partes del globo, y muchas de las que hoy tenemos fueron traídas de otros puntos y aclimatadas en ella; pero en cambio se ha perfeccionado mucho el cultivo. Del reino animal posee la Europa caballos, algunos de las razas mas nobles, ganado vacuno y lanar particularmente notable por la finura de la lana en España y Sajonia, asnos, cabras, cerdos, perros, renos, animales silvestres de diversas clases apreciables por sus pieles ó carnes; ballenas, vacas y perros marinos, abundancia de aves domésticas y silvestres, así como de pescados en mares, lagos y rios entre los cuales el arenque y el bacalao forman el alimento de un crecido número de individuos. Hay tambien útiles insectos como la abeja, el gusano de seda, el kermes y la cantárida. Produce toda clase de granos y en cantidad suficiente para su consumo, bellísimas plantas de jardin, abundancia de frutas que fuera largo é inutil enumerar, especialmente entre nosotros que reunimos en nuestro suelo privilegiado todas las que se hallan repartidas por Europa. Tambien sabemos la abundancia con que se da en España el lino, cáñamo, algodón, rubia y aun tabaco, así como una infinita variedad de excelentes vinos, pero debe tenerse presente que muchas de estas producciones les son negadas á otros países de Europa. Abunda asimismo la madera de construccion con especialidad en el Norte. Produce la Europa toda clase de metales y minerales. Hungría y Transilvania son las comarcas mas ricas en oro y plata; en hierro, los países septentrionales Suecia, Noruega y Rusia.

Los habitantes de Europa que según los cálculos recientes de Balbi ascienden á 227.700.000 estan distribuidos con desigualdad. En Noruega y Rusia la poblacion relativa es de 99 á 335 habitantes por legua cuadrada. En Bélgica, el país mas poblado de Europa, en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania la misma extension de terreno contiene de 1300 á 4077 individuos. Esta poblacion se compone de diferentes razas que hablan distintos idiomas. Los troncos de que se derivan estos son—El teutónico, raiz del alemán, holandés, inglés, sueco, y danés. El latin usado hoy solo en las ciencias; pero raiz del italiano, francés, español, portugués y valaquero. El esclavon al cual pertenecen el ruso, polaco, bohemia, búlgaro, vándalo é ilirio. Hay ademas el griego moderno; el turco-tártaro; el húngaro; el céltico en el principado de Gales en Inglaterra, en Escocia la Irlanda, y en Bretaña en Francia, y el vascongado en norte de España. El idioma mas general es el alemán con sus derivados, formados por la union del latin con el esclavon; si bien el francés por circunstancias políticas y eventuales se ha difundido por toda Europa al punto de merecer el epíteto de "idioma europeo".

La religion que prevalece en Europa es la cristiana que abraza diferentes clases, á saber; la católica apostólica romana; mas numerosa que ninguna otra; la protestante (luterana, calvinista y anglicana) que se divide en varias sectas; anabaptistas, mennonitas, quakers, unitarios, metodistas, moravos y la iglesia griega. Parte de los habitantes de Europa profesan la religion judaica y otros la mahometana. Entre los lapones y samoidas hay tambien algunos idólatras, pero su número es muy limitado.

La agricultura ha hecho grandes progresos en Europa, y cada dia se hacen en ella nuevos adelantos. En este punto se distinguen particularmente los países en que se hablan las lenguas teutónicas, esto es, los septentrionales, y tambien Francia y parte de Italia. Se explica fácilmente este progreso en los primeros por lo mismo que el suelo de suyo menos fértil que el de las regiones meridionales y el clima menos favorable, hace necesaria mayor asiduidad y esmero por parte de los habitantes.

Las manufacturas y fabricacion han llegado al estado mas floreciente en Francia, Holanda y Alemania, pero particularmente en Inglaterra con la cual no puede competir en este punto ninguna otra potencia del globo. Elaboranse allí no solo los productos indígenas de Europa, sino los de las tres partes restantes del mundo, satisfaciendo á todas las necesidades y conveniencias de la vida. No es menos activo el comercio que facilitan buenos caminos y canales; correos perfectamente servidos, bancos, compañías de seguros y de comercio y ferias. El tráfico de Europa se estiende hasta los confines del mundo conocido, y pueblan los mares multitud de buques europeos. Tambien en este particular se distingue la Inglaterra.

En Europa han fijado su asiento las ciencias y las artes, y á ella pertenece el honor de haber descubierto las verdades mas importantes, y dado ser á las invenciones mas útiles, las producciones mas nobles del ingenio y los adelantos en las ciencias. En progresos intelectuales han aventajado las razas teutónicas y las que hablan los idiomas derivados del latin, á las naciones esclavonas. Los turcos no han participado de los adelantos científicos y literarios que distinguen á las demas naciones de Europa. Ochenta y cinco grandes universidades proveen á los ramos superiores del saber humano. Numerosos gimnásticos y academias para los estudios preparatorios, así como un crecido número de escuelas primarias particularmente en Alemania, estan destinadas á educar al pueblo. En varios puntos hay academias de ciencias, y sociedades de todas clases para el cultivo de las artes y ciencias.

La Europa por su situacion física se divide en oriental y occidental. La occidental comprende la península pirenaica (España y Portugal), el país al Oeste de los Alpes (Francia). Las comarcas al Norte de la misma cordillera (Suiza, Alemania, y los países bajos) las situadas al Sur (Italia). Las islas del mar del Norte (Gran Bretaña, Irlanda é Islandia) y los países sobre el Báltico (Dinamarca, Suecia, Noruega y Prusia). La Europa oriental contiene las comarcas al norte de los Montes Carpáticos (Rusia y Galitzia), y las del Sur (Hungria y el imperio Turco).

Las soberanías ó estados políticos de Europa son los siguientes (1).

TRES IMPERIOS.

Austria. Turquía.
Rusia.

(1) Balbi.

DIEZ Y SEIS REINOS.

España.	Bélgica.
Francia.	Cerdeña.
Inglaterra.	Nápoles.
Dinamarca.	Hannover.
Holanda.	Baviera.
Suecia y Noruega.	Sajonia.
Prusia.	Wurtemberg.
Portugal.	Grecia.

OCHO REPUBLICAS.

Suiza.	Hamburgo.	} Ciudades libres ó imperiales de Alemania.
Las islas jónicas.	Lubec.	
San Marino.	Francfort.	
Cracovia.	Brema.	

27 ESTADOS EN ALEMANIA QUE COMPONEN EL CUERPO POLITICO CONOCIDO CON EL NOMBRE DE CONFEDERACION GERMANICA, A SABER.

- 1 *Electorado.*—Hesse-Electoral.
- 6 *Grandes ducados.*
Baden.
Hesse.
Sajonia-Weimar.
Mecklemburgo-Schwerin.
Mecklemburgo-Strelitz.
Holstein-Oldemburgo.
- 8 *Ducados.*
Nassau.
Brunswick.
Sajonia-Cobourg-Gotha.
Sajonia-Meiningen-Hildburghausen.
Sajonia-Altemburgo.
Anhalt-Dessau.
Anhalt-Bernburgo.
Anhalt-Goethen.
- 11 *Principados.*
Reuss-Greiz.
Reuss-Schleiz.
Reuss-Lobeinstein-Ebersdorf.
Schwarzburgo-Rudolstadt.
Schwarzburgo-Sondershausen.
Lippe-Detmold.
Lippe-Schauenburgo.
Waldeck.
Hohenzollern Sigmaringen.
Hohenzollern-Hechingen.
Liechtenstein.
- 1 *Sandgraviato.*
Hesse-Homburgo.

6 ESTADOS MENORES EN ITALIA.

El Gran Ducado de Toscana.
El Ducado de Parma.
El Ducado de Módena.
El Ducado de Luca.
El principado de Monaco.
El estado de la iglesia.

BUENO Y MAL ÉXITO EN INDUSTRIA.

No suele ser muy comun el buen éxito en industria; debiendo añadirse que tampoco son comunes las cualidades necesarias para poderle obtener. Presentar pues las condiciones que se requieren para el buen éxito, y las causas generales que producen el malo en industria, es

hacer á aquel mas fácil y á las otras menos frecuentes.

Evitar el desperdicio de tiempo y de dinero, es aumentar igualmente la riqueza del país.

La falta de orden, de espíritu, de cálculo, de observación y de instrucción especial, son las causas mas generales de los reveses en las manufacturas.

El mal sitio, la falta de un motor suficiente de continuidad en la producción, de economía en las compras y de buen empleo de los residuos, son las causas mas comunes de las ruinas de las manufacturas.

De la elección del sitio conveniente depende casi siempre el éxito de un establecimiento: pudiendo generalmente decirse que los buenos resultados de una manufactura no son otra cosa que cuestiones de localidad.

La facilidad de abastecimiento y transporte, la economía de tiempo y de carruajes para la esportación, un motor barato y sobre todo continuo, reducción de gastos de manutención por medio del empleo de máquinas, economía prudente en las sobras y mano de obra mediante la conveniente disposición de los talleres, son las principales garantías de una manufactura bien ideada.

La localidad de una fábrica debe ser tal, que de ninguna otra puedan salir los productos mejores ni mas baratos.

El industrial que quiere establecer una fábrica, debe proponerse constantemente este problema: ¿cuál es el punto en mi país ó en el extranjero que pueda ribalizar con ventajas al proyecto que he concebido?

La resolución de esta cuestión exige un estudio especial de los caminos, canales y ríos navegables, de las materias primeras, productos, salidas, precios de transporte, y en una palabra del estado general de las cosas y de su porvenir.

Las fraguas, molinos de sierra, curtimientos, fábricas de papel, y en general todas las manufacturas que operan sobre masas hallarán en la resolución de la cuestión propuesta el principal elemento de su buen éxito; pero nada es tan difícil como el resolverla bien, no haciendo un detenido exámen de ella.

Solo demostrando las economías que resultan de los transportes para cierta clase de producciones, puede fijarse con claridad la causa de que tal ferrería pueda dar sus productos por ejemplo en 280 ganando, al paso que otra se arruinaría vendiéndolos á 400.

Una manufactura que consiste en la conversión de productos vegetales ó minerales del terreno, debe examinar ante todo cuales son los medios de comunicación para tomar las materias primeras, y cuales los de esportación de sus productos; despues se sigue el calcular la economía de tiempo.

De la economía de tiempo resulta casi siempre la de la mano de obra.

De la disposición de los talleres resulta tambien la economía de la mano de obra y de tiempo.

En esta parte son diestrisimos los ingleses, y entre ellos jamás se mueve nadie inútilmente: todo está colocado á su alcance y á distancia proporcionada de sus brazos.

El albañil inglés que gana siete chelines (unos 36 rs.) es mas barato que el albañil español que no cuesta sino 12 ó 14 rs. porque el primero pone cuarenta ladrillos, en el tiempo en que el segundo no pone mas de nueve.

El movimiento continuo y sin interrupción es aquel con cuyo auxilio obra la naturaleza tantos prodigios. El fabricante debe seguir este ejemplo, haciendo que se sucedan las operaciones sin interrupción alguna. Hay economía en pasar un objeto de mano en mano ó de máquina en máquina, como suele experimentarse en los incendios.

En el actual estado de las manufacturas hay pocas que puedan prescindir de tener un motor.

El vapor, las caídas de agua, el viento y los aparatos movidos por hombres ó animales, son los motores que hasta ahora se han empleado.

El vapor da sus movimientos regulares, y son en él raras las interrupciones. Deben pues preferirse las máquinas de vapor cuando está barato el combustible, la industria que se quiere explotar necesita continuación, y se halla situada la fábrica en la inmediación de un camino, un canal ó río navegable para facilidad de los transportes.

Las máquinas de vapor se colocan en donde quiera que hay un volumen de agua suficiente para vaporizarse.

El fabricante debe tener presente lo que le ha de costar su máquina de vapor, haciéndose cargo de que entra en ella ademas del gasto del combustible el interes de su precio calculado en un 10 por 100, su conservación, el aceite y los gastos del fuelero y del maquinista.

El agua, suponiendo un golpe suficiente de ella, un volumen igual y continuo de ella y gastos regulares de establecimiento es el motor menos costoso que se conoce; pero muy rara vez se encuentran reunidas estas circunstancias.

El desmantelamiento sucesivo, particularmente en las eminencias, hace que las corrientes de agua no sean en cierto modo sino torrentes impetuosos en invierno, y riachuelos secos durante seis meses del año. Estas cascadas no deben emplearse mas que en lo relativo á la agricultura.

En cuanto á las cascadas en que se verifican las condiciones de suficiente ímpetu, permanencia, inmediación y comunicación facil, han de mirarse como las mas favorables para el desarrollo feliz de una industria.

El viento como fuerza motriz no parece ventajoso sino en las llanuras vecinas al mar, ó en eminencias que dominan á centros de gran consumo; variable é impetuoso en invierno, es siempre nulo por espacio de los cinco meses mas bellos del año. Por lo mismo no debe emplearse este motor sino en industrias muy circunscritas, y para ingenios establecidos con poco gasto.

Los aparatos movidos por bueyes ó caballos convienen casi siempre á las grandes casas de labor y á todas las manufacturas que exigen corto desarrollo de fuerzas, y poca regularidad en los movimientos.

En fin debe el fabricante estudiar el empleo de la fuerza necesaria y proporcionársela con el menor coste posible, despues de un detenido examen de las condiciones de localidad y duración, que son los primeros secretos en punto á prosperidad industrial.

A toda operación hecha á mano y que puede reemplazarse por medio de máquinas no debe tardarse en sustituir este auxilio si se quiere evitar una inminente ruina.

No debe jamas establecerse manufactura alguna sobre una industria manual que puede reemplazarse por medio de máquinas.

Las máquinas operan mas y con mayor prontitud que las manos del hombre: nunca se cansan, ocupan menos lugar, y su manutención es menos costosa.

Hay una infinidad de ramos industriales á los que puede aplicarse el uso de máquinas. Los ingleses las han aplicado á los curtidos, cervecerías etc., y de esto proviene su perfección en tantos ramos.

Las máquinas producen menos desperdicios que el hombre: el papel continuo fabricado en máquinas tiene un 5 por 100 de desperdicio: á mano no tendria menos de un 50 por 100.

Las máquinas son mejores; porque pueden echarse de

ver sus defectos y corregirlos, y para ellas no hay rutina ni costumbre de obrar mal.

Puede llevarse una cuenta exacta de gasto y de producto en una máquina; y esta misma cuenta es muy variable cuando la primera mano de los hombres es el elemento principal del cálculo.

Toda manufactura prosperará cuando no funde su buen éxito sobre obreros inteligentes, sino sobre máquinas cuya construcción haya necesitado de gran inteligencia, porque no dependerá así el resultado de la muerte ó enfermedad de un obrero.

La aplicación del siguiente principio de progresión: primera máquina, preparatoria — segunda, operatoria; las siguientes perfeccionadoras, ha producido siempre el buen éxito de diferentes ramos de industria.

Hay progreso todas las veces que una industria se acerca al principio de continuidad en todas sus partes. El cardado, el hilado, la destilación son industrias en progreso; el curtido y tejido son industrias estacionarias, ó que á lo menos no tienen sino modos lentos y viciosos de mejora.

La química tiene en el día una gran importancia en la industria manufacturera, y acaso la física debe tenerla no menor en adelante.

Por último un fabricante debe proponerse este problema. Conocido el precio del motor, ¿cuál será el de las máquinas, el local, y los obreros? ¿Cuáles son los conocimientos químicos y físicos que pueden aplicarse para sacar todas las ventajas posibles de tal ramo de industria?

Las principales reglas de un buen edificio para fábricas son las diferentes construcciones calculadas sobre un máximo de cuarenta años de duración: edificios capaces, sin lujo y convenientemente dispuestos para poner las máquinas y sus funciones, y sin pérdida de terreno que pueda embarazar el servicio ó ocasionar trasportes inútiles.

Entrada, si es posible por la parte superior del edificio, de las materias primeras, para sujetarlas después en cada piso á las manipulaciones necesarias, á fin de llevarlas ya completas al cuarto bajo; esta es la marcha mas favorable á la economía de tiempo, gasto y desperdicios.

Una fábrica que tenga cuatro ó seis pisos no ocasiona sino los mismos gastos en el tejado y un ligero aumento en los de la restante construcción. Esta construcción es mas económica y cómoda para la mayor parte de operarios, sea que la materia primera suba del cuarto bajo á los superiores, para sus respectivas elaboraciones, sea que desde ellos pase en los mismos términos hasta el cuarto bajo.

Casi siempre bastan los cobertizos ó tejamanos para industrias que producen grandes masas. La construcción de estos cobertizos debe ser ligera y económica, y ser fuertes y con las precauciones necesarias para asegurar su duración todas aquellas partes sólidas como fosos y piezas para las máquinas, sobre todo de las que dan el movimiento.

En manufacturas toda interrupción es ruinosa; y los reparos que no ocasionan ninguna suspensión de trabajos son gastos que siempre pueden calcularse y sobrellevarse fácilmente.

El costo de un producto industrial se compone de la compra de materias primeras, alquiler de casa, interés del capital empleado, costo de construcción, mano de obra, contribución respectiva y gastos generales, y si los fabricantes se impusiesen en unas reglas tan sencillas, se disminuirían conocidamente los casos de ruina y mal éxito en las empresas industriales.

DAVID TENIERS (EL JÓVEN).

Hay en la escuela flamenca dos pintores del mismo nombre y apellido padre é hijo; por lo que se les distingue llamando al uno *el viejo* y al otro *el joven*. Ambos fueron eminentes en su profesión. Teniers, el hijo, nació en Amberes el año 1610, y, como era natural, recibió en el estudio de su padre las primeras nociones de pintura. Varios biógrafos aseguran que tuvo después otros maestros entre los cuales señalan á Rubens en primer lugar. Dargenville al contrario sostiene que al viejo Teniers solo, es debida la gloria de haber formado á su hijo. Difícil fuera sentenciar este pleito, respecto á que las piezas justificativas, esto es, los cuadros del joven pintor, ofrecen argumentos á los dos partidos. Con efecto la manera del hijo es la del padre, que aunque menos célebre que su sucesor tiene indisputablemente el mérito de la invención, y se parecen tanto las obras de uno y otro, que no es fácil conocer por ellas quien es el autor. Por otro lado en el primer periodo de su carrera artística el joven Teniers imitaba alternativamente y con admirable exactitud á la mayor parte de los pintores notables de su tiempo, de lo cual puede deducirse que recibió simultáneamente lecciones de cada uno de ellos.

A esta facilidad de imitar debió Teniers el principio de su reputación en Amberes donde era conocido con el epíteto de *el Proteo* ó *el Mono* de la pintura. Empezó pues haciendo *pasticcios*, obras que pertenecen sin duda alguna á quien las ha pintado, pero en las cuales se ha limitado su autor á reproducir con tanta exactitud la composición, dibujo, colorido y toque de otro maestro, que en realidad merecen ser atribuidas á este. Teniers el joven engaña aun con frecuencia á los aficionados que no tienen presente la prodigiosa facilidad con que sucesivamente se transformaba este artista en Basano, Pablo Veronés, Tintoretto y Rubens. Así copió con una fidelidad tan sorprendente toda la galería del archiduque Leopoldo Guillermo.

Afortunadamente Teniers conoció muy luego que no debía contentarse con ser un excelente imitador de los cuadros ajenos. Ya habia dado una prueba de que era digno de tener á la naturaleza por modelo. Hallándose un día en un figon de aldea notó en el momento de salir que no llevaba dinero para pagar el gasto que acababa de hacer. Hizo entonces acercarse á un ciego que tocaba la flauta, le pintó inmediatamente, y vendió su cuadro por tres ducados á un viagero inglés que habia entrado en el figon mientras mudaban los caballos de su silla. Sea que esta improvisación pintoresca tuviese en sí un mérito extraordinario, ó lo que es mas probable aun, la estratagemas del caso le prestase un nuevo prestigio; lo cierto es que los inteligentes se han obstinado por mucho tiempo en considerarla como la obra maestra del pintor.

En el nuevo camino que habia emprendido Teniers, halló bien pronto fortuna y gloria. El archiduque Leopoldo le hizo su gentil hombre de cámara. La reina Cristina le regaló su retrato pendiente de una magnífica cadena de oro. Un príncipe de Austria quiso ser discípulo suyo y aun su huésped por algunos meses; por último, nuestro Felipe IV, el príncipe de Orange y otras personas de alto rango le concedieron una protección que no dejó de ser útil á sus intereses. Solo Luis XIV no supo apreciar el mérito de Teniers. Habiendo colocado un ayuda de cámara algunos cuadros de este artista en un gabinete del palacio de Versalles, al verlos aquel monarca exclamó con fiereza: "Quítad de ahí esos mamarrachos." Estraviado por la pompa y brillo ficticio del estilo teatral que se introdujo en las artes durante su reinado,

y que produjeron la ridícula asociación de la peluca de Luis XIV con la armadura romana, chocábale á aquel gran rey el hallar en los cuadros de Teniers el retrato simple y fiel de la naturaleza.

Como, además de su talento artístico, la afabilidad de sus modales y regularidad de su conducta, al paso que le grangeaban el aprecio general, atraían en torno de Teniers una multitud de curiosos y admiradores que le quitaban el tiempo, tomó el partido de salir de Amberes y retirarse á Perth, aldea situada entre aquella ciudad y la de Malinas con el objeto de entregarse sin distracción á sus estudios. Pero poco le aprovechó este plan, pues su retiro campestre vino á ser, muy á pesar suyo, el punto de reunión de todas las familias notables del país. Sin embargo Teniers pudo desde aquel momento mezclarse con los aldeanos, y observar sus costumbres, sus maneras, sus danzas, sus juegos, su embriaguez, sus peleas, y en una palabra la variedad de escenas que ha logrado representar en sus innumerables cuadros con una verdad inimitable y una magia singular. Sin embargo el autor de estas escenas grotescas, triviales ó vulgares no se asemejaba á aquellos pintores flamencos ú holandeses que hacían su propio retrato al representar la clase baja de la sociedad; sin ser orgulloso, conservó siempre la dignidad del rango y del talento.

No conociendo apenas mas campiña que la que habitaba, no ofrecen los países de Teniers la riqueza de escenas que pudieran desearse, pero si no tienen el mérito de la variedad poseen en cambio el de la verdad. Teniers no tiene rival en la facilidad y ligereza de pincel, su toque puro y vigoroso está lleno de expresión y viveza, y de armonía y prestigio su colorido. Agrababa las figuras con arte y repartía la luz con la mayor inteligencia. Espresaba con perfección no solo las formas grotescas y el traje original de los aldeanos flamencos, sino que reproducía con una expresión de sencillez natural, con una elegancia y una precisión inimitables el juego de su fisonomía, sus modales, sus pasiones, su carácter y actitudes. Los cuadros en que representa las fiestas y regocijos de la aldea están tan llenos de movimiento, alegría y franqueza que engendran buen humor en el que los contempla. Se ve en ellos una multitud de personas todas diferentemente ocupadas; estas beben; aquellas ó fuman ó juegan á los naipes; las unas bailan, ó disputan ó riñen; las otras, con la embriaguez pintada en su semblante, se retiran del bullicio con paso vacilante, ó persiguen á las mujeres que huyen de ellos ya riendo ya gritando; y en esta variedad, en este laberinto de escenas diversas, ni una actitud, ni un gesto, ni una acción se ve que no sea la naturaleza misma.



(Los fumadores.)

Sucedió alguna vez á Teniers que por buscar aquella armonía de luz plateada que tanto valor da á sus cua-

dros, la exageró algun tanto y dió á su tinta local cierta tendencia al gris. Un aviso de Rubens le corrigió bien

pronto de este ligero defecto. Su dibujo es espresivo y nada deja que desear en punto á correccion. Dotado de una rapidez de ejecucion increíble, no ha empleado nunca mas de un día aun en sus producciones mas acabadas, y ha sido tan fecundo que solia él mismo decir jocosamente que una galería de dos leguas de largo bastaría apenas para colocar todas sus obras. Hay de él varios cuadros de admirable efecto donde todo es luz, diferenciándose en esto de los pintores vulgares que no saben destacar los objetos y determinar las distancias sino por el contraste de tintas y la gran fuerza de claro-oscuro. Se busca en Teniers lo que da fondo á sus cuadros, lo que divide los términos, lo que acerca y aleja las figuras, lo que produce el ambiente que las rodea, y nada de esto se encuentra: es la excelencia del arte. Después de lo que acabamos de decir nadie estrañará que las obras de este pintor aunque repartidas con profusion por toda Europa se mantengan siempre en el comercio á un precio muy elevado.

Teniers murió en Bruselas en 1694 á la edad de 84 años. Tenia un hermano llamado Abraham tambien discípulo del viejo Teniers, pero que rara vez salió en sus obras de la medianía.

BELLAS ARTES.

MINIATURISTAS O ILUMINADORES ESPAÑOLES DE LIBROS DE CORO Y OTROS DEL CANTO ECLESIASTICO.

(Artículo inédito del doctor D. Joaquin Lorenzo de Villanueva.)

Entre los pintores que hermosearon en España los grandes códices ó libros de coro, y otros de la salmodia y las demas partes del oficio divino, merecen un distinguido lugar Bernardino de Canderroa, Alonso Vazquez y otros profesores que desde el año 1514 hasta el de 18, pintaron varias historias, figuras y adornos, en el rico misal del cardenal Jimenez de Cisneros dividido en siete grandes volúmenes, que se conserva en la catedral de Toledo. Francisco de Villadiego y Diego de Arroyo que en 1520 comenzaron á iluminar los libros de coro de aquella santa iglesia, de los cuales se conservan algunos muy apreciables por la correccion del dibujo, y por la frescura y brillantez de las tintas: en lo cual los igualó mas adelante Francisco Buitrago. Mas adelante en 1564 Pedro de Obregon pintó los libros de vísperas. Un juego de misales que en 1583 habia comenzado á iluminar el clérigo Juan Martinez de los Corrales, y de que dejó concluidos los dos primeros tomos, le continuó Juan de Salazar hasta el año 1604, dejando la obra incompleta por haberle sobrevenido la muerte: es trabajo muy apreciado de los artistas por la exactitud del dibujo, por la hermosura y limpieza del colorido, y por el buen gusto de los adornos.

En el monasterio de San Millán de la Cogolla, se conserva con grande estimacion el precioso libro llamado *de las procesiones*, escrito en vitela y adornado con excelentes miniaturas por el monge benedictino fray Martin de Palencia el año 1582. De este monge son la letra y las miniaturas de varios libros litúrgicos del Escorial. Ayudáronle en ellos fray Andres de Leon, monge geronimiano, cuya es la famosa iluminacion del llamado *capitulario*, y las de unos cuadritos que estan en el camarín del mismo monasterio: su discípulo el monge

del Escorial fray Julian de la Fuente del Saz, cuyas son las historias de las cuatro pasiones que estan en los libros de coro de la semana santa; y varias miniaturas en las paredes del camarín: Juan Bautista Scorza, genovés, discípulo de Lucas Cambiaso: Juan Bautista Castello, conocido en España por el Genovés, cuyas miniaturas fueron celebradas por Grillo, Soranzo y Marini. Algunos de estos libros de coro escribió despues él iluminó el beato Nicolás Factor, uno de los célebres pintores que tuvo España en el reinado de Felipe III. Por ventura no hay en todo el orbe cristiano una biblioteca mas copiosa y mas rica de libros de coro iluminados que la del Escorial.

Los libros de coro de Sevilla estan iluminados parte por Luis Sanchez, famoso profesor del siglo XVI parte por Bernardo de Orta, célebre pintor en vitela, natural de Sevilla, que pintó los libros intitulados *Santorral* y *Dominical*: por su hijo Diego de Orta que pintó el libro intitulado *fiesta de San Pedro*; y despues ayudado de sus hermanos, los de las festividades de la Santísima Trinidad, coronacion de espinas, San Juan ante portam latinam; y aparicion de San Miguel: por Andres Perez, imitador del colorido de Murillo, y diestro en copiar las flores y bordaduras del natural: y por el agustiano fray Diego del Salto, de quien se conserva en la casa de los duques de Alcalá un cuadro muy estimado del Descendimiento.

Cada catedral de España y aun muchos de sus célebres monasterios pueden presentar iguales noticias artísticas de sus libros de coro y otros códices litúrgicos.

MÁXIMAS QUE DEBEN TENERSE PRESENTES.

Es muy prudente llamar á un testigo cuando se juega, y cuando se juega aun con un hermano.

Compadezco, decia un padre, á mis hijos porque tienen talento, porque si fuesen tontos harian fortuna como su abuelo.

Empezad con reflexion, seguid con actividad, y perseverad, y no tendreis que quejaros tanto de la fortuna.

Todo es grande en el templo del favor, menos las puertas que son tan bajas que el que entra tiene que arrastrar por el suelo.

Son dignos de elogio los hombres fáciles, débiles si se quiere, en los pormenores de la vida, pero que reservan su firmeza para las grandes ocasiones.

Habiendo preguntado á uno de los siete sábios cual era la cosa mas difícil, respondió que el escojer bien lo que cada uno tiene que hacer en el momento actual.

¿Quereis tener paz con los hombres? no les disputeis las cualidades de que se jactan. La mayor de todas las imprudencias es la de jactarse uno de alguna cosa, y la mayor parte tambien de las desgracias de muchos hombres proviene de esto.

Hay en la vida muchas cosas que deben aventurarse y muchas que deben despreciarse.

Estudad atentamente cuanto tiene relacion con vuestra profesion, y llegareis á sobresalir en ella; sed laborioso y económico, y llegareis á ser rico; sed frugal y parco, y conservareis vuestra salud; sed justo, y no temereis la eternidad.



UNA DILIGENCIA DE VAPOR.

Si un pobre labrador, de aquellos nacidos y criados en un rincón de España, sin haber adquirido tal vez mas idea que las dos mulas que le ayudan á arar la tierra, viese venir por un camino adelante una gran máquina con ruedas, como la representada en el grabado, conduciendo cuarenta ó cincuenta personas cómodamente colocadas con sus respectivos equipages, y que sin ser impulsada por caballerías de ninguna especie, ni por la mano del hombre, corria con velocidad, subia y bajaba cuestas, daba vueltas y revueltas, aceleraba ó retardaba su carrera, se detenía para permitir apearse á un viagero y volvía á continuar su marcha, antes se le ocurriría al asombrado rústico achacarlo á arte del diablo ó brujería, que imaginar posible el que todo aquel mecanismo obra-se por la fuerza del vapor que diariamente estan viendo sus ojos desprenderse del agua cuando la pone á calentar en una olla para guisarse su frugal comida. Esta importantísima aplicacion del vapor al movimiento de las máquinas que tan vasto campo abrió á la mecánica y á la industria, vino al fin á ponerse en uso en los carruages, empleándose primero en los de los caminos de hierro en que las ruedas marchan por un carril constante de que no pueden separarse. Las ventajas de los carruages de vapor en caminos de hierro son verdaderamente prodigiosas, mas sin embargo no dejan de tener sus inconvenientes. Es condicion casi indispensable de la utilidad de tales caminos que se hallen contruidos en terreno llano, lo cual será causa de que tardan mucho en establecerse en España y de que siempre sean en mucho menor número que los de Inglaterra y otros países, pues cuando el terreno es quebrado, desigual ó montuoso suben infinito los gastos de ejecucion. Como el peso que cada rueda puede soportar tiene que limitarse en proporcion á la fuerza de la muesa de hierro por donde

va corriendo, fue preciso repartir la carga entre varios carros atados unos á otros, y aumentaron por consiguiente los gastos y las dificultades de manejar y dirigir tanto carruage, que no podian encontrarse de ida y de vuelta sino en determinados parages, y tenian otros mil inconvenientes. Para remediar esto se ha discurrido construir carruages de vapor, que aunque no tuviesen la maravillosa rapidez de los destinados á los caminos de hierro, pudieran andar por cualquiera parte, por llanuras y montañas, y en todas direcciones.

Que el vapor sea preferible á las caballerías para mover un carruage se hace evidente reflexionando que hay mayor facilidad de sostener la máquina, donde el carbon de piedra está barato, que de alimentar y cuidar el ganado, y que los caminos se descomponen infinitamente menos evitando la impresion de los pies herrados de los caballos y haciendo muy anchas las llantas de las ruedas. Impulsados por estas consideraciones, varios hábiles mecánicos se dedicaron á resolver el problema de aplicar la fuerza locomotriz del vapor á los caminos comunes. Las dificultades eran grandes sin duda, porque se necesitaban depósitos de agua y de combustible tanto mas numerosos, cuanto menos habia de cargar el carruage. Ademas la máquina exijia mayor esmero en la construccion, y siempre composturas frecuentes y costosas, como que habia de andar por un arrecife desigual y escabroso sufriendo choques, sacudimientos y vaivenes indispensables. Este era el grande obstáculo que habia que vencer y lo que un inglés intentó en 1827. Al cabo de dos años de pruebas el ingeniero Gurney llegó á hacer una diligencia de vapor, procurando especialmente que fuese imposible la explosion de la caldera, la cual se hallaba colocada con la hornilla detras de una caja de coche, capaz de veinte viageros con sus equipages. Tenia

seis-ruedas colocadas de dos en dos; debajo del juego y un poco delante de las dos últimas ruedas, fijó Gurney dos palancas que hacían el oficio de las piernas de un caballo para empujar el coche al tiempo de subir cuestas muy pendientes, ó cuando el camino estuviese cubierto de nieve; añadiendo á este otros mecanismos ingeniosos para aumentar ó disminuir la velocidad, evitar los obstáculos, y tomar las vueltas con facilidad y prontitud hasta por las esquinas de las calles. Con todo eso hubo que abandonar esta especie de carruaje, por ciertos defectos inherentes á su construcción.

De allí á dos años Mr. Gurney mejoró su sistema construyendo el modelo de una máquina que en lugar de conducir viajeros y equipajes, solo servía para remolcar un coche que se le ataba detrás, haciendole caminar tres horas por legua. Con esta máquina perfeccionada se estableció una carrera de mensajerías de Gloucester á Chestenham, que distan tres leguas, las cuales recorría la máquina cuatro veces al día, llegando á trasportar en cuatro meses más de tres mil viajeros por la mitad del precio de las diligencias tiradas por caballos. Al fin se suspendió esta empresa.

Probadas ya por la experiencia y por informe favorable de una comisión del Parlamento la posibilidad y ventajas de estos carruages, se han establecido en Inglaterra varias empresas de esta clase con máquinas de vapor puestas en el mismo coche, que fue el sistema primitivo de Gurney.

Una de las mas modernas diligencias de vapor que empezó á rodar en octubre de 1853 es la que se representa en el grabado que va á la cabeza de este artículo. La invención es de Mr. Church, y su mecanismo sencillo é ingenioso se aproxima á la perfección. Hace el servicio de la carrera de Londres á Birmingham, y puede contener en los asientos interiores y exteriores hasta cincuenta viajeros. El aparato que está encerrado en el centro es de la fuerza de sesenta caballos, y no exhala humo ninguno. Las ruedas son muy anchas, el peso no es excesivo, la caldera está asegurada de explosiones por medio de unas válvulas de seguridad dispuestas con mucho arte, y el movimiento es muy suave porque el coche está montado sobre excelentes muelles.

EL SULTAN SHEMS EL-MAALI CABIES (1).

Pocos príncipes puede presentarnos la historia tan amables y tan desgraciados como Shems El-Maali Cabies, si hemos de dar crédito á los historiadores orientales. Todos nos le pintan dotado de virtudes y adornado de las mejores prendas; y su piedad, su justicia, su generosidad y su mansedumbre son universalmente celebradas. No era menos insigne por sus facultades intelectuales: su ingenio era á la vez penetrante, sólido y florido, y se distinguió igualmente como filósofo, como orador y como poeta. Y era tan grande la estimación en que los orientales han tenido siempre sus escritos, que á pesar de la crasa ignorancia en que hoy yacen, las producciones mas curiosas de su pluma han sido preservadas del común estrago como modelos de perfección; y esta debe haber sido la opinión general de sus contemporáneos, cuando sabemos que un famoso visir de Persia, jamás abrió despacho alguno de puño de Shems El-Maali sin que luego exclamase: "Estó está escrito con una pluma del pajar celestial."

Después de la muerte de su hermano, acaecida el

año 366 de la hegira, subió Shems El-Maali al trono de Georgia; y ocupado constantemente en labrar la felicidad de sus súbditos durante un reinado de treinta y cinco años, un rasgo de generosidad fue la causa de su no merecida ruina.

Moavid Addaulet y su hermano Faker Addaulet, príncipes rivales de la casa de Boviab que se disputaban el cetro de Persia, tuvieron una refriega en que el último fue vencido, y escapando con dificultad á la persecución de su hermano, fue á Georgia en donde Shems El-Maali le dio un asilo. Este rasgo de bondad fue considerado por Moavid Addaulet como un insulto hecho á su persona, y resolvió vengarse, á cuyo fin invadió la Georgia con un ejército numeroso, y obligó á Faker Addaulet y á su protector Shems El-Maali á refugiarse en las montañas de Khorasan. Tres años consecutivos vivieron los dos príncipes errantes cercados de peligros y penalidades; Pero al fin de este espacio de tiempo murió Moavid, y su hermano Faker ocupó sin oposición el trono de Persia.

Shems El-Maali, como era natural, esperaba participar de la buena fortuna de su amigo y compañero de infortunios, y se persuadía que no solo recobraría su trono, sino que llovería sobre él las bendiciones y cuantos favores pudiese dispensar el monarca persa. Pero se engañó, porque Faker Addaulet con una ingratitud sin igual se negó á restituírle sus dominios hereditarios; y el desgraciado Shems El-Maali, no pudiendo reclamarlos con las armas, se vió precisado á vivir catorce años mas en su destierro. Murió al fin el ingrato Faker, y Shems El-Maali, por aclamación general de sus súbditos, fue invitado á volver á Georgia, y encargarse otra vez de las riendas del gobierno. Aceptó Shems El-Maali esta invitación y desde el momento que ocupó el trono, se dedicó con el mismo anhelo y actividad que anteriormente á promover la felicidad de su reino.

Pero no eran ya los georgianos lo que antes de su desgracia. Mil abusos se habían introducido durante la dilatada ausencia del soberano en todos los ramos del estado, y los poderosos que medraron con ellos, no querían que fuesen corregidos. Empero, Shems El-Maali determinó hacer una reforma radical, cualquiera que pudiese ser el resultado. La empresa fue fatal para él, porque la suerte aun no se había cansado de perseguirle. Disgustados de su severidad, muchos de los principales del reino, se conjuraron para destituirle de la soberanía; y aprovechándose de la ausencia de su hijo, se arrojaron sobre él de improviso, y desde su tienda le condujeron á una prisión.

Asegurado así Shems El-Maali, enviaron los conjurados mensajeros á su hijo Manuscher, informándole de lo ocurrido y brindándole con el trono bajo protesta de que aprobaría la deposición de su padre por ellos ejecutada: el joven príncipe hizo como que accedía á su proposición y en seguida fue proclamado rey de Georgia. Pero apenas tomara Manuscher posesión del trono, voló á la prisión de su padre; y postrándose ante el anciano venerable, le protestó que había aceptado la corona solo con el fin de conservarla para su padre, en cuyas manos la restituía, y en cuya defensa estaba pronto á sacrificar su vida.

Shems El-Maali quedó encantado de la conducta de su hijo; pero rehusó su oferta, diciéndole que ya había cumplido para con el mundo, y solo deseaba vivir tranquilo lejos del fasto y pompa de la corte, para dedicar al servicio de Dios los pocos años de vida que le restaban. No queriendo Manuscher contrariar la resolución de su padre, le prometió entonces que le proporcionaría cuantas comodidades deseara, é inmediatamente dió á este fin las órdenes oportunas.

Pero los conspiradores que destronaron á Shems El-Maali

(1) Shems El-Maali significa en persa E l Solen su pogo.

li, temiendo tanto sus talentos como odiaban sus virtudes, determinaron poner fin á sus temores, y dar muerte al objeto de su odiosidad. Trataron de persuadir á Manuscher á que cometiese tan horrible atentado; pero el príncipe se negó obstinadamente á su criminal desigüo, visto lo cual resolvieron perpetrar el crimen por sí mismos, y no difirieron por mucho tiempo el proyectado asesinato, el cual fue acompañado con el agravante crimen de una inútil crueldad; pues apoderándose del castillo donde se había retirado Shems El-Maali; destecharon el cuarto en que habitaba, le quitaron sus vestiduras y cuanto en él tenía, y dejaron así sobre el pavimento al anciano monarca que pereció de frío.

Está casi por demas añadir, despues de lo dicho acerca del carácter de Shems El-Maali, que fue protector de las ciencias y de la literatura. Mientras vivió, fue su corte la mansion de los hombres de ingenio del Oriente, entre los cuales merece particular mencion el célebre Muhammed Ben Simca conocido en Europa con el nombre de Avicena, que vivió muchos años bajo su proteccion.

Durante el destierro de Shems El-Maali en el Khoraran, parece que compuso unos versos cuya traduccion ó mas bien imitacion ponemos aquí en obsequio de nuestros lectores.

A LA FORTUNA.

Dile al que se halla quejoso
Del proceder de Fortuna,
Que ella tan solo infortunada
Al rico y al poderoso.

Mira el cadáver nadar
Sobre la llanura undosa,
Y estarse la perla hermosa
En lo profundo del mar.

Cuando los bravosos vientos
De sus cuevas se desatan,
No combaten ni maltratan
Sino árboles corpulentos.

¡Y cuántos hay que verdean!
¡Cuántos secos y agostados!
Y á los de fruto cargados
Únicamente apedrean.

Con refulgente fulgor
Miles de astros resplandecen,
Y solo eclipses padecen
La blanca luna y el sol.

El Mubash.

HIDROSTÁTICA É HIDRÁULICA.

(Artículo 1.)

La voz *hidrostática* se compone de dos palabras griegas que significan "agua inmovil, ó en equilibrio", y designa la ciencia que trata de la presion del agua. *Hidrállica* se forma tambien de otras dos palabras de la misma lengua cuya significacion es "agua" y "tubo ó conducto", con referencia al movimiento del agua en ciertos instrumentos músicos que usaban los griegos, y denota por consiguiente aquella parte de la filosofía natural que trata del agua en movimiento.

Aunque el agua ha dado nombre á estos ramos de la física, y á pesar de que los fenómenos que presenta y las leyes á que obedece suelen ser el objeto esclusivo á que dirige su atencion el observador, pueden sin embargo referirse estos fenómenos á todos los cuerpos que existen en el mismo estado, esto es, en el estado líquido. Dificil es definir en pocas palabras que cosa es un líquido, aunque esta voz tan familiar para todos es comprendida

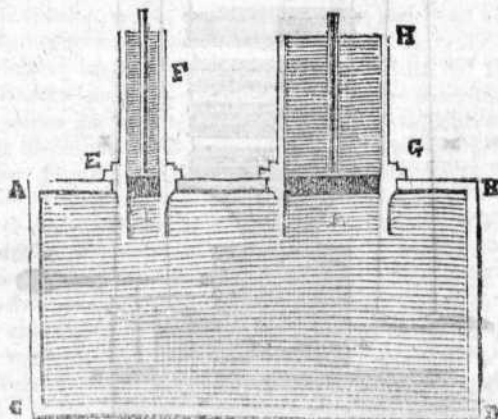
aun por los niños, y da una idea clara y distinta del objeto de que se trata. La diferencia entre un fluido y un líquido es que esta voz se refiere solo á una clase de fluidos. Otra clase hay á la cual se da el nombre de fluidos aeriformes, como la atmósfera; á estos no puede aplicarse con propiedad el nombre de líquidos que solo pertenece á los cuerpos análogos al agua.

En el número 65 del Semanario dijimos que los mismos átomos pueden existir en la forma de un sólido ó de un fluido, y como fluido pueden constituir un líquido denso como el agua ó una masa elástica y ligera como el aire. La única diferencia que hay entre una libra de yelo, de agua ó de vapor, consiste solo en la mayor ó menor distancia entre sus partículas, segun sea mas ó menos considerable el calor que obre sobre ellas. En el yelo se hallan comparativamente unidas cediendo á la fuerza de atraccion cual si estuviesen pegadas unas á otras. En el agua, la repulsion producida por el calor es próximamente igual á la atraccion y la neutraliza, permitiendo á los átomos el moverse libremente entre ellos cuasi sin friccion; y en el vapor la repulsion es mucho mas poderosa que la atraccion, y las partículas se mantienen á gran distancia como si las separase un cuerpo intermedio muy elastico y voluminoso.

Entre el estado sólido y el aeriforme puede un cuerpo existir en consistencias diversas segun el grado en que haya sido destruida la cohesion y establecida la repulsion entre sus partículas. La miel y el espíritu de vino ú alcohol, por ejemplo, presentan diferentes grados de liquidez. Sin embargo, científicamente hablando hay solo uno, á saber; aquel en que el cuerpo es perfectamente líquido como el agua. De aqui se ha fijado esta como el tipo de todos los demas líquidos dando por ella nombre á dos divisiones de la ciencia, *Hidrostatica* é *Hidrállica*.

PRESION IGUAL EN TODAS DIRECCIONES.

Existe en los líquidos una propiedad que se considera como característica, y forma la base de todos los razonamientos científicos. Esta notable cualidad de los fluidos es la de transmitir la presion con igualdad en todas direcciones. Cada una de las partículas de la masa general ejerce una presion igual sobre las que la rodean, y es asimismo comprimida por ellas; oprime igualmente á los cuerpos sólidos con los cuales se halla en contacto, y sufre de ellos un empuje perfectamente análogo. El siguiente grabado dará una idea mas exacta de esta propiedad singular.

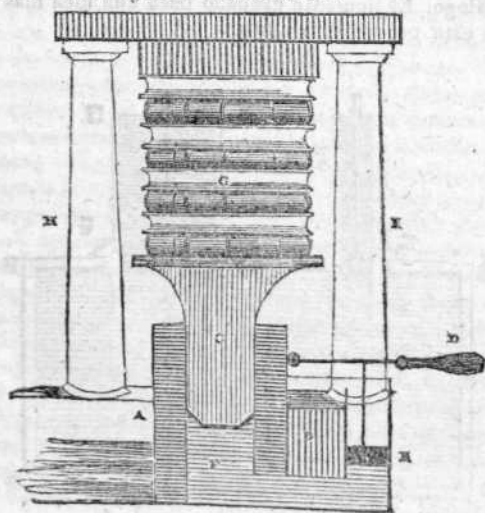


En la vasija ABCD hay una abertura E donde se halla colocado un tubo ó cilindro EF, y otra en G tambien

con su cilindro GH. I L son los respectivos émbolos que juegan en los cilindros. Supongamos ahora que la vasija está llena de agua subiendo esta por los tubos hasta la altura EG del lado AB. Los émbolos según se ve descansan en la superficie del agua. Ahora si sobre el émbolo I cargamos un peso de una libra (el émbolo L se supone inmóvil), cada una de las partes de lo interior de la vasija igual en magnitud á la basa del émbolo, experimentará en el acto una presión equivalente. Si suponemos que dicha basa tiene una pulgada en cuadro y que el número de pulgadas cuadradas que contiene lo interior de la vasija es de 20,000, sufrirá la superficie interna de esta una presión ó fuerza expansiva igual á 19,999 libras. Esto queda fácilmente probado del modo siguiente. Si damos por sentado que la basa del émbolo L tiene diez pulgadas en cuadro, y sobre él colocamos un peso menor de diez libras, cargando el émbolo I con una, como antes, la presión producida levantará el émbolo L con su peso de conformidad con el principio expuesto. Con efecto siendo el un émbolo diez veces mayor que el otro, necesitará precisamente diez veces el mismo peso para resistir la influencia de la presión ejercida por el menor y conservar el equilibrio; como se verifica precisamente. Un momento de reflexión hará desde luego conocer que con arreglo al principio de que hablamos, no sufre en este caso el émbolo I la presión completa de las diez libras colocadas sobre el émbolo L, pues solo le toca resistir una, cargando las 9 restantes sobre lo interior de la vasija. Con efecto, la ley es que el peso equivalente al que sustenta el émbolo se transmite á cada uno de los espacios en lo interior de la vasija, iguales en tamaño á la basa de aquel, luego cuantas veces mayor ó menor sea el espacio, tantas veces mayor ó menor será el empuje que experimente.

A esta propiedad singular del agua y demás líquidos semejantes, han dado los naturalistas el nombre de *paradoja hidrostática*, pero en realidad nada hay en ella que sea mas paradójico que muchos de los efectos producidos por las fuerzas mecánicas. La acción de la palanca, por ejemplo, es perfectamente análoga. Sabido es que un peso de diez libras sobre el brazo corto de ella es equilibrado por una en el largo. El líquido es la barra que transmite el efecto del peso menor al mayor, y las caras interiores ó lados de la vasija hacen el oficio de puntos de apoyo sosteniendo la fuerza y el peso.

Este principio se manifiesta palpablemente en el instrumento llamado *fuelle hidrostático*.



Consiste este en dos tablas unidas por medio de un

fuerte cuero como en los fuelles ordinarios. No hay por supuesto válvula alguna, pero en su lugar tiene un tubo estrecho y largo anexo á él por el cual se echa el agua suficiente para llenar el espacio entre las dos tablas, dejando el cuero á media tensión. Si tienen estas 17 pulgadas de diámetro, bastará echar en el tubo cuatro onzas de agua para levantar un peso de 300 libras colocado sobre el fuelle hasta la altura que permita la extensión del cuero. Si en vez de agua se usa del aliento podrá un hombre colocado sobre el aparato alzarse á sí mismo soplando en el tubo, como representa el grabado. Cuanto mas estrecho sea este tubo tanto mayor será la fuerza. Esto es evidentemente efecto del principio ya explicado, pues si la cavidad del tubo hacia la parte inferior es de una pulgada en cuadro, y la superficie de la tabla superior del fuelle tiene 10000, una columna de agua de una libra de peso en el tubo sostendrá un peso de 10000 libras sobre ella. Si suponemos que la magnitud del tubo es solo la centésima parte de una pulgada cuadrada, pero que es sin embargo de bastante extensión para contener una libra de agua, en este caso cada centésima parte de una pulgada cuadrada en la tabla superior del fuelle sufrirá un empuje de una libra, y cada pulgada cien libras, lo cual dará sobre la superficie total una presión de 1.000,000 de libras ó mas de 446 toneladas.

Esta propiedad extraordinaria de los fluidos, á pesar de haber llamado siempre la atención de los filósofos no pasó de ser un hecho notable en la ciencia, hasta que Mr. Bramah hizo aplicación de ella en la construcción de una poderosa máquina; la *prensa hidráulica*. Comparada con los fuelles, la única diferencia es haber sustituido una bomba de presión en lugar del tubo, y un cilindro con su émbolo en vez del cuero y tablas.



La prensa hidráulica se compone de un corto y fortísimo cilindro AB (manifestado aquí en sección) con su émbolo macizo C de proporcionada resistencia, el cual es impelido hacia el objeto prensado G, por el agua in-

mediatamente debajo de él en F que comprime ó impele con fuerza el émbolo E. Sujeta el todo de la máquina un armazon de metal de que forman parte las dos pilastras H I. Suponiendo que la magnitud de la bomba de presión ó émbolo E es solo una milésima parte del area del cilindro grande AB, un hombre que por medio del mango D la oprimiera con una fuerza de 500 libras, alzaría el émbolo C con un empuje equivalente á mil veces 500 libras ó mas de 200 toneladas. El poderío de esta prensa es pues prodigioso, y muy obvias las ventajas que ofrece sobre las que obran solo por medio de tuerca. Entre los cuerpos sólidos y los fluidos hay comparativamente poca fricción y por consecuencia no se pierde en la prensa hidráulica parte alguna de la fuerza producida excepto la necesaria para vencer el roce de los émbolos en los cilindros. Se halla en gran uso para prensar y condensar sustancias, y el que escribe este artículo la ha visto usar ya en España en un molino de aceite. Usanla tambien los impresores y encuadernadores en lugar de la prensa ordinaria para quitar el relieve que deja siempre la impresion y demas operaciones que requieren una presión extraordinaria.

El sabio doctor Lardner, naturalista inglés, observa que esta propiedad de los fluidos de que acabamos de hablar pudiera hacerse aplicable á la transmision de fuerzas á cualquier distancia y en casos donde no puede hacerse uso de otra fuerza mecánica. Segun sus ideas debería construirse un tubo que se extendiese lleno de agua desde el punto donde se originara la fuerza hasta aquel adonde fuera preciso transmitirla. La menor presión aplicada sobre el líquido á un extremo del tubo sería comunicada instantáneamente á cualquier cuerpo en contacto con el agua en el extremo opuesto, aun cuando se extendiese el conducto de Madrid á Barcelona, y en vez de recto fuese angular y tortuoso. Esta propiedad que posee el agua de transmitir impresiones con tanta rapidez sugirió la idea á un ingeniero inglés de aplicarla á las comunicaciones telegráficas, y aun lo puso en práctica construyendo un tubo de varias millas de estension con este objeto, y tenemos entendido que consiguió probar la verdad de la hipótesis.

El doctor Arnott, á quien citamos ya en el mismo número 65 de nuestro periódico, ha indicado la aplicación de este principio á casos quirúrgicos. Aquel hábil facultativo admite la posibilidad de introducir líquido por medio de un tubo flexible de tal formación que llenándolo de agua pueda aplicarse el grado necesario de presión en aquellas partes del cuerpo que lo requieran. Se hace á veces necesario el producir una cierta presión en algunas partes internas del cuerpo humano, á las que solo es posible llegar con un conducto ó tubo por el cual no siempre puede sin riesgo introducirse un instrumento quirúrgico, y en ellas considera podría conseguirse el efecto deseado por medio de la presión de un fluido. En su tratado de física ya citado se hallará una explicación de los instrumentos necesarios en estos casos.

Los fluidos del cuerpo animal ofrecen varias ilustraciones de los principios de hidrostática, así como las partes sólidas comprueban los de la mecánica. El corazón dotado de una fuerza extraordinaria de expansión y contracción, es el depósito que provee de sangre á las demas partes del sistema, y al dilatarse excita una presión sobre el fluido sanguíneo que lo impele á las arterias; de estas, y á impulsos del mismo empuje, entra en las venas y completa así la circulación pasando por varios conductos y vasos de materia tan elástica que obedecen fácilmente á la influencia de la presión ocasionada por la dilatación del corazón.

PANORAMA MATRITENSE.

EL ALQUILER DE UN CUARTO.

*«Las riquezas no hacen rico; mas ocupado;
no hacen señor; mas mayordomo.»*
CELESTINA.

A los que acostumbran mirar las cosas solo por la superficie, suele parecerles que no hay vida mas descansada ni exenta de sisabores que la de un propietario de Madrid. Envidiando su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza, nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (segun ellos) bástale solo saber las primeras reglas de la aritmética, para recibir puntualmente y á plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad. — “¡Si yo fuera propietario! (dicen estos tales), ¡qué vida tan regalona habia de llevar! De los treinta dias del mes los veinte y nueve los pasaría alternando en toda clase de placeres en el campo y en la ciudad, y solo doce veces al año dedicaría algunas horas á recibir el tributo que mis arrendatarios llegarían á ofrecerme. Tanto de este, tanto del otro, cuanto del de mas allá; suman tanto...; bien puedo descansar y divertirme, y reir por el dia y roncar por la noche, y compadecerme de la agitación del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la diligencia del médico, y del trabajo en fin que todas las carreras llevan consigo.” —

Esto dicen los que no son propietarios; escuchemos ahora á los que lo son; pero, no los escuchemos, porque esto sería cuento de no acabar; mirémosles solamente ojear de continuo sus libros de caja para ajustar á cada inquilino su respectivo *debe y haber*; (porque un propietario debe saber la teneduría de libros y estar enterado de la partida doble) veámosle correr á su posesión, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante; y recibir por toda respuesta un “No está el amo en casa”; — “Vuelva V. otro dia.” — “Amigo, no me es posible; los tiempos... ya ve V. como están los tiempos...” — “Yo hace veinte dias que no trabajo.” — “A mi me estan debiendo ocho meses de mi viudedad.” — “Yo estoy en Enero.” — “Yo en Octubre de 36.” — Pues yo, Señores míos (dice el propietario), estoy en Diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones, con que si VV. no me ayudan... — Otros la toman por diverso estilo... — “Oiga V., Sr. casero; en esta casa no se puede vivir de chinches; es preciso que aquí ponga cielo raso.” — “Yo quiero que me blanquee V. el cuarto.” — “Yo que me desatase V. el comun.” — “Yo que me ensanche la cocina.” — “Yo que me baje la buardilla.”

Mirémosle, pues, regresar á su casa tan lleno el pecho de esperanzas, como vacío el bolsillo de realidades, y dedicarse luego profundamente á la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscriptor nato á ambos periódicos) para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber á punto fijo, cuando ha de revocar su fachada, cuando ha de blanquear sus puertas, cuando ha de arreglar el pozo, cuando ha de limpiar el tejado, ó bien para estudiar los decretos concernientes á contribuciones ordinarias y extraordinarias, y calcular la parte de propiedad de que aun se le permite disponer. Veámosle despues consultar los libros forenses, la Novísima recopilación y los Autos acordados (porque un propietario debe ser legista teórico y práctico) con el objeto de entablar juicios de conciliación y demandas de despojo. Escuchémosle luego defender su derecho ante la autoridad (porque el propietario debe tambien ser elocuente) para vencerla de que el medianero debe dar otra salida á las

aguas ó que el inquilino tiene que acudirle con el pago puntual de sus alquileres, cosa que de puro desusada, ha llegado á ponerse en duda. Oigámosle mas adelante dirimir las discordias de los vecinos sobre el farol que se rompió, el chico que tiró piedras á la ventana de la otra buardilla, el perro que no deja dormir á la vecindad; el zapatero que se emborracha, la muger del sastre que recibe al cortejo; el albañil que apalea á su consorte; el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que protege á la juventud; el barbero que cortó la cuerda del pozo; y otros puntos de derecho vecinal, para resolver sobre los cuales, es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia magestuosa, actitudes académicas, sonora é imponente voz. Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero, y el solador; y disputar sobre *pandere-tes*, y *bajadas*, y *crujías*, y *solarones*, y *emplomados*, y *rasillas*, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnológico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artífices el líquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interés al espectador la situación de nuestro propietario, como en el acto solemne en que va á proceder á *el alquiler de un cuarto*.

Figurémonos un hombre de cuatro pies, aunque sustentándose ordinariamente en dos; frisando en la edad de medio siglo; rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler.... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vivos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronunciadas, como de hombre que acostumbra á oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los labios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal conformadas para ser sensibles á los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello toril en diametro, y tan corto de talla que la punta de la barba viene á herirle la paletilla; con unos hombros atléticos, con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entrambas una protuberante barriga como la muestra de un reloj sobre dos columnas, ó como un caldero vuelto del revés, y colgado en una espetera.

Envolvamos esta fementida estampa en siete varas de tela de algodón, cortada á manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados pies con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul bordado de pajaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. Coloquémosle así ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece indentificada su persona, segun la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino, animales bronceados y frutas imitadas en piedra, manojos de llaves, y padrones impresos; y ataviemos el resto del estudio con un reloj aleman de longanísima caja, un estante para libros, aunque vacío de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria y un plano de Madrid de colosales dimensiones. Y ya imaginado todo esto, imaginémosnos tambien que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, después de haber dado fin á sus dos onzas de chocolate, abre solememente su audiencia á los postulantes que van entrando en demanda de la habitación desalquilada.

Buenos días, Señor administrador.—Dueño, para servir á V.—Por muchos años.—¿En qué puedo servir á V.?—En poca cosa. Yo, Señor dueño, acabo de ver una habitación perteneciente á una casa de V. en la calle de.... y si fuera posible que nos arreglásemos, acaso podría convenirme dicha habitación.—Yo tendria en ello un singular honor ¿Ha visto V. el cuarto? ¿Le han instruido á V. de las condiciones?—Pues ahí voy, Señor casero, yo soy un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez rs. diarios, pareceme que no estaria demas el ofrecer á V. seis con las garantías necesarias.—Conócese que V. gusta de ponerse en la razon; pero como cada uno tiene las suyas, á mi no me faltan para haber puesto ese precio á la habitación.—Pero ya V. se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas....—Entonces probablemente la hubiera puesto en 15 rs.—Luego la sala es pequeña y con solo un gabinete; si tuviera dos....—Valdria ciertamente dos reales mas.—La cocina obscura y....—Es lástima que no sea clara porque entonces hubiera llegado al duro.—El despacho es pequeño y los pasillos....—En suma, Señor mio, yo por desgracia solo puedo ofrecer á V. el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba....—Sí; pero el precio....—El precio es el último que ha rentado.—Mas ya V. vé, las circunstancias han cambiado.—Las casas no.—Los sueldos se han disminuido.—Las contribuciones se aumentan.—Los negocios estan parados.—Los albañiles *mar-CHAN*.—¿Conque es decir que no nos arreglamos?—Imposible.—Dios guarde á V.—Dios guarde á V.... Entre V. Señora.

Beso á V. la mano.—Y yo á V. los pies.—Yo soy una Señora viuda de un capitán de fragata.—Muy Señora mia; mal hizo el capitán en dejarla á V. tan jóven y sin arrimo en este mundo pecador.—Si Señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo; y sin duda hubo de darle por el otro porque no ha vuelto.—Todavía no es tarde.... ¿y V., Señora mia, trata de esperarle en Madrid por lo visto?—Si Señor; aquí tengo varios parientes de distincion, el conde del Cierzo, la marquesa de las siete Cabrillas; el baron del Capricornio y otros varios personajes que no podrán menos de ser conocidos de V.—Señora, por desgracia soy muy terreste y no me trato con esa corte celestial.—Pues como digo á V.; mi prima la marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y lo que ella dice, para tí que eres una persona sola, sin mas que cinco criados...., aunque la casa no sea gran cosa....—¿Y el precio, Señora, que le ha parecido á mi Señora la marquesa?—El precio será el que V. guste, por eso no hemos de regañar.—Supongo que V., Señora, no llevará á mal que la entere como forastera de los usos de la corte.—Nada de eso, no señor; yo me presto á todo.... á todo lo que se use en la corte.—Pues Señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer á las personas con quien habla, suele exigirse una fianza y....—¿Habla V. de veras? Y yo, yo, Doña Mencia Quincoces, Rivadeneira, Zúñiga de Moron, habia de ir á pedir fianzas á nadie? ¿para que? para una frusteria, como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soy, Señor casero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme hecho acompañar siquiera por mi primo el Freire de Alcántara para dar á conocer á V. quien yo era.—Pues señora, si V., á Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera ¿qué trabajo puede costarle el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por V.?—Ninguno, y á decir verdad no desearian mas que poder hacerme un favor;

pero....—Pues bien, Señora, propóngalo V. y verá como no lo estrañan; y por lo demas supuesto que V. es una señora sola....—Sola, absolutamente; pero si V. gusta de hacer el recibo á nombre del caballero que vendrá á hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnición....—Ay, Señora, pues entonces me parece que la casa no la conviene porque como no hay habitaciones independientes.... luego tantos criados....—Diré á V.; los criados pienso repartirlos entre mis parientes y quedarme sola con una niña de doce años.—Pues entonces ya es demasiada la casa, y aun pareceme, Señora, que la conversacion tambien.—

A este punto llegaban de ella cuando entra el criado con una escuela de un amigo rogando á nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban á llegar á Madrid; con esta salvaguardia el propietario despacha á la viudita, pero sigue recibiendo á los que vienen despues; entre ellos un empleado de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interés de que todavia le tuviesen en Enero, le despacha con la mayor cordialidad; despues acierta á entrar un militar que con aire de campaña reclama la preferencia y á las razones del casero responde con amenazas, de suerte que este hace la resolucion de no alquilarle el cuarto, por no tener que sostener un desafio mensual; mas adelante, entra un hombre de siniestro aspecto y asenderada catadura que dice ser agente de negocios y vivir en un cuarto cuarto (vulgo buardilla); despues entra una vieja que quiere la habitacion para subarrendarla en detalle á cinco guardias de corps; mas adelante un perfumado caballero que lo pide para una jóven huérfana y se compromete á salir fiador de ella, y aun á poner á su nombre el recibo; mas allá se presenta otra señora acompañada de dos hermosas hijas que arrastran blondas y rasos, y cubren sus cabezas con elegantes sombrerillos y tocan el piano, segun parece, y bailan que es un primor; y tan virtuosas y trabajadoras las pobrecitas (dice la mamá) que todo esto que V. ve lo adquieren con su trabajo, y nada nos falta, bendito Dios.—Eí, señora premia la laboriosidad y proteja la inocencia.... mas sin embargo, siento decirles que el cuarto no puede ser para VV.—

Estando en esto vuelve el criado á decir; que el amigo que queria el cuarto ya no le quiere porque á los Señores para quien era no les ha gustado; que la otra Señora que se convenia á todo, tampoco, porque despues ha reparado que no cabe el piano en el gabinete; que el militar ha quitado los papeles y dice que el cuarto es suyo, quiera ó no quiera el casero; que el llamo agente de negocios al tiempo que lo vió se llevó de paso ocho vidrios de una ventana, cuatro llaves, y los yerros de la hornilla; que dos manolas que lo habian visto habian pintado con carbon un figuron harto obsceno en el gabinete; que unos machachos habian roto las persianas y atascado el comun, y por último (y era el golpe fatal para nuestro casero) que una amiga á quien nada podia negar queria el cuarto; pero con la condicion de pintarlo todo, y abrir puertas en los tabiques y poner tabiques en las puertas, y ensolarlo de azul y blanco, y blanquear la escalera, y poner chimenea en el gabinete.... en punto á fiadores daba solo sus bellos ojos, harto abonados y conocidos de nuestro Quasimodo; y en cuanto al precio, solo quedaba sobreentendida una condicion, á saber; que fuera este el que quisiera, el casero no se lo habia de pedir; pero ella tampoco se lo habia de pagar.

Así concluyó este alquiler sin mas ultteriores resultados que una escena de celosia entre el casero y su esposa; una multa de diez ducados por no haber dado el

padron al alcalde á su debido tiempo; y un blanco de algunas páginas en su libro de caja; por aquella parte que se referia á la habitacion arriba dicha.

NOTA. Ruego al Sr. Editor del *Diario de Madrid*, que tambien lo es del *Semanario pintoresco*, que se sirva impedir que los artículos de costumbres que yo escribo en este periodico, se vuelvan á publicar despues por aquel como ha sucedido últimamente; pues que estos juguetes de fantasia ni son *avisos oficiales*, ni *Agenda*, ni *Anuncios*, únicos objetos que comprende el *Diario actual*.

El curioso parlante.

EL CONDOR.

La propension del hombre á lo maravilloso, y la ridícula manía de exajerarlo todo, han sido la causa de que cuando un viajero ha ponderado cualquier objeto de curiosidad, que la casualidad ó la ventura le han deparado, otros por evitar los inconvenientes anejos á un proceder semejante, hayan tocado el extremo opuesto, describiendo el mismo objeto como comun ó indiferente, con desdoro propio y en conocido daño de la ilustracion en uno y otro caso. De aquí el que el género humano haya estado por tantos siglos en la infancia del saber; de aquí el progreso lento de las ciencias naturales que tanto influyen en la felicidad del hombre.

La comparacion de las varias descripciones que nos han hecho del *condor*, llamado por los naturalistas *vultur gryphus*, los primeros españoles que visitaron el nuevo mundo, con la que nos ha hecho despues el célebre Humboldt, nos ofrece una prueba lastimosa de la verdad de nuestras aserciones. Aquellos, consultando acaso el gusto de los tiempos en que vivieron, recargaron la pintura del *condor*; de cuya ave, que es indudablemente de la familia de mayor tamaño de la tribu alada, nos dijeron que tenia diez y ocho pies de una á otra estremidad de las alas estendidas, y que era tan grande su fuerza que podia apresar una ternera y suspenderla en el aire; mientras que el célebre viajero prusiano nos asegura que los *condores* que él alcanzó á ver en los Andes, no son mayores que los buitres de Europa. ¿A qué causa, pues, atribuir esta discordancia?—No puede ser otra que la preocupacion y la desestimacion de las verdaderas circunstancias.—

Observando los primeros viajeros la facilidad y el desahogo con que el *condor* hacia presa y levantaba en el aire á una oveja marina, que, comparativamente hablando, es un animal pequeño, calcularon que podria hacer lo propio con una ternera del Perú, que son algo mas pequeñas que las nuestras; y sin reflexionar que en materia de hecho no debe partirse tan de ligero, establecieron como verdad lo que era solo conjetura: primer error en cuanto á las fuerzas del ave. Antojóseles á los viajeros modernos que una ternera era lo mismo que un toro guadianés, y sin mas exámen, aseguran que las fuerzas del *condor* habian sido torpemente exageradas por sus predecesores; y he aquí el segundo error. Ocurre que otro viajero logra coger por casualidad un *condor* pequeño, ó que no habia llegado á su natural tamaño, y sin tomar en cuenta esta circunstancia, ni la gran diferencia que se nota muy frecuentemente en la magnitud de los animales ó aves de una misma especie, le toma por tipo de ella, y concluye que el *condor* no es mayor que un buitre de Europa, cometiendo un nuevo error respecto del tamaño de este animal.

Pero la verdad que es una siempre y siempre resplandece como la luz en las tinieblas, nos enseña que todos se equivocaron. Sabido es ya de todos, ó al menos de aquellos que han querido saberlo, que el *condor* es el habitante mas grande de la region del aire; que tiene de trece á diez y seis pies castellanos desde una á otra estremidad de las alas; de tres cuartas á una vara de alto; que el cañon de sus *remeras* (1), tiene media pul-

(1) Llámase así las plumas grandes con que se terminan las alas.

gada de grueso; que apresa cómodamente á una oveja, y aun quizá á una ternera de pocos dias, y que no vuela con su presa, sino que levantándola de diez á quince varas del suelo la deja caer, repitiendo esta operacion hasta que muere el animal, y entonces le devora á su placer hasta saciarse. Esta es la pintura mas fiel y exacta del *condor*, segun observaciones hechas en la parte meridional de los Andes.

Sus propiedades son tambien extraordinarias y guardan proporcion con su magnitud. Las cumbres mas elevadas en que no hay vegetacion de ninguna especie, ó una atmósfera tan rarificada que ningun otro animal puede vivir en ella, son su habitacion favorita; y se remonta cuando quiere millares de pies sobre las cimas nevadas de los Andes. Su vista es penetrante, y tan sumamente fino su olfato, que por él descubre á una prodigiosa distancia el sitio en que hay una res muerta, ó cualquier otro animal que pueda servirle de alimento. Se ignora si hace nido, porque jamás se ha visto donde pone sus huevos, ni ha sido posible descubrir el proceso de su incubacion, por estar fuera del alcance del hombre. Pero no cabe la mas mínima duda en que el *condor* es ave indigena de los Andes, aunque estacionalmente hace sus expediciones hasta el istmo de Panamá, por la parte del Norte, y por el Sur hasta Jujui y aun hasta las campiñas de Santiago del Estero. G.

LA POBREZA NO ES UN MAL NATURAL.

Hay cierta especie de males que afectan á la sociedad, y contribuyen á hacernos desgraciados: la pobreza escuálida y destituida, los vicios lamentables y repugnantes, el crimen horroroso, y la guerra civil. Todas estas cosas suele decirse, son inevitables, tienen su origen en la naturaleza del hombre y en las leyes que le obligan á vivir en sociedad con los demas de su especie. Los que asi piensan reflexionan ciertamente muy poco. Este mundo es naturalmente hermoso; pero lo que Dios ha querido fuese un paraíso para la especie humana, lo convertimos nosotros con frecuencia en desierto por nuestros vicios y crímenes. La naturaleza y la revelacion demuestran que el Criador quiso fuésemos felices, pero la ignorancia, la estupidez, los delitos y otros criminales escesos han destruido nuestra ventura y degradado nuestro ser inmortal. No se ha probado hasta ahora que deba necesariamente existir la pobreza que es el origen de muchos males. Un ejemplo notable de la ausencia de ella en una clase numerosa de la sociedad se presenta en los *Quákaros* ó comunidad de los amigos establecida en Inglaterra. Con algunas peculiaridades de poquísima importancia en el lenguaje y vestido, este numeroso cuerpo de individuos obra bajo el principio uniforme de sofocar las pasiones. Combaten los impulsos innobles de la naturaleza, y en esto puede decirse estriba el cimiento de la verdadera moral. Asi es que los *Quákaros* practican habitualmente lo que las demas clases miran solo como teorías. La consecuencia de este dominio sobre los propios pensamientos y acciones es, que á pesar de haber muchos miles de *Quákaros* en Inglaterra y muchos mas en los Estados unidos de América, ni en un país ni el otro se ve jamás á un *Quákaro* mendigando por las calles, ni borracho, ni á ninguno de estos individuos citado ante un tribunal del crimen! Sin embargo, así como las demas personas que se ocupan en los asuntos comunes de la vida, los *Quákaros* son comerciantes, mecánicos, artífices, marinos, y en una palabra ejercen toda clase de artes y oficios: están suje-

tos á las mismas tentaciones y perversidad que nosotros, y no obstante por medio del ejercicio de un grado singular de prudencia las evitan todas. He aqui pues una clara demostracion de que aun sin el auxilio del poder civil y solo por la influencia de la fuerza moral hay una clase de hombres, en medio de la sociedad misma, que evitan la pobreza y están en general exentos de vicios y crímenes.

TEATROS.

Fr. Luis de Leon, ó el siglo y el claustro.

D. José Castro de Orozco, jóven poeta granadino, ha dado el primer paso en la difícil y espinosa carrera dramática con esta composicion que ha sido juzgada con bastante variedad. Si la crítica ha de tener en cuenta esta circunstancia de juventud é inesperienza ó falta de práctica, lo cual es tratar del autor y no de la obra, el Sr. de Castro merece elogios no pequeños, por haber llenado cuatro actos de versos, que en lo general, merecen el título de buenos, y deteniéndose á examinar particularmente algunos, nadie titubeará en llamarlos escelentes. Si se considera el drama aisladamente sin atender á que sea ó no el primero de un poeta novel, pueden encontrarse defectos esenciales. Es el primero á nuestro parecer el título de la pieza ó el nombre del protagonista. Que un caballero jóven, galan, discreto, consumado poeta, de alma noble, sensible, ardiente, arrebatada, se enamore de una señorita, y sepa que es amado precisamente cuando su orgulloso padre la destina á otro esposo; que el descubrirse sus amores, sea causa de sacar la espada el enamorado, herir al viejo, causar disensiones en la familia, y dar lugar á la muerte del futuro suegro; que arrepentido huya el galán á Salamanca y allí tome el hábito religioso en los momentos en que cambiando las circunstancias, la suerte hasta entonces enemiga les allanaba el camino para el logro de sus amorosos deseos; todo esto puede fingirse, y hacerse interesante: pero ¿por qué se ha de llamar el héroe D. Luis Ponce de Leon en el siglo, y Fr. Luis de Leon en el claustro? ¿Tiene tan amplias facultades un autor dramático que le sea lícito dar á un personage histórico una vida fabulosa? ¿No es de temer que esta ilimitada licencia imbuja al público en errores perjudiciales?

Nada diremos tampoco, por no parecer severos en demasía, de otros defectos del drama, pero, si añadiremos que la accion nos parece lánguida, y muy forzada ó poco verosímiles los motivos que obligan á D. Luis á transformarse en Fr. Luis, y los obstáculos que impiden á Doña Elvira evitar la profesion de su amante.

Hay tambien un alguacil con su ronda, una beata, y unos estudiantes verdadero postizo que para nada conduce al tejido de la composicion. Mucha escena de frailes y de órgano á lo lejos: lo primero hace mal efecto, lo segundo no lo hace ya.

Notamos con gusto que en la impresion se ha dado á la pieza el nombre de *melodrama*, con que este género se empezó á conocer en España, siendo el de *drama* aplicable á cualquiera composicion destinada á ser representada.



EL CARDENAL CISNEROS.

La cruz del Gólgota acababa de elevarse sobre las torres de Granada y entusiasmado á su vista el ejército cristiano saludaba postrado en tierra, con lágrimas de gozo, al Dios de las victorias, mientras que el destronado Abul-Abdalí, vueltos los ojos desde una altura por la postrera vez hacia la perdida joya del Andalucía, lanzaba de lo hondo del pecho un aye lastimero que ha eternizado á aquel parage el nombre de *Suspiro del moro*.

Ya desde la cristiana Santa-Fé, erigida á la vista y en terrible amenaza de Granada la musulmana, traian concertados Fernando é Isabel los medios de gobernar el recién conquistado país, y resueltos á erigir la ciudad en cabeza de un nuevo arzobispado, colocaron en la silla de él al obispo de Avila D. Fr. Hernando de Talavera. Quedó por consecuencia vacante el cargo encomendado á este de confesor de la reina, difícil y espinoso por haber de dirigir á tan gran mujer en negocios tan arduos y circunstancias como las de su reinado; y consultado sobre este punto el cardenal Mendoza arzobispo de Toledo, desde luego designó como el hombre mas á propósito, á un religioso franciscano que habiendo pasado del convento de San Juan de los reyes de Toledo al del Castañar por mas escondido retiro, estaba muy lejos de esperar que sus ardientes deseos de alejarse del mundo y dedicarse á la vida contemplativa, le habian de poner en el camino de la elevacion á que llegó despues. Era este Fr. FRANCISCO JIMENEZ DE CISNEROS, de cuya

vida privada anterior á la citada época diremos brevemente alguna cosa.

Torrelaguna fue su patria; Gonzalo su nombre, que trocó despues entrandó en religion; Alcalá y Salamanca donde hizo sus estudios, saliendo gran teólogo y consumado jurista, tanto que para aliviar su pobreza, tenia en su casa cátedra privada del derecho. Deseoso mas adelante de sacar mayor provecho de sus conocimientos, fue á Roma, de donde pronto le hizo regresar la noticia del fallecimiento de su padre. Venia favorecido con bulas de su santidad conocidas por el nombre de *espectatitias*, por las cuales se le conferia el beneficio primero que vacase en su tierra, y siéndolo el arciprestazgo de Uceda, de hecho tomó posesion. Era á la sazón arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, prelado de genio impetuoso, y ofendido de que se le quitase la provision del beneficio, que destinaba á un familiar suyo, redujo á Cisneros á rigorosa prision precisamente en la misma torre de Uceda, donde es fama que cuando despues el perseguido vino á ocupar la silla del perseguidor, guardaba el dinero que iba allegando para la conquista de Oran. La firmeza de carácter, prenda especial de Jimenez, brilló en esta persecucion injusta que le halló siempre inflexible y sostenido en su derecho; pero puesto al fin en libertad, trató, por evitar nuevas disensiones, desventajosa permuta, con el capellan mayor de la iglesia de Sigüenza. La fundacion de una universidad, que hizo en

esta ciudad el arcediano de Almazan Juan Lopez de Medina, se debe á los ilustrados consejos de su amigo el capellan Jimenez de Cisneros. Ocupó después la silla de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza, de quien ya hicimos mencion, y conociendo la integridad, virtud y sabiduría de su deudo Jimenez, le elevó á vicario general del obispado, de donde se arrancó á las instancias de su prelado y sus amigos para ir á tomar el hábito en Toledo.

Tal era el hombre que la grande Isabel habia hecho su director y consejero, no solo en lo espiritual, sino tambien en lo tocante al gobierno de los reinos, certificándose mas cada dia de su prudencia consumada, sagaz penetracion, carácter firme y profundísimos conocimientos. Así sucedió que nombrado provincial de su orden, no fue parte el nuevo empleo, ni las muchas obligaciones por él contraídas, para que la reina permitiese á Cisneros alejarse de su lado, mas que el tiempo puramente necesario para una visita general de su provincia, que emprendió viajando á pie, y manteniéndose de la limosna que en los pueblos del tránsito recogia. No permite un bosquejo en miniatura, como el que este artículo contiene, extenderse á las particularidades de la gran reforma que en aquella época de relajacion y desorden llevó á cabo el nuevo provincial, con su constancia, firmeza y zelo infatigable, sin desatender por eso el cuidado de satisfacer á las repetidas llamadas y consultas de su protectora; forzoso será contentarnos con llamar la atencion del lector hácia la grande importancia que en todos y mas en aquellos tiempos debe darse en lo moral y en lo político á la reformation del estado eclesiástico en general, que aquí ensayó Cisneros con sus frailes y dentro de su provincia, para extenderla y cimentarla mas adelante á pesar de cuantos obstáculos le opusieron la envidia, la emulacion, y el interés privado.

A este tiempo el cardenal Mendoza fue acometido de la postrera enfermedad, y viendo su fin cercano, creyó de su deber recomendar á los Reyes católicos, que acudieron á su cabecera, mirasen escrupulosamente el hombre que ponian en la silla de Toledo, indicando al mismo tiempo como el mas digno de ocuparla á Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. No estaba D. Fernando muy inclinado á esta eleccion porque ya de antemano la tenia hecha en D. Alonso su hijo, arzobispo de Zaragoza, pero la reina, á quien por serlo de Castilla competia la decision, después de fluctuar largo tiempo, y de algunos debates con su esposo, se vino á resolver en seguir la insinuacion del cardenal difunto, como en efecto lo hizo, pidiendo para Cisneros las bulas de la santa sede. Ni la vista de ellas, que inopinadamente le fueron presentadas por la misma reina, ni las instancias de esta y de varios señores de la corte, bastaron al principio á obligarle á aceptar el nuevo cargo, cuyos deberes y altas funciones le estremecian, como á quien tan estrictamente habia de procurar llenarlos; pero rendida al fin su repugnancia, mudó de aspecto, y se propuso desplegar las gigantescas fuerzas de su espíritu en el desempeño de su elevada dignidad.

La reforma eclesiástica que ya dejamos indicada, fue uno de sus primeros cuidados, y esta sola empresa bien considerada sus circunstancias bastaría para eternizar su fama. La reina protegió decididamente al arzobispo contra los enemigos de esta reforma, entre los cuales destacaba el general de S. Francisco. Pero donde mas señaladamente se distinguió por su valor y prudencia fue en la conducta que observó en Granada con los moros recién subyugados; convertíalos y bautizábalos á millares, puesto que no por eso pudo evitar que aquella gente inquieta y mal contenta se mostrase en rebelion abierta, poniendo

en gravísimo peligro la ciudad y aun toda la comarca, como tambien la vida de Cisneros. Cuando llegaron las nuevas de estas turbaciones á los reyes, anticipándose por una casualidad al aviso que con toda diligencia les envió el arzobispo, no perdió Fernando la ocasion de dar en rostro á la reina con la desgracia de su protegido, á cuyo mal manejo artibuyeron sus émulos aquellos desagradables sucesos. El tiempo acreditó cuan ligeramente se habia decidido el juicio sobre el comportamiento del prelado. La muerte de su protectora que señaló tristemente el año de 1503 le aproximó, por decirlo así, mas y mas á la direccion de los negocios en que Fernando, reconocido por regente en las cortes de Toro, no pudo menos de darle grande influencia. Por consejo suyo se destinaron las tropas desmembradas del ejército que mandaba el gran capitán á la conquista del puerto y ciudad de Mazalquivir, verificada felizmente; por consejo suyo se hicieron otras cosas de importancia, y sobre todo se manejaron los asuntos con el archiduque Don Felipe siempre desconfiado y de mala inteligencia con su suegro. Sabida esa aun de los que menos conocen nuestra historia la célebre entrevista de Fernando con su yerno, en la casa de labor llamada *Remesal*: el archiduque dió allí una prueba señalada de su mala fé, viniendo acompañado de seis mil hombres de guerra y de sus mismos cortesanos con armaduras ocultas bajo las mas ostentosas galas. Contrastaba con tan ridículo aparato, la sencillez del rey católico, quien sin embargo supo imponer respeto con su natural magestad, en medio de un recibimiento jovial y afectuoso, y oponer al numeroso y marcial acompañamiento de Felipe la gran valía de los pocos adictos que le acompañaban, entre los cuales brillaba y sobresalia como siempre el arzobispo de Toledo. La veneracion que este inspiraba, y su gran superioridad se vió bien á las claras de allí á poco mas de dos meses. Felipe murió, y componiéndose instantáneamente una regencia de siete señores, fue puesto á la cabeza el arzobispo. La incapacidad de Doña Juana acrecentada por la pérdida de su esposo dió lugar á que se formasen dos partidos, alegando uno los derechos del emperador Maximiliano, y sosteniendo otros que las riendas del gobierno debian volverse á manos del rey católico, entonces de camino para Nápoles. Jimenez de Cisneros hizo inclinar la balanza hacia este lado y conservó la regencia para entregarla á Fernando, quien volviendo á España, recompensó sus grandes servicios con el capelo y la dignidad de inquisidor general vacante por muerte del arzobispo de Sevilla. Entonces fue por los años de 1509 cuando pensó Cisneros en poner por obra la conquista de Oran tanto tiempo antes meditada, y reuniendo un poderoso ejército de que hizo vistoso alarde en la vega de Toledo, se puso á la cabeza, y no le abandonó hasta sujetar á España aquella importante plaza; siendo lo mas notable que todos los gastos de conquista tan interesante los hizo sin gravamen del estado y con sus propios recursos. A su vuelta fue cuando fundó la universidad de Alcalá de Henares.

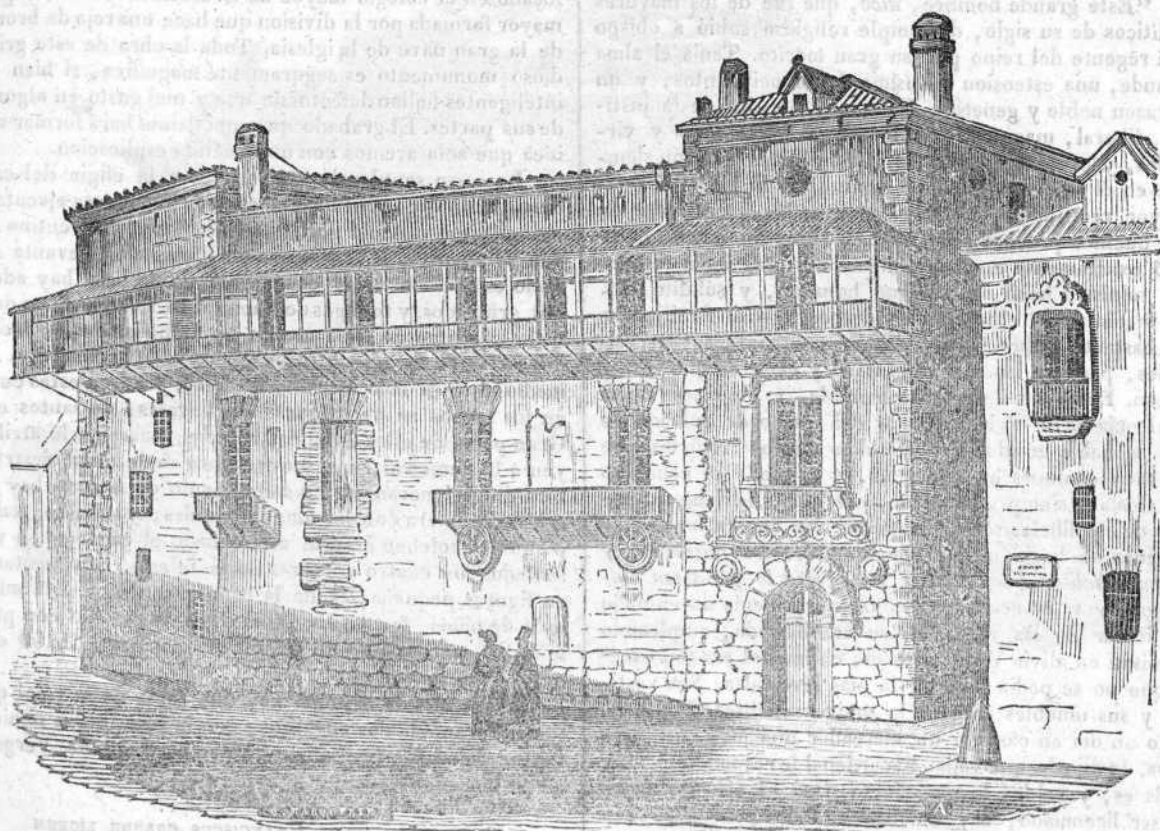
En 23 de enero de 1516 murió en Madrigalejo el rey católico, y aunque este último aprieto de su hidropesía vino deprimida, todavia tuvo tiempo de revocar su testamento, cediendo á justas representaciones, y nombrar para la regencia de Castilla al cardenal; dando la de Aragon á su hijo natural el arzobispo de Zaragoza. Doña Juana fue declarada para heredera de todos los estados, y por su muerte el príncipe Don Carlos.

Grandes dificultades aguardaban á Cisneros en esta segunda época de su gobernacion, pero sus grandes talentos y energía supieron vencerlas todas. Empezó por avenirse con el dean de Lobaina Adriano de Utrech que alegaba poderes de D. Carlos para gobernar; y en seguida se de-

dicó á contrarrestar las desmedidas pretensiones de los grandes, celosos de su poder. Trasladada á Madrid la regencia, fue confirmada por el príncipe, el cual encargaba al mismo tiempo que se le proclamase rey en todo el reino; si bien para terminar los debates que sobre este punto se suscitaron en junta de los grandes y el consejo real, se acordó dar al príncipe el título de rey, y poner en todas las órdenes, edictos y actos públicos el nombre de la reina su madre antes que el suyo.

El haber reincorporado el regente á la corona algunas propiedades de los señores, medida tal vez no muy justa ni política, hizo estallar el encono de la grandeza. Resueltos á resistir su dominación hasta con la fuerza, empezaron sin embargo por exigirle la presentación de sus poderes. Había previsto el sagaz Cisneros este extremo, y organizado poco antes un cuerpo de ejército de hasta treinta mil hombres que se engancharon prontamente al cebo de ciertos privilegios y ventajas; de estos mandó que estu-

viesen numerosos batallones con artillería á la vista de su palacio cuando la ocurrencia que vamos refiriendo, y como los grandes no se mostrasen satisfechos con la respuesta de que la autoridad del regente emanaba del testamento de Fernando, confirmado por Carlos su nieto, viendo que la conversacion se acaloraba, el astuto cardenal los condujo insensiblemente hasta un balcon, y llamándoles la atención hacía las tropas: «Ved allí, les dijo, los poderes con que me ha revestido el rey Católico» y luego añadió en tono enérgico y resuelto: «Con ellos gobierno la Castilla y la gobernaré hasta que vuestro amo y el mio vengan á tomar posesion de sus reinos.» Este rasgo de sagacidad y firmeza no indigno de un Napoleon, parece indudable segun la uniformidad con que varios historiadores le refieren, y probablemente acontecería en la casa que fue palacio del cardenal, situada en la calle del Sacramento de Madrid, cuya fachada en su actual estado se representa en la lámina.



Enfrenados así los grandes, Jimenez volvió su atención á Navarra que el destronado rey Juan de Albret quería recuperar. El pretendiente no pudo oponerse á las tropas que se enviaron contra él, y el cardenal hizo demoler todas las villas y ciudades de aquel reino, reforzando por el contrario las fortificaciones de Pamplona. Tras de estas ventajas le aguardaba la desastrosa nueva de que Diego de Vera, á quien había enviado contra Hornuc Barbarroja rey de Argel, había sido completa y vergonzosamente derrotado, pero á todo se sobrepuso el ánimo de Cisneros que parecía adquirir mas vigor con los contratiempos y reveses.

No era uno de los menores obstáculos para la felicidad del reino la escandalosa conducta de los flamencos de que se hallaba infestada España. Como adquirian á

precio de oro los principales empleos de que hacía villano comercio la sórdida avaricia de Chevres, primer ministro y favorito del joven monarca, luego se desquitaban ejerciendo contra los pueblos su tiranía y rapacidad; pero no arredró la soberana protección á la lealtad de Cisneros para representar al rey con noble osadía y vigor impropio de su ancianidad, instándole á que acelerase con su venida la terminación de estos desórdenes. Cedió Carlos á sus instancias, y de allí á poco se embarcó en Middlebourg para España arribando felizmente al puerto de Villaviciosa en Asturias. A pesar de hallarse achacoso y sentirse en aquellos dias muy enfermo, acudió el regente á su encuentro, mas le atajaron los progresos del mal, postrándole en cama al llegar á Roa. Conociendo que ya no se levantaría, y viendo acercarse la muerte con ánimo

sereno, hizo un esfuerzo para dominar su dolencia, dictando y firmando una carta para el rey en que le daba discretos documentos y consejos sobre como se habia de haber en el gobierno de estos reinos. Con esto puso fin á sus tareas temporales, apartándose desde aquel momento de las cosas terrenas, y volviendo su consideracion hácia la eternidad, á donde de allí á pocos dias voló su espíritu, el 8 de noviembre de 1517, siendo de mas de 80 años.

Este es el diminuto bosquejo que del hombre grande á quien dedicamos estas líneas, nos ha parecido hacer, pasando por la amargura necesaria de haber de callar aun mucho mas de lo que decimos por no alargar mas de lo justo esta biografía. Varios son los escritores que se han dedicado á trazar la historia de su vida pública y privada, y á ellos remitimos á nuestros lectores, terminando este artículo con el elogio que de tan célebre personage hace un historiador moderno.

“Este grande hombre, dice, que fue de los mayores políticos de su siglo, de simple religioso subió á obispo y á regente del reino por su gran mérito. Tenia el alma grande, una estension vastísima de conocimientos, y un corazon noble y generoso. Fue muy amante de la justicia, liberal, magnífico, protector de los talentos y virtudes, y promovió las letras. Los infelices hallaron siempre en él su consuelo; hizo administrar la justicia con la mayor rectitud; y atento siempre á las necesidades de los pueblos procuró aliviarlas. En todos los estados cumplió exactamente con sus obligaciones: fue buen religioso, ministro hábil, ciudadano honrado, y súbdito fiel. En medio de su elevacion no despreció á su familia que era bastante pobre, y les dió socorros para sus necesidades, pero no los sacó del estado y clase en que se hallaban. Fue verdaderamente humilde, y en medio de su opulencia no se olvidaba jamás del estado de pobreza en que se habia criado. Era enemigo de los artificios que son muy comunes en las cortes, y en toda su conducta manifestaba siempre la mayor sinceridad. Adriano se quejaba de los libelos satíricos que corrían contra los dos, y Jimenez no hacia caso diciéndolo. Obremos nosotros, y dejemos hablar á los demas; si es falso lo que dicen ridímonos; y si es verdad corrijámonos. Tenia un cuidado particular de las rentas de su arzobispado, empleando la mitad en alivio de los pobres, en lo cual era tan exacto que no se podia cometer la mas leve falta. Sus vestidos y sus muebles eran de la mayor sencillez. Habiendo visto un dia en casa de un mercader una joya muy preciosa, le dijo lo que valia. El cardenal le respondió: “muy bella es, y valdrá lo que dices; pero el ejército acaba de ser licenciado, hay muchos soldados pobres, y con lo que vale esta joya puedo enviar doscientos á su casa dándole á cada uno una pieza de oro.” La otra mitad de su renta la gastó en las diferentes fundaciones que hizo, y todas ellas son una prueba de la grandeza de su alma. La universidad de Alcalá la acabó en ocho años, fundó y dotó cuarenta y seis cátedras de profesores, y cuando murió la dejó catorce mil ducados de renta. Los edificios que hizo construir todos tienen magnificencia y solidez, y le costaron sumas inmensas. Se le insinuó cuando estaba para morir que dejase la direccion de la universidad á los religiosos de su orden, y respondió. *Yo he hecho todo esto con las rentas del arzobispado, y no quiera Dios que prive á mis sucesores de sus derechos ó de su recompensa.* Compuso varios tratados de teología, la historia del rey Wamba, y notas sobre algunos lugares difíciles de la Escritura. Reunió una infinidad de sábios para trabajar en la Biblia Poliglota (que ha servido de modelo á todas las demas), haciendo traer á gran costa los manuscritos mas raros y mas antiguos que reco-

gió para esta grande obra. Se imprimió en Alcalá por su direccion, y trabajó como los demas literatos para que saliese correcta. Hizo tambien imprimir la liturgia Mozárabe, y puso doce canónigos y una dignidad en la capilla de Toledo para que celebrasen conforme á este oficio, y se conservase en aquella iglesia este resto de la disciplina antigua. A su costa mandó imprimir en Venecia las obras del Tostado. En fin dejó á la posteridad muchas fundaciones que no es necesario referir aquí; de manera que decia con muchísima razon que no se acordaba haber empleado mal en toda su vida un solo escudo de su renta. Felipe IV hizo muchas instancias con Inocencio X y Alejandro VII para su canonizacion, mas hasta ahora no se ha verificado.”

El viagero que pasa por Alcalá de Henares donde tantos monumentos se encierran de la munificencia del cardenal Cisneros, y de la ilustrada proteccion que daba á las ciencias y las artes, no deja de visitar su sepulcro colocado en el colegio mayor de S. Ildefonso, en la capilla mayor formada por la division que hace una reja de bronce de la gran nave de la iglesia. Toda la obra de este grandioso monumento es seguramente magnífica, si bien los inteligentes hallan defectos de arte y mal gusto en algunas de sus partes. El grabado que aqui damos hará formar una idea que aclararemos con una sucinta explicacion.

La cama sepulcral, sus adornos y la efígie del cardenal vestido de pontifical es obra prolijamente ejecutada en bellísimo marmol por Meser Domenico Florentino, y aun se afirma que vino hecha de Florencia. Levanta del suelo esta cama como dos varas; en la basa hay adornos, grutescos, y follages de buen gusto. La urna tiene doce nichos: cuatro en cada una de las fachadas de los lados, dos en la de los pies y otros dos en la de la cabecera. En medio de cada lado hay una medalla, y así en estas como en los nichos se ven figuras de ángeles, de santos etc. Gran parte de ellas estan destrozadas, y aunque lo atribuyen á la humedad, mas parece obra de la mano destructora de la ignorancia. En cada ángulo de la urna hay un grifo ó quimera con las alas estendidas, y encima, en el plano del colchon en que está echado el cardenal se ven sentados los cuatro doctores de la iglesia, representados en figuras pequeñas. Toda la urna al rededor está adornada de niños, festones y otras cosas ejecutadas con prolijidad y atencion. Costó esta obra de marmol 2,100 ducados de oro.

A los pies de la cama hay una tabla de mármol que tienen levantada dos angelitos, con la inscripcion siguiente que dicen fue hecha por el doctor Juan de Vergara en su mocedad:

CONDIDERAM MUSIS FRANCISCUS GRANDE LICEUM
CONDOR IN EXIGUO NUNC EGO SARCOFAGO
PRAETEXTAM JUNXI SACCO GALEAMQUE GALERO
FRATER DUX PRAESUL CARDINEUSQUE PATER
QUIN VIRTUTE MEA JUNCTUM EST DIADEMA CUCULLO
UUM MIHI REGNANTI PARUIT HESTERIA.
OBIIIT ROAE VI. ID. NOVEM.
M. D. XVII.

Que traducida al castellano quiere decir:

“Yo Francisco que hice levantar un magnífico liceo en honor de las musas, soy el que yace en este reducido sarcófago. Vestí la púrpura sobre el sayal, y usé igualmente del casco y del sombrero. Fraile, caudillo, ministro y cardenal llevé á un tiempo sin pretenderlo la diadema y la cogulla cuando España me obedeció como á rey. Murió en Roa á 8 de noviembre de 1517.”

La obra de la reja ó balaustre que hay al rededor del sepulcro es trabajo excelente ejecutado por Nicolás de

Vergara, escultor vecino de Toledo, que despues de su muerte concluyó su hijo del mismo nombre. Las verjas están adornadas de bellísimos follages y mascaronicillos. En los ángulos de la reja hay sobre su cornisa unos pedestalitos y encima jarrones de hermosa forma y estremado primor: en ellos se ven trabajadas algunas cabecitas, cisnes, y otros ornatitos que los enriquecen maravillosamente. En uno de estos pedestalitos se leen los siguientes versos.

*Advena marmoreos mirari desine vultus,
fuctaque mirifica ferrea claustra manu
virtutem mirare viri, quae laude perenni
duplicis et regni culmine digna fuit.*

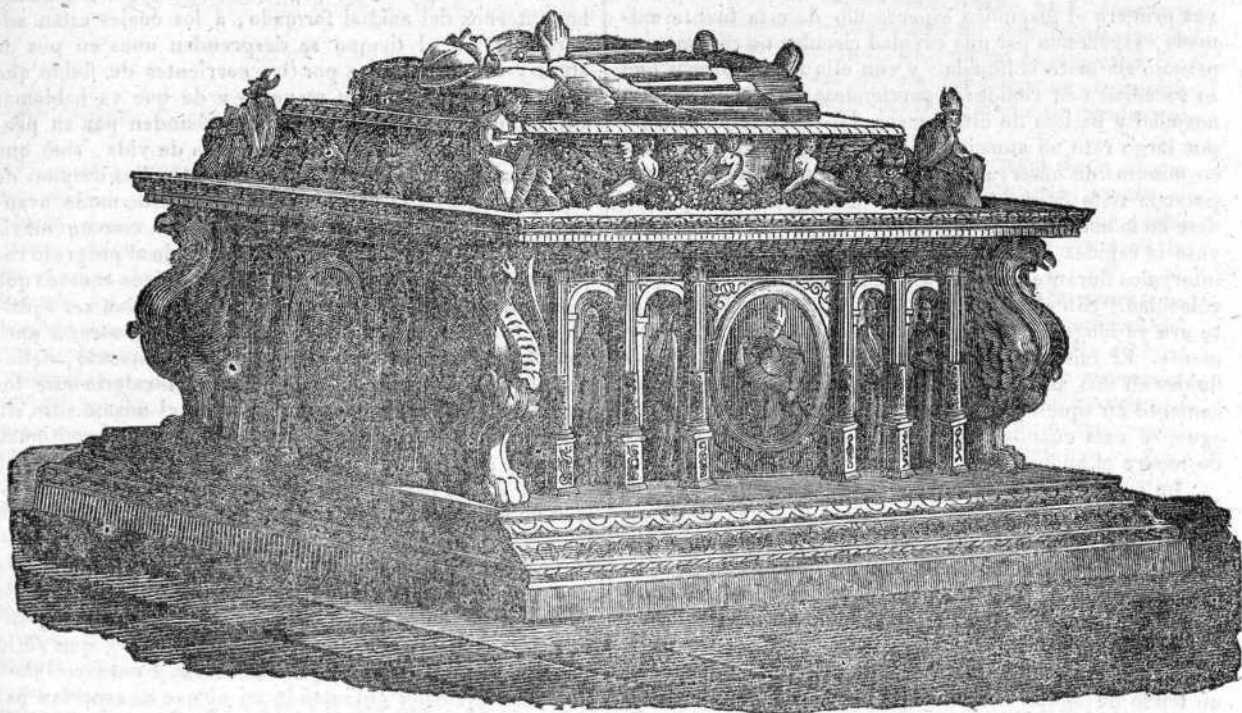
Vertidos al castellano tienen este sentido:

«Cesa caminante de admirar las marmóreas figuras y

la herrada verja por hábiles manos trabajada; guarda la admiracion para contemplar las eminentes prendas de este varon que le hicieron merecedor de eterna alabanza y dos veces le elevaron á la cumbre del poder.»

En la sacristia de la iglesia del colegio hay una medalla ovalada en mármol, poco mas de tercia de alto y algo menos de ancho, y es un bellísimo retrato de perfil del cardenal. Hasta cierto viso de color de carne que el mármol tiene á la parte de la cara le hace parecer mejor.

Muéstranse tambien á los curiosos las llaves de Oran, algunas armaduras antiguas, y una impropriadamente llamada flauta, como recuerdos del gran Cisneros, que mas bien son testigos de la incuria de las modernas generaciones, mudos acusadores de nuestra ignorancia, y del desden con que en España se mira la memoria de los hombres grandes.—S. el E.



HISTORIA NATURAL.

LA ESPONJA.

Esta produccion marina tan conocida, ha estado en uso desde la mas remota antigüedad, y los naturalistas han dudado por mucho tiempo si deberian colocarla en el reino animal ó en el vegetal. En el día se ha convenido casi generalmente en considerarla como perteneciente al primero, aunque en el infimo grado de la escala de seres vivientes; los *zoofitas*. Entre ellos forma la esponja, que se divide en mas de 50 especies, una de las tribus llamadas *poríferas*. Las esponjas que crecen entre los trópicos son las mayores y se observa que disminuyen en tamaño y calidad al paso que se acercan á los polos. Criase la esponja así en los parajes constantemente cubiertos por la mar, como en aquellos que quedan en descubiertos al bajar la marea. Adhiere y se extiende sobre la superficie de las rocas sub-marinas, y tambien sobre

algunos animales con tal firmeza, que no es posible separarla de ellos sin lacerar sus cuerpos; pero donde se hallan con mas abundancia es en las cuevas marinas de cuyo techo penden cual estalactitas vivientes.

En su apariencia exterior son semejantes á algunas clases de plantas, pero difieren de toda produccion vegetal en la organizacion interna. Compónense de una especie de carne blanda intermediada con un tejido de fibras, algunas sólidas, otras tubulares y unido todo por medio de un enlace complicado y curioso á manera de red. La sustancia de que se compone la porcion sólida ó base, es en parte asta, y parte materia calcárea ó silicie; se le ha dado el nombre de eje del zoofita, y sirviendo de apoyo y sostén á las partes blandas del cuerpo del animal, pueden ser consideradas como el esqueleto que da forma y fuerza á toda la estructura.

La materia de que se forma la parte carnosa es tan gelatinosa y tierna, que la menor presion es suficiente á romperla y dejar escapar el fluido que contiene, en cuyo caso se derrite todo y queda reducido á un líquido

aceitoso. Examinando la carne con el microscopio se ve que contiene un número considerable de granos muy diminutos cubiertos de una gelatina transparente. La superficie de una esponja viva presenta dos clases de orificios unos mayores y otros mas pequeños: los primeros son redondos y tienen generalmente un borde de relieve: los segundos son mucho mas numerosos y escesivamente diminutos y constituyen lo que comunmente se llaman los *poros* de la esponja.

Existe en el cuerpo de la esponja cuando viva, una continua circulacion y emision de fluidos, análoga la primera á la de la sangre en el cuerpo humano. El doctor Grant á quien debemos este descubrimiento explica la emision de este fluido del modo siguiente. "Coloque" dice "debajo del microscopio un pedacito de esponja y agua del mar en un cristal de reloj, y al reflejar la luz por el fluido, percibí luego que existia un movimiento intestinal en las partículas opacas que flotaban en el agua. Al mover el cristal á fin de observar una de las aberturas de los costados de la esponja, pude admirar por la vez primera el magnifico espectáculo de esta fuente animada, expeliendo por una cavidad circular un torrente inpetuoso de materia líquida; y con ella masas opacas que se sucedian con rapidez esparciéndose en derredor. La novedad y belleza de esta escena del reino animal ocupó por largo rato mi atencion, pero al cabo de veinte y cinco minutos de observacion no interrumpida, tuve que separar la vista fatigada ya, sin que durante este tiempo mudase en lo mas minimo la direccion del torrente ni disminuyese la rapidez de su curso. Continué en observacion por intervalos durante cinco horas, y siempre manaba con igual velocidad." Sin embargo poco tiempo despues, la corriente era ya lánguida, y pasada una hora mas, cesó enteramente. El mismo doctor Grant observó esta emision de fluidos en una gran variedad de especies. Se verifica únicamente en aquellas partes que se encuentran debajo del agua, y cesa cuando quedan estas á descubierto ó cuando muere el animal.

La organizacion de la esponja es tan regular y determinada como la de cualquier otro animal, y presenta un órden tan sistemático en las partes que lo componen. En algunas especies, como en la esponja comun, la base es callosa y elástica, y se compone de tubos cilíndricos que comunican unos con otros estableciendo así la circulacion por la masa general.

Tienen otros una especie de esqueleto compuesto de un tejido de agujas cristalizadas de carbonato de cal ó cuarzo. Estas fibras duras y agudas rodean á los tubos ó canales interiores de la esponja del modo mas á propósito para evitar la compresion, así como la entrada de cuerpos extraños, pero su forma aunque la misma en cada especie, difiere considerablemente en las distintas clases de esponja.

Aunque esta produccion marina en comun con la mayor parte de los zoofitos, permanece siempre unida á las rocas y otros cuerpos sólidos en el Océano, de modo que su existencia es tan perfectamente estacionaria como la de las plantas, no sucede así en el primer período de su desarrollo. La naturaleza siempre solícita por la multiplicacion de todos los seres y su difusion por el globo, ha proporcionado los medios de efectuar estos objetos importantes. Las semillas de las plantas se esparcen á la inmediacion de la que las produjo, y allí dan vida á otras nuevas, ó se alejan á puntos distantes impelidas por el viento ú otro agente. En el reino animal la progenie de aquellas razas dotadas de actividad y locomocion, se crían en el mismo paraje en que fueron producidas, bien sea por el cuidado de sus padres ó por medio del alimento con que aquellos rodearon al huevo en que se halláran

encerrados, y allí permanecen hasta que adquiriendo fuerzas y con ellas la facultad de transportarse de un punto á otro, pueden ya por sí buscarse el alimento; pero en las tribus de animales de que ahora nos ocupamos se ha invertido este orden; el animal ya formado es el que se halla sujeto en un mismo sitio desde un período temprano de su vida, mientras que su progenie al nacer se halla dotada del poder de locomocion aparentemente con el solo objeto de buscar para sí una habitacion á propósito, ó mas bien un paraje á donde adherirse, mas ó menos distante de aquel en que nació. Hecha la eleccion se fija allí inalterablemente por todo el resto de su existencia.

Aquellas partes de la esponja *panicea* que son naturalmente transparentes contienen en ciertas épocas del año una multitud de globulillos opacos que se distinguen á la simple vista, y que al examinarlos con el microscopio no son sino grupos de ova. Al cabo de pocos meses cada uno de estos huevecillos crece en tamaño adquiriendo una forma ovalada, y se les ve entonces proyectar de los tubos internos del animal formado, á los cuales están adheridos. Con el tiempo se desprenden unos en pos de otros y son arrastrados por las corrientes de fluido que proceden de los orificios mayores y de que ya hablamos antes. Puestos así en libertad no se hunden por su propio peso como sucedería si careciesen de vida, sino que continúan nadando durante tres ó cuatro días despues de su separacion de la esponja madre. De este modo avanzan, al parecer, sin objeto determinado con un movimiento lento y uniforme en nada parecido al progreso rápido y desigual que se observa en los insectos acuáticos que persiguen á su presa. Sin embargo manifiestan ser sensibles á las impresiones esternas, pues al encontrarse unos con otros, ó cuando tropiezan en algun obstáculo, detienen instantáneamente el movimiento vibratorio que los impele, jiran por algunos segundos en el mismo sitio sin avanzar, hasta que renovando las vibraciones continúan otra vez su rumbo.

Dos ó tres días despues, estas nuevas esponjas se fijan en un punto á propósito, y allí progresan en su formacion y estructura hasta que llegan al estado perfecto de consistencia que tienen las de uso comun. De este modo ha concedido la naturaleza una facultad de mocion espontánea á una tribu de seres que pueden considerarse como el embrión de los animales, y que en lo sucesivo son tan notables por su inercia y carencia absoluta de actividad; obteniendo así el que se esparzan por todo el globo. Sin esta sabia prevision la progenie de la esponja al desprenderse de esta, caería al fondo del mar y sería allí sepultada en la arena en vez de transportarse á distancias mas ó menos considerables á merced de las olas y mareas del Océano. Multitud de especies originarias del mar rojo y el océano índico, han sido de este modo gradualmente transportadas por las corrientes, desde las costas de levante á iguales latitudes del nuevo mundo.

Abunda la esponja en el Mediterráneo, particularmente en el Archipiélago donde se crían las mejores que conocemos: puede decirse que los habitantes de aquellas islas subsisten principalmente con la pesca, si así puede llamarse, de esta produccion marina. En las Cíclades, por ejemplo, la pesca de la esponja forma la principal ocupacion de aquellos isleños. La mar es allí siempre muy clara, y los espertos buzos distinguen perfectamente desde la superficie los puntos en el fondo del agua á que está adherida la esponja, mientras que un ojo poco práctico apenas divisa objeto alguno. Van los pescadores en botes, y en cada uno de estos llevan una piedra muy pesada sujeta á una maroma. Coje el buzo esta piedra en la

mano al arrojarle de cabeza por la popa con el objeto de aumentar la velocidad de su descenso economizando el aliento, y tambien hacer mas fácil la subida despues de exhausto, tirando sus compañeros de la cuerda. Pocos buzos pueden permanecer mas de dos minutos debajo del agua, y como el desprender la esponja es un procedimiento largo, se hace preciso á veces el descenso sucesivo de tres ó cuatro de ellos para conseguir apoderarse de una sola cuando lo merece el tamaño y calidad de la esponja. Ultimamente se ha empezado á hacer uso para este objeto de la campana de los buzos.

La mejor esponja es la mas descolorida y ligera, con poros pequeños y suave al tacto. Antiguamente los médicos la tenian por remedio eficaz para un estenso catálogo de enfermedades. En el dia ha quedado muy reducido el número de estas, aunque la esponja quemada, que es como únicamente se usa, obtiene aun un lugar en la materia médica.

EL ACARO Ú ARADOR DE LA SARNA.

Hay en el estudio de la historia natural objetos que despues de haber fijado la atencion por algun tiempo, caen luego en el olvido, no presentando campo sino á muy raras observaciones; sea porque los observadores se han cansado de llevarlas adelante, sea porque hayan desesperado de descubrir cosas nuevas. Esto es lo que ha sucedido con el *acaró* ú arador de la sarna, cuya existencia, acreditada de tres siglos á esta parte por observadores dignos de fé, se ha reconocido y descrito, despues de haberse puesto en duda y negado terminantemente.

Los antiguos conocieron algunos *acaros* ó aradores, llamados asi por su estremada pequeñez, ó porque abren una especie de surcos en las sustancias de que se nutren. Con efecto el mismo Aristóteles dice que se cria en la cera ó en el queso añejo un animal, el mas pequeño de todos que se llama *acaró*; pero no conoció al parecer al animalillo parásito de la especie humana cuya presencia indica la sarna, aunque es muy probable que conociese esta enfermedad.

En un autor árabe del siglo XII es donde se encuentran indicios de este descubrimiento. Una obra intitulada *Taisir Elmedaouar* por un médico árabe llamado Aboumeroand-Abdel Maleck dice lo siguiente: "Hay una cosa conocida con el nombre de *Soab* que sulca el cuerpo en lo exterior y existe en la piel, pues cuando esta se encoje en algun punto sale de allí un animal sumamente pequeño y casi imperceptible é impalpable." A esta descripción sigue un método curativo que se reduce á unciones con aceite de almendras amargas y con un cocimiento de hojas de persicaria.

No obstante esta indicación del médico árabe, progresó poco en Occidente el descubrimiento del *acaró*, y solo en el año de 1557 vemos que Scaligero habló positivamente. "Los paduanos, dice, llaman al *acaró* *pedicelli*, los Turinenses *scirones*, y los gascones *brigant*. Es tan pequeño que apenas puede percibirsele, se aloja bajo la epidermis y escuece con los surcos que hace. Si se le extrae con una aguja y se le pone sobre la uña empieza á moverse poco á poco, y sobre todo si se le expone á los rayos del sol. Si se le rebienta entre las uñas se oye un chasquido, y sale de él una materia acuosa."

El diccionario de la Crusca publicado por primera vez en 1612 da una definición del *acaró* en la palabra *pedicello*, gusanillo que se forma bajo la piel de los sarnosos y que causa una gran picezon.

El haber leído esta definición empenó al doctor Bononio á verificar este dato; descubrió efectivamente al insecto, y fue el primero que dió noticia de su figura.

Es preciso no obstante confesar que lo que se sabia de la historia del *acaró scabiei* se debía á la indagación de los italianos ó alemanes, y los franceses no tuvieron parte en ellas hasta el año de 1812. Mr. Gales, boticario mayor del hospital de San Luis, en que se curan todos los sarnosos de París y sus contornos, se aprovechó de esta proporción para ilustrar y confirmar los hechos admitidos por los pathologistas extranjeros; y sus observaciones y experimentos, consignados en una conclusion inaugural sostenida ante el protomedicato de aquella capital las siguieron muchos médicos y naturalistas que pudieron observar el arador de la sarna. Mr. Gales habia probado ademas por un experimento hecho en sí mismo y reiterado delante de los comisionados nombrados por la junta general de hospitales, que un *acaró* colocado debidamente sobre la piel de un hombre sano determina la erupción de las postillas sóricas, lo que no produce el *acaró* de la barina.

Las figuras del *acaró scabiei*, arador de la sarna, que presentó Mr. Gales fueron miradas como incontestables, hasta que en el año de 1829 Mr. Raspail probó que en vez de representar dichas figuras al *acaró* de la sarna, representaban al del queso.

Desde entonces se reprodujeron las dudas acerca de la existencia del *acaró*, y por una vituperable oposicion recayeron tambien sobre los hechos y experiencias de Mr. Gales, como si debiesen ser una consecuencia necesaria de la inexactitud de sus figuras, y como si la Europa sabia no hubiese ya fallado hacia tiempo sobre esta punto. Aun se estuvo por admitir con Mr. Raspail que el animal parásito de la pústula sarnosa en el hombre no siempre existia en ella, y que solo se encontraba accidentalmente en algunas.

Galeotti y Chiorugi en Florencia, y Bieti, Lugol, Monsonville, Rayn, Asselin, Henri y Pelletier en Francia, despues de tentativas infructuosas declararon que no existia tal insecto. Sin embargo Mr. Bieti estimulado por la autoridad de sabios que le habian visto, exigió nuevos experimentos, al paso que Mr. Lugol desafiaba á todos los entomologistas á que le encontrasen, prometiendo un premio de 1200 rs. á quien se lo enseñara.

La cuestion se hallaba en tales términos, cuando en 1831, Olymi, jardinero de Alfort y dos alumnos de este establecimiento enviaron á Mr. Raspail fragmentos de sarna de caballo que bullian á la vista. Eran insectos vivos que se apresuró á observar con el microscopio y á dibujarlos con exactitud. Superfluo es decir que no tenian dichos insectos la menor semejanza con las figuras de Mr. Gales para un hombre práctico en el estudio de cuerpos microscópicos. Mr. Raspail publicó la descripción de ellos, anunciando que seguramente se hallaría en algun dia el insecto de las pústulas de la sarna.

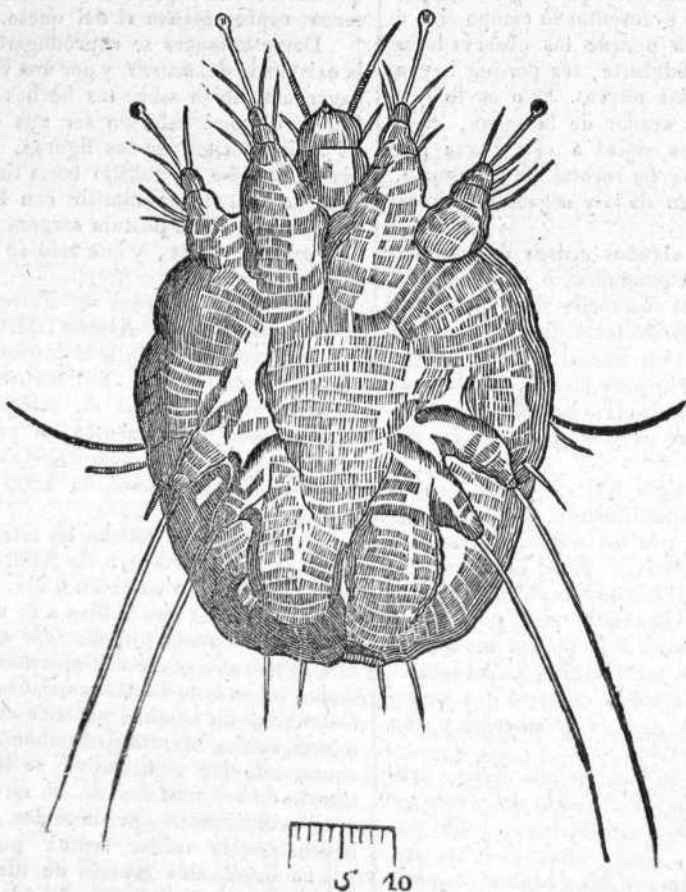
Verificáronse sus predicciones, y no es concebible como hayan podido tardar tanto; pues Casel entre otros nos ha dejado una especie de itinerario del insecto que debería haber servido de guía á los médicos. Dice el autor "que habia observado diferentes veces á este insecto en Asturias engendrarse bajo la epidermis, y que se le da con propiedad el nombre de *arador*, porque ara la piel entre la dérmis y la epidermis; camina al modo de los conejos, y deja tras de sí un largo sulco, perceptible á la simple vista con una luz viva. En este pais hay personas que saben extraerle diestramente con la punta de una aguja, y que le colocan en un cristal liso para verle correr."

Lo que este autor refiere de Asturias se observa en todas las provincias meridionales de Europa.

Mr. Renucci, corso y que habia tenido ocasion de observar alli lo que Casal en Asturias, admirado de que la existencia del *acarus* de la sarna diese margen á una polémica tan animada, se puso á examinar á los sarnosos de la capital, y se conformó en que era aquel insecto tan comun en París como en Córcega. Sus indicaciones son tan positivas que cualquiera puede extraer el acaro, pues á la estremidad del surco de que habla Casal, designa Renucci un punto blanco que es la señal infalible de que existe el acaro. Entonces se prolonga bajo esta manchita la punta de la aguja para levantar la epidermis y sacar al insecto vivo y sin mutilarlo.

El punto de una i puede dar una idea del grueso de este insecto que tiene poco menos de una octava de milimetro de exterior, y el tamaño en que se le presenta en el grabado es de mas de doscientos y cincuenta veces mayor que su diámetro. El acaro es blanco, redondo, realzado: la parte superior de su espalda está cruzada de sulcos y de pequeñas prominencias en figura de berrugas, la parte inferior presenta los referidos sulcos, pero no las prominencias. Entre la insercion de las cuatro patas anteriores se ven tres líneas rojizas que corresponden á la parte honda de ellas, y que observadas en el insecto muerto parecen tendones destinados para mo-

verlas: iguales líneas se notan en las patas posteriores, y del mismo color y destino. Lo restante del cuerpo del acaro es transparente, menos en el centro y hacia la parte anterior, en donde se ve una mancha parda que no se ha figurado en el grabado, y que parece sea el estómago. Esta mancha la hemos examinado uniformemente en mas de doce individuos puestos en el microscopio. La cabeza es corta y de color de hierro roñado asi como las patas. Delante tiene dos antenas cortas y semejantes á los pelos que tiene en otros puntos de su cuerpo; la boca parece vertical como la del arador del queso, y apenas estau indicados los ojos en los lados de la cabeza; las patas delanteras son cuatro muy fuertes y prolongadas por una fibrilla que se dobla al parecer bajo cada pie, terminando la estremidad de ella en un vasillo apilotado, unido á ella por una articulacion. Las patas posteriores no son tan fuertes como las delanteras, y acaban con pelos tan largos á veces como todo el cuerpo del insecto y sin el vasillo en que terminan las primeras. En su estado comun el acaro las arrastra y no le sirven para caminar sino para elevar su parte posterior cuando quiere penetrar en un tejido, facilitándole de este modo el introducir la cabeza y trabajar con las patas anteriores. Hemos visto á diferentes acaros repetir á menudo esta maniobra entre dos laminas de cristal en que los hemos conservado vivos por cuatro dias.



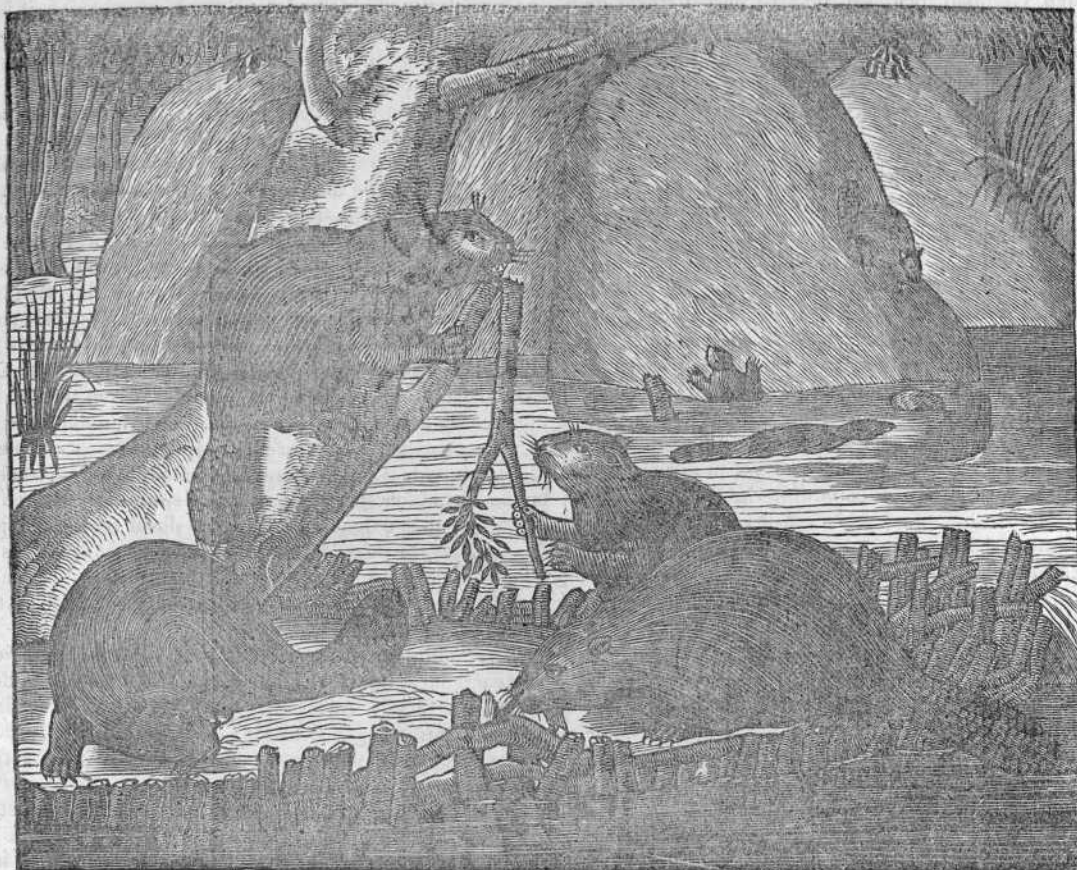
Hay en la organizacion de este insecto la circunstancia notable de que destinado á vivir bajo la epidermis, en la que se abre un camino, presenta caracteres análogos á la del topo. Sus partes delanteras son fuertes y desarrolladas, y las posteriores casi en un estado de embrión. Sería curioso el examinar si la garrapata del caballo, que tiene las patas posteriores provistas de vasillos apilotados como los de las delanteras del acaro, aunque menos fuertes que las patas delanteras, está si-

tuado con mas frecuencia en la vesícula que bajo la epidermis; pues esta diferencia de hábitos estaría en relacion con la organizacion de ambos insectos, y serviría en cierto modo para explicarlos.

ERRATAS.

En el número anterior pág. 264, col. 1., lín. 15, donde dice «tres horas por legua» léase tres leguas por hora.

En el mismo pág. 266, se hallan colocadas con equivocacion ambas laminas, debiendo estar la una en lugar de la otra.



EL CASTOR.

El extraordinario instinto de los castores cuando se hallan en perfecta libertad, ha ofrecido siempre uno de los objetos mas interesantes de la historia natural, pero este instinto admirable desaparece, ó á lo menos se deja de ponerse en accion desde el momento en que se trata de sujetar al castor á la domesticidad. Manso y pacífico, se acostumbra, sí, á la sociedad del hombre, le sigue y agradece sus caricias; pero degenerado en el estado de servidumbre, olvida ó desdeña desplegar las cualidades que tanto le distinguen de los demas animales. Su instinto es mas perfecto, sus obras mas ingeniosas á medida que se aparta de los parajes frecuentados por el hombre civilizado, así que á pesar de encontrarse alguno que otro en España, aun menos en Francia, y en mayor número en el norte de Europa, solo en las regiones septentrionales del nuevo mundo, en las orillas de los grandes lagos y rios del Canadá, en medio de hombres tan salvajes como los animales, es donde se les ve tales como son en sí, y como empiezan á dejar de ser desde que se les persigue cruelmente para apoderarse de sus preciosas pieles. Estos animales interesantes pueden compararse á

aquellos pueblos que han llegado al mas alto grado de civilizacion, y que despedazados por continuas guerras é incursiones de bárbaros vuelven á caer en la ignorancia y rusticidad primitiva.

A pesar de que la sagacidad de los castores es realmente admirable, no han dejado de deslizarse en las descripciones de los naturalistas algunos errores y exageraciones, al pintar sus costumbres y modo de vivir. El mismo Buffon se deja arrastrar por esta tendencia á lo maravilloso, atribuyendo al castor una inteligencia que mas que á instinto se aproxima á los destellos de la humana razon. La pintura que hace de este anfibia está llena de entusiasmo, de gracia y elocuencia, y de buen grado la transmitiríamos á nuestros lectores si no temiésemos darles un poema en vez de un artículo de historia natural fundado sobre datos ciertos.

Estas exageraciones en la descripcion del castor se esplican fácilmente. Es animal muy tímido, vigilante y que constantemente ejecuta sus trabajos por la noche. De aquí la dificultad de que puedan observarlo aquellas personas capaces de describirlo con criterio y exactitud. Las noti

cias que tenemos son principalmente debidas á los peleteros y los indios, hombres crédulos é ignorantes que se engañan á sí mismos y engañan á otros, suponiendo ó conjeturando aquello que no pudieron observar. La descripción mas exacta que hemos visto del castor, es la del Doctor Juan Godman profesor de Historia natural de la institucion de Franklin en Pensilvania, y que se halla en el tomo segundo de su "Historia natural de América." Este relato ofrece ademas bastantes garantías por cuanto situado su autor en la proximidad del pais donde mas abundan los castores, debe haber tenido mas ocasiones de observarlos ó de obtener noticias directas y fidedignas. De él tomaremos pues los datos para este artículo.

La forma del castor es bastante parecida á la del raton; su tamaño algo mayor que el del gato. Un vello finísimo largo y liso cubre todo su cuerpo y se hace mas negro cuanto mayor es la latitud en que vive el animal. Las manos del castor, de las cuales se sirve con igual destreza que la ardilla, son mas cortas que sus pies, así que siempre anda con la cabeza baja y el lomo arqueado. La cola, que es sin duda alguna la parte mas singular de su conformacion, tiene un pie de largo, cinco ó seis pulgadas de ancho y una de espesor; termina en línea circular, y es mas ancha en el extremo que en su nacimiento, lo que le dá la forma de una espátula. Cúbrela una capa bastante gruesa de escamas, y parece mas bien parte del cuerpo de un pescado que de un cuadrúpedo: hasta ha habido quien asegure que la cola del castor participa del olor y gusto de pescado, deduciendo de aquí que este animal forma el eslabon entre los peces y los cuadrúpedos, así como el murciélago lo forma entre los cuadrúpedos y las aves.

Aplican los castores su extraordinario instinto á dos objetos principales: 1.º En proporcionarse una profundidad de agua suficiente para que no se hiele hasta el fondo. 2.º En construir habitaciones para el invierno. Veamos como proceden en estas operaciones.

Reunidos los castores en número considerable, tal vez dos ó tres cientos, á las orillas de un lago ó rio, y en un parage que por su frondosidad y la abundancia de los árboles de cuyas cortezas hacen su principal alimento les parece á propósito para fijar su colonia, empiezan por examinar la profundidad de las aguas y naturaleza de la corriente. Si estas observaciones hidráulicas dan por resultado la probabilidad de que en el invierno lleguen los hielos hasta el fondo, se trata desde luego de aumentar la profundidad, elevando la masa de aguas en el parage en que sucesivamente habrán de establecerse las habitaciones. Para conseguirlo no hay otro medio que construir un dique ó presa. Resuelta la construccion, proceden inmediatamente á cortar las maderas y preparar materiales. La primera operacion es buscar á las orillas mismas del rio un árbol corpulento que sirva de cimiento á la obra, y que por su inclinacion sobre las aguas haya de caer en ellas despues de cortado. Hallado este, y sin mas hachas ni sierras que sus dientes, lo roen en poco tiempo haciéndolo caer hácia el lado que les conviene. Es admirable la fuerza y perseverancia que emplean estos animales en la corta de árboles, y la prontitud con que derriban troncos de un grueso considerable. Hallanse con mucha frecuencia á las orillas de los rios del Canadá arboles de 5 y 6 pulgadas de diámetro cortados por los castores; pero volvamos á observar á nuestros ingenieros hidráulicos: Cayó el árbol, y para transportarlo al paraje donde se ha de hacer uso de él, lo abandonan á la corriente y van á detenerlo donde conviene: para obtener este medio de transporte tuvieron buen cuidado al partir en su busca de caminar hácia la parte mas elevada del rio y no al contrario. Fijo ya el árbol con el auxilio de piedras, tierra

y ramas entrelazadas, continúan la corta de troncos mas pequeños para formar la estacada. Despues que han hecho de ellos una provision suficiente, los van clavando en el fondo apoyados sobre el tronco principal, para lo cual mientras cierto número de castores sostienen la estaca en una posición próximamente vertical, otros bajan al fondo y abren con las manos agujeros donde introducir las. Clavadas así todas las estacas comienzan los colonistas con asombrosa actividad á revestir la fábrica con tierra, piedras, ramas de árboles, musgo etc. que acarrean entre las manos, cabeza y pecho, nadando solo con los pies: por este medio logran dar á todo ello una solidez suficiente á resistir el empuje de las aguas, tanto mas cuanto cuidan de dar al dique la forma mas á propósito para conseguir este objeto haciéndolo mucho mas ancho por la base que por la parte superior. Si la corriente es mansa, construyen el dique en línea recta á través del rio; pero cuando es rápida y por consecuencia mayor el empuje, le dan la forma angular con el vértice opuesto á la corriente. Puede darse un instinto mas admirable! Causa asombro el ver estas construccionen tan considerables, el número de árboles empleados en ellas, la corpulencia de algunos de estos, y la enorme cantidad de tierra y piedras allí acumulada, si se atiende al tamaño del animal que las ha ejecutado. Diques hay que tienen mas de cien pies de largo, diez ó doce en la base y dos ó tres en la parte de arriba. Despues de algun tiempo de construidos adquieren una gran solidez especialmente si, como sucede con frecuencia, echan raíces en el fondo las estacas que los sostienen.

Las habitaciones de los castores son una especie de cabaña generalmente circular ú ovalada, compuesta de los mismos materiales que sirven para la construccion de los diques: estan siempre situadas á la orilla del rio, y por lo comun proyectan dentro de él sosteniéndose en parte sobre un terrapien análogo á la presa de que hemos hablado ya. Tienen estas casas una sola entrada, y esta se halla siempre en el punto mas distante de la orilla y á una profundidad considerable debajo del agua. Lo interior del edificio está dividido en habitaciones cuyo número es proporcionado al de los inquilinos que ha de contener, los cuales rara vez son mas de doce ó catorce. Algunas tienen dos ó tres pisos y en cada uno de ellos ó mas bien en cada habitacion, hay un agujero para admitir la luz y el aire. La cubierta ó techo de la cabaña es de la misma forma próximamente que el de las que aquí usan comunmente los pastores. Distínguense todas las obras del castor por su solidez; las paredes de las casas tienen sobre dos pies de grueso y el techo no menos de 4 ó 5 y á veces hasta 8. Hacia fines del otoño cubren los castores sus habitaciones con barro por la parte exterior, y esta cubierta, endureciéndose con las heladas del invierno, da tal solidez al edificio que es imposible derribarlo sin el auxilio de fuertes piquetas.

Sírvense los castores de la cola para apisonar y unir los materiales cuando construyen, dando un golpe con ella sobre aquellas partes que requieren mayor fortaleza; esto, y la circunstancia de recorrer con frecuencia lo exterior de las casas despues de cubrirlas con barro, ha dado origen á la absurda creencia de que la cola les sirve de llana para estenderlo. El hecho es que la accion de golpear con ella, es muy frecuente en el castor, que conserva esta costumbre aun en la domesticidad. Cuando hay alarma, avisa á sus compañeros dando un fuerte golpe sobre el agua que resuena en toda la colonia: un segundo despues han desaparecido todos, y al movimiento y ruido sucede el silencio mas profundo.

No concurren todos los castores que viven en comu-

nidad á la construcción de las casas, como lo hacen con respecto á los diques que son de utilidad general. Cada familia construye su habitación, acomodándola como se ha dicho al número de sus individuos.

Como los castores no pueden permanecer por mucho tiempo debajo del agua sin venir á respirar á la superficie, para el caso de ser atacadas las habitaciones, y á fin de sustraerse á la persecucion del enemigo, abren cuevas en las orillas del rio cuya entrada está debajo del agua, elevándose en lo interior uno ó dos pies sobre el nivel de ella. Acosados, se refugian allí y permanecen escondidos hasta que pasa el peligro. Sin embargo, esta precaucion tan ingeniosa y mas que suficiente para burlar las tentativas de cualquier otro animal, ha venido á favorecer la codicia del hombre proporcionándole los medios de apoderarse con mayor facilidad del industrioso castor. He aquí de que modo.

La captura de este interesante cuadrúpedo se hace en el invierno por hallarse entonces la piel en su estado perfecto. Reconocido el paraje donde se ha fijado la colonia, la primera operacion es aislar aquel trozo de rio cortándole por ambos lados la retirada por medio de una empalizada, red ó cualquiera otro obstáculo. Los castores sospechando el peligro se retiran á sus cabañas. Entonces los cazadores procuran averiguar donde se hallan situadas las cuevas, lo cual consiguen dando golpes sobre el hielo cerca de la orilla, y observando el ruido que les indica la existencia de estas guaridas: en aquel paraje rompen el hielo dejando una abertura bastante capaz, y sobre cada una de ellas se situa un vigilante. Mientras tanto otros cazadores atacan las habitaciones, dando gritos y fuertes golpes con el objeto de espantar á los castores y hacerles abandonar sus fortalezas. Huyen estos efectivamente, y con asombrosa rapidez se dirigen á sus cuevas donde se creen seguros; mas ay! que al entrar en ellas la agitacion del agua y el oscurecimiento que produce la piel, dá indicios de su entrada al cazador alerta que inmediatamente tapa la boca de la cueva y convierte en prision el asilo de los desdichados!

El castor se alimenta principalmente de cortezas de árboles de las cuales hace copiosa provision para el invierno almacenándolas en un paraje á propósito.

La hembra produce anualmente en la primavera de dos á cinco hijuelos, los cuales como sucede con los de otros animales, son cuando pequeños muy juguetones y graciosos.

Es considerable el número de castores que se cojen en las regiones septentrionales de América, aun en la actualidad, despues que el comercio de peletería ha producido por una larga serie de años la persecucion mas activa y destructora contra estos animales. Ha habido años en que la compañía de la bahía de Hudson, por sí sola ha vendido hasta 60,000 pieles. Sensible es la avidez y poco tino con que se les persigue pues tiene una tendencia directa á la destruccion y total esterminio de la especie, cuando con un poco de cuidado y manejo podria conservarse esta interesante raza sin perjuicio del comercio. En el transcurso de pocos años ha sido estirpado el castor en los estados americanos del atlántico así como los occidentales, hasta cerca del nacimiento del Misuri, y llegará el caso de que desaparezca enteramente de todo el continente.

A. V.

PANORAMA MATRITENSE.

EL ROMANTICISMO Y LOS ROMÁNTICOS.

*«Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de mas
y otros por carta de menos.»*

LOPE DE VEGA.

Si fuera posible reducir á un solo eco las voces todas de la actual generacion europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra *romanticismo* pareceria ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos á las personas, como á las cosas, á las verdades de la ciencia, como á las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definicion exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuantos discursos, cuantas controversias han prodigado los sábios para resolver acertadamente esta cuestion! y en ellos ¡qué contradiccion de opiniones, ¡qué estravagancia singular de sistemas!... “¿Qué cosa es es romanticismo?...”, “(les ha preguntado el público); y los sábios le han contestado cada cual á su manera: unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podia ser sino lo escrupulosamente histórico; cuales han creído ver en él la naturaleza en toda su verdad; cuales la imaginacion en toda su mentira; algunos, han asegurado que solo era propio á describir la edad media; otros le han hallado aplicable tambien á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la religion y con la moral; estos le han echado á reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay por último quien sostiene que su condicion es la de no guardar ninguna.

Dueña en fin la actual generacion de este pretendido descubrimiento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados con el auxilio de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la literatura y las bellas artes que por su carácter vago permiten mas libertad á la fantasía, ha adelantado su aplicacion á los preceptos de la moral, á las verdades de la historia, á la severidad de las ciencias; no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las estravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye á corromperla mas con la inmoralidad de sus escritos; el político que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador que poetiza la historia; el poeta que finge una sociedad fantástica, y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista que pretende pintar á la naturaleza aun mas hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir, y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por estravíos de la razon ó debilidades de la humana especie, el siglo actual mas adelantado y perspicuo las ha calificado de *romanticismo puro*.

“La necesidad se pega” ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por ro-

manticismo sea necedad; sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias, y bajo este aspecto la romanticomanía se pega tambien. Y no solo se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que á medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, esta por el contrario, adquiere en la inoculación tal desarrollo que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridículo; lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene á ser un ramo de locura.

Y he aquí por qué un muchacho que por los años de 1811 vivía en nuestra corte y su calle de San Mateo, y era hijo del general francés *Hugo* y se llamaba *Victor*, encontró el romanticismo donde menos podía esperarse, esto es en el Seminario de nobles; y el picaresco conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderon; y luego regresó á París extrayendo de entre nosotros esta primera materia, y luego la confeccionó á la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invención, abrió su almacén, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venía á redimir la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros; y la manada de imitadores (*imitatorés servum pecus* que dijo Horacio), se esforzaron en sobrepujarle y dejar atrás su exageración; y los poetas transmitieron el nuevo humor á los novelistas, estos á los historiadores, estos á los políticos, estos á todos los demás hombres, estos á todas las mujeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino en fin á España y llegó á Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino á dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado á mis lectores; y tal llegó á sus manos que ni el mismo Victor Hugo le conocía, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante, fue á su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.—Porque (decía él), la fachada de un romántico debe ser gótica, ogiva, piramidal y emblemática.—Para ello comenzó á revolver enadros y libros viejos, y á estudiar los trages del tiempo de las cruzadas, y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba á encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, ó rasguñado al margen por infantil é inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase á formular en su persona aquel trasunto de la edad media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego á ser considerado como la estampa mas romántica de todo Madrid, y á servir de modelo á todos los jóvenes aspirantes á esta nueva, no se si diga ciencia ó arte. Seadicho en verdad, pero si yo hubiese mirado el negocio solo por el lado económico, poco ó nada podía pesarme de ello, porque mi sobrino procediendo á simplificar su traje, llegó á alcanzar tal rigor ascético, que un hermitaño daría mas que hacer á los *Utrillas* y *Rougets*. Por de pronto eliminó el frac, por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella como mas análoga á la sensibilidad de la espresión. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por innexo; luego las cadenas y relojes y los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitarse; y otros mil aditamentos que los que no alcanzamos la perfección romántica, creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó pues reducido todo el atavío de su persona

á un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta, un pañuelo negro descuidadamente anudado en torno de esta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza, dos guedejas de pelo negro y barnizado que formando un doble bucle convexo se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba, y el vigote, formando una continuación de aquella espesura daban con dificultad permiso para blanquear á dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío, una frente triangular y *fatídica*. Tal era la *vera-efigies* de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecía no se que de siniestro y é inanimado, de suerte que no pocas veces cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo á dudar si era él mismo ó solo su traje colgado de una percha; y acontecióme mas de una ocasión el ir á hablarle por la espalda creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho juzgando dársele en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atención se convirtió á romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolución contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazón algo de volcánico y sublime incompatible con la exactitud matemática, ó con las formulas del foro; y despues de largas disertaciones vine á sacar en consecuencia que la carrera que le parecia mas análoga á sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guía derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió día y noche los cementerios y escuelas anatómicas, trabó amistosa relación con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios, y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos), examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo experiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Melendez y Moratines por los Hugos y Dumas, los Balzaes, los Sands y Souliés; rebatió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d' Arlaincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman, y en los ratos en que menos propenso estaba á la melancolía, entreteníase en estudiar la craneoscopia del Doctor Gall, ó las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudición, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética, y concluyó algunos cuentos en verso prosaico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluían en *maldición!* y unos y otros estaban atestados de *figuras de capuz* y de *siniestros bultos*, y de *hombres gigantes*, y de *sonrisa infernal*, y de *almenas altísimas* y de *profundos fosos*, y de *buitres carnívoros*, y de *copas fatales*, y de *ensueños fatídicos*, y de *velos transparentes*, y de *aceradas mallas*, y de *briosos corceles*, y de *flores amarillas*, y de *finestre cruz*. Generalmente todas estas composiciones fugitivas, solían llevar sus títulos

tan incomprensibles y vagos como ellas mismas, v. g. *iii Que será!!! — iii... No....!!! — Mas allá....!! — Puede Ser. — ¿Quando? — ¡Acaso...! — ¡Oremus!*

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos, no se que decir, sino que unas veces me parecía mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecía al oírle cantar el suicidio, ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma, y otras tenía le por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no se á punto fijo que pensaba él sobre todo esto, pero creo que lo mas seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendia lo que queria decir.

Sin embargo, mi sobrino con estos raptos consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudian en aquellos rasgos mas estravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas y las aprendian de memoria, y luego esforzabanse á imitarlas, y solo acertaban á imitar los defectos y de ningún modo las bellezas originales que podian recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de amistad, lisongeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino que era nada menos que atraer hacia sí la atención y el entusiasmo de todo el país. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, he aquí la razón porque reunió todas sus fuerzas intelectuales, llamó á concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos, interpeló á su calenturienta musa, colocándose con ella en la region aérea donde se forman las románticas tormentas, y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia á una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡con que placer hacia yo á mis lectores el mayor de los regalos posibles dándoles *in integrum* esta composicion sublime, práctica esplicacion del sistema romántico, en que segun la medicina homeopática que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta á fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginacion el título y personajes del drama. Helos á quí.

iii ELLA....!!! y...!!! EL....!!!

Drama romántico natural, emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico; original, en diferentes prosas y versos, en 6 actos y catorce cuadros. Por..... (aquí habia una nota que decia: Cuando el público pida el nombre del autor); y seguia mas abajo.

Siglos IV y V. La escena pasa en toda Europa y dura unos cien años.

INTERLOCUTORES.

La mujer, (todas las mujeres, toda la mujer).
El marido, (todos los maridos).
Un hombre salvaje (el amante).
El Dux de Venecia.

El tirano de Siracusa.
El doncel.
La archiduquesa de Austria.
Un espía.
Un favorito.

Un verdugo.
Un boticario.
La cuádruple alianza.
El sereno del barrio.
Coro de monjas Carmelitas.
Coro de PP. Agonizantes.
Un hombre del pueblo.
Un pueblo de hombres.
Un espectro que habla.

Otro idem que agarra.
Un demandadero de la Paz y Caridad.
Un judío.
Cuatro enterradores.
Músicos y danzantes.
Comparsas de tropa, bruja, gitanos, frailes, y gente ordinaria.

Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo á manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1.^a *Un crimen.* — 2.^a *El veneno.* — 3.^a *Ya es tarde.* — 4.^a *El panteon.* — 5.^a *¡Ella!* — 6.^a *¡El!* y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos; á saber, *Salon de baile; Bosque; La capilla; Un subterráneo; La alcoba, y El cementerio.*

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composicion, en términos que si yo recordase una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; con que así no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar á que llegue día en que la fama nos las transmita en toda su integridad, dia que el retardaba aguardando á que *las masas* (las masas somos nosotros) se hallen (ó nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba *un poco fuerte.*

De esta manera mi sobrino caminaba á la inmortalidad por la senda de la muerte; quiero decir, que con tales fatigas cumplía lo que el llamaba su mision sobre la tierra. Empero la continuacion de las vigiliias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíale reducido á una situación tan lastimosa de cerebro, que cada día me temia encontrarle consumido á impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció que para acabar de rematar lo poco que en el quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mas labrados hierros de un altísimo balcon, á cierta Melisendra de diez y ocho abriles, mas pálida que una noche de luna, y mas mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la veneciana, y sus mangas á la María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á la Estraniera, y su cinturón á la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello á la Huerfana de Underlach.

Hallábase á la sazón meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto.... libro que segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones no podia ser otro á mi entender que el *Han de Islandia ó el Bug-Jargal.*

No fue menester mas para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcon de la doncella sentimental, al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo á inflamar súbitamente su corazón. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron, y concluyeron por no entenderse; esto es por entregarse á aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien como designar aquí, sino es ya que me valga de la consabida calificación de.... *romanticismo puro.*

Pero al cabo el sugeto en cuestion era mi sobrino; y el bello objeto de sus arrobamientos una señorita, hija de un honrado vecino mio procurador del número y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase á la muchacha (siempre llevando por delante la mas santa intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas, no solo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisongeábame, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo sabiendo que toda la familia de la ni-

ña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino que en el estado mas descompuesto y atroz, corrió á encerrarse en su cuarto gritando desahoradamente: Asesino...! Asesino!... Fatalidad...! Maldición...!

—¿Qué demonios es esto?—Corro al cuarto del muchacho; pero había cerrado por dentro y no me responde; vuelvo á casa del vecino por si alcanzo á averiguar la causa de aquel desorden, y me encuentro en otro no menos terrible á toda la familia; la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...—¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay?—¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) que ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de V.... Lea V., lea V. qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de religión!... y me entregó unos papeles que por lo visto había sorprendido á los amantes. —Recorridlos rápidamente y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado á escuchar á mi sobrino. En todas ellas venia á decir á su amante con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella y luego el iría á derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriría también, y los enterrarían bajo una misma losa.... Otras veces la proponía que para huir de la tiranía del hombre ('este hombre soy yo', decía el pobre procurador) se escurriese con él á los bosques ó á los mares, y que se irían á una caverna á vivir con las fieras ó se harían piratas ó bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.—Y á todo esto (añadía el padre) nada de boda, ni nada de solicitar un empleo para mantenerla.... vea V., vea V.; por ahí ha de estar.... oiga V. como se esplica en este punto.... ahí en esas coplas ó seguidillas á lo que sean, en que la dice lo que tiene que esperar de él....

Y en tan fiera esclavitud
solo puede darte mi alma
un suspiro.... y una palma....
una tumba.... y una cruz....

Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote.... no, sino échelos V. en el puchero y verá que caldo sale.... Y no es esto lo peor (continuaba el buen hombre) sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de fétetros y letanias, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé como no la mato.... y á lo mejor nos asusta por las noches despertando despa- vorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de no se que Astolfo ó Ingolfo el exterminador; y nos llama tiranos á su madre y á mi, y dice que tiene guardado un veneno, no se bien si para ella, ó para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen, y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

—Sosiégese V., Sr. D. Cleto, sosiéguese V.—Y llamándole aparte le hice una explicacion del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que sino le convencí de que podía casar á su hija con un tigre, por lo menos le determiné á casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas regrese á mi casa para tranquilizar el espíritu del joven amante, pero aquí me esperaba otra escena de contraste que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, había salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome se en-

tregaba á todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda esta de darle á conocer por algun suspiro que un ser humano respiraba á su lado. Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega con mas bellaquería que cuartos, y mas cuartos que peseta columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito. La ocasion la pintan calva, y la gallega tenia buenas garras para no dejarla escapar; así fue que entreabrió la puerta, y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó á formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.—Señorita.... señorita... que diablitos tiene?... Entre y dígalos... si quier una cataplasma para las muelas ó un emplastru para el hígadu....—Y cogió y le entró en su cuarto y sentóle sobre la cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.

Pero el preocupado galan no respondia, sino que cuando en cuando exhalaba hondos suspiros que ella contestaba á vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices ó le pinchaba las orejas con una alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud), pero el hombre estátua, permanecía siempre en la misma inmovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse á todos los diablitos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano de la camisa (que no sé si le dicho que era de lienzo choricero del Vierzo) é hincando una rodilla en tierra, levantó en ademan patético el otro brazo y esclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que á los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes
que reclama dos míseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

—Ave María purísima.... (dijo la gallega santiguándose) Mal Dimoni me lleve si le comprendo.... ¡Habrí cermeñú!.... pues si quier lechu ¿tienes mas que tenderse en ese que está hay delante, y dejar á los muertos que se acuesten con los difuntos?

—Pero el amartelado galan seguía, sin escucharla, su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro esclamaba:

¡Maldita seas mujer!
¿no ves que tu aliento mata?
si has de ser mañana ingrata
por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas mujer!

El maldito sea él y la bruja que lo parió.... ¡ingratul despues que todas las mananas le entru el chucolate á la cama y que por él he despreciada al aguador Toribia, y á Benitu el escarolero del portal....—

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo
ángel de luz,
al campo de los difuntos;
allí te espera un amigo
y un ataúd.

—Vaya, vaya, señorita, esto ya pasa de chanza; ó V. está locu ó yo soy una bestia.... Váyase con mil demonios al cimiteriu ú á su cuarto, antes que empiece á ladrar para que venga el amu y le ate.

—Aquí me pareció conveniente poner un término á

tan grotesca escena, entrando á recoger á mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida á mí, y copiada de la *Galería fúnebre*; la cual estaba concebida en términos tan alarmantes que me hizo empezar á temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí pues que no había mas que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte á sus lecturas, á sus amores y á sus reflexiones haciéndole emprender una carrera activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, á la que el también mostraba alguna inclinación; hízole poner una charretera al hombro izquierdo, y le vi partir con alegría á reunirse á sus banderas.

Un año ha transcurrido desde entonces, y hasta hace pocos días no le había vuelto á ver; y pueden considerarse mis lectores el placer que me causaría al contemplarle robusto y alegre, la charretera á la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpétuamente zorcicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la Ordenanza militar y la Guía del oficial en campaña.

Luego que ya le vi en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oírle repetir á carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego, pero yo celeso de su fama póstuma me opuse fuertemente á esta resolución, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas ni románticas, sino en tontas y no tontas, sacrificando aquellas, y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama no fue posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino á otro poeta novel el cual le comunicó á varios aprendices del oficio, y estos le adoptaron por tipo y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo, ora los aplausos, ora los silbidos que á mi sobrino correspondían, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composición.

La lectura en fin de sus versos, trajo á la memoria del joven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntóme por ella con interés, y aun llegué á sospechar que estaba persuadido de que se habría evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se había conformado con su suerte; ítem mas; se había pasado al género clásico, entregando su mano, y aun no se si su corazón á un honrado mercader de calle de Postas: ¡ingratitud notable de mujeres!; bien es la verdad que el por su parte no la había hecho segun me confesó sino unas catorce ó quince infidelidades en el año transcurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrían podido dar á los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

El curioso parlante.

VARIEDADES.

Etimologías de los nombres Europa, España y otros.

Después de haber dado á nuestros lectores una sucinta descripción histórico-geográfica de esta parte del globo que habitamos llamada Europa, creemos que no les será

desagradable el que sobre la etimología ú origen de este nombre demos también algunas curiosas noticias.

Una palabra oriental que pasando á diferentes dialectos se pronunció segun la índole de cada uno *HARB*, *WARB*, *GARB*, *GARY*, *ERB*, *EREB*, *EUROR*, significa constantemente la noche, la tarde, el ponerse el sol, el país del poniente, del occidente.

Esto mismo se comprueba por la multitud de *WARBS* que hubo después, porque adelantándose los conocimientos geográficos se fue estendiendo aquel nombre á todos los países occidentales de cada continente. Antes que los orientales viajasen por el mediterráneo y hubiesen descubierta sus tierras mas occidentales, dieron el nombre de Arabia ó de *WARB* á la parte mas occidental del Asia, que todavía conserva este mismo nombre; pero después fueron aplicándole sucesivamente al occidente de Africa y aun al de la misma Europa.

Así vemos que España se llamó antiguamente entre los europeos mismos *HESPERIA* ó *VESPERIA*, esto es, el Poniente, el Occidente; y al promontorio mas occidental de la isla de Cerdeña se dió el nombre de *EREB-antium*.

Este nombre, *Hesperia*, lo fue tambien del Africa occidental en donde se suponía que estaba el *jardin de las Hespérides*, y se hace muy verosímil que cuando Ezequiel (xxx. 5.) hablando de las conquistas de Nabucodonosor, enumeró varios países, y entre ellos cuenta á *todo el Warb*, quisiera indicar las tierras que estan al norte y al medio dia del estrecho de Gibraltar.

No parecerá tan aventurada esta conjetura reflexionando que aun en nuestros dias conserva una provincia de Portugal, el nombre de *AL-GARRES* que no es mas que la palabra *WARB* ó *GARB* precedida del artículo oriental *AL*. Pues bien, este nombre de *ALGARVES* se estendia en lo antiguo á una parte de España y de las costas de Africa, como lo dice el P. QUIEN de la Neuville, en su historia de Portugal, por estas palabras: "Bajo el nombre de Algarves se comprendian un gran número de regiones en Africa y España. Las de la parte de España se estendian desde las costas del cabo de S. Vicente hasta la ciudad de Almería, y en ellas se contaban innumerables poblaciones y castillos; al paso que en Africa se designaban con el mismo nombre todo el territorio que se estiende desde el Océano hasta Tremecén; es decir, los reinos de Fez, de Ceuta y de Tanger. Por eso los reyes de España se titulaban de *todos los Algarves*, y los de Portugal de *los Algarves de aquende y allende del mar*."

Estas investigaciones que á algunos pueden parecer de poca importancia, son las que enlazan todos los conocimientos humanos, y á ellas daremos mas de una vez lugar en nuestro periódico. — S. el E.

MÁXIMAS QUE CONVIENE TENER PRESENTES.

1. No dejes nunca para mañana lo que puedes hacer hoy.
2. No mandes hacer á otro lo que puedas ejecutar por tí mismo.
3. No gastes jamás tu dinero antes de tenerlo.
4. Guárdate de comprar lo que no necesitas absolutamente, solo porque es barato.
5. La vanidad nos cuenta mas que el hambre, la sed y el frio.
6. Nunca tenemos que arrepentirnos de haber comido muy poco.

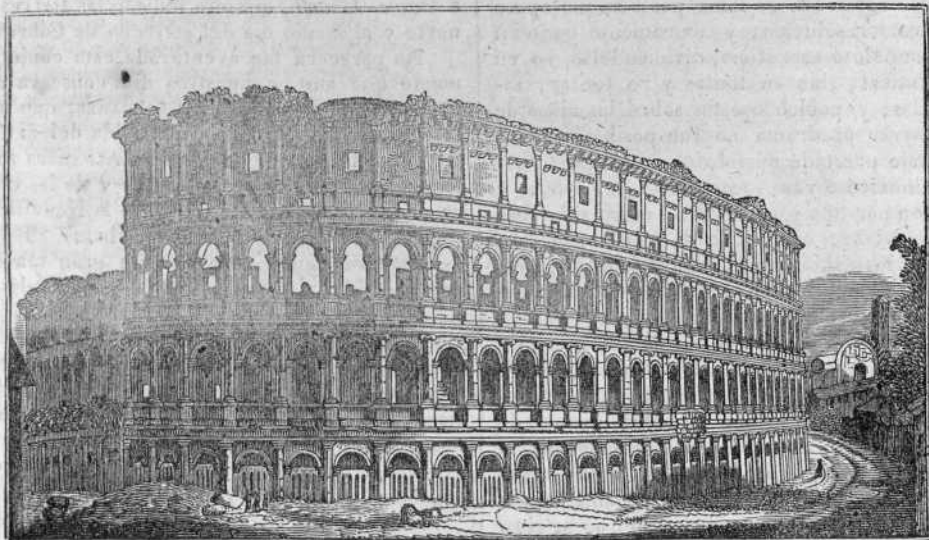
7. Nunca es incómodo lo que hacemos con gusto.
8. Nos han causado muchos disgustos males que jamas ocurrieron.
9. Nunca tomes las cosas por donde queman.
10. Cuando estés enfadado cuenta diez antes de hablar; si lo estás mucho, cuenta ciento.

EL ANFITEATRO DE ROMA.

Desde los primeros años de la existencia de Roma, aun en la infancia de aquella poderosa república que posteriormente estendió su dominio sobre la mayor parte del mundo conocido entonces, existía ya un recinto destinado á los combates de animales feroces, cuyo suelo no pocas veces se vió regado con la sangre de los gladiadores y otros criminales que condenados á perder la vida no tenían mas garantía de salvarla que el éxito de una lucha desigual con fieras terribles y ostigadas. Estos espectáculos sangrientos tan conformes á la índole rústica y belicosa de aquellos guerreros, lejos de caer en desuso con el refinamiento que en las costumbres y maneras del pueblo introdujo el establecimiento del poder imperial, tomó por entonces nuevo incremento especialmente bajo el reinado de Calígula, Claudio y Neron. El primero de estos tiranos para celebrar el día de su

nacimiento, presentó en el circo cuatro cientos osos y un número igual de otras fieras para la lucha (1). Claudio instituyó combates en los cuales los diestros jinetes de Tesalia oponían su astucia y ligereza al furor y poderío de toros salvajes. Centenares de víctimas eran á veces inmoladas en un solo día, y el placer de la muchedumbre era siempre proporcionado á la cantidad de sangre que se veía correr.

La extraordinaria afición de los romanos á esta clase de espectáculos hizo necesaria la erección de un recinto mas espacioso que el antiguo circo. El nuevo anfiteatro de Roma que representa el grabado que acompaña á este artículo, fue empezado por Vespasiano y concluido por Tito (AD 79). Solo tres años se emplearon en la construcción de este edificio enorme. Casiodoro afirma que con su coste hubiera podido edificarse una ciudad considerable. Las grandes masas que aun permanecen en pie ofrecen datos suficientes para calcular sus dimensiones y tomar una idea de su estructura; y aunque los bárbaros del norte arrancaron, en su invasion, hasta las abrazaderas de hierro y bronce que unían las enormes piedras de aquel prodigioso edificio, y las generaciones sucesivas han acudido á él como á una cantera en busca de materiales para sus templos y palacios: el magestuoso esqueleto manifiesta aun lo que llegan á conseguir el saber y perseverancia del hombre.



El anfiteatro de Roma es de figura elíptica y ocupa unas 30000 varas cuadradas. Puede asegurarse que en punto á magnitud es el edificio mas imponente del mundo. Solo las pirámides de Egipto pueden comparársele respecto á la estension de su planta, pues ocupan proximamente la misma superficie. El diámetro mayor es de 620 pies, y el menor de 513. La muralla exterior tiene 157 pies de altura y se divide en cuatro bandas ó pisos adornado cada uno de ellos por un orden distinto de arquitectura. La cornisa del piso mas alto estaba llena de agujeros por los cuales entraban unos pies derechos de madera que tambien atravesaban el arquivado y el friso, descendiendo hasta la primera hilera de ventanas. Tenian estos mástiles por objeto el sostener los toldos que cubrian el anfiteatro para evitar el sol ó la lluvia. Daban vuelta al edificio dos corredores espaciosos de los cuales partian escaleras á los diferentes pisos, y los tendidos ó escalinatas del anfiteatro eran tan estensas que el área de él quedaba reducida á 287 pies por 180. Inmediato al circo ó arena y á una altura de do-

ce á quince pies se elevaba el *podium* ó sitio destinado para el emperador, los senadores, los embajadores de las naciones extranjeras y otros personajes distinguidos. Desde el *podium* hasta el segundo piso habia gradas de mármol para el orden ecuestre: mas arriba los asientos eran ya de madera. En este vasto recinto podian acomodarse hasta 80,000 espectadores colocados segun su rango, y aun se deduce de algunas inscripciones y de asertos de escritores latinos que habia sitios destinados á determinadas familias.

En otro número del Semanario daremos á nuestros lectores una vista de lo interior del anfiteatro, acompañando la descripción aunque sucinta de aquellos sangrientos espectáculos, que por una larga serie de años fueron la diversion favorita de los conquistadores del mundo.

(1) Dion. Lib. IX.



UN CASAMIENTO CHINO.

Casamientos por razón de estado conocemos nosotros, y casamientos por inclinación; pero á los consorcios de los chinos no puede darse esta clasificación exactamente, porque en general cuando se ven los novios por la vez primera ya están los lazos que han de unirlos anudados indisolublemente. Es frecuente en Europa que dos familias principales concierten el enlace de dos niños que aun duermen en la cuna, pero los chinos se adelantan hasta comprometer á los que no han nacido todavía, dándose á veces reciprocamente arras las madres embarazadas, y con esto queda firme el contrato siempre que los dos prometidos esposos sean de sexo diferente, ó alguno de ellos no se vea atacado de la lepra. Pero no es lo común que los padres ni los hijos se ocupen en estos preliminares de boda; lo regular es que unos y otros dejen este cuidado á ciertos casamenteros ó corredores de matrimonio que han perfeccionado esta industria poco ha planteada en algunos países de Europa. Luego que los corredores y corredoras han hallado lo que les conviene, y admitidas por los padres las proposiciones, se procede en el día señalado por la futura á celebrar los esponsales.

Consiste esta ceremonia en un cambio de regalos que los casamenteros llevan á casa de los novios en unos cestos. De los que se presentan á la futura, el uno está lleno de frutas y en los cuatro rincones lleva unos montones de monedas; el segundo cesto contiene un jamon fresco de diez ó doce libras, y el tercero cierta cantidad de fideos. Cuando el estruendo anuncia á la vecindad la llegada de los que conducen los regalos, la novia se pre-

senta á la entrada de una sala iluminada con cirios encarnados, recibe los regalos, y reparte á los concurrentes lonjas de jamon. Entre tanto al novio le llevan tambien á su casa otros presentes que consisten principalmente en frutas divididas en diez y seis paquetes; recibiendo ademas de su futura suegra algunos regalillos de poca monta, y particularmente pepitas de calabaza secas al sol; pero las dichas pepitas le cuestan un poco caras, porque el uso la obliga á dar en cambio á su suegro una cierta suma de dinero considerado como precio de la mujer que se le va á entregar. Esta suma, que varia segun las circunstancias entre cincuenta y cinco y cien duros, es de tanto rigor, que hasta despues de haberla satisfecho el novio no se le entrega la futura. Cumplidas estas formalidades, los casamenteros consultan á los astrólogos, á fin de escoger un día que sea propicio para las bodas: y no dejan de proveerse á todo evento de un pedazo de tocino fresco para que con él se distraiga y divierta durante el casamiento, el demonio (representado siempre bajo la figura de un tigre) y embelesado todo en su pedazo de tocino, no tenga tiempo de pensar en los esposos, ni de darles ningun maleficio.

En el día convenido, la novia empieza por vestirse y componerse, siendo la principal parte de su adorno y la mas esencial un desmesurado sombrero en figura de cesto, que cubriéndole toda la cabeza y ocultándole el rostro vuelve á caer circularmente hasta la cintura. Despues de así rebujada, la meten en un palanquin cerrado escrupulosamente, porque el punto capital es que ni ella vea

ni sea vista de nadie. El acompañamiento cuyas ceremonias y orden de marcha arreglan los casamenteros, empieza á ponerse en movimiento lentamente y con lúgubre aparato; la etiqueta exige que todos los que acompañen á la desposada vayan suspirando y sollozando con todas sus fuerzas.

Cuando la procesion se acerca á la casa del novio, se destaca un correo y anuncia que ya llega la novia, gritando á mas no poder: *Allí viene! allí viene!* Al instante suenan los clarines y cobetes, acompañamiento obligado de toda solemnidad en China, y el novio va corriendo á encerrarse en su habitacion. Allí es donde van á buscarle los casamenteros, y él tiene que recibirlos fingiendo admiracion, como si no supiera para qué le quieren, y así se deja conducir hasta el palanquin. A la vista de el aparente el novio la mas viva emocion; abre todo trémulo el palanquin, ayuda á apearse á la novia, y la lleva á una mesa donde se sientan ambos, uno enfrente de otro. Despues de la comida que regularmente no es mas que para el novio porque á ella no le permite el enorme sombrero llegar los bocados á la boca, los esposos se retiran solos á otra sala. Este es el momento solemne para el marido, porque entonces es cuando puede levantar el misterioso sombrero, contemplar por la vez primera las facciones de su consorte, y juzgar si la suerte le ha sido adversa ó favorable. Pero sea cualquiera la impresion que le haga, él la disimula y manifiesta á la esposa una amable satisfaccion. Esta primera prueba sirve para preparar á la novia á otra segunda crisis, mas temible y mas cruel todavia para ella; y es que luego que el novio ha concluido de explorarla, todos los convidados entran á examinarla del mismo modo, y á dar su voto en términos estremadamente francos, porque la etiqueta que obliga al marido á disimular, les autoriza á ellos, por el contrario, á hablar con toda ingenuidad. Rara vez sucede que deje de abusarse de este permiso, y que no haya alguna que otra mujer que aproveche esta ocasion para desahogar su rabia y desquitarse de la amarga critica que le hicieran cuando le tocó estar en berlina en ocasion semejante. Durante esta exposicion, la víctima, que está, como representa el grabado, sufriendo el suplicio, está condenada á un rigoroso silencio y á una impasibilidad estoica, por muy picantes y mordaces que sean las pullas y chanzonetas que se le disparen. Muchas son las enemistades que traen su fecha desde aquella hora de dolor, y las notas que va tomando en la memoria la jóven esposa para ejercer á su tiempo crueles represalias.

Las demas ceremonias nupciales que se llenan con la mas seria y triste circunspeccion, á pesar del descompasado estruendo de los instrumentos músicos, y de las farasas y mogigangas de los juglares, no ofrecen cosa que de contar sea, á no ser el escrupuloso cuidado de los esposos para esconder su ropa cuando se desnudan, porque la costumbre autoriza á los convidados á no perdonar medio para robársela, y si lo consiguen es preciso rescatarla a fuerza de dinero. Por otra parte esta es la única indemnizacion de los convidados, tanto mas dignos de compasion cuanto que estan sujetos, por la etiqueta y por una invariable tarifa, á ofrecer en cambio de algunas frioleras que se les dan, presentes de un valor mucho mas considerable que se tienen por una compensacion de los gastos que causa cada uno de los convidados. Pero por mas onerosas y por mas cansadas que sean las solemnidades nupciales para los que asisten á ellas, no deja de ser una honra apetecida el ser admitido á una boda. Nadie puede presentarse en ella si no ha sido convidado en debida forma, es decir, si no ha recibido por esquila de convite un gran pliego de papel encarnado,

con unos dobleces hechos con tal artificio que presentan una docena de letras, sin que haya escritos caracteres algunos.

Tales son las ceremonias de los casamientos chinos, que por una rara escepcion no reciben consagracion alguna de las leyes humanas ni de la religion, y solamente llevan mezcladas algunas ideas supersticiosas. Ningun afecto ni pensamiento elevado reina en la realizacion de un acto tan importante de la vida. Para los corredores ó casamenteros, para los padres, para los convidados, para los esposos mismos, el casamiento no es otra cosa que un negocio, una especulacion en la que cada cual procura dar lo menos y recibir lo mas. Así es que aquel triste día, las mas veces, no es otra cosa para las mujeres chinas, que el principio de una vida de esclavitud y penalidades, á la que frecuentemente suelen sustraerse dándose ellas mismas la muerte.

EL NAUFRAGIO.

(Extractamos de un periódico inglés reciente la siguiente narracion relativa al naufragio del buque *Sterling Castle* que pereció en mayo de 1835, y cuyos pormenores ha dado ahora ante el Lord corregidor la viuda del capitán, que le acompañaba entonces, y la cual despues de haber salvado milagrosamente la vida y permanecido algun tiempo en una isla habitada por salvajes, acaba de regresar á su patria).

El día 16 de Mayo de 1835 salió el *Sterling Castle* de Sydney (1) para Singapur (2). El 25 al llegar cerca del estrecho de Torres encalló el buque en un arrecife de coral, recibiendo un choque tan espantoso que los dos marines que manejan el timon quedaron muertos en el acto. Eran las nueve de la noche y la tempestad iba en aumento. Hallábanse á bordo 18 hombres, dos niños, y la esposa del capitán Frazer en un periodo muy avanzado de embarazo. Los repetidos y furiosos golpes de mar hacian pedazos el navío por instantes: inundáronse los camarotes y bodega dejando inútiles todas las provisiones. Cuando cesó la tormenta cortó la tripulacion los mástiles con la esperanza de que aligerado el buque se desembarazaría tal vez, pero en vano. Determinaron entonces salvarse si era posible en los botes. El carpintero, el cocinero y su ayudante, un sobrino del capitán y tres marineros se metieron en la pinaza ó bote menor, y el capitán con su mujer, el piloto y contramaestre, los dos niños y el resto de la tripulacion entraron en el bote largo. Cuatro dias despues la desgraciada Elisa Frazer parió un niño en ocasion en que habiéndose llenado el bote de agua se hallaba metida en ella hasta la cintura. El niño nació vivo, pero despues de dar algunas boqueadas se ahogó, y el piloto envolviéndole en un trozo de su camisa que arrancó de la espalda le arrojó al mar. La infeliz madre afortunadamente para ella permaneció en un estado de insensibilidad aun mucho tiempo despues que su hijo habia sido sepultado en la olas, é ignoró por entonces que habia existido algunos instantes. Por muchos dias hicieron los naufragos los mayores esfuerzos para entrar en la bahía de Moreton, advirtiéndole que todo este tiempo estuvieron sin mas provisiones que un pequeño barril de heces de lúpulo, yerba que se emplea para hacer cerbeza. Llegaron por fin á una inmensa roca donde echaron pie á tierra con la esperanza de hallar ostras y agua fresca, pero se engañaron, y desesperados ya

(1) Poblacion principal de las colonias inglesas en la costa oriental de la Nueva Holanda, long. E. 156° por el meridiano de Madrid lat. S. 33.°

(2) Poblacion mercante en la costa meridional del imperio de los Birmanes al Sur del Asia.

se entregaron de nuevo á las olas esperando que la muerte pondría fin á su horrible padecer. Por la mañana los que se hallaban en el bote largo notaron que sus compañeros y la pinaza en que iban habían desaparecido. No se ha vuelto á saber de estos infelices!... Persistía aun el capitán en llegar á la bahía de Moreton, mas viendo que el viento y la corriente eran contrarios y que sus compañeros de infortunio se hallaban reducidos al extremo de echarse de espaldas con la boca abierta para recibir el rocío de la mañana y aliviar así su abrasadora sed, resolvió dirigirse á la costa mas próxima. Multiplicábanse los males que afligían á aquellos desgraciados pues muy bien sabía el capitán que todas aquellas islas eran habitadas por feroces salvajes, pero resueltos á arrostrar la muerte en cualquiera forma que se presentase, se acercaron á tierra y poco despues fue arrastrado el bote por la corriente á un sitio llamado *bahía blanca*. Hallábanse entonces á unas 30 leguas al norte de la apetecida bahía de Moreton donde hay uno de los principales establecimientos franceses para el castigo de los criminales contumaces. Al tocar á tierra percibieron una gran multitud de salvajes enteramente desnudos que se dirigían á la costa evidentemente regocijados de la presa que iban á hacer. Rodearon el bote, y levantándole en hombros le llevaron con los desdichados naufragos dentro de él, á una espesa enramada poco distante de la orilla. Así que le depositaron en tierra, la primera operacion fue el despojarlos enteramente de sus vestidos empezando por el capitán y oficiales superiores. Juan Baxter el contra-maestre trató de ocultar un medallon que contenia cabello de una tia suya, habiendo entregado todo lo demas sin resistencia alguna, pero irritados los salvajes de esta tentativa le maltrataron cruelmente, hicieron pedazos el medallon así como los relojes y cronómetros, y se distribuyeron entre sí las piezas de las máquinas para colgárselas de las narices ú orejas, y las ropas de que habían despojado á sus cautivos, tirándoles en seguida á la cara los desperdicios de los pescados con que acababan de hacer su comida. Los salvajes despues de detenerlos dos dias los internaron en los bosques, abandonándolos allí con el fin de que cayeran en manos de otras tribus que ejecutasen con ellos nuevas crueldades. El capitán les suplicó que aceptasen los servicios de la mísera tripulacion por algun tiempo mas, persuadido de que todo cambio de dueño entre aquellos bárbaros habia necesariamente de ser por lo peor; pero sin atender á sus ruegos les hicieron caminar delante de ellos golpeándolos sin piedad, hasta que llegaron otras tribus cada una de las cuales se apoderó de uno de los prisioneros, condenándolo á acarrear troncos de árboles y otros trabajos penosos. Elisa Frazer, siendo la única mujer que habia entre ellos, no cupo en suerte á ninguna de las tribus probablemente porque no la consideraron útil, atendido su estado de debilidad y languidez; quedó pues sola mientras se disponia de los hombres, pero su marido halló un momento para decirle que permaneciese en aquel mismo sitio, y que él procuraría verla dentro de algunas horas. Aquella noche durmió sobre una peña: á la mañana siguiente despues de tender la vista á su derredor sin ver á persona viviente, resolvió seguir algunas huellas humanas que descubriera, y despues de haber andado un corto trecho vió venir hacia ella una multitud de mujeres. Pertenecian estas á la misma tribu que el dia anterior se habia apoderado de su marido: inmediatamente la ocuparon en recoger leña y encender hogueras. Como estaba enteramente desnuda y el color de su tez presentase un notable contraste con el de las negras, la obligaron estas á teñirse el cuerpo con el jugo de ciertas yerbas, por cuyo medio quedó cuasi del mismo co-

lor que las isleñas: pintáronle ademas varias figuras ó mas bien mamarrachos imitando pájaros, plantas y otros objetos como acostumbra hacerlos aquellos salvajes para adornar su rostro, pecho, brazos y piernas. Le arrancaron el cabello, y habiéndole cubierto la cabeza con una especie de goma, pegaron sobre ella plumas de papagayo y otras aves. Una de las negras que tenia dos niños la obligó á que diese el pecho á uno de ellos á pesar del fuerte trabajo á que la habian sujetado, y si el niño lloraba golpeaban á la infeliz Elisa por la impaciencia de aquel. Al cabo de cuatro dias vió á su esposo por la primera vez desde que fueron separados; venia arrastrando un pesado leño, y parecia rendido de fatiga. Preguntóle ella por qué no habia procurado hacerla saber donde se hallaba; apenas tuvo él tiempo de responder que no se habia atrevido á buscarla, cuando repentinamente aparecieron los salvajes. Uno de ellos habiéndolos visto juntos arremetió con una lanza al capitán que un minuto despues era cadáver!... Su esposa se arrojó sobre él gritando: Jesús mio ¡no puedo ya sufrir mas!... arrancó la lanza del pecho de Frazer, y viendo que era ya tarde, cayó sin sentido á su lado, y permaneció exánime por muchas horas. Al volver en sí se halló en medio de los salvajes á quienes se veia obligada á servir, pero nunca supo que habia sido del cuerpo de su esposo. Poco tiempo despues de esta catástrofe, el contra-maestre al saber que su capitán habia sido asesinado, formó en un momento de desesperacion el propósito de vengarle, á pesar de hallarse amarrado y exhausto con el trabajo y mal tratamiento; pero su plan fue descubierto y el castigo que sufrió terrible. La viuda acababa de encender una hoguera por orden de la tribu, y en ella metieron los salvajes las piernas y brazos del desgraciado contra-maestre que fueron consumidos por las llamas, mientras él, con la violencia de sus contorsiones abrió para el resto de su cuerpo un sepulcro en la arena en que se hallaba embutida la hoguera. Pasados dos dias de este horrible suceso un jóven de gallarda presencia llamado J. Mayor fue tambien asesinado. El capitán Frazer que conocia las costumbres de los salvajes de aquellas islas, le habia pronosticado que estos le habian de cortar la cabeza para colocarla por adorno en la proa de sus canoas. Es fama que el salvaje que intenta ejecutar este hecho sonrie en el rostro de su víctima algunos momentos antes de darle el golpe mortal. Un dia que Mayor estaba trabajando, se llegó á él el gefe de su tribu, sonriéndose placenteramente, y le dió una palmada en el hombro. En el mismo instante recibió el infeliz Mayor un golpe en la nuca que le dejó sin sentido. Cayó al suelo y dos salvajes comenzaron desde luego á cortarle la cabeza, lo cual ejecutaron con pedernales muy cortantes y otros instrumentos análogos. Comiéronse luego parte del cuerpo, y embalsamando la cabeza con ciertas gomas de extraordinaria eficacia, la fijaron en la proa de una de sus canoas. El resto de la tripulacion, nada esperaba sino la muerte: dos marineros lograron robar una canoa é intentaron atravesar un lago interior, pero se ahogaron ambos, escapando así tal vez á una muerte mas penosa. Un negro llamado José que habia sido dispensero del buque, al caer con el resto de la tripulacion en manos de los salvajes fue despojado como todos de sus vestidos, pero observando ellos que era de su mismo color fue tratado con mas benignidad que sus compañeros, permitiéndole vagar libremente por la isla. Este hombre que estaba siempre espiando la ocasion de efectuar su escape, aseguró á Elisa Frazer que si lo lograba, la primera vida que procuraría salvar sería la de su señora. Consiguio por fin robar una canoa con la cual á fuerza de remo llegó á la bahía de Moreton é informó al gobernador del estableci-

miento de los horribles sucesos de que habia sido testigo en la bahía blanca. El gobernador al oír el triste relato propuso á los individuos militares que allí se hallaban, si querían voluntariamente comprometerse á salvar á la desgraciada señora y demas personas que la acompañaban. Ofreciéronse muchos á partir inmediatamente, y conducidos por un presidario que habia permanecido durante algunos años entre los salvajes, y que propuso el plan que debia adoptarse, se consiguió libertar á los detenidos. Todos los que sobrevivieron, dice Elisa Frazer, salieron de la isla. Inútil es añadir que el gobernador, el comisario, y en general todos los individuos empleados por el gobierno en el establecimiento francés, trataron á la viuda con la mayor atencion y afabilidad así como á sus compañeros de infortunio, circunstancia que la primera recordó en su narracion con expresiones de la mas viva gratitud.

El capitán del paquebote *el Mediterráneo*, en el cual llegó la viuda Frazer á Liverpool, dice se hallaba en Sydney cuando llegó allí esta señora después de su cautiverio, y que los pormenores de su desastre causaron en aquel punto la mas viva impresion. El presidario á cuya sagacidad y extraordinarios esfuerzos debió aquella su libertad, obtuvo del gobernador el perdon, y una recompensa de 30 guineas (unos 3000 rs.)

Indagó el Lord Corregidor el estado en que se hallaba la Señora Frazer; el capitán contestó que no poseía absolutamente nada: hasta los vestidos que llevaba le habian sido facilitados por la esposa del gobernador: además habia quedado coja, imposibilitada de un brazo y cuasi sin vista á consecuencia del duro tratamiento que habia experimentado. Se acaba de abrir en Londres una suscripcion á su favor.

NO PUEDE SER.

Tuve precision hace pocos dias de ocupar algunos albañiles en mi casa, y al acercarme á ver como avanzaba la obra, observé habian adoptado un procedimiento que, si bien era comun y conocido, ofrecia inconvenientes y desde luego mas trabajo del necesario. Me ocurrió sugerirles otro plan por el cual podia obtenerse el mismo resultado con menos fatiga; pero habia en él algo nuevo; algo que se separaba de la rutina usual de aquellos menestrales y por consecuencia recibí por respuesta; "Señor, *eso no puede ser.*" Insistí sin embargo en que se adoptase mi proposicion, y se hizo así; pero no sin protestar antes el maestro alarife contra esta inovacion, descargándose de toda responsabilidad en cuanto al resultado, en lo que le acompañaron en coro sus peones mirándose unos á otros con cierto aire de rechifla y desprecio. Sin embargo la obra se hizo mejor y en menos tiempo, sin que ninguna consecuencia desagradable resultase de haber yo seguido mi propio juicio.

Permítaseme observar, (por supuesto, con licencia) que el "no puede ser" de nuestro maestro albañil es una frase que prevalece mucho entre los artesanos de todas clases. Si en la cosa para que se les emplea, un par de zapatos por ejemplo ú cualquiera otra prenda de vestir, fuese necesario, bien sea por gusto ó por precision el desviarse en lo mas mínimo de la rutina que han aprendido, puede apostarse que de tres veces las dos, se halla uno con el indicado "no puede ser" ó si la obra se emprende sin decirles nada, es bien cierto que se hará como se ha hecho siempre, y que toda observacion que se les haga es combatida con la version trocada de la misma frase, "no podia ser." El hábito de trabajar siempre de cierto modo, y la terquedad de

la costumbre que han adquirido un crecido número de artesanos, les priva de adaptar su genio y disposicion natural á casos particulares, y es muy limitado el de aquellos á quienes por su aplicacion y despejo se les puede inducir á separarse *del modo inmemorial de hacer*, en sus respectivas profesiones. Estos pocos son generalmente los que con el tiempo descuellan entre sus compañeros, pero debieran ser mas numerosos. El individuo que por cualquier motivo necesita obgetos de no ordinaria construccion tropieza con frecuencia en la dificultad de hallar operarios deseosos, por no decir capaces, de entrar en los pormenores necesarios. Un desdichado amigo mio, por ejemplo, hablando de cierta parte de su traje en que la naturaleza habia hecho indispensable el prescindir de la forma usual, me confesó, habia llegado á los 25 años de su edad, y padecido tormentos á veces insoportables, antes de poder hallar un artífice que por filantropía ó por dinero, quisiese someterse á las *particularidades* del caso, y aun ese por la circunstancia de hallarse poco mas ó menos en la misma situacion puede decirse que se prestó por conveniencia propia.

"No puede ser", es un aforismo que no se limita solo á las artes mecánicas ó á la clase mas industriosa de la sociedad: afecta tambien á otras mas elevadas las cuales me atreveré á pronosticar no la abandonarán tan pronto como las primeras. Es frase que tienen siempre á mano los indolentes, los tímidos, los presuntuosos y los entorpecedores de toda especie. Instese al perezoso haragan á que deje su cama, y dé un paso que puede redundar en beneficio suyo; dará una vuelta y bostezando un "no puede ser" volverá á quedarse dormido aun antes de concluir el periodo. Digásele al pusilánime que ha sido maltratado y oprimido por otro, que al fin podrá esperar el colocarse en posicion mas ventajosa donde le sea fácil defenderse de todo baldon é injurias, se estremece solo á la idea de haber de usar energia y murmurando "no puede ser" se resigna á lo que el llama su suerte. Anúnciese á uno de aquellos profesores que á modo de ciertos animales ha tragado por una vez una pequeña dosis de instruccion y echándose á dormir por el resto de sus dias, ó á cualquier otra persona de las que se oponen á toda novedad hasta que se halla ya generalmente adoptada; anúncieseles, digo, que se ha aplicado con buen éxito el vapor á la navegacion, el gas al uso doméstico ó el método de enseñanza mútua á la educacion primaria, é instantáneamente fulminará un "no puede ser." Todo lo que es grande y útil ha tenido que pasar por una serie de "no puede seres" que mas de una vez han ocasionado al hombre de genio activo y bien dirigido, sinsabores que tocan en la desesperacion. El obstáculo que tanto le costó superar á Colon fue un "no puede ser."—La mas estúpida, la mas cobarde, la mas cruel, la mas perniciosa de todas las proposiciones.

La generacion de los "no puede seres" no es tampoco desconocida en el ejército. Por algun tiempo después de comenzada la guerra peninsular, tenia cierto general un ayudante que se habia hallado en varias campañas y era un excelente oficial, pero que nunca recibia una orden sin poner objeciones, partiendo luego á ejecutar aparentemente persuadido de que no hallaría medios para llevarlas á efecto. May en breve conoció el comandante jeneral que este digno sugeto con su constante "no puede ser" era totalmente inútil para aquel género de guerra, y pensó seriamente en hallar quien pudiera sustituirle. Se habia valido en dos ó tres ocasiones delicadas de un jóven oficial que al recibir sus órdenes no habia manifestado la menor sorpresa de la naturaleza de ellas, ni temor por su ejecucion, sino que con un simple asenso, habia partido inmediatamente á obedecerlas. A este hombre, pues, elevó al ran-

go indicado y se asegura que ningún general ha tenido nunca mejor ayudante. En otra ocasión en que había experimentado algún retraso la llegada de ciertos botes que cargados de provision para el ejército, subían por uno de los ríos de Portugal, llamó el general á su presencia al comisario responsable de este servicio: "¿Por qué razón", le dijo, "no han llegado ya los botes?" Expuso el comisario la dificultad que ocurría, evidentemente fácil de vencer. "Pues, señor", replicó el jefe "si mañana á las 10 no están ya aquí, será V. fusilado". Los botes llegaron antes de dicha hora.

Tal vez la clase mas propensa á la entumecedora influencia de este miserable aforismo es la de los legistas. El hábito de rendir homenaje á la rutina establecida, conservando anticuados giros de fraseología tan necesarios á la buena inteligencia de sus actos, parece amalgamarse con ellos mismos y afectar todos los procedimientos de su razón. Nada importa lo pesado, insulso, costoso y vejatorio de las fórmulas de su profesión; se consideran como sagradas, y por consecuencia no pueden ni deben alterarse. Por esta razón sufrimos aun la influencia de usos que si bien eran adaptados al rudo estado social en que tuvieron su origen, son hoy farsa ridícula para un pueblo inteligente y progresivo. No por otra causa se requiere una aranzada de papel escrito para probar la propiedad de un terreno de poco mayor estension, y cuyo valor en venta bastaría apenas para cubrir los derechos de la escritura. He aquí la razón porque las costas para la reclamación de una deuda exceden en muchos casos á la deuda misma. Todos conocen estas necesidades menos los interesados en sostenerlas, aquellos cuya imaginación se halla comprimida ó amoldada por la continuación de las antiguas prácticas, y así nos queda el triste consuelo de suponer que algunos centenares de años han de pasar antes que nuestros nietos sean en este punto mas felices que nosotros. Citaré un ejemplo de la invencible inercia de esta clase de hombres. Habiendo manifestado á un miembro de un tribunal superior del crimen, que era ciertamente una práctica perniciosa el encerrar á los acusados de algun delito á veces por 3 ó 4 meses antes de que se viese su causa obligándoles á asociarse unos á otros, por cuyo medio se les castiga antes de que se pruebe su culpabilidad ó se expone al inocente á ser contaminado por los otros: "no puede ser de otro modo", replicó, "se les juzga lo mas pronto posible despues de cometida la ofensa, no puede adoptarse mejor plan; la ley es terminante sobre este punto". En vano le representé que todo el código debiera alterarse; que las sesiones de los tribunales podian ser permanentes, si fuese necesario por el procomunal y el de los individuos: no conocia la fuerza del argumento. Envejecido en la rutina de los trámites legales, no imaginaba la posibilidad de una cosa mejor. La idea era demasiado nueva para poder comprenderla. La menor alteracion *debía necesariamente* ser por lo peor. ¿No puede ser!....

EL CALENDARIO.

Depende el hombre tanto del estado de la atmósfera, no solo para su comodidad y bienestar, sino para su subsistencia, que es muy natural haya siempre sido objeto de su solicitud el determinar ó conocer de antemano sus cambios ó alteraciones. Cuando es vehemente el deseo de con-

seguir un objeto, nos dejamos frecuentemente estraviar por cualquiera que nos ofrezca ayudarnos en la consecución. El estado y temperatura de la atmósfera, que llamamos vulgarmente el *tiempo*, es una de las cosas en que se ha abusado en todas las edades y países de la credulidad del género humano, y en realidad parece ser aquella sobre la cual mas que en otra alguna ha establecido su dominio la superstición y la impostura. Hemos sobrevivido á las creencias favoritas de los tiempos menos ilustrados. El amor al dinero, si bien no ha dejado de ser una pasión tan fuerte y universal como siempre fue, á nadie ciega ya hasta el punto de perder su tiempo en buscar un disolvente que convierta en oro todos los demas metales. El deseo de prolongar la vida no induce ya á nuestros químicos á multiplicar las misturas y experimentos para extraer un elixir que la haga inmortal. Estas quiméricas esperanzas han huido para siempre no solo de la mente del filósofo sino de la multitud. Aun las predicciones que la astrología pretende deducir de la posición y movimiento de las estrellas con relación á la suerte de los individuos y naciones, aunque todavia hallan algunos crédulos lectores, han perdido mucho de la antigua fe que hacia considerarlas como intimaciones directas del cielo. Pero los pronósticos de la misma vana ciencia respecto al *tiempo*, que se publican anualmente, son aun creidos cuasi con tan buena fe como lo fueran cuatro siglos ha, por cientos de miles de individuos á pesar de los desengaños diarios que ofrecen. Traslado al calendario de Castilla la Nueva. Si fuera estelugar á propósito no sería acaso difícil indicar las causas que han contribuido á mantener esta superstición por tanto tiempo despues que han perecido otras muchas, pero será tal vez mas del caso manifestar brevemente las razones por las cuales puede sin temor asegurarse que semejante creencia es tan absurda como cualquiera de aquellas á que ha sobrevivido.

El tiempo, tomada esta voz en el sentido que ya hemos indicado, no es mas que otro nombre para espresar el estado de la atmósfera en cuanto á calor ó frio, humedad ó sequedad, reposo ó agitación &c. Las causas, pues, que ejercen en esta parte una influencia en el estado de la atmósfera, son las que producen las variaciones del tiempo, y estas variaciones solo podrian preverse si fuese posible calcular y medir con exactitud la fuerza de todas estas causas influyentes. No hay otro medio de llegar al conocimiento en cuestion. Pretender adivinarlo, como hacen los compositores de almanaques, por el movimiento de tal ó tales estrellas, es tan absurdo como lo sería el querer colegir qué viento deberá reinar en cierto dia de diciembre por el movimiento de una paja ó un pedazo de papel arrojado al aire en el mes de enero anterior. Aun si se probase (cosa que no ha sucedido aun, ni es de esperar que suceda) que la posición de los cuerpos celestes ejerce realmente una influencia sobre nuestra atmósfera, y fuera posible determinar en que grado, habríamos adelantado poco con este conocimiento, á no poder asimismo calcular la fuerza de todas las demas influencias cooperativas. Sin esto nos hallamos en la condicion de un hombre que intentase hacer la descripción de un estenso edificio por la mera inspección de uno de los ladrillos hallados en sus ruinas. Por consecuencia aun cuando los artifices de almanaques quisieran tomarse la molestia (que buen cuidado tendrán de no hacerlo) de meterse en cálculos profundos para obtener los pronósticos con que nos favorecen, no serian por eso mas fidedignos de lo que ahora son, pero es inútil añadir que no proceden en su obra con tanta ceremonia y formalidad. Las voces "frio", "humedad", "nieves y vientos", "revuelto", "buen tiempo", "calor" y otras semejantes con

que mechan el calendario, se obtienen por un procedimiento el mas sencillo del mundo, pues consiste solo en colocarlas arbitrariamente procurando, eso si, que haya cierta oportunidad en la insercion, para no poner "calor" en diciembre y "nieves" en julio. No hay, pues, un individuo entre los que consultan el oráculo, que no pudiese en menos de media hora fabricarse un calendario atmosférico para su propio uso.

Las mas profundas é ingeniosas investigaciones de la ciencia, aun en el estado de adelantamiento á que ha llegado ya, han ofrecido hasta ahora pocos ó ningun resultado en este difícil problema. Es verdad que se han determinado las principales propiedades del aire tanto químicas como mecánicas. Este elemento aparentemente simple ha sido separado en sus dos componentes de oxígeno y azoe. Se ha calculado su peso; se ha medido su elasticidad ó sea capacidad de expansion y comprension. Se han inventado instrumentos para descubrir la cantidad de calor, humedad ó electricidad que puede contener en un momento dado; pero el conocimiento de todas estas propiedades y circunstancias nos auxilia muy poco para predecir las alteraciones que va á sufrir la temperatura. Entre las propiedades del aire, aquella que parece intimar esta clase de novedades, al menos la de que hemos hecho uso hasta ahora, es su peso, y aun esta nos anuncia solo cuál será el estado probable de la atmósfera durante algunas horas, y no siempre con exactitud ni seguridad.

LA AFICION Á LA LECTURA.

Para los hombres desaplicados á quienes su desgracia y la educacion han hecho adquirir ideas equivocadas de las cosas, un libro es el objeto que mas tedio les infunde, y la lectura una ocupacion enfadada, cansada, irresistible. Estos infelices bostezan, oyendo leer á otro, se entristecen á la vista del papel impreso, y se horripilan entrando en una biblioteca y contemplando sus elevados estantes, todos embutidos de volúmenes.

Cuando uno de estos hombres me pregunta en qué consiste mi buen humor, y como es que sin ser aficionado á las diversiones bulliciosas me glorío de pasar el tiempo agradablemente entretenido, me guardo muy bien de contestarle que todos los días por espacio de muchas horas se me encuentra en mi cuarto ó en una biblioteca con los codos fijos sobre una mesa, la cabeza entre las manos, y los ojos fijos en un libro abierto: mi hombre contestaría que á semejante diversion, que á mí me enajena del mundo entero, preferiría él la existencia de una encina, ó la vida de un camaleon. Por eso para pintarle la cosa de otro modo, echo mano del lenguaje alegórico, y respondo de esta manera: "Yo, amigo y Sr. mío, asisto diariamente á una tertulia de hombres instruísimos y de muy buena conversacion: los unos me cuentan sus viajes, los otros me describen países de la tierra que yo por supuesto nunca he visto; cual me refiere pasados y extraordinarios sucesos explicándome alguna vez sus causas; cual me explica el movimiento y naturaleza de los astros, su relacion é influjo sobre el planeta que habitamos. Si pido versos hay quien me los recita en cualquiera idioma de los que yo entiendo, y de los mejores que en aquella lengua se han escrito. Si me hallo de humor de penetrar en los secretos de las ciencias ó las maravillas de las artes, luego hay quien se preste á darme sobre este punto noticias curiosísimas..."

Mi pobre pregunton oyendo esto se queda asombrado, y me envidia tan gustosa reunion, porque segun él dice, no hay cosa que mas le encante que la conversacion de personas instruidas. Yo sigo ponderándole los placeres de mi tertulia diaria; él me suplica que le introduzca en ella. Le contesto que una persona de sus prendas no necesita ni aun de que yo le introduzca, que le bastará para ser admitido presentarse solo en la puerta de la casa, y sin necesidad de vestirse de ceremonia... Fuera de sí el holgazán me pide las señas.—Plaza de Oriente, esquina á la calle de la Bola.—«¡La biblioteca!» esclama.—Sí, respondo, y los tertulianos son los libros.—Un gesto de mi interlocutor me indica que aun no ha caído de su burro, y que toda su aficion á la conversacion de los hombres instruidos no ha podido vencer su aversion á la lectura, que, sin embargo, viene á ser lo mismo.

JERSEY.

En el canal de la Manga, á cuatro ó cinco leguas de Francia, en el ángulo que forma la costa de Normandia y de la Bretaña, se hallan cuatro islas pertenecientes á Inglaterra, aunque por su situacion, usos é idioma parece que debieran componer parte de Francia. Aunque hace mas de siete siglos que pertenecen á los ingleses, conservan sin embargo las costumbres, las leyes, usos, y aun el mismo idioma de la antigua Normandia, y es admirable ciertamente, que los habitantes de estas islas no hayan sufrido casi ninguna alteracion en su organizacion social é idioma, despues de un transcurso de tiempo tan considerable.

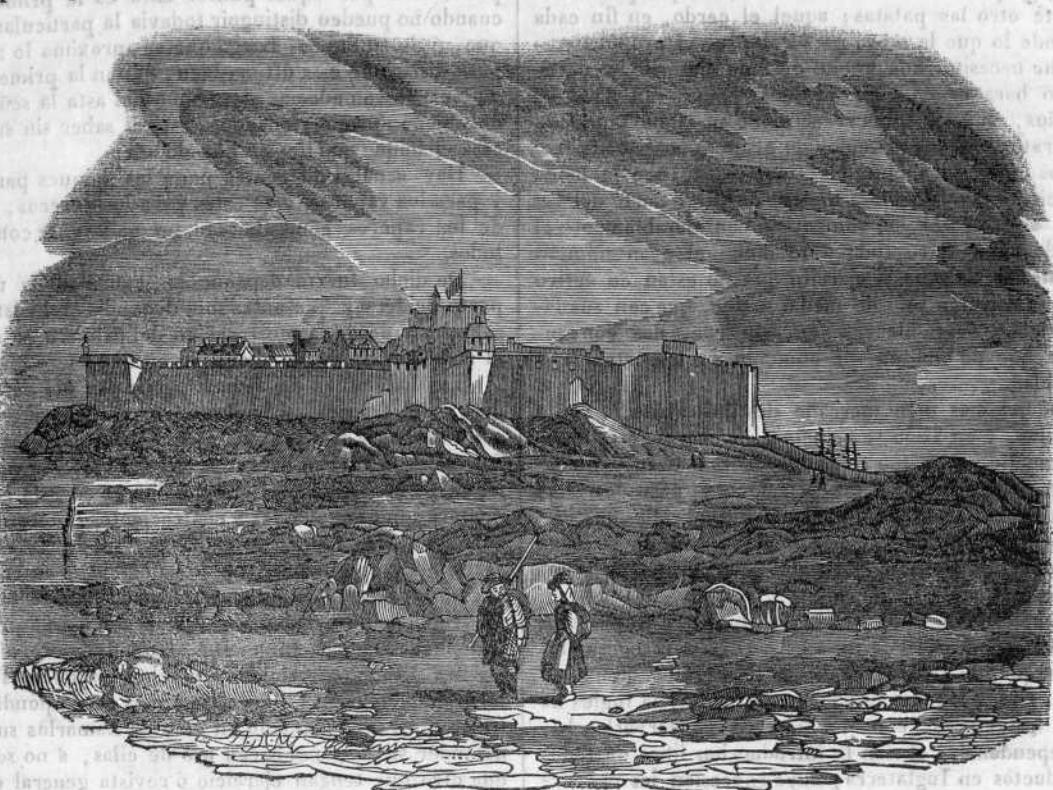
No es nuestro ánimo entrar en una relacion histórica de las islas de Jersey, Guernesey, Alderney y Sark, ni los límites de nuestro periódico nos lo permitirian, sino únicamente hacer una descripción sucinta de la primera de ellas, á la que pertenece el castillo cuyo grabado acompaña á este artículo.

La isla de Jersey es la mas considerable de estas posesiones inglesas, por su poblacion y estension superficial. Tiene cosa de $4\frac{1}{2}$ leguas de largo por 2 poco mas de ancho, presentando en todo una superficie cuadrada de unas 9 leguas con corta diferencia. Su poblacion es de unas 25,000 almas, aunque la feracidad de su suelo, la industria y aplicacion de los habitantes, el hallarse bañada por un mar abundante en pesca, libre de contribuciones y con varios privilegios en su favor, la aseguran una poblacion aun mas numerosa.

A los extremos de la bahía de S. Aubin, que tiene mas de media legua de diametro, se encuentra la villa de S. Aubin que toma su nombre, y la de Jersey, principal de la isla, y residencia de las autoridades superiores. La marea sube cerca de 40 pies en este punto, lo que es causa del contraste singular que presenta entre la creciente ó marea alta, y la baja, dejando en este último caso descubiertas una infinidad de rocas escarpadas sumamente peligrosas para las embarcaciones. En el centro de la bahía, y á un cuarto de legua del muelle de S. Helier, se eleva el castillo de Elisabeth, denominado asi por haberse principiado á construir en tiempo y bajo los auspicios de la reina de este nombre. El único camino para llegar á este castillo cuando la marea está baja, es en extremo pedregoso y arenisco, llamado por los naturales puente (*bridge*). En marea alta es preciso ir en bote, pues el camino se halla todo cu-

bierto de agua con algunas varas de profundidad. El aspecto que presenta el castillo Elizabeth desde el

muelle de S. Helier, es exactamente el que manifiesta la lámina.



La roca sobre la cual está edificado este castillo tiene mas de un cuarto de legua de circunferencia. La importancia de él en tiempo de guerra habrá sido considerable, pero en el día no presenta el aspecto guerrero que tenía en siglos pasados. Sin embargo, aunque se hallan cubiertas sus almenas y terraplenes de yerba, tiene constantemente una pequeña guarnición de infantería, con algunos artilleros para cuidar de los pocos cañones que conserva montados y listos, los que sirven para las salvas, y uno de ellos destinado para anunciar diariamente la salida y ocultación del sol, y aun se ven en él pirámides formadas por balas de cañón, y un almacén pequeño de pólvora.

La parte mas elevada del castillo donde tremola constantemente el pabellón de la unión, es la parte que se construyó en tiempo de la reina Isabel, habiéndose aumentado despues considerablemente en el reinado de Carlos I. En el centro del castillo está una sala llamada de la armería, en la que hay simétrica y vistosamente colocadas armas suficientes de todas clases para equipar algunos centenares de hombres. También conservan en esta sala con gran consideración, una bota de montar con su espuela de hierro, que dicen sirvió al mismo Carlos I.

En la cúspide de una roca elevada que se halla situada al Sur del castillo, accesible en marea baja, existe aun una especie de habitación, de una sola pieza, y esta reducida, llamada la "ermita". En ella se dice habitó muchos años un ermitaño llamado Helier (Hilario), que despues ha sido canonizado y ha dado nombre á la principal población de la Isla. Este, segun tradicion, se mantenía de las ofrendas que le llevaban algunos pescadores caritativos, los que tenían que aprovecharse de la bajada de la marea para cumplir con su caridad. El ermitaño dormía en una cama de piedra, que aun hoy se vé formada por una cavidad en la misma roca en que se halla construida la ermita. La perspectiva que se pre-

senta desde este punto es hermosa: por el Norte y Este se goza de la vista de una gran parte de la isla, que toda ella parece un jardín continuado, las dos villas principales y una ó dos parroquias: por el Sur se descubren las rocas terribles de que parece estar sembrada toda aquella parte del canal, y aun se distingue la costa de Francia y los buques, ya mercantes ó pescadores que surcan continuamente aquel peligroso mar, causando horror el observar el ruido espantoso que originan las olas al estrellarse contra las rocas escarpadas que circundan la en que está la ermita y que parece atentan á destrozarla.

Jersey, como hemos ya dicho, se halla á 4 leguas distante de Francia, si bien por la parte del Norte dista aun menos, y á unas 30 de la costa de Inglaterra. Consta de doce parroquias cada una gobernada por su respectivo condestable (especie de alcalde). Los doce condestables con otros tantos jueces y el Bailio y gobernador militar componen la corte, la cual da y altera las leyes, pero estas no tienen fuerza de tales hasta recibir la sancion real. El Bailio le nombra la corona, pero con la obligacion de ser natural de la isla: de manera que la única autoridad inglesa que hay en la isla es el gobernador militar, que es el presidente de los Estados. Estos y aquella celebran sus sesiones en la casa de ayuntamiento (*Court*) en la villa de Saint Helier. La población de esta villa es, con corta diferencia, de 15,000 almas. Tiene muchas y buenas tiendas de todos géneros, algunas de sus calles son bastante regulares, y las casas son cómodas y bonitas particularmente las nuevamente construidas, que por su elegancia, comodidad y buen gusto, pueden competir aun con las de la metrópoli de la misma clase.

El mercado, construido en el centro de la población, es bonito y limpio, y surtido de todo lo necesario al consumo de sus habitantes. Aunque todos los días hay puestos de todas clases, los sábados son los días de mas concurrencia, pues de todas partes de la campaña acuden

cual á vender la manteca; este la fruta, de la cual la manzana y pera son de las mas delicadas que puede haber; este otro las patatas; aquel el cerdo, en fin cada cual vende lo que le sobra para comprar al propio tiempo lo que necesita. Los precios de toda clase de comestibles son baratos, si bien no tanto como eran hace 10 ó 12 años, pues la concurrencia que su clima templado y la baratura de los artículos de primera necesidad, traído de los españoles emigrados, juntamente con la moda introducida entre la nobleza inglesa de pasar parte del verano en aquella isla, ha aumentado considerablemente el precio de todo. Agregando á lo dicho el gran número de oficiales de marina y ejército que no están en activo servicio y disfrutan solo de medio sueldo, que con sus familias vienen á establecerse en esta isla, nos convenceremos que de día en día aumenta su importancia y prosperidad.

Tiene además otro mercado destinado para la venta de ganados, y en 1855 se principió á construir otro al lado del muelle, para que sirviendo de matadero y únicamente para la colocación de carnicerías y pescaderías se evitasen las exhalaciones pútridas y perjudiciales que originan los restos, desperdicios ó corrupción de la carne y pescado, el cual no dudamos esté terminado completamente.

Su comercio es muy activo, tanto con Europa como con América, sirviéndole para este el número considerable de buques de todos portes que pertenecen á sus habitantes. Entre las concesiones que el gobierno inglés ha hecho á estas islas, con el objeto de conservarlas bajo su dependencia, es una la introducción libre de todos sus productos en Inglaterra, cuya concesión les proporciona la salida ventajosa de cuanto tienen, y aun es causa de introducir otros géneros con pretexto de ser producciones naturales de la isla. Sus habitantes hacen un contrabando muy grande con Inglaterra y Francia, con esta de tabaco, cuyos derechos de importación en Jersey son en sumo grado reducidos, y con la primera de té que traen de los puertos de Francia de contrabando también.

Los habitantes de las cuatro islas mencionadas en compañía con los de la costa inmediata de Francia, tienen el derecho de la pesca de ostras que abundan mucho en aquella parte del canal; pero siendo los isleños mas astutos y mejores marinos, pescan muchas veces en la parte que corresponde á los pescadores franceses, lo que origina grandes altercas los y aun á veces heridas y muertes entre ambas partes. Para evitar esto los dos gobiernos tienen constantemente cruzando una ó dos chalupas de guerra destinadas únicamente á conservar la tranquilidad, y que ni unos ni otros traspasen sus propios límites.

Al lado de S. Helier, hacia la parte del Sur hay un hermoso fuerte denominado del Regente, que se principió á construir en 1806 y concluyó pocos años después; pero á pesar de su hermosura y solidez no corresponde su importancia á la inmensa suma gastada en su construcción la cual, según Mr. Inglis, autor de una obra interesante titulada «Las Islas del Canal» subió á 800,000 libras esterlinas (unos 80 millones de reales). Tiene una guarnición inglesa que suele relevarse cada 8 ó 10 meses. Generalmente esta guarnición es de gente visón, que durante su permanencia concluyen su instrucción para marchar á otros puntos de mas fatiga é importancia; si bien alguna vez destinan á ella á algun cuerpo veterano, para que descanse de sus últimas fatigas.

En el extremo Norte de este fuerte, en su parte mas elevada, hay una especie de telégrafo para anunciar la arribada de los buques y la dirección que traen, pues

marcan la señal de Norte ó Sur según aquellos aparecen por este ó por aquel punto. Esta es la primera señal cuando no pueden distinguir todavía la particular del buque, ó de su dueño. Luego que se aproxima lo suficiente para distinguir esta última bien, quitan la primera, ó sin quitarla elevan además al extremo del asta la señal misma del dueño, proporcionando á este el saber sin salir de su casa el buque que llega y cuando ancla.

Hay señales diferentes para los buques particulares y para los vapores, y de estos para los correos, siendo la de los vapores generalmente un gallardete conocido de todos.

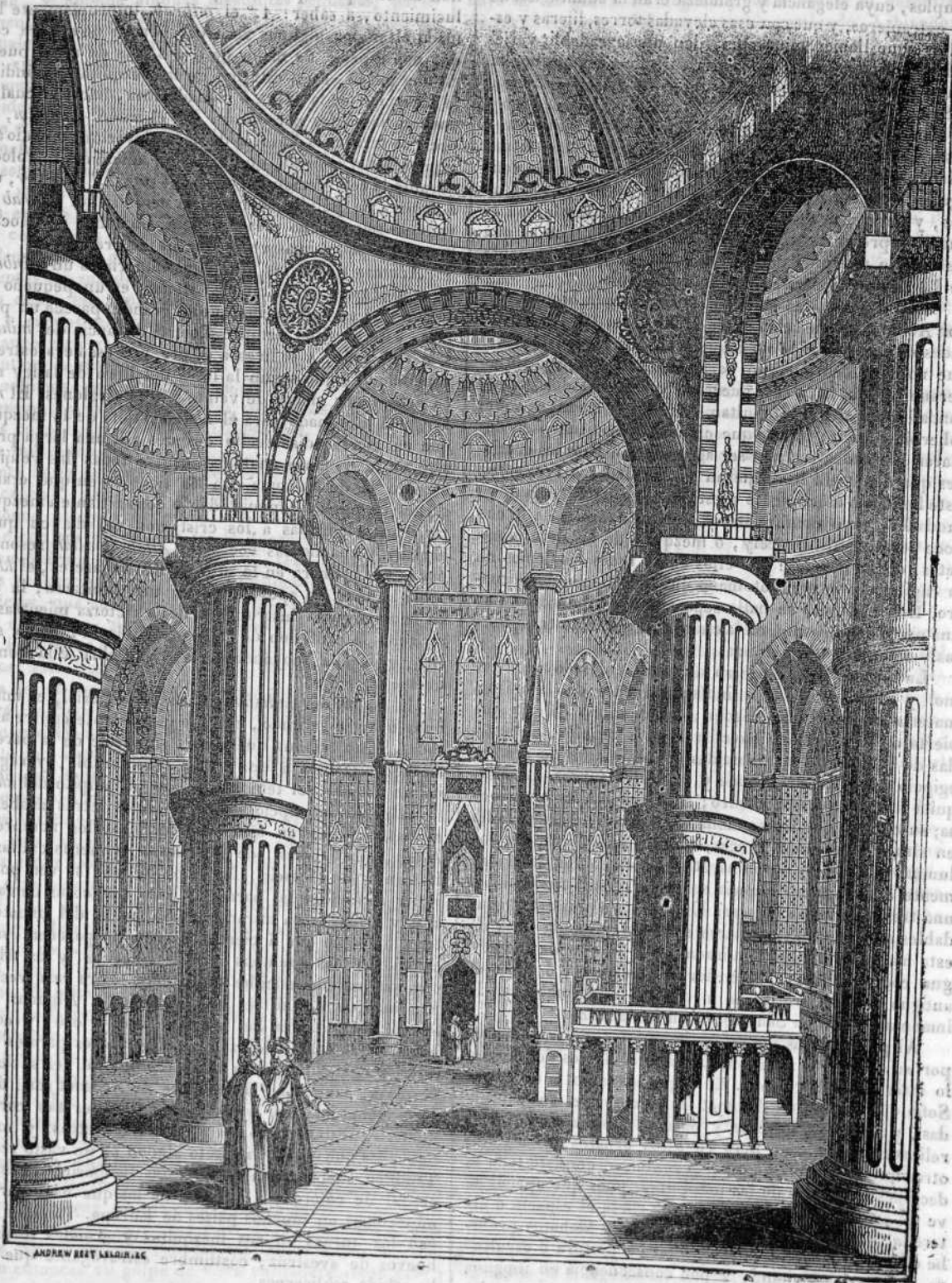
De dicho fuerte depende la seguridad de una gran parte de Jersey que antes solo dependia del castillo Elizabeth, y desde la construcción del primero ha resultado el menosprecio y casi abandono en que se ve el segundo.

Los habitantes de Jersey participan del carácter inglés y del francés, si bien son mas francos que aquellos, y no tienen la inconstancia que se atribuye á los últimos. Son afables para con los extranjeros, laboriosos y muy económicos. Los españoles que residieron en esta isla, cuyo número subió alguna vez á cuatrocientos, fueron tratados con gran filantropía. Sin embargo, se resienten del carácter de la metrópoli que los protege, respecto á sus vecinos franceses, á quienes miran hasta con cierta animadversión. Su economía y aplicación les ha proporcionado bienes, y hay entre ellos algunos comerciantes cuyo crédito y fortuna asciende á muchos millones. Todos son milicianos cívicos, y tienen las armas correspondientes en su propia casa, mas solo en caso de llamarlos su deber á defender sus hogares hacen uso de ellas, á no ser un día que otro que tengan ejercicio ó revista general de cuerpos. Se vanaglorian de haber rechazado varias veces á los franceses que han tratado de volverse á apoderar de las islas, particularmente en la última ocasión que lo intentaron y lograron introducirse hasta en el centro de la villa de S. Helier, siendo rechazados vigorosamente y derrotados por el pueblo armado. Aunque lo general del pueblo habla el francés vulgar de Normandía, (*patois*) se oye también buen francés é inglés; pero son muy pocos los que hablan bien uno y otro idioma, resintiéndose ambos, pero mas particularmente el segundo, de mala pronunciación. Los campesinos en general hablan solo el *patois*, y aun algunos tan cerrado, que aun el que sabe francés no les entiende, y ha sucedido dirigirles una pregunta en francés y contestar, que *no entienden inglés*.

La sociedad como el carácter participa de la de las dos naciones francesa é inglesa, si bien la gente llana se inclina á la francesa, y la de alto tono está por la inglesa. Sin embargo, se va generalizando algun tanto la última á consecuencia del contacto con los oficiales que fijan allí su residencia, y con los ingleses de rango que pasan el verano en la isla.

Recomendamos á nuestros lectores, que si alguna vez llegasen á ir á Jersey visiten la torre del príncipe, punto de reunión de varias partidas y comidas de campo en la primavera y verano, cuya perspectiva es hermosísima. Esta torre está situada un poco al extremo S. E. de la isla, construida en una colina pintoresca y rodeada de hermosos árboles y muchas flores. Su situación es de las mas elevadas, por lo que desde lo alto de la torre se goza de una vista estensa; las doce parroquias de que consta la isla se descubren desde dicho punto, y allí mejor que en ningun otro se observa el cultivo esmerado de las posesiones y la laboriosidad de los isleños. También hay en la campiña casas magnificas con todas las comodidades apetecibles.

L. G.



LAS MEZQUITAS TURCAS.

Gran dificultad tenía un europeo para penetrar en el interior de las mezquitas de Constantinopla pocos años
TOMO II.—6.º Trimestre.

hace todavía, porque ni podía hacerlo sin un firman especial de la Puerta, ni aun con él se libraba de los insultos.

24 de Setiembre de 1837.

tos y ultrajes de un populacho fanático. Esto era causa de que apenas fuesen conocidos sino por el exterior esos templos, cuya elegancia y grandeza eran la admiración de los extranjeros, y que con esas elevadas torres, ligeras y esbeltas, que llaman minaretes, dan una agradable variedad á la fisonomía y á la arquitectura de Constantinopla. En la actualidad, gracias á las reformas introducidas por el Sultan Mahamud, los turcos han dulcificado su orgullo y su animosidad, especialmente despues de los últimos reveses que han sufrido, y puede cualquier cristiano entrar y salir en sus mezquitas sin peligro. Podemos ya por consiguiente examinar los interiores de estos edificios sagrados, y dar razon de ellos, como vamos á hacerlo con el que se representa en el antecedente grabado, que es una vista de la mezquita del Sultan Achmet, la mas notable de las catorce imperiales de Constantinopla.

Esta mezquita fue edificada en el antiguo hipodromo, por Achmet I, que reinó desde 1603 hasta 1617. Las virtudes de este principe no impidieron que los musulmanes que no conceden derecho para edificar templos á un soberano que no haya sido guerrero y conquistador, se escandalizasen al ver al Sultan Achmet I levantar aquel soberbio edificio; puesto que el muphti no titubeó en declarar que nunca podrian ser agradables á Dios las oraciones que desde allí le dirigieran los verdaderos creyentes. Este bellissimo monumento atestigua la magnificencia de su fundador, cuyo nombre lleva, aunque tambien se le conoce por el Alti-Minarely, ó mezquita de los siete minaretes, distinguiéndose por ellos entre todas las demas de la capital del imperio otomano que solo tienen dos ó cuatro. Esta mezquita se halla separada del hipodromo por una pared no muy alta, en la cual se han abierto tres puertas y setenta y dos ventanas.

La misma pared encierra un patio enlosado de mármol y adornado de una lindísima fuente de la misma materia en forma de exágono; rodeale una galería cubierta de veinte y seis bóvedas, cuyas cúpulas, revestidas de plomo, estan sostenidas por columnas de granito egipcio con basas de bronce y capiteles turcos. La mezquita forma un vasto cuadro; su elevacion es asombrosa; su cúpula, que lleva mucha ventaja á la de Santa Sofia en altura, ligereza y gracia, estriba sobre grandes columnas macizas, y los minaretes que se lanzan atrevidamente á una gran distancia sobre la cúpula tienen cada uno tres galerías circulares. Una de las vistas mas agradables que pueden disfrutarse en Constantinopla es la de esta magnífica mezquita mirada desde lo alto de la antigua columna de bronce en forma de espiral, ó desde el antiguo obelisco erigido en medio del hipodromo, con la inmensa bóveda de Santa Sofia en lontananza.

Al paso que las mezquitas imperiales son imponentes por su altura y extension, la sencillez de los detalles en lo interior es estremada. En algunas, como la de Santa Sofia ó la del Sultan Achmet las columnas están esculpidas, y los arcos, bóvedas y paredes adornados de bajos relieves y mosaicos; pero en estos ornatos, y algunos otros que tienen sus numerosas ventanas, consiste toda la decoración interior de las mezquitas, pues que apenas se ve tal cual accesorio ó mueble que corte el espacio ó altere la sencillez del plan. La religion de Mahoma prohíbe como la de Moisés, representar en pintura ó escultura ningún ser viviente, y por consecuencia en ninguna mezquita hay cuadros ni estatuas. El órgano, que en las catedrales cristianas resuena con tanta solemnidad deleitando el oído de los fieles, tampoco es conocido de los turcos, los cuales no emplean la música para usos religiosos sino en las salas de sus derviches balladores. Carecen asimismo las mezquitas turcas de aquellas sillerías de coro, de aquellas cátedras y púlpitos, de aquellos ban-

cos, sillones y taburetes que en los templos cristianos pueden ostentar el primor del arte; solo tres cosas se hallan en ella principalmente y esas de poca apariencia y lucimiento, á saber: 1.º el *mihrab*, impropriamente llamado altar por algunos viajeros; porque no es otra cosa que una especie de nicho de 6 á 8 pies de alto, puesto en una pared, á un extremo de la mezquita para indicar la direccion de la Meca ó ciudad santa, hácia la cual se vuelven los fieles para orar: 2.º el *mahfil-muezzim*, especie de terradillo ó azotea de poca elevacion, situado á la izquierda del *mihrab*, en donde los muezzims se colocan durante la celebracion del oficio divino: 3.º el *kursy*, uno á manera de púlpito abierto á la derecha del *mihrab* levantado seis ú ocho pies del suelo, en donde se coloca el iman, las poquísimas veces que ha de predicar.

Ademas tienen las mezquitas imperiales un *minber* y un *mahfil* para el Sultan. El *minber* es un pequeño pavellon que en algunas mezquitas grandes parece un palomar; este se situa siempre á cierta distancia del *mihrab*, á la izquierda, y se llega á él por una escalera estrecha y pendiente, que segun la letra del libro de la ley nunca debe tener menos de veinte y tres escalones. El *minber* está destinado para el *khatib* ó jefe de la mezquita, que en ciertos dias recita despues allí una larga profesion de fé, y lanza anatemas contra todas las religiones escepto la de Mahoma. En los tiempos en que eran los turcos un pueblo conquistador y convertian en mezquitas las iglesias ganadas á los cristianos, el dia en que se abrian, y cuando las voces de *Allah il allah* resonaban por la vez primera en lo alto de los minaretes, el *khatib* subia la escalera apoyándose en una cimitarra; la tenia en la mano como instrumento de la victoria mientras que recitaba la profesion de fe, en seguida la blandia en el aire, y bajaba apoyándose otra vez sobre ella como al tiempo de subir.

El *mahfil* del *padishah*, ó *mahfil* imperial, es una tribuna ó lugar retirado, cerrado por delante con rejas doradas. Esta tribuna que nunca sobresale de la pared de la mezquita está á una altura considerable, y regularmente al lado del templo opuesto al púlpito del *khatib*.

Algunas inscripciones en grandes letras árabes, y ciertas tablillas en que estan escritos los nombres de Allah, de Mahoma, de los cuatro primeros califas, de Hassan y de Hussein; los hijos de Ali, se ven por acá y por allá sobre las paredes, pero son cosas demasiado lisas y llanas para mirarlas como parte del ornato del templo; como que á cierta distancia no parecen las inscripciones mas que unos garabatos negros, y las tablillas con sus marcos sencillos de madera negra rara vez ocupan mas de dos ó tres pies de espacio. Algunas tablillas de estas tienen las letras de azul y oro, y contienen pasajes cortos del alcoran. En varios parajes de lo interior cuelgan algunas lámparas que tal vez suelen ser de plata, aunque en la mezquita de Achmet son, ó eran á lo menos de oro y pedrería; pero es tan corto su número, distan tanto las unas de las otras, y son tan pequeñas que no hacen efecto alguno en un vasto recinto. Tambien suelen hallarse de estas lamparitas hechas de cristal de colores, á manera de las que usan para iluminaciones en muchos países de Europa. Tambien cuelgan los turcos en sus mezquitas y grandes mausoleos huevos de avestruz; costumbre estravagante que nadie ha sabido explicarnos.

El piso de las mezquitas está cubierto por lo general de esteras egipcias fuertes, tupidas, en una palabra, de excelente calidad. Hasta estos últimos años los turcos usaban unos lijeros borcuigos de cordoban sin suela, y encima unas babuchas ó chinelas fuertes con suela, que son las que reciben el polvo de la calle; por eso las dejaban

no solo al entrar en la mezquita, sino en el umbral de cualquier habitacion. Asi era que las esteras no se ensuciaban, y aunque algunas mezquitas pequeñas, particularmente en las provincias estuviesen descuidadas, las principales de Constantinopla se conservaban constantemente en un estado de esmerada limpieza. El interior de la mezquita del Sultan Achmet, de la de la Sultana Validé, de la Solimana del Eyoub, se hacian notables en este concepto; pero ahora que Mahamud ha hecho que muchos de sus vasallos gasten botas y zapatos como los nuestros, mas dificiles de quitarse que las babuchas turcas, no será fácil preservar del polvo y suciedad las esteras en que acostumbran á arrodillarse y prosternarse en las ceremonias de su culto.

Ademas de las catorce mezquitas imperiales que son imponentes en sus dimensiones jenerales, y están construidas desde los cimientos hasta el cimborio con escelentes y sólidos materiales, principalmente con un mármol blanco algo vetado de gris, se cuentan tambien en Constantinopla sesenta mezquitas comunes, que son otros tantos edificios considerables, bien que no de tanta belleza ni extension, y hasta doscientas mezquitas inferiores y capillas cuyo destino religioso indican los pequeños minaretes que están contiguos.

Santa Sofia se mira siempre como el primer templo de la capital; pero á la mezquita del Sultan Achmet es á donde el gran Señor va con toda su corte para cumplir con sus devociones en la época del *Bairam* del *Courban-Bairam*, y del *Melvoud*, las tres únicas fiestas clásicas reconocidas por el código religioso de los turcos. El *Bairam*, que se llama tambien *Id-fitr*, ó quebrantamiento del ayuno, sigue al *Ramadam* que es la cuaresma de los turcos y puede compararse á la pascua de los católicos: esta fiesta dura tres dias. El *Courban-Bairam* ó fiesta de los sacrificios cae setenta dias despues de la primera, y dura cuatro dias. El *Melvoud* es una fiesta que *Mourad III* instituyó en 1588, en memoria del nacimiento del Profeta; pero solo la celebran el sultan y su corte; no dura mas que un dia, y se reduce á visitar la mezquita del Sultan Achmet.

Los turcos observan generalmente el ayuno del *Ramadam* con tanta rigidez como los judíos, y mientras dura se están desde que el sol sale hasta que se pone sin comer cosa alguna, y sin mas distraccion que la pipa y el café, por eso les causa tanta alegría la terminacion del tiempo de ayuno. Ellos saltan y bailan dando vueltas al son de la guitarra y el tamboril; ellos se abrazan unos á otros; ellos hablan llenos de gozo de la noche próxima, de aquella noche esperada con tanta impaciencia, en que la primera claridad de la luna anuncia el fin del *Ramadam* y el principio del *Bairam*. Las lámparas y las guirnalda que cuelgan en las casas indican la cercanía de la fiesta. Por todos lados se presentan á los ojos muchachos adornando las ventanas, víctimas pascales preparadas para el sacrificio, bazares ó tiendas en donde los mas vistosos trages son tentacion de los transeuntes y paseantes. Desaparece la acostumbrada gravedad de las fisonomías; andan los turcos con paso mas acelerado que de costumbre; todo presenta un aspecto de placer, de esperanza y de alegría. Innumerables filas de lamparillas iluminan las mezquitas mayores que ofrecen entonces un golpe de vista verdaderamente mágico; particularmente se distingue la mezquita del Sultan Achmet, la Solimana, y Santa Sofia. En medio de la tranquilidad de la noche, Constantinopla entera y el pueblo que encierra esperan la señal de la fiesta. Colocados en lo alto de los mas elevados minaretes, acechan los imanes con los ojos clavados en el cielo el primer rayo de la nueva luna; y en el momento que

se llega á ver, mil voces de júbilo pueblan los aires, y son repetidos por todos los ecos de la vasta ciudad. La hora de los gozes ha llegado y va á entrar el desquite de las privaciones del mes anterior comiendo, bebiendo; y entregándose á una no acostumbrada glotonería.

Aparece la aurora del dia siguiente, primero del *Bairam*, y cien bocas de fuego la saludan con su estampido. Una muchedumbre de navios, que ostentan los colores de cien naciones diferentes y se hallan colocados en toda la circunferencia de la media luna de oro, responden con sus descargas á las que resuenan simultaneamente en el serrallo, en la Tophana, en los cuarteles. No puede darse cosa mas magnífica que el aspecto de Constantinopla en tal momento. Por otro lado la felicidad se ve pintada en todas las caras; por las calles todos se van mirando con cierta benevolencia y fraternidad; y no es cosa rara en tal época ver á un pobre apretar la mano y abrazar á un hombre rico y poderoso que le devuelve su saludo como á un igual suyo, como á un hermano en el profeta, como á un sectario de la verdadera religion, destinado á participar como él en algun dia los gozos del paraíso. No se encuentra un habitante que no vaya engalanado con sus mejores vestidos, y por todas partes resuenan los suaves acentos de la música mezclados con himnos de gloria en honor del profeta. Los turcos usan para esta brillante solemnidad de un traje llamado tambien *Bairam*, que es parte de la herencia de cada familia, y se trasmite á tres ó cuatro generaciones.

El primer dia del *Bairam* es cuando el sultan se traslada con fastuoso aparato á la mezquita de Achmet. Entonces, el vasto espacio que nuestro grabado representa en solo una pequeña parte, se llena con la corte del sultan, y queda inundado de muftis, de ulemas, de bajás, de beyes, y otras dignidades del imperio, acompañados de sus hijos y de un ejército de siervos ricamente vestidos. A su vuelta el gran señor atraviesa la ciudad pasando por el antiguo hipodromo, y se dirige hacia el serrallo en donde entra por la Sublime Puerta.

Todo este lujo oriental debe precisamente haber disminuido mucho, desapareciendo aquellos trages tan bellos, tan magestuosos, tan espléndidos, que Mahamud ha proscripto para sustituirles un vestido mas á propósito sin duda para los ejercicios militares, pero cuya mezquindad será causa de que por mucho tiempo se eche de menos la antigua magnificencia.

PANORAMA MATRITENSE.

HABLEMOS DE MI PLEITO.

«*Beatus ille qui procul negotiis.*»

HORAT.

«*Dichoso el que de pleitos alejado...*»

Cuando la imaginacion se halla afectada de una idea dominante, es en vano el pretender reducirla á ocuparse en otro objeto; pues la menor coincidencia, la mas insignificante espresion, suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos, y volvernos á lanzar de nuevo en el agitado círculo de aquella misma idea de que pretendíamos huir.

Hablo por experiencia propia, y si ya de antemano

no, estuviera muy convencido de ello, el suceso presente bastaría á probármelo con rigurosa exactitud.

Después de haber pasado una noche bien larga y agitada soñando con lo que suele soñar un litigante, es decir, con *mi pleito*, me preparaba á disipar aquellas tumultuosas ideas, borrageando un artículo crítico-burlesco que ofrecer á mis benévolos lectores; pero el Diablo (que no duerme) había estravasado entre mis papeles uno que por el sello real, sus anchas márgenes, y las tres iniciales «M. P. S.» que le encabezaban, reconoci muy luego por uno de los alegatos, el alegato núm. 62 de mi derecho en el pleito consabido. Y no fue menester mas para que mi imaginación rebelada de nuevo y dispuesta á no transigir con otra idea, me arrancase violentamente á mis propósitos, lanzándome sin voluntad mia, desde el palacio de Momo al Santuario de Themis, desde mis libros favoritos á la Guía de Forasteros y al Febrero adicional, desde la festiva máscara de Talía á la indigesta faz de un escribano.

El compromiso era grande; de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres; por otro mi pluma negándose por aquel momento á trazar otras frases que no fuesen las consabidas del *otro-si* y del *y por qué*; Addison y Labruyere huyendo á todo correr de mi cabeza; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura; mi memoria llena de trámites judiciales; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas; ¿qué recurso, pues, me quedaba? ¿recurso de apelacion ó de injusticia notoria? Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar si fuese posible aquellas dos ideas, y supuesto que el público reclamaba costumbres, y que mi imaginación se encastillaba en el foro, probar á escribir un artículo de costumbres del foro, con lo cual tranquilamente y como por la mano encontraba la salida de tan grave compromiso. Tomada en fin esta resolución falta saber si los lectores aceptan el partido.... ¿Dicen VV. que sí?... vaya, pues *hablemos de mi pleito*; casualmente *aquí tengo los papeles*.

Ante todas cosas conviene advertir que yo no soy de aquellos litigantes infatigables que en llegando á agarrar por su cuenta un tantico de auditorio, no están contentos si no le embocan la historia de su litis, tomando su principio, cuando no desde el pecado de Adán, por lo menos y en gracia de la brevedad, desde la mismísima Arca de Noé. No señor; nada menos que eso; me hago cargo de la razon, y á decir la verdad ¿qué les importa á los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tio materno, el cual tio lo recibió directamente de su padre, y este se hizo cargo de él por via de dote con la blanca mano de mi bisabuela, la cual es fama que ya venia representando en el tal embrollo el derecho y accion de tres generaciones anteriores? ¿qué falta les hace enterarse de que este tal pleito sea sobre propiedad de unas, en otro tiempo viñas, en tierra de Jerez, ni que empezara su sustanciacion (la del pleito, no la de las viñas) en dicha ciudad, y que siguiera en Granada, y que luego viniera á Madrid, y pasara por todos los juzgados posibles (incluso el de los Mostrencos) y subdividido en incidentes como un drama romántico, ó en artículos como el *Panorama Matritense*, abraza en fin bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas, de cuatro alcaldes mayores, dos audiencias, una chancillería y un supremo consejo? ¿qué les importa, digo, saber que el dicho proceso entre interlocutorios y definitivos, entre confirmaciones y reformas cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias, de las cuales cinco á favor de la contraria y cinco al mio, amen de otras cuatro á guisa de oráculo á logogrifo que nadie ha acertado á

descifrar? ¿qué adelantará en fin con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el fecundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados, las viñas desaparecieron hace siglo y medio, y que hoy día la tradicion se esfuerza vanamente á conjeturar hacia qué parte, legua mas ó menos, estuvieron plantadas?

Todo esto á decir la verdad, de poco ó nada aprovecha al lector, y de lo que si únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fe de mi abogado; el cual me lo asegura á mi bajo la fe de la Novísima recopilacion; fe sin embargo tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiar, empenándose en favorecer á mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes, de que uno y otro somos litigantes de buena fe, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinacion respectiva heredada y adquirida es tal, que ni que fuéramos partidos políticos, y antes consentiríamos en perder ambos la existencia que acercarnos al menor término de transacion y de acomodo. Nada de eso. «Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho.» «Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela.»

Y nuestros abogados respectivos dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen mas y mas de nuestra justicia (todo por supuesto con su cuenta y razon), y nos esplayan y formulan nuestros derechos, á tanto la hoja, y nos ajustan un memorial cargado de razon, y nos alfojan el bolsillo descargado por ellos de pesetas. Asi que lo menos curioso del tal pleito somos las partes, quiero decir, mi contraria y yo, porque solo aparecemos en relacion, y nuestro nombre solo sirve de pretesto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir á fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro formado en las aulas salmanticenses, curado en chancillerías y audiencias, cocido luego en concursos y abintestatos por todas las escribanías de número de esta heroica villa, y servido despues en menestra de tanteos, moratorias y despojos en todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. Déjase por lo dicho inferir lo sabroso que será el manjar de su forense erudicion, y si habrá causa por menguada que sea que no adquiera en manos de D. Simeon Pandectas todos los colores del iris.

«El estilo (dice Montaigne) es el hombre»; y si esta observacion es exacta, como yo creo muy bien, pueden echarse á discurrir que hombrecito será el que escribe por este estilo. — Y por cuanto los supradichos argumentos bastarian á pulverizar y reducir al silencio cualquiera erizada bateria de sofisticas almenas tras de la que pretendia encastillarse la contraria; y por qué, las pruebas en que hoy nos revolcamos, combinadas y puestas en infusion en el lucifero crisol de la sabiduría de V. A. no podran menos de hacer patente á todas luces del día y de la noche, de presentes y venituros, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulacion y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez en fin que en los ciento sesenta y dos años que ha que acudió mi cliente á sus causantes al templo de la justicia en denuncia de la detentacion de que era victima por parte del precitado N. y atendiendo á que despues del sostenido combate con que demandantes y demandados, Tirios y Troyanos han venido sosteniendo el argumento respectivo en el magnifico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoy desentrañamos, aparece en fin satisfactoriamente dilucidada la cuestion, y disipadas las densas

nieblas, resplendente penetrando el sol de la verdad en las mentes mas acerasadas y obtusas.—A V. A. Suplico se sirva por méritos de lo expuesto proveer, resolver y determinar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejo impetrado, y anular y reformar las ilegalidades (hablo con la venia) del inferior, como así es de justicia que pido, juro, costas etc.—Otro si digo; que por cuanto en el alegato contrario á que contesto se sientan espresiones á su folio 14 vuelto líneas 16 por manera injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole retrógrado y añejo, y á su estilo exótico y gerundense, con otras varias demasías que ponen de manifesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendiente.—A V. A. Suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustracion tenga á bien ordenar, como tambien así procede en términos legales etc. etc.—Licenciado D. Siméon Pandectas.—Honorario por reconocimiento, estracto y alegato, cien ducados».

El defensor de la contraria es en efecto un jóven de 28, recientemente laureado por la universidad de Alcalá, y tan diferente en genio y en estilo de mi vetusto D. Siméon, como se infiere de todos sus escritos en que todavía respira el sabor declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indigestas disertaciones de mi letrado suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente.—“¿Hasta cuando, Señor, hasta cuando la contraria abusará de nuestra paciencia? ¿Hasta cuando el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad ó la ignorancia, el de la justicia y la sana razon? ¡Alma virtud! Tu que desde el cielo riges el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi defendido, y dinos que á él y solo á él pertenecen las viñas en cuestion! Abranse, Señor, las páginas de la historia, y desde las mas remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad combatido por los sofisticos argumentos de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por do quier á su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos mas remotos, escuchemos únicamente al gran orador del foro explayar con este motivo las reflexiones siguientes. (Aqui transcribía un buen trozo de la oracion pro domo sua, y continuaba). Ni se diga, Señor, que para huir del caso presente me remonto á los tiempos heroicos y á las legislaciones estrañas; no; para dar la robustez necesaria á mis argumentos la justicia patria me servirá de apoyo suficiente; abranse esas partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo, recórranse esos Fueros, y Recopilaciones, y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de Decretos y Reales órdenes, y se concluirá etc. etc...” y por aqui iba discurriendo hasta que probaba con los discursos de Mirabeau y las coplas de Jnan de Mena, que las tierras no me pertenecian, y que se me debía imponer perpétuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personajes que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos á la sombra de sus respectivas banderas dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una gerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y agentes; los escribanos de cámara, de número, y de diligencias; los relatores y agentes fiscales; los pajes de bolsa, alguaciles y porteros, y otra porción de aves menores de esta gran familia plumática, forman vistosa y distinguida comparsa á los dos mantenedores del torneo, ó sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galar-

don del vencedor. Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las plateadas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, é interpretan al caso particular las disposiciones generales de la ley.

¡Oh dichosa la edad, y siglos dichosos aquellos en que un sexagenario patriarca sentado en el humilde escaño á la sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente espresadas de los demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo á entrambas, y sin mas código que el de la verdad y la sana razon, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban á respetarla, y á dar á cada uno lo que suyo era! Empero, por desgracia, aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de petulancia y de falsía, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la ley, y la estatua de la justicia se vió á veces cubierta con el velo del error, y la sofistería ó la mala fe pugnaron por estender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entonces, cual en templo profanado y en ruinas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murellas los malignos insectos ó las silvestres plantas, viéronse hormiguear en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas que hicieron temer al hombre justo el acercarse á tan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la Discordia se ha entrado de rondon por tus puertas, y que sin parte activa tuya has sido víctima de algun entuerto que en pro de tu interés ó de tu buena fama te conviene enmendar ó desfacer. Tu quisieras, ¡ya se ve! acabar si fuese posible en un minuto con tu competidor (ó sea si te place competidora) y cuando esto no fuera dable, acudir á quien breve y sumariamente te diese la razon si la tenias y á tu contrario obligase á dártela tambien. Cosa es todo esto muy natural y sencilla en teoría, pero el interés (principal móvil que dirige esta máquina mundana) ha llegado á poner en la práctica tales travas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino á los contrincantes y arrebatarles á su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y á tal punto llegan las cosas y tal ha venido á parar la señora justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, y solo á los iniciados en sus misterios (los misterios de la verdad!) es dado el penetrar en su oráculo y promover é interpretar sus decisiones para darlas luego á conocer á los profanos á quienes obliga su cumplimiento; porque los abogados dividen el mundo en dos clases de gentes, á saber: abogados, y no abogados; á la primera regalan la inteligencia, en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. g. de tu pleito, lector amigo has de saber que desde el primer momento que le entables, aparece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padrinos forenses, porque ellos te harán quedar á la entrada del palenque, y solo ellos penetrarán en el interior, y alli te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus municiones.

Y así es que para presentarte á usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar á un escribano real Notario de los reinos, para que use de él por tí, porque nada serviría que tu dijese. “Yo, fulano de tal, quiero esto y digo lo otro, y otorgo lo de mas alla”, si un escribano no da fe de que tu eres tu, y que quieres

otorgar ó decir lo que quieres decir y otorgar; que es decirte, que si quieres ser creído en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder *ampio, general, y bastante cual de derecho se requiere y es necesario* á fulano ó mengano para que te defienda en el supuesto pleito etc., con otra multitud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como estas.... "*pida ejecuciones, prisiones, solturas, embargos, desembargos, ventas, trances y remates de bienes*".... "*Tache y contradiga, recuse, jure y se aparte*".... "*Oiga autos y sentencias, interlocutorios y definitivos, consienta lo favorable y de lo adverso apélle y suplique*" etc. etc.... todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto en el papel del sello correspondiente, porque también desde aquel momento has renunciado á tu papel, por muy bueno que lo gastes, habiendo de trocarse por otro bastante malo, pero que no por eso dejará de costarte á razón de cuarenta maravedís por foja; y advierte que estas tampoco serán economizadas por los amanuenses, que con sus anchas márgenes y letras gordas parecen tener convenio tácito con la Hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado con él la misteriosa incubación de tu persona en la persona de tu apoderado, desaparecerá aquella, y únicamente quedarás bajo la forma de tu agente de negocios, ó tu *alter ego*, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos é instrucciones, pero sobre todo los fondos, porque sin ellos te espones á verle convertido en autómatas descompuesto, y solo quiero recordarte lo que con este motivo dice el ingenioso D. Ramon de la Cruz.

"Los Agentes y relojes son máquinas delicadas, que si no se les da cuerda luego al instante se paran."

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda habia tenido un pleito) se anticipó á espresar una idea semejante en los siguientes versos:

"Cualquiera que pleitos trata aunque sea sin razon, deje el río Marañon y éntrese en el de la Plata, que hallará corriente grata y puerto de claridad."

Verdad."

Mas volviendo al agente, este tampoco se presentará ostensiblemente en representación de tu derecho sino que oculto entre telones, dirigirá desde allí los movimientos de los actores, regulará su acción, y aplicando á la máquina el necesario combustible, la hará marchar con la rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan ú entorpezcan. Por lo demás aparentemente y para dar la cara en la cuestión, él substituirá tu poder en uno de los Procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal á la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en *tomas y recibos* (tomando y recibiendo), y en *apremios y términos*, y *rebelcias* y *avisos* te regalará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar á la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal, ya ha presentado el poder que le autoriza y el juzgado ha dicho: "*Hdsele por parte*"; ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su juicio material ni sus escasas letras, con que tienes precisión de valerte de

un abogado, (y si no los has por enojo te recomiendo al mio que ya habrás conocido por el estilo que es hombre de calibre, y de brocha gorda), el cual formulará tu petición en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador, y este al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá. "*Traslado á la otra parte*", y la otra parte no querrá acudir á responderte, y tendrás que acusarle tres *rebelcias* con otros tantos *autos*, y por último se presentará, y luego pedirá tres *términos* para contestar, y al cabo de ellos lo verificará, y vendrá de nuevo el proceso á manos de tu defensor, que volverá á reproducir lo dicho, y luego al otro, y despues á ti, y mas adelante serás *recibido á prueba*, y se te concederán los ochenta días de la ley; y ambas partes buscareis testigos y hareis largas informaciones, y despues cuando el escribano dé cuenta al tribunal, este dirá que lo haga el Relator, y este hará nuevo extracto y apuntamiento y relacion, y dirá el tribunal "*Pase al Fiscal*", y este mandará á su agente fiscal que le diga lo que ha de responder; y luego vuelta á la rueda; y á lo mejor el contrario formará un artículo de *no contestar*, el cual es otro pleito aparte (como si dijéramos un episodio del drama), y despues de bien sustanciado se reunirá todo á la principal, y por último se llamará á *estrados*, y acudirán los abogados á esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dirá: "*Vistos*"; y os retirareis; y aquella noche no dormirás, y á la mañana siguiente vendrá el paje del Relator con una providencia que no entenderás y tu agente tampoco, y la pasarás al abogado, y este no se conformará, y *apelará* á la otra sala y vuelta á la rueda; y despues será confirmada la sentencia, y *suplicarás* de ella, digo, *suplicarán* tus nietos, porque tu supongo que ya estarás hace años en el otro mundo; y por último tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin tu riesgo; y hallarás que tus viñas, (si pleiteas por viñas como yo) se han transformado en *pedimentos, autos, apremios, tiras, juntas, pases, encomiendas, tomas, llevadas y traídas, firmas, notas, entregas, propinas, y papel sellado*; pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesion de lo que ya no existe, y un proceso en variedad de letras por donde puedan aprender á leer tus viznietos; esto si ganas el pleito, mas si lo perdieres, te quedarás sin todo aquello, mas sin la ejecutoria, y solo podrás usar de la cuerda de los autos si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu existencia.

Perdona, caro lector, si la ajitación de mi mente me ha conducido á donde no pensaba; tu por fortuna acaso te hallas libre de este temor; mas para lo substancial que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo... que no le tienes? (me dices); ¡tanto mejor! ¡Dichoso tu que te habrás fastidiado con la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle repitiendo con Horacio: *Beatus ille qui procul negotiis!*

El curioso parlante.

CAZA DE ABEJAS

EN LA AMERICA SEPTENTRIONAL.

Las hermosas praderas, donde nos hallábamnos acampados en la ribera izquierda del Misisipi, (1) abundaban en árboles colmeneros, es decir, árboles en cuyos troncos secos habian establecido las abejas sus colmenas. Es sorprendente la multitud de estos útiles insectos que en el

(1) Viajes de Washington Irving.

espacio de pocos años han inundado aquellas comarcas: Los indios los consideran como los precursores del hombre blanco, así como el búfalo lo es de ellos; y afirman que á medida que la abeja avanza, el indio y el búfalo se retiran. Solenios asociar el zumbido de una colmena con la alquería y la huerta, considerando á aquellos pequeños e industriosos animales en íntima relación con la bulliciosa sociedad de los hombres, y efectivamente me han asegurado que pocas veces se encuentran aquí las abejas silvestres á larga distancia de la frontera. Han sido los heraldos de la civilización precediéndola sin cesar á medida que avanzaba desde las orillas del atlántico, y algunos de los antiguos pobladores del occidente pretenden recordar el día mismo en que el primer emjambre atravesó el Misisipi. Los indios vieron con sorpresa los árboles ya muertos de sus bosques destilando un néctar dulcísimo, y nada puede esceder el ansia con que saborearon por primera vez este sencillo manjar del desierto. Hoy pululan las abejas á millares en las frondosas enramadas que rodean ó interceptan las praderas, estendiéndose por las orillas de los ríos. Poco hacia nos hallábamos en el campo cuando salieron unos cuantos colonos en busca de un árbol colmenero. Deseoso yo de presenciar esta expedición me reuní á ellos: guiaba la caravana un veterano cazador de abejas, cubierto con un basto *poncho* (1) tal vez tejido por él mismo, que colgaba suelto de su cuello, y un sombrero de paja bastante parecido á una colmena. Un compañero igualmente aparejado pero sin sombrero caminaba á su lado con una escopeta larga al hombro. Seguían á estos media docena más, unos con hachas, y otros con escopetas, pues nadie se aparta del campamento sin armas de fuego, á fin de estar prevenido contra las fieras ó contra los indios bravos. Después de andar por algún tiempo llegamos á un parage abierto del bosque: hizo alto nuestro guía, y luego se acercó pausadamente á un arbusto en cuyo remate observé un pedazo de colmena. Conoció era este el cebo para las abejas silvestres: algunas zumbaban á su derredor, se internaban en sus panales, y cargadas de miel se elevaban en el aire y procedían luego en línea recta con una velocidad increíble. Los cazadores observando el rumbo que tomaban siguieron en la misma dirección tropezando y saltando sobre árboles caídos y matas espesas con la vista siempre fija en las fugitivas abejas.

De este modo las perseguimos hasta su colmena, situada en el tronco hueco de una vieja encina, donde después de varias vueltas y evoluciones se entraron finalmente por un agujero abierto á unos 60 pies del suelo. Dos de los cazadores empezaron á hacer uso de sus hachas con el objeto de derribar el árbol. Los meros espectadores y aficionados se retiraron entonces á cierta distancia donde estuviesen fuera del alcance del árbol al caer, y libres de la venganza de sus moradores. No parecieron estos asustarse de los golpes repetidos del hacha, antes continuaron su industriosa tarea como de costumbre. Unas llegaban á depositar su carga en el laboratorio y salían otras en busca de nuevas provisiones; semejantes á los activos especuladores que en un mercado concurrido se agitan y afanan sin pensar que tal vez en aquel instante amenaza sus fortunas una fraudulenta bancarrota ó imprevista ruina. Un crujido áspero del tronco que anunciaba su pronta destrucción no fué aun bastante á distraer á las abejas de su afanoso trabajo. Al fin cayó el árbol con tremendo estallido, y abriéndose de extremo á extremo puso á descubierto los tesos-

ros de la república. Uno de los cazadores se acercó inmediatamente con un puñado de heno encendido para guarecerse de las abejas; pero estas, sin embargo, no atacaron ni procuraron vengarse. Aterradas con la catástrofe y sin sospechar la causa, se mantuvieron con ansiosa solicitud al rededor de sus ruinas, sin causarnos molestia alguna. Cada uno de nosotros entonces armado de cuchara y navaja se echó sobre los panales cargados de miel de que estaba llena la concavidad del tronco: algunos eran añejos y de un color amarillo oscuro; otros encerraban miel blanquísima y casi transparente. Los panales enteros fueron colocados en ollas de campaña para transportarlos al campamento, y aquellos que se hicieron pedazos con la caída nos los comimos allí mismo. Veíase á cada uno con un fragmento de panal en la mano destilando sabrosa miel, el cual desaparecía con la misma rapidez que un pastelillo en boca de un muchacho. No fueron solo los cazadores los que se aprovecharon de la caída de esta industriosa comunidad. Como si las abejas hubieran querido imitar en todo al hombre activo y trabajador, se veían llegar con presurosa solicitud emjambres rivales á enriquecerse á costa de la ruina de las vecinas. Agitábanse con tanto ardor é interés como el que emplean los que despojan un navio naufragado que la tempestad arroja sobre la costa, penetrando en las rotas colmenas, saboreando alegremente el néctar que encerraban, y dirigiéndose luego bien fletadas á su domicilio. En cuanto á los míseros propietarios de las ruinas, parecían no tener ánimo para nada ni aun para probar del fruto de su propia industria, contentándose con vagar en torno de su derruida mansion como yo he visto á un hombre cierto día pasearse con las manos metidas en los bolsillos y silvando con aparente tranquilidad al rededor de su casa que acababan de consumir las llamas. Difícil es de concebir la sorpresa y confusión de las abejas que, ausentes en el momento de la catástrofe, llegaban de tiempo en tiempo con provisiones para la colmena: al pronto giraban por el aire en el sitio adonde llegaba antes la cepa del árbol sorprendidas de hallar allí un vacío: al fin como si comprendiesen el desastre, posaban amontonadas en la rama seca de un árbol inmediato desde donde parecían contemplar su ruina y lamentar la destrucción de su floreciente república.

EL BUEY DEL ALMIZCLE.

Cada vez que nos proponemos dar á nuestros lectores un artículo de zoología, desearíamos transmitirles las observaciones hechas en el animal vivo, pues sin duda alguna serian mucho mas interesantes tanto para el naturalista como para el curioso, porque aunque pierdan algunos de sus hábitos naturales al privarlos de su libertad y mucho mas si se les transporta á otro clima y suelo distinto de aquel de que son indígenas, siempre nos proporcionan datos mas aproximados de su naturaleza é inclinaciones. Mas aun esto mismo no es siempre posible; en muchos casos la índole ó constitución del animal no permite se le arranque del suelo que le vió nacer, ó su esquivéz y astucia hace muy difícil su adquisición, y estas circunstancias unidas tal vez á la escasez de la especie nos obliga á contentarnos con las noticias que de él han podido adquirir los viajeros respecto de sus hábitos y naturaleza, y con la disección de su piel para tomar conocimiento de su figura.

En este caso nos hallamos con el *buey del almizcle* representado con exactitud en la lámina que acompaña. Su figura es muy diferente de la de los bueyes comunes, pues mas que buey parece un carnero churro

(1) Nombre que se da en América á una especie de dalmática que llevan los indios reducida á un saco ancho con aberturas por la cabeza y brazos.

grande. Las piernas son cortas; los cuernos torcidos, anchos y aplastados; un vellón largo y espeso cubre todo su cuerpo, colgando hasta cerca de la tierra, y su rabo corto é inclinado hácia la parte interior, está oculto con el pelo de los cuartos traseros. El pelo del pescuezo es aun mas espeso que el del resto del cuerpo, semejante á la clin de un caballo aunque en sentido inverso. La figura y demas cualidades de este animal, que tan á propósito le hacen para vivir en las regiones frias en que habita, nos ofrece uno de los infinitos ejemplos de la gran sabiduría del Criador. La cortedad de sus piernas no espone su cuerpo al rigor de las ventiscas y el frio, como necesariamente sucederia si fuesen mas largas: al mismo tiempo que está al abrigo de la inclemencia de las estaciones, con el vellón espeso que cubre todo su cuerpo, el cual en invierno le sirve como de una capa impenetrable al frio. Al considerar la proyeccion notable de las órbitas de los ojos de este animal, notamos que esta formacion es indispensable para que no queden los ojos sepultados debajo de la gran porcion de vello que necesita para conservar el calor de la cabeza.



Protegido, como queda dicho, de la inclemencia del frio, el buey del amizcle habita contento y feliz los paises mas desolados, desiertos y frios de la tierra. En el mismo círculo polar ártico, en aquellas regiones inaccesibles situadas cerca del Polo Norte, se encuentran manadas numerosas de estos cuadrúpedos, manifestando gozar en su existencia tanto como nuestro ganado que pasta en prados feraces ó vegas frondosas, y bajo un cielo benigno y sereno. Rara vez se les ve á gran distancia de los bosques, y cuando salen á pacer á campos abiertos, siempre prefieren los sitios fragosos ó las peñas, subiendo por ellas y saltando con la misma ligereza y soltura que pudiera hacerlo la cabra montañesa ó la gamuza. Yerba, cuando la encuentran, musgo, vástagos de sauce, y renuevos de pinos constituyen el alimento del buey del amizcle.

Esta especie de buey, como los búfalos, andan siempre en manadas, y generalmente pasan el verano en sitios estériles y desiertos inmediatos á rios, pero durante el invierno permanecen constantemente en los bosques. No son tan vijilantes como los demas animales que habitan las selvas, y cuando estan pastando es muy facil aproximarse á ellos, siempre que los cazadores tengan cuidado de ir contra el viento, pues de lo contrario su finísimo olfato les descubre la aproximacion del enemigo. Cuando dos ó mas

cazadores se acercan lo suficiente para hacerles fuego por varios puntos y lo ejecutan, estos animales, en vez de desbandarse cada uno por su lado y echar á correr, se reunen en un peloton apinado, por cuya razon se matan con frecuencia varios de ellos en una sola descarga, pues su reunion proporciona el aprovechar perfectamente el tiro: pero si la herida que reciben no es mortal se ponen furiosos, y acometen á los cazadores, que han de ser muy ágiles y diestros para evadirse de su rabia.

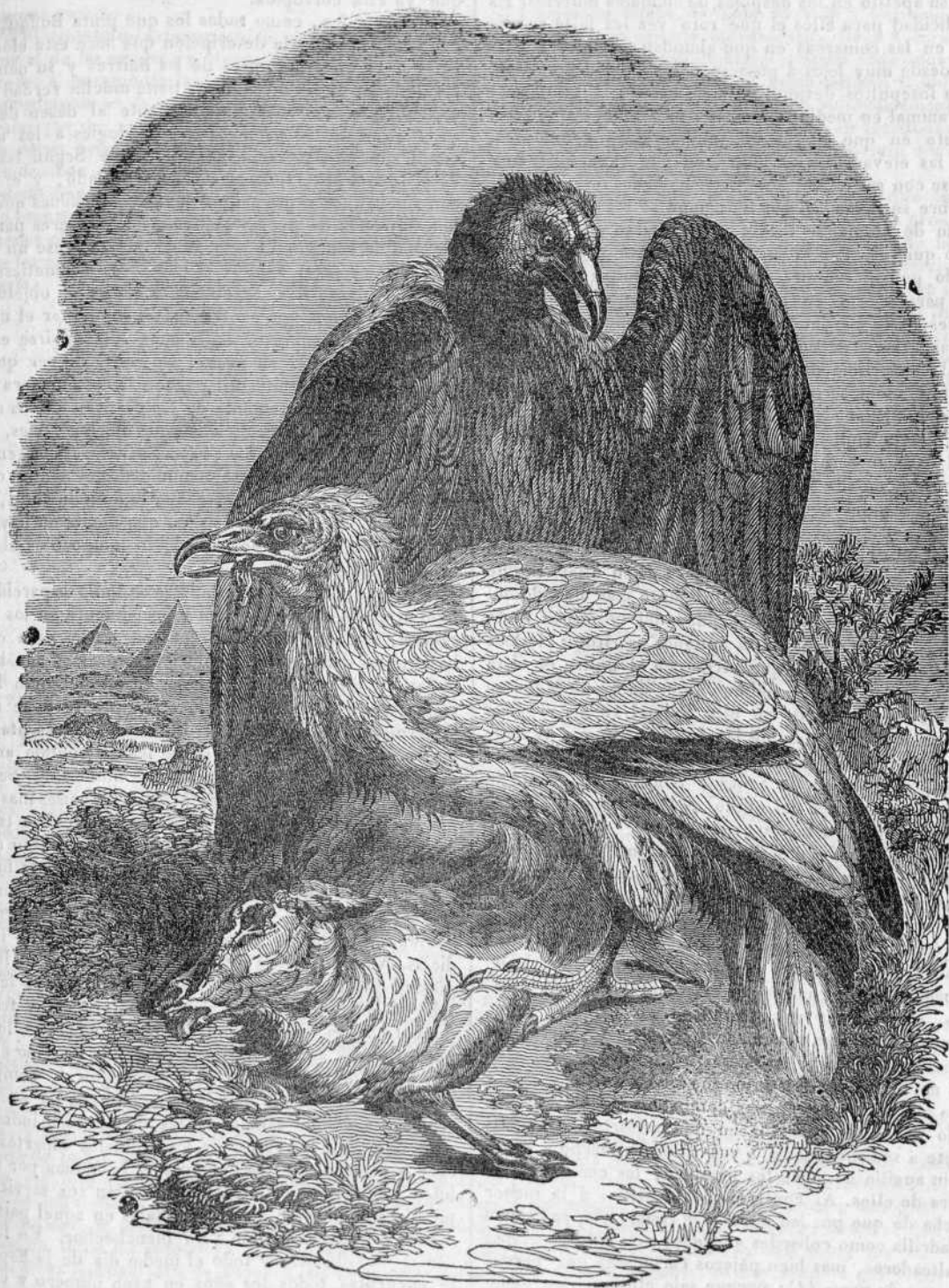
Con sus grandes y fuertes astas se defienden de los lobos y osos, á los que, segun dicen los indios, suelen matar con frecuencia con esta arma poderosa. La huella del buey del amizcle es tan parecida á la del reno, que es preciso ser muy práctico para distinguirlas, y el alimento de estas dos clases de cuadrúpedos lo constituyen las mismas sustancias. Se han matado algunos de estos bueyes, cuyo peso era de 750 y aun mas libras, pero la carne sabe extraordinariamente á amizcle, en particular cuando el animal está flaco; sin embargo, su peso jeneralmente suele ser algo menor de lo arriba manifestado, calculándolo por un término medio de 680 á 700 libras.

El nombre de este animal nos manifiesta que la droga tan olorosa y conocida del mismo nombre, se extrae de él. Esta se compone de la sangre coagulada, y casi corrompida, que contiene una vejiga del tamaño de un huevo que este buey tiene cerca del ombligo, la cual despues de estraida de la vejiga, se seca y purifica al sol, y envolviéndola otra vez en la misma vejiga está dispuesta y en un todo á propósito para usarla, ó trasportarla, y comerciar con este artículo de perfumería con los paises en que se carece de él.

L. G.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Sin la pompa de exagerados anuncios, sin la charlatanería de hiperbólicos prospectos, han visto ya nuestros suscritores las mejoras hechas en el SEMANARIO PINTORESCO: el papel es de superior calidad, la impresion bella y correcta, los materiales amenos, variados, é instructivos, los grabados extranjeros escogidos, los españoles esmerados... Pero falta mucho todavía para que nuestra ambicion se encuentre satisfecha, antes bien deseosos de llevar adelante el propósito de rivalizar con lo mejor que en Europa se hace en este género, redoblamos nuestros esfuerzos para que en breve tiempo nada tenga que envidiar el SEMANARIO á sus innumerables rivales de Inglaterra y Francia. El estendernos en estas promesas y especificarlas, sería contradecir el sistema que nos hemos propuesto, de hacer mucho y ofrecer poco: esperamos que en lo que queda de año nuestros suscritores habrán recogido ya todo el fruto de nuestro perseverante desvelo. Séanos permitido, sin embargo, hacer notar que las inmensas dificultades que las circunstancias ofrecen en todos conceptos, realzan el mérito que hayamos podido contraer con el público; y de estas dificultades dan testimonio las empresas de igual clase formadas en Madrid, que á pesar de estar dirigidas por personas inteligentes se han visto combatidas por tanta contrariedad. Nosotros que por fortuna podemos dejar para mas adelante las miras interesadas y mercantiles, solo pensaremos en estimular á los artistas y escritores que se nos han unido para elevar al mayor grado de perfeccion posible el SEMANARIO PINTORESCO, adelantando gradualmente, pues que no es dado en la situacion de nuestro pais, aspirar á conseguirlo todo en un momento.



EL BUITRE EGIPCIO.

El paralelo que los mamíferos y las aves han sugerido á algunos naturalistas, tal vez no ha tenido jamas mejor fundamento que cuando se ha comparado á los buitres con el lobo, la hiena, ó el chacal, animales que, por

decirlo así, tienen el encargo de limpiar la tierra de inmundicias desembarazándola de cadáveres y restos corrompidos, que á no ser por ellos inficionarian el aire con exhalaciones pestilentes. Sin embargo, el carácter

del buitre no es tan feroz como el de los cuadrúpedos análogos á él. Estos acometen á los seres vivientes con una ansiosa sed de sangre, mientras que los buitres solo sacian su apetito en los despojos de animales muertos. Es una felicidad para ellos el que rara vez les falte su alimento en las comarcas en que abundan. Acuden á bandadas desde muy lejos á posarse sobre los cadáveres que quedan insepultos despues de una batalla, y la muerte de un animal en medio del campo es ocasion de un gran banquete en que se reunen innumerables convidados. Desde las elevadísimas regiones en que revolotean cerniéndose con sus inmensas alas desplegadas, se precipitan sobre su presa, y por lo comun se atracan hasta el extremo de no poder volver á levantarse de la tierra cuando quieren. Por lo demas, solamente cuando se ve ostigado por el hambre es cuando el buitre sale de su apatía para pensar en buscarse el alimento: remóntase entonces hasta perderse de vista, estiendo sus alas sin agitarlas, se cierne describiendo estensos círculos, y esplora la superficie de la tierra. Sucede muchas veces que está el cielo sereno enteramente y sin que en todo su espacio alcance á descubrir la vista ni señal de ave alguna, y sin embargo lo mismo es caerse muerto un animal ó dejar arrojados algun cazador los desperdicios de la comida de sus perros, que centenares de buitres bajan de las nubes como llovidos, y se colocan al rededor del festín.

Cuestion es que no se ha resuelto todavía si es el gran alcance de la vista ó la mucha finura de su olfato la que así conduce á estas aves desde el punto mas elevado del firmamento ó desde una estremidad del horizonte hasta donde se halla su comida. Los antiguos escritores clásicos estan llenos de pasages que atribuyen al buitre la vista mas sutil y penetrante; opinion á que da bastante fuerza el desarrollo observado en este animal en los órganos pertenecientes al sentido de la vista, por lo que Waterton y otros la han adoptado, pero Audubon la tiene por errónea, sosteniendo de acuerdo con Levaillant que la extraordinaria viveza del olfato es la que hace al buitre descubrir su presa á tan larga distancia.

Oigamos á Buffon describir magníficamente la diferencia que hay entre los hábitos del buitre y los del águila y otras especies belicosas de las aves de rapiña: "Se ha dado, dice, á las águilas el primer lugar entre las aves de rapiña, no porque sean mas fuertes y mayores que los buitres, sino porque son mas generosas, es decir, con menos hajeza crueles; sus costumbres son mas arrogantes, sus acciones mas atrevidas, mas noble su valor, pues que á lo menos tienen tanta afición á la guerra como apetito de devorar su presa. Los buitres por el contrario no tienen mas instinto que el de la voracidad y villana glotonería, y apenas combaten á los vivos sino cuando no tienen muertos en que saciarse. El águila acomete á sus enemigos ó á sus victimas cuerpo á cuerpo; sin auxilio de nadie los persigue, los combate y se apodera de ellos. Al contrario los buitres: á la menor sospecha de que pueden encontrar resistencia, se reúnen en cuadrilla como cobardes asesinos; mas que guerreros son salteadores, mas bien pájaros carniceros que verdaderas aves de presa (1); porque solo ellos en este género son los que se juntan para dar muchos contra uno; solo ellos se encarnizan con los cadáveres llegando al extremo de destrozarse hasta los huesos; y las materias infectas, corrompidas, lejos de repugnarles tienen para ellos mucho atractivo. Los gavilanes, los halcones, y

hasta los pajarillos mas pequeños, muestran mas valor, porque van á cazar solos, los mas de ellos se desdennan de comer la carne muerta, y rehusan de todo punto la que ya está corrompida."

Ese cuadro, como todos los que pinta Buffon, es de brillante colorido; la descripción que hace este elocuente escritor de las costumbres de los buitres y su comparación con las de las otras aves, tiene mucha verdad; pero séanos permitido atribuir únicamente al deseo de amenizar su estilo el prodigar tantos elogios á los unos y manifestar tal desprecio hacia los otros. Segun las miras de la naturaleza, todo está bien arreglado, y el buitre con sus hábitos repugnantes llena las funciones que se le han impuesto de purgar la tierra de cadáveres para evitar que corrompan el aire. Si el buitre fuese un pájaro guerrero como el águila, si como ella acometiese á los animales vivos, iría directamente contra el objeto de la naturaleza, pues que contribuiría á aumentar el número de los cuerpos muertos. Se le acusa de reunirse en cuadrilla para devorar su presa, sin echar de ver que esta es una propiedad muy útil porque de esa manera queda libre la tierra prontamente de los despojos de los animales que cubren su superficie. No nos dejemos, pues, estraviar por las apariencias y preocupaciones, y no ensalzemos tanto la supuesta magnanimidad del águila que no hace mas que obedecer ciegamente á su instinto, como el buitre obedece al suyo; pues que donde no hay parte moral ó inteligencia, no hay objeto tampoco de alabanza ni de vituperio.

La gran familia de los buitres se halla esparcida por todo el globo, pero abundan especialmente en los climas cálidos, es decir, donde son mas necesarios para desembarazar los campos, las poblaciones cortas y aun las ciudades, de las sustancias animales en que empieza la putrefacción. Bajo este respecto el Egipto le debe mucho al hermoso pájaro que nuestro grabado representa. Este buitre que es el mas pequeño de los del mundo antiguo, pertenece á una de las especies mas numerosas. Se le encuentra principalmente en Egipto y en los países mas cercanos á él de Europa, Asia y Africa; se le ha visto tambien en Italia y en Suiza, y una vez en 1825 mataron uno en el condado de Somerset en Inglaterra. Apenas hay viajero que no hable con aprecio de lo útiles que son estos buitres en Egipto, donde contribuyen con los perros vagamundos á purgar las calles de toda clase de inmundicias. No eran menos estimados sus servicios en la antigüedad que en los tiempos modernos, pues se les contaba en el número de los animales sagrados, y frecuentemente se les ve representados con esmero en los monumentos del antiguo Egipto, de donde les vino el nombre de *pollos de Faraon*. El buitre egipcio, compañero fiel de las caravanas á quienes acompaña de pueblo en pueblo, visitador asiduo de los mataderos, industrioso para descubrir los restos de los animales muertos, merece la atención de los hombres, á lo menos por su utilidad pública, y en efecto se aprecian sus servicios, si no adorándole como á otros animales en aquel país, á lo menos estimándole como á un bienhechor. En las cercanías de Gibraltar y todo el medio día de la España se le encuentra todos los años en gran número y es probable que pase en Africa el invierno. Viagero hay que dice haber visto de estos buitres en las inmediaciones de Sevilla siguiendo los pasos del arado para comerse los gusanos que quedan descubiertos al revolver la tierra.

Las amplias y largas alas del buitre egipcio le dan una admirable fuerza para volar, y le permiten arrancar el vuelo con extraordinaria ligereza. Sin embargo, cuando se ha atracado como de costumbre, le sucede lo que á los demas buitres que de puro pesado y entorpecido apenas

(1) Traducimos aquí á Buffon casi literalmente, porque la denominación de *aves de rapiña*, propia de nuestro idioma, tiene mas analogía con el bajo concepto que el naturalista tenia formado de la indole del buitre, que con la nobleza y valor guerrero del águila.

puede levantarse de la tierra y en este estado es muy fácil el cogerle; pero no tan agradable como fácil porque exhala un hedor insoportable y por las narices destila un humor pestífero.

El tamaño de esta especie de buitre es un poco mayor que el de los cuervos y tiene cerca de seis pies de estremo á estremo de las alas. El plumaje cuando llega á completarse es de un blanco uniforme, á escepcion de las guías que son negras; la pechuga y los lados de la cabeza estan desnudos y dejan ver una piel de un amarillo lívido. Los ojos son negros. El plumaje no llega á este estado sino por cambios sucesivos, despues de haber sido oscuro, y haber tomado en cada muda tintas mas ó menos claras. Anida en parages elevados, en los huecos de las rocas, pero sus huevos no han sido descriptos todavía.

PANORAMA MATRITENSE.

LA ALMONEDA.

*«Venus, la Diosa de Chipre,
ya es matrona genovesa,
guarismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»*

GÓNGORA.

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mencion D. Policarpo de la Transfiguracion Omnibus de los Santos, sugeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias substanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo así, un verdadero mosaico de cualidades tan varias y heterogéneas que causarían la desesperacion del químico que intentára analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios renegó del latín y se hizo poeta. Luego vino la patria á requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos Bártulos, y guerreo en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los viajes, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores; por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antenas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á enviudar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo; si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligacion mas que la de todo fiel cristiano.

Ya en fin que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas

diarias, se consideró por el pronto en aquel estremo de felicidad á que siempre habia aspirado. Pero muy luego empezó á fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado como lo estaba de toda su vida á una ocupacion continua, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una parálisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su genio natural triunfan al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este, y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy dia es el hombre mas ocupado que conozco, sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amaneca Dios hasta las altas horas de la noche, y tan pronto se le vé disputando políticamente en un corrillo de la puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo, ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera. No hay boda desde la calle de S. Anton hasta la de Carretas, desde Afligidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario ó presidir el funeral; si bautiza, alquilará los coches, ó imprimirá las esquelas ó tendrá en la pila al recién nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y les habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante ira á la del que cayó, y consolará á la Señora, y declamará con el Señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que el no vaya á visitar en el calabozo; si hay junta de acreedores, el quedará nombrado síndico, si demanda de divorcio el será el juez árbitro entre ambos consortes, y si juicio de conciliacion por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por hombre bueno. Ni puede haber ruptura de amantes que el no componga, ni mudanza de habitacion que el no dirija, ni cofradía en que el no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le encaje. ¿Se habla del fuego? sucedió cabalmente enfrente de su casa; ¿se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los puyazos y de los volapies; en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo; en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente nato de toda comision de aplausos; en las esposiciones de pinturas habla de formas y coloridos; en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojeos ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex cátedra*; ni hay reunion que no someta fácilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publicar una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre si no quieren pasar incógnitos ó criticados, porque su opinion es la opinion normal de un sinnúmero de admiradores que si él dice: «¿Fulano, el médico? ¡valiente majadero! fue la causa de la muerte de un amigo mio!» todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que

tal ó cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como pudieran hacerlo de un lazareto.

El en fin se reproduce en términos que es imposible dar un paso hacia atras ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, allí le ha de ir á buscar, y aun saliendo de Madrid á viajar, él es lo primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto que dias pasados habiendo subido á la torre de Santa Cruz, me pareció desde allí que le veía á un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba, y me perseguía como una aparicion fantástica, inevitable, impasible, semejante á una obstinada pesadilla ó al ruido sempiterno y monotonó de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran), proporciona esta pícará farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Londres ó en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la Intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó billetes del tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que segun mi opinion ninguno puede competir en *substancia* con aquel *substancioso* papel, y aun si me apuran no duraría en asegurar que los mas de los lectores darían de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman *de fondo*, por cualquiera de los *de fondo* que amenizan al Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio, y era para servir á VV. que aquella mañana (una mañana, la que VV. gusten) caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar á su pájina tercera con el anuncio de una *almoneda*.... y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir una casa, á donde sin disfraz de ninguna especie se dice «Aquí todo se reduce á maravedís.»

Verdad es que no teniendo que mudar de habitacion, ni abrir tienda, ni recibir huesped, en rigor nada tenía que comprar; mas sin embargo. ¿quien resiste á la tentación de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata.... ¿que no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad y asi que no dejo pasar una ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llamaban la atencion. Y era tal mi calor, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda) no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaría nuevos en cualquier tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo me hice por lo que yo creia poco dinero con unas ricas

guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que faltaban, y sin reparar que no me cabian en toda la casa, compré unos almarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojios míos tuvo la culpa un maldito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelacion:—«¿Caballero, lleva V. eso ú no?»—con lo cual temiendo vérmelo arrebatár de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvía ojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de esta á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar música á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera y.... estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro.... alzo la cabeza.... ¿y á quien dirán VV. que vi? pues era nada menos que al mismo D. Policarpo *Omnibus*, en persona.... ¡Si era preciso!.... Allí estaba tambien él.

¿Que traes por aquí señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia que es de los que tutean á todo el mundo.)—No traigo sino llevo, Señor D. Policarpo—Veamos que—Y me sujetó á un escrupuloso examen de todas mis mercancías probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad me empezó á encajar la historia de aquella casa, y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenia al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia á virtud del trasiego jeneral de funcionarios tan frecuente en estos tiempos.—Era muy amigo mio, añadió y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aquí para averiguar una dudilla.... y al decir esto todo se le volvía entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa so iba llenando de nuevos compradores, y D. Policarpo flechándoles uno á uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él....—A tus pies Mariquita—Ola, perillán, tu por aquí....?—¿Y tambien el condecito?... vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos.... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él)—Mira, curioso, tu que todo lo cuentas ¿ves aquella pareja exigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se miran á todos los espejos, y el lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y el la derecha y ella la izquierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que estan poniendo casa, y.... advierte con que tierna solicitud el recién marido hace que ella se siente de vez en cuando sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira como repara en sus ojos esforzándose á leer en ellos algun antojo para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el embés.... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos como ojea ese libro para que creamos que entiende el griego, pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas.... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos.... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Semiramis* y de *Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de oro? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novísima? pues ya hace seis

años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio.... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí....—Y sin darme lugar á responder me arrastró por las piezas interiores hasta que llegando á un gabinetito cerrado miró por la ventana, y apartándose un poco me dijo al oído. —Aquí está mi dudilla....—Dio dos golpecitos á la puerta....—Quien vá?...—Señora á los pies de V. ¿Da V. permiso para que veamos la habitacion?—No hay inconveniente.—Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heroica y magnifico continente.—¡Oh Fulanita! (esclamó al verla D. Policarpo) no me engañaba el corazon; ¿como? pues no ha acompañado V. á su esposo á su nuevo destino?—y me apretaba el brazo y como que se sonreía el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la Señora—No señor....; hay tantas cosas que arreglar....! y luego los caminos estan tan malos para las damas....!—Y sobre todo si las damas son del talle de V. no extraño yo que acudieran al reclamo todos los salteadores de quince leguas á la redonda.—V. siempre de tan buen humor.—Y V. siempre de tan bella cara....

A decir la verdad yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores á silvar á los canarios ó coger flores de las macetas; cuando de allí á pocos minutos sale mi D. Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegría.... Aquel hombre era otro enteramente.... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio.—Y no te admires de esto (me decia) me quedo con el cuarto, me quedo con los muebles y en cuanto á la Señora.... porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó en Goatemala y....—Con que es decir que se queda V. con la dama tambien? ¿y dígame V., en esa adquisicion ha tenido V. presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda?—Anda, socarron, me replicó D. Policarpo entre mohino y risueño.... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los míos; en cuanto á los demas señores (añadió alzando la voz) escusan VV. de molestarse mas, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo.

Volví en efecto al siguiente dia y me le encontré ya instalado en su nuevo estudio que era el mismo gabinete del dia anterior; como tiene confianza conmigo me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la mistificacion fuese completa tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el Ministro por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demas en la casa nada se habia mudado; si ne era un retrato en el tocador de la señora y un original en su corazon.

El Curioso parlante.

POESIA.

EL SEPULCRO.

Abre, mansion postrimera
Del hombre, funesta tumba,

Los misteriosos arcanos
Que en tu lobreguez se ocultan.

Abre ese abismo de ciencia
Que en tu cavidad profunda
La mano del tiempo labra
Entre fetidez impura.

Revela el grandioso enigma
Que en vano los sabios buscan
En los seres que decoran
La bella faz de natura.

Con su centella volátil
Nuestras miradas ofusca
La vida, ilusion veloce
Que en la nada se sepulta.

¿Y qué deja en pos? Engaños,
Remordimientos y angustias;
Que los postreros instantes
Con parda tiniebla enlutan.

¡Feliz quien antes contempla
Sin temor, sin amargura,
La morada silenciosa
Que el ser en no ser transmuta!

¡Feliz quien sus documentos
Con pecho tranquilo escucha
Y en su recinto espantoso,
Solaz encuentra y holgura!

Y ¿quién se arredra al mirarla?
Quien siguió de la fortuna,
Sordo á la alieccion agena,
Las suíves imposturas.

Quien en placeres se anega,
Mientras pérfida le arrulla,
Y le acaricia traidora
La voz de lisonja astuta.

Quien las naciones oprime
Con dominacion injusta,
Y en la sangre de los pueblos
Su execrable poder funda.

Quien el language potente
De la alma razon usurpa,
Y supersticion sangrienta,
Y falsa virtud anuncia.

Temblad perversos: en vano
Vuestra soberbia murmura;
Tiempo vendrá en que esa piedra
Por siempre os someta y cubra.

Ved cual mezcla inexorable
Dentro su caverna oscura,
Valor, impiedad, riqueza,
Maldad, inocencia, juntas.

Al guerrero sanguinoso,
Triunfante en acerba lucha,
Y á la cándida doncella,
Flor de gracia y hermosura.

La frente que el lauro adorna,
La mano que el cetro empuña,
Y el seno que palpitará
De deliciosa ternura.

Todo paró en vil ceniza,
Todo en corrupcion inmundada,
Que en fragmentos impalpables
Luego en las auras circulan.

Y á la atraccion poderosa
Que las esferas subyuga
Cediendo, con nuevas formas
En otros seres se mudan.

Así las leyes supremas
Del órden se perpetúan,
Y así del vasto universo

La magnífica estructura.

Empero en rejion mas alta
Que sobre el globo se encumbra,
Otras leyes adorables
Rigen las esencias puras.

La puerta de esas regiones
Incógnitas, es la tumba
; Dichoso quien sus secretos
Con fe y humildad estudia!

J. J. de M.

FORMA DE LOS LIBROS ROMANOS.

Infinitas personas habrá que crean que esos libros de que hablan los escritores antiguos, esas obras de los pasados siglos formaban volúmenes dispuestos y encuadernados como los que usamos actualmente; y este error nos ha parecido conveniente desvanecer dando alguna noticia de la forma que tenían los libros entre los romanos.

Cuando un librero se encargaba en Roma de hacer un libro con los escritos de un autor, lo primero que hacia era proveerse de cierta cantidad de hojas del *papyrus*, ó bien de pergamino, de que usaban en vez de papel; despues las encolaba unas á continuacion de otras de manera que formasen una larga tira ó banda, y despues de bien secas, quitaba con piedra pómez las asperezas y rebaba de la cola. Acabados estos preparativos, se dividia la tira aquella con líneas trazadas á distancias iguales para formar páginas muy semejantes á las de los libros modernos dejando márgenes por ambos lados, por arriba y por abajo; entonces era cuando los copiantes empezaban á escribir la obra en estas páginas; viviéndose de una cañita cortada á la manera de las plumas que ahora usamos, y de una tinta que por lo regular se componia de goma y humo de pez. Escribíase solo por un lado de la tira ó cinta, de izquierda á derecha, como nosotros, y disponiendo las palabras y renglones de la misma manera que ahora usamos: así es que el tomo ó libro tenia el principio á la mano izquierda del lector, y la última página venia á caer por consecuencia á la mano derecha que era el otro extremo de la tira. Esta última página se pegaba muy bien por el margen de la derecha en un pedazo de madera redondeado en forma de cilindro y un poco mas largo que lo que la cinta ú hoja que componia todo el libro tenia de ancho, ó por mejor decir, de alto: este cilindro era la pieza mas principal, el alma del tomo, porque en él se iba arrollando todo horizontalmente hasta venir á parar al extremo de la izquierda donde se habia pegado tambien una cubierta de pergamino fuerte que era la que ajustaba y cerraba el libro, cosa muy semejante á lo que aun en el dia suele hacerse con algunos mapas, estampas, &c. Esta cubierta de pergamino tenia ciertos cordoncillos que servian para sujetar el libro y que no se desarrollase; estaba ademas pintada por la parte exterior, donde en gruesos caracteres se leia el título de la obra; y la parte interior que precedia á la primera página escrita, se llenaba por lo comun con la dedicatoria, requisito indispensable de casi todas las obras romanas. Se ve, pues, que los tales libros eran mucho mas incómodos que los modernos, porque para haber de leer la postrera página era preciso desarrollarlo todo enteramente.

Tal era por lo jeneral la forma de los libros en la antigua Roma; pero luego entraba el mayor ó menor

esmero, el buen gusto, la riqueza, el primor de la ejecucion, porque en muchos de aquellos volúmenes se veia brillar el lujo como sucede ahora en nuestras encuadernaciones. Se usaban tintas de vários colores; no era desconocido el arte de las viñetas que tanto se emplearon en la edad media para dar realce á las letras y hacer resaltar los títulos y finales de los capítulos; se cortaban y pulian con primor; y luego segun el gusto é imaginacion de los libreros era la mayor ó menor belleza de las cubiertas que solian estar pintadas de colores purpurinos, con los títulos en letras de oro, y los cordones con toda la elegancia que permitia el estado de las artes. Algunas veces era el cilindro de marfil todo ó de ébano, pero regularmente solo se empleaban en los remates de él, con adornos de plata y oro, y no era raro el redondear estos remates en forma de boton, y guarnecerlos de perlas ó piedras preciosas; últimamente se perfumaban aquellos rollos con esencia de cedro para que exhalasen un olor agradable, y para preservarlos de los insectos.

Fácil es de comprender que siendo los libros de la forma que queda dicha, las bibliotecas antiguas debian estar dispuestas de muy diferente modo que las nuestras; y en efecto consistian en mucha série de cajoncillos bastante hondos para colocar aquellos rollos como en un estuche. Con estas noticias se hace tambien menos extraña la prodijiosa fecundidad de algunos escritores antiguos, á quienes se atribuyen centenares y aun millares de volúmenes, pero es porque estos volúmenes apenas equivalian á la décima parte de los nuestros.

Ademas de estos tomos destinados á contener las producciones literarias, empleaban los romanos para sus cuentas domésticas y uso particular unos libritos bastante parecidos á nuestras carteras, y para sus apuntaciones unas tabletas de madera ó de marfil, con los bordes algo salientes, en que aplicaban una capa de cera alisada. Sobre esta cera escribian valiéndose de unos punzones ó instrumentos de cualquier materia dura, como hueso, hierro, cobre, oro, etc. agudos por una punta y aplastados por la otra; aquella les servia para trazar los caracteres y esta para borrarlos y volver á alisar la cera. De este instrumento llamado *stylus* viene nuestra palabra *estilo*, que por estension ha llegado á tener su actual significado.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE.

Sir Jorge Staunton dice que visitó á un hombre en la India que habia cometido un asesinato, el cual, con el objeto de salvar su vida, y lo que era de mas consecuencias para él, la de su familia, se sometió á la pena que le impusieron. Esta era, que habia de dormir por espacio de siete años en un tablado, sin colchon ni jergon, cuya superficie toda estaba cubierta de puntas de hierro como clabos, pero con la punta roma para que no penetrasen la carne. Sir Jorge le vió en el quinto año de su castigo, y la piel la tenia como la del Rinoceronte, pero mucho mas callosa; sin embargo; ya por entonces dormia bien en su *lecho de espinas* y aun manifestó, que á la conclusion del término de la sentencia, probablemente continuaria por eleccion un sistema, que la necesidad le habia obligado á adoptar.

L. G.

de esta producción con el pan, es preciso como en el
de las islas Marianas (1), hay uno que por su
extrañeza y cualidades recomendables y hasta ahora in-
fructuosas, merece llamar la atención del naturalista, y
ha sido efectivamente objeto de laboriosas investigacio-
nes y causa de arriesgadas tentativas para aclimatarlo en
Europa. Este es el árbol llamado *del pan*, nombre que
debe á la forma, sabor y propiedades del fruto que pro-
duce, parecido en un todo á la útil preparacion de que
hacemos nuestro principal alimento. No es pues de ad-
mirar que las personas instruidas que acompañaron al ca-
pitán Cook en sus viajes, volvieran á su país tan entu-
siasmadas con el árbol del pan, que no vacilaron en ape-
llarlo "el vegetal mas útil de la tierra" añadiendo que
no debían perdonarse gastos ni sacrificios para fomentar
su cultivo. Con efecto, la idea de ver el pan, ese ali-
mento tan nutritivo y esencial para el hombre, crecer
espontáneamente como cualquier otro fruto, era bastan-

te seductora para causar una sensacion vivísima, y lo que
si se hace extraño es que los descubridores de aquellas
islas no hayan hecho mencion de este árbol extraordina-
rio, especialmente cuando se sabe que los naturales ha-
cen de él su principal alimento; á no ser que en la rela-
cion de sus viajes lo confundiesen con el coco (1) á pe-
sar de la diferencia notable que hay entre ambas produc-
ciones. Lo cierto es que las primeras noticias que exis-
ten del árbol del pan las debemos al capitán de navío
Dampier en 1688.



EL ARBOL DEL PAN.

Entre la variedad de árboles que ostenta la lozana ve-
getacion de las islas Marianas (1), hay uno que por su
extrañeza y cualidades recomendables y hasta ahora in-
fructuosas, merece llamar la atención del naturalista, y
ha sido efectivamente objeto de laboriosas investigacio-
nes y causa de arriesgadas tentativas para aclimatarlo en
Europa. Este es el árbol llamado *del pan*, nombre que
debe á la forma, sabor y propiedades del fruto que pro-
duce, parecido en un todo á la útil preparacion de que
hacemos nuestro principal alimento. No es pues de ad-
mirar que las personas instruidas que acompañaron al ca-
pitán Cook en sus viajes, volvieran á su país tan entu-
siasmadas con el árbol del pan, que no vacilaron en ape-
llarlo "el vegetal mas útil de la tierra" añadiendo que
no debían perdonarse gastos ni sacrificios para fomentar
su cultivo. Con efecto, la idea de ver el pan, ese ali-
mento tan nutritivo y esencial para el hombre, crecer
espontáneamente como cualquier otro fruto, era bastan-

te seductora para causar una sensacion vivísima, y lo que
si se hace extraño es que los descubridores de aquellas
islas no hayan hecho mencion de este árbol extraordina-
rio, especialmente cuando se sabe que los naturales ha-
cen de él su principal alimento; á no ser que en la rela-
cion de sus viajes lo confundiesen con el coco (1) á pe-
sar de la diferencia notable que hay entre ambas produc-
ciones. Lo cierto es que las primeras noticias que exis-
ten del árbol del pan las debemos al capitán de navío
Dampier en 1688.

Este árbol que representa el grabado á la cabeza de
este artículo, es del tamaño de una de nuestras encinas
regulares. Su copa es ancha y muy poblada, las ramas
gruesas, y la hoja de un verde oscuro. El fruto es redon-
do, del tamaño de una media libreta, y su corteza es en
lo granujienta parecida á la de la naranja aunque mas
áspera. Cuando está maduro el fruto es amarillo y tierno,
y su sabor harinoso es muy grato al paladar. Los natu-
rales de las islas Marianas lo usan como pan. Lo recojen

(1) Estas islas llamadas tambien de los Ladrones fueron descubier-
tas por el célebre navegante Fernando de Magallanes, natural de Opor-
to en 6 de marzo de 1521. Hallanse situadas no lejos de la costa orien-
tal de Asia, entre los 12° 40' y 13° de latitud N., y los 149 de lon-
gitud E. por el meridiano de Madrid.

(1) Aquellos indios se alimentaban de cocos, ñames y algun ar-
roz. Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles
desde fines del siglo XV, por don Martin Fernandez de Navarrete, tomo
II, pág. 53.

después de que ha adquirido todo su volumen pero antes de madurar y lo cuecen al horno, con lo cual la corteza se pone cuasi negra: raspan la parte exterior de ella, y queda una segunda corteza tierna y sabrosa: lo interior del fruto es tambien tierno y blanco como la miga del pan, y es toda sustancia pura sin mezcla de pepitas, hueso ni simiente. Para hacer mas completa la analogia

de esta produccion con el pan, es preciso comerlo en el dia mismo en que se cuece, pues al siguiente se pone duro. Se da esta fruta durante ocho meses del año y su cultivo no es difícil, pues se reduce á descubrir una de las raices y calzarla de tierra: al poco tiempo se presenta un retoño que puede transplantarse.

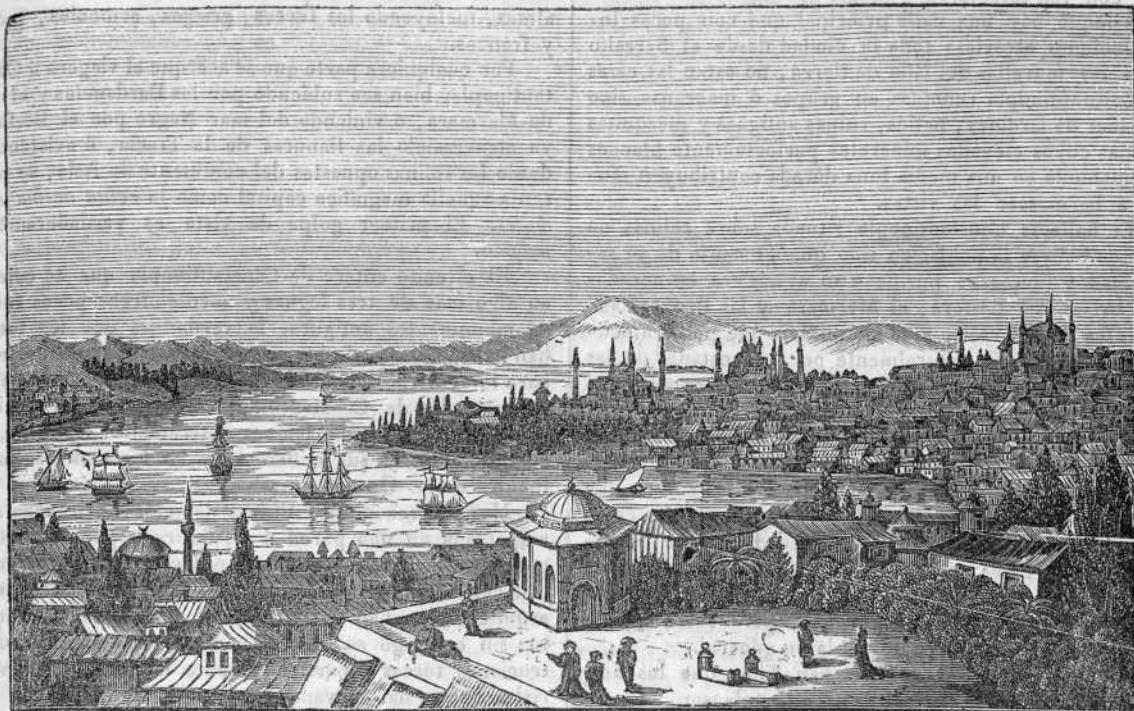


Un árbol tan útil y de tan fácil cultivo no podia menos de llamar la atención del público en general y con especialidad de los colonistas europeos que viven en regiones bastante cálidas para su aclimatacion. Con efecto á mediados de noviembre de 1787 se equipó en Inglaterra un buque al mando del teniente de navio, después Almirante Bligh que habia acompañado á Cook en su último viaje, con el objeto único de que pasase á Otahiti é hiciese provision de estacas y retoños del árbol del pan debiendo trasportarlas en seguida á las islas de Santa Helena, S. Vicente y Jamaica. Llegó á Otahiti el dia 25 de octubre del año siguiente, y no perdió un instante en poner en ejecucion las instrucciones que llevaba. Cortó los vástagos que salian de las raices laterales del árbol, y envolviéndolos en tierra fresca y húmeda, los colocó en tiestos que llevaba para este fin. Formó así una coleccion de 1015 estacas vivas, empleando en esta operacion hasta el 3 de abril de 1789, y dió á la vela el dia 4 despidiéndose de los naturales con quienes durante su residencia estuvo en buenas relaciones. Hasta aquí todo habia sido próspero, pero pocos dias después estalló á bordo una conspiracion que hubo de costar la vida á Bligh; algunos de los amotinados por un resto de

afecto ó respeto hácia su comandante le metieron en un esquife con algunos marineros que se mantuvieron fieles, y provistos solo de escasa vitualla, un cuadrante, una brújula y otros instrumentos de navegacion los abandonaron á la merced de las olas. Al cabo de algunos dias y no sin grandes sufrimientos arribaron á la isla de Timor, donde el gobernador de la colonia holandesa les facilitó toda clase de socorros.

No desmayó Bligh por este contratiempo sino que habiendo regresado á Inglaterra, emprendió un nuevo viaje á Otahiti en 3 de agosto de 1791. Esta segunda tentativa fue mas afortunada que la primera pues consiguió traer y aclimatar en las islas de Jamaica y S. Vicente gran número de pies del árbol del pan. Sin embargo sea por la diferencia de temperatura ó por otras causas desconocidas aun, no se han conseguido las ventajas que parecia prometer la adquisicion de este útil vegetal.

A. V.



CONSTANTINOPLA.

Esta magnífica ciudad que, ganada á los griegos del bajo imperio, ha sido por cuatro siglos la capital del imperio turco, se halla situada á los $41^{\circ} 1' 27''$ de latitud Norte y los $32^{\circ} 37'$ de longitud E. por el meridiano de Madrid. El sitio que ocupa parece destinado por la naturaleza para asiento de una ciudad considerable. Elévase la población sobre un promontorio de suave declive que bañado por estrechos mares avanza por gran trecho dentro de las aguas, aproximándose al continente de Asia del cual lo separa un canal tan angosto, que un bote con un solo remero lo atraviesa en un cuarto de hora. Este canal ó estrecho llamado el Bósforo se estiende por unas cinco leguas desde el mar negro, presentando el aspecto de un río magestuoso, hasta que doblando el cabo donde se halla situada Constantinopla, se pierde en el mar de Mármara. Antes de entrar en este mar se introduce por un espacio considerable dentro de la tierra y separando á Constantinopla propia de sus barrios de Pera y Galata, forma el puerto llamado *asta-dorada* el fondeadero mas cómodo y magnífico del mundo.

Una colonia de lacedemonios edificó en el mismo sitio hácia los años 660 antes de la era cristiana, ó sea un siglo despues de la fundacion de Roma, una pequeña ciudad que llamaron Bizancio; pero esta población ocupaba solo el vértice del ángulo que forma hoy la capital de Turquía, es decir, lo que comprende ahora el serrallo del Gran Señor. La inmensa ciudad que actualmente existe llamada Constantinópolis ó ciudad de Constantino por su fundador, fue edificada hácia el año 330 de nuestra era por el emperador romano Constantino, que

consideró aquel sitio como el mas á propósito para fundar en él la capital del mundo.

Forma la ciudad un vasto triángulo cuyos lados bañan las profundas aguas del puerto al norte, y las del mar de Mármara al Sud-este. La base del triángulo ó sea el terreno mas allá de la muralla que une á Constantinopla con el continente, es una llanura elevada con algunas quebraduras y desigualdades en su superficie. La del area del triángulo está dividida en bandas ó zonas que á manera de escalones bajan desde el lado de tierra hácia la mar. Asi como Roma fué edificada sobre siete eminencias, los fundadores de Constantinopla llamaron á estas plataformas los siete montes, aunque si se considera solo la cadena principal hay menos, y si se cuentan las quebraduras pequeñas habria mas de siete. Sobre esta escalinata se eleva la ciudad que presenta por esta razon el aspecto de un magestuoso anfiteatro. La primera eminencia inmediata al vértice del ángulo la ocupa el Serrallo ó vasto palacio del sultan, detras del cual y sobre el reverso del monte aparece la cúpula de la mezquita de Santa Sofia. Corona la segunda eminencia la mezquita de Osmanieh cuyo cimborio es extraordinariamente elevado. Domina la tercera, la mezquita aun mas grandiosa de Soliman el Magnífico, y un acueducto antiguo cuyos arcos atrevidos son de un bellísimo efecto, une las cimas de las eminencias tercera y cuarta.

En el punto mas elevado de estas eminencias hay una torre muy alta construida por el actual sultan con el objeto de situar allí un vijilante que avise inmediatamente á la menor indicacion de incendio, ocurrencia muy frecuente en una ciudad populosa donde todas las casas

particulares son principalmente de madera. Pocas cosas hacen una impresion tan viva en el extranjero como el oír en el silencio de la noche, cuando ocurre un fuego, sonar desde la torre el inmenso tambor, y el vijá que repite con voz estentórea «Vangar» (fuego.)

Aunque hay una calle principal que con pocas interrupciones atraviesa toda la ciudad desde el Serrallo hasta las murallas del lado de tierra, no estan las casas de Constantinopla reunidas en grupos ó manzanas sino rodeadas de jardines, patios, ruinas antiguas y mezquitas aisladas cuyos elevados minaretes perfectamente blancos y rematando en una media luna dorada contribuyen mucho á hermosear las vistas.

El hallarse Constantinopla situada sobre colinas no solo embelleze la poblacion sino que es causa de su salubridad y limpieza: purifican su atmósfera las agradables brisas del Bósforo, el Mármara y las llanuras adyacentes de la Tracia, y la inmundicia que pudiera acumularse desciende naturalmente por los costados de las colinas hasta el puerto ó la mar donde la arrastra una fuerte corriente. A esta ventaja debe agregarse el gran número de fuentes y manantiales que siempre se llevan alguna parte de la basura y las copiosas lluvias que, al caer, de tal manera limpian las faldas de las colinas que puede asegurarse hay pocas poblaciones tan aseadas como Constantinopla lo es entonces. Verdad es que exceptuando estos casos, es en todos tiempos bastante sucia la parte de la ciudad inmediata al puerto, así como el barrio de Galata que está en frente, pero fuera injusto decir otro tanto de Constantinopla en general.

Algunos viajeros poco fieles han dicho que los únicos barrenderos que hay en Constantinopla son los perros sin dueño que vagan á millares por las calles: pero creemos que ha habido siempre cierto número de turcos empleados en la limpieza de ellas, pudiendo asegurar con certeza que por lo menos en la actualidad está perfectamente regularizado este servicio.

Tomando en consideracion los jardines y espacios abiertos que colectivamente componen una parte no pequeña del area de Constantinopla, ocupa esta todo el triángulo natural que como hemos dicho, forma la sucesion de colinas que desde la parte de tierra descienden gradualmente hasta la mar. Cierran este triángulo fuertes murallas, si bien las que defienden los dos lados de costa se hallan en un estado ruinoso por haberlas descuidado los turcos á consecuencia de lo poco precisas que allí son. Pero en cambio por la parte de tierra donde es mas necesaria la defensa, presenta Constantinopla una triple línea de murallas formidables que pudieran fácilmente repararse, y las cuales en los parages derruidos presentan los trozos mas magníficos y pintorescos de ruinas murales que es posible imaginar. La estension de esta última línea de muralla desde la cabeza del puente hasta el castillo de las siete torres situado sobre el mar de Mármara tiene cosa de una legua. La forma del triángulo es algo irregular siendo el lado que baña el Mármara mucho mayor que los otros dos. En el grabado que antecede de la punta que se vé avanzar dentro del mar es el vértice del ángulo cuyos dos lados bañan las aguas y allí se halla situado el serrallo del sultan: mas acá, entre el serrallo y el punto donde se supone al espectador que es el barrio de Galata, se vé la entrada del puerto: á la izquierda fuera ya del cuadro queda el Bósforo, y en último término el mar de Mármara cuyas aguas bañan el lado de Constantinopla que empezando en los jardines del serrallo termina en el castillo de las siete torres.

Segun los cálculos mas exactos, la poblacion contenida dentro de las murallas asciende á unas 500,000 almas: si agregamos á este número, como generalmente se

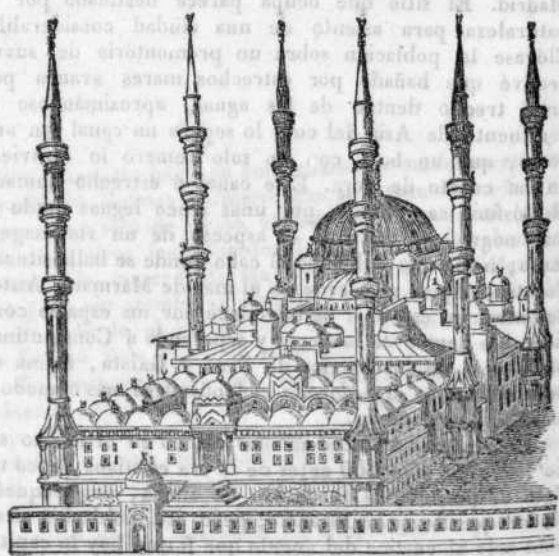
hace, la de los barrios de Pera y Galata, de Scútari que aunque situado en Asia está tan cerca que se considera como otro barrio, y las numerosas aldeas que ocupan ambas orillas del Bósforo por espacio de algunas leguas, puede tal vez graduarse la poblacion total en 700 á 800 mil almas, incluyendo los turcos, griegos, armenios, judíos y francos.

Por cualquiera parte que se acerque el viajero á Constantinopla, bien sea subiendo por los Dardanelos y el mar de Mármara, ó viniendo del mar Negro por el Bósforo, ya atravesando las llanuras de la Tracia, ó avistándola desde las colinas opuestas del continente de Asia, se presenta aquella magnífica capital como la reina de las ciudades. El primer golpe de vista es verdaderamente mágico.

El circuito entero de Constantinopla que se calcula en algo mas de tres leguas y media ofrece pocos restos de monumentos antiguos: la verdad es que los turcos han echado mano de los mármoles y fragmentos griegos para la construccion de sus edificios públicos, así que las antigüedades de Constantinopla se hallan reproducidas bajo formas y combinaciones enteramente distintas, en las mezquitas y sus minaretes y en los cementerios y fuentes de los Osmanlys.

Mas de una obra bellísima del cincel griego ha sido empotrada en una pared ó desfigurada por la piqueta para transformarla en lápida sepulcral, y no pocos edificios contruidos con sujecion á las reglas del puro estilo arquitectónico han sido arrasados para servir de canteira: sin embargo es preciso confesar que algunas construcciones turcas y particularmente las mezquitas imperiales que se han elevado en su lugar, se distinguen por su belleza y grandiosidad.

En el número 78 de este periódico hicimos la descripción de la mas notable de estas mezquitas, la del Sultan Achmet, acompañando una lámina que representa una parte de su interior. Ofrecemos ahora á nuestros lectores la vista exterior del mismo edificio para que puedan formar una idea de la estructura en general y particularmente de la construccion de sus minaretes ó torres.



Los turcos han tomado estas bellas, ligeras y esveltas torres de alguna nacion oriental, pues ciertamente no las copiaron de los griegos. Los minaretes son sin duda alguna la parte mas vistosa y agradable de la arquitec-

tura turca, y pocas cosas hay de mejor efecto que el ver en una noche de iluminacion en Constantinopla las sargas de vasos de colores que pasan de una torre á otra formando festones y otros dibujos. Cerca de la cúspide de los minaretes hay una pequeña galería desde la cual á cinco distintos periodos de las 24 horas avisa el Muezzir á los mahometanos que es llegado el tiempo de la oración.

Después de las mezquitas son las fuentes públicas los principales ornatos de la ciudad: algunas de ellas con sus pilones y frentes de mármol, sus adornos arabescos y cubiertas á la chinesca con objetos realmente bellísimos. Es extraordinario el número de fuentes públicas que hay en Constantinopla; por donde quiera se encuentra una, y sobre todo nunca faltan á la entrada de las mezquitas y demas edificios destinados al culto religioso, porque antes de comenzar el turco sus oraciones ha de preceder la ablucion; así es que los mahometanos como los demas pueblos de Oriente consideran el proveer al pueblo de agua como la obra de caridad mas meritoria. Muchas de estas fuentes han sido erigidas por individuos particulares que asignaron ademas una cierta cantidad para su custodia y reparo, y en ellas hay lindos vasos de cobre siempre preparados para el sediento transeunte, y un guarda destinado á tenerlos siempre limpios y llenos. Toda el agua que se consume en Constantinopla, cuya cantidad es muy considerable, procede de unos lagos artificiales situados en el bosque de Belgrado á la distancia de tres ó cuatro leguas de la ciudad. Viene á ella por medio de acueductos subterráneos y pirámides hidráulicas ó arcas de agua colocadas de trecho en trecho é ingeniosamente dispuestas para suplir la desigualdad del terreno intermedio.

Dentro de las murallas de Constantinopla construyeron los emperadores griegos por medio de escavaciones gran número de vastas cavernas ó depósitos que habian de estar siempre llenos de agua para proveer á la capital en caso de sitio, pero los turcos han abandonado imprudentemente ó destruido estos pozos. Uno de ellos, aunque ya no tiene el uso para que fue destinado, es todavía una de las curiosidades que se manifiestan en Constantinopla al viajero. Es un vasto edificio subterráneo cuyo techo sustenta un inmenso número de columnas cada una de las cuales se compone de tres pilares ingeniosamente colocados uno sobre otro. Dáale los turcos el nombre de *recinto de las mil y una columnas*, no porque realmente haya tantas, sino por ser este el número favorito de las naciones orientales. Aunque se halla parcialmente cegado con tierra y escombros, es aun muy profundo. Se ha calculado que puede contener sobre 1.237,930 pies cúbicos de agua cuando lleno; y como el consumo diario es actualmente de 267,670 pies en veinte y cuatro horas; esta cisterna sola podría proveer de aguas á Constantinopla durante cinco ó seis dias. Sin embargo está ahora seco y un crecido número de arañas se han establecido en él y tejen sus telas en el fondo, en oscuridad absoluta. Otra cavidad hay que sirve aun de cisterna pero que es casi desconocida si se exceptua un corto número de turcos cuyas casas se hallan situadas sobre ella, y á la cual dan el nombre de palacio subterráneo. El doctor Walch que pudiera reclamar el honor de haberlo descubierto representa en su descripcion como un lago subterráneo que se estiende por debajo de varias calles con un techo de bóveda sostenido por 336 magníficas pilas de mármol.

Los hospitales y colegios generalmente anexos ó inmediatos á las mezquitas no ofrecen cosa notable en su arquitectura; pero algunos de los sepulcros ó capillas donde reposan las cenizas de los sultanes, visires y gran-

des del imperio que se hallan diseminadas por la ciudad, son realmente lindísimas. Al mirar al través de las berjas que las rodea, se ven los altares escasamente elevados sobre la superficie de la tierra y adornados de turbantes y chales que con las lámparas que continuamente arden en torno de ellos ciertos dias blandones de riquísima cera producen á la vista un efecto muy singular. En el número 70 de nuestro Semanario dimos tambien una idea de los cementerios turcos en general, y de las ceremonias que acompañan allí á la última escena de la vida.

Los bazares ó mercados de Constantinopla donde se verifican las transacciones mercantiles de todas clases, son de vasta extension y esencialmente orientales en su estructura. Son por lo comun unos corredores ó galerías extensas que se comunican de un modo irregular y generalmente pintoresco. Sus costados son de piedra y la cubre una sucesion de arcos ó mas bien cúpulas cuyas claraboyas admiten la luz quebrada y en muchos casos insuficiente. De las paredes proyectan por ambos lados las tiendas, ó con mas propiedad, puestos de los vendedores que se clasifican por naciones y género distinto de comercio. Aquí, por ejemplo, hay un bazar turco: allí al doblar un ángulo ó tal vez en direccion paralela un bazar americano ó griego ó judaico. Este está exclusivamente destinado al comercio de lanas; aquel al de babuchas de taflete; este otro al de géneros de algodón: uno hay para sedas; otro para armas, joyería etc, etc: y cada uno de ellos por su extension, la uniformidad de los artículos de comercio, la cantidad de los que se ofrecen á la venta al mismo tiempo, el número de figuras y grupos que en diferentes trages orientales ya compran ó venden, ya se sientan, permanecen en pie ó vagan por la galería ofrece una perspectiva peculiar é interesante que el viajero podrá no saber describir, pero que ciertamente no olvida jamás.

LA CAPILLA DEL PERDON.

I.

Hacia fines del siglo XIV, y no lejos de la ciudad de Brujas, se elevaba una casa de regular apariencia; dos torreones almenados la podian defender en un evento de un golpe de mano: necesaria precaucion en las revueltas de aquellos tiempos. En una gran sala de aquel edificio, alumbrada por sola una ventana, un hombre al parecer de 40 años concluia de pintar un cuadro que representaba los *Desposorios de la Virgen*. La accion de las figuras era tan bella, como estas bien dibujadas, admirable la expresion de las cabezas, á un tiempo cándidas y piadosas: por último la composicion y el total conjunto de esta obra se hallaba felizmente hermanado con la sencillez y la armonía mas completa del asunto. Pero lo que al punto se notaba, lo que mas sobresalia, era la singular conclusion de los pelos de las barbas, de los ca-

bellos y de la crin de los caballos. El artista los había pintado, por decirlo así, uno á uno, sin que en nada dañase al efecto de las ropas pintadas mas francamente, pero de la manera que mas tarde caracterizó la destreza de Alberto Durero. Por lo demas es imposible dar una idea exacta de la viveza de los colores que resplandecian sobre el tablero de madera, que en aquella época preferían al lienzo los artistas flamencos.

Este pintor se llamaba Huberto Van-Eyck.

Al lado de este artista, que lentamente concluía su obra, hallábase otro caballete con un cuadro apenas bosquejado: hacia algunos días, ó quizás algunas semanas, que el pincel no se había aproximado al tablon de castaño, pues el poco color que le cubriera se hallaba cuarteado, por no secarse convenientemente, y descubría de trecho en trecho la parda hebra de la madera. Una paleta sin colores, un cacharro con agua-cola donde había restos de clara de huevo, licor que servía entonces á los pintores en vez de aceite, yacía abandonado sobre un escaño colocado delante del principiado cuadro.

Sin embargo, la proximidad de la noche interrumpió la tarea del artista. Dejó la paleta y los pinceles, no sin exhalar un suspiro, disponiéndose á dejar el estudio.

Mas al pasar delante del caballete abandonado que encontró al salir, su semblante, por lo comun melancólico, tomó una espresion decididamente dolorosa.

—“¡Insensato! dijo para sí, ¡renunciar á la fortuna, á la dicha y á la fama, por correr en pos de una quimera! ya ¡ni toca á un pincel! ¡ni entra en el estudio! ¡y aun se pasan días enteros sin verme, ni abrazar á nuestra hermana Margarita! ¡Siempre encerrado en su laboratorio, persiguiendo, segun dice, el descubrimiento de un secreto que debe immortalizar nuestro nombre y valernos un tesoro!... ¡Pobre loco! ¡como si nuestro arte no fuera el medio de lograr todo esto, mejor que la quimera de la piedra filosofal.”

Haciendo estas reflexiones, bajaba el artista los peldaños de una escalera, que le conducía delante de una pieza subterránea, cuya puerta abrió con bastante ruido, sin que un hombre, sentado delante de un hornillo, saliese de su preocupacion ni aun volviese la cabeza.

—“Juan, ¡hermano mio!” dijo el recién llegado, tocando con la mano el hombro del alquimista, “¿no quieres dejar un rato tu laboratorio para venir á consolar á una hermana que te cree enfermo, y á un hermano que te cree loco?”

Levantó Juan la cara, para mirar á su hermano, toda ennegrecida con el humo de las drogas que misturaba sobre un hornillo encendido.

—“¡Silencio! Huberto; déjame aun esta noche, pues es llegado el día de mi descubrimiento; y mañana estrecharás contra tu pecho, entusiasmado y reconocido, al que ahora calificas de loco! Te lo repito, Huberto,” añadió señalando los crisoles, y las preparaciones químicas que cubrían los hornillos; “¡ahí tienes los elementos de la conquista mas sublime que jamás han hecho las ciencias para las artes! Déjame pues, y ve á pedir á Dios que el éxito corone mi obra.”

Había ciertamente en el sonido de la voz de su hermano y en la seguridad de sus palabras una convicción tan íntima y manifiesta, que el excepcionismo de Huberto llegó á conmovérsele.

—“Te dejo aun esta noche,” le dijo, “pero al menos júrame por tu salvacion, y por el alma de nuestro padre, que te confío á mi ternura, legándome sus derechos á tu obediencia, volver mañana á tus pinceles, y renunciar á la persecucion de esa fantasma, que te se escapa hace tanto tiempo.”

Examinó el alquimista sus crisoles atentamente; volvió á leer alguna cosa en los manuscritos hacinados á su derredor, y poniendo la mano sobre un crucifijo de marfil:

—“Lo juro, hermano, por el Dios que murió en la cruz para redimir á los hombres. Lo juro por la memoria de nuestro padre. Ahora bien, déjame solo.”

Huberto, algo mas consolado, salió del laboratorio, subió la escalera, y entró en una gran pieza cuyas paredes estaban revestidas de una lustrosa ensambladura de roble, donde una joven de diez y seis años á lo mas, rubia, linda y llena de atractivos, disponía sobre una mesa ricamente esculpida un blanquísimo mantel, y todo lo necesario para la cena.

—“No pongas mas que dos cubiertos, Margarita.”

—“¡Pues qué! ¿Juan tampoco cena con nosotros?” dijo, asomándosele una lágrima.

—“Por última noche, hija mia; acaba de jurármelo. Dispon que le bajen ahora algun alimento, al cual probablemente no tocará mas que lo ha hecho á los que le llevaron esta mañana.”

Huberto y Margarita se pusieron tristemente á la mesa; concluyeron de cenar, y dando gracias con devocion, se vinieron á sentar delante de una grande chimenea, en cuyo hogar ardía mucha leña. Se hablaron poco, pues sintiendo oprimido el corazon, temían afligirse mutuamente comunicándose sus temores, y así no se resolvieron á franquear sus ideas. Por último, un reloj de madera colgado en la tapia dió las nueve, á cuyo tiempo entró en la estancia una criada anciana, único doméstico que tenían, con dos candeleros en la mano.

Esta era la señal del rezo nocturno y de recogerse. Los tres devotos hijos de la Flandes se arrodillaron ante una imagen de la Virgen, y despues de varias oraciones que Huberto, como cabeza de la casa, rezó en voz alta, repitiéndolas fervorosamente las dos mujeres, se levantaron y se fueron cada uno á su alcoba.

Huberto tardó largo rato en conciliar el sueño, mas cuando ya empezaba á dormirse, entró repentinamente su hermano Juan, que arrojándose á sus brazos, le apretó locamente en ellos, poniéndose en seguida á brincar como un insensato.

—“Lo he conseguido, Huberto. Bendijo Dios mis investigaciones: el misterio se ha consumado. Para nosotros es la fortuna, y un nombre que jamás perecerá.”

—“¿Qué quieres decir?”

—“Escucha, hermano, hace tiempo que todos los pintores de Italia buscan los medios de abandonar la cola y la clara de huevo para preparar los colores. Búscanlo en vano. Yo poseo ahora este secreto: le he conquistado: mira, ¡repara este cuadrado! Dime, ¿has visto en tu vida tanto vigor y energía, con tanta fuerza de tonos? ¿La pintura logró jamás cosa que se parezca á estas brillantes tintas? Hermano mio, quiero decirte mi secreto: pero le guardaremos entre los dos, nadie lo sabrá despues de nosotros, como nadie lo supo antes. Atiende; los colores se mezclan mas facilmente con el aceite, que con el agua-cola y la clara del huevo; los colores preparados segun este procedimiento no se rechupan, conservando siempre la misma fuerza: últimamente se secan pronto: despues de algunos meses se cubre la pintura con un barniz, que realiza maravillosamente su efecto, secándose al momento, por decirlo así, sin necesidad de recurrir para ello al sol ó al fuego. Despues de muchas investigaciones he hallado la composicion de este barniz: composicion sencilla, de medios casi vulgares, pero sublimes en sus resultados. ¡Y ahora! ¿soy un loco?”

No se saciaba Huberto de mirar y admirar el cua-

drito que Juan le mostraba; pues conoció la revolución total que iba á obrar en las artes el descubrimiento de la pintura al óleo, y la fama eterna que había de recaer sobre el nombre de su hermano y sobre el suyo propio. Tardábase que amaneciese para ponerse á trabajar, y verificar por él mismo la certeza de la adquisición de su hermano: la realidad sobrepujo sus esperanzas, y muy pronto el cuadro de San Juan pintado al óleo por ambos hermanos, vino á llenar de admiración y asombro la corte toda de Felipe el Bueno.

A poco resonó en Flandes, Alemania, Francia é Italia la noticia de este descubrimiento: muchos pintores hicieron el viaje á los Países Bajos, para saber á peso de oro el secreto de los hermanos Van-Eyck; mas constantemente rehusaron cuantas ofertas les hicieron, quedando inútiles las seducciones que emplearon para lograrlo. Excepto Margarita, nadie bajo pretexto alguno era admitido en su estudio, ni aun en la casa. Cuando concluían un cuadro, uno de los dos hermanos iba, con disimulo á entregarle al que lo mandó pintar, volviendo en seguida á su vida solitaria, laboriosa y oscura.

II.

Compartía Margarita sin disgusto esta existencia claustral. Unicamente cuando el cielo estaba despejado, iba acompañada de la anciana criada, á pasear por el campo, alargándose alguna vez hasta la ciudad, á comprar las provisiones y objetos necesarios para la casa de sus hermanos.

Una noche que volvía mas tarde que de costumbre, oyó, no sin sobresalto, los cantares de soldados ebrios, que empezaron á tomar por entretenimiento el temor de las dos mujeres. Cercáronlas diciendo palabras obscenas, y aun pudieran llevar las chanzas mas adelante, sin la llegada de un joven que al punto se declaró el defensor de las infelices asustadas, protegiéndolas ademas hasta la puerta de la casa. Mas apenas entraron en ella, libres de aquellos borrachos, oyeron gritar á su protector: subieron precipitadamente á uno de los torreones... el infeliz yacía sin sentido y ensangrentado en medio del camino, y los soldados sin duda temerosos del asesinato que cometieran, se dieron á huir por aquel campo.

Sin pensar en las órdenes y prohibiciones de sus hermanos, voló Margarita á socorrer al que quizá moría por su causa, y haciéndose ayudar por la anciana le metieron en la casa, prestándole cuantos cuidados reclamaba el estado en que se hallaba.

Cuando Huberto y Juan supieron lo sucedido, no tuvieron valor para reprehender á su hermana, y ratificaron la hospitalidad que había dado á aquel joven, curaron su herida, que se halló poco profunda y no presentaba el mayor cuidado. Juan el químico se encargó de la curación, y Margarita se sentó á la cabecera de su cama.

Si la calentura secaba los labios del herido, que parecía mas enfermo de lo que prometía la herida; Margarita estaba allí para darle la bebida que calmaba sus dolores; si deseaba mudar de postura su cansada y debilitada cabeza, levantábase la Margarita cuidadosamente con sus delicadas manos. Siempre atenta, y fijos en él sus ojos, prevenía sus deseos, lamentándose de sus dolencias.

Sin embargo la poca gravedad del mal disminuía de día en día, y el extranjero pudo hablar. Entonces supo Margarita que se llamaba Pietro Ridolfo, que era romano, habiéndole conducido á los Países Bajos asuntos de comercio; por último, que iba á ponerse en camino para Italia, cuando fué herido por los soldados.

—“¿Con que por mi causa” le dijo Margarita muy

agitada, “os hallais detenido quizá por mucho tiempo lejos de vuestra patria?” El enfermo tomó la mano de Margarita, y miró á la joven de modo que la conmovió, é hizo bajar los ojos.

—“No volveré mas á Italia,” dijo, despues de un corto silencio; “pasaré mi existencia junto á Margarita; al lado de quien me salvó la vida; cerca de la que se ha constituido mi ángel de la guarda; á la que no puedo dejar de amar y á quien adoro.

—“¡Callad! ¡Callad!” dijo temblando y desfallecida, “¡Callad!”

—“Sí, te quiero,” repitió el extranjero; “te quiero, y leo en tu corazón, Margarita mia, que me correspondes. Dime: no consentirás en venir á saludar el hermoso cielo de la noble Italia? Las bellas romanas no se demudarán nunca celosas y admiradas, al ver tus divinos ojos azules, y tu poblada y rubia cabellera.”

Dobláronse las rodillas á la joven, y cayó junto á la cama de Pietro en ademán de orar.

—“¡Toma este anillo, Margarita, y reciba Dios nuestros juramentos!”

A este punto resonaron en la escalera los pasos de Juan Van-Eyck.

—“Oculta tu turbación, Margarita: que no sepa tu hermano nuestro amor...”

—“¡Mi hermano! ¡Pero si es tan bueno! ¡si me ama tanto!”

—“Que no sepa nada aun, ó nuestra dicha se acabó; querida mia.”

La sobrecogida joven se retiró á lo mas oscuro de la estancia, y Juan, ocupado en curar la herida de Pietro, no notó la agitación y turbación de su hermana.

Todos los dias progresaba la convalecencia de Pietro; podía salir de su cuarto, y pasear en el jardín, apoyado en el brazo de Margarita; en vano le suplicaba esta declarase su mútuo cariño á Huberto y á Juan; el italiano alegaba constantemente especiosas razones para diferir esta confianza, y acallar los remordimientos y sobresaltos de su querida.

Lloraba Margarita, mas siempre concluía por ceder, aunque interiormente y con disgusto se avergonzaba de la falta de confianza que manifestaba hacia sus hermanos. Sin embargo el extranjero, bajo el pretexto de familiarizarse con la índole de los dos pintores, y facilitarle los medios de obtener de ellos la mano de Margarita, no cesaba de preguntar á la joven sus costumbres, sus hábitos, sus ocupaciones y sobre todo el modo de preparar los colores. Llegó á lograr de ella, que le introdujese un dia, durante la ausencia de sus hermanos, en el estudio y en el laboratorio. Pensaba Margarita satisfacer solo una mera curiosidad; empero si menos cándida y menos crédula hubiera notado las penetrantes y codiciosas miradas de Pietro, pudiera haber conocido la imprudencia de su conducta.

De allí á pocas semanas, entrando Juan Van-Eyck en el cuarto de su huésped, para curarle la casi cerrada herida; júzguese de su asombro, cuando vió á Margarita sola en aquella estancia, donde pálida y desencajada le confiesa su amor, y la traición del italiano.

Pocas preguntas bastaron para que el artista penetrase todo el misterio: el italiano había finjado amar á Margarita para robar el secreto de sus hermanos: despues se había fugado. La ligera herida había sido hecha á propósito para tener un motivo de introducirse en su casa: los soldados eran sus cómplices; el auxilio que había prestado á Margarita, un enredo del infame.

Corriendo buscó á su hermano.

—“¡A caballo, Huberto, á caballo! gritó: ¡es preciso castigar al traidor!”

Con efecto, poco tardaron en avistar al italiano que solo dos horas llevaba de ventaja. Así que vió á los que tan cobarde y traidoramente habia ultrajado, Pietro metió espuelas á su caballo, pero en vano; pues cayó á poco rato, herido de dos puñaladas.

Entonces Huberto y Juan, dejando allí el cadaver, volvieron las riendas, tomando en seguida el camino de Brujas.

III.

El Conde de Flandes, Duque de Borgoña, Felipe el Bueno, acostumbraba administrar justicia diariamente á sus vasallos á cosa de medio día: daba sus audiencias en una sala de su palacio, donde ricos ó pobres eran admitidos sin distincion, pudiendo elevar su voz, someter sus quejas al príncipe, y solicitar su fallo. Gustaba Felipe el Bueno rodearse en estas circunstancias de grande séquito. Sentado en su trono ducal, vestido con fausto, queria que su hijo, el conde de Charolais, y los nobles de su corte, estuviesen presentes siendo testigos de sus decisiones. La pesadez de los altercados que se suscitaban, la poca importancia de las reclamaciones que se hacian, la humilde condicion de los querellantes, jamás fue suficiente á cansar su paciencia: dejando hablar al mas difuso, á la menor apariencia de justicia que manifestára; alentaba á los tímidos, consolaba á los afligidos, y tratándose de intereses pecuniarios, casi siempre concluía apaciguando la contienda por medio de sus propios rixales.

El Conde de Flandes, despues de oida la queja de una pobre mujer, cuyo huertecillo habia sido asolado por cazadores de alto linaje, acababa de dirigir una amarga reprehension á los causantes del daño, conminándoles con una fuerte multa aplicada á la aldeana, cuando de repente un extraordinario ruido llamó la atencion de la asamblea: despues la jente abrió paso á los dos hermanos Van-Eyck, que ensangrentados y con los puñales en la mano, llegaron precipitadamente delante del Duque.

Este, apenas vió los cuchillos y la sangre, volvió la cabeza estremecido: pues desde el asesinato de Juan sin miedo, su padre, no era dueño de impedir semejante conmocion nerviosa, cuando impensadamente se manifestaba una daga á su vista.

—“¡Por la Santa Virgen de Brujas! gritó. ¿Qué quiere decir esto, mis maestros?”

—“Mi señor, respondió Juan, un infame italiano, despues de haber seducido á nuestra hermana, nos robaba el secreto de nuestro arte: le hemos muerto.”

El Duque perdió el color, y levantándose impulsado por la cólera.—“¿Qué es esto? ¿no hay ya justicia en nuestro condado de Flandes, que necesitan nuestros vasallos tomársela por su mano, cometiendo un asesinato? Cuidado, maestros, este asunto puede traeros funestas consecuencias.”

—“Hágase vuestra voluntad, mi señor: ¿En que carcel deseais que nos presentemos, por haber vengado el honor de nuestra hermana, y haber conservado á la Flandes un secreto que aumenta su fama? Si el verdugo está dispuesto, nosotros tambien lo estamos.”

—“Bien sé que sois pintores eminentes, y que valeis mas fama á la Flandes que muchos nobles señores, que solo saben asolar las tierras de los villanos; pero ante mi justicia el ingenio como la nobleza quedan borrados: habeis derramado sangre, que la sangre recaiga sobre vuestras cabezas.”

Abrazáronse los dos hermanos, contestando al momento:

—“Estamos prontos.”

—“Veamos, primo Luis; ¿Qué hariais en nuestro lugar?” añadió el Conde con tono que parecia pedir un clemente consejo, pues apenas se le pasó el involuntario momento de cólera y sorpresa, demasiado se le alcanzaban los graves motivos que habian impelido á Juan y á Huberto Van-Eyck á la venganza.

Al que se dirigió, era á un jóven de color lívido, crespo el cabello, de mirar falso, al cual la pregunta del príncipe pareció despertar sobresaltado de alguna meditacion profunda.

—“Tocar á la justicia de su soberano, es tocar á su corona: tocar á su corona, es cometer un crimen de lesa-magestad.”

—“¿De modo que segun vuestro entender,” replicó el conde, poco complacido de esta severa respuesta, “segun vuestro voto, ni el crimen del italiano, ni el talento de los culpados, deben militar en favor suyo?”

—“Si tuvieseis una hermana, si vuestro mismo padre, como lo hizo el nuestro, os la recomendase en el lecho de la muerte, mas favorable nos seriais, añadió Huberto. Bien sabeis, Sr., cuan sagradas son las órdenes de un padre.”

Al oir estas palabras, se demudó colérico el jóven príncipe, iba á contestar, mas repentinamente se oyó en el patio del palacio el galope de un caballo, cesó el ruido, y á poco un hombre jadeando, con el vestido desaliñado, entró en la sala de audiencia, y dirigiéndose al que iba á decidir de la suerte de los dos hermanos, le entregó un pliego sellado. Así que lo abrió, Luis exclamó en el primer raptó de alegría.

—“¡Vestidos de purpura! (1) ¡Soy rey de Francia!” mas dominándose al momento, tomó un continente afligido, y aun fingiendo enjugar una lágrima, dijo. “Mi Señor, acabamos de recibir la nueva del fallecimiento de nuestro padre, y que la pesada carga de la corona gravita sobre nuestra cabeza. Permitidme señalar nuestro advenimiento al trono con un acto de clemencia, concediendo entero indulto á los dos célebres pintores, aquí presentes. Marchad en paz, mis maestros, y otra vez no recaigais en tan graves faltas. Sin embargo, fundareis de vuestro propio peculio una capilla á nuestro patron San Luis; colocando en ella una de vuestras mejores pinturas con vuestros retratos de rodillas, en ademan de pedir misericordia.”

—“Ahora pues, mi Señor, que justicia es hecha, y misericordia otorgada, os pedimos licencia para retirarnos entregándonos en la soledad á la afliccion.”

—“Antes de hacerlo, Sire,” añadió Felipe el Bueno arrodillándose, “quiero ser el primero en prestar pleito homenaje en vuestras manos, jurando serviros, aun por las tierras que no relevan de la corona de Francia.”

—“Nos le recibimos, padre mio, y queremos conservaros este nombre tan proporcionado á nuestra afecion hacia vos: puesto que de vuestra mano quiere Luis Onceno ser armado caballero el dia de su consagracion en Reims.”

—“Yo os conduciré al frente de diez mil combatientes,” repuso el Conde.

—“Gracias,” replicó Luis XI arrojando al conde una mirada recelosa: “Tan numerosa comitiva no os es necesaria. Mil lanzas bastan; ¡y aun sobran! A Dios, mi Señor, vamos á llorar y á orar.”

Salió de la sala de audiencia.

—“Lises por el rey de Francia,” gritó la muchedumbre, Lises por el conde de Flandes.”

(1) El luto de los reyes de Francia era encarnado en aquella época.

IV.

Juan y Haberto Van-Eyck cumplieron religiosamente la fundación que les mandó Luis XI.

Apenas concluida la capilla espiatoria, que fueron depositados en ella los mortales despojos de su hermana Margarita. Sus hermanos colocaron sobre la sepultura de una hermana tan querida, y tiernamente llorada, un cuadro representando *los ancianos adorando al Cordero*; asunto sacado de la Apocalipsis. La hoja ó postigo derecho figura el *Paraíso terrenal*: el izquierdo á los dos hermanos arrodillados en actitud de arrepentimiento y de oración. Huberto está á la derecha; tiene en la cabeza un gorro con pieles de singular hechura, recogido por delante. Juan está á la izquierda con una especie de turbante verde, y vestido de negro; tiene además un rosario encarnado en la mano.

La viveza y energía de colorido que presenta este cuadro, ofrece una brillantez, de la cual no pueden dar idea los pintores de nuestra época.

Esta capilla se llama aun en aquel país la Capilla del Perdon.

S. H. B.

EL HUERFANO.

La misma verdad parece á veces inverosímil.

Un día del mes de mayo de 1828 se encontró delante de una de las puertas de Nuremberg á un joven de baja estatura y de aspecto melancólico y sin expresión, que permanecía inmóvil. Algunos curiosos se acercaron á él y vieron que lloraba; hiciéronle diferentes preguntas, pero nada respondía.

Si una insensibilidad semejante sorprendió á los que se le aproximaron, no les admiró menos la lectura de una carta que tenía el joven en la mano dirigida á un oficial de caballería ligera que se hallaba de guarnición en Nuremberg, por cuyo contesto se venía en conocimiento de que el que la llevaba había sido bautizado con el nombre de Gaspar Hauser; que desde la edad de cuatro años hasta la de diez y seis que contaba, había estado encerrado en un calabozo, y que destinándole al servicio en la caballería ligera, se le enviaba con este objeto á que se presentase á un oficial.

Mediante todas estas singulares circunstancias, confirmadas completamente por el estado de estupidez de Gaspar Hauser, se le declaró por decreto de los magistrados hijo adoptivo de la ciudad de Nuremberg. Fuera de la curiosidad general que debía inspirar un individuo tan extraordinario, arrancado repentinamente del estado de bruto, y lanzado después sin ninguna guía en la carrera de la vida, era muy acreedor al interés de todas las personas ilustradas, y así se encargó su educación á un profesor respetable por sus luces y carácter, bajo la inmediata vigilancia de las autoridades locales.

Durante su primera residencia entre los hombres fue

víctima Gaspar de un continuado padecer. La luz, el movimiento, el ruido, la diversidad de objetos que deslumbraban su vista y cansaban su cabeza, produjeron en él un efecto extraño, cuyo resultado era el dolor. La primera sensación agradable que experimentó fue la de la música, y ella fue la que desenvolvió progresivamente el caño de ideas que le desazonaba. Desde aquella primera emoción empezó á haber orden en las impresiones que recibía. Dotado de una memoria prodigiosa no tardó en distinguir los objetos, en clasificarlos y aplicar á cada uno el nombre propio que le oía dar. Aunque había llegado á la vida tarde, por decirlo así, se complació en volverla á empezar, y como en todos los hombres, se notó en él la ligereza pueril, y que se divertía con caballos de madera y otros juguetes; pero duró poco aquella indiferencia, y le sacó pronto de ella su razón próxima á desarrollarse para inclinarle á mas serias ocupaciones. Apoderóse de él la necesidad de aprender, y empezó á estudiar; su talento natural dirigido por sabios consejos hizo tan rápidos progresos, que á los diez y seis meses después del día en que por la vez primera había salido de una noche de diez y seis años, hablaba bastante bien el alemán, sin mas dificultad que la del movimiento penoso de sus mandíbulas faltas todavía de ejercicio; escribía correctamente aunque no con soltura, y tenía un estilo regular pero sencillo y tímido.

El primer uso que hizo Gaspar Hauser de sus nuevas facultades fue el de procurar reunir sus recuerdos acerca de su existencia anterior. Le hacían estos presente un oscuro calabozo de cinco pies de largo y cuatro de ancho, donde habitaba perpétuamente, y un pan y un jarro de agua cada día por alimento; una manta y una camisa por vestido, y por guardia un hombre, á quien jamás había visto el rostro. Llegó sin embargo un día en que su carcelero le vistió, le sacó de su encierro, y habiéndole puesto de pies en el suelo, probó á hacer que anduviera; pero no bien había dado algunos pasos cuando cayó en tierra, porque padecía extraordinariamente. No pasaban de aquí los recuerdos de Gaspar Hauser acerca de la tenebrosa época, en la que aun no sabía pensar. Estaba siempre sentido, y si sentía hambre ó sed antes que llegase su pitanza, dormía, haciendo lo mismo después de haberlas satisfecho: de manera que el sueño era su pasatiempo, su recurso, y en fin su única ocupación.

¡Cuán deliciosas no debieron ser las ilusiones sociales de Gaspar Hauser que, gracias á sus semejantes, había llegado tan pronto á igualarse con ellos, y á quien lo extraño de su destino hacía mirar un amigo en cada hombre! Subtraído sin saber como á la fatalidad de su suerte, había hallado desde luego un auxilio poderoso en la adopción de un pueblo entero; y su entendimiento obscurecido se había desembrillado é iluminado por los tiernos desvelos de una simpatía que se los hacía mas apreciables. Las mujeres, que por donde quiera son el tipo de una sensibilidad verdadera, le manifestaron el mas vivo interés, unas con cartas tiernas, y casi amorosas, otras con regalos, y Gaspar Hauser conservaba casi una colección completa de sortijas. ¡Feliz criatura! ¡Qué ideas no debía formarse del mundo quien no le había vislumbrado sino para recibir beneficios, y cuán lisongeras no debían serle para lo porvenir!... pero se destruyeron para siempre.

El individuo misterioso que por espacio de diez y seis años había sepultado la existencia de Gaspar Hauser, y que en un momento de remordimientos parecía que había legado á la Alemania el encargo de reparar un crimen no consumado, volvió á perseguir á su víctima en medio de su comenzada felicidad. Una mañana se despertó el huer-

fano al dolor de agudos golpes que eran los de un puñal con que le heria un hombre enmascarado, el cual precisado á huir porque á los gritos de Gaspar acudia gente, desapareció pronunciando esta amenaza: *Te dejo ahora; pero no te me escaparás otra vez!* En el metal de la voz reconoció el huésped á su antiguo carcelero. La policía de Nuremberg se puso inmediatamente en su persecucion, pero aunque por un momento se creyó haber dado con su rastro, nada pudo descubrirse. Desde entonces se tomaron precauciones de seguridad en favor del huérfano; mas ¿quién podía restituírle la tranquilidad, ¿quién sus sueños deliciosos tan bárbaramente interrumpidos? Se le puso en un sitio retirado, y bajo una vigilancia celosa, le dieron armas para su defensa personal, y no obstante parece que su desgracia volvía en su daño todas estas precauciones. Gaspar Hauser subido en una silla estaba arreglando cierto día su biblioteca, cuando perdió el equilibrio, y procurando sostenerse y buscar un agarradero en su caída, dió con el de una de sus pistolas que tocada en el fiador se disparó é hirió á Gaspar haciéndole caer bañado en sangre. Por fortuna la bala no hizo sino rozar la cabeza; la herida no fue peligrosa, y por esta vez escapó también de la muerte.

La Europa entera se interesaba por este hombre tan joven aun, cuya carrera empezó por una larga persecucion, á quien siguieron despues muchas desgracias, y al que tal vez aguardaba una terrible catástrofe. A esto se añade el deseo y aun necesidad de descubrir el origen de este huérfano que tan raras calamidades suponen ilustre. Se han apurado toda especie de conjeturas sin resultado alguno; pero insertamos el extracto siguiente de una carta escrita desde Viena en abril de 1850. «Hace ya seis meses que fui yo quien mas verosíblemente conjeturé el origen del huérfano de Nuremberg, y acaba de confirmarse completamente mi conjetura. Hace algunos días que se ha apresado secretamente á una señora encargada de la educacion de los hijos de una casa de primera distincion de Hungría, y que en otro tiempo concurrió á la sociedad del *gran jeneral francés*. Acusada de saber quizá como parienta el nacimiento misterioso de Gaspar Hauser, y por consiguiente la tentativa de asesinato sobre su persona, se ha finjado loca, y un médico ha descubierto su estratagemá por medio de otra. En cuanto á que se revele el nacimiento de este jóven parece que no se ahorrarán puñaladas para impedirlo, y aun podia serme perjudicial á mí mismo descubrir la verdad sobre este punto, que es propio para poner en movimiento á toda la Europa.»

Desgraciadamente se han verificado los funestos sentimientos del autor de este escrito. No bastó para libertar la vida de este interesante huérfano que el Conde de Stanhope le tomase bajo su proteccion trasladándole á Inglaterra donde custodiado por personas celosas parecia deber estar á cubierto de cualquier atentado criminal por parte de sus ocultos enemigos; transcurrieron, si, algunos años sin que fuese turbada la tranquilidad que en el ameno retiro de Anspach disfrutára Gaspar Hauser, pero en la mañana del 14 de diciembre de 1855 al salir de los tribunales, un desconocido envuelto en una sucha capa se acercó á él, bajo el pretexto de comunicarle asuntos de importancia. Escusóse Gaspar por falta de tiempo en aquel momento, pero prometió acudir aquella misma tarde á los jardines de palacio. Verificóse la entrevista. El desconocido sacó de debajo de la capa algunos papeles que entregó al huérfano, y mientras este se disponía á examinarlos le clavó dos veces en el pecho un puñal que llevaba escondido, y

desapareció. Gaspar Hauser aunque herido mortalmente se arrastró hasta su habitacion; pero ya en la agonía de la muerte pudo solo articular estas palabras; «*Jardin del palacio.... bolsillo.... uz.... monumento....*» Fueron despachados inmediatamente algunos agentes de policía al monumento de Uzen situado en los jardines, y á su pie hallaron un bolsillo morado que contenia un papel en el cual se leian las siguientes líneas evidentemente trazadas con mano finjada. «Hauser puede deciros porque me presento aqui y quien soy; pero para ahorrarle esta molestia os diré yo mismo de donde vengo. Vengo de.... de.... la frontera de Baviera, sobre el rio.—Haré mas, os diré tambien mi nombre M. L. O.» Segun la descripcion que de su asesino hizo Gaspar, fué este el mismo que ya anteriormente habia atentado contra su vida en Nuremberg. El desgraciado Hauser murió en la noche del 17 de diciembre de resultas de sus heridas, y aun no se ha logrado descorrer el velo que cubre su misteriosa existencia, aunque el conde de Stanhope ha ofrecido 5000 florines al que descubra al asesino. El 26 de diciembre se celebró el funeral al que acompañaba un numeroso concurso de personas movidas de simpatía y compasion hácia este jóven cuya bondad y dulzura de carácter hacian jeneralmente amado. Su preceptor el Dr. Fuhrmann pronunció una oracion fúnebre sobre su sepulcro en la cual aludió á las últimas palabras de Gaspar, quien al preguntarle si perdonaba á sus enemigos; respondió. «He rogado ya á Dios que perdone á cuantos he conocido: en cuanto á mí personalmente nada tengo que perdonar pues nadie me ha hecho daño alguno.»

EXPOSICION PUBLICA DE PINTURAS.

La academia de San Fernando ha abierto en estos dias segun costumbre sus salones para exponer al público los cuadros que los artistas españoles han presentado con este objeto.

El pueblo de Madrid, acreditando su buen gusto, ha llenado esos salones de una numerosa y constante concurrencia, único y bien merecido galardón de los que en nuestro desgraciado pais siguen la estrecha senda de las artes, sin poder llevar otra mira que la de el deseo y noble ambicion de gloria. En un artículo que tenemos escrito, daremos á nuestros lectores breve cuenta de lo que nos ha parecido mas notable en la exposicion, pero queriendo adornarle con algun grabado de los mismos cuadros, cuyas copias no pueden facilmente sacarse mientras estos subsisten colocados en la academia, dilatamos hasta el próximo número el insertar su descripcion, en lo cual hemos creído que ganarian mucho los que nos favorecen repasando nuestras columnas.

Se suscribe á este periódico en la librería y almacén de papel propio del editor, Puerta del Sol, acera de la Soledad, núm. 7. y en las provincias en todas las Administraciones de Correos, á excepcion de Badajoz, que es en la librería de la viuda de Carrillo.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.



(Retrato de D. Martín Fernández Navarrete.)

Exposición de Pinturas.

No es la exposición de pinturas en Madrid, forzoso es confesarlo, lo que en otros países. No es un brillante y concurrido certamen á donde mil artistas ya célebres van á competir con noble emulación unos con otros; y á procurar sostener su puesto contra otros cien artistas que nuevos en la liza, aspiren á disputarles la palma de su adquirida supremacía: no es un vasto y ostentoso teatro donde millares de inteligentes y apasionados de las artes vengan á observar sus adelantos, á celebrar sus maravillas, á elogiar las obras y aplaudir á los autores para que luego esta celebridad y estos aplausos circulen por el mundo entero, encargándose de transmitirlos á las nacio-

nes extranjeras, y á la posteridad, centenares de discretas plumas, cuyos juicios críticos fundados en la profanda observación y en el conocimiento del arte, afianzen y eternicen la fama de los que son objeto de sus escritos: no es, en fin, nuestra exposición de pinturas, un rico y frecuentado mercado donde los próceres y magnates del reino, donde los principes extranjeros, donde los particulares aficionados de todos los países, acudan á derramar el oro, asegurando á los que dedican su existencia entera á seguir por la estrecha senda que conduce al templo de la inmortalidad, merecido galardón de sus tareas, premio justo de sus fatigas, necesaria recom-

pensa, estímulo poderoso que aun al hombre de mas filosofía es provechoso, porque no se vive ni se come solo con el amor de la gloria.— Nada de eso.— Unos cuantos nombres ya conocidos del público que pueden muy bien contarse por los dedos de la mano, son los encargados de sostener la exposicion; y de tal manera, que cada uno de ellos está seguro de no competir mas que consigo mismo. LOPEZ sabe que á la correccion de su dibujo, á la ejecucion de sus paños, ropas, y detalles ninguno llegará; VILLAAMIL se presenta en posesion de su puesto de primero, de único paisajista, y con tal de superar al Villaamil del año pasado ya no tiene que hacer mas; MADRAZO lleva sus cuadros á la academia sin temor alguno de que haya parangon para la transparencia de sus colores, para el romanticismo de su paleta; ESQUIVEL coloca los suyos con la fundada vanidad de haber dado un gran paso en su carrera desde la última exposicion, pero sin revolver los ojos en busca de algun rival de su estilo, de algun imitador de su manera, porque de no encontrarle está seguro. Otro tanto sucede con los demas pintores actuales, que cada uno es, por decirlo así, único en su género; quienes ademas cuentan de antemano con que ni sus obras han de poder fijar sino momentáneamente la atencion del público absorbida por los sucesos políticos y las vicisitudes de la guerra, ni han de ser criticadas en periódicos verdaderamente artísticos universalmente acreditados y leídos, cuyo voto pueda ser de algun peso, ni por último han de tener compradores de aquellos que saben que al mérito de un buen cuadro nunca se le puede poner precio.

Tal es nuestra desgraciada situacion; el remedio, de Dios nos venga; entretanto sirva de consuelo que en la patria de los Murillos y Velazquez, en España rival y competidora de la Italia podrá tal vez verse desmayado y abatido el Genio de la pintura, pero nunca de todo punto muerto. De ello es buena prueba la exposicion pública de este año, que, en obsequio de aquellos lectores nuestros imposibilitados de venir á verla con sus propios ojos, describiremos brevemente y sin afectar de manera alguna el tono magistral y dogmático á que renunciamos desde el momento en que tomamos la pluma para escribir el SEMANARIO.

Opinion es de los inteligentes á quienes hemos consultado para confirmar la nuestra, que uno de los mejores cuadros presentados á la pública espectacion es el retrato del distinguido académico Don Martin Fernandez Navarrete, pintado por Don Vicente Lopez. Digna es esta preciosa obra del autor y de su objeto: Madrid todo ha admirado la extraordinaria semejanza, la correccion del dibujo, y aquella verdad en los detalles que hace confundir, por valernos de una espresion vulgar, lo vivo con lo pintado. Si hay quien quiera mirar esta circunstancia como un defecto, nosotros le contestaremos con las palabras del célebre literato Don Juan Nicasio Gallegos, que publicó en el *Artista* un artículo biográfico de Lopez. Perdonen nuestros lectores si las trasladamos aqui literalmente, pues á pesar del tono modesto y mesurado del escritor, consideramos este párrafo como una importante lección de la filosofía de la pintura, no impertinente en el presente artículo. Dice así:

“Muchos quisieran que siguiendo Lopez las maximas de los maestros de la antigua escuela española, recargase menos sus retratos de brillantes accesorios y diges, que distrayendo la atencion y privando hasta cierto punto á los cuadros del conveniente reposo y armonia, perjudican al efecto y vigor de las cabezas. Dicen que las artes imitativas son hermanas, y los principios filosóficos del buen gusto aplicables á todas ellas: que la cabeza hace el mismo papel en un retrato aislado, que el hé-

roe en un cuadro de composicion ó en un drama; y que en tales casos presentar en el mismo grado de perspicuidad, importancia y brillo lo secundario y episódico que lo principal, es debilitar, cuando no destruir, el efecto primordial que el artista y el poeta deben proponerse. Poca duda admite, generalmente hablando, la utilidad de esta regla y la exactitud de las indicadas observaciones, que confirman las obras de Velazquez, Murillo, y otros insignes profesores de todas las escuelas. En sus retratos hay pocos accesorios, y el traje y adornos de los personajes estan por lo comun tocados con descuido, y siempre rebajados hasta el punto de no percibirse con claridad sus detalles, y confundirse muchas veces con el campo: resultando de aqui la vida, movimiento y verdad de las cabezas que arrebatan esclusivamente la atencion de los espectadores. Sin embargo examinando con filosofía imparcialidad, no es posible desconocer que este medio, tan favorable á la pereza de los profesores, es mas bien artificioso que real y positivo, como el de oscurecer el salon de un teatro á fin de que resalte mas la iluminacion, tal vez escasa, de la escena. En efecto si en el modelo vivo se presentan con igual claridad y decision que la cabeza el traje y los ornatos, sin que por eso pierda aquella su animacion y su bulto, ¿no llenará mas completamente su objeto el que sepa conservar al rostro estas calidades sin sacrificar los accesorios? ¿No se admiran muchos retratos de las escuelas florentina, flamenca, y veneciana, en que estos se ven ejecutados con propiedad y esmero, circunstancia, que lejos de perjudicar al vigor de las cabezas, contribuye á que todos los objetos parezcan la verdad misma? ¿No son el embeleso de los inteligentes los dos retratos de Ticiano que representan á Carlos V, y Felipe II, colocados en el testero del gran salon del Museo, y concluidos desde la cabeza á los pies con la detencion mas minuciosa? Examínese el retrato de una señora con dos niños, á la entrada y mano derecha del mismo salon, y dígame despues si la delicada ejecucion de los detalles disminuye ó aumenta la animacion de los rostros. Lo vituperable en este particular es, que los accesorios sean excesivos en número por la confusion que inducen; y el arte y gusto del profesor consisten en saber templarlos y subordinarlos al tono general del cuadro, y particularmente al de las partes principales de las figuras. Mas si los accesorios estan elejidos y dispuestos con sobriedad y tino, si contribuyen con la acertada contraposicion de sus tintas, y sus luces (que es lo mas difícil) al acorde reposo y armonia del cuadro, y si en el esmero de su ejecucion no se advierte timidez ni fatiga, este esmero es una perfeccion mas, y solo la passion ó el capricho pueden hallarlo reprehensible. La pension de Lopez á no escasear en sus retratos los accesorios, nace de dos causas que redundan en elogio de este profesor: una, el deseo de complacer á los orijinales y en especial á las señoras, que no quedan contentas si no se las pinta engalanadas con todos los diges y floripondios de su tocador; otra, la admirable verdad con que sabe representarlos. El oro, las plumas, el nacar, las pieles, la pedreria salen de su paleta con tan cabal imitacion, que se equivocan y confunden con la realidad misma. ¿Cómo, pues, se ha de estrañar que se complazca en excitar nuestra admiracion con el efecto verdaderamente majico de sus pinceles?

(Se continuará.)



PANORAMA MATRITENSE.

DE DOCE A UNA.

"Toujours triste ou fougueux, pestant contre le jeu
ou d'accepter perdu trop, on bien gagné trop peu."

REGNARD.

Ora frenético y loco,
ora triste y abatido;
ya porque mucho ha perdido,
ya porque ha ganado poco.

I.

Cuando Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas del Potosí desaguaban en su recinto, entonces no teníamos *Bolsa*; ahora tenemos *Bolsa*, pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas y el Potosí.

En aquellos felices tiempos todo el sistema de hacienda estaba reducido a necesitar dos y gastar cuatro (porque había estos cuatro); en el día por el contrario, todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos, y gracias si se puede contar con estos dos. Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones, y de este modo si perdimos nuestra superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito*, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). Tenemos también *caja de amortización*, donde todo se amortiza, capital e intereses: tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones*, *Certificaciones*, *transferibles*, *no negociables*, *títulos al portador*, *residuos*, *cupones*, *acciones*, *dividendos*, y *billetes del Tesoro*; todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, además del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos en fin *Bolsa de comercio* en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos á otros por medio de atrevidas apuestas y demás lances que contribuyen el entretenido juego de fondos públicos.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigía desde su bufete las mas grandiosas empresas, expedía sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao ó á la Vera-Cruz; ora recibía los ingeniosos artefactos de Manila ó el cacao de Caracas, ora contentándose con mas moderada y segura ganancia limitaba sus operaciones al descuento de letras, y cambio de fondos en las diversas plazas mercantiles.

En el día tal clase de negocios solo queda para jentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesarios para lo que en lenguaje técnico llamamos *meterse en la bolsa*, y á la verdad ¿cómo la perspectiva de un mezquino interés de doce ó quince por ciento al año podría lisonjear á un atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que como dice un adagio vulgar "no todo lo que reluce es oro", y que tales suelen ser los resultados de estas gigantescas operaciones, que destruyan en breves momentos las fortunas mas sólidas y acreditadas. Pero los hombres en sus proyectos de ambición acostumbraban jeneralmente á mirarlos solo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance á con-

seguir un buen resultado, ofusca y hace olvidar la multitud inmensa que quedaron arruinados por levantarle. Semejantes al atrevido navegante que fija la imaginación en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos á quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan á la moralidad de las familias, que ponen en continuo peligro á los gobiernos y á las naciones; los hombres del día no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinación, la han reducido á sistema; han compuesto libros en su elogio, y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraría la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. Inútil es, pues, cuanto se declame; la experiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interés cierran las suyas la filosofía y la razón.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de estas, y el hombre inesperto sin otra brujula para caminar en el mundo que su propia reflexión. Carga es, pues, noble, del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros á que le espone la ambición; si despues de ello gusta lanzarse en tan funesta via, por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella mas que para precaver á un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

II.

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, había llegado á una edad avanzada, disfrutando por su probidad de una reputación honrosa, y en posesión de la inmensa fortuna que le habían proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambición de legar á su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo á su imaginación en los últimos años de su vida, y al efecto liquidó sus negocios, y dividiendo en dos su casa-comercio puso al frente de cada una de ellas á uno de sus hijos, á quienes había de antemano educado convenientemente para la carrera á que pensaba destinarlos.

Ambos jóvenes por fortuna manifestaban á ella la mayor inclinación, al paso que ayudados de los conocimientos adquiridos, prometían aplicar á su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter sin embargo de los dos disenta notablemente, y prometía imprimir á sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que así se llamaba el mayor) se distinguía por su espíritu metódico y reflexivo; pensaba mucho, y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto punto un éxito seguro, aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el jiro de letras, las anticipaciones á un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento que combinaba en ellos con su interés y su inteligencia. La mas pequeña comisión, el negocio de menor cuantía eran por él mirados con la misma atención, con igual celo que aquellos de primer orden. La exactitud de sus libros de caja podía servir de modelo; y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la minuciosidad. Con este sistema, si se

quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año, resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputación se aseguraba mas y mas. Para colmo de su felicidad habia escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene á ser la lima que consume lentamente las mas sólidas fortunas.

Enrique, el otro hermano menor, estaba dotado, segun se dice en el mundo, de mas elevadas miras, de mas brillantes cualidades. Su educacion tambien habia sido distinta de la de su hermano; este jamas habia salido de su pais, y acostumbrado toda su vida á aquel sistema uniforme y á aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique por el contrario, habia viajado mucho; habia visitado las capitales extranjeras, y las mas famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista y como él decia gran *financiero*; tenia una selecta libreria, gustaba de hablar y disputar largamente, y obraba en todo con precipitacion, que él apellidaba valor y enerjia.

Desde el instante en que á vuelta de cien consejos saludables recibió la emancipacion paternal, y se vió al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándole aquel estilo que habia observado en varias extranjeras, y que él llamaba *sabor Europeo*. Para ello dejó á su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, las inmemoriales correspondencias de la antigua casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto á sus gigantescas disposiciones, se trasladó á la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugería su exaltada imaginacion.

Desdeñando como era de esperar los negocios comunes, vió en las operaciones bursátiles el ancho campo á donde podría lucir los grandes recursos de su fantasía. Era precisamente la época en que recién establecida la bolsa de Madrid se convertían á ella todos los conatos de los grandes capitalistas, y cada día servían de objeto á la conversacion general las inmensas fortunas realizadas en breves horas por especuladores atrevidos. Enrique, que habia sido testigo de iguales portentos en otras capitales, y en cuya imaginacion estaba siempre fija la idea de un *Roschild*; que contaba con grandes conocimientos en el juego de fondos públicos, y que ademas podia emprenderle desde luego con un mediano capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios sus numerosas y osadas operaciones llamaron á su casa á todos los agentes de cambio, y su firma ó endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulacion. En vano su experimentado padre y su prudente hermano temerosos de tanta fortuna, le exhortaban continuamente en sus cartas á la prudencia, describiéndole este último con los mas vivos coloves la felicidad que disfrutaba en su mediania, la tranquilidad de su imaginacion, las dulzuras de su vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos mas.

Y era así en efecto la verdad; lisongeado por la pérdida fortuna, que cual mujer coqueta se complace en aturdir y sujetar con sus favores á aquel amante á quien cuenta luego sacrificar, se diría que una estrella favorable presidía á todas sus operaciones, á todos sus empeños. Los sucesos públicos que tanto influyen en el alza ó la baja de los fondos, parecia que se modelaban y desenvolvían á medida de su necesidad y de su deseo;

si compraba *al contado*, luego inmediatamente subía el papel; si vendía *á plazo*, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo en pocos meses llegó á realizar un capital inmenso, capital suficiente á satisfacer otra ambicion que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecian sin embargo en razon directa de su fortuna, y deseoso de asociar á ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera, y brilló por un momento con todo el esplendor que él habia imaginado en sus sueños orientales.

Si vá á decir la verdad, en este estado al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente de deseos superiores á la realidad; entregado día y noche á combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban á los términos de sus contratos; pendiente de la ruina ó de la fortuna de sus co-negociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular mas acertadamente los sucesos futuros; agitado en fin con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades de que pendía continuamente su completa fortuna ó su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpetuo delirio, que ni el sueño podia interrumpir, ni el ruido de los festines alcanzaba á templar. ¡Miserable riqueza la que se compra á costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término á su ambicion!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo, cuando la caprichosa fortuna dando la vuelta á su rueda dijo á su protegido: "hasta aquí llegarás"; cuando todos los medios de su elevacion se convirtieron rápidamente en agentes de su caída ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesí de un hombre que incideo hasta allí apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel á la entrada del puerto, y caer una á una todas las ilusiones de su fantasía?

La situacion de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inesplicables y á que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun mas rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos mas bien dirigidos le fallaron, que las operaciones mas sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano á quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron á hacer frente á sus responsabilidades; hasta que acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazon un sentimiento de orgullo, desapareció de su casa y de su pais corriendo á ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintieron sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caída con indiferencia; sus enemigos con alegría; los demas hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso como si tal no hubiese acontecido, y si alguna vez la imaginacion les recordaba á su pesar la desgracia de Enrique, achacabanla á imprudencias y ligerezas de que todos se creían siempre dispensados.

III.

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce... ¡hora fatal que va á decidir la suerte de cien familias, que va á lanzar á unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que es preciso apro-

vechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que median *de doce á una* se traten y cierran todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos... ¡Qué agitacion, que movimiento en todas las avenidas del templo de la Fortuna!... Ved al magnífico comerciante, á aquel que preside y gobierna á un centenar de dependientes, dejar entregados á estos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitacion, consultando el reloj cada minuto, y sin quererle detener con la multitud de importunos que vienen á saludarle. Observad al prosaico mercader, que fia la vara á su consocio, y marcha por medio de la calle registrando cuidadosamente su abultada cartera. Dejad paso al birlocho del agente de cambios, á la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del baston del elegante jugador.

Todos vienen á refluir á un mismo punto; todos dirigen el rumbo á Filipinas, á las Filipinas de la calle de Carretas.... Entrad si podeis en aquel angustioso recinto.... allí nada se paga á la entrada; lo que se paga es la salida!... Un elegante salon cerrado de cristales, y circundado por una galería sirve de escena á aquel interesante drama.... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared y sendos tableros en los frentes con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones....; repartidos en distintos sitios los nombres de las Plazas mercantiles Amsterdam, Génova, Lisboa, Londres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena; como que quieren dar á entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estatuas colosales, que representan La España y La Paz, Mercurio y Neptuno están allí en buena compañía y de toda etiqueta como gentes que apenas se conocen entre sí.

En el centro del salon y dentro de una elegante tribuna circular el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los agentes y las publica en alta y desapacible voz, y en derredor de la verja que cierra el estrado se agitan y aggrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilacion, con un monotonó zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorrumpe en esta espresion: "*Se han hecho.... dos millones de reales, en certificaciones sin interés.... al cinco y tres octavos por ciento á sesenta dias ó voluntad del comprador....*"; y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oído, y el hacerse señas de inteligencia, y el rascarse la frente, y el ahuecarse el corbatin, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos y el adelantarse y volver atras, y el escudriñar respectivamente los semblantes para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender. Los unos mas inespertos ó mas arriesgados andan de aquí para allí proponiendo sus negociaciones; los otros veteranos permanecen inmóviles escuchando con aparente frialdad la propuesta de los corredores; cuales disputan sobre las probabilidades de alza y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos extranjeros; cuales afectan desdenosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera, y de las *grisetas* de París. La mas ajitada expresion brilla en la fisonomía de aquellos; en estos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiracion estúpida, y abren un palmo de boca á cada operacion que oyen pregonar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aque-

lla máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado á otro con una prodijiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquel, llaman aparte á este, dicen dos palabras al oído del otro, ó reciben con un movimiento de cabeza una señal del de mas allá....

—¿Medio millon de cuatros al 20½ á sesenta dias?— No.—¿Prima de uno?— Vaya.— Dos millones al cinco al contado?— Los tomaré si hay plazo.—¿Firma segura?— La de....— (Aquí un fruncimiento de labios, y se separan sin hablarse mas.)

— Señor Agente, aquí tengo esos doscientos mil reales del cinco.— Pues; todos á vender... no puede ser, nadie toma nada, no se encuentra dinero.— Eh....— Allá voy.— Palabra; ¿puede V. proporcionarme un *pico* de 200,000 rs. del 5?— Difícil será... yo no se en que consiste.... hoy el papel está muy buscado; aguarde V. un momento.— Eh, caballero, á como daba V. su papel?— Al precio corriente, al 20.— Imposible.— Vaya al 19¼.— ¿Acomoda al medio?— Sea.— (Y la voz pública pregonaba) *Se han hecho un millon de reales títulos del 5 por ciento al 20½ al contado.*— ¿Lo ve V., no lo decia yo?— Ya pero esa es una operacion hecha á primera hora, y luego lo de V. es un *pico* y....

Mas volvamos la cabeza á ese otro corrillo ruidoso y agitado.... Son políticos que impoliticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas y citan testigos y correos que acaban de llegar, y el mas condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar á cuchillo á los Dardanelos, y que el Czar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan á temblar como azogados y se apresuran á ofrecer su papel á menos precio, y el cambio baja, y el político se da prisa á comprar, y luego vuelve á reunir el corvo, y les dice que no pasen cuidado que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternick ha improvisado un congreso en las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma y el precio vuelve á subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitacion va creciendo sucesivamente por minutos á medida que va acercándose la hora de conclusion, y ya en los últimos momentos es inesplicable el movimiento, la indecision, el estado febril de la mayor parte de los concurrentes. Uno entre ellos agitado por la ambicion, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira el reloj, mira los semblantes; quisiera preguntar á las estatuas lo que debe hacer.... ¡miserable, detente, la suerte de tu esposa y de tus hijos penden de esa tu resolucion!.... El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va á sonar....— Con que ¿toma V. ó no esos dos millones?— Hombre....— Pronto, que tengo ya comprador.— ¿Qué hora es?— Mire V., un minuto falta nada mas.— Pero....— Que va á cerrarse, que da la hora....— Venga aca.— Enhorabuena.— *Se han hecho dos millones de reales títulos del 5 al 21 por ciento al contado.*— LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue... *Concluye la negociacion de fondos públicos, y continúan las demas operaciones comerciales.*

No bien dice estas palabras todos los concurrentes se apresuran á recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De allí á pocos minutos todo queda en silencio, y el que por casualidad entrase después, solo encontraría en él cinco figuras que se asombran ellas mismas de verse juntas, á saber: La España, La Paz, Neptuno, Mercurio, y el *anunciador* del credito nacional.

El Curioso parlante.

EL CAMELLO PERDIDO.

Caminando un Dervís á sus solas por el desierto, se encontró repentinamente con dos traficantes. «¿Han perdido VV. un camello?» les dijo el Dervís. «Si en verdad» replicaron los dos viajeros «¿No era tuerto del ojo derecho y cojo de la pierna izquierda?» volvió el solitario á preguntarles. «Si señor, todo esto es cierto» contestaron los traficantes. «¿No le faltaba también un diente?» «Si ciertamente» replicaron los que buscaban el camello. «Y la carga que llevaba» volvió á preguntar el Dervís. «¿no se componía de un tercio de trigo y el otro de miel?» Así es, sin duda alguna, contestaron los traficantes, «y V. que tan corto tiempo ha que debe haberle visto, según el conjunto de señas que nos dá y las particularidades que ha notado, no podrá menos de guiarnos al paraje en que se encuentra.» «Amigos míos» les dijo el Dervís «yo no he visto nunca vuestro camello ni jamás he oído hablar de él hasta que os he escuchado.» «Buena salida en verdad!» dijeron los viajeros, «pero las joyas que formaban una parte considerable de su carga ¿qué se han hecho? ¿dónde están?» «Repito», contestó el Dervís sin inmutarse lo mas mínimo, «que jamás he visto ni vuestro camello, ni parte alguna de lo que componía su carga, ni tampoco las joyas de que ahora me habláis.» Oyendo los traficantes esta contestación, y viendo el tono resuelto y la decisión y tranquilidad con que se expresó el Dervís, se apoderaron de él y le condujeron ante el Cadi (1) donde á pesar del interrogatorio riguroso que sufrió, no pudo hallarse falta alguna de que acusarle, ni aun presentarse evidencia de haber faltado á la verdad, y menos todavía de que hubiese robado el camello. Viendo lo cual los traficantes iban á proceder contra él acusándole de brujería ó hechicero, cuando el Dervís, con gran calma, y dirigiéndose al juez y demas presentes, dijo: «Mucho me he divertido con la sorpresa que ha causado este suceso en todos los que me escuchan, y no tengo reparo en confesar que he dado motivo para que se me imputen faltas que no he cometido; pero manifestando mi edad avanzada y el haber pasado una parte muy grande de ella solo y en el desierto, con un genio naturalmente investigador, no se dudará de que he encontrado con frecuencia motivos para ejercitar mi observación aun en el mismo desierto. He hallado la pista de un camello que sin duda alguna se habia extraviado de su dueño, pero por mas que hice y busqué no pude encontrar pisada humana en la misma dirección. Al observar que el animal solo habia comido la yerba de un lado nada mas de la senda, cogí que el camello era tuerto; y la débil y casi imperceptible huella de una de las pezuñas me convenció de su cojera. Mi observación me condujo hasta no poder dudar que le faltaba un diente, pues noté que en cuantas partes habia pastado dejaba algunas hebras de yerba en medio de cada bocanada sin la menor lesión. Con respecto á su carga, las industriosas y aplicadas hormigas me demostraron que era de trigo uno de los tercios, y que el otro era de miel una caterva de moscas golosas me convencieron de ello, sin dejarme la menor duda.»

L. G.

GEOLOGIA.—Artículo 1.º

Si considerásemos la importancia, utilidad é interés que ofrece el estudio de cualquiera de los ramos de las ciencias naturales, no sabríamos ciertamente á cual de ellos

dar la preferencia: cada una de las pequeñas partes de que se compone la grandiosa estructura del universo nos presenta, como ya dijimos otra vez, un tipo de belleza y perfección verdaderamente admirables. Sin embargo, si cupiera preferencia en la elección tal vez nos hallaríamos inclinados á concedérsela á la geología, aunque solo fuese por la consideración de que su estudio habia de conducirnos al conocimiento local del globo que habitamos; investigación á la par importantísima y curiosa, respecto á que nos proporciona los medios de utilizar para nuestra conveniencia las riquezas minerales que encierra en su seno, y nos presenta por otro lado en la superposición de las capas ó estratos sucesivos la historia mas fiel de las revoluciones físicas que en una larga sucesión de años sufriera la tierra, y el retrato mas exacto de lo que en algun tiempo fue. Desearíamos por esta razón dar á la serie de artículos que nos proponemos ofrecer á nuestros lectores sobre este ramo importante del saber, toda la latitud que fuera necesaria para adquirir un conocimiento cumplido de esta ciencia, pero nos detiene la consideración de lo ajeno que esto sería de una publicación pintoresca, limitándonos por lo tanto á dar un bosquejo ligero de la estructura de la tierra.

La palabra *Geología* viene del griego, formada de las voces *logos* tratado ó disertación, y *geo* tierra.

Al presentar estas nociones, no se crea que tratamos de escribir un tratado geológico completo y aun elemental.

Nuestro objeto es únicamente hacer una descripción de algunas de las producciones minerales mas notables; de aquellas que se hallan mas al alcance de la generalidad y se encuentran con mas frecuencia en los usos de la vida común; ciñéndonos á manifestar las verdades generales que han sido descubiertas, pero sin entrar en demostraciones, pruebas ó razonamientos en que se fundan. Por tanto, si algunas de nuestras observaciones pareciesen exageradas y aun improbables, como puede suceder á los que por primera vez consideran este ramo del saber, deben al menos convencerse que no emitimos una sola idea que no se halle establecida como una verdad y comprobada por los autores mas acreditados en esta materia, ó deben tomarse la molestia de investigarlas por sí mismos, y satisfacer sus dudas consultando las obras geológicas mas estimadas. Evitaremos como lo hemos hecho en los demas artículos de ciencias, el hacer uso de términos ó voces técnicas; pero alguna que otra vez nos veremos contrariados en nuestros deseos particularmente al tratar de rocas y minerales. Querer con palabras solas representar la idea que produciría la inspección de una piedra, es imposible; se debe ver la misma sustancia de que se trata: pero bastará para nuestro objeto el manifestar aquellas propiedades de los cuerpos minerales, que en la vida común puede observar cualquiera que fije la atención en las cosas que le rodean.

Será conveniente recordar á nuestros lectores que la tierra es un cuerpo redondo ó esférico algo aplanada hacia los polos; que la distancia entre estos es unas 9 leguas menor que el diámetro del ecuador; que el Océano ocupa mas de tres quintas partes de su superficie, que la tierra se eleva sobre el nivel del mar formando islas ó masas grandes continuadas que se llaman continentes, sin regularidad alguna, tanto en las costas ó tierras bañadas por el mar, como en las montañas y alturas verticales; variando el aspecto de su superficie con llanuras, valles, colinas y montañas que se elevan algunas veces á mas de 25,000 pies sobre el nivel del mar. Varias pruebas practicadas con la sonda en diferentes puntos del globo, han hecho conocer que el fondo del Océano tiene las mismas

(1) Nombre que se dá á los magistrados en la Persia.

irregularidades que la superficie de la tierra: una gran parte de él es imposible sondearla por su inmensa profundidad, y las islas y continentes que se elevan sobre su superficie son cimas de las montañas que hay en su fondo, terminando en los valles intermedios los profundos e impenetrables abismos.

Diferentes climas producen siempre castas de animales y especies de plantas distintos; pero el reino mineral, en lo que respecta á la naturaleza de las piedras, es enteramente independiente de la influencia del clima, pues las mismas rocas se encuentran en las regiones polares que en las ecuatoriales. Aunque la estructura de la tierra es considerablemente variada, no es peculiar en modo alguno á ciertas zonas cuanto tiene relacion con su parte exterior, ni tampoco que esté reducida á determinadas partes de la esfera terrestre la accion maravillosa que una montaña volcánica nos presenta, demostrándonos lo que pasa en su parte interior, pues con la misma violencia arrojan llamas en Islandia que en la línea equinoccial.

De las observaciones hechas, resulta que no hay razon para suponer que existen en parajes desconocidos sustancias minerales cuya calidad ignoramos; y aunque repentinamente no podamos decir qué clase de roca ó tierra no examinada las componen, no es sin embargo probable el encontrar una serie estensa de rocas, que constituya clase aparte de cada una de las hasta ahora conocidas en el resto del globo.

Si hacemos escavaciones en el suelo vegetal, hallaremos probablemente arcilla, arena ó cascajo, ó una mezcla de estas materias sin consolidar; y en algunas partes tal vez no hallaremos otra cosa, aun á la mayor profundidad á que podamos penetrar. Pero generalmente despues de la arena y cascajo se nos presentará piedra dura, estendida en capas ó camas paralelas, de una ó de diferentes clases segun la profundidad; y que varía segun los países, y en diferentes puntos del mismo país, tanto en las partículas que la constituyen, como en espesor, alteracion y posicion de sus capas. Se nos asegura por los geólogos, que han observado la tierra en varias partes de su superficie, que esta se compone de una serie de dichas capas, distinguiéndose unas de otras por caracteres muy notables que en su estructura interior presentan. Los elementos de que se componen no son en gran número, siendo uno de los principales ó de que mas parte tienen, lo que los mineralogistas llaman *cuarzo*, del que se presentan ejemplos en la piedra de chispa, compuesta toda de cuarzo, y las sustancias tan conocidas, arcilla y piedra de cal; pero la combinacion de estos elementos es tan grande y varía en proporciones y formas, que producen una diversidad considerable de rocas. Ademas de esta composicion elemental, que puede llamarse su estructura *simple*, la mayor parte de las rocas colocadas en capas contienen cuerpos estraños. Tales como fragmentos de otras rocas, conchas, huesos de animales de tierra y anfibios y de pescados, y partes de árboles y plantas. Tambien se ha observado que estas diferentes capas ó *strata*, como se llaman hablando científicamente (que viene del latin, plural de la palabra *stratum*, que significa cama), estan unas sobre otras en cierto determinado orden que *jamás se invierte en lo mas mínimo*. Supongamos que la serie de capas la representamos con las letras del alfabeto, siendo A el estrato ó capa mas inmediata á la superficie, y Z la mas distante ó profunda. Jamás se encuentra la capa A por bajo de Z ni de ninguna otra de las letras intermedias; ni Z se encuentra jamás antes de ninguna de las letras que la preceden en el alfabeto; pues lo mismo sucede con las demas capas representadas con las letras restantes del alfabeto. Esto se presentará mas claro é inteligible por el adjunto diagrama, que es una seccion imaginaria de la

superficie de la tierra, representando una serie de capas diferentes, la cual tiene á un lado la descripcion de la clase de piedra ó materia de que se compone. No se crea, aunque esta regularidad en el orden de sobreposicion existe, que se presentan siempre juntos los diferentes miembros de las series; todo lo contrario, no ha habido un solo caso en que se hayan encontrado en un mismo punto. Es posible que alguna vez nos hallemos con C en una posicion horizontal, y si profundizásemos, acaso veríamos las restantes sucederse; pero esto no es posible saberlo, pues la profundidad seria infinitamente mayor que los medios para penetrarla; y hay varias razones para suponer que la existencia de tales series no interrumpidas es un extremo improbable. Rara vez se presentan juntos mas de tres ó cuatro miembros de las series; y decimos de las series, porque cada miembro se compone de un número casi infinito de capas pequeñas. Este orden de sucesion establecido por los geólogos, ha sido determinado por la combinacion de muchas observaciones practicadas en diferentes partes y puntos distantes. El orden de tres ó cuatro miembros se observó en un punto; se halló que el *stratum* superior en aquel punto era el miembro mas profundo de una segunda serie en otro diferente; y que el mas profundo del primero era el superior en otro punto tercero; y asi sucesivamente se ha descubierto el orden de sucesion de toda clase de minerales. Tampoco debe suponerse que las capas que se suceden en el diagrama son siempre idénticas en la naturaleza; por ejemplo, que siempre que G se halle unida con otro miembro, es preciso que sea con F por arriba ó H por bajo, pues se ve frecuentemente que F es seguido de H, faltando totalmente G; y aun sucede el ver á R siguiendo á C, á causa de faltar todos los miembros intermedios entre estas dos capas. Con frecuencia se presenta uno de los miembros mas profundos de la superficie. Todos saben que algunas veces el yeso, otras la pizarra, se presentan en seguida del suelo vegetal, y aun en la misma superficie sin esta ligera capa; pero si uno de los miembros profundos de la serie representada en el diagrama se presenta en la misma superficie, por mas que profundicemos no encontraremos jamás ninguna de las de las rocas que ocupan un lugar mas elevado. La utilidad que proporciona el conocimiento determinado del orden de sucesion, nadie puede dudarlo; pues si O se presenta en la parte superior del terreno, ó bien cualquiera otro de los miembros mas profundos de la serie, nos convenceria de la inutilidad de buscar carbon de piedra, por ejemplo, ú otro mineral cuya posicion es mas elevada.

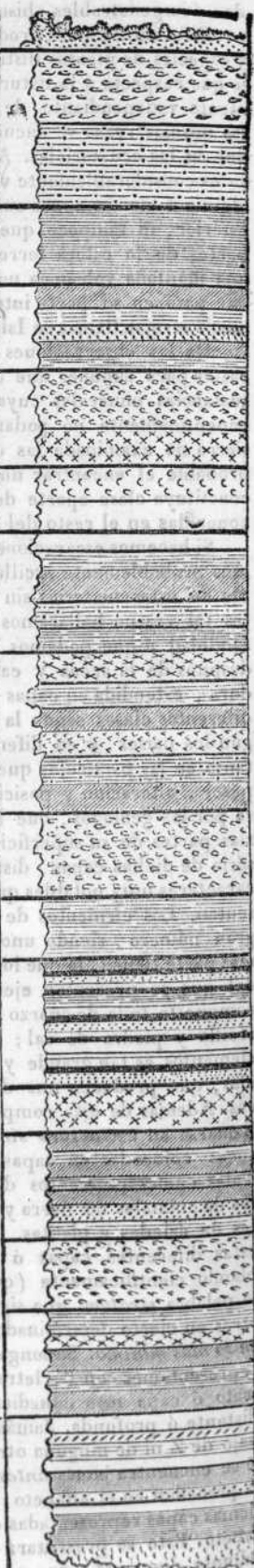
Nuestros lectores, sin duda alguna, desearian saber de qué medios se han valido los geólogos para fijar el orden de sucesion arriba espresado. Si no hubiesen tenido otros que los que les proporcionase la composicion mineral de la roca (á que llamamos su estructura *simple*), jamás habrian adquirido este conocimiento; pues con respecto á rocas, lo mismo se encuentran entre los miembros mas elevados que no pueden distinguirse de las que hay entre los mas profundos. Ellos han conseguido su importante deseo guiados por un medio menos falible; porque cada *stratum* contiene, en su propio dominio, recuerdos de su historia pasada, escritos en caracteres inteligibles á todas las naciones, que ningun evento puede falsificar ni destruir, que han proporcionado á los geólogos conclusiones tan exactas y ciertas como una demostracion matemática. Pero por no traspasar los límites que nos hemos prescrito, y evitar al propio tiempo el inconveniente de cortar el hilo á la mitad del asunto, terminaremos este artículo que deseamos obtenga la aprobacion de nuestros lectores, á los que prometemos hacer una relacion de estos documentos curiosos de la historia antigua de la tierra, en otro número. L. G.

DIAGRAMA

QUE REPRESENTA EL ORDEN DE SUCESION DE LAS DIFERENTES CAPAS DE ROCAS QUE COMPONEN LA SUPERFICIE DE LA TIERRA.

ORDEN DE LAS DIFERENTES ROCAS Y TIERRAS.

- A** Suelo vegetal.
- B** { Arena, arcilla, cascajo con huesos de animales de las mismas especies que hoy día existen.
- C** { Capas profundas de cascajo, pedazos grandes de madera sueltos, arena, todo combinado con huesos de animales pertenecientes á especies existentes en la actualidad.
- D** { Arena, arcilla, guijarros, capas de tierra arenosa blanca y dura: muchas conchas marinas, huesos de animales de especies ya estinguidas.
- E** { Capas alternadas de piedra caliza, combinada con conchas de agua dulce, arcilla de diferentes calidades, y piedra caliza con conchas marinas.
- F** { Capas espesas de arcilla con muchas conchas marinas; capas de piedra caliza; restos de plantas, frutos, animales terrestres y anfibios, cuyas especies ya no existen.
- G** { Greda con pedernal.
Greda sin pedernal.
- H** { a Greda marca.
b Arena verde.
c Capas espesas de arcilla.
d Arena amarilla con capas de hierro mineral.
e Tierra arenosa y arcillosa.
- I** { a Piedra de cal de diferentes calidades.
b Capas de arcilla.
c Piedra caliza con coral.
d Capas de arcilla.
e Capas espesas de piedra caliza.
f Capas espesas de piedra de cal y arcilla de pizarra.
- J** { Piedra arenosa marga y encarnada frecuentemente combinada con alabastro y piedra de yeso, y capas de roca de sal.
- L** Piedra caliza con mucha magnesia.
- M** { Combinaciones de carbon de piedra, conteniendo varias vetas de dicho carbon; capas de piedra de hierro, arcilla, piedra arenosa, y piedra franca (arenosa y blanca) de varias clases.
- N** Tierra arenosa áspera y arcilla pedregosa.
- O** { Capas espesas de piedra caliza, arcilla pedregosa y tierra arenosa alternadas de varias maneras.
- P** Piedra arenosa encarnada obscura con muchas capas de guijarros.
- Q** { Capas espesas de pizarra y tierra arenosa, en las que se encuentran algunas veces marcas de conchas, con capas tambien espesas de piedra caliza.
- R** { Pizarra y muchas rocas duras en capas alternadas, en las que jamás se ha encontrado señal alguna de restos de animales, de gran espesura ó profundidad, que ocupan el sitio mas hondo hasta ahora descubierto.





LOS PERROS DEL MONTE DE S. BERNARDO.

Una comunidad hay entre las órdenes monásticas de hombres que puede, en competencia con las de mujeres, ponerse en parangon con las hermanas hospitalarias de Santa Camila cuyo nombre brilla y resplandece en los annales de la caridad, que es la de los religiosos del monasterio de San Bernardo, de que fué fundador San Bernardo de Menthon.

Entre el Vallés (1) y el valle de Aosta, entre la Suiza y la Italia, se eleva la terrible eminencia de una montaña á 7550 pies sobre el nivel del Mediterráneo. Si alguna vez la cima salvaje, mansion eterna de los hielos y de las nieves, se desnuda de su blanca cubierta, no es para cubrirse de verdor y esmaltarse de flores, sino para dejar descubiertas enormes masas de áridas y peladas rocas. La vegetacion que tan lozana se muestra al pie del monte, por el lado que mira á Italia, se apaga y muere mucho antes de llegar á la cresta de la montaña; únicamente nace, donde las rocas salientes ofrecen algun abrigo, tal cual mata de césped dominada apenas por algunas plantas herbáceas. Aun en medio del verano se levantan espantosos huracanes que barriendo la nieve que cubre el

suelo, y mezclándola con la que cae de las nubes, revuelven y oscurecen sin cesar el aire con sus recios torbellinos. Un pequeño lago, cuyo álveo se abre hácia lo alto de la montaña en lugar de infundir vida y movimiento en aquellos parages yermos, acrecienta mas y mas su tristura. Sus aguas heladas casi siempre no presentan á la vista mas que una pálida blancura, y si tal vez el deshielo viene á reanimarlas, toman entonces un colorido oscuro, negruzco, que les da un aspecto todavia mas lúgubre. Un torrente, el Valtorcy, que cae en el Vallés socavándose horribosos precipicios, es el único que turba el fúnebre silencio de la montaña. La vida animal está desterrada de allí no menos que la vegetal, pues que ni siquiera las perdices blancas se aventuran á estender sus correrías y dirigir su vuelo hasta aquellas alturas. Dos aldeas situadas á la mitad de la falda, San Remy por la parte de Italia y San Pedro por la de Suiza, indican el punto en donde comienza aquel desierto que pudiera llamarse otra Siberia.... Y sin embargo, uno de los dos únicos caminos que unen á la Suiza con la Italia atraviesa por aquellos terribles parages en que falta al hombre toda especie de socorro, en donde vienen á asaltarle espantosos peligros. El paso es tan arriesgado que aun los antiguos conocieron lo necesario que era ponerse

(1) Canton de Suiza que llaman Vallais los franceses, Wallis los alemanes, Vallere los italianos.

bajo el amparo de la divinidad antes de emprender semejante viaje; así es que en la cima del monte se erigió un templo consagrado á Júpiter, y los viajeros procuraban tenerle propicia llevando allí sus ofrendas. Algunas piedras, altares votivos, é inscripciones, atestiguan todavía que el formidable aspecto de la montaña escitaba sobremanera la devoción pagana; pues con cuánta mas nobleza no habia de manifestarse este sentimiento religioso entre los cristianos! Acaso se encerraba ya el pensamiento, aunque vago, de una hospedería, en el hecho de construir un templo y una casa para los sacerdotes destinados á su servicio; pero este pensamiento no se desarrolló hasta después de establecido el cristianismo, y aun hasta mediados del siglo X no llegó á verificarse, que fue cuando San Bernardo de Menthon, saboyano, tuvo la gloria de llevarlo á cumplida ejecución. Este héroe de la humanidad, que se hizo popular por sus hechos apostólicos en las montañas de la Helvecia, fundó una comunidad de religiosos, cuya única patria fuese en adelante el terrible monte, cuya vida habia de dedicarse exclusivamente á socorrer á los viajeros, sustrayéndolos del rigor de los frios, de la furia de las tempestades, de la violencia de los aludes (1). No tardó mucho en hallarse alistada la generosa milicia, y en poner manos á la obra, y desde aquel tiempo, es decir, hace cerca de nueve siglos, va reclutándose y transmitiendo su zelosa misión de edad en edad, sin que en sus filas quede jamás una plaza vacante. Nunca será demasiado el homenaje que se rinda á la piedad profunda, á la ardiente caridad de estos discípulos de San Bernardo; porque todos los dolores, todas las fatigas del cuerpo, y las sensaciones mas tristes y mas penosas del ánimo les rodean en el cumplimiento de su encargo. No gozan jamás sus sentidos de las dulces impresiones que se reciben de un cielo puro, de una temperatura suave, de un pais risueño y feraz, y ni aun los placeres disfrutan que las artes y la industria del hombre proporcionan; no ven sus ojos otra cosa que una naturaleza muerta y desolada; nunca los goceos de la vida, nunca el reposo, nunca la tranquilidad. Mientras que unos desempeñan en la hospedería todos los cuidados de una servidumbre voluntaria, otros se lanzan con heroico valor en medio de las tempestades y de las escarchas; registran los precipicios, preguntan á las nieves, paran al mas leve rumor atento oído, y se precipitan al traves de los peligros al primer indicio, á la menor señal de las necesidades y angustias de sus semejantes. Luchando así contra los elementos su enérgica decisión se acrecienta y se exalta ciertamente; pero su salud se deteriora, y una vejez anticipada les obliga á abandonar sus buenos oficios. Así, es muy raro el ver un religioso del Monte de San Bernardo con el cabello blanco, porque solamente la juventud puede soportar las fatigas de aquella hospedería; pero no se crea por esto que al retirarse de tan activa milicia van los monges de San Bernardo en busca del tranquilo reposo: todo su descanso consiste en dedicarse primero á un trabajo menos penoso en otros puntos mas bajos de la falda del monte, y pasado aquí algun tiempo ir á recorrer los campos y poblaciones de Italia y de Suiza en su demanda, porque esta hospedería que fué rica en lo antiguo, en el dia no posee mas que algunas rentas mezquinas, y los monges para proseguir ejerciendo su santa hospitalidad tienen por precision que recurrir á la caridad pública.

Tienen tambien los religiosos del monte de San Bernardo unos heroicos compañeros de sus fatigas, poderosos

auxiliares, que se asocian á ellos con una maravillosa inteligencia, y participan asimismo de su honorífica celebridad. Ya en nuestro Semanario dedicamos un artículo (tomo I, número 12, pág. 98) á alabar las bellas cualidades de la raza canina, señalando en particular las de varias especies, pero nunca como hoy se nos presenta la ocasion de colmarla de elogios hablando á nuestros lectores de los perros del Monte de San Bernardo. Los perros de esta noble familia, que casi no se encuentran en otra parte mas que en las cordilleras de los Alpes por la parte del Vallés, en el pais de las nieves, son de una corpulencia extraordinaria; sus bien proporcionados miembros dan muestras de singular vigor y fuerza, y estan cubiertos de pelo áspero y largo; sus grandes y anchas patas manifiestan estar dispuestas de modo que no puedan hundirse fácilmente en la nieve; su aspecto es agreste y sério, su andar imponente; todo el conjunto en fin está lleno de fuerza y dignidad, y cuando se les encuentra en las heladas soledades de la montaña, luego se echa de ver la conformidad y perfecta armonía en que están con aquellos desiertos lugares. Pero la belleza moral é intelectual, por decirlo así, de estos incomparables animales sobrepasa mucho á su belleza física: porque se hace increíble con qué pasmosa sagacidad comprenden el encargo que se les ha dado, con cuanto zelo ayudan á los monges, con qué profunda simpatía comparten sus generosos sentimientos; como que no puede pintarse á los perros del monte de San Bernardo sino con el epíteto de que mas debe engreirse el hombre mismo, esto es, diciendo que son *caritativos* como los religiosos. Desde las primeras horas de la mañana, y luego que les han colgado al cuello una cestita con un poco de pan y vino, salen de la hospedería y van á explorar las avenidas de la montaña, en busca de caminantes que se hayan extraviado por la noche; y con la vista, el oído, el olfato, con todos sus sentidos alerta, registran con atentas miradas toda la estensa y blanca superficie. Si algun ligero vislumbre, si algun movimiento de la nieve hiera su vista, luego al punto corren á observar de qué proviene; si algun quejido lejano se levanta en el espacio, su voz responde al instante, como para anunciar al desgraciado que se lamenta que ya le llega el socorro cerca, y corren en la direccion de donde viene aquel sonido. Con la nariz abierta y levantada en el aire, recogen todas las emanaciones que les lleva la brisa, y con todo el ardor de un perro de caza se conducen hacia donde les indican las impresiones de su olfato. Si de resultas de estas investigaciones llegan á descubrir alguna cosa, no puede ponderarse la apasionada actividad, la interesante solicitud con que trabajan para socorrer á la víctima del frio y de los torbellinos de nieve. Ellos escarban la nieve para abrirse paso hasta donde se halla el desgraciado caminante; ellos le lamen las manos y el rostro entumecidos; procuran caldearle con el calor de sus propios cuerpos; se bajan hacia él para que pueda alcanzar las provisiones que traen colgadas al cuello, le ayudan á ponerse en pie levantándole sin lastimarle con la boca, y hacen todos los esfuerzos imaginables para arrastrarle hacia el monasterio. Si no bastan todas estas diligencias dan largos ahullidos para llamar á sus compañeros los demas perros ó á los monges, y si no acuden pronto á socorrerlos, dejando á su protegido en la seguridad posible en cuanto está en su arbitrio, corren á toda prisa á lo alto de la montaña, y luego vuelven acompañados de algun religioso á quien han dado el aviso. En los dias de ventisca ó de huracan, la actividad y vigilancia se redoblan en la hospedería, á la manera que se preparan los pilotos en el puerto cuando conocen que se acerca la borrasca: to-

(1) Dase este nombre á las bolas ó pellones grandes de nieve que se desprenden de la cumbre de las montañas.

da la comunidad sale entonces del convento; los perros marchan de vanguardia, porque solo su prodigiosa sagacidad puede conocer los senderos en medio de las nieblas y los torbellinos. Los monges, sometiendo el juicio humano al instinto irracional, siguen ciegamente á aquellos guías, seguros de que los conducirán á donde los caminos esten menos peligrosos, y sobre todo á donde haya caminantes que salvar. Religiosos y perros, todos ponen igualmente manos á la obra, combinando sus esfuerzos, y dirigiéndolos admirablemente á un mismo objeto: un mismo afecto produce aquel singular concierto, aquel maravilloso concurso. Y para que mas completa sea la identidad entre ambas clases de hospitalarios del Monte de San Bernardo, tambien los perros arriesgan la vida como los monges en el cumplimiento de su mision, tambien aquella su decision merece el nombre de verdadero sacrificio. A pesar de su vigor, inteligencia y brio, muchas veces sucumben en la empresa, arrastrados á los precipicios por los torbellinos, ó enterrados bajo enormes montones de nieve, como que apenas hay invierno en que no quede vacía alguna de las cabañas de la hospedería. La campaña de 1819 fue tan fatal para aquellos intrépidos pilotos de la montaña, que casi todos quedaron en el campo del honor, ó murieron agobiados por las excesivas fatigas que habian sufrido.

A lo menos la fama que suele callar las virtudes de los hombres, no ha sido injusta con los perros del monte de San Bernardo. Sus alabanzas proclamadas por millares de viajeros que anualmente reciben sus buenos oficios resuenan hace largo tiempo en toda Europa: en todas las descripciones de los Alpes se hace de ellos honorífica mencion, y no pocas veces ha cantado sus elogios la lira de los poetas.

En el grabado que colocamos á la cabeza de este artículo se representan copiados del natural los célebres perros del monte de San Bernardo: las personas que viven en Madrid pueden tambien disfrutar de una lindísima vista de este horroroso paso de los Alpes, que se halla en la galería topográfica del paseo de Recoletos, y en la cual con la mayor perfeccion se presenta á los ojos del espectador una de las interesantes escenas de que hemos dado idea á nuestros lectores.

ESTATURA DEL HOMBRE.

Las producciones de la naturaleza, ya sea que consideremos la curiosa construccion de los cuerpos animales, la estructura de las plantas, ó el arreglo simétrico de las partículas minerales, son todas perfectas en sí mismas, y cual si hubiesen sido formadas con el objeto de producir en el observador una sensacion agradable, todo lo que vemos parece haberse vaciado en un molde de belleza que á cada instante escita nuestra admiracion. En el reino vegetal, desde el gigantesco roble de la selva hasta la modesta acacia del valle, desde la flor mas estraña de los climas remotos á la florecilla mas comun de las praderas, se nota la variedad mas agradable. Lo mismo sucede en el reino animal: desde los leones y tigres que rugen feroces por los bosques hasta las lagartijas y culebras que se esconden entre la yerba ó se arrastran por los desiertos arenosos; desde el águila altanera que forma su nido en las cinas mas elevadas, hasta el débil pajarillo que juguetea entre las ramas del pequeño arbusto; cuanto vemos escita nuestra sorpresa. Sin embargo, entre todo lo criado, la estructura del hombre es sin duda

alguna lo mas admirable por la exacta proporcion de sus formas, la perfecta armonía que hay entre ellas, y la evidente expresion de una inteligencia superior. La esquisita perfeccion de la figura humana depende sin embargo en gran parte de la cultura. El hombre tanto en sus cualidades físicas como en las morales es un ser tosco susceptible de mejoras. Su raza puede por medio de una higiene bien entendida elevarse desde el estado grosero y aun deforme á proporciones elegantes y esbeltas, como por ejemplo de la condicion de los naturales de nueva Holanda á la de los cultos habitantes de Europa.

Las mejoras que por este medio pueden conseguirse en la estructura humana deben tener aparentemente poquísima influencia en la estatura del hombre, que parece sujeta á una medida proporcional por mas que á cada paso ocurran escepciones mas ó menos notables; pero considerando á la especie humana en general desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, y bajo todas las circunstancias de clima y alimentos, su estatura regular ha sido y es de cinco á poco mas de seis, y en casos extraordinarios siete pies. Ademas de las pruebas materiales que se presentan de este hecho, está reconocido que los hombres nunca han sido ni jamás podrán ser mas altos de lo que ahora son. Su estatura media de cinco á seis pies está incontestablemente en proporcion con la de los animales que emplean en su servicio, como tambien con el carácter exterior de la naturaleza inanimada. Los sabios han hallado comunmente bastante dificultad en determinar la causa de la elevada estatura de razas particulares que parece ser algunas veces el atributo de la vida salvaje y otras de la civilizada. En Escocia la estatura regular de los hombres es de cinco pies ocho pulgadas, y la de las mujeres cinco pies y cinco pulgadas; todos los que no llegan ó esceden á estas medidas puede decirse que están encima ó debajo del tipo ordinario. En el clima templado de Europa, la estatura de la raza humana puede decirse que varía desde cinco pies y medio á seis pies, pero en las latitudes septentrionales donde el crecimiento de los animales y plantas se ve entorpecido por el frio la estatura del hombre es pequeña. Los habitantes de la Laponia, Groenlandia y Labrador son de estatura muy baja, alzando solo desde cuatro pies á poco mas de cinco; pero no hay uniformidad entre los diferentes climas y la variedad de las estaturas: es cierto que los lapones son bajos, pero al mismo tiempo los habitantes de la Noruega que viven cuasi en la misma latitud, son altos: así tambien al paso que los hotentotes que habitan el sur del Africa son de poca estatura, la de los cafres, una tribu vecina es elevada y sus cuerpos robustos y musculosos. En el Asia, los chinos y los japones son poco mas ó menos de nuestra estatura, pero los mogóles y algunas otras tribus son particularmente bajos. Los naturales de América ofrecen notables diferencias en este punto. En las regiones septentrionales del Canadá son muy altos; muchos esceden la altura de 6 pies, y pocos son los que no llegan á cinco pies y ocho ó diez pulgadas. Los habitantes de la costa occidental de la América del Norte son pequeños y tambien lo son algunas tribus de la del Sur. Los patagones que habitan la extremidad Sub-oriental de esta, pasan por ser los hombres mas gigantes cos del globo: segun algunos viajeros, llegan á una altura de 8 pies, pero esto es ciertamente una exageracion. Su estatura media fue calculada con exactitud por los oficiales españoles en 1785 y 86, y se halló ser de 6 $\frac{1}{2}$ á 7 pies; y el mas alto 7 pies una pulgada y tres líneas.

Individuos de extraordinaria estatura han existido frecuentemente; entre ellos pueden citarse los siguientes ejemplos cuya autenticidad creemos poder asegurar.

El duque Juan Federico de Brunswick, Hanover, tenia.	8	pies 6 pulg.
Uno de los guardias del rey de Prusia.	8	6
Gilli, sueco (que se enseñaba como un fenómeno.)	8	
Ricardo de Freiberg, cerca de Francfort.	8	3
Martin Salmeron, mejicano.	7	3½
Un irlandés, cuyo esqueleto se halla en Londres.	8	4
Una mujer dinamarquesa llamada la Pierre.	7	
D. Pedro Cano, natural de Santa Fé de Bogotá.	8	pies escasos.

Este último, que vivió algunos años en Madrid y murió á los 34 de su edad, era conocido de muchas personas que todavía viven, y su esqueleto se conserva en el gabinete del colegio de medicina y cirugía de esta Corte.

Pero al mismo tiempo que citamos estos gigantes personajes recordaremos tambien que se observa asimismo con frecuencia una notable disminucion de estatura, por ejemplo:

Bebe rey de Polonia, tenia solo.	33	pulgadas francesas.
Bonolaski, un caballero polaco (muy instruido en idiomas).	28	id.
Escoberina, una mujer de Nuremberg.	3	pies.

En algunos casos estas variedades de estatura parecen ser hereditarias. El padre y hermano del gigantesco Ricardo ya mencionado, eran tambien gigantes. Los padres, hermanos y hermanas de Escoberina, enanos. Es sabido que el rey de Prusia tenia un cuerpo de guardias todos colosales, compuesto de los hombres mas altos que pudieron hallarse en los paises vecinos. Un regimiento de ellos estuvo acantonado durante cincuenta años en Postdam, "y ahora", dice Fonter, "un crecido número de habitantes de aquel punto son gigantes, circunstancia que se hace mas notable en las hembras, y ciertamente se debe á las conexiones y enlaces de aquellos hombres con las mujeres de dicha ciudad.

Todos estos casos en que se verifica un esceso ó una notable disminucion en el desarrollo del cuerpo humano, pueden considerarse como irregularidades de la naturaleza. Asi es que los hombres que esceden en mucho á la estatura ordinaria, suelen ser mal proporcionados y sin la fuerza correspondiente á su corpulencia. En tales casos el sistema nervioso parece en general incapaz de dar á tan dilatados cuerpos el vigor muscular ó la energia intelectual conveniente. En realidad debe existir una proporcion entre el espíritu y la materia, y asi es que cuando por razon de la original estructura del cuerpo ó por desarreglo de conducta se abusa del sistema nervioso que es el que anima todas sus partes, el espíritu tambien se debilita y flaquea. La mayor parte de los enanos disfrutan de poca salud, son en general mal formados, su cabeza es grande y sus facultades físicas é intelectuales por lo comun muy débiles. Puede por consecuencia asegurarse que pocos hombres sanos y bien configurados, con todos los atributos de su raza, se hallarán que presenten un notable desvío de la estatura media de sus compatriotas. Las causas que producen estas variedades no son bien conocidas aun; pero sin duda alguna la vida arreglada, alimentos nutritivos y sencillos, y una atmósfera sana y despejada favorecen mucho el desarrollo del cuerpo. La especie humana siempre inclinada á lo maravilloso ha prestado oídos á mil fábulas sobre la gran estatura de los hombres en los primeros años del mundo.

Es costumbre de todos los poetas, asi como lo era de los historiadores antiguos cuya imaginacion se estraviaba con frecuencia, el suponer una estatura sobrenatural en los personajes que describen ó cuya historia recuerdan; pero estos relatos en la mayor parte se fundan solo en tradiciones populares sugeridas las mas veces por la supersticion y no pocas por el premeditado interes de personas mejor instruidas. A fin de escitar la energia del pueblo y animarles á la guerra, les representaban sus caudillos á los enenigos como seres extraordinarios por los cuales serian destruidos si no se disponian á hacer heroicos esfuerzos. Ya hemos dicho que existen indudables pruebas para poder afirmar que la humana raza no ha declinado en estatura ni fuerza. Los que sostienen que ha degenerado se apoyan sobre bases falsas. El dicho de la sagrada escritura de que "hubo gigantes en aquellos tiempos" ha dado ocasion á mil inútiles discusiones, pues mientras algunos han querido suponer que los hombres antes del diluvio fueron todos gigantes, otros arguyen y con mas fundamento que estos jamás existieron, y que dicho nombre se refiere simplemente á hombres notables por sus crímenes y por las violencias que cometieron. No hay ciertamente razon para suponer que antes del diluvio fuesen los hombres de una estatura mas elevada que la nuestra por mas que la existencia de algunos seres colosales se halle consignada en testimonios auténticos, asi como tampoco deberán deducirse consecuencias de igual naturaleza en lo sucesivo de los ejemplos de estatura extraordinaria que hemos citado anteriormente. Los restos de las mómias egipcias conservadas desde la mas remota antigüedad prueban completamente que la estatura de los egipcios no escedió á la ordinaria de nuestros dias, siendo muchas de ellas de cinco pies y seis á ocho pulgadas. Ademas, los cascos y armaduras, los edificios, y otros monumentos antiguos del arte que han escapado á las vicisitudes de los siglos ofrecen una prueba convincente de que los hombres nunca han sido mas altos que ahora. Muchos huesos se han hallado en algunas escavaciones de extraordinaria dimension, y se han enseñado como si fueran de hombre, los cuales despues de inspeccionados se ha reconocido que eran restos de diversos animales. En 1613, los huesos de un gran gigante llamado Tentobachus, fueron el objeto de la admiracion de Europa, hasta que por último se vió que eran de un elefante. Es cosa singular que aun el gran naturalista Buffon cayese en semejante error, habiendo sido tan fácil el desvanecerle á sus grandes conocimientos y esperiencia.

Los Diamantes.

Diamantes! Qué pasión tan estraña! Qué manía tan singular! Qué asunto tan propio para escitar curiosas reflexiones es el afán que algunas mujeres tienen por la adquisicion de este costoso artículo! Y no basta el gastar sumas inmensas en objetos que con una simple pasta y un poco de vidrio se han logrado imitar, sino que es preciso sobrepujar á las demas mujeres, y á este vano deseo de lucir se sacrifica todo! Muchas hermosas entran en un salon mas envejecidas con las piedras que adornan su cabeza y pecho que con las gracias personales que les ha concedido la naturaleza, y mas de una fea ha arruina-

do á su marido para poder llevar un brillante en su collar de mayor tamaño que el de la duquesa de N.... ¿Por qué? ¿Es acaso la mujer hermosa mas feliz ó mas admirada, ni la fea, menos fea con sus diamantes que sin ellos? Entre las diversas locuras y falsos gustos creados por el lujo y la ociosidad, este es ciertamente el mas trascendental. Cierta señora del gran tono tenia por costumbre el adquirir diamantes, esmeraldas, perlas y otras piedras preciosas una por una cuando la ocasion se presentaba; y cuando habia reunido un número suficiente para un collar, solicitaba de su marido el que le mandase armar. Esta y otras extravagancias del mismo género consumieron gradualmente una fortuna que habia sido pingüe. Suspiraba la señora al observar el aumento de los apuros de su casa, pero continuaba sin embargo su coleccion de joyas. Por fin llegó el día en que se hizo pública una ruina que ya privadamente habia ella experimentado. En esta ocasion se condujo la coleccionista con prudencia y resignacion; se sometió á toda clase de privaciones, mas no consintió en deshacerse de su pedrería, cuya venta hubiera por lo menos bastado á satisfacer la mitad de las deudas. Pasado algun tiempo, y tentada por el anuncio de un diamantista, salió de su casa y logró adquirir una magnífica esmeralda; á su regreso halló que su esposo en un momento de desesperacion se habia suicidado.... Los magistrados que entendieron en este desgraciado acontecimiento calificaron á aquel infeliz de demente, y sus amigos se lamentaban de no haber previsto su desventura: sin embargo ninguno de ellos fijó la atencion en que la verdadera locura, causa de la catástrofe, era la que su mujer tenia por las joyas.

COSTUMBRERES RUSAS.

De un periódico inglés copiamos el siguiente artículo juzgándole curioso é instructivo, pero sin responder en manera alguna de su exactitud por la razon sencilla de que ninguno de los redactores del SEMANARIO ha tenido hasta ahora ocasion de viajar por los dominios del autócrata. Sin embargo en lo esencial está conforme con las narraciones de otros viajeros.

La sociedad en Rusia difiere notablemente de la de los demas paises de Europa, y es una estraña combinacion de cultura y barbarie. La poblacion, que asciende á cerca de sesenta millones esto es incluyendo el desgraciado reino de Polonia, se divide segun noticias dignas de fe en cuatro clases perfectamente distintas entre sí: Primera, la nobleza que consiste en unas 150 mil familias ó 750 mil individuos; Segunda, el clero; Tercera, la clase libre ó personas ocupadas en el comercio, capitalistas, extranjeros domiciliados y otros, y Cuarta, el bajo pueblo; que se compone enteramente de esclavos, cuyo número no baja de 35 millones, ó mas de la mitad del total de la poblacion.

En ninguna parte se atiende tanto al rango. Las cuatro grandes clases se dividen en catorce graduaciones, y todos los que pueden alegar derechos para pertenecer á las ocho superiores son considerados como nobles. Allí el no ser noble equivale á no ser nada. Todo caballero particular, hombre de letras ó filósofo que desea ser notado, debe primero manifestar que posee tal ó tal título distintivo. En muchos casos se obtiene este por medio de cierta graduacion militar que por conveniencia adoptan mu-

chos individuos que no siguen la profesion de las armas. Esta odiosa distincion de clases se nota mas particularmente en la mesa, porque los convidados se colocan mas ó menos cerca de la cabecera segun sus respectivos rangos, dejando á los de clase inferior á los pies, donde escasamente participan de las sobras de los manjares, sin obtener género alguno de atencion del dueño de la casa. Clarke en sus viages refiere una anécdota singular que prueba la distincion que hacen de la nobleza los aristócratas rusos: "Dos ricos caballeros ingleses viajaban por Rusia con el objeto de divertirse. Se hallaban en Nicholaef, y habiendo sido convidados á comer por el primer almirante, fueron colocados como de costumbre á la cabecera de la mesa, dirigiéndoles la palabra por el conocido título de *Milores ingleses*. Cansados de esta usurpada distincion, aseguraron al Almirante que no eran *Lores*; pues ¿cuál es vuestro rango? repuso este. Todo ruso admitido á la mesa del Almirante ha de obtener cierto carácter. Los que sirven á la corona son nobles por su profesion, y así es que no pueden comprender la apelacion de simple caballero sin un título anexo á esta cualidad. El inglés contestó sin embargo, que no tenian otro rango que el de caballeros ingleses: ¿pero vuestros títulos? alguno habreis de tener. "No", repusieron ellos, no tenemos mas título que el que hemos indicado ya. Un silencio general y ciertas miradas malignas sucedieron á esta última declaracion. Al día siguiente se presentaron de nuevo á la hora de comer, é iban á colocarse en su puesto acostumbrado, pero observaron con sorpresa que todos los presentes, uno despues de otro, se colocaron antes que ellos. El uno era general, otro teniente, el tercero abanderado, otro oficial de policía, el inmediato cirujano de ejército etc. etc. Al menos se consolaban ellos con la esperanza de una sabrosa comida aunque fuese á los pies de la mesa, tanto mas que la circunstancia de hallarse allí colocados les evitaria mil molestas ceremonias; pero al llegar los platos á sus manos el uno estaba vacío, otro tenia ya solo salsa, al tercero no le quedaban mas que piltrafas desechadas por todos, y por último tuvieron que contentarse con el pedazo de pan moreno que tenian delante, y un poco de caldo estraido de una enorme sopera detras de la cual se apresuraron á ocultar su confusion, aunque en realidad estaban mas divertidos que mortificados por una aventura que conocian muy bien habia sido motivada por su franqueza y naturalidad. Si cualquiera de ellos hubiera dicho que se hallaban al servicio de S. M. B. (como era cierto) ó que pertenecian al cuerpo de voluntarios de Londres, no hubieran tenido un recibimiento tan poco favorable.

Algunos de los nobles son mas ricos que los mas opulentos de nuestros grandes, y un crecido número, como puede suponerse, son muy pobres. A esta pobreza y aquella riqueza, se unen las mayores bajezas y la mas detestable relajacion. En la sensualidad no conocen límites; ni hay para ellos leyes, conciencia ni honor. En sus diversiones siempre niños, en sus sentimientos, mujeres: los juguetes de la niñez, las fruslerías de la extravagancia francesa, son el objeto de todos sus deseos. La novedad hace las delicias del género humano; pero nadie la apetece ni la busca tanto como la nobleza rusa. Novedad en sus escesos, novedad en la glotonería, novedad en la crueldad, novedad en fin en cuanto emprenden. No sucede así con la clase baja del pueblo que conserva sus costumbres antiguas de una generacion para otra; pero hay rasgos característicos en los cuales el Príncipe y el rústico se parecen. Son igualmente groseros. Visítese á un ruso de cualquier rango en su casa de campo, y se le hallará vagando de un lado á otro sin peinarse y sin lavarse, con la barba crecida, medio desnudo, comiendo

nabos crudos y bebiendo *quaw*. Los nabos crudos se sirven en Rusia en las casas mas principales, cortados en rodajas sobre una bandeja de plata, con aguardiente, como un aliciente antes de la comida para abrir el apetito. El caballo de un ruso se halla siempre en un estado difícil de describir, y solo están libres de insectos asquerosos cuando frecuentan el baño, en cuyo caso son espuestos sus vestidos al calor de una estufa por cuyo medio se desprenden aquellos. Es un hecho demasiado notorio para admitir cuestion, el que desde el emperador hasta el último esclavo en el vasto imperio de todas las Rusias, incluyendo los príncipes, nobles, prelados y aldeanos, no hay un solo individuo entre mil que esté libre de los tales vicios. Un caballero inglés residente en Moscovia, me aseguró que al pasar á caballo por algunas calles, ha visto con frecuencia señoras del primer rango sentadas detras de las ventanas espulgándose unas á otras, circunstancia en que se parecen á los napolitanos.

No pueden conocerse las verdaderas costumbres del pueblo en Petersburgo ni aun en Moscow frecuentando solo las casas de los nobles. Algunos de ellos, especialmente para quienes suelen obtenerse cartas de recomendacion, han viajado é introducen usos y maneras que sus amigos y compañeros se apresuran á imitar. El verdadero ruso se levanta temprano, y se desayuna con un vaso de aguardiente ú otro licor espirituoso, y un pedazo de pan moreno. Su comida consiste en las viandas mas toscas y grasientas, sazonadas con pepinos salados, legumbres amargas, suero, y su nectar el *quaw*. El sueño que le hace insensible á su estado de servidumbre y abyeccion, es uno de sus principales goces: duerme siempre despues de comer y ademas se acuesta temprano. Los principales artículos son en todas partes los mismos; grasa y aguardiente. Un extranjero admitido á la mesa del príncipe mas magnifico en vano esperaria ver mudar su cubierto; si lo entrega le será devuelto sin enjugarlo siquiera. Si vuelve por casualidad la cabeza verá á un criado escupir en el plato que va él á recibir, y restregarlo despues con una servilleta sucia para limpiar el polvo. Si se atreve (cosa que deberá evitar si tiene apetito) á inspeccionar con demasiada detencion la sopa que tiene delante, descubrirá sin duda algunas víctimas vivientes, que un ruso aunque las viese trogaria con indiferencia. Los horrores de una cocina rusa son incalculables, y no hay una sola cama en todo el imperio de Rusia á la cual un viajero pulcro se atreveria jamás á acercarse si conociese el verdadero estado de ella.

La mayor, si no es la única porcion, de despejo, instruccion y respetabilidad de carácter se encuentra en la clase mercantil, pero el número de estos individuos es muy limitado. Entre ellos se encuentran varios ingleses, franceses, alemanes y otros extranjeros que dan energía á la industria fabril, y por cuyo medio se introducen las mejoras y adelantos en artes y ciencias. El emperador, aunque despota, favorece el establecimiento de los artistas extranjeros, y promueve el interés de los hombres instruidos que quieren fijarse en sus dominios. La prensa es en Rusia aun mas libre que en Francia, y se publican un vasto número de producciones periódicas de diferentes especies; pero esta libertad es poco ventajosa porque la generalidad del pueblo no sabe leer ni escribir. El idioma mas usual en el dia en la alta sociedad es el francés. De la lengua rusa ó esclavona solo hace uso el pueblo bajo ó aquellos que dirigen la palabra á sus inferiores. Dicen que la esclavitud ó vasallage de la clase ínfima en Rusia se ha modificado algun tanto; pero esto, si es cierto, será solo una forma de ley. Nada mas lastimoso que la condicion de aquellos infelices. He aquí un bosquejo de las relaciones en que estan con sus propietarios.

Hay una gran diferencia entre los vasallos de la corona y los de los particulares. Los primeros disfrutaban comparativamente de mejor suerte. El feudo ó renta que pagan se ha fijado en cinco rublos (74 rs. 14 mrs.) al año inclusa toda carga, y como estan seguros de que nunca se les ha de aumentar, son mas industriuosos y trabajadores. Los vasallos de los nobles pagan el feudo con arreglo á lo que tienen, y á sus medios de adquirir, calculándose por término medio en 8 á 10 rublos. De este modo viene á ser no una renta sino una arbitraria contribucion sobre su industria. Cada vasallo está obligado á trabajar tres dias en la semana por su amo, empezando esta ley á tener efecto desde la edad de quince años. Si este quiere emplearlo los demas dias puede hacerlo, por ejemplo en una manufactura, pero en este caso tiene que proveerle de alimento y vestido. La conveniencia mútua sin embargo debilita mucho esta ley, y exceptuando aquellos elegidos para domésticos ó empleados en las fábricas todo vasallo paga un tanto á su señor á fin de que le permita trabajar para sí toda la semana. El dueño está obligado á proporcionarle casa y una cierta porcion de tierra. Estas concesiones las gradua generalmente el *Estarosta* (el mas anciano de la aldea) en union con una junta de los mismos labradores. Del mismo modo cuando el dueño necesita un aumento de renta lo comunica al *Estarosta*: este convoca á los vasallos, y se decide en asamblea lo que toca pagar á cada individuo. Si un esclavo se ocupa en cualquier género de industria que produzca mas que el trabajo de agricultura, tiene que pagar mas renta. Si transportando sus efectos al mercado de Petersburgo ó de otro modo puede ganar aun mas, el dueño permite su ausencia, pues su feudo se aumenta en proporcion. Los menores beneficios estan sujetos á esta opresion. Los conductores y postillones de las casas de postas tienen que ceder una parte de lo que reciben por razon de agujetas para evitar el que sus amos los empleen por su cuenta en otra ocupacion menos lucrativa. Los ancianos y los inválidos son sostenidos á costa del propietario: sin embargo aquellos que prefieren depender de la caridad pública á recibir el miserable sustento que aquel les proporciona, obtienen pasaportes para poder buscar fortuna; pero en este caso suelen no pocas veces pagar un tanto por la licencia de mendigar.

El amo está autorizado para castigar á sus esclavos con golpes ó con encierro, pero si comete alguna notable crueldad es responsable ante la ley que segun dicen, se aplica en estos casos con imparcialidad. En una de las torres de Khitaigorod en Moscow estuvo encerrada por muchos años cierta condesa de Soltikof por haber usado de crueldad con sus esclavos. Sin embargo no dejan de ser frecuentes los actos de barbarie. En Kostrome la hermana de Mr. Korchelof me citó el de cierto noble que clavó á su criado en una cruz. El amo fue enviado á un monasterio y no se habló mas del asunto. Los criados en las familias y los empleados en las manufacturas como que están mas espuestos á la crueldad de sus amos, suelen tambien vengarse de un modo terrible. El dueño de una gan fabrica de licores desapareció repentinamente y se supo habia sido arrojado por sus esclavos en una caldera hirviendo. Supe tambien de una señora que se halla actualmente en Moscow, que habia sido envenenada tres diferentes veces por sus criados. Ningun esclavo puede ser vendido ni comprado fuera ni dentro de Rusia á persona alguna que no sea noble, ó que no tenga por lo menos el grado de teniente coronel. Se elude no obstante esta ley por muchos individuos del estado llano que compran esclavos con el fin de alquilarlos despues, valiéndose para ello del nombre de alguna persona privilegiada, pues los nobles pueden arrendar un esclavo.

Se habla mucho de la indolencia del pueblo ruso, circunstancia notable si se considera que no hay otro mas animado y dispuesto al trabajo. Fácil es sin embargo determinar la causa de esta inacción, la necesidad. ¿Puede acaso haber estímulo en el trabajo cuando se sabe que un tirano ha de despojar á la industria de sus frutos? La única propiedad que un noble ruso concede á su esclavo, es el alimento que él mismo no puede ó no quiere comer, la corteza de los árboles, los granzones y otros despojos, quaw, agua y aceite de pescado. Si el esclavo tiene bastante manejo para ganar dinero sin que lo sepa su Señor, viene á ser para él una adquisición peligrosa, y si llega este á conocerlo va luego á parar á sus manos. Un aldeano de Celo-Molody, cerca de Moscow, que habia logrado adquirir una pequeña fortuna, quiso casar á su hija con un mercader de la ciudad, y con este objeto ofreció por su libertad quince mil rublos, cantidad mucho mayor de lo que en su situación podia esperarse de él. El dueño tomó dicha suma y dijo luego al padre que esta hija y el dinero le pertenecían ambos, y que por consecuencia continuaria esta en el número de sus esclavos. ¡Qué idea dan estos hechos del estado de Rusia! Por ellos vemos á los súbditos de un vasto imperio despojados de cuanto poseen y reducidos á la situación mas degradante y lastimosa. Víctimas del tormento y de la tiranía, del dolor y de la pobreza, de las enfermedades y del hambre. En las provincias meridionales de Moscow la campiña parece un jardín. El suelo fértil está cubierto de mieses y lleno de lozanía y abundancia; pero al entrar en la cabaña del pobre labrador rodeada de todas estas riquezas, se le halla muriendo de hambre ó careciendo de lo mas necesario á la existencia: los numerosos ganados que discurren por las dilatadas llanuras cubiertas de sabrosos pastos no suministran leche para él.

En el verano la abundante cosecha no dá pan para sus hijos. El dueño reclama todo el producto. Pasada la recolección de granos todos los caminos de las provincias meridionales están cubiertos de caravanas que trasportan las mieses, y toda clase de productos para proveer á los Señores de Moscow y San Petersburgo y los mercados de estas dos capitales que absorben cuanto se deposita en ellos con incesante voracidad. ¿Puede concebirse un espectáculo mas lastimoso que el de una miserable familia rusa que en medio de la abundancia carece de lo absolutamente necesario para mantenerse durante un largo y penoso invierno? Alejémonos de la contemplación de él!.....

La cualidad mas notable de los rusos (continúa el mismo autor) es su talento de imitación que constituye el principio de todas sus operaciones. Nada tienen de su propia invención; pero no es culpa suya sino poseen todo lo que los demas han inventado. Su facilidad de imitar escende á cuanto se ha visto hasta ahora. El mas ínfimo esclavo ruso es capaz de imitar la obra de mecanismo mas complicado, y ejecutar por sí solo lo que ha necesitado para su desempeño el trabajo combinado de los mejores artesanos de Francia ó Inglaterra. Aunque sin escuelas de declamación son los mejores actores del mundo. Si cultivasen la pintura serían los primeros retratistas de Europa; en prueba de esto me acuerdo haber visto un retrato en miniatura del emperador, pintado por un pobre esclavo que solo le habia visto una vez en una vuelta que dió por Moscow. En todo lo concerniente al parecido y esmero de la obra, competia con lo mejor que se ha hecho en este género; el efecto era tal que parecia verse al Emperador mismo por un lente de disminución. La fábrica de joyas artificiales de Birmingham conocida por el mérito y baratura de los objetos manufacturados

en ella, ha sido aventajada por la de Moscow, pues los artículos con ser allí igualmente buenos son mucho mas baratos; pero lo admirable es el modo de ejecutarlos. En Birmingham cada uno de ellos ocupa á varios artesanos; en Moscow á uno solo, y sin embargo la diferencia entre la unidad y subdivisión del trabajo no la ocasiona en el precio de los objetos manufacturados. Vén en Moscow imitaciones de las cadenas de oro maltesas y venecianas que engañarian á cualquiera que no fuese muy inteligente. No sucede así con los artículos de cuchillería en los cuales se hace tan necesaria la multiplicación del trabajo, y así es que en este ramo no han adelantado mucho, no por que no puedan imitar la obra extranjera que importan, sino porque les es imposible darla al mismo precio. En los casos en que, como en las cerraduras de Bramah, un privilegio ó patente sostiene en Inglaterra el precio de cualquier objeto sobre el nivel que de otro modo tendria, los rusos imitándolo con la mayor perfección venden la copia á menos precio que el original aunque igualmente buena. Este extraordinario talento de imitación se demuestra hasta en las bellas artes. Un individuo de la nobleza rusa poseía una pintura de Dietrich imitando el estilo de Polemberg. Pidiósele prestada un amigo suyo. El dueño habia estampado su sello en el respaldo del lienzo y escrito además de su propia mano varios versos compuestos por él, con cuyas precauciones creyó que su cuadro estuviese perfectamente seguro. Sin embargo no faltó quien sacase una copia tan idéntica en todas sus partes tanto de la pintura como del sello y manuscrito, que colocada en el marco del original fué devuelta al dueño, sin que este á pesar de haberla examinado atentamente lograra descubrir el fraude. Esta circunstancia se hizo pública despues por la confusión del artista que sacó la copia, y residen actualmente en Setemburgo y Moscow artistas extranjeros muy respetables que atestiguan la verdad del hecho. Uno de ellos el Sr. Campo-resi me aseguró que habiendo entrado un dia en que se paseaba por los arrabales de Moscow, en el miserable casucho de un zapatero de viejo, vió á un andrajoso campesino trabajando sobre un poyo destinado á colocar utensilios de cocina y preparar la comida; al acercarse observó con sorpresa que era un pintor de miniatura que se ocupaba en copiar una hermosísima pintura que tenia delante. "Hubiera sido facil, añadió, el hablar al dia siguiente á aquel mismo hombre totalmente embriagado en una taberna, ó jimiendo bajo el palo de su amo."

Otros viajeros corroboran esta asercion y uno de ellos cuyo nombre hemos olvidado dice haber tenido un criado ruso, muy jóven, que con solo haber visto un piano traído de Inglaterra, tuvo la habilidad de construir otro igual en el espacio de pocos meses. Por medio de esta facilidad de imitar adquieren los rusos conocimiento de las lenguas extranjeras en cortísimo tiempo. Algunos escritores aseguran haber conocido rusos que habian aprendido el ingles y lo hablaron corrientemente en quince dias. Del mismo modo consiguen ejecutar las piezas de música mas difíciles. Este singular talento se manifiesta de un modo notable en los establecimientos militares, navales, literarios y científicos. Rusia es en realidad grande por la imitación, copiando los usos y costumbres de las naciones civilizadas: circunstancia que hace su elogio tal vez mas que otra cosa. La fuerza de la Rusia consiste en un numeroso ejército y una marina bien dirigida. Es un imperio de vasta estension; pero á ninguno de ellos se ha visto prosperar en consecuencia de su magnitud territorial. Posee es verdad una enorme masa de hombres que se mueve á la voz del Emperador, ¿pero de que sirve esta fuerza sin

los medios de sostenerla por largo tiempo en estado de actividad ofensiva? Dejando á un lado la milicia indisciplinada y demas fuerza local, el mayor número de tropas regladas que puede la Rusia poner en campaña son unos 150 mil soldados entre infantería, caballería y artillería. Es indisputable que no tiene recursos pecuniarios para sostener un crecido ejército en activo servicio por mucho tiempo; por consecuencia todo temor sobre este punto es ridículo é infundado. La Rusia depende principalmente del comercio con los ingleses. Si dejasen estos de comprarla sus cañamos, maderajes, sebo y otras producciones naturales quedaría arruinada sin remedio. En este caso la Rusia podría desde luego cerrar la tienda fácil es concebir la desorganizacion interior que esto produciría.

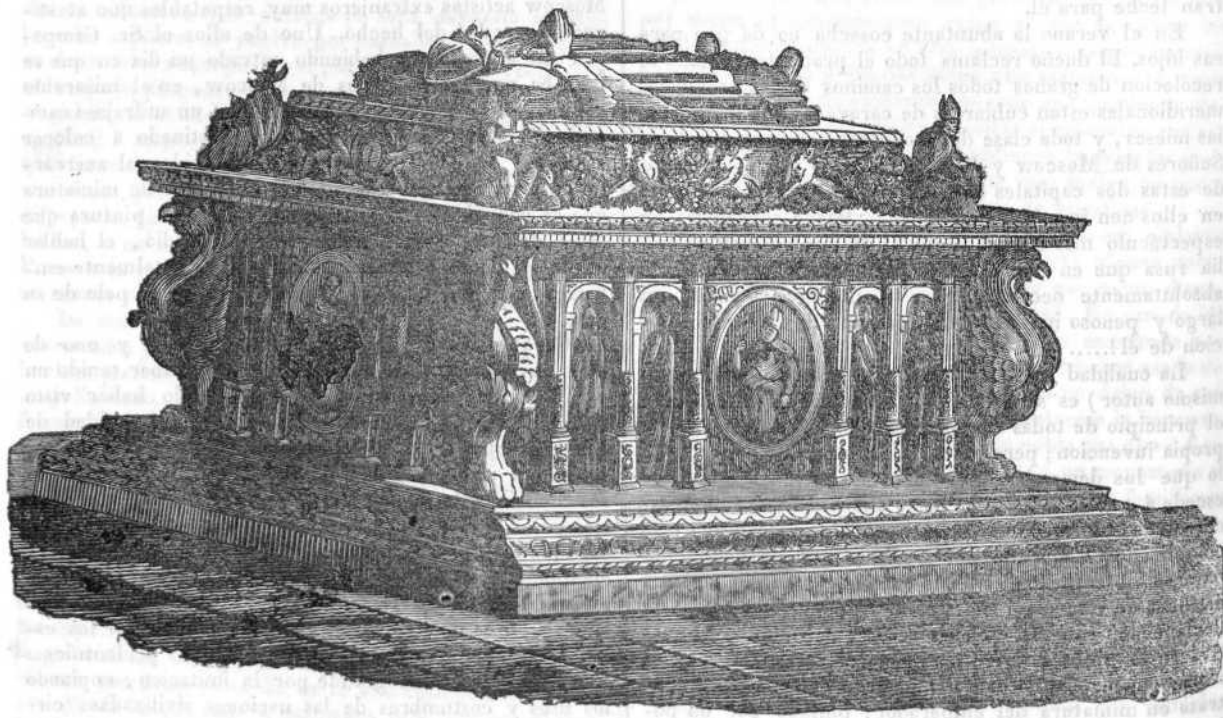
(Chamber's journal).

A NUESTROS SUSCRITORES.

El deseo de aumentar mas y mas cada día el interés del SEMANARIO PINTORESCO, y de procurar con la variedad de materias y buena eleccion de asuntos lisongear el gusto de toda clase de personas, nos sugirió el pensamiento de dar una noticia aunque sucinta de la exposicion de pinturas verificada en el presente año. Para hacer algo mas sabrosa esta lectura á los que no han podido

ver por sí mismos la exposicion, publicamos el primer artículo en el número anterior con la copia en grabado de un retrato ejecutado por D. Vicente Lopez, y disponemos para la continuacion otras dos copias, que si bien no pueden pasar de ser un pálido reflejo del original, escitarán al menos la curiosidad del público hácia estas bellas obras de nuestros jóvenes y ya célebres artistas, dando una idea aunque imperfecta de su composicion y estilo; tanto mas cuanto que los dibujos y grabados se estan haciendo con el mayor esmero, y los autores mismos se han ofrecido á dar algunos toques, porque así lleven el sello de su manera. Por esta complacencia tributamos aqui gracias á los Señores VILLAAMIL y ESQUIBEL, de cuyos originales serán las copias que presentemos, y pedimos á los demas artistas que con sus obras han ilustrado la exposicion nos dispensen el no rendir á sus talentos igual homenaje. Los límites de nuestro periódico, demasiadamente estrechos, nos privan de reproducir como desearíamos las obras que tanto ha celebrado Madrid, repitiendo los nombres de MADRAZO, GUTIERREZ, ELBO, AERIAL, y otros que ciertamente no han menester nuestros elogios para acrecentar su bien merecida reputacion.

Concluiremos esta advertencia á nuestros suscritores, satisfaciendo á los que en las semanas anteriores se quejaron de la mala estampacion de las láminas, con decirles que con la mejora del papel y el mayor esmero en la impresion han visto ya remediado el mal en los últimos números. Ademas, repetiremos aqui en obsequio de los quejosos la lámina del número 75 que representa



EL SEPULCRO DEL CARDENAL CISNEROS

y que por su delicadeza salió mal estampada en la mayor parte de los ejemplares. De paso advertiremos que el dibujo es exactísimo, y la viñeta esta una prueba de los

adelantos que los artistas españoles van haciendo en los grabados en madera.



MAHAMUD II.

El fin del siglo XVIII y el principio del presente siglo han sido en verdad la época de los grandes cambios, agitaciones y sacudimientos sociales. Los filósofos y los políticos pudieron anunciar tal vez la revolución francesa y las que le han seguido en otras naciones, examinando las causas que movían á los pueblos á resistir el dominio de los reyes ... pero no era tan fácil prever que la hora de las reformas y de las mudanzas había sonado también para una nación, cuya inmovilidad, erigida en sistema político y religioso, debía creerse que permanecería imperturbable en medio de las conmociones generales. Penetró hasta Constantinopla el deseo de alterar las costumbres antiguas, y ofreció aquel reino el singular espectáculo de una reforma enteramente opuesta en su índole y carácter á las demas de Europa, pues en los otros países el pueblo obraba contrariando al gobierno,

y en Turquía el gobierno se hacia reformador, contra el voto popular.

Empezó esta reforma por el abuso de la organizacion militar en la institucion de los genizaros, y ya las primeras tentativas que se hicieron para destruir esta milicia y sustituirle tropas mejor disciplinadas, acarrearón terribles conmociones: el sultan Selim III perdió por esta causa el trono y la vida (1807 y 1808), Mustafá IV su sucesor no tuvo mejor suerte, y el célebre gran visir Mustafá Bairactar pereció tambien, víctima de aquellos mismos proyectos de innovacion militar. Despues de experiencias tan funestas, parecia que el atentar contra la existencia de los genizaros era una empresa capaz de hacer titubear al mas intrépido reformador, y sin embargo, su destruccion fue uno de los primeros proyectos que formó el primo de Selim III, el hermano de Mus-

tafá IV, el sultan Mahamud II que en 1808 subió al trono imperial en medio de las sediciones provocadas por las tentativas de la misma reforma. Pero si la suerte de sus antecesores no desvió á Mahamud del intento de emprender de nuevo la obra revolucionaria, le empeñó á lo menos á obrar con circunspeccion, y si fue grande la energia que desplegó en el momento de la crisis, no fue menor su habilidad para prepararla. Disimulando profundamente sus miras, renovó su inscripcion ó alistamiento en una compañía de genízaros, y ostentó la mas escrupulosa exactitud en el cumplimiento de sus deberes como soldado, y en el cobro de su paga: se dedicó asimismo á ganar al poderoso cuerpo de los Ulemas, á fuerza de mostrarse condescendiente y aficionado á ellos al paso que se hacia querer y respetar de toda la nacion por su mucha sobriedad, su lealtad y pureza, su actividad, su moderacion, y su beneficencia: cualidades que hacian ventajosa impresion en sus vasallos, y que nunca desmentia el soberano en ningun de los actos de su vida pública y privada.

La situacion del imperio otomano era en estremo crítica en los momentos en que Mahamud subió al trono. Habíase empeñado con los rusos una guerra de poca fortuna; la Servia habia sacudido el yugo musulmán; la Persia inquietaba las fronteras por la parte del Asia; al mediadía la insurreccion política y religiosa de los Wechabitas hacia progresos alarmantes; y en todas partes, en fin, los gobernadores de las provincias suscitaban hostilidades simuladas, ó se mostraban en rebelion abierta. Apenas habia acabado Mahamud de vencer estas dificultades con su firmeza y prudencia cuando se vió amenazado de un peligro mas grave. El bajá de Janina, el feroz Ali-Tebelen, cuyo poder se extendia sobre la Albania, sobre la Thesalia, sobre la Macedonia y sobre el Epiro, recurrió á las armas para defender su cabeza pedida por la Puerta, y para proporcionarse auxiliares poderosos, concibió el gran pensamiento de sublevar á los griegos y llamarlos á la libertad. Entonces fue (1820) cuando se empeñó aquella terrible guerra que al cabo de ocho años de continuos esfuerzos produjo la independencia de la Grecia. Habiendo tenido asi siempre delante, desde su advenimiento al trono, algun peligro presente que conjurar, Mahamud habria debido pensar tanto menos en sus proyectos de reforma, cuanto que estos desagradables acontecimientos producian á cada paso alguna conmocion en la capital, y que los frecuentes incendios hacian patente el estado de fermentacion y descontento de la poblacion musulmana. Pero aunque obligado á diferir la ejecucion de sus planes, el emperador estaba muy lejos de abandonarlos; afirmábase en ellos, por el contrario, y los iba madurando, empezando á dar indicios de sus disposiciones á separarse de las costumbres y usos musulmanes para acercarse á los de la Europa cristiana: asi es que los paises berberiscos no veian ya apoyadas sus piraterías con el asentimiento imperial, y la princesa de Gales estaba disfrutando en Constantinopla de la hospitalidad mas leal y política, en el momento mismo en que los ingleses humillaban la media luna sobre los muros de Argel.

La guerra contra los griegos que por haber despertado el fanatismo de los turcos, y necesitar de grandes esfuerzos militares, debía al parecer ser causa de que se dejaran á un lado por tiempo indefinido las ideas de reforma, apresuró al contrario las mudanzas que meditaba el emperador. Era Mahamud bastante ilustrado para dejarse ofuscar por el orgullo musulmán, y asi habia conocido despues de algunas campañas desgraciadas la superioridad de los griegos, convenciéndose de que la organizacion de los ejércitos turcos era en gran parte la cau-

sa de sus reveses; resolvió, pues, poner por obra lo mas pronto posible una reforma militar. Esparciéronse algunos rumores vagos que obligaron á los genízaros á revolucionarse para prevenir la crisis que amenazaba á su existencia, pero aquella rebelion fue vigorosamente reprimida, y solo sirvió para determinar al sultan á obrar con mas prontitud. Esta fue la señal, el punto de partida de otro gran número de reformas de diversa naturaleza, y Mahamud despues de haber dado con tanta energia el primer golpe marchó con decision por la senda de las innovaciones.

El espectáculo que ha ofrecido la Turquía despues de la destruccion de los genízaros escita el mayor interes. Destruida aquella fuerza desordenada, el emperador no tenia otra que sustituir á ella, y los buenos efectos que podia producir la buena organizacion militar debian hacerse esperar por largo tiempo. Estas circunstancias y algunos acontecimientos funestos, pusieron á la Puerta en una situacion casi desesperada. La intervencion de las potencias europeas decidió en contra de ella la cuestion griega, y el combate de Navarino coronó con un inmenso desastre aquella guerra tan fecunda en desgracias para el Sultan: no quedó en esto, sino que aquella jornada fatal originó otra guerra, hasta que al cabo de dos años de esfuerzos heroicos contra los rusos, la Turquía se vió en la necesidad de pedir misericordia.

Apenas desvanecido este peligro por la parte del norte, se levantó por la de oriente una nueva borrasca: las armas egipcias amenazaron á Constantinopla misma, y el Sultan no tuvo otro arbitrio para resistir á un vasallo rebelde que el de llamar en su ayuda como aliados á aquellos mismos rusos á quienes poco antes habia combatido como enemigos. Forzosamente habian de suscitarse las pasiones populares á vista de tantas desgracias, de tantas humillaciones, y de las miserias causadas por tan continuados trastornos; el enojo musulmán estalló en varias sublevaciones de las provincias, en espantosos incendios, en conspiraciones dentro de Constantinopla; y el pueblo instigado por algunos escrupulosos creyentes, clamaba diciendo á voces que aquellas calamidades eran un castigo del cielo ofendido por las alteraciones hechas en las costumbres musulmanas. En situacion semejante, en un pais en donde el fatal cordón está suspendido siempre sobre la cabeza imperial, aunque hubiera retrocedido el Sultan, no se le hubiera podido ciertamente acusar de pusilánime; pero lejos de hacerlo asi, redoblando su perseverancia y energia á medida que se acrecentaban los peligros y se acumulaban las dificultades, Mahamud, una vez echada la suerte, ha marchado constantemente de reforma en reforma, poniendo en todo su mano atrevida, y dirigido casi siempre por un espíritu de alta civilizacion. El ha abolido la confiscacion; él ha dado sabios decretos para mejorar la administracion de justicia, para evitar el abuso del poder y las exacciones; él ha establecido lazaretos á pesar del fatalismo; ha promulgado una ley de alistamiento militar regularizado, y en fin hasta ha establecido su imprenta imperial que publica periódicamente una gaceta oficial ó monitor, escrito en turco y en francés. A par de estas innovaciones capitales caminan otras reformas, que aunque no de tanta monta al parecer, eran sin embargo bastante dificiles y espinosas, y de consecuencias tal vez mas decisivas. Mas de dos mil tabernas se han abierto en Constantinopla, despues de una consulta hecha al Mufti y haber declarado este que la abstinencia del vino no era de precepto, sino solamente de consejo. En el traje de los hombres se ha hecho una revolucion completa: las pellizas, los calzones anchos, y el calzado oriental han desaparecido para dar entrada á una espe-

cie de levitas, á los pantalones, y á las botas á la europea; el turbante mismo, el turbante tan característico ha sido proscripto y remplazado por un casquete de color de escarlata con su copete ó borla de seda azul por arriba, y la barba patriarcal se ha cortado y peinado á la francesa. Todas estas reformas prescriptas por el Sultán, van apoyadas con su ejemplo: vestido él mismo según lo ha ordenado, afecta en sus usos públicos y privados la imitación de las costumbres de la Europa cristiana, mostrándose tributario de sus artes, de su gusto, y de su industria, y esforzándose á introducirlos en la tierra musulmana: si bien para vencer la resistencia opuesta á sus proyectos ha tenido que aplicar en toda su extensión los procedimientos judiciales de los turcos, que son breves y sumarios, y su severidad expeditiva. Un bando publicado en el momento de las primeras medidas reformadoras prohibió al público hablar de asuntos políticos, advirtiéndole que había en todas partes espías de ambos sexos, con cuya delación los contraventores si eran hombres serían degollados, y si mujeres arrojadas al Bósforo en un saco: en efecto hubo algunos ejemplares para hacer ver que no eran vanas amenazas.

No obstante la barbarie de tales medios de ejecución, el poderoso impulso dado al pueblo turco, á pesar suyo y de las circunstancias hacia la civilización de las naciones de occidente, denota que el hombre que le produjo estaba dotado de un gran temple de alma, de un carácter poco común y de una superior inteligencia. Mahamud II merece en efecto un lugar entre los soberanos ilustres, aunque algunos le tachan de ciertas puerilidades ridículas, y de llevar hasta el extremo su imitación de los europeos; pero apenas se habrá visto un príncipe reformador exento de semejantes debilidades. Tampoco sería justo achacar al emperador las desgracias que han aabruido á la Puerta Otomana durante su reinado; los acontecimientos no estaban en su mano ni sujetos á su poder, y bien analizada su conducta política se encuentra en ella dignidad y valor en su resistencia, y habilidad en las ocasiones en que se ha visto precisado á ceder.

Mahamud II tiene 52 años de edad; es hijo del emperador Abdul-Hamid que murió en 1789; su talento está cultivado, habla y escribe con elocuencia, pero tiene el aire un poco ordinario, y el uniforme semi-europeo que ha adoptado le ha hecho perder parte de la gracia que le daba el traje oriental; sin embargo sus modales son afables, magestuosos y alguna vez imponentes, á pesar de su figura poco noble y talle no muy airoso.

PANORAMA MATRITENSE.

EL COCHE SIMON.

I.

Hay en Madrid un Simon
que se alquila... no sé donde,
y tiene mas aventuras
que Gil Blas, ó Don Quijote.

Su figura es de calders,
verde y negro sus colores,

no tiene muelles de ce,
ni persianas ni faroles;

Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.

Modesto en su sencillez,
holgado en sus dimensiones,
tan cerca está de cajon
como distante de coche;

Y á no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
ó Babilónica torre.

Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.

De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
mas dejarelo esta vez
para contar la del coche.

Fue primero de un marqués
que vino de no sé donde,
á pretender.... ¡feliz siglo!
una venera en la corte.

Esto prueba que las cruces
tan caras eran entonces,
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.

Llegado que hubo á Madrid
quiso ostentar sus doblones;
que no hay para pretender
como pretender en coche.

Y á falta de los talleres
de Bruselas ó de Londres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;

A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recién nacido coche.

Sacóle el marqués de pila,
luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorras
trepantes á un alcornoque.

Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió á lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.

¡Cielos, á cuantas envidias,
á que ingratos sinsabores
dió lugar la tal carroza
en nuestro prado de entonces!

¿Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores
que valieron al marqués
estos cuatro tablaiones?

Por ellos venció á las diosas,
por ellos mandó á los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandones
le llevaron á enterrar,
y pasó al concurso el coche.

II.

*En virtud de providencia
del Sr. Don Juan Quirós,
de esta coronada villa
teniente corregidor;*

*En los autos del concurso
del marqués de.... que finó
por óbito abintestato
y han radicado ante nos*

*El infrascrito escribano
que firma esta relacion;
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor*

*Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquel dejó,*

*Se le endone y adjudique
en íntegra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.*

*Mandólo su señoría
en Madrid, y lo firmó
á veinte y cuatro de Agosto
de mil ochocientos dos.*

Ya tenemos á mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron

Que en las campañas de Venus
altos lauros alcanzó;
azote de los maridos,
de las mujeres patron.

Dedicaba por entonces
su sexagenario amor
á una viuda de cuarenta
Doña Mencia Albornoz,

Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.
¿Qué don pudiera ofrecerla
un apasionado amor

Como una máquina amiga
que á influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
á volúmen tan atroz?

No sabré decir el cómo,
pero ello se celebró
cuadruple alianza entre aquellas,
la Señora y el Señor.

Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encajonados
en íntima relacion,

Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo
ó en su concha el caracol.

La muerte que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó

A aquella dulce pareja,
y.... ¡cielos! ¡en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,

Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;

dos corazones flechados,
y riéndose el amor.

— ¡Jesus! que extraños emblemas;
llámenme pronto á un pintor
que borre esas heregias
y ponga el santo cordon,
el báculo y el capelo
y la cruz del redentor.—

Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
é hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.

Ya que fue purificado,
el muy ilustre señor
subió con sus familiares
á tomar la posesion.

¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.

Una novena á San Gil,
y luego á tomar el sol
al paseo de la ronda
ó al camino de Alcorcon;

O un viagecito hasta Atocha
á visitar al prior,
y luego volverse á casa
al toque de la oracion.

¡Qué vida! vuelvo á decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitacion.

Un ministro.... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesion.

Nuevo impulso y movimiento
á sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.

De palacio al Ministerio,
desde el consejo al salon,
desde la audiencia al teatro,
desde el dominio al favor.

¡Pobre coche, que agitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos
tras un fantástico honor!

¿Qué se hiciera aquel reposo
que un dia te permitió
saborear de la existencia
el progreso bienhechor?

¿Qué, mísero, has alcanzado
en premio de tu ambicion
sino llegar mas aprisa
al término del favor?

Que mucho brillas, me dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de estado
reservados á los dos.

Que todos te reverencian
como á tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la vez.

Ay cuitado! no reparas
en el cielo del favor

miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?

Pues mírala cual creciendo
el firmamento ocupó,
y roba al astro del día
su fúlgido resplandor.

Y mira al mortal gusano
que á su lumbré se ensalzó
cual vacila, y tiembla, y cae,
de la tormenta al furor.

¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon.

Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,
y en pago á tus demasías
y ridícula ambición

Riéndose á un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir
en sentida exclamación:
*¡Aprended, coches de mí,
lo que va de ayer á hoy!*

III.

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una sucia callejuela;

En letras greco-romanas
y ortografía caldea,
dice: "*Aquí se alquilan coches.*"
una envejecida muestra.

Yacen en el interior,
sin guardas y á la inclemencia,
cien carrozas que otro tiempo
ornaron la corte regia.

Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria,
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta.

Míranse en él confundidos
sin gerarquía y sin regla,
mil románticos recuerdos,
mil clásicas experiencias.

Allí el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.

Allí el bombé vacilante
que dejó el Doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.

Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fué al hospital
sin zapatos ni calcetas.

Aquí un súcio faeton,
allí una gran carretela,
que fue premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia.

Y agrupadas á un rincón
se miran cuatro calesas
que á queso y á vino puro
trascienden á media legua.

En tan súcia compañía
y en situación tan adversa,

un coche también.... ¡Dios mío!
(casi no acierta la lengua).

Un coche.... ¿si será él?
un coche.... Sí, el mismo era,
el del marqués, del obispo,
del ministro y.... ¡Santa Tecla!

¡Ay! quien fuera Garcilaso
para exclamar: "Dulces prendas
aquí por mi mal halladas"
con lo demás que se deja.

¿Y habrá después ¡oh fortuna!
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?

Mas tornemos á mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lea.

En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha transformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;

Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron ha veinte años
todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timón,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.

Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.

Cantando está á media voz,
mientras que las ocho suenan,
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;

Y en tanto las pobres mulas
pensando están en que piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos pies
como el que en la proa asienta,
sube con pena á la popa
y á los tirantes se cuelga.

Con que la tripulación
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj;
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta

Tiran torcidas las mulas
á impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.

Por las calles de la corte
y á riesgo de las aceras
la máquina informe arrastra,
dando á quien la mira, pena;

Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega
á la puerta del letrado
que va á charlar á la Audiencia.

Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,

y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas.

Luego que llega al consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna.

Con que añaden á su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer mas llevadero
el trabajo de la vuelta.

Después del pleito, á visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.

Vuelta después al corral;
ya Don Timoteo espera
para ir á misa de dos
del Buen Suceso.... á la puerta.

La misa ya se ha acabado;
mas por cuanto la marquesa
al ver á Don Timoteo
se siente un poco indisputada.

El, á fuer de hombre gentil
la ofrece su carretela,
y á fin de tomar el aire
van camino de la Venta.

En vano el pobre Simon
les grita que den la vuelta,
que hace falta en un bautizo
antes de las cuatro y media.

Suéltanle á las cinco, en fin;
toma el paso á media rienda,
y en casa de la parida
á oír maldiciones llega.

Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva.

Cien pillos de todo el barrio
que ha vomitado una escuela,
van corriendo tras el coche;
ya suben en la trasera;

Ya trepan á los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: "Señor Padrino,
cuando baja la moneda?"

Ya hacen gestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.

En tal día, es de cajón
va la gente á la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta,
y cuando dan vuelta á casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro día.... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relacion

y que en crónica se vuelva?
¿No ha de acabarse jamás?

¿ni cómo narrar pudiera
uno á uno los sucesos
que en sus páginas encierra?

Baste decir que en Enero
hay un San Anton, y hay vueltas;

que hay máscaras en Febrero
y en Marzo hay Pepes y Pepas.

Que Abril encierra una pasqua;
Mayo á San Isidro fiesta;
Junio noche de San Juan
con fandango y con vihuelas;

Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en Agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.

Viene Setiembre después
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.

Y Octubre empieza á mostrar
sus frios y calles puercas,
y Noviembre sus difuntos,
Diciembre su Noche-buena.

Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas y hay audiencias.

Y hay tontas á quien se engaña
con una máquina de estas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran.

Y hay indios de San Lucar,
hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,
y hay que encubrir la miseria.

De todos estos primores
puede este coche dar cuenta;
mas por desgracia no sabe
por qué carece de lengua.

Yo viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena,
quise atreverme á formar
(puesto que no soy poeta),

En estos clásicos versos
esta clásica leyenda,
á riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

El Curioso parlante.

PLAN DE VIDA.

El principal deber del hombre es, sin duda alguna, el proporcionarse la felicidad y evitar la miseria: aquella consiste en todo lo que agrada, divierte y alegra el alma; esta en lo que la contraría, causa pesar y atormenta. Así pues nuestra primera obligacion es buscar por cuantos medios esten á nuestro alcance la verdadera felicidad, evitando con gran cuidado toda desazon, incomodidad y pesar: proporcionarnos cuanto mas fuere posible de la primera, y lo menos dado de lo segundo.

Todos convienen en estas verdades, pero muchas veces obramos en contra de nosotros mismos, ya por dejarnos engañar de las apariencias lisongeras, si bien falsas y perjudiciales del vicio, ya tambien por no escaminar detenidamente el resultado de favorecer ó contrariar nuestros deseos é inclinaciones.

Veamos pues en que consiste la felicidad y placer verdaderos, para que teniéndolo presente podamos guiarnos en nuestra conducta, sin temor de que nos seduzcan nuestras pasiones, haciéndonos preferir un placer

pasajero y perjudicial á uno constante y duradero. La felicidad de la vida segun nuestra opinion consiste en lo siguiente:

- 1.^o *Salud*, pues sin ella no podemos gozar ningun placer de los sentidos.
- 2.^o *Buena reputacion*, que á todos nos lisonjea tener, y cuya falta nos incomoda y atormenta.
- 3.^o *Saber*. El poco que yo poseo no lo venderia por precio alguno, ni lo cambiaria por ningun otro placer.
- 4.^o *Hacer bien á cuantos sea posible*. La comida tan ricamente sazónada que he comido hoy; ya no me causa placer ninguno, digo mas, despues de una comida epípara generalmente me siento indispuerto: los delicados perfumes que tanto me agradaron ayer momentáneamente, nada me afectan ahora, en lo mas mínimo siento sensacion alguna; pero la *buena accion* que hice ayer, la limosna que di á un infeliz hace un mes, el alivio que proporcioné á una viuda desgracia y á sus tiernos hijos desvalidos el año pasado, y cuantas acciones de esta clase he hecho en el trascurso de mi vida *continúan y continuarán* causándome un placer y satisfaccion verdaderos siempre que reflexiono sobre ellas.

La esperanza de lograr la bienaventuranza en la vida eterna va siempre acompañada de un placer constante.

Ahora bien, siguiendo estrictamente el plan de vida y de verdadera felicidad que me propongo seguir, siempre que se me presente algun placer, debo examinar detenidamente si contraria ó está en oposicion de alguno de los principales ya mencionados. Por ejemplo, al ver fruta que me gusta me siento inclinado á comerla; pero si el hacerlo me acarrea una indisposicion, el dejarme llevar de mi deseo *seria ciertamente preferir* un placer pasajero á uno constante, y obraría en contra de mi felicidad y contra mis intereses.

Las diversiones inocentes me deleitan sobre manera; si solo hago uso de ellas para distraerme y esplayar el ánimo despues del trabajo ó del estudio, preservan mi salud, fortalecen el entendimiento y aumentan el placer: pero si empleo todo ó la mayor parte del tiempo en estas diversiones, á pesar de su inocencia son causa de impedirme el adelantar en las ciencias y artes, me hacen perder el crédito, y me sumerjen en un estado de abandono, vergüenza, ignominia y menosprecio, en el cual no puedo menos de ser desgraciado. El beber y jugar con exceso, que algunos llaman placeres siendo en realidad vicios, me ocasionarian esta infelicidad, no solo haciéndome perder el tiempo tan útil para todo, sino lo que es mas, la salud, empeorando mis inclinaciones, acostumbándome á mañas depravadas, disminuyendo mi estimacion, y dejando sobre mi conciencia un tormento perpetuo. Por esto pues debo evitar con gran cuidado que la inclinacion al vicio se apodere de mí, teniendo presente que el gobernar mis pasiones me proporcionará un placer constante y verdadero y mucho mayor que ningun goce pasajero y dañoso, libertándome al propio tiempo de continuados tormentos, sin olvidar tampoco que el condescender con las pasiones me hara pagar bien cara esta debilidad.

Gozaré de las diversiones inocentes y agradables siempre que contribuyan á mejorar mi salud, á hacerme adelantar en mi carrera, á mejorar mi suerte, y á cimentar mis mas sólidos placeres, el saber y la reputacion, pero nada mas, y esto lo observaré y examinaré con el cuidado mas minucioso, para no ser engañado y perder un placer real y constante, por la tentacion de uno presente, pero pasajero y perjudicial.

L. G.

ANECDOTA.

Un amigo de Miguel Angel le fue á visitar en ocasion en que estaba concluyendo una estatua. Poco tiempo despues fue á visitarle otra vez, y el escultor continuaba trabajando en la misma obra. Su amigo, mirando á la estatua, exclamó: "ha estado V. muy perezoso desde la última vez que le ví, pues ha adelantado muy poco." "Todo al contrario", contestó el escultor, "he retocado esta parte, y aquella otra la he pulido; he suavizado esta faccion, y dado mas realce á este músculo; he dado mas expresion á este labio, y mas energia á este otro miembro." — "Bien, bien", dijo el amigo, "pero todas esas cosas son bagatelas." — "Así será", replicó Angel, "pero tenga V. presente que estas *bagatelas* constituyen la perfeccion, y que la perfeccion *no es una bagatela*."

La Chinchilla.

Este animalejo roedor, que por mucho tiempo se ha confundido con el Hamster, se clasifica ahora en la gran familia enteramente americana, que corresponde al género denominado por Linnéo *Cavia*, lo mismo que los Agutis y el conejillo de Indias.

Es cosa estraña que hasta estos últimos años se haya ignorado, tanto la forma exterior, como la organizacion anatómica de un animal tan buscado por el lujo de las naciones civilizadas, y que se hayan estado trayendo á Europa por siglos enteros las suaves y hermosas pieles con que se cubren estos pequeños seres, sin tener la mas remota idea de su carácter y costumbres, y ni aun de su origen. El silencio guardado por los comerciantes peruleros, ó la ignorancia en que estaban de los hábitos de la Chinchilla, han dado margen á mil patrañas y cuentos fantásticos acerca de estos animales.

El abate Molina fué el primero que en su ensayo sobre la historia natural de Chile, publicado en Bolonia en 1782, describió á la Chinchilla, como una especie del género *Mus* de Linnéo; y en la última edicion de su obra publicada en 1810 se coloca á la Chinchilla en el género *hamster*, dando por sinonimia el nombre de *Mus laniger*. Pero á quien la ciencia es deudora de un conocimiento mas exacto de las costumbres de este roedor, es á los señores Bennet y Beechy que pudieron haber á las manos algunas de ellas en un viage que hicieron en 1831 por la costa noroeste de América, y á fuerza de cuidado se consiguió llevarlas á Londres donde las examinó la sociedad zoológica.

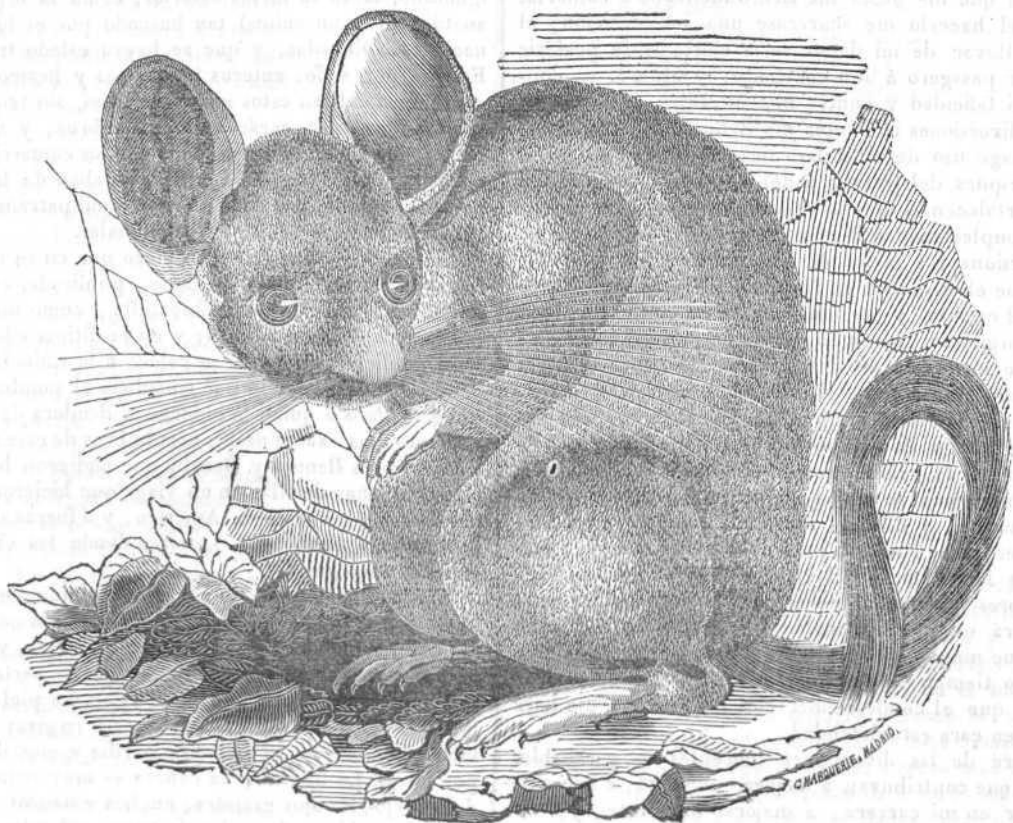
La longitud de uno de aquellos individuos era de cerca de nueve pulgadas, no contando la de la cola que tenia cerca de cinco. Son estrechos de cuerpo, y de miembros comparativamente cortos, porque la parte posterior es mucho menos larga que la anterior. La piel es de pelo largo y espeso, lanuda, y á veces rugosa; gris ó color de ceniza por la parte de arriba y mas descolorida por abajo. La figura de la cabeza es muy semejante á la del conejo, los ojos grandes, anchos y negros: las orejas anchas tambien, desnudas de pelo, redondeadas por la punta y casi tan largas como la cabeza. Los bigotes son estremadamente poblados y largos, como que hay pelos en ellos cuya longitud es como tres veces la de la cabeza: muchos de ellos son negros y otros blancos. En la mano tiene cuatro dedos pequeños con un asomo de dedo pulgar; en la pata otros cuatro, tres de los cuales son muy largos, el de en medio aun mas que los latera-

les, y el cuarto muy corto y colocado hacia atrás. Todos los dedos están armados de uñitas cortas y casi ocultas entre mechones de pelo áspero. La cola es casi tan larga como la mitad del cuerpo, toda del mismo grueso, y cubierta de pelo largo y poblado. Generalmente tiene el pelo del lomo crespo y erizado, y no tendido como las ardillas.

La postura mas frecuente de este animalillo es la de estar sentado, aunque tambien suele enderezarse sobre las patas. Come sentado, llevándose con las manos á la boca el alimento, que consiste principalmente en yerbas secas, tales como trébol y mielga, de que se manifiesta muy goloso. Molina aseguró que las Chinchillas vivían en sociedad, sobre lo cual es menester, por lo menos, suspender el juicio, atendiendo á las observaciones hechas en Bretonstreet, en donde por poco se matan dos Chinchillas que se habían encerrado en una misma jaula, y fue preciso separarlas al instante.

Cada familia de Chinchillas consta por lo regular de ocho á diez individuos, aunque á veces suelen ser mas numerosas todavia. Nunca abandonan las madrigueras en que han nacido, porque son naturalmente sedentarias, á no ser que á ello les obligue algun accidente irreparable ó el exceso de poblacion: así es que rara vez se las encuentra á mas de veinte pasos de su habitacion, y eso despues de puesto el sol, y de haberse asegurado de que

todo está tranquilo. Sin embargo de esta prudencia, y de tan cuidadosas precauciones para evitar todo peligro, no carecen absolutamente de valor, porque algunos viajeros han oido de boca de los indios que las Chinchillas se defienden con bastante energía contra los didelfos (4), las viveras y otros animalejos carnívoros que son sus enemigos naturales. Sus gritos son variados: agudos cuando quieren espresar el temor, y otras veces semejantes á un gruñido sordo. La Chinchilla se alimenta de plantas bulbosas, que abundan en aquel país, y produce tres veces al año de cinco á seis hijuelos: es de genio tan dulce y de tal docilidad, que se la coge con la mano sin que trate de escaparse, antes bien gusta mucho de que la hagan caricias, y cuando se la coloca uno sobre los muslos se queda allí quieta como si estuviese en su propia madriguera; extraordinaria mansedumbre nacida tal vez de su escensiva pusilanimidad. Como son tan aseadas no hay miedo de que ensucien la ropa del que las toma en brazos, ni que deje mal olor alguno, porque no arroja hedor como otros animales. Por esta razon si se las tuviera en las casas no darian incomodidad ninguna, y el poco gasto que hicieran quedaría ámpliamente recompensado con el producto de las pieles. Los antiguos peruleros, que eran mas industriosos que los modernos, hacían con el pelo de la Chinchilla mantas ó colchas excelentes, y telas de mucho precio.



Lo dicho hasta aquí acerca de este interesante animalillo, y la viñeta en que representamos su figura, basta á nuestro parecer para que nuestras elegantes tengan algun conocimiento de su organizacion, y no sean tan

indiferentes á la Chinchilla que contribuye con sus pieles á engalanarlas y embellecerlas.

(1) Del didelfo, sariga, vulpeja ó semi-vulpeja hembras hablado en el n. 42 del Semanario.



Cuadro de Don Genaro Villamil.

Exposicion de Pinturas.

(Continuacion.)

Lo dicho (en nuestro núm. 81) acerca del retrato de Don Martin Fernandez de Navarrete, basta sin hablar de otro retrato de señora presentado por el mismo autor, para pagar el justo tributo de admiracion á un artista como el Sr. Lopez, que en su larga carrera ha sabido cimentarse una gloriosa reputacion. Dejemos para mas escrupulosos críticos, ó para plumas mas autorizadas el acusarle de que no siempre el colorido corresponde á la gran correccion del dibujo, y volvamos los ojos á las obras de los pintores de la época, de esos jóvenes que emprendiendo ahora el camino de la inmortalidad tienen mas interés en que juzgue el público de los adelantos que hacen desde una hasta otra exposicion.

Don Genaro Villamil, ya conocido entre los inteligentes y aficionados á la pintura, es uno de los primeros que fijarán nuestra atencion con su cuadro que representa la Catedral de Oviedo en el siglo XVI, en el acto de la procesion del Córpus. Hemos oído admirar generalmente la exactitud en los complicados detalles de aquella arquitectura gótica, y la gracia con que estan tocadas y agrupadas el sinnúmero de figuritas de este cuadro, las cuales se hallan vestidas con notable propiedad. El mercado árabe del mismo Villamil ha merecido tambien mucha aceptacion, siendo estas dos obritas las que se han preferido entre las seis que ha presentado el mismo autor. De muy buena gana hubiéramos ofrecido á nuestros lectores copias de todas ellas, pero el temor

de hacer desaparecer completamente su mérito al reducir tanto sus proporciones, nos ha obligado á contentarnos con la de la vacada, que damos en el grabado puesto á la cabeza de este artículo, suficiente apenas para hacer formar una remota idea del estilo del Sr. Villamil en este género. El celaje de este pais ha parecido mejor que otros del mismo pincel, á quien se tacha de dejarse llevar en este punto mas de las propias inspiraciones que de la observacion de la naturaleza, y el estar los términos perfectamente marcados desde el primero hasta la lontananza por una acertada gradacion de tintas, presenta un ambiente muy natural, y realza el vigoroso colorido de las reses.

No ha sido este el único cuadro de su género presentado en esta exposicion, pues justamente el Sr. Elbo ha presentado una vista de la Muñoza, con otra torada, que manifiesta bien la diferencia del estilo entre ambos pintores. El colorido del último no es á nuestro parecer el verdadero, pero en cambio, no ha faltado persona inteligente que nos ha encomiado el dibujo estudiado y correcto, y hecho notar los adelantos de este joven artista. Un cuadro del mismo autor, de los que llaman de familia, ha fijado tambien nuestra atencion por el estudio del efecto de luz.

Un cuadro del Sr. Gutierrez representando á la Caridad ha sido mas celebrado por el pensamiento ó idealismo de la invencion y composicion, que por su dibujo y colo-

rído: muchos han creído que el artista ha descuidado este punto por su principal deseo de imitar á los buenos pintores de la escuela sevillana.

Don Federico Madrazo ha añadido nuevos lauros á los ya adquiridos, presentando varios retratos que han arrebatado la atención del espectador por su completa semejanza y extraordinaria brillantez. De esta última circunstancia toman algunos ocasión para mostrarse severos con el Sr. Madrazo, y preguntan ¿si no es demasiado ese, por llamarle así, *romanticismo* de su paleta? ¿Si es oportuno dar á todos los objetos, aun los mas toscos, esa transparencia, ese brillo nacarado tan ageno de la naturaleza? Nosotros sin responder á estas preguntas, nos confesamos seducidos por ese defecto, y nos inclinamos á creer que es de los mas perdonables. El temor de alargar demasiado este artículo nos impide detenernos á elogiar menudamente las obras de este jóven pintor: ni sabemos si dar la preferencia á la naturalidad en la actitud, y al primor de los detalles en el retrato de la Señora marquesa de Villagarcía; á las tintas de las carnes y buen dibujo del de la Señorita Virginia Eaton, representada en gracioso ademán de prepararse á tocar el arpa; á la semejanza en fin del de Don Juan Nicasio Gallego, cuyo colorido no aprobamos por parecernos un tanto desentonado y muy diverso del original.

Aquí es el lugar de hablar de unos cuadritos presentados por Don José Abrial, acreditado dibujante. Muchas son las obras suyas que al óleo y litografiadas ha visto ya el público, y es por tanto escusado repetir que es uno de nuestros mas aventajados paisagistas y perspectivistas: de consiguiente no es extraño que hayan gustado las cuatro pequeñas vistas tomadas del natural, que ha presentado, y el cuadro de mayor tamaño de invención y composición suya. Injusta es la crítica que de este último hemos leído en la Gaceta, porque además de no haber inconveniente alguno en que un pintor traslade alguna vez al lienzo los conceptos de su imaginación, el cuadro de que tratamos ha sido, por decirlo así, de circunstancias, como pintado por el Sr. Abrial para ser recibido de Académico de mérito, con sujeción al programa ó proposición concebida en estos materiales términos: "*Representar desde un jardín la escalera que conduce á una galería.*" Era, pues, forzoso que hubiese galería, escalera y jardín, y cuando estos objetos se han pintado en el breve espacio de tiempo concedido á la prueba, con la grandiosidad, belleza, y perfecto conocimiento de la arquitectura y perspectiva que el autor ha desplegado en esta ocasión, no solo se ha merecido, en nuestro sentir, el título de académico de mérito, sino los elogios de los inteligentes.

(Se concluirá.)

VENTAJAS DE LA ADVERSIDAD.

CUENTO MORAL.

A la edad de 21 años, el jóven, alegre y voluptuoso conde de Glenthom entró en posesión de los vastos estados de su familia, época que esperó con impaciencia durante el tiempo de su menor edad; pero la realización de sus esperanzas y proyectos no fue suficiente á liberarle de la enfermedad á que están sujetos los que poseen

cuanto hay que desear en la tierra, que no tienen en que ocuparse y nada que temer ó que esperar, cuyo menor deseo es satisfecho apenas indicado, y cualquier mandato obedecido en el acto de expresarlo. Esta enfermedad es el *fastidio*.

Tuvo el conde la desgracia de caer cuando niño en manos de un ayo ignorante y adulador que satisfacía todos sus caprichos sin negarle cosa alguna por extravagante que fuese de cuanto la riqueza podía obtener, y el resultado, aun menos funesto del que debía esperarse de tan viciosa educación, fue que el jóven conde experimentase en los primeros años de su vida cierta indiferencia á cuanto le rodeaba, una vaciedad opresiva de imaginación, y la falta de objeto que le hiciese desear la existencia. El movimiento y escitación que le ocasionó su acceso á la absoluta posesión y manejo de su inmensa fortuna, le distrajo por algún tiempo de la apatía y languidez que le consumía aun en medio de los goces mas opulentos. Este efecto fue sin embargo de corta duración. Apenas cesó la novedad de su situación, cuando el genio del fastidio se apoderó nuevamente de su víctima, haciendo al conde mas infeliz que nunca. En vano recurria á todos los expedientes de que se valen la moda y la locura para libertarse del peso del tiempo. Se asoció con libertinos, y en su compañía se entregó á todo género de excesos, y entre otros el juego en el que perdió sumas tan considerables que á pesar de su extraordinaria opulencia se vió luego en apuros pecuniarios que le obligaron á pensar en reparar su fortuna por medio de un casamiento ventajoso. Consiguio su fin casándose con una jóven muy rica, mas como el dinero fue el objeto del uno y un título el de la otra, se hicieron ambos desgraciados, y por fin tuvo esta union el resultado que debía esperarse. La condesa de Glenthom poco despues de su casamiento se escapó con un cierto capitán Crorrley, especie de *factotum* del conde, y uno de esos pegotes que se hallan por lo comun en las casas de los grandes. A medida que ocurrían estos incidentes, salía el desgraciado conde del letargo habitual que hacia miserable su existencia, pero muy en breve volvía á sumirse en él en cuanto cesaba la escitación producida por ellos.

Cansado al fin no solo del sistema de vida apático que seguía y de sus compañeros en el desorden, sino de Inglaterra misma, resolvió el conde visitar sus estados de Irlanda de donde tomaba el título, esperando que la vista de nuevos objetos le libertase del fastidio que le oprimía. Con estas miras partió inmediatamente para Irlanda dejando cerrada su magnífica mansion de Londres, posesión antigua de su familia, donde hasta entonces habia residido.

Cuando llegó al castillo de Glenthom por la primera vez despues que lo dejó en la infancia, ninguna, entre todas las personas que salieron á recibirle y felicitarle, se mostraba mas presurosa y entusiasta que su nodriza Eleonor, mujer pobre pero decente á cuyo cargo habia sido confiado el conde cuando niño, con el fin, decia su padre, de que se criase robusto, para lo cual permaneció el niño en la cabaña de su nodriza hasta la edad de dos años, á cuyo tiempo lo llevaron á Londres. Esta mujer afectuosa al ver al conde rompió por medio de la multitud de criados y colonos que se habian reunido á celebrar su regreso, y acercándose á él exclamó en éstasis: "El es!.... y volviéndose repentinamente á los circunstantes añadió: "Ya le he visto restituido á la mansion de sus mayores, y aunque el cielo me quitéra la vida en este momento moriría contenta!...."

"Mi buena Eleonor" dijo el conde enternecido, "espero que vivireis muchos años, y si yo puedo contribuir...."

“Y él mismo me habla con tanta bondad delante de todos!” interrumpió Eleonor “Ah! esto es demasiado, si, demasiado!” Prorumpió en llanto, y cubriendo el rostro con sus manos se salió del salon. El conde que era realmente un hombre generoso y benéfico á pesar de la vida disipada que habia tenido y la aparente abyeccion de su carácter, resultados ambos mas bien de las circunstancias que de su disposicion natural, se dedicó entonces á mejorar la suerte de sus colonos desempeñando los cargos de un amo benévolo de quien dependen la felicidad y bienestar de algunos centenares de personas, pues sus estados eran de vasta estencion. En el desempeño de estos laudables deberes empezó luego el conde á tomar un vivo interes que le alivió de su antigua enfermedad, el fastidio, y le restituyó á sí mismo.

Al dispensar sus favores, lo que hizo con pródiga mano, no olvidó el conde á su afectuosa nodriza Eleonor. La proporcionó una bonita casa de campo provista de todo cuanto podia contribuir á su comodidad y bienestar. Pero de todas las ventajas que esta buena mujer en su nueva situacion disfrutaba, á ninguna daba ella tanto valor como al privilegio de encender por las mañanas la chimenea del conde, un deber que insistía en querer desempeñar, y que habia ella misma indicado como lo que mas podia satisfacer su ambicion cuando aquel la preguntó lo que deseaba hiciese por ella.

Una mañana, mucho tiempo despues de la llegada del conde á Glenthom, entró Eleonor en el cuarto de este como para encender el fuego segun su costumbre, pero mucho mas temprano de lo que comunmente solia ir. El conde sorprendido de esta circunstancia, dando una vuelta en la cama la preguntó, “Eleonor eres tú?... Como tan temprano?”

“Callad, callad, dijo ella cerrando la puerta con gran precaucion; acercándose luego con tiento á la cama del conde, añadió: “Por el amor de Dios hablad quedo y no hagais ruido, no sea que despierten los que duermen cerca de vos.” Eleonor cuyas miradas indicaban el terror y alarma, despues de registrar el cuarto para convencerse de que nadie habia escondido en él, procedió á informarle de que se habia fraguado una conspiracion entre un bando de rebeldes (el pais se hallaba á la sazón agitado por el espíritu de insurreccion) para arrebatarle aquella misma tarde mientras daba su acostumbrado paseo á la orilla del mar, obligándole á capitanearlos ó darle la muerte en el caso de que se negase á ello. Todo esto dijo Eleonor lo sabia por su hijo Cristian, joven de oficio herrero, y que frecuentaba mucho el castillo. Cristian habia descubierto la conspiracion permaneciendo oculto por una noche entera en un sótano donde los rebeldes solian reunirse á discutir sus proyectos, y se habia apresurado á transmitir esta noticia al conde á quien queria mucho, no solo por las bondades que le habia este dispensado directamente, si tambien por su generosidad para con su madre.

“Atrevido anduviste, Cristian,” le dijo el conde en una entrevista que tuvo con él, “en arriesgarte á permanecer con aquellos malvados en el mismo sitio. Si te hubieran descubierto, hubieras sido infaliblemente asesinado.”

“Cierto,” respondió Cristian, “pero el hombre ha de morir de un modo ú otro, y ¿cómo pudiera yo morir mejor? Bueno fuera por cierto que me hubiera estado quieto dejando que os asesinasen! No, no; Cristian no haria eso jamas.”

Conocido el designio de los rebeldes, envió el conde por su apoderado general hombre muy sagaz, de buen sentido é integridad, y juntos concertaron el plan que debian seguir para desbaratar sus intentos. Determi-

naron valerse de una cuadrilla de agentes de policia disfrazados, que secretamente se introdujesen en el sótano y sorprendiesen á los conspiradores en medio de sus deliberaciones. Bien combinados los pormenores de este plan, que necesariamente habian de ser muchos y complicados, tuvo la empresa un éxito feliz. Aquella misma noche cayeron prisioneros todos los rebeldes, y despues de desarmados se les confinó en el mismo sótano, donde bajo una fuerte custodia debian permanecer hasta que pudiesen ser conducidos al dia siguiente á la carcel pública.

En la mañana que siguió á este acontecimiento entró Eleonor azorada en el cuarto del conde, cuando este se disponia á bajar á almorzar, “¿Qué ocurre ahora, Eleonor? Que nuevas desgracias nos amenazan?” exclamó el conde al ver la consternacion pintada en su semblante.

“Oh! la peor que podia sucederme,” interrumpió ella retorciéndose sus manos; “la peor, la peor; causar yo la muerte de mi propio hijo!” Exclamó con indecible horror, “Ah! salvadle, salvadle; por amor del cielo salvadle! sino lo haceis, habré yo misma causado su muerte!” Era tal su agonía que no pudo explicarse por algunos instantes.

“Yo los delaté á todos,” prosiguió; “pero ¿quién hubiera pensado que Cristian estuviese entre ellos? mi hijo, mi propio hijo, pobre criatura! Eleonor procedió entonces á explicar en términos mas esplicitos, que su hijo se hallaba entre los prisioneros segun la habia informado uno de los que los custodiaban. Imploró en seguida del conde que proporcionase la libertad de aquel jóven. “Ah no podeis rehusar esto á vuestra anciana nodriza que os llevó en sus brazos, os alimentó con su leche, y veló sobre vos mas de una larga noche.”

“Lo sé, y soy agradecido,” interrumpió el conde, “pero lo que me pedis, Eleonor, es imposible: no me es dado ponerle en libertad, pero haré cuanto pueda; si le dejo escapar en este momento perderia yo mi reputacion y mi honor. Ya sabes que he sido acusado ya de favorecer á los rebeldes. Es pues imposible, mi buena Eleonor,” añadió, no me estreches mas, pideme cualquier otra cosa, y será concedida, pero esto es imposible.”

“Pues bien,” interrumpió Eleonor con la energía de la desesperacion “sabed que es vuestra madre la que os ha suplicado de rodillas, y cuyos ruegos habeis despreciado.”

Mi madre! Exclamó el conde asombrado, y cual era su peticion?... “El que salves la vida de tu hermano!”....

Mi hermano! Que oigo? Es imposible....

Has oido la verdad; soy tu madre legitima: Sí, eres mi hijo. Has arrancado de mi pecho el secreto que pensé llevar conmigo al sepulcro: ahora lo sabes todo, y sabes cuan culpable he sido; pero todo fué por tí: por tí que ahora me niegas lo único que te he pedido. Y pues ya he comenzado, debo tambien decirte que Cristian, el pobre Cristian que trabajaba sujeto á una fragua, que vive y ha vivido hasta ahora con patatas y sal, que tiene las manos y rostro tan cubiertos de humo y hollin, Cristian, repito, es el verdadero conde de Glenthom, y voy en este instante á reclamar se le devuelva lo que de derecho le pertenece.

Dicho esto desapareció Eleonor, pero un momento despues volvió y hallando al conde que salia de su habitacion, exclamó: “fué todo equivocacion, sí, Cristian no se halla entre los prisioneros, los he examinado á todos uno por uno y mi hijo no estaba allí: os pido pues perdon:” acercándose luego al oido del conde añadió “perdonad cuanto dije en mi cólera; no volveré á decir una

sola palabra á persona viviente: el secreto morirá conmigo."

Vinieron en este instante á avisar al conde para que presidiese al interrogatorio de los prisioneros que iba á tener lugar antes de conducirlos á la cárcel pública: pero concluido este acto, se apresuró á tener otra conferencia con Eleonor, deseoso de saber los pormenores relativos á la extraordinaria confesion que le habia hecho. Manifestó ella detenidamente en esta entrevista todos los medios y expedientes de que se habia valido para sustituir al hijo del conde de Glenthom el suyo propio. Habiéndose convencido de la verdad de cuanto Eleonor acababa de decirle por evidencias irrefragables que él con toda precaucion y secreto procuró adquirir, formó la noble resolucion de devolver cuanto poseia á su verdadero dueño, y á este fin envió á buscar á Cristian.

"El herrero está abajo, señor," dijo un criado anunciando la llegada de Cristian.

"Hacedle subir:" subió hasta la antesala.

"Aquí está el herrero, señor,"

"Decidle que entre: ¿qué le detiene?"

"Mis zuecos, señor, temo pisar con ellos la alfombra:" diciendo esto entró Cristian, pisando con precaucion y sorprendido de hallarse en un fastuoso gabinete.

"¿No has entrado en este cuarto antes de ahora, Cristian? Dijo el conde. "Nunca, señor, excepto el dia que compuse el pestillo de la puerta."

"Es un hermoso gabinete: no es así, Cristian?"

"Por cierto que sí; el mas hermoso que he visto en mi vida."

"Te gustaria tener un cuarto como este? Y qué dirias si fueses el dueño de este gran castillo?"

"Pobre figura haria yo en él por cierto: prefiero estar en la fragua; pero, señor, continuó Cristian tomando un tono mas serio, supongo que uno de vuestros caballos que herré ayer, no coge: no es así? Dígolo, porque pensaba yo si seria esta la razon porque me enviabais á llamar tan de prisa."

"El caballo está muy bien herrado supongo, replicó el conde, pero volviendo á lo que deciamos: no cambiarías gustoso de posicion conmigo si pudieras?"

"En vuestra posicion? No señor, no quisiera, y esta es la verdad, dijo Cristian con decision: no es mi ánimo ofenderos; pues vos me mandais hablar con sinceridad: nunca me creí mas de lo que soy; esto no es decir que si hubiese de cambiar con alguno, no me envanebiese de cambiar con vos, pues en caso de ser caballero, quisiera serlo legitimo y bien nacido."

"Pues bien, Cristian," interrumpió el conde, eres lo que deseas ser."

"Ah! Ah! Exclamó Cristian riendo y rascándose la cabeza: vos quereis divertirlos conmigo, como lo han hecho otros diciéndome que de mi apellido hubo en lo antiguo un rey de Irlanda, pero jamás he pensado en semejante cosa."

"No me entiendes, interrumpió el conde: no se trata aquí de los reyes de Irlanda: lo que te digo es que has nacido noble, Cristian; no me chanco: escúchame."

"Bien, ya os escucho, aunque veo que os estais divirtiendo á mi costa: tambien sé yo admitir una chanza como otro cualquiera."

"Repito que esto no es una chanza, dijo el conde, y procedió á manifestar al atónito herrero todas las circunstancias del extraordinario suceso en que estaba tan intimamente interesado.

"Pues, señor, lo que hay que hacer," dijo el herrero despues que á duras penas pudo resolverse á creer lo que acababa de oír, "es no decir nada á nadie; quedémos como estamos, y no se vuelva ya á hablar una sola pa-

labra sobre el asunto: no hay necesidad de que los demas se enteren: así pues quedáos con Dios; que yo me voy á mi fragua."

Sin embargo el conde que habia resuelto consumir el noble sacrificio que meditaba, no quiso en manera alguna consentir en esta determinacion: antes bien insistió en que Cristian se tomase un mes para considerarlo, al cabo de cuyo tiempo debia comunicarle su resolucion definitiva. Al espirar el término señalado, se presentó Cristian al conde. Y bien Cristian, dijo este, quereis ser conde de Glenthom? Estoy seguro de que ahora os alegráis que no os haya cogido por la palabra, sino que os diere un mes para considerarlo."

"Siempre fuistes considerado; pero si yo ahora me siento inclinado á mudar de parecer, añadió Cristian con timidez, no es ciertamente por mí, sino por mi hijo Juanillo."

"Buen amigo," replicó el conde, "no necesitais disculpa; seria yo muy injusto si me ofendiera de vuestra decision, y muy bajo si despues de la declaracion que os he hecho titubease por un solo instante en restituiros los bienes que teneis derecho á reclamar."

El primer cuidado del honrado Cristian fué el señalar una fuerte pension á su hermano de leche para cuando renunciase el titulo y estados de Glenthom, pero todo lo que este último quiso aceptar, á pesar de las estrechas sollicitaciones de su presunto sucesor, fueron 500 libras anuales para el (unos 30,000 rs.) además de la siguiente estipulacion: á saber, que la pension que generosamente habia señalado á la condesa de Glenthom al obtener el divorcio habia de ser continuada; que la casa que habia mandado construir para Eleonor y las tierras anexas á ella habian de asignarle en propiedad vitalicia, libre de renta, y que sus deudas (del conde) habian de ser pagadas. Hecho este convenio con gran mortificacion de Cristian que insistia en que por lo menos convirtiese el conde los cientos en miles, y que aceptase la mansion de Londres para su residencia, renunció este en debida forma todos sus derechos á los estados de Glenthom, é inmediatamente partió para Dublin á poner en ejecucion un plan que habia concebido. Era este plan el dedicarse al estudio de las leyes para ponerse en estado de adoptar esta carrera como medio de subsistencia. Llegado á Dublin, el hombre que habia vivido toda su vida en palacios, rodeado de todos los gozes que puede proporcionar la opulencia, se alojó en la modesta habitacion de una pobre viuda, á quien le habian recomendado, y allí se vió pronto envuelto en todos los pequeños cuidados que son consiguientes á la escasez de fortuna.

Este cambio extraordinario y el notable contraste que ofrecia con su primitivo esplendor, redujeron por algun tiempo al Sr. Donogoe (pues ahora habia tomado su verdadero nombre), á un estado de melancolia habitual. Pero este abatimiento fue de muy corta duracion. Habia un fondo de energia en su carácter, una fuerza de espíritu que él mismo desconocia, y que la adversidad puso entonces en accion. Se hizo superior á las circunstancias en vez de sucumbir á ellas, y se dedicó con ardor á adquirir un profundo conocimiento de la profesion que habia adoptado, y con la cual esperaba proporcionarse una subsistencia desahogada. (Se concluirá.)

LA INSTRUCCION.

Cuando un muchacho ha adquirido los primeros elementos de la instruccion, se ha posesionado de las má-

quinas é instrumentos mas útiles del mundo; ha conseguido los medios de ejecutar con estremada facilidad, lo que sin ellos requiere un inmenso trabajo, y ahorra tiempo que útilmente empleado engrandecerá su espíritu mejorando su condicion. Lo mismo sucede con todos los instrumentos y máquinas destinadas á disminuir el trabajo corporal. Nos suministran el modo de ejecutar con facilidad aquello mismo que sin su ayuda no podríamos hacer sino á costa de gran fatiga. Ponen en accion una gran masa de fuerza que uniéndose al poder mental, produce hábiles artífices en toda clase de manufacturas. Pero aun hacen mas; disminuyen los padecimientos del hombre, mejoran su salud, prolongan el término de su vida, hacen menos penoso toda clase de trabajo, y por todos estos medios elevan al hombre en la escala de su existencia.

El actual Bajá de Egipto, por uno de aquellos caprichos que está en la naturaleza de los tiranos el concebir, mandó hace pocos años que toda la poblacion masculina de un distrito se ocupase en limpiar un canal antiguo, lleno á la sazón de lodo y cieno. Los infelices no tenían instrumentos, y el Bajá no pensó en proporcionárselos, pero sin embargo la obra habia de hacerse. Los trabajadores en número de 50,000 tenían que meterse en el cieno hasta la cintura, y sacarlo con sus propias manos sin otro auxilio. Se les alimentaba, es cierto, durante la operacion, pero la calidad de este alimento era proporcionada á lo poco lucrativo de su trabajo: se componia de habas y agua. En el término de un año mas de 30,000 de estos desgraciados perecieron. Si el bajá en vez de emplear cincuenta mil hombres hubiera tenido los medios de aplicar máquinas de vapor para desaguar el canal y sacar el cieno: si hubiese puesto en accion á lo menos la bomba comun llamada rosca de Arquimedes, inventada por este sabio para el idéntico objeto de desaguar pantanos en Egipto: si los operarios hubieran tenido siquiera cubos y palas en vez de degradarse á trabajar como las bestias sin mas auxilio que el de sus propias manos, la obra pudiera haberse hecho con un dispendio cincuenta veces menor aun que el coste mismo del miserable alimento que se les daba, y las sumas ahorradas por este medio pudieron dedicarse á dar ocupacion útil á los miles de individuos que perecieron en la miseria y degradacion de su poco provechosa tarea.

Se dirá que esto no puede sucedernos á nosotros por que estamos mas civilizados, y no puede obligarnos un bajá á perecer metidos en el cieno y el lodo hasta la cintura por solo un escaso y grosero alimento: es muy cierto: pero decidme ¿á qué debemos la civilizacion? Á la instruccion. La instruccion que ha estimulado á los hombres pensadores á aumentar el trabajo provechoso de la nacion multiplicando asi las comodidades de cada individuo; y ¿nos contentaremos con lo que hemos conseguido? ¿Diremos acaso que aunque deseosos de disfrutar las ventajas que nos reporta el saber, proporcionándonos buen alimento, abundante combustible y agua, baratura en el vestir, comodidad en las habitaciones, auxilio en la ciencia médica, y otras mil, habremos de contentarnos con lo que tenemos sin procurar aun aumentar nuestros goces? ¿Dejaremos perder las semillas de la instruccion para volver al estado de barbarismo é ignorancia en que algun tiempo estuvimos sumidos? No hay que dudarlo, si en vez de caminar progresivamente á las mejoras, damos un solo paso atras, la marcha hácia la ignorancia será muy rápida: entonces la opresion, la miseria y la desgracia serán la recompensa de semejante imprudencia. Aun está la España muy lejos de rivalizar ni aun igualar en el cultivo de las artes y las ciencias á sus vecinas la Francia y la Inglaterra. La mecánica aplicada á las artes, una de las principales bases de la riqueza de todo país, es aun en

el nuestro una mina por explotar. A la mecánica debe la Inglaterra, país mucho menos favorecido que España por la naturaleza, la estension colosal de su industria y comercio que la constituyen la nacion mas feliz é influente del mundo. Las máquinas compiten y aun superan al trabajo del hombre, acumulando en un corto espacio una masa considerable de fuerza, y ellas son el testimonio mas auténtico de la superioridad del ser racional sobre todo lo creado. Si otros países, pues, con menos ventajas naturales han demostrado palpablemente la verdad de esta asercion, nosotros con mas recursos ¿dejaremos de aprovecharnos de este ejemplo? Nos complacemos en creer que no: pero para llegar al grado de prosperidad á que debemos aspirar, volvemos á repetirlo es indispensable la *instruccion*. Sin ella nos será imposible apreciar las ventajas que proporciona el uso de máquinas y útiles que no conocemos. Mientras la generalidad del pueblo carezca de los rudimentos del saber, serán vanas cuantas tentativas se hagan para introducir y establecer en nuestro país mejoras que han sido en otros el fruto de continuas tareas y profundas meditaciones: ¿para quien se han hecho estas mejoras? Para el número comparativamente corto de alumnos que concurren á una cátedra, ó para el bienestar general del pueblo? La respuesta no es dudosa: pues comiencese por instruir á este y hacerle palpar las ventajas que de ellas van á resultarle. Es mucho mas fácil hallar entre una masa instruida un cierto número de genios privilegiados que profundicen y desenvuelvan los principios de las ciencias en beneficio del procomunal, que instruir estas mismas masas. Es necesario ponerlas en el caso de proporcionarse por sí mismas el bienestar apetecido: es un error el creer que el gobierno debe hacerlo todo. Al gobierno en ciertos casos le es dado solo auxiliar, y en otros lo mejor que puede hacer es no hacer nada; pero es preciso no equivocarnos; si bien es cierto que en algunos casos el gobierno debe solo auxiliar indirectamente, es indispensable sin embargo que los primeros pasos en la marcha regenerativa sean guiados por él, especialmente en aquellos países en que, como en España, es tan poco conocido el espíritu de asociaciones particulares. Si en la actualidad retirase el gobierno su proteccion, ó por mejor decir, dejase de promover activamente el importantísimo ramo de instruccion primaria, el pueblo sin duda alguna permanecería en la ignorancia; pero despues que se haya uniformado un sistema conocidamente ventajoso; despues que las grandes masas empiencen á sentir su benéfica influencia; la máquina marchará por sí sola, y podrá entonces el gobierno recoger el fruto de sus patrióticos y utilísimos desvelos en esta parte: ojalá llegue en breve tan ansiado momento!

A. V.

LA VENGANZA GENEROSA.

En tiempo de la república de Génova, y cuando esta se hallaba dividida por los partidos del pueblo y de la nobleza, *Uberto*, hombre de un origen obscuro, pero al mismo tiempo de sentimientos elevados y generosos y de mucha disposicion, enriquecido por el comercio y apreciado por su conducta, obtuvo ser nombrado gefe del partido popular, sosteniendo bastante tiempo el gobierno democrático.

Los nobles, cuya aristocracia se hallaba abatida, unieron todos sus esfuerzos con el objeto de trastornar el estado de cosas existente, lo que finalmente consiguió-

ron, volviendo á adquirir aquella autoridad que habian perdido. Usaron estos de gran rigor con los vencidos y en particular con Uberto, á quien pusieron preso, declararonle traidor y condenaron á destierro perpétuo con confiscacion general de todos sus bienes, en cuya sentencia se vanagloriaban los jueces de haber usado toda la benignidad posible. Adorno, primer juez entonces de la república, de un carácter altanero, muy orgulloso de su alcurnia y antigua nobleza, aunque en alguna ocasion habia mostrado que tenia sentimientos generosos, agravó la severidad de la sentencia por los términos insultantes en que se la comunicó á Uberto. "Tú", le dijo, "Tú, hijo de un vil artesano, que has tenido la osadía de humillar á los nobles, tú, por la clemencia de estos mismos nobles, eres condenado únicamente á volver á la nada de donde has salido."

Uberto recibió la sentencia con la sumision respetuosa de un alma grande, pero herido del modo insultante de comunicársela, no pudo menos de decir á Adorno: "Quizá llegará un día en que tengais motivo de arrepentimientos del lenguaje que habeis usado con una persona que abriga en su pecho sentimientos tan nobles y generosos como vos mismo." En seguida se retiró; y despues de despedirse de sus amigos se embarcó en un buque destinado á Nápoles, dejando, segun creia, para siempre su pais natal sin derramar una sola lágrima.

Reunió algunas cantidades que le debian en los dominios napolitanos, y con este único resto de su antigua riqueza se estableció en una isla del archipiélago que pertenecía á los venecianos. Sus conocimientos mercantiles, unidos á su industria y actividad suma, le hicieron bien pronto dueño de un capital superior al que poseía en su estado mas próspero en Génova; y el crédito que consiguió con su buena fé, puntualidad en sus pagas, y su generosidad natural escudía aun á su fortuna.

Con motivo de su comercio visitaba varias plazas mercantiles, y entre otras frecuentaba mucho á Tunez, entonces en relaciones amistosas con Venecia, si bien enemiga declarada y en guerra abierta con los demas estados italianos, y mas particularmente con Génova. Estando una vez en esta plaza, fue á visitar á uno de los primeros personajes de allí á su casa de campo, donde encontró á un jóven cristiano trabajando cargado de hierros, que llamó mucho su atencion. El esclavo parecia no poder sobrellevar un trabajo á que su constitucion delicada no estaba acostumbrado, y mientras descansaba un instante sobre el instrumento con que trabajaba, arrojó un profundo suspiro, derramando copiosas lágrimas al mismo tiempo. Uberto, movido de una compasion tierna y generosa, se acercó á él y le habló en italiano. No es fácil explicar la sensacion tan grande que experimentó el jóven al oir su mismo idioma, y como fuera de sí contestó precipitadamente que era genovés. "Y como os llamais," le dijo Uberto, añadiendo: "no temais confiarme vuestro nacimiento y circunstancias: pues me intereso en vuestra suerte."

"¡Ay!" exclamó el esclavo, "no creo que sea de ninguna utilidad el ocultar mi nombre y familia, pues los que me han hecho prisionero saben bien quien soy para pedir por mi rescate una suma considerable. Mi padre es una de las personas principales de Génova: su nombre es Adorno, y yo soy su único hijo." ¡Adorno!! Uberto se contuvo y no dijo mas, pero consigo mismo exclamó. "Gracias te doy, ó divina providencia, por haberme presentado esta ocasion de mí tan deseada, de vengarme con la generosidad propia de mi carácter y sentimientos."

Se despidió del jóven para ir á buscar al corsario que habia cautivado al esclavo italiano, y reclamaba la propiedad de él, y le preguntó que precio queria por su

rescate. Este le contestó que era considerado como un cautivo de gran valor, y que no admitiria menos de dos mil y quinientos duros por su libertad. Uberto pagó dicha suma al momento; hizo que un criado suyo le acompañase llevando un caballo y un vestido completo muy bueno, y volvió en busca del jóven, que seguia trabajando como cuando le dejó, para comunicarle tan agradable nueva. El mismo le quitó los hierros que le sujetaban, le ayudó á cambiar de trage y á montar á caballo. Todo parecia un sueño al hijo de Adorno, y la vehemente emocion que sentia le enagenó en tales términos que apenas pudo manifestar su agradecimiento á su generoso libertador. Sin embargo, pronto se convenció de la realidad de su fortuna participando de la mesa y habitacion de Uberto.

Los negocios mercantiles obligaron á este á permanecer aun algunos dias en Tunez, pero concluidos estos volvió á su casa acompañado del jóven Adorno, quien se habia grangeado el afecto de su libertador con su cariño y fina atencion. Uberto le tuvo unos dias consigo, tratándole con tanta consideracion y cariño como pudiera haber usado con el hijo de su mejor amigo. Pero habiéndose presentado ocasion oportuna de enviarle á Génova, hizo que un criado fiel le acompañase; le proporcionó cuantas comodidades pudiera apetecer; le puso una bolsa llena de oro en una mano y una carta cerrada en la otra, y le dijo:

"Fácil me sería, jóven apreciable, gozar de tu presencia en mi humilde casa reteniéndote en ella mas tiempo, pero considero tu impaciente deseo de volver á ver tu familia y amigos, y no ignoro que sería la mayor de las ingratitudes el privarles de este consuelo por mas tiempo que el absolutamente preciso. Admite esta bolsa para sufragar los gastos de viage, y entrega esta carta á tu padre. El probablemente se acordará de mí, aunque tu eres muy jóven para que te acuerdes. Adios! yo no podré olvidarte, y espero que tu pensarás alguna vez en mí." Adorno le manifestó el reconocimiento propio de su corazon agradecido y afectuoso, y se separaron abrazándose y derramando mutuamente lágrimas.

El jóven tuvo un viage muy favorable; y la alegría que experimentaron todos sus parientes y amigos con su presencia, es mas fácil concebirlo que expresarlo. Despues de saber que habia estado cautivo en Tunez (pues ninguna noticia habian tenido de él, y creian que el buque en que iba habia naufragado), "y ¿á quien, dijo el padre, á quien soy deudor del beneficio inestimable de volverte á mis brazos?" Esta carta, le dijo el hijo entregándole la que Uberto le entregó al despedirse, informará á V. de todo. La abrió en seguida, y leyó lo que sigue:

Aquel hijo de un vil artesano, que te anunció que llegaría un día en que te arrepintieses del escarnio é insulto con que le trataras, tiene la satisfaccion de ver cumplida su profecía. Porque debes saber, orgulloso noble; que el que ha libertado á tu hijo de la esclavitud es

EL DESTERRADO UBERTO.

Adorno dejó caer la carta y se cubrió la cara con las manos, en tanto que su hijo se deshacia en elogios de las virtudes de Uberto y del afecto verdaderamente paternal con que le habia tratado. Como no fuese posible corresponder á tanta generosidad, Adorno trató de reparar su falta en cuanto le fuese posible. Para esto intercedió tan poderosamente con los demas nobles que consiguió que se levantase el destierro á Uberto, dándole libertad de poder volver á Génova. Al comunicarle esta noticia Adorno le manifestó con la mayor sinceridad cuan grande era el be-

neficio que le debía; reconocía la verdadera nobleza de sus sentimientos, y le rogaba encarecidamente le concediese su amistad. Uberto volvió á su país, donde pasó lo restante de su vida en paz, apreciado y respetado de sus conciudadanos.

L. G.

Nápoles.

Si no fuera porque la fecha del diluvio universal es demasiado respetable para pasarla por alto, habian los napolitanos de colocar la fundacion de su querida ciudad en los primeros tiempos de la creacion. A falta de este arbitrio se la atribuyen á uno de los Argonautas, y si no parece bien, á la sirena Parthénopé cantada por Homero, y que vivia en tiempo del sitio de Troya; si esto se les niega nombran á Hércules, y despues á Eneas, y despues á Ulises: por último, solo así perdiendo sucesivamente posiciones, se van replegando de siglo en siglo hasta venir á consentir en que su ciudad tuvo origen en la época en que los griegos, no cabiendo dentro de su patria, fueron á fundar algunas colónias en Sicilia y en las costas meridionales de la Italia; y en verdad que este origen griego se confirma por las tradiciones históricas, y por sus nombres *Parthénopé*, *Nedpolis*. Sin embargo, hasta despues de invadida Italia por los cartagineses no empezó Nápoles á salir de su obscuridad. Tomó partido por los romanos, y los romanos vencedores la trataron con singular benevolencia. En tiempo de la república, y aun bajo los emperadores, fue una de las mas favorecidas entre las ciudades dependientes de Roma: su hermoso cielo y clima templado atrajeron una multitud de aquellos romanos tan ávidos de placeres y goces como espertos en el arte de procurárselos: y así los habitantes mas ricos de la capital de Italia trocaron las riberas del Tiber por las umbras del Posilipo. En el siglo en que se desplomó el imperio de occidente era Nápoles una de las ciudades mas fuertes y opulentas de Italia; pero de entonces acá, esa ciudad nacida para la calma, la dicha y la molicie, ha sido atormentada por guerras y revoluciones mas crueles acaso que cuantas han sufrido los demas pueblos de Europa.

Despues de los romanos le llegaron del norte nuevos dueños: Odoacre y los hérulos, Teodorico y los ostrogodos. Belisario la disputó á estos últimos, y la suerte de las armas la hizo pasar de mano en mano hasta que fue destruido el imperio de los godos: Nápoles pertenecía entonces á los emperadores de Oriente. Empezó luego el poder de los lombardos, y Nápoles fue conquista suya. Pero al mismo tiempo se formaba en el mediodia un nuevo pueblo invasor: los sarracenos se apoderaban de la Sicilia, y adquirian un lugar en la historia de Europa. La Campaña, el territorio y la ciudad de Nápoles fueron los puntos donde chocaron los bárbaros del mediodia con los del norte. Y no eran ellos los únicos competidores para tan bella presa, pues tambien aspiraban á ella por un lado los emperadores de Oriente y por otro los de Alemania que á título de sucesores de Carlo Magno tenían tambien pretensiones sobre la Italia. Cuatro potencias, independientemente de los tiranuelos de segundo orden que abortaba la anarquía, esparcian tambien, en el transcurso del siglo X, el estrago y la desolacion en las hermosas orillas de la bahía de Nápoles, cuando sobrevinieron, de donde ciertamente no se les podía es-

perar, nuevos pretendientes que restablecieron relativamente el orden y la paz apoderándose del objeto del litigio. Estos conquistadores de Nápoles fueron caballos normandos, heróicos aventureros que fundaron el reino de las dos Sicilias y le dieron una dinastia real. Pero aun no se pasaron dos siglos cuando ya habia desaparecido aquella dinastia, suscitándose pretensiones rivales, y produciéndose violentas conmociones. No tenia Nápoles familia real indígena; los tratados, las alianzas, las promesas, las donaciones, la viva fuerza, se convirtieron en otros tantos títulos que alegaban diferentes familias extranjeras soberanas, que tuvieron cada una sus dias de triunfo y de dominacion. Así la Francia, la Alemania, la España dieron sucesivamente príncipes á Nápoles ó reinaron sobre ella en su propio nombre, siendo España la que mas constantemente dominó. De España provenia el rey que definitivamente subió al trono de Nápoles, proclamado independiente hacia la mitad del pasado siglo. La reaccion de la revolucion francesa que revolvió toda la Europa, trastornó tambien el reino de Nápoles: una nueva dinastia real saliendo de Francia, ciñó un momento la corona napolitana, pero se desvaneció repentinamente, y la familia real de origen español volvió á entrar en sus dominios.

Tales son los recuerdos históricos, variados é imponentes que suscita el nombre de Nápoles, y que enriquecen sus anales con una multitud de hechos del mas vivo interés. Los griegos, los romanos, despues otra vez los griegos, los bárbaros del Norte, los sarracenos, los normandos, los franceses, los alemanes, los españoles, la han enseñoreado sucesivamente; sin embargo todos han pasado sin dejar huella en el terreno, por decirlo así: la influencia de las cosas, el poder del clima, han sido mas fuertes que la accion de los hombres: Nápoles es toda italiana, puramente italiana. Si algunos rasgos aislados recuerdan la mano de los romanos y las de los conquistadores del Norte, son pequeñas escepciones que desaparecen en la fisonomía del conjunto.

Si un hombre hubiera recorrido todo el globo buscando parage en que fundar una ciudad, seguramente no hubiera pasado adelante en llegando á la bahía de Nápoles. "Todavía me gusta mas la bahía de Nápoles" exclamó Chateaubriand en el momento en que sus ojos admirados recorrian las magnificencias del Bósforo. El mar de Italia que no tiene el carácter indómito, la fisonomía salvaje y grandiosa del Océano, adelanta sus voluptuosas olas azules en el interior de la dulce Campaña, formando una graciosa curba de cincuenta millas de estension. Todo es allí tranquilo, armonioso: la tierra recibe al mar complacida, el mar sube sobre la tierra sin violencia.

Las costas que forman las riberas de aquel lago purísimo, contraponen á todas aquellas bellezas de las aguas accidentes de un efecto no menos seductor. Por un lado domina el Vesubio, cuyas cimas estan casi perpetuamente blanqueadas por las nieves; su falda calcinada, desnuda y abandonada á la ceniza y á la lava tiene un aspecto sombrío y melancólico. Las vegetaciones rivales del mediodia y del norte cubren el pie de la montaña con una inmensa y verde alfombra, y á veces, para completar este bello cuadro una columna gigantesca del humo del volcan va á unir la tierra con el cielo formando en mil variados torbellinos bóvedas y capiteles que tocan en las nubes. Aquí se ostenta la naturaleza toda magestuosa, toda sublime; pero á la parte opuesta ofrece encantos indecibles: allí se eleva el monte Posilipo, enemigo de la tristeza, allí se presenta á los ojos un cuadro bellissimo, un paisaje delicioso, donde la vista se recrea con deleite y sensualidad; donde la naturaleza es toda suave, toda graciosa. El cielo que es cúpula de aque-

lla tierra y de aquel mar tan bellos, despliega tambien un brillo, un esplendor desconocido en los demas paises, y se engalana con aquellas tintas azules tan estrañas que son la gloria de los paisajes del mediodia y la desesperacion de la pintura. El aire templado, cargado de mil perfumes, fácil para el pecho, dulce de respirar, echa sobre estos cuadros una especie de velo transparente, sutilísimo, que

no altera la pureza de las líneas, la claridad de los detalles, pero que da á todo el conjunto una tinta vaporosa. En medio de tanta pompa, en el seno de aquellas delicias de la naturaleza, entre la montaña del Vesubio y el promontorio de Posilipo está situada la dichosa Nápoles en lo mas interior de la bahía.



Considerada en su estado material de ciudad, es Nápoles una exacta traduccion, una imágen fiel del moderno carácter italiano. Castillos, fuertes, murallas, cañones.... pero no es una plaza de guerra. Algun movimiento comercial, muelles animados, puerto concurrido.... pero no es una ciudad mercantil. Algunas manufacturas, algunas artes prosperan.... pero no es una poblacion industrial. Escuelas de todas las ciencias, de todos los ramos del saber.... pero no es un pueblo científico ni estudioso. Nápoles no presenta bajo ningun aspecto un objeto cierto, una vocacion determinada, un trabajo especial; es una ciudad creada solamente para vivir en ella, para pasar la vida sin hacer nada, ó sin hacer mas que lo muy preciso, es por excelencia la patria del *far niente*. Mas de trescientos mil individuos se han reunido allí, no impulsados por una de aquellas ideas, de uno de aquellos cálculos que mueven á obrar á los hombres en otras partes, sino solamente porque es una felicidad vivir allí. Necesitaban aire espacioso, y han alineado sus casas todo á lo largo de la bahía en una estension de muchas millas (1), poniéndoles techos que puedan servir de paseos. Tan deseosos de espectáculos profanos como de pompas religiosas, han multiplicado los teatros no menos que las

iglesias, y con la misma vanidad enseñan el coliseo de San Carlos que la Catedral. El instinto de las artes con que han nacido les ha hecho reunir en copiosas colecciones bellas pinturas y estatuas, acaso sin mas fin que el objeto de gozar, de combinar gustosas impresiones de los sentidos, de escitar la imaginacion, de gastar el tiempo en agitaciones, en emociones recreativas y tumultuosas. Con el aspecto de la ciudad y de su territorio forma perfecta consonancia el numeroso pueblo que se agita y bulle dentro de sus calles. Al ver aquella precipitacion, aquella concurrencia apresurada, al ver aquellos continuos gritos que hen valido á los napolitanos en la pluma de Alfieri el título de maestros en el arte de chillar; al contemplar aquellos innumerables barqueros y sus mas innumerables espectadores, se creeria que era un dia de fiesta popular: y lo es en efecto, pero tambien lo fue ayer, y tambien lo será mañana, y fiestas son todos los dias. El negocio principal, el formal objeto de toda aquella poblacion es divertirse. Por otra parte, al ver aquella ociosidad, aquella languidez, aquella flojedad, se diria que era un dia de descanso, y se diria con razon, pero dia igual al siguiente y al anterior. Finalmente, los napolitanos obran bajo la influencia de su dichoso clima, y se acomodan á las circunstancias físicas de su pais. Son lo que les hacen ser su mar, su cielo, su Campaña; saborean la existencia dulce, fácil, que la naturaleza les ha dado. ¿Para que ha de trabajar *il lazzarone* si con el valor de una peseta puede vivir en la abundancia?

(1) Tambien en esta ocasion podemos citar la galeria topográfica del paseo de Recoletos, donde hay una linda vista de la bahia de Nápoles en diferente perspectiva de la que aquí ofrecemos á nuestros lectores.



ORTEGA.

Cuadro del Sr. Esquivel.

Exposición de pinturas.

(Conclusion.)

Y por último algunos países, budistas, y cerdo- gamos á los del Sr. Esquivel, en que por voto general se ha reconocido lo que dijimos al principio de nuestro artículo anterior, un paso mas, y un paso de gigante.

12 de Noviembre de 1837.

Introduciéndonos insensiblemente en los salones de la exposición, y aunque con el sentimiento de haber de pasar en silencio algunos de los cuadros presentados, lle- TOMO II. 7.º Trimestre.

Cuando este jóven andaluz llegó años pasados á Madrid, muy pronto se extendió la fama de la extraordinaria facilidad y singular parecido de sus retratos al óleo, pero ahora hay que añadir á estos elogios, que á fuerza de copiar el natural con perseverante estudio, ha adelantado sobremanera en la corrección del dibujo, y que además su imaginación ha tomado vuelo, remontándose á la esfera de las sublimes concepciones que conducen al templo de la gloria. Los seis apóstoles que en esta exposición ha admirado el público confirman nuestro juicio: hay reposo y armonía en sus tintas, vigor en el colorido, nobleza en las actitudes, espresión en las cabezas, si bien el dibujo afloja algun tanto en los extremos.

Pero en lo que el Sr. Esquivel ha dado mayor prueba de sus progresos en el arte ha sido en el gran cuadro de la Transfiguración. Penetrada su imaginación de lo sublime, de lo grandioso y magnífico que debió de ser el prodigio del Tabor, ha dado á la figura de Jesus aquella elevada nobleza del dibujo que debe infundir en el que lo mira la idea de la divinidad. La animación, el arrobamiento del rostro del Salvador recuerda el *facta est species vultus ejus altera* de San Lucas, y el bien entendido resplandor, el brillo de gloria que ilumina toda la parte superior del cuadro son la imagen que San Mateo nos presenta cuando dice *resplenduit facies ejus sicut sol*. Basta que el Sr. Esquivel se haya empleado con buen éxito en tan magnífico asunto, luchando con los recuerdos de grandes maestros para merecer los mayores elogios, y por lo tanto sería ridículo que nosotros preciados de inteligentes nos echásemos á rebuscar defectos en el cuadro de la Transfiguración, obra maestra entre las suyas que hemos visto. Muy lejos de eso, hemos sacado con el posible esmero la copia que en grabado presentamos, muestra necesariamente imperfecta de lo que es en sí el original.

Por el deseo de dar á nuestros lectores los tres dibujos que han acompañado á este artículo, se ha diferido tanto su publicación, que en este momento nos asalta el recelo de que tal vez parezca á algunos destituida de oportunidad la relación que vamos dando de la última exposición de pinturas; así que, procuraremos abreviarla, concluyendo con una ligera mención de otras obras elegidas entre las que á nuestro entender merecen el título de mas notables.

De este número era una copia en miniatura de la virgen del Ferrato ejecutada por la Señorita Doña Teresa Nicolao, en que ha competido gloriosamente con el original.

La copia de un retrato de Goya en que la Señorita Doña Maria del Rosario Weis ha manifestado sus grandes conocimientos en el manejo del lápiz, y la mayor inteligencia en conservar las bellezas del original reduciendo sus dimensiones.

Varios retratos ejecutados por el Sr. Corso de personas muy conocidas en Madrid, por cuya circunstancia todo el mundo ha podido juzgar de la semejanza.

Un cuadro del Sr. Vives que representa un guarda de campo dormido que ha valido á su autor merecidos elogios. Es lástima que el cielo de este cuadro participe tanto de las tintas de la cabeza haciendo perder á esta mucha parte de su vigor y brillantez.

Un retrato de Señora muy bien ejecutado por el Sr. Ortega: la cabeza sobre todo nos pareció muy bien pintada, aunque no así el fondo del cuadro.

Y por último algunos paisajes, bodegones, y cuadros de fantasía cuyo respectivo mérito ha contribuido á ilustrar la exposición.

Juzgando de ella en general, puede decirse que si no tenemos muchos excelentes pintores, no es compara-

tivamente escaso el número de los jóvenes que dan muestras de su ardiente amor al arte, y esperanzas de que siguiendo el buen camino comenzado, llegarán á inmortalizar su nombre dando brillo y esplendor á su país y á la época en que florecieron. Las circunstancias tristes de esta desgraciada época hacen mirar como un verdadero prodigio lo poco bueno que se hace, y realzan el mérito de los que á fuerza de ingenio y noble ambición de gloria, sostienen el desfallecido genio de la pintura, para que no perezca entre los horrores y desastres de la guerra civil. Ojalá llegue pronto el día en que disipadas las nubes que ahora oscurecen la atmósfera política, veamos en una nueva exposición pública la evidente demostración de que á la sombra de la pacífica oliva, y no entre el estruendo de las armas, es como únicamente pueden florecer las bellas artes.

S. el E.

NOTA. El sistema adoptado en nuestro Semanario Pintoresco, y el carácter especial de esta publicación, nos vedan el dar lugar á la polémica de cualquier linaje que sea: por eso no insertamos el comunicado que se nos ha dirigido elogiando al Sr. Gutierrez, y contra nuestro artículo del núm. 84 relativo á la exposición de pinturas. Sin embargo, diremos al articulista, que nuestra crítica podrá ser equivocada, pero nunca ofensiva; que el hallar algun defecto en un cuadro no es injuriar á su autor, ni suponer que no haya hecho y pueda hacer otros mucho mejores; que somos muy afectos á la antigua escuela sevillana, y no quisimos acusarla de mal dibujo y colorido, sino insinuar que tal vez el Sr. Gutierrez llevado de su deseo de la imitación (la cual bien dirigida es el camino de la perfección) habia sujetado en demasía sus naturales disposiciones, incurriendo en tal cual incorrección de dibujo, en tal cual incongruencia del colorido. Mayores esplicaciones, lo repetimos, no nos parecen propias de este lugar.

PANORAMA MATRITENSE.

MADRID Á LA LUNA.

« En el silencio obscuro su belleza desnuda de afeitadas fantasías te descubre al pintor naturaleza.»

PABLO DE CESPEDRES.

I.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada día encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí á la fuerte tentación de leerle en alta voz; quiero decir, de comunicar al público mis menudas observaciones; y sin embargo, todavía no encuentro agotada la materia; antes bien, los límites del campo que me tracé, cada día se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle. En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros á la brillante luz del sol de mediodía, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuando embalsamados con el

suave ambiente de primavera; cuando entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos á límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el día (lo confieso con rubor), no había parado la imaginación en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza pródiga é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas; esto es, *Madrid iluminado por la luna*.

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaría de empezar aquí mi narración por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el ¡oh tú! de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su rayo macilento para dibujar un cuadro tan pálido y dormilón como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaría de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de San Blas por ejemplo), miraría dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginación las prestaría vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, miraría las

“Levantarse, crecer, tocar las nubes” y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba á sus pies, y que probablemente seguiría tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos extremos prestaría sin duda interés á mi discurso, y convertiría hacia él la atención de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitología, y eso me dan las metamorfosis de Ovidio como los monstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid, una reunión de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy heroica, imperial y coronada villa y corte de Madrid*.

II.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos, (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos, y cediendo al nocturno fanal la alta misión de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servía de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta que honra sobremanera á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminación, recogían ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés cerrando sus puertas despedían políticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas cerrando también sus entradas, dirigían una tácita reconvención á los vecinos perezosos ó distraídos. Veíase á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encoprándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no paraba; y volvían á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente hasta que se oía acercar un ruido compaseado semejante á los golpes de un batán ó á las descargas de artillería, y eran los ferreos pies del gallego

que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un dialogo interesante y entre puertas, hasta que en fin abiertas estas iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subían por la escalera.

Los amantes dichosos habían concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro había muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metía en el *Simón*, y *Antony* tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; el celoso amo de casa hacia la cotidiana requisa de su habitación, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutía con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormía en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcón de su querida esperando una palabra consoladora; velaba el malvado probando llaves y ganzuas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el alerta á sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; velaba la infeliz escurbando en la basura para buscar en ella algun resto miserable del festín.

Y sin embargo en medio de este general desvelo, la población aparecía muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpía este monótono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el abullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del Vigilante que en prolongada lamentación esclamaba....; *Las doce en punto! y.... sereno*.

III.

No se puede negar que la persona de un *sereno* considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco que no es de despreciar en nuestro prosaico, material, y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que sobreviviendo al sueño de la población, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de noble y heroico que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hubieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante comision; no por ser recompensado con otro mas alto deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais, la del abogado, escudo de la inocencia, la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas entrega sus cansados miembros al necesario reposo, cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en

el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca á los brazos de su esposa y de sus hijos (que tambien es padre y esposo) viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha; toma su temible lanzon; cuega á la punta el luciente farolillo, y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados que le temen, como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monotonó paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte á quien aquel asalto; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan varias escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavia en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su imaginacion; presta el atento oído al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, exclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto!* y... sereno.

No sé si he dicho, (y sino, lo diré ahora) que aquella noche por un capricho que algunos calificarán de estravagante, me habia propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo; y que para poder hacerlo con mas libertad, habia creído conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos que me prestó.

No se rian mis lectores de esta transformacion de mi exterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridiculas, vemos y contemplamos todos los días sin estrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir la inteligencia del alma, y ¡cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz á un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas; ó que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció mas fácil que lo primero.

IV.

Ya habia un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de los balcones de una casa principal, birió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminación que exhalaban las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compas. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; y escuchábase el

confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones, y todo era risa y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando mas embelesados estábamos en esta contemplacion, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor á los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis* que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices acometidas de improviso nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salon, y prestarse mutuamente pañuelos y frascillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demas funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternacion del concurso, ni en la incongruencia de su determinacion se preparan á ejecutar sus profundos experimentos en el pozo mismo de la casa en cuestion.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de rigurosa etiqueta con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena, le suplica que dilate hasta el siguiente día su operacion; otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus gefes. Este dialogo animado se estereotipa en la imaginacion de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *surtouts*; los lacayos corren á hacer arriar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia en fin gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fue del todo inútil en tan crítica situacion, antes bien pudimos servir y servimos con efecto á reunir las discordes parejas que por efecto de la distraccion y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendian un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia. Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio, para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galán mas

de una vez me dió á todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de las señoras, vimos asomar por otra esquina á la demás familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo con-voy, y yo observando las miradas escrutadoras del esposo, y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazón. "Tranquilícese V. (le dije al oído) su esposa de V. es todavía digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los días está la sociedad de vigilante, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mío." — Dicho esto desaparecimos bruscamente sin dar lugar á mayores explicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y á dar gracias á la sociedad que por servirle se había escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al revolver la esquina de una callejuela, hirieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas que gritaban ¡favor! ¡ladrones, ladrones! — Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relambrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocúpanse oportunamente los desfilarados, y de allí á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapa gritando: "¡A ese, á ese, al ladrón, al ladrón." — Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hacia el que corre; éste, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atrás; mas ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos, sufriendo su terrible interrogatorio, y los mas temibles reflejos de los faroles, asestados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbación del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirlo al cuerpo de guardia, en tanto que los demás corrían á prestar su auxilio á los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenían que algun otro malvado se había escurrido hacia los tejados; y así era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias á la ligereza de sus piernas, en contraposición á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

"Todas las cosas á ratos tienen su remedio cierto, para pulgas el desierto, para ratones los gatos."

Disipada en fin aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel que vió restablecido el silencio, y que era la ocasión oportuna para volver á lucir la sonoridad de su garganta; tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano... ¡Las dos en punto! y.... sereno.

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena que á juzgar por la obertura no podía menos

de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almoreces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no dá lugar á dudas ó interpretaciones. Así que luego que oímos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una cencerrada, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Eralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigían aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y sus cuatro de viudez con una calcetera también viuda, también vieja, y también honrada; determinación heroica y altamente social que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendía á interrumpirle por largo rato. Consiguiólo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir á un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó. ¡Las dos y media!.... y sereno.

"Gracias, amigo", dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde, por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigían en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una mujer desgredada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos á la parroquia á pedir la extrema-Uncion para su hijo.... y por el opuesto lado un hombre sin sombrero, y sin corbata, nos acometía empuñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viniera á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaría Alfonso; pero yo de mí se decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirían mal aquí.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin excitar mi natural curiosidad. Pero en fin instado por mí, y sin duda conociendo que ya podría ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego reconocí la causa misteriosa de aquella reserva. Erase un apuesto galán embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraído en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcón, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galán, "Buenas noches, señorito" — ¿Cómo? pues qué hora es? — Las tres y media acaban de dar. — Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el

balcon, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa también.—

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el Dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginación, sin que bastase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en los brazos de su esposa, y dirigía sus caricias al inmediato guardacanton, asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró; y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría:—«ya viene Colás; y el día no puede tardar tampoco.»—¿Y quién era (exclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes?—¡Ahí que no es nada! Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas, químico analizador de la materia, substancia que se adhiere á las substancias de valor, disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta también con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley hecha al fin por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que extrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harían si el fuera Ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departían Alfonso y Colás sus mútuos sentimientos, entre tanto que yo apoyado en una esquina saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponía á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana extraña llamó rápidamente la atención de Alfonso que con el mayor interés interrumpe su diálogo, aplica el oído, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes; y esclama.... ¡Las cuatro menos cuarto!.... y ¡fuego en la parroquia de Santa Cruz!

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuales á avisar á los obreros, cuales á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las máquinas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magistosa é imponente; iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudían á hacer trabajar las máquinas, á extraer las personas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecía un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no

faltaba manga que exhalaba su respiración por un lado dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos, ni quien derrivar una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido elogio. Los serenos colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas disipaban á la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas á los infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas, pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que ya disipado el peligro cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudían á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrían ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos, seguían el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo, hizo alto delante de una modesta habitación, y con mayor alegría que en el resto de la noche exclamó: ¡Las cinco en punto! y....—*«Ya bajo»*—le contestó desde la buardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conoció que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituído á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado del que toda la noche habia sido sereno é indiferente espectador.

El Curioso parlante.

VENTAJAS DE LA ADVERSIDAD.

CUENTO MORAL.—(Conclusion.)

Consecuente con esta noble resolución comenzó inmediatamente un asiduo curso de lectura, al cual dedicaba no solo el día sino una gran parte de la noche, y pronto halló la recompensa de su laboriosidad, en la satisfacción que le producía el haber obrado bien, unida á la sensación de placer que experimentaba su espíritu en el ejercicio de una ocupación honrosa, goces que desconoció mientras que fue conde de Glenthorn, el que antes miraba como un intolerable castigo el menor esfuerzo de la imaginación, se deleitaba ahora en ejercitar las facultades intelectuales de que le habia dotado la naturaleza. La consideración de los motivos que le habian inducido á adoptar aquel género de vida, era también otro manantial de satisfacciones, y todo contribuyó á disipar enteramente aquel fastidio que hasta entonces habia acibarado su existencia.

Terminados sus estudios en Irlanda el Sr. Donogoe, pasó á Londres á concluir su carrera en los tribunales superiores; perseveró allí en el rígido y laborioso plan que con tan noble decisión habia seguido en Dublin,

y los resultados fueron proporcionados á los medios puestos en accion para obtenerlos. Adquirió un conocimiento profundo de su profesion, que unido á su talento natural nada comun, ofrecian garantias de acierto.

Así que concluyó su carrera, volvió el Sr. Donogoe á Dublin donde abrió su bufete de abogado. Sus ganancias no pasaban al principio de 2 guineas (200 rs.) semanales, pero esta suma aunque pequeña, era para él un tesoro inestimable como precursora de ventajas futuras, pues entre las muchas lecciones útiles que le habia dado la experiencia fue una de ellas, y tal vez la mas importante, *que los gozes adquiridos con la propia industria son los mas apreciables*. Por algun tiempo fueron de poca consideracion las ganancias del Sr. Donogoe, pero su reputacion como letrado hábil é instruido se generalizaba de dia en dia, y muy luego se presentó una ocasion que acabó de afianzarla, allanándole el camino á la fortuna.

Habiendo enfermado repentinamente uno de los abogados en una causa importante, fue elegido Donogoe en su lugar, y habló con tanta elocuencia y fluidez, que excitó la mayor admiracion en el tribunal. Apenas acabó su defensa resonaron por todas partes repetidos aplausos: el pleito se ganó, y desde aquel instante fue considerado Donogoe como el abogado mas hábil del foro irlandés.

Entre las personas notables á quienes visitaba por entonces se hallaba Lord Y.... sugeto adornado de bellísimas cualidades, y que tomó el mas vivo interes en la prosperidad del jóven letrado. En su casa conoció este á la señorita Delamur, jóven amable, virtuosa y bella, quien por una singular coincidencia era heredera presuntiva de los estados de Glenthorn, siguióse al conocimiento el afecto mútuo, y á este, poco despues, la union de los amantes.

Entre tanto el castillo de Glenthorn era una continua escena de desórdenes y vulgar disipacion. El pobre Cristian (cuyo nombre seguiremos dándole) aunque generoso y bien intencionado, no tenia suficiente prudencia ó energia de espíritu para gobernar su familia. Su mujer llenaba el castillo con tribus de sus anteriores amistades, y á él tenian que llevarle todas las noches á la cama en un estado deplorable de embriaguez. Para mayor alicion del pobre Cristian, su hijo Juanillo, por quien se habia él sometido al trabajo de ser conde, habiendo prendido fuego una noche por descuido á las cortinas de su cama, pereció en las llamas que consumieron despues todo el castillo. No pudiendo resistir por mas tiempo las penurias de su posicion, escribió Cristian al Sr. Donogoe, que habia tomado el nombre de Delamur como mas eufónico, informándole de lo que habia sucedido. Esta carta llena toda de rasgos característicos de su autor terminaba así: "Os escribo, ya que estais casado, de lo que os doy el parabien, con la señorita Delamur que es la heredera de todo esto, para suplicaros que vengais á tomar posesion de ello inmediatamente, pues yo estoy ya poco menos que muerto, y no podria, aunque quisiera, oponerme. Quiero volver á mi fragua, donde con la ayuda de Dios olvidaré lo que ha pasado. En cuanto á mi mujer puede buscar su vida por otro lado si no quiere vivir conmigo. Así como así no la incomodaré mucho. Dios os bendiga y venid como antes á reinar sobre nosotros seguros de que me hallareis como siempre vuestro fiel hermano. — Cristian."

El castillo se está ahora reedificando, añade el Sr. Delamur en la memoria que termina con la carta anterior, y cuando esté concluido y vuelva yo á habitarle, escribiré, si el público lo deseara, un traslado fiel de mis sentimientos é idas. Me lisongeo que no caeré de nuevo en la indolencia. Mi entendimiento ha sido cultivado, he tomado gusto á la literatura, y el ejemplo de Lord Y....

me demuestra que un hombre noble y opulento puede tambien ser activo y feliz."

El relato que antecede nos hace ver que por el esfuerzo de su talento combinado con un grado extraordinario de perseverancia y el ejercicio de sus facultades intelectuales, consiguió Delamur superar las desventajas de su posicion singular. Abandonado á sus propios recursos, habian bastado estos sin el auxilio de la opulencia ni el rango, á conducirlo á la riqueza y á los honores, proporcionándole ademas el placer de pensar que la adquisicion de uno y otro era la obra de sus propias manos. La mas grata y satisfactoria de las reflexiones.

VARIETADES.

Mr. Scott, natural de Exeter en Inglaterra, pasó la mayor parte de su vida viajando. Su puntualidad en cuanto emprendia y un método inalterable de vida, le hicieron célebre en toda la Gran Bretaña, al propio tiempo que una conducta hasta el extremo metódica y una actividad suma le grangearon crédito y bienes de consideracion. Por espacio de muchos años todos los dueños de las posadas en que paraba en los condados de Devon y Cornualles sabian el dia y aun la hora en que llegaría á su casa. Poco antes de morir ocurrió un acontecimiento que muestra la exactitud de este hombre. Viajando un caballero por el condado de Cornualles hizo alto en una posada insignificante de Puerto Isaac. Deseando comer pidió al mozo la lista de lo que habia, pero no agradándole nada de cuanto esta contenia, iba á pedir alguna cosa de su gusto, mas reparando en un hermoso plato que estaban asando: "Con ese tengo suficiente" le dijo al mozo. "No puede ser" le contestó el criado, "porque esa ave la estamos preparando para Mr. Scott de Exeter." "Conozco perfectamente á Mr. Scott" contestó el caballero, "y me consta que no está en vuestra casa." "Es verdad, señor" repuso el mozo, "que actualmente no está, pero como cosa de seis meses ha (que fue la última vez que estuvo), nos encargó le tuviésemos un pato asado para comer este mismo dia á las dos en punto;" y con el mayor asombro vio el viajero entrar por la puerta de la posada al mismo Mr. Scott, unos cinco minutos antes de la hora señalada.

Cierto Papa, que de una situacion oscura habia sido elevado á la silla pontifical, fue visitado inmediatamente por una diputacion, compuesta de los principales personajes de una pequeña aldea, en que habia desempeñado por algun tiempo los deberes de párroco. Parece que habia prometido á los habitantes de dicha aldea, que haria algo en su favor siempre que se le presentase ocasion de verificar sus deseos; y el cumplimiento de esta promesa era lo que pedian los comisionados concediéndoles *dos cosechas todos los años*. El Papa accedió gustoso á su peticion modesta, bajo la condicion precisa de volver inmediatamente á su aldea, y arreglar de una manera tal el almanaque de su término, que cada año de él constase de veinte y cuatro meses, idénticos á los reconocidos por los demas paises en que regía el almanaque general.

Cuando el globo aerostático fue inventado, le preguntó al doctor Franklin un hablador, que para qué servia? El doctor contestó á esta pregunta con otra,

diéndole: ¿Para qué sirve un niño recién nacido? Puede llegar á ser un hombre.

Los chinos afectan despreciar la superioridad de ingenio de los europeos, pero no pueden componer un reloj una vez descompuesto. Cuando se les rompe una de las infinitas piezas de que se compone esta complicada máquina, y el reloj se para, quedando inútil para el objeto que sirve, dicen que *ha muerto*, se quedan muy satisfechos, y en seguida le cambian por uno *vivo*.

En cierta pequeña tribu de la América del Norte, luego que se levanta y sale de su choza el Príncipe saluda al Sol dándole los buenos días, y en seguida le señala con el dedo el curso que debe llevar por todo aquel día; queriendo manifestar con esto que hasta las leyes de la naturaleza dependen de su poder.



LOS GERVO.

Entre las diferentes especies de cuadrúpedos que habitan sobre la superficie de la tierra, merecen particular atención los de la Australasia por tener todos ellos, excepto el perro salvaje que debe ser una importación, una bolsa en el bajo vientre, particularidad que los distingue de las demás especies, y en donde meten y conducen sus hijuelos recién nacidos. Esta bolsa tan notable y maravillosa y otras cualidades del *Gervo*, del que hay varias especies, le hizo desde luego un objeto de curiosidad para los naturalistas europeos.

Los Gervos son del tamaño de una oveja grande; los cuartos delanteros y la cabeza son pequeños; tienen las orejas en continuo movimiento semejante á las liebres y conejos; las manos ó patas de adelante son cortas, con las garras provistas de cinco dedos cada una; y unas y otras las emplean como brazos y manos, y nunca se sirven de ellas para andar, excepto cuando pacen. Las patas son tan largas como el cuerpo terminadas en una especie de pezuña provista de uñas agudas, y la cola es

fuerte y larga. Las patas de atrás y la cola son los medios de que se vale este animal, de que tenemos una muestra en la casa de las fieras del Retiro, para correr, ó mas bien para saltar que es lo que verdaderamente hace.

Los habitantes de la Australasia los cazan con perros enseñados espresamente á perseguirlos y atacarlos. Si el terreno es pantanoso, los perros no tienen probabilidad alguna de alcanzar su presa á pesar de su ligereza y ferocidad; el Gervo vence cuantos obstáculos le presenta el terreno, cruza los pantanos ó marjales, lo que no puede conseguir la jauría que le persigue, y evadiéndose de sus enemigos gana pronto las cuevas que le sirven de asilo. Pero si el terreno es llano, su suerte es enteramente diferente; perseguido, hostigado, no teniendo suficiente ligereza para escapar de la furia de sus veloces enemigos, y fatigándose mucho por los continuados saltos, se ve obligado á pararse y hacer frente; si tiene que lidiar con un agresor solo, le espera sentado en sus patas traseras, preparándose para cojer á su enemigo entre las patas de adelante, que le sirven, como antes hemos dicho, de brazos; en esta posición se opone constantemente á su adversario, acechando la ocasión oportuna de atacarle con ventaja, de tirarle por tierra, y despedazarle con las poderosas uñas que adornan sus pezuñas; pero estos no son aun todos los ardidés de que se vale su gran sagacidad. La facultad de tenerse y andar de pies, le proporciona el hacer uso de una estratagema con que no pocas veces consigue el fin que se propone; la destrucción de su antagonista. Si en su persecución encuentra un cenagal, ó un riachuelo poco profundo, al momento escoge este sitio para teatro del combate; allí es donde muestra toda su astucia y los medios que la naturaleza le ha dado para su defensa; el perro, que tiene bastante atrevimiento para perseguirle aun en semejante sitio, es perdido sin remedio si el resto de la jauría no le ayuda; el Gervo cuya talla superior le permite tener la cabeza fuera del agua, termina generalmente el combate sumergiéndose á su adversario, ahogándole con la ayuda de sus patas de atrás, con las que le tiene agarrado bajo la superficie del agua; pero si los perros son muchos y prudentes, cualquiera que sea la arena de la pelea, todas las probabilidades están á favor de la jauría y de los cazadores; atascado por detras al propio tiempo que por delante, le derriban con facilidad, y dan muerte sin piedad alguna. Los indígenas que le cazan y persiguen con gran empeño, le matan con azagayas, (dardo arrojado de que usan los moros) ó bien rompiéndole con una maza los remos de detras cuando los perros consiguen hacerle parar.

La carne de los Gervos aunque no es crasa es de bastante buen gusto, y algunos la califican de excelente y de fácil digestión; pero desgraciadamente el número de ellos ha disminuido mucho en los cantones habitados de aquella parte del mundo. En ninguna época han abundado lo suficiente para ser considerados como medio seguro de subsistencia. Por lo demás ningún otro país sobre la superficie del globo, por favorecido que haya sido en otras cosas, puede presentar á las tribus errantes y holgazanas, un número tan grande de animales salvajes para subvenir á las necesidades de una población numerosa. Las hordas de indígenas que viven de la caza, aun en los vastos campos de la América, están siempre en un estado de miseria y escasez, por todas partes sujetos á enfermedades que disminuyen mucho su número, y condenados á una inferioridad grandísima comparados con las colonias de europeos, destinados á enseñarles la verdadera condición del hombre.

L. G.



(La mujer hidrópica.)

Gerardo Dow.

Repetidas pruebas hemos dado á nuestros lectores de la predilección con que miramos las bellas artes, y sobre todo la de la pintura que siempre ha tenido y tendrá en España su mas firme asiento. Persuadidos de que son muchos los profesores y aficionados que leen nuestros escritos, creemos hacerles un obsequio con darles noticias artísticas y biográficas de los cuadros y pintores nacionales y extranjeros antiguos y modernos: y esta es la razon que nos mueve á dedicar hoy algunas líneas á GERARDO DOW, pintor flamenco del siglo XVII, no muy conocido en España, habiendo adquirido el grabado que encabeza este artículo, y es copia de su célebre cuadro de la mujer hidrópica.

Fue este famoso artista discípulo de Rembrandt al

cual imitó en el colorido y fuerza de claro-oscuro, pero no así en lo jeneral del estilo, á causa de que el carácter y particular organizacion de Dow le inclinaba á pintar sus cuadros con una suma paciencia, con un minucioso cuidado en los detalles, con un deseo estremado de concluirlo todo, muy distantes de la manera del maestro. Gerardo que siempre pintaba en pequeño, y cuyos cuadros rara vez tenían mas de un pie de altura, tardaba á veces cinco dias en darles una sola mano; y hubo ocasion en que confesó á un amigo suyo que el pintar el palo de una escoba le habia costado tres dias de trabajo. A fin de conservar la esmerada limpieza que queria dar á sus obras, acostumbraba á guardarlas en el momento en que dejaba de pintar, y cuando volvía á su

estudio, antes de empezar á trabajar, se quedaba inmóvil por un buen espacio de tiempo, para dar lugar á que se sentara el polvo mas sutil que el mismo hubiera levantado con los pies: hasta entonces no sacaba el cuadro, la paleta, y los pinceles de la caja en donde los tenia, y eso con sumo cuidado y precaución. El mismo se hacia los pinceles, y el mismo se molia los colores, porque nadie podia darle gusto en lo uno ni en lo otro; ponía en los mas minuciosos detalles tanta atencion como en las figuras principales, y así es que lo mismo le ocupaba á él una cabeza que una silla ú otro mueble. Para conservar la exactitud del dibujo, empleaba un medio de que suelen hacer uso los grabadores, que es el de mirar los objetos al través de una cuadrícula correspondiente á otra trazada sobre el lienzo. También se valía de un espejo que disminuía el tamaño natural del modelo.

Gerardo Dow hacia al principio retratos en pequeño, pero su estremada lentitud impacientaba á los originales; hasta que al fin cansado él mismo de atender á dos objetos que eran la perfección del parecido y la prolijidad en la ejecución, y conociendo que lo uno le distraía de lo otro, se dedicó á pintar escenas de la vida común, con tal minuciosidad, que daba razón hasta de los detalles casi invisibles de la naturaleza, de manera que solo con un cristal de aumento puede apreciarse debidamente su trabajo. Sus asuntos no eran por lo regular de los que hablan á la imaginación y escitan la sensibilidad, esceptuando ese cuadro de *La mujer hidrópica*. En él se ve á la enferma sentada en un sillón: á sus pies está su hija sumergida en llanto; cerca de ellas el médico de pie, observando atentamente el lícor encerrado en un frasco que tiene en la mano. La habitación está adornada de muebles, tapices, y otros accesorios, pintados con aquella escrupulosidad de costumbre; y sin embargo no distraen al pronto la atencion del espectador, cautivada por la verdad y expresion de las figuras. Todo en este cuadro es de un carácter elevado y noble; es un Rafael, un Pussino, comparativamente hablando; la composición es bella y filosófica, como de un gran maestro, y los detalles preciosos, como de un artista que no supiese hacer otra cosa.

Gerardo Dow era hijo de un vidriero: nació en Leyden en 1615; murió allí mismo en 1680. Su retrato hecho por él mismo existe en París en el museo del Louvre.

DESCRIPCION DE POLONIA.

El reino de Polonia, que hace pocos años ha sido teatro de una guerra tan encarnizada como desastrosa, se estableció en 1815 por el tratado de Viena, y se componía de cuatro distritos repartidos entre las soberanías siguientes, á saber:

1. *Gallitzia*, señalada al Austria.
2. *Gran Ducado de Posen*, incluyendo los Palatinados del Oeste limitrofes á Silésia, dado á Prusia.
3. *La ciudad de Cracovia con su término*, constituida en república independiente; y
4. El resto de la antigua Polonia, que comprendía la mayor parte del que en otro tiempo se llamaba Gran Ducado de Varsovia, devuelto á Rusia.

Este reino estaba dividido en ocho Palatinados; y su población, segun el último estado de 1829, era de 4,088,290 habitantes, excluyendo el ejército, clasificados del modo siguiente:

Empleados en la agricultura (terratenientes.)	1,871,259.
Sus familias y criados.	2,221,488.
En las fabricas.	140,377.
Sus familias.	358,035.
Comerciantes.	49,888.
Sus familias.	131,331.
Propietarios de tierras.	4,205.
Arrendatarios.	1,886.
Poseedores de feudos francos.	41,654.
Empleados del gobierno.	8,414.
Enfermos en los 592 hospitales públicos.	5,376.
Presos en las 76 cárceles.	7,926.

La población de las ciudades está en proporción de uno á cinco, respecto á la de la campiña. Dichas ciudades son pequeñas y muy distantes entre sí, á lo que se atribuye principalmente el poco adelanto de la civilización, del comercio y de las manufacturas. En Polonia solo existen 13 ciudades que contienen mas de 40,000 habitantes cada una: estas son: Varsovia con cosa de 120,000 habitantes. Dantzic, con 50,000; Wilna 30,000; Lemberg, 29,000; Cracovia, 28,000; Kiev, 20,000; Posen, 20,000; Brady, 15,000; Wilepsk 13,000; Lublin 13,000; Mahilev, 12,500; Kalish, 12,000; Kharkof, 11,000; cuya población toda reunida no equivale á la de Madrid, Barcelona y Zaragoza, que tienen las tres solas mas de doce mil almas mas. Los mapas contienen una infinidad de nombres de aldeas miserables con casas de maderas, habitadas únicamente por los trabajadores del campo, y algunos tenderos judios. De las 451 poblaciones que hay, 353 son mas de la mitad, y 83 enteramente de madera; y muy pocas son las que tienen un surtido de los artículos ordinarios para el consumo de las personas acomodadas. Las señoras se ven obligadas á mandar á Varsovia ó á Viena, aun por las telas de sus vestidos caseros ú ordinarios, y es frecuente, cuando las familias son numerosas, tener libros de asiento, en el cual el jefe de la familia anota por algun tiempo lo que vaya cada uno necesitando para mandarlo traer todo junto, siguiendo este método con intervalo de algunos meses. Con respecto á aquellas comodidades de la vida que denotan el progreso de la elegancia, Polonia es, quizá, la mas atrasada de todas las naciones de la Europa cristiana.

El aumento de la población polaca, desde 1815, ha sido, segun los estados, de 100,000 individuos por año, ó sea cosa de dos y medio por ciento.

La religion católica es la protegida por el gobierno, sin creer por esto inhábiles para los empleos á los miembros de otros cultos. Los establecimientos católicos constan de un arzobispo en Varsovia, ocho obispos y 2740 clérigos. Los católicos griegos tienen un obispo y 354 sacerdotes. Despues de los católicos, siguen los judios en preponderancia, y segun los últimos estados se aumentan mucho. Ultimamente han sido mal mirados, y aun se les ha acusado de malas mañas, de monopolizar el comercio, y de algunas otras cosas. Los escritores polacos les han presentado, hace ya tiempo, como causa de la ruina de su país, aunque tal vez haya contribuido á imbuirles estas ideas, mas bien la preocupación que la sana razón. La estadística religiosa es como sigue:

Católicos apostólicos romanos.	3,400,000
— de la iglesia griega.	100,000
Luteranos.	150,000
Calvinistas.	5,000
Judios.	400,000
Otras sectas.	5,000
Total.	4,060,000

La nobleza en Polonia está en razon de uno á 15 respecto á la clase del pueblo; pero aquella se compone de personas de tanta diferencia en riqueza, que los nobles pobres se dan por satisfechos frecuentemente, si se colocan en clase de mayordomos de los ricos, y si sus mujeres é hijos llegan á entrar tambien como amas de cria y doncellas. El pueblo continua en un estado algo modificado de esclavitud ó vasallage, cultivando las tierras en utilidad de sus amos, y no les es permitido mudar de dueño sin ceder enteramente cuanto tienen. Parte del producto de la hacienda es para ellos; todo el arbolado pertenece al dueño, quien les proporciona el uso de él, obligándoles á cuidarlo, mejorarlo y responder de cualquiera falta. Los habitantes del gran ducado de Varsovia han sido emancipados nominalmente; pero su condicion no se ha mejorado apenas por esto.

La exportacion de Polonia consiste en granos, ganados, madera, y algun otro artículo de produccion natural; y la importacion es, vinos, producciones coloniales, y artículos de lujo. Las manufacturas de paños, lienzos, alfombras y cueros se han aumentado desde 1815; y las fábricas de cerbeza y de destilar han prosperado mucho. Sin embargo, la agricultura es la principal ocupacion del pueblo; pero sufre mucho ahora, por el precio bajo de los productos, teniendo constantemente que contrarrestar los efectos de seis meses de invierno, de hielos y nieves. La proximidad á las regiones frias de Rusia, y lo espuesta que se halla á los vientos penetrantes del N. E. de la parte de Siberia y regiones polares, influyen para que el clima de Polonia sea muy frio, aunque por su situacion no debiera serlo tanto. En el verano el calor es sofocante, á causa de impedir la libre circulacion del aire los bosques en que abunda.

L. G.

LORD BACON.

Francisco Bacon nació en Londres el 22 de enero de 1561. Este célebre filósofo, á quien puede llamarse fundador de la filosofía esperimental, fue hijo de Sir Nicolás Bacon, guardasellos del rey, y de Ana, hija de Sir Antonio Look, tutor de Eduardo VI. El gran despejo que manifestó desde su infancia fue causa de que la reina Isabel conversase frecuentemente con él, llamándole su *joven* guardasellos. A los once años de edad entró en el colegio de la Trinidad, en Cambridge, donde hizo adelantos tan rápidos, que en menos de cinco años de estudio se convenció de la futilidad de la filosofía de Aristóteles, que por tantos siglos habia estraviado el entendimiento, y la cual estaba él destinado á refandir en la verdadera filosofía, que tantas ventajas ha proporcionado al género humano. Por este tiempo le pusieron bajo la direccion de Amias Poulet, embajador de la reina en Francia, en donde recogió tan gran cantidad de hechos útiles á un hombre de estado, que publicó, antes de los 19 años, un tratado sobre el estado de Europa. La suerte inesperada de su padre le obligó á seguir una profesion y eligió la de leyes, que estudió con mucho aprovechamiento en Gray's Inn, pero sin olvidar sus trabajos filosóficos. Estando en este colegio y teniendo 26 años fue cuando reunió los primeros materiales para su grande obra *La restauracion de las Ciencias*.

Su primer empleo público fue el de consejero extraordinario de la reina, que le proporcionaba mas honra que provecho. Sus apuradas circunstancias le obligaron á ele-

gir entre una pobreza virtuosa y la dependencia de un cortesano, y desgraciadamente se decidió por lo último. Al principio se adhirió al conde de Esser, quien hizo los mayores esfuerzos para adelantarle en su carrera, pero todos sus pasos eran desbaratados por el Secretario de Estado Cecilio. Despues que Esser perdió el favor de la reina y fue rebelde á su autoridad, Bacon, cuya ambicion egoísta y desmesurada habia amortiguado los nobles sentimientos del hombre, no solo consintió en acusarle, sino que tambien manifestó cartas particulares que contribuyeron en gran manera á probar el delito. En contraposicion de una conducta ingrata y vil, solo nos presenta este período de su vida algunos discursos elocuentes que pronunció en la Cámara de los Comunes, defendiendo los derechos populares.

Bacon adelantó muy poco en reputacion y fortuna hasta la subida al trono del rey Jacobo. En consideracion del mérito de su obra *Sobre los adelantos del saber* que publicó en 1605, le dieron dos años despues el destino de Procurador general, y en este tiempo su bufete de abogado ya le producía crédito y provecho. Si se hubiese contentado con lo que tenia esperando fortuna, es muy probable que hubiera llegado á los puestos mas elevados del estado, teniendo en su favor los grandes conocimientos que poseia. Pero su ambicion sin límites fue causa de que buscasse su elevacion por medios inícuos que han manchado su nombre con la infamia. No se contentaba con adular lo mas servilmente posible al débil soberano, sino que se vanagloriaba de ser el favorito de un favorito, esto es, de Villiers duque de Buckingham, que le habia elevado de la oscuridad á los honores mas altos de la Corte, tan solo por poseer una hermosa presencia. Por estos medios y escribiendo al rey una carta llena de estudio menospreciando á los demas letrados del reino, consiguió, en marzo de 1617, que le nombrasen Guardasellos, y dos años despues Gran Canciller, con el título de Baron Verulam, cambiado despues por el de Vizconde de Sant Alban.

Por este tiempo ya gozaba de gran reputacion como escritor filosófico, si bien su estimacion personal habia adelantado muy poco, al menos en la apariencia. A la obra *“Sobre los adelantos del saber”* que publicó por primera vez en 1605 y despues volvió á imprimir con mas estension, añadió en 1620, el *Novum Organum*, que era una segunda parte de su grande obra *“Sobre la restauracion de las ciencias.”* El objeto principal de esta obra era contestar á las objeciones que se hacian al progreso del saber humano, clasificar las diferentes partes de que se compone, y manifestar un nuevo método de emplear las facultades intelectuales para aumentar los conocimientos; esto es, primeramente convencerse de los hechos, y despues trabajar y racionar sobre ellos para sacar consecuencias; método que parecerá muy obvio, y aun imprescindible, actualmente, pero que, era sin embargo desconocido hasta que lo esplicó Bacon. Mas viniendo á sus máximas particulares, este filósofo nos dice:

I. Que el fin propuesto en las investigaciones filosóficas es apoderarnos, en cuanto sea posible, del curso de los acontecimientos, con el objeto de convertirlos en utilidad nuestra.

II. Que dependiendo todos los acontecimientos de una combinacion peculiar de circunstancias que los preceden, y que constituyen la causa, es evidente que podremos disponer de un acontecimiento siempre que nos sea dable el producir esta combinacion de circunstancias con los medios que la naturaleza ha puesto á nuestra disposicion.

III. Que los medios de producir muchos aconteci-

mientos en que pensamos muy poco, estan todos á nuestro alcance: y que nada nos impide hacer uso de ellos, sino nuestra falta de ingenio para entresacarlos de otra multitud de circunstancias que los rodean y encubren.

IV. Que por esta razon debemos cuidar, por medio de una observacion muy atenta, hallar qué circunstancias son esenciales, y cuáles accesorias para producir un acontecimiento; y separar las causas principales de todos los concomitantes con que la naturaleza les encubre, con lo que conseguiremos ver de una vez si podemos ó no disponer de las circunstancias que la componen. Esto, finalmente, es generalizar; y efectuándolo hallaremos que objetos que creíamos los mas inadecuados, remotos é inaplicables á nuestro propósito, poseen cuantas propiedades deseamos encontrar. La naturaleza está constantemente dispuesta á suministrarnos cuantos apetecemos para nuestros designios, siempre que tengamos habilidad suficiente para separar las útiles de las que no lo son, y de reconocer las calidades é influencias de los objetos en su forma mas abstracta.

Siguiendo estos principios de su filosofía, el hombre deja de ser como era antes impotente y hasta ridículo. Cuantos obstáculos se presentan á sus deseos los vence con calma; evita las causas que pueden atormentarle; estiende considerablemente el círculo de sus gozes, y al propio tiempo que conoce la dignidad de su inteligencia, ve que semejante á un talisman mágico, ha obligado á todos los objetos á rendirle homenaje.

A esta extraordinaria individualidad debemos igualmente el haber reducido á cierto orden el caos de la literatura; y la demostracion de que, á pesar de la variedad infinita de libros, solamente hay tres objetos diferentes, á uno de los cuales tiene irremisiblemente que aplicarse el contenido de cualquiera libro. El Lord Bacon divide el saber humano en historia, filosofía y poesia. Historia es la que nos manifiesta los sucesos que han ocurrido en tiempos pasados. La filosofía nos enseña el conocimiento de hechos generales, respecto á la relacion que los fenómenos tienen entre sí; y la poesia nos presenta un conjunto de ideas reunidas para escitar nuestros afectos.

De las varias obras filosóficas que este célebre autor publicó en beneficio de la humanidad, no es la que menos consideracion merece sus denominados, "*Ensayos*," en los que ha presentado la sabiduría de una manera mas analoga á su carácter, que en ninguna otra ocasion. Todos los objetos se tratan con un laconismo claro é instructivo, coordinando las proposiciones sucesivamente sin adornos intermedios de ninguna especie. Dichos ensayos son la produccion mas popular de cuantas publicó, dedicados esclusivamente á asuntos, y conteniendo ideas que, como él mismo decia, tenían grande acogida en el corazon y negocios del hombre. Frecuentemente se nota en ellos una filosofía profunda unida á una demostracion interesante y un lenguaje verdaderamente poético, y algunas veces presentan una combinacion extraordinaria, como se vé en el siguiente pasaje que traducimos para que nuestros lectores juzguen por sí mismos.

La bondad y grandeza de alma se presenta de varios modos. El hombre que recibe con urbanidad y afabilidad á un extranjero, manifiesta que se interesa por todos los países del globo, y que su corazon no es una isla separada de otros países, sino un continente unido con ellos. Si se compadece de la miseria y desgracia de sus semejantes, demuestra que su corazon es parecido á un árbol saludable que se daña á sí mismo cuando dá el bálsamo que posee. Perdonando y olvidando las injurias que le hacen, nos convence de que sus nobles sentimientos son superiores á toda injuria, y que nada pueden perjudicarle. El que agradece beneficios pequeños, nos

hace ver que aprecia á sus semejantes por sus virtudes y no por el temor de su poder.

Otras varias pruebas del saber profundo de este eminente escritor pudiéramos presentar, pero seria traspasar los limites de nuestro periódico. Por esta razon nos vemos obligados á *volver la hoja*, y á pasar con gran sentimiento de las glorias de un sabio á tratar de las influencias de un cortesano.

En su destino de Canciller mostró Bacon la misma adulacion servil que antes, tanto al rey como á Buckingham, sellando varios instrumentos públicos que eran otras tantas extorsiones en favor de la familia real.

Estos abusos fueron objeto de investigacion del Parlamento, en 1621, y se descubrió tambien que Bacon habia admitido sobornos de consideracion de los pretendientes de la Cancilleria. La Cámara de los Lores nombró una comision para el objeto de aclarar estos sucesos, y á poco tiempo presentó nada menos que veinte diferentes cargos contra él, comprendiendo sumas que ascendian á muchos miles de libras esterlinas; y Bacon con su natural pusilanimidad solo presentó en descargo una confesion despreciable. De resultas fue sentenciado á pagar una multa de cuatro millones de reales, sufrir una prision en la torre de Londres por el tiempo que el rey tuviese á bien, declarado incapaz de obtener empleo ó destino de ninguna especie, y sin opcion á sentarse en ninguna de las Cámaras ni aun de traspasar las verjas de la Corte.

Abatido con la infamia que llevaba consigo esta fatal sentencia, se retiró á la soledad. Durante el resto de su vida á pesar de hallarse atormentado por la censura pública, oprimido con una deuda inmensa, y aun mas por los remordimientos de su conducta pasada, conservaba sin embargo el vigor de su entendimiento, y aquella imaginacion ardiente que se necesita para producir obras de gran mérito en historia, moral y filosofía. En medio de su desgracia sentia un alivio comparándose con tres de los hombres grandes de la antigüedad, Demóstenes, Ciceron y Séneca, los cuales se habían encontrado en iguales circunstancias, y cuando fueron desterrados se consolaban con las letras y la filosofía. Estos ejemplos, segun él mismo nos asegura, le confirmaron en la resolucion de dedicarse exclusivamente á publicar sus obras. Sin embargo, ni la filosofía ni la propia experiencia enseñaron á Bacon la moderacion. Despues de conseguir la libertad que muy en breve obtuvo, y de ser absuelto de la sentencia gradualmente, reuniendo dos pensiones que el rey le concedió una de 1200 libras y otra de 600, ademas de 700 libras de renta que le producía su patrimonio, en todo 2500 libras (250000 rs.) no por eso dejó de vivir gastando mucho mas de lo que podia, cargando con una deuda enorme; pues á pesar de haber pagado 8000 libras antes de su caída, murió dejando deudas hasta la cantidad de 22000 libras (esto es, dos millones doscientos mil rs. poco mas ó menos.)

Las debilidades de Bacon no provenian tanto del concepto que habia formado de sí mismo, como de su ambicion desmedida á que los demás le aplaudiesen y respetasen. Con un poco mas de amor propio bien entendido, habria sido indudablemente mas virtuoso. Cuando el embajador francés lisongeaba su amor propio diciéndole que jamás habia estado en compañía de un ángel hasta entonces, Bacon replicaba: «Si la bondad de algunos me compara con los ángeles, mis fragilidades me demuestran que soy hombre.»

Una prueba convincente del dominio que tenia sobre sí mismo es la siguiente. Estando dictando á su secretario una relacion de ciertos experimentos filosóficos que habia hecho, vino un amigo á comunicarle que el resul-

tado de una pretension que tenia pendiente en la corte le era desfavorable; con la mayor calma le dijo: «Cómo ha de ser», y despidiendo al amigo despues de manifestarle su agradecimiento por sus favores, se volvió á su secretario diciendo: «Está bien, si aquel asunto me ha salido fallido, continuemos trabajando sobre este que está en nuestro poder», y siguió dictándole por algunas horas, sin la mas pequeña alteracion de voz, ni interrumpir sus ideas.

Hasta los últimos momentos de su vida siguió sus investigaciones filosóficas, aun en medio de mil dolencias y achaques, que su estudio profundo, sus diferentes empleos, y sobre todo, los tormentos de la imaginacion le habian acarreado. En el invierno de 1625 ya su salud se hallaba muy desmejorada. En la primavera del año siguiente, estando practicando un reconocimiento por la isla con el objeto de repetir ciertos experimentos sobre la conservacion del cuerpo, se sintió muy malo, atormentado de dolores tan fuertes de cabeza y estómago que se vió obligado á detenerse en Highgate, en casa del conde de

Arundel, donde despues de una semana de sufrimiento espiró el 9 de abril de 1626, á los 66 años de edad.

Los ingleses se vanaglorian de que su pais haya producido este eminente escritor cuya memoria respetan en sumo grado. No por eso, sin embargo, dejaron de condenarle por sus faltas como político; pero tratando del sabio como fundador de la filosofia experimental, debemos en algun modo apartar la vista de sus debilidades en política, y venerar la memoria del libertador del entendimiento humano de la tiranía de opiniones establecidas por la costumbre y el poder, y aquel que echó los fundamentos para que cada uno pensase por sí mismo, y descansase solo sobre verdades deducidas de hechos probados, únicas que conducen al fin que nos proponemos.

La iglesia de la Abadía de St. Alban contiene varios monumentos de hombres ilustres, pero ninguno puede proporcionarle la distincion que posee, encerrando las cenizas del célebre Bacon. La siguiente lámina es una representacion exacta de dicho monumento.

L. G.



SOBRE EL ESTUDIO DE LA FILOSOFIA NATURAL.

La situacion del hombre en el globo que habita, y que parece ha sujetado á su poder, es muy notable bajo diferentes aspectos. Si le comparamos con los demas seres de que la tierra se halla poblada, parece, fijamos la atencion únicamente en su constitucion física, que es muy inferior á ellos respecto á casi todas sus cualidades, desprovisto de los medios de satisfacer sus necesidades naturales, y de defenderse de

los innumerables enemigos que le rodean. Ningun otro animal pasa un periodo tan largo de su existencia en un estado de desamparo tan absoluto, ni llega en su vejez á una imbecilidad tan abatida y digna de compasion. A ningun otro animal ha negado la naturaleza aquel indispensable abrigo, sin el cual son insoportables los rigores de los paises septentrionales, ó las vicisitudes de los climas templados, y apenas ninguno la ha merecido menos armas externas, para atacar ó para defenderse. Destituido de ligereza para evitar los ataques de sus voraces enemigos, y de armas para contrarrestar-

los: muy sensible á las influencias atmosféricas, y no siendo adecuados á su constitución los alimentos ásperos que la tierra ofrece espontáneamente durante al menos las dos terceras partes del año, el hombre si fuese abandonado á sí mismo, sería sin duda alguna el mas desamparado y desgraciado, aun en los climas mas templados y benignos, de cuantos animales existen. Atormentado por el miedo, acosado por el hambre, obligado á usar de expedientes viles para ocultarse á sus enemigos, y de engaños cobardes para destruir y apoderarse de su presa incauta, su existencia sería un continuado suterfugio y estratagemas, su habitación la tendría en cuevas, en las aberturas de rocas elevadas, ó en el hueco de los troncos de árboles; su alimento consistiría en gusanos y reptiles inmundos, ó algunas de aquellas pocas producciones crudas de la tierra que su delicado temperamento puede soportar, variándola alguna vez con los restos que otros animales mas poderosos hayan abandonado, ó despreciado por su elección voraz de otro objeto. Notable solo por carecer de aquellas cualidades y poder que es causa de la seguridad de otros animales y del respeto que infunden, el hombre sería despreciado por algunos, otros tal vez le respetarían aunque siempre con medios de evadirse de él, y algunos en fin le perseguirían de muerte, hasta que en el trascurso de algunas generaciones desapareciese su especie de la tierra enteramente; ó al menos, estaría reducida á alguna de las pocas islas de los trópicos, en las que el calor del clima, la escasez de enemigos, y la abundancia de alimento vegetal, le permitirían prolongar algun tanto su existencia.

Sin embargo, el hombre es sin disputa alguna, el mas grande y poderoso de cuantos animales habitan en el globo. Sus compañeros de habitación mas fuertes y feroces, la ballena, el elefante, el águila y el tigre, son destruidos por él para satisfacer sus deseos caprichosos, ó ya domesticados para servirle ó encerrados para su diversion. Las producciones todas de la naturaleza se buscan diariamente para los usos mas comunes de su vida, y se recojen con mas ó menos prontitud, estraídas no obstante su resistencia de las entrañas de la tierra, de los bosques, del Océano y del aire. Estos son los primeros frutos de la razon. Si estos fuesen los únicos ó al menos los principales, si la mera adquisicion del poder sobre las cosas materiales y sobre los animales menos favorecidos por la naturaleza que nos rodean, si el aumento consiguiente á nuestras comodidades externas y su conservacion y goces, fuese la suma total de los privilegios que la posesion de esta facultad nos confiere, tendríamos, á pesar de todo, muy poco fundamento para vanagloriarnos de poseerla. Pero esto está muy lejos de ser la realidad, pues todo el que pasa su vida en una tolerable mediania, ó mejor diré, el que no emplea exclusivamente todo el tiempo en proporcionarse los medios para satisfacer las necesidades absolutas de su existencia, conoce que hay tambien otras necesidades y deseos en que los sentidos no tienen parte alguna, y tambien una série de penas y placeres enteramente distinta de la que ocasionan el goce de apetitos, ó el sufrimiento de miserias corporales; y si ha experimentado por sí mismo estos placeres ó penas con alguna intensidad, no dudará un momento colocarlos en un rango mas elevado y como merecedores de una atención mas esmerada, que los de la primera clase. El hombre independiente de los placeres de la fantasía y de la imaginacion y tambien del trato social, se constituye en un ser especulativo; contempla el mundo y cuantos objetos le rodean, no de una manera pasiva ó indiferente, ó como si fuesen una porcion de fenómenos que nada le interesan, sino tienen influencia alguna en su situacion presente, ó puede sacar de ellos

alguna utilidad para su comodidad, si los contempla como un sistema dispuesto con orden y designio. Califica de sobrehumana, y siente la mayor admiracion al observar la armonia de todas sus partes, la habilidad y talento del autor de su invencion y ejecucion. Trata de imitar aquellas que mas fáciles le parecen por la idea que forma de ellas, y encuentra que, con alguna imperfeccion y tosquedad, hasta cierto punto consigue su objeto; en otras si bien comprende la naturaleza de la idea, se encuentra completamente falto de medios de imitarlas; al propio tiempo que otras, sin duda las de mas importancia, aunque ve los efectos que producen, las causas que los originan, están igualmente fuera del alcance de su saber y poderío. Estas observaciones le conducen á formar la idea de la existencia de un poder é inteligencia superior á la suya, y adecuada para la produccion y conservacion de cuanto ve que la naturaleza produce: un poder al que puede llamar infinito, pues no solo no vé un término á los ejemplos en que se manifiesta, sino que, por el contrario, halla que cuanto mas profundiza en sus investigaciones, y mas estensa es la esfera en que hace sus observaciones, mas ejemplos se le presentan; y que, como el estudio de una cosa le prepara para entender y apreciar otra, el adelantamiento sigue al adelantamiento, la admiracion á la admiracion, hasta que sus facultades se trastornan con el asombro, y su entendimiento se reduce á sus limites propios, perdiendo toda esperanza de conseguir el fin que se propuso.

Si de la inspeccion de los objetos externos vuelve la vista hácia sí mismo y examina sus facultades vitales é intelectuales, se encuentra que posee un poder de examinar y analizar su propia naturaleza hasta cierto punto, pero no mas allá. En su construccion corporal conoce que puede comunicar cierto grado de movimiento á sí mismo y aun á otros objetos, que este poder depende absolutamente de su voluntad y que estos esfuerzos puede suspenderlos ó aumentarlos dentro de ciertos límites; pero que influencia tiene su voluntad sobre sus miembros, no está á su alcance comprenderlo; de aqui resulta que aunque le consta la posesion de este poder que ejerce, nada hay que le asegure conservarlo siempre, por mas que ansie conocerlo. Sus sentidos tambien le enteran de una multitud de particulares respecto á la parte exterior del mundo, y observa un aparato por el cual se transmiten las impresiones exteriores, como una clase de signos, al interior de su persona, y finalmente á su cerebro, donde conoce que principalmente reside el sentimiento y raciocinio del hombre, pero por qué medios llega á saber el efecto de estas impresiones, y cual sea la relacion íntima de comunicacion que existe entre este ser sensible interior, y la máquina ó aparato, cuyo exterior es el hombre, lo ignora completamente.

L. G.

EL CISNE BLANCO Y EL CISNE NEGRO.

Si el águila es la reina de los aires, el cisne es el rey de las aguas, y su imperio le pertenece como á la mas noble, á la mas graciosa, á la mas animosa de las aves acuáticas. Y sin embargo su nombre genérico, el que podíamos llamar su *apellido*, es vulgar, y por decirlo así, plebeyo; pues que por mucha repugnancia que cueste, por mucho que se ande titubeando en calificar con una

designacion mal sonante á un objeto tan bello, al fin hay que venir á colocarlo al cisne en la familia de los patos. Si bien se considera, la idea poco favorable que generalmente se tiene del pato y de su figura, de su traza proviene de que por lo regular siempre nos le representamos cuando anda por la tierra, y fuera de su elemento en actitudes que no le hacen gracia ni le son tan naturales, pero visto cuando está dentro del agua adquiere muchas ventajas. El cisne por el contrario, tiene muy bien sentada su reputacion de bella y elegante figura, á causa de que se deja ver con menos frecuencia fuera del agua, y no es por consiguiente tan generalmente conocido el desgarbo y torpeza de su modo de andar en que iguala, si no escede, á los ansares ó patos. Por fortuna suya, sus gustos é inclinaciones, sus necesidades y hasta su figura son causa de que adquiera ciertos hábitos que no parece sino que son hijos de una verdadera coquetería ó afectacion, porque hacen que casi siempre esté dentro del agua; y considerándole en ella es sin duda el cisne uno de los seres que pantentizan mas claramente y hacen mayor ostentacion de la maravillosa armonía que reina en la naturaleza. Su cuerpo tiene la forma de un casco de navio; alargado, redondeado, un poco chato por la parte inferior, y luego va disminuyendo hacia adelante de manera que el pecho termina en figura de proa. Ninguna parte saliente á uno ú otro lado ofrece resistencia para nadar, ningun embarazo ni obstáculo encuentra para vogar en todas direcciones. La cola que es de tamaño y forma proporcionada para servir de contrapeso y no de inútil carga, se alza un tanto cuanto sobre el nivel del agua; el cuello destinado á sostener una cabecita pequeña, es tan delgado y fino, que tampoco perjudica su peso á la parte delantera, no obstante su mucha longitud. Los motores que dirijen y dan impulso al navio estan colocados hacia atrás, y seguramente no hay entre todos los palmípedos uno que esté provisto de tan poderosos remos y tan fáciles de manejar como los del cisne. De ellos se sirve, no solo para caminar hacia adelante, sino tambien á guisa de timon, para mudar de direccion, desviarse á la derecha ó á la izquierda, dar una vuelta entera y desandar lo andado. Teniendo quieta y encogida la una pata, ya sea todo á lo largo del vientre, ó ya por encima de la cola, basta la otra sola para arreglar los movimientos del navio con la mayor exactitud, ligereza y regularidad: y cuando entrambas patas trabajan á un tiempo y con todo su poder, adquiere una rapidéz igual á la del paso apresurado de un hombre. Vogando de esta suerte al remo, todavia tiene el cisne arbitrio para acelerar el paso desplegando á manera de velas; si el viento es favorable, entreabre sus alas algo cóncavas, levanta las guías ó plumas largas, las conserva estendidas, y con uno y otro impulso de los remos y las velas, hiende las olas con maravillosa facilidad y ligereza. Dueño del líquido elemento, en que voga con naturalidad y sin el menor trabajo, parece que cuando nada recorre sus dominios con cierta especie de deleite: las aguas y sus orillas le ofrecen efectivamente cuanto puede hacer falta á sus necesidades y placeres, y solo alguna que otra vez se ve obligado á saltar en tierra así como arrastrándose con cierta pesadez. Para recoger los granos, las raíces, las plantas acuáticas, los insectos, los gusanos que le sirven de alimento, no ha menester salir del agua, sino ir costeano las fronteras de sus dominios, y desde allí alcanzarlos alargando á mucha distancia su cuello elástico, flexible y prolongado. Lo mas común es buscar y hallar el pasto sin salir del medio de los estanques, y su modo de manejarse en este caso descubre la admirable prevision de la naturaleza en la organizacion de este animal. Tiene

el cisne lo mismo que los patos, la facultad de volver cabeza abajo todo el cuerpo, zambullir toda la parte anterior de él, y ayudado de su largo cuello llegar con el pico á las plantas y légamo del fondo. Este pico es fuerte, duro, y forma por ambos costados una especie de dientes salientes como los de una sierra de donde parten unos surcos por todo el interior del pico: el animal le llena de légamo, y ayudándose con el paladar y la lengua y por un movimiento rápido y repetido de las mandíbulas, traga solamente lo que le conviene y deja escapar por entre aquellos piquitos ó dienteillos las materias inútiles para su alimento. Como el cisne para todas estas operaciones ha de tener la cabeza casi continuamente sumergida en el agua, se halla dotado de unos pulmones dispuestos de tal manera que le permiten soportar sin ahogarse una larga sumersion. Únicamente en el tiempo de la postura y de la incubacion es cuando los cisnes trasladan á tierra su domicilio, y aun en este caso siempre hacen el nido lo mas cerca del agua que pueden, formándole con yerbas y juncos, en donde la hembra deposita siete ú ocho huevos empollándolos por espacio de seis semanas; y no bien han salido los polluelos, cuando los padres ayudan á su propio instinto llevándolos hacia el agua, y metiéndose en ella para que los hijos sigan su ejemplo como lo hacen en efecto. Así pasan su vida los cisnes dentro de las aguas, en donde aquel conjunto tan bien dispuesto para nadar ó mas bien para navegar, es de un admirable efecto, realizando mas y mas la belleza de su figura el brillo del plumage y la combinacion de los colores. La nieve de los montes no es de mas brillante blancura que la pluma del cisne, desde la estremidad de la cola hasta la frente ó parte alta de la cabeza. El punto en que, terminando esta, empieza el pico, está cubierto de una piel tuberculosa de un color negro muy agradable, que se estiende un poco sobre las mejillas: el pico es gracioso en su figura y proporciones, de color rojo anaranjado, y guarnecido de un filete blanco que corre todo á lo largo de las mandíbulas, y resalta sobre el matiz negrusco de la especie de uña algo corva en que termina la mandíbula superior. El iris (1) es oscuro, y los pies de un negro empañado que tira un poco á amarillento. Es muy difícil explicar al que no lo ha visto, qué cosa tan hermosa es el aspecto de un cisne que con las alas entreabiertas henchidas por el viento, la cabeza alta, el cuello redondeado en ligera y muelle curvatura, se desliza y voga sin esfuerzo visible por la superficie de las olas.

Las costumbres y caracter de los cisnes pueden ser objeto de un estudio interesantísimo. Aunque el instinto social está muy desenvuelto en estas aves, y gustan de reunirse en bandadas, estas grandes reuniones, sin embargo, se dividen en parejas que ofrecen dignos modelos de la fidelidad conyugal. El macho, durante todo el tiempo de la incubacion y á pesar de su aficion al agua, apenas se aleja del nido en donde su hembra está desempeñando sus funciones: defiéndela con fiereza y valor desesperado contra los ataques de todo linaje de enemigos, y cuando los hijuelos han salido, comparte con ella los cuidados todos de su educacion, vogando á retaguardia de la menuda flotilla mientras que la madre la conduce y guía, adelantándose á cierta distancia. No forman los cisnes el lazo conyugal solo para cumplir los deberes paternales, sino que ambos consortes permanecen estrechamente unidos aun despues de que juzgan á sus hijos capaces de vivir independientes, remplazando un dulce y constante afecto á aquellos vivos transportes que periódicamente se renuevan con la vuelta de las estaciones.

(1) Círculo que rodea la pupila del ojo.

Tanta ternura y tanto amor producen en el cisne la pasión violenta de los celos, que suele ser su consecuencia; así es que anda siempre vigilante en zelosa guarda de su compañera, y la llegada de cualquier macho extraño y sospechoso, es señal de una encarnizada lucha, que se prolonga algunas veces días enteros, y rara vez termina sin que uno de los combatientes quede muerto. Los dos rivales, que se acometen á picotazos y aletazos, ponen todo su conato en atrapar uno á otro la cabeza y ténersela sujeta debajo del agua mucho tiempo para ahogarse. Fuera de estas circunstancias extraordinarias en que se ven comprometidos los intereses domésticos mas preciosos, el cisne es generalmente de condicion suave y apacible; y aunque con cierto orgullo y presunción, y nada accesible al miedo, no ejerce especie alguna de tiranía sobre la plebe acuática. Diríase que satisfecho de su poder y fuerza, no cree necesario ejercitarlos; pero

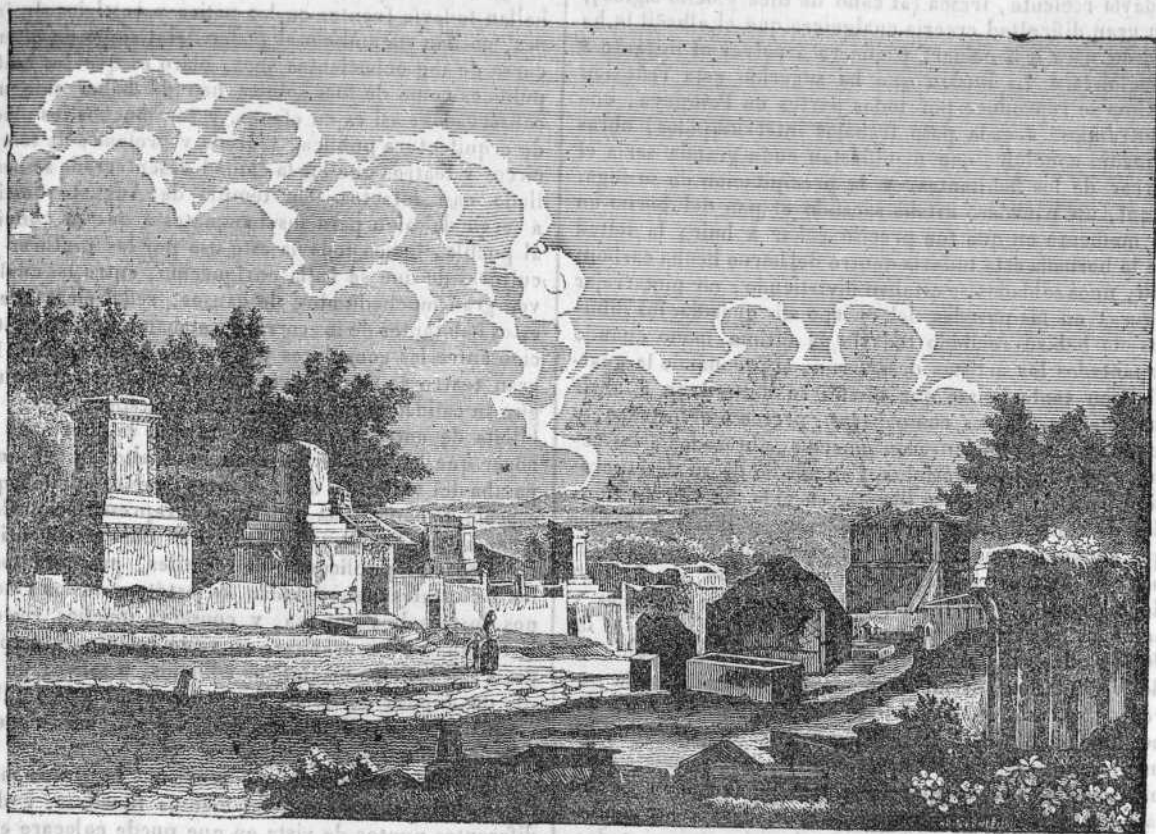
tampoco escusa nunca la pelea, y hasta contra el águila misma se defiende con denuedo, sin que en la lucha de los dos poderosos adversarios, esté muy segura de quedar triunfante la reina de los aires. Por lo demas estas fuertes alteraciones, esta agitacion violenta no son las mas conformes á la naturaleza del cisne; una especie de molicie y ociosa tranquilidad, el sosiego y pacífico reposo constituyen mas bien que otra cosa su estado normal, y la armonia, por decirlo así, de esta hermosísima ave no es completa, sino cuando con su hembra al lado va vogando tranquila y lentamente sobre las olas, y ageno de todo cuidado se rocía con algunas gotas de agua sus brillantes plumas, las arregla y alisa con el pico, poniéndolas y lustrándolas con el mismo esmero, con el mismo aseo y delicada atencion que emplea en su tocador una dama elegante y primorosa.



Estas costumbres de los cisnes que pueblan y adornan los estanques de nuestros jardines, son enteramente iguales á las de toda la especie: quien ve y observa estos hermosos pájaros en los reales jardines del Buen Retiro, por ejemplo, puede figurarse que ha visto aquellos cisnes salvajes esparcidos en los países septentrionales, que tomando vuelo de una fuerza y á una altura poco comunes, acostumbra venirse hácia las regiones mas templadas al acercarse el invierno. La figura y la pluma son idénticas; sólo se distinguen los cisnes domésticos de los salvajes en que no tienen tubérculos en el nacimiento de las mandíbulas, y en que el pico es negro, al paso que los colores rojos y amarillos estan distribuidos en la piel desnuda que cubre su base. En las tierras meridionales de ambos continentes se crian tambien otros cisnes que ofrecen notables diferencias de los que viven en las septentrionales. Los navegantes han observado en las islas Maluinas y en el estrecho de Magallanes cisnes con toda la cabeza y la parte superior del cuello negra, y los rios y lagos de la Nueva-Holanda estan poblados de una multitud de estas aves cuyo plumage entero, á escepcion de las seis primeras guías de cada ala, es tambien de un hermoso y brillante color negro. Estos cisnes todos negros, y los de cabeza negra del estrecho de Magallanes, tienen el pico de color rojo subido, y su aspecto no es menos agradable á la vista, ni menos gracioso que el de los cisnes blancos de otros climas. Las costumbres de unos y otros son idénticas, solo que

algunos han observado en los de las islas Maluinas mas ingenio y solicitud en el cuidado de los hijuelos: dicen que cuando recién salidos del huevo estan debiles todavia, la madre despues de haberles hecho dar un paseo á nado, se los sube sobre el lomo, los abriga con las plumas de las alas, y voga llevando á cuestas toda la pollada.

La carne de los cisnes es negra y dura, y lo único que puede aprovecharse de ellos es el plumon que es fino y suave: hablando en verdad, el cisne no es mas que un objeto de vistosa ostentacion, y no parece sino que la naturaleza le ha criado sin mas fin que el de deleitar los ojos, el cual fin le llena maravillosamente. En la antigüedad se dió crédito por mucho tiempo á la opinion errónea de que el cisne reunia á su belleza una hermosa voz y un canto melodioso; pero la esperiencia ha hecho ver claramente lo contrario, porque ademas de que los observadores mas calmosos no han logrado oir la voz del cisne sino de vez en cuando, su sonido es de lo mas áspero y desapacible que puede darse. Tambien es equivocada la opinion de los que creen que la vida del cisne llega hasta dos siglos, pues si bien calculando por la duracion de la incubacion y las leyes generales de la naturaleza, se le debe suponer bastante longevidad, todavia aunque se le quite de esos dos siglos el uno, hay riesgo de darle mas larga duracion de vida de la que el criador le concedió.



Pompeya.

Herculano y Pompeya tienen en los anales profanos la misma desgraciada celebridad, que Sodoma y Gomorra en las sagradas escrituras: las dos ciudades romanas fueron como las dos ciudades de la Palestina destruidas en un punto, y sepultadas vivas en lo profundo de la tierra. Aconteció la terrible catástrofe, causada por una espantosa erupción del Vesubio, en el año 79 de la era cristiana, siendo Tito emperador. Pompeya y Herculano, situadas ambas en la orilla del mar a la parte sud del volcán, dormían en una seguridad profunda, cuando de improviso llegó su última hora. Herculano se sumergió engolfado en torrentes de lava: Pompeya pereció enterrada por un horroroso diluvio de cenizas y agua, arrojadas del cráter, que combinándose en el aire volvieron á caer transformadas en lodo: uno y otro pueblo desaparecieron enteramente; y tan completo fué el desastre, que ni siquiera se pensó en descargar á aquellas desgraciadas poblaciones de la cubierta funebre, sacándolas de la tumba. Pasó algun tiempo, y ya la superficie del suelo se había allanado; y ya se habían borrado los vestigios que indicaban el lugar en que yacían Pompeya y Herculano; de manera que el viajero podía hollarlas con sus pies, sin sospechar siquiera que iba pisando sobre dos ciudades romanas. Cerca de diez y siete siglos habían transcurrido de esta suerte, cuando unos aldeanos que estaban cabando la tierra para plantar árboles, descubrieron una

parte del esqueleto de Herculano, y de allí á poco, otras escavaciones tambien casuales revelaron la existencia de Pompeya; lo cual sirvió de estímulo para dar principio á los trabajos de exhumación que se han hecho en efecto, encontrando en ambas ciudades una mina inagotable de tesoros arqueológicos. Los libros y monumentos, que habían escapado hasta ahora al rigor del tiempo, no daban razon completa de la antigüedad romana doméstica, sino así como en fragmentos sueltos y aislados, dejando en la investigación de los modernos ciertas lagunas, que las mas fundadas suposiciones y la interpretacion mas ingeniosa solo podian llenar de una manera imperfecta é hipotética, formando un cuadro incompleto y mutilado: pero con el descubrimiento de Pompeya, la antigüedad se ha vuelto á encontrar toda entera, intacta, admirablemente conservada en sus mas diminutos pormenores: allí se la sorprendido, por decirlo así, en fragante la vida de los romanos; se busca, se espera ver salir por entre los edificios arruinados á los habitantes de la ciudad, porque no parece sino que apenas hace un dia, una hora que están ausentes. "Cerca del templo de Júpiter, dice un viajero, hay un bellissimo altar de mármol blanco, recién salido de manos del escultor: los obreros estaban acabando de hacer las paredes que le encerraban; uno de ellos acababa de echar una pedrada de masa, iba ya á extenderla, cuando la funesta

caldisísimos detuvo su mano repentinamente. La obra está todavía reciente, fresca (al cabo de diez y ocho siglos); sin gran dificultad creeria cualquiera que el albañil la ha dejado para ir á comer, y que va á volver al instante á concluirla. La ilusión que ha sugerido esta reflexion última se reproduce por todas partes en Pompeya, encontrándose á cada paso trabajos interrumpidos, obras á medio concluir, que manifiestan cuán grande sería el terror de los habitantes, y la precipitacion de su fuga. Aquí, un panadero estaba sacando el pan del horno en el momento en que fue preciso echar á huir; la mitad de la hornada está todavía dentro del horno hecha carbon; allí, unos soldados se estaban divirtiendo, en pintarrajear figuras en las paredes del cuerpo de guardia: los dibujos no habian recibido todavía la última mano cuando espantados los artistas desertaron, abandonando la guardia con tanta prisa, que ni aun se detuvieron á abrir las puertas á otros compañeros, presos ó arrestados, y los infelices se encontraron muertos, abrazados á las rejas, como haciendo esfuerzos en medio de su desesperacion para arrancarlas y libertar su vida. Se ven las tiendas de comestibles y licores abiertas, y llenas de vasijas que convidan y aguardan á los parroquianos; las tabernas con los mostradores manchados de vino, y señalados de las copas, que llaman á los bebedores; carteles y anuncios que llaman la atencion del público, como el de Julia Felice, hija de Spurias, que pone en conocimiento del vecindario, por medio de un rótulo escrito en la pared de su casa, que tiene para alquilar 900 tiendas y un establecimiento de baños. Estas tiendas, extraordinariamente multiplicadas, conservan todavía sus cartelones y muestras diferentes, que presentan singular analogía con las que usan nuestros modernos mercaderes: los vendedores de leche se anuncian con cabras y vacas pintadas, los de caza, pesca, carnes, etc. con pinturas tambien de aves, peces, carneros, javalies y otros animales; y los farmacéuticos con la efígie de la simbólica serpiente.

No puede explicarse el vivo y profundo interes que inspira el aspecto de esta ciudad, en que no hay objeto alguno moderno que altere y desfigure la antigüedad pura de su fisonomía; y vacilando la curiosidad entre mil serias reflexiones que aquellas ruinas sugieren, no sabe sobre qué particularidad fijarse en aquel conjunto en donde cada parte descubre alguno de los hábitos de la vida romana. Sin embargo, la distribucion interior de las casas particulares, merece estudiarse con preferencia por ser menos conocida que la de los edificios públicos. Las casas de Pompeya, alineadas en calles tortuosas, estrechas, y guarnecidas de aceras, son por lo comun muy bajas, y no tienen ventanas. Una gran puerta da entrada á lo interior; debajo de la cual suele haber un cuartucho para el portero, con dos nichos á los lados en donde estaban atados para servir de centinelas un esclavo y un perro. Las habitaciones estan repartidas al rededor de un patio con el pavimento de mosaico rodeado de una galería sobre columnas abierta y circular: á estas habitaciones solo entraba la luz por las puertas y algunas claraboyas hechas en el techo. Casi todas las casas tenian á la parte de la calle tiendas que por lo regular no se comunicaban con las habitaciones interiores; pero algunas sin embargo tenian puertas hacia la parte interior que confirman la noticia de algunos historiadores de que los propietarios mas ricos no se desdenaban de vender por sí mismos al público el vino y el aceite de su cosecha. La disposicion de las casas de Pompeya es un nuevo testimonio en apoyo de los que opinan que la vida de los romanos era pública enteramente: pues que allí todo se halla calculado para la comodidad y esplendor de los actos exteriores y ceremonias públicas, y na-

da para la comodidad y regalo de la vida privada.

Si las casas particulares, en algunas de las cuales se hallan todavía fuentes en los patios y vestigios de jardines, no han sucumbido al poder del tiempo en el transcurso de mil ochocientos años, claro es que los edificios públicos como de mas solidez han de haber sido mejor conservados: así es en efecto, y son muchos los modelos de arquitectura pública, sagrada y profana; de templos, circos y teatros que en la ciudad desenterrada se han hallado casi intactos. Un templo de Augusto destinado á servir de salon para los banquetes á que se convidaba al pueblo, indica todavía este uso por las pinturas y esculturas de que se halla enriquecido, entre las cuales se ven gran muchedumbre de gansos, señal cierta de que estos habitantes de los corrales estaban en grande estimacion entre los comedores y glotones de aquel pais. En el gran teatro se ven todavía marcados los asientos que segun su calidad y rango ocupaban los espectadores, y un billete de entrada que se encontró á la puerta dá á conocer que los precios no eran muy altos, pues que no pasaba del valor de unos cuantos cuartos el de aquella especie de contraseña dada para la representacion de una tragedia de Esquiles. El *Forum* en donde se ventilaban los negocios públicos y mercantiles, presenta todavía los pedestales que sostenian las estatuas de los ciudadanos ilustres de Pompeya, y conserva muchos restos de la tribuna de las arengas; su vasto recinto está todavía decorado con dos magníficos edificios, á saber: un templo de Júpiter en donde se encerraba el tesoro público, y un templo de Venus en donde tenia sus sesiones un tribunal criminal.

Pompeya ha conservado asimismo la última morada de sus habitantes, sus monumentos fúnebres; y de los diferentes puntos de vista en que puede colocarse el viajero para contemplar la ciudad, ninguno acaso ofrece un aspecto mas interesante que la *via de los sepulcros*. No hay cementerio alguno antiguo que se haya conservado tan intacto y tan completo en su totalidad, ni que presente tan minuciosamente los usos y costumbres de los romanos relativos á sus mausoleos y enterramientos. Este cementerio, situado en una de las puertas de la ciudad, forma una larga y linda avenida; la via pública que es muy estrecha y empedrada con grandes trozos de lava sobre los cuales se echa de ver todavía la señal de las ruedas de los carruages, pasa por entre dos andenes ó aceras, á cuyo lado opuesto se ven colocados lateralmente dos filas de sepulcros. Los mausoleos mas espléndidos están colocados á la parte de delante, y los mas sencillos por el contrario retirados hacia atrás; algunas tumbas solo encierran los despojos mortales de una persona, al paso que otras son sepultura comun de toda una familia; una pared no muy alta separa los límites de cada una, y señala á cada muerto el espacio que le está destinado.

Estos monumentos fúnebres estan contruidos, en su mayor parte, de un mármol pulido de extraordinaria blancura, y trabajados con buen arte y esquisito gusto. Su estructura uniforme presenta generalmente una bóveda, en cuya concavidad estan abiertos los nichos destinados á recibir las urnas cinerarias; en la parte exterior por el frente hay una especie de mesa y asientos de piedra, y era donde los parientes y amigos tenían el convite funeral. Los bajos relieves que adornan algunos de estos sepulcros prueban que tambien los modernos mezclaban la vanidad con el dolor. Gozaban los ciudadanos de alta clase ó de mérito distinguido el privilegio de ocupar en el teatro y en el foro un asiento de honor á que daban el nombre de *bisellium*: consistia este en un banco adornado de almohadones con franjas, ca-

paz de contener dos personas, y sin embargo el privilegiado se sentaba solo, consistiendo por consiguiente la distinción en ocupar doble lugar del necesario. Pues este *bisellium* de honor se ve pomposamente esculpido en muchos de los sepulcros, á manera de los escudos de armas con que nuestros nobles suelen decorar las sepulturas de sus familias. Sobre uno de aquellos monumentos hay grabada una inscripción que prueba que en la antigüedad se conocía, ya que no las inscripciones fúnebres, á lo menos el uso de honrar á los grandes hombres, haciendo su sepultura á costa de la ciudad. La tal inscripción dice que aquel sepulcro se erigió por Allia Decimilla, á su marido Marcus Allius, y á su hijo en un terreno concedido por el pueblo. Hay tambien en Pompeya otros mausoleos interesantes por la semejanza que se halla entre las ideas que envuelven sus adornos, y las de los pueblos modernos: y algunos se ven exornados de alegorías al estilo oriental, como el de Nivolia Tychia construido por ella para sí misma, sus hijos y libertos en el cual se ve esculpido un bajele entrando en el puerto, símbolo del descanso de la muerte. Algunos otros sepulcros son tambien notables por la delicadeza del trabajo y la magnificencia de las esculturas: tales son el mausoleo de Calventius Quietus proclamado por los inteligentes el mas elegante de todos los de la antigüedad, y el de Scaurus enriquecido con preciosos bajos-relieves de estuco, que representan cacerías y grupos de gladiadores, cuya esplicacion está en inscripciones hechas con pincel. Estos sepulcros, como contruidos de materias mas duras y menos accesibles á la destruccion, estan todavia mejor conservados que los edificios públicos y particulares de Pompeya; tan acumulados se hallan en aquel sitio, que el camino que atraviesa por en medio de ellos, y se representa en el grabado que va á la cabeza de este artículo, ha tomado el nombre de *via de los sepulcros*. Por el se va á la ciudad dejando á la izquierda una á manera de posada ó meson grande donde sin duda iban á descansar y reparar sus fuerzas los trabajadores y sepultureros del cementerio. El espectáculo de este fúnebre lugar sirve como para preparar el ánimo del viagero para contemplar la ciudad destruida por el espantoso desastre, y aumenta tal vez la ilusión del espectador: los monumentos que sirven de morada á los muertos parecen tan nuevos y recientes que cuesta dificultad persuadirse á que los que acabaron de construirlos han sido tambien reducidos á la nada hace diez y ocho siglos.

CASAMIENTOS ANTIGUOS.

U no de los efectos mas notables que ha producido la civilizacion, ha sido emancipar la parte mas bella de la creacion, de aquella tutela degradante á que el sexo mas fuerte la habia reducido, mientras la barbarie no tenia código racional en el goce, ó disposicion de los objetos domésticos mas apreciables. Desconocíase la reciprocidad de los deberes matrimoniales, y la felicidad real de la prole era la menor de todas las consideraciones. La mujer era una esclava, amada mientras podía contribuir á satisfacer los caprichos de su tirano, ó estimada mientras que por un manejo económico podía contribuir á mantener el gasto extravagante de su amo, ó aumentar el tesoro de su avaro compañero. La hija, tratada como un animal doméstico favorito, iba creciendo entre cari-

cias hasta llegar á la edad nubil, cuando sin consultar sus inclinaciones, ni por consiguiente su felicidad, era entregada al hombre que podía ser de mas provecho á su insensible padre; en una palabra, la mujer en todo estado era considerada como una propiedad del hombre á quien pertenecía, y no podía nunca llamarse independiente. Este derecho, tan injusto como inhumano, ha sido llevado en algunas naciones á un extremo increíble, tal como el de reclamarlo el poseedor hasta después de su muerte: y para mantener una pretension tan absurda, fue impiamente revestida, sino con obligaciones religiosas, al menos con el carácter de sacrificios propicios á una monstruosa divinidad. Prueba triste son de esto las viudas en la India, que á la muerte de sus esposos se sacrifican voluntariamente sobre su sepulcro.

La práctica de disponer los padres y tutores de sus hijas ó pupilas, ha sido tan remota y tan universal, que pudiera detener la pluma de un escritor antes de condenarla, y hacerle investigar si hay alguna causa oculta en la naturaleza que pueda ó haya podido justificarla. Los escritos mas antiguos del mundo, aun cuando prescindamos de su autenticidad, la mencionan como práctica recibida, sin darle la mas leve sombra de injusticia. En efecto, Moises no solo hace repetidas veces alusion á la costumbre de comprar las hijas á los padres para esposas, con dineros cuando los habia, con ganado á falta de dinero, ó con servicios personales si el pretendiente no tenia mas medios que su trabajo, sino que refiere haber seguido esta costumbre algunos personajes con cuyos nombres se dignaba el Altísimo unir el suyo. El patriarca Jacob se obligó á servir siete años á Laban, como rehadan de sus ganados, porque le diera por mujer á su hermosa hija Raquel; y por falta de alguna formalidad en el convenio, despues de los siete años de un asiduo trabajo, el caprichoso padre dió al mozo la otra hija fea que él detestaba. Una propuesta de otros siete años de sujecion hizo Laban á Jacob por la mano de Raquel, y el enamorado jóven consintió por no perder el fruto del trabajo, y obtener al fin su deseo. En otra parte del Pentatéuco se refiere que el príncipe de Salen, cuando solicitó á Dina, hermana de los doce patriarcas, dijo al padre: Pídeime cuanto quieras, y yo satisfaré tu deseo, con tal que me des la muchacha para que sea mi mujer. En otros pasajes de la Biblia se halla una ley regulando el precio que el pretendiente habia de pagar al padre por la novia que solicitase. Los persas y otras muchas naciones en el Asia, los turcos en Europa, los negros en el Africa, y las tribus independientes en la América conservan todavia esta costumbre en todo su vigor. Un par de camellos es el precio de una linda jóven árabe; el persa que puede dar algunas piezas de telas, está seguro de hallar una compañera á su gusto; un padre turco vende á su hija desde la edad de siete años por una corta heredad, obligándose á entregar la hija cuando llegue á la pubertad, ó restituir la posesion en caso del fallecimiento de la muchacha; y por último, un buen poncho y media docena de yeguas es el precio de una hermosura en las pampas ó en las orillas del Marañon. En una palabra, tal es la práctica en todas las naciones no civilizadas, y aun en otras que lo están en cierto grado. Entre las naciones antiguas, que contamos como civilizadas por el poder y fama de sus gobiernos, como los Asirios, Medos y otros pueblos, la costumbre de disponer los padres de sus hijas era muy varia, pero las jóvenes estaban siempre obligadas á someterse ciegamente á la decision de sus padres. Herodoto, que vivia como 450 años antes de la era cristiana, refiere la costumbre que prevalecia en este punto entre los antiguos babilo-

nios, tan singular en su institucion como divertida en su práctica. En efecto, nada podrá hallarse mas curioso sobre este asunto que la feria anual que se celebraba en cada pueblo del territorio de aquella famosa capital.

En la primavera, cuando toda la naturaleza respira amor, se celebraba en cada pueblo dependiente de Babilonia la fiesta de los casamientos, á la que asistian todas las doncellas casaderas, y todos los jóvenes que se sentian con medios ó con deseos de obtener una compañera con quien emplear sus atenciones. Las doncellas, ataviadas con todo el esmero correspondiente á la importancia de la ocasion, estaban formadas en círculo en un lugar espacioso, con una divisa cada una para ser distinguida individualmente, mientras que los candidatos á los himeneos se paseaban al rededor, observando el mérito personal de cada virgen, y cual podría corresponder mejor á sus inclinaciones. Pasado el tiempo regular de la exposicion se daba principio al negocio del dia; el magistrado tomaba su asiento, el que pudiéramos llamar escribano se sentaba á su mesa, el rematador subia á la tribuna, y el pregonero aguardaba la señal para anunciar la prenda de cada remate. Segun el sistema adoptado era necesario empezar por la mas hermosa, y seguia el catálogo segun el mérito respectivo. Por las primeras se hacian las ofertas mas considerables, y solia haber grande oposicion; adjudicadas las mas hermosas á los mas altos postores, se ponía sobre la mesa el dinero por su orden, segun la cantidad. Es de advertir que el catálogo de las doncellas estaba numerado como nuestros termómetros, con la diferencia de que cero no era un punto extremo sino el templado, esto es, que cero era la doncella que sin ser hermosa no podia llamarse fea, y así formaba el punto medio; cada número sobre cero indicaba un grado mayor de hermosura, y por consiguiente cada grado bajo cero indicaba una fealdad mas notable. Luego que se habia dispuesto de las mas hermosas, el orden de la venta era invertido, ó por mejor decir no era venta sino dote, ofreciéndose la primera doncella, bajo cero, á quien la quisiera tomar con el dinero dado por la otra primera sobre cero, y ascendiendo gradualmente recibia en dote la mas fea toda la cantidad dada por la mas hermosa; idea admirable para asegurar marido á cada mujer, pues por monstruosa que esta fuere, el rico dote la hacia pasadera, y nunca dejaba de haber un mozo, que por falta de gusto ó por afición al dinero, se acomodara con su suerte, retirándose á su casa satisfecho con la novia. La experiencia nos inclinó á creer, que despues de seis meses de vida conyugal, aquellos que se habian acomodado á la escala, bajo cero, se hallaban mas felices y vivian mas tranquilos que los fascinados elevados por su pasion á la mas alta temperatura. Qué opinion formarían nuestras lindas españolas de esta costumbre babilónica, no nos atrevemos á conjeturar, aunque se puede presumir, que serian muy pocas las que mirasen con tranquilidad, cosa puesta en razon, que las ventajas de sus atractivos sirviesen para el beneficio de las feas. Herodoto confiesa que esta es la institucion mas excelente y admirable que habia hallado en el vasto campo de sus observaciones en la historia de las naciones, aunque alguna chistosa andaluza dirá, que aquel caduco historiador griego habia perdido el uso de sus sentidos, y que no podia distinguir la suavidad del raso ó terciopelo de la aspereza del paño burdo ó la tersura del pergamino.

La costumbre de comprar mujeres prevalecia entre las naciones alemanas que con nombre de godos, visigodos, etc., subyugaron el imperio romano, y civilizados despues, la fueron olvidando, pero atendiendo siempre á las ventajas de la familia mas que á la felicidad individual de los desposados, de modo que hasta en nuestros

tiempos, de tan jactado refinamiento, el contrato matrimonial es una venta simulada. No son ahora los padres los que venden á sus hijas, pero son agentes de la venta que ellas hacen de sí mismas por vanidad ó por avaricia. Un titulo ilustre, un empleo eminente en la nacion, por decrepito que sea su poseedor, puede obtener la tierna mano de una doncella en la flor de su edad; y un rico comerciante, por toscos que sean sus modales, si tiene la liberalidad de firmar una dote considerable puede estar seguro de publicar sus amonestaciones con su nombre unido al de la joven que fuere mas de su gusto.

(El Instructor.)

Poblaciones De Rusia.

Está generalmente admitido que no hay circunstancia alguna tomada separadamente mas adaptada para darnos una idea instructiva de la condicion de los habitantes de un pais, que una descripcion de sus habitaciones. En las capitales nos hallamos inducidos á juzgar del poder de los príncipes, y de la riqueza de los grandes por los palacios que habitan; pero en las capitales, particularmente en las naciones europeas, hay tanta semejanza, que á excepcion del número de habitantes, y las consecuencias necesarias de mercados y tiendas, hay una igualdad que no es fácil deslindar. La diversidad de costumbres y modo de vivir nacional ha de buscarse en las poblaciones del interior, que son la residencia de la clase media y de la mas pobre. Qué idea mas exacta de la barbarie de los indios pampas, por ejemplo, podríamos formar por otro medio que una simple descripcion de sus rancherías? una docena de estacas cubiertas con cueros hediondos, un fogan en el medio sin chimenea, y media docena de zaleas para acostarse toda una familia, basta para que conozcamos qué personaje es un cacique y qué gente es un pueblo de indios. Si subiendo un grado mas arriba examinamos los ranchos solitarios de los criollos no solo en las pampas, sino en los campos de Chile y llanos de la Angostura, donde una pared de barro, ó cuando mas de adobe, un techo de paja, un cuero por puerta, y algunas cabezas de caballo por sillas componen toda la habitacion y sus muebles, formaremos una idea de los hábitos y conveniencias de su inquilino. Pero como estos son extremos, no podríamos juzgar justamente de la gente del pais; para esto es necesario observarlas en sus capillas, parroquias ó pueblos.

Cada villa ó lugar de Rusia se compone de una sola calle, larga y ancha, al fin de la cual está la iglesia; está así como las casas, ó mas propiamente casucas, están construidas enteramente de madera, y toda la calle está por lo comun enmaderada, nunca empedrada, pudiéndose decir que el imperio de Rusia se compone de pueblos de palo, pues á excepcion de San Petersburgo, no hay mas casas de piedra ó ladrillo que algunas antes, y muchas despues del fuego en Moscow. Claro está que en Rusia, á excepcion de las dos capitales, no hay tal oficio de albañiles, sino aserradores y esclopeadores, ni se usa la expresion de edificar un pueblo, sino trazar y cortar una ciudad; y el trabajo de los habitantes no está en levantar una casa, sino en ir al bosque, cortar los árboles, y arrastrar los troncos al lugar; los troncos no se aserran en tablas, solo se cortan á ciertas medidas, se les quita la cáscara, se ponen tendidos unos

sobre otros, y se aseguran clavando almagas que pasan por muescas, en líneas de arriba abajo, llenando muy bien los huecos con yerba seca, e igualando últimamente las paredes con una capa de barro.

Las casas en estos lugares son de una forma casi cuadrada, y se componen de un solo cuarto bastante grande; el suelo de palos, y el techo muy empinado cubierto con cipias ó listones de madera; la punta del caballete hacia la calle, y proyectando el techo mas de una vara de la pared en la que hay dos ó tres troneras para que entre la luz, aunque algunas parecen ventanas cubiertas con bejigas de búeyes abiertas y muy estiradas, que sirven de vidrieras. Una cuarta parte del cuarto está ocupada por un grande horno de barro, y sobre el horno hay un entarimado á lo largo que sirve de dormitorio. Si la familia es numerosa, se hace otro entarimado contra la otra pared tres varas de alto del suelo, para que no ocupe toda la casa; así pues, el horno tiene tres oficios muy principales; para cocer pan cuando hay harina, es la cocina para hervir la comida y bebida, y es la estufa para calentar toda la casa. En estas casas de los rusos no hay chimenea alguna, y el humo despues de llenar el cuarto y hasta los pulmones de los habitantes sale por donde puede. Tal es la aversion que los paisanos rusos tienen á las chimeneas, que un noble, estando un invierno en un pueblo de su señorío, hizo chimeneas en las casas de sus vasallos, pero todas fueron demolidas luego que se retiró á la corte.

Los muebles de una casa consisten en tres ó cuatro bancos arrimados á las paredes, una mesa, algunos dormillos, platos de loza basta, sarten y olla de hierro. Pero la cosa mas principal en las casas de Rusia es el Bogh, que es un santo, ángel ó Dios, porque todo lo representa, y ningún paisano ruso pasaría una noche, ni comería un dia sin tener á la vista su Dios penate bajo cualquier nombre que sea; es la representacion de una persona sagrada, y algunas veces semejante á la figura que damos al Padre Eterno. En el tamaño y esplendor varia segun las circunstancias del amo, ó mas bien del ama de la casa, pero cada una se esmera en darle el mejor colorido ó adornarle con cuanto oropel puede obtener ó cree necesario.

Sería un descuido criminal dejar apagar la lámpara que mantienen siempre ardiendo, y una profanacion imperdonable entrar en una casa, y no quitarse el sombrero, hacer tres reverencias profundas al Bogh, y persignarse tres veces antes de saludar á los dueños de la casa. Muchos viajeros respetables como el Doctor Clarke y últimamente el Doctor Lyell convienen en que se puede afirmar que no hay una casa en todo el imperio sin tener un Bogh en el lugar mas distinguido.

En el camino de San Petersburgo á Moscov, á causa del tránsito de los nobles y de la corte, hay lugares con algunas casas de ladrillo, y algunas casas de paisanos de adobes; pero al mismo tiempo se debe observar, que esto no es tanto efecto de refinamiento ni de eleccion como de la escasez de madera por mayor distancia de bosques del comun, porque ha sido necesario el continuo esfuerzo, durante muchos reinados, para desarraigar aun en las clases superiores la aficion á las casas de madera; siendo muy común á principios de este siglo, que cuando un noble ó persona principal se veía obligado por alguna razon política á edificar un palacio ó casa de ladrillo, hacia al mismo tiempo, al lado del jardin, una casa de madera para su habitacion, dejando la grande habitacion para adorno de la calle.

Es una idea jeneral en todas las clases de Rusia, que las casas de madera son mas sanas que las de piedra y ladrillo; y es probable que tengan razon particularmen-

te en un clima como el de Rusia y Siberia. Es indudable que son mucho mas calientes, circunstancia de mucho aprecio en un pais tan frio: otras ventajas importantes son, lo barato del material, lo facil en la construccion, y lo pronto en edificar; los palos no cuestan cosa alguna, y luego que están cortados, en un par de dias están armados y clavados; y el trazar el plano requiere tan pocas reglas geométricas, que cada jóven ruso, cuando se casa, puede hacer su habitacion como los pájaros hacen sus nidos, por imitacion ó casi por instinto. Aun en las casas de gente rica, y por consiguiente compuestas de muchos cuartos, hay la ventaja de poderlas alterar con la mayor facilidad; y trasportarlas de un lugar á otro si fuere necesario, como se podrá ver por la anécdota siguiente.

“La espresion de remover una casa en esta parte del mundo”, dice el Doctor Clarke, “está considerada como una empresa muy trivial. Cuando Sir Charles Gascoigne fue de San Petersburgo como director de la fundicion en Lugan, hizo una visita á un caballero ruso que vivia diez leguas distante de este pueblo. Admirando el director la hermosura, conveniencias y muebles tan apropiados de la casa de su amigo, dijo que daría cualquier dinero por tener una casa semejante en su establecimiento de Lugan. El dueño de la casa respondió, que si Sir Charles admiraba aquella habitacion, estaba á su disposicion, prometiendo llevarla á Lugan y ponerla allí, exactamente como la veía. El precio fue convenido entre los dos, la casa removida en una semana, y el caballero inglés habitándola, del mismo modo que la habia visto antes, y como nosotros la hallamos durante nuestro viaje.”

Despues de esto no debemos admirarnos al oir, que una iglesia parroquial ha sido trasportada de un lugar á otro, con poca mayor dificultad que el cura, sacristan y monacillo.

(El Instructor.)

En un periódico de provincia hemos leído lo siguiente:

La isla de Juan Fernandez ha desaparecido últimamente del mar del sur. Indudablemente fue producida en tiempos remotos por alguna erupcion volcánica, y ahora ha sido destruida por un terremoto. Entre la doble catástrofe que señala su origen y su desaparicion, ninguna historia en el mundo ha hecho menos ruido que la historia de esta isla. Si los paises como los hombres tienen sus glorias personales, la isla de Juan Fernandez ha tenido sin duda la suya en haber dado un asilo al marino naufrago á quien Daniel Defoe dió el inmortal nombre de Robinson Crusoe. Esta isla tomó su nombre de Juan Fernandez, piloto español del siglo XVI, quien se ocupaba en navegar en las costas del sur de América desde Perú á Chile, sin hallar mas enemigos que los vientos del sur: estos con todo eran tan temibles que se consideraba esta navegacion como la mejor y mas severa escuela. En una ocasion le ocurrió, sin consultar el tiempo, si haciéndose mas á la mar podia evitar estos terribles vientos. Hizo la prueba, y halló lo que deseaba viendo deslizar su buque sobre el mar como por encanto. En uno de sus viajes hacia el año de 1572 descubrió una costa que conoció no ser la de Chile, y mas feliz que Cristobal Colon mismo, inmediatamente la puso su nombre. Halló que era una isla, y á su vuelta contó maravillas de ella; pero cuando propuso el llevar allí una

colonia, el gobierno español no se manifestó dispuesto á favorecer su idea. Fernandez con todo se estableció en la isla, pero despues de algun tiempo la abandonó dejando solamente algunas cabras, las que se multiplicaron mucho. Se duda si la España le concedió el dominio de la isla; pero es mas probable que la causa de abandonarla fuese su pasion por el mar, y la vida á que habia estado acostumbrado. Volvió á esta vida aventurera, y se asegura por algunos autores que él fue el primero que descubrió la nueva Celandia.

VARIETADES.

Una esposa.

Ved ahí á vuestra esposa desidiosa y negligente, vagando por la casa con los bolsillos de su delantal rasgados, el vestido sin prender, el cabello despeinado, y calzada con un par de zapatos viejos en chancleta. Siempre fue dejada, y el matrimonio la hace serlo mas. Su cuarto parece una prenderia. Los muebles están manchados de grasa y tinta, y en fin toda la casa manifiesta la falta de una ama esperta y cuidadosa. Es indolente, crédula y de buen corazon. Su marido es tambien pacifico y contentadizo, así es que vayan las cosas como quieran, ni se altera ni lo advierte. Con todo son felices á su manera, y pasan la vida sin inquietud ni cuidados: quien sabe? Tal vez son mas prudentes que aquellos que aspiran á un método de vida de mas refinada comodidad.

Mirad por otro lado á la atrevida dominante matrona, reputada en el círculo entero de sus amigos por mujer de extraordinaria disposicion y despejo: habla recio y en tono magistral, dictando en todas ocasiones, pidasele ó no, su opinion. Podria ella sola gobernar todas las familias de la Cristiandad. Sus planes de economía son comentados cerca y lejos. Su fuerte ha sido siempre el mandar, por lo que al escoger marido ha buscado un imbécil simplon que la deja hacer cuanto quiere. Ella conoce su debilidad, y se aprovecha de esta circunstancia para ejercer su autoridad propia. Sin duda alguna semejante mujer partiria el corazon de un hombre sensible; y un hombre de carácter le partiria á ella la cabeza. Pero ah! en que estado tan celestial de ilusion y ceguedad vive su insignificante marido! Para él no se vió jamás una mujer tan económica, tan hacendosa, tan buena en fin, como la suya; buen provecho le haga.

El carácter de una buena esposa no puede delinearse: ¡posee tantas pequeñas é indefinibles excelencias! Solo aquel cuya vida hace feliz puede justamente apreciar el valor de esta joya inestimable. No hay cosa sobre la tierra de tanto precio que pueda comparársela, y él lo sabe. Ella dulcifica su existencia; es para él un consejero prudente y desinteresado, y sin procurar atraer la atencion hacia ella misma, esparce en torno de su esposo un brillo que sin ella jamás hubiera obtenido.

Los solterones.

Ved ahí al opulento *bon vivant* que mantiene una casa para el solo, que profesa una antipatia inherente y singular á todo el sexo femenino, y que así ha pensado en casarse en su vida, como en arrojarle al mar. Hace muy pocas visitas como no sea á algun individuo de su especie que tiene una mesa parecida á la suya, y por

consecuencia sabe como satisfacer el paladar de su huésped. Si se halla accidentalmente en sociedad donde hay señoras se felicita en secreto de no tener que pagar algun rico prendido ó costoso trage, mientras permite que sus criados malgasten ó se embolsen por lo menos una cuarta parte de sus rentas, y que lo que bastaria á sostener una familia menesterosa sea diariamente consumido para alimentar á una cuadrilla de inútiles animales domésticos. Para él no hay goce mayor en la vida (y rara vez piensa en otro alguno) que una comida bien sazónada, y aunque toda la fragancia y dulzuras de la naturaleza no le afectarian en lo mas mínimo, el olor de un manjar delicado le entusiasma y vivifica.

Hay tambien el pobre oficial retirado que, sin ascensos ha pasado la primavera de su vida en el servicio, reducido por necesidad al aislamiento en que vive en una boardilla, ó constituido en arrimon á la mesa de otros mas afortunados; ó tal vez demasiado orgulloso para esto último, y no teniendo mesa propia para convidar á un amigo, no come nunca fuera de su casa, contentándose la mitad del año con una sopa de vigilia y un trozo de carne fiambre. Si le encontrais en la calle os habla filosóficamente de su amor á sus penates (si es que un hombre que vive en casa de huéspedes puede hablar de este modo) y su inclinacion al retiro. Promete repetidas veces el haceros una visita, pero nunca llega el caso de verificarlo. Hay sin embargo en él una chispa de humana benevolencia, y un rasgo de caridad dulcifica los limitados goces de su vista solitaria. Una parte y no pequeña de sus escasos medios está destinada á mantener á un anciano y decrepito pariente suyo, y lo dá sin murmurar, aunque disminuye considerablemente el corto número de sus comodidades.

Por otro lado se ve al vano y pedante literato de enfadosa é insoportable erudicion. Se eterniza sobre sus empolvados volúmenes dia y noche, y ha escrito tomos enteros sobre todo lo creado. Pero á pesar de sus esfuerzos para asombrar al mundo y legar su nombre á la posteridad, ni él, pobre hombre! ni el mundo han adelantado cosa alguna con su erudita tarea. Es alto, flaco y en extremo fantástico en su language. Su conversacion es incesante, y á no ser tan árida, monotoná y cansada, podria llegar á divertir por sus muchos disparates. Se imagina á sí mismo bajo la proteccion de los personajes mas notables, á los cuales cita en todas ocasiones, y abruma á su auditorio con títulos altisonantes é indigestas relaciones de las infinitas pruebas de favor que dice le han prodigado. Vive en un oscuro y clásico rincón de la ciudad, y una mujer tan extravagante como él que le sirve de ama de gobierno, es la sola en que halla un sincero admirador, pues se ha acostumbrado á prestarle á todos sus relatos, y si pudiera conseguirse de ella el que manifestase su sentir respecto á él (es tan callada como él locuaz) no hay duda que le aclamaría desde luego el hombre mas sábio de la tierra.

Un marido.

Véase al marido perezoso y casero, tan exacto como reloj de sol, que pasa su vida en cominear por la casa, ó por variar, vaga por las almonedas, ó acompaña á su mujer al mercado.

Se altera é incomoda con facilidad, no quiere tertulia ni reuniones en su casa, porque interrumpirian la regularidad de su orden doméstico. Su mujer se ha acostumbrado á la misma exactitud, y este método de vida estaria para él exento de molestias, á no ser porque halla siempre á sus criados incorregibles. Despues que les

ha enseñado por la centésima vez á limpiar un mueble, ó enjugar una copa, tiene que volver á emprender de nuevo su instrucción, y á pesar de todos sus preceptos y ejemplo, nunca consiguen hacerlo con la precisión que el desea.

Ved también al opulento mercader enfrascado en el bullicio de los negocios, en cuyo corazón no cabe otro cariño que el del dinero; pero que conceptúa absolutamente necesario á sus intereses el casarse. Busca pues esposa, no tanto por el deseo de tener una dulce compañera, cuanto una mujer económica á quien poder colocar al frente de su establecimiento. No es pues una mujer con cierta fortuna y espíritu independiente la que le conviene, pues preve muy bien que esta querría gastar su dinero á su antojo, y hacer su voluntad sin adherirse á los planes económicos de su marido, como aquella, cuya fortuna escasa la hubiese sujetado toda su vida á ciertas privaciones. En este supuesto busca una, que necesitando asegurar un porvenir, está pronta á sujetarse á cualquiera sacrificio para adquirirlo, y se amolda por consecuencia al carácter y exigencias de su marido, desempeñando su parte subordinada con entera sumisión. El la trata como una criada mayor. Le pasa un tanto para gastos domésticos, de lo cual tiene ella que darle exacta cuenta. Es puntual en extremo, y no queda nunca á deber un maravedí mas allá del plazo señalado, siendo al mismo tiempo riguroso en reclamar justicia para sí. Es insensible y poco sufrido; su aire es el de un hombre que no ha conocido nunca dificultades, y que se reconoce superior á ellas. Pero su familia no se revela; le mira con reverencia y respeto, aunque él la gobierna á lo despota.

Una viuda.

Mirad á la alegre y jóven viudita; ¡que buen tema para las hablillas al verla caminar con pie ligero, lanzando significantes miradas por entre sus elegantes enlutados crespones!

Se dedica á proteger muchachas casquivanas á fin de atraer siempre en pos de sí un séquito de galanes con el objeto de atrapar si es posible uno para ella.

Apenas tiene lo suficiente para tentar á un cazador de fortunas al paso que su extravagancia asusta á los hombres de prudencia y medianos recursos. Se adorna y atavia, habla mucho, convida y da sarao's, frecuenta todos los paseos para hacerse ver, hasta que se consumen ella y su dinero, y todo sin fruto alguno. Halla, si, muchos caballeros *serventes* que consienten en comer con ella, concurrir á sus bailes, barajar sus naipes y escoltarla á las tiendas y paseos, pero ninguno, por necio que sea, que quiera pasar su vida de aquel modo, ni someterse á la coyunda.

Ved asimismo á la modesta viuda, pobre, destituida y sin amigos discurriendo por las calles con su fúnebre andrajoso atavío, pero conservando algunas reliquias de compostura en el vestir y rastros de pasada belleza en su semblante abatido y macilento. Se casó imprudente por solo amor, y su marido fue uno de aquellos desgraciados mortales que emprenden varios medios de adquirirse el sustento sin acertar en ninguno. Su único recurso es ahora el referir una y otra vez su lamentable historia á todas las *notabilidades* caritativas para quienes consigue recomendación. Escuchan estas sus quejas con muestras de compasión é interés, y hacen poco mas que escuchar y hablar de ello en seguida. Se ve obligada por la necesidad á tratar con cierta clase de gentes á quienes en su juventud hubiera rehusado con

desprecio asociarse, y aun tiene que agradecerles sus favores. Conserva sin embargo algun resto de la independencia de su espíritu. No quiere depender en un todo de la merced de los demas. Consigue vivir bajo techo y atender á sus primeras necesidades á fuerza de trabajar noche y dia y asistir á uno ú dos huéspedes que tiene en su casa. Con todo, es una vida precaria: nadie sabe lo que la infeliz tiene que afanarse para no contraer deudas. Pasa los dias en ansiedad y las noches en vela, sujetándose á dar pasos humillantes para sostenerse, hasta que llegue el término que hace tiempo está esperando, de descansar en la tumba al lado de los suyos.

GROSERAS EQUIVOCACIONES.

HABLANDO DE ESPAÑA.

Pero qué ha de suceder? Viene á España un extranjero (y principalmente uno de nuestros vecinos transpirenáticos), y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda extranjera, donde se reúne con otros compatriotas que se ocupan exclusivamente de la alza ó baja de los fondos en París, ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus patrios usos. Levántase por ejemplo al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el mas corto camino á casa de Mr. Monnier á tomar un baño; luego á almorzar *chez* Mr. Genieys; despues al salon de *Petibon*, y luego al almacén de los *Saboyanos* ó al obrador de madama *tal*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres *¡peste de país!* "no hay nadie en las calles." Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el *tutuli-mondi* al son del tambor, ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. «Vamos á los toros...» gritos, silbidos, expresiones obscenas... *¡oh! le vilain país!* Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota: «*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente*» Sale de allí y baja al Prado al anocheecer; hay mucha gente, pero ya no se ve: «*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve*» Súbese por la calle de la Reina, come en *Genteys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «*Las pequeñas piezas en España son pitoyables*» No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primera fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía, se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: «*Las mujeres en España son extremadamente amables*», dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablar en francés, y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galo*pe, con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en extender sus memorias sobre las costumbres españolas y pintar los románticos amores de Don

Gomez con donna Matilda ó donna Paguita con Don Fernandez. Pasan así quince días, vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo: "*Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur*"; y pillando un trozo de Lesage no duda en adoptar por epigrafe el "*Suivez moi, je vous ferai connaître Madrid*." Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conocería Lesage ni el autor del Manual."

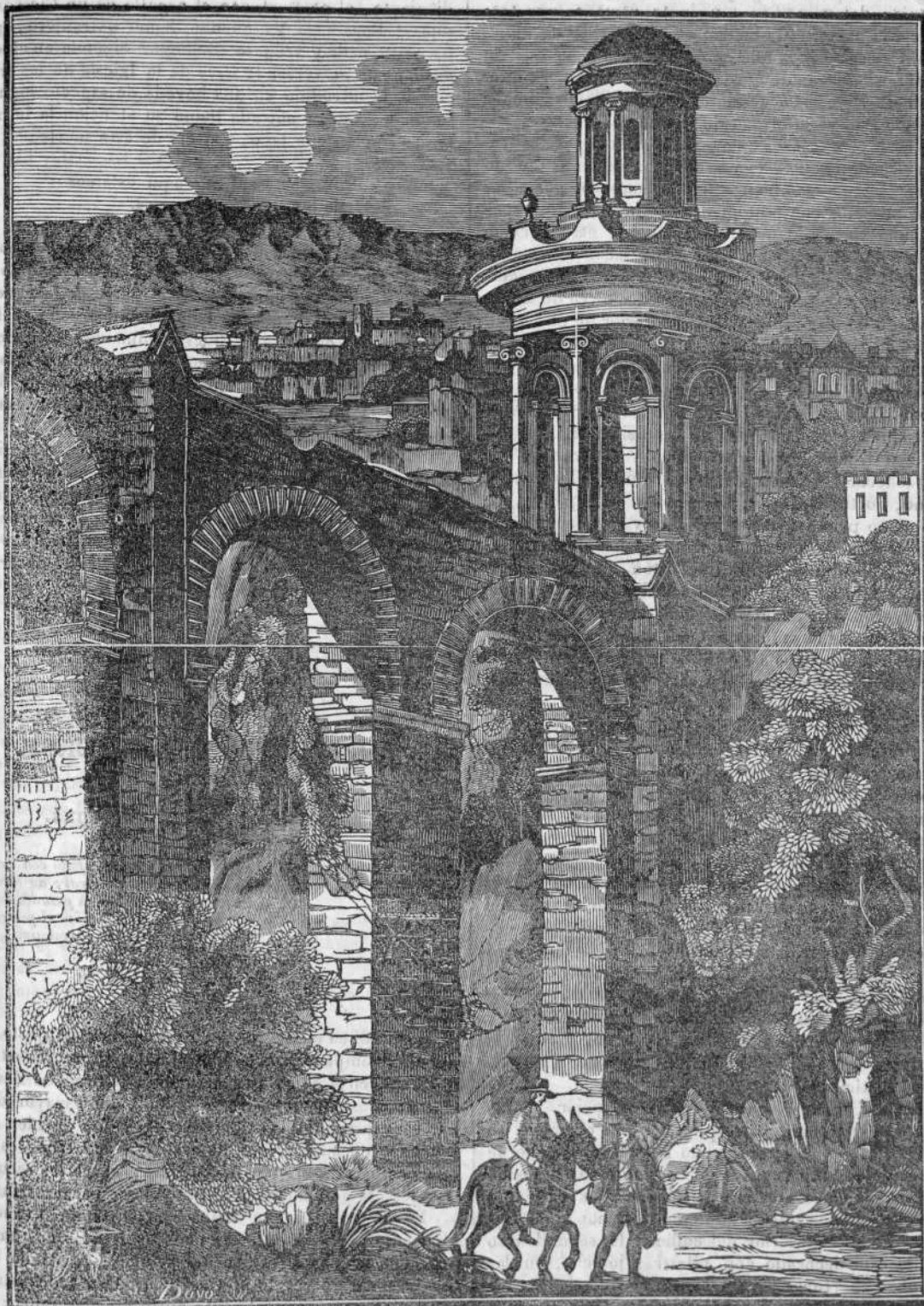
Con esta su inimitable gracia y verdad pintó nuestro Curioso parlante en uno de los artículos de su "*Panorama matritense*" los errores en que los extranjeros incurren al hablar de las cosas de España; de lo cual nos ofrecen continuados ejemplos los periódicos ingleses y franceses.

En uno de estos últimos (*La Mosaïque*) leímos no hace mucho tiempo una descripción de nuestras corridas de toros tan ridículamente desatinada, que no pudiera haberse hecho peor hablando de las costumbres de la China ó del Japon. Pintase al toro saliendo furioso del toril, acometiendo sucesivamente á tres adversarios á caballo (*cavaliers*) cuando los picadores en la plaza no son mas que dos, y á estos sacando el caballo á galope despues de haber clavado y quebrado su lanza, en lo cual se confunde la suerte de picar con la de quebrar rejoncillo de los caballeros en plaza. Dicese que esta operación se repite muchas veces hasta que el toro queda muerto por la cólera, el dolor, y la pérdida de la sangre; y añade el autor de la relación con mucha formalidad: "Algunas veces, sin embargo, estos primeros encuentros tienen un éxito muy diferente: si el de á caballo comete en el momento crítico la menor falta, el

toro embiste al caballo y le derriba á cornadas; entonces, só pena de perder su honor y reputación, el ginete desmontado tiene obligación de tirar de la espada, combatir con el toro á pie, y darle muerte, vengando así á su caballo que huye al otro extremo del circo arrastrando sus entrañas ensangrentadas. Durante el combate, los espectadores atentos al menor movimiento de los campeones, observan la exacta imparcialidad de verdaderos jueces del campo, aplaudiendo lo mismo las cornadas dadas en regla, que las lanzadas de mérito, de suerte que unas veces gritan entusiasmados: *Bravo, toro*, y otras: *Bravo, caballero*."

Las demas circunstancias de la lid están pintadas con la misma extraña ligereza é inexactitud; y no obstante que Madrid está siempre lleno de extranjeros, particularmente de franceses, que asisten á nuestros espectáculos y debieran juzgarlos de otra manera, sobre ellos como sobre todas las cosas de España se tienen al otro lado del Pirineo las ideas mas equivocadas y ridículas. A la relación que hemos extractado acompaña una lámina en donde la plaza de toros, el traje de los lidiadores, y hasta sus actitudes y maneras están representados con la misma falsedad; cosa que parece de todo punto increíble si con tanta frecuencia no se repitiese. Sirva de muestra el siguiente grabado que un periódico extranjero ha dado á luz como imagen fiel de la puerta del Sol de Madrid, y no es por cierto de lo mas desatinado que hemos visto: pudieran tener presentes estos errores los españoles que juzgan de su país por relaciones de extranjeros.





ACUEDUCTO Y CASTILLO EN EVORA.

En el núm. 64 del Semanario Pintoresco dimos á nuestros lectores una vista del templo de Diana en Evora, TOMO II.—7.º Trimestre.

acompañada de una descripción de él, y ahora les presentamos otras antigüedades existentes en la misma ciudad.

3 de Diciembre de 1837.

dad, que fué en otro tiempo residencia de algunos de los reyes de Portugal.

El grabado que acompaña á este artículo representa una porción del magnífico acueducto romano, que termina hacia la parte de la ciudad en un castillo de figura circular. Estos castillos que con frecuencia se ven en los monumentos romanos de esta especie, servían para diferentes objetos. En los acueductos que abastecían de agua á la antigua Roma, se erijan de trecho en trecho castillos que eran otros tantos cuerpos de guardia para la tropa encargada de la custodia y protección de obras tan importantes. Algunos también estaban ocupados por albañiles y arquitectos constantemente dispuestos para reparar cualquier daño; al propio tiempo que otros servían de conductos y de depósitos para poder sacar el agua en aquel punto. Con este último objeto los hemos visto edificar en algunos acueductos modernos. La torre de Evora es un castillo de esta especie. En el interior de él hay un depósito ó registro que contiene una parte del agua que pasa por encima de los arcos; por medio de tubos se extrae el agua allí mismo, en tanto que otros conductos la llevan por bajo de tierra á las diferentes cisternas y fuentes de la ciudad. Los amantes de las bellas artes se lamentan con frecuencia del abandono y destrucción de edificios soberbios que los antiguos romanos levantaron en España, Portugal, Italia, Dalmacia y otros países, dejándolos como pruebas inequívocas y permanentes de su dominación; pero esta fatalidad no ha alcanzado al acueducto y castillo de Evora que están muy bien conservados, y son en el día de tanta utilidad como cuando se construyeron. Los habitantes modernos de esta ciudad beben la misma agua saludable que los antiguos romanos hacían venir á sus casas á fuerza de arte é industria, como unos mil y ochocientos años ha. El acueducto está construido de piedra mezclada con mortero. El castillo es de ladrillo, revocado todo él con el estuco que usaban los antiguos, cuya duración es admirable. Los ladrillos que usaban los antiguos no eran como los nuestros, sino una especie de baldosas de dos pulgadas de espesor; las cocían hasta darlas una dureza considerable, y después por medio del estuco las unían unas á otras horizontalmente, consiguiendo así dar una permanencia á sus obras, que las construidas con piedra á veces no tienen. La liviandad y poca duración de los edificios que en nuestros días se construyen de ladrillo en nada se parecen á los de los romanos del mismo material, en cuyas cualidades deberían fijar algún tanto la atención los arquitectos modernos, mayormente en aquellos puntos en que escasea la piedra. Las murallas del castillo de Evora están tan sólidas que parece se edificaron ayer, y aun más fuertes, pues todos sabemos que el estuco se endurece mucho con el tiempo.

El plan del edificio, que se conocerá mejor viendo la lámina que por ninguna explicación, es circular: su circunferencia, no comprendiendo las columnas que le rodean, es de unos cuarenta pies. Las columnas son ocho y del orden jónico. En cada espacio entre las columnas hay un nicho con una puerta que comunica con el depósito de agua y con el interior del edificio. El segundo piso del castillo está decorado con pilastras jónicas, en las que hay unas aberturas para permitir la entrada á la luz y al aire. Últimamente, corona todo el edificio una cúpula ó bóveda semi-esférica.

Otro objeto hay en Evora que aunque más moderno, atrae la curiosidad de los que visitan esta ciudad, considerado por muchos de sus habitantes más curioso que las antigüedades romanas. Estando allí el sujeto á quien somos deudores del dibujo de nuestro grabado, ocupándose en dibujar el templo de Diana y el acueducto, le

preguntó un portugués si había visto la maravilla de Portugal, la bóveda donde se depositan los huesos humanos en el convento de San Francisco. Contestando que nó el dibujante, el portugués con el orgullo de un Cicerone, le dijo: "Pues haga V. cuenta, Señor extranjero, que no ha visto nada y véngase conmigo." Siguióle en efecto, y después de atravesar la nave de la Iglesia de los franciscanos, le introdujo en una bóveda de aspecto lúgubre y sombrío, á cuya entrada llamó su atención la imponente inscripción que leyó, y decía de esta suerte:

"Nos os ossos que aquí estamos
Pellos vossos esperamos."

Tiene de extensión aquel fúnebre lugar como unos sesenta pies de largo, y unos treinta y seis de ancho. Ocho grandes pedestales ocupan parte de la nave, divididos por mitad á cada lado, y todos ocho se hallan cubiertos de calaveras y huesos humanos, trabados con una especie de estuco muy fuerte, presentando á los ojos del que visita el terrible osario una muchedumbre de despojos de la muerte que no pueden menos de causar una sensación desagradable y melancólica.

Evora dista unas 24 leguas de Lisboa, está situada en la provincia de Alentejo al sur del camino que conduce desde la capital de Portugal á Badajoz y Madrid. Además de contener muchas antigüedades romanas, se encuentran en sus alrededores ruinas y altares del tiempo de los Celtas, curiosas en extremo para el observador anticuario.

L. G.

PANORAMA MATRITENSE.

ANTES, AHORA, Y DESPUES.

*«El tiempo se me retratado con exactitud
en las generaciones vivas; de suerte que
los viejos representan lo pasado; los jóvenes
lo presente, y los niños el porvenir.»*

ADISON.

I.

La filosófica observación de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciría como por la mano á entrar de lleno en aquella cuestión tantas veces agitada de la mayor ó menor corrupción de los tiempos; y después de bien debatida, sucederíamos lo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabríamos decidírnos, entre los recuerdos pasados, la actualidad presente y las esperanzas futuras.

Las mujeres, según la observación también exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, así como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cual de estas dos causas influye principalmente en la otra, á saber; si las costumbres son únicamente la expresión de las leyes, ó estas vienen á producirse como el reflejo de aquellas.

Parece sin embargo lo más acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin; pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó á formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, también

hay otros en que estos se vieron arrastrados por la atrevida mano del legislador.

De todos modos, no puede negarse que la educación es la base principal que sustenta y modela casi a voluntad el carácter del hombre, y de aquí la importancia de las leyes que la dirijan; también habrá de convenirse en que las mujeres están llamadas por la naturaleza a prestar al hombre los primeros cuidados; á inspirarle sus primeras sensaciones, á desenvolver sus primeras ideas; y he aquí explicada también naturalmente la otra observación; ó sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo así, en cada país, en cada ciudad, en cada casa. Mas, cuenta, que no á todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben; muy pocos son los que aciertan á leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

“Mucho mas locas las viejas
son en Madrid que las mozas,
y es natural, porque llevan
muchos mas años de locas.”

LEON DE ARROYAL.

Doña Dorotea Ventosa de quien ya en otra ocasión tengo hablado á mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III; y si bien esta circunstancia no fuese averiguada mas que de ella misma, y del Señor Cura de la Parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoques de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortés osadía de señalar fechas á todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse á colocar la del nacimiento de nuestra heroína á los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas ó menos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del francés, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones, que constituian por entonces la felicidad de las familias; y el respeto á señores padres, y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginación con los juegos infantiles. Enseñaronla á leer, lo necesario para ojear el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida*; y en cuanto á escribir, nunca llegó á hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una mujer. No bien cumplió doce años, y antes que la razón viniese como suele á perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió á trabajar mil primorosas fruslerías, y á pedir á Dios en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco.

El amor paterno velando por su porvenir en tanto que ella dormía y crecía en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo, y no bien hubo cumplido los diez y ocho años de su edad, fue vuelta á la casa paterna y desposada de allí á pocos meses con un hombre á quien ella apenas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una brillante posición, y añadir á sus apellidos siete ú ocho apellidos mas.

Pasó pues sin transición gradual, desde el dominio de la hermana superiora al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran, y tenían mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesía francesa.

Convencidos, no sé si con razón, de lo peligroso que es el aire libre, y el contacto de la sociedad, á la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto extremo; y convertían sus casas en fortalezas, sus mujeres en esclavas, y en austera obligación los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, que sistema tan descortés supone como si dijéramos una sociedad incivilizada, una ilustración en mantillas, y todas las jóvenes darán en el interior de su corazón mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasión del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante; por ahora habremos de reposar la imaginación en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: en este punto hay que alabarla la constancia, que en el día podría hacerla pasar por una nueva Penélope: pero al fin, el primer año pasó; y vino el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano; pero sin espada ni redicilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquín; que entonces las mujeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas. Observó que á su edad (que tenía ya veinte cumplidos) todavía no sabia bailar el bolero, ni cantar la tirana, ni había podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabía qué cosa era el arrojar confites á Manolito García; cosas todas muy puestas en razón y que para servirme de una espresión galo-moderna, *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa siempre era su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado á la entrada, y el Rodrigo siempre en acecho á la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir á enredar las casas) llegó á adivinar que extramuros de la suya había alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. Supo que había teatros y toros, y meriendas, y prado, y abates, y devaneos, y como la privación es salsa del apetito, rabió por los abates y por las meriendas, y por el prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero á todos estos extraños deseos hacia frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad abanzada, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia á su jóven compañera; sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veía en ello un exceso de egoísmo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada en fin de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas alhagüena su existencia; tres hermosos niños vinieron sucesivamente á endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse aun establecido la funesta moda que releva á las

(1) Véase el tomo II de el *Panorama Matritense*, articulo titulado *Las tres terulias*.

madres de este sublime deber; vivía con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron á reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebatase también al papá, y cuando este acontecimiento vino á cambiar la existencia de nuestra heroína, quedó esta á los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince años que revelaba á la mamá en sus lindas facciones, una verdad que apenas había tenido lugar de advertir, esto es, que ella también había sido hermosa.

Las mujeres en general suelen tener dos épocas de agitación y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las dirige, y otra cuando vuelven á recibirlos en la persona de sus hijas. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no había tenido ocasión de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedía aprovecharse de la segunda. Y como es una observación generalmente constante que el que ha sido viejo cuando joven, suele querer ser joven cuando llega á viejo, dejase conocer la buena voluntad con que aprovecharía la ocasión de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le había negado en tiempo.

Escudada con el pretexto de la hija, que suele ser en madres verdes el salvo-conducto de su ridícula disipación, alhagada por la fortuna con una brillante posición social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa á la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la corte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas, observó hasta la extravagancia los mas extraños preceptos de la moda, y como esta lo autorizaba y su posición lo permitía también, supo fijar al dorado carro de su triunfo y disputar á su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabían disimularla sus postizos adornos, su incansable é insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntariosos caprichos.

El tiempo sin embargo iba imprimiendo su huella cada día mas hondamente en aquella agitada persona; pero ella tenazmente sorda á sus avisos, disputaba paso á paso al viejo alado la victoria, en términos, que á creerla tenía el singular privilegio de caminar hacia su origen; pues si un año confesaba cuarenta, al otro no tenía mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos; hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable ruca de las parcas, oponía ella las tijeras de la modista, y la media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; allí donde anochecía un diente de amarillento hueso, la industria corría presurosa á colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba á amanecer la blanca cabellera, el arte sabía correr el denso velo de un elegante prendido.

.....“¿Quién hay que cuente los embelecos; los rizos, guedejas, moños que están diciendo: *Memento calva que ayer fuiste raso aunque hoy eres terciopelo?*”

Ella en fin era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y care-

nado como aquel en que el inmortal Teseo marchó á libertar á los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneración, reponiendo continuamente las piezas que se rompían, en términos que después de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque había desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veía crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que así se llamaba la niña), y mas de una ocasión llegó á disputarla con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella había hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla á los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad, ó como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado á igual reclusión y silencio. Mas fácil era hacerla pasar por sobrina ó por hermana menor, afectar con ella la mayor familiaridad, y renunciar á todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su traje; dejarla correr con sus amigos distinto rumbo, y diversas sociedades, y evitar en fin todo término posible de odiosa comparación.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la joven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazón al primer pisaverde que quiso recogerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente á la terrible oposición de la madre (que quiso entonces usar de un derecho á que ella misma había renunciado con su conducta) é impulsada por el primer movimiento de su pasión, imploró la protección de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galán; y mientras esto sucedía, la mamá, libre ya absolutamente de toda traba y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta á sus caprichos y disipación, llegando á lograrlo en términos que solo fue capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasión de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores á las afueras de la puerta de Fuencarral.

III.

“Ya la notoriedad es el mas noble atributo del vicio; y nuestras Julias mas que ser malas, quieren parecerlo.”
JOVELLANOS.

Dicho se está lo importante á par que difícil del acierto en la educación de una mujer. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la excesiva suspiación paterna y de la opresión conyugal; pero antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van á ofrecernos una prueba mas, de que así es de temer en la mujer el extremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustración y una completa libertad.

Hemos dejado á Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situación nueva, podía tomar su rumbo propio, y reducir á la práctica el resultado de su educación y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serían estos, si traemos á la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exageraciones que no podría menos de escuchar de su boca, contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase á esto el continuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones alhagüenas de los amantes, las pérdidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes á vuelta de las *Keladas de la Quinta* y la *Pamela Andrews*, solían leer la *Presidenta de Turbel*, la *Julia* de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado á lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudiera llegar á corromper su corazón hasta el extremo que era de temer; sin embargo la adulación continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veía celebrado con el título de "amable coqueta"; la irreflexión propia de su edad y de sus escasos conocimientos, pudo á veces ofuscarla contra su verdadero interés; y esta misma veleidad y esta misma irreflexión, fueron las que la guiaron, cuando desdenando otros partidos mas convenientes, dió la preferencia al joven que al fin llegó á llamarla su esposa.

Era este, á decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy á propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Joven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusión de todas las mujeres, cierto, que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecía llamado á conquistar entre los demás hombres una elevada posición social; y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal, ó en una academia; pero en cambio ¿quién podía disputarle la ventaja, en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiración, ó cabalgando á la portezuela de un coche sobre un soberbio alazán? Estas circunstancias, unidas á su buen decir, sus estudiados transportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazón infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexión.

Pudo en fin, Margarita, ostentar sujeto al carro de su triunfo, aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus celosas compañeras; pudo al fin pasear el prado colgada de su brazo; llamarse por su apellido, y darle de paso á conocer á él mismo la superioridad á que le había elevado, y el respeto y el amor que le exigía en justa retribución.

Las primeras semanas no tuvo por cierto motivo alguno de queja de parte de su esposo; antes bien calculando por ellas, no podía menos de prometerse una existencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibía las visitas, ella la que ofrecía la casa, ella la que renía á los criados, ella la que disponía los bailes, ella la que presentaba al esposo á la concurrencia, ella en fin la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Entretanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observación, ni la mas mínima queja, vinieran á turbar aquella aparente felicidad. Margarita, en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente á una mujer casada, pudo desde el siguiente día de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas á larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar á sus discursos cierto colorido mas expresivo y malicioso; ningún capricho de la moda, ninguna extravagancia del lujo estaban ya vedadas á la que podía titularse señora de su casa; y cuando á vuelta de pocas semanas advirtió ó creyó advertir, los primeros síntomas de su futura maternidad... ¡oh! entonces ya no hubo género de imperfinencia que no estuviese en el orden, capricho alguno que no se convirtiese en necesidad.

Llegó en fin despues de nueve meses de sustos y sinsabores el suspirado momento del parto.... ¡Santo Dios! todo el colegio de San Carlos era poco para semejante lance...; pero en fin la naturaleza que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes de que ellos acudiesen

á estorbarla, salió á luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vió saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre "clavadito al padre, bendigale Dios."

Al siguiente día se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habían mediado acaloradas discusiones sobre el nombre que le pondrían al muchacho; volviéronse á renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios; pues que el comun ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustración. Bien hubiera querido el papá, á quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al joven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipion ó Epaminondas; mas por qué tanto la mamá aborrecía de muerte á griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y las Maclovias, y otros nombres así, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo é idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir mas, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado en el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo á la sociedad el contrariarle; así que nuestra joven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada á criar por sí misma á su hijo, y como que sentía una nueva existencia al aplicarle á su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradicción alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma ajitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró á su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada «¿Qué vas á hacer (la dijo) joven deidad á quien yo me complazco en presentar por modelo á mis numerosos adoradores? ¿vas á renunciar á tu libre existencia, vas á trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupación material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan; ignoras el ridículo que la sociedad te promete; ignoras en fin que tu propio esposo, acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tu llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias...?»

«No digas mas», prorrumpió ajitada Margarita; no digas mas;—y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazón. Impulsada por este movimiento, tira del cordón de la campanilla, llama á su esposo, el cual sonríe á la propuesta y conferencia con ella sobre la elección de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen á ofrecerse para este objeto; el facultativo elije la mas sana y robusta; pero la mamá no sirve á medias á la moda, y escoge la mas linda y esvelta; al momento truécanse su grosero zagalaje en ricos manteos de alepin y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos; y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, y retozar con sus paisanos en la Virgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita; y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de *Coralinas* y *Rugeros*, *Amalteas* y *Pharamundos* con otros nombres así descenterrados de la edad media, que

daban á la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecía la casa á los dramas modernos, en que no había unidad de acción; porque el papá, la mamá y los niños, formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relación, que sería de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñáramos en seguir al papá, le veríamos ya desdeñando la compañía de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar día y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al extranjero, y afectar con su esposa una elegante contesania; entrar á visitarla de ceremonia, y rara vez, ó saludarla cortesmente en el paseo, ó subir á su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas ó el color del sombrerillo, entregada después en manos de su peluquero mientras ojeaba con interés el *Courrier des Salons* ó el último cuento filosófico de Balzac; el resto del día empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazón, ostentarlos á su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro, y vivir en fin únicamente para el mundo exterior, representando no sin trabajo el difícil papel de dama á la moda.

Fina y delicada es la observación que nuestro buen Jovellanos, consignó en el bellísimo terceto que arriba queda citado; la moda y los preceptos del gran mundo obligan á muchas mujeres á aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor á la independencia, suelen á veces ser los escudos de la virtud; si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse á los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la mujer no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el interior de su corazón, no todos llegan á distinguir la realidad de la ilusión, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la manía de citar dichos ajenos, no quiero dejar de hacerlo aquí con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que expresan este pensamiento.

“La mujer en opinión
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana
que se estiman por el son.”

Margarita tenía, como queda dicho, un corazón excelente, amaba á su marido y á sus hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañador; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulación por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y á pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de difícil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudieran apellidar, vasallage de la moda, habia apartado de su lado á los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Coralina, colocándolos en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los mas puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos cuando por acaso solian verla, la miraban con la estraneza y cumplido que era consiguiente.

No paró aquí su desconsuelo; el esposo que hasta allí habia dado libre rienda á sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó á apasionarse verdaderamente de otra mujer, y á hacer sentir á la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el extremo contrario, ó sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, ó fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vió renovarse en su corazón el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades, la echó en cara su disipación y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin no pudiéndose resignar esta á continua reconvencción, huyó del lado de su esposa dejándola abandonada á su desesperación y á sus remordimientos.

Quedóla pues por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocían ni la debían nada, y por consecuencia no la tenían amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil vaciar sus primeras inclinaciones, darles á conocer mas sólidas ideas. Arturo era ya un muchachuelo fatuo y presumido, charlatan y pendenciero que saludaba en francés, cantaba en italiano, y escribía á la inglesa; que llamaba de tú á su mamá y terciaba en todas las conversaciones; que huía de los muchachos y los hombres huían de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad. Coralina era una niña prematura, apasionada y tierna por extremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormía los ojos, y hablaba con él; y chillaba al ver un raton, y aplaudía en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponía colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con espresion el *tenero ogetto* y el *morir per te*.

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situación, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuación de la imprudencia de su esposo; vió en Coralina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma, víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba á sus hijos; y no pudiendo resistir á esta terrible idea, sucumbió de allí á poco tiempo, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad empero, recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado á la abuela y á la madre, modeló tambien á los nietos, y estos servirán de fiel continuación de aquel drama; y, no hay que dudarlo, lo que fue *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *después*.

El Curioso parlante.

TEATROS.

CARLOS II, drama histórico original en cinco actos y en verso: por *Don Antonio Gil y Zárate*.

El nombre del autor de este drama, que goza de una bien merecida reputación entre los literatos, no pudo menos de prevenir favorablemente al público hacia su obra: así es que el concurso fue numeroso desde las primeras representaciones, y como la impresión que hizo en los espectadores fue varia, apenas ha quedado habitante de Madrid que no haya querido juzgar de ella por

sus propios ojos. Nosotros también la vimos, y la hemos leído impresa (1), y por cierto que no sin gran temor y casi hasta repugnancia, vamos á aventurar sobre ella algunas reflexiones.

Por de contado el drama pertenece entera y completamente á la moderna escuela, y de tal suerte, que hay quien le supone escrito para rivalizar con las mas exageradas obras de Victor Hugo y Alejandro Dumas, y quien juzga conseguido enteramente aquel objeto. Ajustándole pues, á esa norma, si tal puede llamarse, no hay que criticar en el Carlos II, porque el mas desahogado romántico no podrá tacharle de sujeto y encadenado por trabas de ninguna especie. La historia no ha impedido el vuelo á la imaginación del autor, pues no ha titubeado en dar una hija al impotente, último vástago de la casa de Austria, y en hacer inquisidor tirano, fraile impío y sacrilego, monstro sangriento y feroz al buen padre Maestro Fr. Froilan Diaz, virtuoso y perseguido injustamente por el tribunal de la fé. Las reglas literarias, yugo insostenible á los modernos escritores, tampoco han servido de estorbo en esta composicion, pues casi todas ellas se traspasan empezando por la de unidad de accion, como que no habrá quien pueda decidir si el objeto del drama es la debilidad, demencia, y fanatismo del rey, ó los amores de su padre confesor. Tan patente es que el poeta habia concebido un cuadro complicado y sobremano estenso, como que las figuras que coloca en él son las siguientes:

Inés.—El rey D. Carlos II.—Fray Froilan, *confesor del rey*.—Florencio, *page del rey*.—El cardenal Portocarrero.—El inquisidor general.—El conde de Oropesa, *presidente de Castilla*.—El conde de Montalto, *presidente de Aragon*.—El conde de San Esteban.—El conde de Frigiliana.—Harcourt, *embajador de Francia*.—Harrach, *embajador de Austria*.—El vicario de las monjas del Rosario.—El prior de Atocha.—El prior del Escorial.—Un comisario de la inquisicion.—El Tremendo.—Un tahonero.—Un armero.—Un tabernero.—Un alguacil.—Un criado del conde de Oropesa.—Un Ugier de Palacio.—Un oficial de la guardia.—El capitán de los soldados de la fé.—Un monge del Escorial.—Agentes 1.º y 2.º del motin.—Hombres 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º del pueblo.—Mujeres 1.ª y 2.ª del pueblo.—Muchachos 1.º y 2.º del pueblo.—Un capuchino.—Dos sacristanes.—Grandes, Señores, criados del rey, criados de Oropesa, pages, guardias, alguaciles y familiares de la Inquisicion, soldados de la fé, hombres, mujeres y muchachos del pueblo, y frailes de Atocha.

Tan extraordinaria muchedumbre de personajes ha querido el Sr. Gil hacer intervenir en su drama, y ciertamente solo á fuerza de ingenio pueden manejarse tantas y tan contrapuestas figuras, no siendo por lo tanto extraño que haya muchos caracteres mal sostenidos y algunos contrarios con la historia. Si en la parte literaria hemos hallado estos reparos, también en contraposicion de ellos podemos elogiar en general la versificación, que ciertamente con un poco mas de detencion pudiera haberse igualado en toda la obra, evitando el que en ciertas escenas apareciese desmayada y floja.

Bajo otros puntos de vista puede mirarse el drama de Carlos II, y dar lugar á muchas consideraciones morales y políticas. Estas últimas no son de la incumbencia de nuestro periódico, y en cuanto á las primeras, en cuanto al objeto moral que en todas las obras literarias debe resaltar, tal vez nos encontraría el Sr. Gil demasiado severos. No osamos por lo tanto estender este juicio crítico, ni del argumento daremos menuda

cuenta á nuestros lectores, porque los que hayan leído la Cornelia Bororquia, ó recuerden la pasion de Claudio Frollo hacia la gitana Esmeralda de Victor Hugo, encontrarán en nuestro extracto muy poca novedad; y el autor nos quedaría muy poco agradecido á que despojásemos á su asunto del encanto de la versificación en que ha sabido anegar, por decirlo así, sus defectos.

La ejecución de este drama ha sido una nueva prueba de que nuestros actores se esmeran en adelantar, y estudian profundamente sus papeles. Pocas cosas hemos visto hacer mejor á Garcia Luna. El Sr. Romea mayor procuró llenar un papel de difícil desempeño; su hermano nos pareció algun tanto tibio en el del pagedillo enamorado; hasta el prior de Atocha era todo un prior de Atocha, capaz de hacer dudar á cualquiera si en efecto lo habia sido.

EL BOA.

Aunque dimos á nuestros lectores una idea de este monstro en el núm. 48 del Semanario, añadiremos aquí algunas otras noticias acerca de este espantoso reptil que el adjunto grabado representa en la actitud de cojer un conejo.

Uno de los objetos mas interesantes de la brillante coleccion de animales que posee el propietario de los jardines zoológicos de Surrey en Londres, y que hemos visto varias veces, es el Boa llamado *constrictor*. Enroscado en un cajon grande por cuyo enrejado superior se le puede observar con toda comodidad, este reptil enorme permanece por semanas enteras en un estado de inmovilidad y como aletargado. La propiedad que tiene este animal de no necesitar alimento sino muy de tarde en tarde, explica esa inacción en que pasa la mayor parte de su vida. Pero cuando el hambre le apura despierta de su letargo, se levanta en busca de los medios de satisfacerla, y la voracidad de su apetito es tan admirable como su anterior apatía. Estando el Boa encerrado solo come una vez al mes ó cada mes y medio, pero traga conejos ó liebres enteras, gallinas y otras aves aun mayores si se las echan dentro de la prision. El artista que sacó el dibujo del grabado que va al fin de este artículo, ha visto al Boa en la misma actitud en que se representa. Creyéndose un día que llegaba el momento de necesitar comida, le metieron en el cajon un conejo vivo. El pobre animalillo permaneció algunos dias sin que el Boa le hiciese daño alguno, tanto que el inocente llegó á perder el miedo y á familiarizarse con su terrible enemigo. Estando el artista observando el contraste que formaba tan desigual pareja vé levantarse repentinamente al reptil, el que abriendo su terrible boca, hizo ademan de acometer y devorar al inocente gazapo que estaba retezando al extremo opuesto del cajon. Pero como si su apetito no fuese demasiado vivo, se volvió hacia atras estando ya á una pulgada de su presa, y se sumergió otra vez en su letargo acostumbrado. El conejillo, ignorante del peligro en que habia estado, principió á jugar y brincar entre las roscas escamosas de su compañero; pero el escargado del cuidado de los animales aseguró que su existencia sería muy corta, y que al dia siguiente sería devorado por el Boa sin remedio ninguno.

Todas las diferentes especies de serpientes se mantienen de animales. Las especies pequeñas devoran los insectos, lagartos, ranas y caracoles de tierra; pero las grandes, y especialmente el Boa, acometen y devoran con frecuencia cuadrúpedos bastante grandes. Al apoderarse de una víctima tan pequeña como el conejo, el Boa se le

(1) Se halla venal en la librería de Escamilla.

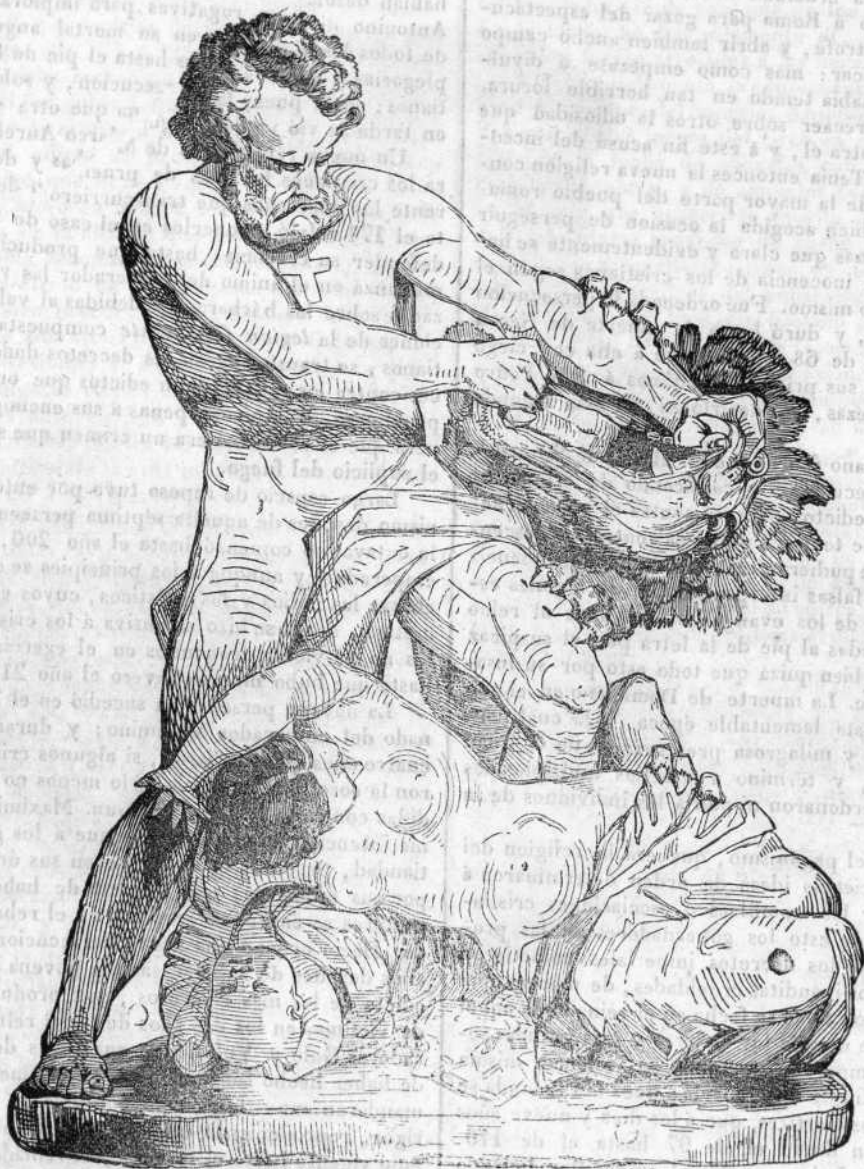
traga sin la menor dificultad; pues la construccion particular de la boca y tragadero de esta clase de serpientes los hace en extremo elásticos, pudiéndolos ensanchar hasta el punto de recibir animales de un tamaño mucho mayor que el diámetro de sus cuerpos. Pero al atacar el Boa á un cuadrúpedo grande, tal como un ciervo, una cabra montés ú otro animal semejante, lo primero que hace es enroscarse al rededor del cuerpo de su presa, y quebrantarle los huesos principales con su gran poder muscular, reduciendo mucho por este medio las dimensiones de su victima, y despues de continuados esfuerzos consigue tragar el objeto de su voracidad, presentándose el mónstruo tan horroroso y repleto que parece que va á reventar. Algunos aseguran que el Boa *constrictor* ha acometido y destruido aun á los búfalos y tigres, por el medio arriba indicado, pero nos limitaremos ahora á presentar una relacion fidedigna que prueba el apetito voraz de estas serpientes, refiriendo lo ocurrido con una que se trajo á Europa de Batavia en 1817.

Esta serpiente era bastante grande pero no de las mayores de su especie. Pusieron una cabra viva en el cajon en que estaba encerrada, y despues de mirarla por algunos segundos la tocó con la lengua; separando en seguida la cabeza y acometiendola con denuedo trató de cogerla por el pescuezo. La cabra con un valor digno de mejor suerte, recibió al mónstruo con los cuernos. La

serpiente se retiró, pero para volver al ataque con una seguridad destructora y mortífera. Coge á la pobre cabra por una pata; tira violentamente de ella y la echa por tierra, enroscandose despues con una velocidad increíble por todo su cuerpo, y cargando el mayor peso sobre el pescuezo. El infeliz cuadrúpedo moribundo en pocos instantes, no pudo hacer el menor esfuerzo para evadirse. Algunos minutos habian pasado despues de morir la cabra, cuando la serpiente principió á desenroscarse gradualmente, y desembarazada completamente se preparó para tragarse la victima. Despues de haber lamido todo el cuerpo, de la res principió á comer por la cabeza; pero el tragarla con los cuernos de mas de cinco pulgadas de largo, hacía esta operacion algo difícil. En cosa de dos horas desapareció el cuerpo de la cabra completamente. Mientras la serpiente trataba de tragarle, con esfuerzos continuados y extraordinarios, causaba horror el mirarla; á cada instante parecia que se ahogaba; sus carrillos estabau tan hinchados que se creia iban á reventar, y los cuernos de la cabra se mostraban dispuestos á romper la piel escamosa del mónstruo. Despues de concluida la comida el boa tenia un diámetro doble que el ordinario. No se movió de la postura en que se habia colocado por muchos dias, y nada era suficiente á hacerla dejar el entorpecimiento en que se hallaba.

L. G.





PERSECUCIONES

CONTRA

EL CRISTIANISMO.

Catorce grandes persecuciones sufrió el cristianismo, ó como dijo poéticamente Chateaubriand, catorce grandes batallas se le dieron bajo los emperadores romanos, y cada una de ellas fue una victoria; en cada una de ellas corrió á raudales la sangre de los cristianos, y cuanto mas soldados perdía el cristianismo, mas y mas fuerte se hacia y poderoso, porque el martirio de los fieles ha sido uno de los medios mas enérgicos de triunfo y de

TOMO II.—7.º Trimestre.

propagacion de la religion cristiana. Aun no habia transcurrido un año despues de la muerte de Jesucristo, cuando ya contaba la cruz adoradores y mártires: San Esteban condenado á muerte en Jerusalem nueve meses despues del suplicio de su maestro tuvo la honra de ser inscripto el primero en el catálogo de los héroes de la fé. Esta persecucion produjo ciertamente gran muchedumbre de victimas, pero no tuvo sin embargo el carácter de

10 de Diciembre de 1837.

una medida jeneral, siendo dirigida mas bien contra individuos cristianos que contra el cristianismo.

La segunda persecucion empezó en el año 64 de nuestra era, bajo el reinado de Neron. En uno de los arrebatos de su furiosa crueldad habia hecho este emperador prender fuego á Roma para gozar del espectáculo de una gran catástrofe, y abrir tambien ancho campo á su manía de edificar: mas como empezase á divulgarse la parte que habia tenido en tan horrible locura, se le ocurrió hacer recaer sobre otros la odiosidad que iba levantándose contra él, y á este fin acusó del incendio á los cristianos. Tenia entonces la nueva religion contra sí la enemistad de la mayor parte del pueblo romano, y así fue muy bien acogida la ocasion de perseguir á sus sectarios por mas que clara y evidentemente se hallase demostrada la inocencia de los cristianos segun el testimonio de Tácito mismo. Fue ordenada la persecucion por edicto público, y duró hasta la muerte de Neron ocurrida en el año de 68; procedióse á ella con ciego furor y contó entre sus primeras víctimas á San Pedro y á San Pablo, cabezas, por decirlo así, de esta segunda série de mártires.

El atroz Domiciano fue el que en el año de 90 ordenó la tercera persecucion, y calificando de crimen al cristianismo en un edicto, decretó contra él penas crueles ó por impulso de temores políticos contra los descendientes de David que pudieran restablecer la independencia de la Judea, ó por falsas interpretaciones de algunas expresiones figuradas de los evangelios, relativas al reino de Jesucristo, tomadas al pie de la letra por el suspicaz emperador, ó mas bien quizá que todo esto por su insaciable sed de sangre. La muerte de Domiciano en el año de 96 puso fin á esta lamentable época, á la cual pertenecen el martirio y milagrosa preservacion de S. Juan el del Apocalipsis, y terminó á aquellos multiplicados suplicios que no perdonaron ni aun á los individuos de la familia imperial.

Los intereses del paganismo, que era la religion del estado, unidos á ciertas ideas de órden determinaron á Trajano á defender las asambleas ó asociaciones cristianas; pero á pesar de esto los gobernadores de las provincias traspasando los decretos imperiales cometieron contra los cristianos inauditas crueldades, de manera que la cuarta persecucion tiene su fecha en el reinado de aquel espual ilustre, de uno de los mejores y mas grandes soberanos que han imperado en Roma. La violencia misma del rigor hubo al fin de apaciguarle; pues tan fecunda se hizo la sangre de los mártires, que á los diez y nueve años que transcurrieron desde el de 97 hasta el de 116 un gobernador de Judea escribía al emperador diciendo que no habia ya verdugos bastantes para herir á todos los culpables: Trajano entonces ordenó que la persecucion cesara.

El advenimiento al imperio de Adriano que también por consideraciones políticas se creyó obligado á aplicar vigorosamente las leyes que proscribían el establecimiento de un nuevo culto, fue la causa que suscitó contra el cristianismo la quinta persecucion. Duró esta desde el año 118 hasta el de 126, en que, persuadido el emperador por los discursos de un obispo y de un filósofo cristianos dió orden de interrumpir los suplicios; sin embargo hacía el fin de su reinado se renovaron parcialmente, produciendo todavia otros mártires que vinieron á ganar para su fé nuevos discípulos.

En el reinado de Antonino tuvo principio la sexta persecucion. El emperador mas bien que prescribirla puede decirse que la toleró, pues que únicamente prohibió la lectura de los evangelios que desviaban al pueblo de los altares de los falsos dioses; pero las autoridades ro-

manas confundieron á los cristianos en la sententia dada contra sus Escrituras, y otra vez quedó proscrita la religion de Cristo por espacio de quince años (desde el 158 hasta el 153). Grandes calamidades públicas, el hambre, el incendio, las inundaciones, los terremotos habian desolado el imperio en el 153, cuando el piadoso Antonino dispuso rogativas para implorar la compasion de todos los dioses, y en su mortal angustia llevó sus plegarias y aun sus votos hasta el pie de los altares cristianos; cesó, pues, la persecucion, y solo muy de tarde en tarde se vió ya caer alguna que otra víctima.

Un nuevo reinado, el de Marco Aurelio, renovó para los cristianos los dias de pruebas y de gloria, y durante los doce años que transcurrieron desde el 161 hasta el 174 volvió á ponerlos en el caso de dar la vida por defender su creencia; hasta que produciendo una gran mudanza en el ánimo del emperador las victorias alcanzadas sobre los bárbaros, y debidas al valor y á las oraciones de la *legion fulminante* compuesta toda de cristianos, se transformaron los decretos dados hasta entonces contra los cristianos en edictos que ordenaban se les protegiese, é imponian penas á sus enemigos, en tal manera que el acusarlos era un crimen que se castigaba con el suplicio del fuego.

Largo espacio de reposo tuvo por entonces el cristianismo despues de aquella séptima persecucion, pues que la octava no comenzó hasta el año 200, siendo Severo emperador, y aunque á los principios se decretó tan solo contra los judios y los gnósticos, cuyos excesos merecian castigo, luego se hizo estensiva á los cristianos, los cuales no se vieron tranquilos en el ejercicio de su culto hasta que hubo muerto Severo el año 211.

La novena persecucion sucedió en el 235 bajo el reinado del emperador Maximino; y durante los veinte y cuatro años que mediaron, si algunos cristianos recibieron la corona del martirio, á lo menos no se tomaron medidas contra la iglesia en comun. Maximino tampoco tenia intencion de castigar mas que á los gefes de la cristianidad, pero aun esta vez fueron sus órdenes escedidas por sus ministros, que despues de haber herido á los pastores se encruelcieron contra el rebaño. El emperador Decio ordenó una nueva persecucion (año 249) diez años despues de haber cesado la novena por medio de un edicto de los mas rigurosos, que produjo gran número de víctimas en los dos años de aquel reinado. Los emperadores Galo y Volusiano, sucesores de Decio despues de haber hecho suspender por un momento los suplicios, mandaron muy luego que continuasen las medidas de rigor, reproduciendo el edicto de su antecesor, que siguió vigente hasta el fin de aquel reinado.

En el año 257 renovaron Valerio y Galiano el edicto de Decio, que era un decreto de proscripcion general contra el cristianismo, añadiendo á los anales cristianos la oncena persecucion. Duró esta unos tres años, al cabo de los cuales gozó la iglesia por espacio de otros trece de una profunda tranquilidad, turbada únicamente por algunos actos aislados de opresion ó de violencia en las provincias mas alongadas.

La duodécima persecucion acaecida bajo el imperio de Aureliano cesó en poco menos de dos años, y fue seguida de una larga tregua que duró desde 275 hasta 303. Y aunque en este tiempo de paz fue cuando ocurrió en el Valés el martirio de la legion Tebana (en 286), mas bien acaso debe considerarse aquel célebre suceso motivado por razones de disciplina, que ocasionado por causas religiosas. La legion entera que se componia de cristianos rehusó asistir á un sacrificio que se hacía á los falsos dioses concurriendo todo el ejército, y entonces el general romano condenó á muerte á los soldados que la

formaban, mas bien en concepto de rebeldes que de cristianos.

Los nombres de Diocleciano y Maximiano han quedado asociados á la persecucion decimotercia, que fue una de las mas largas (de 303 á 325) y de las mas violentas, cuya odiosidad debe recaer totalmente sobre el emperador Galerio: él fue quien despues de haber obligado por la fuerza y por la astucia á Diocleciano y á Maximiano á promulgar el edicto de proscripción, le aplicó con rigor impio luego que llegó á regir el imperio en union de Constancio Chloro en 304; y solo mandó suspenderle en 311 llevado de la idea de que una enfermedad dolorosa que le habia acometido haciéndole padecer crueles tormentos, era efecto de la venganza del Dios de los cristianos, á quien procuró aplacar dejando de proscribir el culto de sus altares. Pero muerto Galerio, los emperadores Maximino y Licinio volvieron á su vigor las leyes promulgadas contra los cristianos; y, especialmente entre los años de 320 y 324, Licinio desplegó una severidad excesiva contra los adoradores de la cruz: Constantino, quitándole la vida juntamente con el trono, fue el que dió fin á esta persecucion.

Parecia que la conversion de Constantino debia terminar los tres siglos de pruebas al través de las cuales se habia engrandecido el cristianismo con tal vigor, que ya se estendia mas allá de los remotos limites del imperio. Hecha la religion cristiana religion del estado, y apoderada hasta del trono imperial, no habia apariencias de que debiese temer nuevas persecuciones; sin embargo, todavía no estaba cerrado definitivamente el catálogo de sus mártires. Las medidas de rigor tomadas por los emperadores Constancio (337) y Valente (366) sectarios de Arrio, fueron dirigidas, cierto, contra el catolicismo únicamente y no contra las creencias cristianas, pero entre uno y otro emperador, Julianó apóstata se desencadenó contra el cristianismo en general, y abrió la decimocuarta persecucion de las emanadas de los Césares, que duró un año, y no fue de las menos violentas.

Esta fue la postrera de las persecuciones que tuvo que sufrir el cristianismo. Hasta veinte y seis cuenta la iglesia, pero entre ellas solo las ordenadas por los emperadores romanos tuvieron un carácter de proscripción general, porque un edicto promulgado en Roma se ejecutaba en todo el mundo conocido, en Europa, Asia y Africa. Es por cierto un espectáculo tan doloroso como magnifico el que ofrecen los accidentes y circunstancias todas de esa larga lucha trabada entre el paganismo por una parte, revestido para herir de todo el poder material, de todos los recursos humanos, y el cristianismo por otra armado para resistir tan solo de una fe viva y profunda. El paganismo, exaltado hasta el furor por la inutilidad misma de sus esfuerzos de represion, agotó con la ingeniosa ferocidad de los salvajes de la América los recursos de la tortura, para amplificar la pena de muerte combinada de todas las maneras: el hierro, el fuego, el hambre, los dientes y las garras de las fieras, todo se reunió para formar nuevos y espantosos suplicios. El cristianismo por su parte opuso á sus verdugos incansables fuerzas morales, indecibles prodigios de valor, de constancia, de resignacion y serenidad; forzosamente habia de triunfar.

Dudoso es en verdad si el mostrarse el pueblo romano animado de un furor de persecucion tan despiadado y tenaz contra los cristianos fue únicamente por adhesion al paganismo, ó porque sinceramente crevera en aquellos mentidos dioses; y da margen á esta duda el considerar que cuando los primeros mártires derramaron su sangre, hacia ya largo tiempo que la razon ilustrada de los

filósofos se mofaba de las fábulas mitológicas, y que los augures no podian mirarse unos á otros sin reirse. Podria tal vez deducirse de aqui que no fue el fanatismo pagano, ó á lo menos no fue solamente él, el que exigía que los cristianos fuesen arrojados á las fieras, y si esta sospecha tiene algun fundamento, la consecuencia no es muy favorable á los romanos del imperio. Ansiosos por gozar de aquellos sangrientos juegos del circo en que apacentaban sus ojos con la lucha de animales con animales, de hombres con hombres, y de animales con hombres, tal vez no les pesó que apareciese aquella nueva religion, que daba abundante provision de carne humana al pueblo-rey, y que prometia abastecer de actores para siempre á los dramas horribles del anfiteatro. Los combates de los gladiadores no hubieran bastado pasado cierto tiempo á saciar la sed de sangre de la ferocidad romana. "Ya no eran los romanos, dice Chateaubriand, aquellos hijos de Bruto que maldecian al gran Pompeyo porque hizo luchar á unos mansos elefantes! Eran hombres embrutecidos por la servidumbre, cegados por la idolatria, entre los cuales todo movimiento de humanidad se habia estinguido al tiempo mismo que el amor á su libertad." Y á no haber sido así, ¿pudieran haberse hecho insensibles á todos los encantos de la virtud, de la desgracia, de la juventud y de la inocencia? ¿No hubiera alguna vez la voz de la piedad desarmado su cólera, cuando veian tantas y tantas generosas víctimas arrostrar la muerte con valor intrépido?

Tuvo, sin embargo, el pueblo romano un dia de eleccion. Habia sido condenada, en tiempo de Neron, á ser arrojada á las fieras una familia cristiana, compuesta del padre, la madre, y un niño de pecho: soltáronles en el circo un leon de desmesurada grandeza: y resuelto el infeliz padre á defenderse consiguió derribarle en tierra despues de haberle desgarrado la espantosa boca. Este triunfo de la fuerza material llenó de asombro á aquellos mismos espectadores que no eran capaces de comprender el mérito sublime de los mártires que morian por su fe sin oponer resistencia alguna, y levantándose con estrepitosas aclamaciones y aplausos, quedó indultada y salva la familia proscripta.

Este suceso ha dado asunto al escultor francés M. Maindron para el grupo que ofrecemos aqui grabado á nuestros lectores, el cual vaciado en yeso atrajo las miradas de los inteligentes en la última esposicion pública de Paris. Por muy dudoso que parezca el hecho de que un hombre venza á un leon en la lucha, la habilidad con que el artista ha presentado la actitud de la figura principal desvanece la inverosimilitud. La fiera clava las garras en el brazo y muslo izquierdo de su adversario, y en el momento en que abre la boca, echando el mártir una mano á cada una de las mandíbulas del leon, las separa vigorosamente, y las desgarras. Con tal arte ha representado M. Maindron esta accion, que parece que se oyen crujir los huesos de la fiera, y destrozarse sus carnes. Completan la admirable composicion de esta interesante escena la mujer arrojada con el tierno niño á los pies de su marido y en ademán de dar un doloroso grito, espantada á la vista del leon, y sintiéndose ya entre sus horribles garras. Este precioso grupo se habia de ejecutar en mármol, y se esperaba que al hacerlo, todavia recibiría del cincel mayor grado de perfeccion y belleza.



CARLOS V.

En la célebre ciudad de GANTE, capital de la Flandes austriaca, que hoy pertenece al reino independiente de Bélgica, se hallaba el año de 1500 el archiduque Don Felipe, hijo del emperador Maximiliano I, con su esposa hija de los reyes católicos, á quien la debilidad de potencias y mengua de la razon en que cayó despues perpetuaron el nombre de *Doña Juana la loca*, cuando el 25 de Febrero, día de S. Matías de aquel año, dió á luz esta señora un hijo á quien se puso por nombre CARLOS, tal vez en memoria del bisabuelo Carlos duque de Borgoña, conde de Flandes. Si fuera dable al espíritu humano leer en el libro de lo futuro, los padres y abuelos de aquel tierno infante, á quienes tan grata satisfaccion causó su nacimiento, no hubieran tenido acaso fuerzas para soportar la idea de la celebridad, grandeza, y poder á que estaba destinado el angusto niño, cuyo imperio llegó á ser cuatro veces mayor que el de los emperadores romanos, y mas estenso que el de todos los monarcas que había entonces en el mundo. Murió aquel mismo año el príncipe de Asturias Don Miguel, y de consiguiente recayó la herencia de la corona, que Fernando é Isabel habían engrandecido é ilustrado, en la princesa Doña Juana y en Carlos su hijo primogénito. Poco tiempo la sustentó en sus sienes el archiduque, que con nombre de

Felipe I y como marido de Doña Juana empuñó el cetro por muerte de la grande Isabel, pues habiendo fallecido esta en 26 de Noviembre de 1504, en cuyo mismo día se alzaron pendones en Medina del Campo por su hija, ya en 25 de setiembre de 1506 era muerto Don Felipe, y recayó la sucesion por consiguiente en su hijo el príncipe Don Carlos.

Hallábase éste en Bruselas cuando su abuelo Fernando el católico falleció gobernando por segunda vez el reino; y recibida la triste nueva, el príncipe escribió al cardenal Jimenez de Cisneros confirmandole la regencia de Castilla, y previniéndole que procediese á proclamarle rey en todo el reino, pues el emperador y el papa le daban este título en las cartas que le escribían. Tenia á la sazón el jóven rey 16 años, y aunque dotado de un carácter elevado y temple de alma superior, fue gran fortuna suya tener al frente de los negocios en España un hombre tan capaz de dirigirlos como Cisneros (1), porque á no haber sido así, el espíritu de desunion en que se hallaban los nobles, su ambicion mal reprimida, y otras causas ocultas de disturbios que secretamente

(1) Véase la vida de este hombre ilustre en el número 75 de nuestro Semanario.

fermentaban, hubieran podido acaso originarle graves disgustos, y producir serias y desagradables ocurrencias. No dejaba de ser pretexto especioso al descontento de muchos la conducta de la corte de Flandes, y el escandaloso tráfico que de los empleos se hacía, dando el primero el ejemplo Chevres, primer ministro y favorito del joven monarca. Representó Jimenez al rey con energia las murmuraciones é indignacion que esta conducta corrompida de los flamencos causaba en el pueblo, suplicándole no difiriese su venida á España, en donde su presencia disiparía la tempestad que se iba levantando. Accedió D. Carlos, y á mediados de agosto de 1517 se embarcó en Middlebourg con el señor de Chevres, Juan Salvago su canciller, y otros muchos caballeros flamencos. Acompañado de mas de ochenta embarcaciones hizo una navegacion feliz, y el 17 de setiembre llegó á Villaviciosa, puerto de Asturias, donde fue recibido con las mayores demostraciones de alegría, ofreciéndosele todos los homenajes debidos de respeto y obediencia. Jimenez, informado de la llegada del monarca, se puso en camino para salirle al encuentro; pero una enfermedad violenta le atajó los pasos en Roa, y á pocos dias cortó el hilo de los de su vida, privando á Carlos de un consejero fiel y experimentado, que tal vez hubiera con su prudente direccion conjurado la tempestad que de allí á poco se levantó. Sintió mucho el rey su falta, aunque tal vez no la apreció en todo su valor.

La primera diligencia de don Carlos fué ir á visitar á su madre la reina doña Juana á Tordesillas, adonde concurrió el arzobispo de Zaragoza, regente de Aragon, á informarle del estado de aquel reino; pero el ministro Chevres se lo estorbó de todo punto, añadiendo á esta primera muestra de su perniciosa influencia el paso impolitico de obtener para su sobrino Guillermo de Croy, obispo de Cambray, la silla de Toledo vacante por el fallecimiento de Cisneros, cosa que llevó muy á mal la nacion entera. Echóse de ver bien claramente en estos principios, que la conducta del monarca se resentia de su inexperiencia, no menos que de la falta del conocimiento necesario del carácter, índole y costumbres del pueblo, que el cielo le habia encomendado, y confirmaron esta verdad los sucesos posteriores.

También empezó por entonces la rivalidad y poca armonía que constantemente duró entre este monarca y el de Francia, pues como Francisco I le enviase al Señor de la Roche con el carácter de Embajador para felicitarle por su advenimiento al trono, oyendo Carlos que á este cumplimiento acompañaba la indicacion de que cumpliéndose el tratado de Noyon, se restituyese el trono de Navarra á Enrique Albret, respondió á la embajada friamente y con tal ambigüedad, que el enviado y la corte de París no debieron de quedar muy satisfechos: de allí á poco se vieron confirmadas las disposiciones del rey contrarias á semejante cesion, cuando las cortes de Pamplona juraron fidelidad á Doña Juana y á Don Carlos; y cuando poniéndose en todas las plazas de Navarra gobernadores castellanos, se obligó á salir del reino al cardenal Albret, obispo de Pamplona.

Unióse este desaire, que aumentó el pretexto para la enemistad de la Francia, al descontento que sordamente iba fermentando en España, viendo al monarca sobradamente influido por los flamencos y desatento á las representaciones de sus pueblos: por último los sucesos de Italia, y conspiración de Palermo contra el virey Hector Pignatelli, á cuyo alboroto quedó el nombre de *visperas sicilianas* completaban el triste cuadro de los principios de este reinado mas y mas emnegrecido despues por el incendio que la heregía de Martin Lutero preparaba en Alemania. La muerte de Maximiliano, cuya corona impe-

rial confirieron á Carlos los electores en Francfort, confirmandosela muy luego el papa, acreció de todo punto la rivalidad entre el nuevo emperador y el rey de Francia, pues Francisco aspiraba ansioso á aquella dignidad, y aunque en tono festivo y jovial habia dicho: *el que alcance esta dama que ambos pretendemos será sin duda el mas dichoso, pero el otro deberá conformarse con su suerte*, el tiempo demostró que estaba muy lejos de tal conformidad, y que no perdonaba tampoco el haber tentado tantas veces inutilmente la restitution de la Navarra á la casa de Albret, á pesar de haberse convenido en remitir este negocio á un congreso celebrado en Mompeller, donde nada se concluyó entre los plenipotenciarios de ambas partes, porque ninguno de los dos monarcas quiso ceder de su derecho.

Llegó en esto el año de 1520 en que tuvo principio la guerra civil que alligó á España. Los valencianos fueron los que empezaron á alborotarse contra la nobleza; armadas las hermandades de artes y oficios y unidas entre si con el título de *germania* cometieron algunos desmanes que lejos de remediarse se aumentaron, con haber confirmado el rey á los agermanados sus privilegios, como en desquite del desaire que el clero y la nobleza le habian hecho en las cortes convocadas en Valencia, só pretexto de que el monarca en persona debió ir á presidirlas, y no haber enviado al obispo de Tortosa.

Estaba Carlos resuelto á pasar á Flandes, pero antes convocó las Cortes en Santiago de Galicia, cosa que desagradó por no ser usada, y uniéndose esto al disgusto producido por la noticia de partirse de España, al odio contra los flamencos, y al descontento causado por haberse dado muchos destinos á extranjeros, originó gran fermentacion de alborotos que empezaron á estallar en Valladolid, adonde Carlos se trasladó desde Cataluña, y de donde salió precipitadamente no sin riesgo de su persona. Difícil es disculpar la conducta impolitica del nuevo emperador en esta ocasion, pues que su primer cuidado debió ser aplicarse á investigar las causas del descontento general, para removerlas en bien de un pueblo, que por leal, generoso y esforzado ha merecido siempre todo el cariño de sus reyes, y que una vez rotos los diques de la prudencia no suele ser muy sufrido: cegaban sin duda al monarca los que le rodeaban, y las cualidades de extranjeros y codiciosos no los hacian ciertamente muy aptos para consejeros.

(Se continuará).

TEATROS.

BARBARA BLOMBERG, drama histórico original: por Don Patricio de la Escosura (1).

Y a que los hechos históricos se han de poner en escena, ya que las antiguas crónicas se han de convertir en abundante repertorio y frondosa almáciga de asuntos dramáticos, nosotros preferiremos siempre aquellas composiciones, que ajustándose en lo esencial á la verdad de la historia, solo concedan al arte la facultad de embellecer y adornar el asunto principal, sin desfigurarle ni adulterarle en manera alguna. No osamos indicar si quiera que esta máxima de utilidad y conveniencia debe

(1) Véndese en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

considerarse como regla del arte, por temor de que esta palabra *regla* cause escándalo en tiempos en que, al paso que se pregonan grandes adelantamientos de ilustración y progresos de la razón humana, el mentar la ley es enfadoso, el hablar de reglas insoportable, el nombrar los *preceptos* ridículo. Ya que no somos románticos en el sentido que dan á esta voz los clásicos; ya que no somos clásicos en la acepción en que toman la palabra los románticos, evitemos disputas y denominaciones de partidos; no contratiemos á los que se empeñan en sostener que hay un arte sin reglas, y proclamando la misma eterna verdad con diferentes palabras, bauticemos á las reglas y preceptos con el nombre ya apuntado de máximas de utilidad y conveniencia. Decíamos, pues, que consideramos como una de ellas el que en el drama no se altere un punto la verdad de la historia, ni en cuanto á lo sustancial del hecho, ni en cuanto al carácter de los personajes, ni en alguna al fin de las circunstancias esenciales; de otra manera, no solamente se imbuirán al pueblo multitud de lastimosos errores, y equivocaciones ridículas, sino que evidentemente se desvirtuará el interés en la parte ilustrada del público espectador. Y para que se vea que ni en este ni en algun otro de nuestros principios somos intolerantes y exagerados, de buena gana damos ensanche al poeta para dejar correr su imaginación en cuanto no pueda perjudicar á aquel saludable objeto; razón por la cual, no solo perdonamos, sino que aplaudimos al Sr. Escosura el haberse apartado del comun sentir de varios historiadores que nombran á Bárbara Blomberg como madre de Don Juan de Austria. El autor por el contrario, apoyándose en algunas opiniones de que no fue esta la verdadera dama de Carlos V, se ha valido de esa obscuridad y dudas en que está envuelto un hecho, no muy importante en sí, para inventar su acción y hacerla interesante.

Supone, pues, que el emperador galanteaba á una dama principal de Ratisbona llamada Blanca con la cual se hallaba unida Bárbara Blomberg por estrechos vínculos de amistad, y aun por obligaciones de reconocimiento, la cual dama aunque se la nombra duquesa es con la precaución de callar su título por no mentir un nombre, ó manchar la reputación de casa alguna conocida de Alemania, alterando notablemente la verdad histórica. La ausencia del duque, marido de esta señora, favorece su trato secreto con el emperador, y Bárbara confidente de estos amores, frecuente por causa de ellos el Real palacio, dando ocasión su libre entrada y reiteradas visitas á que los cortesanos primero y el vulgo después la presuman objeto de la pasión del monarca. Por aquel tiempo habian tomado las armas los sectarios de Lutero, y castigado su rebelión en algun encuentro, Blomberg, padre de Bárbara, que combatía entre los faciosos cae prisionero, y Roberto hermano del duque, y amante correspondido de la misma Bárbara, logra escapar, volver secretamente á Ratisbona, é introducirse en el palacio y hasta la cámara misma del emperador, en un momento en que se hallaba Bárbara sola dentro de ella. No es muy verosímil semejante introducción, puesto que la confusión de un palacio pueda hacerla posible, mas el espectador pasa gustoso por la inverosimilitud ocupada su atención por el interés que excita aquella situación. Roberto vencido como rebelde, humillado como vencido, zeloso como amante, ve confirmados los rumores que le han hecho temer la infidelidad de Bárbara con verla en la habitación de su rival, que es al mismo tiempo enemigo suyo y de su creencia, su rey, su dueño, árbitro de su suerte y de su vida. La consternación de la infeliz doncella, la desesperación del celoso rebelde se pinta muy

bien en el expresivo dialogo de esta escena, de que copiamos por muestra algunos versos.

Bárb. — ¿No sabes que el César está en Ratisbona?

¿Ignoras que es esta....

Rob. — Su estancia: lo sé.

Aquí sus hazañas, su gloria corona,
robando á un proscrito, malvada, tu fé.

Bárb. — ¿Roberto, qué dices? ¿Yo serle traidora!!

Rob. — ¿Negarlo pretendes, y viéndolo estoy!

Bárb. — Si vienen....

Rob. — Qué importa? Tú sígueme ahora,
infiel, ó lo juro, de aquí no me voy.

Bárb. — Vete: de tu hermana te ampara. Te sigo:
en breve á tu lado, mi bien, estaré.

Rob. — Bárbara, yo salgo, ó muerto ó contigo.

Bárb. — Al César espero.

Rob. — También le veré.

Bárb. — ¡Tú verle, insensato! ¡Tú verle, proscrito.
Roberto, al verdugo, tu cuello darás.

Rob. — Ya tú me vendiste.

Bárb. — Que no, te repito.

Rob. — Pues qué...!

Bárb. — Te lo juro.

Rob. — ¿Qué pruebas me das?

Bárb. — Mil... las que tú quieras...; mas hora imposible
será que te diga.... primero es huir.
tu vida, Roberto, en riesgo terrible
está: no descanso sin verte salir.

Rob. — En vano me arguyes: ó muerto, ó contigo:

lo sabes, es vano conmigo luchar.

Podrá aniquilarme destino enemigo,

mas nunca mi frente soberbia humillar.

(*Siéntase en el sillon del emperador*).

¿Me ves qué tranquilo? Pues sé que esta silla

se puede en cadalso tal vez convertir.

(*Pone la mano de Bárbara sobre su corazon*).

Mira: no palpita, y está la cuchilla

pendiente de un hilo. — ¿Me quieres seguir?

Este altercado continua, hasta que volviendo el emperador los sorprende, se admira, pregunta... "Soy rebelde y luterano" responde el despechado y orgulloso Roberto, acude la guardia, lévanle preso: "Señor, dice Bárbara congojosa y suplicante, que es deudo de Blanca" Este nombre y algunas palabras del emperador hacen esperar que Roberto escapará al merecido castigo. En efecto es así; pero el celoso mancebo, viéndose libre, lo achaca á criminal influencia de su amada, y apenas desvanecida esta sospecha con las caricias de ella y las persuasiones de su cuñada, viene á resucitarla y confirmarla una carta dirigida á Carlos escrita toda de puño de Bárbara, aunque con el fin de que Blanca la firmase. Pediale en ella gracia para Roberto, pero lo pedía la enamorada del monarca, su amiga, su manceba, y esta mujer envilecida es Bárbara á los ojos de Roberto, sin que haya motivo de dudarlo: así es que en todo el transcurso del drama, hasta el desenlace permanece en esa creencia, y sus celos, y su deseo de venganza son el resorte principal de la acción. Para satisfacer aquel deseo espía la casa de su hermano donde tambien vive Bárbara, y ve entrar en ella á deshora de la noche al emperador. Recibe á este Blanca y entre sus amorosos coloquios trata de alcanzar gracia para Blomberg, prisionero con otros luteranos como ya queda dicho, pero hallando al monarca inflexible á todas sus súplicas y á los halagos de su ternura, echa mano del recurso mas eficaz, diciéndole algunas palabras al oído. Con este ingenioso medio se salva el decoro teatral, y el espectador infiere muy luego por los transportes de júbilo del amante cual ha sido el misterioso secreto. En tan crítica situación se hace pre-

ciso salvar el honor de Blanca que es casada, y á este fin el emperador llama á Bárbara y la propone que pase en las apariencias por madre de su hijo: cosa que al pronto resiste, como era natural, pero instada y comprometida cede al fin y se somete jurando además un inviolable secreto. Ciertamente que este paso contradice en algun tanto el carácter noble, elevado y generoso de Carlos V. sostenido en todo el curso del drama, y pone á los tres personajes en una situación degradante, pero á esas y mayores debilidades é inconsecuencias se espone el hombre cuando se deja llevar de las pasiones: así como la humillacion de las dos amigas está bien merecida, y puede reputarse como una leccion moral para los que pudieran incurrir en la culpa de la una y en la complicidad de la otra. El poeta se ha esforzado aquí á salvar la inverosimilitud, no menos que á aumentar el conflicto de Bárbara, pues hallándose sola con el emperador, porque el rubor de Blanca ha obligado á esta á retirarse de la escena, salta por una ventana el celoso Roberto, y viendo confirmados sus recelos, acomete á Carlos; pero este se defiende y le desarma, teniendo en seguida la generosidad de dejarle ir libremente.

Cada vez mas enconado y furioso el amante de Bárbara, escita el enojo de Blomberg revelándole que el soberano ha seducido á su hija, enciende en los demas rebeldes el deseo de continuar la guerra, y arma una celada, donde cayendo el emperador, Bárbara y Blanca hubieran sido todos sacrificados á su venganza, á no haberse interpuesto el anciano Blomberg, y acudido algunos caballeros y monteros en su defensa. Carlos tiene otra vez la magnanimidad de perdonar á los conjurados, escepto á su gefe Roberto, que de nuevo es conducido á su prision terminando aquí el acto tercero.

En el cuarto se supone ya nacido el fruto de los amores del emperador con Blanca, el célebre Don Juan de Austria; el augusto padre, confia su crianza y educacion (lo cual es histórico) al hourado Don Luis Quijada, Señor de Villagarcia. Ocupan este último acto las plegarias de Blomberg al emperador para que le devuelva á su hija, á quien cree perdida, y las de esta para que otra vez dé libertad á Roberto. Estrechado Carlos por sus instancias, compadecido de sus lágrimas, conjurado por la vida del tierno infante que le acaba de dar el cielo, cede á sus impulsos generosos, y no solo satisface á Blomberg, y no solo perdona á Roberto, sino que consiente en hacer saber á este por su misma boca que Bárbara está inocente. Convencido el infeliz amante, vencido por la generosidad y clemencia del César, humillado á los ojos de todos, conoce su engaño.... pero ya tarde: en su desesperacion se habla envenenado.... espira en la escena á vista de Carlos, de Blomberg y de Bárbara.

Se vé, pues, por este extracto del drama que nos ocupa, que la accion es interesante, que la verdad histórica no está alterada, que hay situaciones dramáticas, caracteres contrapuestos y bien sostenidos, conocimiento del corazon humano y bella versificación: así es que agradó generalmente, y su representacion se sostuvo por algunos dias. Sin embargo, forzoso es confesar que Bárbara Blomberg no es una composicion de grande efecto á pesar de sus muchas bellezas. Investigando la razon de este, por decirlo así, fenómeno literario, hemos creído hallarla en lo mucho que el interes se divide porque la misma perfeccion con que estan dibujadas las figuras la hace que todas resalten igualmente en el cuadro: el carácter grandioso, casi heroico de Carlos V. le hace parecer el héroe de la pieza, y como ya el público se halla preparado, hasta por el título, á considerar como tal á Bárbara Blomberg, vacila su atencion y se disminuye el

efecto: tampoco nos parece que hay en la catástrofe la necesaria preparacion para hacerla capaz de conmover fuertemente el ánimo del espectador; esto sobre ser lo del veneno demasiado trivial y repetido. Si á estas observaciones se añade la costumbre ya adquirida de presentiar en el teatro escenas borrascosas, horrendos crímenes, y hechos escandalosamente asquerosos y terribles, parece que podrá esplicarse muy naturalmente la razon de haber pasado este drama con mucha aceptacion sí, pero sin grandes y extraordinarios aplausos en la parte del público menos inteligente.

La egecucion fue buena; y entiéndase que no decimos perfecta. El Sr. Latorre vestido con notable propiedad (como la mayor parte de los demas actores) nos representó muy al vivo al ilustre padre del héroe de Lepanto: el autor que ha copiado fielmente de la historia la fisonomia de aquel valiente, magnánimo y caballeroso monarca ha hallado en el actor un fiel intérprete de su pensamiento. El Sr. Romea en el papel de Roberto, la Señora Díez en el de Bárbara no han desmentido su bien merecida reputacion. Sin embargo en nuestro sentir debiera haberse dado mas realce á ciertas escenas, mas espresion á ciertos afectos, mas valor á ciertas espresiones supuesto que en ciertas pequeñeces y tildes casi imperceptibles consiste la perfeccion del arte, y estriba el éxito de una obra dramática.

Hemos dicho en su lugar que la versificación es generalmente sonora y fluida, y no queremos dejar de añadir á los versos ya copiados como prueba de ello algunos otros. Blomberg agoviado por la noticia de que su hija ha rendido su virtud al César tiene en el tercer acto el siguiente monólogo:

Dios de Abraham, cuya bondad inmensa
al último reptil del mundo alcanza;
á quien el coro de ángeles inciensa
y entona eterno canto de alabanza;
tú, Señor, de los débiles defensa;
tú, fuente de consuelo y de esperanza:
misericordia tén de un sin ventura
que te plugo sumir en la amargura.
Padre del unigénito Cordero
que por nosotros descendió á la tierra,
si llamarme ante tí quieres severo,
pronto estoy, que la muerte no me aterra.
con fé la vida perdurable espero.
Mas tú ves cuanta angustia aquí se encierra;
ó hiere ya, Señor, mi anciana frente,
ó vuélveme á mi Bárbara inocente.

El diálogo en que Bárbara pide al emperador por Roberto en el último acto concluye de esta suerte:

Bárb.— ¡Morir en un suplicio!.. Perdonadle:
viva, y que vaya á climas tan remotos
que no podais temer...

Emp.— ¿Qué estáis diciendo?
Apenas sé si temo al Dios que adoro...
El me perdona: que no sé que digo.
Su vida piden la justicia, el trono:
un tribunal le juzga.

Bárb.— Y le condena.

Emp.— Dios al juzgarle mirele piadoso.

Bárb.— No olvidareis que soy una infelice,
que por vos ha perdido hasta el decoro;
que puedo hablar y callo; que inocente
sufro la pena que debieran otros.

Que á mi padre tal vez debeis la vida....

Emp.— Mil veces ya me lo dijisteis todo.

Barb.— Y otras mil lo diré.— Y el sin ventura
á quien airado apellidasteis monstruo,
por mi su crimen cometió, creyendo
que fui perjura á mis primeros votos.
Vos al abismo le llevais... ¿qué digo?
Yo no os quiero injuriar.— sed generoso.
Por el tierno querer de vuestra madre....
(Arrodillándose)

Mirad, á vuestras plantas ya me postro:
asi del tierno infante que os dió el cielo....

Emp.— (Levantándola).

Callad, señora.

Barb.— Por su vida imploro
una vida tambien: por vuestro hijo!

Emp.— Callad.

Barb.— ¿La concedéis?

Emp.— Sí, le perdono:

que por la vida del diera la mia.

Mas escuchad la condicion que pongo. etc. etc.

Concluimos este artículo presentando á nuestros lectores en el siguiente grabado la escena final del drama, fielmente copiada por uno de nuestros dibujantes, gracias á la bondad con que los actores se prestaron á que se pudiese rectificar el bosquejo á la vista de sus mismos trages y actitudes.

S. el E.





(Temple del Bramante en Roma.)

BRAMANTE.

El gracioso templete circular que representa el antecedente grabado se hace interesante por dos conceptos: cons-truido en medio del claustro de San Pedro in Montorio; en Roma, en el mismo parage en que es tradicion que re-cibió el apostol el martirio, pasa con razon, á pesar de ciertos criticos, por uno de los mas lindos, elegantes y acabados monumentos de arquitectura, y se cuenta en-tre las obras mas estimadas del Bramante, es decir, de uno de los arquitectos mas hábiles que han existido.

Francisco Lazzari Bramante nació en 1444 en Castel-Durante, en el estado de Urbino, de una familia hon-rada aunque pobre; su padre, sin embargo, le puso á

aprender la pintura, y en efecto llegó á adelantar en este arte, y ha dejado algunos cuadros de su mano. Atri-búyensele tambien varias pinturas al fresco, de las cua-les subsisten algunas todavia en el Milanesado; y una ca-pilla que aun existe en la cartuja de Pavía, se dice asimismo que fué pintada por él. Se advierte en las figuras de estos cuadros proporciones vigorosas, y á veces acaso dema-siado robustas: los rostros son llenos, y en las cabezas de los ancianos hay cierta elevacion de estilo; el colo-rido es vivo y muy destacado del fondo. Estas y otras propiedades que se han observado en muchos cuadros suyos han caracterizado la manera del Bramante. Su obra

maestra en la pintura es un S. Sebastian con que adornó la iglesia de este nombre en Milan.

Pero lo que especialmente ha hecho memorable el nombre de Bramante a la posteridad, han sido sus obras arquitectónicas. Cuando la Italia vió restaurada su arquitectura, Bramante fué el primero que la devolvió aquella nobleza que habia perdido desde tiempos antiguos. Este arte era el que ocupaba todo su pensamiento; por afición a él abandonó su patria, donde recorrió varias ciudades construyendo obras de poca importancia lo mejor que podia, hasta que llegado a Milan en 1476 quedó suspenso al contemplar la magestuosa cúpula de aquella capital. Trató entonces amistad con los arquitectos de aquel bello edificio, y formó la resolución de dedicarse enteramente a la arquitectura. Después de haber estudiado las reglas de la perspectiva por los mejores dibujos que habia en aquellos tiempos, se entregó al estudio de los bellos trozos de arquitectura de que está llena la Italia, llamando sucesivamente su atención Nápoles, Roma, Tivoli, y villa-Adriani.

Aunque los edificios que habia dirigido ya le dieron gran fama y reputación, aunque su facilidad para inventar y ejecutar fuese tal que no se le conociesen rivales, Bramante hubo de tener a gran dicha el vivir bajo el pontificado del papa Julio II que tenia tanto gusto para las cosas grandes, cuanto era el mérito y actividad de su arquitecto al realizarlas; así es que a no ser por aquel pontífice tal vez no se hubiera desarrollado todo el ingenio de Bramante. Una de las primeras obras que este ejecutó llenando completamente las ideas del papa fue la de unir el Belvedere al palacio del Vaticano, del cual le separaba un pequeño valle: a este fin construyó Bramante magníficas galerías alrededor de aquel valle, transformándole en una soberbia esplanada, y colocando en medio de ella una graciosa fuente surtida con las aguas conducidas del Belvedere. El papa que apreciaba mucho a su arquitecto le recompensó concediéndole el cargo de guardasellos de su cancellería, lo cual dió ocasion al artista para inventar una máquina de sellar bulas por medio de un tornillo de presión.

Entre las obras de Bramante se distinguen el claustro de los padres de la paz, la fuente de Transtévere, y otra que se veia en la plaza de S. Pedro; pero la que mas le honra sobre todo y ha inmortalizado su nombre, es la maravilla de Roma cristiana, la famosa basílica de S. Pedro, construida por el plan que eligió Julio II entre muchos que habia ideado Bramante advertido por el pontífice de que su designio era sustituir a la antigua iglesia de aquella advocación un templo que no tuviese igual en el mundo. Al instante se procedió a demoler la mitad de la iglesia antigua con aquella celeridad que acostumbra el arquitecto en cuantos trabajos dirigia, y en el año 1515 puso los cimientos de la nueva iglesia. Luego que el edificio hubo llegado al entablamiento se trabajó con increíble diligencia en establecer los cuatro grandes arcos que descansan sobre los cuatro maderos destinados a sostener la cúpula, y son los únicos que conservaron sus sucesores de todas las obras ejecutadas por él en la basílica de S. Pedro.

Bramante era de humor alegre y festivo. Trataba con sumo agrado a cuantos necesitaban de él, especialmente a los artistas de cierto mérito. El fue quien llevó a Roma a Rafael, sosteniéndole por algun tiempo y enseñándole la arquitectura. En la escuela de Atenas que aquel célebre artista pintó en el Vaticano como muestra de gratitud a su maestro, le retrató arrimado a un pilar en actitud de trazar con el compas una figura geométrica a la vista de muchos jóvenes que le estan mirando con atención.

Murió Bramante en 1514 despues de haber vivido siempre como hombre honrado. La poesía era su diversion favorita: improvisaba con facilidad, y ha dejado algunos sonetos y fragmentos que no carecen de elegancia. También escribió algunos tratados sobre la arquitectura, sobre la estructura del cuerpo humano, y sobre la perspectiva, que en 1756 se hallaron en una biblioteca de Milan, y se dieron a la prensa en el mismo año.

PANORAMA NATRITENSE.

ESCENAS DE SEARDILLA.

*¡Mirad a tus tiernas palomillas
el nido peligroso las rehues!
Que andan muchos azores por arillas
de cuyas uñas pendan los despejos
de otras aves inquantas y sencillas.*
BARTOLOME DE ARGENSOLA

I.

Dios sea en esta casa.—Y en la de V., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?—Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima a ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.—Por muchos años, y ya veis que si no me engaña el corazón estoy hablando con la Señora Claudia, la que viene a habitar la buardilla núm. 7?—Doña Claudia, me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buena hora lo cuento; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me siento y no me encuentro; ¡cosas del mundo! hoy por ti, mañana por mí; y como dijo el otro, abájense los adarves y alzanse los muladares; que hoy día nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda. No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pipita; sino explícolo para dar a conocer a vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo también fui persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz; pero vive cien años y verás desengañaros, y tras del día viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocín de molinero.

Pero dejando esto a un lado, y viniendo a lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y que aseada y que provista está de cuanto el Señor crió...! tal me vea yo a la hora de mi muerte... ¿es rosolí ó aniseta...? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua...! a la salud de VV., caballeros... ¡fuego de Dios y que calorillo tiene el espíritu...! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos, que están diciendo "comedme"... ¡ah! sino estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaría que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar a la aguja... gracias, hija mía, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios, y que hermosa es y que garri-da! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.—

Gracias, madre Claudia.—Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis y aun para queda-

ros despues con ellas; ¡ay! quien me tornára á mí de ese talle y esa frescura, y no me robára la experiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar, y no me veria ahora en medio del arroyo como quien dice; pero asi somos todas; mientras nos reluce el pellejo, poco consejo; y luego que vienen los años, llorar por los que son idos.... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes y.... ¡no es verdad, hija mia....? ¿que, no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues á que vienen esas colores que se han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y.... ¡válgame Dios....! ¿que no diera alguno que yo me se bien por atajar con sus labios esa gota de coral....!

¿Alguno, madre?—Algunodigo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero vjemos la voz que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derecho hacia nosotras: por fin, hija mia, mas dias hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. Y hora me voy, señor vecino; que ya ha á cabado de ser noche, y la vieja honrada su puerta cerrada; y cada uno en su casa y Dios en la de todos. A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aqui para trocarlo por un palmo de cerilla.... También ese favor? muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento.... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el uso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre; sino es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y sino fuera por esto ¿para qué estamos aca abajo los unos y las otras....? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás allí muchas cosas y habilidades asi de punto y aguja como de cazo y sarten, que, gracias á Dios y á mis años, así me da el naípe para aderezar un guisado como para coser un zurcido.... Con que, A Dios.—

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivitel, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla; la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperaba sobre el fogón, se quedaron á buenas noches.

II.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo. Este quinto estado de

aquel mecánico artificio no distaba como hemos visto mas que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeña microscópica no sabe distinguir las ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una piedra menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.

Dividíase pues el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, medianamente sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal extremo, cuales por las desdichas pasadas, cuales por las miserias presentes.

Sabia por ejemplo la Madre Claudia, que en la primera buardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á Marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hacia la próxima Navidad. Sabia que en la de mas allá existia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Montepio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio joven, zapatero, y ribeteador; él mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esvelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira. En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia ademas corbatines y almoadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro; ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. El en fin era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en francés, como se trocaba en italiano, y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico habia dado fondo una física eriatura, que sin mas preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la cabeza mas bien templada. Valencia, el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde esta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella ó que la trajeron, y que la abandonaron, ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescaamente libre como la bella *Esmeralda* de Víctor Hugo, aunque si va á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del si-

glo prosaico que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana, vivía un viejo adusto y regañón, escribiente memorialista á dos reales pliego, que por el día detras de su biombo en un portal escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales; y seguía la correspondencia de media Asturias; y recibía las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces, como veía poco á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y ásentar una declaración de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y cupidos. Con lo cual y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traía la cabeza tan llena de embolismos y de vilis, que siempre venía á casa regañando, y como solteron y que no tenía mujer con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenía su mansion un hombre de presa (alguacil, que suele decir el vulgo) el cual cuando creía que nadie le miraba, solía hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos por inclinación y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto, y de gesto sospechoso; cuerpo sutil y mal configurado; manos negras como su ropilla; nariz torcida como la intención; antipoda del agua como un hidrófobo; amante del vino como el mosquito; vara enroscada como sus palabras; oído listo á las promesas y cerrado á las plegarias; multiplicado á veces como edición estereotípica; y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subía por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos combinados ingeniosamente por la casualidad, dejase conocer si podría estar ociosa la imaginación de nuestra Claudia; ó si mas bien llegaría en breves días á ser como si dijéramos el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligara á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

III.

La primera atención de la vieja se convirtió naturalmente hacia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponía menos obstáculo á sus ataques. — «Es posible, hija mía, que tan joven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizami, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defiende de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; pero quien será el que te crea bajo tu palabra, y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma; antes bien conviene exponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevación como el jazmín en finos búcaros, y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la experiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido; y el débil infante caería indudablemente al primer paso, sino hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mía, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, ese arrimo

protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timón á un hábil marinero, así tú en mis manos experimentadas podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reirte de los furiosos de los vientos desencadenados contra tí.—

Yo no sé si fue precisamente en estos términos u otros semejantes como habló la vieja; ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso; pero lo que sí podré decir, es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos días consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil, bajo la razón de *Amor, Venus y Compañía*; sociedad en que una ponía la prudencia, y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos había de resultar.

Desde entonces la buardilla de Madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicación; y no era nada extraño oírse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaución.

La niña por su parte es de suponer que seguía en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesania con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinación con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas, y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé que de siniestro y repugnante que no pudo neutralizar la natural aversión de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huía á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil; pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servía el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venía á parecer el alma de un propietario encarnada por decirlo así en la persona de la justicia. Ahora, vayan VV. á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberración con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos había ocasionado á la vieja esta terrible consideración; pero ya que no podía evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba como quien dice bailándole el agua; siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdenado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demas vecinos una décuple alianza que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperación contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto como era de esperar hacia el ingenioso químico que cobijaba en el rincón, el cual no se hizo mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y protección de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber; la gracia, la experiencia y la ciencia; ó en otros términos; una muchacha, una vieja y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fue-

ra ni pudiera gloriarse de poseer una de estas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latíes, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederación, merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la Madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas ó á añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse allí, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á excitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflores, que buena falta les hacia á los pobres para enredar el atraso de pagas del papá; el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demás del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulación con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda dueña; pero que no pueden la astucia de un lado, y la miseria de otro; y qué la virtud cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar en muerto aquel, habian de parar en los estantes de un fonte pio, y todo el mundo sabe que una vez empeñada, pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta allí habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer no logra al cabo del día un resultado comparable con el del mas mísero albañil. Y luego que como eran tres trabajar y cuatro á consumir, entrando en cuenta la mamá, resultaba un *deficit* por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias tenían que ayunar el cuarto; cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Asíase á esto que como jóvenes aun y amigas del buche y los amores, no habian podido renunciar á sus diversiones antiguas, y gustaban todavía de concurrir á las fiestas y diversiones; con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo y otro tanto para preparar guarderías y prendidos en que lucir la brillantez de su educación, y disimular los rigores de su fortuna. — Quien sabe? (decian ellas) quizás estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo á algun rico mayordomo ó algun viejo capitalista que nos estienda su mano y saque de esta angustiada situación. ¿Seria acaso por el este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid? — No á fe mia, respondian todas; y sino ahí estan Fulanita y Zutanita, que quisiera que las mire darse tono en nuestra tertulia por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorias; pues llévome el diablo si sus padres son

otra cosa que un portero de no sé que grande ó un meritorio de no sé que oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en el teatro estan abonadas en delantera... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aquí encerradas es este camaranchon. A fe que, como decia ayer la vecina Madre Claudia, que Dios dijo al hombre ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero, parece cristal. —

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas, mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de fatalidad y de ataud; mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*; las petacas de abalorio, y las cadenas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos, en conclusion, que por estos y otros caminos la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba por decirlo así en toda la vecindad, si se exceptúan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interes de su argumento.

IV.

Una noche... ¡qué noche!... llovía á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buardilla de Madre Claudia; rodaban las tejas y caian á la calle con estrépito envueltas en torrentes de agua; por los ángulos todos del desvan aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofinas, los barreños, las artesas y prometían inundar aquel miserable recinto disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venia á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluía por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el conedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabría cuidadosa el ventanillo por ver si serenaba la tormenta; y volvía á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra viendo en ella temblar su espantable figura á las trémulas ondulaciones de candelil.

En esto un trueno horriblo estalló, y el gato dió un brinco hacia la chimenea y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda obscuridad... La vieja despavorida corre á la puerta; á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaucion á un bulto negro y embozado que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

¡Jesus mil veces. — grita la vieja y cae en el suelo sin

voz ni esfuerzo para decir mas.— Nada tema V., Madre Claudia;... soy yo.... no se acuerda V. de lo que me prometió para esta noche...?—En el nombre sea de Dios, señorito; el señor le perdone á V. S. el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.—Vaya, buena madre, alcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.— ¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo á juntarse con la tierra.... mas, cuenta, que como estoy toda azorada ni sé que me hago, ni donde puse la pajuela.— A bien que aqui traigo yo el fósforo y....— Alabado sea el señor, Dios me de luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga aqui y endiñaré el candil;... pero ¿qué es esto? V. S. tiembla tambien?...—Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este portaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reía, y luego sacaba aquel un bolsillo, y esta se ponía á discurrir.

—Pero ¿no ve V. S., señorito, que me pide un imposible?; yo no diré que ella no le quiera á V. S.; y mucho, que á mis años y á mi experiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin V. S. es V. S., y ella es una pobre muchacha hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegará á sospechar la intencion con que por V. S. he venido á esta casa... Dios nos libre.— Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo se, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste vencerla....—Y mucho que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar.... No sino aguarda la breba en Enero y verás si cae.—Maldita seas, con tus refranes y con tu eterno charlar ¿pues no me digiste, vieja del Diablo, que esta noche....?—No es esto decirle á V. S. que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el *só*, ni pare otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja maldita.... Yo no he venido aquí á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protejidas hubiera subido un solo escalon de esta escalera infernal.... Vengo solo á que me cumplas tu promesa.... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en valde.—Pues á eso voy, señor, ¡caspita!, y que vivos de genio que son estos boquirrubios y que....—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia....—Después que una se desvive por servirlos, haciéndose como quien dice piedra de molino para que ellos coman la harina.—Pero....—Ande usted de aquí para allí como zarandillo, por la gracia del Señor, cuando á el le convenga; deje usted su cuarto entresuelo, que bien me estaba yo en el sin estos trampantojos, subase usted á las nubes como el gavián, y póngase desde allí en acecho de la perdiz.... y todo ¿para qué?...—Tienes razon, Claudia, tienes razon: pero como tú me digiste....—Y ya se ve que dige y no me vuelvo atras, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero....

—Mira, toma todo lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aqui mismo, en tu casa y.... su padre esta de guardia; ya ves tu que mejor ocasion....—¿Y por quien sabe V. S. todo eso sino por mí?—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte.—Quiera Dios que dure y que á lo mejor no me muestre las uñas.—No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza; hora baja que se va haciendo tarde y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia.—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo señorito, me encomiendo tambien á su prudencia y.... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atras....—Bien, bien, como querais, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda entabló un diálogo, al parecer indiferente con la inocente criatura que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buardilla donde la pondría unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la había de dar las gracias: y la inocente creyó al pié de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella á su cómplice, vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la joven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion pribaron por un momento á la niña del uso de la voz; después lanzó una mirada suplicante á la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podía esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galán quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando "*favor, vecinos, favor*...."

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones; y mientras los mas próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subía los escalones cuatro á cuatro, gritando desahoradamente.... "*Mi hija*.... "*Mi hija*.... "*¿Quien me la ofende?*....—A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á Madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies; en tanto que el galán anónimo había tenido por conveniente escapar por el tejado.... El zapatero, que subía á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar á su esposa de la buardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que el tambien tenía porque callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante corren á verificar su captura á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon. El químico que desde su chiscón observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner un término á semejante escena, que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante con que produce un estampido semejante

al de un tiro de cañon, y á su horrisono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tabernero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de la viuda; la ribetendora del químico; y el alguacil de la valenciana, gritando: «*¡favor á la justicia!*»; dejadme á esta pectorilla que es el cuerpo del delito....»

V.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero habia entrado su almacén y caminaba con su hija hacia las montañas de Santander; las niñas de la viuda por disposicion de esta trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tul Bobin*; el zapatero habia apaleado á su mujer y estaba en la carcel; y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente la valencianita alquilaba un entresuelo calle de las Huertas, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador... al alguacil.

El Curioso, parlante.

MÁXIMAS MORALES.

La providencia ha hecho las cosas necesarias á la vida de modo que no puedan obtenerse sin el TRABAJO, y que se carezca de ellas cuando ya se ha hecho uso, á fin de que esta necesidad que se reproduce obligue á un trabajo que dure tanto como la vida.

Se cansa uno de todo, excepto del trabajo.

El trabajo es un censo general, con el cual se ha dado al género humano el suelo que cultiva y que le alimenta.

El sabio siega desde la mañana; el necio aguarda á la tarde para espiar.

Una juventud descuidada acarrea una vejez indigente.

Los hombres laboriosos son los que hacen vivir á las gentes ociosas.

El hombre debe encontrar la subsistencia en su trabajo ó en su familia, y no esperarla jamás de las instituciones del estado.

El tiempo que falta á la pereza, le crea la diligencia.

Ocupaos sobre todo en los demas y solo accesoriamente en vos mismo, y tendreis á todo el mundo de vuestra parte. Cuanto mas se medita en la máxima del Evangelio: «*Servid á Dios y todo lo demas se os dará,*» mas se convence uno de que es no solo el específico de la fortuna individual, sino tambien el medio de la salud y prosperidad pública.

¡Cuantos hay que toman los empeños por deberes! Esta es la virtud de aquellos que no tienen otra.

Tiene el hombre tantos deberes religiosos, domésticos y políticos que cumplir, que los empeños que no fortifican estos deberes debilitan las virtudes.

Honra en un anciano á tu padre; ama á tu hijo en un niño; ama en una mujer á tu hija; y en un hombre á Dios ó á ti propio.

El culto de la divinidad es la religion del hombre; el culto de la ley la religion del ciudadano.

La vanidad es la que produce las cosas brillantes; el amor del bien las útiles.

Para ejecutar grandes cosas se debe vivir como si nunca se hubiese de morir; y como si se hubiese de morir al día inmediato.

En donde quiera que hay un derecho existe un deber; de otro modo el privilegio de una profesion seria el azote de las demas.

Tres cosas son necesarias para la fortuna y la celebridad: ciencia, conciencia y paciencia.

Todos los deberes pueden reducirse á dos cosas: *dar y perdonar.*

Si no hay en el hombre un fondo de deferencia y de bondad que alguna vez le haga juguete de otro, tanto peor para él.

La mayor y mas popular de nuestras desgracias es dejar que nuestro corazon engañe al entendimiento; jamás podrá decirse la verdad, ni hacerse el bien, sin que el entendimiento sea tirano y el corazon esclavo.

Respeto la confianza; no tires al pajarillo que está en el suelo.

INTERIOR DEL CIRCO DE ROMA.

En el Semanario correspondiente al domingo 10 de setiembre próximo pasado dimos á nuestros lectores una descripcion del exterior de este mismo edificio, por cuya razon nos limitaremos ahora á darles una idea de lo que ocurría en la parte interior, presentándoles en la lámina que va al fin de este artículo la vista interior mirando al Occidente.

Gibbon, el célebre historiador inglés, nos ha dejado una descripcion de las fiestas que tenian lugar en el circo; pero como él mismo confiesa que es deudor de ella á Montaigne, preferimos, en obsequio de nuestros suscritores, presentar un extracto de la hermosa pintura que el filósofo francés hace de estas diversiones romanas.

«Sin duda alguna era maravilloso el traer y plantar dentro del recinto del teatro un gran número de árboles corpulentos, con todo su ramaje y frondosidad, representando un bosque grande y sombrío, dispuestos simétrica y vistosamente, y echar en él en el primer día mil avestruces, otros tantos ciervos, igual número de javalies y corzos para morir por el pueblo que disponia despues de todos ellos. Al día siguiente hacer matar en su presencia cien fieros leones, cien leopardos y trescientos osos: y al tercer día hacer que trescientos pares de combatientes peleasen hasta terminar su existencia, como sucedió á un Emperador romano. Tambien agradaba mucho ver estos vastos anfiteatros, edificadas toda la parte exterior de mármol, adornada con figuras y estátuas, y el interior brillando con decoraciones raras y adornos riquísimos; todos los lados de este estenso espacio llenos y cercados de arriba á abajo con tres ó cuatro filas de asientos, igualmente de mármol, cubiertos con almohadones, donde podian estar con toda comodidad cien mil personas; la arena ó sitio destinado á las fiestas, hacerle á fuerza de arte primero presentando hendiduras, que representaban cuevas que vomitaban las fieras destinadas para la funcion; despues inundarlo todo con un mar profundo, lleno de monstruos marinos, y cubierto de buques de guerra, para representar un combate naval; la tercera escena se reducía á presentar el terreno seco

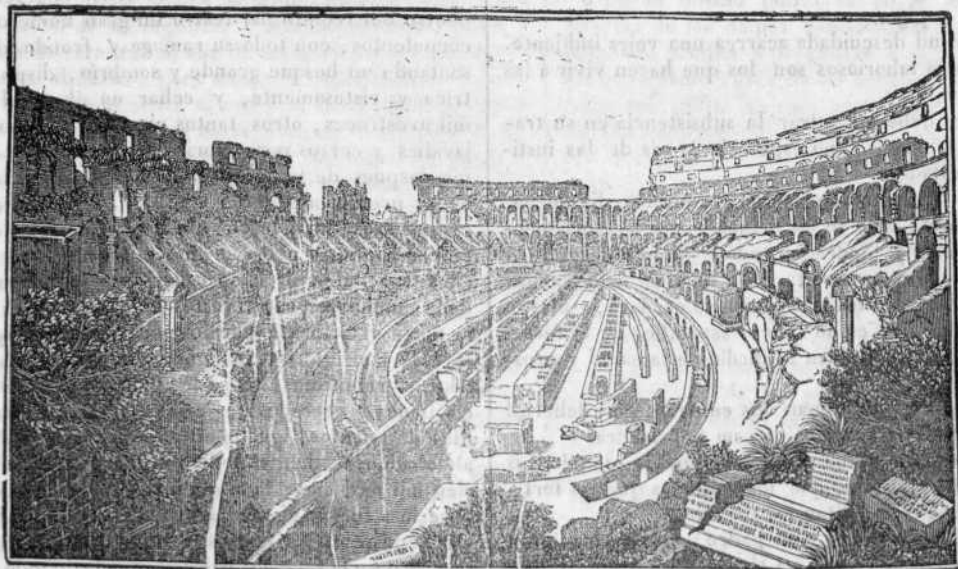
y llano para el combate de los gladiadores; y por último la cuarta y final, á cubrirle todo con bermellon y estorake en lugar de arena, para el solemne banquete de aquella multitud de personas; último acto de un solo día.»

“Unas veces hacian que una montaña elevada avanzase por sí misma, llena de árboles frutales y arbustos frondosos, de cuya cima salian arroyuelos de agua cristalina como de un manantial: otras se veia un gran bajel que por sí solo caminaba, el cual se dividia por mitad, arrojando de sus entrañas cuatrocientas ó quinientas fieras para la pelea, y despues volvía á unirse y desaparecia sin ayuda alguna: otras en fin, del mismo terreno hacian salir caños de aguas perfumadas que se elevaban á la altura suficiente para salpicar á todos los espectadores. Para defenderse de la lluvia y rigores del tiempo tenian aquel vasto recinto cubierto con cortinas de púrpura y de seda de diferentes colores, que con la mayor facilidad ponian ó quitaban á su antojo. La red que estaba delante de los espectadores para defenderlos de la violencia de las fieras estaba tejida con mucho oro.»

“Si hay algo digno de excusa en excesos de esta especie,” continua Montaigne, “es sin duda en aquello en que la novedad y la invencion originan mas admiracion que gastos.” Afortunadamente para los verdaderos goces del género humano, aun bajo el dominio de los Emperadores romanos, la novedad y la invencion tenian unos límites muy estrechos cuando se aplicaban á materias tan enteramente indignas y brutales como las fiestas del anfiteatro. Algunos emperadores trataron de hacerlas mas amenas; el uno transplantó árboles á la arena queriendo darla el aspecto de un valle lozano; otro introdujo cuatrocientas fieras en un buque que navegaba en el lago que la misma arena formaba. Pero en ocasiones ordinarias, la profusion sin gusto y sin invencion, la ferocidad de los monstruos poderosos, la pompa de la lujuria saciada, eran los únicos estímulos, ó constituian el solo título para la admiracion popular. Gibbon reflexiona del modo siguiente “Mientras el populacho ob-

servaba con una admiracion estúpida estas fiestas, el naturalista podia observar la figura y propiedades de tan diferentes especies, transportadas de todos los países del antiguo mundo al circo de Roma. Pero este beneficio accidental, que la ciencia pudiese sacar de la locura no es ciertamente suficiente para justificar este abuso lascivo de las riquezas públicas.”

Sin embargo, el gasto pródigo de las riquezas públicas no era el perjuicio mayor de las diversiones del circo. La moral pública se sacrificaba en la misma urna que las riquezas. La destruccion de las fieras era una preparacion á propósito para la destruccion de los hombres. Un número pequeño de estas desgraciadas personas destinadas á pelear con las fieras en el circo, se educaban para este ejercicio peligroso. Estaban acostumbrados á cansar á los animales con falsos ataques: saltar con velocidad y acometerlos por detras repentinamente; arrojarles una manta á los ojos y matarlos, ó atarlos en este momento crítico de terror; ó ya arrojarlos un baso lleno de una composicion química á la boca, para que les atontase y debilitase. Pero la mayor parte de los que se exponian á estos combates, peligrosos aun para los mas diestros, eran esclavos desobedientes ó malechores condenados. Los cristianos, durante su persecucion, constituyeron un número considerable de estos últimos. El poder romano era necesariamente intolerante; las asambleas de la nueva religion fueron objeto de sospecha y persecucion; la paciencia y constancia de las víctimas aumentaba el furor de sus opresores; y aun hasta el mismo Plinio el joven sostenia que su obstinacion sola era digna de castigo. Asi, pues, los edictos imperiales contra los primeros cristianos presentaban mas diversion á la furia del populacho por sangre que el combate de los leones entre sí ó de los gladiadores. Se hizo creer al pueblo que asistian á un acto solemne de justicia; y así concurrían á ver al tigre y al leopardo hacer pedazos el cuerpo trémulo del aucionero lo mismo que el del joven, del fuerte como del débil, sin mostrar el menor deseo de rescatar al desamparado, ó de socorrer al valiente.





GOETHE.

El año de 1832 fue testigo de la muerte de varios hombres distinguidos por sus talentos: la Francia perdió á Cuvier, la Inglaterra á Walter-Scott, y la Alemania al augusto patriarca de su literatura Juan Wolfgang Goethe. La vida de Schiller, hombre que aun en las circunstancias ordinarias del trato civil siempre conserbaba sus rasgos de ingenio y de poesia, fue toda ella una larga tempestad; mas no así la de Goethe, que en dejando la pluma deponia, por decirlo así, su imaginacion y su vena poética, y que sabia transformarse en un hombre vulgar para las relaciones ordinarias de sociedad y

familia. Goethe no tenia aquellos secretos disgustos, aquellas rarezas de carácter, aquella exaltacion de sensibilidad, aquellos reprimidos raptos de amargura y encono contra el mundo, que haciéndole pagar caros sus talentos como ha sucedido á otros, le impidiesen saborear la gloria que le habian conquistado sus grandes facultades intelectuales: admirado generalmente, fue tambien completamente feliz, constantemente dichoso durante su dilatada carrera. Esta incesante duracion de la felicidad que no suele ser compañera de la celebridad literaria, es lo mas notable en la existencia de Goethe, y así, es un trabajo

ingrato el hacer la historia de una vida como la suya, en donde faltan aquellos acontecimientos dramáticos, aquellos lances de extraordinaria novedad, aquellos raros contrastes y rasgos singulares, que son tan cómodos elementos para un artículo biográfico.

Goethe nació en Francfort, sobre el Mein, el 28 de agosto de 1749. Su padre, que era un jurisconsulto de bastante nota, le dedicó á la carrera del foro, enviándole á estudiar el derecho á Leipsick, después de haberle dado su primera educación tan sólida como brillante. Habiendo tomado la borla de doctor en Strasburgo en 1771, se estableció como jurisconsulto en Wetzlar; pero su imaginación viva y fogosa le llamaba á otras tareas menos áridas y limitadas que las disputas sobre puntos de hecho ó de derecho, y entonces publicó su *jóven Werther* que conmovió toda la Alemania y llegó á hacerse popular hasta en Francia. Convencido Goethe por el feliz éxito de aquella su obra primera, de que la carrera de la amena literatura era su verdadera vocación, se determinó á no tener ociosa la pluma, y llenó de asombro al mundo literario con la abundancia y variedad de sus composiciones. Ciencias físicas, historia natural, bellas artes, tragedias, comedias, óperas, novelas, poemas épicos, canciones, todos los asuntos abrazó con su vastísima inteligencia, á todas las formas se acomodó la prodigiosa flexibilidad de su talento. Tan infatigable como él para inventar, fue la admiración pública para seguirle, y el largo espacio de sesenta años, lejos de agotar las tiernas y ardientes simpatías que la Alemania había manifestado al autor de *Werther*, no hizo otra cosa que desarrollarlas y exaltarlas en cierto modo hasta una especie de fatismo. "La influencia de este autor, dice Madame Stael, es esraordinaria, y la admiración hacia Goethe reúne á los alemanes en una especie de secta, cuyas palabras sirven para conocerse mutuamente los adeptos. Cuando los extranjeros quieren también pagarle su tributo de admiración, si acaso se atreven á hacer algunas observaciones que prueben que han examinado con atención sus obras, son rechazadas con aire desdeñoso." Toda nueva producción de Goethe era acogida por los lectores alemanes con una ciega veneración ya anticipada solo al oír su nombre, y el criticarla se hubiera mirado como un delito de lesa nación digno de ser castigado por el irritado sable de algun estudiante.

Weimar fué el trono desde cuya elevación reinó toda su vida Goethe con apacible magestad sobre la Alemania literaria. El favor y amistad del duque de Weimar le habían fijado allí desde el año de 1780, y en aquella misma ciudad murió en 21 de marzo de 1832 colmado de honores y dignidades, y sin haber dejado aquella capital mas que el tiempo que empleó en un viaje por Alemania, Suiza é Italia. Allí pasó tranquilamente su larga vida en una profunda monotonía de gloria y felicidad, recibiendo el tributo de adoración de toda la Alemania, el afecto de todos los hombres ilustres, la consideración de los príncipes, y el homenaje de los extranjeros que le visitaban. "Weimar era su corte, dice un escritor que pinta bien la vida de Goethe y caracteriza con acierto su talento. Era cosa de ver la veneración con que se pronunciaba su nombre; su casa era como el templo y el paladion de la ciudad. Weimar que es último resto de aquellas pequeñas capitales de la Alemania del siglo XVIII, guardaba en Goethe con cuidado y esmero religioso la última reliquia también del gran siglo literario. Weimar parecia hecha para Goethe como un pedestal para una estatua. Jamás se vió mayor armonía. Se conservaban todavía en Weimar los hábitos, las costumbres, el tono del siglo XVIII; era una ciudad de otra era, en que vivía un hombre también de otra era.

Goethe en efecto no es del siglo XIX, de este siglo agitado y violento en que los hombres se degüellan y arriesgan su vida en defensa de estas ó las otras ideas; es un hombre del siglo XVIII, literato por excelencia, indiferente á la política, poco cuidadoso del fondo de las cosas, pero muy atento á su forma, artista mas que filósofo. No se dedica como Voltaire al triunfo de una idea, no se propone un objeto social: Goethe es el cantor de todas las ideas. Su imaginación, á la manera de una balsa de agua para y tranquila, refleja sucesivamente todas las nubes que van pasando por el cielo del espíritu humano, todos los diversos matices de nuestras opiniones. La antigüedad y la edad media, la buena fé y la ironía, todo es bello, todo es el mundo; hé aquí lo que Goethe canta en su admirable lenguaje. Si en este juicio no nos engañamos, nosotros preguntáramos ¿qué ha hecho Goethe? ¿qué ha querido hacer? ¿Que objeto social y político ha dado á la literatura de su país? Ninguno. Goethe solía decir que el mérito suyo consistía en que en todos sus estudios, en todos sus libros buscaba y hallaba siempre la idea nueva, el punto de vista nuevo; este juicio era ingenioso y exacto. Goethe es nuevo en todo porque no sigue en nada partido alguno. Jamás hubo espíritu menos sistemático, jamás le hubo mas variado y mas independiente."

A este juicio del escritor que hemos copiado añadiremos el de Madame Stael, que ha considerado á Goethe, bajo otro punto de vista, pero con no menor exactitud de observación. "Por si solo podría Goethe, dice, representar la literatura alemana toda entera: no porque no haya otros escritores superiores bajo otros conceptos, sino porque él solo reúne todo lo que distingue el espíritu alemán, y ninguno es tan notable por cierto género de imaginación de que no pueden reclamar parte alguna ni los franceses, ni los ingleses, ni los italianos. Se halla en él una gran profundidad de ideas, la gracia que nace de la inclinación, una sensibilidad fantástica á veces pero mas á propósito por lo mismo para interesar al lector."

Aunque los extranjeros que apenas conocen de Goethe mas que las novelas y piezas dramáticas no han llevado su admiración hacia él hasta el grado de fanatismo que los alemanes, han hecho justicia sin embargo al literato ilustre. Todos los viajeros iban á visitar á Weimar para ver á Goethe, todas las academias de Europa le habían abierto sus puertas, el Instituto de Francia se honraba contándole entre sus correspondientes, y Napoleon en Erfurth se había quitado del ojal la cruz de honor para ponérsela al héroe literario alemán. Una calamidad pública fue para la Alemania, y un suceso grave para el orbe literario, el que la muerte viniese á herir al objeto de tanto amor y veneración. Los soberanos de Weimar que perdían el mejor adorno de sus estados dieron lugar en el panteon regio al ilustre escritor á quien ya habían erigido estatuas Francfort y otras ciudades de Alemania.

INSTITUCIONES UTILES.

Salas de asilo.

Los niños ya destetados y desde los diez y ocho meses hasta los seis años son una carga de alguna entidad para las familias, no tanto por lo que consumen, cuanto por el tiempo que se gasta en cuidar de ellos.

Si se les deja solos estan espuestos á infinidad de peligros, pues con todo juegan y todo lo maltratan y rom-

pen. Si la madre se dedica á su inspeccion, por precision tiene que abandonar otros deberes de la familia, y de consiguiente se escapan de su atencion mil pormenores de economía, y si su estado la obliga á salir para su trabajo fuera de casa, tiene que renunciar el cuidado de sus hijos á lo menos temporalmente.

Esta pérdida de tiempo mal empleado influye mas de lo que parece en el bienestar y dicha doméstica de muchísimas familias.

Los inconvenientes que acarrea desaparecerian con el establecimiento de *salas de asilo* que hay en muchas partes de Europa, no solo en las ciudades populosas, sino aun en los grandes establecimientos de manufacturas.

Una sala de asilo no es otra cosa que un *salon público*, en el que las madres de un cuartel ó un distrito lleven desde por la mañana sus niños, y los recogen al caer la noche.

En todo el dia están al cuidado de una ó de muchas mujeres encargadas de esto, y de distribuirles el alimento que se lleva por la mañana para cada uno de ellos.

Los gastos de estos establecimientos se reducen á una estufa con la leña necesaria y una corta indemnizacion á las inspectoras de los niños, de los cuales pueden tambien sacar partido desde la edad de cuatro años en adelante ocupándolos en devanar, hacer hilas, palillos, ó cadenitas, estender los desperdicios de los capullos de seda, etc.

Otra ventaja de las salas de asilo en favor de los mismos niños es la de formar su carácter acostumbrándolos á vivir en sociedad, la de hacerles contraer á tiempo el hábito de orden y de aseo que aseguren para en adelante su moralidad, y en fin en los púeblos y aldeas la de enseñarles á lo menos á leer, antes que sus padres, si son pobres, se apoderen de todo su tiempo para compensarse de los gastos que les ocasionan.

No hay poblacion á la que deje de ser sumamente útil el establecimiento de una sala comun para todas las familias de su vecindario, ni que carezca de un local á propósito para tal efecto.

Por testimonio de todos los gefes de establecimientos, y directores de fábricas donde se emplean mujeres está probado que toda mujer que tiene que cuidar á un niño de corta edad pierde una cuarta parte de su trabajo al dia, y si trabaja á destajo gana tan poco que no alcanza á sus necesidades.

Todo fabricante pues que emplea mujeres en su establecimiento, seis de las cuales tengan niños de poca edad, tiene un interes en que se establezca una sala de asilo, y se encargue una mujer de su inspeccion.

De todos los establecimientos ideados por una ingeniosa y pródiga beneficencia las salas de asilo son las mas apreciables para las clases laboriosas, pues efectivamente les es sumamente ventajoso el saber que durante las horas de trabajar tienen á sus niños seguros y cuidados.

Toda sala de asilo debe tener un reglamento sencillo y claro, para que las personas encargadas de su inspeccion no puedan separarse ellas mismas del orden á que conviene acostumar á los niños.

El objeto de este reglamento debe ser: 1.º las condiciones para la recepcion y número, y el mejor empleo de las horas segun la edad de los niños. 2.º El sujetar á los padres á la obligacion de llevar por la mañana á sus niños lavados y peinados. 3.º Determinar sobre qué deberá recaer mas particularmente la vijilancia, y cuáles serán las penas que se impongan segun los casos, los castigos que se prohiben, los ejercicios mas convenientes etc.

En todas partes donde se han establecido estas salas se ha echado de ver que los continuos cuidados dispensados á los niños, y los consejos de médicos generosos que

gratuitamente se han ofrecido á concurrir por su parte pasando cada dia revista á los niños han influido en su desarrollo físico mucho mas de lo que razonablemente podia esperarse, no siendo menor este desarrollo en la parte intelectual y moral.

Los niños por una especie de instinto sienten el beneficio de una atmósfera pura en que respiran ocho horas al dia, y cada mañana va alegremente á la casa de asilo, en donde encuentra á sus compañeros del dia anterior, y desaparecen los malos hábitos contraidos, sin esfuerzos ni castigos. La obediencia que se les prescribe como un deber sagrado, hace que amen mas á su familia, por lo comun mas cuidadosa en castigar sus defectos que en prevenirlos. No se limita pues la influencia moral de este establecimiento á los niños, sino que egerce una ventajosa reaccion en los padres.

Tales son los resultados que presentan las salas de asilo, y que se obtienen sin sacrificio alguno en una edad en que no se puede admitir á los niños en ninguna escuela.

El costo de una sala de asilo para 100 á 120 niños de ambos sexos puede verificarse facilmente por suscripcion, en que tomarían parte las madres jóvenes.

He aquí los enseres precisos para su organizacion.

Veinte bancos movibles de 6 pies y $\frac{1}{2}$ de largo, 8 pulgadas de ancho, y 10 á 12 de alto.

Una gran mesa de madera para los niños que perfilan ó escriben en pizarra, de 7 pies de largo, 2 de ancho y 2 de alto.

Una mesa negra con caballete.

Un catre de 8 pies de largo, 4 de ancho, 8 pulgadas por delante, y 16 por la parte opuesta.

Cincuenta canastillos de calceta para las niñas.

Estante para colocar las cestillas.

Una mesa, dos sillas y una campanilla para la inspectora.

Un armario para guardar los registros, tablas de leer, materiales y productos del trabajo.

Una estufa.

Un reloj con su caja.

Escobas, regaderas y otros accesorios.

Entarimado con veinte bancos fijos de 25 pies de largo y 20 de ancho: su elevacion en el fondo 4 pies; dimension de los bancos la misma que la de los bancos movibles.

Libros para la matrícula, para las cuentas de materiales y productos, cuadros del reglamento interior, papel, tinta, certificados de admision &c.

Enseres necesarios para la instruccion, y obras.

Una coleccion de cuadros en carton para la lectura.

Otro id de historia natural.

Cien pizarras artificiales.

Doscientos lápices.

Cincuenta lapiceros.

Doscientas agujas de hacer calzeta.

Coleccion de historias, manual etc. para la inspectora.

Desperdicios de lana, seda y lienzo para el deshilado.

METODO PRACTICO PARA ARREGLAR PÉNDOLAS Y RELOJES

DE FALTRIQUERA.

Se cree comunmente que luego que se ha comprado un reloj y se le ha puesto á la hora no hay ya mas que hacer que darle cuerda cada dia, y que con esto andará con

constante exactitud, sin tener que tocarle mas. Aun hay quienes piensan que estas máquinas deben ir con el sol, y estar siempre acordes con él. Estos son errores que conviene destruir, antes de esponer las reglas prácticas, objeto de este artículo. El primer error se refiere particularmente á los relojes de faltriquera, el mejor de los cuales está sujeto á variaciones cuyas causas principales son la mudanza de temperatura, y las que resultan de la posicion del reloj, y de los movimientos que le imprime el cuerpo. Hay reloj que anda con regularidad en tal posicion, y varia si se le muda de ella, ó cuando los movimientos del que le lleva tienen una direccion mas bien que otra; circunstancias que deben tenerse presentes cuando se quiere arreglar debidamente el reloj. Diremos sin embargo que un buen reloj no debe variar sino muy poco, sean las que quieran las mudanzas de posicion ó de temperatura de las cuales dependa, y que las mismas circunstancias deben producir siempre los mismos resultados de adelantarse ó atrasarse. El segundo error proviene de que hay pocas personas que sepan que no emplea siempre el sol el mismo tiempo de un medio día al otro, y que por consiguiente no son todos los días del año de 24 horas: porque mas veces emplea el sol 24 horas y algunos segundos desde un medio día al inmediato, y otras 24 horas menos algunos segundos desde el medio día inmediato hasta el que le sigue. Asi es, pues, que el sol unas veces se atrasa y otras se adelanta.

Ademas de esto las péndolas y relojes de faltriquera deben dividir el tiempo de un modo perfectamente regular, y designar el medio día á las 24 horas justas.

Se ha dado el nombre de *tiempo verdadero* al tiempo medido por el sol, y el de *tiempo medio* al reducido á una igualdad constante por medio del jiro regular de las péndolas y relojes. Se ve pues que un buen reloj ó péndola no puede estar todos los días exacto con el punto de las doce que marque un cuadrante solar.

Los astrónomos han calculado una tabla que indica para todos los días del año la hora que debe señalar un buen reloj ó péndola en el punto verdadero de medio día: indicaremos aquí las diferencias jenerales que en todo el trascurso del año debe de haber entre el medio día del sol y el de una péndola bien arreglada.

Supongamos que el día 25 de diciembre pone uno su péndola ó reloj de faltriquera 4 segundos atrasado con el sol; el 24 de diciembre el mediodía del sol atrasará 30 segundos con respecto al mediodía de la péndola, y esta diferencia irá siempre en aumento hasta el 11 de febrero, día en el cual el medio día del sol se atrasará con respecto al de la péndola 14 minutos y 41 segundos. Este atraso se irá aumentando desde el 11 de febrero hasta el 14 de abril, en el que estarán enteramente acordes el sol y la péndola. El 15 de abril, el medio día del sol se adelantará 5 segundos y continuará adelantando así hasta el 10 de mayo, en que estará adelantado 3 minutos y 59 segundos. Irá aproximándose el medio día del sol al de la péndola hasta el 15 de junio, en que ambos estarán acordes. El 16 de junio se atrasará el sol respecto á la péndola 8 segundos, y continuará en atrasarse mas y mas hasta el 25 de junio, en que será su atraso de 5 minutos y 56 segundos. Proseguirá disminuyéndose este atraso hasta el 31 de agosto, día en que ambos mediodías volverán á coincidir. En fin el 1.º de septiembre adelantará el sol 27 segundos, y proseguirá adelantando siempre, de modo que ambos mediodías no estarán perfectamente acordes hasta el 23 de diciembre.

Se ve pues según lo espuesto que para poner á la hora una péndola ó reloj de bolsillo cuando el sol señala el medio día, no debe señalar ninguno de estos las do-

ce precisas, sino la hora indicada por la tabla de que hemos hecho mencion.

Cuando un reloj de bolsillo no varía sino un minuto al cabo del día, no hay motivo alguno de quejarse; pero no es lo mismo con respecto á las péndolas, que están sujetas á mas causas de variacion.

Conviene poner el reloj á la hora de ocho á ocho días con una buena péndola ó cuadrante solar. Si no varía mas de ocho minutos en los ocho días, bastará poner las manecillas á la hora. Si la variacion es mas considerable, se tocará á la manecilla del *registro* que es un cuadrante pequeño, colocado en lo interior del reloj, junto al volante.

Si el reloj adelanta se llevará la manecilla del registro hacia la letra R señalada en el cuadrante que significa *retardo*: si al contrario el reloj se atrasa, se llevará la manecilla del registro hacia la letra A en el mismo cuadrante, que significa *adelanto*.

Cada vez que se toca á la manecilla del registro no se la debe mover sino una media division del cuadrante, á no ser que el reloj tenga una gran variacion en las 24 horas como de 4 á 5 minutos: en este caso puede moverse la manecilla una ó dos divisiones, mas ó menos segun la variacion.

Para poner un reloj á la hora se ha de usar de la llave, haciendo jirar con ella el minuterio hasta que señale el reloj la hora y el minuto que es, teniendo cuidado de no hacer jirar á la manecilla de las horas separadamente del minuterio.

Cuando las manecillas de un reloj adelantan ó atrasan una hora ó dos mas ó menos, se las volverá del lado en que tengan menos espacio que recorrer. Es un error el de muchos que creen que echarán á perder su reloj haciendo retroceder las manecillas; pues mucho mas le echarian haciéndolas recorrer mas camino del necesario. Esta regla no es aplicable sino á los relojes ordinarios: pues por lo que toca á los de campana y péndolas, conviene volver las manecillas siempre hacia delante.

Conviene dar cuerda al reloj todos los días á la misma hora, porque no siendo la fuerza del resorte la misma durante las 24 horas, sucede frecuentemente que el reloj se adelanta ó se atrasa en las 12 horas primeras, y se atrasa ó adelanta en las otras 12, y que por lo mismo está arreglado, pues el adelanto anterior se compensa con el atraso siguiente: y no dando cuerda al reloj con regularidad á cada 24 horas sucederá á menudo que siguiere atrasándose ó adelantándose sin comparacion.

Conviene tener siempre el reloj poco mas ó menos en una misma posicion, es decir, colgarle de un clavo al acostarse, y tener cuidado de que apoye bien contra la pared, para que el movimiento del volante no se comunique á la caja.

Debe tenerse el reloj en cuanto sea posible á una misma temperatura. Por lo mismo en invierno será preferible el colgarle cuando se le deja del lienzo de una chimenea, que de otro cualquiera sitio.

No deben volverse las manecillas de una repeticion cuando está dando la hora.

Cuando una repeticion suena con demasiada celeridad ó con demasiada pausa, se corrige este defecto haciendo jirar otra manecilla que tiene en lo interior hacia la letra V, que quiere decir *velozmente*, cuando se quiere que suene mas de prisa; y hacia la letra L, que quiere decir *lentamente*, si se desea que suene mas despacio.

Modo de arreglar las péndolas

Para adelantar una péndola se sube la lenteja del volante por medio de la tuerca que está debajo; y para

atrasarla se baja la lenteja por el mismo medio. Si es péndola cerrada, y no se puede por lo mismo tocar al volante, tendrá para el efecto en el cuadrante un cuadradito de acero que se hará jirar con una llave de reloj de la izquierda á la derecha para adelantarle, y de la derecha á la izquierda para lo contrario.

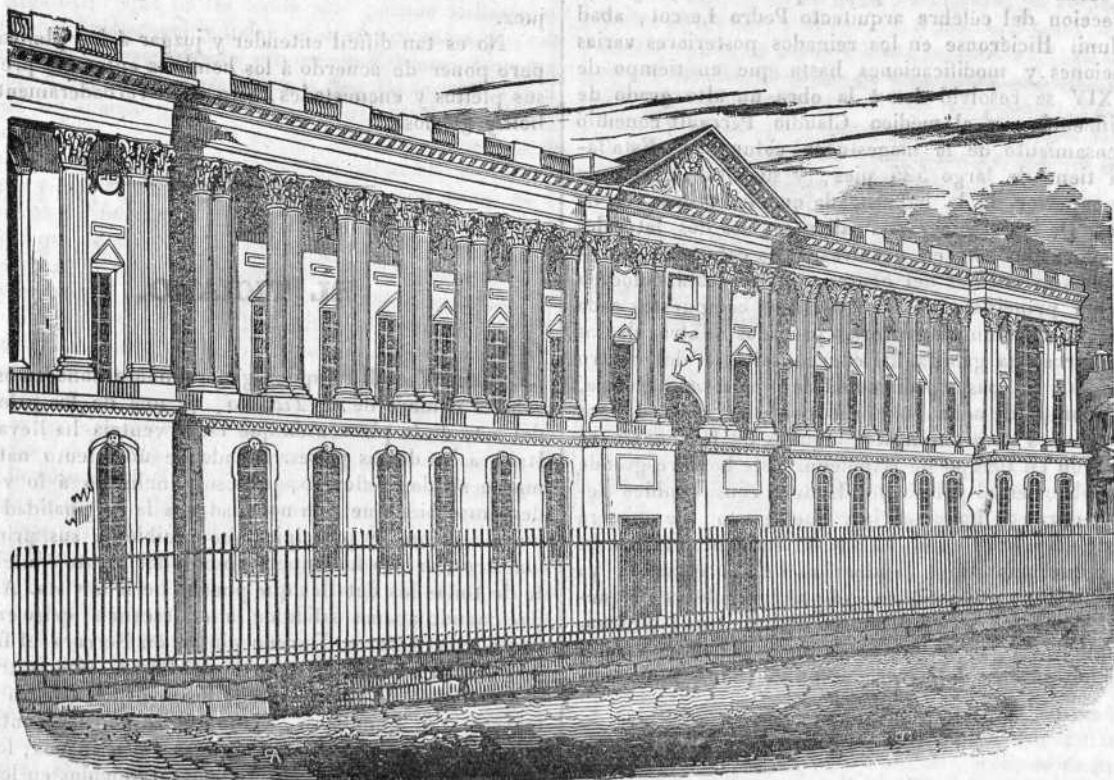
No deben hacerse retroceder las manecillas de las péndolas de campana mas de media hora, y aun esto con precaucion, deteniéndose cuando se sienta resistencia. Tampoco se ha de hacer retroceder el minuterero cuando está inmediato á los 28 ó á los 55 minutos, esto es, cuando va á dar: porque si entonces la manecilla está atrasada, sonará la campana, y cuando la manecilla vuelva otra vez al mismo punto y pase á la media hora y á la hora, sonará aun, de manera que la campana y las manecillas no estarán de acuerdo y la péndola sonará en la media hora la entera. Cuando esto suceda debe volverse el minuterero hasta ponerle casi á dos minutos de

la hora ó de la media hora; entonces se le hará retroceder hasta que dé la campana. Despues se le hará avanzar y dará de nuevo la hora y la media á su debido tiempo, bastando volver las manecillas para ponerle al corriente hasta los minutos.

Cuando la campana de un reloj no va acorde con las manecillas, es preciso volver la de las horas separadamente de la de los minutos, y ponerla en la hora que dá. Despues se hará jirar la de los minutos hasta que esté con la hora.

Para colocar una péndola se ha de tener cuidado de hacerlo bien á nivel, y se conocerá que lo está si los golpes del volante son perfectamente iguales; lo que no sucede cuando está inclinada á derecha ó izquierda.

Cuando está inclinada hácia adelante ó hácia atras puede tropezar la lenteja del volante contra la pared ó el cuerpo mismo de la péndola, y por consiguiente pararse.



EL LOUVRE.

Es tanta la celebridad de la *columnnata del Louvre*, y tan extendida se halla la idea de que esta fachada del palacio de aquel nombre es uno de los mejores trozos de arquitectura que puede admirar el viajero en la capital de la Francia, que no hemos titubeado en presentarle á nuestros lectores en el dibujo que acompaña á este artículo, añadiendo algunas noticias de la columnata misma y del palacio entero.

A principios del siglo XIII, y bajo el reinado de Felipe Augusto, se daba ya el nombre de *Louvre* á una fortaleza que aquel príncipe hizo construir á la orilla derecha del Sena, extramuros pero muy inmediata á la población de París. Esta fortaleza se componia solamente de una gran torre maciza y redonda, circundada de una muralla y un foso: fue su primero y principal destino servir de prision de estado, y la estrenó Ferrando, conde

de Flandes, hecho prisionero en la batalla de Bouvines que fue encerrado en ella despues de haberle paseado por las calles de París en un carro tirado de cuatro caballos en que iba cargado de cadenas. Tal fue el uso de la torre del Louvre por largo tiempo, y los revoltosos varones de los siglos XIII y XIV temblaban solo de oír su nombre, como los descontentos de los siglos posteriores al oír el de la Bastilla. Por esto y porque aquella sombría fortaleza era el refugio de los reyes y de sus tesoros en dias de agitaciones populares, su aspecto era lúgubre y siniestro, como que allí todo se habia calculado para hacerla fuerte, y nada para darle belleza y elegancia.

Quando hacía el año de 1358 se ensanchó el recinto de París, el Louvre quedó dentro de los muros, y posteriormente el rey Carlos V hizo en él algunas obras de consideracion con ánimo de residir allí habitualmente, dando así á la fortaleza el nuevo aspecto de palacio real. Pasó mas de siglo y medio sin que se hiciese en el edificio reparacion alguna hasta que queriendo Francisco I, recibir en él al emperador Carlos V primero de España proyectó primero hacer alguna obra y se resolvió despues á reedificarle completamente, demoliendo la torre de Felipe Augusto y las construcciones góticas de Carlos V, y levantando un nuevo palacio por los dibujos y bajo la direccion del célebre arquitecto Pedro Lescot, abad de Cluni. Hicieron en los reinados posteriores varias alteraciones y modificaciones hasta que en tiempo de Luis XIV se resolvió dar á la obra un alto grado de magnificencia, y el médico Claudio Perrault concibió el pensamiento de la magestuosa columnata. Esta fachada tiene de largo 525 pies, y su altura, hasta la parte superior de la balaustrada que la corona, es de 85 pies. De los tres cuerpos salientes, los dos laterales estan adornados con seis pilastras y dos columnas corintias; estos se unen al del centro, en que está colocada la puerta principal, por dos peristilos compuestos cada uno de doce columnas corintias pareadas, detras de las cuales corre una galería. El cuerpo saliente del centro en que hay un paso practicable de una á otra galería, está decorado de ocho columnas corintias y de algunos bajos relieves de gran mérito, algunos de los cuales se ejecutaron en tiempo de Napoleon. Este hombre grande hizo tambien en el palacio del Louvre considerables reparos y obras de importancia y buen gusto; de manera que este edificio es en el día uno de los mas notables de París y que mas llama la atencion de los viajeros, ya por su mérito arquitectónico, ya por las bellezas y riquezas que encierra, ya como museo de escultura, pintura, y antigüedades, ya en fin como lugar en que se hace la exposicion pública de los productos de industria y artes.

MORAL PRIVADA.

Cada uno tiene la vez que se ha preparado.

Es vergonzoso para el hombre padecer tantas enfermedades, porque las buenas costumbres engendran la salud.

No conviene valerse de aquellos de quienes se sospecha, ni sospechar de aquellos de quienes uno se vale.

La economía da á los pobres lo que la prodigalidad quita á los ricos.

Tened presente que quien compra cosas superfluas, pronto venderá las necesarias.

Ganad lo que podais y guardad lo que ganeis: esta es la piedra filosofal que convertirá todo vuestro plomo en oro.

Quien toma prestado para construir, construye para vender.

El que se olvida de los beneficios se acuerda de las injurias.

Todo lo que sube tiene su descenso.

Fácilmente puede uno hacerse reo si se resuelve á pasar sin aquello de que verdaderamente no necesita.

El que es esclavo de su vientre para dos noches sin dormir: una porque tiene el estómago repleto, y otra porque le tiene vacío.

No entreis nunca en sitio en que se haga una venta pública, porque os asaltará la tentacion de comprar lo que no necesitáis.

Si comprais una casa con intencion de hacer en ella algunas mudanzas para hacerla mas habitable, contad con que dais por ella el doble de su precio.

No opongais al bribon sino la rectitud, y sus mismas bribonadas se volveran contra él. Nunca la astucia ha podido prevalecer mucho tiempo contra la sinceridad.

Quien ama la buena mesa morirá de hambre.

Las funciones de conciliador son preferibles á las de juez.

No es tan difícil entender y juzgar á los pleiteantes; pero poner de acuerdo á los hombres entre sí, prevenir sus pleitos y enemistades, esto es lo verdaderamente difícil y glorioso.

EL TICIANO.

Ticiano Vecelli, á quien generalmente conocemos por solo el nombre de *el Ticiano*, es uno de los príncipes del arte de la pintura en que tanta ventaja ha llevado la Italia á los demas países. Dotado de un talento naturalmente sólido, reflexivo, juicioso, inclinado á lo verdadero mas bien que á la novedad y á la originalidad, con pocas lecciones y principios que recibió de sus primeros maestros, se hizo fácilmente observador atento é inteligente de todos los detalles que pueden herir la vista. Así fue que cuando apenas salido de la adolescencia, quiso en concurrir con Alberto Dureno pintar en Ferrara el fariseo que enseña á Cristo la moneda del César, hizo su trabajo con tal delicadeza, que llegó hasta dejar atras á aquel maestro tan minucioso, como que se podrian contar los cabellos de las figuras, las arrugas de las manos, los poros de la piel, y hasta los reflejos producidos en los ojos por los objetos exteriores. Esta obra es la única que hizo en semejante estilo, porque muy luego adoptó, como todos saben, aquella manera mas libre y desembarazada que habia creado Giorgione, primero su condiscípulo y su rival despues. Algunos retratos pintados en aquella época por el Ticiano no se distinguen bien de los de Giorgione; pero pronto llegó á formarse un nuevo estilo menos animado, menos grandioso, pero mas dulce, y que á falta de la novedad del efecto encanta al espectador por una imagen fiel de la verdad. La primera obra que se conoce del estilo particular del Ticiano, representa al arcángel san Rafael conduciendo á Tobías; pintó este cuadro el año de 1507 á los treinta de su edad, y se cree que poco tiempo despues fue cuando ejecutó aquel célebre Salvador que se cuenta entre los cua-

dos mejores y mas ricos de figuras que nos ha dejado el Ticiano.

Con atención á estos cuadros y otros muchos que pintó en toda la madurez de su talento han hecho los críticos el resumen de su estilo. Mengs sostiene que no se puede admitir al Ticiano en el número de los buenos dibujantes porque el gusto de este pintor era ordinario y distaba mucho del gusto antiguo. Vasari es del mismo parecer cuando pone en boca de Miguel Angel estas palabras, después de que habia visto una Leda del Ticiano: "que era gran lástima que en Venecia no se enseñara antes que todo á dibujar." El juicio del Tintoretto, aunque menos severo, no contradice á los que acabamos de referir. "Hizo el Ticiano, dice, muchas cosas que no cabia hacerse mejor; pero hizo otras que podian haber estado mejor dibujadas." Este mismo Tintoretto solía repetir la siguiente máxima: "El dibujo de Miguel Angel, el colorido del Ticiano."

Puede colocarse en el número de las mejores obras del Ticiano el San Pedro martir que pintó para la iglesia de San Juan y San Pablo de Venecia, acerca del cual los grandes maestros convinieron en decir, segun refiere d'Algarotti "que no les habia sido posible hallarle un defecto." La Bacanal y todas las demas pinturas que ejecutó para un gabinete del duque de Ferrara, han merecido de cierto escritor el título de "las mas bellas pinturas del mundo y las maravillas del arte." Dufresnoy dice en tono decisivo que en las figuras de hombres no era tan perfecto, y que pintaba los paños con cierta pobreza y mezquindad; pero añade que se ven de su mano mujeres y niños de un dibujo y de un color admirables, elogio que confirma Algarotti respecto á las figuras de mujeres, y Mengs por lo relativo á las de los niños. Y Reynolds dice espresamente que "aunque su estilo no sea tan castigado y correcto como el de algunos otros de la escuela italiana, tiene sin embargo una especie de dignidad senatorial, y que en los retratos fue un pintor del carácter mas elevado." Reynolds concluye diciendo que los que pongan la mira en lo sublime no deben descuidar el estudio del Ticiano. En resumen, este artista hubiera tal vez llegado á ser el primer pintor del mundo, si circunstancias mas favorables le hubiesen permitido hacer estudios mas profundos en el dibujo, asi como en el colorido no hay acaso pintor alguno que le iguale.

Las composiciones del Ticiano llevan el sello de su carácter; nada hizo jamás sin consultar á la naturaleza. En su modo de agrupar las figuras hay cierta ingeniosa destreza, que él mismo solía definir poniendo por ejemplo un racimo de uvas, cuyos granos multiplicados forman un todo de forma redondeada, al paso que los intervalos que los separan dan ligereza al conjunto, y que los detalles están marcados en él las sombras, las medias tintas, y los golpes de luz, segun que esta los hiere mas ó menos. No eran desconocidos para el Ticiano aquellos contrastes de acciones y movimientos que tan buen éxito tuvieron en la escuela veneciana; pero los reservaba para las bacanales, para las batallas, en fin para los asuntos que á su parecer lo exigian.

Aunque sobresalió en el arte de pintar paisajes, tuvo gran cuidado en no prodigarlos, empleándolos siempre como adorno, y queriendo que el paisaje concurriese al buen efecto de toda la escena, como lo hizo en la representación de un bosque espeso, que tanto hermosea el cuadro de San Pedro martir. Servíase de los paisajes para fijar el tamaño de las figuras cuando las colocaba en lontananza; componíalos de pocos objetos, pero bien escogidos, y pintaba los árboles con grande y bella variedad, tocados con ligereza, y nada amanerados.

Los retratos del Ticiano fueron los que empezaron á

darle su reputación, tan completamente confirmada por la posteridad que se mira como cierto que nadie le igualó en este género; así es que tambien debió en parte su fortuna á este talento que le facilitó el acceso de muchas cortes brillantes, y que hizo á los personajes mas célebres de su tiempo tributarios de su pincel. Entre otros hizo el retrato del rey Francisco I, cuando este principe estaba en Italia, y el de Carlos V, que en 1529 le envió á llamar á Bolonia espresamente para este fin. El papa Paulo III, que ya habia sido retratado en Ferrara por el Ticiano, le llamó á Roma para que le retratase segunda vez como lo hizo en efecto, representando al pontífice sentado en conversacion con el duque Octavio y el cardenal Farnesio. Otra y otra vez tuvo encargo de retratar al emperador Carlos V, que en señal de estimacion le hizo caballero de Santiago. Era esta estimacion tan profunda que estando un dia el pintor trabajando en presencia de Carlos y cayéndosele el pincel de la mano, el emperador se apresuró á levantarle del suelo, y como el artista le pidiese mil perdones en tono respetuoso, le dijo Carlos V: "Bien merece el Ticiano que le sirva el César." En público, en paseo, á caballo, el emperador le daba siempre la derecha, y si los cortesanos le hacian presente que no parecia bien, respondia: "El crear un duque está en mi mano pero el hacer ni hallar otro Ticiano no es cosa á que alcanza mi poder." Por último aquel principe quiso que el retrato del pintor se colocase en una especie de friso entre los de muchos personajes ilustres de la casa de Austria.

Las ciudades, no menos que los principes, se disputaban las obras del Ticiano, y Venecia estaba con ellas tan orgullosa, que el senado impuso pena de la vida al que sacase de allí el cuadro de San Pedro martir. Ya tambien habia recompensado al artista concediéndole la plaza de corredor de la cámara de los tudescos (*sensale del fondaco de' Tedeschi*), denominacion estraña con que se designaba al primer pintor de la república, y tenía entre otros privilegios el que se miraba como mas honroso de retratar á cada nuevo dux por el precio ya convenido de ocho escudos. Mas adelante dió tambien el senado al Ticiano una señalada muestra de su estimacion, exceptuándole, por un favor muy especial, de un impuesto que se decretó sobre los ciudadanos de todas clases.

Cuando en 1545 se puso el Ticiano en camino para Roma á instancia del papa, por todo su tránsito el duque de Urbino salió á recibirle y le condujo en triunfo á su palacio. En seguida le dió escolta para que le acompañase á Roma, en donde el cardenal Farnesio se habia encargado de prepararle alojamiento en el palacio de Belvedere. Su mansion en la capital del mundo cristiano fue de un año solamente, pero en este año, ademas de las obras que ejecutó para Paulo III y los Farnesios, pintó tambien una Danae que se cuenta entre sus obras maestras.

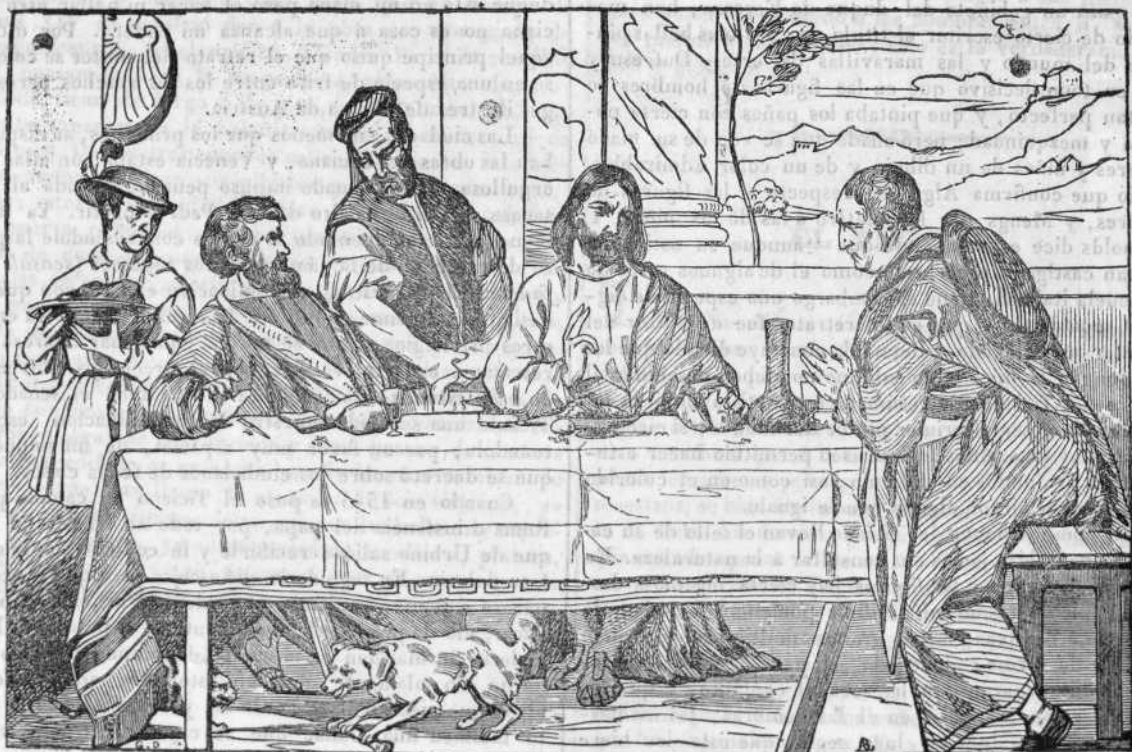
De regreso de Roma tomó el Ticiano el camino de Toscana, y poco satisfecho del recibimiento que le hizo Cosme de Medicis, se apresuró á volver á Venecia, en donde esperaba vivir en paz, en medio de sus amigos y de sus placeres domésticos. Vana esperanza! Carlos V, que no podía pasar sin él, le hizo ir dos veces á Augsburgo (en 1548 y 1550) y despues le llevó á Inspruck, á donde aquel principe fue para hallarse cerca del concilio de Trento. Allí fue donde el artista produjo una magnífica apoteosis de la familia imperial, que se concluyó en 1555, y fue colocada en San Justo á vista del emperador.

Vuelto á Venecia el Ticiano, el senado le dió audiencia para que refriese las circunstancias de su viaje á Venecia; honorífica distincion que solo se concedia á

los embajadores. Hubiera podido de allí adelante dedicarse al descanso que su avanzada edad debía hacerle necesario; pero por un privilegio poco común, el Ticiano había pasado de los setenta años sin haber perdido el vigor de la juventud. Luchando con ventaja contra el tiempo pudo todavía á los ochenta y siete años encargarse de la ejecución de tres grandes cuadros para la casa de ayuntamiento de Brescia y contratar algunos otros asuntos para la iglesia de Venecia; pero ya tocaba á aquella edad mirada como último término de la vida del hombre. Había nacido en el año de 1477, en Pieve-de-Cadorá, y contaba cerca de cien años, cuando en 1576 se declaró la peste en Venecia, y el ilustre anciano fue una de sus

víctimas. Hiciérosele magníficas exequias, y sus restos fueron depositados en la iglesia de los *Frari*, aunque estaba rigorosamente prohibido que se conservasen los cadáveres de los apesados.

El cuadro del Ticiano que copiamos en el adjunto grabado es uno de los mejores que pintó aquel gran maestro, y se conserva en París en el museo del Louvre; se celebra mucho en él la belleza del colorido y la distribución de las luces. Aseguran que el rostro del peregrino que está á la derecha del salvador es el de Carlos V; el del page retrato de Felipe II y el otro peregrino el del cardenal Cisneros.



(Los peregrinos de Emaús.)



(El joven mendigo.)

MURILLO.

Bartolomé Esteban Murillo, á quien unos colocan en el primer lugar de los pintores españoles sin darle otro compañero que á Velazquez, y otros no le conceden rival, nació en Sevilla el 1.º de enero del año de 1618 de una familia pobre; pasó en la oscuridad una juventud triste, y su educación fue descuidada. Pero la naturaleza había decidido que Murillo sería un gran pintor, y á pesar de todos los obstáculos, fue preciso ceder á la voluntad de la naturaleza como suele suceder. Murillo no tuvo maestros, apenas recibió las primeras mociones de su arte que le dió un cierto Juan del Castillo, pariente suyo, quien nadie se acordaría hace tiempo á no ser por esta circunstancia, cuando este fue á establecerse á Cadiz, y dejó á su discípulo abandonado á sí mismo. Obligado á

ganar la subsistencia con el trabajo del pincel, antes de saber manejarle se dedicó á pintar estandartes y cuadros de santos, que vendía por docenas, al precio de uno ó dos duros cada uno segun el tamaño, á los armadores de las galeras de América, los cuales expendían despues estos cuadros de pacoñilla en los pueblos recientemente convertidos de Méjico y del Perú. Asi pasaria una veintena de años, cuando Pedro de Moya llegó de Londres á Sevilla y le inspiró el deseo de imitar á Vandyck que había dado las últimas lecciones á este artista pero no habiendo podido aprovecharse de sus consejos sino muy poco tiempo, y sintiendo en su interior una necesidad absoluta de hallar modelos por donde dirigirse, reolvió Murillo irse á Italia. A este fin reunió sus escasos re-

cursos; compró lienzo, lo dividió en cuadritos, y pintando en ellos algunas flores y objetos de devoción, los vendió para la América, y con el pequeñísimo producto que sacó, tomó el camino de Madrid, sin haber confiado su determinación á ninguno de sus parientes.

Llegado á Madrid, se presentó á Velazquez su compatriota, y le dió cuenta de sus proyectos. Estaba Velazquez á la sazón en su mayor auge de gloria y fortuna, pero no por eso desechó al jóven pintor desconocido y oscuro, antes al contrario le acogió con benevolencia, le buscó trabajo que le diera utilidad, ya en el Escorial, ya en el palacio de Madrid, le animó á cultivar su talento, le puso en ocasión de estudiar los mejores modelos, y en fin, hizo mas todavía, le ayudó con sus lecciones y consejos. Así pasó Murillo tres años en Madrid hasta el de 1645 que volvió á Sevilla, en donde su regreso no hizo novedad porque no se habia echado de ver su partida; pero al año siguiente la admiración jeneral se escitó en favor de aquel talento ignorado á la vista de los cuadros que pintó para el claustro de San Francisco. El de *la muerte de Santa Clara*, y el de *Santiago dando limosna* acabaron de echar el sello á su reputación; el primero por su dibujo y colorido parecia una pura reminiscencia de Vandyck, el segundo era Velazquez todo entero. Desde aquel momento recibió Murillo encargo de hacer una multitud de obras, que no solo le produjeron grandes utilidades, sino que tambien le dieron renombre extendiendo su fama por toda España, por toda Europa, y aun en América. Los cabildos y conventos de todo el reino, los grandes y magnates le pedían á porfía pinturas de su mano, y á todo daba abasto su prodigiosa facilidad, y fecundidad inagotable. Alguna vez se echa de ver en sus obras esa precipitación que no le permitía meditar bien sus composiciones ni concluir los detalles; mas no se crea por esto que el gran crédito adquirido le hizo como á otros artistas descuidar su reputación; lejos de eso, Murillo perfeccionó mas y mas su manera, dió mas libertad y soltura á su pincel, y sin abandonar aquella suavidad de colorido que le distinguía de todos sus rivales, adquirió en él mas franqueza y mayor vigor en sus tonos.

Murillo tenia en todos los géneros igual facilidad: al mérito mas eminente como pintor de historia, bajo el concepto de una composición graciosa y espresiva unida á la verdad de la imitación, juntaba el de sobresalir asimismo en la pintura de flores y paisaje. Es curioso el saber con que ocasión se dedicó á cultivar este último género, y en ello se prueba su universal facilidad. Habíase servido largo tiempo de un pintor de paisajes llamado Iriarte, para que le pintase los fondos de sus cuadros, y en cambio pintaba Murillo las figuras en los paisajes del otro; pero como de resultas de una disputa se resfriase su amistad, Murillo, no queriendo depender de nadie, emprendió á hacerse por su mano los paisajes de sus cuadros; y el primer ensayo fue ya sin disputa una obra maestra.

Así permaneció constantemente en Sevilla, fuera de alguno que otro viajecillo á Madrid ó á Cadiz donde ejecutó su célebre cuadro de los desposorios de Santa Catalina; y estándole concluyendo se dió un golpe tan fuerte contra la andamiada, que la herida que se causó fue de gravedad, y siempre se resintió de ella hasta su muerte ocurrida en Sevilla el 3 de abril de 1682.

Dotado Murillo de una imaginación rica, brillante, inagotable; animado de tiernos y delicados afectos, y susceptible hasta de exaltación y entusiasmo, sobresalía especialmente en los asuntos sagrados, en que el arte puede traspasar los límites de la naturaleza y lanzarse en el mundo ideal. Sin embargo no tenía menos acierto en las

escenas de la vida comun, que en las de estilo elevado la miseria sucia, asquerosa, retratada en sus mendigos y pobres enfermos (sobre todo en su *santa Isabel* en que presentó ambos géneros con maravilloso contraste) escita tanta admiración como la grandeza sencilla, noble, y sublime de sus santos. De tal modo sabia variar su manera y acomodarla á su asunto, que alcanzaba igualmente á la mas alta poesía, y á la realidad mas verdadera.

Para juzgar de la estima en que se tienen las producciones de este eminente artista basta decir que existe en la catedral de Sevilla un santo en éxtasis, de su mano, con una magnífica gloria; y con todo de ser acaso el mayor lienzo que pintó Murillo, el duque de Wellington ofreció por el en 1814 todas las onzas de oro que se necesitasen para cubrirle, y sin embargo, el cabildo no se le quiso vender.

EL MATON.

CUENTO.

(Remitido.)

En noche de invierno lluviosa y oscura Las calles de Cabra rondaba un hombre, Envuelto en su capa con gracia y bravura, Su mano empuñando terrible espadon.

Parado en la esquina de angosta plazuela, Buscando aventuras parece que está; Con voz arrogante, cual fiel centinela, A todo el que pasa pregunta, "¿quién va."

Después que tres veces silbó misterioso, Llamó á una ventana que al punto se abrió, Y adusta doncella con tono imperioso De aquesta manera su lengua soltó:

"Tu madre no quiere, mi padre tampoco, "Yo soy obediente; no hay mas que decir: "Estás despachado; Chato no seas loco, "Márchate demonio, déjame dormir."

Cual nube de piedra cayó sobre el mozo Tan récia descarga, tan fiera esquivéz: Sus dientes rechinan mordiendo el embozo, De afrenta y de rabia corrido á la vez.

Mas antes que cierre la moza el postigo: "Detente, le grita furioso el galán.

"Ací mala gembra te portaz conmigo?

"Ci no te dezdicez loz zordoz me oirán.

"Yo cé que un magito tu caye parea;

"Maz ei á punto fijo zupiece quién ez,

"Le vieraz tan blauto como una jalea.

"Con esta tizona morir á miz piez.

"Que zalga, que zalga ei tiene calzonez;

"Ci ez hombre de puñoz yo lo ezpero aquí.

"Cayoz ce me han hecho de dar mogiconéz,

"Y nadie hay que toza delante de mi.

"Maz ya que no puedo vengarme, tirana,

"Y ya que á mi afecto tal pago le daz,

"Cubierto de zangre bajo eza ventana,

"Al Chato, á Frazquito mañana veráz.

“¡Tú yoraz taimada....! yo eztoy loco y ciego....

“A Dios.... con la espada me voy á pazar....

“Cí á mano tuviera uu arma de fuego

“Muriera maz pronto cin tanto penar.”

—“¡Mi Padre....! la nínfa gritó congojada:

“Retírate, marcha bendito de Dios;»

Y el mozo la dice moviendo la espada:

“Cí no muero de una moriré de doz.»

Con fiero trabuco, bufando cual gato,

Un hombre á la reja de pronto salió!

Tranquilo le apunta diciendo: “seor Chato,

Si usted no se mata le mataré yo.»

Callóse el mancebo: miró de hito en hito,

Y luego sus fuerzas queriendo probar,

Partió de carrera, veloz cual cabrito,

Y el otro de risa creyó reventar.

II.

En pobre cocina de negra techumbre,

De ruín espetera que cuenta años mil,

Dos bultos helados mirando la lumbre

Se ven al reflejo de opaco candil.

Anciana es el uno, que mística y cansada

Rezando se duerme con gran devocion,

Y pasa las noches allí acurrucada.

El otro es un gato goloso y ladron.

De mármol parecen extrañas figuras.

Un golpe á la puerta su calma turbó,

Y abriendo los ojos.... se hallaron á oscuras.

“Aguarda, muchacho», la vieja gritó.

Con trémula mano buscó la pajuela;

Y al ir, soñolienta, la lumbre á escarbar,

Rodó un pucherete, vertió una cazuela,

Y dijo aflijida: «Ya no hay que ceñar.»

El gato despierta, se estira, bosteza,

Se aguza las uñas, contrae la nariz,

Y en medio gazapo su diente trópieza

Diciendo en su lengua: ¡suceso feliz!

En tanto á porrazos la puerta se undia:

Por fin resucita la vieja el candil;

Con voz carrasposa: “Frasquito, decia,

¿Te sigue los pasos algun alguacil?»

Abrió, y en el punto, cual liebre ligera

Que burla la saña del can corredor,

Y hallando á su paso sutil madriguera

Se oculta y respira sin susto y temor;

Así el pobre mozo jadeando, azorado,

Plegada la capa, sin fuerzas, sin voz,

Entrando en su albergue la puerta ha cerrado

Diciendo entre dientes: ¡Bendito mi Dios!....

La madre al mirarle de aquella manera,

Magüer que prudente no pudo callar.

¿Qué has hecho, le dice, rapaz calavera?....

La vida de un susto me vas á quitar.

Mas él, reportado, la dijo: “Ceñora,

“La coza no ez nada: Zocieguece Uzté,

“Que no hubo dezaztre: Cenemos agora

“Que luego dezpacio ce lo contaré.”

“He aquí nuestra cena,» responde; y al gato,

Cual seco sarmiento su dedo estendió.

El picaro bicho se daba un buen rato:

El mozo un suspiro con pena exhaló.

Y luego que aldabas y llaves echaron,

La vieja de un soplo mató el candilon:

Las dos en la torre del pueblo sonaron,

Y cada mochuelo se fue á su rincon.

III.

¡Cuán larga la noche de invierno parece

Al triste que en vano procura dormir,

Y mas si la mente visiones le ofrece

Creyendo fantasmas y ruidos sentir!

El mozo que en brujas y duendes creia,

Y en cuentos de viejas que oyó en su niñez,

A cada minuto los ojos abria,

El rayo de aurora buscando tal vez.

Ninguna rendija con luz se ilumina

Por mas que el mancebo su vista aguzó.

De súbito un golpe sonó en la cocina....

Estrepito horrendo despues se siguió.

¡Qué es esto! la madre pregunta azorada:

Y el hijo turbado responde: “No cé....

“Ya tengo el trabuco dizpuezo y la espada....

“La coza va ceria.... zozieguece Uzté.

Entonces pasmados los dos advirtieron

Que el ruido en la alcoba ligero se entró:

Moverse de golpe las sillas se oyeron....

Al cielo, temblando, Frasquito invocó.

Quisiera dar voces; mas siente travada

Su lengua, que apenas podrá respirar.

El arma de fuego que tiene agarrada

Dispara tan solo por alborotar.

Y en medio el silencio de nadie alterado,

Cual trueno espantoso sonó la explosion:

Los hijos de Cabra del lecho han saltado,

Y toda la villa se ve en conmocion.

Y luego el Alcalde de esbirros seguido

Pregunta, y descubre por fin la verdad.

Llamando en la casa do el tiro ha salido,

“Abrañ, dice grave, que es la autoridad.”

La voz conociendo, la vieja respira,

Y el mozo recobra su antiguo valor.

Por un ventanillo la llave les tira

Diciendo, “Señores, entrad por favor.”

“Decid, el Alcalde replica importuno,

“Si os ha maltratado nocturno ladron,

“O si vos la muerte le habeis dado á alguno.”

A lo que responde con gracia el maton.

“No ce loz que han caido, Ceñor Baltazar:

“Treinta y ciete poztas eché al trabuquiyó:

“Ya pueden uztedez ci guztan entrar;

“Cin miedo, Ceñores: Aquí ezta Frazquiyó.

Entraron, y apenas la luz les mostrara

El duende que al mozo y al pueblo alarmó,

Silbidos y risas; terrible algazara

En toda la casa de pronto se oyó.

Pues vieron que el gato goloso y ratero,

Alguna sustancia creyendo topar,

Su gorda cabeza metió en el puchero

Y luego no puede volverla á sacar.

Con pena y con susto lo lleva rodando

Molido y sin fuerzas el pobre animal.

Quitóselo el Chato furioso, esclamando:

“¡Pedazoz te hiciera ci fueraz mi igual!»

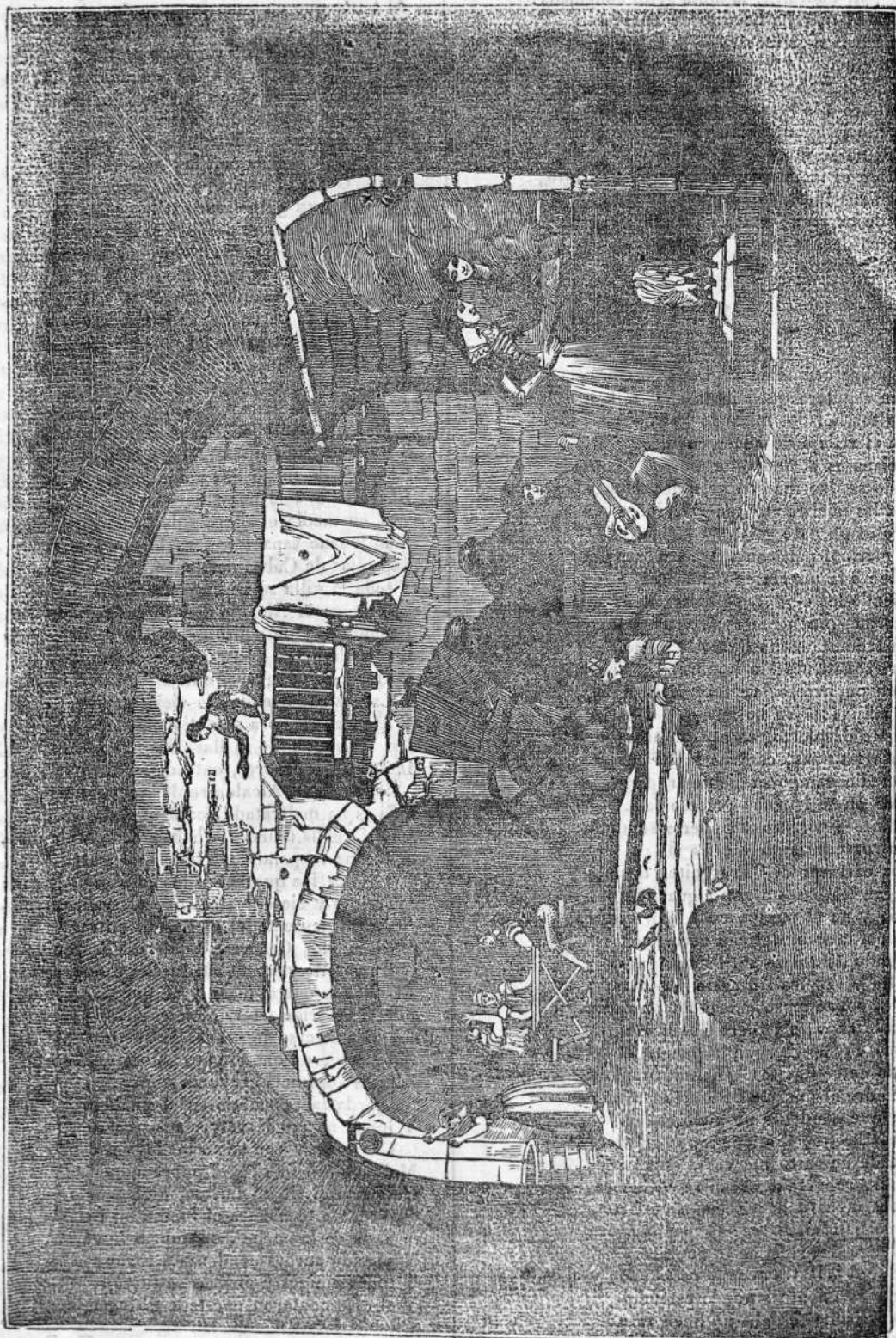
Y ya de la noche las sombras huyeron,

Y plácida aurora comienza á rayar;

Y todos amigos y alegres se fueron,

Y el caso contaron por todo el lugar.

V. P.



Una posada española.

PRIMEROS SOCORROS EN CASOS URGENTES.

Hay casos en los que la violencia del mal que ataca á un individuo es tal que no da tiempo para llamar á un facultativo, y en los que el enfermo moriría sin remedio antes que llegase, sobre todo cuando vive á larga distancia como sucede en las aldeas. En tales casos todo hombre es médico, y convendría que todos supiesen el modo de administrar los primeros socorros y lo que debe hacerse y evitarse en semejantes circunstancias: conocimiento que casi es indispensable. Así es que si en un caso de asfisia, envenenamiento ú herida de una gran arteria no se socorre al enfermo con inteligencia y prontitud, perece sin remedio; cuando por el contrario la traslación al aire libre en el primer caso, el vomito provocado en el segundo, y la compresion del vaso herido en el tercero, pueden arrancarle verdaderamente de las garras de la muerte.

Cuando ocurre uno de estos casos debe examinarse desde luego con serenidad, porque nada perjudica mas que la precipitacion y el terror, pues impiden reconocer el mal á que se tiene que acudir y ocasionan equivocaciones que pueden ser mas funestas que el mal mismo. Se pondrá en primer lugar al paciente en la posicion mas cómoda que lo permitan las circunstancias y el local descubriéndole la parte afectada, y alejando á los asustadizos, á los poco diestros, habladores y pretendidos inteligentes.

Cuando uno no tiene seguridad de aplicar los socorros oportunos, vale mas no hacer nada limitándose á los socorros generales, hasta que llegue una persona mas instruida, que echarlo todo á perder aplicando remedios á diestro y siniestro; pero si se tiene seguridad en lo que se hace, convendrá proceder con orden y perseverancia, sin desanimarse por la inutilidad aparente de lo que se practica. Frecuentemente se ha visto á los ahogados y ahorcados, volver á la vida que se suponía estinguida ya para siempre.

Es una obligacion de todo amigo de la humanidad ponerse en estado de ser útil á si mismo y á los demas en un caso repentino antes de la llegada del médico. El hombre ilustrado debe tener firmeza, serenidad y discernimiento, y en caso necesario saber sacar partido de cuanto le venga á la mano en beneficio del paciente: debe saber que los remedios mas sencillos y que en todas partes se encuentran son casi siempre los mas eficaces, y desconfiar de los pretendidos remedios infalibles, atestigüados con infinidad de buenos resultados, y que en último análisis son absolutamente insignificantes ó consisten en un medio muy simple acompañado de superfluidades, cuyo menor inconveniente es el de hacer malograr un tiempo muy precioso.

Hay muchos remedios que son aplicables en los casos de heridas segun la naturaleza de la parte en que esten; la de los instrumentos con que se hicieron, y la de los accidentes que puedan producirlas como fracturas, dislocaciones, y cuerpos extraños que pueden intervenir. Generalmente hablando las heridas son tanto mas peligrosas, cuanto mas esenciales á la vida sean las partes en que se han hecho. Las de la cabeza son las mas graves de todas cuando ha padecido el cráneo, y despues lo son las del pecho y el vientre. Las heridas hechas con instrumento cortante que divide limpiamente los tejidos son menos graves que las producidas por instrumentos punzantes que cortan mal, ó por cuerpos obtusos que machacan los tejidos. Tales son las heridas de las armas de fue-

gō; además de que dejan en medio cuerpos extraños que es necesario extraer con operaciones quirúrgicas. Otro tanto sucede en las heridas hechas con instrumentos impregnados en sustancias venenosas, tales como el dardo de la vívora, de la culebra de cascabel, el aguijon de diversos insectos, los dientes de animales rabiosos, los cuchillos que han servido para descuartizar animales que han muerto de carbunco, ó en un estado de putrefaccion adelantado; en fin las heridas en que hay dislocacion ó rotura de huesos, ó abertura de los grandes vasos sanguíneos son estremadamente graves.

Es necesario tener todo esto presente para ser de alguna utilidad á las personas heridas, sea haciendo lo oportuno, sea lo que no es menos importante, impidiendo y absteniéndose de hacer cosas capaces de agravar el mal. Es evidente que de todas las especies de heridas citadas la mayor parte exigen operaciones y curas que no deberá emprender quien no tenga conocimientos del arte. Lo mejor que en tal caso puede hacerse es colocar al enfermo, mientras llega el médico, en situacion en que padezca lo menos que sea posible.

En las simples heridas en que no está afectada mas que la piel y partes carnosas, como son las cortaduras mas ó menos profundas, debe procurarse en cuanto sea dable la reunion pronta, para lo cual se ha de evitar el separar las estremidades de las heridas, ni introducir en ellas, como suele hacerse, agua salada, tabaco, bálsamo, licores espirituosos, y otros medicamentos cuyo efecto suele ser aumentar los dolores y retardar la cicatrizacion. Tambien es dañoso apretar las heridas en todas direcciones con la mira de que salga la sangre. La primera precaucion que se ha de tomar es la de lavarlas cuidadosamente con una esponja empapada en agua fresca ó tibia, para limpiarla de la sangre endurecida, el polvo, tierra y otros cuerpos extraños que pueden introducirse en ellas. Hecho esto, se aproximan con cuanta exactitud sea posible los labios de la herida, manteniéndolos en esta posicion por medio de cintillas de tafetan de Inglaterra, y mucho mejor todavía, para que la humedad no las despegue facilmente con vendas impregnadas en diáquilon engomado, y sosteniéndolo todo con un cabezal y una venda al derredor. Este vendaje bien aplicado basta en general para que la herida quede en disposicion de curarse completamente.

Lo importante es el aproximar los labios de la herida y mantenerlos en *contacto inmediato*, de modo que ni el aire ni los cuerpos extraños puedan influir en las partes separadas. De esto se sigue que todo medio que conspira á este fin debe mirarse como bueno, sobre todo cuando está mas á mano que otro. Cuando v. g. se corta uno un dedo se puede rodear y apretar esta parte con hilo ó bramante y muchos jornaleros no emplean mas medio. Es tambien muy eficaz el polvorear la herida con azucar molido y poner encima la película interior de un hueso crudo, y sostenerlo todo con un lienzo ó venda.

En vez de azucar podrá usarse de goma en polvo ó de harina, y en lugar de la película, que facilmente se rompe, servirse de un lienzo fino mojado en clara de huevo que secándose forma un pegado sólido. En esto consiste la virtud del *agua roja* contra las cortaduras, que no es mas que una disolucion de resina en alcohol, y se usa de ella del modo siguiente. Se acercan las estremidades de la herida, y despues se la rodea con un lienzo tupido, en el que se derrama dicha agua. El alcohol se evapora y deja que las resinas se endurezcan y formen un barniz. Por todo es evidente que el buen éxito estriba en la prontitud é inteligencia con que se suministren estos auxilios, y que haciéndolo con las condiciones indicadas todos ellos son buenos, y que no deben prefe-

irse sino los que se encuentren mas á la mano.

Cuando en una herida se ha abierto una arteria de cierto tamaño, puede el derrame de sangre acabar con el enfermo en pocos minutos. En este caso es preciso restañarla provisionalmente, mientras llega el facultativo. Se conoce la sangre de una arteria en que es de un encarnado vivo, y en que sale con un movimiento de elevacion y depresion correspondientes á los latidos del pulso. Puede uno estar cierto de que la sangre proviene de una arteria cuando se le ve detenerse consecutivamente comprimiendo el paso de la arteria principal de aquel miembro entre la herida y el corazon. Entonces se aplican los dedos á lo largo de la arteria, comprimiéndola contra un hueso de manera que se corte el derrame de sangre, y se permanecerá en esta actitud, en la que se tiene en la mano la vida del enfermo, hasta que llegue el cirujano. Tambien se puede hacer de un pañuelo anudado al derredor del miembro y que se retorcerá y apretará pasándole un palo, llave ó baqueta.

Pero si el sitio en que se verifica el caso está tan distante que no puede esperarse que llegue tan pronto el facultativo, puede hacerse la compresion por medios mecánicos. Si la arteria es pequeña se tapa la herida con bolitas de hilas un poco duras, que se sostienen con cabezales dispuestos en forma de ángulo, de modo que el mas pequeño toque á las hilas, sujetándolo todo con un vendaje ajustado; pero este método tiene el inconveniente de causar dolor, y no seria por otra parte suficiente si el vaso es algo voluminoso. En este caso debe hacerse la presion en la arteria principal del miembro. Supongamos que la arteria radial, en la que se toma el pulso, esté abierta en la muñeca. En tal caso se necesita 1.º una venda arrollada apretada que se asegura en medio de un cabezal bastante larga para rodear dos veces el miembro; 2.º una cinta fuerte de lana, hilo ú seda; 3.º una hoja de carton, cuyas esquinas se redondean; 4.º un palito de cuatro pulgadas de largo y del grueso de un dedo; y este vendaje se aplica del modo siguiente. Se pone la venda en la parte inferior del brazo dos ó tres pulgadas mas arriba del codo en el sitio en que se sienten las pulsaciones, y se la sujeta en esta posicion pasando al derredor del miembro los extremos del cabezal que se aseguran con alfileres. Se coloca por el otro lado la hoja de carton, despues de haberla encorbado para adaptarla á la convexidad de la parte. Se dan despues con la cinta dos vueltas asegurándolas con un nudo; pero ajustadas en términos que pueda pasarse el dedo entre la cinta y el carton. En este intervalo se introduce el palito de que se ha hecho mencion, que sirve para torcer el cordón, y por consiguiente para bajar la arteria entre la venda y el hueso del brazo que le presenta un punto de apoyo. Cuando la sangre deja de correr se ata el palito con una venda para impedir que el apósito se trastorne. Dispuesto todo esto es ya uno dueño de la sangre, y si saliese de nuevo no era menester sino dar una ó dos vueltas al palito. Debe no obstante considerarse este como un medio provisional, y apresurarse á llamar al cirujano, ó llevar al paciente á donde haya alguno. Seria gran imprudencia la de aguardar mucho tiempo, como el de una noche entera, porque habria peligro de que el miembro así apretado propendiese á la gangrena. Si la arteria herida es del pie ó pierna, se hará la compresion de la misma manera en la parte inferior del muslo un poco mas arriba de la rodilla y en el parage en que se siente latir la arteria principal del miembro inferior. Si es en la misma rodilla, se comprimirá en el pliegue, que es donde la arteria sale del vientre.

Cuando hay en una herida varias arterias pequeñas abiertas se aplicará encima de las hilas empapadas en

una disolucion de alumbre, extracto de saturno (acetato de plomo líquido), ó de espíritu de vino, agua de melisa ó de colonia puras, y se mantendrán las hilas por medio de un cabezal y venda un poco apretada.

Las heridas de las venas son menos peligrosas que las de las arterias: la sangre que corre de ellas es de un encarnado obscuro, y sale sin interrupcion, y en mas abundancia cuando se comprime por debajo de la abertura, es decir, entre el corazon y la herida, deteniéndose cuando se oprime la vena por debajo del sitio herido. En estas heridas sucede todo lo contrario que en las de las arterias, y así pueden distinguirse fácilmente ambos casos. Algunas bolitas de hilas sostenidas con cabezales y un vendaje poco apretado bastan para detener esta hemorragia, que nunca da tanto cuidado como la de una arteria.

En todo caso de herida algo grave, bien sea con hemorragia ó sin ella, debe colocarse al paciente con comodidad en una cama desembarazada de cuanto pueda estorvar la circulacion de la sangre, de modo que tenga un completo sosiego de ánimo y de cuerpo y no darle alimento alguno, y mucho menos bebidas espirituosas hasta que el médico le haya visto y decidido lo que le convenga. Si hay que trasladarle á alguna distancia, se hará en unas parihuelas, porque el sacudimiento de un carruaje puede tener inconvenientes. Los mismos cuidados son aplicables en los casos de fracturas y dislocaciones.

Cuando despues de una caída ó golpe violento siente el individuo un gran dolor en algun miembro, ó cuando este queda deformado y no se le puede mover, debe temerse que haya fractura ó dislocacion, y proceder como si efectivamente la hubiera. Las fracturas consisten en el quebrantamiento de uno ó mas huesos. La dislocacion es la salida de su lugar de las articulaciones (coyunturas) á consecuencia de romperse los ligamentos que mantienen en relacion las estremidades huesosas. Las torceduras no son otra cosa que el estiramiento de estos mismos ligamentos cuando el esfuerzo no es tan grande que pueda sacar al hueso de su lugar y causar una dislocacion.

Facilmente se deja concebir que es necesario un profundo conocimiento de las partes del cuerpo humano en cuanto á su forma y relaciones para poder aplicar remedios eficaces; y quien no le tenga no puede hacer sino un gran mal, é impedir tal vez que el cirujano consiga el acierto en las partes inflamadas y doloridas. En las dislocaciones se evitará el tirar de modo alguno de la parte enferma, y todo sacudimiento en ella con esperanza de ponerla en su lugar, y sobre todo el llamar á ningun algebrista, cuya ciencia consiste en tirar fuertemente y en todas direcciones de un miembro, que por casualidad vuelven una vez á su sitio entre cien en que acarrear graves desórdenes, y sobre todo cuando hay dislocaciones, valdrá mas no tener socorro alguno que tener tales.

En las fracturas y dislocaciones no es tan inminente el peligro, pero es siempre muy ventajoso el pronto socorro. Los que no tienen conocimientos facultativos deben limitarse á levantar al herido con destreza y precaucion, cuidando de mantener el miembro afectado de modo que no pueda experimentar sacudimiento alguno mientras se trasporta al individuo. Puesto este en una cama se le desnudará y se cortarán con unas tijeras en los vestidos aquella porcion que cubriese á la parte afectada, á fin de evitar todo movimiento doloroso. Se colocará blandamente el miembro sobre almohadas en una situacion medio doblada, que por lo comun es en la que se padece menos; pero se probarán diferentes posturas con precaucion, dejando al paciente en la que él mismo elija. De este modo se aguardará á que llegue el cirujano, y si tardase en venir se podrá cubrir sobre la parte lienzo mojado en agua tibia en que se haya echado una cuchar-

rada pequeña, como las de café, de vinagre ó aguardiente por cada vaso de agua. Estos son los medios que pueden aplicarse sin riesgo, porque dejan las cosas en el estado en que les puso el accidente, y así no tendrá que obrar el cirujano sobre partes cansadas é inflamadas con operaciones imprudentes que pueden imposibilitar la cura.

A veces el instrumento que abre la herida lleva consigo sustancias dañosas á la economía, y que hacen correr mayor riesgo que los de la herida misma, que en muchísimos casos suele ser en sí de poca consideración. Así es que los salvajes embeben la punta de sus saetas en jugos de vegetales venenosos; del mismo modo los instrumentos que han servido para partir carnes de animales muertos de carbunco ó en un estado de putrefacción inoculan una materia que da lugar á graves enfermedades. Igualmente la picadura de la víbora, la mordedura de animales rabiosos acarrea la muerte con síntomas particulares. En fin el aguijón de las abejas, abispas y mosquitos introducen un licor corrosivo que inflama vivamente las partes picadas, además de que el insecto deja su arma en la misma herida que ha formado.

Quando ocurra alguno de los casos citados, conviene no tardar un solo momento en aplicar el remedio; si no se quiere que se manifiesten en breve síntomas graves. Si se trata de una punzada ó abertura hecha con un instrumento impregnado de materias pútridas, en este caso (adoptando un daño por evitar otro mayor) se hará que sangre la herida lo mas que sea posible, para que salga con ella la materia dañosa que ha entrado, y al mismo se hará una ligadura ajustada sobre la parte herida. Si la configuración permitiese el echar una ventosa, se ejecutará esto del modo siguiente. Se pondrá sobre la herida una cerilla encendida, y se la cubrirá con un vaso. El vacío que produce atrae hacia fuera los líquidos de la herida, como lo haría la acción de chupar: no pudiendo aconsejarse esta porque pudiera ser dañosa á la persona que la practicase. Pero si hubiese quien llevado de su afecto se determinara á practicar la succión, debería enjuagarse antes la boca con aceite que impide la absorción. El cauterio de la llaga con un hierro ardiente, y mucho mejor con los cáusticos líquidos es un medio muy ventajoso y aun casi indispensable, pero que nadie puede aplicarle sino un médico. En efecto una persona que no sea del arte se espondría á hacer sufrir al enfermo un dolor inútil aplicándole el cauterio con mano poco segura, ó bien á herir grandes vasos ó troncos nerviosos, si lo hacia con demasiado arrojo y ligereza. Al enfermo debe tratarse como en las enfermedades agudas.

Los mismos cuidados son aplicables á las picaduras de víboras y mordeduras de animales rabiosos. Cuando se ha tenido la felicidad de cauterizar á tiempo las heridas hechas por su mordedura, se impide generalmente el desarrollo de síntomas funestos; pero no debe perderse tiempo, porque cada momento de tardanza es un nuevo riesgo para el enfermo. Tampoco conviene valerse del cauterio cuando ha transcurrido algún tiempo desde la mordedura del animal rabioso, y se ha cerrado la misma herida. Ni se ha de confiar en los diversos remedios tan ponderados en cada país, pues hasta ahora á ninguno de ellos se ha reconocido por eficaz. No se ha de matar precipitadamente como rabioso á todo animal que muerda á alguno, sino que conviene encerrarlo y ver en que para: pues se ha verificado morir individuos de hidrofobia, sin mas que la idea de haberles mordido un animal rabioso.

En las picaduras de abejas y abispas se debe extraer primeramente el aguijón con unas pinzitas ó con una aguja, y aplicar despues una mezcla de aceite y amo-

niaco líquidos. Estas picaduras no son de importancia sino cuando se multiplican de una vez.

DEL ENCARCELAMIENTO POR DEUDAS

EN INGLATERRA.

Esta pena no solo es absurda y bárbara en sí misma, dice un escritor inglés, sino que se aplica de una manera desigual que favorece al rico, como la mayor parte de las leyes inglesas, y gravita enormemente sobre el pobre. En primer lugar toda la clase de Pares, de la Gran Bretaña, Escocia é Irlanda, que compone 600 individuos, los miembros de la cámara de comunes en número de 658 y que forman un todo de 1200 á 1300 individuos los mas ricos é influyentes del reino, se hallan todos al abrigo de esta ley; y sin embargo casi doscientos de entre ellos, es decir, los pares de Irlanda y de Escocia, no ejercen absolutamente función alguna legislativa, y no tienen por lo mismo pretexto alguno para gozar de esta inmunidad. Otra clase de ricos á quienes la ley no alcanza son los que se refugian en los *Santuarios*, restos de la barbarie de la edad media, que ya bajo un nombre, ya bajo de otro, vemos aun en las capitales de los tres reinos. De este modo los deudores con algunas cortas incomodidades personales encuentran medio de sobreponerse á la ley para engañar á sus acreedores y burlarse de ellos. La tercera clase y la mas numerosa, de ricos que cluden la ley del encarcelamiento por deudas y las justas reclamaciones de los acreedores, es la de los que salen del reino. ¿Sobre quien pues recae esta ley? Solo sobre el pobre. De documentos oficiales del año de 1833 resultaba que las tres cuartas partes de los desgraciados encarcelados por deudas no tenían siquiera con que comprar pan, y que así eran gravosos al país. De cien de estos presos sesenta á lo menos tienen mujer é hijos, de lo que resulta que las tres cuartas partes de estas mujeres é hijos gravitan igualmente sobre el público.

Pudiera formarse un cálculo tan curioso como instructivo de la pérdida de dinero que sufre la nación á consecuencia del encarcelamiento por deudas; y aunque los elementos de este cálculo no sean perfectos, procuraremos que se aproximen. El número de individuos que se encierran cada año por deudas en Londres es el de 28,000, lo que proporcionalmente da á todo el reino-unido segun la población general 448,000 individuos. Los encarcelamientos cuestan en Londres casi 70,000 libras esterlinas á los que los hacen ejecutar, y con arreglo á este precio deben elevarse en todo el reino los gastos de encarcelamientos á 1.120,000 libras. En Inglaterra hay constantemente presos por deudas 14,000 personas, y el total en todo el reino no puede valuarse en menos de 24,000. Todos estos individuos se encuentran en la fuerza de la edad, y computándose el valor de su trabajo físico ó intelectual en 50 libras, término medio al año, y que no es sino el salario de un jornalero, resultará anualmente una clara y evidente pérdida de 1.200,000 libras (120 millones de reales). Aun no para aquí el perjuicio: las tres cuartas partes de estos hombres, como queda dicho, son demasiado pobres para proporcionarse ni aun pan, de manera que á lo menos 18,000 de ellos tienen de un modo ó de otro que mantenerse á espensas de la nación. Supon-

gamos que el alimento y el vestido de cada preso no cueste mas que diez libras, y el país tendrá que sufrir otra carga adicional de 180,000 libras. Por otra parte estos presos en una proporcion como de 340 sobre 570 tienen mujeres é hijos, esto es, segun se espresa el informe de una comision de la cámara de los Comunes, tienen numerosas familias, algunas de cinco, otras de seis y hasta de diez hijos. Tendremos pues 10,000 individuos con una familia, y si calculamos estas familias compuestas de cinco personas cada una, resultarán 50,000 pobres mas de gravamen al público, que á 10 libras cada uno, consumirán al año otra nueva cantidad de 500,000 libras. Los gastos de justicia en el encarcelamiento por deuda se estiman judicialmente en Inglaterra en 300,000 libras anuales, lo que pasa de medio millon en todo el reino-unido. A lo dicho debiera reunirse, si tuviésemos datos exactos, el dinero gastado en la construccion y reparo de las prisiones; pero aun despreciado este artículo, tenemos un gasto anual espantoso, ó mas bien una pérdida real y verdadera en el encarcelamiento por deudas de cerca de tres millones y medio de libras esterlinas (sobre 350 millones de reales) de los que el lector que juzgue exagerado algun dato podrá rebajar un 20, 30, ó 50 por 100, y aun quedará una enorme suma de capital nacional gastado inútilmente.

PRINCIPALES CAUSAS DE LOS DELITOS.

1. Educación mal dirigida, muerte de los padres en los primeros años de la vida de sus hijos, y consiguiente abandono. 2. Pocos convictos han aprendido un oficio regular, y si comenzaron su aprendizaje lo han abandonado antes del tiempo oportuno. 3. La primera enseñanza en los convictos ha sido siempre defectuosa ó no han recibido ninguna. 4. La intemperancia, efecto las mas veces de una educación descuidada es un manantial inagotable de crímenes. Combatiendo pues la intemperancia y promoviendo la educación estamos autorizados á creer que evitaremos en gran parte la perpetracion de los delitos.

MORAL INDIVIDUAL.

Las ventajas de las cajas de ahorros que reúnen cantidades pequeñas de cada individuo para utilizarlas juntas, consisten en que, estando bien administradas, aceleran el momento de emplear los capitales. Un jornalero que ahorra por ejemplo dos pesetas á la semana, no puede sacar por sí solo interés alguno de este corto ahorro sin esperar á juntar las de muchas semanas, y de muchos años; pero en donde hay una caja de ahorros lleva sus dos pesetas, otros cien jornaleros hacen otro tanto, la caja puede imponer desde el mismo día la cantidad de 800 rs., y cada uno de estos jornaleros percibe desde el mismo momento el interés de sus dos pesetas.

Acumular no es poner en monton lo que se junta, sino usar de ello para producir, en lugar de usarlo para sus necesidades.

Cualquiera que tenga pocas necesidades formará mas pronta y fácilmente capitales.

Es tambien una clase de ahorro el que se consigue procurando adquirirse conocimientos, educando bien á sus hijos etc. Si estos conocimientos son lucrativos, representan un caudal, cuyos réditos son los provechos que pueden proporcionar.

Todo pródigo es un enemigo público, y todo hombre económico debe ser mirado como un bienhechor de la sociedad.

Sin economía se puede trabajar toda la vida y morir pobre.

Con el buen orden se pueden duplicar los goces sin aumentar los gastos.

Hay un medio de disminuir el número de engañados y de murmuradores, con aumentar por medio de la instruccion primaria el número de lectores y de buenos libros.

No tiene el alma secreto alguno que la conducta no revele. Una mala opinion envenena las mejores acciones.

Nuestros mejores protectores son los talentos de cada uno.

El verdadero huérfano es el que no ha recibido educacion alguna.

Conviene obrar como los demás, es una máxima sospechosa, que significa casi siempre que es menester obrar mal.

La justicia es la primera virtud de todo el que manda.

La confianza que inspira un hombre en el comercio le es mas ventajosa que cuanta astucia puede emplear en él.

La probidad es el cálculo mas seguro y ventajoso de todos.

Una ganancia á costa de la reputacion es una verdadera pérdida.

ADVERTENCIA.

El aumento de gastos producido por las mejoras hechas en la redaccion del SEMANARIO PINTORESCO, y la necesidad de evitar que un gran número de colecciones quede incompleto, obliga al editor á no admitir suscripciones en lo sucesivo sino por trimestres, semestres, ó año entero, como asimismo á variar el precio de la suscripcion en los términos siguientes:

MADRID.

Por tres meses. 12 rs.

Por seis. 20.

Por un año. 36.

Los señores suscritores que necesiten completar la coleccion de dos tomos que concluye en fin del presente año, hallarán en el despacho de libreria de Don Tomás Jordan, calle de Carretas, números sueltos, colecciones del primer año y otras enteras.

A la mayor brevedad se dará un grabado para servir de portada al tomo 2.º, y los índices completos por orden alfabético y de materias.

